Alexander A. Vasiliev

Historia del Imperio Bizantino

Historia del Imperio Bizantino



Alexander A. Vasiliev

LIBRO dot.com

http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como aporte o donación por un usuario.

Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

INTRODUCCIÓN

Esta es una página dedicada a todos los aspectos que abarcó la vida en el Imperio Bizantino, desde la fundación de Constantinopla en 330 hasta su caída en manos de los turcos otomanos el 29 de Mayo de 1453.

Desde esta fecha, precisamente, la oscuridad reinó para la verdadera historia del antiguo Imperio (y de sus particulares habitantes), el que fue durante los siglos siguientes considerado por occidente un ejemplo de decadencia y corrupción.

Desde hace unos años, algunos historiadores se dan cuenta de este gran error, y comienzan a investigar un pasado que pronto les parecerá fascinante, riquísimo en todos los tópicos de la vida de un Estado Helénico Romano y Cristiano muy particular.

Por eso proponemos que, de una vez por todas, se haga la luz!!!!

Comentario para la comprensión de este trabajo.

Debo comenzar por aclarar que el Imperio Bizantino jamás debió llamarse así: debería ser conocido por todos como el Imperio Romano, pero los historiadores franceses de los siglos siguientes a su caída decidieron que lo llamarían bizantino, con una evidente intención de tomarlo como algo ajeno a Roma, y con un descaro increíble contaron su historia como una sucesión de emperadores y funcionarios corruptos, sin valor y totalmente decadentes.

Su propósito fue cumplido, por eso el Imperio, que debemos llamar bizantino porque si no produciría confusión, es ignorado por mucha gente que disfruta de la historia de Roma hasta el año 476, y no sigue investigando mas adelante.

Muy bien, para mi el Imperio Romano sigue vivo hasta 1453, aún a pesar de los enormes cambios que se producen a través del tiempo.

El motivo de este pensamiento es obvio: si los mismos habitantes del Imperio se consideraban romanos, herederos de Roma, que derecho tenemos nosotros de llamarlos de otra manera, o de considerar que con los cambios se produjo otro Imperio diferente.

¿Acaso Roma no era radicalmente distinta comparando su sociedad en el año 500 a C, en el año 200 a C, en el año 70 dC o en el año 284 dC?

Si Roma evolucionó tanto y tuvo tantos cambios, ¿podemos considerar que después de 330, o de 564, o de 641 o de 717 se transformó en otra cosa?

Este pensamiento es absolutamente artificial, entonces en este trabajo se llamará Imperio Bizantino o Bizancio para no confundir a los lectores, pero que quede bien claro que estamos hablando del Imperio Romano.

Por otra parte siempre se discute sobre el comienzo del Imperio Bizantino, y se dan por lo general fechas como las de la fundación de Constantinopla 330), la caída del Imperio occidental (476), la muerte de Justiniano, considerado por muchos último emperador romano (564), la muerte de Heraclio luego de perder Siria, Palestina y Egipto (641), o la defensa de Constantinopla contra los árabes por León III en 717.

Para mí esta cuestión carece de importancia, justamente porque el Imperio Bizantino es un "invento" de historiadores inescrupulosos, entonces considero que el hecho de la fundación de Constantinopla como capital del mundo romano es la piedra fundamental de un nuevo edificio histórico para Roma, es por ello que para mí comienza la historia en dicho momento y acaba en 1453 con la toma de dicha capital por el Imperio Otomano, que la transforma en la capital de un mundo completamente distinto.

Esto con respecto a la historia oficial de Bizancio, puesto que como el Imperio estuvo basado en la Idea del Imperio de los hombres en la tierra a semejanza del Imperio de Dios en el Cielo, y las ideas no mueren jamás, considero que el Imperio aún sigue vivo en muchas almas, pero eso ya es otra historia.

Ahora bien, hablando de los innumerables cambios que tuvo el Imperio Romano en esos mas de mil cien años, se puede hablar de distintas épocas basadas en hechos que marcaron a fuego a su gente: no es lo mismo hablar de Constantinopla recién fundada en 330 donde solía haber todavía muchos templos paganos, que la acosada capital en 717 a punto de caer ante los soldados árabes, o la floreciente ciudad del siglo X bajo la gran dinastía Macedónica, o la vencida y destruida Constantinopla de 1204, o incluso la pobre, decadente y semi—abandonada ciudad de 1453.Y tomo como referencia a Constantinopla como reflejo del Imperio, a pesar de la gran cantidad de ciudades referentes, porque era una verdad para el ciudadano bizantino que mientras la capital estuviera en pie, jamás podrían con él.

Otro error de los historiadores, incluso de los mismos contemporáneos a Imperio, es el haberlo llamado repetidamente el Imperio Griego.

Si bien es verdad que se hablaba el griego, se hablaba de diferentes formas según se tratara de la zona europea o la asiática, e incluso dentro de ciertas zonas se lo hablaba distinto de otras, y si hablamos de razas, la diversidad era aún mayor, dado que en el Imperio convivían griegos, eslavos, búlgaros, armenios, sirios y muchos otros pueblos, lo que le daba un carácter multirracial.Es esta diversidad de razas lo que trae muchísimos problemas al Imperio para conciliar intereses tan distintos, pero también es lo que lo caracteriza de manera mas fuerte: un Imperio Universal para todos los habitantes de Bizancio, sean de la raza que sean, siempre que acepten al emperador, a la iglesia ortodoxa y hablen mas o menos bien el griego.

Una de las grandes diferencias que tenían los bizantinos con los latinos era que consideraban al emperador el representante de Dios en la tierra, y la persona mas sagrada, mientras que el patriarca se veía reducido a representar a la iglesia en sí; los latinos, en cambio, consideraban al Papa como el representante de Dios y los gobernantes estaban sometidos a los designios de la iglesia.Es por ello que la historia de Bizancio es la historia de la competencia entre los emperadores bizantinos y el Papado con sede en Roma, hasta la definitiva ruptura en 1054.

Posteriormente la iglesia bizantina ve crecer su poder mientras los emperadores ven como se achica el suyo, tanto que luego de 1453 es la iglesia ortodoxa la que va a mantener viva la tradición del Imperio, sus ideas y su cultura, hasta el día de hoy.

Espero que esta página sirva para conocer la verdad sobre el Imperio, su cultura, su gente y su vida, y que los que la lean sepan que sus hechos son tan interesantes como todos los que marcaron la historia de Roma, y que su civilización fue la mas avanzada en plena edad media, cuando occidente solo era una sombra perdida en la ignorancia.Rolando Castillo.

http://www.imperiobizantino.com

Tomo I

De Constantino a las Cruzadas
(324—1081)

Nota importante:

La presente edición electrónica de *Historia del Imperio Bizantino* de Alexander A. Vasiliev (2 tomos en formato PDF para Acrobat Reader), ha sido preparada a partir de la edición de 1945 de la misma obra realizada por la editorial Iberia de Barcelona (España).

La adaptación primaria a soporte electrónico de *Historia del Imperio Bizantino* de Alexander A. Vasiliev fue realizada por Carlos Etchevarne. La presente edición, con modificaciones respecto del original, ha sido efectuada por Hilario Gómez (tomo I) y Fito Brenatas (tomo II). La coordinación de la edición y el volcado a formato PDF es de Hilario Gómez.

ESTA EDICIÓN SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE desde la web **Bizancio** (*http://www.imperiobizantino.com*), de Rolando Castillo, SÓLO PARA USOS DIDÁCTICOS. Es por ello que QUEDA PROHIBIDA SU VENTA, ya sea en formato impreso o electrónico.

Madrid (España). Junio de 2003.

CONTENIDO

Capítulo I

BREVE EXAMEN DE LOS TRABAJOS SOBRE HISTORIA BIZANTINA EN OCCIDENTE 14

Los principios. 14

Papel de Francia en el bizantinísimo. La época de Du Cange. 14

El Siglo XVIII. La Revolución y el Imperio. 16

Montesquieu. 17

Gibbon. 17

Lebeau. 20

Royou. 20

Finlay. 20

Paparrigópulos. 23

Hopf. 24

Hertzberg. 25

Gregorovius. 25

Bury. 26

Lambros. 27

Gelzer. 28

Hesseling. 28

Bussell. 28

La “Cambridge Medieval History”. 29

Resúmenes generales de divulgación sobre la historia de Bizancio. 29

La literatura bizantina. 30

V. G. Vasilievski. 31

Lertov. 33

J. A. Kulakovski. 33

F. I. Uspenski. 34

S. P. Chestakov. 36

C. N. Uspenski. 36

A. A. Vasiliev. 36

Periódicos especiales. Obras generales sobre derecho. Arte y cronología. La papirología. 37

Capítulo II

EL IMPERIO DE ORIENTE DESDE EL SIGLO IV A COMIENZOS DEL VI 39

Constantino y el cristianismo. 39

La conversión de Constantino. 40

El seudoedicto de Milán. 43

La actitud de Constantino ante la Iglesia. 44

El arrianismo y el concilio de Nicea. 45

La fundación de Constantinopla. 47

Las reformas orgánicas del Imperio en la época de Diocleciano y de Constantino. 49

Los emperadores desde Constantino el Grande hasta principios del siglo VI. 52

Los sucesores de Constantino. Constancio (337—361). 53

Juliano el Apóstata (361—363). 54

La Iglesia y el Estado al final del siglo IV. Teodosio el Grande. El triunfo del cristianismo. 60

El problema germánico (godo) en el siglo IV. 64

Los problemas nacionales y religiosos en el siglo V. 67

Arcadio (395—408). Los favoritos. 68

La resolución del problema gótico. 68

Juan Crisostomo. 70

Teodosio II el Joven (408—450). 72

Las disputas religiosas y el tercer concilio ecuménico. 73

La escuela superior de Constantinopla. El Código de Teodosio. Las murallas de Constantinopla. 74

El cuarto concilio ecuménico. Marciano (450—457) y León (457—474). 76

Zenón (474—491). Los isauricos. Odoacro y Teodorico el Ostrogodo. El Henótico. 78

Anastasio I (491—518). La guerra pérsica. Las incursiones búlgaras y eslavas. Las relaciones con Occidente. 80

La política religiosa de Anastasio. Reformas interiores. 81

Conclusión general. 83

Literatura, ciencia, educación y arte desde Constantino el Grande hasta Justiniano. 84

BIBLIOGRAFÍA ____ 92

Capítulo III

JUSTINIANO EL GRANDE Y SUS SUCESORES (518—610) ____ 94

Los emperadores del período 518—610. ____ 94

Justino I. ____ 95

Justiniano el Grande. Teodora. ____ 95

La política exterior de Justiniano y su ideología. ____ 96

Guerras contra los vándalos, ostrogodos y visigodos. Los eslavos. La política exterior de Justiniano. ____ 97

La obra legislativa de Justiniano. Triboniano. ____ 103

Política interior de Justiniano. La sedición Nika. ____ 110

El comercio bajo Justiniano. Cosmas Indicopleustes. Las fortificaciones. ____ 115

Los sucesores inmediatos de Justiniano. Su política religiosa. Mauricio. Persia. Los eslavos y los ávaros. Creación de los exarcados. ____ 118

La cuestión de los eslavos en Grecia. ____ 123

Literatura. Instrucción y arte en la época de Justiniano. Examen de conjunto. ____ 125

BIBLIOGRAFÍA ____ 133

Capítulo IV

LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA DE HERACLIO (610—717) ____ 135

La dinastía de Heraclio y su origen. ____ 135

Los eslavos ante los muros de Constantinopla. Las campañas contra los persas. ____ 136

Los árabes. Mahoma y el Islam. ____ 139

Causas de las conquistas árabes en el siglo VII. ____ 144

Conquistas árabes hasta principios del siglo VIII. Justiniano II y los árabes. ____ 147

Progresos de los eslavos en el Asia Menor. Principios del reino búlgaro. ____ 150

"Exposición de Fe" de Heraclio. Tipo de Fe. Sexto concilio ecuménico. ____ 153

Desarrollo de la organización de los themas en la época de la dinastía de Heraclio. ____ 155

La anarquía de 711—717. ____ 157

La literatura, la instrucción y el arte en la época de la dinastía de Heraclio. ____ 158

BIBLIOGRAFÍA ____ 160

Capítulo V

LA ÉPOCA ICONOCLASTA. LOS PERÍODOS DE LAS DINASTÍAS ISÁURICA O SIRIA (717—802) Y AMORIANA O FRIGIA (820—867) ____ 162

La dinastía isáurica o siria. ____ 162

Actitud del Imperio ante árabes, búlgaros y eslavos. 163

Política interior de los emperadores de la dinastia isaurica o siria. La legislación. 166

La iconoclastia. El séptimo concilio ecuménico. 172

La coronación de Carlomagno. 180

Conclusión acerca de la obra de la dinastía isaurica. 183

LOS SUCESORES INMEDIATOS DE LOS EMPERADORES ISÁURICOS (802—820). LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA AMORIANA O FRIGIA (820—867). 184

Los emperadores de 802 a 867 y su origen. 184

EL IMPERIO BIZANTINO Y LOS ÁRABES EN LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA AMORIANA. INSURRECCIÓN DE TOMÁS EL ESLAVO. PRIMERA EXPEDICIÓN DE LOS RUSOS CONTRA CONSTANTINOPLA. 185

El Imperio bizantino y los búlgaros en la época de la dinastía amoriana. 190

Segundo período de la iconoclastia y restauración de la ortodoxia. Separación de las Iglesias en el siglo IX. 191

La literatura, el arte y la instrucción durante el período iconoclasta. 195

BIBLIOGRAFÍA 201

Capítulo VI

LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA MACEDÓNICA (867 —1056) Y EL PERIODO DE TURBULENCIAS (1056 —1081) 203

Introducción. 203

El problema del origen de la dinastía macedónica. 203

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS EMPERADORES MACEDONIOS 205

Relaciones con los árabes y Armenia. 205

Relaciones de Bizancio con búlgaros durante la dinastía macedónica. 212

El Imperio bizantino y Rusia en la época de la dinastía macedónica. 215

El problema pechenego en la época de la dinastía macedónica. 217

Relaciones de Bizancio con europa occidental. 219

Cuestiones religiosas en la época de dinastía mac edónica. 221

La obra legislativa de los emperadores macedonios. Los poderosos y los pobres. 227

La administración de las provincias bajo los emperadores macedonios. 232

Turbulencias sobrevenidas desde la muerte de Basilio II hasta la exaltación de los Comnenos. 233

Los turcos selyúcidas. 235

Los pechenegos. 238

Los normandos. 239

La instrucción, la ciencia y el arte durante el período de la dinastía macedónica. 240

BIBLIOGRAFÍA 247

Prefacio a la edición española.

Una progresión que vale por una constante histórica quiere que los focos culturales se sucedan en el tiempo siguiendo el derrotero del sol. A tenor de esta ley singularmente patentizada en los pueblos costeros, y de modo especial en el Mediterráneo, para el oriental lo occidental es rústico e inexperto, y al revés: a los de acá los del otro, hijos de civilizaciones más antiguas, se les antojan decadentes y afeminados. Al extremo que, bizantino y bizantinismo son vocablos que en nuestra lengua cotidiana suenan a cosa banal o a excesiva sutileza. Nuestra tradición de hombres de Occidente, de francos, suele prevenirnos — contra todo aquello que haga referencia a Bizancio. Aferrados al cómodo expediente de fechar en 476 la caída del Imperio romano; incluidos por la pluricelular tarea de la formación de nuestras nacionalidades y de hacer a la Iglesia independiente de la potestad civil, olvidamos con frecuencia que ese Imperio duró todavía mil años, defendiéndose bravamente de las naciones jóvenes que lo acosaban desde los cuatro puntos cardinales. Esa laboriosa gestación del mundo occidental, y la escisión consiguiente de la Iglesia, desembocaron en las Cruzadas, en un movimiento que, si no en la mente de sus promotores en su desarrollo había de resultar fatal para el mantenimiento del Imperio de la Nueva Roma. Los socorros de Europa no llegaron a la Constantinopla así puesta en trance de muerte, sino (aunque vanamente, ante el ímpetu otomano) a aquellas naciones cortadas en el manto del antiguo Imperio.

Esta es una lección que el historiador no puede olvidar, Y es curioso que, al paso que los propios francos en lucha con los bizantinos acabaron por asimilar la civilización oriental, el recuerdo de las Cruzadas siga figurando, en Occidente, entre las determinantes de nuestro desde hacia Bizancio al modo como la caída de Constantinopla, y la consiguiente diáspora de los sabios de la ciudad imperial, no valió a difundir la cultura bizantina mas a reforzar el estudio de los clásicos griegos. Había sido menester llegar a los Finlay a los Bury, a Krumbacher, a la escuela francesa egregiamente presidida por Schlumberger y sobre todo por Charles Diehl, el gran orientalista recientemente fallecido, para que la civilización bizantina adquiriese a nuestros ojos el lugar destacado que le corresponde. Sin embargo, una rama considerable de los estudios bizantinos quedaba por incorporar al acervo occidental: la de la pléyade de cronistas e investigadores eslavos, y concretamente los de esa Rusia que se considera, no sin razón, hija y heredera de Bizancio. Ese vacío ha sido colmado con la magnífica obra de Alejandro Vasíliev que hoy tenemos el honor de presentar a los lectores de lengua española. Por vez primera se añaden aquí a los frutos de las modernas investigaciones occidentales los resultados conseguidos por la ciencia eslava. Con ello, no sólo se renuevan muchos puntos de vista, sino que se ha logrado una visión de conjunto que difícilmente podrá ser modificada, salvo en los detalles. Por las manos de Vasíliev, ha pasado cuanto se haya podido escribir acerca de Bizancio; todo ha sido puesto por él a contribución, todo ponderado y jerarquizado al escribir esta obra, imprescindible —pese a su carácter sumario— a cuantos se interesan en la historia europea de quince siglos acá.

No se crea, sin embargo, que la universalidad de los conocimientos del autor haga prolijas las argumentaciones y árida la exposición. Enamorado del tema de sus estudios, el autor ruso traza brillantemente el cuadro de la existencia de Bizancio, incluso con pasión. Lo cual le lleva, tal cual vez, a presentar las cosas de Occidente de una manera que no concuerda con nuestras ideas al respecto. Sólo en esos casos y sin que ello encierre la menor censura al autor, nos hemos permitido traer a pie de página otros puntos de vista, por si ello ayuda al lector a, tener una visión total del problema.

También hemos creído oportuno acompañar el texto de esta obra ejemplar con un conjunto de ilustraciones, probablemente el más nutrido que hasta la fecha se haya publicado en España sobre Bizancio; con un índice onomástico, y con unos cuadros cronológicos, harto incompletos por

desgracia. Con esto y la recomendación, al lector no especialmente preparado, de dejar para el final la lectura del primer capítulo de Vasíliev —en el cual se expone con tanta claridad como competencia el estado actual de los estudios bizantinos— ponemos punto a esta nota.

Juan Ramón Masoliver

Capítulo I

BREVE EXAMEN DE LOS TRABAJOS SOBRE HISTORIA BIZANTINA EN OCCIDENTE

Los principios.

La verdadera creadora del bizantinísimo científico fue la Francia del siglo 14 obras de la literatura clásica griega y romana. La literatura bizantina era casi desconocida en Italia, y no se mostraba gran interés por conocerla. Sin embargo, los continuos viajes que se hacían a Oriente, a fin de buscar manuscritos griegos y estudiar la lengua griega, convirtieron en necesidad, poco a poco, el renunciar a esa actitud sospechada y recelosa hacia la literatura griega medieval. Los primeros estudios sobre los escritores griegos, tanto clásicos como bizantinos, consistieron en traducciones de textos grecos en lengua latina. De todos modos, el interés que en los siglos XIV y XV se manifestó por la literatura bizantina, fue sólo accidental y quedó eclipsado enteramente por la atención que se dedicaba al mundo clásico.

En el siglo XVI y al comienzo del XVII, cambia la actitud hacia la historia y la literatura de Bizancio, y toda una serie de autores bizantinos, si bien elegidos al azar y de desigual importancia entre sí, son editados en Alemania (por ejemplo, por Jerónimo Wolf), en los Países Bajos (por Meursius) y en Italia (aquí por dos griegos: Alemannus y Allatius [León]).

Papel de Francia en el bizantinísimo. La época de Du Cange.

La época del Renacimiento italiano se interesó principalmente por el siglo XVII. Entonces, cuando la literatura francesa, en la brillante época de Luis XIV, se convertía en modelo para toda Europa; entonces, cuando reyes, ministros, obispos y particulares fundaban, en emulación, bibliotecas y reunían manuscritos; entonces, cuando se colmaba de honor y estima a los sabios distinguidos, entonces fue cuando el estudio de la historia bizantina encontró en Francia un lugar único.

Luis XIII, predecesor inmediato del Gran Rey, aprendió el griego y tradujo al francés los *Preceptos del diácono Agapito al emperador Justiniano.* El cardenal Mazarino, gran bibliófilo y coleccionador infatigable de manuscritos, creó una magnífica biblioteca, rica en numerosos manuscritos griegos, que después de la muerte del cardenal pasaron a la Biblioteca Real de París, hoy Biblioteca Nacional, y cuyo verdadero fundador había sido el rey Francisco I en el siglo XVI. Colbert, ilustre ministro de Luis XIV, administró a la vez la Biblioteca Real, consagrando sus cuidados a acrecer los tesoros científicos de la misma y a adquirir manuscritos en el extranjero.

La rica biblioteca particular de Colbert, en la que éste había reunido un número bastante grande de manuscrito griegos, fue comprada por el rey en el siglo XVIII para unirla a la Biblioteca Real. El cardenal De Richelíeu había fundado en París una tipografía regia (la tipografía del Louvre), destinada a publicar las obras de los escritores eminentes de una manera digna de ellos. Los caracteres griegos de la Imprenta Real se distinguían por su belleza. En fin, en 1648, y bajo los auspicios de Luis XIV, salió de la tipografía regia el primer volumen de la primera Compilación de historiadores bizantinos, y sucesivamente aparecieron, hasta 1711, treinta y cuatro volúmenes en folio de esa publicación, cosa notable para la época y que no ha sido igualada aún, ni siquiera en nuestros días. El año en que se imprimió el primer tomo de esa Compilación, en París, el sabio francés Labbé (Labbaeus), publicó una *Llamada (Protrepticon) a los aficionados a la, historia*

bizantina, señalando el particular interés de la historia del Imperio griego de Oriente "tan asombrosa por el número de sus acontecimientos, tan atrayente por su multiplicidad, tan notable por la solidez de su monarquía". Labbé procuraba persuadir, con todo calor, a los sabios europeos para que buscasen y publicaran los documentos enterrados bajo el polvo de las bibliotecas, prometiendo a todos los colaboradores de esa gran obra la gloria eterna, "más sólida que el mármol y el bronce".

A la cabeza de la selección científica de la Francia del siglo XVII se halla el célebre erudito Du Cange (1610—1688), cuyas diversas y múltiples obras han conservado su vigor e importancia hasta nuestros días. Nació en Amiens, en 1610, y fue enviado por sus padres al colegio de los Jesuítas. Tras haber pasado algunos años en Orleáns y París, donde estudió Derecho, volvió a su ciudad natal y allí se casó. De su matrimonio tuvo diez hijos. Obligado a dejar Amiens en 1668, a raíz de una epidemia de peste, fue a establecerse en París, donde habitó hasta su muerte, ocurrida el 23 de octubre de 1688. Historiador y filólogo, arqueólogo y numismático, Du Cange, en todas sus disciplinas científicas se reveló un extraordinario entendido, un infatigable trabajador, un editor excelente, un investigador penetrante. Empero, a los cuarenta y cinco años no había publicado nada y su nombre no era conocido más allá de Amiens.

Ejecutó, pues, su gigantesca obra en los treinta y tres últimos años de su vida. No se creería que hubiese podido escribir tanto de no habernos llegado todos sus manuscritos, de su puño y letra. Su biógrafo escribe: "Un sabio del siglo XVIII exclamó, en un singular acceso de entusiasmo: ¿Cómo se puede haber leído tanto, pensado tanto, escrito tanto y haber sido durante cincuenta años casado y padre de una numerosa familia?"

Entre las obras de Du Cange que interesan a la historia de Bizancio, han de notarse, sobre todo, la *Historia del Imperio de Constantinopla bajo los emperadores franceses* (al final de su vida Du Cange modificó esta obra, que no se ha publicado en su segunda edición sino en el siglo XIX); la *De Familiis Byzantinis*, donde se reúnen elementos genealógicos extremamente ricos, y la *Constantinopolis Christiana*, donde se establece el balance de todos los datos precisos y detallados que se poseen sobre la topografía de Constantinopla hasta 1453. Estas dos últimas obras llevan el título común de Historia Byzantina *duplici commentario illustrata.* Tres meses antes de morir, Du Cange publicó en dos volúmenes en folio el *Diccionario de la lengua griega de la Edad Media* ("Glosario ad scriptores mediae et infimae graecitatis"), obra, según el bizantinista ruso

V. G. Vasilievski, "desigual y en la que parece que debió haber trabajado toda una numerosa sociedad de sabios". Ésta es la última obra que Du Cange publicó en vida, y también la única de las suyas que no se publicó en París, sino en Lyón.

El Glosario de Du Cange es, aún hoy, un auxiliar indispensable, no sólo para los que se ocupan de la historia de Bizancio, sino para cuantos se interesan en la historia de la Edad Media en general. También pertenece a Du Cande la publicación, notable en todos sentidos, de una serie de obras de historiadores bizantinos importantes, con comentarios extremamente eruditos. Debe señalarse, en fin, la mucha trascendencia que tiene, en materia de historia bizantina, la inmensa obra de Du Cange titulada *Diccionario del latín de la Edad Media*, en tres volúmenes en folio ("Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis").

Du Cange, que había tenido siempre una salud perfecta, cayó enfermo de repente en junio de 1688 y murió el 23 de octubre de aquel año, a los 78 de edad, rodeado por su mujer, hijos y amigos. Se le enterró en la iglesia de San Gervasio. No queda huella alguna de su tumba. Una estrecha y apartada calle de París llámese todavía "Rué Ducange".

Pero no fue Du Cange el único que trabajaba entonces aquellas disciplinas. En la misma época, Mabillon publicó su inmortal *Diplomática* ("De re diplomática"), con la que fundó una ciencia nueva en absoluto, basada en los documentos y las actas. A principios del siglo XVIII, Montfaucon editó una obra capital, que no ha perdido importancia en nuestros días: la *Paleografía griega*. A la primera mitad del siglo XVIII se remonta, igualmente, la gran obra del benedictino Banduri —que vivió y escribió en París— *El Imperio de Oriente* ("Imperium Oriéntale") y también la importante obra del dominicano Le Quien, *El Oriente cristiano* ("Oriens Christianus"), donde se

reúnen datos muy ricos sobre la historia —y en especial sobre la historia de la Iglesia— del Oriente cristiano.

Así, hasta mediados del siglo XVIII, Francia se encontraba, sin discusión, a la cabeza del bizantinísimo, y varias obras de sus sabios de entonces han mantenido su importancia hasta nuestros días.

El Siglo XVIII. La Revolución y el Imperio.

Pero en el curso del mismo siglo, las circunstancias cambiaron. A Francia, al llegar a aquella "Edad de la Razón" señalada por su negación del pasado, por su esceptici smo religioso, por su crítica violenta del poder monárquico y de la autoridad religiosa, no podía interesarle ya Bizancio. Toda la historia de la Edad Media fue considerada entonces como época "gótica", bárbara, fuente de ignorancia y de tinieblas. Y Bizancio, dado el punto de vista preconcebido y convencional que se tenía a su respecto, proporcionaba a los espíritus avanzados de la Francia del siglo XVIII redoblados motivos de resentimiento contra el Estado bizantino. La idea de un poder monárquico absoluto en Bizancio y la profunda influencia del clero bizantino, eran, sobre todo, los elementos que los filósofos franceses del siglo XVIII no podían aceptar. No habiéndose ocupado nunca profundamente de historia bizantina, y no viendo sino su lado externo, a veces puramente anecdótico, los mejores ingenios del siglo XVIII formulaban juicios muy severos sobre la historia medieval de Bizancio. Voltaire, tras condenar la historia romana de la época imperial, añade que hay otra historia "más ridícula aun" que la romana según Tácito: la historia bizantina. Ese "indigno conjunto" no contiene más que declamaciones y milagros y "es el oprobio del espíritu humano, como el Imperio griego era el oprobio de la tierra. Los turcos son, al menos, más sensatos: vencieron, gozaron y escribieron muy poco". Montesquieu, historiador de mérito, escribe que a partir del principio del siglo VII, la historia del Imperio griego no es más que un tejido de revueltas, de sediciones y de perfidias".

También bajo la influencia de las ideas del siglo XVIII escribe, como se verá después, el célebre historiador inglés Gibbon.

La actitud desdeñosa y negativa que se empieza a tomar respecto a la historia de Bizancio en la segunda mitad del siglo XVIII sobrevive a la época de la Revolución . En el siglo XIX, tal modo de ver se torna, por decirlo así, en opinión corriente.

El celebre filósofo alemán Hegel (1770—1831) escribe en su Curso de *Historia de la filosofía*: "El Imperio bizantino estaba en el interior desgarrado por pasiones de toda suerte y en el exterior amenazado por los bárbaros, a quienes los emperadores sólo podían oponer una débil resistencia. El Estado se encontraba en una situación continuamente peligrosa, y nos ofrece un repugnante cuadro de flaquezas donde las pasiones miserables, e incluso absurdas, no dan nada grande, ni en las ideas, ni en los actos, ni en las personas. Revueltas de jefes, caídas de emperadores, arrastrados por aquellos o bien por las intrigas de los cortesanos; muertes o envenenamientos de soberanos debidos a sus propias esposas o a sus hijos, mujeres dando libre curso a toda clase de deseos y rebajándose a hechos deshonrosos, tales son las escenas que desarrolla ante nuestros ojos esa historia, hasta que el decadente edificio del Imperio romano de Oriente es demolido a mediados del siglo XV por la vigorosa potencia de los turcos".

Los hombres de Estado citaban Bizancio como un ejemplo imposible de seguir. Así, Napoleón I, en la época de los Cien Días (junio de 1815), hablaba a las Cámaras con las palabras siguientes: "Ayudadme a salvar la patria. No imitemos el ejemplo del Bajo Imperio, que, presionado de todos lados por los bárbaros, se hizo la irrisión de la posteridad ocupándose de discusiones abstractas en el momento en que el ariete destrozaba las puertas de la ciudad".

Hacia la mitad del siglo XIX, la opinión de los ambientes científicos respecto a la Edad Media se modificó. Después de la tormenta de la época revolucionaria y de las guerras napoleónicas, Europa contempló el Medievo de manera diferente. Se manifestó un interés profundo por el estudio

de aquella historia "gótica, bárbara", y se comenzó de nuevo a dedicar cierto interés a la historia bizantina medieval.

En la presente ojeada no cabe mencionar más que las obras generales concernientes a la historia de Bizancio. Los estudios monográficos más importantes se indicarán después de la exposición de los hechos en sí, al final de los capítulos respectivos.

Montesquieu.

En la primera mitad del siglo XVIII, uno de los más ilustres representantes de la "Edad de la Razón", Montesquieu (1689—1755), escribió sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y su decadencia,* aparecidas en 1734. La primera parte de esa obra ofrece un breve resumen ingeniosamente concebido y lleno de talento en la ejecución —aunque influido, desde luego, por las ideas del siglo XVIII— de la evolución de la historia romana desde los orígenes de Roma. Los cuatro últimos capítulos se consagran a la época bizantina, y el autor termina su exposición con la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. Este solo hecho muestra que Montesquieu, con razón, consideraba que la historia llamada bizantina no era sino la continuación directa de la historia romana. Según sus propias expresiones, sólo desde la segunda mitad del siglo VI procede llamar al Imperio romano "Imperio griego". Montesquieu juzga con extrema severidad la historia de este Imperio. Hemos citado ya uno de sus juicios. Para él, Bizancio presenta tal acumulación de vicios orgánicos en su estructura social, su vida religiosa y su organización militar, que sólo difícilmente se llega a imaginar cómo un mecanismo tan deteriorado pudo subsistir hasta mediados del siglo XV. Al hacerse él mismo esta pregunta en el capítulo XXIII y último, Montesquieu da como razones de la duración del Imperio las discordias de los árabes victoriosos; la invención del "fuego griego"; el floreciente comercio de Constantinopla y el establecimiento definitivo, en las orillas del Danubio, de varios pueblos bárbaros que, habiéndose fijado allí, servían de valladar contra otros bárbaros. "Así —escribe el autor—, mientras el Estado se hallaba postrado bajo un mal gobierno, causas particulares lo sostenían". El Imperio de los últimos Paleólogos, amenazado por los turcos, reducido a los arrabales de Constantinopla, recuerda a Montesquieu el Rin, "que no es más que un arroyo cuando se pierde en el océano".

Aunque no se ocupase especialmente de la historia de Bizancio, y aunque pagara tributo al movimiento ideológico del siglo XVIII, hostil a sabiendas a dicho Imperio, Montesquieu, sin embargo, nos ha legado páginas en extremo fecundas sobre la época del Imperio medieval de Oriente, y esas páginas se leen todavía ahora con mucho interés y provecho.

Uno de los más eminentes críticos de Montesquieu (Sorel) escribe, respecto a las *Consideraciones:* "Los capítulos sobre Bizancio no son más que una ojeada y un sumario; pero una ojeada genial y el sumario de una obra maestra"

Gibbon.

El mismo siglo XVIII dio a la Ciencia el nombre del historiador inglés Eduardo Gibbon (1737—1794), autor de la célebre obra: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano.* Gibbon ha dejado también una de las mejores autobiografías que existen. Su reciente editor inglés (Birkbeck Hill) ha dicho de ella: "Es tan corta, que puede leerse a la luz de un solo par de bujías; es tan interesante por su contenido y por los giros de espíritu y de estilo que desvela, que en su segunda y tercera lecturas ofrece un placer casi tan grande como en la primera".

Gibbon nació el 27 de abril de 1737, recibió la primera educación en Westminster y fue enviado en 1752 al Magdalen College, en Oxford. Tras corta permanencia en este lugar, marchó a Lausana, donde se instaló en casa de un calvinista. Los cinco años que allí permaneció dejaron una huella imborrable en su espíritu. Pasó la mayor parte de su tiempo en leer los clásicos y las obras históricas y filosóficas más serias y aprendió perfectamente el francés. Suiza se tornó para él en una segunda patria.

"Yo había dejado de ser inglés —escribe—. En esa tierna época de mi juventud, de los dieciséis a los veintiún años, todas mis opiniones, costumbres y sentimientos habían sido arrojados en un molde extranjero; el recuerdo débil y alejado de Inglaterra se había borrado casi. Mi misma lengua se me había vuelto menos familiar, y de buena gana hubiese aceptado la oferta de una independencia moderada al preci o de un destierro perpetuo".

En Lausana, Gibbon vio al "hombre más extraordinario de esta época, el poeta, el historiador y el filósofo", es decir, Voltaire.

De regreso en Londres, Gibbon publicó, en 1761, su primera obra, escrita en francés: *Ensayo sobre el estudio de la literatura*, que tuvo una acogida muy favorable en Francia y en Holanda, pero muy fría en Inglaterra.

Tras servir dos años y medio en la milicia de Hampshire, en el transcurso de las hostilidades que estallaron entre Francia e Inglaterra (la Guerra de Siete Años), Gibbon, en 1763, volvió, pasando por París, a su amada Lausana y el mismo año hizo un viaje a Italia, visitando Florencia, Roma, Nápoles, Venecia y otras ciudades italianas.

Su estancia en Roma tuvo primordial importancia para su posterior actividad científica, porque le sugirió la idea de escribir la historia de la Ciudad Eterna.

"El 15 de octubre de 1764 —escribe Gibbon—, yo estaba sentado, soñando, en medio de las ruinas del Capitolio, mientras los monjes descalzos cantaban vísperas en el Templo de Júpiter. En este instante brotó en mi espíritu por primera vez la idea de escribir la historia de la decadencia y caída de Roma".

El plan primitivo de Gibbon era escribir la historia de la caída de la ciudad de Roma y no del Imperio romano. Sólo algo después se ensanchó su concepción. Al fin, Gibbon escribió la *Historia del Imperio romano de Occidente y del Imperio romano de Oriente*, llevando la historia del último hasta la toma de Constantinopla en 1453.

De regreso por segunda vez en Londres, Gibbon empleó toda su actividad en reunir materiales para la obra que había meditado.

En 1776 apareció el primer volumen de su obra, que comenzaba por la época de Augusto. Su éxito fue extraordinario: la primera edición se agotó en pocos días. Según las propias palabras de Gibbon, su libro "se encontraba sobre todas las mesas y casi sobre todos los tocadores". Los volúmenes siguientes de su *Historia*, que contenían los capítulos sobre el cristianismo y en los cuales se esclarecían las ideas religiosas del autor —en relación, por supuesto, con el espíritu del siglo XVIII— desencadenaron una tempestad de críticas, sobre todo entre los católicos de Italia.

Gibbon había "acariciado siempre la idea" de que Lausana, "escuela de su juventud, se convirtiera en retiro de su edad avanzada". Veinte años después de su segunda partida de Lausana, Gibbon, teniendo bastantes recursos para llevar una vida independiente, volvió a su ciudad preferida, donde terminó su historia. He aquí los términos en que describe el autor el momento en que puso punto final a su obra de varios años: "El día, o más bien la noche del 27 de junio de 1787, entre las once y las doce de la noche, en el jardín de mi casa de verano, escribí las últimas líneas de la última página. Después de posar la pluma, di varios paseos bajo un plantel de acacias, desde donde la vista domina y se extiende por la campiña, el lago, las montañas. El aire era templado, el cielo sereno, el globo argentado de la luna se reflejaba en las aguas y toda la naturaleza estaba silenciosa. No disimularé mis primeras emociones de alegría en aquel instante de la recuperación de mi libertad, y acaso del establecimiento de mi reputación. Pero muy pronto mi orgullo fue humillado y una pensativa melancolía se apoderó de mi espíritu a la idea de que me había despedido de un antiguo y agradable compañero y de que, cualquiera que pudiese ser la duración futura de mi historia, la precaria vida del historiador no podía ser larga".

Entre tanto, estalló la Revolución Francesa, forzando a Gibbon a volver a Inglaterra, donde murió en enero de 1794.

Gibbon pertenece al corto número de escritores que ocupan lugar eminente tanto en literatura como en historia. Es un excelente estilista. Un bizantinista contemporáneo le compara a Tucídides y a Tácito.

Aunque reflejando, en general, las tendencias de su época, Gibbon expresa en su historia una idea que le es propia y define así: "Describo el triunfo de la barbarie y de la religión", o sea que, en otras palabras, el desarrollo histórico de las sociedades humanas a partir del siglo II de J.C. señalaría, según él, una regresión. Evidentemente, los capítulos de Gibbon sobre el cristianismo no tienen en la época actual un gran valor histórico. Pero no ha de olvidarse que, desde los tiempos de Gibbon, el número de documentos históricos ha aumentado extraordinariamente; que los problemas de la historia han cambiado; que ha aparecido la crítica de las fuentes; que la dependencia recíproca de aquélla y éstas ha sido reconocida y que las disciplinas auxiliares de la historia, como la numismática, la epigrafía, la sigilografía o ciencia de los sellos, y la papirología, han recibido derechos de ciudadanía. Todo esto debe tenerse presente en el ánimo cuando se lee la historia de Gibbon.

Gibbon, que no poseía lo bastante la lengua griega, tenía para la época anterior al 518 —año de la muerte del emperador Anastasio I— un excelente predecesor y guía, al que debe mucho: el historiador francés Tillemont, autor de una obra, famosa en su tiempo, sobre la *Historia de los emperadores* (seis volúmenes, Bruselas, 1692), que llegaba hasta 518. Gibbon escribió la parte de su historia correspondiente a esa época, con más detalles y más cuidado.

Pero en la historia posterior, es decir, la del Imperio romano de Oriente o bizantino, que para el caso es lo que nos interesa más, Gibbon, que halló obstáculos mucho más difíciles de vencer y se encontraba muy sometido a la influencia de las ideas del siglo XVIII, no logró llevar a cabo su tarea con pleno éxito.

El historiador inglés Freeman escribe: "Gibbon, con todas sus extraordinarias facultades de síntesis y condensación, que no aparecen en sitio alguno de manera tan enérgica como en sus capítulos bizantinos; con sus vividas descripciones; con su arte de sugestión, aun más penetrante, posee, incluso, un estilo que de seguro no puede inspirar consideración y estima para los personajes y los períodos de que habla, ni conducir a numerosas personas a estudiarlos de manera más detallada. Su innegable talento, hecho de burlas y depreciaciones, le guía a todo lo largo de su obra. Subraya de modo excesivo las anécdotas que muestran el lado débil o risible de una cierta época o un cierto personaje y es incapaz de admirar con entusiasmo a alguien o a algo. Casi toda su historia, contada de esa manera, ha de dejar penetrar en el ánimo del lector, ante todo, su lado vil. Quizá ninguna historia habría podido pasar sin daño a través de semejante prueba y la historia bizantina era, entre todas, la menos capaz de soportar parecido trato".

Por todas esas razones, la historia bizantina, expuesta por Gibbon con cuantas particularidades son propias a éste, queda presentada por él bajo una falsa luz. La historia privada y los asuntos de familia de todos los emperadores, desde los hijos deHeraclio a Isaac el Ángel, aparecen condensados en un solo capítulo. "Tal manera de tratar la cuestión corresponde en absoluto con la actitud despreciativa del autor hacia el Imperio bizantino, o Bajo Imperio", escribe Bury.

El punto de vista de Gibbon sobre la historia interior del Imperio a partir de Heraclio no sólo peca por su carácter superficial, sino que falsea por completo la presentación e interpretación de los hechos. Con todo, no ha de perderse de vista que, en tiempos de Gibbon, había épocas enteras aun en sombras y sin trillar: así la época de la disputa de las imágenes, la historia social de los siglos X y XI, etc. Pese a los graves defectos y lagunas de la obra, y en especial si éstos se tienen siempre presentes en el ánimo, el libro de Gibbon puede ser leído con fruto e interés incluso en nuestros días.

La primera edición de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano,* de Gibbon, apareció en seis volúmenes, en Londres, de 1776 a 1788, y desde entonces se sucedieron una serie de ediciones. A fines del siglo XIX, el bizantinista inglés Bury reeditó la *Historia* de Gibbon, dotándola de comentarios preciosos y de gran número de adiciones interesantes y nuevas sobre

diversas cuestiones, así como de un índice perfecto (Londres, 1896—1900, 7 vols.). El fin de Bury era mostrar prácticamente los progresos de la ciencia histórica desde la época de Gibbon. La obra de este último está traducido a casi todas las lenguas europeas. Hasta la aparición de la edición de Bury, era la traducción francesa la que presentaba más interés, gracias al comentario crítico e histórico del célebre historiador y estadista francés Guizot. Esa traducción apareció, en crece volúmenes, en París, en 1828. En lengua rusa, la *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano,* traducida por Nieviedomski, se publicó en Moscú, en siete volúmenes, en los años 1883—1886.

Lebeau.

La actitud negativa manifestada respecto a Bizancio por los mejores representantes del pensamiento francés del siglo XVIII, no impidió al francés Lebeau, en la segunda mitad del mismo siglo, exponer en veintiún volúmenes, y con abundancia de detalles, los hechos de la historia bizantina. Lebeau, que no conocía bien la lengua griega, se sirvió, en general, de traducciones latinas y manejó las fuentes sin preocupación críti ca alguna. Dio a su compilación el título de *Historia del Bajo Imperio* (1757—1786), y ese título fue por largo tiempo el símbolo de la actitud desdeñosa que se mantenía respecto al Imperio bizantino (ya que la palabra *Bajo* tiene, en efecto, dos sentidos, según se piense en el espacio o en el tiempo. Lebeau pensaba en el primer sentido, el peyorativo). La *Historia* de Lebeau, continuada por otra persona hasta alcanzar veintisiete volúmenes, no tiene hoy gran importancia.

En el siglo XIX, la obra se publicó de nuevo (21 vols., París, 1824—1836), previa revisión y con aditamentos debidos a fuentes orientales. De esto se encargaron los dos orientalistas Saint—Martin y Brosset, el primero especialista de historia armenia y el segundo de historia georgiana. La nueva edición, merced a las numerosas adiciones proporcionadas por las fuentes orientales, sobre todo armenias, puede presentar algún interés, incluso hoy.

Royou.

En la época napoleónica apareció en francés la compilación, en 9 volúmenes, de

J.C. Royou —periodista y abogado bajo el Directorio, y censor teatral bajo la Restauración—, que lleva el mismo título que la de Lebeau: *Historia del Bajo Imperio desde Constantino hasta la toma de Constantinopla en 1453* (París, año XII, 1803). El autor, después de declarar en el prefacio que la mayoría de las historias escritas en francés deben ser rehechas y refundidas, sobre todo las del "Bajo Imperio", arremete contra Lebeau, a quien "a pesar de algunos méritos, apenas puede leérsele". Según Royou, Lebeau ha olvidado que "la historia no debe ser el relato de los acontecimientos que han pasado en el mundo entero, sino de los que presentan algún interés. Lo que no tiene por objeto la instrucción ni el placer, debe, sin titubeos, ser sacrificado".

El autor estima que "observando las causas de la caída de los Estados, se pueden hallar los medios de evitarla, o al menos de retardarla". "Finalmente, en Constantinopla se puede, por decirlo así, seguir, con cierto placer, la sombra del Imperio romano, y ese espectáculo atrae hasta el último momento". Esta obra de Royou, poco original y a menudo anecdótica, no va acompañada de referencia alguna. Por las opiniones citadas cabe darse cuenta del poco valor de la obra de Royou.

Finlay.

Las obras generales de alguna importancia que tratan de la historia de Bizancio, no empiezan a aparecer sino hacia mediados del siglo XIX.

La historia bizantina adelanta un gran paso con los libros del historiador Jorge Finlay, autor de una *Historia de Grecia desde la conquista romana hasta nuestros días* (de 146 a. C. a 1864). Finlay, como Gibbon, ha dejado una autobiografía donde cabe averiguar los principales hechos de su apasionante existencia, que ejerció un influjo seguro sobre la creación de su obra. Finlay nació en

Inglaterra en diciembre de 1799, y allí recibió su primera educación. Después, deseando hacerse abogado, fue a perfeccionarse en Derecho romano en la ciudad alemana de Goettingen. El tío del joven Finlay le dijo al despedirse: "Ea, Jorge, espero que te apliques al Derecho romano. Pero supongo que visitarás Grecia antes de que yo vuelva a verte". Las palabras del tío resultaron proféticas. La revolución griega, que estallaba entonces, atraía sobre Grecia la atención de toda Europa. En vez de aplicarse al Derecho romano, Finlay leyó obras sobre Grecia, estudió la lengua griega y decidió, en 1823, visitar Grecia, para estudiar la vida del pueblo que le había seducido y también para ilustrarse sobre las posibilidades de éxito de la insurrección griega.

Durante su estancia en Grecia en 1823—24, Finlay encontró muchas veces a Byron, que, como todos saben, había ido a defender la causa de aquella nación y allí halló un fin prematuro. En 1827, tras una corta temporada en Inglaterra, Finlay volvió a Grecia, participando en la expedición del general Gordon para desbloquear Atenas. Al fin, la llegada del conde Capo d'Istria en calidad de presidente de la República griega, y la protección de tres grandes potencias, dieron a los griegos la promesa, con palabras de Finlay, de "una época de progreso apacible". Proheleno convencido, animado de una fe profunda en el porvenir del nuevo Estado, Finlay, en su entusiasmo, decidió establecerse para siempre en el suelo de la antigua Hélade, y adquirió en Grecia una propiedad en la que gastó toda su fortuna. En esa época concibió la idea de escribir la *Historia de la revolución griega.* Finlay murió en Atenas en enero de 1876. Su deseo de escribir una historia de la revolución griega le había forzado a ocuparse del pasado de Grecia. Poco a poco se vieron aparecer, gracias a la pluma de Finlay, una serie de trabajos monográficos sobre la historia griega. En 1844 publicó *Grecia bajo los romanos* ("Greece under the Romans"), que abarcaba los sucesos comprendidos entre el 146 a.C. y el 717 d.C. En 1854 se editó su obra en dos volúmenes, *Historia de Bizancio y del Imperio griego* desde 761 a 1455. Siguieron dos obras sobre la historia griega moderna y contemporánea. Más tarde, el autor revisó todas sus obras y preparó una nueva edición. Pero murió antes de realizar plenamente su sueño. Después de su muerte, su *Historia de Grecia desde la conquista romana hasta nuestros días.* (146 a.C.—1864) fue editada por Tozer en 1877 en siete volúmenes, Tozer publicó en el primer tomo la autobiografía de Finlay. Esta última edición es la que debe utilizarse hoy. Para Finlay, la historia de Grecia bajo la dominación extranjera "nos narra la decadencia y las desgracias de esta nación que, en la antigüedad, alcanzó el más alto grado de civilización". Dos mil años de sufrimientos "no han podido borrar el carácter nacional, ahogar el amor propio nacional. La historia de un pueblo que ha conservado durante siglos su lengua, su nacionalidad y una energía resucitada con bastante potencia para permitirse formar un Estado independiente, no debe desdeñarse. La vida de Grecia durante los largos años de su esclavitud no ha sido la vida de un pueblo uniformemente degenerado. Bajo la dominación de los romanos, y después bajo la de los turcos, los griegos no representan más que un elemento ínfimo en un inmenso Imperio. Dado su carácter pacífico, no desempeñan un papel político considerable, y las numerosas revoluciones y revueltas de importancia que se producen bajo los emperadores y los sultanes no ejercen influencia directa sobre Grecia. Por eso, ni la historia general del Imperio romano ni la historia general del Imperio otomano forman parte integrante de la historia griega. Muy diversamente sucedió bajo los emperadores bizantinos: entonces los griegos se identificaron, por decirlo así, con la administración i mperial. Esos cambios en la situación política de la nación griega en el curso de las edades, exigen al historiador que use métodos diferentes para exponer a la luz los rasgos característicos de los diversos períodos".

Finlay divide la Historia de Grecia bajo la dominación extranjera en seis períodos:

1. El primer período abraza la historia de Grecia bajo la dominación de Roma. Este período de la influencia preponderante de Roma no termina sino en la primera mitad del siglo VIII, con el advenimiento de León el Isáurico, que da un carácter nuevo a la administración de Constantinopla.

2. El segundo período abarca la historia del Imperio romano de Oriente bajo su nueva forma, con el nombre convencional de Imperio bizantino. La historia de ese despotismo mitigado, renovado y vuelto a renovar por los emperadores iconoclastas, presenta una de las lecciones más notables e instructivas de la historia de las instituciones monárquicas. En tal período, la historia de

Grecia se mezcla íntimamente a los anales del gobierno imperial, de donde se desprende que la historia del Imperio bizantino forma parte de la historia del pueblo griego. La historia de Bizancio dura desde León el Isáurico (715) hasta la toma de Gonstantinopla por los cruzados (1204).

3. Después de la caída del Imperio romano de Oriente, la historia de Grecia sigue caminos divergentes y varios. Los griegos desterrados de Constantinopla ("romano—griegos", dice Finlay), se refugiaron en Asia, instalaron su capital en Nicea, continuaron la administración imperial en algunas provincias según el antiguo modo y las antiguas denominaciones, y recuperaron Constantinopla al cabo de una sesentena de años. Pero aunque su gobierno conservase orgullosamente el apelativo de Imperio romano, no eran más que sus representantes degenerados, incluso en relación al Estado bizantino. Este tercer período puede ser llamado "el Imperio griego de Constantinopla". Su impotente existencia fue aniquilada por los turcos osmanlíes con la toma de Constantinopla en 1453.

4. Los cruzados, después de conquistar la mayor parte del Imperio bizantino, se distribuyeron sus conquistas con los venecianos y fundaron el Imperio latino de Romania, con principados feudales en Grecia. La dominación de los latinos es un h echo muy importante, que muestra bien la decadencia de la influencia griega en Oriente y en el cual reside a la vez la causa del rápido empobrecimiento y disminución de la nación griega. Este período dura desde la toma de Constantinopla por los cruzados, en 1204, a la conquista de la isla de Naxos por los turcos, en 1566.

5. La toma de Constantinopla en 1204 llevó a la fundación de un nuevo Estado griego en las provincias orientales del Imperio bizantino, conociéndose tal Estado por el nombre de Imperio de Trebisonda. La existencia de éste representa un curioso episodio de la historia griega, aunque su gobierno se hiciese notar por particularidades delatoras del influjo de costumbres asiáticas más que europeas. Ofrece, en efecto, mucha semejanza con los reinos armenios y georgianos. Durante dos siglos y medio, el Imperio de Trebisonda ejerció una influencia bastante grande, fundada más en su situación y sus recursos comerciales que en su fuerza política o su civilización griega. Su existencia gravitó poco sobre el destino de Grecia y su caída en 1461 produjo escasas lamentaciones.

6. El sexto y último período de la historia de Grecia bajo la dominación extranjera, se prolonga de 1453 a 1821 y abarca la época del gobierno turco y la ocupación temporal del Peloponeso por la República Veneciana, de 1685 a 1715.

Como se ha hecho notar más arriba, la obra de Finlay señala un gran progreso en el estudio de la historia de Bizancio. Si bien su división de la historia griega en períodos es, como toda división esquemática de este género, discutible, el autor, sin duda, tiene el mérito de haber sido el primero en atraer la atención sobre la historia interna del Estado bizantino, es decir, sobre sus instituciones jurídicas, sociales, económicas, etc. Cierto que no se trata de una serie de estudios profundos y originales —no existentes, por otra parte, ni aun a la hora de hoy—, y cierto también que la mayoría de las páginas que Finlay consagra a la historia interior tienen a veces como fundamento consideraciones generales y analogías con sucesos de la historia contemporánea reciente. Pero Finlay ofrece el gran mérito de haber sido el primero en indicar y promover varios problemas de historia interior bizantina de máximo interés. La historia de Finlay se lee hoy todavía con provecho, pese a que el autor acometió el estudio de la historia bizantina sino porque no podía de otro modo relatar la historia griega moderna.

"Por la profundidad y originalidad de sus investigaciones —dice el historiador inglés Freeman—, por su notable aptitud para apurar un tema y sobre todo por el espíritu valeroso e independiente de sus búsquedas, Finlay se clasifica entre los primeros historiadores de nuestro tiempo. Su libro aparece como una de las más puras (*sterling)* obras maestras de nuestro siglo. Si se toman en consideración todas l as circunstancias —la extensión de la concepción y las dificultades de la puesta en práctica—, el libro de Finlay aparece como una de las más grandes obras históricas que la literatura inglesa haya dado desde la época de Gibbon (esto se escribía en 1855). Finlay pasó su vida en el país y en medio del pueblo que describió. Quizá ninguna obra histórica haya sido tan

directamente deudora a los fenómenos prácticos del mundo contemporáneo. Viviendo en Grecia, este hombre de espíritu observador y valeroso, más jurista y economista que sabio profesional, se vio obligado a meditar sobre el estado del país que habitaba y a describir en orígenes milenarios las causas de lo que veía. Leyendo las obras de Finlay, se ve fácilmente cuánto ese pueblo ha ganado y perdido a causa de las circunstancias particulares en que ha estado integrado. Ninguna obra escrita por un sabio o un político ordinarios ha podido aproximarse nunca a la fuerza innata y la originalidad de esa de un pensador retirado del mundo, que estudiaba, meditaba y relataba los sucesos de dos mil años para poder resolver los problemas que veía situarse ante su propia puerta".

En las últimas palabras, Freeman señala a lo vivo una de las particularidades características de Finlay, quien, sirviéndose de sobrevivencias antiguas en el presente, trataba de explicar fenómenos análogos en el pasado.

Paparrigópulos.

A mediados del siglo XIX, la atención de los especialistas fue atraída por la obra de un sabio griego de mérito, profesor en la Universidad de Atenas, Paparrigópulos, quien había de consagrar toda su vida al estudio de la historia del pasado de su país.

Ya en el segundo cuarto de siglo había publicado obritas históricas llenas de interés, como *De la instalación de algunas tribus eslavas en el Peloponeso* (Atenas, 1843). Pero esos no eran más que trabajos preparatorios de su gran obra. La principal tarea de su vida consistió en escribir la historia de su país y el resultado de treinta años de trabajo fue la publicación en cinco tomos de su *Historia del pueblo griego desde los tiempos más antiguos hasta la época contemporánea.* Han aparecido después varias ediciones. La más reciente es la de Karolides, Atenas, Atenas, 1925). Esta obra expone la historia del pueblo griego hasta 1832. Libro bastante voluminoso, y escrito en griego moderno, no era accesible a la mayoría de los lectores. Así, Paparrigópulos presentó en francés los resultados principales de su trabajo en un único tomo publicado bajo el título de *Historia de la civilización helénica* (París, 1878). Poco antes de su muerte, el autor empezó a escribir otro trabajo semejante en lengua griega, pero murió antes de haberlo podido terminar. Después de su muerte, el libro se publicó en Atenas con el siguiente título: *Los resultados más instructivos de la historia del pueblo griego* (Atenas, 1899). Se trata de una especie de resumen, revisado en algunos lugares, de lo expuesto por el autor con más detalle en sus cinco volúmenes.

Los volúmenes II, III, IV y V de la obra principal son los que tienen relación con la época bizantina.

A pesar de su carácter netamente tendencioso, la obra de Paparrigópulos es muy digna de mención. El autor, patriota convencido, examina la historia desde el punto de vista puramente nacional. En todos los fenómenos importantes ve un principio griego y considera la influencia romana como accidental y superficial. La época de los emperadores iconoclastas es objeto particular de su atención y favor exclusivos. Sin detenerse en el lado meramente religioso de la cuestión, el sabio griego ve en ese movimiento una verdadera tentativa de reforma social, salida del subsuelo del espíritu griego, y, en su entusiasmo, asegura que "en el fondo, la reforma helénica del siglo VIII, haciendo abstracción de los dogmas esenciales de la fe, fue, desde el punto de vista de los cambios sociales, mucho más amplia y sistemática que la Reforma que se produjo más tarde en la Europa occidental y que predicó principios y doctrinas que se encuentran, con sorpresa, en el siglo VIII". Pero semejante reforma fue demasiado atrevida y radical para la sociedad bizantina, y ello produjo, después de la época iconoclasta, una reacción. Por eso la dinastía macedónica tuvo en la historia de Bizancio un valor esencialmente conservador. El helenismo conservó su fuerza durante la Edad Media. No hubo causa interna en la caída de Constantinopla en 1204; la capital del Estado cedió meramente a la fuerza bruta material de los cruzados. Si aquel desgraciado suceso de 1204 asestó un golpe al "helenismo bizantino", por lo contrario, a poco tiempo, el primer lugar se halla ocupado por el "helenismo contemporáneo", cuya posteridad inmediata resultan ser los griegos del siglo XIX. Así, según Paparrigópulos, el helenismo vivió, en una u otra forma, una vida llena de vigor

durante toda la historia bizantina. Naturalmente, el entusiasmo del patriota griego no ha dejado de influir mucho en la obra del sabio. Sin embargo, su gran *Historia del pueblo griego y su Historia de la civilización helénica,* en francés, son libros valiosos a pesar del carácter tendencioso indicado más arriba. El mérito principal de Paparrigópulos consiste en el hecho de haber mostrado la mucha importancia y complejidad del movimiento iconoclasta. Pero, en cierto sentido, su *Historia* no es de fácil uso: no tiene índice ni notas, y por consecuencia, la comprobación de sus expresiones, es singularmente difícil de interpretar y en especial delicada en sus conclusiones.

Hopf.

En el número de los sabios concienzudos y laboriosos que sobresalen, a mediados del siglo XIX, en el dominio del bizantinismo, es preciso alinear al profesor Carlos Hopf (1832—1873).

Hopf, de origen westfaliano, era hijo de un profesor de liceo especializado en el estudio de Homero. Desde su primera infancia mostró una memoria prodigiosa y dones extraordinarios para las lenguas extranjeras. Después de terminar sus estudios en la universidad de Bonn, quedó en ella en calidad de "profesor adjunto" y se entregó con entusiasmo al cumplimiento de la tarea de su vida científica: el estudio de la historia de Grecia bajo la dominación franca, o sea a partir de 1204. En 1853—54, Hopf emprendió su primer viaje a la Italia del Norte, vía Viena. En esa región, que se encontraba entonces bajo la hegemonía austríaca, trabajó con asiduidad, sobre todo en los archivos particulares. El resultado de su labor fue una serie de monografías consagradas a las historias respectivas de los señoríos francos en Grecia y en las islas del Egeo, y también la publicación de los archivos referentes a esas cuestiones.

Nombrado profesor en Greifswald y luego bibliotecario y profesor en la Universidad de Koenigsberg, Hopf siguió ocupándose de la Edad Media. En su segundo viaje científico, en 1861 a 1863, visitó Génova, Nápoles, Palermo, Malta, Corfú, Zante, Syria, Naxos y Grecia, donde reunió un conjunto considerable de manuscritos. De vuelta a su país, Hopf comenzó a discriminarlos, pero su salud se quebrantó, muriendo en agosto de 1873, en Wiesbaden, cuando estaba en plena madurez y en plena potencia creadora. Había publicado un número apreciable de monografías y artículos y gran número de documentos de la época franca.

La obra capital de Hopf es *Historia de Grecia desde la Edad Media hasta la época contemporánea* ("Geschichte Griechenlands vom Beginne des Mittelalters bis auf die neuere Zeit", 1867—68).

La *Historia de Grecia,* de Hopf, impresiona desde el principio por la vasta documentación del autor, sobre todo en las partes de su libro donde utiliza la rica colección de los manuscritos que reunió. Consagra lo más de su obra a la historia de la dominación franca en Oriente. Su exposición se apoya en una cantidad considerable de manuscritos y archivos. Hopf es, sin duda, el primero que ha narrado en detalle la historia externa de aquella dominación, no sólo en los centros principales, sino también en las pequeñas islas del mar Egeo. No estando editados todos los manuscritos reunidos por Hopf, ciertas partes de su libro, escritas por él según fuentes inéditas, pueden ser consideradas por sí mismas como fuentes originales.

De esa misma historia se analiza con detalle la cuestión de los eslavos en Grecia. En tal parte de su libro, Hopf opone hechos y pruebas a la famosa teoría de Fallmerayer, según la cual la sangre de los griegos contemporáneos no contiene una sola gota de sangre helena antigua, y según la cual también los griegos contemporáneos son descendientes de eslavos y albaneses que invadieron Grecia en la Edad Media.

Por desgracia, esta obra capital de Hopf se publicó en la colección anticuada y poco conocida que se denomina *Enciclopedia general de las ciencias y las artes,* de Ersch y Gruber ("*Ersch—Gruber Allgemeine Encyklopadie der Wíssenschaften und Künste"*, t. LXXXV y LXXXVI). La edición, poco cuidada, de la *Historia* de Hopf, no sólo no posee el índice indispensable a su estudio, sino que ni siquiera va seguida de un cuadro de materias, con lo que el uso de este trabajo presenta grandes dificultades materiales. Además, la edición de Hopf, tal como la poseemos, no fue

probablemente preparada por el autor, y así los materiales están dispuestos en orden poco claro, la dicción es seca y tosca y el libro se lee con dificultad. Pero la inmensa cantidad de documentos nuevos e inéditos que Hopf ha introducido en su obra, y que descubren páginas nuevas de la historia griega de la Edad Media en la época de la dominación franca, permiten considerar este libro del sabio alemán como una obra de extrema importancia. La atención del autor se concentra, sobre todo, en los acontecimientos exteriores.

Hopf murió sin haber podido utilizar ni editar todo el material manuscrito que había reunido. Hoy, la herencia manuscrita de Hopf se halla en la Biblioteca Nacional de Berlín y ofrece un rico material de documentación a los historiadores.

La historia de Hopf no está al alcance del público en general, porque es demasiado árida y demasiado erudita y está publicada en una enciclopedia poco conocida. Hay sabios alemanes que, sirviéndose de las obras de Hopf, han dado una perspectiva de la historia griega de la Edad Media, es decir, de la historia de Bizancio, en una forma más accesible. Entre esos historiadores deben mencionarse dos: Herizberg y Gregorovius.

Hertzberg.

Hertzberg, después de ocuparse de la historia de la Grecia antigua y de Roma, pasó en seguida a la Edad Media y escribió dos obras de carácter general: primero, H*istoria de Grecia desde el fin de la antigüedad hasta nuestros días* (“Geschichte Griechenlands seit dem Absterben des antiken Lebens bis zum Gegenwart”, Gotha, 1876—79, 4 tomos), y segundo. *Historia de Bizancio y del Imperio turco osmanlí hasta fines del siglo XVI* (“Geschichte der Byzantiner und des Osmanischen Reiches bis gegen Ende des sechszehnten Jahr—hunderts”, Berlín, 1883). Estas dos obras, sin constituir un estudio original propiamente dicho, han introducido, valga la frase, varios resultados de los trabajos de Hopf en un círculo más vasto de lectores, ya que están escritos con dicción mejor y más fácil. La segunda obra ha aparecido en ruso, traducida por P. V. Bezobrasov, con comentarios y adiciones, bajo el título; G. F. Heitzberg, *Historia de Bizancio,* Moscú, 1896. Lo que hace preciosa la traducción rusa de esta obra con relación al original, es que Besobrasov, en sus comentarios, no sólo indica la bibliografía más reciente sobre el tema, sino que introduce adiciones comprendiendo los resultados principales de los trabajos de los sabios rusos en el dominio de la historia interior de Bizancio, que Hertzberg había dejado de lado. Así, hallamos datos valiosos sobre el Gran Palacio, el ceremonial de la Corte, las corporaciones de artesanos y comerciantes, los labriegos, las comunidades rurales, el Código rural, los medios de defensa de las propiedades rústicas, la servidumbre de la gleba, la condición de los siervos, las tierras de los colonos, el catastro, el sistema de impuestos y los abusos de autoridad de los funcionarios del fisco.

La última obra de Hertzberg, sobre todo en su traducción rusa, es muy útil para la iniciación en la historia de Bizancio.

Gregorovius.

El otro sabio que utilizó los trabajos de Hopf como base de su obra fue F. Gregorovius, ya antes célebre con justicia por su gran obra sobre la Historia de Roma en la Edad Media. Sus trabajos acerca de la Historia de la Roma medieval sugirieron al autor la idea de acometer la historia medieval de otro centro de civilización antigua: Atenas. El resultado de este último estudio fue la *Historia de la ciudad de Atenas en la Edad Media* (“Geschichte des stadt Athen im Mittelalter”, 2 vols., Stuttgart, 1889). El libro de Gregorovius se apoya en la labor de Hopf, “base sólida de todos los trabajos que en esta esfera se han sucedido hasta aquí, así como de los que se emprendan en el porvenir”. Pero Gregorovius introduce también en su obra el estudio de la civilización del país, de lo que Hopf, como sabemos, no se había ocupado. Gregorovius llega brillantemente al objetivo que se propone. Sirviéndose de materiales puestos al día por Hopf, presenta una bien compuesta exposición de la historia de Atenas en la Edad Media, sobre el fondo general de la historia de Bizancio, y eslabona los sucesos hasta la proclamación del reino griego en el siglo XIX.

La obra de Gregorovius puede ser leída con provecho por todos los que se interesen en la historia de Bizancio.

Bury.

J. B. Bury, nacido en 1861, fue designado en 1893 profesor de historia moderna en Trinity College, Dublín, y en 1902 nombrado profesor real de moderna en la Universidad de Cambridge. Escribió, aparte de otras obras ajenas a la esfera del bizantinismo, tres volúmenes sobre la *Historia general de Bizancio,* abarcando los acontecimientos comprendidos entre 395 y 867. Los dos primeros tomos aparecieron en 1889 con el título de *Historia del Imperio romano desde Arcadio a Irene* ("A History of the later Román Empire from Arcadius to Irene", Londres, 1889). En ellos se exponen los sucesos hasta el año 800, fecha de la coronación de Carlomagno por el Papa León III, en Roma. "Nadie estaba preparado para la revelación de la amplitud y profundidad de los estudios bizantinos de Bury cuando aparecieron, en 1889, los dos tomos de su *Historia del Bajo Imperio.* Era una obra sorprendente, una obra que desbrozaba nuevas sendas, y con ella estableció Bury su reputación de historiador". El tercer tomo apareció 23 años más tarde bajo el título de *Historia del Imperio romano de Oriente desde la caída de Irene hasta la exaltación de Basilio I* ("A History of the Eastern Román Empire from the fall of Irene to the accession of Basil I", Londres, 1912). Este volumen versa sobre el período comprendido entre el 802 y el 867. En 1923 se imprimió una segunda edición de los dos primeros tomos, incluyendo sólo los acontecimientos sucedidos hasta el reinado de Justiniano (565 d. C.). No es una nueva edición revisada y aumentada, sino casi una obra nueva sobre los principios de la historia bizantina. El primero de esos dos volúmenes podría, según el autor, titularse *La conquista de la Europa occidental por los germanos,* y el segundo, *La época de Justiniano.* La historia del período 565—800 no ha sido reeditada aún. El autor, evidentemente, se proponía escribir una historia bizantina de gran envergadura. Pero, por desgracia, Bury murió en Roma el 1 de junio de 1927.

Bury aparece en su obra como el representante de la justa idea de la continuidad del Imperio romano desde el siglo I al XV. La historia no tiene ningún período, dice Bury en el prefacio de su primer tomo, que haya sido tan oscurecido por apelativos falsos e imprecisos como el período del Bajo Imperio romano. El hecho de que obstinadamente se haya aminorado la importancia de esa historia y se haya presentado su carácter a una falsa luz, resulta, en más de lo que podría suponerse, de los nombres impropios que se la ha aplicado. El primer paso hacia el entendimiento de la historia de los siglos a través de los cuales el mundo pasó de la antigüedad a los tiempos modernos, ha sido dado cuando se ha comprendido que el antiguo Imperio romano no había cesado de existir hasta 1453. En el trono se sucedieron, en orden interrumpido, una serie de emperadores romanos, desde Octavio Augusto hasta Constantino Paleólogo, último emperador bizantino. Hoy, ese hecho esencial está oscurecido por los nombres de bizantino y griego aplicados al Bajo Imperio. Los historiadores que se atienen al nombre de *Imperio bizantino* no están acordes en determinar dónde termina el Imperio romano y dónde empieza el Imperio bizantino. El límite elegido entre las respectivas historias es, ora la fundación de Constantinopla por Constantino el Grande, ora la muerte de Teodosio el Grande, ora el reinado de Justiniano, ora, como quiere Finlay, la exaltación de León el Isáurico al trono. Y el historiador que acepta una división de éstas no puede afirmar que no tenga razón el que adopte otra, porque todas son puramente arbitrarias. El Imperio romano no terminó antes de 1453, y las expresiones *Imperio bizantino, griego, romano o greco—romano* no hacen sino oscurecer un hecho muy importante y generar graves confusiones.

Tales consideraciones llevan a Bury a dar a sus dos primeros volúmenes, que guían al lector, como se dijo, hasta el año 800, el título de *Historia del Bajo Imperio romano.* En el año 800, Carlomagno fue proclamado emperador en Roma. Por esa razón se puede, a contar de esa época, llamar a los dos imperios rivales Imperio de Occidente e Imperio de Oriente. Por desgracia, el apelativo de Imperio romano de Oriente se aplica a menudo a tal o cual época con la que no cuadra en absoluto tal nombre. Así, se habla del Imperio romano de Oriente o de Occidente en el siglo V, o bien de la caída del Imperio de Occidente en el 476. Semejantes afirmaciones, aunque consagradas

por la autoridad de ingenios eminentes, son erróneas y engendran confusiones. Veamos en qué consiste su impropiedad: en el siglo V el Imperio romano era uno e indivisible. Podría haber más de un emperador, pero nunca hubo dos imperios. Hablar de dos imperios en el siglo V sería presentar con un aspecto totalmente falso la teoría del poder imperial. Nadie habla de dos imperios romanos en los tiempos de Constancio y Constante (los sucesores de Constantino el Grande), y las relaciones políticas que existían entre León I y Antemio eran las mismas que existían entre los hijos de Constantino. Los emperadores podían ser independientes uno de otro y hasta hostiles entre sí; pero la unidad del Imperio que gobernaban no se rompió, teóricamente, nunca. El Imperio no dejó de existir el 476, fecha que no hizo más que señalar un grado, y no el más importante, en el proceso de desintegración que persistió durante todo un siglo. La abdicación de Rómulo Augústulo no hizo vacilar el Imperio romano, ni mucho menos contribuyó a la caída del Imperio. Es lamentable que, siguiendo a Gibbon, quien habla de la "caída del Imperio de Occidente", varios escritores contemporáneos hayan adoptado este término. El Imperio romano existió desde el siglo I hasta mediados del XV. Y sólo a partir del 800 se le puede llamar Imperio romano de Oriente, a causa de la fundación de otro Imperio romano en Occidente. Bury da a su tercer volumen, que expone los sucesos posteriores al 802, el título de *Historia del Imperio romano de Oriente,* a diferencia de sus dos primeros tomos.

Después de hacer observar el desprecio que los historiadores y los filósofos, a partir del siglo XVIII, consagran a Bizancio, Bury señala que, por ese hecho, demuestran un desconocimiento completo de uno de los factores más importantes del desarrollo de la civilización de la Europa occidental, a saber, la influencia del Bajo Imperio romano y de la Roma moderna.

Desde luego, la opinión de Bury no es del todo nueva. La continuidad del Imperio romano hasta el siglo XV había sido ya reconocida antes, como lo hizo Montesquieu en sus *Consideraciones* sobre las causas de la grandeza de los romanos y su decadencia. Pero Bury ha valorado esa tesis con una fuerza singular, desarrollándola en toda su obra.

El libro de Bury merece muy particular atención. Al exponer los destinos de la mitad oriental del Imperio, sigue a la vez, hasta el 800, los sucesos de la mitad occidental, lo que evidentemente corresponde por entero a su manera de concebir la unidad del Imperio romano. No se contenta sólo con la histori a política y consagra capítulos enteros a los problemas de la administración, la literatura, la vida social, la geografía, el arte, etc. Los dos primeros capítulos de la segunda edición, dedicados a la constitución imperial y a la organización administrativa, son considerados por un eminente especialista de la historia del Imperio romano como "la mejor y más breve descripción de las condiciones generales de la vida en el Bajo Imperio romano".

Bury tenía un conocimiento perfecto del húngaro, el ruso y otras lenguas eslavas, y, en consecuencia, en el tercer volumen de su historia pone a contribución todas las obras rusas y búlgaras concernientes a la historia de Bizancio.

Lambros.

Espiridión Lameros, sabio griego contemporáneo, nacido en Corfú en 1851 y muerto en 1919, profesor en la universidad de Atenas, editor infatigable de documentos manuscritos y de textos históricos, autor de un catálogo de los manuscritos griegos del Athos, etc., escribió entre 1886 y 1908 los 6 volúmenes de su *Historia ilustrada de Grecia, desde los tiempos más remotos a la toma de Constantinopla* (Atenas, 18861908, 6 tomos). La obra de Lambros, dedicada sobre todo al público en general, expone clara y metódicamente los acontecimientos de la historia bizantina hasta el fin de la existencia del Imperio de Bizancio. El autor no indica las fuentes. El texto va ilustrado con numerosas láminas. La actividad y la importante obra de Lambros no han sido apreciadas todavía en su justo valor.

Gelzer.

Heinrich Gelzer, profesor en la Universidad de Jena, escribió para la segunda edición de la *Historia de la Literatura bizantina*, de Krumbacher, un *Bosquejo de la historia de los emperadores bizantinos* ("Abriss der byzantjnischen Kaiser geschichte", Munich, 1897). El Bosquejo de Gelzer trata sobre todo la historia exterior y el autor aparece a menudo bajo el influjo del libro de Hertzberg. Gelzer, político militante, desliza a veces sin necesidad sus simpatías políticas en sus apreciaciones de los fenómenos históricos de la época bizantina. Su *Bosquejo* puede ser útil para informes elementales.

Es curioso oír en boca de un sabio alemán frases como las siguientes en el curso de su obra: "Un Zar de Rusia se unió en matrimonio a una princesa de la Casa de los Paleólogos; la corona de Constantino Monómaco fue puesta en el Kremlin sobre la cabeza del Zar autócrata de todas las Rusias. El Imperio ruso representa la verdadera continuación del Imperio de Bizancio. Y si Santa Sofía debe alguna vez ser devuelta a la verdadera fe, si el Asia Menor debe alguna vez ser arrancada a la dominación innoble de los turcos, ello no podrá ser realizado más que por el Zar ruso. La oposición de Inglaterra pugna con la naturaleza y la historia, y ciertamente será destrozada más pronto o más tarde. El emperador de Constantinopla no puede ser más que el defensor de la ortodoxia, el Zar ruso, en la medida en que se halla compenetrado de los inmensos deberes vinculados a esa tarea".

Hesseling.

En 1902, D. C. Hesseling, profesor de la universidad de Leyde, publicó en holandés su libro titulado *Bizancio: estudios de civilización a partir de la fundación de Constantinopla (*"Byzantium. Studien over onze beschavingna de stichting van Konstantinopei", Haarlem, 1902). Como la lengua holandesa está poco difundida, la obra de Hesseling no se hizo accesible a todos hasta 1907, en que apareció una traducción francesa, con un prefacio del bizantinista francés G. Schlumberger, bajo el título: *Ensayo sobre la civilización bizantina* (París, 1907). En el prólogo a la edición francesa, el autor hace la observación, un tanto enigmática, de que "la traducción ha sido ajustada al gusto del público francés".

El libro de Hesseling, muy nutrido y no voluminoso en exceso, presenta, a rasgos generales, un cuadro de la civilización bizantina, insistiendo en especial sobre los múltiples aspectos del Imperio de Oriente. No considera más sucesos políticos sino los indispensables para proyectar alguna luz sobre la civilización bizantina, y de nombres y hechos de detalle no menciona más que los relacionados con ideas generales. En cambio da mucho espacio a la literatura y a las artes.

El *Ensayo sobre la civilización bizantina*, de Hesseling, acaso escrito de modo demasiado elemental para los especialistas, es de gran utilidad para aquellos que quieran informarse en una exposición accesible, y a la vez apoyada en bases sólidas, del papel general de Bizancio en el mundo.

Bussell.

Procede hablar aquí de la obra inglesa en dos tomos, de F. W. Busseü, titulada: *El Imperio romano: ensayos sobre su historia constitucional desde el advenimiento de Domiciano al retiro de Nicéforo III* ("The Roman Empire: essays on the Constitucional History from the accession of Domitian to the retirement of Nícephorus III"). Esta obra apareció en Londres en 1910. Aunque no carezca de ideas y cotejos interesantes, el libro queda perjudicado por la imprecisión del relato, por ciertas repeticiones y por la falta de claridad en el plan, todo lo cual hace que se pierdan, con frecuencia, las ideas importantes. Los cuadros cronológicos de este estudio están escogidos a capricho, aunque el autor trata de aplicarlos (I, páginas 1—2 y 13—17). En el segundo volumen se encuentra, de modo completamente inesperado, un bosquejo de las relaciones de Armenia con el Imperio bizantino entre 520 y 1120 (II, Pág. 333—483). El libro de Bussell no es fácil de leer. No

se halla en él ninguna nota. La idea esencial del autor es que las formas republicanas de la constitución imperial romana, claras del todo en los primeros siglos del Imperio, siguieron existiendo, de un modo u otro, hasta el período de los Comnenos, en cuya época fueron definitivamente Sustituidas por la forma de autocracia bizantina que llamamos tiranía.

La "Cambridge Medieval History".

En la *Cambridge Medieval History* se hallará, con una excelente bibliografía, la más reciente historia general del Imperio bizantino. El primer tomo (1911) trata del período comprendido entre Constantino el Grande y la muerte de Atanasio (518); el segundo tomo (1913) se detiene en la época de los iconoclastas; el cuarto (1923) está consagrado por entero a la historia del Imperio bizantino de 717 a 1453, y a sus relaciones con la historia de los antiguos eslavos, de Armenia, de los mogoles y de los Estados balcánicos. Esta historia general de la Edad Media ha sido editada bajo la dirección del llorado J. B. Bury y es obra de sabios europeos que figuran entre los más eminentes.

Resúmenes generales de divulgación sobre la historia de Bizancio.

La literatura histórica posee algunos compendios de historia bizantina destinados al gran público y que no tiene, en su mayoría, mucho valor científico. No obstante, tales compendios divulgadores, aunque desprovistos de originalidad, pueden ser de alguna utilidad y despertar en el ánimo del lector un interés duradero por los destinos del Imperio bizantino. La mayoría de esos epítomes de divulgación de historia bizantina están redactados en lengua inglesa.

Muy vívida y bien ilustrada es la obra de C. W. C. Oman, titulada *El Imperio bizantino* (ed., Londres, 1892). F. Harrison, con base en las obras de Finlay y Bury, trata de esclarecer el papel de Bizancio desde el punto de vista de la civilización de la Europa occidental, en su pequeño bosquejo de 63 páginas titulado *La historia bizantina en la Alta Edad Media* (Londres, 1900). Se ha hecho una interesante tentativa de presentar un cuadro de la evolución política y social del Imperio bizantino en la obra en dos volúmenes de Pedro Grenier *El Imperio bizantino: su evolución social y política* (París, 1904). A pesar del carácter imperfecto del desarrollo general del tema, y a despecho del gran número de faltas e insuficiencias más o menos graves —y comprensibles en un no especializado— la obra de Grenier puede ser leída con provecho, porque da informes varios y diversos en el campo de la historia bizantina.

Se halla una historia breve, pero jugosa, de Constantinopla, en relación con la general del Imperio, en el libro de W. N. Hutton *Constantínopla: historia de la antigua capital del Imperio Constantinopla (*"The story of the old capital of the Empire" Londres, 1904), Roth ha escrito un corto y muy árido resumen de la historia de Bizancio con el título de *Historia del estado bizantino* ("Geschichte des Bymtinischen Reiches", Leipzig, 1904, 125 páginas). También ha publicado en 1917 una breve *Historia social y cultural del Imperio bizantino* ("Sozial und Kulturgeschichte des Byzantinischen Reiches", Leipzig, 1917).

El profesor Scala, en la *Historia mundial* de Helmoldt, ha dado un resumen de la historia bizantina que resulta a la vez muy rico y muy bien fundado en un conocimiento profundo de las fuentes y de la literatura. Lleva el título de *El helenismo a partir de Alejandro Magno* ("Das Greichentum svit Alesander dem Grossen", t. V, de la Historia mundial de Helmoldt, Leipzig y Viena, 1904, 116 páginas). El autor se ha detenido largamente en el análisis de la civilizacióa bizantina y tratado de esclarecer su papel. En inglés existe un compendio serio, breve y compuesto según un plan muy convincente, del historiador rumano. Jorga, con el título de *El Imperio bizantino* (Londres, 1907). En fin, también en inglés, y con excelentes ilustraciones, ha aparecido en 1911 un libro de

E. Foord titulado: *The Byzantine Empire, the rearguard of European civilizaron* (Londres, 1911). Es de lamentar que en este libro la historia de Bizancio en la época de su decadencia, a partir de 1204, sea expuesta demasiado breve y superficialmente.

Se puede hallar un corto examen de la historia de Bizancio en la Historia general desde el siglo IV a nuestros días, de E. Lavisse y A. Rambaud. Otro valioso resumen de la civilización bizantina se encuentra en la obra italiana de VV. Turchi *La Civiltá bizantina* (Turín, 1915).

En 1919, publicó Ch. Diehl su *Historia del Imperio bizantino.* En las 220 páginas de este libro, el autor rebasa el marco de un bosquejo de la historia política del Imperio bizantino, pues explica los procesos interiores más importantes y declara el papel de la civilización bizantina. Esta obra, que contiene una breve bibliografía y varios mapas e ilustraciones, ha tenido en Francia repetidas ediciones. En 1925 se publicó en América una traducción inglesa de la obra de Diehl *History of the Byzantine Empire*, traducida del francés por G. Ivés, Princeton, 1925.

En su libro *Grandeza y decadencia de Bizancio* (París, 1919), Diehl pinta con brillantez la vida interior bizantina, explica las causas de la grandeza y decadencia del Imperio, señala la influencia de la civilización bizantina sobre las vecinas naciones y habla de la herencia bizantina en Turquía, Rusia y los estados balcánicos.

Finalmente, Augusto Heisenberg ha publicado estudios muy serios y bien escritos sobre la vida y civilización bizantina, en su *Staat und Gesellchaft des Byzantinischen Reiches* (Leipzíg—Berlín, 1923), que forma uno de los tomos de *Die Kultur der Gegenwart,* editada por P. Hinneberg (Teil II, Abteilung IV) y por Norman H. Baynes, en su *Byzantine Empire* (Home University Library of Modern Knowledge, núm. 114, 1926). Este último libro trata prácticamente del período comprendido entre el siglo IV y la toma de Constantinopla por los cruzados en 1204. La historia del Imperio bizantino hasta fines del siglo XI se halla también, brevemente descrita, en el libro de L. Halphen *Los bárbaros: de las grandes invasiones a las conquistas turcas del siglo XI* (París, 1926), donde se encontrará una bibliografía.

Se puede leer con provecho el reciente libro de Roberto Byron *The Byzantine Achievement. An Historical Perspective,* 330—1453, Londres, 1929, 346 páginas. Son también interesantes las tres obras siguientes: N. Jorga, *Histoire de la vie byzantine. Empire et civilization,* vol. I—III, en francés (Bucarest, 1934) —útil—.G. Ostrogorsky. *Geschichte des byzantinischen Staates* (Munich, 1940). Del mismo autor: *Agrarian conditions in the Byzantine Empire in the Middle Ages,* en *The Cambridge Economia History of Europe from the Decline of the Roman Empire,* edited by J. H. Clapham and the late Eileen Power, vol. I (Cambridge, 1941), págs. 194—223. Muy importante.

E. Gerland da muy sólidas y concisas exposiciones generales de la historia bizantina en la *Catholic Encyclopedia,* y J. B. Bury lo hace también en la Enciclopedia Britannica

(11.ª edición).

Cabe leer con fruto la obra de O. Seeck *Geschichte des Unhergangs der antiken Weli* (6 vol., 1895—1920). La tercera edición del primer tomo apareció en 1910 y la segunda edición de los tomos II y III en 1921.

Recientemente se han publicado dos introducciones, muy útiles, a la historia bizantina. Son las obras de E. Stein *Geschichte des spatromischen Reiches.* I. *Vom rdmischen zum byzantinischen Staate* (284—416) (Viena, 1928), y de F. Lot, *El fin del mundo antiguo y el principio de la Edad Media* (París, 1927). Este último libro abarca también la época de Justiniano el Grande.

La literatura bizantina.

Para el conocimiento de la literatura bizantina es indispensable la segunda edición de la obra capital del llorado Carlos Krumbacher, profesor en la universidad de Munich. Dicha obra se titula *Historia de la literatura bizantina desde Justiniano hasta el fin del Imperio romano de Oriente (*"Geschichte der Byzantinischen Literatur von Justinian bis zum Ende des ostromischen Reiches", Munich, 1897, 1193 páginas). La historia de la literatura religiosa, en la segunda edición del libro de Krumbacher, ha sido compuesta por el profesor A. Ehrhardt. También, según se ha indicado más arriba, se hallará en la misma obra el Bosquejo de la historia política de Bizancio, de Gelzer.

La obra de Krumbacher es auxiliar principal y esencial de todo estudio de la literatura bizantina. Sorprende desde el principio por la enorme cantidad de los materiales acumulados y testimonia hondos conocimientos y una extraordinaria capacidad de trabajo. Krumbacher conocía muy bien el ruso y otras lenguas eslavas, y por tanto puso a contribución los trabajos rusos y, en general, eslavos. Cierto que la obra de Krumbacher está destinada sólo a los especialistas y no conviene a un lector ordinario. Pero el propio Krumbacher ha expuesto en forma accesible al público común, en cincuenta páginas, la historia de la literatura bizantina, dándole el título siguiente: *Literatura griega de la Edad Media (*"Die griechische Literatur des Mittelalters", Leipzig Berlín, 1912, colección *Die Kultur der Gegenwart*, dirigida por Hínneberg), Esta última obra de Krumbacher ha visto la luz después de su muerte. Respecto a la literatura popular griega, procede señalar el libro de K. Dieterich *Historia de las literaturas bizantina y griega moderna* ("Geschichte der byzantinischen und neugríechischen Literatur", Leipzig, 1902). Se puede hallar una buena documentación en *La breve historia de la literatura bizantina* escrita en italiano por G. Montelatici *Storia della litteratura bizantina* (324—1453), publicada en los Manuali Hoepli, serie científica, Milán, 1916, doble volumen, 95—96, págs. VIII—292. Este libro no es una repetición del de Krumbacher. Se publicó diecinueve años más tarde y da muchos informes nuevos. Se puede leer asimismo a S. Mercati, que corrige gran número de errores, en *Roma e l'Oriente,* VIII, 1918, págs. 171—183, y también a N. Jorga en *La literature byzantine: son sens ses divisions, sa portee* (Revue histonque au Sud—Est européen, II, 1925, págs. 370—397). Para el período de la literatura bizantina (después del siglo IV), es muy útil el libro de W. Christ Geschichte, *Grieckischen Literatur* (6.ª ed., Munich, 1924, vol. II)—También lo son los de O. Bardenhewer, *Patrología,* 3.ª ed. (*Freiburg im Breisgau,* 1910) y *Geschichte der altchristlichen Literatur,* 5 vols., 2.ª edición (*Freiburg im Breisgau,* 1913—1932), éste sobre todo en sus tomos III, IV y V (siglos IV — VIII). Para el mismo período es igualmente de alguna utilidad L. H. Jordan, *Geschichte der altchristlichen Literatur* (Leipzig, 1911). La obra fundamental de A. Harnack, *Geschichte der altchristlichen Literatur bis Eusebius; 1. Die Ueberlieferung imd der Bestand* (Leipzig, 1893); II. *Die Chronologie;* en dos volúmenes (Leipzig, 1897—1904), puede ser utilizada como introducción a la literatura de los siglos IV y V.

Breve examen de los trabajos de historia bizantina en Rusia. Los académicos alemanes "occidentales". y "eslavófilos".

V. G. Vasilievski.

Los sabios rusos empezaron a tratar seriamente el estudio de la historia bizantina a partir de la segunda mitad del siglo XIX. En la primera mitad de ese mismo siglo fueron sabios alemanes que acudieron a Rusia, siendo elegidos miembros de la Academia de Ciencias y quedándose en Petrogrado hasta su muerte, los que se ocuparon de la historia de Bizancio. El fin principal de sus investigaciones era determinar el papel de Bizancio y de las fuentes bizantinas en la historia rusa. Entre tales académicos cabe citar a Ph. Krug (1764—1844) y A. Kunik (1814—1899).

Para los representantes más eminentes del pensamiento ruso en la primera mitad del siglo XIX, la historia de Bizancio sirvió muy a menudo de trampolín o soporte de tal o cual movimiento social. Así, ciertos eslavófilos tomaron en la historia de Bizancio datos útiles al apoyo y justificación histórica de sus teorías. Los occidentales analizaron y considerados datos claves, en la misma fuente de investigación proponiéndose demostrar el papel negativo de la historia bizantina e iluminar la magnitud del peligro que corría Rusia si quería seguir las huellas de un Imperio caído. En uno de sus libros, Hertzen escribe:

"Los eslavófilos eran admiradores de la Iglesia rusa ortodoxa y de las antiguas instituciones sociales y políticas de Rusia antigua a la época de Pedro el Grande, cuyas reformas, según ellos, apartaron a Rusia de su camino. Los "occidentales", al contrario, sostenían que los rusos debían vivir en una unión muy íntima con la Europa occidental y que Rusia se había convertido en país

civilizado como consecuencia de las reformas impulsadas e implementadas drásticamente por el zar Pedro el Grande".

"La Grecia antigua había terminado su existencia cuando la dominación romana la recubrió y salvó de la misma manera que la lava y las cenizas que han salvado Herculano y Pompeya. El período bizantino levantó la tapa del ataúd y el muerto no resucitó. Los Papas y los monjes se apoderaron de él, como hacen con todos los muertos, y los eunucos, cuyo lugar estaba bien aquí, en su calidad de representantes de la esterilidad, dispusieron de él". Bizancio podía continuar viviendo, pero nada tenía ya que hacer. La historia no interesa en general a los pueblos más que cuando ellos están en escena, es decir, mientras hacen algo".

Otro occidental, P. J. Tchaadaiev, decía: "Entramos en relaciones con una Bizancio depravada". Pero no ha de olvidarse que semejantes juicios, aunque emitidos por hombres incontestablemente pictóricos de talento, y muy cultos, no tienen, sin embargo, valor histórico alguno, porque ninguno de los dos se especializó nunca en la historia de Bizancio.

Desde mediados del siglo XIX se manifiesta claramente en Rusia toda la importancia del estudio de la historia de Bizancio. Uno de los más sagaces eslavófilos, A. S. Khomiakov, escribía hacia el año 50: "A nuestro juicio, hablar de Bizancio con desprecio es reconocer la propia ignorancia". En 1850, el famoso T. N. Granovski, profesor de la universidad de Moscú, escribía: " ¿Es menester hablar de la importancia que la historia de Bizancio tiene para nosotros, los rusos? Hemos tomado en Tsargrad [Constantinopla] lo mejor de nuestra civilización nacional, es decir, nuestras creencias religiosas y los gérmenes de nuestra cultura. El Imperio de Oriente introdujo a la joven Rusia entre los pueblos cristianos. Pero, además de esas relaciones, estamos ligados a Bizancio por el mero hecho de que somos eslavos. Esta última circunstancia no ha podido ser apreciada en su valor por los sabios extranjeros". El hallar una solución plenamente satisfactoria a los problemas más importantes de la historia bizantina, según el mismo Granovski, no podía ser, en su época, sino misión de sabios rusos, o, de manera más general, eslavos. "Tenemos, por así decirlo —manifestaba—, la obligación de apreciar el fenómeno al que tanto debemos".

El verdadero fundador del bizantinismo científico ruso en el amplio sentido de la palabra fue V. G. Vasilievski (1838—1899), profesor en la universidad de Petrogrado y miembro de la Academia de Ciencias. Él dotó a la ciencia rusa de una serie de trabajos de importancia extrema sobre cuestiones particulares, tanto interiores como externas, de la historia bizantina, y consagró, además de mucho tiempo, un gran talento, todo él análisis y penetración, al estudio de las relaciones ruso—bizantinas. Algunas obras de Vasilievski tienen gran importancia, incluso para la historia general. No se podría prescindir de su trabajo *Bizancio y los Pechenegos* al estudiar la cuestión de la Primera Cruzada. Este hecho está reconocido por los propios sabios de la Europa occidental. El lamentado profesor N. P. Kondakov, muerto en 1925, y el académico F. I. Uspenski, fueron también investigadores eminentes en esa disciplina: el primero en especial en materia de arte bizantino; el segundo en los problemas de historia interior.

No nos detendremos aquí a analizar y apreciar las obras de esos tres intelectuales que figuran entre los más eminentes de la ciencia rusa. El fin del presente examen es indicar las obras generales de historia bizantina, y V. G. Vasilievski no ha dejado más que trabajos referentes a cuestiones particulares. N. N. Kondakov nos ha legado estudios de vigoroso valor y a veces de carácter general, pero en la esfera del arte. Sólo puede hacerse excepción con Uspenski, que en 1914 publicó el primer volumen y en 1927 la primera parte del segundo volumen de su *Historia general de Bizancio*, de la que volveremos a hablar.

Así, hasta principios del siglo XX, el mérito principal de los más eminentes bizantinístas rusos consistió en sus esfuerzos para estudiar de manera detallada y esclarecer en todos los aspectos cuestiones particulares, a veces de sobresaliente importancia.

Lertov.

Sólo en los últimos años han hecho los sabios rusos intentos de publicación de una historia general de Bizancio. Sin embargo, ya en 1837 había aparecido la obra en dos tomos de I. Lertov titulada *Historia del Imperio romano de Oriente o de Constantinopla*, extraída de la Historia general. Las últimas palabras del título se justificaban por el hecho de que hacia 1830—34 habíase publicado una obra del mismo autor, en quince partes, intitulada: *Historia general y desarrollo de la Historia general de la emigración de los pueblos y de la fundación de nuevos Estados en Europa, Asia y África desde la fundación del Imperio griego de Oriente.* De este último libro fue extraído el primero mencionado, Lertov, hijo de un comerciante y escritor autodidacto, escribió su obra sobre la historia de Bizancio partiendo de la idea de que los lectores rusos necesitaban más bien una historia narrativa". En materia de fuentes, Lertov se sirvió, según sus propias expresiones, de numerosos extractos de diferentes libros o periódicos (en lengua francesa), y además de la *Historia* de Royou, de la edición abreviada del Imperio de Oriente, de Labelau, y de la *Historia* de Gibbon, abreviada por Adam y traducida al francés. La compilación de Lertov, que expone los hechos de la historia de Bizancio hasta la caída de Constantinopla. no tiene, evidentemente, valor científico alguno. Pero he creído oportuno dedicar algunas palabras a ese libro, cuya aparición señala una tentativa curiosa para la época.

J. A. Kulakovski.

El primer esfuerzo para escribir una obra seria sobre la historia general de Bízancio lo hizo el lamentado J. A. Kulakovski, profesor de la universidad de Kiev. Kulakovski, especialista en literatura romana, estudió la antigüedad y la historia de las instituciones de Roma. Se ocupó sobre todo de la época imperial y enseñó en la universidad la historia romana. Desde 1890 empezó a consagrar parte de su tiempo a la arqueología cristiana y la historia bizantina. Como introducción a su *Historia de Bízancio*, publicó la obra del célebre historiador romano y pagano del siglo IV de J.C., Amiano Marcelino, que Kulakovski tradujo a comienzos del siglo XX (1906—8). En 1910 el autor editó el primer tomo de su *Historia de Bízancio*, que abarca los sucesos, comprendidos entre 395 y 518. En 1912 apareció el segundo volumen y en 1915 el tercero. En ellos expone el destino del Imperio desde 518 hasta 717, época de la disputa iconoclasta. En 1913 se publicó una segunda edición, revisada, del primer tomo.

Con asiduidad notable e incansable energía, el autor estudió las fuentes bizantinas, griegas, latinas y orientales (en sus traducciones) y con esta base, y en posesión de un conocimiento profundo de todos los trabajos aparecidos sobre la materia, emprendió la exposición detallada de la historia de Bizancio hasta 717. Los fenómenos de la historia exterior, que Kulakovski trata también, se pierden en la masa de los detalles de historia interior.

En su exposición, el autor, según sus propias palabras (ver el prefacio del primer tomo), se ha "esforzado en dar al lector, presentando a su atención los sucesos de la realidad viviente, la posibilidad de aprehender el espíritu y carácter de los tiempos lejanos". "Nuestro pasado ruso — continúa— nos une con lazos indisolubles a Bizancio, y sobre ese fundamento se ha erigido nuestra conciencia nacional". Señalando con amargura la supresión del griego en los programas secundarios, escribe: "Nosotros, los rusos, quizá comprendamos, como se ha comprendido en la. Europa occidental, que no es en las últimas frases de nuestros contemporáneos, sino en los primeros balbuceos de los helénicos donde debe buscarse el origen fecundo de la ciencia y la civilización europeas". En el prefacio de su tercer volumen, define otra vez el plan de su *Historia de Bizancio* de la manera siguiente: "Mi fin ha sido presentar un cuadro de la sucesión de los, acontecimientos en su orden cronológico exacto y, en lo posible, completo. Me he apoyado en un estudio directo de los testimonios y de las fuentes que están al alcance de la documentación contemporánea, tal como se ha dado en las monografías que se refieren a este período, y también en los numerosos estudios, concernientes a particulares, que han aparecido en diversas publicaciones periódicas consagradas al bizantinismo". La obra de Kulakovski puede ser de la mayor utilidad para quien desee informarse

de la historia detallada de los sucesos ocurridos en Bizancio, o bien leer una exposición en ruso de lo más esencial contenido en las fuentes. A la vez, el lector conocerá algunas de las conclusiones de la ciencia contemporánea sobre las cuestione s más importantes de la historia de Bizancio desde los puntos de vista externo e interno. La exposición demasiado detallada de las fuentes ha conducido al resultado de que los tres tomos aparecidos (más de 1400 páginas) no abarquen más que los acontecimientos desarrollados hasta el siglo VIII.

F. I. Uspenski.

En 1914 apareció el primer tomo de una *Historia del Imperio bizantino* debida al académico Uspenski, director del Instituto Arqueológico Ruso en Constantinopla. La edición era muy lujosa, e iba ornada con numerosas ilustraciones, mapas y tablas. En sus 872 páginas, Uspenski exponía la historia de Bizancio desde el siglo IV hasta principios del VIII, época de las luchas iconoclastas. En rigor, era el primer ensayo hecho por un especialista a efectos de escribir una historia general de Bizancio. El autor, uno de los representantes más distinguidos del bizantinismo contemporáneo, había consagrado toda su larga y laboriosa carrera casi exclusivamente al estudio de los diversos aspectos y épocas de esa tan compleja historia.

Uspenski, nacido en 1845, fue profesor en la universidad de Odessa (Novorossia) desde 1879 a 1894. En 1894 se le designó director del Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla, fundado precisamente aquel año. Su fecunda actividad a la cabeza de la nueva institución se señaló por numerosas expediciones y búsquedas personales y por la edición de gran número de las magníficas e importantes publicaciones del Instituto, pero fue, desgraciadamente, interrumpida por la Gran Guerra. En 1914 pasó de Constantinopla a Petrogrado. donde la Academia de Ciencias le encargó de editar los *Vizantiiski Vremennik*. Durante la guerra se le envió dos veces en misión a Trebisonda, entonces ocupada por las tropas rusas. El 10 de septiembre de 1928 murió en Petrogrado (Leningrado) a los ochenta y tres años de edad.

Deseando dar al público una exposición accesible, Uspenski no carga su libro de gran aparato científico, ni en las notas ni al fin de los capítulos, y se limita a indicar sus principales fuentes y las obras de segunda mano.

La primera parte del segundo volumen se ha publicado en 1927. Trata de la querella iconoclasta y de la cuestión de los apóstoles eslavos Cirilo (Constantino) y Metodio.

El primer tomo de la obra de Uspenski representa, en su mayor parte, una especie de amplia introducción a la historia de Bizancio, un cuadro de la época en que se crearon los elementos principales del “bizantinismo” y en que nació la compleja civilización de Bizancio. El autor no puede dejar de ver en los fenómenos de la pasada vida de Bizancio algunas “enseñanzas” para nuestra época. Tras hablar de la esencial importancia que presentaban para Bizancio sus provincias orientales e indicar que es precisamente en Asia Menor, en el imperio de Nicea, donde se conservó y desenvolvió la idea de la reconstitución del Imperio bizantino en el siglo XIII, Uspenski concluye: “La enseñanza que nos da la historia debe ser cuidadosamente considerada. y pesada por los que, hoy, esperan el reparto de la herencia del “enfermo del Bósforo”. Además, dice: “En lo que respecta a la herencia dejada por Bizancio, sería engañarnos el creer que depende de nosotros evitar un papel activo en la liquidación de esa herencia. Aunque en general dependa del heredero aceptar o rehusar una herencia, el papel de Rusia en la cuestión de Oriente le ha sido legado por la historia y ninguna voluntad humana puede modificarlo en nada, a menos de que algún cataclismo imprevisto no nos haga olvidarlo, quitándonos el recuerdo de aquello de lo cual hemos vivido y ha sido el fin de nuestras aspiraciones y estado vinculado a nuestros sufrimientos”.

Tratando de aclarar las relaciones eslavo—bizantinas, el autor dice al final de su prefacio, escrito en 1912: “Reflexione el lector en el contenido de los capítulos relativos a los eslavos meridionales y busque allí una ilustración a los sucesos que se producen en nuestros días en la península balcánica”. Se refería a la segunda guerra de los Balcanes.

Uspenski, pues, se propone como fin ofrecer a los lectores rusos un libro que pueda, por su carácter severo y serio, dar idea de un sistema bien ordenado y cuidadosamente establecido, y a la vez dejar una buena opinión del autor. Está persuadido de que la extensión de los conocimientos bizantinos y el estudio de las relaciones ruso bizantinas son indispensables en el más alto extremo para la sociedad rusa y utilísimas si se quiere crear una conciencia política y nacional rusa.

Uspenski se sitúa como defensor del "bizantinismo" e insiste muchas veces en la definición del concepto. Según él, "el rasgo esencial que sirve de punto de partida al bizantinismo debe ser buscado en la inmigración de los bárbaros en el Imperio y en la crisis religiosa de los siglos III y IV". Además, "el bizantinismo es un principio histórico cuya acción se revela en la historia de los pueblos del sur y este de Europa, Ese principio gobierna el desarrollo de varias naciones hasta nuestro tiempo y se manifiesta por una manera particular de creencias y de instituciones políticas, y también, si se puede expresarlo así, por una organización particular de las relaciones sociales y económicas". Con el nombre de "bizantinismo", es decir, con el concepto que expresa el resultado de la alianza del romanismo con las antiguas culturas judaica, persa y helénica, "se entiende, ante todo, el conjunto de los principios bajo cuya influencia se modificó progresivamente el Imperio romano, del siglo V al VIII, antes de su transformación en Imperio bizantino".

"Cambios múltiples fueron provocados por las inmigraciones germánicas y eslavas, que produjeron reformas en el estado social y económico y en el sistema militar del Imperio. Bajo la influencia de los nuevos principios, el Imperio romano se modifica en Oriente y adquiere un carácter bizantino". El "bizantinismo" se manifiesta por los siguientes fenómenos:

1. ° Sustitución progresiva de la lengua latina, que reinaba por doquier, por la lengua griega o más bien bizantina. 2. ° Lucha de las nacionalidades por a preponderancia política. 3. ° Carácter original del arte y aparición de nuevos motivos generadores de monumentos nuevos. Originalidad de las obras literarias, donde analiza poco a poco un método nuevo bajo la influencia de las tradiciones v modelos de las civilizaciones orientales".

Las palabras de Uspenski, según las cuales el Imperio romano, en Oriente, adquiere el carácter bizantino hacia el siglo VIII, prueban que en este caso su opinión coincide del todo con la del bizantinista inglés Finlay.

Las tesis generales de Uspenski no quedan demostradas en el primer tomo, y por tanto, no podrán ser discutidas ni apreciadas como conviene mientras no tengamos a la vista una historia de Bizancio acabada, o que abarque al menos hasta la conquista latina. Los problemas más importantes del primer tomo de Uspenski, son:

1. El problema de la inmigración eslava en la península balcánica y sus consecuencias para la vida bizantina.

2. El régimen de la propiedad en Bizancio.

3. La organización de los *temas* en el Imperio. Aunque estos problemas no queden definitivamente resueltos en el libro de Uspenski, la interpretación propuesta por el autor provoca el deseo y la necesidad de someter tan complejos problemas a un estudio más detallado.

La obra fue concebida por el autor hace más de un cuarto de siglo. Sufrió diversas interrupciones y su valor dista de ser igual en sus distintas partes. Junto a capítulos vividos, nuevos e interesantes en el más alto grado, los hay que se apoyan en un arsenal ya prescrito y que, en ciertos puntos, no está al nivel de la ciencia moderna. Esto se nota, sobre todo, en los capítulos que tratan de los árabes y del islamismo. Pero el mérito incontestable del libro reside en el valor que el autor ha dado a los fenómenos de la vida interior del Imperio.

El primer tomo de la obra de Uspenski nos ofrece hoy la posibilidad de conocer el primer período de la historia bizantina en un lenguaje claro y salido de la labor investigativa de un especialista que ha consagrado cuarenta años de su vida científica al estudio exclusivo de Bizancio. Como hicimos notar, la primera mitad del segundo volumen, publicada en 1927, trata del período iconoclasta y del principio de la historia de la dinastía macedónica, así como, más especialmente, de

los evangelizadores de los eslavos, Cirilo y Metodio. Por desgracia, a causa de las dificultades que hoy se encuentran en Rusia para la impresión de obras, el segundo volumen termina en medio de una frase.

S. P. Chestakov.

En 1913 aparecieron en Kazan los *Cursos sobre la Historia de Bizancio* de S. P. Chestakov, profesor de la universidad de Kazan. En 1914 fueron publicados en una segunda edición revisada y aumentada.

La obra de Chestakov expone los sucesos desde la infiltración del mundo bárbaro en las dos mitades occidental y oriental del Imperio romano en los siglos III, IV y V hasta la coronación de Carlomagno, el 800. El libro da numerosos informes sobre la vida exterior e interior del Imperio, así como sobre la historia y literatura del tema. Su documentación es a veces de mala calidad y su redacción descuidada.

C. N. Uspenski.

Los Apuntes o Bosquejos de historia bizantina publicados en 1917 en Moscú por el sabio ruso C. N. Uspenski, recrean al lector y le dan una impresión de cosa vivida. El tomo sólo tiene 268 páginas, y contiene una introducción general muy interesante sobre la evolución social y económica del Imperio romano. El lector se ve llevado a tocar tangiblemente los problemas interiores más importantes del período bizantino. El relato termina con el último período de la disputa iconoclasta y el restablecimiento del culto de las imágenes en el 843, durante el reinado de Teodora. El rasgo característico de estos *Bosquejos* es el lugar que conceden a las cuestiones de organización interior del Imperio y a la evolución social y religiosa. No se refieren los sucesos políticos sino cuando el autor estima que pueden concurrir a la explicación de ciertos fenómenos de la vida social. La idea esencial de Uspenski, justa en conjunto, es la del carácter helenístico de los Imperios romano y bizantino. Estudia de una manera interesante la feudalización de la tierra, tanto en los dominios laicos como en los eclesiásticos. Se interesa especialmente por el período iconoclasta: los últimos capítulos, consagrados a esa época, merecen una atención muy particular. Entre los problemas analizados por Uspenski pueden mencionarse: la formación de los primeros reinos bárbaros en territorio del Imperio; las reformas administrativas y la gestión financiera bajo Justiniano; la organización de los *temas*; la gleba en los siglos VI, VII y VIII, y el Código rural; los problemas de la propiedad y de la *"excusseia"* (inmunidad). Este libro, restringido en volumen, pero rico por su contenido, está escrito en un estilo palpitante y lleno de color, y tiene gran importancia para cuantos se interesan por la historia del Imperio bizantino.

A. A. Vasiliev.

La obra de Vasiliev comprende dos volúmenes y abarca toda la historia del Imperio bizantino. El primero se publicó en 1917, con el título: *Lecciones de historia bizantina*.

I: Hasta el principio de las Cruzadas (1081) (Petrogrado 1917). El segundo volumen abarca el período incluido entre las Cruzadas y la caída de Constantinopla en 1453, se ha publicado en tres fascículos separados. El primero se titula *Bizancio y los cruzados* (Petrogrado, 1923); el segundo, *La dominación latina en Oriente* (Petrogrado, 1923), y el tercero, *La caída del Imperio bizantino* (Leningrado, 1925, 143 p.). Esta edición rusa, revisada, aumentada y corregida, ha servido de base a la publicación de la obra en lengua inglesa, bajo el título de *History of the Byzantine Empire,* I (Madison, 1928) y II (Madison, 1929).

Periódicos especiales. Obras generales sobre derecho. Arte y cronología. La papirología.

El primer periódico especialmente consagrado a los estudios bizantinos, fue una revista alemana, la *Byzantinische Zeitschrift* ("Revista bizantina"), que empezó a aparecer en 1892. A más de numerosos artículos y referencias de publicaciones y libros nuevos, se encuentra allí una bibliografía detallada de cuanto aparece en la esfera del bizantinísmo. Se da gran atención a las publicaciones rusas y eslavas en general. El fundador, y durante mucho tiempo redactor principal de la revista, fue el profesor Krumbacher. Hasta 1914 habían salido veintidós tomos. Se ha publicado un excelente índice analítico de los doce primeros. Durante la guerra de 1914—1918 se interrumpió la publicación de la *Byzantinische Zeitschrift* y después ha reaparecido en forma regular. El volumen XXIX fue publicado en 1929—30. A la sazón la revista está editada por Augusto Heisenberg y Paul Marc.

En 1894, la Academia Rusa de Ciencias inició la publicación de los *Vizantiisky Vremennik* ("Anales bizantinos"), bajo la dirección de V. G. Vasilievsky y V. E. Regel, tendiendo a los mismos fines que la revista alemana. En lo bibliográfico, la atención de los redactores se consagró principalmente a los países eslavos y países del Oriente cristiano. La revista, escrita en ruso, contenía a veces artículos en francés y en griego moderno. Su publicación fue interrumpida por la guerra.

En 1917 habían aparecido 22 volúmenes. El 23 sólo salió en 1923, el 24, en 1926 y el 25, en 1928. El volumen 16 contenía el índice analítico de los quince primeros, debido a P. V. Bezobrasov. F. I. Uspenski reemplazó como director de Vizantiisky Vremennik a Vasilievsky y Regel.

Desde 1909, la Sociedad Bizantina de Atenas comenzó a publicar en esa ciudad, en griego moderno, una revista especializada en bizantinismo, con el título de *Bizancio.* Sólo han aparecido dos tomos.

A partir de 1915, la Facultad de Letras de la universidad de Yuriev (Dorpat) principió a publicar un nuevo órgano ruso titulado *Vizantinskoe obozrenie* ("Revista bizantina"). En 1917 habían aparecido tres volúmenes. Hoy, Yuriev (Dorpat) pertenece a Estonia.

En 1920, N. A. Bees, comenzó en Berlín la publicación de los *Byzantinisch Neugriechische Jahrbücher,* con fines análogos a los de *Byzantinische Zeits—chrift.* A partir del 5° volumen, el periódico aparece en Atenas, donde N. A. Bees es profesor de la universidad. El volumen XIV se publicó en 1938.

En el Quinto Congreso Histórico Internacional, reunido en Bruselas en. 1923, la sección de estudios bizantinos propuso crear una nueva revista internacional bizantina. En 1924, en el Primer Congreso Internacional de sabios bizantinos, en Bucarest, se convino en definitiva el plan de publicación del periódico, y en 1925 apareció el primer volumen de *Byzantion,* revista internacional de estudios bizantinos (París—Lieja), editada por Paul Graindor y Henri Grégoire. Ese volumen fue dedicado al célebre sabio ruso N. P. Kondakov, para conmemorar su 80 aniversario. El mismo día de la publicación se supo la noticia de la muerte de Kondakov (16 febrero 1925). El volumen V se editó en 1930.

De 1924 a 1939 se han publicado en Atenas quince tomos de una nueva revista griega, los Anales de la Sociedad de Estudios Bizantinos. Muchos artículos de estos Anales son interesantes y de importancia.

A más de los informes proporcionados por los periódicos especiales, se hallará una documentación interesante sobre el período bizantino en algunas revistas no especializadas. Muy importantes son, sobre todo, los *Echos d'Orient y la Revue de l'Orient chrétien.*

Sobre derecho bizantino, la obra fundamental es la del célebre jurista alemán *Zacarías von Lingenthal,* la cual se titula *Historia del Derecho grecorromano* ("Geschichte des Griechisch—römischen Rechts", 3.a. ed., Berlín, 1892). Entre las obras más antiguas citaremos el libro francés de Mortreuil, titulado *Histoire du droit byzantin* (3 t., París, 1843—47), y el resumen alemán de E.

Heimbach, contenido en la *Enciclopedia de Ersch y Gruber* (sección I, parte 86, páginas 1914—71), así como el de Azarevich, que se titula *Historia del Derecho bizantino* (2 partes, Jaroslav, 1867—77). Otro resumen muy interesante, que contiene una copiosa bibliografía, fué publicado en 1906 por el profesor italiano L. Siciliano en la *Enciclopedia Jurídica Italiana*, t. IV, parte V, fascículos 431 y 460.

La misma obra se editó separadamente en Milán, en 1906. Finalmente, mencionaron la obra de Albertoni *dirito bizantino riguardo all' Italia* (Imola, 1927) (V. N. B. en la *Byzantinische Zeitschrift*, XXVIII, p— 474—476, 1928).

Los principales trabajos generales sobre arte bizantino, son los siguientes:

N.P. Kondakov: *Historia del arte bizantino y de la iconografía bizantina* según "las miniaturas de los manuscritos griegos" (en ruso). Odesa, 1876; Atlas, 1877. La edición francesa es una refundición de la obra en dos volúmenes (París, 1886—91).

Bayet, *L'Art byzantin* (París, 1883, nueva edición en 1904); Millet, *L'An byzantin*, en la *Histoire de l'Art* de A. Michel (París, t. I, 1905, y t. III, 1908).

Ch. Diehl, *Manuel d'Art bizantin* (París, 1910). En 1925—36 ha aparecido una segunda edición revisada y aumentada.

O.M. Dalton, *Byzanttne art and archaeology* (Oxford, 1911). Esta obra no trata de la arquitectura. En 1925 Dalton publicó un nuevo libro: *East Clirittian art: a survey of the Monuments* (Oxford, 1925), que contiene un capítulo sobre arquitectura (p. 70—159).

L. Bréhier, *L'Art byzantin* (París, 1924).

Los trabajos generales más importantes sobre cronología bizantina son éstos:

H. L. Clinton, *Fas ti Romani* (ed. inglesa, 2 vols., Oxford, 1 845—50. No incluye sino los acontecimientos hasta la muerte del emperador Heraclio en el año 641).

Muralt, *Ensayo de cronografía bizantina* (2 vol., I, San Petersburgo, 1855; II, Basilea, 1873). Este libro abarca toda la extensión de la historia bizantina hasta 1453. Debe utilizarse con las máximas precauciones.

En este problema de la cronografía bizantina, uno de los más importantes de la bizantinología contemporánea, se ha impuesto un nuevo estudio científico. Las publicaciones más importantes sobre esta cuestión son las que damos a continuación:

Otto Seeck, *Regesten der Kaiser und Papste für die Jeifue* 311 bis 46 N. Chr. *Vorarbeit zu einer Prosopographie der christlichen Kaiserzeit* (Stuttgart, 1919).

Franz Dolger, *Regesten der Kaiserurkunden des ostromiscen Reiches. —I Teil: Regesten von 565—1025 (*Munich y Berlín, 1924); *II Teil: Regesten von 1025—1204* (Munich y Berlín, 1925); *III Teil: Regesten von 1204—1282* (Munich y Berlín, 1932); en el *Corpus der griechischen Urkunden des Mítielalters und der neusren Zeít, heraussgegeben von den Akademien der Wissenschaften in München und Wien.*

Finalmente, para datos bibliográficos de carácter general sobre otras ramas del bizantinismo, como la numismática, la sigilografía (o estudio de los sellos bizantinos) y la papirología, se podrá encontrar documentación en la *Historia de la literatura bizantina* de Krumbacher y en las partes bibliográficas de las diferentes revistas especializadas en bizantinología.

Sólo desde hace una veintena de años se ha concluido por reconocer la importancia e interés considerables de la época bizantina en la esfera de la papirología "Las anteriores generaciones de papirólogos —dice H. I. Bell, uno de los mejores especialistas de esta ciencia— consideraban la época bizantina con ojos de madrastra y dirigían su atención, sobre todo, a los periodos ptolemaico y romano".

Capítulo II

EL IMPERIO DE ORIENTE DESDE EL SIGLO IV

A COMIENZOS DEL VI

Constantino y el cristianismo.

La crisis de cultura y de religión que atravesó el Imperio romano en el siglo IV, es uno de los fenómenos más importantes de la historia universal. La antigua civilización pagana entró en conflicto con el cristianismo que, reconocido por Constantino a principios del siglo IV, fue declarado por Teodosio el Grande, a fines del mismo siglo, religión dominante y religión del Estado. Cabía suponer que aquellos dos elementos adversarios, representantes de dos conceptos radicalmente opuestos, no podrían, una vez iniciada la pugna, encontrar jamás ocasión de acuerdo y se excluirían el uno al otro. Pero la realidad mostró todo lo contrario. El cristianismo y el helenismo pagano se fundieron poco a poco en una unidad e hicieron nacer una civilización cristiano—greco—oriental que recibió el nombre de bizantina. El centro de ella fue la nueva capital del Imperio romano: Constantinopla.

El principal papel en la creación de un nuevo estado de cosas correspondió a Constantino. Bajo su reinado, el cristianismo fue reconocido, de manera decisiva, como religión oficial. A partir de la exaltación de aquel emperador, el antiguo Imperio pagano empezó a transformarse en Imperio cristiano.

De ordinario, una conversión semejante se produce al principio de la historia de un pueblo o Estado, cuando su pretérito no ha echado aún en las almas cimientos ni raíces sólidas, o cuando no ha creado más que imágenes primitivas. En tal caso, el paso del paganismo grosero al cristianismo no puede crear en el pueblo o Estado crisis profundas. Pero todo sucedía diferentemente en el Imperio romano del siglo IV. El Imperio poseía una civilización de varios siglos de antigüedad que, para su época, había alcanzado la perfección en las formas del Estado, y tenía tras él un gran pasado cuyas ideas y maneras de ver estaban como enraizadas en la población. Este Imperio, al transformarse en el siglo IV en Estado cristiano, es decir, al emprender el camino de un conflicto con su pretérito, e incluso a veces de una negación del tal, debía por necesidad sufrir una crisis aguda y un trastorno profundo. Era evidente que el antiguo mundo pagano, al menos en el dominio religioso, no satisfacía ya las necesidades del pueblo. Habían nacido nuevas exigencias y nuevos deseos que, en virtud de una serie de causas múltiples y diversas, el cristianismo estaba en grado de satisfacer.

Si en un momento de crisis de extraordinaria importancia se asocia a ella una figura histórica que desempeñe en el caso un papel preponderante, es palmario que se forma siempre en torno a esa personalidad, dentro de la ciencia histórica, toda una literatura que trata de apreciar el papel exacto del personaje en su época, así como de penetrar en las capas subterráneas de su vida religiosa. Una figura así es, en el siglo IV, la de Constantino. Desde hace mucho él ha suscitado una literatura inmensa, acrecida sin cesar en estos años últimos a raíz de la celebración, en 1913, del decimosexto centenario de la promulgación del edicto de Milán.

Constantino pertenecía, por parte de su padre, Constancio Cloro, a una noble familia de Mesia. Nació en Naisos, hoy Nisch. Su madre, Elena, era cristiana, y debía ser canonizada más tarde. Elena había hecho una peregrinación a Palestina y, según la tradición, descubierto allí la verdadera cruz donde Jesucristo fuera crucificado. Cuando, en el 305, Diocleciano y Maximiano, para ponerse de acuerdo con su propio sistema, abdicaron, retirándose a la vida privada, Galerio y

Constancio Cloro, padre de Constantino, pasaron a ser augustos, el uno en Oriente y el otro en Occidente. Al año inmediato, Constancio Cloro murió en Bretaña y sus legiones proclamaron augusto a su hijo Constantino. A la vez estallaba en Roma una revuelta contra Galerio. La población rebelde y el ejército proclamaron emperador, en lugar de Galerio, a Majencio, hijo de Maximiano. Al nuevo emperador se agregó el viejo Maximiano, que recuperó el título imperial. Empezó una época de guerras civiles en cuyo transcurso murieron Maximiano y Galerio. Al fin, Constantino se alió a Licinio, uno de los nuevos augustos, y en 312, a las puertas de Roma, batió en una batalla decisiva a Majencio, quien, al tratar de huir, se ahogó en el Tíber, en las Piedras Rojas, cerca del Puente Mílvio. Los dos emperadores victoriosos, Licinio y Constantino, llegaron a Milán, donde, según la historia tradicional, promulgaron el famoso edicto de ese nombre, del que tendremos nueva ocasión de hablar. Pero la inteligencia entre ambos emperadores no duró mucho. Estallaron, pues, las hostilidades, concluidas con la victoria total de Constantino. El 324, Licinio fue muerto y Constantino se' convirtió en dueño único del Imperio romano.

Los dos hechos del gobierno de Constantino que debían resultar de decisiva importancia para toda la historia ulterior, fueron el reconocimiento oficial del cristianismo y el traslado de la capital desde las orillas del Tíber en a las orillas del Bosforo, desde la Roma antigua a la «Roma nueva», es decir, a Constantinopla.

Al estudiar la situación del cristianismo en la época de Constantino, los sabios han centrado su atención, de modo particular, en los dos puntos siguientes: la “conversión” de Constantino y el edicto de Milán.

La conversión de Constantino.

Los historiadores y los teólogos se interesan, sobre todo, en los móviles de la «conversión» de Constantino. ¿Por qué se inclinó Constantino a favor del cristianismo? ¿No habrá que mirar en ello sino un acto de prudencia política? ¿Vio Constantino en el cristianismo uno de los medios que podían servirle para alcanzar sus fines políticos, que no tenían con el cristianismo nada común? ¿O bien se unió Constantino a los cristianos, impelido por una convicción interna? ¿Débense admitir a la vez en él móviles de carácter político y una inclinación de su ánimo hacia el cristianismo?

La principal dificultad que se halla en la resolución de este problema, radica en los datos contradictorios de las fuentes que nos han llegado. Constantino, tal como nos lo describe el obispo Eusebio, escritor cristiano, no se asemeja en nada al Constantino de Zósimo, escritor pagano. Por su parte, los historiadores, en sus estudios sobre Constantino, han encontrado materia lo bastante rica para que les haya permitido aportar a esta cuestión, ya eminentemente enmarañada, sus propios puntos de vista preconcebidos. El historiador francés G. Boissier, en su obra *El fin del paganismo*, escribe: “Por desgracia, cuando llegamos a esos grandes personajes que desempeñan los primeros papeles de la historia, cuando tratamos de estudiar su vida y hacernos cargo de su conducta, nos cuesta trabajo contentarnos con explicaciones naturales. Como tienen la reputación de ser personas extraordinarias, no queremos nunca creer que hayan obrado como todos. Buscamos razones ocultas a sus actos más sencillos; les atribuimos sutilezas, combinaciones, profundidades, perfidias, de que ellos no se dieron cuenta nunca. Eso sucede con Constantino: estamos tan convencidos de antemano de que su política hábil quiso engañarnos, que cuanto más se le ve ocuparse con ardor de las cosas religiosas y hacer profesión de ser creyente sincero, más tentados nos sentimos a suponer que era un indiferente, un escéptico, que, en el fondo, no se cuidaba de culto alguno y que prefería aquel de que podía obtener más ventajas”.

Durante mucho tiempo, la opinión general que se ha tenido de Constantino hallóse en muy alto grado influida por el juicio escéptico emitido por el célebre historiador suizo Jacobo Burckhardi en una brillante obra titulada *Die Zeit Constantin's des Grossen* (1853), Según Burckhardt, Constantino, estadista genial, dominado por la ambición y la pasión del poder, lo sacrificó todo al cumplimiento de sus planes universales. “Se trata a menudo —dice Burckhardt— de penetrar en la conciencia religiosa de Constantino y de erigir un cuadro de sus pretendidos cambios de opinión

religiosa. Es trabajo perdido. Para un hombre de genio a quien la ambición y la pasión del poder no dejan un instante de tranquilidad, no puede haber cuestión de cristianismo o paganismo, de religión consciente o de irreligiosidad (*unreligios*). Una persona semejante está, en el fondo, desprovisto de toda religión. Suponiendo que se detenga, siquiera un momento, a examinar su verdadera conciencia religiosa, encontrará allí un fatalismo". Este "espantoso egoísta", después de comprender que en el cristianismo residía una fuerza universal, se sirvió de él en ese sentido, y en ello consiste el gran mérito de Constantino. Pero el emperador dio también al paganismo garantías precisas. Sería vano buscar en ese hombre inconsecuente el menor sistema: todo en él es casualidad. Constantino, ese "egoísta vestido de púrpura, hace converger todo, tanto sus propios actos como los que deja cumplir, hacia el acrecentamiento de su propio poderío". Burckhardt se ha servido, como fuente principal, de la *Vida de Constantino*, de Eusebio, sin tener en cuenta que esta obra no es auténtica.Tal es, resumida en pocas palabras, la opinión de Burckhardt. Este historiador, como puede verse, no deja lugar alguno a una conversión del emperador fundada en móviles religiosos.

Fundándose en otras fuentes, el historiador religioso alemán Adolfo Harnack, en su estudio sobre *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in der ersten drei Jahrhunderten* (1892), llega a conclusiones análogas. Tras estudiar el estado del cristianismo en las provincias del Imperio, una a una, y aun reconociendo la imposibilidad de determinar la cifra exacta del número de cristianos, Harnack termina opinando que los cristianos, que eran en el siglo IV bastante numerosos y ya representaban un factor considerable en el Estado, no constituían, sin embargo, la mayoría de la población. Pero, observa Harnack, "la fuerza numérica y la influencia real no se corresponden necesariamente. Una minoría puede gozar de gran influencia si se apoya en las clases dirigentes, y una mayoría tiene poco peso si se compone de las capas inferiores de la sociedad, o, sobre todo, de la población rural. El cristianismo fue una religión urbana: cuanto más grande era la ciudad, mayor era el número de cristianos. Esta fue una ventaja eminente. Además, el cristianismo había ya (en el siglo IV) penetrado profundamente en gran número de provincias hasta las campiñas. Lo sabemos así con exactitud en lo que atañe a la mayoría de las provincias del Asia Menor, Armenia, Siria, Egipto y parte de Palestina y también del África del Norte". Después de distribuir las provincias del Imperio en cuatro grupos, según la mayor o menor expansión del cristianismo, y tras examinar el problema en cada uno de esos cuatro grupos, Harnack concluye que el centro principal de la Iglesia cristiana a comienzos del siglo IV, se encontraba en el Asia Menor. Constantino, antes de partir para la Galia, había pasado varios años en Nicomedia, la corte de Diocleciano. Las impresiones experimentadas en el Asia Menor, le acompañaron a Galia y se transformaron en una serie de convicciones políticas que implicaban conclusiones radicales: las de que podía apoyarse en la Iglesia y el episcopado, fuertes y poderosos los dos. Preguntarse si la Iglesia habría triunfado sin Constantino, es ocioso. Necesariamente había de llegar un Constantino. De década en década se hacía más fácil ser ese Constantino. En todo caso, la victoria del cristianismo en el Asia Menor era ya muy neta antes de la época constantiniana, y en otras provincias estaba muy bien preparada. No se necesitaban inspiración especial ni invitación celeste para realizar de hecho lo ya latente. Sólo hacía falta un político fuerte y penetrante, cuya naturaleza le llevase a la vez a ocuparse de asuntos religiosos. Ese hombre fue Constantino. Su rasgo de genio consistió en discernir con claridad y comprender bien lo que debía producirse.

Así, según la opinión de Harnack, Constantino no era más que un político de genio. Por supuesto, el método estadístico es, respecto a aquella época, e incluso para quienes se contenten con aproximaciones, casi imposible de emplear. No obstante, los eruditos más serios reconocen hoy que, bajo Constantino, el paganismo representaba un elemento preponderante en la sociedad y el gobierno, mientras los cristianos eran sólo una minoría. Según los cálculos del profesor Bolotov y otros, "puede que hacia el tiempo de Constantino la población cristiana fuese igual a un décimo de toda la población, pero quizá sea incluso necesario reducir esta cifra. Toda afirmación según la cual los cristianos pudieran representar más de un diez por ciento de la población, sería arriesgada". Hoy casi todos están de acuerdo en que, en la época de Constantino, los cristianos eran minoría en el Imperio. En tal caso, la teoría política de las relaciones de Constantino y el cristianismo debe ser

rechazada, en su forma integral al menos. Ningún gran estadista hubiese podido construir sus planes apoyándose en esa décima parte de la población, que además, como se sabe, no se mezclaba entonces en política.

Víctor Duruy, autor de la *Historia de los romanos*, habla, algo influido por Eurckhardt, del elemento religioso en Constantino como de "un honrado y tranquilo deísmo que formaba su religión". Según Duruy, Constantino "comprendió muy pronto que el cristianismo correspondía por su dogma fundamental a su propia creencia en un Dios único". No obstante, las consideraciones políticas desempeñaban en él papel esencial: "Como Bonaparte procurando conciliar la Iglesia y la Revolución, Constantino se proponía hacer vivir en paz, el uno junto al otro, el antiguo y el nuevo régimen, aunque favoreciendo a este último. Había reconocido hacia qué lado marchaba el mundo y ayudaba al movimiento sin precipitarlo. Es una gloria para ese príncipe haber justificado que había puesto en su arco triunfal: *Quietis custos*... Hemos tratado de penetrar hasta el fondo del alma de Constantino, y hemos encontrado una política más que una religión". Por otra parte, analizando el valor de Eusebio como historiador de Constantino, Duruy observa: "El Constantino de Eusebio veía a menudo entre el cielo y la tierra cosas que nadie ha notado en ningún sitio". Entre las muy numerosas obras que aparecieron en 1913 con motivo de la celebración del decimosexto centenario del edicto de Milán, podemos mencionar dos, la de E. Schwartz y los *Gesammelte Studien*, editados por F. J. Dólger. Schwartz declara que Constantino, "con la diabólica perspicacia de un dominador universal, comprendió la importancia que la alianza con la Iglesia presentaba para la monarquía universal que proyectaba edificar, y tuvo el valor y la energía de realizar esa unión en choque con todas las tradiciones del césarismo". Por su parte, E. Krebs, en los *Studien* editados por Dólger, escribe que todos los pasos dados por Constantino en favor de la Iglesia no fueron más que razones secundarias de la aceleración inevitable del testimonio de la Iglesia misma, cuya razón esencial residía en la fuerza sobrenatural del cristianismo.

P.Batiffol defiende la sinceridad de la conversión de Constantino, y más recientemente, J. Maurice, eminente especialista en la numismática de la época constantiniana, se esfuerza en aceptar como un hecho real el elemento milagroso de su conversión.

G. Boissier advierte que "lanzarse en aquella época en brazos de los cristianos", que constituían una minoría y no gozaban de papel político, hubiese sido para Constantino, como político, tentar lo desconocido. De modo que, si cambió de religión sin tener interés en ello, ha de reconocerse que lo hizo por convicción.

M. F. Lot se inclina en favor de la sinceridad de la conversión de Constantino. Y E. Stein expone las razones políticas que Constantino tenía para convertirse al cristianismo. Según el propio Stein, el hecho más importante de la política religiosa llevada a cabo por Constantino fue la adaptación de la Iglesia cristiana a los cuadros del Estado. Stein presume que Constantino estaba influido hasta cierto punto por la religión zoroástrica, que era estatal en Persia.

Téngase en cuenta que no ha de verse en esa *conversión* de Constantino, que se hace remontar de ordinario a su victoria sobre Majencio, en 312, su verdadera conversión al cristianismo, que no efectuó, como se sabe, sino en su lecho de muerte. Durante todo el tiempo de su gobierno permaneció siendo *Pontifex Maximus.*

No llamaba al domingo de otra manera que "El Día del Sol" (*Dies Solis*). Y con el vocablo de "Sol invicto" (*Sol invictus*) se entendía de ordinario en aquella época al dios persa Mitra, cuyo culto se había expandido prodigiosamente en todo el Imperio, tanto en Oriente como en Occidente, apareciendo a veces como rival serio para el cristianismo. Es un hecho patente que Constantino fue adepto del culto del Sol, culto hereditario en su familia. Según toda probabilidad, aquel "Sol invictus" de Constantino era Apolo. J. Maurice observa con justeza que "esa religión solar le aseguró una inmensa popularidad en el Imperio".

Aun reconociendo la sincera inclinación de Constantino hacia el cristianismo, no se pueden dejar de lado sus miras políticas, las cuales debieron desempeñar papel esencial en su actitud ante el cristianismo, que podía serle útil de varias maneras. Adivinaba que el cristianismo, en el porvenir,

sería el principal elemento de unificación de las razas del Imperio. “Quería —ha escrito el príncipe Trubetzkoi— reforzar la unidad del Estado dándole una Iglesia única”.

Es común vincular la conversión de Constantino a la leyenda de la aparición de una cruz en el cielo durante la lucha entre Constantino y Majencio. Así se introduce un elemento milagroso como uno de los factores de la conversión. Pero las fuentes revelan una completa falta de acuerdo sobre este punto. El testimonio más antiguo acerca de una ocurrencia milagrosa se debe al cristiano Lactancio, quien, en su obra *Sobre la muerte de los perseguidores* (“De mortibus persecutorum”) habla de una milagrosa inspiración recibida por Constantino en su sueño, intimándole a que grabara en sus escudos el celeste signo de Cristo (“coeleste signum Dei”). Pero La ctancio no dice palabra de una verdadera aparición celeste vista por Constantino.

Otro contemporáneo de Constantino, Eusebio de Cesárea, habla dos veces de la victoria de aquél sobre Majencio. En su primera obra, la *Historia eclesiástica*, Eusebio observa solamente que Constantino, yendo en socorro de Roma, “invocó en su oración, pidiéndole alianza, al Dios del cielo, así como a su Verbo, el Salvador universal, Jesucristo”. Como se ve, aquí no se trata de sueño ni de signo en los escudos. Finalmente, el mismo Eusebio, unos veinticinco años después de la victoria de Constantino sobre Majencio, y en otra obra (*La vida de Constantino*), nos da, apoyándose en las mismas palabras del emperador, que se lo “había contado y le afirmaba ser verdad bajo juramento”, el famoso relato en virtud del cual Constantino habría visto, durante su marcha sobre Roma, por encima del sol poniente, una cruz luminosa con las palabras “Triunfa con esto”. Un terror súbito le acometió, así como a su ejército, siempre según la narración. A la siguiente noche, se le apareció Cristo con la misma cruz, ordenándole hacer elaborar un estandarte semejante a aquella imagen, y avanzar con él contra el enemigo. Por la mañana, el emperador relató el milagroso sueño, llamó artistas, les describió el aspecto del signo que se le había aparecido y les dio el encargo de fabricar un estandarte análogo, que se conoció con el nombre de lábaro, *labarum.* Durante mucho tiempo, se ha discutido el origen de este vocablo. Ahora sabemos que *labarum* no es sino la deformación griega de *laurum,* en el sentido de “estandarte laureado, estandarte rematado en una corona de laurel”. El lábaro representaba una cruz alargada. En la antena perpendicular a la lanza iba fijo un trozo de tela, que consistía en un tejido de púrpura cubierto de piedras preciosas, variadas y magníficas, insertas en la trama, donde brillaban los retratos de Constantino y de sus hijos. En la cúspide se hallaba sujeta una corona de oro en cuyo interior aparecía el monograma de Cristo. A partir de la época de Constantino, el lábaro se convirtió en el estandarte del Imperio de Bizancio. Pueden hallarse también en otros autores alusiones a una visión milagrosa o a ejércitos aparecidos en el cielo a Constantino, como enviados por Dios en su socorro. Pero nuestros conocimientos sobre este episodio son tan confusos y contradictorios, que no cabe apreciarlos debidamente desde el punto de vista histórico. Hay incluso quienes piensan que aquel acontecimiento no se produjo durante la marcha contra Majencio, sino con anterioridad, antes de que Constantino hubiese salido de la Galia.

El seudoedicto de Milán.

Bajo el reinado de Constantino el cristianismo recibió el derecho de existir y desarrollarse legalmente. Pero el primer edicto en favor del cristianismo se promulgó bajo el reinado de Galerio, quien, eso aparte, fue el más feroz perseguidor de los cristianos. Galerio publicó su edicto el año 311. En él concedía a los cristianos amnistía completa de la obstinada lucha que habían sostenido contra los decretos del gobierno, tendentes a reunir al paganismo los disidentes, y les reconocía la facultad de existir ante la ley. El edicto de Galerio declaraba: “Que los cristianos existan de nuevo”. Que celebren sus reuniones, a condición de que no turben el orden. A cambio de esta gracia, deben rogar a Dios por nuestra prosperidad y por la del Estado, así como por la suya propia”.

Dos años más tarde, después de su victoria sobre Majencio, Constantino se encontró en Milán con Licinio, que había concluido antes un acuerdo con él. Según la historia tradicional, tras deliberar sobre los asuntos del Imperio, los dos emperadores publicaron un documento de gran interés al que se llamaba *edicto de Milán*. El texto mismo del documento no ha llegado a nosotros.

Se conserva en la obra del escritor cristiano Lactancio, en forma de un reescrito de Lícinio redactado en latín y dirigido al gobernador (“*praeses*”*)* de Bitinia. Eusebio, en su *Historia de la Iglesia*, inserta una traducción griega del original latino.

La cuestión de las relaciones entre los textos de Lactancio y Eusebio y el texto original, no llegado hasta nosotros, del edicto de Milán, ha sido muy discutida. Hace ya más de cincuenta años, el alemán Seeck había anticipado la inexistencia del edicto de Milán, afirmando que sólo existió el edicto de Galerio (311). Durante mucho tiempo, la ciencia histórica no compartió el criterio de Seeck. Hoy se ha probado que el documento conocido como *edicto de Milán* es de Licinio y fue promulgado en Nicomedia (Bitinia), y no en Milán, en la primavera del 313. Pero si el edicto de Milán, como tal, debe ser eliminado, en cambio es cierto que se celebraron en Milán conferencias entre los dos emperadores. “Allí se adoptaron las decisiones más importantes”. En virtud de aquel edicto, los cristianos —así como los adeptos de todas las religiones— obtenían libertad plena y entera de abrazar la fe que habían elegido. Todas las medidas tomadas contra ellos quedaban abolidas. “A partir de este día — declara el edicto— que aquel que quiera seguir la fe cristiana la siga libre y sinceramente, sin ser inquietado ni molestado de otra manera. Hemos querido hacer conocer esto a Tu Excelencia (esto es, el prefecto de Nicomedia) de la manera más precisa, para que no ignores que hemos concedido a los cristianos la libertad más completa y más absoluta de practicar su culto. Y, puesto que la hemos concedido a los cristianos, debe ser claro a Tu Excelencia que a la vez se concede también a los adeptos de las otras religiones el derecho pleno y entero de seguir su costumbre y su fe y de usar de su libertad de venerar los dioses de su elección, para paz y tranquilidad de nuestra época. Lo hemos decidido así porque no queremos humillar la dignidad ni la fe de nadie”.

El mismo edicto ordenaba entregar a los cristianos, sin exigirles indemnización ni promover la menor dificultad, las casas particulares e iglesias que se les habían confiscado.

De este texto del edicto se desprende que Licinio y Constantino reconocieron a la religión cristiana los mismos derechos que a todas las otras religiones, incluso el paganismo. En la época de Constantino todavía no podía tratarse de un reconocimiento completo del cristianismo como la religión verdadera. No cabía más que presentirlo. Los dos emperadores juzgaron que el cristianismo era compatible con el paganismo, y la extrema importancia de su acto reside, no sólo en el permiso de existir que dio al cristianismo, sino también en la protección oficial que le concedió. Este momento es esencial en la historia del cristianismo primitivo.

Ese edicto, pues, no nos da el derecho de afirmar, como lo hacen ciertos historiadores, que el cristianismo, bajo Constantino, fuera puesto por encima de todas las demás religiones, que sólo habrían desde entonces sido toleradas (A. Lebediev), ni que el edicto, lejos de establecer la tolerancia religiosa, proclamara la supremacía del cristianismo (N. Grossu).

Así, cuando se promueve, fundándose en el edicto de Nicomedia, la cuestión de si, bajo Constantino, el cristianismo gozó de derechos paritarios o preponderantes, estamos obligados a inclinarnos en pro de la paridad.

El profesor Brilliantov tiene toda la razón cuando escribe, en su notable obra sobre *El emperador Constantino el Grande y el edicto de Milán de 313*: “En realidad puede afirmarse, sin exageración alguna, lo que sigue: la gran importancia del edicto de Milán subsiste, incontestable, pues tiene la de un acta que pone fin decisivamente al estado ilegal de los cristianos en el Imperio y que, proclamando una libertad religiosa plena y entera, hace entrar “de jure” el paganismo, de su condición anterior de única religión oficial, en la línea de todas las otras religiones”. Un impresionante testimonio de la libre coexistencia del cristianismo y del paganismo, nos lo dan las monedas.

La actitud de Constantino ante la Iglesia.

Pero Constantino no se satisfizo con dar a los cristianismos derechos estrictamente iguales, como hubiese hecho con una doctrina religiosa cualquiera.

El clero cristiano (*clerici*) obtuvo todos los privilegios que gozaban los sacerdotes paganos. Quedó exento de impuestos, cargos y servicios estatales que hubiesen podido impedirle el ejercicio de sus deberes religiosos (derecho de inmunidad). Se dio a todos el derecho de testar en favor de la Iglesia, la cual recibía, por tanto, *"ipso facto"*, el derecho a heredar. Así, a la vez que se proclamaba la libertad religiosa, las comunidades cristianas quedaban reconocidas en su personalidad civil. Este último hecho creaba para el cristianismo una situación nueva desde el punto de vista jurídico.

Se concedieron muy importantes privilegios a los tribunales episcopales. Se dio a todos el derecho de transferir, de acuerdo con la parte adversaria, cualquier clase de asuntos civiles a los tribunales episcopales, aunque el asunto hubiese sido entablado ya ante un tribunal civil. A fines del reinado de Constantino todavía se ensanchó más la competencia de los tribunales episcopales. Las decisiones de los obispos habían de ser reconocidas, sin apelación, en asuntos concernientes a personas de toda edad. Todo asunto civil podía ser trasladado a un tribunal episcopal en cualquier momento del proceso, incluso contra la voluntad de la parte adversaria. Los jueces civiles habían de ratificar los veredictos de los tribunales episcopales.

Estos privilegios judiciales de los obispos, aunque realzasen su autoridad a los ojos de la sociedad, eran para ellos una pesada carga y aumentaban sus responsabilidades. La parte perdedora no podía dejar de guardar aún resentimiento o descontento contra la sentencia episcopal, que no por inapelable estaba menos sujeta a error. Además, las funciones seculares de los obispos debían introducir en los medios eclesiásticos numerosos intereses profanos.

La Iglesia recibió del Estado donaciones muy ricas, en forma de propiedades y de gratificaciones materiales (plata y trigo). Los cristianos no estaban obligados a participar en las fiestas paganas. En fin, bajo la influencia del cristianismo, se aplicaron algunas mitigaciones a los castigos de los criminales.

El nombre de Constantino está vinculado con la fundación de gran número de iglesias en todas las provincias de su inmenso Imperio. A Constantino se atribuye la construcción de las basílicas de San Pedro y de Letrán, en Roma. Pero, en ese sentido, su atención se fijó sobre todo en Palestina, donde, según se decía, su madre había descubierto la verdadera Cruz. En Jerusalén, en el lugar donde Cristo fuera enterrado, se edificó la iglesia del Santo Sepulcro y sobre el Monte de los Olivos el emperador hizo levantar la iglesia de la Ascensión. En Belén se construyó la iglesia de la Natividad. Constantinopla, la nueva capital, y sus arrabales, quedaron ornados con numerosas iglesias, las más magníficas de las cuales fueron la de los Apóstoles y la de Santa Irene. Bajo el reinado de Constantino se alzaron muchas iglesias en otros lugares, como enAntioquía, en Nicomedia, en África del Norte, etc.

Después del reinado de Constantino se desarrollaron tres focos importante cristianismo: la Roma cristiana en Italia, donde subsistieron por algún tiempo simpatías y tradiciones paganas; la Constantinopla cristiana, que pronto fue una segunda Roma a los ojos de los cristianos de Oriente, y Jerusalén, que conoció con Constantino un período de renovación. Desde su destrucción por Tito, el 70, y la fundación sobre su emplazamiento de la colonia romana de Elia Capitolina, bajo el reinado de Adriano, en el siglo II, la antigua Jerusalén había perdido su importancia, aunque fuese la cuna del cristianismo y el centro de la primera predicación apostólica. Políticamente, la capital de la provincia no era Elia, sino Cesárea.

Las iglesias edificadas durante este período en los tres centros mencionados se levantaron como símbolos del triunfo de la Iglesia cristiana sobre la Tierra. La Iglesia cristiana iba a convertirse en Iglesia del Estado. La nueva concepción del reino terrestre estaba, por lo tanto, en oposición directa con la concepción inicial del cristianismo, "cuyo reino no era de este mundo", y con la del próximo fin del mundo mismo.

El arrianismo y el concilio de Nicea.

En razón del nuevo estado de cosas nacido en la primera parte del siglo IV, la Iglesia cristiana atravesó una época de hirviente actividad, manifestada sobre todo en el dominio dogmático. De esas

cuestiones dogmáticas se ocuparon en el siglo IV, no sólo particulares —como, en el siglo III, Tertuliano y Orígenes—, sino numerosos partidos, notablemente organizados.

Los concilios, en el siglo IV, se convirtieron en fenómeno corriente: se veía en ellos el único medio de resolver los problemas religiosos en litigio.

Pero, en el curso de esos concilios del siglo IV, despierta un carácter nuevo, de extrema importancia para toda la historia posterior de las relaciones del poder espiritual y el temporal, de la Iglesia y el Estado. Desde Constantino, el Estado se mezcla a las discusiones dogmáticas y las dirige según le parece bien. En muchos casos, los intereses del Estado no habían de corresponder siempre a los de la Iglesia.

Hacía mucho tiempo que el principal centro de civilización del Oriente era Alejandría, donde la vida espiritual rebosaba actividad. Es natural que hubiera ardientes discusiones sobre nuevos dogmas en aquella Alejandría que, desde el siglo II, "se había tornado —según el profesor A. Spasski— en el centro del desarrollo teológico de Oriente y había adquirido en el mundo cristiano una reputación particular, la de una especie de iglesia filosófica, donde no se debilitaba nunca el interés que se dedicaba al estudio de los problemas superiores de la fe y la ciencia". La doctrina herética más importante de la época de Constantino fue el arrianismo. Nació éste en la segunda mitad del siglo III, en Antioquia (Siria), donde Luciano, uno de los hombres más cultos del tiempo, fundió una escuela de exégesis y teología. Esta escuela, como dice Harnack, fue "la cuna de la doctrina arriana".

Arrio, sacerdote de Alejandría, emitió la idea de que el Hijo de Dios había sido creado. Tal proposición constituyó el fondo del arrianismo. La doctrina de Arrio se expandió aceleradamente. A ella se afiliaron Eusebio, obispo de Cesárea, y Eusebio, obispo de Nicomedia. A pesar de los esfuerzos de los partidarios de Arrio, éste se vio negada la comunión por Alejandro, obispo de Alejandría. Los intentos de las autoridades locales para apaciguar la turbada Iglesia, no produjeron el efecto deseado. Constantino acababa de triunfar sobre Licinio y era único emperador. Llegó en 324 a Nicomedia, donde recibió múltiples quejas de los partidarios de Arrio y de los adversarios de éste. El emperador deseaba, ante todo, conservar en el Estado una Iglesia tranquila y no advertía bien la importancia de tal disputa dogmática. Se dirigió, pues, por escrito a Alejandro de Alejandría y a Arrio, procurando persuadirles de que se reconciliasen y de que se ajustaran al ejemplo de los filósofos, quienes, sin dejar de discutir entre sí, vivían en armonía. Fácil les era a los dos entenderse, pues que ambos reconocían la Providencia divina y a Jesucristo. "Devolvedme el alma de mis días, el reposo de mis noches —les pedía Constantino—; dejadle gustar el placer de una existencia tranquila". (Eusebio, *Vita Constantini*)

Para llevar aquella misiva, Constantino envió a Alejandría uno de sus hombres deconfianza: Osio, obispo de Córdoba. Éste entregó la carta, examinó la cuestión sobre el terreno donde se debatía y, a su regreso, hizo conocer al emperador la mucha importancia del movimiento Arriano. Constantino decidió entonces convocar un concilio.

Ese primer concilio ecuménico, convocado por cartas imperiales, se reunió el 325 en Nicea (Bitinia). No se conoce con mucha exactitud el número de los que asistieron al concilio. No obstante, de ordinario, se evalúa en 318 el número de los Padres reunidos en Nicea. La mayoría eran obispos de las regiones orientales del Imperio. El obispo de Roma, demasiado anciano para trasladarse se hizo representar por dos sacerdotes. La querella arriana fue, con mucho, la más importante de las cuestiones que se examinaron. El emperador presidió el concilio e incluso dirigió los debates.

No se conservan las actas del concilio de Nicea, hasta no faltan quienes duden de que se redactaran protocolos de las sesiones. Lo que sabemos nos ha llegado merced a escritos de los miembros del concilio y de algunos historiadores. Después de debates muy vivos, el concilio condenó la herejía de Arrio y, tras adoptar algunas enmiendas y adiciones, adoptó el Símbolo de la Fe (el Credo), donde, contrariamente a la doctrina de Arrio, Jesucristo era reconocido como "Hijo de Dios, no creado, consubstancial con el Padre".

El arcediano de Alejandría, Atanasio, había combatido a Arrio con un celo particular unido a un arte consumado.

El Símbolo de Nicea fue aceptado por varios obispos arrianos. Los más obstinados discípulos de Arrio, y Arrio mismo, fueron expulsados del concilio y puestos en prisión. El concilio resolvió las demás cuestiones pendientes y se disolvió después. En carta solemne que se remitió a todas las comunidades, hízose saber a éstas que la paz y el acuerdo habían sido devueltos a la Iglesia. Constantino escribió: "Todos los proyectos que el demonio había meditado contra nosotros han sido aniquilados a la hora de ahora... El cisma, las disensiones, las turbulencias, el veneno mortal de la discordia, todo eso, por la voluntad de Dios, ha sido vencido por la luz de la verdad". Uno de los mejores especialistas del arrianismo comenta: "El arrianismo empezó con vigor que prometía una buena carrera; y en pocos años pudo aspirar a la supremacía en Oriente, pero su fuerza se desvaneció ante el concilio, y fue herido por la reprobación universal del mundo cristiano. El arrianismo parecía completamente aplastado y sin esperanza de resurrección".

La realidad no confirmó las hermosas esperanzas de Constantino. La condenación del arrianismo por el concilio de Nicea, no sólo no puso fin a la disputa arriana, sino que incluso fue causa de nuevos movimientos y nuevas dificultades. En el mismo Constantino se notó luego un cambio muy neto en favor de los arrianos. A los pocos años del concilio, Arrio y sus partidarios más celosos fueron llamados del destierro. La muerte repentina de Arrio impidió su rehabilitación. En vez de él, fueron exilados los defensores más eminentes del Símbolo de Nicea. Si este Símbolo no quedó desautorizado y condenado, se le olvidó a sabiendas y en parte se le sustituyó por otras fórmulas.

Es muy difícil establecer con exactitud cómo se creó esa oposición tenaz contra el concilio de Nicea y cuál fue la causa de tal cambio en el ánimo de Constantino. Examinando las diversas explicaciones que se han propuesto, y donde se hacen intervenir influencias cortesanas, relaciones íntimas o familiares u otros fenómenos, acaso quepa detenerse en la hipótesis de que Constantino, cuando fue solucionado el problema arriano, ignoraba los sentimientos religiosos del Oriente, que en su mayoría simpatizaba con el arrianismo.

El emperador, que había recibido su fe en Occidente y se hallaba bajo el influjo del alto clero occidental —como, por ejemplo, de Osío, obispo de Córdoba— hizo elaborar en ese sentido *el Símbolo de Nicea.* Más éste no convenía del todo al Oriente. Constantino comprendió que las declaraciones del concilio de Nicea estaban en oposición, en Oriente, con el estado de ánimo de la mayoría de la Iglesia y los deseos de las masas, y desde entonces comenzó a inclinarse hacía el arrianismo. En los últimos años de su gobierno, el arrianismo penetró en la corte. Y de día en día se afirmaba con más solidez en la mitad oriental del Imperio. Varios de los propugnadores del Símbolo de Nicea perdieron sus sedes episcopales y pasaron al destierro. La historia de la predominancia del arrianismo en esta época no ha sido plenamente aclarada por los sabios, a causa de la penuria de las fuentes.

Como todos saben, Constantino, hasta el último año de su vida, fue, oficialmente, pagano. Sólo en su lecho de muerte recibió el bautismo de manos de Eusebio de Nicomedia, es decir, de un arriano. "Pero —observa el profesor Spasski— la última voluntad que expresó al morir fue llamar del destierro a Atanasio, el ilustre rival de Arrio". Constantino había hecho cristianos a sus hijos.

La fundación de Constantinopla.

El segundo hecho del reinado de Constantino cuya importancia —después del reconocimiento del cristianismo— se ha revelado como esencial, fue la fundación de una capital nueva. Ésta se elevó en la orilla europea del Bósforo, no lejos del mar de Mármara, sobre el emplazamiento de Bizancio (*Byzantinum*), antigua colonia de Megara. Ya los antiguos, mucho antes de Constantino, habían advertido el valor de la posición ocupada por Bizancio, notable por su importancia estratégica y económica en el límite de Europa y Asia. Aquel lugar prometía el dominio de dos

mares, el Mediterráneo y el Negro, y aproximaba el Imperio de los origenes de las más brillantes civilizaciones de la antigüedad.

A cuanto cabe juzgar por los documentos que nos han llegado fue en la primera mitad del siglo VII antes de J.C. cuando algunos emigrantes de Megara fundaron en la punta meridional del Bosforo, frente a la futura Constantinopla, la colonia de Calcedonia. Varios años mas tarde un nuevo contingente de megarios, fundo en la primera ribera europea de la punta meridional de Bosforo, la colonia de Bizancio, nombre que se hace derivar del jefe de la expedición megaria: Byzas. Las ventajas de Bizancio respecto a Calcedonia eran evidentes ya a los ojos de los antiguos. El historiador griego Herodoto (siglo V a. J.C.) cuenta que el general persa Megabaces, al llegar a Bizancio, calificó de ciegos a los habitantes de Calcedonia que, teniendo ante los ojos un emplazamiento mejor —aquel donde algunos años más tarde fue fundada Bizancio— habían elegido una situación desventajosa. Una tradición literaria más reciente, referida por Estrabón (VII, 6, 320) y por Tácito (An. XII, 63), atribuye esa declaración de Megabaces, en forma ligeramente modificada, a Apolo Pítico, quien, en respuesta a los megarios que preguntaban al oráculo dónde debían construir su ciudad, les dijo que frente al país de los ciegos.

Bizancio tuvo un papel importante en la época de las guerras médicas y de Filipo de Macedonia. El historiador griego Polibio (siglo II a. J.C.) analiza brillantemente la situación política y sobre todo económica de Bizancio, reconoce la mucha importancia del intercambio que se mantenía entre Grecia y las ciudades del mar Negro, y escribe que ningún navío mercante podría entrar ni salir de ese mar contra la voluntad de los moradores de Bizancio, quienes, dice, tienen entre sus manos todos los productos del Ponto, indispensables a la humanidad.

Desde que el Estado romano cesó de ser de hecho una república, los emperadores habían manifestado muchas veces su intención de trasladar a Oriente la capital de Roma. Según el historiador romano Suetonio (I, 79), Julio césar había formado el proyecto de instalar la capitalidad en Alejandría o en Ilion (la antigua Troya). Los emperadores de los primeros siglos de la era cristiana abandonaron a menudo Roma durante períodos de larga duración, a causa de la frecuencia de las campañas militares y de los viajes de inspección por el Imperio. A fines del siglo II Bizancio sufrió grandes males. Septimio Severo, vencedor de su rival Pescenio Niger, a cuyo favor se había inclinado Bizancio, hizo padecer a la ciudad estragos terribles y la arruinó casi completamente. Pero Oriente seguía ejerciendo poderoso atractivo sobre los emperadores. Dioclecíano (284—305) se complugó muy particularmente en el Asia Menor, en la ciudad bitinia de Nicomedia, que embelleció con magníficas construcciones.

Constantino, resuelto a fundar una nueva capital, no eligió Bizancio desde el primer momento. Es probable que pensara por algún tiempo en Naisos (Nisch), donde había nacido, en Sárdica (Sofía) y en Tesalónica (Salónica). Pero atrajo su atención sobre todo el emplazamiento de la antigua Troya, de donde, según la leyenda, había partido Eneas, el fundador del Estado romano, para dirigirse al Lacio, en Italia. El emperador fue en persona a aquellos célebres lugares. EL mismo trazó los límites de la ciudad futura. Las puertas estaban ya construidas, según testimonio de un historiador cristiano del siglo V (Sozomeno) cuando, una noche, Dios se apareció en sueños a Constantino y le persuadió de que buscase otro emplazamiento para la capital. Entonces Constantino fijó definitivamente su elección en Bizancio. Cien años más tarde, el viajero que recorría en barco la costa troyana, podía ver aún, desde el mar, las construcciones inacabadas de Constantino.

Bizancio no se había repuesto por completo de la devastación sufrida bajo Septimio Severo. Tenía el aspecto de un poblado sin importancia y sólo ocupaba una parte del promontorio que se adelanta en el mar de Mármara. El 324, o acaso después (325), Constantino decidió la fundación de la nueva capital e inició los trabajos. La leyenda cristiana refiere que el emperador en persona fijó los límites de la ciudad y que su séquito, viendo las enormes dimensiones de la capital proyectada, le preguntó, con asombro: “¿Cuándo vas a detenerte, señor?” A lo que él repuso: “Cuando se detenga el que marcha delante de mí”. Daba a entender con esto que guiaba sus pasos una fuerza divina. Se reunieron mano de obra y materiales de construcción procedentes de todas partes. Los

más bellos monumentos de la Roma pagana, de Atenas, de Alejandría, de Antioquía, de Éfeso, sirvieron para embellecimiento de la nueva capital. Cuarenta mil soldados godos (*foederati*) participaron en los trabajos. Se concedieron a la nueva capital una serie de diversas inmunidades comerciales, fiscales, etc., a fin de atraer allí una población numerosa. En la primavera del año 330, los trabajos estaban tan avanzados, que Constantino pudo inaugurar oficialmente la nueva capital. Esta inauguración se celebró el 11 de mayo del 330, yendo acompañada de fiestas y regocijos públicos que duraron cuarenta días. Entonces se vio "la cristiana Constantinopla superponerse a la pagana Bizancio".

Es difícil determinar con precisión el espacio ocupado por la ciudad de la época de Constantino. Una cosa parece cierta, y es que rebasaba en extensión el territorio de la antigua Bizancio. No hay datos que nos permitan calcular la población de Constantinopla en el siglo IV. Quizá rebasase ya las 200.000 almas, pero ésta es una pura hipótesis. Para defender la ciudad por el lado de tierra contra los enemigos exteriores, Constantino hizo construir una muralla que iba del Cuerno de Oro al mar de Mármara.

Más tarde, la antigua Bizancio, convertida en capital de un Imperio universal, empezó a ser llamada "la ciudad de Constantino", o Constantinopla, y hasta, a continuación, meramente "Polis" o "La Ciudad". Recibió la organización municipal de Roma y fue distribuida, como ella, en catorce "regiones", dos de las cuales se hallaban extramuros.

No nos ha llegado ninguno de los monumentos contemporáneos de Constantino. Sin embargo, la iglesia de Santa Irene, reconstruida dos veces, una (la más importante) bajo Justiniano, y la otra, bajo León III, se remonta a la época de Constantino, existe aun en nuestros días, y en ella está el Museo Militar turco. En segundo lugar, la célebre columna (siglo V a. J.C.) elevada en conmemoración, de la batalla de Platea y transportada por Constantino a la nueva capital, donde la instaló en el hipódromo, se encuentra allí todavía, aunque algo deteriorada, en verdad. El genio intuitivo de Constantino pudo apreciar todas las ventajas que implicaba la situación de la antigua Bizancio desde los puntos de vista político, económico y espiritual. Desde el punto de vista político, Constantinopla, aquella *Nueva Roma*, como se la llama a menudo, poseía ventajas excepcionales para la lucha contra los enemigos exteriores: por mar era inatacable y por tierra la protegían sus murallas. Económicamente, Constantinopla tenía en sus manos todo el comercio del mar Negro con el Archipiélago y el Mediterráneo, estando, así, destinada a cumplir el papel de intermediaria entre Asia y Europa. Desde el punto de vista espiritual, se encontraba próxima a los focos de la civilización helenística, la cual, a su fusión con el cristianismo, cambió de aspecto, resultando de tal fusión una civilización cristiano—greco—oriental, que recibió el nombre de bizantina.

"La elección del emplazamiento de la nueva capital —escribe F. I. Uspenski—, la edificación de Constantinopla y la creación de una capital mundial, son hechos que prueban el valor incontestable del genio político y administrativo de Constantino. No es en el edicto de tolerancia donde se encuentra la medida de su mérito, de alcance universal, ya que, de no ser él, habría sido uno de sus sucesores inmediatos quien hubiera dado primacía al cristianismo, el cual, en este caso, no habría perdido nada. En cambio, por un traslado oportuno de la capital del mundo a Constantinopla, salvó la civilización antigua y creó a la vez una atmósfera propicia a la expansión del cristianismo".

A partir de Constantino, Constantinopla se convirtió en el centro político, religioso, económico y moral del Imperio.

Las reformas orgánicas del Imperio en la época de Diocleciano y de Constantino.

Cuando se examinan las reformas de Diocleciano y de Constantino, se comprueba que las más importantes son: establecimiento de una centralización estricta, creación de una administración numerosa, separación de los poderes civil y militar. Pero no han de buscarse instituciones nuevas ni cambios repentinos. El gobierno romano había entrado en vías de centralización desde augusto.

Paralelamente a la absorción por Roma de las regiones orientales helenísticas, de civilizaciones superiores y de formas de gobierno más antiguas, la capital —sobre todo en las provincias del Egipto ptolemaico— imprimió de modo progresivo sus costumbres vivas y sus ideales helenísticos a los países recién conquistados. El rasgo distintivo de los Estados que se fundaron sobre las ruinas del Imperio de Alejandro Magno —el Pérgamo de los atálidas, la Siria de los seléucidas, el Egipto de los Ptolomeos— consistía en el poder ilimitado, divino, de los monarcas, sentimiento particularmente fuerte y arraigado en Egipto. Para los habitantes de Egipto, augusto, conquistador del país, y sus sucesores, fueron soberanos absolutos y de esencia divina, como antes lo habían sido los Ptolomeos. Esto era la exacta oposición al concepto romano de los poderes del *princeps,* especie de compromiso entre las instituciones republicanas de Roma y las formas gubernamentales desarrolladas desde hacía poco. Bajo la acción de las influencias políticas del Oriente helenístico, el concepto inicial de los poderes imperiales se modificó, y los "príncipes" romanos mostraron muy pronto que preferían a Oriente y su concepción del poder imperial. Desde el siglo I, Calígula, según Suetonio, probó estar presto a aceptar la corona imperial, o diadema , y en 1a primera mitad del siglo III, Heliogábalo, según las fuentes, llevaba diadema en su palacio. Se sabe que Aureliano, en la segunda mitad del siglo III, fue el primero en ostentar la diadema en público, a la vez que monedas e inscripciones le daban los nombres de *Dios* y *Señor* ("Deus Aurelianus Imperator Deus et Dominus Aurelianus Augustus"). Aureliano fue quien estableció el gobierno autocrático en el Imperio romano.

Puede decirse que la evolución del poder imperial, primero sobre el modelo del Egipto ptolemaico, después bajo la influencia de la Persia sasánida, estaba casi del todo acabada alrededor del siglo IV. Diocleciano y Constantino quisieron poner el punto final a la organización de la monarquía y, con esta intención, substituyeron pura y sencillamente las instituciones romanas por las costumbres y prácticas que reinaban en el Oriente helenístico y que se conocían ya en Roma, sobre todo desde la época de Aureliano.

Los períodos de desorden y anarquía militar del siglo III habían infiltrado la turbación en la organización interna del Imperio y la habían dislocado y disgregado. Aureliano restableció de momento la unidad. Por esa obra, los documentos e inscripciones de la época le dan el nombre de "Restaurador del Imperio" (*"Restitutor Orbis").* Pero a su muerte siguióse un nuevo período de turbulencias. En tales condiciones, Diocleciano acometió la tarea de reconstruir todo el mecanismo del Estado y ponerlo en el buen camino. En el fondo, no hizo sino una gran reforma administrativa. De todos modos, él y Constantino introdujeron en la organización interior del Estado cambios de tanta importancia, que puede considerárseles como fundadores de un nuevo tipo de monarquía, nacido, como hemos observado antes, bajo una fuerte influencia del Oriente.

Diocleciano, que residía a menudo en Nicomedia y se sentía atraído por Oriente de un modo general, adoptó numerosas características de las monarquías orientales. Fue un verdadero autócrata, un emperador—dios, que llevó la diadema imperial. En su palacio penetraron el lujo y el complicado ceremonial de Oriente. En las audiencias, los súbditos habían de prosternarse ante el emperador antes de osar alzar los ojos a él. Cuanto afectaba al emperador recibía el nombre de sagrado: eran sagrada su persona, sagradas sus palabras, sagrado el palacio, sagrado el tesoro, etc. El emperador hallábase rodeado de una numerosa corte que, instalada desde Constantino en la nueva capital, requirió gastos enormes y se convirtió en centro de maquinaciones e intrigas que más tarde hicieron muy complicada la vida del Imperio bizantino. Así, la autocracia, en forma muy próxima al despotismo oriental, fue introducida en el Imperio por Diocleciano y se convirtió en uno de los rasgos típicos de la organización del Imperio bizantino. Para mejorar el gobierno de la inmensa y heterogénea monarquía, Diocleciano implantó el sistema de la tetrarquía, o "poder de cuatro personas". El gobierno del Imperio fue distribuido entre los augustos con iguales poderes, uno de los cuales debía habitar en la parte occidental y otro en la oriental del Imperio. Los dos augustos debían gobernar nominalmente un solo Imperio romano. El Imperio seguía siendo uno, y la designación de dos augustos mostraba que el gobierno reconocía ya la diferencia existente entre el Oriente griego y el Occidente latino, la administración simultánea de los cuales era tarea que

rebasaba las facultades de una sola persona. Cada augusto debía asociarse un césar que a la muerte o abdicación del augusto pasaba a ser augusto el mismo y elegía un nuevo césar. Así se creó una especie de sistema dinástico artificial que debía librar al Imperio de turbulencias y de empresas de los ambiciosos y a la vez quitar a las legiones el poder decisivo que se habían arrogado en la elección de nuevos emperadores. Los primeros augustos fueron Diocleciano y Maximiano, y los césares Galerio y Constancio Cloro, padre de Constantino. Diocleciano se reservó Egipto y las provincias asiáticas, con centro en Nicomedia. Maximiano tomó Italia, España y África, con centro en Mediolanum (Milán). Galerio recibió la Península balcánica y las provincias danubianas vecinas, con centro en Sirmium, sobre el Save (cerca de la actual Mitrovitz). A Constancio Cloro se le adjudicaron la Galia y la Bretaña, con centros en Augusta Trevirorum (Tréveris) y Eboracum (York). Estos cuatro personajes eran considerados gobernadores de un Imperio único e indiviso y las leyes se promulgaban en su cuádruple nombre. No obstante la igualdad teórica de los dos augustos, Diocleciano disfrutaba, como emperador, de una indiscutible supremacía. Los césares estaban bajo la dependencia de los augustos. Al cabo de cierto tiempo, los augustos debían abdicar, dejando poder a los césares. En el año 305, en efecto, Diocleciano y Maximiano abdicaron, pasando a la vida privada. Galerio y Constancio Cloro se convirtieron entonces en augustos. Sin embargo, las turbulencias que estallaron pusieron rápido fin al sistema artificial de la tetrarquía, que dejó de existir a principios del siglo IV.

Diocleciano practicó grandes cambios en el gobierno de las provincias. Con él desapareció la antigua distinción entre provincias senatoriales e imperiales. Todas dependían ya del emperador. Las antiguas provincias del Imperio, relativamente poco numerosas, se señalaban por su vasta extensión y daban gran poderío a quienes las administraban. De esto surgían con frecuencia peligros muy graves para el poder central. Se producían revueltas a menudo, y los gobernadores de provincias, a la cabeza de las legiones provinciales que se unían a ellos, erigíanse muchas veces en pretendientes al trono. Diocleciano, queriendo suprimir el peligro político que representaban las provincias de excesiva extensión, decidió disminuirlas en tamaño. De cincuenta y siete provincias que había al llegar él al trono, hizo noventa y seis, o acaso más.

No sabemos el número exacto de las nuevas provincias de menor extensión creadas por Diocleciano, a causa de los insuficientes informes ofrecidos por las fuentes. La fuente principal que poseemos sobre la organización de las provincias del Imperio en esa época, es la llamada *Notitia dignitatum*, o lista oficial de las funciones de la corte y de los empleos civiles y militares, con la enumeración de las provincias. Pero, según la opinión de los sabios, ese documento —que carece de fecha— se remonta a primeros del siglo V y a una época en que existían ya todos los cambios operados en el gobierno por el sucesor de Diocleciano. La *Notitia dignitatum* da una cifra de 120 provincias. Otras listas, de época igualmente incierta, pero anteriores, incluyen un número menor de provincias. Como quiera que sea, debe tenerse en cuenta que varios detalles de la reforma de Diocleciano no se hallan lo bastante aclarados, a causa del mal estado de las fuentes.

El Imperio consistía bajo Diocleciano en cuatro prefecturas, al frente del cada una de las cuales había un prefecto del pretorio (*praefecti pretorio*). Las prefecturas se dividían en diócesis. La lista de Verona, que es la más antigua, indica doce diócesis. Cada una de éstas se dividía en varias provincias.

Para garantizar mejor su poder contra eventuales complicaciones, Diocleciano separó estrictamente el poder militar del poder civil. Desde él, los gobernadores de provincias no tuvieron sino funciones judiciales y administrativas. Las consecuencias de la reforma provincial de Diocleciano se manifestaron sobre todo en Italia, que, de región dominante que era, pasó a ser una mera provincia.

Tal reforma exigía una administración. Se creó un sistema burocrático muy complicado, que requería empleos múltiples, títulos extremadamente diversos y una estricta jerarquización.

Constantino desarrolló y completó la obra reformadora empezada por Diocleciano. Así, los rasgos más característicos de las épocas de Diocleciano y Constantino fueron el establecimiento del poder absoluto del emperador y la rígida separación de los poderes militar y civil, lo que produjo la

creación de una administración numerosa. En la época bizantina se conservó el primer rasgo, esto es, el carácter absoluto del monarca, mientras el segundo sufrió una modificación profunda, en el sentido de una concentración progresiva de los poderes militar y civil en las mismas manos. Pero la administración numerosa pasó a Bizancio y, si bien con modificaciones bastante importantes, tanto en los empleos como en sus calificativos, subsistió hasta los últimos tiempos del Imperio. La mayoría de las funciones y títulos se convirtieron, de lati nos, en griegos. Varios se tornaron puramente honorarios y con posterioridad se crearon otros muchos nuevos.

Un factor en extremo importante de la historia del Imperio en el siglo IV es la infiltración progresiva de los bárbaros, y concretamente de los ger manos (godos). Pero trataremos esta cuestión más tarde, cuando abarquemos en su integridad el siglo IV.

Constantino murió el 337. Su actividad fue póstumamente consagrada por raras marcas de aprecio. El Senado romano, según el historiador Europio (siglo IV) le alineó entre los dioses ; la historia le dio el nombre de Grande; la Iglesia ha hecho de él un santo e igual a los apóstoles.

El lábaro, "colocado en el palacio de Constantinopla, quedó allí como el testimonio de la religión del fundador del Estado cristiano, así como el programa de Milán fue el testamento de su prudencia política".

Un sabio inglés del siglo XIX hace la siguiente observación: "Si hubiésemos de comparar a Constantino con algún gran hombre de los tiempos modernos, sería más con Pedro el Grande que con Napoleón".

Eusebio de Cesárea, en su *Panegírico de Constantino,* escribe que después que el cristianismo triunfante, hubo puesto fin a las creaciones de Satán, es decir, a los falsos dioses, los Estados paganos se encontraron aniquilados. "Se proclamó un día único para todo el género humano. A la vez se elevó y prosperó una potencia universal, el Imperio romano. Exactamente en la misma época, sobre un signo formal del mismo Dios, dos fuentes de beneficios, el Imperio romano y la doctrina de la piedad cristiana, brotaron juntos, para el bien de la humanidad... Dos poderes potentes, partidos del mismo punto, el Imperio romano bajo el cetro de un soberano único, y la religión cristiana, subyugaron y reconciliaron todos aquellos elementos contrarios".

Los emperadores desde Constantino el Grande hasta principios del siglo VI.

A la muerte de Constantino, sus tres hijos, Constantino, Constancio y Constante, tomaron todos el título de augusto y se repartieron el gobierno del Imperio. Pero pronto surgió un conflicto entre los tres emperadores; dos de ellos perecieron en la lucha: Constantino en 340 y Constante en 350. Constancio quedó así único dueño del Imperio y reinó hasta 361. Como no tenía hijos, a la muerte de sus hermanos se inquietó vivamente por su sucesión. De la matanza de los miembros de su propia familia, ejecutada según sus órdenes, sólo dos primos suyos se habían salvado: Galo y Juliano, a quienes se mantenía alejados de la capital. Deseando asegurar el trono a su dinastía, Constancio I designó césar a Galo. Pero éste atrajo sobre sí las sospechas del emperador y fue asesinado el 354.

Tal era la situación cuando el hermano de Galo, Juliano, fue llamado a la corte de Constancio, donde se le designó césar (355), casando con Elena, hermana de Constancio. El muy breve reinado de Juliano (361—363), tras el cual terminó la dinastía de Constantino el Grande, fue seguido del reinado, igualmente corto, de Joviano (363364), comandante de la guardia imperial antes de su exaltación y elegido augusto por el ejército. A la muerte de Joviano una nueva elección recayó en Valentiniano (364—375), quien inmediatamente después de su designación fue obligado por sus soldados a nombrar augusto y coemperador a su hermano Valente. Valentiniano gobernó el Occidente, y confió el Oriente a Valente. Valentiniano tuvo por sucesor en Occidente a su hijo Graciano (375—385), pero el ejército proclamó augusto a la vez a Valentiniano II (375—392), hermano menor de Graciano, y que no tenía más que cuatro años.

Después de la muerte de Valente (378), Graciano elevó a Teodosio al título de augusto y le confió el gobierno de la "pars orientalis" así como de gran extensión de la Iliria. Teodosio, originario del "Extremo Occidente" (pues era español), fue el primer emperador de la dinastía que había de ocupar el trono hasta el 450 de J.C. es decir, hasta la muerte de Teodosio el Joven.

A la muerte de Teodosio, sus dos hijos Arcadio y Honorio se repartieron el gobierno del Imperio. Arcadio reinó en Oriente y Honorio en Occidente. En los reinados en común de Valente y Valentiniano I, o de Teodosio, Graciano y Valentiniano II, la división de poder no había destruido la unidad del Imperio, y bajo Arcadio y Honorio se mantuvo también esa unidad. Hubo dos emperadores y un solo Estado. Los contemporáneos vieron la situación exactamente a esa luz. Un historiador del siglo V, Orosio, autor de la *Historia contra los paganos,* escribía: "Arcadio y Honorio comenzaron a tener el Imperio en común, no repartiéndose más que sus sedes".

Del 395 al 518, los emperadores que reinaron en la "pars orientalis" del Imperio fueron los siguientes: primero el trono estuvo ocupado por la línea de Teodosio el Grande, es decir, por su hijo Arcadio (395—408), que casó con Eudoxia, hija de un jefe germano (franco), y después por el hijo de Arcadio, Teodosio el Joven (408—450), que tomó por mujer a Atenais, hija de un filósofo ateniense, bautizada con el nombre de Eudoxia. A la muerte de Teodosio II, su hermana Pulqueria se desposó con el tracio Marciano, que se convirtió en emperador (450—457). Así terminó el 450 la línea masculina de la dinastía española de Teodosio. Después de la muerte de Marciano, León I (457—474), tribuno militar originario de Tracia, o de "*Dacia en Iliria"*, es decir, de la prefectura de Iliria, fue elegido emperador. Ariadna, hija de León I, que había casado con el isáurico Zenón, tuvo un hijo, llamado León también, el cual, a la muerte de su abuelo paso a ser emperador (474) a la edad de seis anos. Murió pocos meses después, no sin antes haberse asociado al Imperio a su padre Zenón, que era originario del pueblo bárbaro de los isaurios, habitantes de las montañas del ?auro, en el Asia Menor. A este León se le conoce en la historia con el nombre de Leon II. Su padre, Zenón, reinó de 474 a 491. Cuando murió, su esposa Ariadna contrajo matrimonio con un **silenciario**[1], el viejo Anastasio, originario de Dyrrachium (Durazzo) en Iliria (la Albania de hoy). Anastasio fue proclamado emperador el 491, a la muerte de Zenón, reinando con el nombre de Anastasio I desde 491 a 518.

Esta lista de emperadores nos muestra que, desde la muerte de Constantino el Grande hasta el año 518 de J.C., el trono de Constantinopla fue ocupado: primero por la dinastía de Constantino, o más bien de su padre, Constancio I Cloro, que pertenecía, probablemente, a alguna tribu bárbara romanizada del la Península balcánica; luego por cierto número de romanos (Joviano y la familia de Valentiniano I); después por los tres representantes de la dinastía española de Teodosio el Grande, y al fin por emperadores elevados por casualidad y pertenecientes a tribus variadas: tracios, un isaurio, un ilírico (acaso albanés). En todo este período, el trono no fue ocupado nunca por un griego.

Los sucesores de Constantino. Constancio (337—361).

Los hijos de Constantino el Grande, Constantino II, Constancio y Constante, empezaron, después de la muerte de su padre, por gobernar juntos el Imperio, con título de augustos. Pero la enemistad existente entre los tres sucesores de Constantino se complicó más por el hecho de que el Imperio tenía que sostener una guerra ruinosa contra persas y germanos. Las disensiones entre los tres augustos no estallaron solo a propósito de cuestiones políticas, sino también religiosas. Mientras Constantino y Constante eran partidarios de los niceanos, Constancio, continuando y desarrollando el estado de ánimo religioso de los últimos días de su padre, se declaró abiertamente en favor de los arrianos. En el curso de las guerras civiles que siguieron, tanto Constantino como,

[1] *Los silenciarios eran ujieres destinados a cierto servicio especial en algunas puertas del palacio imperial (p.e., durante las reuniones del Consejo imperial, durante las audiencias imperiales, etc.).*

algunos años más tarde, Constante, perecieron de muerte violenta. Constancio quedó al fin como único emperador.

Partidario convencido del arrianismo, Constancio favoreció a los arrianos de manera persistente, en detrimento del paganismo, que bajo su gobierno sufrió numerosas restricciones. Uno de los edictos de Constancio, declara: "Que cese la superstición y que la locura del sacrificio sea abolida". Pero los templos paganos subsistían, en su integridad, fuera del recinto ciudadano. Algunos años después se publicó un edicto ordenando la clausura de los templos paganos. Quedaba prohibido acudir a ellos y sacrificar no importaba en qué lugar o ciudad del Imperio, so pena de muerte y confiscación de bienes. Otro edicto, leemos que la pena de muerte estaba suspendida sobre la cabeza de cualquiera que sacrificase a 1os ídolos o los venerara. Cuando Constancio, para festejar el vigésimo aniversario de su gobierno, se encamino por primera vez a Roma, ordenó, después de haber visitado numerosos monumentos de la antigüedad en compañía de senadores que continuaban siendo paganos, que se quitase del Senado el altar de la Victoria, el cual personificaba para el paganismo toda la pasada grandeza romana. Este hecho produjo profunda impresión en todos los paganos, quienes comprendieron que llegaban los últimos días de su religión. Bajo Constancio, aumentaron aun más las inmunidades del clero. Los obispos fueron declarados independientes en absoluto de los tribunales civiles.

Sin embargo, a la vez que se tomaban tan rigurosas medidas contra el paganismo, éste seguía en pie, no por sus propias fuerzas, sino merced a cierta protección que encontraba en el gobierno. Así, Constancio dejó subsistir en Roma las vestales y los sacerdotes oficiales. En uno de sus edictos, ordenó la elección de un *sacerdos* paraÁfrica. Hasta el fin de su reinado ostentó el título de *Pontifex Maximus*.

Pero en conjunto, el paganismo sufrió, bajo Constancio, toda una serie de medidas restrictivas, mientras el cristianismo —si bien bajo forma arriana— se desarrollaba y afirmaba.

La política extremamente arriana de Constancio dio nacimiento a cierto número de conflictos con los niceanos. La larga lucha de Constancio y de Atanasio de Alejandría, el célebre defensor del neceísmo, se caracterizó por un ensañamiento particular. Cuando Constancio murió, el 361, ni niceanos ni paganos lloraron sinceramente al emperador difunto. Los paganos se regocijaron del advenimiento de Juliano, partidario declarado del paganismo. Los sentimientos que despertó en el partido ortodoxo la muerte de Constancio, pueden juzgarse por las palabras siguientes de Jerónimo: "El Señor despierta y domina la tempestad. Muerta la bestia, la tranquilidad renace".

Los solemnes funerales de Constancio —que sucumbió en Cilicio, en el curso de su campaña contra los persas— se celebraron en presencia del nuevo emperador Juliano, en la iglesia de los Santos Apóstoles, construida por Constantino el Grande. El Senado puso al emperador difunto en el número de los dioses.

Juliano el Apóstata (361—363).

Al nombre de Juliano está indisolublemente ligada la última tentativa de reconstitución del paganismo en el Imperio.

La personalidad de Juliano es interesantísima. Ha atraído desde hace mucho la atención de sabios y literatos y sigue subyugándolos en nuestra época. Se ha escrito enormemente sobre Juliano. Incluso han llegado hasta nosotros las obras del propio Juliano, ofreciéndonos una documentación única para juzgarle. El fin principal de quienes han escrito sobre él ha sido comprender y explicar a aquel entusiasta heleno que, con entera fe en el éxito y justeza de su obra, intentó, en la segunda mitad del siglo IV, hacer renacer el paganismo y colocarlo en la base de la vida religiosa del Imperio.

Juliano había recibido muy buena instrucción. Perdió muy pronto a sus padres y no conoció a su madre, que murió a pocos meses de nacer él. El eunuco Mardonio, de origen escita, hombre muy versado en literatura y filosofía griegas y que había enseñado a la madre de Juliano los poemas de Homero y de Hesiodo, se convirtió en preceptor del muchacho. Mientras Mardonio instruía a

Juliano en literatura antigua, Ensebio, obispo de Nicomedia y después de Constantinopla, arriano convencido, así como los eclesiásticos que le rodeaban, iniciaban al joven en el estudio de la Santa Escritura. De este modo, Juliano, según las palabras de un historiador, recibió a la par dos educaciones diferentes, que se instalaron, cercanas, pero sin tocarse, en su espíritu. Juliano fue bautizado. Más tarde, recordaba aquel tiempo como una pesadilla que le era menester olvidar. La juventud de Juliano transcurrió en una larga inquietud. Constancio veía en él un rival posible y le sospechaba pensamientos ambiciosos. Ora le mantenía en provincias en una especie de destierro, ora le hacía ir a la capital, para tenerle bajo su mirada. Juliano no ignoraba que varios de sus parientes habían perecido de muerte violenta por orden de Constancio, y debía temer a diario por su vida. Tras una forzada estancia de varios años en Capadocia, donde continuó, bajo la dirección de Mardonio, que le acompañaba, el estudio de los autores antiguos y donde probablemente adquirió un conocimiento profundo de la Biblia y del Evangelio, Juliano fue enviado por Constancio, para que terminase sus estudios, primero a Constantinopla y luego a Nicomedia, lugar en que por primera vez se patentizó en él su inclinación al paganismo.

En aquella época enseñaba en Nicomedia el mejor retórico del tiempo, Libanio, auténtico representante del helenismo. Libanio no conocía ni quería conocer la lengua latina, a la que trataba con desdén. Despreciaba el cristianismo y sólo en el helenismo veía la razón de todas las cosas. Su entusiasmo por el paganismo era ilimitado. Sus conferencias alcanzaban gran éxito en Nicomedia. Constancio, que le había enviado a Juliano, quizá se diera cuenta de la imborrable impresión que debían producir en un joven los discursos apasionados de Libanio, porque prohibió a Juliano seguir los cursos del célebre retórico. Juliano no transgredió formalmente la prohibición del emperador, pero estudió las obras de Libanio, se instruyó de sus cursos por intermedio de otros oyentes y de tal modo se apropió el estilo y manera de escribir de Libanio, que más tarde pudo pasar por discípulo de él. También en Nicomedia principió Juliano a apasionarse por la doctrina oculta de los neoplatónicos, que en aquella época se presentaba como una doctrina del conocimiento de la vida futura y de la evocación de los muertos, con ayuda de determinadas fórmulas de magia, no limitándose sólo a la evocación de simples muertos, sino de divinidades incluso (teurgia). El sabio y filósofo Máximo de Éfeso ejerció en ese sentido gran influencia sobre Juliano.

Pasada la época peligrosa en que su hermano recibió la muerte por orden de Constancio, Juliano fue llamado a la corte de Milán para justificarse, y en seguida desterrado a Atenas. Esta ciudad, célebre por su grandioso pasado, ofrecía en la época de Constancio un aspecto provinciano y bastante triste. Sin embargo, una famosa escuela pagana recordaba aún allí los siglos pasados. Juliano encontró vivo interés en su estancia en Atenas. En una de sus cartas posteriores, declaraba "acordarse con alegría de los discursos áticos, de los jardines, de los arrabales de Atenas, de las avenidas de mirtos y de la humilde casa de Sócrates". Según la mayoría de los historiadores, durante esa estancia en Atenas, Juliano fue iniciado por el hierofante en los misterios de Eleusis. Ello fue, con expresión de Boíssier, una especie de bautismo del nuevo convertido. Ha de hacerse notar que, en nuestros días, algunos historiadores ponen en duda la conversión eleusiana de Juliano.

El año 355, Constancio declaró césar a Juliano, le casó con su hermana Elena y le envió a mandar las legiones de Galia, donde se mantenía una cruenta lucha, erizada de dificultades, contra los invasores germanos que devastaban el país, destruían las ciudades y asesinaban a los pobladores. Juliano salió con honor de la ingrata tarea, e infligió a los germanos junto a Argentotarum, hoy Estrasburgo, una sangrienta derrota. La residencia principal de Juliano en Galia fue Lutecia (*Lutetia Parisiorum*, más tarde París). Era ésta entonces una pequeña ciudad situada en una isla del Sena que ha conservado hasta nuestros días el nombre de "Cité" (*Civitas*) y que estaba unida a las dos orillas del río por dos puentes de madera. En la margen izquierda del Sena, donde había ya gran número de casas y jardines, se hallaba un palacio, construido probablemente por Constancio Cloro y del cual se ven aún vestigios cerca del museo de Cluny. Juliano eligió para su residencia ese palacio. Amaba a Lutecia, y en una de sus cartas posteriores a aquella época asegura recordar el invierno pasado en su "querida Lutecia".

Los germanos fueron rechazados allende el Rin. “Pasé tres veces el Rin cuando era césar —escribe Juliano— y exigí de los bárbaros transrenanos veinte mil rehenes... Con ayuda de los dioses, me apoderé de todas sus ciudades, unas cuarenta”. En su ejército, Juliano gozaba de gran popularidad.

Constancio veía con envidia y desconfianza los éxitos de Juliano. Al entrar en campaña contra los persas exigió a Juliano que le enviase de Galia legiones auxiliares. Las legiones galas se sublevaron y, alzando a Juliano sobre un pavés, le proclamaron augusto. Juliano pidió a Constancio que reconociese el hecho consumado. Constancio rehusó. Era inminente una guerra civil, pero en aquel momento murió Constancio. En el año 361, Juliano fue proclamado emperador en toda la extensión del Imperio. Los partidarios de Constancio sufrieron a manos del nuevo emperador crueles persecuciones y graves castigos.

Juliano, partidario decidido del paganismo, se había visto obligado a ocultar sus opiniones religiosas hasta la muerte de Constancio. Al pasar a dueño absoluto, resolvió realizar ante todo su mayor deseo: la reconstitución del paganismo. En las primeras semanas de su exaltación, publicó un edicto al respecto. El historiador Amiano Marcelino habla de ese grave momento en los términos siguientes: “Desde su primera juventud había Juliano sentido la más viva inclinación por los dioses. A medida que crecía, había ardido más en el deseo de restaurar la antigua religión. No obstante, impelido por el temor, no cumplía los ritos paganos sino en el mayor secreto. Pero, tan pronto como Juliano se dio cuenta que con la desaparición de la causa de sus temores recibía la plena posibilidad de obrar a su albedrío, desveló sus pensamientos secretos, y, con un edicto claro y formal, ordenó abrir los templos y sacrificar en honor de los dioses”.

Este edicto no fue una sorpresa para nadie. Todos conocían la inclinación de Juliano hacia el paganismo. La alegría de los paganos fue inmensa; para ellos, la restauración de su religión, no sólo significaba la libertad, sino la victoria.

El edicto de Juliano no se aplicó de la misma manera en todas las partes del Imperio, ya que en la occidental había muchos más paganos que en la oriental.

En tiempos de Juliano no existía en Constantinopla un solo templo pagano. Erigirlos nuevos en corto término era imposible. Entonces Juliano hizo un sacrificio solemne, probablemente en la basílica principal, destinada en su origen a paseos y conferencias y ornada, desde tiempo de Constantino, de una estatua de la Fortuna. Según testimonio del historiador religioso Sozomeno, se produjo la siguiente escena: un anciano ciego, conducido por un niño, se acercó al emperador y le trató de impío, de apóstata, de hombre sin fe. Juliano le respondió: “Eres ciego y no será tu Dios de Galilea el que te devuelva la vista”. “Gracias doy a Dios —dijo el viejo— de haberme privado de ella. Eso me ha permitido no ver tu impiedad”. Juliano no contestó a esta insolencia y continuó sacrificando.

Al querer restaurar el paganismo, Juliano comprendía la imposibilidad de hacerlo revivir bajo sus formas antiguas, puramente externas. Era preciso reorganizarlo y mejorarlo, a fin de crear una fuerza capaz de entrar en lucha con la Iglesia cristiana. Para ello, el emperador decidió tomar a la organización cristiana, que conocía bien, algunos de sus rasgos. Organizó, pues, el clero pagano sobre el modelo de la jerarquía de la Iglesia cristiana. El interior de los templos paganos se adornó a imitación de los cristianos. En los templos debían celebrarse reuniones donde se leería el evangelio de la sapiencia helenística (de modo análogo a las prédicas cristianas); se introdujo el canto en el oficio pagano; se exigió de los sacerdotes una vida irreprochable; se estimuló la beneficencia. Las faltas a los deberes religiosos eran sancionadas con privación de las comunicaciones religiosas, penitencia, etc. En una palabra, para reanimar, adaptar y revivificar el paganismo restaurado, Juliano se volvió a la fuente que aborrecía con todas las fuerzas de su alma.

El número de ofrendas animales llevadas a las aras de los dioses fue tan grande que suscitó las burlas de los mismos paganos. El emperador participaba activamente en los sacrificios. No desdeñaba las ocupaciones humildes. Según Libanio, corría en torno al altar, encendía el fuego, manejaba el cuchillo, degollaba a las aves, y sus entrañas no tenían secretos para él. Las hecatombes

de bestias inmoladas en los sacrificios abrieron camino a un epigrama dirigido antaño a otro emperador, el filósofo Marco Aurelio: “Los toros blancos saludan a Marco césar. Si vuelve otra vez victorioso, nosotros pereceremos”.

Este triunfo aparente del paganismo tuvo repercusiones en la situación de los cristianos en el Imperio. Al principio pareció que no amenazaban al cristianismo graves peligros. Juliano invitó a acudir a palacio a los jefes de las diversas tendencias que se habían señalado en el cristianismo, y les declaró que de allí en adelante no habría guerras civiles y cada uno podría seguir su fe sin peligros ni molestias. Uno de los primeros actos del gobierno de Juliano fue una declaración de tolerancia. A veces los cristianos reanudaban sus querellas en presencia del emperador, quien les decía: “Escuchadme como me han escuchado los alemanes y los francos”. A poco se promulgó un edicto llamando del destierro a todos los obispos exilados bajo Constancio, de cualquier opinión religiosa que fuesen, y los bienes que se les habían confiscado les fueron restituidos.

Pero los miembros del clero llamados por Juliano pertenecían a diversas tendencias religiosas irreconciliables. No podían vivir en paz juntos, y pronto recomenzaron sus acostumbradas disputas. Probablemente era esto lo que esperaba Juliano. Al conceder una perfecta tolerancia, había mostrado conocer con perfección la psicología de los cristianos. Estaba seguro de que pronto se reanudarían las disputas en la Iglesia cristiana, la cual, así dividida, no presentaría para él un peligro serio. A la vez, Juliano prometió grandes ventajas a los cristianos que renegasen del cristianismo. Hubo muchas abjuraciones. San Jerónimo llamó a este modo de obrar de Juliano “una persecución dulce, que atraía al sacrificio más que obligaba a él”. Pero los cristianos iban siendo alejados gradualmente de la administración y del ejército. En su lugar se nombraban paganos. El famoso lábaro de Constantino, que servía de estandarte a las tropas, fue destruido, y las cruces que brillaban en las enseñas militares quedaron substituidas por emblemas paganos.

El golpe más sensible lo asestó al cristianismo la reforma de la enseñanza. El primer edicto al respecto versó sobre el nombramiento de profesores en las ciudades principales del Imperio. Los candidatos debían ser elegidos por las ciudades, pero la ratificación correspondía al emperador, que podía así rechazar los profesores que no quisiera. Antes, el nombramiento de profesores correspondía sólo a las ciudades. Más importante es el segundo edicto, que se ha conservado en las cartas de Juliano: “Todos —dice tal edicto— los que se consagren a la enseñanza, deben ser de buena conducta y no tener en su corazón opiniones contrarias a las del Estado”.

Por “opiniones conformes a las del Estado” ha de entenderse evidentemente la opinión pagana del propio emperador. El edicto declara absurdo que las personas que explican a Homero, Hesiodo, Demóstenes, Herodoto y otros escritores antiguos nieguen los dioses reverenciados por éstos. “Les dejo la elección —dice Juliano en su edicto— o de no enseñar lo que crean peligroso, o, si quieren continuar sus lecciones, de comenzar por convencer a sus discípulos de que ni Homero, ni Hesiodo, ni ninguno de los escritores a quienes comentan y a quienes acusan a la vez de impiedad, de locura, de error hacia los dioses, son tales. De otro modo, y pues viven de los escritos de esos autores y de ellos sacan su retribución, es menester confesar que dan pruebas de la más sórdida avaricia y que están prestos a soportarlo todo por unas cuantas dracmas. Había hasta ahora muchos motivos para no visitar los templos de los dioses, y el temor que reinaba por doquier justificaba el disimulo de las verdaderas ideas que se formaban sobre los dioses; hoy que los dioses nos han devuelto la libertad, es una falta de sentido, a mi juicio, enseñar a los hombres lo que no se considera verdad. Si los profesores tienen por sabios a los escritores que explican y comentan, es preciso que todos ellos imiten sus sentimientos de piedad hacia los dioses, y si creen que los dioses venerados son falsos, váyanse a las iglesias de los galileos a interpretar a Mateo y a Lucas... Tal es la ley general para los jefes y los profesores”. Respecto a los obstinados “es justo atenderlos contra su propia voluntad, como a los locos; que sean, pues, perdonados los que padecen esta enfermedad, porque, según creo, vale más instruir a los locos que castigarlos”.

Amiano Marcelino, amigo y compañero de armas de Juliano, habla así de este edicto: “(Juliano) prohibió a los cristianos enseñar la retórica y la gramática, a menos de que no reverenciasen a los dioses”. En otros términos, a menos de que no se hiciesen paganos.

Algunos suponen, fundándose en las indicaciones de los escritores cristianos, que Juliano publicó un nuevo edicto que prohibía a los cristianos, no sólo la enseñanza, sino también el estudio en las escuelas públicas. Así, San Agustín, escribe: "Juliano, que prohibió a los cristianos la enseñanza y el estudio de las artes liberales, ¿no persiguió a la Iglesia?"

Pero no poseemos el texto de ese segundo edicto. Puede incluso no haber existido. En cambio, es cierto que el primer edicto, que prohibía a los cristianos la enseñanza, provocó indirectamente la prohibición de estudiar. A contar de la publicación de ese edicto, los cristianos debían enviar a sus hijos a las escuelas de gramática y retórica paganas. La mayor parte de los cristianos se abstuvo de ello, pensando que al cabo de una o dos generaciones de esa enseñanza pagana, la juventud cristiana habría retornado al paganismo. Pero, por otra parte, si los cristianos no recibían cierta instrucción general, iban a convertirse normalmente en inferiores a los paganos. Así, el edicto de Juliano —aun siendo único— contenía para los cristianos una importancia capital, y hasta presentaba para su porvenir un peligro muy grave. Gibbon ha notado con razón que "los cristianos recibieron la prohibición directa de enseñar e indirectamente la prohibición de estudiar, dado que no podían (moralmente) frecuentar las escuelas paganas". Gran número de retóricos y gramáticos cristianos prefirieron abandonar sus cátedras a abrazar el paganismo por diferencia al emperador. Entre los mismos paganos, el edicto de Juliano fue aceptado de diverso modo. El escritor pagano Amiano Marcelino escribe al respecto: "Se debe pasar en silencio el acto cruel por el que Juliano prohibió a los profesores cristianos enseñar la retórica y la gramática".

Es interesante observar cómo reaccionaron los cristianos ante el edicto de Juliano. Algunos se regocijaron ingenuamente porque, según ellos, el emperador dificultaba a los cristianos el estudio de los escritores paganos. Para sustituir la literatura pagana prohibida, los escritores cristianos de la época, sobre todo A polinar el Viejo y Apolinar el Joven, padre e hijo, concibieron la idea de crear para la enseñanza escolar una literatura cristiana. Así, adaptaron los salmos a la manera de las odas de Píndaro; transcribieron el Pentateuco (los cinco libros de Moisés) en hexámetros; hicieron lo mismo con el Evangelio en diálogos platónicos... Nada nos ha llegado de obras tan insólitas. Es notorio que semejante literatura no podía tener valor duradero, y desapareció cuando, con la muerte de Juliano, fue abandonado el edicto de éste.

En el verano del 362, Juliano emprendió un viaje a las regiones orientales del Imperio y llegó a Antioquía, donde la población, según los propios términos del emperador, "prefería el ateísmo", es decir, era cristiana. Incluso en medio de las ceremonias oficiales se advirtió, y a momentos se vio manifestarse, a más de alguna frialdad, una hostilidad mal contenida. La estancia de Juliano en Antioquía fue esencial, porque le convenció de las dificultades de su obra y hasta de la imposibilidad en que se hallaba de realizar la proyectada restauración del paganismo. La capital de Siria acogió con frialdad los conceptos de su huésped imperial. En ese sentido, el relato del propio Juliano, en su obra satírica *Misopogon*, o "El odiador de la barba"[2], presenta vivo interés. En la gran ceremonia pagana del templo de Apolo, en Dafne, en los arrabales de Antioquía, pensaba Juliano encontrar una multitud enorme, una gran cantidad de ofrendas animales, libaciones, incienso y otros atributos de las grandes fiestas paganas. Pero, al llegar al templo, Juliano, con gran sorpresa, no encontró más que un sacerdote que tenía en la mano, para el sacrificio, un único ganso.

El relato de Juliano, reza: "En el décimo mes (que así contáis), al cual creo que llamáis Loos, hay una fiesta cuyo origen se remonta a nuestros antepasados, en honor de ese dios (Helios, Sol, Deus, Apolo), y el deber ordenaba mostrar nuestro celo visitando Dafne. Así, me encaminé a ese lugar a toda prisa, desde el templo de Zeus Kasios, pensando que en Dafne al menos podría regocijarme la vista de vuestra prosperidad y del espíritu público. Y yo imaginaba en mi ánimo el género de procesión que habría, como un hombre que tiene visiones en un sueño; imaginaba las bestias del sacrificio, las libaciones, los coros en honor del dios, el incienso y los jóvenes de vuestra

[2] *Juliano llevaba larga barba, lo que no era costumbre de los emperadores, y la gente solia tomarlo a irrisión. Sobre el Misopogon v. G. Negri (la mayor parte del Misopogon va traducida en esa obra).*

ciudad alrededor del altar, sus almas ornadas todas de santidad y ellos mismos ataviados con blancos y espléndidos vestidos. Pero cuando entré en el santuario no encontré ni incienso, ni siquiera un dulce, ni la más pequeña bestia para el sacrificio. De momento quedé sorprendido y pensaba que estaba aún en el exterior del templo, que vosotros esperabais mi señal y que me hacíais este honor por ser yo gran pontífice. Pero cuando comencé a informarme del sacrificio que la ciudad tenía intención de ofrecer para celebrar la fiesta anual en honor del dios, el sacerdote me contestó: "Yo he traído conmigo de mi propia casa un ganso para ofrendarlo al dios, pero la ciudad hoy no ha hecho preparativo alguno".

Antioquía, pues, no había respondido a la llamada del paganismo. Hechos semejantes irritaban al emperador y excitaban su odio contra los cristianos. Sus relaciones con ellos hicieron más tensas después del incendio del templo de Dafne, que se les atribuyó. Juliano, exasperado, ordenó, por vía de castigo, que se cerrase la principal iglesia de Antioquia, la cual fue a la vez saqueada y profanada. Parecidos sucesos ocurrieron en otras ciudades. La tensión alcanzó su punto álgido. Los cristianos, por su parte, destrozaron las imágenes de los dioses. Algunos representantes de la Iglesia sufrieron el martirio. Una completa anarquía amenazaba al Imperio.

En la primavera del 363, Juliano, saliendo de Antioquia se puso en campaña contra los persas. En esa expedición fue herido por una jabalina y, llevado a su tienda, sucumbió allí. No se supo con certeza quién había herido al emperador. Más tarde nacieron al propósito varias leyendas. Entre ellas figura la versión de que Juliano murió a manos de los cristianos. Los historiadores cristianos nos relatan la famosa leyenda según la cual el emperador, llevándose la mano a la herida y retirándola llena de sangre, esparció ésta al aire, diciendo a la vez: "¡Tú has vencido, Galileo!" En la tienda del emperador, se reunieron a su cabecera sus amigos y los jefes del ejército, a quienes dirigió un último adiós. Sus postreras palabras nos han llegado por intermedio de Amiano Marcelino (XXV, 3, 15—20), El emperador hace en ellas una apología de su vida y su actividad. Espera, con serenidad filosófica, la muerte inevitable. Al fin, cuando disminuyen sus fuerzas, expresa, sin indicar heredero, el deseo de que le suceda un buen emperador. Quienes le rodean lloran; él, moribundo, les reprende suavemente y dice que es indigno llorar a un emperador que está en paz con el cielo y con las estrellas.

Juliano falleció el 26 de junio del 363, a medianoche. Contaba 32 años. El famoso retórico Libanio compara su muerte a la de Sócrates.

El ejército dio la corona a Joviano, jefe de la guardia y cristiano partidario de la confesión de Nicea. Obligado a la paz por el rey de Persia, Joviano tuvo que concluir un mal tratado, cediendo al enemigo algunas provincias romanas de la orilla oriental del Tigris.

La muerte de Juliano fue acogida por los cristianos con alegría. Los escritores cristianos trataban al emperador difunto de "dragón" del "Nabucodonosor", de "Herodes" y de "monstruo".

Juliano ha dejado una serie de obras que permiten estudiar muy íntimamente su interesante personalidad. El centro de su sistema religioso es el culto del sol, y sus conceptos se hallan bajo el influjo directo del culto pérsico del dios de la luz, Mitra, y de las ideas platónicas, deformadas en aquella época. Desde su primera infancia, Juliano había amado la naturaleza y sobre todo el cielo. En su disertación sobre el Sol Rey, la fuente principal que poseemos sobre la filosofía religiosa, escribe que desde su primera juventud sintió un amor violento por los rayos del astro divino. No sólo quería fijar sus miradas en él durante el día, sino que, en las noches claras, abandonaba todas sus ocupaciones para poder admirar las bellezas del cielo. Absorto en esta contemplación, no oía a los que le hablaban, y llegaba hasta a perder la conciencia de sí mismo. Su teoría religiosa, expuesta con bastante oscuridad, se atiene a la existencia de tres mundos bajo la forma de tres soles. El primer sol es el sol supremo, la idea del Todo, una unidad moral inteligible (???t??). Es el mundo de la verdad absoluta, el reino de los principios primitivos y de las causas primeras. El mundo tal como se nos aparece, y el sol aparente, no son sino un reflejo del primer mundo, y un reflejo indirecto. Entre esos dos mundos, el mundo inteligente (??e???), con su sol. Así se obtiene la tríada de los soles; inteligible o espiritual, inteligente y sensible o material. El mundo pensante es el reflejo del mundo concebible o espiritual, y sirve a su vez de modelo al mundo sensible, que de este modo

resulta el reflejo de un reflejo, la reproducción en segundo grado del modelo absoluto. El sol supremo, es, con mucho, inaccesible al hombre. Por tanto, Juliano concentra toda su atención sobre el sol inteligente, intermediario entre los otros dos, y, llamándolo sol rey, lo adora.

A pesar de su entusiasmo, Juliano comprendió bien que la restauración del paganismo presentaba dificultades enormes. Escribió en una carta: "Tengo necesidad de muchos aliados para volver a levantar lo que ha caído tan bajo". Pero Juliano no se daba cuenta de que el paganismo caído no se podía levantar porque estaba muerto. Así, su tentativa estaba destinada con anticipación al fracaso. "Su obra —dice Boissier— podía fracasar; el mundo no tenía en ello nada que perder.

Aquel heleno entusiasta, dice Geffcken, fue un semi—oriental. Otro biógrafo de Juliano, escribe: "El emperador Juliano es como una aparición fugitiva y luminosa sobre el horizonte tras el cual ha desaparecido ya la estrella de esa Grecia que fue para él la tierra sagrada de la civilización, la madre de cuanto era bello y bueno en el mundo; de esa Grecia a la que él llamaba, con devoción y entusiasmo filiales, su sola patria verdadera".

La Iglesia y el Estado al final del siglo IV. Teodosio el Grande. El triunfo del cristianismo.

Bajo el sucesor de Juliano, Joviano (363—364), cristiano convencido y niceísta, fue restaurado el cristianismo. Pero tal medida no significó una persecución para los paganos. El temor que éstos sintieran al ser nombrado el nuevo emperador resultó falto de fundamento. Joviano se propuso, tan sólo, restaurar el estado de cosas anterior a Juliano. Se proclamó la libertad religiosa. Se permitió abrir templos paganos y sacrificar en ellos. A pesar de sus convicciones niceas, Joviano no adoptó medida alguna contra los adeptos de otras tendencias religiosas. Los desterrados que pertenecían a las diversas "corrientes" del cristianismo, fueron llamados. El lábaro reapareció en los campamentos. Joviano no reinó más que algunos meses, pero su actividad en el dominio religioso dejó mucha impresión. Filostorgio, historiador cristiano de tendencias arrianas, que escribió en el siglo V, observa: "Joviano restauró en las iglesias el antiguo estado de cosas, y las libró de los ultrajes que las había hecho sufrir el Apóstata". Joviano murió de repente en febrero del 364. Tuvo por sucesores a Valentiniano I (364375) y su hermano Valente (364—378), que se repartieron el gobierno del Imperio. Valentiniano se reservó el gobierno de la mitad occidental del Imperio y dio a Valente el Oriente.

En cuestiones de fe, ambos hermanos se atenían a principios opuestos. Mientras Valentiniano era más bien partidario del concilio de Nicea, Valente era arriano. Pero su niceísmo no hacía intolerante a Valentiniano, y bajo su reinado existió la más completa y más segura libertad de opinión. A su exaltación al poder publicó una ley según la cual todos tenían "libertad plena y entera de rendir culto al objeto que desease su conciencia". El paganismo gozó de cierta tolerancia. No obstante, Valentiniano mostró en toda una serie de medidas que era un emperador cristiano. Así, restauró los privilegios concedidos al clero por Constantino el Grande.

Valente siguió otro camino. Partidario de la tendencia arriana, mostróse intolerante con los demás cristianos, y si bien sus persecuciones no fueron muy severas ni muy sistemáticas, no por eso la población de la mitad oriental del Imperio dejó de atravesar bajo el reinado de Valente tiempos agitados.

En el exterior, los dos hermanos hubieron de sostener una encarnizada lucha con los germanos. Sabido es que Valente encontró muerte prematura peleando con los godos. Pero el problema germánico en los comienzos de la historia de Bizancio será expuesto en el próximo capítulo.

En Occidente, sucedió a Valentiniano su hijo Graciano (375—383), y a la vez el ejército aclamó a su semihermano Valentiniano II, niño de cuatro años (375—392). A la muerte de Valente (378), Graciano nombró augusto a Teodosio y le dio el gobierno de la mitad oriental del Imperio y de la mayor parte de la Iliria.

Si se prescinde de Valentiniano II, joven y sin voluntad y que no desempeño papel alguno, aunque se inclinó hacia el arrianismo, el Imperio abandonó en definitiva, con Graciano y Teodosio, la vía de la tolerancia y se puso al lado del Símbolo de Nicea. En ello, Teodosio, emperador de Oriente, a quien la historia ha dado el sobrenombre de Grande (379—395), tuvo una intervención capital. A su nombre está indisolublemente ligada la idea del triunfo del cristianismo. Era partidario resuelto de la fe que había elegido y no cabía esperar, bajo su reinado, tolerancia para el paganismo.

La familia de Teodosio se había distinguido desde la segunda mitad del siglo IV, merced al padre de Teodosio el Grande, llamado Teodosio también, y que había sido uno de los más brillantes generales de la mitad occidental del Imperio bajo Valentiniano I. Nombrado augusto por Graciano en el 379 y colocando a la cabeza del Oriente, Teodosio, que tenia tendencias cristianas, pero que no había sido bautizado aún, lo fue al año siguiente en Tesalónica, en el curso de una breve dolencia, gracias al interés del obispo de la ciudad, Ascolio partidario del niceísmo.

Teodosio se halló ante dos difíciles tareas: restablecer la unidad interior del Imperio, desgarrado por querellas religiosas a causa de la existencia de múltiples corrientes de tendencia diversa, y salvar al Imperio de la presión continua de los bárbaros germánicos, concretamente de los godos, que amenazaban a la sazón la misma vida del Imperio.

Hemos visto que el arrianismo había ejercido bajo el predecesor de Teodosio un papel preponderante. Después de la muerte de Valente, y sobre todo en el corto interregno provisional que precedió a la exaltación de Teodosio al poder, los conflictos religiosos se habían reavivado, tomando a veces formas muy violentas. Tales turbulencias y disputas se manifestaban sobre todo en la Iglesia de Oriente y en Constantinopla. Las disensiones dogmáticas rebasaban el restringido círculo del clero y se extendían a toda la sociedad de la época penetrando la multitud y llegando a la calle. La cuestión de la naturaleza del Hijo de Dios, se discutía con pasión extraordinaria, durante la segunda mitad del siglo IV, en todas partes, en los concilios, en las iglesias, en el palacio imperial, en las cabañas de los eremitas, en plazas y mercados. Gregorio, obispo de Nisa, habla no sin sarcasmo, hacia la segunda mitad del siglo IV, de la situación surgida de ese estado de cosas: "Todo está lleno de gentes que discuten cuestiones ininteligibles, todo: las calles, los mercados, las encrucijadas... Si se pregunta cuántos óbolos hay que pagar, se os contesta filosofando sobre lo creado y lo increado. Se quiere saber el precio del pan y se os responde que el Padre es más grande que el Hijo. Se pregunta (a los demás) por su baño y se os replica que el Hijo ha sido creado de la Nada".

Con el advenimiento de Teodosio, las circunstancias cambiaron mucho. A raíz de su llegada a Constantinopla, el emperador hizo al obispo arriano la propuesta siguiente: que abdicara el arrianismo y se alinease en el niceísmo. Pero el obispo se negó a obedecer y prefirió ausentarse de la capital y celebrar reuniones arrianas extramuros de Constantinopla. Todas las iglesias de la ciudad fueron entregadas a los niceanos.

Teodosio se halló ante el problema de la regularización de sus relaciones con heréticos y paganos. Ya bajo Constantino, la Iglesia católica (es decir, universal, "Ecclesia Catholica") se había opuesto a los herejes, A partir de Teodosio, la disti nción entre "católico" y "herético" fue definitivamente establecida por la ley. Con el término de católico se entendió desde entonces partidario de la fe niceana y los representantes de todas las demás tendencias religiosas fueron calificados de heréticos. Los paganos quedaron incluidos en una categoría especial.

Al declararse niceano convencido, Teodosio entabló una lucha encarnizada contra los heréticos y paganos. Los castigos que les infligió acrecieron progresivamente. En virtud del edicto de 380, no debían llamarse "cristianos católicos" más que quienes, de acuerdo con la enseñanza apostólica y la doctrina evangélica, creían en la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los demás, aquellos "insensatos extravagantes" que seguían las doctrinas heréticas, no tenían el derecho de llamar Iglesia a su reunión e incurrían en graves castigos. Con este edicto, al decir de un sabio historiador, "Teodosio fue el primero de los emperadores que reglamentó en su propio nombre, y no en el de la Iglesia, el Código de las verdades cristianas obligatorias para sus súbditos. Otros edictos de Teodosio prohibieron a los herejes toda reunión religiosa de carácter público o

privado, no siendo autorizadas más que las reuniones de los partidarios del Símbolo de Nicea, a quienes debían ser entregadas las iglesias en la capital y en todo el Estado. Los heréticos sufrieron graves restricciones en sus derechos civiles, como, por ejemplo, en materia de herencias, testamentos, etc.

Deseoso de restablecer la paz y el acuerdo en la Iglesia cristiana, Teodosio convocó, en 381, un concilio en Constantinopla. Sólo participaron en él los representantes de la Iglesia de Oriente. Se califica a ese concilio de segundo concilio ecuménico. Ninguna de tales reuniones nos ha dejado tan pocos documentos como ésta. No se conocen sus actas. Al principio incluso no se la llamó concilio ecuménico, y sólo en el año 451 se le dio sanción oficial. La cuestión principal que, en el dominio de la fe, se discutió en este segundo concilio, fue la herejía de Macedonio, el cual, siguiendo el desarrollo natural del arrianismo, demostraba la creación del Espíritu Santo. El concilio, después de establecer la doctrina de la consubstancialidad del Espíritu con el Padre y el Hijo, y tras condenar al macedonismo o doctrina de Macedonio, y una serie de otras herejías relacionadas con el arrianismo, confirmaba el Símbolo de Nicea, en lo concerniente al Padre y al Hijo y le añadía un artículo sobre el Espíritu Santo.

Esta adición establecía sólidamente el dogma de la identidad y consubstancialidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero dada, la penuria e imprecisión de nuestros conocimientos sobre tal concilio, algunos sabios de Europa occidental han emitido dudas sobre el Símbolo de Constantinopla, que, sin embargo se cambió en el símbolo más rápidamente extendido e incluso el único oficial en todas las confesiones cristianas, a pesar de la diversidad dogmática de éstas. Se ha declarado que este símbolo, no fue el resultado de los trabajos del segundo concilio; que este no lo compuso ni lo pudo componer, y que, por tanto, semejante símbolo es apócrifo. Otros pretenden que fue compuesto antes o después de dicho concilio. Pero la mayoría de los historiadores — sobre todo la escuela rusa— demuestran que el Símbolo de Constantinopla fue efectivamente compuesto por los Padres del segundo concilio, si bien no quedó reconocido hasta la victoria de la ortodoxia en Calcedonia.

También al segundo concilio correspondió fijar el rango del patriarca de Constantinopla en relación al obispo de Roma. El tercer canon del concilio declara: “Que el obispo de Constantinopla sea el primero después del obispo de Roma, porque Constantinopla es la nueva Roma”. Así, el patriarca de Constantinopla ocupó entre los patriarcas el primer lugar después del de Roma. Semejante distinción no podía ser aceptada por otros patriarcas de Oriente, más antiguos. Es interesante notar la argumentación del tercer canon, que define la jerarquía eclesiástica del obispo de Constantinopla según la situación de la ciudad, capital del Imperio.

El teólogo Gregorio de Nacianzo, que, elegido para la sede episcopal de Constantinopla, había cumplido un importante papel en la capital al principio del gobierno de Teodosio, no pudo resistir a los múltiples partidos que lucharon contra él en el concilio, y pronto hubo de alejarse de éste y abandonar su sede, así como la propia Constantinopla poco tiempo después. En su lugar fue elegido un laico, Nectario, que no poseía conocimientos teológicos profundos, pero que sabía entenderse con el emperador. Nectario pasó a presidir el concilio, el cual concluyó sus tareas en el estío de 381.

La actitud de Teodosio respecto al clero en general, es decir, al clero católico o niceísta, fue la siguiente: conservó y hasta amplió los privilegios que en el campo de las cargas personales, tribunales, etc., habían sido concedidos a obispos y clérigos por los emperadores precedentes, pero a la vez se esforzó en tornar semejantes privilegios inofensivos para los intereses del Estado. Así, Teodosio, por un edicto, obligó a la Iglesia a soportar ciertas cargas extraordinarias del Estado (“*extraordinaria munera*”). Se limitó, en razón de los frecuentes abusos, la extensión de la costumbre de acogerse a la Iglesia como a un asilo que protegía al culpable de la persecución de las autoridades, y fue prohibido a los deudores al Estado tratar de substraerse a sus deudas refugiándose en los templos. Al clero le fue vedado ocultarlos.

Teodosio tenía la firme voluntad de organizar por sí mismo todos los asuntos de la Iglesia, y en general lo consiguió. No obstante, tropezó con uno de los representantes más ilustres de la Iglesia de Occidente: Ambrosio, obispo de Milán. Teodosio y Ambrosio encarnaban dos puntos de

vista diferentes sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado. El primero era partidario de la superioridad del Estado sobre la Iglesia y el segundo pensaba que los asuntos de la Iglesia se abstraían a la competencia del poder secular. El conflicto estalló con motivo de las matanzas de Tesalónica. En esta populosa y rica ciudad, la falta de tacto de jefe de los germanos, numerosos destacamentos de los cuales estaban acantonados allí, hizo estallar una sedición entre los moradores, exasperados por las violencias de los soldados. El jefe germano y varios de sus hombres resultaron muertos. Teodosio, que sentía las mejores disposiciones hacia los germanos (algunos de los cuales ocupaban grados altos en sus ejércitos), se enfureció y se vengó de Tesalónica con una sangrienta matanza de sus habitantes, sin distinción de edad ni sexo. La orden del emperador fue ejecutada por los germanos. Pero este acto cruel del emperador no quedó impune. Ambrosio excomulgó al emperador, quien, a pesar de su poder y autoridad, hubo de confesar en público su pecado y cumplir humildemente la penitencia que le impuso Ambrosio. Mientras duró tal penitencia, Teodosio no llevó ropas reales.

En tanto que mantenía una lucha implacable contra los herejes, Teodosio no dejaba de tomar medidas decisivas contra los paganos. Con una serie de decretos prohibió sacrificar, buscar presagios en las entrañas de los animales y frecuentar los templos paganos. Como consecuencia de tales medidas, los templos paganos se cerraron. Los edificios sirvieron a veces para menesteres del Estado. Otras, los templos paganos, con todas las riquezas y tesoros artísticos que contenían, fueron demolidos por un populacho fanático. Nos consta la destrucción, en Alejandría, del famoso templo de Serapis, o Serapeion, centro del culto pagano en aquella ciudad. El último edicto de Teodosio contra los paganos, emitido el 392, prohibía de manera definitiva los sacrificios, las libaciones, las ofrendas de perfumes, las suspensiones de coronas, los presagios. Allí se trataba a la antigua religión de "superstición gentilicia". Todos los violadores del edicto eran declarados culpables de lesa majestad y de sacrilegio, amenazándoseles con penas severas. Un historiador llamó al edicto de 392, "el canto fúnebre del paganismo".

Con este edicto terminó la lucha sostenida por Teodosio contra el paganismo en Oriente.

En Occidente, el episodio más célebre de la lucha entablada contra el paganismo por los emperadores Graciano, Valentiniano II y Teodosio se produjo al ser quitado del Senado romano el altar de la Victoria. Retirado dicho altar ya una vez, por Constantino, como hemos visto, había sido reintegrado por Juliano. Los senadores, que seguían siendo semipaganos, vieron en aquello el fin de la pasada grandeza de Roma. Se envió al emperador un orador pagano, el famoso Símaco, para pedir la restitución del altar al Senado. Como dice Uspenski, aquel fue "el último canto del paganismo moribundo que, tímida y plañideramente, pedía gracia al joven emperador (Valentiniano II) para la religión a la que sus antepasados debían su gloria y Roma su grandeza". La misión de Símaco no triunfó. El obispo de Milán, Ambrosio, se mezcló en el asunto y obtuvo la victoria.

En 393 se celebraron por última vez los Juegos Olímpicos. Se transportaron a Constantinopla desde Olimpia diversos monumentos antiguos, entre ellos la famosa estatua de Zeus ejecutada por Fidias.

La política religiosa de Teodosio se distingue claramente de la de sus predecesores. Estos últimos se habían unido a tal o cual forma de cristianismo, o al paganismo (como Juliano), adoptando cierta tolerancia para las opiniones o creencias ajenas. La igualdad de las religiones existía "de jure". Teodosio se situó en una posición diferente. Aceptó la fórmula de Nicea como la única justa, y le dio fundamentos legales prohibiendo por completo las otras tendencias religiosas del cristianismo, y el paganismo también.

Con Teodosio, se vio en el trono romano a un emperador que consideraba la Iglesia y las opiniones religiosas de sus súbditos como asunto de su competencia. No obstante, Teodosio no consiguió dar a la cuestión religiosa la solución que deseaba, esto es, crear una Iglesia niceísta y única. No sólo continuaron las disputas religiosas, sino que se multiplicaron y ramificaron, dando, en el siglo V, origen a una actividad religiosa desbordada y ferviente. Pero sobre el paganismo sí consiguió Teodosio una victoria completa. Su reinado presenció la solidificación institucional del cristianismo. El paganismo, perdiendo la facultad de manifestarse abiertamente, dejó de existir

como entidad organizada. Cierto que quedaron paganos, pero eran sólo familias o individuos aislados, que guardaban en secreto los amados objetos del legado de una religión muerta.

Teodosio no incomodó a la escuela pagana de Atenas, que continuó existiendo y haciendo conocer a sus auditores las obras de la literatura antigua.

El problema germánico (godo) en el siglo IV.

La cuestión candente que gravitaba sobre el Imperio a fines del siglo IV era la de los germanos, y en especial la de los godos.

Los godos, que al principio de la era cristiana vivían en el litoral meridional del mar Báltico, emigraron, probablemente a fines del siglo II y por causas difíciles de precisar, a los países del sur de la Rusia contemporánea. Llegaron hasta las orillas del mar Negro y ocuparon el territorio comprendido entre el Don y el Danubio inferior. El Dniéster dividía a los godos en dos tribus: los godos del este u ostrogodos, y los godos del oeste o visigodos. Como todas las demás tribus germanas de la época, los godos eran verdaderos bárbaros, pero se encontraron, en la Rusia meridional, en condiciones muy favorables para la civilización. Todo el litoral septentrional del mar Negro había estado, desde mucho antes de la era cristiana, cubierto de ricos focos de civilización, de colonias griegas cuya influencia, a juzgar por los datos arqueológicos, se había remontado bastante lejos hacia el norte, en el interior del país, y se hacía sentir en aquellas regiones desde muchísimo tiempo atrás. En Crimea se hallaba el opulento y civilizado reino del Bosforo o Cimerio. Gracias a su contacto con las antiguas colonias griegas y con el reino del Bosforo, los godos recibieron algún influjo de la civilización antigua, mientras, por otra parte, entraban en contacto también con el Imperio romano en la península balcánica. Más tarde, cuando aparecieron en la Europa occidental, los godos eran ya un pueblo que superaba sin duda en civilización a las otras tribus germánicas de la época.

La actividad de los godos, afincados en las estepas de la Rusia meridional, tomó en el siglo III dos direcciones: por un lado les atraía el mar y las posibilidades que éste les brindaba de emprender incursiones navales por el litoral del Negro; por otro, al sudoeste, se acercaron a la frontera romana del Danubio, chocando así con el Imperio.

Los godos se fijaron primero en el litoral septentrional del mar Negro, apoderándose, a mediados del siglo III, de Crimea, y por tanto del reino del Bosforo, incluido en ella. Empleando los numerosos buques bosforianos, emprendieron, durante la segunda mitad del siglo III una serie de incursiones devastadoras. Pusieron a saco varias veces el rico litoral caucásico y las no menos ricas costas del Asia Menor; avanzaron por el litoral occidental del mar Negro hasta el Danubio y, atravesando el mar, llegaron, por el Bosforo, la Propóntide (mar de Mármara) y el Helesponto (Dardanelos), al Archipiélago. De camino, saquearon Bizancio, Crisópolis (ciudad en la orilla de Asia, frente a Bizancio, hoy Escutari), Cízico, Nicomedia y las islas del Egeo.Los piratas godos no se detuvieron en esto, sino que atacaron Éfeso, Tesalónica y, acercándose con sus barcos a las costas de Grecia, pusieron a saco Argos, Corinto y muy probablemente Atenas. Por suerte, se salvaron las obras maestras de esta última ciudad. La isla de Rodas, Creta y el mismo Chipre —que no estaba en su itinerario, si vale la expresión— sufrieron sus incursiones. Pero estas empresas marítimas se limitaban a saqueos y devastaciones, tras lo cual las naves de los godos volvían al litoral septentrional del mar Negro. Varias bandas de estos piratas, que se aventuraron en tierra, fueron aniquiladas o cautivadas por los ejércitos romanos.

Por tierra, las relaciones de los godos con el Imperio produjeron resultados mucho más importantes. Aprovechando las turbulencias del Imperio en el siglo III, los godos, en la primera mitad de este siglo, comenzaron a franquear el Danubio y a practicar incursiones en territorio romano. El emperador Gordiano llegó a verse obligado a pagarles un tributo anual. Esto no les contuvo. Pronto los godos hicieron una nueva incursión en el Imperio, invadiendo Tracia y Macedonia. El emperador Decio murió en una expedición contra ellos (251). El 269, el emperador Claudio logró causarles una grave derrota cerca de Naisos (Nisch). El emperador hizo gran cantidad

de prisioneros, admitió parte de ellos en su ejército y fijó otra, en calidad de colonos, en las tierras romanas despobladas. Su victoria sobre los godos valió a Claudio el sobrenombre de Gótico. Pero a poco, Aureliano, que había restablecido de momento la unidad del Imperio (270—275), se vio obligado a ceder a los godos la Dacia, instalando en Mesia la población romana de esta región. En el siglo IV se veían con frecuencia godos en los ejércitos romanos. Según el historiador Jordanes, un destacamento de godos sirvió lealmente en el ejército de Valerio. Los godos alistados en los ejércitos de Constantino le ayudaron en su lucha contra Licinio. Finalmente los visigodos concluyeron un tratado con Constantino, obligándose a proporcionarle 40.000 guerreros para las luchas emprendidas por el emperador contra diversos pueblos. Juliano tuvo también en su ejército un destacamento de godos.

En el siglo III, se desarrolló ente los godos de Crimea el cristianismo, exportado allí probablemente por los cristianos del Asia Menor hechos prisioneros por los godos en sus incursiones marítimas. En el concilio de Nicea (325), un obispo godo, Teófilo, participó en las discusiones ecuménicas y firmó el Símbolo de Nicea. En el siglo IV, Wulfila evangelizó a otros godos. Wulfila, de origen griego quizá, pero nacido en territorio godo, había vivido algún tiempo en Constantinopla. Le consagró obispo un obispo arriano. De regreso con los godos, Wulfila, durante algunos años predicó entre ellos el cristianismo según el rito arriano. Para facilitar a los godos el conocimiento de la Santa Escritura, compuso con ayuda de letras griegas un alfabeto godo, y tradujo la Biblia al godo. La forma arriana del cristianismo recibida por los godos tuvo considerable importancia en su historia ulterior, ya que, más tarde, al instalarse sus tribus en territorios del Imperio romano, su doctrina les impidió fundirse con la población indígena, que era niceana. Los godos de Crimea siguieron siendo ortodoxos.

Las relaciones amistosas entre los godos y el Imperio evolucionaron cuando, en 375, los salvajes hunos, pueblo de origen turco, irrumpieron desde Asia en Europa e infligieron una cruenta derrota a los ostrogodos. Continuando su empuje hacia el oeste, comenzaron, en unión de los ostrogodos sometidos, a presionar a los visigodos. Este pueblo, que vivía en los confines del Imperio, no viéndose en situación de oponerse a los hunos, que habían aniquilado ya gran número de ellos, con sus mujeres e hijos, hubo de pasar la frontera y entrar en territorio romano. Las fuentes cuentan que los godos, en la orilla derecha del Danubio, suplicaban a las autoridades romanas, con lágrimas en los ojos, que les permitiesen atravesar el río. Los bárbaros ofrecían, si el emperador se lo autorizaba, instalarse en Tracia y Mesia para cultivar la tierra; prometían al emperador proporcionarle fuerzas militares y se obligaban a obedecer sus mandatos, lo mismo que sus súbditos. Una delegación con instrucciones en tal sentido fue enviada al emperador. En el gobierno romano y entre los generales hubo una mayoría muy favorable a la propuesta de instalación de los godos. Se veía en ella un aumento de la población rural y de las fuerzas militares, tan útiles para el Estado. Los nuevos súbditos defenderían el Imperio, y los habitantes indígenas de las provincias afectadas, que estaban entonces sometidos a reclutamiento, substituirían éste por un impuesto en metálico, lo que aumentaría las rentas estatales.

Triunfó tal punto de vista y los godos recibieron permiso para atravesar el Danubio. “Así fueron acogidos—dice Fustel de Coulanges en su *Historia de las instituciones políticas de la antigua Francia*— en territorio romano de cuatrocientos mil a quinientos mil bárbaros, cerca de la mitad de los cuales estaban en condición de empuñar las armas”. Incluso si se aminora esa cifra, queda en pie el hecho de que el número de bárbaros establecidos en Mesia era considerable.

Al principio los bárbaros vivieron tranquilos. Pero, poco a poco, un cierto descontento, que gradualmente se tornó en irritación, prendió en sus filas contra los generales y funcionarios romanos. Estos últimos retenían parte del dinero destinado al sustento de los colonos y los alimentaban mal. Los maltrataban e insultaban a sus mujeres e hijos. Incluso mandaron al Asia Menor gran número de godos. Las quejas de éstos no eran atendidas. Entonces, los bárbaros, exasperados, se sublevaron y llamando en su ayuda a los alanos y los hunos, penetraron en Tracia y marcharon sobre Constantinopla. El emperador Valente, que hallaba en guerra con Persia, al tener noticia del alzamiento de los godos, corrió desde Antioquía a Constantinopla. Se libró batalla cerca

de Adrianópolis el 9 de agosto del 378. Los godos infligieron una derrota terrible al ejército romano. El propio Valente murió allí. El camino de la capital quedó abierto a los godos, que cubrieron toda la Península balcánica, llegando hasta las murallas de Constantinopla. Pero sin duda no habían concebido un plan general de ataque al Imperio. Teodosio, sucesor de Valente, logró, con ayuda de destacamentos de godos mismos, vencer a los bárbaros y suspender sus pillajes. Este hecho muestra que, mientras parte de los godos hacía la guerra al Imperio, otra consentía en servir en sus ejércitos y batirse contra los demás germanos. Después de la victoria de Teodosio, "volvió la tranquilidad a Tracia, porque los godos que se encontraban allí habían perecido", con palabras del historiador pagano del siglo V, Zósimo (*Historia nova*, IV, 25, 4). De modo que la victoria de los godos en Adrianópolis no les permitió fijarse en ninguna región del Imperio.

Pero desde esta época empezaron a infiltrarse en la vida del Imperio por medios pacíficos. Teodosio, comprendiendo que no podría vencer por fuerza de armas a los bárbaros instalados en territorio romano, entró en las vías de un acuerdo amistoso, asociando a los godos a la civilización romana y, lo que fue más importante, atrayéndoles a su ejército. Poco a poco, las tropas que tenían por misión defender el Imperio fueron reemplazadas en su mayor parte por compañías germánicas. Muy a menudo, los germanos hubieron de proteger al Imperio contra otros germanos.

La influencia de los godos se hizo notar en el mando superior del ejército y en la administración, donde los puestos más elevados e importantes fueron reservados a los germanos. Teodosio, que veía en una política germanófila la paz y la salvación del Imperio, no comprendía el peligro que ulteriormente pudiera representar para la misma existencia del Estado el desarrollo del germanismo bárbaro. Es notorio que Teodosio no debió ver la debilidad de semejante política, que fallaba en especial por lo concerniente a la defensa militar del país. Los godos, que habían tomado de los romanos su arte militar, su táctica, su manera de combatir, su armamento, se convirtieron en una fuerza temible que podía en cualquier instante volverse contra el Imperio. La población indígena grecorromana, relegada a segundo plano, sintió vivo descontento contra el predominio de los godos. Se hizo sentir un movimiento antigermano que podía producir muy graves complicaciones internas.

En 395, Teodosio murió en Milán. Su cuerpo, embalsamado, fue conducido a Constantinopla y enterrado en la iglesia de los Santos Apóstoles. Teodosio dejaba dos hijos, muy jóvenes todavía, que fueron reconocidos como sus sucesores: Arcadio y Honorio. Arcadio recibió el Oriente; Honorio, el Occidente.

Teodosio no había conseguido los resultados buscados en la doble tarea que se había propuesto. El segundo concilio ecuménico, que proclamó la preeminencia del niceísmo en el cristianismo, no logró restablecer la unidad de la Iglesia. El arrianismo, en sus diferentes manifestaciones, siguió subsistiendo y su desarrollo creó nuevas corrientes religiosas que habían de alimentar en el siglo V la vida religiosa y la social (ésta íntimamente ligada a aquélla), sobre todo en las provincias orientales, en Siria y en Egipto, lo que debía tener consecuencias de la más alta importancia para el Imperio. Teodosio mismo, al dejar penetrar el elemento germánico en su ejército, al permitir a aquel elemento arriano adquirir preponderancia, tuvo que hacer concesiones al arrianismo, abandonando así el niceismo integral. Por otra parte, su politica germanófila, que entregaba a los bárbaros la defensa del país y los cargos mas importantes de la administración, dando predominio a los germanos, provocó —ya lo hemos dicho— profundo descontento e irritación indígena grecorromana. Los focos principales de la preponderancia germana fueron la capital la península balcánica y cierta parte del Asia Menor. Las provincias de Oriente, Siria, Palestina y Egipto no sintieron aquel yugo. Desde fines del siglo IV, la influencia de los bárbaros empezó a amenazar seriamente la capital y, con ella, toda la zona oriental del Imperio. De este modo, Teodosio, que se había propuesto establecer la paz entre el Imperio y los bárbaros y crear una Iglesia unida y uniforme, fracasó en ambas cosas, dejando a sus sucesores la misión de resolver aquellos dos complejísimos problemas.

Los problemas nacionales y religiosos en el siglo V.

El interés de este período reside esencialmente en su modo de afrontar el doble problema nacional y religioso. Por "problema nacional", o "problema de las nacionalidades", entendemos la lucha de éstas entre sí en el interior del Imperio, así como los conflictos con los pueblos que atacaban desde el exterior.

Parece que el helenismo debiera haber desempeñado en la "pars orientalis" el papel de una fuerza unificadora en medio de una población tan dispar; pero de hecho no fue así. No obstante, su influjo se había ejercido en Oriente hasta el Eufrates y hasta Egipto desde la época de Alejandro de Macedonia y sus sucesores. Alejandro había visto en la creación de colonias uno de los mejores medios de implantar el helenismo: se le atribuye la fundación de más de setenta ciudades en Oriente. En cierta medida, sus sucesores continuaron esta política. Los límites extremos de la helenización estaban, al norte, en Armenia; al sur hacia el mar Rojo; al este en Persia y en Mesopotamia. El helenismo no había rebasado estas provincias. El principal centro de civilización helenística era la ciudad egipcia de Alejandría. A lo largo de todo el litoral mediterráneo, y sobre todo en Asia Menor, Siria y Egipto, la civilización helénica se había impuesto a las demás. De esos tres países, acaso Asia Menor fuera el más helenizado. Hacía muchos siglos que sus costas estaban cubiertas de colonias griegas, desde donde la influencia helena había irradiado, aunque no sin dificultades, hacia el interior del país.

La helenización de Siria era menos profunda. La masa de la población no se hallaba familiarizada con la lengua griega y seguía hablando sus idiomas indígenas, el sirio y el árabe. Un sabio orientalista escribe que "si incluso en una ciudad tan cosmopolita como Antioquía, el hombre del pueblo hablaba el arameo (es decir, el siriaco), cabe con buena razón suponer que en el interior de la provincia el griego no era la lengua de las clases instruidas, sino sólo de los que la habían estudiado especialmente". Se puede hallar la prueba palmaria de que la lengua indígena siria estaba profundamente implantada en Oriente, en la "Colección de leyes siriorromana del siglo V".

El manuscrito sirio más antiguo que de esa colección nos ha llegado está compuesto a principios del siglo VI, y por consecuencia antes de Justiniano. Ese texto sirio, probablemente escrito en la parte nordeste de Siria, es una traducción del griego. El original griego no ha llegado a nosotros, pero puede deducirse por algunas indicaciones que fue redactado hacia el 570. Como quiera que fuese, la traducción siria vio la luz casi en seguida de la aparición del texto original. Además del texto sirio, poseemos las versiones árabe y aramea de tal colección legislativa, que, según todas las probabilidades, es de origen eclesiástico, ya que analiza con profusión de detalles los artículos del derecho conyugal y sucesorial y hace resaltar osadamente los privilegios del clero. Pero aquí no nos interesa tanto el fondo de la colección como su gran difusión y corriente aplicación en Oriente, en los territorios comprendidos entre Armenia y Egipto, según lo prueban las numerosas y diversas versiones de estos documentos, así como lo que de ellos han tomado los escritores sirios y árabes de los siglos XIII y XIV. Más tarde, cuando la legislación justiniana se hizo, de modo oficial, obligatoria en todo el Imperio, el Código imperial pareció demasiado voluminoso y harto difícil de comprender para las provincias orientales, y en la práctica se siguió empleando la colección siria, que reemplazó al *Codex*. Cuando, en el siglo VIII, los musulmanes ocuparon las provincias orientales, aquella legislación siria tuvo igual difusión bajo el dominio mahometano. Que tal compendio legislativo fuera traducido al sirio en la segunda mitad del siglo VI, muestra con claridad que la masa de la población no conocía el griego ni el latín y estaba muy afincada a la lengua indígena siria.

En Egipto, a pesar de la existencia de un foco de civilización de irradiaciones universales, como lo era Alejandría, el helenismo no había afectado tampoco sino a la clase superior dirigente, laica o eclesiástica. La masa de la población seguía hablando la lengua indígena copta.

Estos motivos no fueron los únicos que obraron en el siglo V. El gobierno encontraba dificultades en las provincias orientales, no sólo a causa de las diferencias de nacionalidades y razas, sino también porque una aplastante mayoría de la población sirio—egipcia, y parte de la del

Asia Menor oriental, eran profundamente afectas al arrianismo y sus ramificaciones sucesivas. Así, la cuestión de las nacionalidades, ya compleja en sí, se agravó en el siglo V con un problema religioso.

En las provincias occidentales del Imperio de Oriente, es decir, en la península balcánica, en la capital y en la parte occidental del Asia Menor, el problema importante de este período fue el problema germánico, que amenazaba, como se ha visto más arriba, la misma existencia del Imperio. A mediados del siglo V, después de que el problema godo se hubo resuelto, hubo motivos para creer que los salvajes isáuricos iban a ocupar en la capital el puesto de los godos. En la frontera oriental, la lucha contra los persas continuó con algunas interrupciones, mientras en la frontera septentrional de los Balcanes empezaban las devastadoras invasiones de un pueblo de origen único o turco: los búlgaros.

Arcadio (395—408). Los favoritos.

Arcadio tenía sólo diecisiete años cuando subió al trono. No poseía la experiencia ni la fuerza de voluntad requeridas por su elevada posición. Pronto se halló bajo el dominio completo de sus favoritos, que monopolizaron todo el poder, haciendo pasar a primer plano sus intereses propios y los de sus partidarios. El primer favorito que tuvo influjo sobre el emperador fue Rufino, que, viviendo Teodosio, había sido preceptor de Arcadio. Rufino no tardó en ser asesinado. Dos años después, pasó a ser favorito el eunuco Eutropio, quien ejerció influencia exclusiva sobre el emperador y alcanzó la cúspide de los honores después que hizo casar a Arcadio con Eudoxia, hija de un general franco del ejército romano. El hermano menor de Arcadio, Honorio, que había recibido el Occidente, tenía a su lado, como consejero designado por su mismo padre, al valeroso general Estilicón, tipo perfecto del bárbaro germano romanizado, que había prestado grandes servicios al Imperio luchando contra sus propios compatriotas.

La resolución del problema gótico.

Bajo el reinado de Arcadio, la principal cuestión que se planteó al Imperio fue la germánica.

Los visigodos, establecidos en el norte de la Península de los Balcanes, estaban entonces mandados por un nuevo jefe: el ambicioso Alarico el Balto. Al principio del reinado de Arcadio entraron en Mesia, Tracia y Macedonia e incluso amenazaron la capital. Merced a la intervención diplomática de Rufino, Alarico abandonó la idea de marchar sobre Constantinopla. La atención de los godos se volvió a Grecia. Alarico atravesó Tesalia y por las Termopilas invadió la Grecia central.

En esta época, la población de Grecia, en conjunto, no estaba contaminada todavía, y era, poco más o menos, la que conocieran Pausanias y Plutarco. “La lengua, la religión, las leyes y las costumbres de los antepasados —dice Gregorovius— permanecían casi invariables en ciudades y campiñas. Si bien el cristianismo había sido reconocido oficialmente como la religión dominante; si bien el culto de los dioses, prohibido por el gobierno, estaba condenado a desaparecer, no por ello la Grecia antigua llevaba menos el sello moral y artístico del paganismo (gracias a los monumentos de la antigüedad, que había conservado.)”

En su marcha a través de Grecia, los godos devastaron y saquearon la Beocia y elÁtica. Ocuparon el puerto de Atenas —el Pireo— pero, por suerte, no pasaron a Atenas misma. El historiador pagano del siglo V, Zósimo, se hace eco de una leyenda según la cual Alarico, al acercarse con su ejército a las murallas de Atenas, vio erguirse ante él, armada de punta en blanco, la diosa Atenea y, en pie ante los muros, el héroe troyano Aquiles. Atemorizado por tal aparición, Alarico abandonó la idea de atacar Atenas. Por lo contrario, el Peloponeso sufrió terriblemente. Los visigodos saquearon Corínto, Argos, Esparta y varías otras ciudades. Estilicón avanzó para libertar a Grecia. Desembarcó con su ejército en el istmo de Corinto y así cortó a Alarico la retirada. No obstante, el jefe godo se abrió, con grandes dificultades, camino hacia el norte, y alcanzó el Epiro. El emperador Arcadio no titubeó en honrar al devastador de sus provincias con la elevada dignidad

de *magister* del ejército de Iliria ("magister militum per Illyricum"). Tras esto, Alarico dejó de amenazar el Oriente y dedicó toda su atención a Italia.

El peligro gótico no se hacia sentir sólo en la península balcánica y en Grecia. El predominio de los godos se manifestaba todavía, sobre todo a partir de Teodosio el Grande, en la capital, donde los grados más altos del ejército y gran número de elevadas funciones civiles habían pasado a manos de los germanos.

Al subir Arcadio al trono, era el partido germánico el que ejercía más profunda influencia en Constantinopla. A su cabeza estaba el godo Gainas, uno de los generales más valerosos del ejército imperial. En torno suyo se agrupaban los militares, en especial los de origen godo, y los representantes del partido germánico de la capital. El punto débil del partido consistía en lo religioso, pues ya hemos visto que los godos, en su mayoría, eran arrianos. El segundo partido que desempeñó papel importante en los años primeros del gobierno de Arcadio fue el del eunuco Eutropio, el poderoso favorito. Habíase rodeado Eutropio de ambiciosos y aventureros que perseguían ante todo la satisfacción de sus apetitos personales y para ello se servían de Europio. Gainas y Eutropio no podían entenderse. Ambos aspiraban al poder.

Los historiadores advierten la existencia de un tercer partido, hostil por igual a los germanos y a Eutropio. Este último partido, al que se habían unido los senadores, los funcionarios y la mayoría de los miembros del clero, puede ser considerado como una oposición que se levantaba, en nombre de la idea cristiana y nacional, contra la influencia creciente de los bárbaros y los heréticos. Naturalmente, el favorito, grosero y ávido, no podía despertar simpatías en este tercer partido, el jefe más sobresaliente del cual era Aureliano, prefecto de la ciudad.

Entre los contemporáneos, hubo varios que comprendieron el grave peligro que la influencia germánica podía acarrear al Imperio. El gobierno mismo llegó a presentir el huracán.

Poseemos un documento de altísimo interés que nos muestra de manera vivida el estado de ánimo de ciertos medios respecto al problema germánico. Hablamos del tratado de Sinesio *Sobre el poder imperial*, o, como a veces se traduce. Este tratado quizá fuera presentado al propio Arcadio. Sinesio (370—413), originario de Cirene, ciudad del África del Norte, era un neoplatónico instruido que se convirtió al cristianismo. En 399 se encaminó a Constantinopla para solicitar del emperador algunos desgravámenes de impuestos en favor de su ciudad natal. Más tarde de vuelta a su patria, fue elegido obispo de Ptolemaida, en África del Norte. Durante los tres años de su estancia en Constantinopla, Sinesio se dio perfecta cuenta del peligro que hacían correr los germanos al Imperio, y compuso el tratado a que hemos hecho referencia, que se puede calificar, con expresión de un historiador, de "manifiesto antigermano del partido nacional de Aureliano". "Bastará el más ligero pretexto —escribía Sinesio— para que los armados (esto es, los bárbaros) tomen el poder y adquieran supremacía sobre los ciudadanos libres".

"Entonces los civiles deberán combatir contra hombres experimentados al más alto punto en el arte militar. Es preciso ante todo apartar (a los extranjeros) de las funciones superiores y quitarles sus títulos de senadores, porque lo que en la antigüedad pasaba a los ojos de los romanos como el colmo de los honores, se ha convertido en una cosa abyecta para los extranjeros. Nuestra ineptitud para comprender me sorprende en muchos casos, pero sobre todo en éste. En toda casa, por mediocre que sea, se puede encontrar un esclavo escita (es decir, godo); ellos son cocineros, despenseros... Escitas también los que llevan sillas pequeñas a la espalda y las ofrecen a quienes quieren reposar al aire libre. ¿No es hecho digno de provocar sorpresa en el mayor grado ver a los mismos bárbaros rubios, peinados a la moda eubea, que en la vida privada llenan el papel de domésticos, darnos órdenes en la vida pública? El emperador debe depurar el ejército; lo mismo, en un montón de granos de trigo, separamos la paja y cuanto puede ser nocivo al buen grano. Tu padre, por exceso de clemencia, trató (a esos bárbaros) con dulzura e indulgencia; él les dio el título de aliados; él les concedió derechos políticos, honores; él generosamente les donó tierras. Pero no han comprendido y apreciado como convenía la nobleza de este trato. Han visto en ello una debilidad por nuestra parte, y eso les ha inspirado una arrogancia insolente y una jactancia inaudita. Recluta a nuestros nacionales en mayor numero, eleva nuestro ánimo, fortifica nuestros propios ejércitos y

cumple lo que el Estado ha menester... Hay que emplear perseverancia. Que esos bárbaros trabajen la tierra, como en la antigüedad los mesenios, que después de haber abandonado las armas sirvieron de ilotas a los lacedemonios, o bien que se vayan por el mismo camino por el que vinieron y que anuncien a las tribus de la otra orilla del río que los romanos no tienen ya la misma dulzura y que entre ellos rige un emperador joven, de noble corazón".

La significación profunda de este notable documento, contemporáneo de los sucesosde que se trata, reside en la última recomendación de Sinesio. Éste comprende el peligro que amenaza al Imperio por parte de los godos y propone que se los aleje del ejército, que se recluten tropas nacionales y, tras esto, que se convierta a los bárbaros en labradores. Si no lo aceptan, que se limpie del ellos el territorio romano, arrojándolos al otro lado del Danubio, o sea devolviéndolos a su punto de origen.

El jefe más popular del ejército imperial, el godo Gainas, no podía soportar con calma la influencia exclusiva de Eutropio. Pronto se le presentó ocasión de obrar. En aquella época, los godos instalados por Teodosio el Grande en Frigia (Asia Menor), se sublevaron a las órdenes de su jefe Tribigildo, y asolaron el país. Gainas, enviado contra el rebelde, se alió a éste en secreto. Ambos se ayudaron entre sí e infligieron unaderrota a las tropas imperiales enviadas contra Tribigildo. Éste y Gainas, dueños ambos de la situación, exigieron al emperador que destituyera a Eutropio y se lo entregase. El favorito tenía contra él a Eudoxia, la mujer del emperador, y al partido de Aureliano. Así acorralado, Arcadio hubo de ceder y desterró a Eutropio (399). Pero tal medida no contentó a los godos victoriosos, que forzaron al emperador a que llamara de nuevo a Eutropio a la capital, le entregase a la justicia y le hiciera ejecutar. Tras esto, Gainas exigió al emperador que se abandonase uno de los templos de la capital a los godos arrianos, para que éstos pudiesen celebrar allí su oficio. Contra este proyecto se alzó Juan Crisóstomo (*Boca de Oro,* llamado así por sus cualidades como brillante orador que era) obispo de Constantinopla. Gainas, sabedor de que el obispo tenía a su lado no sólo la capital, sino lo más de la población del Imperio, no insistió.

Instalados en la capital, los godos, en cierta manera, eran árbitros de los destinos del Imperio. Arcadio y la población de Constantinopla comprendieron la mucha gravedad de la situación. Por su parte. Gainas, a pesar de sus éxitos, no logró conservar la preponderancia adquirida. Hallándose una vez ausente de la capital, estalló una revuelta. Muchos godos fueron muertos. Gainas no pudo volver a Constantinopla, y Arcadio, que había recuperado el valor, envió contra él a un godo fiel, el pagano Fravitta, que batió a Gainas cuando éste trataba de pasar por mar al Asia Menor. Gainas se refugió en Tracia, donde fue apresado por el rey de los hunos, quien le hizo cortar la cabeza y la envió como obsequio a Arcadio. Así se conjuró el grave peligro germánico, merced a un germano precisamente: el godo pagano Fravitta, que recibió por aquel gran servicio el título de cónsul. El problema godo quedó, pues, resuelto en el siglo V en ventaja del gobierno. Las tentativas ulteriores de los godos para recobrar la influencia perdida no tuvieron importancia alguna.

Juan Crisostomo.

Sobre aquel fondo de complicaciones germánicas resaltó la poderosa figura del patriarca de Constantinopla, Juan Crisóstomo.

En 1926, Baynes escribía: "Es verdaderamente extraño que no haya aún una biografía de Crisóstomo digna de este nombre" (*Alexandria and Conslantinople. A study in ecclesiastical diplomacy. Journal of Egyptian Archaeology*, t. XII, 1926). Poseemos ahora una detallada biografía de Crisóstomo en dos volúmenes, muy cuidadosamente documentada y debida a un benedictino, el P. Crisóstomo Baur, *Der heilige Johannes Chrysostomus und seine Zeit* (Muních, 1929—30). No he visto mencionada en ningún sitio la muy detallada biografía de Crisóstomo, provista de abundantes referencias, que se publica en las *Obras Completas de San Juan Crisóstomo*. traducidas por primera vez al francés bajo la dirección de Jeannin, vol. I, *Historia de San Juan Crisóstomo* (Arras, 1887).

V. Tambien N. Turchi, *La Civilita bizantina* (Turín. 1915). Este articulo no está mencionado en la bibliografía dada en el libro de Baur, t. I, p. XXXVIII).

Juan, originario de Antioquía, fue discípulo del célebre retórico Libanio. Se proponía seguir una carrera civil, pero abandonó tal proyecto después de su conversión. Entonces se entregó con fervor a predicar en su ciudad natal, donde oficiaba como sacerdote. El favorito Eutropio, a la muerte del patriarca Nectario, fijó su atención sobre Crisóstomo, ya célebre en Antioquía por sus predicaciones. Temiéndose que la población de Antioquía se opusiese a su marcha, Juan fue llevado en secreto a Constantinopla. A pesar de las intrigas de Teófilo, obispo de Alejandría, Juan fue consagrado obispo y ocupó la sede patriarcal de Constantinopla el año 398. La capital recibió con él un orador notable y valeroso, uno de esos hombres excepcionales cuyas prácticas están acordes con sus principios. Predicador de una moralidad severa, adversario de un lujo excesivo, Juan, convencido niceísta, halló entre sus ovejas muchos enemigos. Entre ellos figuraba la emperatriz Eudoxia[3], amante del lujo y los placeres y a quien Juan, en sus prédicas públicas, colmaba de reproches, comparándola a Jezabel y a Herodíadas. Juan adoptó una actitud enérgica ante los godos arrianos que, como vimos, exigían, por intermedio de Gainas, una iglesia para su Oficio. Juan rehusó categóricamente y los godos hubieron de seguir contentándose con la iglesia que se les había otorgado extramuros de la ciudad. Pero Juan se interesó vivamente por la minoría ortodoxa goda. Les cedió una iglesia en la ciudad, los visitaba a menudo y, ayudado por intérpretes, conversaba con ellos.

Su firme religiosidad, su intransigencia con todo aquello que se apartara del mensaje evangélico, su elocuencia severa y persuasiva acrecieron progresivamente el número de sus enemigos. Arcadio sufrió la influencia de los tales y se pronunció abiertamente contra el patriarca Juan, quien se retiró al Asia Menor. Las turbulencias populares que produjo el alejamiento del amado pastor, obligaron al monarca a volver a llamarle. Pero no duró mucho la paz entre el patriarca y el gobierno. La inauguración de un estatua de la emperatriz proporcionó a Juan materia para un nuevo sermón cáustico, en el que censuró los vicios de aquella mujer. Entonces fue privado de su cargo y sus partidarios perseguidos. En el 404 se le desterró a Cúcusa, ciudad de Capadocia, donde llegó tras largo y difícil viaje. “Era —dice el mismo Juan— el lugar más desierto de todo el Imperio”. Tres años después llegó una nueva orden de destierro contra Juan, al que ahora se enviaba a las lejanas riberas orientales del mar Negro. Encaminándose allí, murió (407), quien antes de morir pronunció las siempre recordadas palabras: “Todo sea para la gloria de Dios”. Tal fin tuvo uno de los más eminentes representantes de la Iglesia de la Alta Edad Media. Dejó tras él un rico legado literario y teológico a través de sus tratados y homilías, donde se halla una pintoresca descripción de la vida intelectual, social y religiosa de su época. Defensor obstinado y convencido de los ideales de la Iglesia apostólica, no temió oponerse a las exigencias arrianas del poderoso Gainas. Juan Crisóstomo quedará siempre como uno de los más altos ejemplos morales que la humanidad haya nunca visto. “Era —se ha dicho— implacable para el pecado y lleno de piedad para el pecador”.

Arcadio murió en 408. Su hijo y sucesor, Teodosio, sólo tenía siete años. Eudoxia, esposa de Arcadio y madre de Teodosio, había muerto también en aquella época.

Actualmente se pone en duda la autenticidad de una fuente extremamente seductora que describe las relaciones de la emperatriz y Juan y da una idea general de la vida de la corte bajo Arcadio: *Vita Porphyrii episcopi Gazensis*, por Marco Diácono. V. H. Grégoire y M. A. Kugener: *La vie de Porphyre, évéque de Gaza, est—elle autentique?* (Rcvue de l'Université de Bruxeltes, t. XXXV (1929—30), p. 5366). Se encontrarán largos extractos de esa Vita en Bury, t. I, p. 142—148. Baur considera la *Vita* como una de las fuentes más dignas de confianza. El problema requiere más

[3] *La intervención del Papa y del emperador de Occidente, Honorio, en favor del perseguido Juan y sus partidarios, no tuvo éxito alguno.*

amplias investigaciones. (Que ya han sido realizadas con éxito por los citados profesores de Bruselas Grégoire y Kugener, en suedición y traducción de la *Vita*, París, 1930).

Teodosio II el Joven (408—450).

Según el testimonio de algunas fuentes, Arcadio, en su testamento, nombró al rey persa Yezdigerdes I tutor de Teodosio, por temor a que los ciudadanos de Constantinopla quitasen su trono al último. Parece que el rey de Persia habría cumplido a la letra sus obligaciones y, por intermedio de un agente suyo, protegido a Teodosio contra las intrigas de quienes le rodeaban. Varios eruditos rechazan la autenticidad de este relato, pero otros no ven en él nada inverosímil. Ejemplos análogos se encuentran en otros períodos de la historia y no hay buenas razones para rechazar la posibilidad.

Las amistosas relaciones que existían a la sazón entre los dos Imperios explican la situación excepcionalmente favorable del cristianismo en Persia durante el reinado de Yezdigerdes I. La tradición persa, reflejando el sentir de los magos y de los nobles, le llama "Apostata", "Malvado", amigo de Roma y los cristianos y perseguidor de los magos. Las fuentes cristianas le celebran, en cambio, por su dulzura y magnificencia, y hasta dicen que estuvo a punto de convertirse al cristianismo. En realidad, Yezdigerdes I, como Constantino el Grande, tenía ciertas miras políticas y apreciaba la importancia del elemento cristiano de su Imperio con relación a sus planes. En 409, los cristianos fueron formalmente autorizados a adorar en público a su Dios y restaurar sus templos. Ciertos historiadores llaman a ese decreto el edicto de Milán de la Iglesia cristiana asiría.

El año 410 se reunió en Seleucia un concilio donde se organizó la Iglesia cristiana de Persia. El obispo de Seleucia (Ctesiphon) fue elegido jefe de aquella Iglesia. Ostentaba el título de *"Catholicos"* y debía morar en la capital del Imperio persa.

Los miembros del concilio hicieron la siguiente declaración: "Suplicamos todos unánimemente a Nuestro Señor misericordioso que aumente los días del victorioso e ilustre rey Yezdigerdes, rey de reyes, y prolongue sus años de generaciones en generaciones y de edades en edades".

Los cristianos no gozaron mucho tiempo de esta libertad. Ya en los últimos años del reinado de Yezdigerdes se reanudó la persecución.

Teodosio, desprovisto de talentos de estadista, se interesó poco por el gobierno. Durante su reinado se mantuvo, por decirlo así, al margen de los asuntos públicos. Tenía verdadera pasión por la vida retirada, vivía en su palacio como en un convento y consagraba considerable tiempo a la caligrafía, copiando con su bella escritura manuscritos antiguos. Pero se rodeó de hombres llenos de talento y energía que contribuyeron mucho al nombre de su reinado, el cual se distinguió por importantes acontecimientos en la vida interior del Imperio. Así, la ciencia moderna ha dejado de ver en Teodosio II un hombre falto en absoluto de voluntad y talento.

Durante toda la vida de Teodosio fue ejercida sobre él una influencia particular por su hermana, la piadosa Pulqueria, que tenía espíritu de estadista. Gracias a ella, Teodosio casó con la hija de un filósofo ateniense, Atenais, quien se dio en el bautismo el nombre de Eudocia. Esta había recibido en Atenas una excelente instrucción; poseía verdadero talento literario y nos ha legado cierto número de obras que tratan de materias religiosas principalmente, pero donde se halla también un eco de los hechos políticos contemporáneos.

Bajo Teodosio, la "pars orientalis" del Imperio no tuvo que sostener choques tan temibles como la "pars occidentalis", que atravesaba por entonces una crisis aguda debida a las invasiones germanas. El jefe visigodo Alarico tomó Roma, la antigua capital del Estado romano pagano, suceso que produjo intensa impresión en los contemporáneos. En la Europa occidental y el África septentrional se formaron sobre el territorio romano los primeros estados bárbaros. En la "pars orientalis", Teodosio tuvo que luchar contra los salvajes hunos, quienes invadieron el territorio bizantino y llegaron, en sus devastadoras, incursiones, al pie de las murallas de Constantinopla. El emperador hubo de pagarles una importante suma y cederles territorios al sur del Danubio. Las

relaciones pacíficas que se establecieron a continuación con los hunos, motivaron el envío de una embajada al gran campamento huno de Panonia. Al frente de la embajada iba Maximino. Un amigo de éste, Prisco, que le acompañó a Panonia, ha dejado una relación completa de la embajada y una descripción interesante de la corte de Atila y de los usos y costumbres de los hunos. Tal descripción es particularmente interesante en el sentido de que puede ser considerada un relato, no sólo de la vida de los hunos, sino de las costumbres de los eslavos del Danubio medio, a quienes los hunos habían sometido.

Las disputas religiosas y el tercer concilio ecuménico.

Los dos primeros concilios ecuménicos habían establecido definitivamente el punto de que Cristo era a la vez Dios y hombre. Pero esta solución no satisfacía a los espíritus ávidos de verdad religiosa, los cuales comenzaron a discutir de qué manera convenía entender en Jesús la unión de la persona humana y la sustancia divina, y sus relaciones recíprocas. El fin del siglo IV y vio nacer en Antioquía una doctrina según la cual no existía unión completa de las dos naturalezas en Jesucristo, demostrando a continuación la plena independencia de la naturaleza humana en Jesucristo, tanto antes como después de su unión con la naturaleza divina. Mientras semejante doctrina no rebaso un círculo restringido de personas, no motivó grandes turbaciones en la Iglesia. Pero a contar del día en que la sede episcopal de Constantinopla fue ocupada por Nestorio, partidario convencido de aquella doctrina, las circunstancias cambiaron. El nuevo patriarca quiso imponer la doctrina de Antioquía a toda la Iglesia. Nestorio que era célebre por su elocuencia, dirigió al emperador, a raíz de su consagración, las palabras siguientes: “Dame, Señor, una tierra limpia de herejes y yo te daré en cambio el cielo; ayúdame a exterminar a los herejes y yo te ayudaré a exterminar a los persas”. Con el nombre de herejes, Nestorio comprendía todos aquellos que no compartían sus opiniones sobre la independencia de la naturaleza humana en Jesucristo. Nestorio no llamaba a la Virgen María “Madre de Dios”, sino “Madre del Cristo”, es decir, “Madre de un hombre”.

Nestorio entabló severas persecuciones contra sus adversarios, y con esto trajo a la Iglesia grandes turbulencias. Se levantaron contra su doctrina el patriarca de Alejandría, Cirilo, y el Papa Celestino, quien, en el concilio de Roma, condenó como herética la nueva doctrina. El emperador Teodosio, deseando poner fin a las disputas de la Iglesia, convocó en Éfeso el tercer concilio ecuménico, que condenó el nestorianismo (431). Nestorio hubo de retirarse a Egipto, donde murió.

A pesar de la condenación del nestorianismo, los nestorianos eran bastante numerosos en Siria y en Mesopotamia. El emperador ordenó a las autoridades de aquellas provincias que procedieran contra ellos. El foco principal de nestorianismo era Edesa, donde funcionaba una célebre escuela, difusora de la doctrina de Antioquía. En 489, bajo el emperador Zenón, la escuela fue suprimida y sus profesores y alumnos expulsados. Pero ellos se refugiaron en Persia y crearon una escuela en Nisibe. El rey de Persia acogió de buen grado a los nestorianos, ofreciéndoles su protección. Veía en ellos, en efecto, enemigos del Imperio, de los que podía servirse llegado el caso. La Iglesia persa de los nestorianos o cristianos siriocaldeos, tenía a su frente un obispo denominado *Catholicos.* Desde Persia, el cristianismo, en su forma nestoriana, pasó a otros países, se propagó por el Asia central y consiguió muchos prosélitos en la India.

Entre tanto, en la Iglesia bizantina —y en Alejandría sobre todo— había surgido,tras el concilio de Éfeso, una nueva corriente nacida y desarrollada por oposición al nestorianismo y en un sentido opuesto. Los partidarios de Cirilo de Alejandría, quien atribuía preponderancia a la naturaleza divina de Jesucristo, llegaron a la conclusión de que la naturaleza humana de Jesús desaparecía en su naturaleza divina, es decir, que Jesucristo no tenía más que una naturaleza divina. Tal doctrina recibió el nombre de *“monofisismo”* y sus partidarios fueron llamados monofisistas (del griego µ????, solo, y f?s??, naturaleza). El monofisismo hizo muy grandes progresos bajo el patriarca de Alejandría, Dióscoro, y el archimandrita de Constantinopla, Eutiques, monofisistas convencidos. El emperador aceptó la doctrina de Dióscoro, viendo en él al heredero de Cirilo de Alejandría. Pero el patriarca de Constantinopla y el Papa León I el Grande se opusieron a la nueva doctrina. A instancias de Dióscoro, el emperador, en 449, reunió en Éfeso un concilio que ha pasado

a la historia con el nombre de "Latrocinio de Éfeso". El partido alejandrino de los monofisistas, con Dióscoro a su cabeza, presidiendo el concilio, hizo reconocer, empleando medios violentos contra los asistentes, la doctrina de Eutiques, es decir, el monofisismo. Ésta pasaba a ser la doctrina ortodoxa y sus adversarios quedaban condenados. El emperador ratificó las disposiciones del concilio y le reconoció la calidad de ecuménico. Semejante solución no podía devolver la paz a la Iglesia. Una muy grave crisis religiosa desgarraba, pues, el Imperio a la muerte de Teodosio II (450), quien dejaba a su hijo el cuidado de resolver el problema monofisista, tan importante para la historia posterior de Bizancio.

La época de Teodosio II no sólo es interesante por los turbulentos sucesos, tan grávidos de consecuencias, de la historia religiosa, sino también por otras características que se refieren a la vida interior del Imperio.

La escuela superior de Constantinopla. El Código de Teodosio. Las murallas de Constantinopla.

La creación de la escuela superior de Constantinopla y la publicación del Código de Teodosio son dos episodios capitales en la historia de la civilización bizantina.

Hasta el siglo V, Atenas había sido el foco principal de la enseñanza de las ciencias paganas en el Imperio romano. Poseía una famosa escuela filosófica. Allí acudían de todas partes los sofistas, es decir, los profesores griegos de lógica, metafísica, y retórica, unos para demostrar sus conocimientos y su arte oratorios, otros con miras a conseguir una buena colocación como profesores. Estos profesores vivían en parte de la caja imperial y en parte del tesoro de diversas ciudades. En Atenas, además, las lecciones particulares y las conferencias estaban mejor remuneradas que en otros sitios.

El triunfo del cristianismo en el siglo IV dio un golpe considerable a la escuela de Atenas. Por ende, la vida espiritual de esta ciudad quedó trastornada a fines del mismo siglo por las invasiones visigóticas en Grecia. Después de partir los godos, la Escuela de Atenas se halló despoblada. Los filósofos eran menos numerosos. Finalmente, la escuela pagana de Atenas recibió un golpe aun más sensible con la creación por Teodosio II de la escuela superior cristiana, o universidad de Constantinopla.

Desde que Constantinopla se había convertido en capital del Imperio, muchos retóricos y filósofos habían acudido a aquella capital, de manera que ya antes del reinado de Teodosio II existía de hecho una especie de Casa de Altos Estudios. Profesores y estudiantes eran invitados a encaminarse a Constantinopla, y afluían de África, de Siria y de otros lugares. San Jerónimo observaba en su *Chronicon* (360—362): "Evancio, el más sabio de los gramáticos, murió en Constantinopla y para sustituirle se hizo acudir de África a Carisio". Así, el historiador más reciente de la materia expresa la opinión de que bajo Teodosio la universidad no fue fundada, sino reorganizada (V. H. Usener, *Vier lateinische Grammatiker*, Rheinisches Museum, t. XXIII, 1868).

En 425, Teodosio publicó un edicto disponiendo la creación de una escuela superior. El número de profesores se fijaba en treinta y uno. Debían enseñar gramática, retórica, derecho y filosofía. La enseñanza debía darse parte en latín y parte en griego.

El edicto declaraba que habría tres retóricos (*oratores*) y diez gramáticos que enseñarían en latín, y cinco retóricos o sofistas (*sophistae*) y diez gramáticos que enseñarían en griego. Además, se preveía una cátedra de filosofía y otra de jurisprudencia. Aunque la lengua del Estado siguiese siendo la latina, la creación de cátedras en lengua griega indica claramente que el emperador empezaba a comprender los derechos indiscutibles de ese idioma en la capital. El griego era, en efecto, la lengua más corrientemente hablada y mejor comprendida en toda la "pars orientalis" del Imperio. Es interesante notar que el número de retóricos de lengua griega superaba en dos al de retóricos de lengua latina. La nueva universidad fue establecida en un edificio especial, dotado de vastas salas de conferencias. Los profesores no tenían el derecho de dar lecciones particulares, debiendo consagrar todo su tiempo y atención a la enseñanza en la universidad. Recibían un sueldo

fijo, pagado por el Estado, y podían alcanzar situaciones muy elevadas. El nuevo foco de enseñanza cristiana de Constantinopla iba a revelarse como un rival muy peligroso para la Escuela pagana de Atenas, más en decadencia cada vez. Pronto la escuela superior de Teodosio II fue el foco en torno al cual se agruparon las mejores fuerzas espirituales del Imperio.

También bajo Teodosio II se publicó el más antiguo compendio de constituciones imperiales que ha llegado hasta nosotros. Hacía mucho tiempo que se sentía la profunda necesidad de efectuar tal compilación. Numerosas constituciones no compiladas se habían perdido o caído en olvido, de donde salían un gran desorden en los asuntos públicos y muchas molestias para los jurisconsultos. Conocemos la existencia de dos compilaciones jurídicas de época anterior a Teodosio: el *Codex Gregorianus* y el *Codex Hermogenianus,* probablemente llamadas así por los nombres de sus autores, Gregorio y Hermógenes, a propósito de los cuales no sabemos nada. La primera de ellas data de la época de Diocleciano y probablemente contiene las disposiciones promulgadas desde Adriano a Diocleciano. La segunda, compuesta bajo sus sucesores en el siglo IV, comprende las constituciones promulgadas desde fines del siglo III hasta las inmediaciones del año 360. Esas dos compilaciones no han llegado hasta nosotros y sólo las conocemos por fragmentos insignificantes que se han conservado. Teodosio II concibió la idea de publicar, sobre el modelo de las dos compilaciones precedentes, una compilación de las disposiciones promulgadas por los emperadores cristianos, desde Constantino a él mismo, ambos incluidos. Tras ocho años de trabajos, la comisión convocada por el emperador publicó el *Codex Theodosianus,* en lengua latina. Este código se publicó en Oriente el año 438, y a poco fue introducido también en Occidente. El Código de Teodosio se divide en dieciséis libros, divididos a su vez en cierto número de títulos (*tituli*). Cada libro trata de una parte del gobierno: administración, asuntos militares, religiosos, etc. En cada título los decretos se clasifican por orden cronológico. Las disposiciones publicadas después de la aparición del Código fueron llamadas *"uevas* o *Novelas* (*leges novellae).*

El Código de Teodosio tiene gran importancia desde el punto de vista histórico. En primer lugar es la fuente más preciosa que poseemos para estudiar la historia interior de los siglos IV y V. Pero, como abraza igualmente el período en que el cristianismo se convirtió en religión de Estado, tal compilación de leyes puede considerarse también como un resumen de la obra de la nueva religión en la esfera jurídica y de las modificaciones que aportó a la práctica del derecho. Ese Código, así como las compilaciones precedentes, sirvieron de base a la legislación justinianea. En fin, el Código teodosiano, introducido en Occidente en la época de las invasiones germánicas, ejerció, con los dos códigos anteriores, las Novelas posteriores y algunos otros monumentos jurídicos de la Roma imperial (las instituciones de Cayo, por ejemplo), una gran influencia, directa e indirecta a la vez, sobre la legislación bárbara. La famosa "Ley romana de los visigodos" (*Lex Romana Visigothorum*) destinada a los súbditos romanos del reino visigótico, no es sino una abreviación del Código teodosiano y las otras fuentes que acabamos de mencionar. Por eso la "Ley romana de los visigodos" se denomina también "Breviario de Alarico" (*Breviarium Alaricianum*), del nombre del resumen publicado por el rey visigodo Alarico II a primeros del siglo VI. Este es un ejemplo de influencia directa ejercida sobre la legislación bárbara por el Código de Teodosio. Pero más grande aun fue la influencia indirecta que ejerció por intermedio del referido Código visigodo. En la Alta Edad Media, siempre que se alude a la Ley romana, es invariablemente la "Ley romana de los visigodos" y no el verdadero Código teodosiano lo que se cita. Durante todo ese período, y hasta la época de Carlomagno incluso, la legislación de la Europa occidental fue influida por el Breviario de Alarico, que se convirtió en la principal fuente de derecho romano en Occidente. También la ley romana, en esta época, influye en la Europa occidental, y no a través del Código de Justiniano, que sólo se propagó en Occidente mucho más tarde, hacia el siglo XIII. Tal hecho ha sido a veces olvidado por los eruditos, y así hasta un historiador tan eminente como Fustel de Coulanges ha podido declarar: "la ciencia ha demostrado que las compilaciones legislativas de Justiniano estuvieron en vigor en Galia en la Alta Edad Media". Pero la influencia de aquel Código fue aún mayor, porque parece que el Breviario de Alarico desempeñó cierto papel incluso en la historia de Bulgaria. Tal es, al menos, la opinión del sabio croata Bogisic, cuyos argumentos han

sido desarrollados y confirmados por el sabio búlgaro Bobtchev. A creer a estos dos historiadores, el Breviario de Alarico fue enviado por el Papa Nicolás I al rey búlgaro Boris, quien había expedido al Papa una delegación, el año 866, pidiéndole que mandase a Bulgaria las "leyes del mundo" ("Leges mundanae"). Contestando a esta petición, el Papa, en su *Responsa ad Consulta Bulgarorum*, envió a los búlgaros, según sus propios términos, "las venerables leyes de los romanos" ("venerandae Romanorum leges"), que los dos sabios antedichos consideran precisamente haber sido el Breviario de Alarico. Claro que. aun de ser así realmente, no debemos exagerar la importancia de ese Código en la vida de los antiguos búlgaros, porque, muy pocos años después de tal suceso, Boris rompió con la Curia romana y se aproximó a Constantinopla. Pero el mero hecho de que el Papa enviase a Bulgaria el Breviario basta para señalar el papel que éste desempeñaba en la vida europea del siglo IX. Todos estos ejemplos indican bastante la mucha influencia y gran difusión del *Codex Theodosianus.*

Entre los grandes acontecimientos de la época de Teodosio II, debemos indicar la construcción de las murallas de Constantinopla. Ya Constantino el Grande había rodeado la ciudad con un muro. Pero en la época de Teodosio II la población había rebasado con mucho aquel cinturón, Era indispensable proveer nuevas medidas para defender la capital contra los ataques de sus enemigos. La suerte de Roma, tomada por Alarico el 410, fue una seria advertencia para Constantinopla. que también se vio amenazada, en la primera mitad del siglo V, por los salvajes hunos.

Había entre quienes rodeaban a Teodosio hombres enérgicos y con talento bastante para resolver aquel difícil problema. Las murallas se construyeron en dos veces. Durante la primera infancia de Teodosio, Antemio, prefecto del pretorio, que era entonces regente, hizo construir (413) un muro flanqueado de numerosas torres, que iba del mar de Mármara al Cuerno de Oro, algo más al oeste que la muralla de Constantino. El nuevo muro de Antemio, que salvó a la capital de la ofensiva de Atila, existe aun hoy al norte del mar de Mármara, hasta las ruinas del palacio bizantino conocido con el nombre de Tekfur—Serai. Tras una violenta sacudida sísmica que destruyó la muralla, Constantino, prefecto del pretorio, la reparó, construyendo, además, ante ella, otro muro con numerosas torres, rodeado de un foso ancho y profundo, con agua. De modo que por el lado de tierra Constantinopla tenía una triple línea de fortificaciones: los dos muros, separados por una especie de plataforma, y el profundo foso que se abría al pie del muro exterior. Bajo la administración de Ciro, prefecto de la ciudad, se construyeron nuevas murallas, éstas al borde del mar. Las dos inscripciones, visibles hoy todavía en los muros, que se refieren a ese período, y que son una griega y otra latina, mencionan la actividad constructiva de Teodosio. El nombre de Ciro está asociado también a la organización del alumbrado nocturno en las calles de la capital.

Teodosio II murió el año 450. A pesar de su debilidad y de su falta de capacidades de estadista, su largo reinado presenta un interés considerable para la evolución ulterior del Imperio, sobre todo desde el punto de vista de la historia de la civilización. Gracias a una juiciosa elección de sus altos funcionarios. Teodosio logró obtener resu ltados muy grandes. La escuela superior de Constantinopla y el Código de Teodosio quedan como monumentos imperecederos en la historia de la civilización del primer cuarto del siglo V. Los muros elevados en aquel período hicieron inexpugnable a Constantinopla durante varios siglos. N.H. Baynes escribe: "En cierto sentido, los muros de Constantinopla fueron para Oriente los cañones y la pólvora que faltaron a Occidente y por cuya falta el Imperio cayó".

El cuarto concilio ecuménico. Marciano (450—457) y León (457—474).

Teodosio murió sin dejar descendencia. Su hermana Pulqueria, aunque ya entrada en años, consistió en casar con el tracio Marciano, que fue proclamado emperador. Marciano era un soldado capaz, pero modesto. Sólo se le elevó al trono a instancias de Aspar, un jefe militar alano de origen y cuya influencia era grande.

El problema godo, que a fines del siglo IV y principios del V llegó a ser realmente peligroso para el Estado, se había resuelto, como vimos, en favor del gobierno, en tiempos de Arcadio. Sin embargo, el elemento gótico del ejército bizantino seguía ejerciendo cierta influencia en el Imperio, aunque en una escala bastante reducida. A mediados del siglo V, el bárbaro Aspar, apoyado por los godos, hizo un esfuerzo para resucitar la antigua supremacía de éstos. Por algún tiempo lo logró. Dos emperadores, Marciano y León I, fueron elevados al poder merced a los trabajos de Aspar, a quien sólo sus tendencias arrianas impedían llegar en persona al trono. La capital empezó a expresar descontento contra Aspar, contra su familia y, en general, contra la influencia bárbara en el ejército. Dos hechos acrecieron la tensión existente entre los godos y los moradores de la capital. La expedición marítima organizada contra los vándalos delÁfrica del Norte —quienes, según la *Vida de San Daniel el Estilita,* querían apoderarse de Alejandría— fracasó por completo, no sin implicar grandes gastos y dificultades a León I, que la dirigió. La población acusó de traición a Aspar, que se había opuesto a la expedición contra los vándalos[4] germanos de igual origen que los godos. Aspar obligó a León a conferir el rango de césar a uno de sus hijos, es decir, a darle la más alta dignidad del Imperio. El emperador decidió librarse de la influencia germánica. Lo consiguió con ayuda de los belicosos isáuricos, en aquel momento acantonados en gran número en la capital. Aspar fue muerto con parte de su familia, y ello asestó el golpe de gracia a la influencia germánica en la corte de Constantinopla. A causa de esta matanza se dio a León I el nombre de *Makelles* (Matarife). F. I. Uspenski ve en semejante suceso una etapa trascendental en el sentido de la nacionalización del ejército y del debilitamiento de la preponderancia bárbara entre las tropas, y concluye que ello bastaría para justificar el apelativo de "Grande" que se da a veces a León.

Al principio del reinado de Marciano, los hunos, tras haber sido una amenaza tan terrible para el Imperio, se trasladaron de la región del Danubio central hacia el occidente de Europa, donde después, en Galia, se libró la famosa acción de los Campos Cataláunicos. A poco, Atila murió y su enorme Imperio disgregóse. Así desapareció para Bizancio el peligro huno en los últimos años del reinado de Marciano.

Éste había heredado de su predecesor una situación religiosa muy difícil. Los monofisitas triunfaban. El emperador, partidario de los dos primeros concilios ecuménicos, no podía admitir ese triunfo. En 451 convocó un cuarto concilio ecuménico en Calcedonia. Este concilio tuvo importancia capital para toda la historia ulterior. Asistieron un número grande de eclesiásticos. El Papa se hizo representar por legados.

El concilio condenó las disposiciones del "Latrocinio de Éfeso" y depuso a Dióscoro. Luego elaboró una nueva fórmula religiosa que rechazaba por completo la doctrina de los monofisistas y concordaba en pleno con las opiniones del Papa de Roma. El concilio reconocía "un Cristo único en dos naturalezas, sin confusión ni alteración, división o separación". Los dogmas aprobados por el concilio de Calcedonia confirmaban solemnemente las principales definiciones de los dos primeros concilios ecuménicos, que se convirtieron así en base de la enseñanza religiosa de la Iglesia ortodoxa.

Las decisiones del concilio de Calcedonia fueron también de gran importancia política para la historia de Bizancio. El gobierno bizantino, oponiéndose abiertamente al monofisismo en el siglo V, se enajenó las provincias orientales de Siria y Egipto, donde la mayoría de la población era monofisista. Los monofisistas persistieron siendo fieles a sus doctrinas religiosas, incluso después de las decisiones del 451, y rehusaron todo compromiso. La Iglesia egipcia abolió el uso del griego en sus oficios y los celebró desde entonces en lengua indígena (*copta)*. Estallaron turbulencias religiosas en Jerusalén, Alejandría y Antioquía, como consecuencia, de la aplicación forzada de las decisiones del concilio, promoviéndose graves sediciones populares que revistieron carácter nacional y exigieron para ser reprimidas, no sin efusión de sangre, el concurso de las autoridades militares y civiles. La represión no resolvió tampoco el problema. Tras los conflictos religiosos,

[4] *Se hallarán más detalles sobre la expedición contra los vándalos en la Vida de San Daniel el Estilita, Delehaye. Les saints stylites. N. Baynes.*

más agudos cada vez, comenzaban a manifestarse los disentimientos nacionales, sobre todo en Siria y Egipto. Gradualmente, las poblaciones indígenas de Egipto y Siria concibieron y desearon la idea de separarse de Bizancio. Los disturbios religiosos de las provincias orientales y la composición de los moradores de esos países crearon las condiciones que, en el siglo VII, facilitaron el paso de aquellas ricas y civilizadas comarcas primero a manos de los persas y luego de los árabes.

Debe notarse también la importancia del canon 28° del concilio de Calcedonia, que provocó un activo cambio de correspondencia entre el emperador y el Papa. Aquel canon no fue reconocido por el Papa, pero sí fue generalmente aceptado en Oriente. Tratábase del rango del patriarca de Constantinopla respecto al Papa de Roma, cuestión ya resuelta por el canon 3° del segundo concilio ecuménico. El canon 28° del concilio de Calcedonia confirmaba la decisión del concilio precedente, y daba "privilegios iguales al muy santo trono de la Nueva Roma, estimando con razón que la ciudad que se honra con la presencia del Gobierno imperial y del Senado y goza de privilegios iguales a los de la antigua Roma imperial, debe, en materia eclesiástica, ser igualmente exaltada y tener rango inmediatamente después de ella". Además, el mismo canon concedía al arzobispo de Constantinopla el derecho de dar la investidura a los obispos de las provincias del Ponto, de Asia y de Tracia, habitadas por pueblos de tribus diversas[5]. "Baste recordar —escribe F. I. Uspenski— que esos tres nombres abarcaban todas las misiones cristianas del Oriente, de la Rusia meridional y de la península balcánica, y todas las adquisiciones del clero oriental en las regiones. Tal fue, al menos, la opinión de los canonistas griegos posteriores, que defendieron los derechos del patriarca de Constantinopla. Esta es, en pocas palabras, la importancia histórica, de un alcance universal, del canon 28°". Por este breve resumen se aprecia que Marciano y León I fueron emperadores de espíritu estrictamente ortodoxo.

Zenón (474—491). Los isauricos. Odoacro y Teodorico el Ostrogodo. El Henótico.

A la muerte de León I (474). le sucedió su nieto León, niño de seis años. León II murió el mismo año que su abuelo, después de haberse asociado al Imperio a su padre, Zenón (474—491). Bajo éste, a la antigua influencia germánica sustituyó en la corte otra nueva influencia bárbara, la de los isáuricos, raza salvaje a la que pertenecía el emperador por su origen. Los isáuricos ocupaban los mejores puestos y las dignidades más elevadas de la capital. Pero pronto advirtió Zenón que entre sus propios compatriotas había conjuraciones contra él, y, dando muestras de gran decisión, ahogó la revuelta en las montañas de la misma Isauria, donde hizo demoler la mayoría de las fortalezas. Sin embargo, la influencia isaúrica en el Imperio persistió hasta la muerte de Zenón.

La época de Zenón fue señalada en Italia por graves acontecimientos. En la segunda mitad del siglo V, la influencia de los jefes de las compañías germánicas había crecido mucho. Llegó el momento en que pudieron hacer y deshacer a su albedrío emperadores de Occidente. En 476, uno de esos jefes bárbaros, Odoacro (Odovacar), derribó al último emperador de Occidente, el joven Rómulo Augústulo, y se apoderó del trono de Italia. No obstante, quiso legitimar su nombramiento y, en nombre del Senado romano, envió una embajada a Zenón, asegurándole que Italia no necesitaba un monarca distinto y que su emperador debía ser Zenón. Al mismo tiempo, Odoacro pedía a Zenón que le confiriese la dignidad de patricio romano, dándole, por delegación, el gobierno de Italia. La petición fue otorgada y Odoacro se convirtió en legítimo señor de Italia. Hasta hace cierto tiempo, se ha considerado el año 476 como el de la caída del Imperio romano de Occidente,

[5] *Obsérvese que el canon 28. se limitaba a posponer Alejandría y los demás patriarcados al de Constantinopla (lo que tanto había de contribuir a fortalecer el monofisismo en Asia y África), sin alzar la menor objeción acerca de la primacía indiscutible de Roma; tan explícitamente reconoció el concilio la potestad de la Sede apostólica, que solicitaba de ella la confirmación de éste como de los restantes cánones. Es más, Calcedonia marca el momento en que más explícitamente se inclinó el Oriente ante el magisterio de Roma en materia de fe y de disciplina (Vid. P. Battifol. Le siege apostolique, París, 1924).*

pero esto es falso, porque en el siglo V no existía aún un Imperio romano de Occidente diferente al de Oriente. Había habido, como antes, un Imperio romano gobernado por dos emperadores, uno en la zona occidental y otro en la oriental. En el año 476 hallamos que sólo hubo un emperador: Zenón, el de la "pars orientalis".

Odoacro, dueño de Italia, se conducía de una manera cada vez más independiente. Zenón no lo ignoraba. Pero no le pareció oportuno marchar contra él en persona a lacabeza de sus tropas y decidió castigarle por medio de los ostrogodos. Éstos, a partir de la disgregación del Imperio de Atila, vivían en Panonia, desde donde, conducidos por su rey Teodorico, ejecutaban incursiones devastadoras en la península balcánica, amenazando la misma capital del Imperio. Zenón logró desviar la atención de Teodorico hacia las ricas provincias de Italia. Así daba dos golpes con una piedra, desembarazándose de sus peligrosos enemigos del norte y resolviendo, con ayuda de una fuerza extranjera, las dificultades suscitadas por el indeseable gobernador de Italia. En cualquier caso, Teodorico era menos peligroso en Italia que en los Balcanes.

Teodorico marchó sobre Italia, batió a Odoacro, se apoderó de Ravena, principal plaza fuerte del vencido, y, a la muerte de Zenón, fundó en la península itálica un reino ostrogodo con capital en la misma Ravena. La península balcánica se había desembarazado definitivamente de los ostrogodos.

El principal problema interior durante el reinado de Zenón[6] fue el religioso, que siguió provocando trastornos en todo el Imperio, a causa de las diversas corrientes nacidas en la Iglesia. Egipto, Siria, parte de Palestina y del Asia Menor, seguían firmemente adeptas del monofisismo. La rigurosa política ortodoxa de los dos predecesores de Zenón no había sido aprobada en las provincias orientales. Los jefes de la Iglesia se daban perfecta cuenta de la gravedad de la situación, y el patriarca de Constantinopla, Acacio —que al principio alabara las decisiones del concilio de Calcedonia— así como el patriarca de Alejandría, Pedro Mongo, sentíanse muy deseosos de hallar una salida conciliadora a una situación tan difícil. Propusieron, pues, a Zenón hacer un esfuerzo para reconciliar a los adversarios mediante concesiones recíprocas. Zenón, aceptando la propuesta, publicó el 482 el Edicto de Unión o Henótico, que fue dirigido a las iglesias de la jurisdicción del patriarca de Alejandría. El fin principal del edicto era no ofender a los ortodoxos ni a los monofisistas sobre la cuestión de la unión en Jesucristo de las dos naturalezas, divina y humana. El Henótico reconocía como imprescriptibles los principios religiosos desarrollados en los dos primeros concilios ecuménicos y confirmados en el tercero; anatematizaba a Nestorio y Eutiques[7] y a sus partidarios, y declaraba que Jesucristo era "de la misma naturaleza que el Padre en su naturaleza divina y también de la misma naturaleza que nosotros en su naturaleza humana", pero a la vez evitaba emplear las expresiones "una naturaleza" o "dos naturalezas" y pasaba en silencio la declaración del concilio de Calcedonia respecto a la unión de las dos naturalezas en el Cristo. El concilio de Calcedonia sólo era mencionado una vez y en estos términos: "Y aquí anatematizamos a todos aquellos que han sostenido, ahora o en otro momento, en Calcedonia o todo otro sínodo, toda otra opinión diferente".

El Henótico parecía en principio tender a una unión con los disidentes pero al cabo no satisfizo ni a los ortodoxos ni a los monofisistas. Los primeros no podían aceptar las concesiones hechas a los monofisístas y los otros consideraban éstas como insuficientes, dado lo impreciso de las expresiones del Henótico. Con ello, el Henótico aportó nuevas complicaciones a la vida religiosa de Bizancio, aumentando el número de las sectas. Parte del clero hizo suya la idea reconciliatoria, y mantuvo el edicto de unión, mientras los extremistas del lado ortodoxo y los del monofisista se

[6] *Se hallará un entusiástico retrato de Zenón en la Vida de San Daniel el Estilita y Les saints stylites. Baynes en The English Historical Review, 4° (1925).*

[7] Sabido es que los monofisitas, al menos en el siglo VI, renegaban por igual de Nestorio y de Eutiques. V. J. Maspero, *Plistoria de los patriarcas de Alejandría* (París, 1923).

negaban a todo compromiso. Los ortodoxos intransigentes fueron llamados *Akoimetoi,* o "Veladores". En efecto, en sus conventos se celebraban oficios de manera ininterrumpida, de modo que ellos habían tenido que distribuirse en tres "equipos". Los monofisistas extremistas fueron llamados *Akephaloi* o "Sin Cabeza", puesto que no reconocían la autoridad del patriarca de Alejandría, que había aceptado el Henótico. El Papa de Roma protestó también contra el Henótico. El mismo Papa examinó con detenimiento los males que afligían al clero oriental, descontento del edicto; luego estudió el edicto de unión en sí mismo y decidió excomulgar y anatematizar al patriarca de Constantinopla, Acacio, en un concilio reunido en Roma. Acacio replicó dejando de nombrar al Papa en sus oraciones. Éste fue, hablando en puridad, el primer cisma real entre las Iglesias de Occidente y Oriente, y se prolongó hasta 518, fecha de la exaltación de Justino I. Así, la escisión política de las partes oriental y occidental del Imperio, ya acusada en el siglo V con la fundación de los reinos bárbaros de Occidente, se agravó más en el reinado de Zenón a causa del cisma religioso.

Anastasio I (491—518). La guerra pérsica. Las incursiones búlgaras y eslavas. Las relaciones con Occidente.

A la muerte de Zenón, su viuda, Ariadna, fijó su elección en un hombre de bastante edad (61 años), llamado Anastasio, originario de Dyrrachium y que ejercía en la Corte el empleo harto humilde de silenciario. Anastasio no fue coronado emperador sino después de firmar una declaración donde se comprometía a no introducir novedad alguna en la Iglesia. El patriarca de Constantinopla, partidario convencido del concilio de Calcedonia, insistió en obtener esta garantía.

El primer problema que Anastasio hubo de resolver fue el de los isáuricos, que habían adquirido bajo Zenón tanto poder. Su situación privilegiada irritaba a los moradores de la capital. Al descubrirse que, a la muerte de Zenón, habían organizado una conjura contra el nuevo emperador, Anastasio resolvió a obrar y lo hizo con celeridad. Les quitó los cargos importantes que ocupaban, les confiscó sus bienes y los arrojó de la capital. Esta medida fue seguida de una lucha extremamente larga y difícil y sólo tras seis años de combates fueron los isáuricos sometidos por completo en su país de origen. A muchos de ellos se les deportó a Tracia. Anastasio rindió al Imperio un gran servicio al resolver por completo la cuestión isáurica.

Entre los hechos de la historia exterior son de notar, de una parte, la larga e infructuosa guerra contra Persia, y de otra, los sucesos de la frontera danubiana, que debían tener consecuencias muy graves para la historia ulterior. Después de la partida de los ostrogodos hacia Italia, la frontera del norte sufrió, durante el reinado de Anastasio, incursiones devastadoras de los búlgaros, los getas y los escitas.

Los búlgaros, que invadieron las fronteras bizantinas en el siglo V, eran, como vimos, un pueblo de origen húnico (turco). Su nombre aparece por primera vez en la península balcánica durante el reinado de Zenón, en conexión con las emigraciones ostrogóticas al norte del Imperio bizantino.

En cuanto a los nombres, asaz poco precisos, de getas y escitas, ha de recordarse que los cronistas de la época no estaban bien informados sobre la composición etnográfica de los pueblos del norte, por lo cual es probable que esos términos se aplicaran a agrupaciones heterogéneas. Los historiadores consideran verosímil que ciertas tribus eslavas entren en tal apelativo.

Teofilacto, escritor bizantino del siglo VII llega a identificar por completo a los getas con los eslavos. Así, durante el reinado de Anastasio los eslavos inician sus incursiones en los Balcanes, a la vez que los búlgaros. Según un historiador, "jinetes géticos" devastaron Macedonia, Tesalia, el Epiro y llegaron hasta las Termópilas. Ciertos sabios opinan que los eslavos penetraron en la península balcánica en un período más remoto. El sabio ruso Drinov, por ejemplo, apoyándose en el estudio de los nombres geográficos y de personas en la península, coloca los principios de la

colonización eslava en la zona de los Balcanes a fines del siglo II de J.C. Hoy esta teoría ha sido abandonada.

Las invasiones de búlgaros y eslavos bajo Anastasio no tenían importancia grande: aquellas bandas de bárbaros volvían a sus lugares de procedencia después de haberse entregado al pillaje entre la población bizantina. Pero semejantes incursiones fueron precursoras de las grandes invasiones eslavas que hubo en los Balcanes en el siglo VI, bajo el reinado de Justiniano.

A fin de proteger la capital contra los bárbaros nórdicos, Anastasio hizo construir en Tracia, cuarenta kilómetros al oeste de Constantinopla, la Muralla Larga, que iba del mar de Mármara al mar Negro, "haciendo —dice una fuente— de la ciudad una isla en vez de una península". Pero aquel muro no justificó las esperanzas que se habían fundado en él, porque en virtud de su edificación acelerada y de las brechas que en él abrieron los temblores de tierra, no constituyó un obstáculo serio ni impidió a los enemigos acercarse a la capital. Las modernas fortificaciones turcas de Chataldya, elevadas casi en el mismo lugar, son en cierto modo una reedición de la obra de Anastasio, de la que aun hoy existen algunos vestigios.

En la Europa occidental estaban en vías de producirse nuevos e importantes cambios. Teodorico se había hecho rey de Italia. En el lejano noroeste, Clodoveo había fundado un reino franco antes de que Anastasio ascendiese al trono. Aquellos dos reinos estaban establecidos en territorios pertenecientes al emperador romano, que era, de hecho, bizantino. En rigor, no cabía hablar de una dependencia verdadera del lejano reino franco a Constantinopla, pero, ante los ojos de los pueblos sometidos, el poder de los conquistadores debía, para ser legitimado, recibir una confirmación oficial en las orillas del Bósforo. Así, cuando los godos proclamaron rey de Italia a Teodorico, "sin esperar —dice un cronista contemporáneo— las instrucciones del nuevo príncipe", es decir, de Anastasio, Teodorico pidió a este último que le enviase las insignias del poder imperial, devueltas antes a Zenón por Odoacro.

Tras largas negociaciones y previo el envío de varias embajadas a Constantinopla, Anastasio reconoció a Teodorico como soberano de Italia, y el godo se hizo así monarca legítimo a los ojos del pueblo. Pero los sentimientos arrianos de los godos impedían un acercamiento más íntimo entre ellos y los representantes populares de Italia.

A Clodoveo, rey de los francos, Anastasio le envió un diploma confiriéndole el título de cónsul. Clodoveo lo recibió con gratitud. No era, por supuesto, más que un consulado honorífico, que no implicaba el ejercicio de las funciones inherentes a aquel grado. Pero para Clodoveo tenía, con todo, una gran importancia. La población romana de la Galia consideraba al emperador de Oriente como la encarnación del poder supremo, y único que podía dispensar todos los demás poderes. El diploma de Anastasio demostró a la población gala la legitimidad del poder que Clodoveo ejercía sobre ella. Clodoveo pasaba a ser una especie de virrey de Galia, que teóricamente pertenecía al Imperio romano. Estas relaciones del emperador bizantino con los reinos germánicos demuestran que a fines del siglo V y principios del VI la idea de un Imperio único era muy fuerte todavía.

La política religiosa de Anastasio. Reformas interiores.

A pesar de la promesa hecha al patriarca de Constantinopla de no introducir innovación alguna en la Iglesia, Anastasio, en su política religiosa, empezó por favorecer al monofisismo y a poco se alineó abiertamente al lado de los monofisistas. Esta actitud fue acogida con alegría por Egipto y Siria, donde el monofisismo estaba muy extendido. Pero en la capital las simpatías monofisistas del emperador suscitaron gran conmoción, y cuando Anastasio ordenó que, a ejemplo de Antioquía, se cantase el Trisagio ("Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos"), añadiendo las palabras "que fue crucificado por nosotros", es decir, "Dios Santo, Santa y única Potencia, Santa y única Divinidad inmortal, crucificado por nosotros, ten piedad de nosotros", se produjeron en Constantinopla graves desórdenes. "Acusado de monofisismo, y bajo la amenaza de ser destronado, el emperador hubo de excusarse en el circo".

Una de las consecuencias de la política religiosa de Anastasio fue el levantamiento de Vitaliano, en Tracia. Al frente de un ejército inmenso, compuesto de hunos, búlgaros y acaso eslavos, y apoyado por una flota considerable, Vitaliano marchó sobre la capital. Su fin. esencialmente político, consistía en deponer al emperador; pero declaró a todos que se alzaba para defender a la oprimida Iglesia ortodoxa. Tras lucha larga y cruenta, la rebelión fue aplastada. Este levantamiento no tuvo una importancia mínima en la historia de Bizancio. Según Uspenski, "al conducir por tres veces bajo los muros de Constantinopla su heterogéneo ejército, y al obtener del gobierno enormes sumas de dinero, Vitaliano reveló a los bárbaros la debilidad del Imperio y las grandes riquezas de Constantinopla, y los habituó a movimientos combinados por tierra y mar".

La política interior de Anastasio, aun no estudiada y apreciada lo suficiente en las obras históricas, está señalada por una actividad intensa que se fijó en los problemas más importantes de la vida económica y financiera del Imperio.

Una de sus más importantes reformas financieras consistió en la abolición del odiado *crisargirio.* Este impuesto, pagado en oro o plata, se llamaba en latín *lustralis collatio,* o, con nombre más completo, *lustralis auri argentive collatio.* Desde principios del siglo IV alcanzaba a todos los oficios y profesiones del Imperio, sin exceptuar los sirvientes, los mendigos, las prostitutas, etc. Es posible que incluso afectase los instrumentos de trabajo y el ganado doméstico de las mujeres; caballos, mulos, asnos, perros... Las clases pobres eran las más castigadas por aquel impuesto. Oficialmente debía cobrarse cada tres años, pero de hecho la administración le daba un carácter arbitrario e irregular. Las frecuentes exacciones desesperaban a veces a la población. Anastasio, sin considerar los grandes ingresos que el fisco obtenía con aquel impuesto, lo suprimió en definitiva y quemó públicamente todos los documentos relativos a él.

La gente acogió con júbilo tal abolición. Un historiador del siglo VI dice que para describir la grandeza del favor imperial "haría falta la elocuencia de Tucídides e incluso un estilo aun más grave y bello". Una fuente siríaca del siglo VI describe en estos términos la alegría que acompañó a la promulgación del edicto en la ciudad de Edesa: "La ciudad entera se regocijaba; todos, pequeños y grandes, se habían puesto vestidos blancos; se llevaban antorchas encendidas e incensarios llenos de incienso humeante; se iba, entonando salmos e himnos de gracias al Señor y loando al emperador, a la iglesia de San Sergio y San Simón, donde se comulgó. Luego se volvió a la ciudad y durante toda la semana se celebró una alegre fiesta, y se decidió que esta fiesta se celebrara todos los años. Todos los artesanos descansaban y manifestaban su júbilo, se bañaban y festejaban en el patio de la iglesia grande y en todos los pórticos de la ciudad".

El producto del impuesto abolido ascendía en Edesa a 140 libras de oro cada cuatro años. La abolición satisfizo sobre todo a la Iglesia, porque aquel impuesto, al gravitar sobre los ingresos de las prostitutas, sancionaba legalmente el vicio.

Naturalmente, la supresión de tal tasa privó al Tesoro de una renta considerable, pérdida compensada en breve con la creación de un nuevo impuesto, la *crisotelia*, "impuesto—oro", o impuesto en metálico en vez de en especies. Probablemente fue una contribución territorial cuyos ingresos destino Anastasio al sostenimiento del ejército y que gravitó también pesadamente sobre las clases pobres. De suerte que la reforma financiera consistió antes en un reparto más regular de la carga de los impuestos que en una desgravación. La reforma financiera más importante quizá de las aplicadas por Anastasio, fue la abolición—hecha a propuesta de su hombre de confianza, el sirio Marino, prefecto del pretorio— del sistema según el cual las corporaciones de las ciudades (*curiae*) eran responsables de la recaudación de los impuestos, que gravaban las municipalidades. Anastasio confió esa tarea a funcionarios llamados *vindices,* probablemente designados por el prefecto del pretorio. El nuevo sistema de recaudación acreció considerablemente las rentas imperiales, pero fue modificado por los sucesores de Anastasio.

El problema de las tierras incultas parece haber sido bajo Anastasio más angustioso que nunca. Durante su reinado, toda la carga de los impuestos suplementarios, tanto los correspondientes a los contribuyentes imposibilitados de pagar como los adscribibles a las tierras improductivas, recaía sobre los propietarios rurales, que de este modo pasaban a ser responsables

del total de las contribuciones devengadas al fisco. Esos impuestos suplementarios, llamados en griego *epibolé*, es decir, "el suplemento", la "supertasa", eran una institución muy antigua, que se remontaba a la época ptolemaica. Estaban llamados a ser percibidos con particular rigor bajo Justiniano el Grande.

Hay un edicto de Anastasio que ofrece particular interés para la historia del colonato: el que declara que un labrantín libre que hubiese vivido treinta años en el mismo lugar se convertía en colono, o sea, en hombre afecto a la gleba, sin por eso perder su libertad personal ni su derecho de poseer.

La época de Anastasio estuvo señalada también por una trascendental reforma monetaria. El 498 se creo la gran *follis* de bronce, con sus subdivisiones. La nueva moneda fue bien acogida, sobre todo entre los ciudadanos pobres. porque la moneda de cobre en circulación, además de haberse hecho escasa, era de mala ley y no llevaba indicado su valor. Las nuevas piezas se acuñaron en las tres fábricas que bajo Anastasio funcionaban en Constantinopla, Antioquía y Nicomedia. La moneda de bronce creada por Anastasio persistió siendo la moneda imperial típica hasta mediados del siglo VII (época de Constantino IV).

Entre las reformas humanitarias de Anastasio debe incluirse su edicto prohibiendo los combates entre hombres y fieras en los circos.

Aunque Anastasio concediese a menudo exenciones de impuestos a muchas provincias y ciudades, especialmente en el Oriente devastado por la guerra pérsica; aunque, por otra parte, realizara un importante programa de construcciones, como la Muralla Larga, el acueducto, el faro de Alejandría, etc., el gobierno, a fines del reinado de Anastasio, disponía de reservas en metálico bastante considerables. El historiador Procopio[8], quizá con alguna exageración, las computa en 320.000 libras de oro. La economía de Anastasio desempeñó importante papel en la múltiple actividad de su segundo sucesor, Justiniano, el Grande. La época de Anastasio sirvió de brillante introducción a la de Justiniano.

Conclusión general.

El principal interés de la época que empieza con Arcadio y termina con Anastasio (395—518), reside en las cuestiones nacionales y religiosas que se plantean entonces y en los sucesos políticos que se desarrollan en ese período, siempre en íntima ligazón con los procesos religiosos. La tiranía que los germanos —o, más exactamente los godos— implantaron en la capital, amenazó al fin del siglo IV al Estado entero y se complicó, además, con las tendencias arrianas de los godos. La amenaza cesó de existir al comienzo del siglo V, bajo Arcadio, y fue aniquilada por completo, tras una postrera rebelión ya mucho menos grave, a mediados del siglo V y bajo León I. A fines del mismo siglo se levantó al norte del Imperio la amenaza de los ostrogodos, pero gracias a Zenón se volvió hacia Italia. Así, el problema germánico se resolvió, en la parte oriental del Imperio, a favor del gobierno.

La *pars orientalis* logró solucionar también, en la segunda mitad del siglo V, otro problema nacional, menos angustioso en verdad: el de la preponderancia isáurica. Respecto a las incursiones de los pueblos septentrionales —búlgaros y eslavos— conviene recordar que, en la época que estudiamos, esos pueblos no hacían más que comenzar sus invasiones de las fronteras imperiales, y no cabía predecir el importante papel que los eslavos, y más tarde los búlgaros, llegarían a desempeñar en la historia bizantina. El período de Anastasio no debe ser mirado en ese sentido, sino como una introducción a la penetración de los eslavos en la península balcánica.

El problema religioso reveló en esa época dos aspectos sucesivos: uno, ortodoxo, antes de Zenón; otro, monofisista, bajo Zenón y Anastasio. La actitud de Zenón, favorable a la doctrina

[8] *Procopio, Historia Arcana, 19, 7—8, ed. Haury, 1906. La Vida de Daniel el Estilita revela una completa falta de codicia en Anastasio, ed. Delehaye; Les saints stylites. X. Baynes, en la English Historical Review, 40 (1925).*

monofisista, y las simpatías declaradas de Anastasio por el monofisismo, deben ser examinadas desde un punto de vista a la vez religioso y político. A fines del siglo V, la parte occidental del Imperio, a pesar de su unidad teóricamente reconocida, se había desgajado de Constantinopla. En Galia, en España,en África del Norte, se habían formado reinos bárbaros nuevos. En Italia gobernaban jefes germánicos. A fines del siglo V se fundó allí un estado ostrogodo. Tal situación explica que las provincias orientales —Egipto, Palestina, Siria— pasasen a tener una importancia esencial para la "pars orientalis" del Imperio. El gran mérito de Zenón y de Anastasio consiste en que advirtieron el sentido en que se trasladaba el centro de gravedad de su Imperio y procuraron, dándose cuenta de la importancia vital que tenían para el Imperio las provincias orientales, estrechar los vínculos de éstas con la capital.

Como esas provincias, Egipto y Siria sobre todo, habían, en su mayor parte, abrazado al monofisismo, sólo se abría un camino para el gobierno del Imperio: hacer la paz a toda costa con los monofisistas. Esto explica la imprecisión y la oscuridad consciente del Henótico de Zenón, primer paso en la ruta de la reconciliación con los monofisitas. No dando ese ensayo el resultado perseguido, Anastasio decidió seguir una política monofisita franca. Aquellos dos emperadores fueron políticos más clarividentes que los *basileus* de la época sucesiva. Pero tal tendencia monofisita chocó con la ortodoxia reinante en la capital, en la Península de los Balcanes, en la mayor parte del Asia Menor, en las islas y en ciertos lugares de Palestina. La ortodoxia fue igualmente defendida por el Papa, quien, a raíz del Henótico, rompió sus relaciones con Constantinopla. La política y la religión entraban en pugna y ello explica las turbulencias internas, de la época de Anastasio. Éste, mientras vivió, no pudo restablecer la deseada paz y concordia en el Imperio. Sus sucesores habían de arrastrar al Estado por vías muy diferentes. Pero el espíritu de separatismo de las provincias orientales empezaba a manifestarse ya.

Así, pues, hubo conflictos harto violentos, suscitados por las diversas nacionalidades, cada una de las cuales obedecía a móviles muy diferentes. Los germanos y los isáuricos se esforzaban en obtener la supremacía política; los coptos egipcios y la población siria buscaban el triunfo de sus conceptos religiosos.

Literatura, ciencia, educación y arte desde Constantino el Grande hasta Justiniano.

El desarrollo de la literatura, la ciencia y la educación en el período comprendido entre el siglo IV y el principio del VI, está estrechamente ligado a las relaciones que se establecieron entre el mundo cristiano y el antiguo mundo pagano y su civilización. Las discusiones de los apologistas cristianos de los siglos II y III acerca de si estaba permitido a un cristiano servirse de una herencia pagana, no habían conducido a una conclusión neta. Mientras algunos hallaban cierto mérito a la cultura griega y la juzgaban conciliable con el cristianismo, otros, al contrario, declaraban que la antigüedad pagana no tenía sentido para los cristianos y la repudiaban. Diferente actitud prevaleció en Alejandría, antiguo foco de ardientes controversias filosóficas y religiosas, donde las discusiones sobre la compatibilidad del antiguo paganismo con el cristianismo disminuyeron el rigor del contraste que existía entre aquellos dos elementos, irreconciliables en apariencia. Así, hallamos en la obra de Clemente de Alejandría, el famoso escritor del siglo II, la proposición siguiente:"La filosofía, como guía, prepara a los que son llamados por el Cristo a la perfección". Empero, el problema de las relaciones entre la cultura pagana y el cristianismo no había sido en modo alguno resuelto por las discusiones de los tres primeros siglos de la era cristiana.

Mas la vida hizo su obra y la sociedad pagana se convirtió progresivamente al cristianismo, que así recibió un impulso nuevo, particularmente enérgico en el siglo IV, momento en que fue reforzado de una parte por la protección del gobierno y de otra por las numerosas "herejías", que suscitaron controversias, provocaron discusiones apasionadas y dieron nacimiento a una serie de cuestiones nuevas e importantes. El cristianismo absorbía poco a poco muchos elementos de la civilización pagana, por que, con palabras de Krumbacher, "los cristianos adquirieron, sin duda, hábitos paganos".

La literatura cristiana se enriqueció en los siglos IV y V con obras de muy grandes escritores, tanto en el dominio de la prosa como en el de la poesía. A la vez, las tradiciones paganas eran continuadas y desarrolladas por representantes del pensamiento pagano.

En el marco del Imperio romano, dentro de las fronteras que subsistieron hasta las conquistas persas y árabes del siglo VII, el Oriente cristiano de los siglos IV y V poseyó numerosos e ilustres focos de literatura, cuyos escritores más representativos ejercían gran influencia en comarcas muy alejadas de la suya natal. Capadocia, en Asia Menor, tuvo en el siglo IV los tres famosos "capadocios", a saber: Basilio el Grande, Gregorio el Teólogo y Gregorio de Nisa.

En Siria, los focos intelectuales más importantes en la historia de la civilización, fueron las ciudades de Antioquía y Berytus (Beirut) en el litoral. Esta última fue particularmente célebre por sus estudios jurídicos, desde los aledaños del 200 hasta el 551 de J.C.. En Palestina, Jerusalén no se había repuesto aun en aquella época de la ruina total sufrida bajo Tito, y por tanto, no ejerció gran papel en la vida intelectual de los siglos IV y V. Pero Cesárea, y más tarde Gaza, en la Palestina meridional, con su próspera escuela de retóricos y famosos poetas, contribuyeron mucho a aumentar los tesoros científicos y literarios de aquel período. La urbe griega de Alejandría fue, sobre todas esas ciudades, el foco que desarrolló influencia más vasta y profunda en todo el Oriente asiático.

La ciudad nueva de Constantinopla, destinada a un brillante futuro y cuyo empuje debía manifestarse en la época de Justiniano, sólo comenzó a dar señales de actividad literaria en este período. La protección oficial de la lengua latina, algo apartada de la vida corriente, se acusaba muy en especial allí.

Otros dos focos espirituales de la parte oriental del Imperio tuvieron alguna importancia en el desenvolvimiento general de la civilización y literatura de la época: Tesalónica y Atenas, cuya Academia pagana fue eclipsada a poco por su triunfante rival, la universidad de Constantinopla. Si se compara el desarrollo de la civilización en las provincias orientales y en las occidentales del Imperio bizantino, se puede hacer la siguiente interesante observación: en Grecia, de muy antigua población, la actividad espiritual y la potencia creadora eran infinitamente reducidas en comparación a las provincias asiáticas y africanas. Sin embargo, la mayor parte de esas provincias, según Krumbacher, no habían sido "descubiertas" y colonizadas sino desde la época de Alejandro Magno. El mismo sabio, recurriendo a "nuestro lenguaje favorito moderno, el de los números", afirma que el grupo europeo de las provincias bizantinas no contaba sino en un diez por cien la actividad general de la cultura de aquel período.

En verdad, la mayoría de los escritores de esa época procedían de Asia y de África, mientras que cuando se fundó Constantinopla casi todos los escritores eran griegos.

La literatura patrológica tuvo su apogeo en el siglo IV y comienzos del V. El Asia Menor produjo en el siglo IV los ya indicados tres capadocios: Basilio el Grande, su amigo Gregorio de Nacianzo —el Teólogo—, y Gregorio de Nisa, hermano menor de Basilio. Basilio y Gregorio de Nacianzo recibieron una educación muy notable en las mejores escuelas de retórica de Atenas y de Alejandría. Por desgracia, no poseemos informe alguno sobre la primera educación de Gregorio de Nisa, el pensador más profundo de los tres. Muy versados en la literatura clásica, aquellos eruditos representaron el movimiento que se llamó "neoalejandrino", movimiento que, utilizando las adquisiciones del pensamiento filosófico, insistía en el papel de la razón en el estudio de los dogmas religiosos y se negaba a aceptar las conclusiones del movimiento místico—alegórico de la escuela llamada "alejandrina". El neoalejandrinismo no se separa de la tradición eclesiástica. En las más de sus valiosas obras literarias sobre temas puramente teológicos y donde defienden con ardor la ortodoxia contra el arrianismo, esos tres escritores nos han dejado una cantidad considerable de discursos y cartas cuyo conjunto constituye una fuente de las más preciosas de la cual aún no se ha sacado todo el partido posible. Gregorio Nacianceno ha dejado también cierto número de poemas, en especial teológicos, dogmáticos y didácticos, pero asimismo históricos. Entre esos poemas debemos mencionar particularmente el largo trozo que versa sobre su propia vida y que contiene abundante documentación acerca de la biografía del autor. Por su forma y contenido, ese trabajo

merecería figurar entre las obras más bellas de la literatura general. “Cuando aquellos tres genios se extinguieron, la Capadocia volvió a la oscuridad de que ellos la habían sacado”.

Antioquía, capital intelectual de Siria, hizo nacer un movimiento original, opuesto a la escuela alejandrina y que defendía la aceptación literal de la Santa Escritura, sin recurrir a la interpretación alegórica. Dirigieron este movimiento hombres de acción tan notables como Juan Crisóstomo, discípulo de Libanio y predilecto de Antioquía. Ya analizamos antes su actividad. Escritor y orador prodigiosamente dotado, había recibido una cumplida educación clásica. Escribió numerosos libros que figuran entre las más puras obras literarias maestras. Le admiraron con entusiasmo las generaciones siguientes, prendidas en el hechizo de su genio y de sus altas cualidades morales, y los literatos de los períodos sucesivos recogieron en sus obras, como en una fuente inextinguible, ideas, imágenes y expresiones. Sus sermones y discursos, a los que han de añadirse diversas obras especiales y más de doscientas cartas, escritas por él principalmente en su exilio, constituyen una fuente de extremo valor para el estudio de la vida interna del Imperio. Más tarde, muchas obras de autores desconocidos fueron atribuidas a Juan Crisóstomo. Nicéforo Calixto, escritor bizantino de principios del siglo XIV, escribe: “He leído más de un millar de sermones suyos, y difunden una indecible dulzura. Desde mi juventud le amé y escuché su voz como si fuese la de Dios. Y lo que sé, así como lo que soy, a él se lo debo”.

La ciudad palestina de Cesárea produjo al padre de la historia de la Iglesia, Eusebio de Cesárea, quien vivió en la segunda mitad del siglo III y la primera del IV (murió hacia el 340). Ya le hemos mencionado como la fuente más importante, que poseemos acerca de Constantino el Grande. Eusebio fue testigo de dos épocas históricas de la mayor importancia: las persecuciones de Diocleciano y sus sucesores, en las que sufrió personalmente a causa de sus convicciones cristianas, y bajo Constantino el Grande a raíz del edicto de Milán. Eusebio participó en las discusiones amenas, inclinándose a veces hacia los arrianos. Más tarde fue favorito del emperador y uno de sus amigos más íntimos. Eusebio escribió muchos libros teológicos e históricos. Su gran obra, *Preparación Evangélica* (“Praeparatio evangelica”), donde defiende a los cristianos contra los ataques de los paganos; *la Demostración Evangélica*, en la que discute el sentido puramente provisional de la ley de Moisés y el cumplimiento de las antiguas profecías en Jesucristo: sus escritos de crítica y de exégesis sobre la Santa Escritura, así como varias otras obras, le colocan en un lugar muy elevado en la esfera de la literatura religiosa. No es superfluo mencionar de paso que contienen preciosos extractos de obras más antiguas perdidas hoy.

Para nuestro presente estudio, los trabajos históricos de Eusebio son de la mayor importancia. La *Crónica*, escrita por él, según parece, antes de las persecuciones de Diocleciano, contiene un resumen histórico de Caldea, Asiria, los hebreos, los egipcios, los griegos y los romanos y da tablas cronológicas de los sucesos históricos más importantes. Por desgracia no nos ha llegado sino a través de una traducción armenia y, fragmentariamente, mediante una adaptación latina de San Jerónimo. Así, no tenemos idea exacta de la forma y contenido del original, ya que las traducciones que nos han llegado no han sido vertidas del original griego, sino de una adaptación aparecida a poco de la muerte de Eusebio.

La más sobresaliente obra de Eusebio es su *Historia eclesiástica*, que abarca diez libros comprendiendo el período transcurrido desde la época de Cristo a la victoria de Constantino sobre Licinio. Según sus propias expresiones, no se propone describir las guerras y victorias de los generales, sino más bien “recordar en términos imperecederos las guerras más pacíficas hechas en nombre de la paz del alma, y hablar de los hombres que ejecutan valerosas acciones por la verdad más que por su país, por piedad más que por sus amigos más queridos”. Por tanto, bajo la pluma de Eusebio, la historia de la Iglesia es la historia de los mártires y las persecuciones, así como de los horrores y atrocidades que las acompañaron. La abundancia de los documentos que utiliza Eusebio nos obliga a ver en su obra una de las fuentes más importantes de la historia de los tres primeros siglos de la era cristiana. Recientemente se ha discutido muy a fondo el problema del valor de Eusebio en cuanto historiador de su propio tiempo, es decir, la importancia de los tres últimos libros de su *Historia eclesiástica* (VIII—X).

Como quiera que sea, no debemos olvidar que Eusebio fue el primero en escribir una historia del cristianismo, abarcando el tema en todos los aspectos posibles. Su *Historia eclesiástica*, que le valió gran renombre, fue la base de los trabajos de muchos historiadores posteriores de la Iglesia, los cuales imitaron a Eusebio muy a menudo. En el siglo IV dicha historia se propagó con amplitud en Occidente, merced a la traducción latina de Rufino.

La *Vida de Constantino*, escrita por Eusebio más tarde, ha sido muy diversamente interpretada y apreciada por los sabios. No se debe incluirla tanto entre las obras puramente históricas como entre las panegíricas. Constantino está en ella presente siempre como el elegido de Dios: es un nuevo Moisés predestinado a conducir el pueblo de Dios a la libertad. Según Eusebio, los tres hijos de Constantino simbolizan la Santísima Trinidad. Constantino es el verdadero bienhechor de los cristianos, quienes entonces alcanzaron el elevado ideal que nos les cabía soñar en los años precedentes. Tal es la idea general del libro de Eusebio. Para no romper la armonía de su obra, Eusebio deja aparte los lados sombríos de la época, no señala los hechos desgraciados de su tiempo y, por lo contrario, da libre curso a su pluma para ensalzar y glorificar a su héroe. Sin embargo, utilizando su trabajo con precaución se puede conocer, de manera muy interesante, el período constantiniano, sobre todo por el elevado número de documentos oficiales que se hallan allí y que fueron probablemente insertados en la primera versión.

Juzgando en conjunto la obra de Eusebio de Cesárea, ha de reconocerse que, a pesar de su mediocre talento literario, Eusebio fue uno de los mayores eruditos cristianos de la Alta Edad Medía y un escritor que influyó poderosamente la literatura cristiana medieval.

Todo un grupo de historiadores prosiguió la obra empezada por Eusebio. Sócrates de Constantinopla llevó su *Historia eclesiástica* hasta el año 439. Sozomeno, originario de los alrededores de Gaza, escribió otra *Historia eclesiástica* que llegaba hasta el mismo año 439. Teodoreto, obispo de Ciro y originario de Antioquía, redactó una historia semejante comprendiendo el período entre el concilio de Nicea y el año 428, y, en fin, el arriano Filostorgio. cuyos trabajos sólo conocemos por los fragmentos que han subsistido, expuso los acontecimientos, desde su punto de vista arriano, hasta el 425.

La vida intelectual más intensa y rica de la época se encuentra, tomo ya lo hemos advertido, en Egipto y especialmente en Alejandría.

En la vida literaria del siglo IV y comienzos del V hay un hombre que presenta un caso interesante y extraordinario: el obispo y filósofo Sinesio de Cirene. Descendiente de una muy antigua familia pagana, educado en Alejandría e iniciado después en los misterios de la filosofía neoplatónica, se convirtió del platonismo al cristianismo, casó con una cristiana y llegó, en sus años últimos, a ser obispo de Ptolemaida. A pesar de todo, Sinesio debía sentirse probablemente más pagano que cristiano. Ya hemos mencionado de pasada su viaje a Constantinopla y su tratado sobre las obligaciones imperiales. No fue esencialmente un historiador, aunque haya dejado una cantidad muy importante de materiales históricos en sus 156 epístolas, las cuales reflejan sus brillantes cualidades de filósofo y orador. Esas epístolas se convirtieron más adelante en modelos de estilo para la Edad Media bizantina. Sus himnos, escritos en estilo y metro clásicos, muestran la originalidad de la mezcla de los conceptos filosóficos y las creencias cristianas de Sinesio. Aquel obispo—filósofo comprendía que la cultura clásica, que tan cara le era, se aproximaba gradualmente a su fin[9].

En el curso de la larga y ruda lucha entre ortodoxos y arrianos, se distinguió la brillante personalidad del niceano Atanasio, obispo de Alejandría, que dejó muchos escritos consagrados a las controversias teológicas del siglo IV. También escribió una vida de *San Antonio,* es decir, de uno de los creadores del monaquismo oriental, pintando a este último sistema como el ideal de la vida ascética. Tal obra ejerció gran influjo en el desarrollo del monaquismo. El siglo V produjo al historiador más grande del monaquismo egipcio, Paladio de Helenópolis, originario del Asia Menor

[9] *Agustín Fitzgerald, The Letters of Synesius of Cyrene (Londres, 1925).*

y conocedor perfecto de la vida monástica egipcia merced a los diez años que pasó aproximadamente en los monasterios de Egipto. Bajo la influencia de Atanasio de Alejandría, Paladio expuso también los ideales de la vida monástica, introduciendo en su obra un cierto elemento de leyenda. Cirilo, obispo de Alejandría y enemigo implacable de Nestorio, vivió también en aquel período. En el curso de su vida férvida y borrascosa, escribió considerable cantidad de epístolas y sermones que ciertos obispos griegos de una época posterior aprendieron de memoria. Dejó también un número de tratados dogmáticos y de obras de polémica y exégesis que constituyen una de las principales fuentes de la historia eclesiástica del siglo V. Según su propia confesión, sólo poseía una educación oratoria insuficiente y no podía gloriarse de la pureza ática de su estilo.

Otra figura muy interesante de la época es la filósofa Hipatia, asesinada por el fanático populacho alejandrino a principios del siglo V. Era mujer de belleza excepcional y tenía extraordinarios talentos intelectuales. Merced a su padre, famoso matemático de Alejandría, le eran familiares las ciencias matemáticas y la filosofía clásica. Adquirió gran renombre con su notable actividad docente. Entre sus discípulos hubo hombres como Sinesio de Cirene, quien menciona a Hipatia en varias de sus cartas. Una fuente habla de cómo, "envuelta en su manto, tenía la costumbre de andar por la ciudad y exponer a los oyentes de buena voluntad las obras de Platón, Aristóteles u otro filósofo".

La literatura griega floreció en Egipto hasta 451, fecha de la condena de la doctrina monofisita por el concilio de Calcedonia. Siendo aquella doctrina la religión oficial de Egipto, la decisión del concilio fue seguida de la supresión del griego en las iglesias y su substitución por el copto. La literatura copta que se desarrolló a continuación, ofrece alguna importancia, incluso en el campo de la literatura griega, ya que ciertos trabajos griegos perdidos nos han sido conservados en traducciones coptas.

El período que estudiamos asistió al desarrollo de otro género literario: el de los himnos religiosos. Los autores de himnos césaron poco a poco de imitar los ritmos clásicos y aplicaron otros, propios, que no tenían nada de común con los antiguos y fueron durante mucho tiempo calificados de prosa. Sólo en una época relativamente reciente se ha explicado en parte esa versificación. Los himnos de tal período contienen tipos diversos de acrósticos y rimas. Por desgracia se conocen muy poco los himnos religiosos de los siglos IV y V, y la historia de su evolución gradual en este primer período permanece para nosotros muy oscura. No obstante, no cabe duda de que ese desenvolvimiento fue vigoroso. Mientras Gregorio el Teólogo seguía, en la mayor parte de sus himnos poéticos, la versificación antigua, las obras de Romanos el Méloda (es decir, el autor de himnos), que, según se ha demostrado, aparecieron en el siglo VI, bajo el reinado de Anastasio I, fueron todas escritas en versos nuevos, utilizando acrósticos y rimas.

Los sabios han discutido mucho la cuestión de si Romanos vivió en el siglo VI o a comienzos del VIII. Esas discusiones se fundan en una alusión que se halla en su breve *Biografía,* donde menciona su llegada a Constantinopla en el reinado del emperador Anastasio. Durante mucho tiempo ha sido imposible determinar si se trataba de Anastasio I (491—518) o de Anastasio II (714—715). Hoy, tras prolongados estudios de la obra de Romanos, el mundo científico está de acuerdo en reconocer que se trata del período de Anastasio I.

Romanos fue el mayor poeta de Bizancio. Aquel "Píndaro de la poesía rítmica", fue autor de un número considerable de himnos soberbios, entre ellos el famoso de Navidad: *Hoy la Virgen ha dado nacimiento al Cristo.*

Nació en Siria, y es muy probable que el período de su actividad literaria haya de colocarse en el reinado de Justiniano, porque, según su *Biografía,* siendo joven diácono, pasó de su Siria natal a Constantinopla durante el reinado de Anastasio, y en Constantinopla recibió milagrosamente del cielo el don de componer himnos. La maravillosa obra escrita por Romanos en el siglo VI nos inclina a suponer que la poesía religiosa debía estar muy desarrollada en el siglo V, pero desgraciadamente no poseemos sobre este punto sino informes muy imperfectos. Es difícil concebir la existencia de tan extraordinario poeta en el siglo VI sin imaginar un desarrollo anterior de la poesía eclesiástica.

Pero no olvidemos que sólo tenemos aún una idea incompleta de la obra de Romanos, puesto que muchos de sus himnos no han sido editados todavía.

Lactancio, eminente escritor cristiano del África del Norte, escribió en latín a principios del siglo IV y murió hacia el 325. Es importante para nosotros como autor del libro *De mortibus persecutorurii*, que ciertos sabios niegan que sea obra suya. Recientemente esta cuestión ha sido zanjada en pro de la autenticidad. El susodicho libro nos da informes muy interesantes sobre la época de Diocleciano y de Constantino y concluye con el edicto de Milán.

Si la literatura cristiana de este período está representada por escritores tan notables, la literatura pagana no se queda a la zaga. También en su esfera encontramos una serie de hombres interesantes y llenos de talento.

Entre ellos se distinguió Temistio de Paflagonia (segunda mitad del siglo IV), hombre versado en filosofía, que dirigió la escuela de Constantinopla y fue, a la vez, un orador y un senador muy estimado, tanto por los paganos como por los cristianos de la época. Escribió una importante serie de *Paráfrasis* de Aristóteles, en las que se esforzó en esclarecer las más complejas ideas del filósofo griego. Es también autor de unos cuarenta discursos que contienen abundantes informes sobre los sucesos importantes de la época y sobre su vida personal.

Pero el mayor de los escritores paganos del siglo IV fue Libanio de Antioquía, que ejerció sobre sus contemporáneos más influencia que cualquier otra persona. Entre sus discípulos hubo hombres como Juan Crisóstomo, Basilio el Grande y Gregorio Nacianceno. Ya dijimos que el joven Juliano, antes de ascender al trono, estudió con entusiasmo los cursos de Libanio. Entre los numerosos escritos de Libanio tienen particular interés sus 65 discursos públicos. En ellos hay abundante material que permite estudiar la vida interior de la época. No menos importante es la colección de sus cartas, que por la riqueza de su contenido y su notable ingenio pueden compararse con justicia a las de Sinesio de Cirene.

El emperador Juliano fue también uno de los escritores más brillantes del siglo IV. A pesar de su breve carrera, dio pruebas magníficas de su talento en diversas esferas de la literatura. Los discursos en que refleja sus oscuras especulaciones filosóficas y religiosas (su *Discurso al Sol Rey)*, sus epístolas, su obra *Contra los cristianos*, de la que sólo nos han llegado fragmentos, su libelo satírico contra el pueblo de Antioquía, *Misopogon* (el que odia la barba)[10], importante desde el punto de vista biográfico, concurren a demostrar que fue un escritor muy dotado, a la vez pensador, historiador, satírico y moralista. Ya hemos dicho en qué medida se mezclaban sus escritos a las realidades actuales de la época. No debemos olvidar que el extraordinario genio de aquel joven emperador no pudo alcanzar su pleno desarrollo a causa de su muerte prematura y repentina.

Al siglo IV pertenece la célebre colección de biografías de emperadores romanos redactada en latín y conocida por el nombre de *Historia Augusta.* La cuestión de la personalidad de los autores, la época de la compilación de ese libro y su valor histórico, son muy discutibles y han motivado una literatura considerable. A pesar de tantos esfuerzos, un historiador inglés ha podido escribir en 1928: “El tiempo y trabajo gastados sobre la *Historia Augusta* son enormes; el resultado práctico, la utilidad histórica, equivalen a cero”.

Recientemente, N. Baynes ha tratado, de un modo muy interesante, de demostrar que esa colección se escribió bajo Juliano el Apóstata, con un fin determinado: hacer propaganda de Juliano el Apóstata, del conjunto de su administración y de su política religiosa. Tal opinión no ha sido juzgada aceptable por los sabios y el mismo autor comenta que su sugestión ha tenido, en conjunto, mala prensa.

La literatura pagana de los siglos IV y V está representada también por varios escritores que sobresalen en el campo de la historia pura. Sólo citaremos los más importantes.

Ya mencionamos a Prisco de Tracia, historiador del siglo V, que relató la embajada a los hunos. Su *Historia* bizantina, que nos ha llegado fragmentariamente, y sus informes sobre la vida y

[10] *El pueblo de Antioquía, como ya dijimos, ridiculizaba la barba de Juliano.*

costumbres de los hunos son muy interesantes y valiosos. Prisco es la fuente principal de que se sirvieron los historiadores latinos del siglo VI, Casiodoro y Jordanes, para la historia de Atila y los hunos.

Zoísmo, que vivió en el siglo V y comienzos del VI, escribió una *Historia Nueva*, que abarca hasta el sitio de Roma por Alarico el 410. Sectario entusiasta de los dioses antiguos, explica la caída del Imperio por la ira de las divinidades desdeñadas por los romanos y censura más que a nadie a Constantino el Grande. Tiene muy alta opinión de Juliano.

Amiano Marcelino, grecosirio nacido en Antioquía, escribió a fines del siglo IV, en latín, su *Res Gestae*, historia del Imperio romano. Se esforzó en continuar en cierto modo la historia de Tácito, llevando su relato desde Nerva a la muerte de Valente (96378). Sólo nos han llegado los dieciocho últimos libros de su historia, que abarcan los sucesos comprendidos entre 353 y 378. El autor aprovecha su ruda experiencia militar y su participación en las campañas de Juliano contra los persas, y relata acontecimientos contemporáneos sobre los que poseía informes directos. Fue pagano hasta el fin de su vida, pero mostró mucha tolerancia hacia el cristianismo. Su historia es una fuente muy importante para el período de Juliano y Valente, así como para la historia de los godos y el principio de la de los hunos. Recientemente se ha emitido sobre su talento literario una opinión favorable. E. Steín le llama el mayor genio literario que ha visto la historia de Tácito al Dante. N. Baynes le califica de “último gran historiador de Roma”.

Atenas, centro del decadente pensamiento clásico, fue en el siglo V residencia del último representante eminente del neoplatonismo, Proclo de Constantinopla, que escribió y enseñó en aquella ciudad durante muchos años. Allí nació también la esposa de Teodosio II, Atenais—Eudoxia, que tuvo algún talento literario y compuso varias obras.

No hablaremos aquí de la literatura de la Europa occidental en este período, que está representada por las notables obras de San Agustín y otros prosistas y poetas.

Después del traslado de la capital a Constantinopla, el latín siguió siendo a lengua oficial del Imperio, y así continuó durante los siglos IV y V. El latín de empleó en todos los decretos imperiales compilados en el *Código de Teodosio*, así como en los decretos posteriores del siglo V y albores del VI. Pero, según ya notamos, a medida que se desarrollaba la escuela superior de Constantinopla, la preponderancia del latín declinó y se prefirió decididamente emplear el griego, que era, al cabo, el idioma más extendido en la “pars orientalis” del Imperio. Además, la tradición griega había sido nutrida por la escuela pagana de Atenas, cuya decadencia fue precipitada, sin embargo, por el triunfo del cristianismo.

En el campo artístico, los siglos IV y VI representaron un período de síntesis. Los diversos elementos que contribuyeron a la formación de un arte nuevo se fundieron entonces en un todo orgánico. Aquel arte nuevo llevó el nombre de arte bizantino o cristiano—oriental. A medida que la ciencia histórica estudia más hondamente las raíces de ese arte, se va haciendo más notorio que Oriente y sus tradiciones tuvieron un papel preponderante en el desarrollo del arte bizantino. A fines del último siglo, ciertos sabios alemanes sostuvieron la teoría de que “el arte del Imperio romano”, desarrollado en Occidente durante los dos primeros siglos del Imperio, substituyó a la antigua cultura helenística oriental, que se hallaba en decadencia, y proporcionó, por decirlo así, la piedra angular sobre la que había de erigirse más tarde el arte cristiano de los siglos IV y V. A la sazón, esa teoría ha sido abandonada. Desde la aparición, en 1900, de la célebre obra de D. B. Ainalov sobre *El origen helenístico del arte bizantino* y la publicación, en 1901, del libro *El Oriente y Roma*, del austríaco J. Strzygowski se discute esa influencia ejercida por el antiguo Oriente. En sus obras, muy numerosas e interesantes, Strzygowski, después de buscar el centro de tal influjo en Constantinopla, se vuelve hacia Egipto, Asia Menor y Siria y, remontando hacia el este y el norte, rebasa las fronteras de Mesopotamia y busca las raíces de dicha influencia en as mesetas y montañas de Armenia y el Irán. Según él, “todo que la Hélade fue para el arte de la antigüedad, lo es el Irán para el arte del nuevo mundo cristiano”. También cuenta con la India y el Turkestán chino para que le proporcionen datos ulteriores capaces de dilucidar el problema. Aunque reconociendo los grandes servicios prestados por Strzygowski en el campo de las investigaciones sobre el origen

del arte bizantino, la ciencia histórica contemporánea se mantiene aún reservada acerca de las más recientes hipótesis de dicho autor. El siglo IV fue un período de la mayor importancia en la historia del arte bizantino. El nuevo régimen del cristianismo dentro del Estado romano provocó una expansión rápida de aquella religión. Tres elementos —el cristianismo, el helenismo y el Oriente— se encontraron en el siglo IV y de su unión salió el arte cristiano—oriental.

Constantinopla, ya centro político del Imperio, se convirtió gradualmente en centro intelectual y artístico. Ello no fue instantáneo. Constantinopla no tenía una civilización preexistente que le permitiera resistir a la invasión de las fuerzas exóticas o gobernarlas.

Tuvo, al principio, que pesar y asimilar nuevas influencias, tarea que exigía al menos un centenar de años.

Siria y Antioquía, Egipto y Alejandría, el Asia Menor, que veían reflejarse en su vida artística las influencias de tradiciones más antiguas, ejercieron influjo muy fuerte y provechoso en el desarrollo del arte bizantino. La arquitectura siria prosperó durant e el curso de los siglos IV, V y VI. Ya vimos que las magníficas iglesias de Jerusalén y Belén, y algunas de Nazaret, fueron edificadas bajo Constantino el Grande. Un esplendor insólito caracterizó a las iglesias de Antioquía y Siria. Antioquía, como centro de una civilización brillante, asumió naturalmente la dirección del arte cristiano en Siria.

Por desgracia sólo poseemos muy pocos datos sobre el arte de Antioquía. Las “ciudades muertas” de la Siria central, descubiertas en 1860—61 por De Vogué, nos dan alguna idea de lo que fue la arquitectura cristiana en los siglos IV, V y VI. Una de las obras arquitectónicas más notables de fines del siglo V fue el célebre monasterio de San Simeón Estilita (Kalat—Seman), entre Antioquía y Alepo. Aun hoy resultan impresionantes sus majestuosas ruinas. El famoso friso de Mschatta (al este del Jordán), actualmente en el Museo del emperador Federico, en Berlín, parece ser una obra de los siglos IV, V ? VI. Al principio del siglo V pertenece igualmente una muy bella basílica elevada en Egipto por Arcadio sobre el emplazamiento de la tumba de Menas, uno de los más renombrados santos egipcios. Las ruinas de esta basílica han sido estudiadas recientemente por C. M. Kaufman.

En el campo del mosaico, del retrato, de la tapicería (escenas pintadas sobre telas: primeros siglos del cristianismo), etc., poseemos varios ejemplares interesantes correspondientes a este período.

Sabemos que en el siglo v, bajo Teodosio II, Constantinopla fue rodeada de fortificaciones que subsisten aun en nuestros días. La *Puerta de Oro* (“Porta Aurea”) se edificó a fines del siglo IV o comienzos del V. Por ella entraban oficialmente los emperadores en Constantinopla. Esa puerta, notable por la belleza de su arquitectura, existe todavía. Al nombre de Constantino está vinculada la edificación de las iglesias de Santa Irene y de los Santos Apóstoles, en Constantinopla. Santa Sofía, cuya construcción se inició en esa época, fue acabada bajo Constancio, hijo de Constantino. Estos templos fueron reconstruidos en el siglo VI por Justiniano. En el siglo V la nueva capital se ornó con otra iglesia, la basílica de San Juan de Studion, hoy mezquita de Imr Ahor.

En las regiones occidentales del Imperio se han conservado cierto número de monumentos del arte bizantino primitivo. Entre ellos cabe citar algunas iglesias de Tesalónica o Salónica; el palacio de Diocleciano en Spalato (Dalmacia), de principios del siglo IV; varias pinturas de Santa María la Antigua, de Roma, que parecen datar de fines del siglo V; el mausoleo de Gala Placidia y el baptisterio ortodoxo de Ravena (siglo V), así como algunos monumentos de África del Norte.

En la historia del arte, los siglos IV y V bizantinos pueden considerarse como el período preliminar que prepara la época de Justiniano el Grande, bajo quien la capital había de sentir plena consciencia de sí misma y asumir un papel director. Se ha descrito justamente esta época como la primera edad de oro del arte bizantino.

BIBLIOGRAFÍA

A. BRILLIANTOV, *El emperador Constantino el Grande y el edicto de Milán,* 313 (Petrogrado, 1916).

A. DOPSCH, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der Europaischen Kulturent*wicklung (Viena, 1918); segunda ed. rev. y aumentada (Viena, 1923).

A. GÜLDENPENNING Y J. IFLAND, *Der Kaiser Theodosius Der Grosse* (Halle, 1878).

A. GÜLDENPENNING, *Geschichte Des Ostromischen Reiches Unter Den Kaisern Arcadius Una Theodosius* (Halle, 1885).

A. HARNACK, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten* (Leipzig, 1924).

A. HARNACK, *Lehrbuch der Dogmengeschzciztc* (4. ed., Tubinga. 1909). v. II (Siglos IV y V). Trad. inglesa de E. Speirs y J. Millar (Londres, 1898), v. IV (Trad. de la 3—a ed.).

A. ROSE, *Die Byzantinische Kirchenpolitik Unter Kaiser Anastasius I* (Wohlau, 1888).

A. ROSE, *Kaiser Anastasius I* (Halle A. S., 1882).

ANDRE PIGANIOL, *L'Empereur Constantin* (París, 1932).

B. RAPPAPPORT, *Die Einfalle der Goten in das Romische Reich bis auf Constantin* (Leipzig, 1899).

C. B. COLEMAN, *Constantine the Great and Christianity* (Nueva York, 1914), *Studies tn History, Economics and Piiblic Law,* ed. by the Faculty of Political Science of Columbia Unwersity, vol. LX, núm. 1.

C. N. USPENSKI, *Apuntes de historia bizantina* (Moscú, 1917).

E. SCHWARTZ, *Kaiser Constantin und die christlíche Kirche* (Leipzig y Berlín, 1913). Hay traducción castellana, por J. Pérez Bances. Madrid, 1926.

E. STEIN,*Geschichte des spatromischen Reichs* (Viena, 1928).

F. I. USPENSKI, *Historia del Imperio bizantino* (San Petersburgo, 1913).

F. J. DOLGER, *Konstantin des Grossen und seine Zeit* (Freiburg, 1913).

F. LOT, *La fin du monde antique et le debut du moyen age* (París, 1927). Hay traducción castellana.

FUSTEL DE COULANGES, *Histoire Des Institutions Potinques De L'ancienne France*. II: L'invasion Germanique (París).

G. BOISSIER, *La fin du paganísme* (París).

G. NEGRI, *L'imperatore Giuliano l'Apostata* (2º. Ed. Milán, 1902).

G. RAUSCHEN, *Jahrbücher Der Christlichen Kirche Unter Dem Kaiser Theodosius Dem Grossen* (Freíburg I. B., 1897).

H. LECLERCQ, *Constantin, en el Dictionaire d'archcologie cristienne et de liturgie,* de F. Cabrol (París, 1914).

H. LECLERCQ, *Julien L'apostat.* Dictionaire D'archéologie Cristienne et de Liturgie, VIII (1928).

H. M. Gwatkin *Studies On Arianism* (2.A Ed., Cambridge, 1900).

H. M. Gwatkin, *Arianism,* en *The Cambridge Medieval History,* I (Cambridge. 1911).

H. SCHILLER, *Geschichte der rómischen Kaiserzeit, II: Von Diokletian bis zum Gode Theodosius des Grossen* (Gotha, 1887).

HENRI GREGOIRE, *La "conversión" de Constantino*, Revue de l'Université de Bruxelles, XXXVI (1930—1931).

I. HALPHEN, *Les Barbares: des Grandes Invasionsí aux Conquétes Turques du XI Siécle* (París, 1926).

I. J. KULAKOVSKI, *La Historia de Bizancio* (Kiev, 1913).

I. SCHMIDT, *Allgemeine Geschichte der germanischen Vólker Bis Zur Mitte des VI Jahrhunderts* (Munich y Berlín, 1909).

J. B. BURY, *A History of the Later Román Empire* (Londres, 1923).

J. BURCKHARDT, *Die Zeit Constantins des Grossen,* 3.a ed. (Leipzig, 1898).

J. GEFFCKEN, *Kaiser Julianus* (Leipzig, 1914).

J. MAURICE, *Constantin le Grand. L'ongine de la civilization chrétienne* (París, 1925).

J. MAURICE, *Numismatique constantinienne* (París, 1908—1912).

L. SCHMIDT *Geschichte Der Deutschen Stamme bis zum Ausgang der Volverwanderung* (Berlín, 1904).

LLOYD B. HOLSAPPLE., *Constantine the Great* (Nueva York, 1942).

M. A. HUTTMANN, *The establishment of Christianity and the Proscription of Paganism* (Nueva York, 1914).

N. TCHERNIAVSKY, *El emperador Teodosio el Grande y su política religiosa* (Serguiev—Posad, 1913).

NORMANN BAYNES, *Constantine the Great and the Christian Church.* Proceedings of the British Academy, XV (Londres, 1929).

O. BARDENHEWER, *Geschichte der Altkirchlichen Literatur* (Freiburg i. B.), v. III 1912 (Siglo IV); v. IV, 1924 (Siglo V)

O. BARDENHEWER, *Patrología* (3. Ed., Freiburg i. B. 1910). Tr. Inglesa De T. J. Shahan (Freiburg I. B, Y San Luis, Minnesota, 1908).

O. SEECK, *Geschichte des Untergangs der antiken Welt* (Berlín y Stuttgart, 1893 – 1920).

P. ALLARD, *Julien L'apostat* (3 Vol. París, 1900—1903).

P. BATIFFOL, *La Paix constantinienne et le catholitisme* (3.a ed., París, 1914).

S. P. CHESTAKOV, *Lecciones sobre la historia de Bizancio* (Kazan, 1915).

T. HODGKIN, *Italy And Her Invaders* (2. Ed.. Oxford, 1892).

V. BOLOTOV, *Lecciones sobre la historia de la Iglesia antigua*. *Historia de la Iglesia en el período de los concilios ecuménicos* (San Petersburgo, 1913).

V. DURUY, *Histoire des Romains* (París, 1883—85), vol. VI, VII.

W. BARTH, *Kaiser Zeno* (Basilea, 1894).

W. CHRIST, *Geschichte des Griechíschen Literatur* (6. Ed., Munich, 1924).

W. ENNSLIN, *Leo I, Kaiser,* 4—4, 4 (Pauly—Kroli.), Real—Encyclopadie (1925), XII, Cois. 1947.

W. G. HOLMES *The Age Of Justinian And Teodora,* 2”. Ed. Londres, 1912. V. I.

Capítulo III

JUSTINIANO EL GRANDE Y SUS SUCESORES (518—610)

Los sucesores de Zenón y Anastasio se atuvieron, en su política exterior tanto como en su política religiosa, a caminos absolutamente opuestos a los adoptados por aquellos dos emperadores: es decir, se volvieron de Oriente a Occidente.

Los emperadores del período 518—610.

Entre los años 518 y 578, el trono estuvo ocupado por los emperadores siguientes: primero, Justino, el Viejo (518—527), jefe de la guardia imperial[11], que fue elevado fortuitamente a la púrpura a la muerte de Anastasio; después su ilustre sobrino Justiniano el Grande (527—565), y, en fin, un sobrino de este ultimo, Justino II, conocido por Justino el Joven (565—578). A los nombres de Justino y Justiniano está ligado estrechamente el problema de su origen. Muchos sabios han tenido durante largo tiempo como un hecho el origen eslavo de Justino y Justiniano. Esta teoría se fundaba en una biografía del emperador Justiniano debida al parecer al abate Teófilo, profesor de Justiniano, y publicada por el conservador de la Biblioteca Vaticana, Nicolás Alemannus, a principios del siglo XVII. En esa *Vida* se halla a Justiniano y a sus padres mencionados por diversos nombres, con los cuales habían, según el autor, sido conocidos en sus países de origen. De acuerdo con las más doctas autoridades en materia de estudios eslavos, tales nombres serían eslavos, como el de Justiniano: *Upravda* (“la verdad”, “la justicia”). El manuscrito de Alemannus fue descubierto y estudiado a fines del siglo XIX (1883) por el sabio inglés Bryce, y éste ha demostrado que tal manuscrito, compuesto a principios del siglo XVII, era de carácter legendario y no tenía valor histórico alguno. Por tanto, hoy se debe eliminar en absoluto la teoría del origen eslavo de Justiniano. Cabe, apoyándose en ciertas fuentes, considerar a Justino y Justiniano como probablemente ilirios o acaso albaneses. En todo caso, Justiniano nació en una población de Macedonia, no lejos de la actual ciudad de Uskub, cerca de la frontera albanesa. Algunos sabios hacen remontar su familia a los colonos romanos de Dardania, esto es, de la Macedonia superior. Así, los tres primeros emperadores de este período fueron ilirios o albaneses, pero ilirios y albaneses romanizados. Su lengua materna era el latín.

El débil Justino II murió sin hijos. A instigación de su mujer, Sofía, adoptó al tracio Tiberio, comandante del ejército imperial, y le designó césar. En esta ocasión Justino pronunció un discurso muy interesante, que ha llegado hasta nosotros en su forma original, esto es, *taquigrafiado* por los escribas. Este discurso, sincero y contrito, produjo honda impresión en los contemporáneos[12]. He aquí algunos de sus pasajes:

“Sabe que es Dios quien te bendice y te confiere esta dignidad, y no yo (...) Honra como a tu madre a la que ha sido hasta aquí tu reina; no olvides que antes has sido su esclavo y ahora eres su hijo. No te complazcas en derramar sangre; no te hagas cómplice de muertes; no devuelvas mal por

[11] *Era conde de los Excubítores, un regimiento de la guardia.*

[12] *El texto del discurso se hallará en Teofilacto Simocatta, Evagrio y Juan de Éfeso. En un artículo muy interesante a propósito de ese discurso, el sabio ruso V. Valdenberg demuestra que esos tres escritores nos dan tres versiones diferentes de la misma arenga. (V. Valdenberg, Un discurso de Justino II a Tiberio, en el Boletín de la academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Leningrado, 1928. En ruso).*

mal y te hagas impopular como yo (...) Que este boato imperial no te enorgullezca como me enorgulleció a mí... Presta atención al ejército; no estimules a los delatores y no dejes que los hombres digan de ti: "Su predecesor era tal y tal"; porque te hablo por mi propia experiencia".

A la muerte de Justino II, Tiberio reinó con el nombre de Tiberio II (578—585). Con él terminó la dinastía de Justiniano. Su sucesor fue su yerno Mauricio (582—602). Las fuentes no están acordes sobre el origen de Mauricio. Algunos pretenden que su familia procedía de la lejana población capadocia de Arabissus —cerca de la actual Elbistán—, mientras otros, aunque llamándole capadocio, declaran que fue el primer griego que ascendió al trono bizantino. En rigor no hay contradicción entre los términos, porque es muy posible que Mauricio fuera en realidad el primer emperador de raigambre griega, aunque naciese en Capadocia. Pero, según otra tradición, era romano. Finalmente, Kulakovski considera probable que Mauricio fuese de origen armenio, porque la población indígena de Capadocia era armenia. El ultimo emperador del período justinianeo fue el tirano tracio Focas (602—610), que destronó a Mauricio.

Justino I.

Desde su exaltación al trono, Justino I abandonó la política religiosa seguida por sus dos predecesores inmediatos, aproximándose definidamente a los adeptos de la doctrina de Calcedonia y abriendo una serle de furiosas persecuciones contra los monofisitas. El gobierno se reconcilió con Roma y así concluyó el desacuerdo entre las Iglesias oriental y occidental, que se remontaba al reinado de Zenón y al Henótico. La política religiosa de los emperadores de este período fue ortodoxa y el Estado se enajenó, una vez más, la simpatía de sus provincias orientales.

Justiniano el Grande. Teodora.

Justino I tuvo por sucesor a su sobrino Justiniano (527—565), la figura más importante de toda su época.

Al nombre de Justiniano está íntimamente vinculado el de su esposa Teodora, una de las mujeres más interesantes de la historia bizantina. La *Historia secreta* de Procopio, contemporáneo de Justiniano, pinta con colores muy vivos la vida borrascosa de Teodora en sus años juveniles. De creer al autor, la hija del guardián de los osos del hipódromo vivió en la atmósfera viciada del teatro de aquella época, y sus aventuras galantes fueron numerosas. Había recibido de la naturaleza una gran hermosura, gracia, inteligencia e ingenio. Según Diehl, "divirtió, encantó y escandalizó a Constantinopla". Procopio cuenta que la gente honrada, cuando la encontraba en la calle, cambiaba de camino para no macular sus vestiduras al contacto de ella. Pero estos detalles vergonzosos sobre la juventud de la futura emperatriz deben ser acogidos con las mayores reservas, porque todos emanan de Procopio, quien, en su *Historia secreta*, se propone, ante todo, difamar a Justiniano y a Teodora. Después de los años tempestuosos de la primera parte de su vida, Teodora desapareció de la capital ypermaneció en África algunos años. De vuelta a Constantinopla ya no era la actriz de antes. Había dejado la escena y llevaba una vida de retiro, dedicando gran parte de su tiempo a hilar y testimoniando el interés más vivo por las cuestiones religiosas. En esta época la vio por primera vez Justiniano. Su belleza causó en él viva impresión. Hizo acudir a Teodora a la corte, la elevó al rango de patricia y a poco casó con ella. Al ser hecho Justiniano emperador, su mujer se convirtió en emperatriz. En su nuevo papel, Teodora se mostró a la altura de la situación, manteniéndose fiel a su marido, interesándose en los asuntos del Estado, demostrando gran penetración y ejerciendo considerable influencia sobre Justiniano en materias de gobierno. Durante la sublevación del 532, de la cual hablaremos después, Teodora cumplió un papel de importancia durante la gestión imperial de su marido. Con su sangre fría y su energía extraordinarias, probablemente salvó al Estado de nuevas convulsiones y apoyó a Justiniano en momentos donde las decisiones políticas del emperador, lo hacían dudar por su impacto en el Imperio. En lo religioso, manifestó con franqueza sus preferencias por el monofisismo, en lo que fue opuesta a su marido, que vacilaba y que, si bien haciendo concesiones al monofisismo, se aferró a la ortodoxia en el curso de todo su largo reinado.

En este punto Teodora acreditó comprender mejor que Justiniano la importancia de las provincias orientales monofisitas, que eran de hecho las zonas vitales del Imperio.

Teodora murió de cáncer el 548, mucho antes que Justiniano. En el famoso mosaico de la iglesia de San Vital, de Ravena, —mosaico que se remonta al siglo VI—, Teodora aparece en hábitos imperiales, rodeada de su corte. Los historiadores eclesiásticos contemporáneos de Teodora, así como los historiadores posteriores, han juzgado a la emperatriz con gran severidad. No obstante, en el almanaque ortodoxo, en la fecha 14 de noviembre, se lee: "Asunción del soberano ortodoxo Justiniano, aniversario de la reina Teodora".

La política exterior de Justiniano y su ideología.

Las numerosas guerras de Justiniano fueron en parte ofensivas y en parte defensivas. Las unas fueron sostenidas contra los Estados germánicos bárbaros de la Europa occidental; las otras contra Persia al este y los eslavos al norte.

Justiniano dirigió el grueso de sus fuerzas a Occidente, donde la actividad militar de los ejércitos de Bizancio quedó coronada por brillantes éxitos. Los vándalos y los ostrogodos hubieron de someterse al emperador bizantino. Los visigodos experimentaron también, aunque en menor grado, el poder de Justiniano. El Mediterráneo se convirtió, por decirlo así, en un lago bizantino. En sus decretos, Justiniano pudo darse el nombre de *Caesar Flavius Justinianus, Alamannicus, Gothicus, Francicus, Germanicus, Anticus, Alanicus, Vandalicus, Africanus.* Pero este anverso brillante de su política exterior tuvo un reverso. El éxito se pagó caro, muy caro para el Imperio, porque tuvo como consecuencia el agotamiento económico completo del Estado bizantino. Además, al trasladarse los ejércitos a Occidente, el Oriente y el Norte quedaron abiertos a las invasiones de los persas, los eslavos y los hunos.

A juicio de Justiniano, los germanos eran los mayores enemigos del Imperio. Así reapareció la cuestión germánica en el Imperio bizantino durante el siglo VI, con la única diferencia de que en el siglo V eran los germanos quienes atacaban al Imperio, mientras en el VI fue el Imperio el que atacó a los germanos.

Justiniano, al subir al trono, se tornó en representante de dos grandes ideas: la idea imperial y la idea cristiana. Considerándose sucesor de los césares romanos, creyó su sacrosanto deber reconstituir el Imperio en sus límites íntegros de los siglos I y II. Como emperador cristiano, no podía tampoco permitir a los germanos arrianos oprimir a las poblaciones ortodoxas. Los emperadores de Constantinopla, en su calidad de herederos legítimos de los césares, tenían derechos históricos sobre la Europa occidental, ocupada por los bárbaros. Los reyes germánicos no eran sino vasallos del emperador bizantino, que había delegado en ellos el poder sobre Occidente. El rey franco Clodoveo había sido elevado a la dignidad de cónsul por el emperador Anastasio, y el mismo Anastasio había confirmado oficialmente los poderes del rey ostrogodo Teodorico. Cuando decidió iniciar la guerra contra los godos, Justiniano escribía: "Los godos, que se han apoderado por la violencia de nuestra Italia, se han negado a devolverla"[13]. Él seguía siendo soberano natural de todos los gobernadores que había dentro de los límites del Imperio romano. Como emperador cristiano, había recibido la misión de propagar la verdadera fe entre los infieles, ya fuesen herejes o paganos. La teoría emitida por Eusebio de césarea en el siglo IV conservaba su vigencia en el VI. Ella se halla en la base de la convicción de Justiniano, persuadido de que era su deber restaurar el Imperio romano único, el cual, según los términos de una novela[14], alcanzaba antaño las orillas de

[13] *Procopio, De bello Gothico, I, 5 8*

[14] *Justiniano, Novelas, 30. El texto de la Novela está citado por Lot en La fin du monde antique, p. 299—300: "Dios nos ha concedido el llevar a los persas a concluir la paz, el someter a vándalos, alanos y moros, el recobrar toda África y Sicilia, y tenemos buena esperanza de que el Señor nos concederá lo restante de este Imperio que los romanos de antaño extendieron hasta los límites de los dos océanos y perdieron por indolencia".*

los dos océanos, habiéndolo perdido los romanos por negligencia. De esta antigua teoría se desprende también la otra convicción de Justiniano de que debía introducir en el Imperio reconstituido una fe cristiana única, tanto entre los paganos como entre los cismáticos. Tal fue la ideología de Justiniano, quien llevó tan ambiciosa política, tal cruzada, al sueño de la sumisión de todo el universo conocido entonces.

Pero no se debe olvidar que esas grandiosas pretensiones del emperador sobre las zonas perdidas del Imperio romano no eran exclusivamente convicciones personales suyas. Análogas reivindicaciones parecían naturales en absoluto a los pobladores de las provincias ocupadas por los bárbaros. Los indígenas de aquellas provincias caídas bajo la dominación arriana veían en Justiniano su único defensor. La situación del África del Norte bajo los vándalos era especialmente difícil de soportar, porque los vándalos habían entablado severas persecuciones contra la población ortodoxa indígena, aprisionando a muchos ciudadanos y representantes del clero y confiscando los bienes de la mayoría. Emigrados y desterrados africanos, y entre ellos numerosos obispos ortodoxos, acudían a Constantinopla implorando al emperador que atacase a los vándalos y asegurándole que un levantamiento general de los indígenas acompañaría semejante tentativa.

Disposiciones análogas se hallaban en Italia, donde la población indígena, a pesar de la persistente tolerancia religiosa de Teodorico y del muy desarrollado gusto de éste por la civilización romana, seguía sintiendo un descontento profundo y volvía sus miradas a Constantinopla, en la esperanza de que ésta ayudaría a librar Italia de la dominación de los invasores y a restablecer la fe ortodoxa. Los propios reyes bárbaros alentaban las ambiciosas aspiraciones del emperador, puesto que continuaban mostrando el más profundo respeto por el Imperio, probando por todos los medios su adhesión al emperador, solicitando títulos honoríficos romanos, acuñando su moneda con la imagen del soberano imperial, etc. De buen grado habrían repetido, con expresión de Diehl, la frase de aquel príncipe visigodo: "El emperador es un dios sobre la tierra y quien levante su mano sobre él debe expiarlo con su sangre"[15].

Aunque la situación de África e Italia fuese favorable al emperador, las guerras emprendidas por él contra ostrogodos y vándalos habían de ser extremamente difíciles y largas.

Guerras contra los vándalos, ostrogodos y visigodos. Los eslavos. La política exterior de Justiniano.

La expedición contra los vándalos no se presentaba muy fácil. Había detransportarse, por mar, al África del Norte, un ejército que debería luchar contra un pueblo posesor de una flota potente, la cual, ya a mediados del siglo V, había tentado, con éxito, un golpe sobre Roma. Además, el traslado del grueso de las fuerzas imperiales a Occidente había de implicar graves consecuencias en Oriente, donde Persia, el más peligroso enemigo del Imperio, mantenía con éste continuas guerras fronterizas.

Procopio da un interesante relato de la sesión del Consejo en que se debatió porprimera vez la expedición a África[16]. Los consejeros más fieles del emperador expresaron dudas sobre las posibilidades de éxito de la empresa y la consideraron precipitada. Justiniano empezaba a titubear, pero acabó triunfando de su breve flaqueza e insistió en su plan primitivo. La expedición se resolvió. A la vez, se producía en Persia un cambio de dinastía y, en 532, Justiniano lograba concluir una paz "perpetua" con el nuevo soberano, mediante la condición, humillante para Bizancio, de que el Imperio pagaría un considerable tributo anual al rey de Persia. Este tratado dejaba a Justiniano las manos libres en Occidente. A la cabeza del ejército y de la flota que debían participar en la expedición puso al famoso Belisario, que poco tiempo antes había reprimido la gran sedición interior conocida por el nombre de sedición *Nika*, de la cual hablaremos después. Belisario había de revelarse el más valioso auxiliar del emperador en sus empresas militares.

---

[15] *Jordanes, Getica, XXVIII*

[16] *Procopio, De bello vandálico. I, 10*

Ha de advertirse que en esta época los vándalos y los ostrogodos no eran ya los peligrosos enemigos de antes. Mal adaptados al clima deprimente del Mediodía, e influidos por la civilización romana, habían perdido muy de prisa su antigua energía y su antiguo valor. Además, las creencias arrianas de estos germanos hacían que sus relaciones con los pobladores romanos de los países que ocupaban no fueran muy amistosas. Las continuas revueltas de las tribus beréberes contribuían mucho a debilitar a los vándalos. Justiniano se daba perfecta cuenta de la situación. Merced a una diplomacia hábil agudizó las discordias interiores de los vándalos, seguro, por ende, de que los reinos germánicos no se unirían contra él. En efecto, los ostrogodos estaban en disensión con los vándalos, los francos ortodoxos mantenían luchas constantes con los ostrogodos, y los visigodos españoles, muy alejados del campo de las hostilidades, difícilmente podían tomar parte activa en una guerra contra Justiniano. Todo ello estimulaba en el emperador la esperanza de poder llegar a batir por separado a sus enemigos.

La guerra contra los vándalos duró, con algunas interrupciones, de 533 a 548. Al principio Belisario sometió, en un período muy corto, y con una serie de brillantes victorias, al reino vándalo en masa. Justiniano triunfante proclamó: "Dios, en sumisericordia, no sólo ha liberado África y todas sus provincias, sino también ha devuelto las insignias imperiales apresadas por los vándalos en la toma de Roma"[17]. Considerando terminada la guerra, Justiniano llamó a Belisario a Constantinopla, con lo más del ejército. Pero entonces estalló una terrible insurrección: los m oros, tribu indígena bereber, se sublevaron y las tropas de ocupación en África tuvieron que pelear contra ellos una campaña muy dura. Salomón, sucesor de Belisario en África, fue completamente batido y resultó muerto (544). La lucha continuó, agotadora, hasta el 548, en que la autoridad imperial fue restaurada en definitiva. Esta decisiva victoria se debió a Juan Troglita, diplomático y general de talento. Sus éxitos aseguraron en África una tranquilidad absoluta durante cosa de cuarenta años. Juan Troglita, con Belisario ySalomón, son los tres héroes de la reconquista de África por el Imperio. Sus altos hechos son relatados por el poeta africano Corippo en su obra histórica *Johannis.*

Los planes de conquista de Justiniano en África del Norte no se habían realizado por completo. La zona occidental, próxima al Atlántico, no se había reconquistado, a excepción de la poderosa fortaleza de Septem (hoy fortaleza española de Ceuta), próxima a las columnas de Hércules. Pero la mayor parte de África del Norte, Córcega, Cerdeña y las Baleares se habían vuelto a convertir en regiones integrantes del Imperio. Justiniano se esforzó con máxima energía en restablecer el orden en los territorios recuperados. Aun hoy, las grandiosas ruinas de numerosas fortalezas bizantinas erigidaspor Justiniano en África del Norte atestiguan la considerable actividad desplegada por el emperador con miras a la defensa del país.

Más agotadora todavía fue la lucha contra los ostrogodos, que duró, también con algunas interrupciones, desde 535 a 554. Estas fechas acreditan que la guerra con los ostrogodos, en sus trece años primeros, se mantuvo a la par que la guerra contra los vándalos, Justiniano empezó por intervenir en los asuntos internos de los ostrogodos, y luego emprendió una acción militar. Un ejército suyo inició la conquista de Dalmacia, que entonces pertenecía al reino ostrogodo. Otro ejército, conducido por mar a las órdenes de Belisario, ocupó Sicilia sin gran dificultad, y después, pasando a Italia, conquistó Nápoles y Roma. Poco más tarde —540—, Ravena, la capital ostrogótica abrió sus puertas a Belisario. Este regresó a Constantinopla, llevando prisionero al rey ostrogodo. Justiniano añadió a sus títulos de *Africano* y *Vandálico,* el de *Gótico*. Italia parecía definitivamente conquistada para Bizancio.

Entonces apareció entre los godos un jefe valeroso y enérgico, el rey Totila, último defensor de la independencia de los ostrogodos, cuya situación restableció rápidamente. En vista de los éxitos militares de Totila, Belisario fue llamado de Persia y enviado a Italia para asumir el mando supremo. Pero era imposible conseguir la dominación imperial en Italia sin potentes refuerzos. Una tras otra, las conquistas bizantinas en Italia y las islas pasaron a manos de los ostrogodos. La infortunada ciudad de Roma, que cambió de manos varias veces, quedó trocada en un montón de

[17] *Codex Iustinianus, I, 27, I, 7.*

ruinas. Tras tantos fracasos, Belisario fue llamado a Constantinopla. La situación fue al cabo restablecida por otro valeroso general, Narsés, quien sometió a los ostrogodos en una serie de hábiles operaciones militares acreditativas de un verdadero talento estratégico. El ejército de Totila fue derrotado en la batalla de Busa—Gallorum (Gualdo Tadino), en Umbría, en 552. Totila se dio a la fuga y fue muerto. "Sus ropas manchadas de sangre y la toca ornada de piedras preciosas que llenaba fueron recogidas por Narsés, quien las mandó a Constantinopla, donde fueron puestas a los pies del emperador, con el fin de probar a los ojos de este último que el enemigo que había desafiado su autoridad por tanto tiempo había dejado de existir"[18].

Tras una guerra ruinosa de veinte años, Italia, Dalmacia y Sicilia se hallaron reunidas al Imperio en 554. La Pragmática Sanción, publicada por Justiniano en ese mismo año, restituía a la alta aristocracia terrateniente de Italia y a la Iglesia los dominios que les habían quitado los ostrogodos, así como todos sus antiguos privilegios. En ella se indicaban, además, una serie de medidas destinadas a aliviar las cargas de la arruinada población. A raíz de las guerras ostrogóticas, la industria y el comercio italianos dejaron durante mucho tiempo de desarrollarse y, a causa de la falta de mano de obra, muchas campiñas de Italia permanecieron sin cultivo. Roma, por algún tiempo, sólo fue una ciudad de segundo orden, arruinada, sin importancia política. El Papa la eligió para su refugio.

La última empresa militar de Justiniano se dirigió contra los visigodos de la península Ibérica. Aprovechando las luchas civiles que se habían entablado en España entre diversos pretendientes al trono visigótico, Justiniano, el año 550, envió una expedición naval a aquel país. Aunque las tropas bizantinas no eran muy fuertes, la campaña tuvo éxito. Numerosas ciudades y plazas fuertes marítimas fueron ocupadas.

En definitiva, tras cruentas batallas, Justiniano logró arrebatar a los visigodos el ángulo sudeste de la península, con las ciudades de Cartagena, Málaga y Córdoba. Más tarde extendió los territorios sometidos, que llegaron por el oeste hasta el cabo San Vicente y por el este más allá de Cartagena. La provincia imperial de España, creada entonces, quedó, con algunas modificaciones, bajo el dominio de Constantinopla durante 70 años aproximadamente. No se sabe con exactitud si esa provincia era independiente o subordinada al gobernador de África.

Se han descubierto y descrito recientemente algunas iglesias y otros monumentos arquitectónicos de arte bizantino en España y en sus islas Baleares, pero, hasta donde cabe juzgar, no tienen gran importancia. Son como una prolongación pobre, rústica, del arte difundido en el África Septentrional... El dominio bizantino de España fue, pues, una provincia política, y también una provincia artística de África[19].

El resultado de todas estas guerras ofensivas de Justiniano fue duplicar la extensiónde su Imperio. Dalmacia, Italia, la parte oriental de África del Norte (zonas de Túnez y del oeste de Argelia actuales), el sudeste de España, Sicilia, Cerdeña, Córcega y las Baleares entraron en el Imperio de Justiniano. El Mediterráneo pasó a ser un lago romano. Las fronteras del Imperio iban de las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar) al Éufrates. Pero a pesar de los considerables éxitos obtenidos, los resultados estuvieron lejos de realizar los planes iniciales de Justiniano, puesto que en definitiva no logró reconquistar todo el Imperio romano de Occidente. La mitad occidental del África del Norte, la mayor parte de la península Ibérica, el norte del reino ostrogodo, al septentrión de los Alpes (antiguas provincias de Retia y Nórica), quedaron fuera de los límites de los países sometidos por los ejércitos de Justiniano. En cuanto a Galia, no sólo permaneció independiente en absoluto del Imperio bizantino, sino que incluso triunfó de él en cierta medida, ya que Justiniano, amenazado por los francos, hubo de ceder Provenza al rey de estos. Además, en los vastos territorios reconquistados el poder del emperador no fue igualmente sólido en todas partes.

[18] *Juan Malalas, p. 486. Teófanes, s. a. 6044.*

[19] *Así se expresa J. Puig y Cadafalch en La arquitectura religiosa en el dominio bizantino de España (Byzantion, t. I, 1924). Todo el artículo (p. 519—533) merece ser leído.*

El gobierno no disponía de bastantes tropas ni bastantes medios para establecerse con más firmeza. Y aquellos territorios sólo podían conservarse por la fuerza. De manera que los éxitos, brillantes en apariencia, de las guerras ofensivas de Justiniano, contenían en sí los gérmenes de graves complicaciones para el futuro, tanto en lo político como en lo económico. Las guerras defensivas de Justiniano fueron mucho menos felices y a veces incluso humillantes por sus resultados. Tales guerras se mantuvieron contra los persas, al este, y contra los eslavos y hunos, al norte.

Las dos "grandes potencias" del universo conocido, Bizancio y Persia, sostenían desde siglos atrás guerras agotadoras en la frontera oriental del Imperio bizantino. Después de la paz "perpetua" convenida con Persia y que hemos mencionado antes, el rey persa Cosroes Anushilvan —esto es, *el Justo*—, príncipe hábil y valeroso[20], advirtiendo las altas miras del emperador en Occidente, se preparó a la acción. Consciente de la importancia de los intereses que poseía en sus provincias limítrofes de Bizancio, y visitado además por una embajada de ostrogodos que le pedían socorro, denunció la paz "perpetua" y abrió las hostilidades contra el Imperio bizantino. Siguió una guerra cruel, ventajosa para los persas. Belisario, llamado desde Italia, no logró nada contra ellos. Cosroes invadió Siria, saqueó y destruyó Antioquía, "ciudad que era a la— vez antigua y de grande importancia y la primera de todas las ciudades que los romanos tenían en Oriente, a la par que por su riqueza y magnitud por su población y por su belleza y por su prosperidad de todo género" (en palabras de Procopio). En su marcha victoriosa, Cosroes alcanzó la costa del Mediterráneo. Al norte, los persas se esforzaron en abrirse camino hacia el mar Negro y tuvieron que combatir a los lazios en la provincia caucásica de Laziquia (hoy Lazístán); que entonces dependía del Imperio bizantino. Tras muchos esfuerzos, Justiniano logró al fin una tregua de cinco años, para obtener la cual hubo de entregar una gran suma de dinero. Pero aquella lucha interminable había fatigado a Cosroes, y en 562 Bizancio y Persia llegaron a un convenio que garantizaba una paz de cincuenta años. Merced al historiador Menandro poseemos informes precisos y detallados sobre las negociaciones y condiciones del convenio. El emperador se comprometía a pagar cada año a Persia una gruesa cantidad en metálico, mientras el rey de Persia prometía garantizar la tolerancia religiosa a los cristianos de Persia, con la estricta condición de que se abstuviesen de todo proselitismo. Los negociantes romanos y persas, cualquiera que fuese su negocio, debían efectuar su tráfico en ciertos lugares prescritos, donde se establecían aduanas, con exclusión de todo otro punto. La estipulación más importante para Bizancio era el abandono por los persas de la provincia de Laziquia, situada en el litoral sudeste del mar Negro y que debía volver a los romanos. Así, los persas no lograban mantenerse en las riberas del mar Negro, que seguía siendo bizantino. El hecho tenía gran importancia política y económica.

Amenazado por el peligro persa, Justiniano, entre tanto, había entrado en negociaciones con los lejanos abisinios y los himiaritas de Arabia. La provincia más avanzada de la península arábiga era el Yemen, al suroeste. Allí había florecido, en tiempos remotos, anteriores a la Era cristiana, el reino de los sabeos (Saba—Shoba), al que se vincula la leyenda de la reina de Saba, que se dice haber visitado al rey Salomón. A fines del siglo II a. de J.C. aquel país se convirtió en el reino de los sábeos himiaritas. El comercio y la vida marítima eran las principales ocupaciones de los habitantes. Las numerosas ruinas e inscripciones que se hallan aún atestiguan el poderío y prosperidad de aquel reino. El cristianismo empezó a propagarse en él a mediados del siglo IV, hallando un serio adversario en el judaísmo, que había hecho muchos prosélitos en el país. En la primera mitad del siglo VI, el rey de los himiaritas u homeritas, que favorecía a los sectarios del judaísmo, comenzó a perseguir con dureza a los cristianos de la Arabia del Sur. En ayuda de éstos acudió el rey cristiano de Etiopía, quien triunfó del rey judío en la lucha que siguió. El rey abisinio ocupó el Yemen, esforzóse en devolver al cristianismo su antiguo rango preeminente, y notificó al

[20] *E. Stein da mucha importancia a Cosroes y sobre todo a su padre Kavad, hombre de gran talento, que le recuerda a Filipo de Macedonia y a Federico Guillermo I de Prusia, dos casos en que vastagos eminentes utilizaron la obra de sus padres y donde los éxitos de los hijos han relegado a la sombra las tareas menos brillantes, pero quizá más difíciles, de sus progenitores. V. Stein, Ein Kapitel vom persischen und vom byzantinischen Staate (Byzantinisch Neugriechtsche Jahrbücher, t. I, 1920).*

patriarca de Alejandría y al emperador bizantino Justino I su victoria sobre el judaísmo. El sucesor de Justino, Justiniano el Grande, envió una embajada a Axum, capital del reino abisinio, y a los homeritas, sobre quienes reinaba a la sazón el monarca abisinio. Justiniano tenía la intención de servirse de aquellos lejanos Estados para sus planes militares y comerciales, y sobre todo para obtener el concurso de tales países contra Persia. El principal servicio que los abisinios podían prestar era poner fin al monopolio persa del comercio de la seda, yendo a buscar la seda a Ceilán y llevándola hasta los puertos del mar Rojo, servicio que les habría reportado muchas ventajas". El rey de Abisinia consintió en aliarse con Justiniano y prometió hacer lo que se le pedía. Pero ni él ni sus vasallos del Yemen pudieron cumplir sus promesas. Sabemos[21] que, después de la primera embajada, Justiniano envió a Abisinia y al Yemen un tal Nonnosus; mas nada conocemos sobre éste, fuera de que en el curso del viaje corrió grandes peligros provocados por los hombres y por las fieras.

Muy diferentes fueron las guerras defensivas sostenidas al norte, es decir, en la misma península de los Balcanes. Como ya dijimos, los bárbaros del norte —los búlgaros y, según toda probabilidad, los eslavos— habían devastado las provincias de la península desde el reinado de Anastasio. En la época de Justiniano el Grande los eslavos, por primera vez, aparecen con su propio nombre. Procopio en sus escritos los llama *"eslavones"*. En este periodo, grandes hordas de eslavos y búlgaros, a los que Procopio llama hunos, cruzaban el Danubio y casi cada año adentraban bastante profundo al territorio bizantino, pasándolo todo a sangre y fuego. Por una parte alcanzaron los arrabales de la capital, internándose hasta la región del Helesponto, y por otra entraron en Grecia, que recorrieron hasta el istmo de Corinto. Al oeste llegaron hasta las orillas de Adriático. Tambien en el reinado de Justiniano, comenzaron los eslavos a manifestar sus aspiraciones al mar Egeo. En sus esfuerzos para alcanzar este mar amenazaron Tesalónica, una de las ciudades más importantes del Imperio y cuyos alrededores fueron pronto uno de los focos eslavos de la península. Las tropas imperiales combatieron con encarnizamiento a los eslavos, y muy a menudo les obligaron a retirarse allende el Danubio. Pero puede afirmarse con la mayor certeza que no todos los eslavos eran expulsados. Las tropas de Justiniano, ocupadas en otros lugares importantes, no pudieron poner fin de manera decisiva a las incursiones anuales de los eslavos, y parte de éstos se instaló en el país. La época de Justiniano fue trascendente en el sentido de que asentó los cimientos del problema eslavo en la península balcánica, problema que había de tener máxima importancia para Bizancio a fines del siglo VI o principios del VII.

Además de los eslavos, los gépidos y los cutrigures, rama de la raza huna, invadieron por el norte la península de los Balcanes. En el invierno de 558—59, los cutrigures, mandados por Zabergan, penetraron en Tracia. Desde allí una parte se destacó para devastar Grecia y otra invadió el Quersoneso tracio (Gallípoli). Un tercer ejército, compuesto de jinetes, a las órdenes de Zabergan en persona, marchó hacia Constantinopla. El país fue asolado y el pánico cundió en la capital. Todos los objetos preciosos de las iglesias de las provincias invadidas se enviaron a Constantinopla o se expidieron por mar a la orilla asiática del Bósforo. En esta ocasión crítica, Justiniano recurrió a Belisario para que salvase Constantinopla. Los invasores fueron vencidos en su triple ataque, pero Tracia, Macedonia y Tesalia padecieron muchísimo, desde el punto de vista económico, durante aquella invasión.

El peligro húnico no se notó sólo en los Balcanes, sino también en Crimea, que pertenecía en parte al Imperio. Había allí dos ciudades, Querson y Bósforo, famosas por haber mantenido, en el curso de los siglos, la civilización griega en aquellos parajes bárbaros. Además, cumplían papel esencial en el comercio que mediaba entre el Imperio bizantino y los territorios de la Rusia de hoy. Hacia el fin del siglo V, los hunos habían ocupado la mayor parte de la península y empezaban a amenazar las posesiones bizantinas de aquella región. Por otra parte, existía en las montañas de Crimea una pequeña colonia de godos, cuyo centro principal era Doru, que, como protegido del Imperio, se hallaba amenazado también por los hunos. Para conjurar el peligro húnico, Justiniano

[21] *Nonnosi fragmentum, ed. Bonn, p. 479. Fragmenta Historicomm graecorum, edición Mullerus, t. IV.*

mandó reconstruir varios fuertes y edificar largas murallas de las que todavía quedan vestigios hoy. Era una especie de *Limes Tauricus*. El sistema de fortificaciones establecido por Justiniano en Crimea consiguió alejar el peligro húnico de las posesiones bizantinas y de la colonia goda de la península[22].

El celo evangelizador de Justiniano y Teodora se extendió a los pueblos africanos que habitaban la región del Alto Nilo comprendida entre Egipto y Abisinia. Allí moraban dos pueblos, los blemmies, más abajo de la primera catarata, y los nobadas, al sur de los primeros. Merced a la energía y a la habilidad de Teodora, los nobadas y su rey Silko se convirtieron al cristianismo, profesando la doctrina monofisita[23]. Luego, los esfuerzos combinados de un general bizantino y de Silko lograron imponer a los blemmies iguales creencias. Para conmemorar su victoria, Silko hizo grabar una inscripción en un templo de los blemmies. "La jactancia de ese reyezuelo —escribe Bury— sería apropiada en boca de Atila o de Tamerlán". En esa inscripción, Silko se da el título siguiente: "Yo, Silko, soberano de los nobadas y de todos los etíopes"[24].

Haciendo balance del conjunto de la política exterior de Justiniano, ha de decirse que sus guerras interminables y agotadoras, que en definitiva no realizaron todas sus esperanzas ni todos sus planes, tuvieron fatales consecuencias para la situación general del Imperio. En primer lugar, aquellas gigantescas empresas requirieron gastos enormes. Procopio, en su *Historia secreta*, cuyo testimonio no debe ser acogido sino con la mayor cautela, declara —quizá con alguna exageración— que Anastasio había dejado reservas enormes para la época, que ascendían a 320.000 libras de oro, todas las cuales Justiniano dilapidó pronto. Según testimonio de otro historiador del siglo VI, elsirio Juan de Éfeso, las reservas de Anastasio no se agotaron en absoluto sino bajo el reinado de Justino II, esto es, después de la muerte de Justiniano. En todo caso, el legado de Anastasio, incluso si restringimos la cifra de Procopio, debió ser de gran utilidad a Justiniano para sus empresas militares. Pero no podía bastarle. En cuanto a los nuevos impuestos, eran superiores a las capacidades de pago de una población extenuada. Los esfuerzos del emperador para reducir los gastos estatales haciendo economías en el sostenimiento del ejército produjeron una reducción del número de soldados, disminución que tornaba muy insegura la suerte de las provincias occidentales conquistadas.

Desde el punto de vista romano de Justiniano, sus expediciones de Occidente son comprensibles y naturales; pero desde el punto de vista de los intereses reales del Estado deben ser consideradas inútiles y nocivas. La brecha abierta entre Oriente y Occidente era ya tan grande en el siglo VI, que la sola idea de reunir ambas regiones constituía ya un anacronismo. No podía existir una unión efectiva. Las provincias conquistadas sólo podían retenerse por la fuerza, y ya hemos visto que el Imperio no disponía de poder ni de medios para ello. Arrastrado por sus sueños irrealizables, Justiniano no comprendió la importancia de la frontera y provincias orientales, donde residían esencialmente los intereses vitales del Imperio bizantino. Las expediciones occidentales, obra sólo de la voluntad del emperador, no podían tener resultados duraderos, y el plan de restauración de un Imperio romano único desapareció con Justiniano, aunque no para siempre tampoco. A causa de la política general exterior de Justiniano, el Imperio atravesó una crisis económica intensa y extremadamente grave.

---

[22] *W. Tomaschek, Die Gotch in Taurien (Viena, 1881), p. 15—16. A. Vasiliev, Los godos en Crimea (Leningrado, 1927), en ruso. La cuestión de los muros de Justiniano en Crimea requiere más estudio, hecho sobre el lugar. J. Kulakovski, El pasado de la Taurida, 2.a ed., Kiev, 1914 (en ruso). (Táurida era el antiguo nombre de Crimea).*

[23] *Se hallará un interesante relato de este episodio en un historiador monofisita del siglo VI; Juan de Éfeso, IV, 6—7. Ver la Crónica de Miguel el Sirio, trad. por J. B. Chabot, t. II (París, 1901). L. Duchcsne, Les Missions chrctiennes au sud de l'Empire romain (Mélanges d'archéologie et d'histoire), t. XVI, 1896. Bury, II.*

[24] *Corpus Inscriptionum Graecarum III, 5072. G. Lefébure, Colección de inscripciones griegas cristianas de Egipto (El Cairo, 1907), 628.*

La obra legislativa de Justiniano. Triboniano.

Justiniano debe su celebridad universal a su obra legislativa, que sobresale por su amplitud. El emperador, según sus propias expresiones, "no sólo debe ser célebre por las armas, sino también estar armado de leyes para hallarse en estado de gobernar, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. Debe ser el protector poderoso de la ley, así como el triunfador de los enemigos vencidos"[25]. Es Dios quien da a los emperadores el derecho de hacer e interpretar las leyes, y por tanto, Justiniano piensa que un emperador debe ser un legislador y considera ese derecho como santificado por la divinidad. Pero a Justiniano le impulsaron igualmente preocupaciones de orden práctico. Dábase, en efecto, perfecta cuenta del estado anárquico de la legislación romana en su época.

En el período del Imperio romano pagano, donde el poder legislativo estaba por entero en manos del emperador, la única forma de legislación consistía en publicar constituciones imperiales, llamadas leyes o reglamentos legislativos (*leges*). En cambio, el conjunto de leyes creadas por una legislación más antigua había recibido el nombre de *ius vetus* o de *ius antiquum.* A partir de mediados del siglo III de J.C., la jurisprudencia sufrió una rápida decadencia. Los trabajos jurídicos se limitaron a meras compilaciones destinadas a ayudar a los jueces, incapaces de estudiar toda la innecesaria literatura jurídica, dándoles colecciones de extractos de las constituciones imperiales y de las obras de juristas antiguos de renombre universal. Pero esas colecciones eran privadas y sin valor oficial alguno, y así, en la práctica, el juez debía apelar a todas las constituciones imperiales y a toda la literatura clásica, tarea muy superior a las humanas facultades. No debe olvidarse que no había órgano central que asegurase la publicación de las constituciones imperiales. Estas, creciendo en número de año en año, dispersas en diversos archivos, eran muy difíciles de utilizar, tanto más cuanto que los nuevos edictos frecuentemente abolían o modificaban los anteriores. Todo esto explica la aguda necesidad que se sentía de reunir los edictos imperiales en un *corpus* accesible a quienes debían utilizarlos. Ya sabemos que antes de Justiniano se había hecho mucho en ese sentido. En su obra legislativa propia, Justiniano fue muy auxiliado por las compilaciones precedentes, a saber, *el Codex Gregorianus, el Codex Hermogenianus y el Codex Theodosianus.* Además, para hacer más fácil el empleo de las obras clásicas, esto es, del *ius vetus,* Teodosio II y su contemporáneo en Occidente, Valentiniano III, habían dado un decreto reservando el carácter de autoridad jurídica suprema a las obras de los cinco jurisconsultos más famosos. De lo demás autores podía prescindirse. Pero esto sólo era resolver el problema en apariencia. Por ende, en las obras de los cinco juristas escogidos era difícil encontrar decisiones adecuadas a un caso dado, ya que los jurisconsultos se contradecían a menudo y las condiciones de la vida habían cambiado, con lo que las soluciones propuestas por los juriconsultos clásicos resultaban caducas a veces. En suma, se sentía la necesidad de una revisión, oficial y completa, de todo el sistema jurídico; era menester examinar su desarrollo a través de los siglos.

En los códigos precedentes no se habían reunido sino disposiciones imperiales de cierta época. En aquellas compilaciones no se mencionaban las obras jurídicas. Justiniano emprendió un enorme trabajo legislativo, que consistió en compilar todas las constituciones imperiales promulgadas hasta su época, las cuales hizo fijar en un Código, y en la revisión de todos los antiguos escritos jurídicos. El auxiliar principal del emperador en esta tarea, y el alma de la empresa, fue Triboniano.

La labor avanzó con rapidez pasmosa. En febrero de 528 el emperador reunió una comisión de diez peritos, entre ellos Triboniano, "brazo derecho del emperador en su gran empresa legislativa y probablemente su inspirador hasta cierto punto" (Bury), y Teófilo, profesor de Derecho en Constantinopla. La comisión había de revisar los tres códigos anteriores, y suprimir todo lo caído en desuso, así como ordenar las constituciones imperiales promulgadas después del Código de Teodosio. Los resultados de todos aquellos trabajos debían ser codificados en una compilación. En

[25] *Justiniano, Instituciones, Introducción.*

abril de 529 el Código de Justiniano —*Codex Iustinianus*— fue publicado. Se dividía en diez libros, que contenían las disposiciones promulgadas desde Adriano hasta la época de Justiniano, y pasó a ser la única colección de leyes obligatoria para todo el Imperio, suprimiéndose así los tres códigos anteriores.

Si la elaboración del Código de Justiniano fue muy facilitada por los códigos anteriores, el trabajo de revisión del *ius vetus* perteneció exclusivamente al emperador. En 530 Triboniano fue encargado de reunir una comisión revisora de todos los jurisconsultos clásicos, a efectos de practicar extractos, eliminar todo lo caduco, suprimir todas las contradicciones y clasificar en un orden determinado el conjunto de materiales reunidos. Para ejecutar tal tarea, la comisión hubo de leer y estudiar unos dos mil libros, que encerraban más de tres millones de líneas. Tan gigantesco trabajo, cuya realización, según expresiones del propio Justiniano, "antes de darse orden de hacerla, no había sido esperada ni juzgada humanamente posible por nadie en el mundo" y "libró todo el *ius vetus* de una palabrería superflua", se terminó en tres años. El nuevo Código se publicó el 533 y entró en vigor en seguida, siendo conocido por el *Digesto* o *las Pandectas* ("Digesta", "Pandectae").

A pesar de la importancia de tal obra, ha de reconocerse que la prisa que presidió su ejecución hizo el trabajo defectuoso en ciertos aspectos. Se hallan allí gran número de repeticiones, contradicciones y decretos caídos en desuso. Además, merced a la libertad absoluta que se dejó a la comisión la facultad para abreviar, interpretar y condensar los textos, se comprueba en los resultados finales cierta arbitrariedad y a veces incluso una deformación de los textos antiguos.

En la obra hubo una completa ausencia de unidad. De esto se deriva el que los jurisconsultos del siglo XIX, que daban mucha importancia a la legislación clásica romana, juzgaran con extrema severidad el *Digesto* de Justiniano. Pero hemos de reconocer que esa obra, a pesar de sus numerosas imperfecciones, prestó en la práctica grandes servicios. Además, ha conservado a la posteridad un rico material extraído de las obras de los jurisconsultos clásicos romanos que de otro modo no nos hubiesen llegado hoy.

A la vez que se elaboraba el Digesto, Triboniano y sus dos eminentes auxiliares Teófilo, el ya mencionado profesor de Constantinopla, y Doroteo, profesor en Beirut, Siria, fueron encargados el 533 de resolver otro problema. Según Justiniano, no todos podían "soportar el peso de tan grande sabiduría" (el Código y el Digesto). Por ejemplo, los jóvenes que "hallándose en la antecámara del Derecho quisieran penetrar sus arcanos" no podían esperar adquirir todo el contenido de aquellas dos voluminosas obras y necesitaban un buen manual práctico. El mismo 533, pues, se publicó un manual de Derecho civil, destinado primordialmente a los estudiantes. Se componía de cuatro volúmenes y fue llamado *Instituciones* ("Institutiones" o "Institutas"). Según Justiniano, aquel manual tenía por objeto conducir "todas las fuentes turbias del Derecho antiguo a un lago transparente". El decreto imperial que sancionaba las Instituciones iba dirigido a la "juventud ávida de instruirse en el Derecho" ("cupida legum juventuti")

Mientras se desarrollaba aquel trabajo de compilación, la legislación corriente no se interrumpía. Se promulgaron muchos decretos. Hubo que revisar toda una serie de cuestiones. En 529 el Código apareció en varios puntos como anticuado. Se emprendió una nueva revisión del Código y se concluyó en 534. En noviembre del mismo año se publicó la segunda edición del Código, revisada, aumentada y distribuida en doce libros, bajo el titulo de *Codex repetitae praelectionis*. Esta edición anulaba la precedente de 529 y contenía los decretos del periodo comprendido entre Adriano y el año 534. Con este trabajo concluyo la ejecución del "Corpus". No ha llegado a nosotros la primera edición del Código.

Los decretos posteriores al año 534 fueron llamados *Novelas* ("Novellae leges"). Mientras el Código, el Digesto y las Instituciones estaban publicados en latín, la inmensa mayoría de las Novelas se publicó en griego. Era una concesión importante a las exigencias de la realidad y la vida practica, y más proviniendo de un emperador penetrado de la tradición romana. En una de sus Novelas, Justiniano escribe: "No hemos escrito esta ley en la lengua nacional, sino en la lengua común, que es griega, a fin de que sea conocida de todos por la felicidad que tendrán en

comprenderla".Justiniano se proponía reunir todas las Novelas en una compilación, pero no logró cumplir esta tarea, aunque si se hicieron durante su reinado algunas compilaciones particulares de tales leyes. Las Novelas se consideran como la última parte de la obra legislativa de Justiniano y constituyen una de las fuentes más importantes de la historia interior de su época.

Era intención del emperador que el conjunto del Código, Digesto, Instituciones y Novelas formase un *corpus* legislativo, pero esa compilación única no vio la luz en sus días. Solo en la Edad Media, a partir del siglo XII, cuando reapareció en Europa el estudio del Derecho romano, empezó a ser conocido el conjunto de los trabajos legislativos de Justiniano bajo el titulo de *Corpus iuris civilis*, o *Cuerpo del derecho civil*, como aun se llama hoy.

La enormidad de la obra legislativa de Justiniano y el hecho de que estuviera redactada en latín, lengua poco comprendida por la mayoría de la población, provocaron la publicación inmediata de cierto numero de comentarios y abreviaciones griegas de algunas partes del Código, sin contar traducciones mas o menos fieles (paráfrasis) de las Instituciones y del Digesto, acompañadas de notas explicativas. Estas compilaciones se debieron a los mencionados auxiliares de Triboniano, Teofilo y Doroteo, y algunos otros. Estos pequeños resúmenes redactados en griego, y necesarios por las exigencias de la época y las circunstancias prácticas, contenían bastantes errores y omisiones respecto a los originales latinos; pero, aun así, se impusieron a estos y los reemplazaron casi del todo.

A la vez que se renovaba la legislación con tales trabajos, se reorganizaba la enseñanza del Derecho. Se compusieron nuevos programas de estudios. Los cursos se repartieron en un periodo de cinco años. En el primero, el principal tema de estudio eran las Instituciones; en el segundo, tercero y cuarto, el Digesto; y en el quinto, el Código. Justiniano escribía acerca del nuevo Derecho: "Cuando todos los arcanos del Derecho se desvelen, nada quedará oculto a los estudiantes, y después de haber leído todas las obras reunidas para Nos por Triboniano y los otros, se convertirán en abogados distinguidos, servirán a la justicia y serán los más capaces y felices de los hombres en todos los lugares y tiempos". Dirigiéndose a los profesores, Justiniano escribía: "Empezad, con la ayuda de Dios, a enseñar el Derecho a los estudiantes y mostrarles la vía que nosotros hemos trazado, de suerte que siguiendo esa vía se conviertan en perfectos servidores de la justicia y del Estado y vosotros merezcáis de la posteridad la mayor gloria posible". A los estudiantes jóvenes les escribía: "Aprended, con celo y atención, esas leyes que os damos, y mostraos tan instruidos en esa ciencia que podáis estar animados por la muy hermosa esperanza de, después de terminados vuestros estudios jurídicos, gobernar el Estado en las partes que os sean confiadas"[26]. La enseñanza se reducía a una simple asimilación de las materias del programa y a unos cuantos comentarios sobre ellas. No se permitía ejecutar o proponer una nueva interpretación del texto al referirse al original, es decir a los trabajos de los jurisconsultos clásicos. Los estudiantes sólo estaban autorizados a hacer traducciones literales y componer cortas paráfrasis y sumarios.

A pesar de las naturales imperfecciones de su ejecución y los numerosos vicios del método que presidió su composición, la sorprendente creación legislativa del siglo VI ha tenido una importancia universal y duradera. El Código de Justiniano nos ha conservado el Derecho romano, el cual nos ha dado los principios jurídicos fundamentales que gobiernan la mayor parte de nuestras sociedades contemporáneas. "La voluntad de Justiniano —escribe Diehl— cumplió una de las obras más fecundas para el progreso de la humanidad". Cuando, en el siglo XII, se empezó a estudiar en la Europa occidental el Derecho romano, el Código de Derecho civil de Justiniano fue en varios lugares la verdadera ley. "El Derecho romano —dice el profesor I. A. Pokrovski— resucitó y unificó por segunda vez el universo. Todo el desarrollo del Derecho occidental se halla bajo el influjo del Derecho romano, incluso hasta nuestra época... El contenido más precioso del Derecho romano ha sido vertido en los parágrafos de los códigos contemporáneos y obra bajo el nombre de

[26] *Constitutio Imperatorum Majestatem. Este decreto concierne a las Institutas.*

estos últimos"[27]. La ejecución de tal obra legislativa basta para justificar el sobrenombre de *Grande* que la historia ha dado a Justiniano.

En la época contemporánea se puede observar un fenómeno muy interesante en el estudio de la legislación justinianea. Hasta ahora ese estudio sólo servía para penetrar mejor en el Derecho romano y su importancia era secundaria. Esto no se aplica a las Novelas. El Código en sí no se estudiaba, ni se practicaban sobre él investigaciones independientes. En tales condiciones, el principal reproche que se podía dirigir a la obra de Justiniano consistía en haber desfigurado el Derecho clásico abreviando o completando los textos originales. Se hacía responsable de ello a Triboniano. Hoy se trata de examinar las modificaciones aportadas a los textos clásicos, no como resultado de la arbitrariedad de los compiladores, sino como el de su deseo de adaptar el Derecho romano a las condiciones de la vida en el Imperio de Oriente en el siglo VI. Así, la cuestión importante pasa a ser ésta: ¿correspondía o no la obra de Justiniano a las exigencias de su época, y en qué medida? El problema debe estudiarse ateniéndose a las condiciones generales de la vida en el siglo VI, a las cuales hubo aquel código de tender a adaptarse. El helenismo y el cristianismo debieron ejercer, ambos a la par, influjo sobre la obra de los compiladores. Las costumbres orientales se mezclaron al trabajo de revisión del antiguo Derecho romano. La tarea de la ciencia histórico—jurídica contemporánea es definir y apreciar las influencias bizantinas en el Código, el Digesto y las Instituciones de Justiniano. Las Novelas, como obras de le gislación corriente, reflejan, según es lógico, las condiciones y necesidades de la vida contemporánea.

En relación con la obra legislativa de Justiniano conviene recordar que durante su reinado florecieron las dos escuelas de Derecho de Constantinopla y Beirut[28]. Todas las demás escuelas de Derecho fueron suprimidas, considerándoselas focos de paganismo.

Quinto concilio ecuménico.

Como heredero de los césares, Justiniano considero su deber restaurar el Imperio romano, pero a la vez quería establecer en el interior del Imperio una ley y una fe únicas. Un Estado, una Ley, una Iglesia: tal fue la breve fórmula a que se atuvo la política de Justiniano. Absolutista por principio, estimaba que en un Estado bien organizado todo debía subordinarse a la autoridad del emperador. Notando muy bien que la Iglesia podía ser un arma preciosa en manos del gobierno, se esforzó por todos los medios en subordinarla a él. Los historiadores que tratan de descubrir los principios directivos de la política religiosa de Justiniano, se inclinan en favor del predominio de los móviles políticos y declaran que la religión no fue para él sino la servidora del Estado, ahora dicen que aquel "segundo Constantino estuvo siempre dispuesto a olvidar sus deberes con el Estado tan pronto como intervino la religión"[29]. De hecho, Justiniano, en su deseo de ser dueño de la Iglesia, no sólo se propuso conservar en su mano el gobierno del clero y presidir los destinos de éste (sin exceptuar a sus más eminentes representantes), sino que también consideró derecho que le pertenecía el de definir el dogma para sus súbditos. La opinión religiosa del emperador, cualquiera que fuese, debía ser obligatoriamente seguida por sus vasallos. Por consecuencia, el emperador bizantino tenía el derecho de regular la vida del clero, de nombrar a su albedrío los jerarcas eclesiásticos más elevados, de imponerse como mediador y juez en los debates de la Iglesia. Por otra parte, Justiniano mostró su actitud favorable hacia la Iglesia protegiendo al clero, haciendo construir nuevos templos y monasterios, y concediendo a éstos privilegios particulares. Además dedicó todos sus esfuerzos a establecer la unidad de fe entre todos sus súbditos, participando con frecuencia en los debates dogmáticos e imponiendo soluciones definitivas a las cuestiones doctrinales en discusión. Esta política de preponderancia del poder temporal en los asuntos religiosos y eclesiásticos, extremada hasta hacerse sentir en las raíces de las más hondas

[27] *I. Pokrovski, Historia del Derecho romano. Petrogrado, 1915.*

[28] *En 551 la ciudad de Beirut fue destruida por un gran temblor de tierra seguido de una inundación marítima y de incendios. La escuela de Derecho fue trasladada a Sidón. Ello en la práctica fue el fin de la escuela. La escuela de Derecho de Roma no se suprimió, pero en el siglo VI estaba en plena decadencia.*

[29] *A. Lebedev, Los concilios ecuménicos de los siglos VI, VII y VIII. San Petersburgo, 1904.*

convicciones religiosas de los individuos, se conoce en la historia con el nombre de cesaropapismo, y Justiniano puede ser considerado uno de los representantes más característicos de la tendencia césaropapista. A su entender, el jefe del Estado debía ser a la vez césar y Papa, reuniendo en su persona la plenitud de los poderes temporal y espiritual. Para los historiadores que ven especialmente en la actividad de Justiniano el lado político, la razón principal de su césarismo fue el deseo de asegurar su poder político, reforzar su gobierno y dar bases religiosas a su autoridad suprema, que sólo la casualidad le había procurado.

Justiniano había recibido una excelente educación religiosa. Conocía muy bien la Santa Escritura y se complacía interviniendo en los debates religiosos. Incluso escribió algunos himnos de tal carácter. Pero los conflictos religiosos le parecían entrañar peligros, sin exceptuar peligros políticos, ya que, según él, amenazaban la unidad del Imperio.

Vimos que los dos predecesores de Justino y Justiniano, es decir, Zenón y Anastasio, habían entrado en el camino de la reconciliación con la Iglesia oriental monofisita, habiendo, así, roto con la Iglesia romana. Justino y Justiniano se declararon abiertamente por la última y reanudaron las relaciones con ella. En consecuencia, las provincias orientales se apartaron, por así expresarlo, de Justiniano, cosa que, sin duda, no entraba en las miras del emperador, ansioso de establecer una fe única en su vasto Imperio. Pero la restauración de la unidad de la Iglesia en Oriente y en Occidente, en Alejandría, Antioquía y Roma, era imposible. El historiador A. Diakonov dice: “El gobierno de Justiniano, en su política religiosa, semeja un Jano de doble rostro, una faz del cual se volvía al oeste, interrogando a Roma, y la otra, vuelta al este, buscaba la verdad entre los monjes de Siria y Egipto”.

Desde el mismo principio de su reinado, Justiniano situó en la base de su política religiosa la reaproximación a Roma y por consecuencia asumió el papel de defensor del concilio de Calcedonia, a cuyas decisiones eran tan opuestas las provincias orientales. Bajo Justiniano, la Santa Sede gozaba de autoridad suprema en el campo eclesiástico. En las cartas que dirigía al obispo, Justiniano llamábale “Papa”, “Papa de Roma”, “Padre Apostólico”, “Papa y Patriarca”, etcétera, aplicando el título de Papa exclusivamente al obispo de Roma. En una de sus epístolas, el emperador se dirigía al Papa como a la “Cabeza de todas las santas iglesias (“caput omnium sacrarum ecclesiarum”) y en una de sus Novelas declara, de manera muy nítida, que “la bienaventurada sede del arzobispo de Constantinopla, la nueva Roma, ocupa el segundo lugar después de la Muy Santa Sede Apostólica de la antigua Roma”.

Justiniano entró en lucha con los judíos, los paganos y los heréticos. Entre los últimos figuraban los maniqueos, los nestorianos, los monofisitas, los arrianos y los adeptos de otras doctrinas religiosas menos importantes. El arrianismo se había propagado mucho en Occidente entre las tribus germánicas. Existían vestigios de paganismo en diferentes zonas del Imperio y los paganos volvían aun los ojos a la academia de Atenas como foco principal del paganismo. Los judíos y los sectarios de tendencias heréticas de menor importancia se encontraban, al principio, esencialmente en las provincias orientales. El monofisismo era, por supuesto, la doctrina que más adeptos tenía.

La lucha contra los arrianos en Occidente asumió la forma de una serie de operaciones militares que terminaron, como sabemos, por la sumisión parcial o total de los reinos germánicos.

La convicción, honda en Justiniano, de que se necesitaba en el Imperio una fe única no dejaba lugar a la menor tolerancia con los principales representantes de las doctrinas y enseñanzas heréticas, y los tales sufrieron bajo él severas y tenaces persecuciones desarrolladas con ayuda de las autoridades civiles y militares.

Para exterminar de modo radical los últimos vestigios del paganismo, Justiniano, en 529, ordenó la clausura de la famosa Escuela filosófica de Atenas, último baluarte del expirante paganismo y cuya decadencia había precipitado la creación, en el siglo V, bajo Teodosio II, de la universidad de Constantinopla. Muchos profesores fueron desterrados y se confiscaron los bienes de la academia. Un historiador escribe: “El mismo año en que San Benito destruyó el último santuario

pagano en Italia, el templo de Apolo del bosque sagrado de Monte Cassino, vio también la destrucción del baluarte del paganismo clásico en Grecia". Desde entonces, Atenas perdió definitivamente su antigua importancia como foco de civilización, transformándose en una ciudad de segundo orden, pequeña y tranquila. Algunos de los filósofos de la academia de Atenas decidieron emigrar a Persia, donde se afirmaba que el rey Cosroes se interesaba por la filosofía. Fueron muy bien acogidos, pero los griegos no se acostumbraban a vivir en el extranjero y Cosroes resolvió devolverlos a Grecia, previo un acuerdo con Justiniano, quien se comprometía a no perseguir a tales filósofos ni obligarlos a profesar la fe cristiana. Justiniano cumplió su promesa y los filósofos paganos pasaron el resto de sus días en el Imperio bizantino en la más completa seguridad. De todos modos, Justiniano, pese a sus esfuerzos, no logró extirpar por completo el paganismo, que siguió existiendo en secreto en ciertas regiones alejadas.

En Palestina, los judíos, así como los samaritanos, que tenían una religión muy semejante a la de los judíos, no pudieron soportar las persecuciones del gobierno y se sublevaron, siendo cruelmente reprimidos. Se destruyeron muchas sinagogas y en las que quedaron en pie se prohibió leer el Antiguo Testamento en su texto hebreo, que debía ser reemplazado por el texto griego de los Setenta. La población perdió sus derechos civiles. También los nestorianos fueron perseguidos con saña.

Más importante que esto fue la política de Justiniano respecto a los monofisitas. Sus relaciones con ellos tenían gran importancia política, porque se enlazaban estrechamente con la cuestión vital de las provincias orientales; Egipto, Siria y Palestina. Además, los monofisitas estaban apoyados por Teodora, la esposa del emperador, la cual ejercía sobre él influencia considerable. Un escritor monofisitacontemporáneo, Juan de Éfeso, la llamaba "la mujer que ama al Cristo y está llena de celo... la emperatriz más cristiana, enviada por Dios en tiempos difíciles para proteger a los perseguidos"[30].

Por consejo de Teodora, Justiniano, al comienzo de su reinado, quiso reconciliarse con los monofisitas. Los obispos monofisitas desterrados bajo Justino y en los primeros años del reinado de Justiniano, fueron autorizados a regresar. Se invitó a muchos monofisitas a participar, en la capital, en una conferencia religiosa de conciliación, y el emperador, según un testigo ocular, exhortó a discutir con sus adversarios todas las cuestiones dudosas "con toda la dulzura y toda la paciencia que convienen a la ortodoxia y a la religión"[31]. Quinientos monjes monofisitas instalados en uno de los palacios de la capital transformaron tal palacio en "un grande y admirable eremitorio"[32]. El 535, Severo, obispo de Antioquía, cabeza y verdadero legislador del monofisísmo, estuvo en Constantinopla, donde permaneció un año. La capital del Imperio, a principios del 535, recuperaba hasta cierto punto el aspecto que había presentado bajo el reinado de Anastasio. El arzobispo de Trebisonda, Antimo, conocido por su actitud conciliadora hacia los monofisitas, fue elevado al patriarcado de Constantinopla. Dijérase que los monofisitas estaban a punto de triunfar.

Pero la situación cambió con mucha rapidez. El Papa Agapito, en su viaje a Constantinopla, así como el partido de los *akoimetoi* u ortodoxos extremistas, lanzaron tales clamores ante las concesiones religiosas del arzobispo trebisondano, que el emperador, no sin disgusto, hubo de modificar su política. Antimo fue depuesto y substituido por el sacerdote ortodoxo Menas. Según un testimonio histórico hubo la conversación siguiente entre emperador y Papa: "Yo te forzaré a estar de acuerdo con Nos o te desterraré", dijo Justiniano. "Había —contestó Agapito— deseado visitar al más cristiano de los emperadores, y he aquí que encuentro un Diocleciano. Empero, tus amenazas no me atemorizan"[33]. Es muy probable que las concesiones del emperador al Papa fuesen motivadas

[30] *Juan, obispo de Éfeso, Commentarii de Beatis Orientalibiis, versión de Van Douwen y Laud(Amsterdam, 1889). Juan de Éfeso, Vidas de ios Santos Orientales, texto siríaco y traducción inglesa en Patrología Orientaiis, t. XVIII (1924).*

[31] *Mansi, Sacrarum Conciliorum nova et amplissima collectio (Florencia, 1762), t. VIII.*

[32] *Juan de Éfeso*

[33] *Vita Agapeti papae. Líber Pontificalis, cd. L. Duchesne (París, 1886).*

por el hecho de que empezaba entonces en Italia la guerra contra los ostrogodos y Justiniano necesitaba un apoyo en Occidente.

Pese a tal concesión, Justiniano no abandonó del todo la esperanza de reconciliar al Estado con los monofisitas. Esto se vio en breve cuando el famoso asunto de los *Tres Capítulos*. Se refería el asunto a tres famosos teólogos del siglo V, a saber, Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro, e Ibas de Edesa. Los monofisitas reprochaban al concilio de Calcedonia no haber condenado a aquellos tres escritores, a pesar de sus doctrinas nestorianas. El Papa y los *akoimetoi* oponían sobre ese punto una encarnizada resistencia. Justiniano, muy irritado por ella, declaró que en aquel extremo los monofisitas tenían razón y que los ortodoxos debían aceptar el punto de vista monofisita. El 543 publicó, en consecuencia, un edicto condenando las obras de aquellos tres teólogos y amenazando con iguales rigores a quienes los defendieran o aprobaran[34].

Justiniano quiso hacer obligatorio el edicto en todo el Imperio y exigió que lo firmasen todos los patriarcas y obispos. Ello no resultó fácil de ejecutar. El Occidente se conmovió a la idea de que consentir en firmar el edicto imperial podía equivaler en algún modo a usurpar la autoridad del concilio de Calcedonia. Un sabio diácono de Cartago escribía: "Si las definiciones del concilio de Calcedonia se ponen a discusión, ¿no puede correr parejo peligro el concilio de Nicea?"[35]. Además, se promovía la siguiente pregunta: ¿cabía condenar a muertos? Porque aquellos tres teólogos ya no existían desde el siglo precedente. Por ende ciertos representantes de la Iglesia occidental entendían que el emperador, con su edicto, atentaba a la libertad de pensamiento de los miembros de la Iglesia. Esta última opinión no existía prácticamente en la Iglesia oriental, acostumbrada hacía mucho a la intromisión del emperador en la resolución de las cuestiones dogmáticas. Lo de la condenación de los escritores muertos estaba, de otra parte, resuelto en las Escrituras, ya que el rey Josías, en el Antiguo Testamento, no sólo había sacrificado sacerdotes paganos vivos, sino profanado los sepulcros de otros muertos mucho antes de su reinado, quemando sus huesos sobre el altar (Reyes, IV, 23; 16). Así, mientras la Iglesia oriental consentía en reconocer el edicto y condenar los tres capítulos, la occidental se pronunciaba contra él. En definitiva, el edicto de Justiniano no fue reconocido nunca por toda la Iglesia.

Para reconciliarse con la Iglesia occidental, Justiniano necesitaba ante todo convencer al Papa de que aprobase el edicto. Invitó, pues, al Papa Virgilio a acudir a Constantinopla, donde el Pontífice hubo de pasar más de siete años. A su llegada el Papa se pronunció resueltamente contra el edicto y excomulgó al patriarca de Constantinopla, Menas. Pero, poco a poco, bajo la acción de diversas influencias, el Papa cedió ante Justiniano y Teodora y, el 548, añadiendo su voz a la de los cuatro patriarcas orientales, publicó una ordenación de los tres teólogos, a la que se llama de ordinario el *Judicatum.* Este fue el postrer triunfo de Teodora, que murió el mismo año, persuadida de la victoria definitiva e inevitable del monofisismo. El Papa invitó a los sacerdotes de la Europa occidental a orar por "los más clementes de los príncipes, Justiniano y Teodora".

Pero la Iglesia occidental no aprobó la concesión hecha por el Papa. Los obispos de África, tras reunir un concilio, llegaron a excomulgarle. Influido por los acontecimientos occidentales, el Papa vaciló y concluyó retirando el *Judicatum.* En tales circunstancias, Justiniano decidió convocar un concilio ecuménico, que se reunió en Constantinopla el 553.

La tarea de aquel quinto concilio ecuménico fue mucho más limitada que las de los precedentes. No se trataba de una herejía nueva, sino sólo de precisar ciertos puntos respecto a las decisiones de los concilios tercero y cuarto, relativas en parte al nestorianismo, pero sobre todo a la doctrina monofisita. El emperador deseaba vivamente que el Papa, que se hallaba entonces en Constantinopla, asistiese al concilio, más el Santo Padre, alegando excusas diversas, rehusó, y todas las sesiones se celebraron sin él. El concilio examinó las obras de los tres teólogos y opinó como el

[34] *El edicto de los Tres Capítulos fue llamado así porque se componía de tres capítulos o parágrafos consagrados a los tres teólogos, pero el sentido primitivo de la calificación se olvidó pronto y los Tres Capítulos significaron Teodoro, Teodoreto e Ibas.*

[35] *Fulgencio Ferrandi, diácono de Cartago, Epístola VI, 7.*

emperador, condenando y anatematizando "al impío Teodoro, que había sido obispo de Mopsuestia, así como a todas sus obras impías, y todo lo que de impío había escrito Teodoreto, y la carta impía atribuida a Ibas, y a todos aquellos que habían escrito o escribían para defenderlos ("ad defensionem eorum").

Las decisiones del concilio se declararon obligatorias y Justiniano inauguró una política de persecución y destierro contra los obispos que no aprobaban la condena. El Papa fue desterrado a una isla del mar de Mármara. Al fin consintió en firmar la condena y así se le autorizó a volver a Roma. Pero murió en Siracusa, yendo de camino.

Occidente no aceptó las decisiones del concilio de 553, sino a fines del siglo VI, sólo luego que Gregorio I el Grande (590—604) hubo proclamado que "en el sínodo que se había ocupado de los Tres Capítulos, nada había sido violado ni cambiado en lo que atañía a materia de religión"[36], el concilio de 553 fue reconocido en todo Occidente como ecuménico e igual que los cuatro primeros concilios.

La recia lucha religiosa entablada por Justiniano para reconciliar a monofisitas y ortodoxos no condujo a los resultados apetecidos. Los monofisitas no quedaron satisfechos con las concesiones que se les hacían. J. Maspero llama al período comprendido entre 537 y 570 el *terror católico*.

Hacia el fin del reinado de Justiniano parece advertirse una orientación nueva en la política religiosa del emperador, pero este punto no está suficientemente dilucidado. El 565 murió el anciano emperador y cambió la política religiosa del gobierno.

Estableciendo un balance de la política religiosa de Justiniano, hallamos que no logró establecer una Iglesia unida en el Imperio. La ortodoxia y el monofisismo no se reconciliaron; el nestorianismo, el maniqueísmo, el judaísmo y, en cierta medida, el paganismo, siguieron existiendo. No hubo unidad religiosa y la tentativa de Justiniano para establecerla debe ser considerada como un fracaso.

Pero al hablar de la política religiosa de Justiniano no debe olvidarse la actividad evangelizadora característica de aquel período. Justiniano, emperador cristiano, creyó su deber extender el cristianismo allende las fronteras del Imperio. En su época se produjo la conversión de los hérulos a orillas del Danubio, la de algunas tribus caucásicas y también la de las tribus indígenas del África del Norte y del Nilo medio[37].

Política interior de Justiniano. La sedición Nika.

Al llegar Justiniano al trono reinaban en todo el Imperio la sedición y la anarquía. La miseria asolaba lo más del país, en especial las provincias. Los impuestos se percibían con dificultades. Las facciones del circo, los grandes terratenientes, los parientes de Anastasio desposeídos del trono, las disputas religiosas, aumentaban las turbulencias interiores, creando una situación alarmante.

Al subir al trono, Justiniano comprendió que el Estado necesitaba profundas reformas internas. Y se aplicó esforzadamente a la obra. Las principales fuentes que poseemos sobre esta parte de la actividad de Justiniano son, de una parte, sus Novelas; de otra, el tratado contemporáneo de Juan el Lidio, tratado que se intitulaba *De la administración del Estado romano,* y, en fin, la *Historia secreta,* contemporánea también, de Procopio, de la que hablaremos más veces. En época reciente se han encontrado preciosos materiales sobre ese tema en los papiros.

---

[36] *Epistolas Gregorii Magni, II, 36, en Mansi, t. IX. Gregorii I papam Registrum epistolarum, 49, en Man (1891).*

[37] *A propósito del deseo de Justiniano de propagar el cristianismo entre los diferentes pueblos germánicos de la Europa occidental, puede notarse la carta del rey franco Teodobecrto a Justiniano, carta en que el franco informa con mucha humildad de los pueblos sobre los cuales reina en Occidente, constituyendo una especie de lección sobre geografía germánica en el siglo VI (Diehl, Justinien, 1901)*

Al principio mismo de su reinado, Justiniano hubo de afrontar en la capital una sedición terrible.

El barrio principal de Constantinopla era el del circo o hipódromo, lugar predilecto de reunión para los habitantes de la capital, tan aficionados a las carreras de carros. Por lo común, el nuevo emperador comparecía, tan pronto como era coronado, en el hipódromo y allí, en el palco imperial o *Kathisma*, recibía las aclamaciones de la multitud. Los conductores de carros llevaban ropas de cuatro colores: verde, azul, blanco o rojo. Las carreras constituían el espectáculo más agradable a la ciudad desde que la Iglesia prohibiera los combates de gladiadores. En torno a los aurigas de cada color se agrupaban facciones muy bien organizadas. Estas facciones tenían su caja propia, pagaban el mantenimiento de los aurigas, de los caballos y de los carros, y rivalizaban y disputaban con los partidarios de otros colores. Pronto se las conoció bajo los nombres de *verdes, azules*, etc. El circo y las carreras, así como las facciones del circo, provenían del Imperio romano, de donde pasaron a Bizancio; una tradición literaria tardía remontaba su fundación a los tiempos mitológicos de Rómulo y Remo. El sentido inicial de los nombres de las cuatro facciones está poco claro. Las fuentes de la época de Justiniano (siglo VI) declaran que esos nombres correspondían a los cuatro elementos: tierra (verdes), agua (azules), aire (blancos) y fuego (rojos). Los espectáculos del circo tenían extraordinaria magnificencia. Los espectadores a veces llegaban a 50.000.

Poco a poco, las facciones del circo, designadas en la época bizantina por el nombre de *demós*, se transformaron en partidos políticos expresivos de determinadas tendencias políticas, sociales o religiosas. La voz de la muchedumbre del circo pasó a ser una especie de opinión pública y de voz de la nación. "A falta de una prensa —dice E. I. Uspenski—, el hipódromo se convirtió en el único lugar donde podía expresarse libremente la opinión pública, la cual, en ciertos momentos, dictó órdenes al gobierno". El emperador aparecía a veces en el circo para dar a la multitud explicaciones de sus actos. En el siglo VI las facciones más influyentes eran la de los azules (*venetoi*), partidarios de la ortodoxia y a quienes, por lo tanto, también se llamaba calcedonios (partidarios del concilio de Calcedonia); y la de los verdes (*prasinoi*), que se atenían al monofisismo. Ya bajo el reinado de Anastasio, había estallado una insurrección en la capital y, tras terribles depredaciones, el partido ortodoxo, aclamando un nuevo emperador, se había precipitado en el hipódromo, donde compareció Anastasio aterrado, sin diadema, y ordenó al heraldo declarar al pueblo que estaba dispuesto a deponer el poder. Viendo la multitud al emperador en tan deplorable estado, calmóse y la insurrección concluyó. Tal episodio es característico del influjo ejercido por el hipódromo y la muchedumbre de la capital sobre el gobierno y el emperador. Anastasio, corno monofisita, había tendido a favorecer a los verdes.

Con Justino y Justiniano se impuso la ortodoxia, y con ella los azules. No obstante, Teodora era favorable a los verdes. De modo que en el mismo trono imperial encontraban defensores las facciones diversas.

Numerosas y diversas causas provocaron la terrible insurrección del 532 en la capital. La oposición dirigida contra Justiniano era triple: dinástica, política y religiosa. Los parientes de Anastasio vivían aun y se consideraban defraudados por la exaltación al trono de Justino primero y Justiniano después, y se apoyaban en el partido de los verdes, favorables al monofisismo. Se propusieron, pues, derribar a Justiniano. La oposición política nacía de la irritación general contra la administración superior, y sobre todo contra el famoso jurista Triboniano, de quien hablamos antes, y contra el prefecto del pretorio, Juan de Capadocia, quien había provocado honda indignación en el pueblo con sus abusos, ilegalidades, exacciones y crueldad. Finalmente la oposición religiosa nacía de los monofisitas, que habían sufrido graves vejaciones bajo Justino y Justiniano. Este conjunto de causas motivó una insurrección popular en la capital. Es interesante notar que azules y verdes, olvidando sus querellas religiosas por esta vez, se unieron contra el detestado gobierno. Las negociaciones que a través de un heraldo mantuvo el emperador con el pueblo reunido en el hipódromo, no condujeron a resultado alguno[38]. La revuelta se propagó muy de prisa por la ciudad.

[38] *Se hallará la curiosa conversación entre el emperador y los verdes —por intermedio de un heraldo*

El grito de los sublevados, *Nika*, o "Victoria", ha dado nombre a esta rebelión, designada en la historia como *sedición Nika.* Los edificios más bellos, los monumentos artísticos más admirables fueron incendiados y saqueados. La basílica de Santa Sofía ardió también. En su solar debía elevarse más tarde la famosa catedral de Santa Sofía. La promesa del emperador de destituir a Triboniano y a Juan de Capadocia, su arenga personal a las turbas, en el hipódromo, no surtieron efecto alguno. Un sobrino de Anastasio fue proclamado emperador. Justiniano y sus consejeros, refugiados en palacio, pensaban ya en huir de la capital, pero en aquel momento crítico acudió Teodora en socorro de su marido. Procopio reproduce su discurso, en el que ella, entre otras, expresa las siguientes ideas: "Es imposible al hombre, una vez venido al mundo, evitar la muerte; pero huir cuando se es emperador es intolerable. Si quieres huir, césar, bien está. Tienes dinero, los barcos están dispuestos y la mar abierta... Pero reflexiona y teme, después de la fuga, preferir la muerte a la salvación. Yo me atengo a la antigua máxima de que la púrpura es una buena mortaja"[39]. Entonces se dio a Belisario la tarea de reprimir la insurrección, que duraba ya seis días. Belisario logró rechazar al pueblo sublevado hasta el hipódromo, cercándolo allí y dando muerte a treinta o cuarenta mil rebeldes. Aplastada la revuelta, Justiniano volvía a sentarse en un trono sólido. Los parientes de Anastasio fueron ejecutados.

Una de las características de la política interior de Justiniano es la lucha obstinada —y no explicada del todo— que mantuvo contra los grandes terratenientes. Conocemos esa lucha por las Novelas, por los papiros y por la *Historia secreta* de Procopio, quien, aun cuando se instituye en defensor de la nobleza y recoge en su obra acusaciones absurdas contra Justiniano, aquel advenedizo al trono imperial, no por eso deja de darnos una pintura muy interesantes de los conflictos sociales del siglo VI. El gobierno advertía que sus rivales mas peligrosos eran los grandes terratenientes, que administraba sus dominios sin cuidarse para nada del poder central. En una de sus Novelas, Justiniano deplora la situación alarmante de las propiedades rurales, pertenecientes al Estado o a particulares, en las provincias, bajo el poder arbitrario de los magnates locales, y escribe al procónsul de Capadocia estas significativas líneas: "Hemos sido informados de abusos tan extraordinariamente graves cometidos en las provincias, que su represión difícilmente puede ser tentada por una sola persona revestida de gran autoridad. Incluso nos avergüenza decir la inconveniencia con que los intendentes de los señores se pasean rodeados de guardias personales, la cantidad de gentes que los acompañan y la impudicia con que todo lo roban". Luego de decir algunas palabras sobre el estado de la propiedad, añade que "la propiedad del Estado se ha transformado casi por completo en propiedad privada, porque ha sido arrebatada y entregada al pillaje, incluso todos los tropeles de caballos, y ni un solo hombre ha elevado la voz para protestar, porque todas las bocas estaban cosidas con oro". Resulta de estas declaraciones que los señores de Capadocia gozaban de plenos poderes en sus provincias, que poseían tropas propias, hombres de armas y escoltas, y que se apoderaban tanto de las propiedades de los particulares como de las públicas. También es interesante notar que esta Novela se publicó cuatro años después de la sedición Nika. Se encuentran en los papiros indicaciones análogas sobre el Egipto de la época de Justiniano. Uno de los miembros de la famosa familia aristocrática de los Apiones poseía en el siglo VI vastas propiedades rurales en todo Egipto. Poblados enteros pertenecían a sus posesiones. Su organización doméstica era casi real. Tenía secretarios, intendentes, ejércitos de trabajadores, consejeros, recaudadores de impuestos, un tesorero, una policía y hasta un servicio postal. Estos grandes señores empleaban prisiones propias y mantenían tropas personales[40]. Las iglesias y monasterios poseían también extensos territorios.

Justiniano entabló una lucha implacable contra aquellos grandes propietarios rurales. Por medios diversos, como intromisión en las herencias; donaciones forzadas (y hasta falsificadas a veces) al emperador; confiscación merced a falsos testimonios; procesos religiosos tendientes a

---

o mandatario— en Teófanes.

[39] *Procopio, De bello persico, I, 24, 35—37.*

[40] H. *J. Bell, The Byzantine Servil State in Egypt. Journal of Egyptian Archeology, tomo IV (1917).*

privar a la Iglesia de sus bienes territoriales, Justiniano se esforzó, consciente y metódicamente, en destruir la propiedad territorial de grandes vuelos. Se ejecutaron numerosas confiscaciones, sobre todo después de la tentativa revolucionaria del 532. Pero Justiniano no logró aplastar por completo a la alta aristocracia terrateniente, que siguió siendo uno de los elementos más peligrosos de la vida del Imperio en las siguientes épocas.

Justiniano advirtió los vicios de la administración, es decir, su venalidad, sus robos y sus exacciones, que entrañaban general empobrecimiento y ruina y daban inevitablemente nacimiento a desórdenes interiores en el Imperio. Comprendía que tal estado de cosas tenía efectos desastrosos sobre la seguridad social, la economía y la agricultura. Comprendió también que el desorden financiero implicaba una confusión general en la vida del Imperio y deseó vivamente poner remedio a tal situación. Estimaba deber del emperador establecer reformas nuevas y profundas, y concebía la misión reformadora del soberano como una obligación inherente a su estado y un acto de gratitud hacia Dios, que le había colmado de beneficios. Pero, representante convencido del absolutismo imperial, Justiniano veía en la centralización administrativa y el empleo de una burocracia perfeccionada y estrictamente obediente, el solo medio de mejorar la situación del Imperio.

Primero dirigió la atención al estado financiero del país, que inspiraba, con motivo, serios temores. Las empresas militares exigían enormes gastos y los impuestos se recaudaban más difícilmente cada vez. Ello inquietaba mucho al emperador, quien en una de sus Novelas escribió que, dados sus grandes gastos militares, sus súbditos debían apagar las tasas del Estado de buen grado e íntegramente". Así, de una parte se hacía campeón de la inviolabilidad de los derechos del fisco y de otra se proclamaba defensor del contribuyente contra las extorsiones de los funcionarios.

Dos grandes Novelas del año 535 son características de la actividad reformadora de Justiniano, porque exponen los principios esenciales de su reforma administrativa y determinan con precisión las nuevas obligaciones de los funcionarios. Una de ellas prescribe a los gobernadores "tratar como padres a todos los ciudadanos leales, proteger a los súbditos contra la opresión, rehusar todo regalo, ser justos en los juicios y decisiones administrativas, perseguir al crimen, proteger al inocente, castigar al culpable, de acuerdo con la ley, y, en general, tratar a los súbditos como un padre trataría a sus hijos". Pero, a la vez, los funcionarios, "guardando sus manos puras (es decir, rehusando dádivas) en toda circunstancia", debían velar atentamente por las rentas del Imperio, "aumentando los tesoros del Estado y poniendo todo su cuidado endefender los intereses de aquél". La Novela declara que, dada la conquista de África y la sumisión de los vándalos, así como las vastas empresas proyectadas, "es absolutamente necesario que los impuestos sean pagados íntegramente y de buena voluntad en los términos fijados. Así, si queréis dar buena acogida a los gobernadores y si les ayudáis a recaudar los impuestos pronta y fácilmente, Nos loaremos a los funcionarios por su celo y a vosotros por vuestra prudencia y una buena y tranquila armonía reinará por doquier entre gobernantes y gobernados". Los funcionarios debían prestar juramento solemne de cumplir con honradez sus funciones y a la vez se les hacía responsables del cobro íntegro de los impuestos en las provincias que se les confiaban. Los obispos debían inspeccionar la conducta de los funcionarios. Los culpables de alguna falta incurrían en castigos severos, mientras los que cumplían su cargo con honradez podían obtener mejoras. Así, los deberes de funcionarios y contribuyentes aparecen muy netos en el ánimo de Justiniano: los primeros deben ser gente honrada; los segundos deben pagar sus impuestos de buen grado, con regularidad e íntegramente. En sus decretos posteriores el emperador se refiere a menudo a esos principios fundamentales de su reforma administrativa.

Todas las provincias del Imperio no fueron gobernadas de la misma manera. Algunas, sobre todo las fronterizas, pobladas por indígenas descontentos, exigían una administración más firme que otras. Ya vimos antes que las reformas de Diocleciano y de Constantino acrecieron desmesuradamente las divisiones provinciales y crearon un enorme cuerpo de funcionarios, produciendo a la par una separación estricta de las jurisdicción militar y civil. Con Justiniano hallamos varios ejemplos de ruptura de ese sistema y de regreso al anterior a Diocleciano. Justiniano, sobre todo en Oriente, reunió varias pequeñas provincias, haciendo que formasen una

unidad más considerable, y en determinadas provincias del Asía Menor, donde solían sobrevenir conflictos y disputas entre las autoridades civiles y militares, reunió las funciones militares y civiles en manos de una sola persona, con título de pretor. El emperador prestó particular atención a Egipto, y en especial a Alejandría, que suministraba grano a Constantinopla. Según una Novela, la organización del tráfico de grano en Egipto y de su transporte a Roma, era terriblemente defectuosa. Para reorganizar aquel servicio, importante en grado sumo a la vida del Imperio, Justiniano dio al funcionario civil denominado *augustalis* ("vir spectabilis augustalis") poderes militares sobre las dos provincias egipcias, así como sobre Alejandría, ciudad muy populosa y agitada. Pero tales tentativas de reagrupamiento de territorios y poderes no tuvieron en Justiniano un carácter sistemático.

Aunque poniendo en práctica en las provincias orientales la idea de la fusión de poderes, Justiniano hizo subsistir en Occidente la antigua separación de los poderesmilitar y civil, sobre todo en las recién conquistadas prefecturas de África del Norte e Italia.

Esperaba el emperador que con numerosos y apresurados edictos corregiría todos los defectos de la administración y, según sus propios términos, "daría al Imperio, con sus espléndidas empresas, una nueva flor". La realidad no respondió a sus esperanzas, porque todos sus decretos no podían cambiar a las personas. Las posteriores Novelas prueban claramente que continuaban las rebeliones, extorsiones y pillajes. Era menester renovar sin cesar los decretos imperiales, recordando su existencia a la población. A veces, en ciertas provincias, hubo de proclamarse la ley marcial.

Falto de dinero y agobiado por necesidades urgentes, el propio Justiniano tuvo que recurrir en ocasiones a las mismas medidas que prohibía en sus edictos. Vendió cargos por gruesas sumas y, a pesar de sus promesas, creó nuevos impuestos, aunque sus Novelas muestran con claridad que le constaba la imposibilidad de la población de atender a sus cargos fiscales. Presionado por dificultades financieras recurrió a la alteración de la moneda y emitió moneda depreciada, pero la actitud del pueblo se volvió tan amenazadora, que hubo, casi inmediatamente, de revocar el edicto que lo disponía (Malalas). Todos los medios posibles e imaginables fueron puestos en obra para llenar las cajas del Estado, el fisco, "que ocupa el lugar del estómago, el cual nutre todas las partes del cuerpo", según frase de Corippo, poeta del siglo VI. La severidad con que hacía percibir los impuestos alcanzó extremo rigor y produjo un efecto desastroso sobre la población, ya extenuada. Un contemporáneo dice que a una invasión extranjera hubiese parecido menos temible a los contribuyentes que la llegada de los funcionarios del fisco"[41]. Las poblaciones pequeñas se empobrecieron y quedaron desiertas, porque sus habitantes huían para escapar a la opresión del gobierno. La producción del país descendió casi a nada. Estallaron revueltas. Comprendiendo que el Imperio estaba arruinado y que sólo la economía podía salvarlo, Justiniano aplicóse a ello, pero en la esfera donde más peligroso debía resultar. Redujo los efectivos del ejército y con frecuencia atrasó el pago de los soldados. Mas el ejército, compuesto sobre todo de mercenarios, se levantó a menudo contra semejante práctica y se vengó en las indefensas poblaciones.

La reducción del ejército tuvo otras consecuencias graves, pues dejó al descubierto las fronteras y los bárbaros pudieron penetrar impunemente en territorio bizantino y entregarse al pillaje. Las fortalezas construidas por Justiniano no se mantuvieron con la debida guarnición. Incapaz de oponerse a los bárbaros por la fuerza, Justiniano hubo de comprarlos, y ello arrastró a nuevas expensas. Con frase de Diehl, se creó un círculo vicioso. La falta de dinero había engendrado la disminución del ejército, y la insuficiencia de soldados exigió más dinero para pagar a los enemigos que amenazaban a Bizancio.

Si a esto se añaden las frecuentes carestías, las epidemias, los temblores de tierra, cosas todas que arruinaban a la población y aumentaban el presupuesto del gobierno, se puede imaginar el desolador panorama que presentaba el Imperio al final del reinado de Justiniano. De tal panorama hállase un eco en la primera Novela de Justino II, la cual habla "del tesoro público gravado de

[41] *Juan el Lidio, De Magistratibus, III, 70*

abundantes deudas y reducido a extrema pobreza", y de "un ejército que carecía ya tanto de todo lo necesario, que el Imperio era frecuente y fácilmente atacado y devastado por los bárbaros".

Los esfuerzos de Justiniano en la esfera de las reformas administrativas fracasaron completamente. En lo financiero el Imperio se hallaba a dos pasos de la ruina. Aquí no debemos perder de vista el estrecho lazo que unía la política interna con la externa del emperador. Sus vastas empresas militares en Occidente, con los inmensos gastos que exigían, arruinaron el Oriente y dejaron a los sucesores de Justiniano una herencia pesada y difícil. Las primeras Novelas prueban con claridad que Justiniano deseaba poner orden en la vida del Imperio y elevar el nivel moral de los órganos del gobierno, pero tan nobles intenciones no pudieron cambiarse en realidades vivas porque tropezaron con los planes militares del emperador, planes que le dictaba el concepto que tenía de sus deberes como heredero de los césares romanos.

El comercio bajo Justiniano. Cosmas Indicopleustes. Las fortificaciones.

El período de Justiniano marcó con una huella muy rotunda la historia del comercio bizantino. En el período cristiano, como en los tiempos del Imperio romano pagano, el comercio se mantenía sobre todo con Oriente. Los objetos de comercio más raros y preciosos llegaban de los remotos países chinos e hindúes. La Europa occidental, entonces en el estadio de la formación de nuevos Estados germánicos —algunos de los cuales fueron conquistados por los generales de Justiniano—, vivía en condiciones muy desfavorables para el desarrollo de una vida económica propia. El Imperio romano de Oriente, con su capital, tan ventajosamente situada, se convirtió, por fuerza de las cosas, en intermediario entre Oriente y Occidente, papel que conservó hasta las Cruzadas.

Pero el Imperio bizantino mismo no estaba en relación comercial directa con los países del Extremo Oriente, sino que el Imperio persa de los sasánidas le servía de intermediario, hallando enormes beneficios en las transacciones que practicaba con los mercaderes bizantinos. Hacia el Lejano Oriente existían entonces dos rutas, una terrestre, marítima la otra. Desde las fronteras occidentales de China llegaban las caravanas hasta la Sogdiana (hoy Bukhara) y la frontera persa y las mercancías pasaban de manos de los traficantes chinos a las de los persas, quienes las transportaban hasta las aduanas del Imperio bizantino. La vía marítima comprendía las etapas siguientes: los mercaderes chinos llevaban sus géneros en barcos hasta la isla de Trapobana (Ceilán), al sur de la península del Dekan. Allí las mercancías chinas eran transbordadas a buques, persas en su mayoría, que las llevaban por el océano índico y el golfo Pérsicoa las desembocaduras de los ríos Tigris y Éufrates. Remontando este último río, alcanzaban la aduana bizantina sita en sus márgenes. Así que el comercio de Bizancio con Oriente dependía muy estrechamente de las relaciones que hubiera entre Persia y Bizancio, y como las guerras persobizantinas se habían hecho crónicas, las relaciones mercantiles de Bizancio con Oriente sufrían graves trabas y constantes interrupciones. El principal artículo comercial era la seda de China, cuyo secreto de fabricación celaban los chinos muy estrictamente. Las dificultades de la importación de la seda hacían subir mucho su precio y el de sus derivados en los mercados bizantinos. A más de seda, China y la India exportaban a Occidente perfumes, especias, algodón, piedras preciosas y otros artículos que hallaban en Bizancio vasta salida.

Deseoso de sacudir la dependencia económica de Bizancio respecto a Persia, Justiniano trató de encontrar otra vía comercial hacia la India y la China, vía que necesitaba ser exterior a la esfera del dominio pérsico.

Bajo Justiniano se publicó un notable escrito que nos da valiosos informes sobre la geografía de las cuencas del mar Rojo y océano Índico, así como sobre las relaciones comerciales con la India y China. Nos referimos a la *Topografía* o *Cosmografía cristiana*, escrita por Cosmas Indicopleustes[42] a mediados del siglo VI.

[42] *Indicopleustes equivale a "quien navega para la India" o "navegante en el océano Índico".*

Cosmas, natural de Egipto —y probablemente de Alejandría—, se dedicó al comercio desde su infancia, pero, descontento de las condiciones del comercio en su propio país, emprendió una serie de viajes lejanos, en cuyo transcurso visitó las orillas del mar Negro, la península del Sinaí, Etiopia (Abisinia), y acaso Ceilán. Cristiano y nestoriano, terminó su vida siendo monje. Su sobrenombre griego de Indicopleustes se encuentra ya en ediciones muy antiguas de su obra.

El objeto fundamental de la *Topografía cristiana* no ofrece gran interés aquí para nosotros, ya que Cosmas se proponía demostrar a los cristianos que, a pesar del sistema de Ptolomeo, la Tierra no tiene forma de esfera, sino más bien de una caja rectangular alargada semejante al altar del tabernáculo de Moisés. Sostenía, además, que el Universo entero posee una forma semejante a la de dicho tabernáculo. Pero la mucha importancia histórica de esa obra reside en los informes de orden geográfico y mercantil que nos da sobre la época de su autor. Éste informa concienzudamente al lector de las fuentes a las cuales ha apelado y da una apreciación muy completa de cada una de ellas. Separa sus propias observaciones, "hechas por un testigo ocular", de los informes de otros testigos oculares y de los recogidos de versiones del boca en boca. Describe como testigo de vista el palacio del rey de Abisinia en la ciudad de Axum, en el reino ll amado de Axum, y habla detalladamente de varias interesantes inscripciones de Nubia y de las costas del mar Rojo. Habla también de la fauna africana e india y, sobre todo (y este es el punto más importante), nos da importantes datos sobre la isla de Ceilán (Trapobana), explicando la importancia comercial de esa isla en la Alta Edad Media. De su relato se desprende que en el siglo VI, Ceilán era un centro de comercio internacional entre China por una parte y por otra el África, Persia y, a través de Persia, Bizancio. Según Cosmas, "la isla, estando, como está, en una situación central, es muy frecuentada por naves que proceden de todas las partes de la India, y de Persia, y de Etiopía".

Es interesante notar que, a pesar de la ausencia casi completa de relaciones comerciales directas entre Bizancio y la India, ya desde la época de Constantino el Grande se veían monedas bizantinas en los mercados hindúes. Probablemente no las llevaban allí mercaderes bizantinos, sino persas y abisinios (axumitas). En la India septentrional y meridional se han descubierto monedas con el cuño de los emperadores bizantinos de los siglos IV, V y VI, es decir, Arcadio, Teodosio, Marciano, León I, Zenón, Anastasio y Justino. Y ello se debió a que en la vida económica internacional del siglo VI el Imperio bizantino desempeñaba un papel tan importante que, según Cosmas, "todas las naciones hacen su comercio con la moneda romana (la pieza de oro bizantina, *nomisma* o *solidus*), de una extremidad a otra de la Tierra. Esta moneda es mirada con admiración por todos los habitantes, cualquiera que sea el Estado a que pertenezca, porque no hay Estado alguno donde exista otra semejante".

El mismo autor cuenta al propósito una historia muy interesante que muestra el profundo respeto que inspiraba en la India la *nomisma* bizantina. La historia, poco más o menos, reza así:

El rey de Ceilán había admitido a audiencia al mercader bizantino Sopatrus y a varios persas. Tras recibir sus saludos les mandó sentarse y les interrogó en qué estado se hallaban sus países y cómo iban sus respectivos asuntos. A lo que le contestaron: "Bien". Más tarde, en el decurso de la plática, el rey preguntó: "¿Cuál de vuestros reyes es más grande y poderoso?" El decano de los persas, interviniendo con afán, dijo: "Nuestro rey es el más poderoso, el más grande y el más rico. Es, en verdad, el rey de reyes y puede hacer todo cuanto desee". Sopatrus callaba. El rey le interpeló: "Y tú, romano, ¿nada tienes que decir? "¿Qué puedo yo decir —replicó Sopatrus— cuando tantas cosas ha dicho éste? Pero, si quieres saber la verdad, aquí tienes los dos reyes. Mira los dos tú mismo y verás cuál de ambos es más majestuoso y potente". Expectante el rey a estas palabras, contestó: "¿Cómo puedes decir que tengo aquí los dos reyes?" "Tienes —argumentó Sopatrus— las monedas de los dos: la *nomisma* del uno y la *dracma* del otro. Examina las efigies de ambas y descubrirás la verdad". Después de haberlas examinado, el rey declaró que los romanos eran una nación grande, poderosa y sabia. Hizo que se rindiesen grandes honores a Sopatrus, y, mandando montarle en un elefante, ordenó que se le condujera, a son de tambores, en torno a la

ciudad[43]. Tales sucesos fueron contados por el mismo Sopatrus y los compañeros que iban con él desde Adula. Los persas recibieron no corto disgusto.

Además del interés histórico y geográfico que presenta, la obra de Cosmas tiene también gran interés artístico, debido a las numerosas miniaturas que ilustran su texto. Es probable que algunas de esas miniaturas se deban al mismo autor. El manuscrito original del siglo VI no ha llegado a nosotros, pero los manuscritos posteriores de la Topografía cristiana contienen copias de las miniaturas originales y son, pues, una fuente preciosa para el estudio de la historia del arte bizantino —y especialmente alejandrino—primitivo. "Las miniaturas de la obra de Cosmas —dice N. P. Kondakov— son más características del arte bizantino de la época de Justiniano, o más bien de la parte brillante del reinado de dicho emperador, que ningún otro monumento de ese período, excepto algunos de los mosaicos de Ravena".

La obra de Cosmas, traducida después a lengua eslava, goza entre los eslavos de gran predicamento. Hay numerosas versiones rusas de la *Topografía cristiana*, y las acompañan retratos del autor y numerosos grabados y miniaturas de gran interés para la historia del arte de la antigua Rusia.

Corno ya lo indicamos, Justiniano se proponía liberar el comercio bizantino de la dependencia de Persia. Para ello se necesitaba establecer relaciones directas con la India por el mar Rojo. En el ángulo nordeste de ese mar (golfo de Akaba) se abría el puerto bizantino de Aíla, desde donde las mercancías indias podían ser transportadas, por vía terrestre, remontando Palestina y Siria, hasta el Mediterráneo. En el ángulo noroeste del mar Rojo había otro puerto, Clisma (cerca de Suez), de donde partía un camino directo al Mediterráneo. En una de las islas sitas a la entrada del golfo de Akaba, en Jotaba (hoy Tiran), junto al extremo sur de la península del Sinaí, se estableció una aduana durante el reinado de Justiniano. Pero las naves bizantinas que surcaban el mar Rojo no eran bastantes en número para sostener un comercio regular. Por eso Justiniano, como señalamos más arriba, quiso establecer relaciones estrechas con los abisinios cristianos y el reino de Axum y les persuadió de que comprasen seda en la India y la revendiesen al Imperio bizantino. Parece que quería que los abisinios desempeñasen el papel de corredores entre la India y Bizancio, en substitución de los persas. Pero los esfuerzos del emperador no tuvieron éxito, porque los abisinios no lograron contrarrestar la influencia de los persas en la India y el monopolio de la compra de la seda siguió en manos de los mercaderes pérsicos. De manera que Justiniano no pudo abrir nuevas vías mercantiles con Oriente. En los intervalos de paz los persas siguieron siendo intermediarios en la parte más importante del total de transacciones mercantiles bizantinorientales, obteniendo de ellas grandes beneficios.

Pero la casualidad favoreció a Justiniano, ayudándole a resolver el problema del comercio de la seda, tan importante para el Imperio. Unos monjes, o, según ot ras fuentes, un persa[44], lograron, burlando la vigilancia de los aduaneros chinos, pasar algunos capullos de gusanos de seda desde Serinda al Imperio bizantino, donde enseñaron a los griegos el secreto de la cría de dicho gusano. La nueva industria progresó rápidamente y en breve aparecieron grandes plantaciones de moreras. Se crearon y desarrollaron con rapidez fábricas de sedería. La más importante fue la de Constantinopla, pero hubo otras en las ciudades sirias de Beirut, Tiro y Antioquía, y más tarde en Grecia, sobre todo en Tebas. Existió una fábrica de seda en Alejandría y las llamadas sedas *egipcias* se vendían en Constantinopla. La industria de la seda pasó a ser monopolio del Estado, suministrando al gobierno un importante manantial de ingresos. Las sedas bizantinas se exportaban a toda Europa y ornaban los palacios de los reyes occidentales y las casas particulares de los mercaderes ricos. Justino, sucesor de Justiniano, pudo mostrar la fabricación de la seda en plena

---

[43] Este relato parece tradicional, pues que Plinio cuenta otro análogo acerca de los embajadores enviados a Ceilán bajo el reinado de Claudio. Plinio, Historia Natural, VI, 85.

[44] Procopio, De bello gothico, IV, 17. Según él, fueron varios monjes. Excerpta e Theophanis Historia, ed. Bonn, ed. L. Dindorf, Historici graeci minores, t. I. Según él, fue un persa. La Serinda de Procopio se identifica con el Khotan.

actividad a un embajador turco que se hallaba en su corte. Pero por considerables rentas que la industria de la seda produjese, no podían bastar para mejorar la situación general, tan crítica, de la hacienda del Imperio.

Justiniano, preocupado de todo lo que interesaba a la vida del Imperio, emprendió la gigantesca tarea de defenderlo contra los ataques de los enemigos que lo rodeaban y para ello hizo construir una serie de fortalezas. En pocos años levantó en todas las fronteras del Imperio una línea casi ininterrumpida de fortificaciones (*castella*): enÁfrica del Norte, sobre el Danubio y el Éufrates, en las montañas de Armenia, en la lejana península de Crimea... Así restauró y amplió el notable sistema defensivo creado por Roma en épocas anteriores. Con su obra constructora, Justiniano, en frase de Procopio, "salvó el Imperio". Procopio también escribe en su mismo libro *De aedificiis*: "Si hubiésemos de enumerar todas las fortalezas elevadas en el Imperio por el emperador Justiniano (mencionándolas) a los hombres residentes en país lejanos y extranjeros e incapaces de comprobar personalmente nuestras palabras, estoy persuadido de que el número de esas construcciones les parecería fabuloso e increíble por completo.". Aun hoy las ruinas que subsisten de las numerosas fortalezas erigidas en las fronteras del antiguo Imperio bizantino suspenden y pasman al viajero moderno.

Justiniano no limitó su actividad constructiva a trabajos de fortificación. Como emperador cristiano, presidió la erección de una gran cantidad de iglesias, entre ellas la incomparable Santa Sofía, de Constantinopla, de la que hablaremos después como de suceso que señala una época en la historia de Bizancio.

Todas las apariencias indican que fue también Justiniano quien hizo construir en las montañas de la lejana Crimea, en el centro de la colonia gótica que ya hemos mencionado, en Doru (más tarde Kankup), una gran iglesia o basílica donde, en el curso de investigaciones, se ha encontrado un fragmento de inscripción con el nombre de Justiniano.

Los sucesores inmediatos de Justiniano. Su política religiosa. Mauricio. Persia. Los eslavos y los ávaros. Creación de los exarcados.

Tan pronto como la poderosa personalidad de Justiniano desapareció de escena, todo el sistema artificial que mantenía el Imperio en un equilibrio provisional, se derrumbó. "A su muerte —dice Bury—, los vientos se escaparon de sus límites; los elementos de disociación comenzaron su obra; el sistema artificial se debilitó y la metamorfosis del Imperio, seguramente empezada hacía mucho, pero velada por los asombrosos acontecimientos del agitado reino de Justiniano, principió a manifestarse rápidamente y en su desnudez".

El período comprendido entre el 565 y el 610 constituye una de las épocas más desoladas de la historia bizantina. La anarquía, la miseria, las calamidades se desencadenaron en todo el Imperio. Las turbulencias entonces reinantes llevaron a decira Juan de Éfeso, el historiador del reinado de Justino II, que el fin del mundo se aproximaba. Finlay escribe sobre aquella época: "Quizá no haya habido en la historia período en que la sociedad se haya encontrado en tal universal estado de desmoralización".

Los sucesores inmediatos de Justiniano fueron Justino II el Joven (565—578), Tiberio II (578—582), Mauricio (582—602) y Focas (602—610). El más eminente de estos cuatro emperadores fue Mauricio, soldado enérgico y jefe experimentado. Una mujer, Sofía, la decidida esposa de Justino II, ejerció gran influencia en los asuntos públicos, recordándonos en esto a Teodora.

Los hechos más salientes de la política exterior de los citados emperadores fueron la guerra contra los persas, la lucha contra eslavos y avaros en la península balcánica y la conquista de Italia por los lombardos. Desde el punto de vista interior ha de notarse la política rigurosamente ortodoxa de estos emperadores y la creación de los dos exarcados.

La paz de cincuenta años convenida con Persia por Justiniano fue denunciada bajo Justino II, quien se negó a continuar el pago de la suma anual estipulada. La hostilidad común de bizantinos y

turcos contra los persas condujo al desarrollo de relaciones muy interesantes entre los dos primeros de dichos pueblos. Los turcos habían aparecido poco antes en el Asia Occidental y en las proximidades del Caspio. Ocupaban los países comprendidos entre China y Persia y veían en ésta su principal enemiga. Una embajada turca franqueó los montes del Cáucaso y tras largo viaje llegó a Constantinopla, donde obtuvo inmejorable acogida. Se comenzó a pensar en una especie de alianza ofensivo—defensiva contra Persia, entre turcos y bizantinos. Al respecto es de notar la propuesta turca al gobierno bizantino: servir los turcos de intermediarios en el comercio de la seda entre China y Bizancio, sin pasar por Persia. O sea que los turcos proponían a los bizantinos lo que había deseado Justiniano, con la sola diferencia de que el último había querido llegar a su fin por vía marítima y meridional y los turcos, bajo Justino II, proponían la septentrional y terrestre. Pero las negociaciones turcobizantinas no condujeron a la conclusión de una alianza efectiva seguida de una acción concertada contra los persas, porque Bizancio, hacia el 570, estaba más directamente interesada en los asuntos occidentales y sobre todo en los de Italia, que los lombardos habían invadido. Además, las fuerzas militares turcas no parecían muy considerables a Justino. En todo caso, el resultado de aquellos tratos bizantino—turcos fue hacer más tirantes aún las relaciones de Bizancio con Persia.

Durante los reinados de Justino, Tiberio y Mauricio, se sostuvo guerra con Persia. Hubo de abandonarse el asedio de Nisibe, y Darás, plaza fortificada fronteriza, pasó a manos del enemigo. Además de esta derrota en el frente oriental, Bizancio sufrió en sus provincias de la península balcánica una invasión de los avaros, llegados de allende el Danubio. La pérdida de Darás produjo gran impresión sobre el débil Justino, quien enloqueció. Un cronista sirio[45] del siglo XII, citando, naturalmente, una fuente anterior, nota: “Sabiendo que Darás había sido tomada... el emperador fue afligido. Mandó cerrar las tiendas y césar el comercio”. La emperatriz Sofía obtuvo, el 574, una tregua de un año, comprada por 45.000 piezas de oro.

La guerra sostenida bajo Tiberio y Mauricio fue más feliz para el Imperio bizantino, favorecido por los disturbios interiores surgidos en Persia en torno a la posesión del trono. El tratado de paz concluido por Mauricio tuvo gran importancia para el Imperio. La Armenia persa y la Mesopotamia oriental, con la ciudad de Darás, se cedían a Bizancio; el humillante tributo anual qué debía pagarse a los persas se anulaba, y, en fin, el Imperio, libre del peligro persa, podía concentrarse en los asuntos de Occidente y sobre todo en las incesantes invasiones de eslavos y avaros en la península balcánica.

En el reinado de Focas se inició una nueva guerra contra los persas, que tuvo considerable importancia para el Imperio bizantino. De ella hablaremos después, ya que sólo concluyó bajo el reinado de Heraclio. Después de La muerte de Justiniano ocurrieron graves sucesos en la península balcánica. Las fuentes sólo dan sobre esos hechos datos fragmentarios.

Ya indicamos que, bajo Justiniano, los eslavos hacían frecuentes incursiones en dicha península, avanzando bastante hacia el sur e incluso amenazando a veces Tesalónica. Muerto Justiniano, continuaron tales incursiones. Pero entonces muchos eslavos quedáronse en las provincias bizantinas y gradualmente fueron ocupando la península. En su invasión les ayudaron las avaros, pueblo de origen turco, que vivía entonces en Panonia. Eslavos y avaros amenazaron la capital y las orillas del mar de Mármara y el Egeo, penetraron en Grecia y llegaron hasta el Peloponeso. La noticia de aquellas invasiones bárbaras se difundió hasta Egipto, donde Juan, obispo de Nikiu, escribía, en el siglo VII, bajo Focas, lo siguiente: “Se refiere, respecto al Imperio romano, que los reyes de aquel tiempo, con los bárbaros, pueblos extranjeros, y los ilirios, asolaban las ciudades de los cristianos y conducían cautivos a los habitantes. Sólo se salvó la ciudad de Tesalónica, porque sus muros eran sólidos y, gracias a la protección de Dios, los pueblos

[45] *Crónica de Juan, obispo de Nikiu, traducida del etíope por Zotenberg, c. CIX, página 550 (Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothéque nationale, t. XXIV, 1883), The Chronicle of John, bishop of Nikiu, translated by R. H. Charles (London, 1916), cap. CIX, 8).*

extranjeros no lograron apoderarse de ella, pero toda la provincia fue despoblada". En 1830, un sabio alemán pretendió que a fines del siglo VI los griegos habían sido completamente destruidos por los eslavos. Después discutiremos esta teoría. Digamos de momento que para el estudio del problema del establecimiento de los eslavos en la península balcánica debemos apelar sobre todo a las *Actas* del mártir Demetrio, protector de Tesalónica, uno de los principales centros eslavos de la península. Uno de los autores del libro de los *Milagros de San Demetrio*, fue Juan, arzobispo de Tesalónica, que vivió en la primera mitad del siglo VII. Esa fuente contemporánea nos da una verdadera fuente de informes sobre las invasiones ávaroeslavas en la península balcánica. Según tal fuente, Tesalónica fue sitiada dos veces en vano, a fines del siglo VI, por eslavos y avaros.

A fines del siglo VI y principios del VII prosiguió el empuje de eslavos y avaros hacia el sur, sin que los bizantinos pudiesen contenerlo. Ello motivó en la península importantes cambios etnográficos, ya que se encontró ocupada, en su mayoría, por eslavos advenedizos. Ciertas fuentes, al referirse a este período, hablan de los avaros como si fuesen eslavos. Esto se explica porque los escritores contemporáneos tenían informes harto vagos sobre las tribus nórdicas y confundían a eslavos y avaros, viendo que ambos pueblos practicaban juntos sus incursiones.

Muerto Justiniano, Italia no fue protegida lo suficiente contra las invasiones de sus enemigos, y por tanto, cayó fácil y rápidamente en manos de un nuevo pueblo bárbarogermánico: los lombardos, quienes habían aparecido en las inmediaciones de aquellos países sólo pocos años después del aniquilamiento del reino ostrogodo por Justiniano.

A mediados del siglo VI, los lombardos, de concierto con los avaros, destruyeron el reino fundado por la tribu bárbara de los gépidos sobre el Danubio central. Más tarde, acaso por temor a sus propios aliados, los lombardos pasaron de Panonia a Italia mandados por su rey Alburno. Les acompañaban sus mujeres e hijos y sus tropas comprendían tribus diversas, entre las cuales resaltaban por su número las sajonas.

La tradición popular ha cometido la injusticia de acusar al anciano gobernador de Italia y antiguo general de las tropas de Justiniano, Narsés, de haber llamado a Italia a los lombardos. Semejante acusación debe considerarse desprovista en absoluto de fundamento. A raíz de la exaltación de Justino II al trono, Narsés se retiró a causa de su avanzada edad y falleció en Roma.

En 568 los lombardos invadieron el norte de Italia. Avanzaban como una horda salvaje, devastando cuantas localidades atravesaban. Eran arrianos de religión. No tardaron en someter la Italia septentrional, que tomó el nombre de Lombardía. El gobernador bizantino, falto de bastantes fuerzas para resistir a los lombardos, permaneció al amparo de los muros de Ravena. Los bárbaros, luego de conquistado el norte de Italia, se dirigieron hacia el sur, eludiendo Ravena. Sus numerosas hordas se esparcieron por casi toda la península y ocuparon con la mayor facilidad, las ciudades, carentes de defensa. Así llegaron al sur de Italia, tomando Benevento. Si bien no entraron en Roma, ésta se halló rodeada de bárbaros por el norte, el este y el sur. Los bárbaros cortaban toda comunicación entre Ravena y Roma, de suerte que la última no podía contar con socorros del gobernador bizantino de Ravena. Y menos con la ayuda de los emperadores de Constantinopla, más lejanos todavía y atravesando a la sazón, según vimos, uno de los períodos más críticos y turbados de la historia del Oriente. Así, pronto asistió Italia a la fundación de un gran reino germánico: el lombardo. El emperador Tiberio, y más aun Mauricio, trataron de hacer alianza con el rey de Austrasia, Childeberto II (570—595), a fin de inclinarle a emprender las hostilidades contra los lombardos y arrojarlos de Italia. El emperador y el rey cambiaron varias embajadas y el Mauricio envió a Childeberto o a su madre, Brunequilchi, cincuenta mil piezas de oro (*solidi*), adoptando, además, a Childeberto, que así pasó a ser su hijo, como Justiniano adoptara a Teodoberto. Pero los esfuerzos de Mauricio para asegurarse el auxilio austrasiano fracasaron repetidas veces. Childeberto envió sus tropas a Italia, mas fue con la intención de recuperar las antiguas posesiones francas y no de conquistar Italia para Mauricio. Más de un siglo y medio había de pasar antes de que los reyes francos, llamados esta vez por el Papa y no por el emperador, destruyesen la dominación lombarda en Italia. Abandonada a su destino, Roma hubo de sufrir varios asedios lombardos, pero halló un defensor en la persona del Papa, quien, por la fuerza de las cosas, se vio obligado a ocuparse, no

sólo de la vida espiritual de su grey romana, sino de organizar la defensa de la ciudad contra los lombardos. Por entonces —fines del siglo VI— tuvo la Iglesia romana a su cabeza uno de sus hombres más eminentes: el Papa Gregorio I el Grande. El tal había pasado seis años como *apocrisiarius* o nuncio del Papa en Constantinopla, sin llegar a aprender ni siquiera los rudimentos de la lengua griega, pero, pese a su ignorancia en ese punto, mostró conocer perfectamente, al llegar al Pontificado, la vida y la política del Imperio.

La conquista de Italia por los lombardos demostró con toda evidencia el fracaso de la política exterior de Justiniano en Occidente, donde el Imperio no poseía fuerzas bastantes para conservar el reino ostrogodo sometido. Por otra parte, las invasiones lombardas pusieron los cimientos a la progresiva separación de Italia y del Imperio bizantino, así como del debilitamiento de la influencia del emperador en Italia.

En su política religiosa, los sucesores de Justiniano favorecieron a los ortodoxos, y los monofisitas sufrieron en ciertos momentos persecuciones muy severas. Así sucedió durante Justino II. Es interesante examinar las relaciones del Imperio bizantino y la Iglesia romana bajo Mauricio y Focas. La Iglesia romana, representada por Gregorio el Grande, se pronunció contra el título de "ecuménico" asumido por el patriarca de Constantinopla. En carta a Mauricio, Gregorio acusaba a Juan el Ayunador de excesivo orgullo.

"Me veo obligado —escribía el Papa— a lanzar una gran voz, diciendo: O témpora! O more! Cuando toda Europa ha caído en poder de los bárbaros, cuando las ciudades son destruidas, las fortalezas arrasadas, las provincias despobladas; cuando el hombre ya no labora el suelo, cuando los adoradores de ídolos están desencadenados y reinan para perdición de los fieles, en este momento los sacerdotes, que deberían tenderse, llorando, en tierra y cubrirse de cenizas, ambicionan nuevos títulos profanos, orgullosos de esa gloría vana. ¿Es que en este asunto, muy pío emperador, defiendo mi propia causa? ¿Es que vengo una ofensa personal? No; defiendo la causa de Dios todopoderoso y la causa de la Iglesia universal. Debe ser abatido aquel que ofenda a la santa Iglesia universal, aquel en el corazón del cual arraigue el orgullo, quien quiera ponerse por encima de la dignidad de vuestro Imperio con su título particular"[46].

Pero el Papa no fue atendido y por algún tiempo se abstuvo de enviar representantes Constantinopla. Cuando el 602 estalló una revolución en la capital contra Mauricio, y Focas fue proclamado emperador, Gregorio le dirigió una carta poco apropiada en forma y fondo al destinatario, tirano absurdo exaltado al trono bizantino. Véase un párrafo de la carta de Gregorio:

"Gloria a Dios en lo más alto de los Cielos... Que el Cielo se regocije; que la tierra se estremezca de alegría (Salmos, 95:2). Que todo el pueblo del Imperio, profundamente entristecido hasta este día, se congratule de vuestras excelentes acciones... Que cada uno se goce en la libertad al fin devuelta bajo el cetro del pío emperador. Porque he aquí la diferencia que existe entre los reyes de otras naciones y los emperadores; y es que los reyes reinan sobre esclavos, mientras los emperadores del Estado romano reinan sobre hombres libres". Sin duda, la actitud del Papa produjo impresión en Focas, porque el segundo sucesor de Gregorio en el trono pontifical obtuvo que Focas prohibiese al patriarca de Constantinopla llamarse "ecuménico", así como una declaración según la cual "el trono apostólico del bienaventurado apóstol Pedro era la cabeza de todas las Iglesias"[47].

De esta manera, mientras en sus empresas exteriores e interiores Focas sufría fracasos y provocaba la irritación de sus subditos, sus relaciones con Roma, fundadas en concesiones por parte del emperador, fueron durante todo su reinado amistosas y apacibles. Para conmemorar tan buenas disposiciones entre Roma y Bizancio, el exarca de Ravena hizo erigir en el Foro romano una columna, que todavía existe hoy, con una inscripción en honor de Focas. Las conquistas lombardas en Italia motivaron importantes cambios en la administración de este país.

---

[46] *Gregorio el Grande. Epístolas, V. Por oposición, aplicóse a sí mismo el titulo de "Servis servorum Dei", con el cual se han iniciado todas las cartas pontificias, desde entonces, hasta 1869.*

[47] *Bonifacio III. Líber Pontificalis, ed. L. Duchesne (París, 1886).*

Cambios tales, con la reforma análoga y contemporánea de la administración delÁfrica del Norte, constituyen la base del régimen de los *temas* que se desarrolló a continuación en todo el Imperio.

Las autoridades bizantinas de Italia no podían oponer resistencia suficiente a los lombardos, que se habían adueñado de dos tercios de la península. En tales circunstancias, y ante el grave peligro que amenazaba a Italia, el gobierno bizantino decidió fortificar su poder concentrando en manos de los gobernadores las funciones civiles y militares. Al frente de la administración bizantina en Italia fue puesto un gobernador militar con el título de exarca, con residencia en Ravena y al que quedaron subordinados todos los funcionarios civiles. La creación del exarcado de Ravena data de fines del siglo VI, época del emperador Mauricio. La concentración de funciones administrativas y judiciales en manos de la autoridad militar no significaba la supresión inmediata de los funcionarios civiles, que seguían existiendo, paralelos a las autoridades militares, aunque subordinados a ellas. Sólo más tarde las autoridades civiles, según toda probabilidad, desaparecieron, siendo substituidas por las militares. El exarca, como representante de la autoridad imperial, introdujo en su gobierno los rasgos, de esencia imperial, del cesaropapismo, convirtiéndose en árbitro de los asuntos religiosos del exarcado. El exarca, provisto de poderes ilimitados, gozaba de honores imperiales; su palacio de Ravena se llamaba sagrado (*Sacrum Palatium*, nombre dado tan sólo a las residencias imperiales); cuando el exarca llegaba a Roma se le acogía como a un emperador y el Senado, el clero y el pueblo iban a su encuentro en procesión solemne, extramuros de la ciudad. Todos los asuntos militares, la administración civil, lo judicial y lo financiero dependían del exarca[48].

Si el exarcado de Ravena debió su creación a la invasión de los lombardos en Italia, el de África del Norte, creado en lugar del antiguo reino vándalo, comenzó a existir en virtud de un peligro análogo, provocado por los lugareños africanos, moros o bereberes, que se sublevaban a menudo contra las tropas bizantinas de ocupación. Los orígenes del exarcado de África, o de Cartago, como se le llama con frecuencia, por el lugar deresidencia del exarca, remóntase también a Mauricio. El exarcado de África recibió igual organización que el de Ravena y el exarca africano poseía iguales ilimitadas prerrogativas que su colega italiano[49].

De cierto, sólo la necesidad forzó al emperador a crear funciones administrativas de poderes tan ilimitados como los del exarca, quien, si lo deseaba y concurrían algunas circunstancias favorables, podía cambiarse en un muy peligroso rival del emperador. Pronto veremos, en efecto, cómo el exarca de África alzó el estandarte de la revuelta contra Focas y cómo el hijo del exarca se convirtió, en 610, en emperador.

Los exarcas de África, hábilmente escogidos por Mauricio, gobernaron el país con talento y lo defendieron con energía y éxito contra los levantamientos de los indígenas; pero los exarcas de Ravena no lograron conjurar el peligro lombardo.

El bizantinista francés Diehl tiene razón al ver en los exarcados el origen de la organización de los temas (provincias o distritos militares), es decir, la reforma territorial del Imperio bizantino, reforma que a partir del siglo VII comenzó a ser aplicada progresivamente a todo el territorio y cuyo rasgo distintivo fue la preponderancia del poder militar sobre el civil.

Así como las invasiones de lombardos y moros causaron cambios tan importantes en Occidente a fines del siglo VI, así las invasiones de persas y árabes habían de producir, algún tiempo después, análogas reformas en Oriente, y las de eslavos y búlgaros otras semejantes en la península balcánica.

La desgraciada política exterior de Focas ante avaros y persas y el sanguinario terror con que esperaba salvar su situación, provocaron el levantamiento de Heraclio, exarca de África. Cuando Egipto se unió al sublevado, la flota africana, a las órdenes del llamado también Heraclio, hijo del exarca y destinado a ser el futuro emperador, marchó hacia la capital, la cual abandonó a Focas,

---

[48] *Diehl, Études sur l'admirüstration byzantine dans l'exarchat de Ravenne (568—751). Paris, 1888.*

[49] *Diehl, L'Afrique Byzantine. París, 1896.*

declarándose por Heraclio. Focas, hecho prisionero, fue ejecutado y Heraclio ascendió al trono el 610, inaugurando una nueva dinastía.

La cuestión de los eslavos en Grecia.

La penuria de fuentes relativas a las invasiones eslavas en la península balcánica en la segunda mitad del siglo VI ha dado origen a una teoría que sostiene la completa eslavización de Grecia. Tal teoría, nacida a principios del segundo cuarto del siglo XIX, ha provocado vivas controversias científicas.

Entre 1820—30, toda Europa se apasionó, con profunda simpatía, por la causa de los griegos, que habían empuñado la bandera de la insurrección contra los turcos. Tras una resistencia heroica, aquellos hombres, que luchaban por la libertad, lograron la independencia, creando, con ayuda de las potencias europeas, un reino griego separado. Europa, entusiasmada, vio en aquellos héroes a los hijos de la antigua Hélade, reconociendo en ellos las características de Leónidas, de Epaminondas y de Filopomeno. Mas entonces se elevó, en una pequeña ciudad alemana, una voz que advirtió a la consternada Europa que por las venas de los habitantes del nuevo Estado griego no corría una sola gota de verdadera sangre helena; el magnánimo impulso europeo en pro de los hijos de la sagrada Hélade se fundaba en un equívoco y que el antiguo elemento griego había desaparecido hacía mucho, siendo sustituido por elementos etnográficos nuevos y completamente extraños a Grecia, ya que su origen era principalmente eslavo y albanés. El hombre que pública y valerosamente osó proclamar tan nueva teoría, que quebraba en sus fundamentos las creencias de la Europa de entonces, era Fallmerayer, a la sazón profesor de Historia general en un liceo alemán.

Leemos en el primer tomo de su libro *Geschichte dar Halbinsel Morca Wdhrend des Mittelalters* (“Historia de la península de Morca en la Edad Media”), obra publicada en 1830: “La raza helénica, en Europa, está completamente aniquilada. La belleza del cuerpo, los vuelos del espíritu, la sencillez de las costumbres, el arte, la palestra, las ciudades, la campiña, el lujo de las columnas y de los templos, el nombre mismo del pueblo han desaparecido del continente griego. Una doble capa de ruinas y de fango dejadas por dos razas nuevas y diferentes recubre las tumbas de los antiguos griegos. Las inmortales creaciones del espíritu de la Hélade y algunas ruinas antiguas sobre el suelo natal constituyen hoy el único testimonio de la existencia, en el pasado, del pueblo heleno. Y sin esas ruinas, sin esos montículos funerarios y esos mausoleos, sin su suelo y sin la desgraciada suerte de sus habitantes, sobre quienes los europeos de nuestra época han derramado, en un impulso de humana ternura, su admiración, sus lágrimas y su elocuencia, menester sería decir que sólo un vano espejismo, una imagen sin alma, un ser colocado fuera de la naturaleza de las cosas, ha emocionado las fibras más íntimas de sus corazones. Porque no hay una sola gota de verdadera sangre helena, pura de toda mezcla, en las venas de la población cristiana de la Grecia moderna. Una tempestad terrible dispersó sobre toda la extensión comprendida entre el Ister y los más apartados rincones del Peloponeso, una raza nueva, emparentada con el gran pueblo eslavo. Los eslavos—escitas, los arnauta—ilirios, los hijos de los países hiperbóreos, parientes de sangre de servios y búlgaros, dálmatas y moscovitas, tales son los pueblos que hoy llamamos griegos y cuyo origen hacernos remontar, con gran sorpresa de ellos mismos, a Feríeles y Filopomeno... La población, de rasgos eslavos, de cejas en forma de media luna, de pómulos pronunciados, de los pastores de las montañas albanesas, no es, a buen seguro, la posteridad de sangre de Narciso, de Alcibíades y de Antinoo. Sólo una imaginación romántica y desbordada puede en nuestros días soñar en el renacimiento de los helenos antiguos, con su Sófocles y su Platón”.

Fallmerayer pensaba que las invasiones eslavas del siglo VI habían producido en el Imperio bizantino una situación tal que éste, sin haber perdido una sola provincia, no podía considerar como sus súbditos propiamente dichos sino los habitantes de las provincias costeras y de las ciudades fortificadas. La aparición de los avaros en Europa habría sido un hecho histórico de máxima importancia para Grecia, puesto que con ellos llegaron también los eslavos, impulsados por los primeros a la conquista del sacro suelo de la Hélade y el Peloponeso.

Fallmerayer fundaba principalmente su teoría en las indicaciones que se hallan en Evagrio, historiador eclesiástico de fines del siglo VI, y el cual escribe en su his toria: "Los avaros, habiéndose aproximado dos veces a las fortificaciones llamadas Murallas Largas, se apoderaron de Singidunum (Belgrado), de Anchialo y *de toda Grecia*, con otras ciudades y fortalezas, poniéndolo todo por doquier a sangre y fuego, en un momento en que las más de las fuerzas del Imperio estaban peleando en Oriente".

La expresión *toda Grecia* permite a Fallmerayer hablar del exterminio de los griegos en el Peloponeso. Que Evagrio hable de *avaros* no le obstaculiza, ya que entonces avaros y eslavos practicaban juntos sus incursiones. Fallmerayer sitúa esa invasión concreía en el 589. Pero tal invasión, dice, no exterminó por completo a los griegos. Según Fallmerayer, el golpe final a la población griega lo asestó la peste, llegada de Italia el 746. Se halla mención de ese acontecimiento en un famoso pasaje de aquel escritor coronado del siglo x que se llamó Constantino Porfirogénito. Hablando del Peloponeso en una de sus obras, este autor observa que, después de aquella terrible peste, "todo el territorio fue eslavizado y se transformó en bárbaro"[50]. Según Fallmerayer, el año de la muerte del emperador Constantino Coprónimo (775) puede considerarse como la fecha en que el desolado país se pobló de eslavos, esta vez de manera completa y definitiva, comenzando poco a poco a cubrirse de ciudades y aldeas nuevas.

En una obra posterior, Fallmerayer extiende sus conclusiones al Ática, sin aducir pruebas sólidas. En el segundo tomo de su Historia de la península de Morea presenta una nueva teoría "albanesa", según la cual los grecoeslavos que habitaban Grecia fueron reemplazados y sometidos por colonos albaneses en el segundo cuarto del siglo XIV con lo que, según él, la revolución griega del siglo XIX ha sido, en realidad, obra de albaneses.

El primer adversario serio de Fallmerayer fue el historiador alemán Carlos Hopf. Éste había estudiado con agudeza el problema del establecimiento de los eslavos en Grecia, y en 1867 publicó una *Historia de Grecia* desde el principio de la Edad Media hasta nuestros días. Pero Hopf cae en otro extremo al querer disminuir a toda costa el papel del elemento eslavo en Grecia. Según él, las colonias eslavas en Grecia no existieron sino del 750 al 807. Antes de 750 Grecia no tuvo tales colonias.

La abundante literatura sobre este tema, aunque a menudo contradictoria y divergente, nos permite llegar a las siguientes conclusiones: hubo en Grecia colonias eslavas muy importantes a partir de fines del siglo VI, pero su fundación no produjo la eslavización total del país ni el exterminio de los griegos. Además, diversas fuentes mencionan la presencia de eslavos en Grecia, sobre todo en el Peloponeso, durante toda la Edad Media y hasta el siglo VI[51]. La fuente más importante relativa a los principios de la eslavización de la península balcánica —las *Actas* de San Demetrio— no ha sido utilizada debidamente por los sabios, incluyendo a Fallmerayer y Hopf.

Los sabios han discutido a menudo la originalidad de la teoría de Fallmerayer, cuya opinión, en rigor, no era una novedad. Ya antes de él se había hablado del influjo eslavo en Grecia. Fallmerayer se redujo a expresar su opinión de manera directa y tajante. Hace poco un sabio ruso (N. Petrovski) ha expuesto el criterio de que el verdadero instigador de la teoría de Fallmerayer fue el eslavista Kopitar, sabio vienés del siglo

XIX. Kopitar desarrolló en sus escritos la idea de que el elemento eslavo había tenido importante papel en la formación de la nueva nación griega. En verdad, Kopitar no profundizaba con detalle su teoría, porque no deseaba emitir una paradoja anticientífica y chocar a sus contemporáneos.

"Las proposiciones extremas de la teoría de Fallmerayer —dice Petrovski— no pueden hoy defenderse, después del profundo estudio que se ha hecho del problema; pero la teoría en sí,

---

[50] Respecto a la eslavización del Ática, Hopf demostraba que la teoría de Fallmerayer fundábase en un documento apócrifo.

[51] A. Vasiliev, *Los eslavos en Grecia* (1898)

expuesta por el autor de manera tan armoniosa y aguda, merece con buen derecho atraer la atención de los mismos historiadores que no admiten esa teoría

Constantino Porfirogénito, *De Thematibus*, II, Constantino emplea un verbo inusitado, de suerte que los historiadores traducen, ora "todo el país fue eslavizado", ora "fue esclavizado". Yo entiendo que es más correcta la traducción dada en el texto de este libro, en su integridad o parcialmente". Y, de hecho, tal teoría, a pesar de sus evidentes exageraciones, ha cumplido una gran misión en la ciencia histórica, dirigiendo la atención de los sabios sobre una cuestión interesante pero no por eso oscura que es el problema de los eslavos en Grecia durante la Edad Media. Finalmente, los escritos de Fallmerayer adquieren una importancia histórica general más considerable aun si se tiene en cuenta que el autor es el primer sabio que puso su atención en las transformaciones etnográficas experimentadas en la Edad Media, no sólo por Grecia, sino por la península balcánica en general".

Literatura. Instrucción y arte en la época de Justiniano. Examen de conjunto.

La época comprendida entre 518 y 610 lleva la huella de la múltiple actividad de Justiniano, que pasmó a sus contemporáneos mismos. En los diversos campos de la literatura y la instrucción, tal actividad legó a la posteridad una herencia muy rica. El propio Justiniano escribió obras de tipo dogmático o himnológico. Uno de sus sucesores, Mauricio, mostró también un vivo gusto por las letras, favoreció y alentó la literatura y tenía la costumbre de pasar las veladas discutiendo o meditando cuestiones poéticas e históricas.

Aquel período tuvo varios historiadores, a quienes las empresas de Justiniano proveyeron de ricos materiales para sus narraciones.

El historiador principal del período Justiniano fue Procopio de Cesárea, quien en sus escritos nos da un cuadro muy completo de un complejo reinado rico en sucesos. Tras estudiar Derecho, Procopio pasó a ser secretario y consejero del famoso Belisario, con quien participó en las, campañas contra vándalos, godos y persas. Procopio es notable a la vez como historiador y como escritor. Como historiador se hallaba en situación muy favorable respecto a fuentes e informaciones directas. Su intimidad con Belisario le permitía consultar todos los documentos oficiales conservados en despachos y archivos, y, por otra parte, su intervención activa en las ca mpañas militares y el perfecto conocimiento que tenía del país, le dieron ocasión de obtener una documentación del más alto precio, merced a sus observaciones personales y a los testimonios que recogió de boca de sus contemporáneos.

En estilo y composición, Procopio imita a menudo a los historiadores clásicos, sobre todo a Herodoto y Tucídides. Pero, aunque su lenguaje dependa del antiguo griego de los clásicos historiadores y aun cuando la exposición resulte un tanto artificial, Procopio nos presenta un estilo lúcido, vigoroso, lleno de imágenes. Tres obras se deben a la pluma de Procopio. La más considerable es la *Historia* en ocho libros, que relata las guerras de Justiniano contra persas, vándalos y godos. El autor muestra en esta obra otros numerosos aspectos del gobierno de Justiniano. Aunque el espíritu general de la obra sea algo laudatorio respecto al emperador, no obstante ofrece repetidas veces la expresión de la amarga verdad. *La Historia* puede considerarse una historia general de la época de Justiniano.

La segunda obra de Procopio, *Sobre las construcciones* es un panegírico ininterrumpido del emperador y fue probablemente escrita por orden de este. El fin principal del libro es dar una lista y descripción de la multitud de edificios erigidos por Justiniano en las diversas partes de su vasto Imperio. Prescindiendo de las exageraciones retóricas y las alabanzas excesivas, la obra contiene una rica documentación geográfica, topográfica y financiera y es una fuente valiosa para la historia económica y social del Imperio. La tercera obra de Procopio, sus *Anécdotas* o *Historia secreta*, difiere en absoluto de las otras dos, y constituye un libelo grosero contra el gobierno despótico de Justiniano y de Teodora, su mujer. El autor se propone difamar al emperador, a Teodora, a Belisario

y a la esposa de éste, y Justiniano aparece como autor de todos los males que afligieron al Imperio en aquel período. Esta obra presenta tan impresionantes contradicciones con las otras dos, que los críticos empezaron dudando de la autenticidad de la *Historia secreta*, pues parecía imposible que los tres libros hubiesen sido compuestos por una misma persona. Sólo tras un estudio profundo y comparativo de la *Historia secreta* y de otras fuentes sobre la época de Justiniano se ha admitido en definitiva que la obra es un escrito auténtico de Procopio. Bien utilizada, la *Historia secreta* es una fuente importante para la historia interior del Imperio bizantino en el siglo VI. De modo que todos los trabajos de Procopio, a pesar de sus exageraciones sobre las cualidades o vicios de Justiniano, son documentos contemporáneos de la mayor importancia y nos permiten conocer de manera directa e íntima la historia de ese período. Pero esto no es todo. La historia y la antigüedad eslavas hallan en Procopio informes de valor inapreciable sobre la vida y creencias de los eslavos, así como los pueblos germánicos pueden espigar en las obras de ese autor numerosos hechos tocantes a su historia primitiva.

Un contemporáneo de Justiniano y Procopio, Pedro el Patricio, hombre de leyes y diplomático brillante, fue enviado varias veces como embajador al Imperio persa y a la corte ostrogótica donde estuvo prisionero algunos años. Sus escritos comprenden historias, o bien una historia del Imperio romano donde se relatan, según los extensos fragmentos que nos han llegado, los hechos comprendidos entre el segundo triunvirato y la época de Juliano el Apóstata; y además un tratado que se intitula *Sobre la Constitución del Estado* ("Katastasis" o "Libro de las Ceremonias"), parte del cual aparece incluida en la famosa obra denominada *Libro de las Ceremonias de la Corte*, escrita en la época de Constantino Porfirogénito (siglo X).

Desde Procopio hasta principios del siglo VII se halla una serie continua de escritos históricos, donde cada autor prosigue la obra de sus predecesores.

Procopio fue directamente continuado por Agatías, instruido jurista del Asia Menor, quien, aparte breves poemas y epigramas, dejó un escrito algo artificial: *Sobre el reinado de Justiniano;* que abraza el período de 552 a 558. Menandro el Protector, continuador e imitador de Agatías, escribió una en la época de Mauricio, relatando los sucesos del lapso 558—582 y deteniéndose en la exaltación de Mauricio al trono. De esta obra sólo nos han llegado fragmentos, pero bastantes para permitirnos apreciar su importancia como fuente, sobre todo desde el punto de vista geográfico y etnográfico. Tales fragmentos indican que Menandro fue mejor historiador que Agatías. La obra de Menandro fue continuada por Teorilacto Simocatta, egipcio que vivió bajo Heraclio y que fue secretario imperial. Escribió una obra pequeña sobre historia natural, algunas epístolas y una historia del período de Mauricio (582—602). El estilo de Teofilacto está sobrecargado de alegorías y expresiones artificiales en mucha más medida que el lenguaje de sus inmediatos predecesores. "Respecto a Procopio y Agatías —dice Krumbacher— se encuentra en una rápida cultura ascendente. El historiador de Belisario, a pesar de su estilo ampuloso, es aun sencillo y natural. Más rico en expresiones floridas y lenguaje poético es el vate Agatías; pero ambos escritores parecen en absoluto desprovistos de afectación si se les compara con Teofilacto, quien sorprende al lector a cada paso con nuevos rasgos inesperados, imágenes sacadas por los cabellos, alegorías, aforismos y sutilezas mitológicas y otras".

Pese a esos defectos, la obra de Teofilacto es una fuente de primer orden, excelente para la época de Mauricio. También contiene preciosos informes sobre Persia y los eslavos en la península de los Balcanes a fines del siglo VI.

Nonnosus, embajador enviado por Justiniano a los abisinios y a los sarracenos, escribió una narración de su remoto viaje. No nos ha llegado de ella sino un fragmento que se halla en la obra del patriarca Focio, más ese solo fragmento da excelentes indicaciones sobre la naturaleza y etnografía de los países visitados por el autor. Igualmente debemos a Focio el habernos conservado un fragmento de la historia de Teófanes de Bizancio, quien escribió a fines del siglo VI y probablemente incluyó en su obra el período comprendido entre el reinado de Justiniano y los primeros años del de Mauricio. Ese fragmento es importante por contener un testimonio sobre la

introducción de la sericicultura[52] en el Imperio bizantino. También ofrece igualmente una de las primeras alusiones que se hacen a los turcos. Una fuente particularmente importante para la historia eclesiástica de los siglos V y VI es la obra de Evagrio de Siria, que murió a finales del siglo VI. Su *Historia eclesiástica* en seis libros, continúa las historias de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto y contiene un relato de los hechoscomprendidos entre el Concilio de Éfeso, en 431, y el año 593. A más de sus informes de orden eclesiástico, ofrece también interesantes indicaciones sobre la historia general del período.

A Juan el Lidio, que se distinguió por sus brillantes estudios, le propuso Justiniano escribir un panegírico en su honor. Dejó, Juan, entre otras obras, la titulada *De los magistrados del Estado romano* la cual no ha sido suficientemente estudiada en su justo valor. Contiene numerosos informes interesantes sobre la organización interior del Imperio y puede considerársela como un precioso complemento de la *Historia secreta* de Procopio.

Ya hablamos de la múltiple importancia de la *Topografía cristiana* de Cosmas Indicopieustes, cuya amplitud geográfica correspondía tan bien a los vastos planes de Justiniano. Debemos incluir también entre las obras geográficas un estudio estadístico sobre el Imperio romano de Oriente en la época de Justiniano. Ese estudio se debe a la pluma del gramático Hierocles y se titula *Vademécum* ("Synecdemus"). El autor no tiene por objeto principal la geografía eclesiástica del Imperio, sino su geografía política, donde incluye las 64 provincias y 912 ciudades comprendidas dentro de los límites bizantinos. No cabe decir con certeza si tal trabajo se debió a iniciativa de Hierocles o a los trabajos de una comisión nombrada por el gobierno. En todo caso, el seco estudio de Hierocles es para nosotros una excelente fuente que nos permite determinar la situación política del Imperio a principios del reinado de Justiniano[53]. Como veremos después, Hierocles es, en lo geográfico, la fuente principal de Constantino Porfirogénío.

Además de estos historiadores y geógrafos, el siglo VI tuvo también cronistas. No obstante, la época de Justiniano está estrechamente vinculada a la literatura clásica y el tipo de áridas crónicas universales que había de desarrollarse ampliamente en el período bizantino posterior no aparece sino como rara excepción en la época que estudiamos ahora.

Hay un escritor que ocupa puesto intermedio entre historiadores y cronistas: Hesiquio de Mileto, quien, según toda verosimilitud, vivió durante el reinado de Justiniano.

Sólo conocemos su obra por los fragmentos conservados en los escritos de Focio y Suidas, lexicógrafo del siglo X. De esos fragmentos cabe concluir que Hesiquio escribió una historia universal en forma de crónica, comprendiendo los hechos sucedidos desde la época de la antigua Asiria a la muerte de Anastasio (518). De esta obra subsiste un amplio fragmento que trata de la historia primitiva de la ciudad de Bizancio incluso antes del tiempo de Constantino el Grande. Hesiquio escribió asimismo una historia de la época de Justino I y principios del reinado de Justiniano. Esta obra difería mucho, en estilo y concepción, de la primera y contenía un relato detallado de los sucesos contemporáneos al autor. La tercera obra de Hesiquio fue un diccionario de todos los escritores griegos célebres en todas las ramas del saber, con excepción de los cristianos. Esto último ha llevado a ciertos eruditos a suponer que Hesiquio debió de ser pagano. Pero de ordinario no se acepta esta opinión.

El verdadero cronista del siglo VI fue el ignorante Juan Malalas, un sirio de Antioquía, autor de una crónica del mundo donde relata, según parece, a juzgar del único manuscrito que nos ha llegado, los sucesos incluidos entre la época legendaria de la historia de Egipto y el fin del reinado de Justiniano. Pero la obra contenía probablemente narraciones de una época posterior.

Su fondo es muy mezclado; las fábulas se entreveran con la realidad y aparecen de pronto hechos importantes en medio de otros accesorios. La crónica de Malalas, cristiana y apologética en sus propósitos, deja ver con claridad las tendencias monárquicas del autor. No estaba destinada a

[52] *Cría de gusanos de seda (sericultura o sericicultura).*

[53] *La obra de Hierocles se escribió antes de 535.*

selectos, sino más bien a las masas, eclesiásticos o laicos, para quienes el autor transcribió muchos diversos y pasmosos hechos. Según Krumbacher, ese libro "es una obra histórica popular en el sentido más completo de la palabra".

El estilo del autor merece particular atención, porque su obra es en realidad la primera escrita en el griego comúnmente hablado entonces, es decir, en el dialecto griego vulgar, popular en Oriente, que resultaba de una combinación de elementos griegos y de expresiones latinoorientales. Merced a esas particularidades, muy apropiadas a los gustos y mentalidad de las masas, la crónica de Malalas ejerció enorme influencia sobre la cronografía bizantina, oriental y eslava. Los muy numerosos trozos escogidos y traducciones eslavas de los escritos de Malalas son de gran valor para la restauración del texto original de esta crónica. A más de la multitud de obras en griego que aparecieron entonces, la época de Justiniano (518—610) es también notable por los escritos sirios de Juan de Éfeso, que murió a fines del siglo VI (probablemente el 586). Juan había nacido en la Mesopotamia Superior y era monofisita convencido. Pasó muchos años en Constantinopla y en el Asia Menor, donde ocupó la sede episcopal de Éfeso. Conoció personalmente a Justiniano y Teodora. Escribió las *Vidas de los Santos orientales,* o *Comentarios sobre los bienaventurados en Oriente* ("Commentarii de Beatibus Orientalibus") y una *Historia eclesiástica* (en sirio cuyo original abarcaba desde Julio césar al año 585). De esta última obra sólo nos ha llegado la parte más importante y original, relativa a los sucesos del período 521—585, respecto a los que es fuente inapreciable. Aunque escrita desde el punto de vista monofisita, la historia de Juan de Éfeso no revela tanto los fundamentos dogmáticos de las disputas monofisitas como su fondo nacional y espiritual. Según la expresión del sabio historiador que se ha consagrado especialmente al estudio de la obra de Juan, la *Historia eclesiástica,* "proyecta mucha luz sobre las últimas fases de la lucha entre el cristianismo y el paganismo, revelando los fundamentos "culturales" de esa lucha". Es también "de gran importancia para la historia política y espiritual del Imperio bizantino en el siglo VI, especialmente para determinar la expansión de las influencias orientales. En su relato, el autor entra en todos los detalles y minucias de la vida, dando así una abundante documentación que permite un conocimiento íntimo de las costumbres y arqueología del período"[54].

Las disputas monofisitas, proseguidas durante todo el siglo VI, motivaron gran actividad literaria en el dominio de la dogmática y la polémica. El propio Justiniano no dejó de participar en aquellas discusiones escritas. Las obras de los monofisitas no nos han llegado en su original griego. Sólo podemos formar juicio sobre ellas merced a las citas que hacen las obras del campo opuesto o a las traducciones sirias o árabes conservadas hasta hoy. Entre los escritores partidarios de la ortodoxia debemos mencionar a un contemporáneo de Justino y Justiniano: Leoncio de Bizancio, quien dejó varias obras dirigidas contra los monofisitas, los nestorianos y otros. Sólo poseemos escasos informes sobre la vida de este dogmatista y polemista, quien testimonia un fenómeno interesante de la época de Justiniano: a saber, que la influencia de Platón sobre los Padres de la Iglesia empezaba a ceder ya el lugar a la de Aristóteles.

El desarrollo de la vida monástica y eremítica en Oriente, en el siglo V: ha dejado huellas en las obras ascéticas, místicas y hagiográficas. Juan Clímaco vivió solitario en el Sinaí varios años y escribió la obra conocida por el nombre de *Climax o Escala espiritual* ("Scala Paradisi")[55], compuesta de treinta capítulos o escalones, y en los cuales el autor describe logrados de la ascensión del espíritu hacia la perfección moral. Esta obra se convirtió en lectura favorita de los monjes bizantinos, sirviéndoles de guía en su busca de la perfección ascética y espiritual. Pero la difusión del libro no se limitó a Oriente, ya que tuvo muchas traducciones en sirio, griego moderno,

---

[54] *Diakonov, Juan de Éfeso y sus obras histórico—eclesiásticas (San Petersburgo,1908).*

[55] *El título alude a la "escala celestial" de la Biblia que vio en sueños Jacob (Gen., 28:12). El genitivo griego se latinizó, trocándose en Clímaco. De aquí el apelativo, tradicional en Occidente, de Juan Clímaco.*

latín, español, francés y eslavo. Algunos de los manuscritos de esta obra contienen abundantes e interesantes miniaturas reproduciendo escenas de la vida religiosa y monástica [56].

A la cabeza de todos los escritores hagiográficos del siglo VI debemos situar al palestino Cirilo de Escítópolis, quien pasó los últimos años de su vida en el famoso convento palestiniano de San Sabas. Cirilo se proponía escribir una vasta colección de *Vidas* de monjes, pero no logró llevar a buen fin lo proyectado, probablemente a causa de su muerte prematura. Nos han llegado varias de sus obras, entre ellas las vidas de Eutimio y de San Sabas. Así como varias vidas de santos de menor importancia. Lo cuidado del relato, la precisión con que el autor entiende la vida ascética, la sencillez del estilo, hacen de todas las obras de Cirilo que conocemos preciosas fuentes para el estudio de la historia de Alto Imperio bizantino.

Juan Moco, palestino también, vivió a fines del siglo VI y principios del VII. Publicó en griego su famoso *Prado espiritual* ("Pratum spirituale"), resultado de las observaciones que hiciera en sus numerosas visitas a los monasterios de Palestina, Egipto, Monte Sinaí, Siria, Asia Menor e islas del Egeo y Mediterráneo. En su obra, a más de las impresiones del autor sobre sus viajes, se hallan informes diversos acerca de monjes y monasterios. En ciertos sentidos, el texto del *Pratum spirituale* es de gran interés para la historia de la civilización. Llegó a convertirse en una de las obras favoritas, no sólo del Imperio bizantino, sino de otros países, especialmente la antigua Rusia.

La literatura poética de este período tuvo varios representantes. Ya indicamos como cierto que Romanos el *Méloda,* famoso por sus cantos eclesiásticos, estuvo en el apogeo de su carrera y fecundidad en la época de Justiniano. En el mismo período, Paulo el Silenciario compuso sus dos descripciones poéticas (en versos griegos) de Santa Sofía y su magnífico púlpito ("*ambo"*). Estas obras son de gran interés para la historia del arte. Se hallan comentarios elogiosos sobre la descripción de Santa Sofía en la obra de un contemporáneo: Agatías, de quien hablamos ya. Finalmente, Corippo, oriundo del África del Norte, pero establecido en Constantinopla, escribió dos obras en versos latinos, a pesar de sus limitadas dotes poéticas. La primera obra, escrita en alabanza y honor del general bizantino Juan Troglita, que reprimió la revuelta de los indígenas africanos contra el Imperio, contiene un conjunto de inapreciables datos sobre lageografía y etnografía de África septentrional, así como sobre la guerra con los bereberes. En lo que concierne a esta guerra, los datos de Corippo son a veces más seguros que los de Procopio. La segunda obra de Corippo, el *Panegírico* o *Elogio de Justino* ("In lauden Justini"), describe en estilo ampuloso la exaltación de Justino II el Joven y los primeros hechos de su reinado y, aunque es muy inferior al primer poema, contiene muchos detalles interesantes acerca del ceremonial de la corte bizantina en el siglo VI..

Los papiros nos han revelado la existencia de un tal Dióscoro, aue vivió en el siglo VI en Afrodita, pueblecillo del Egipto superior. De nacimiento copto, parece haber recibido una buena cultura general y una seria educación jurídica. Tuvo también ambiciones literarias. Sus numerosas obras, unidas a otros papiros, nos dan preciosos informes sobre la vida social y administrativa de aquel período. Desde luego los poemas dejados por Dióscoro no contribuyen en nada a la reputación de la poesía helenística, ya que son obra de un aficionado y están "llenos de las más monstruosas faltas de gramática y de prosodia". Según H. Bell, leyó "una cantidad considerable de obras literarias griegas y escribió versos execrables". J. Maspero llama a Dióscoro "el último poeta griego de Egipto y uno de los últimos representantes del helenismo en el Valle del Nilo"

La clausura de la academia pagana de Atenas durante el reinado de Justiniano no ejerció una influencia demasiado nociva sobre la literatura y la instrucción, porque aquella academia había pasado ya su tiempo y no podía desempeñar un papel importante en un Estado cristiano. Los tesoros de la literatura clásica penetraban progresivamente, aunque a menudo en forma superficial, en la literatura cristiana. La universidad de Constantinopla, organizada por Teodosio II, persistió en su actividad bajo Justiniano. Continuaba el estudio del Derecho, en función de los nuevos trabajos de

[56] *Se hallarán reproducciones de muchas de esas miniaturas en R. C. Morcv, East Christian Paintings in the Freer Collection (Nueva York, 1914).*

jurisprudencia. No obstante, tal estudio se confinó a la adquisición formularia y restringida de traducciones literales de textos jurídicos y a la composición de breves paráfrasis y extractos.

No poseemos informes precisos sobre el desenvolvimiento de la instrucción jurídica después del reinado de Justiniano. El emperador Mauricio testimonió vivo interés por aquellos estudios, pero Focas, su sucesor, puso freno, según parece, a los trabajos de la universidad.

En el campo artístico, la época de Justiniano ha recibido el sobrenombre de Primera Edad de Oro. La arquitectura de aquel período creó un monumento único en su clase: la iglesia de Santa Sofía.

Santa Sofía, o la Iglesia Grande, como se la llamó en todo Oriente, fue construida, por orden de Justiniano, en el emplazamiento de la pequeña basílica de Santa Sofía (*Hagia Sophia*: Sabiduría divina), incendiada, como indicamos, durante la sedición Nika (532). Para hacer de aquel templo un edificio de esplendor extraordinario, Justiniano, de creer a una tradición tardía, mandó a los gobernadores de las provincias que enviasen a la capital los más bellos retazos de los monumentos antiguos. Enormes cantidades de mármol de diferentes colores y matices fueron transportadas desde las más ricas canteras a la capital. Oro, plata, marfil, piedras preciosas, fueron llevados en abundancia a Constantinopla para añadir más magnificencia al nuevo templo.

Para la ejecución de su grandioso plan el emperador eligió a dos arquitectos de talento: Antemio e Isidoro, ambos originarios del Asia Menor. Antemio era de Tralles e Isidoro de Mileto. Los dos se pusieron a la obra con entusiasmo, dirigiendo con habilidad el trabajo de diez mil obreros. El emperador acudía en persona a los trabajos, seguía los progresos de la obra con vivo interés, daba consejos y estimulaba el celo de los operarios. Al cabo de cinco años quedó acabado el edificio. El día de Navidad del 537 se inauguró solemnemente Santa Sofía, en presencia del emperador. Fuentes tardías relatan que Justiniano, encantado de lo cumplido, pronunció las siguientes palabras al entrar en el templo: “¡Gloria a Dios, que me ha juzgado digno de cumplir esta obra! ¡Te he vencido, Salomón!” Con motivo de aquella inauguración triunfal, se dieron grandes fiestas en la capital y el pueblo recibió numerosas liberalidades.

El exterior de Santa Sofía es muy austero, ya que sus muros, de simple ladrillo, carecen de toda ornamentación. La propia famosa cúpula parece desde fuera un tanto pesada y algo sumida. Hoy, además, Santa Sofía pierde mucho porque la rodean por doquier casas turcas. Para apreciar su grandeza y magnificencia ha de visitarse su interior.

Antaño el templo poseía un patio espacioso, el atrio, rodeado de pórticos y en cuyo centro se veía una magnífica fuente de mármol. El cuarto lado del atrio, adyacente a la iglesia, ofrecía una especie de porche exterior o galería (nártex), que comunicaba por cinco puertas con el segundo pórtico interior. Nueve puertas de bronce conducían desde este porche al interior del templo. La de en medio, más alta y ancha —la Puerta Real— se reservaba para el emperador. La iglesia, por su arquitectura, se aproxima al tipo de las basílicas cupuladas, formando un rectángulo muy grande con una magnífica nave central sobre la cual se comba una cúpula de 31 metros de diámetro, alzada, con extraordinarias dificultades, a la altura de 50 metros sobre el suelo. Cuarenta ventanales abiertos en la base de la cúpula difundían en todo el templo abundante luz. A ambos lados de la nave central se construyeron dos dobles arquerías ricamente adornadas, con columnas. Éstas y los enlosados son de mármol policromo. Los muros, en parte, fueron recubiertos de igual manera. Los maravillosos mosaicos, ocultos por estuco desde la época turca, hechizaban las miradas de los visitantes. La impresión producida en los peregrinos y fieles por la enorme cruz colocada en la cúpula, brillando sobre un estrellado cielo de mosaico, era particularmente poderosa. En nuestros días aun se pueden distinguir, en la parte inferior de la cúpula, bajo el estuco turco, vastas siluetas de ángeles alados.

La dificultad principal que encontraron los constructores de Santa Sofía era un problema que la arquitectura contemporánea no ha resuelto aún: la erección de una cúpula a la par enorme y muy ligera. Los constructores consiguieron levantarla, pero la sorprendente cúpula que edificaron no duró mucho tiempo. Se desplomó, todavía en la época de Justiniano, y hubo de ser reedificada a

finales del mismo reinado, pero con formas menos audaces. Los contemporáneos de Justiniano hablaron de Santa Sofía con tanto entusiasmo como las generaciones posteriores, incluida la nuestra. Un peregrino ruso del siglo XIV, Esteban de Novgorod, escribía en sus Viajes a Tsargrad (Constantinopla): "En cuanto a Santa Sofía, la Sabiduría Divina, el ánimo humano no puede decir nada de ella ni hacer su descripción"[57]. A pesar de los frecuentes y violentos terremotos, Santa Sofía se ha conservado en pie hasta hoy[58]. Fue transformada en mezquita en 1453.

En una de sus obras recientes, Strzygowski declara que "por su concepción, la iglesia (Santa Sofía) es puramente armenia".

Con el tiempo, la verídica historia de !a edificación de Santa Sofía fue transformada por la literatura en una especie de leyenda con profusión de detalles milagrosos. Desde el Imperio bizantino, tales leyendas se abrieron camino en la literatura de los eslavos del sur y en las obras rusas. Las versiones eslavonas suministran una documentación interesante para la historia de las influencias literarias internacionales.

La segunda famosa iglesia erigida por Justiniano en la capital fue la de los Santos Apóstoles. Este templo había sido construido primeramente por Constantino el Grande, pero en el siglo VI se hallaba en completa ruina. Justiniano lo hizo derribar y reconstruirlo en mayor escala y magnificencia. La iglesia tenía forma de cruz, con cuatro alas iguales y una cúpula central entre otras cuatro cúpulas, Los arquitectos fueron el Antemio apodado también Isidoro el Joven. Al ser tomada Constantinopla por los turcos, en 1453, la iglesia fue destruida para edificar en su lugar la mezquita de Mahomet II el Conquistador. Se comprenderá con más precisión lo que fue el templo de los Santos Apóstoles si nos referimos a San Marcos, de Venecia, erigido según el mismo modelo. Igual iglesia copiaron los constructores de los templos de San Juan deÉfeso y de la Santa Eaz, de Périgueux. Los magníficos mosaicos, hoy perdidos, de la iglesia de los Santos Apóstoles, fueron descritos por Nicolás Mesaritas, obispo de Éfeso, a principios del siglo XIII, habiendo esa descripción sido objeto de cuidadoso estudio por A. Heisenberg. La iglesia de los Santos Apóstoles es célebre por haberse enterrado en ella a los emperadores bizantinos desde Constantino el Grande hasta los del siglo XI.

La influencia de las construcciones de Constantinopla repercutió en Oriente, como, por ejemplo, en Siria, y en Occidente en Parenzo, en Istria y, sobre todo, en Ravena.

Santa Sofía puede hoy impresionarnos y encantarnos con su cúpula, con las esculturales ornamentaciones de sus columnas, con los revestimientos de mármol policromo de sus muros y pavimento y, en especial, con la habilidad de su ejecución arquitectónica; pero los maravillosos mosaicos de ese templo nos quedan ocultos (esperemos que sólo provisionalmente) por el estucado turco[59]. De todos modos, esa pérdida queda compensada en cierta medida, ya que podemos hacernos magnífica idea de lo que eran los mosaicos bizantinos merced a los de Ravena, en Italia del Norte.

Hace quince siglos Ravena figuraba entre las ciudades prósperas del litoral Adriático. En el siglo V sirvió de refugio a los últimos emperadores romanos de Occidente; en el VI fue capital del reino ostrogodo y de mediados del VI a mediados del VIII constituyó el centro administrativo de la Italia bizantina reconquistada a los ostrogodos por Justiniano. Allí tuvo su residencia el virrey o exarca. Ese último período fue el más brillante de Ravena, cuya vida política, económica, intelectual y artística alcanzó entonces su plenitud.

---

[57] *La peregrinación de Esteban de Novgorod en Relatos del pueblo ruso, reunidos por T. Sajarov, San Petersburgo, 1849*

[58] *Gracias al especial cuidado que los arquitectos pusieron en la cimentación de la fábrica, compuesta de una cisterna con bóvedas enormes, repleta de agua, y recios pilares asentados en la roca, para dar solidez y elasticidad al conjunto.*

[59] *Con posterioridad al libro de Vasiliev, y gracias esos mosaicos están al descubierto, especialmente desde que se suprimió el culto en el templo.*

Los monumentos de arte de Ravena se vinculan a la memoria de tres personas: Gala Placidia, hija de Teodosio el Grande y madre del emperador de Occidente Valentiniano III; Teodorico el Grande, y Justiniano. Dejando de lado los monumentos, más antiguos, de la época de Gala Placidia y de Teodorico, hablaremos brevemente de los de la Ravena del tiempo de Justiniano. En todo el curso de su largo reinado, Justiniano se interesó vivamente por la construcción de monumentos artísticos laicos y religio sos y estimuló su edificación en toda la vasta amplitud de su Imperio. A raíz de la toma de Ravena, hizo terminar las iglesias comenzadas bajo los ostrogodos. Entre ellas debemos mencionar dos de particular importancia artística: la de San Vital y de San Apolinar in Classe (Classe era el puerto de Ravena). El principal valor artístico de esos templos consiste en sus mosaicos.

A unos cinco kilómetros de Ravena, en un lugar desierto y malsano ocupado en la Edad Media por el rico puerto mercantil de la ciudad, se alza la iglesia, muy sencilla de aspecto, de San Apolinar in Classe, verdadera basílica cristiana primitiva, por su forma. Junto a la iglesia se ve un campanil redondo, de construcción más tardía. El interior de la iglesia comprende tres naves. Antiguos sarcófagos ornados de imágenes escultóricas y alineados a lo largo de los muros, contienen los restos de los más célebres arzobispos de Ravena.

En la parte inferior del ábside se ve un mosaico del siglo VI, representando a San Apolinar, patrón de Ravena, en pie, alzadas las manos, rodeado de corderos, con un apacible paisaje como fondo. Encima de él, sobre el azul cielo estrellado del amplio medallón, resalta una cruz cubierta de piedras preciosas. Los otros mosaicos de la iglesia son de época más reciente.

Para el estudio de la obra artística del período justinianeo, es la iglesia de San Vital de Ravena la que contiene material más precioso. Los mosaicos del siglo VI se han conservado en ella casi intactos hasta nuestros días.

La iglesia cupulada de San Vital está, en el interior, cubierta casi enteramente, de arriba abajo, de maravillosas ornamentaciones, escultóricas y de mosaicos. Es notable en especial el ábside, por los dos famosísimos mosaicos de sus dos muros laterales. Uno representa a Justiniano rodeado por el obispo, los sacerdotes y la corte; otro a Teodora, su mujer, con las damas de su séquito. Las vestiduras de los personajes de estos mosaicos relucen con brillo y esplendor maravillosos.

Ravena, a la que antaño se llamó la *Pompeya italobizantina*, o la *Bizancio occidental*, suministra los más valiosos materiales para nuestro estudio y nos permite apreciar el arte bizantino de la primera época, es decir, de los siglos V y VI.

La actividad constructiva de Justiniano no se limitó a templos y fortificaciones. Hizo construir también numerosos conventos, palacios, puentes, cisternas, acueductos, baños y hospitales.

En las provincias remotas del Imperio, el nombre de Justiniano está vinculado a la erección del monasterio de Santa Catalina, en el Monte Sinaí. En el ábside de la iglesia de ese monasterio se halla un famoso mosaico, llamado de la *Transfiguración* y que se hace remontar al siglo VI.

También nos ha legado esa época varios miniaturas y tejidos historiados. Aunque, bajo la influencia de la Iglesia, la escultura estuviese entonces en un período decadente, hallamos profusión de graciosas y magníficas esculturas y cincelados, en especial en los dípticos, sobre todo consulares, cuya serie comienza en el siglo V, terminando con la abolición del consulado, en 541.

Es interesante, en fin, observar que casi todos los escritores de esc período, así como los constructores de Santa Sofía y de los Santos Apóstoles, eran oriundos de Asiao de África del Norte. La civilización del Oriente helenístico continúa fecundando la vida intelectual y artística del Imperio bizantino.

Dirigiendo un examen de conjunto a las facetas, complejas y múltiples, del largo reinado de Justiniano, llegaremos espontáneamente a la conclusión de que en la mayoría de sus empresas no obtuvo los resultados perseguidos. Obvio es, que sus brillantes campañas militares en Occidente, consecuencia directa de su ideología de emperador romano empeñado en reconquistar los territorios perdidos por su Imperio, no fueron, en resumen, coronadas por el éxito. Aquellas guerras no correspondían para nada con los verdaderos intereses del Imperio, cuyo centro se hallaba en

Oriente, y contribuyeron mucho a la decadencia y ruina del país. La falta de dinero, seguida de una reducción de los efectivos militares, imposibilitó a Justiniano la ocupación firme de las provincias nuevamente sometidas, y las consecuencias de ese hecho repercutieron de modo muy claro en los reinados de sus sucesores. La política religiosa del emperador fue también un fracaso, porque no produjo la unidad y sólo implicó nuevas turbulencias en las provincias orientales, monofisitas. Más completo todavía fue el fracaso en las reformas administrativas, que, si bien emprendidas con intenciones puras y sinceras, llevaron al empobrecimiento y despoblación de las campiñas, a causa sobre todo de los excesivos impuestos y de la rapiñas de los funcionarios locales.

Pero dos de las obras de Justiniano han dejado huella honda en la historia de la civilización humana y justifican con plenitud el sobrenombre de "Grande" que se le ha dado. Esas dos obras son su Código civil y la catedral de Santa Sofía.

BIBLIOGRAFÍA

A. GFRORER, *Kaiser Justinian I,* en sus *Byzantinische Geschichten* (Graz, 1873).

A. VASILIEV, *Los eslavos en Grecia. "Vizantiisky Vremennik".* V. (1898).

A. VENIERO. *Paolo Silenziario. Studie sulla letteratura bizantina del VI secólo* (Catania, 1916).

B. GILDERSLEEVE, *Paulus Silentiarius.* "American Journal of Philology", XXXVIII (1917.

B. PANTCHENKO, *Sobre la "Historia secreta" de Procopio. "Vizantiisky Vremennik",* vol. II—IV (1895—97).

C. DIEHL, *Justinien et la civilisation byzantine au VI síécle* (París, 1901).

C. DIEHL, *Theodora,* en sus *Figures byzantines,* I (4. ed., París, 1909).

C. DIEHL, *Theodora, impératrice de Byzance* (París, 1904).

DIAKONOV, *Juan de Éfeso y sus trabajos histórico—eclesiasticos* (San Petersburgo, 1908, en ruso).

E. GRIMBER, *Theodora, Die Tanzerin auf dem Kaiserthron* (Munich, 1928).

E. K. RZDIN, *La Topografía Cristiana de Cosmas Indicoplenstes,* según las versiones griegas y rusas (Moscú, 1916).

E. STEIN, *Studien zur Geschichte des byzantinischen Rciches vornehmlich unter den Kaisern Justinus II und Tibenus Constantinus* (Stuttgart, 1919).

F. A. ISAMBERT, *Histoire de Justinien,* 2 t. (París, 1856).

F. DAHN, *Procopius von Casarca* (Berlín, 1865).

F. LOOFS, *Leontms von Byzanz* (Leipzig, 1887).

H. B. DEWING, *Introducción* a su edición de *Procopio,* I (Londres y Nueva York, 1914).

H. GELZER, *Kosmas der Indeenfahrer.* "Jahrbücher für protestantische Theolo gie"), IX (1883).

H. J. ROBY, *Introduction to Jnstinian's Digest* (Cambridge, 1884).

H. LECLERQ, *Justinien, Diccionaire d'archéologie chétienne et de Uturgie,* VIII, (1928), col. 507—604.

H. STADELMANN, *Theodora von Byzanz,* 2 t. (Dresde, 1926).

I. KULAKOVSKI, *El emperador Focas,* cap. de la *Historia de Bizancio* (Kiev, 1914), en ruso.

J. B. BURY, *History of the Later Román Empire,* II (Londres, 1923.

K. GROH, *Geschichte des ostromischen Kaisers Justin II, nebst der Quellen (*Leipzig, 1889).

M. ITES, *Zur Bewertung des Agathias.* "Byzantinische Zeitschrift", XXVI (1926).

MCGRINDLE, *Introducción* a su traducción de la *Topografía cristiana de Cosmas, monje egipcio* (Londres, 1897).

O. ADAMEK, *Beitrage zur Geschichte des byzantinischen Kaisers Maurikios* (Graz, 1890—91).

P. COLLINET, *Études historiques sur le droit de Justinien. I: le caractére oriental de l'oeuvre legislative de Justinien et les destinées des institutions classíques en Occident* (París, 1912).

P. FRIEDLANDER, *Johannes von Gaza una Paulus Silentiarius* (Leipzig—Berlín, 1912).

P. W. RÜGAMER, *Leontius von Byzans* (Würzburg, 1894).

T. DECLAREUIL, *Rome et l'organisation du droit* ("Bibliothéque de syiuhése historique: l'evolution de l'humanité", dirigida por H. Berr. (París, 1924.)

V. G. HOLMES, *The age of Justinian and Theodora,* 2 t. (2.ª ed., Londres, 1912).

Capítulo IV

LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA DE HERACLIO (610—717)

La dinastía de Heraclio y su origen.

La dinastía formada por Heraclio y sus inmediatos sucesores en el trono de Bizancio fue, probablemente, de origen armenio. Al menos así podemos deducirlo de un texto del historiador armenio del siglo VII. Sebeos, fuente valiosa para la época de Heraclio. Sebeos escribe que la familia de Heraclio estaba emparentada con la famosa casa armenia de los Arsácidas[60]. Esta afirmación queda en cierta medida contradicha por los testimonios de varias fuentes respecto a la dorada cabellera rubia de Heraclio. Este reinó del 610 al 641. De su primera mujer, Eudoxia, tuvo un hijo, Constantino, quien solo reinó —a la muerte de su padre— algunos meses, muriendo también el 641. Se le conoce en la historia por el nombre de Constantino III (el nombre de Constantino II reservado a uno de los hijos de Constantino el Grande). A la muerte de Constantino III, el trono fue ocupado durante varios meses por Heracleonas (Heracleon) hijo de Heraclio y de su segunda mujer Martina. Fue depuesto en el otoño de año 641, y el hijo de Constantino III, Constante II, fue proclamado emperador y reinó de 641 a 668, Es probable que su nombre fuese un diminutivo de Constantino, ya que en las monedas bizantinas, en los documentos oficiales de este período en Occidente, e incluso en algunas fuentes bizantinas, se le llama Constantino; parece que Constante fue el nombre que le dio el pueblo. Tuvo por sucesor a su hijo, el enérgico Constantino IV, ordinariamente llamado *Pogonato*, es decir "el Barbudo" (668—685).

Pero hoy se tiene casi la certeza de que el sobrenombre de Pogonato no debe atribuirse a ese emperador, sino a su padre, Constante II[61]. Con la muerte de Constantino IV (685), termina el mejor periodo de la dinastía heracliana. El último emperador de la dinastía, Justiniano II, el *Rhinometa (*"nariz cortada"), hijo de Constantino IV, reinó dos veces, de 685 a 695 y de 705 a 711, El período de Justiniano II, notable por sus numerosas atrocidades, no ha sido bastante estudiado. Parece razonable suponer que las persecuciones del emperador contra los representantes de la nobleza no tuvieron por causa pura arbitrariedad, sino el secreto descontento de aquellos aristócratas, que se negaban a aceptar la política autoritaria y autocrática del emperador y procuraban destronarle. Fue depuesto en 695, cortándosele la nariz y la lengua[62] y desterrándosele a Querson, en Crimea, de donde logró huir, refugiándose al lado del kan de los kázaros, con cuya hermana había de casar. Más tarde, ayudado por los búlgaros, pudo recuperar el trono, y su vuelta a la capital fue señalada por crueles represalias contra los que habían contribuido a. su caída. Su tiranía provocó, en 711, una revolución durante la cual Justiniano y su familia fueron asesinados. El 711 acabó, pues, la dinastía heracliana. En el intervalo entre los dos reinados de Justiniano II, ocuparon el trono el jefe militar Leoncio (695—698), originario de Isauria, y Apsimar, que a su exaltación al purpurado tomó el nombre de Tiberio III (698—705). Ciertos eruditos ven en Apsimar un hombre de origen godo—griego. Tras la sangrienta deposición de Justiniano II, en 711, el trono bizantino fue ocupado, en seis años, por tres emperadores ocasionales: el armenio Bardanes o Filípico (711—714); Artemio, rebautizado con el nombre de Anastasio al coronarse (Anastasio II, 714—715), y Teodosio III (715—717). La anarquía reinante en el Imperio desde 695 concluyó en 717 con el advenimiento del famoso León III, cuyo reinado abrió un nuevo periodo en la historia de Bizancio.

---

[60] *Sebeos, Historia del emperador Heraclio, t. XXXII (trad. del armenio. San Peterburgo, 1862).*

[61] *E. W. Brooks, Who was Constantinc Pogonatus? (Byzantinische Zeits., t. XVII. 1908).*

[62] *La mutilación no fue tan completa que le impidiese hablar.*

Los eslavos ante los muros de Constantinopla. Las campañas contra los persas.

Heraclio fue un emperador muy capaz y activo. Tras la tiranía de Focas pareció, en cierto modo, un soberano ejemplar. Según el poeta contemporáneo Jorge de Pisidía, quien describió en versos excelentes las campañas del nuevo emperador contra los persas y la invasión de los avaros, Heraclio declaraba que "el poder debe brillar más por el amor que por el terror"[63].

Al llegar Heraclio al trono la situación del Imperio era grave en extremo. Los persas amenazaban por el este, los avaros y eslavos por el norte, y en el interior reinaba la más completa anarquía tras el desgraciado gobierno de Focas. El nuevo emperador no tenía recursos pecuniarios ni fuerzas militares suficientes. Este conjunto de cosas explica los hondos trastornos que conmovieron el Imperio en la primera parte del reinado de Heraclio.

En 611, los persas emprendieron la conquista de Siria, ocupando Antioquía, la ciudad más importante de las provincias orientales bizantinas. Damasco no tardó en caer en manos persas. Conclusa la conquista de Siria, los persas marcharon sobre Palestina y el 614 cercaron Jerusalén, que resistió veinte días. Pasados éstos, las torres de ataque y los arietes persas abrieron brecha en las murallas y, según una fuente, "los malditos enemigos invadieron la ciudad con rabia semejante a la de bestias furiosas o dragones irritados"[64]. La ciudad fue entregada al pillaje y los santuarios cristianos destruidos. La iglesia del Santo Sepulcro, erigida por Constantino el Grande, fue incendiada y saqueados sus tesoros. Los cristianos sufrieron vejaciones intolerables cuando no la muerte. Los judíos de Jerusalén se pusieron al lado de los persas, participando en las matanzas, en las cuales, según algunas fuentes, perecieron sesenta mil cristianos. Muchos tesoros fueron transportados a Persia desde la ciudad santa. Una de las reliquias más veneradas de la Cristiandad, la Santa Cruz, fue llevada a Ctesifonte. Entre los prisioneros enviados a Persia estaba Zacarías, patriarca de Jerusalén.

Esta devastadora conquista de Palestina por los persas y el pillaje de Jerusalén representan un momento crítico de la historia de la provincia palestiniana. Kondakov dice: "Fue un desastre inaudito, tal como no había existido desde la toma de Jerusalén bajo el reinado de Tito. Pero esta vez no se pudo poner remedio a tal calamidad. Nunca más la ciudad conoció período análogo a la brillante época del reinado de Constantino. Desde entonces la ciudad y sus monumentos declinaron de manera continua, paso a paso, y las mismas Cruzadas, tan ricas en consecuencias y en diversos provechos para Europa, no provocaron sino turbación, confusión y degeneración en la vida de Jerusalén. La invasión pérsica tuvo como efecto un cambio inmediato de la situación creada por la artificial importación de la civilización grecorromana a Palestina. La invasión arruinó la agricultura, despobló las ciudades, aniquiló gran número de conventos y monasterios, detuvo el desarrollo del comercio. Aquella invasión libertó a las tribus merodeadoras árabes de las convenciones que las trababan y del miedo que las retenía, y así comenzaron a fundar la unidad que hizo posibles las grandes invasiones del período posterior... Palestina entra de tal suerte en ese período turbulento que sería lícito calificar de medieval si no se hubiese prolongado hasta nuestros días".

La facilidad con que los persas señorearon Siria y Palestina se explica en parte por las condiciones religiosas de la vida de aquellas provincias. La mayoría de los pobladores, sobre todo en Siria, no compartía la doctrina ortodoxa oficial sostenida por el gobierno de Constantinopla. Los nestorianos, y después los monofisitas, que habitaban en aquellas regiones, vivían duramente oprimidos, según vimos, por el gobierno de Bizancio, y por tanto preferían la dominación de los

---

[63] *Jorge de Pisidia, De expeditione persica, vers. 90—91.*

[64] *Antíoco Estrategos, Toma de Jerusalén por los persas (tr. del georgiano por N. Marr). San Petersburgo, 1909).*

persas, adoradores del fuego, entre quienes los nestorianos gozaban de una libertad religiosa relativamente grande.

La invasión persa no se limitó a Siria y Palestina. Parte del ejército tras cruzar toda el Asia Menor y tomar Calcedonia (a orillas del mar de Marmara, junto al Bósforo), acampó cerca de Crisópolis, hoy Escútari, frente a Constantinopla, mientras otro ejército persa se preparaba a conquistar Egipto; Alejandría cayó, probablemente, el 618 ó 619. En Egipto, lo mismo que en Palestina, la población monofisita no apoyó con calor al gobierno bizantino y aceptó con júbilo el dominio persa.

Para el Imperio bizantino la pérdida de Egipto fue desastrosa. Egipto era en efecto, según ya vimos, el granero de Constantinopla, y una suspensión de los suministros de grano egipcio debía obrar gravemente sobre el estado económico de la capital.

A la vez que el Imperio bizantino sufría tan pesadas pérdidas en el sur y el este, a causa de las guerras pérsicas, surgía en el norte otro peligro, que constituía también una seria amenaza. Las hordas avaro—eslavas de la península balcánica, conducidas por el Kan de los avaros, se dirigían hacia el sur, saqueando y devastando las provincias septentrionales. Llegaron hasta la misma Constantinopla, donde chocaron con los muros de la ciudad. Esta vez la expedición se limitó a incursiones que procuraron al kan de los avaros numerosos prisioneros y rico botín, que condujo al norte[65].

Tales movimientos de pueblos dejaron huellas en los escritos de un contemporáneo de Heraclio, Isidoro, obispo de Sevilla, quien observa en su crónica que "Heraclio entró en el sexto (o quinto) año de su reinado, al principio cual los eslavos conquistaron Grecia a los romanos y los persas se apoderaron de Siria, Egipto y gran número de provincias"[66].

Tras alguna vacilación, el emperador decidió atacar a los persas. Dada la penuria del tesoro, Heraclio apeló a las riquezas de los templos de la capital y las provincias, ordenando que se transformasen aquellos bienes en monedas de oro y plata. Como Heraclio previera, el peligro que en el norte hacía correr al Imperio el Kan de los avaros se alejó mediante el pago de una gruesa suma de dinero y la entrega de rehenes distinguidos. Y después, en la primavera del 622, el emperador se trasladó al Asia Menor, donde reclutó muchos soldados, instruyéndolos en el arte de la guerra durante varios meses. La guerra contra los persas, que tenía por fin secundario la recuperación de la Santa Cruz y de la ciudad de Jerusalén, asumió formas de Cruzada.

Los historiadores modernos creen probable que Heraclio sostuviera tres campañas contra los persas entre los años 622 y 628, todas coronadas por brillantes éxitos para las armas bizantinas. El poeta contemporáneo Jorge de Pisidia compuso en ocasión de esos triunfos el *Epinikion* ("Canto de victoria") titulado *La Heracliada,* y en uno de sus poemas sobre la creación, el *Hexámeron* (o "Seis días"), aludió a la guerra de seis años en que Heraclio venció a los persas. Un historiador del siglo XX, F. I. Uspenski, compara la expedición de Heraclio a las gloriosas conquistas de Alejandro Magno. Heraclio se aseguró la ayuda de las tribus caucásicas y la alianza de los kázaros. Uno de los principales escenarios de las operaciones militares fueron las provincias persas del norte, fronterizas al Cáucaso.

En ausencia del emperador, ocupado en conducir los ejércitos a aquellas lejanas expediciones, la capital corrió un serio peligro. El kan de los avaros, rompiendo el acuerdo concluido con el emperador, marchó sobre Constantinopla (626) con inmensas hordas de avaros y eslavos. Había llegado también a un pacto con los persas, quienes enviaron parte cíe su ejército a Calcedonia. Las hordas avaro—eslavas sitiaron Constantinopla, que conoció durante mucho tiempo la mayor ansiedad. Pero la guarnición logró rechazar la ofensiva y al cabo hizo huir al enemigo. Cuando los persas supieron que el kan avaro, fracasando en su tentativa, se alejaba de Constantinopla, retiraron

[65] *Según toda verosimilitud, esta invasión ávara se produjo el 617.*

[66] *La cronología de Isidoro no es muy segura.*

sus tropas de Calcedonia y las enviaron a Siria. La victoria de Bizancio sobre el kan en 626 fue uno de los factores principales del debilitamiento del reino de los avaros.

Hacia la misma época (624). Bizancio perdió sus últimas posesiones en España. La conquista de tales posesiones fue concluida por el rey visigodo Suintila. Sólo quedaron en manos del emperador las Baleares.

A fines del año 627 Heraclio deshizo por completo a los persas en una batalla sostenida no lejos de las ruinas de la antigua Nínive (en las cercanías de la actual Mosúl, sobre el Tigris), y avanzó hacia el interior de las provincias centrales de Persia. Cayó en sus manos un rico botín. El emperador envió a Constantinopla un largo y triunfal manifiesto describiendo sus éxitos militares sobre los persas y anunciando el final y brillante desenlace de la guerra[67]. Su mensaje fue leído desde el púlpito de Santa Sofía. Entre tanto, el rey persa, Cosroes fue destronado y muerto, y el nuevo soberano, Kavad—Siroes, entabló tratos de paz con Heraclio. Por las estipulaciones del nuevo acuerdo los persas devolvían al Imperio bizantino las provincias que le habían conquistado, es decir, Siria Palestina y Egipto, y reintegraban la Santa Cruz. Heraclio volvió, victorioso, a Constantinopla y a poco se encaminó a Jerusalén con su mujer, Martina, llegando el 21 de marzo del 630[68]. La Santa Cruz, devuelta por los persas, fue situada en su antiguo lugar, con gran júbilo de todo el mundo cristiano. Un historiador armenio contemporáneo (Sebeos) escribe en esta ocasión: "Hubo mucha alegría aquel día a su entrada en Jerusalén: ruido de lloros y suspiros, abundantes lágrimas, una inmensa llama en los corazones, un desgarramiento de las entrañas del rey, de los príncipes, de todos los soldados y habitantes de la ciudad; y nadie podía cantar los himnos del Señor a causa del grande y punzante enternecimiento del rey y de toda la multitud. El la restableció (la cruz) en su lugar y repuso todos los objetos eclesiásticos cada uno en su sitio, y distribuyó a todas las iglesias y a los moradores de la ciudad presentes y dinero para el incienso"[69].

Es interesante notar que la victoria de Heraclio sobre los persas está mencionada en el Corán, donde leemos: "Los griegos fueron vencidos por los persas... pero después de su derrota los vencieron a su vez, pasados pocos años"[70].

La guerra pérsica de Heraclio representa para Bizancio una fecha trascendente de su historia. De las dos principales potencias que alegaban pretensiones universales en la Alta Edad Medía, es decir, Persia y Bizancio, la primera perdió entonces su importancia, trocándose en un Estado débil y dejando en breve de tener existencia política a consecuencia de las invasiones árabes. En cambio, el victorioso Imperio bizantino dio un golpe mortal a su sempiterno enemigo, recuperó sus perdidas provincias orientales, devolvió a la Cristiandad la Santa Cruz y todo ello mientras libraba a la capital de la formidable amenaza de las hordas avaro—eslavas. El Imperio bizantino parecía en la cúspide de su gloria y pujanza. El historiador italiano Pernice escribe al propósito: "En 629 la gloria de Heraclio está en su apogeo; la luz de su genio ha disipado la oscuridad suspendida sobre el Imperio; ante los ojos de todos parece abrirse una era gloriosa de grandeza y paz. El temido enemigo de siempre, Persia, está abatido en definitiva; en el Danubio, la potencia de los avaros declina rápidamente. ¿Quién, pues, podía resistir a las armas bizantinas? ¿Quién podía amenazar al Imperio?".

El soberano de la India envió a Heraclio una felicitación tras la victoria bizantina sobre los persas, remitiéndole a la vez gran cantidad de piedras preciosas[71]. Dagoberto, rey de los francos, expidió a Bizancio enviados extraordinarios y concluyó con Heraclio una paz perpetua. Y en 630,

---

[67] *Ese manifiesto se conserva en el Chronicon Paschale*

[68] *Esta fecha fue descubierta en el relato georgiano de Antíoco Estrategos, La toma de Jerusalén por los persas.*

[69] *Sebeos, Historia del emperador Heraclio.*

[70] *Corán, XXX, I, sección titulada Los griegos.*

[71] *Teófanes, Chronographia.*

Borana, reina de los persas, concluyó, parece que por oficios de un embajador especial, una paz en regla con Heraclio[72].

Tras el feliz desenlace de la guerra persa, Heraclio, en 629, tomó por primera vez el nombre oficial de *basileo*. Tal nombre existía hacía siglos en Oriente, y sobre todo en Egipto, y desde el siglo IV habíase hecho corriente en las zonas de lengua griega del Imperio, pero sin ser reconocido todavía como título oficial. Hasta el siglo VII, el equivalente griego del latino *imperator* había sido la palabra *autocrator* , es decir, "autócrata", que etimológicamente no correspondía al sentido de *imperator*. El único soberano extranjero a quien el emperador bizantino consentía en titular basileo era el rey de Persia (salvo también el remoto monarca abisinio). Bury escribe: "Mientras hubo en el exterior un gran basileo independiente del Imperio romano, los emperadores se abstuvieron de adoptar un título que hubieran compartido con otro monarca. Pero cuando ese monarca hubo sido reducido a la condición de vasallo dependiente y dejó de existir competencia entre ambos imperios, el emperador indicó al mundo su victoria tornando oficialmente el título que oficiosamente hacía siglos que se le daba". En las provincias recuperadas —Siria, Palestina, Egipto—, donde había una proporción dominante de monofisitas, se presentó otra vez el angustioso e importantísimo problema de la actitud del gobierno hacia los monofisitas. Por otra parte, la larga y persistente lucha de Heraclio contra los persas, a pesar de su éxito final, produjo un momentáneo debilitamiento del poder militar del Imperio bizantino, como consecuencia de las fuertes pérdidas en hombres y dinero. Además, el Imperio no obtuvo el período de calma que necesitaba tanto. En efecto, a poco de la guerra pérsica apareció una amenaza formidable y completamente inesperada, cuya gravedad no se comprendió bien al principio: el peligro árabe. Los árabes abrieron una nueva era de la historia del mundo al invadir los territorios del Imperio bizantino y de Persia.

Gibbon, en *Historia del declive y caída del Imperio romano*, habla de este empuje árabe en los términos siguientes: "Mientras el emperador triunfaba en Constantinopla o en Jerusalén, una oscura ciudad de los confines de Siria era puesta a saco por los sarracenos, quienes destrozaron los ejércitos que avanzaban en socorro de la población, incidente trivial e irrisorio de no haber preludiado una revolución formidable. Aquellos saqueadores eran los apóstoles de Mahoma, su fanático valor había surgido en el desierto, v en los últimos ocho años de su reinado, Heraclio perdió, a manos de los árabes, las mismas provincias que había obligado a los persas a devolverle".

Los árabes. Mahoma y el Islam.

Mucho antes de la era cristiana, los árabes, pueblo de origen semítico, ocuparon la península arábiga y el desierto de Siria, continuación geográfica de la península al nortey que se extiende hasta el Éufrates. La península arábiga, equivalente poco más o menos a la cuarta parte de Europa, está bordeada por el golfo Pérsico al este, el océano Índico al sur y el mar Rojo al oeste, mientras al norte penetra, casi sin transición, en el desierto sirio. Las provincias más conocidas de la península eran: el Nedj, en la meseta central; el Yemen o Arabia Feliz, al sur de la península; el Hedyaz, faja estrecha a lo largo del mar Rojo, que se extendía del Yemen al norte de la península. Este árido país no era habitable en todas sus partes. Los árabes, pueblo nómada, moraban especialmente en el norte y centro de Arabia. Los beduinos se consideraban los representantes más puros y auténticos de la raza árabe y únicos poseedores de dignidad y de valores personales. A más de los beduinos nómadas había algunos sedentarios, establecidos en un corto número de ciudades y aldeas y a quienes los beduinos, errantes, trataban con arrogancia cuando no con indiferencia.

El Imperio romano había necesariamente de entrar en conflicto con las tribus árabes de la frontera oriental siria, y se vio forzado a tomar medidas para proteger territorio ocupado por sus enemigos . Con esta intención los emperadores romanos mandaron construir una serie de fortificaciones fronterizas, el llamado *limes* sirio, análogo, en menor escala por supuesto, al famoso

---

[72] Cronica Minora, I, trad. por I. Guidi {París, 1903); Agapio de Menbidi, Historia Universal, t. II; Miguel el Sirio, trad. por A. Chabot, t. II.

limes romanus de la frontera danubiana, que se elevó con miras a la defensa del Imperio contra las invasiones germánicas. Algunas ruinas de las principales fortificaciones romanas de la frontera siria subsisten aún hoy.

Desde el siglo antes d.C. comenzaron a formarse estados independientes entre los árabes de Siria. Tales estados sufrieron mucho la influencia de las civilizaciones griega y aramaica. Así se les da a veces el nombre de reinos helenísticos arabo—arameos. Entre sus ciudades, Petra se convirtió en particularmente floreciente y próspera, gracias a su ventajosa situación en el cruce de varios grandes caminos comerciales. Las magníficas ruinas de esta ciudad atraen hoy aun la atención de los historiadores y arqueólogos contemporáneos.

Desde el punto de vista de la civilización y desde el político, el más importante de todos los reinos arabo—sirios de la época del Imperio romano fue el de Palmira, que tuvo por soberana a la que los autores romanos y griegos llaman Zenobia. Aquella valerosa reina, mujer de cultura helenística, fundó en la segunda mitad del siglo III d.C. un gran Estado, conquistando Egipto y la mayor parte del Asia Menor. Según B. A. Turaiev, ésa fue la primera advertencia de la reacción de Oriente y de la división del Imperio en dos partes, oriental y occidental. El emperador Aureliano restableció la unidad del Imperio y, en 273, la reina vencida hubo de seguir el carro del emperador triunfante a la entrada de éste en Roma. La rebelde Palmira fue destruida. Sus imponentes ruinas atraen tanto como las de Petra a los sabios y turistas contemporáneos. El famoso monumento epigráfico de Palmira, la “carta” palmiriana, grabada en una piedra enorme y que contiene preciosos informes sobre el comercio y hacienda de la ciudad, ha sido transportada a Rusia y se halla ahora en el Ermitage de Leningrado.

Dos dinastías árabes habían desempeñado ya cierto papel en el transcurso del período bizantino. La primera, la de los gasánidas de Siria, de tendencias monofisitas, vasalla de los emperadores bizantinos en algún modo, hízose muy poderosa en el siglo VI, bajo Justiniano, al convertirse en auxiliar del Imperio bizantino en las empresas orientales de éste. Tal dinastía cesó probablemente de existir a principios del siglo VII, cuando los persas conquistaron Siria y Palestina. La segunda dinastía árabe, la de loslajmitas, tuvo por centro la ciudad de Hira, junto al Éufrates. Por sus relaciones de vasallaje con los persas sasánidas, era hostil a los gasánidas. Dejó de existir también a principios del siglo VII.

El cristianismo, bajo su forma nestoriana, tuvo en Hira un grupo de adeptos, siendo reconocido incluso por algunos miembros de la dinastía lajmita. Ambas dinastías hubieron de defender las fronteras de su reino: los gasánidas junto a Bizancio; los Lajmitas junto a Persia. Habiendo al parecer dejado de existir ambos estados vasallos en el siglo VII, cuando comenzó la expansión del Islam no había una sola organización política digna del nombre de Estado en los límites de la península arábiga y del reino de Siria. Por otra parte existía en el Yemen, como vimos ya, un reino de sabeoshimiarítas (homeritas), fundado a fines del siglo II antes d.C.; pero hacia 570 el Yemen fue conquistado por los persas.

Antes de la época de Mahoma, los antiguos árabes estaban organizados en tribus. Lo único que engendraba entre ellos comunidad de intereses eran los lazos de sangre, y tal comunidad se manifestaba casi exclusivamente por la aplicación de principios coercitivos y caballerescos, como ayuda, protección o venganza sobre los enemigos cuando la tribu padecía algún insulto. La más ínfima circunstancia podía originar una lucha larga y sangrienta entre tribus. Se hallan alusiones a esos antiguos tiempos y costumbres en la vieja poesía árabe, así como en la tradición prosaica. La animosidad y la arrogancia presidían las recíprocas relaciones de las diferentes tribus de la Arabia preislámica.

Los conceptos religiosos de los árabes de entonces eran muy primitivos. Las tribus tenían dioses propios y objetos sagrados, como piedras, árboles, fuentes... Mediante ellos, trataban de presagiar el futuro. En ciertas regiones de Arabia predominaba el culto de los astros. Según Goldziher, los árabes antiguos, en su experiencia religiosa, apenas superaban el fetichismo. Creían en la existencia de fuerzas amigas y, con más frecuencia, enemigas, a las que llamaban *dinns* o demonios. Su concepto de un poder superior invisible, el de Alá, adolecía de gran imprecisión.

Probablemente desconocían la plegaria como forma de culto y cuando se dirigían a la divinidad su invocación, era de ordinario una petición de ayuda con miras a una venganza motivada por alguna injusticia u ofensa padecida. Goldziher afirma que "los poemas preislámicos que nos han llegado no contienen alusión alguna a un impulso hacia lo divino, ni siquiera en las almas más sublimes, y no nos dan sino muy pobres indicaciones sobre su actitud ante las tradiciones religiosas de su pueblo".

La vida nómada de los beduinos era naturalmente desfavorable al desenvolvimiento de lugares fijos consagrados a un culto religioso, aunque fuese en una forma primitiva. Pero al lado de los beduinos estaban los habitantes sedentarios de las ciudades y aldeas nacidas y desarrolladas junto a los caminos de tráfico, sobre todo a lo largo de las rutas caravaneras que iban de sur a norte, es decir, del Yemen a Palestina, Siria y la península del Sinaí. La más rica de las ciudades que bordeaban este camino era La Meca (Maceraba, en los antiguos escritos), famosa ya mucho antes de Mahoma. Seguíala en importancia Yathrib, la futura Medina, harto más al norte. Aquellas ciudades constituían excelentes etapas para las caravanas mercantiles que iban de norte a sur y viceversa. Había muchos judíos entre los mercaderes de La Meca y Yathrib, así como entre los habitantes de otras zonas de la península, cual el Yemen y el Hedyaz septentrional. Desde las provincias romano—bizantinas de Palestina y Siria, al norte, y desde Abisinia, al sur, acudían a la península numerosos cristianos. La Meca se convirtió en el principal centro de contacto de la desigual población de la península. Desde época muy remota poseía la ciudad un santuario, la Kaaba (el Cubo) cuyo carácter original no era específicamente árabe. Consistía en una construcción de piedra, de 35 pies de altura, que encerraba el principal objeto de culto, la piedra negra. La tradición declaraba que aquella piedra era un don del cielo y asociaba la elevación del santuario al nombre de Abraham. Gracias a su ventajosa situación, La Meca era visitada por mercaderes de todas las tribus árabes. Ciertas leyendas afirman que, para atraer más visitantes a la población, se habían colocado en el interior de la Kaaba ídolos de diversas tribus, a fin de que los miembros de cada tribu pudiesen adorar su divinidad favorita durante su estancia en La Meca. El número de peregrinos aumentaba constantemente, siendo en especial considerable durante el período sacro de la *Tregua de Dios*, práctica que garantizaba más o menos la inviolabilidad territorial de las tribus que enviaban representantes a La Meca. La época de las fiestas religiosas coincidía con la feria grande de La Meca, feria en que los mercaderes árabes y extranjeros efectuaban sus transacciones comerciales, las cuales dejaban a la ciudad enormes provechos. La ciudad enriquecióse muy de prisa. Hacia el siglo V d.C. empezó a dominar en La Meca la poderosa tribu de los Koraichitas. Los intereses materiales de los ávidos moradores de La Meca no se descuidaban y a menudo las colectas sagradas utilizábanse por ellos para satisfacción de sus intereses egoístas. Según Goldziher, "con la dominación de la nobleza, encargada de cumplir las ceremonias tradicionales, la ciudad tomó un carácter materialista, arrogante y plutocrático. No cabía encontrar allí profundas satisfacciones religiosas".

Bajo la influencia del judaísmo y del cristianismo, que los árabes tuvieron múltiples ocasiones de conocer en La Meca, aparecieron, incluso antes de Mahoma, algunos individuos realmente inspirados por ideales religiosos muy diversos del árido ritual de las viejas costumbres idolátricas. Los conceptos de aquellos modestos apóstoles aislados se distinguían por su aspiración hacia el monoteísmo y su aceptación de una vida ascética. Pero todos se contentaron con su experiencia propia, sin influir ni convertir a quienes les rodeaban.

Quien unificó a los árabes y fundó una religión universal fue Mahoma, primero humilde predicador de la penitencia, profeta después y más tarde jefe de una comunidad política.

Mahoma nació hacia el 570. Pertenecía al clan hachemita, uno de los más pobres de la tribu koraichita. Sus padres murieron siendo él muy joven y hubo de ganarse la vida trabajando. Fue, pues, conductor de camellos en las caravanas mercantiles de la acaudalada viuda Jadidya. Al casarse con ésta mejoró mucho su situación material. Era hombre de temperamento nervioso y enfermizo.

Habiendo entrado en contado con cristianos y judíos, sufrió mucho la influencia de unos y otros y empezó a meditar cada vez más sobre la organización religiosa de La Meca. Las dudas que

surgían frecuentemente en su alma hacían nacer en él momentos de desesperación y sufrimiento infinitos. Padecía en ocasiones crisis nerviosas. Durante sus paseos solitarios por los arrabales de La Meca le atormentaban visiones y al fin concluyó por arraigar en él la convicción de que Dios le había designado para salvar a su pueblo, que seguía la senda del error.

Mahoma contaba cuarenta años cuando se resolvió a expresar sus miras francamente, si bien, con modestia, empezó por predicar la moral sólo en el seno de su propia familia. Luego predicó ante un grupo reducido de gente de clase inferior, y a poco hubo ya ciudadanos distinguidos que le escuchaban. Pero los jefes de los koraichitas se declararon contra él y le hicieron imposible la residencia en La Meca. Entonces, acompañado de sus secuaces, abandonó en secreto la ciudad (622) y se encaminó a Yalhrib, al norte, cuyos moradores, comprendido el elemento judío, le habían rogado a menudo que fuese a vivir entre ellos, prometiéndole mejores condiciones de existencia.

El año de la marcha de Mahoma a Medina, o como se suele llamar incorrectamente, el año de su huida (*hichra* en árabe, reformado por los europeos en *hégira*) es el punto de partida de la era musulmana[73].

Los árabes y todos los demás pueblos mahometanos fijan el principio de su era en el año 622 y para establecer su cronología se sirven del año lunar, un tanto más corto que el solar. De ordinario los musulmanes consideran el viernes 16 de julio del 622 como el día inicial del primer año de la hégira, pero la práctica no data sino de dieciséis años después.

La población de Yathrib recibió con entusiasmo a Mahoma y a sus compañeros y más tarde cambió el nombre de Yathrib en *Medinat el Nabi*, o "Ciudad del Profeta".

No debemos olvidar que la insuficiencia de fuentes primitivas referentes al mahometismo nos pone en la práctica en tal situación, que no poseemos informe auténtico alguno sobre la vida de Mahoma con anterioridad a la hégira. En esa época su enseñanza era tan imprecisa que rayaba en lo caótico y no es posible darle aún el nombre de religión nueva.

En Medina, Mahoma se convirtió en jefe de una gran comunidad y comenzó a asentar las bases de un Estado político sobre fundamentos religiosos. Después de desarrollar los principios esenciales de su religión, creando ciertas ceremonias religiosas y reforzando su situación política, levantó un ejército y en 630 tomó La Meca. Ya en la ciudad hizo desaparecer todos los ídolos y todas las supervivencias del politeísmo. La base de la nueva religión era el culto de un Dios único: Alá. Mahoma concedió a todos sus enemigos una especie de amnistía, gracias a lo cual la ocupación de La Meca no acarreó muertes ni saqueos. Desde entonces Mahoma y sus seguidores pudieron peregrinar libremente a La Meca y practicar sus nuevos ritos. Murió Mahoma el 632.

Aquel hombre no era un lógico y por tanto resulta difícil presentar su doctrina religiosa de manera sistemática. Tal doctrina no constituía una creación original, sino que se había desenvuelto bajo el influjo de otras religiones: cristianismo, judaismo y en parte el parsismo o zoroastrismo, religión del reino persa de los sasánidas en aquella época. Modernos historiadores llegan a la conclusión de que "la comunidad mahometana primitiva, contrariamente a la opinión extendida antes, estaba más profundamente adherida a los ideales cristianos que al judaísmo". Fuese como fuera, Mahoma había conocido otras religiones en su juventud, durante sus viajes con las caravanas y más tarde a La Meca y a Yathrib (Medina). El rasgo más típico de su doctrina es el dogma de la completa dependencia del ser humano respecto a Dios y la ciega resignación a la voluntad divina. La fe es estrictamente monoteísta y se considera a Dios como posesor de un poder ilimitado sobre sus criaturas. La religión mahometana toma el nombre de Islam, que significa *resignación o sumisión a Dios*[74] y los sectarios del Islam fueron llamados musulmanes o mahometanos.

---

[73] *No parece correcto traducir hichra por "huida", porque el sentido "huir" no se halla en la raíz árabe háchara, que significa "romper relaciones, abandonar la tribu, emigrar".*

[74] *Así suele decirse. No hay que olvidar, no obstante, que salm, salama vale por "reposo", "paz", "protección", sin aparejar necesariamente la idea de Dios. Moslim, mashmum, no son mas que derivados de esa idea.*

El dogma fundamental de la religión islámica es la unidad de Dios, o Alá. La proposición: "Sólo hay un Dios y Mahoma es su profeta" constituye uno de los principios esenciales del Islam. Moisés y Jesús son reconocidos como profetas. El Cristo es el profeta penúltimo; pero la nueva religión proclama que ninguno es tan grande como Mahoma. Durante su residencia en Medina, Mahoma declaró que su doctrina religiosa era la restauración en su plena pureza de la religión de Abraham, corrompida por los judíos y los cristianos. Uno de los primeros problemas que se le presentó a Mahoma fue hacer salir a los árabes de su estado de barbarie (*dyahiliyya*, en árabe), e inculcarles principios morales más elevados. Oponiéndose a las crueles costumbres difundidas en el país predicó, en lugar de la venganza, la paz, el amor, el dominio de sí mismo. Puso fin de la costumbre, existente en ciertas tribus, de enterrar vivas a las recién nacidas. Se esforzó asimismo en regularizar las relaciones matrimoniales, limitando la poligamia en cierta medida al reducir el número de mujeres legítimas. No se podían tener más que cuatro, y en este punto Mahoma no permitió a nadie, salvo a sí mismo, tomarse libertades con el dogma. Las viejas concepciones de clan se substituyeron en la nueva religión por la idea de los derechos personales, incluido el derecho de heredar. Mahoma introdujo igualmente ciertas prácticas relativas a la plegaria y el ayuno: durante la oración debía volverse la vista en dirección a la Kaaba, y en el noveno mes, el de Ramadán, se fijó un largo período de ayuno. El descanso semanal se estableció en el viernes. La nueva religión prohibía el uso del vino, de la sangre, del cerdo, de la carne de los animales muertos de muerte natural o que hubiesen servido para sacrificios a los ídolos paganos. También se prohibía el juego. Se establecía la creencia en los ángeles y en el diablo. Los conceptos del Cielo y del Infierno, de la Resurrección y del Juicio Final, eran de naturaleza netamente materialista. Los elementos esenciales de esas concepciones se hallan en la literatura apócrifa judeocristiana. La gracia de Dios, el arrepentimiento de los pecadores, la recompensa de las buenas acciones formaban parte de la doctrina de Mahoma.

Las prescripciones religiosas y reglas del Islam, tal como existen hoy, se han desarrollado sin duda, poco a poco, después de la muerte de Mahoma. Así por ejemplo, en la época de los omeyas la oración a horas fijas no estaba instituida de manera rigurosa. Las prácticas pueden reducirse a las cinco siguientes:

1) reconocer a un solo Dios, Alá, y a su profeta Mahoma;

2) hacer, a las horas fijadas, determinadas plegarias siguiendo estrictamente el ritual prescrito;

3) contribuir con cierta suma de dinero a los gastos militares y a los de caridad de la comunidad mahometana;

4) ayunar durante el mes de Ramadán;

5) efectuar una peregrinación a la Kaaba de La Meca (peregrinación que se denomina *hadch*).

Los principios fundamentales y el conjunto de las reglas de la religión musulmana se consignan en un libro sagrado, el libro de las revelaciones de Mahoma, o Corán, subdividido en 114 capítulos (*Sura*, en árabe).

Los relatos sobre la predicación y los actos de Mahoma, reunidos más tarde en libros diversos, llevan el nombre de *Sunna*.

La historia de los principios del Islam en el período de Mahoma es oscura y de las que más se prestan a la controversia, dado el estado actual de las fuentes que hablan de ese período. Sin embargo, tal cuestión es de extrema importancia para la historia del Imperio bizantino en el siglo VII, porque su solución puede influir mucho en la explicación que se atribuya a los rápidos y asombrosos éxitos militares de los árabes cuando éstos tomaron a los bizantinos sus provincias orientales y meridionales: Siria, Palestina, Egipto y el África del Norte.

Para dar una idea de las contradicciones que existen en la ciencia respecto al Islam, citaremos las opiniones de tres sabios especialistas en la materia. Goldziher escribe: "No puede haber duda: Mahoma pensó en propagar su religión allende las fronteras de Arabia y en transformar su doctrina, primero predicada a sus cercanos parientes, en una fuerza de dominación universal". Otro sabio, Grimme, declara que, apoyándose sobre el Corán, se llega a la conclusión de que el fin principal del

islamismo era (da posesión completa de Arabia". Y un tercer sabio contemporáneo, Caetani, afirma que el profeta no soñó nunca en convertir toda Arabia ni a todos los árabes.

En vida de Mahoma, no toda Arabia se sometió a su dominio. En general puede decirse que Arabia no ha reconocido nunca un señor único. En realidad Mahoma rigió un territorio acaso inferior al tercio de la península. Las provincias que dominó quedaron muy influidas por los conceptos islámicos, pero el resto de Arabia continuó teniendo una organización política y religiosa muy poco diversa a la que había conocido antes de Mahoma. Como sabemos, el sudoeste de la península era cristiano. Las tribus árabes de la Arabia nordeste habían adoptado también el cristianismo, que no tardó en ser la religión dominante en Mesopotamia y en las provincias árabes ribereñas delÉufrates. Entre tanto la religión oficial persa declinaba de modo acelerada, declinante. De forma que cuando Mahoma murió no era el soberano político de toda Arabia ni su jefe religioso.

Es interesante notar que al principio el Imperio bizantino consideró al Islam como una especie de arrianismo, colocándolo en el mismo pie que a las demás sectas cristianas. La literatura apologética y polémica de Bizancio discutió con el Islam lo mismo que había hecho con los monofisitas, monotelítas y sectarios de otras herejías. Juan Damasceno, miembro de una familia sarracena, que vivió en la corte musulmana en el siglo VIII, no veía en el Islam una nueva religión, sino que la consideraba una especie de cisma, de carácter análogo a las otras herejías precedentes. Los historiadores bizantinos testimonian muy poco interés por la revelación de Mahoma y el movimiento político que inició. El primer cronista que da algunos datos sobre la vida de Mahoma, "soberano de los sarracenos y seudoprofeta", es Teófanes, que escribió en la primera mitad del siglo IX[75].

Incluso para la Europa occidental del medievo, el Islam no fue una religión distinta, sino una secta cristiana, emparentada, por sus dogmas, con el arrianismo. En el último período de la Edad Media, Dante, en su *Divina Comedia*, considera a Mahoma como un hereje y le llama "sembrador de escándalo y de cisma" (*Inferno*, XXVIII, 31—36).

Causas de las conquistas árabes en el siglo VII.

Se menciona habitualmente el entusiasmo religioso de los musulmanes, que alcanzaba con frecuencia el grado supremo del fanatismo y la intolerancia, y se ve en él una de las causas determinativas de los pasmosos éxitos militares logrados por los árabes en su lucha contra Persia y contra el Imperio bizantino en el siglo VII. Se pretende que los árabes se precipitaron sobre las provincias asiáticas y africanas con la determinación de cumplir la voluntad de su profeta, que les había prescrito la conversión de todo el mundo a la nueva fe. En resumen, suelen explicarse en general las victorias árabes por el entusiasmo religioso que preparaba a los musulmanes fanáticos a mirar la muerte con desprecio, haciéndoles así invencibles en la ofensiva.

Este concepto debe ser considerado desprovisto de fundamento. A la muerte de Mahoma no había más que un pequeño número de musulmanes convencidos, y por ende ese pequeño número permaneció en Medina hasta que las primeras grandes conquistas estuvieron consumadas. Muy pocos adeptos de Mahoma combatieron en Siria y Persia. La aplastante mayoría de combatientes árabes la formaban beduinos, que solo conocían de *oídas* el Islam. No se cuidaban de nada sino de los beneficios materiales y terrenos, y no pedían otra cosa que botín y un desenfreno sin límites. El entusiasmo religioso no existía entre ellos para nada. Por otra parte, el Islam, en sus principios, era tolerante por esencia. El Corán dice: "No se haga violencia en materia religiosa; la verdad se distingue bien del error" (II, 257). Harto conocida es la indulgencia del Islam, en sus orígenes, con judíos y cristianos. El Corán habla también de la tolerancia de Dios respecto a las obras religiosas: "Si Dios hubiese querido, no habría hecho sino un solo pueblo de todos los hombres" (XI, 120). El fanatismo religioso y la intolerancia de los musulmanes son fenómenos posteriores, extraños al pueblo árabe y explicables por la influencia de los prosélitos mahometanos. Así, la teoría de que el

[75] *Teófanes, Chronographia.*

entusiasmo religioso y el fanatismo fueron causas de las victoriosas conquistas de los árabes en el siglo VII debe ser rechazada.

Ciertos estudios recientes, como el de Caetani, se esfuerzan en demostrar que las causas verdaderas del irresistible avance de los árabes fueron de orden más práctico, más material. Arabia, reducida a sus recursos naturales, no podía satisfacer ya las necesidades físicas de su población y entonces, bajo la amenaza de la miseria y el hambre, los árabes se vieron en la precisión de hacer un esfuerzo desesperado para librarse "de la ardiente prisión del desierto". Serían, pues, las insoportables condiciones de su vida las que habrían motivado aquel incontenible impulso que lanzó a los árabes hacia el Imperio bizantino y Persia, y no se debe, en tal caso, buscar el menor elemento religioso en su movimiento.

Pero, aun admitiendo hasta cierto punto la exactitud de esa tesis, no pueden explicarse completamente los éxitos militares de los árabes por sus necesidades materiales. Se ha de reconocer que entre las causas de sus victorias figura también el estado interno de las provincias orientales y meridionales de Bizancio —Siria, Palestina y Egipto—, tan fácilmente ocupadas por los árabes. Varias veces hemos indicado el creciente descontento de aquellas provincias, irritadas por razones de orden religioso. Siendo monofisitas y, parcialmente, nestorianas en sus convicciones, habían entrado en pugna con el gobierno central, rebelde a toda conciliación de tipo capaz de satisfacer las exigencias religiosas de aquellos países. Ello se agudizó después de la muerte de Justiniano la política inflexible de los emperadores hizo que Siria, Palestina y Egipto se sintieran dispuestas a desgajarse del Imperio, y prefirieron someterse a los árabes, conocidos por su tolerancia religiosa y de quienes se esperaba que se limitasen a percibir impuestos regulares en las provincias conquistadas. Los árabes, en efecto, como ya hemos dicho, se cuidaban poco de las convicciones religiosas de los pueblos sometidos.

La parte ortodoxa de la población de las provincias orientales estaba también descontenta del gobierno central a causa de ciertas concesiones y ciertos compromisos otorgados a los monofisitas, sobre todo en el. siglo VII. Hablando de la política monotelita de Heraclio, Eutiquio, historiador árabe cristiano del siglo X, escribe que los ciudadanos de Hemesa (Homs), declararon al emperador: "Sois un maronita (monotelíta) y un enemigo de nuestra fe"[76]. Otro historiador árabe, Beladsori (siglo IX), afirma que los mismos ciudadanos se volvieron a los árabes, diciéndoles: "Vuestro gobierno y justicia nos son más agradables que la tiranía e insultos que hemos sufrido"[77]. Cierto que el testimonio emana de un escritor musulmán, pero refleja el verdadero estado de ánimo de la población ortodoxa durante el período en que Constantinopla siguió una política de compromiso religioso. Conviene también recordar que la mayor parte de la población de las provincias bizantinas de Palestina y Siria era de origen semítico, que muchos de sus habitantes eran de extracción árabe y que los conquistadores árabes encontraron en las provincias sometidas hombres de su raza y que hablaban su propia lengua. Con expresión de un historiador, no se trataba de conquistar un país extranjero, cuyo único provecho directo serían los impuestos, sino también de reivindicar una parte del propio patrimonio, que declinaba, por así decirlo, bajo el cetro extranjero"[78].

Además del general descontento religioso y del parentesco de la población con los árabes —dos hechos muy favorables a los invasores— conviene igualmente recordar que Bizancio y su ejército estaban muy debilitados tras las largas campañas contra los persas, pese al éxito final, y no podían oponer resistencia seria a las tropas frescas de los árabes.

En Egipto, causas particulares explican la fácil conquista árabe. La primera debe buscarse en el estado general de las tropas bizantinas acantonadas en el país. Numéricamente acaso fuesen

---

[76] *Eutiquio, patriarca alejandrino: Annales, ed. L. Cheikho (Beirut y París, 1912).*

[77] *Beladsori, Liber expugnationum rcgionum, ed. De Goeje (Leyden, 1866).*

[78] *De Goeje, Memoria sobre la conquista de Siria (Leyden, 1900); V. C. Becker, The expansión of the Saracens. The East (1913).*

bastante fuertes, pero la organización general del ejército perjudicaba mucho el éxito de las operaciones. Porque el ejército egipcio, en efecto, se dividía en varios grupos, mandados por cinco jefes diferentes, los duques (*duces*), investidos de poderes iguales. Entre esos generales no había unidad alguna de acción. La falta de coordinación a los fines de una tarea común paralizó la resistencia. La indiferencia de los gobernadores hacia los problemas que se planteaban en la provincia, sus rivalidades personales, su falta de solidaridad y su incapacidad militar tuvieron consecuencias nefastas. Los soldados valían tanto como sus jefes. El ejército egipcio era numeroso, pero la mediocridad de los mandos y de su instrucción hacían que no se pudiese contar con él. Los soldados se sentían inclinados a la defección de modo irresistible. El sabio francés Maspero, escribe: "Sin duda hay causas múltiples que explican los fulminantes éxitos de los árabes: el agotamiento del Imperio después de la victoriosa campaña de Persia, las discordias religiosas, el odio recíproco de los coptos jacobitas y de los griegos calcedonios. Pero el motivo principal de la derrota bizantina en el valle del Nilo fue la mala calidad del ejército al que estuvo confiada la misión de defenderlos"[79]. Gelzer, por el estudio de los papiros, llega a las siguientes conclusiones: estima que la clase de grandes terratenientes priveligiados nacida en Egipto con anterioridad al período de las grandes conquistas árabes se había tornado, de hecho, independiente del gobierno central, el cual no había creado administración local verdadera, cosa que fue una de las causas principales de la caída de la dominación bizantina en Egipto. Otro sabio, el francés Amélineau, apoyándose también en el estudio de los papiros, llega a la conclusión de que, además de lo mediocre de la organización militar, los defectos de la administración civil de Egipto figuraron entre los más importantes factores que facilitaron la conquista árabe[80].

El papirólogo inglés H. J. Bell, escribe que la conquista de Egipto por los árabes no fue "ni un milagro ni un ejemplo de la venganza divina sobre la cristiandad extraviada, sino sólo el debilitamiento inevitable de un edificio podrido hasta el meollo"[81].

Así, entre las razones del éxito árabe debemos colocar en primer lugar la situación religiosa de Siria, Palestina y Egipto; los lazos de parentesco que existía entre los habitantes de esos dos primeros países y los árabes; y, lo que no deja de tener importancia, en Egipto, la incapacidad de las tropas, la ineficacia de la organización militar, la mediocridad de la administración civil y el estado de las relaciones sociales.

En cuanto a las cifras de las fuerzas enfrentadas, téngase en cuenta que la tradición histórica, tanto bizantina como árabe, las ha exagerado mucho. En realidad los ejércitos de ambos adversarios no eran muy considerables. Ciertos eruditos evalúan los soldados árabes que participaron en las campañas de Siria y Palestina en. 27.000, y aun temen aumentar el número real. El ejército bizantino era probablemente menos numeroso todavía. No olvidemos, en todo caso, que las operaciones militares fueron sostenidas, no sólo por los árabes de la península, sino por los del desierto sirio, cercano a las fronteras persa y bizantina.

Al estudiar con profundidad los principios del Islam, se advierte que el elemento religioso pasa a segundo término en todos los sucesos políticos de este período. Según el historiador Caetani: "el Islam se transformó en fuerza política porque sólo así podía triunfar de sus enemigos. Si el Islam hubiera persistido siendo siempre una mera doctrina moral y religiosa, su existencia habría terminado pronto en aquella Arabia escéptica y materialista, y sobre todo en la atmósfera hostil de La Meca". Según la opinión de Goldziher, "los campeones del Islam no se propusieron tanto la conversión de los infieles como su sujeción".

---

[79] *J. Maspero, Organisation militaire de l'Egypte byzantine (París, 1912).*

[80] *E. Amélineau, La conquéte de l'Egypte par les Árabes. Revue Historique, t. CXIX (1915);. V. G. Rouillard, L'Administration civile de l'Egypte byzantine (2. ed. París, 1928).*

[81] *Bell, The byzantinte servile State in Egypt (Journal of Egyptian Archaelogy. t. IV, 1917).*

Conquistas árabes hasta principios del siglo VIII. Justiniano II y los árabes.

A la muerte de Mahoma (632) su pariente Abu—Bakr fue elegido jefe de los musulmanes con el título de *califa*, es decir, "vicario". Los tres califas siguientes, Omar, Otman y Alí, fueron elevados también por elección, y en consecuencia no formaron una dinastía. Existe muy arraigada la costumbre de designar a los cuatro sucesores inmediatos de Mahoma con el nombre de *califas ortodoxos*.

Las conquistas más importantes hechas por los árabes en territorio bizantino se desarrollaron bajo el califa Omar.

Los relatos según los cuales Mahoma escribió mensajes a los soberanos de otros países, incluso Heraclío, proponiéndoles convertirse al islamismo, con la *adehala* de que Heraclio contestó favorablemente, deben considerarse invenciones sin fundamento histórico. No obstante, hay eruditos que hoy dan valor histórico a esa correspondencia[82].

En vida de Mahoma, sólo aislados destacamentos de beduinos cruzaron la frontera bizantina. Pero bajo el segundo califa, Omar, los acontecimientos se precipitaron a una velocidad extraordinaria. La cronología de las operaciones militares de la tercera y cuarta décadas del siglo VII es muy oscura y confusa. Según toda probabilidad, los hechos transcurrieron por este orden: en 634 los árabes se apoderaron de la fortaleza bizantina de Bothra (Bosra), allende el Jordán; en 635 cayó Damasco; en 636 la batalla de Yarmuk abrió toda la provincia siria a la conquista árabe y en 637 ó 638 Jerusalén se rindió tras un cerco de dos años. En esta última operación se distinguió entre los árabes el califa Omar y entre los sitiados el patriarca de Jerusalén, Sofronio, famoso defensor de la ortodoxia. El texto de la capitulación por la que Sofronio entregaba Jerusalén a Omar, con ciertas garantías sociales y religiosas para los pobladores cristianos de la ciudad, no quedó en vigor, por desgracia, sino con ulteriores modificaciones. Antes de que los árabes entrasen en Jerusalén, los cristianos habían logrado sacar de la ciudad la Santa Cruz, transportándola a Constantinopla.

Con la conquista de Mesopotamia y Persia, ejecutada a la vez que esta ocupación de territorios bizantinos, terminó el primer período de las conquistas árabes en Asia. A fines de la tercera década del siglo, el general árabe Amr compareció en la frontera oriental de Egipto, iniciando la conquista de este país. Después de la muerte de Heraclio, en 641 ó 642, los árabes ocuparon Alejandría, y hacia el fin de la década 64050 el Imperio bizantino se vio obligado a renunciar a Egipto para siempre. La conquista de Egipto fue seguida de un avance árabe hacia las costas occidentales de África del Norte. Sobre el 650, Siria, parte del Asía Menor, la Mesopotamia Superior, Palestina, Egipto y una zona de las provincias bizantinas del África septentrional estaban bajo el dominio árabe.

Sus conquistas habían llevado a los árabes hasta las orillas del Mediterráneo, donde se les plantearon nuevos problemas, de orden marítimo. No poseían escuadra y se hallaban impotentes ante los numerosos bajeles bizantinos, para los que eran fácilmente accesibles las provincias árabes del litoral. Los árabes comprendieron en seguida el peligro de la situación. El gobernador de Siria, y futuro califa, Moawiah se dio a construir con actividad numerosas naves, cuyas tripulaciones se reclutaron al principio entre la población indígena grecosiria, hecha a navegar. Recientes estudios de papiros han probado que, a fines del siglo VII, la construcción de buenas embarcaciones y el reclutamiento de marinos, experimentados fueron uno de los problemas esenciales que hubo de resolver la administración egipcia.

A mediados del siglo VII, bajo Constante II, las naves árabes de Moawiah, empezaron a invadir las aguas bizantinas y los musulmanes tomaron el importante centro marítimo de la isla de Chipre. No lejos de la costa de Asia Menor deshicieron la flota bizantina, mandada por el

---

[82] *Huart considera la embajada de Mahoma al "Cesar de Bizancio" como dudosa (Histoire des Árabes. París, 1912). Maspero califica la carta de Mahoma de "leyenda árabe que acaso contenga un fondo histórico". (Histoire des patriarches d'Alcxandrie. París, 1923).*

emperador en persona, se apoderaron de la isla de Rodas, donde destruyeron el célebre Coloso, y llegaron hasta Creta y Sicilia, amenazando el Egeo y Constantinopla.

Los cautivos capturados en estas expediciones, sobre todo los de Sicilia, fueron conducidos a Damasco.

Las conquistas árabes del siglo VII privaron al Imperio bizantino de sus provincias orientales y meridionales, haciéndole perder su posición eminente de Estado más poderoso del mundo. Territorialmente disminuido, Bizancio se convirtió en un Estado con predominio de pobladores griegos, aunque no un predominio tan grande como creen ciertos sabios. Los territorios donde los griegos formaban mayoría absoluta eran el Asia Menor, las islas vecinas del mar Egeo, Constantinopla y la provincia adyacente a la capital. Por entonces, toda la península balcánica, Peloponeso incluso, se había modificado mucho en su composición etnográfica, a causa de la aparición de grandes colonias eslavas. En Occidente, el Imperio bizantino poseía aun partes aisladas de Italia, esto es, las no pertenecientes al reino lombardo y que eran la zona meridional de la península, con Sicilia y otras islas del Mediterráneo, Roma y el exarcado de Ravena. La población griega, especialmente numerosa en la porción meridional de la Italia bizantina, creció muy de prisa en el siglo VII al refugiarse en Italia numerososhabitantes de Egipto y África del Norte que no quisieron someterse a los árabes. Puede decirse que el Imperio romano se transformó entonces en un Imperio bizantino, Imperio cuyos problemas vitales se hicieron más angostos y perdieron su anterior vastedad. Ciertos historiadores —como Gelzer— piensan que las graves pérdidas territoriales de Bizancio fueron convenientes para esta nación en el sentido de que eliminaron los elementos extranjeros, mientras "la población del Asia Menor y de las partes de la península balcánica que reconocían aún la autoridad del emperador, formaba, por su lengua y religión, un todo perfectamente homogéneo y una masa perfectamente leal". Desde mediados del siglo VII Bizancio hubo de ocuparse sobre todo de la capital, del Asia Menor y de la península balcánica. Por lo demás, aquellos reducidos territorios estaban expuestos a la amenaza de los lombardos, los eslavos, los búlgaros y los árabes. Según L. Bréhier, ese período marca para Constantinopla el principio de su papel histórico de defensa perpetua que dura hasta el siglo XV, con alternativas de retroceso y expansión.

Los progresos de la conquista árabe en África del Norte fueron detenidos durante algún tiempo por la enérgica resistencia de los bereberes. También interrumpió la actividad militar de los árabes el conflicto interno que estalló entre el último *califa ortodoxo*, Alí, y el gobernador de Siria, Moawiah. La sangrienta lucha concluyó el 661 con el asesinato de Alí y el triunfo de su adversario, quién subió al trono, inaugurando la dinastía de los omeyas. El nuevo califa hizo de Damasco la capital de su reino.

Una vez afirmado su poder en el interior, Moawiah reanudó la ofensiva contra el Imperio bizantino, enviando su flota a Constantinopla y prosiguiendo su marcha hacía el oeste en territorio africano.

El Imperio conoció su período más crítico bajo el reinado del enérgico Constantino IV (668—685). Entonces la flota árabe atravesó el Egeo y el Helesponto, penetró en la Propóntide y se estableció en el puerto de Cizico. Utilizando este lugar como base de operaciones, los árabes asediaron varias veces, y siempre sin éxito, Constantinopla. Todos los años recomenzaban el cerco, de ordinario en el estío. La causa esencial de que los árabes no tomasen la ciudad fue que el emperador había sabido situarla en estado de oponer la necesaria resistencia.

Entre los principales factores del éxito de la defensa bizantina figuró el empleo del *fuego griego*, llamado también "fuego líquido" o "marino", y cuya invención se debió al arquitecto Calínico, un griego de Siria, emigrado. A veces suele tenerse una idea falsa de ese invento, dado el término que lo designa por lo general. El "fuego griego" era una especie de composición explosiva que se proyectaba mediante tubos especiales o sifones y que se inflamaba al tropezar con las naves enemigas. La flota bizantina comprendía buques especiales denominados *sifonóforos*, los cuales causaban terrible pánico entre los árabes. Había otros procedimientos para lanzar aquel fuego artificial sobre el enemigo. La característica de tal fuego era que ardía incluso sobre el agua.

Durante considerable tiempo el gobierno guardó celosamente el secreto de la composición de tal arma nueva, que contribuyó muchas veces al éxito de las flotas bizantinas[83].

Todos los intentos árabes para tomar Constantinopla fracasaron. En 677 la flota enemiga se volvió hacia Siria y durante el viaje, al largo de la costa meridional del Asia Menor, fue destruida por una violenta tempestad. En tierra tampoco tuvieron éxito las operaciones de los árabes. Dadas tales circunstancias, el viejo Moawiah negoció un tratado de paz con Bizancio, comprometiéndose a pagar un cierto tributo anual.

Al rechazar de Constantinopla a los árabes y firmar con ellos una paz favorable y ventajosa para Bizancio, Constantinopla prestó un gran servicio, no sólo a su propio país, sino a toda la Europa occidental, que quedó protegida así contra el grave peligro mahometano. El éxito de Constantino produjo viva impresión en Occidente. Según un cronista, cuando la noticia de la victoria de Constantino llegó al kan de los avaros y a otros soberanos occidentales, éstos "enviaron embajadores con regalos al emperador y le pidieron que estableciere con ellos relaciones de paz y amistad... y hubo una gran época de paz en Oriente y en Occidente"[84].

Durante el primer reinado de Justiniano II (685—695), sucesor de Constantino IV, se produjo en la frontera árabe un suceso que iba a tener considerable importancia en el ulterior desarrollo de las relaciones arábigo—bizantinas. Las montañas sirias del Líbano estaban habitadas desde hacía mucho por grupos de *mardaítas*, es decir, de "rebeldes", de "apóstatas", de "bandidos". Estas agrupaciones se hallaban organizadas militarmente y servían, por decirlo así, de bastión a las autoridades bizantinas de la provincia. Luego que los árabes conquistaron Siria, los mardaítas se batieron en retirada hacia el norte y permanecieron en la frontera arábigobizantina, causando a los árabes muchas inquietudes y enojos con sus frecuentes incursiones en los distritos vecinos. Según un cronista, los mardaítas formaban un *muro de bronce*[85], que protegía al Asia Menor de las invasiones árabes. Pero, por el tratado de paz negociado por Justiniano II, el emperador se obligaba a establecer a los mardaítas en las provincias interiores del Imperio, a cambio de cuyo favor se comprometía el califa a pagar cierto tributo. Tal concesión del emperador destruyó el "muro de bronce". A continuación se halla a los mardaítas como marinos de Panfilia (sur del Asia Menor), Peloponeso, Cefalonia y otros lugares. Su marcha de la frontera reforzó a todas luces la situación de los árabes en las provincias recién conquistadas y facilitó sus ulteriores movimientos ofensivos hacia el interior del Asia Menor. A mi juicio no tenemos pruebas suficientes para ver este hecho como el profesor Kulakovski, que lo explica por "consideración del emperador hacia los cristianos sometidos a hombres de otra religión". La emigración de los mardaítas se explica por motivos puramente políticos. A la vez que en Oriente se esforzaban en tomar Constantinopla, los ejércitos árabes reanudaban, en Occidente, la conquista de África del Norte. A fines del siglo VII los árabes ocuparon Cartago, capitaldel exarcado de África y a primeros del VIII tomaron Septena (hoy la fortaleza española de Ceuta), no lejos de las Columnas de Hércules. Hacia la misma época, los árabes, mandados por Tarik, pasaron de África a España, conquistando a los visigodos la mayor parte de la península. Del nombre de Tarik procede el moderno nombre de Gíbraltar, o *Montaña de Tarik.* De tal guisa, a principios del siglo VIII la amenaza musulmana reapareció en Europa desde una nueva dirección, es decir, desde la península ibérica.

Las relaciones que se establecieron entre los árabes y las poblaciones de Siria,Palestina y Egipto difirieron mucho de las que se vio surgir en África del Norte, esto es, en los territorios actuales de Tripolitania, Túnez, Argelia y Marruecos. En Siria, Palestina y Egipto, los árabes, lejos

---

[83] *La fórmula del fuego griego se conserva en un tratado atribuido a un tal Marcus Graccus, tratado escrito sin duda en griego, en el siglo IX a lo más, y publicado en una versión latina bajo el título de Liber ignium a Merco Graeco describtus. La mejor edición es de Berthelot (París, 1893). Hay una traducción francesa y una disertación sobre el tratado. Se da una edición más reciente en el libro del teniente coronel H. W. L. Hime The origin of artillery (Londres, 1915).*

[84] *Teófanes, Chronographia.*

[85] *Teófanes, Chronographia.*

de encontrar resistencia seria, hallaron más bien simpatía y ayuda en la población. Dada esta actitud, los árabes trataron a sus nuevos súbditos con gran tolerancia. Salvo raras excepciones, dejaron sus templos a los cristianos, les permitieron celebrar sus oficios religiosos y no exigieron, en cambio, sino el pago de un impuesto regular y la fidelidad política de los cristianos a los soberanos árabes. Jerusalén, uno de los lugares más venerados de la cristiandad, quedó abierto a los peregrinos que acudían a Palestina desde los más remotos puntos de la Europa Occidental para adorar los Santos Lugares. La ciudad conservó sus hospederías y hospitales para los peregrinos. En Siria, Palestina y Egipto los árabes entraron en contacto con la civilización bizantina, cuyo influjo no tardó en manifestarse sobre ellos. En resumen, conquistadores y conquistados vivieron en Siria y Palestina en relaciones pacíficas que duraron considerable tiempo. En Egipto la situación era algo menos satisfactoria, pero incluso en este país los cristianos gozaban de gran tolerancia, al menos al principio de la dominación árabe.

A raíz de la conquista musulmana, los patriarcados de las provincias ocupadas cayeron en manos de los monofisitas. No obstante, los gobernadores árabes concedieron ciertos privilegios a la población ortodoxa de Siria, Palestina Egipto, y al cabo de cierto tiempo fueron restablecidos los patriarcados ortodoxos de Alejandría y Antioquía, los cuales subsisten aun hoy. Un historiador y geógrafo árabe del siglo X, Masudi, declara que bajo el dominio árabe las cuatro montañas sagradas—"el Sinaí, el Horeb, el Monte de los Olivos, junto a Jerusalén el Monte del Jordán", es decir, el Monte Tabor— quedaron todas en manos de los ortodoxos. Sólo poco a poco los monofisitas y otros herejes, así como musulmanes, arrebataron a los ortodoxos el culto de Jerusalén y los Santos Lugares. Más tarde Jerusalén fue elevada a ciudad santa musulmana, como la Meca y Medina. Para los mahometanos, el carácter sagrado de la ciudad fundaba en que Moawiah había asumido allí la calidad de califa.

La situación en África del Norte era muy diferente. La gran mayoría las tribus bereberes, aunque hubiese adoptado oficialmente el cristianismo, permanecía en su barbarie de antaño y opuso una fuerte resistencia a los ejércitos árabes, que respondieron a tal oposición con tremendas devastaciones de territorios bereberes. Millares de cautivos fueron llevados a Oriente y vendidos como esclavos. "Aun hoy — escribe Diehl—, en las ciudades muertas de Tún que permanecen en su mayor parte tal como la invasión árabe las dejó, se encuentran a cada paso las huellas de aquellos terribles estragos"[86]. Cuando por fin lograron los árabes conquistar las provincias delnorte de África, muchos lugareños emigraron a Italia y a Galia. La Iglesia africana — antes tan famosa en los anales del cristianismo— sufrió enormemente. Al respecto de estos sucesos dice Diehl: "Durante cerca de dos siglos había (el Imperio bizantino), al amparo de sus fortalezas, asegurado al país una grande e indiscutible prosperidad; durante cerca de dos siglos había, en parte de África del Norte, manteniendo las tradiciones de la civilización antigua e iniciado, con su propaganda religiosa, a los bereberes en una cultura más elevada. En cincuenta años la conquista árabe arruinó todos estos resultados".

A pesar de la rápida propagación del Islam entre los bereberes, el cristianismo siguió existiendo entre ellos. En el siglo XIV vemos mencionar algunos *islotes cristianos* en África del Norte[87].

Progresos de los eslavos en el Asia Menor. Principios del reino búlgaro.

Ya vimos que, desde mediados del siglo VI, los eslavos, no contentos con atacar y devastar continuamente las posesiones balcánicas del Imperio bizantino, habían avanzado hasta el Helesponto, llegando a Tesalónica, a la Grecia del sur y a las orillas del Adriático, donde se establecieron en gran número. También hablamos de la ofensiva dirigida contra la capital en el 626, por avaros y eslavos, bajo el reinado de Heraclio. En la época de la dinastía heracliana los eslavos

[86] *Diehl, L'Afrique byzantine (París, 1896).*

[87] *R. Basset declara que los últimos cristianos desaparecieron de Berbería en el siglo XII.*

continuaron progresando en la península y empezaron a poblarla muy densamente. Tesalónica quedó pronto rodeada de tribus eslavas y sus moradores sólo con dificultad pudieron protegerse de los ataques eslavos, a pesar de las fuertes murallas de la ciudad.

Tripulando sus navíos, los eslavos descendían al mar Egeo, atacaban las naves bizantinas y dificultaban no poco el abastecimiento de la capital. El emperador Constante II se vio obligado a emprender una campaña *contra la Eslavonia*, con frase de Teófanes. A partir de este momento comenzamos a ver mencionadas grandes emigraciones de eslavos hacia el Asia Menor y Siria. Bajo Justiniano II, una horda de eslavos no menor de ochenta mil hombres[88], fue transportada al tema de Opsikion, en el Asia Menor. Unos treinta mil de ellos fueron movilizados por el emperador para la guerra contra los árabes, durante la cual desertaron pasándose al enemigo. Esta ofensa fue vengada con una matanza espantosa del resto de los eslavos en Opsikion. Poseemos un sello de la colonia militar eslava de Bitinia (provincia del tema de Opsikion), que data de ese período. Es un documento de gran importancia, "un nuevo fragmento de la historia de las tribus eslavas" que proyecta "un rayo de luz sobre el crepúsculo de las grandes emigraciones", como dice B. A. Pantchenko, que ha publicado y comentado dicho documento89. Desde el siglo VII, el problema de las colonias eslavas del Asia Menor reviste una importancia excepcional.

La segunda mitad del siglo VII se señaló también por la formación del nuevo reino de Bulgaria en la frontera septentrional del Imperio bizantino, en las orillas del Danubio inferior. La historia ulterior de este Estado había de tener extrema importancia para los destinos del Imperio. En aquel período primitivo poblaban el nuevo reino los antiguos búlgaros, raza de origen húnico (turco).

Bajo Constante II una horda búlgara, conducida por Isperiah, fue obligada por los kázaros a dirigirse al oeste de las estepas costeñas del mar de Azov y se estableció en la desembocadura del Danubio. Después, avanzando más hacia el sur, penetró en la parte del Imperio bizantino hoy llamada Dobrudya. Según demuestra V. N. Zlatarski, aquellos búlgaros habían convenido antes con Bizancio un acuerdo por el que se obligaban a defender la frontera danubiana contra los ataques de otros bárbaros. Es difícil establecer lo fundado o infundado de tal aserción, por lo poco que se conoce de la historia búlgara primitiva. En todo caso, si existió tal pacto no rigió mucho tiempo. La horda búlgara inquietaba mucho al emperador y en 679 Constantino IV emprendió una expedición contra ella. La expedición terminó con la completa derrota del ejército bizantino y el emperador hubo de firmar un tratado obligándose a pagar a los búlgaros un tributo anual y a cederles los territorios comprendidos entre el Danubio y los Balcanes, es decir, las antiguas provincias de Mesia y Escitia Menor (actual Dobrudya). La desembocadura del Danubio y parte del litoral del mar Negro quedaron en manos de los búlgaros. El nuevo reino, reconocido así por el emperador de Bizancio, se convirtió en un peligroso vecino del Imperio.

Después de afirmarse políticamente, los búlgaros fueron ensanchando de modo gradual sus posesiones territoriales y entraron en contacto con la compacta población eslava de las provincias fronteras. Los recién llegados introdujeron entre los eslavos la organización militar y la disciplina. Obrando como un elemento unificador entre las tribus eslavas de la península, que habían vivido hasta entonces en grupos separados, los búlgaros fundaron poco a poco un poderoso Estado que Bizancio, con razón, estimó indeseable. En consecuencia, los soberanos bizantinos organizaron numerosas campañas contra eslavos y búlgaros. Los búlgaros de Isperich, menos numerosos que los eslavos, no tardaron en ser influidos por éstos. Entre los búlgaros, pues, se produjeron grandes modificaciones que afectaron a su raza. Gradualmente perdieron su nacionalidad, turca de origen, y hacia mediados del siglo IX estaban eslavizados del todo. No obstante aun llevan hoy su antiguo nombre de búlgaros.

En 1899—1900, el Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla emprendió búsquedas en el supuesto emplazamiento de una antigua residencia búlgara (aul) y descubrió vestigios

---

[88] *Así calcula V. I. Lamanski en Los eslavos en el Asia Menor, en África y en España (San Petersburgo, 1859).*

interesantísimos. En donde se levantó la antigua capital del reino[89], no lejos de la contemporánea población de Aboba, en la Bulgaria del nordeste, algo al norte de Chumen, se han descubierto los cimientos del palacio de los primeros kanes de Bulgaria y parte de sus muros, con torres y puertas; también los cimientos de un templo grande, inscripciones, numerosos objetos de arte y decoración, monedas de oro y bronce, sellos de plomo, etc. Por desgracia es imposible apreciar y comentar como se debiera los documentos, a causa de la penuria de fuentes relativas a ese período. Hemos de limitarnos, por hoy, a hipótesis y conjeturas. F. I. Uspenskí, que dirigió las investigaciones, declara que "los descubrimientos hechos por el Instituto en el campo situado cerca de Chumen han aclarado hechos muy importantes, que constituyen una base suficiente para la adquisición de ideas netas respecto a la horda búlgara que se estableció en los Balcanes y a las graduales transformaciones en ella producidas bajo el influjo de su contacto con Bizancio". Según el mismo historiador, "está demostrado por los primeros documentos relativos a los usos y costumbres de los búlgaros y que las que las búsquedas efectuadas en el solar de su antigua capital han permitido descubrir que los búlgaros sufrieron asaz pronto la influencia de la civilización de Constantinopla y que sus kanes adoptaron poco a poco en su corte las costumbres y ceremonias de la corte bizantina". La mayoría de los objetos desenterrados en el curso de las excavaciones pertenecen a una época más reciente que la de Isperich, remontándose sobre todo a los. siglos VIII y IX. Esas investigaciones distan mucho de haber terminado.

A mediados del siglo VII la situación de Constantinopla se modificó del todo. La conquista de las provincias orientales y meridionales por los árabes, los frecuentes ataques de éstos a las provincias del Asia Menor, las victoriosas expediciones de la flota musulmana en los mares Mediterráneo y Egeo y, de otra parte, el nacimiento del reino búlgaro en la frontera septentrional y el avance progresivo de los eslavos de los Balcanes hacia la capital bizantina, el litoral egeo y el interior de Grecia, fueron factores que crearon nuevas y particulares condiciones de vida para Constantinopla, la cual cesó de sentirse segura. La capital había tomado siempre su potencia de las provincias orientales y ahora parte de ellas quedaba desgajada del Imperio y otra quedaba expuesta, en múltiples puntos, a peligros y amenazas. Sólo teniendo en cuenta estas nuevas condiciones puede comprenderse realmente el deseo de Constante II de abandonar Constantinopla y llevar la capital a la antigua Roma u otro punto cualquiera de Italia.

Los cronistas explican la marcha del soberano alegando que huyó de la capital por temor al odio del pueblo, indignado ante el asesinato del hermano del emperador, puesto que tal asesinato, dicen, había sido ordenado por el último. Esta explicación difícilmente puede ser aceptada por los historiadores.

La razón verdadera fue que el emperador no consideraba ya Constantinopla como residencia segura y volvía sus ojos hacia el oeste. Además, es probable que se diese cuenta de que la amenaza árabe iba inevitablemente a pasar del África del Norte a Italia y Sicilia y decidiese reforzar el poder del Imperio en la zona occidental del Mediterráneo, situándose personalmente allí, lo que le permitiría tomar todas las medidas necesarias para impedir la expansión de los árabes allende las fronteras egipcias. Es probable que el emperador no se propusiera abandonar Constantinopla para siempre y que desease sólo dar al Imperio un segundo punto central en Occidente, como en el siglo IV, esperando contribuir así a detener los progresos de los árabes. En todo caso, la ciencia histórica moderna explica la actitud de Constante II respecto al oeste, un poco enigmática a primera vista, no por la imaginación emotiva y turbada del emperador, sino por las condiciones políticas imperantes entonces en Oriente al sur y al norte.

Pero la situación de Italia no era muy alentadora. Los exarcas de Ravena, que habían dejado de sentir el peso de la voluntad del emperador por la mucha distancia que les separaba de Constantinopla y por la extrema complejidad de la situación en Oriente, tendían sin ambages a la defección. Los lombardos poseían gran parte del país. La autoridad del emperador sólo era

---

[89] *B. A. Pantchenko, Un monumento eslavo—bitinio del siglo VII. Informes del Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla, tomo VIII, núms. 1—2 (Sofía, 1902). Pliska o Pliskova*

reconocida en Roma, Nápoles, Sicilia y casi todo el sur de Italia, donde predominaba la población griega.

Al partir de Constantinopla, Constante II se encamino a Italia, pasando por Atenas. Detúvose en Roma, en Nápoles, en la región meridional de Italia y, al fin, en la ciudad siciliana de Siracusa, donde se instaló. Vivió en Italia los cinco últimos años de su reinado sin poder cumplir sus proyectos iniciales. Su lucha contra los lombardos no fue afortunada. Sicilia estuvo sin cesar amenazada por los árabes. Se formó una conjura contra el emperador y éste murió miserablemente asesinado en un establecimiento balneario de Siracusa.

A su muerte se renunció a la idea de trasladar a Occidente la capital y su hijo, Constantino IV, permaneció en Constantinopla.

"Exposición de Fe" de Heraclio. Tipo de Fe. Sexto concilio ecuménico.

Ya vimos que las campañas de Heraclio contra los persas, al devolver al Imperio sus provincias monofisitas —Egipto, Siria, Palestina—, pusieron una vez más en su primer plano el problema de la política gubernamental respecto a los monofisitas. Durante las mismas campañas Heraclio entabló negociaciones con los obispos monofisitas de las provincias orientales, a efectos de lograr una cierta unidad para la Iglesia mediante algunas concesiones dogmáticas. Resultó que tal unidad sería posible si los ortodoxos consentían en reconocer que Jesucristo tenía dos substancias y una "operación" o actividad (energía) o una voluntad. De esta última palabra procede el nombre de monotelismo que designa aquella doctrina y por el cual se la conoce en la historia. Antioquía y Alejandría, representadas por sus patriarcas monofisitas nombrados por Heraclio, consintieron en trabajar en la conclusión de un acuerdo. Sergio, patriarca de Constantinopla, debía también ayudar a la realización de ese proyecto de unidad. Pero Sofronio, monje palestino residente en Alejandría, se alzó contra la doctrina monotelista. Sus argumentos contra la nueva doctrina causaron viva impresión, amenazando arruinar la política conciliatoria de Heraclio. El Papa de Roma, Honorio, comprendiendo el peligro de todas aquellas disputas dogmáticas, no resueltas por los concilios ecuménicos, declaró que la doctrina de una voluntad única estaba de conformidad con el cristianismo. Pero Sofronio, a la sazón elevado a patriarca de Jerusalén, lo que le permitía ejercer una influencia aun más extensa y profunda, envió una carta sinodal al arzobispo de Constantinopla mostrándole, con gran habilidad teológica, la insuficiencia del monotelismo. Previendo la inminencia de grandes discordias religiosas, Heraclio publicó la *Ecthesis* o "Exposición de Fe", que reconocía dos naturalezas y una voluntad en Jesucristo.

La parte cristólogica aquel documento había sido compuesta por el patriarca Sergio. El emperador esperaba que su *Ecthesis* haría progresar mucho la idea de reconciliación e monofisitas y ortodoxos, pero sus esperanzas se acreditaron de infundadas, una parte el nuevo Papa no aprobó la *Ecthesis* y, esforzándose en defender la existencia de dos voluntades y dos actividades en Jesús, declaró herética la doctrina monotelista. Este acto del Papa irritó al emperador y puso en gran tensión sus relaciones con la Santa Sede[90]. Por otra parte, la *Ecthesis* se publicaba; un momento en que, por fuerza de las cosas, no podía surtir el efecto anhelado: el fin principal del emperador era reconciliar las provincias monofisitas con ortodoxas, pero en el año 638, fecha de la publicación de su *Ecthesis*, Palestina y la zona bizantina de Mesopotamia ya no pertenecían al Imperio, por haberlas ocupado los árabes. Quedaba Egipto, más sus días estaban contados. La cuestión monofisita había perdido importancia política y el decreto de Heraclio no tuvo trascendencia. Conviene, además, recordar que otros ensayos anteriores de compromiso religioso no habían sido satisfactorios ni logrado nunca resolver los problemas esenciales, a causa sobre todo de la obstinación de la mayoría de ambos bandos.

---

[90] *Sin embargo, cuando Juan IV, inmediato sucesor de Severino, ratificó la condena de la Ecthesis, el emperador, para exculparse, le contestó diciendo que "compúsole Sergio cinco años antes de mi regreso de Oriente, y estando en Constantinopla me rogó que hiciese publicar en mi nombre y con mi firma" (Concil. VI, act. 5, 11). Mas la muerte de Heraclio no modificó la situación.*

A la muerte de Heraclio el gobierno siguió siendo partidario del monotelismo — aunque el movimiento hubiese perdido ya importancia política—, pero a la vez procuró mantener relaciones amistosas con la Santa Sede. Tras la conquista de Egipto por los árabes hacia 640—50 aproximadamente, el Imperio hizo varias tentativas para reconciliarse con el Papa, ofreciendo introducir modificaciones en el monotelismo. Con tal intención, Constante II publicó en 648 el "Tipo" o "Tipo de Fe" que prohibía "a todos los súbditos ortodoxos que estaban en la fe cristiana inmaculada y pertenecían a la Iglesia católica y apostólica, luchar o querellarse unos con otros sobre una voluntad u operación (energía) o dos operaciones (energías) y dos voluntades". El "Tipo" no prohibía sólo toda controversia sobre la unidad o dualidad de la voluntad de Jesucristo, sino que ordenaba también que se hiciesen desaparecer las disertaciones escritas sobre la materia y, por tanto, la *Ecthesis* de Heraclio, fija en el nartex de Santa Sofía. Pero con esta medida Constante no introdujo la paz deseada.

En presencia de los representantes del clero griego, en el sínodo de Letrán, el Papa Martín condenó "la muy impía *Ecthesis* y el malvado *Tipo*" y declaró culpables de herejías a todos aquellos cuyos nombres estaban vinculados a la composición de los dos edictos. Por otra parte, el eminente teólogo Máximo el Confesor, se opuso resueltamente al "Tipo", así como a la doctrina monotelista en general. El hondo descontento provocado por la política religiosa del emperador hízose asimismo más fuerte cada vez en la Iglesia oriental.

Irritado por la actitud del Papa en el sínodo de Letrán, Constante II ordenó al exarca de Ravena prender a Martín y enviarlo a Constantinopla. El exarca ejecutó la orden y, ya en Constantinopla, Martín fue acusado de haber querido provocar un alzamiento contra el emperador en las provincias orientales, siendo sometido a humillaciones terribles y puesto en prisión. Poco después se le envió a la lejana ciudad de Querson, en la costa meridional de Crimea, ordinario lugar de destierro de los personajes que caían en desgracia en la época bizantina. Martín murió a poco de su llegada a Querson. En sus cartas desde aquel punto se quejaba de las malas condiciones de su vida y pedía a sus amigos que le enviasen alimentos, sobre todo pan, "que en Querson es un tema de conversación, pero no se ve nunca"[91]. Por desgracia hay pocos pasajes de Martín que nos den informes de interés sobre la civilización y estado económico de Querson en el siglo VII

El emperador y el patriarca de Constantinopla prosiguieron negociaciones con los sucesores de Martín en el trono pontificio y al fin hicieron la paz con el segundo de dichos sucesores, Vitaliano. Así terminó el cisma. La reconciliación religiosa con Roma fue políticamente importante para Bizancio porque reforzó la posición del emperador en Italia. Máximo el Confesor, que había opuesto en Italia una celebérrima resistencia al monotelismo, fue apresado por el exarca de Ravena y se le trasladó a Constantinopla, donde se le juzgó, se lo condenó cruelmente. Murió, mártir, en el destierro.

Aunque el monotelismo hubiese perdido su importancia política, continuaba sembrando discordia entre el pueblo, incluso después de la prohibición ordenada en el "Tipo". Así, el sucesor de Constante II, Constantino IV (668—685) deseando restablecer por completo la paz religiosa en el Imperio, convocó en Constantinopla, en 680, el sexto concilio ecuménico, el cual condenó el monotelismo y reconoció en Jesucristo dos naturalezas desarrolladas en una hipóstasis única y "dos voluntades y operaciones (energías) coexistiendo armoniosamente con miras a la salvación de la humanidad".

La paz con Roma quedaba restablecida. El mensaje enviado por el sexto concilio al Papa le calificaba de "Jefe de la Primera Sede de la Iglesia Universal, asentado sobre la sólida roca de la Fe" y le decía que el escrito del Papa, al emperador exponía los principios verdaderos de la religión.

Así, bajo el reinado de Constantino IV, el gobierno bizantino se declaró definitivamente contra el monotelismo y el monofisismo. Los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén — ciudades arrancadas al Imperio por la conquista árabe—, no dejaron de participar en el concilio

[91] *Epístolas de Martín, XVI.*

ecuménico, enviando a él sus representantes. Macario, patriarca de Antioquía, que según toda verosimilitud habitaba en Constantinopla y no tenía otra jurisdicción real que Cilicia e Isauria, abogó en el concilio por el monotelismo y fue, por tal hecho, depuesto y excomulgado. Las decisiones del sexto concilio demostraron a Siria, Palestina y Egipto que Constantinopla abandonaba el deseo de entrar en el camino de la reconciliación religiosa no pertenecían a Bizancio. La paz con Roma se compró, pues, al precio de un abandono total de las poblaciones monofisitas y monotelistas de las provincias orientales, hecho que contribuyó mucho al afincamiento futuro de la dominación árabe en aquellas provincias. Siria, Palestina y Egipto quedaban separadas en definitiva del Imperio.

No puede decirse que durara mucho el acuerdo logrado con Roma en el sexto concilio ecuménico. En vida de Justiniano II, sucesor de Constantino IV, las relaciones del Imperio con Roma volvieron a ser muy tensas. Deseoso de rematar la obra de los concilios ecuménicos quinto y sexto, Justiniano II convocó en Constantinopla (692) un sínodo que se reunió en el Palacio Cupulado. Llamóse a ese concilio *Concilio en Trullo,* (griego "domo" o "cúpula"), y también *Quinisexto* ("Quinisextum"). porque concluyó la tarea de los dos concilios precedentes. Aquel sínodo se dio a sí mismo el nombre de ecuménico.

El Papa Sergio negóse a firmar las actas del concilio a causa de ciertas cláusulas, como la prohibición del ayuno en sábado, el permiso de contraer matrimonio a los sacerdotes, etc. Justiniano, siguiendo el ejemplo de Constante II al desterrar a Martín a Crimea, mandó prender a Sergio y llevarle a Constantinopla. Pero el ejército de Ital ia defendió al Papa contra el comisario imperial y éste sólo merced a la intercesión del Pontífice pudo salvar la vida.

En el segundo reinado de Justiniano II, el Papa Constantino, por invitación delemperador, acudió a Constantinopla. Éste fue el último Papa a quien se llamó a la capital del Imperio.

El obispo de Roma fue tratado con los mayores honores por Justiniano, quien, según el biógrafo del Papa, se prosternó, cubierto con la corona imperial, ante el soberano pontífice y besó sus pies. Justiniano y el Papa llegaron a un acuerdo satisfactorio, más no poseemos sobre ese punto ningún informe preciso. El historiador religioso alemán Hefele observa que el Papa Constantino siguió sin duda el mismo camino del justo medio que el Papa Juan VI (872—882) adoptó después, declarando que "aceptaba todos los cánones que no estuviesen en contradicción con la verdadera fe, las buenas costumbres y los decretos de Roma".

Con gran alegría del pueblo el Papa volvió a Roma sano y salvo. Parecía que la paz religiosa habíase afirmado al fin en las considerablemente reducidas fronteras del Imperio.

Desarrollo de la organización de los themas en la época de la dinastía de Heraclio.

En la historia bizantina suele hacerse remontar el origen de la organización de los *themas* a la época de la dinastía de Heraclio. Por organización de los themas entendemos la especial organización de las provincias dictada por las condiciones de los tiempos y cuya característica fue el aumento de los poderes militares de los gobernadores de las provincias y, como resultado, la hegemonía completa de éstos sobre las autoridades civiles. Conviene recordar que ese cambio no se cumplió de una vez, sino mediante una evolución progresiva y lenta. Durante mucho tiempo la palabra griega *thema,* significó un cuerpo de ejército acantonado en una provincia y sólo más tarde, y según toda verosimilitud en el siglo VIII, empezó esa expresión a emplearse para designar, no sólo las fuerzas militares, sino también la provincia ocupada por ellas. Así principió a aplicarse a las divisiones administrativas del Imperio.

La principal fuente bizantina relativa al asunto de los themas es la obra titulada *De los themas,* escrita por Constantino Porfirogénito en el siglo X y, en consecuencia, bastante tardía. Esa obra tiene también la desventaja de apoyarse a veces en escritos geográficos de los siglos V y VI, utilizados, superficialmente o bien copiados a la letra en ocasiones. Pero, aunque ese tratado del imperial escritor no nos dé informes de la organización de los themas en el siglo VII, establece un

vínculo entre la génesis del sistema y el nombre de Heraclio. Dice el emperador: "Después de la muerte de Heraclio el Libio (es decir, el Africano), el Imperio romano se encontró reducido en dimensión y mutilado a la vez en Oriente y Occidente". Se encuentran datos muy interesantes, pero no plenamente explicados, sobre este problema, en las obras de dos geógrafos árabes, uno de la primera mitad del siglo IX, Ibn—Khurdadhbah, y otro del principio del X, Kudama. Mas tampoco ellos, naturalmente, son contemporáneos de Heraclio. Para el estudio de los orígenes del sistema de los themas, los historiadores han utilizado notas incidentales de los cronistas, en especial el mensaje latino de Justiniano II al Papa, fechado en 687, relativo a la confirmación del sexto concilio ecuménico. Esta misiva contiene una lista de los distritos militares de la época, no citados aun como themas, sino con la palabra latina de *exercitus* (ejércitos). Y en las fuentes históricas de ese período el término latino *exercitus* y el griego se emplean en ocasiones para designar un territorio o provincia sometido a la administración militar.

Los verdaderos precursores de los themas fueron los exarcados de Cartago y Ravena, creados a fines del siglo VI.

Como vimos, la ofensiva lombarda en Italia y la beréber o mora en África habían provocado cambios profundos en la administración. El gobierno central se esforzó en crear un sistema de defensa más eficaz contra sus enemigos y para ello constituyó en sus provincias fronterizas grandes unidades territoriales con poderes militares vigorosos. Por otra parte, las conquistas persas, y después árabes, del siglo VII, al privar a Bizancio de sus provincias orientales, modificaron en absoluto la situación del Asia Menor. Ésta, que en la práctica nunca había necesitado defensa seria, hallóse de pronto gravemente amenazada por sus vecinos los musulmanes. Tal estado de cosas obligó al gobierno bizantino a tomar medidas decisivas en su frontera oriental, reagrupando las fuerzas militares, estableciendo nuevas divisiones administrativas y dando predominio las autoridades castrenses, cuyos servicios eran entonces de máxima importancia para el Imperio. No menos grave fue la situación creada cuando se construyeron la flota árabe, que casi señoreó el Mediterráneo a partir del siglo VII, amenazando las costas del Asia Menor, las islas del Archipiélago e incluso las riberas de Italia y Sicilia. Al noroeste del Imperio los eslavos ocupaban parte considerable de la península balcánica y penetraban en Grecia y el Peloponeso. En la frontera del norte se formaba el reino búlgaro (segunda mitad del siglo VII). Este conjunto de circunstancias colocó al Imperio en condiciones nuevas de todo, obligándole a recurrir a la creación, en las provincias más amenazadas, extensos distritos bajo la dirección de una fuerte autoridad militar. Asiste: así, a un proceso de progresiva militarización del Imperio.

Como principio general no hemos de perder de vista el hecho de que los themas no fueron resultado de un acto legislativo concreto. Cada tema tuvo historia propia, a menudo larga. El problema general del origen de los themas no puede resolverse sino mediante investigaciones particulares sobre cada uno. En este aspecto los escritos de Kulakovski ofrecen vivo interés. Estima Kulakovski, por ejemplo, que las medidas militares adoptadas por Heraclio después de su victoria sobre Persia fueron el punto de arranque del nuevo régimen administrativo. Bréhier sostiene igual opinión. Al reorganizar Armenia, Heraclio no nombró un administrador civil. Así, el método de themas sería la aplicación a otras provincias del sistema inaugurado por Heraclio en Armenia.

Acaso quepa ver en el ejemplo de Armenia un episodio de la militarización progresiva del Imperio en Oriente en la época de Heraclio, bajo la presión del peligro persa.

Hablando de la organización de los themas bajo Heraclio, Uspenski sostiene, que los eslavos, que en aquella época cubrían la península balcánica, "contribuyeron a la formación de los themas en el Asia Menor, proporcionando considerable número de voluntarios para la colonización de Bitinia"[92]. Cabe, por supuesto, no aceptar este juicio del sabio ruso. Nada sabemos de una inmigración en masa de eslavos al Asia Menor antes del traslado al tema de Opsikion, bajo Justiniano II, a fines del siglo VII, de más de ochenta mil eslavos, como antes dijimos.

---

[92] *Uspenski, Historia del Imperio bizantino (San Petersburgo, 1914). Constantino Porfirogenito declara que el nombre de Armeniakoi apareció bajo Heraclio (De Thematibus).*

Nos consta que, para cerrar el paso a la amenaza inminente, se crearon en Oriente, en el siglo VII, cuatro grandes distritos militares, más tarde llamados themas: dos eran el Armenio (*Armeniakoi*), al nordeste del Asia Menor, en la frontera armenia93 y el Anatólico (*Anatolikoi*, de la palabra griega equivalente a Anatolia, "el este"). Estos distritos ocupaban toda la parte central del Asia Menor, desde las fronteras de Cilicia, al este, a las costas del Egeo, al oeste, y debían proteger al Imperio contra los árabes. "El *Opsikion* imperial, protegido de Dios", (en latín *obsequium*), en Asia Menor, no lejos del mar de Mármara, protegía la capital contra otros enemigos exteriores.

El tema marítimo Caravisionorum, llamado más tarde, acaso en el siglo VIII, Cibyraiote (*Cibyrrhaeote*), en el litoral meridional del Asia Menor e islas vecinas, defendía Bizancio contra los ataques de la flota árabe. Respecto a la formación de esos primeros cuatro themas en Oriente, surge un problema interesante: la sorprendente analogía entre esas medidas de los soberanos bizantinos y la militarización del Imperio persa de los sasánidas bajo Kavad y Cosroes Anushilan en el siglo VI. En Persia, conclusas las reformas, todo el territorio persa se halló igualmente dividido en cuatro mandos militares. Stein escribe: "La analogía se revela tan completa, que sólo una voluntad consciente pudo crearla".

Podemos deducir como conclusión, que teniendo en cuenta ciertas fuentes, de que Heraclio estudió las reformas de Kavad y de Cosroes y quizá se sirvió incluso de documentos tomados de los archivos persas. "Aprender de los enemigos ha sido en toda época el deseo de todo verdadero estadista" (Stein).

En la península de los Balcanes se organizó el distrito de Tracia contra eslavos y búlgaros. Más tarde, acaso a fines del siglo VII, se creó el distrito militar griego de la Hélade o Heládico (*Helladikoi*), medida adoptada contra las invasiones eslavas en Grecia. En la misma época se creó el distrito de Sicilia contra los ataques marítimos de los árabes, que empezaban a amenazar el occidente del Mediterráneo. Por lo común, con raras excepciones, aquellos distritos o themas fueron gobernados por estrategas (*strategoi*), es decir, generales. El jefe del tema Cybyrrhaeote recibió el título de *drungarius* (vicealmirante) y el gobernador de Opsikion el de *comes*.

En el siglo VII, ante la gravedad del peligro persa, Heraclio se afanó mucho en aquella militarización del Imperio. Pero, a cuanto podemos saber, sólo logró reorganizar Armenia. Tras la brillante victoria sobre los persas y la recuperación de Siria, Palestina y Egipto, se imponía ante el emperador, y con urgencia, la reorganización de aquellas provincias. No tuvo tiempo de ejecutarla, porque a poco las conquistaron los árabes. Ya no existía el peligro persa, pero sí otro más grave y amenazador: el árabe. Los sucesores de Heraclio, siguiendo las vías trazadas por éste, crearon contra la amenaza árabe los distritos militares indicados arriba y no llamados themas aún. A la vez, el peligro eslavo y búlgaro en el norte del Imperio obligó a los sucesores de Heraclio, en el mismo siglo VII, a extender análogos métodos de defensa y protección a la península balcánica y a Grecia.

En las grandes circunscripciones militares señaladas y en los dos exarcados, las autoridades civiles no cedieron de momento el paso a los gobernadores militares. La administración civil y las provincias civiles (eparquías) siguieron existiendo bajo el nuevo régimen en la mayor parte de los distritos. Pero las autoridades militares, investidas de plenos poderes para atajar los peligros exteriores, adquirieron cada vez más influencia sobre la administración civil, Como nota Stein, "lo sembrado por Heraclio se desarrolló maravillosamente a continuación".

La anarquía de 711—717.

Los tres emperadores Bardanes o Filípico, Anastasio II y Teodosio III, que ocuparon el trono después de Justiniano II, fueron derribados en muy poco tiempo. La anarquía y la sedición reinaban en todo el Imperio. Bardanes, al favorecer el monotelismo, rompió con Roma, pero Anastasio restableció la paz con el Papa. En política exterior el Imperio fue muy desgraciado. Los búlgaros, resueltos a vengar la muerte de Justiniano, que les había atestiguado amistad, marcharon hacia el sur, alcanzando Constantinopla. Los árabes avanzaban sin cesar por tierra, en el Asia Menor, así como por mar en el Egeo y la Propóntide, y amenazaron la capital también. El Imperio atravesaba

uno de sus más críticos períodos, comparable al que precedió a la revolución del 610. Una vez más, las circunstancias exigían un hombre lo bastante fuerte y capaz para salvar al Imperio de una ruina inevitable. Hallóse tal hombre en León, estratega del distrito Anatólico, y que tenía muchos partidarios. El débil Teodosio III, comprendiendo su absoluta impotencia ante el peligro inminente, renunció a su dignidad imperial y el 717 León entró solemnemente en Constantinopla, siendo coronado emperador por el patriarca en la iglesia de Santa Sofía.

León perdonó la vida a Teodosio III. De este modo se elevó al Imperio uno de los gobernadores de themas, investido de grandes poderes militares.

La literatura, la instrucción y el arte en la época de la dinastía de Heraclio.

En letras y arte, el período 610—717 es el más sombrío de toda la historia de Bizancio. Dijérase que, tras la notable fecundidad del siglo anterior, hubiera desaparecido por completo la potencia creadora del espíritu. La razón principal de la esterilidad de ese período debe buscarse en la situación política de un Imperio obligado a concentrar todas sus energías en la defensa de su territorio contra el enemigo exterior. La conquista por los persas —y después por los árabes— de Siria, Palestina, Egipto y África del Norte, las regiones más avanzadas en civilización, las más fecundas en lo intelectual; la amenaza arábica en Asia Menor, en las islas mediterráneas y hasta en Constantinopla; el peligro avaro—eslavo en la península de los Balcanes, formaban un conjunto de causas sufucientes para trabar por completo todo empuje intelectual y artístico. Y tan desfavorables condiciones no sólo comprendían las provincias desgajadas del Imperio, sino las aun pertenecientes a él.

En todo ese período no tuvo Bizancio un solo historiador. Un diácono de Santa Sofía, Jorge de Pisidia (provincia del Asia Menor), que vivió durante el reinado de Heraclio, describió, empero, en versos correctos y armoniosos, las campañas militares de aquel emperador contra persas y avaros. Tres obras históricas nos ha legado ese autor, que versan sobre la expedición del emperador Heraclio contra los persas, la ofensiva de los avaros contra Constantinopla en el año 626 y su derrota por intercesión de la Santa Virgen, y la *Heraclíada*, panegírico en honor del emperador, con ocasión de la victoria final de éste sobre los persas.

Entre otros libros de Jorge de Pisidia, de carácter polémico, elegiaco y teológico, podemos citar el *Hexamerón* (los “Seis Días”), especie de poema didáctico filosóficoteológico, que trata de la creación del mundo y alude a los sucesos contemporáneos. Esa obra, de tema muy familiar a los escritores cristianos, se difundió allende las fronteras del Imperio bizantino. Conocemos, por ejemplo, una traducción eslavorrusa del *Hexamerón*, que se remonta al siglo XIV. El talento poético de Jorge de Pisidia fue apreciado en los siglos sucesivos, y en el XI, Miguel Psellos, el famoso historiador y filósofo bizantino, se halló ante la siguiente pregunta que le formularon: “¿Quién escribió mejor en verso, Eurípides o Jorge de Pisidia?” La ciencia contemporánea estima a Jorge como el mejor poeta profano de Bizancio.

Juan de Antioquía, que vivió probablemente en la época de Heraclio, escribió una crónica universal que empieza por Adán y termina con la muerte del emperador Focas (610). La obra sólo nos ha llegado en fragmentos y entre los sabios han surgido grandes discusiones sobre la personalidad del autor. Incluso se le ha identificado a veces con Juan Malalas, también de Antioquía. A cuanto cabe juzgar por los fragmentos que nos han llegado, la obra de Juan de Antioquía debe ser considerada superior a la de Malalas, porque no mira la historia universal desde el punto de vista parcial de un habitante de Antioquía, sino que tiene miras históricas mucho más elevadas. También utiliza con más destreza las fuentes primitivas.

Asimismo en la época de Heraclio, un sacerdote desconocido compuso la referida *Chronicon Paschale* o "Crónica Pascual"[93], que es una seca enumeración de los hechos ocurridos desde Adán hasta el 629 d.C. y contiene algunas observaciones históricas bastante interesantes. El principal atractivo de esta obra sin originalidad, consiste en la determinación de las fuentes empleadas para la crónica y en la parte que trata de los sucesos contemporáneos al autor.

En teología, la disputa monotelista, como antes la monofisita, produjo una literatura muy vasta, que no nos ha llegado, al ser condenada por los concilios del siglo VIII y sufrir el destino de desaparecer rápidamente, como los escritos monofisitas. Así, si podemos juzgar esa literatura es casi exclusivamente por las actas del sexto concilio ecuménico y por las obras de Máximo el Confesor, donde, en el curso de su refutación, se hallan citas de fragmentos de esas obras desaparecidas.

Máximo el Confesor figura entre los más notables teólogos de Bizancio. Contemporáneo de Heraclio y de Constante II, fue defensor convencido de la ortodoxia en la disputa monotelista. Su fe le costó ser aprisionado y, tras muchas torturas, enviado al destierro en la lejana provincia de Laziquia, en el Cáucaso, donde pasó el resto de sus días. En sus obras, que versan sobre polémica, sobre exégesis de las Escrituras, sobre ascetismo, sobre misticismo y sobre liturgia, se refleja en particular la influencia de los tres famosos Padres de la Iglesia: Atanasio el Grande, Gregorio Nacianzeno y Gregorio de Nissa, así como los conceptos místicos de Dionisio de Areopagita (el "Seudo—Areopagitá"), muy difundidos en la Edad Media. Los escritos de Máximo tuvieron mucha importancia para el desarrollo del misticismo bizantino. "Combinando el secomisticismo especulativo del Áreopagita —escribe un sabio contemporáneo que ha estudiado a Máximo— con los problemas éticos vivientes del ascetismo contemplativo, el bienaventurado Máximo creó en Bizancio un tipo vivo de misticismo que reapareció en las obras de muchos ascéticos posteriores. Así, puede considerársele el creador del ascetismo bizantino en toda la acepción del vocablo"[94]. Por desgracia Máximo no ha dejado una exposición sistemática de sus conceptos, y debemos buscarla, dispersa, en todos sus escritos. Además de trabajos teológicos y místicos, Máximo compuso muchas epístolas interesantes.

La influencia e importancia de los escritos de Máximo no se refirieron exclusivamente a Oriente. También se propagaron a Occidente, donde hallamos un eco de ello: en las obras del famoso pensador occidental del siglo IX, Juan Escoto Eriúgena,quien se interesó mucho también por la obra de Dionisio el Áreopagita, afirmando, más tarde, que no había llegado a comprenderlas "muy oscuras" ideas del Áreopagita sino gracias a la "maravillosa manera" como las explicaba Máximo, a quien Erigena califica de "divino filósofo", de "omnisciente", de "el más eminente de los maestros", etc. Una obra de Máximo sobre Gregorio el Teólogo fue traducida al latín por Eriúgena. Un contemporáneo de Máximo —si bien más joven que él—, Anastasio Sinaít (es decir, "del Sinaí"), escribió obras de polémica y exégesis de modo análogo a de Máximo, pero con mucho menos talento.

En el dominio de la hagiografía cabe citar el nombre de Sofronio, patriarca de Jerusalén, quien asistió al cerco de la Ciudad Santa por los árabes y escribió un largo relato del martirio y milagros de los dos santos nacionales egipcios Ciro y Juan. Su obra contiene abundancia de informes sobre la geografía e historia de usos y costumbres. Más interesantes todavía son los escritos de Leoncio, obispo de Neápolis de Chipre, quien también vivió en el siglo VII Leoncio es autor de varias *Vidas*, entre ellas la *Vida de Juan el Misericordioso*, arzobispo de Alejandría en el siglo VII, y la cual ofrece particular interés para la historia de la vida social y económica de ese período. Leoncio de Neápolis se distingue de la mayoría de los hagiógrafos en que escribió para la masa de la población, y por tanto su lenguaje está muy influido por el vulgarmente hablado entonces.

---

[93] *Entre los cronistas debemos mencionar a Juan de Antioquía y al autor anónimo del Chronicon Paschale ("Crónica Pascual").*

[94] *S. Epifanovitch, El bienaventurado Máximo el Confesor y la teología bizantína (Kiev, 1915).*

En el campo de la himnología religiosa el vil siglo está representado por Andrés (Andreas) de Creta, originario de Damasco y que pasó la mayor parte de su vida en Siria y Palestina después de la conquista árabe. Más adelante se le nombró arzobispo de Creta. Se le conoce principalmente, en cuanto autor de himnos, por su *Canon Mayor*, que se lee aun hoy, en la Iglesia ortodoxa, dos veces durante la Cuaresma. Ciertas partes de ese canon testimonian influjos de Romanos el Méloda. El canon enumera los principales hechos del Antiguo Testamento, empezando por la caída de Adán, y las palabras y actos del Salvador.

Por este breve bosquejo de la actividad literaria de los sombríos años de prueba de la dinastía heracliana, cabe ver que la mayoría de los escasos escritores bizantinos de la época procedieron de las provincias orientales, algunas de ellas ya bajo la dominación musulmana.

Considerando los hechos exteriores ocurridos durante la dinastía de Heraclio, no extrañará que no se haya conservado monumento artístico alguno de aquella época. No obstante, lo poco que nos ha llegado acredita la solidez de los fundamentos artísticos asentados en Bizancio durante la Edad de Oro de Justiniano el Grande.

Y si a partir de la segunda mitad del siglo VI el arte bizantino no revela sino muy débilmente en el Imperio mismo, en cambio su influencia se revela muy clara en el siglo VII allende las fronteras imperiales. Cierto número de iglesias armenias, cuya fecha nos consta, constituyen ejemplos espléndidos de la influencia bizantina. Entre ellas debemos señalar la catedral de Echmiatsin, restaurada entre 611 y 628; la iglesia de la ciudadela de Ani (622), etc. La mezquita de Omar en Jerusalén, edificada en 687690, es una obra puramente bizantina. En fin, ciertos frescos de Santa María la Antigua, de Roma, pertenecen al siglo VII y a principios del VIII.

BIBLIOGRAFÍA

A. KREMER, *Kulturgeschichte Des Orients* (Viena, 1875).

A. KRYMSKI, *Historia Del Mahometanismo* (Moscú, 1903—4).

A. MULLER, *Der Islam Im Margen Und Abendland* (Berlín, 1885).

A. PERNICE, *L'imperatore Eraclio* (Florencia, 1905).

C. DIEHL, *L'origine Du Régime Des Thémes Dans L'empire Byzantin.* Etudes Byzantines (París, 1905).

C. N. USPENSKI, *La organización de los themas,* en su "Bosquejo de la historia de Bizancio" (Moscú, 1917).

E. STEIN, *Ein Kapitel vom persischen und vom byzantinischen Staate* (Byzantinisch—neugriechische Jahrbucher), I (1920).

E. STEIN, *Zur Entstehung der Themenverfassung*, en sus "Studien zur Geschichte der byzantinischen Reiches vornehmlich under der Kaisern Justinus II und Tiberius Constantinus" (Stuttgart, 1919).

E. W. BROOKS, *Arabic Lists of the Byzantine Themes* Journal of Hellenic Studies, XXI (1901).

F. I. USPENSKI, *La organización militar del Imperio bizantino* (Izvestia russkago arjeologi— cheskogo Instituta y Konstantinopolié), t. VI (1900).

G. LASKIN, *Heraclio. El Estado Bizantino En La Primera Mitad Del Siglo VII* (Jarkov, 1889).

G. WEIL, *Geschichte Der Chalifen* (Manheim, 1846).

H. GEIZER, *Die génesis der byzantinischen Themenverfassung* (Leipzig, 1899).

I. GOLDZIEHR, *Vorlesungen Über Des Islam.* (Heidelberg, 1910).

J. KULAKOVSKI, *Historia de Bizancio* (1915).

L. CAETANI, *Annali Dell'islam* (Milán, 1905—1926).

L. CAETANI, *Studi Di Storia Oriéntale* (Milán. 1911—14).

L. DRAPEYRON, *L'empereur Héraclius et l'Empire Byzantin au VII Siécle* (París, 1869).

N. MEDNIKOV, *Palestina desde la conquista árabe hasta las Cruzadas, según las fuentes árabes* (San Petersburgo, 1897—1902).

T. KAESTNER, *De Imperio Constantini* , 641—668 (Leipzig, 1907).

V. BECKER, *Vom Werden Und Wesen Der Islamischen Welt* (Leipzig, 1924).

Capítulo V LA ÉPOCA ICONOCLASTA.

LOS PERÍODOS DE LAS DINASTÍAS

ISÁURICA O SIRIA (717—802) Y AMORIANA O FRIGIA (820—867)

La dinastía isáurica o siria.

Hasta una época muy reciente se ha venido atribuyendo al emperador León III (717—741), fundador de la nueva dinastía, la calidad y nombre de Isáurico, y a su descendencia se la ha llamado generalmente dinastía isáurica. Pero a fines del siglo XIX surgió la opinión (Schenk) de que León III, lejos de ser isaurio, era sirio de nacimiento. Hoy siguen esta teoría otros historiadores. La confusión reinante sobre este punto se debe al hecho siguiente: por una parte, el autor de la fuente principal relativa al origen de León, Teófanes, cronista de primeros del siglo IX, escribe: "León el Isáurico era originario de Germanicea[95] y era, en realidad, de Isauria"; y por otra la versión latina de Teófanes, traducida por el bibliotecario pontificio Anastasio en la segunda mitad del siglo IX, no dice nada de Isauria, y declara que León procedía de Germanicea y era sirio de nacimiento. La *Vida de Estaban el Joven* dice también que León era "sirio de origen" .

Una fuente árabe menciona a León como "un ciudadano cristiano de Malash", esto es, Germanicea, y hombre que sabía expresarse fácil y correctamente en árabe y en[96] romano.

No creemos necesario presumir que Teófanes confundió la población siria de Germanicea con la de Germanicópolis, sita en la provincia isauria. El origen sirio de León es muy probable; pero hay sabios, Kulakovski por ejemplo, que consideran falsa tal teoría.

El hijo de León III, Constantino V Coprónimo (741—755), casó en primeras nupcias con Irene, hija del kan de los kázaros, y tuvo de ella un hijo, León IV, a quien se llama *el kázaro* a veces y que reinó de 775 a 780, casando con una joven griega de Atenas, Irene, quien, a la muerte de su esposo, quedó dueña del Imperio, ya que había sido proclamado emperador su hijo Constantino VI (780—797), menor aún. AI llegar el joven a edad competente para reinar solo, estalló un conflicto entre él y su ambiciosa madre. Irene, victoriosa, destronó a su hijo y le hizo sacar los ojos. Tras esto, ella ejerció sola el poder supremo (797—802). El caso de Irene plantea un problema importante: ¿podían las mujeres asumir el poder supremo en el Imperio bizantino, reinando en el sentido más amplio de la palabra? Desde la época de la fundación del Imperio las mujeres de los emperadores llevaban el título de *Augusta* y durante las minoridades de sus hijos desempeñaban las funciones del poder imperial, pero siempre en nombre de sus hijos. Ya vimos que, en el siglo V, Pulquería, hermana de Teodosio, dirigió la regencia en el curso de la minoría de su hermano. Otra mujer gozó de situación excepcional e influyó mucho los asuntos públicos de Bizancio: Teodora, esposa de Justiniano el Grande. Pero esos fueron ejemplos de gobierno femenino en nombre de un hijo o hermano, y el influjo político de Teodora dependió exclusivamente de la condescendencia de su marido. La primera mujer que reinó en Bizancio con la autoridad absoluta que da el poder supremo fue Irene, la madre del desgraciado Constantino VI. Ella fue un verdadero autócrata. Semejante fenómeno significaba una innovación en la vida bizantina, y una innovación opuesta en absoluto a las tradiciones seculares del Imperio.

---

[95] *Germanicea estaba en la frontera septentrional de Siria, al este de Cilicia.*

[96] *Brooks, The campaign of 716—718 from Arabic sources. Jornal of Hellenic Studies, tomo XIX (1899).*

Es interesante notar, al respecto, que en los decretos y documentos oficiales, Irene no es calificada de "emperatriz", sino llamada "Irene, el emperador (basileus) fiel". Según los conceptos de la época, sólo un emperador, es decir, un hombre, podía legislar oficialmente, y por eso hubo de adoptarse la ficción que hacía un emperador de Irene. La revolución del 802, concebida y manejada por uno de los más altos funcionarios civiles, Nicéforo, concluyó con la deposición de Irene, que murió en el destierro. Nicéforo ascendió al trono y con Irene concluyó la dinastía isauria o siria. Entre 717 y 802 el Imperio fue, pues, gobernado por una dinastía de origen oriental, ya fuese del Asia Menor, o de Siria del Norte, con mezcla de sangre kázara a raíz del matr imonio de Constantino V.

Actitud del Imperio ante árabes, búlgaros y eslavos.

Al ascender León III al trono, el Imperio atravesaba uno de los más críticos períodos de su historia. A la espantosa anarquía interior provocada por la lucha del emperador y los representantes de la aristocracia bizantina, particularmente agresiva desde la época de la primera deposición de Justiniano II. se añadía en Oriente la amenaza árabe, más próxima cada vez a la capital. La situación recordaba la existencia en el siglo VII bajo Constantino IV, y aun parecía más crítica en ciertos aspectos.

Las fuerzas de tierra de los árabes habían atravesado toda el Asia Menor de este a oeste, en los reinados de los dos antecesores de León III, y ocupaban Pérgamo y Sardes, ciudades próximas al litoral del Egeo. Mandaba los ejércitos árabes un general de mérito: Maslamah. A los pocos meses de la entrada de León en Constantinopla (717), los árabes, saliendo de Pérgamo, avanzaron hacia el Norte, alcanzaron Abydos, sobre el Helesponto, pasaron a la costa europea y pronto estuvieron al pie de las murallas de la capital. En el mismo momento una flota árabe fuerte, de 1.800 naves de diversos tipos, según las crónicas bizantinas (Teófanes), navegaba a través del Helesponto y la Propóntide, amenazaba la capital por el mar. Siguióse un verdadero asedio. Pero León probó sus brillantes capacidades militares preparando adecuadamente la defensa de la capital. Una vez más, la diestra utilización del *fuego griego* causó los mayores estrago; en la flota árabe, mientras el hambre y el rigor extremo del invierno del 717—779 contribuían a la derrota del ejército mahometano. Obligados por un pacto convenido con León III, y a la vez atendiendo a su defensa propia, los búlgaros lucharon también contra los árabes en tierras tracias, causándoles fuertes pérdidas. A poco de un año después de iniciado el sitio los árabes se alejaron de la capital, salvada merced al talento y energía de León III. Notemos de pase que con motivo de este asedio se halla la primera alusión a la cadena que cerraba el paso del Cuerno de Oro a las naves enemigas.

La historia otorga gran importancia a este fracaso de los musulmanes ante Constantinopia. Con su resistencia triunfal, León salvó al Imperio bizantino. Bury dice que Constantinopla fue el gran "baluarte de la Europa cristiana", y califica al año 718 de "fecha ecuménica". El historiador griego Lambros compara aquellos hechos a las guerras pérsicas de la Grecia antigua y da a León el nombre de Milcíades del helenismo medieval fi). Si Constantino IV había contenido a los árabes junto a los muros de Constantinopla, León III los rechazó definitivamente, pues aquella fue la última expedición árabe contra la ciudad "protegida de Dios". En este sentido la victoria de León tiene una importancia extraordinaria.

La expedición de los árabes contra Constantinopla, así como el nombre de Maslamah, han dejado una huella profunda en la posterior tradición legendaria del Islam. El nombre de Maslamah está vinculado a una mezquita que, según esa tradición, él construyó en Constantinopla[97].

Y, sin embargo, aquella época fue una de las más brillantes del califato primitivo. El poderoso califa Walid I (705—715), contemporáneo del período de anarquía que reinó en el Imperio bizantino, supo rivalizar con los emperadores en actividad construc tiva. En Damasco se construyó

[97] *Constantino Porfirogénito atribuye también la construcción de una mezquita en Constantinopla a Maslamah. De adm. imperio, c X XI.*

una mezquita que, como Santa Sofía en el mundo cristiano, fue por bastante tiempo la construcción más espléndida del mundo musulmán. La tumba de Mahoma en Medina quedó rodeada de la misma magnificencia que el Santo Sepulcro en Jerusalén. Es interesante advertir que entre los musulmanes aquellos edificios no sólo fueron circundados de leyendas relativas a Mahoma, sino también de otras concernientes a Cristo. Según la tradición musulmana, la primera voz de Jesús cuando vuelva a la tierra sonará desde uno de los alminares de la mezquita de Damasco y el espacio libre en torno a la tumba de Mahoma en Medina servirá de tumba a Jesús cuando muera después de su segundo advenimiento.

Poco a poco, la lucha del Imperio y el califato iba adquiriendo los caracteres de una guerra santa. Los resultados de tal lucha, a principios del siglo VIII no satisfacían ni a los griegos ni a los árabes: los griegos no habían recobrado Jerusalén y los árabes no conseguían tomar Constantinopla. V. Barthold escribe al efecto, estas interesantes líneas: "(...) Entre los cristianos, como entre los musulmanes, la idea del triunfo del Estado dejaba lugar a la idea del arrepentimiento y de una y otra parte se esperaba el fin del mundo. Parecía a los dos adversarios que sólo precisamente antes del fin del mundo los objetivos finales de sus Estados se alcanzarían. En el mundo latino, igual que en el mundo griego, se expandió la leyenda de que antes del fin del mundo el soberano cristiano (el rey franco o el emperador bizantino), entraría en Jerusalén y entregaría su corona terrena al Salvador, mientras los musulmanes esperaban que el fin del mundo fuese precedido de la caída de Constantinopla. No es pura casualidad que el reinado del "sólo piadoso" califa omeya, Omar II (717—720), coincidiese con el centenario de la hégira (hacia el 720), en un momento en que se esperaba el fin del Estado musulmán, y al mismo tiempo el fin del mundo, después del desafortunado sitio de Constantinopla bajo el reinado del califa anterior, Suleimán".

Catorce años después del asedio de Constantinopla, la ofensiva árabe en la Europa Occidental, partiendo de España, era rechazada por Carlos Martel, omnipotente mayordomo palatino de un débil rey franco.

Tras su derrota del 718, los árabes no emprendieron nuevas hostilidades serias en vida de León III, sobre todo desde que se hallaron claramente amenazados al norte por los kázaros. Ya vimos que León III negoció el casamiento de su hijo y sucesor, Constantino, con la hija del kan de los kázaros, aliándose con su nuevo pariente. Así, pues, en su lucha contra los árabes, León tuvo dos aliados: primero los búlgaros y luego los kázaros. De todos modos los árabes no permanecieron sosegados, sino que continuaron invadiendo el Asia Menor, llegando a veces incluso hasta Nicea, cerca de la Propóntide. Hacia el fin de su reinado, León logró derrotar a los árabes en Acroinon (Frigia), hoy Afiun Karahissar, sobre el ferrocarril de Konia. Esta derrota forzó a los árabes a evacuar el occidente del Asia Menor, retrocediendo camino del este.

Los musulmanes asocian la batalla de Acroinon a la leyenda del héroe nacional turco Seid Battal Ghazi, el paladín del Islam, cuya tumba se muestra hoy en una aldea al sur de Eskishehír (en la Edad Media, Dorilea). El hombre que personifica en la historia ese héroe fue el musulmán Abdallah—Al—Battal, caído en la batalla de Acroinon.

A mediados del siglo VIII el califato árabe fue desgarrado por graves desordenes intestinos debidos al cambio de la dinastía omeya por la abásida, que depuso a la anterior. Los abbasidas trasladaron su capital y sede de gobierno a Bagdad, junto al Tigris, muy lejos de la frontera de Bizancio. Así, el sucesor de León III, Constantino V, pudo avanzar las fronteras imperiales hacia el este, llevándolas hasta los límites del Asia Menor, en una serie de expediciones afortunadas.

Pero en la época de Irene, bajo el califa Al—Mahdi, los árabes reanudaron con éxito su ofensiva en Asia Menor, y en 782—83 la emperatriz hubo de pedir la paz. El convenio que la acordaba, por una duración de tres años, era humillante para el Imperio. La emperatriz se comprometía a satisfacer a los árabes un tributo anual de 70 ó 90 millares de denarios, en dos pagos por año. Es muy probable que las tropas enviadas por Irene a Macedonia, Grecia y el Peloponeso el mismo año (783), para reprimir la revuelta eslava, estuviesen ocupadas en ello todavía, lo que debía debilitar la situación de Bizancio en el Asia Menor. El 798, después de los triunfos logrados por los

árabes bajo el califa Harun—Al—Raschid, se firmó un nuevo tratado con el Imperio bizantino, subsistiendo la cláusula del tributo.

Los emperadores de la dinastía isáurica mantuvieron con los búlgaros relaciones muy movidas. Los búlgaros, que habían adquirido poco a poco una situación importante en el Danubio inferior, hubieron primero de defender su existencia política contra los intentos de Bizancio de destruir la obra de Isperich. La situación política del reino búlgaro en el siglo VIII era muy compleja. Por una parte las hordas búlgaras y sus jefes se disputaban el título supremo de kan, provocando muchas turbulencias dinásticas: por otra, como conquistadores recientes, tenían que luchar contra los eslavos sometidos de la península. Los kanes búlgaros de fines del siglo VII y principios del VIII atestiguaron mucha habilidad en sus relaciones con Bizancio, su más peligroso enemigo. Ya indicamos que los búlgaros sostuvieron a Justiniano II en sus pretensiones al trono y prestaron una ayuda activa a León III contra los árabes cuando éstos sitiaron Constantinopla. Tras estos sucesos, los escritores bizantinos no hablan de los búlgaros en treinta años. Durante el reinado de León III, los búlgaros consiguieron mantener la paz con el Imperio.

Bajo Constantino V las relaciones búlgarobizantinas fueron más tirantes. Con ayuda de sirios y armenios llevados desde la frontera oriental a Tracia, el emperador construyó una serie de fortificaciones a lo largo de la frontera búlgara. El embajador búlgaro en Constantinopla fue tratado con cierta altanería por Constantino. Como consecuencia de estos hechos, los búlgaros emprendieron las hostilidades. Constantino dirigió contra ellos ocho o nueve campañas por mar y tierra, proponiéndose el aniquilamiento del reino búlgaro. Las expediciones tuvieron resultados diversos, pero Constantino, al cabo, no alcanzó su fin. No obstante, ciertos historiadores llaman a Constantino "el primer matador de búlgaros" (*Bulgaroctonos*) a causa de su enérgica lucha y de las fortalezas que construyó contra los búlgaros.

Las discordias dinásticas búlgaras concluyeron a finales del siglo VIII la vez que se atenuaba el antagonismo eslavo—búlgaro. Así comenzaba la formación de la Bulgaria del siglo IX, eslavizada y convertida en un Estado pujante y que albergaba muy claros proyectos ofensivos contra Bizancio. Esta política ofensiva de los búlgaros se manifestó muy nítidamente desde fines del siglo VIII, bajo el reinado de Constantino VI y de la madre Irene. Bizancio, entonces, tras amargos reveses militares, hubo de pagar tributo a los búlgaros.

Al hablar de las pugnas entre Bizancio y Bulgaria en el siglo VIII, no debemos olvidar que las fuerzas búlgaras comprendían también a los eslavos incluidos en el reino búlgaro. Por otra parte, la ocupación de la península balcánica por los eslavos continuó en el decurso del siglo VIII. Un peregrino occidental que se dirigía a los Santos Lugares, en tiempos de León III, visitó la ciudad peloponesa de Monembasia (Malvasia) y escribía que estaba situada en tierra eslava. Menciónase la presencia de eslavos en Dyrrachium y en Atenas en el siglo VIII. Las siguientes líneas de Constantino Porfirogénito (*De Thematibus*), se refieren igualmente a la época de Constantino V: "Todo el Peloponeso —dice— se convirtió en eslavizado y bárbaro después que la peste se hubo extendido por todo el Universo". El autor alude a la terrible epidemia de 740—747, que, transmitida de Italia, asoló en especial Constantinopla y el sur de Grecia. Para repoblar la capital una vez extinguida aquella plaga, Constantino hizo acudir a Constantinopla hombres de diversas provincias. Según juicio de la misma población, el Peloponeso quedó eslavizado desde mediados del siglo VIII. Al mismo período debe hacerse remontar la creación de nuevas colonias en Grecia, en el lugar de las ciudades o pueblos cuya población había sido diezmada por la peste o llevada a la capital para repoblar ésta. Según Teófanes, a fines del siglo VIII Irene envió una expedición especial "contra las tribus eslavas" a Grecia, Tesalónica y al Peloponeso. Más adelante, aquellos eslavos de Grecia participaron de modo activo en la conjura contra Irene. Estos hechos muestran sin sombra de duda que en el siglo VIII los eslavos no sólo estaban definitiva y sólidamente instalados en la península de los Balcanes, incluso toda Grecia, sino que hasta intervenían en la vida política del Imperio. En el siglo IX eslavos y búlgaros habían de ser los más serios enemigos del Imperio de Bizancio.

Política interior de los emperadores de la dinastia isaurica o siria. La legislación.

León III no fue sólo un jefe de talento y un defensor enérgico del Imperio contra el enemigo exterior, sino también un legislador avisado y prudente. Desde el tiempo de Justiniano el Grande, en el siglo VI, los textos latinos de Código, Digesto e Instituciones, eran poco o mal comprendidos en la mayoría de las provincias. En numerosos distritos, sobre todo en Oriente, se seguían antiguas costumbres locales con preferencia a las disposiciones oficiales, como 1a demuestra claramente la popularidad de la colección legislativa siria del siglo VII. Las Novelas publicadas en griego sólo concernían a la legislación corriente, por así decirlo. Sin embargo, en el siglo VII, elImperio, al haber perdido poco a poco toda Siria, Palestina, Egipto, África del Norte, y, en el septentrión, la parte norteña de la península de los Balcanes, iba volviéndose cada vez más "griego" en idioma. Era, pues, menester publicar, para uso general y ordinario, un Digesto legislativo en griego, y un compendio que reflejase todos los cambios que habían afectado la vida desde la época de Justiniano I.

León III comprendió muy bien la necesidad de tal Código y confió su ejecución a un grupo cuyos miembros fueron escogidos por él. El resultado con los trabajos de semejante comisión fue un Código denominado *Écloga* y promulgado "en nombre de los sabios y píos emperadores León y Constantino Respecto a la fecha exacta de la publicación de este Código, mientras ciertos eruditos occidentales del siglo XIX la sitúan a fines del reinado de León III (739—74), el bizantinista ruso V. G. Vasilievski tiende a hacerla remontar principios del remado de León (hacia el 726). Hoy, losespecialistas más recientes fijan, con razón, la fecha de publicación de la Écloga en marzo del 726. No obstante, hace poco ha sido puesto en duda que ese Código apareciera de tiempos de León III y Constantino V[98].

El título mismo de Écloga (que significa "trozos escogidos", "extractos"), indica sus fuentes. Se definía así: "Selección abreviada de leyes ordenada por León y Constantino, los sabios y píos emperadores, según las Instituciones, el Digesto, el Código, las Novelas del gran Justiniano y corregida con intenciones de más amplia humanidad", según la traducción adoptada por otros, "con intención de mejora". En la introducciónde la Écloga se dice claramente que los decretos dados por los emperadores precedentes están dispersos en obras diversas y que su significado, difícilmente comprensible para algunos, es incomprensible del todo para otros, en especial para los que no viven en la ciudad imperial "protegida de Dios". Por "obras diversas" debemos entender las traducciones griegas y los numerosos comentarios de los compendios legislativos de Justiniano que se empleaban en la práctica y que sustituían con frecuencia a los originales latinos. Sólo muy poca gente podía entender las traducciones y comentarios griegos. La abundancia de obras, las variaciones y consideraciones que se hallaban en ellas ponían la mayor confusión en la legislación civil del Imperio bizantino. León III, dándose clara cuenta de la situación, se aplicó a remediarla. Los principios de la Écloga, proclamados en su introducción, rebosan ideas de justicia y derecho. Proclámase allí que los jueces deben "refrenar en sí todas las pasiones humanas y tomar decisiones de verdadera justicia, resultantes de un razonamiento claro. No deben despreciar al necesitado ni dejar impune al poderoso que incurre en culpa... Deben abstenerse de recibir regalos". Todos los funcionarios judiciales han de recibir salarios determinados de la "piadosa tesorería" imperial, de suerte que "no perciban nada de nadie que pueda recaer bajo su jurisdicción, a fin de que la predicción del profeta: "Y venden la justicia por dinero" (Salmos, 2, 6) no se cumpla, y no seámos visitados por la cólera de Dios por haber transgredido sus mandamientos".

La Écloga se subdivide en dieciocho títulos y atiende sobre lodo al derecho civil y, en medida muy restringida, al criminal. Trata, pues, del matrimonio, de los esponsales, de dotes y del estado de viudez, de testamentos, de la tutela, de la administración y mantenimiento de los esclavos, de los

[98] *C. N. Uspenski, Apuntes de Historia Bizantina (Moscú, 1917).*

testimonios, de las ventas, compras, rentas, etc. Sólo un título contiene elementos de derecho criminal sobre los castigos.

La Écloga difería en muchos aspectos del Código de Justiniano e incluso lo contradecía. Aceptaba, en efecto, las decisiones de la ley consuetudinaria y las prácticas judiciales que existían a la par de la obra legislativa oficial de Justiniano. Comparándola con esta última representa un progreso considerable en ciertos aspectos. En las leyes matrimoniales, por ejemplo, se nota la introducción de conceptos cristianos más elevados. Cierto que el capítulo de castigos abunda en parágrafos que prescriben mutilaciones corporales, como cortes de mano, lengua o nariz, a vaciado de los ojos de los culpables de delitos muy graves. Pero ese hecho no nos autoriza a considerar la Écloga como una ley bárbara, porque en la mayoría de los casos tales castigos están destinados a sustituir la pena de muerte. De aquí que los emperadores isáuricos tuvieran el derecho de proclamar que su obra legislativa era "de más amplia humanidad, que lasde sus predecesores". No olvidemos que la Écloga prescribía castigo iguales para todos, ya fuesen poderosos o humildes, ricos o pobres, mientras la ley justiniana instituía con frecuencia penas diversas, según la condición de delincuente, no fijando, además,verdaderas bases de discriminación. En su aspecto exterior la Écloga se distingue por la gran frecuencia con que se remite a las Escrituras a efectos de confirmar diversos principios jurídicos. "El espíritu del Derecho romano se transformaba en la atmósfera religiosa del cristianismo". En el siglo VIII y durante la mayor parte del IX, hasta eladvenimiento de la dinastía macedonia (867), la Écloga sirvió de manual de enseñanza del derecho, sustituyendo así las Instituciones de Justiniano. Conocemos, por ejemplo, una Écloga privada (*Ecloga privata*) y una Écloga privada aumentada (*Ecloga privata aucta*)[99]. Al producirse un cambio en favor de la legislación justiniana, tras la exaltación de Basilio el Macedonio al trono, las actas legislativas de los emperadores isáuricos fueron calificadas oficialmente de absurdo (literalmente, de "palabras necias"), en contradicción con el dogma divino ruinosas para las leyes saludables[100]. No obstante, los propios emperadores de la dinastía macedonia tomaron del compendio legislativo condenado numerosos capítulos para su legislación propia e incluso en su época serevisó la Écloga.

Es interesante advertir que la Écloga de León y Constantino formó luego parte de los compendios jurídicos de la Iglesia ortodoxa, sobre todo en Rusia.

Se la encuentra en el escrito ruso *Kormtchaia Kniga*, es decir, "El Libro de las Reglas o Código Administrativo", bajo el título *Los capítulos del muy sabio zar León y de Constantino, los dos fieles emperadores*[101]. Existen otras huellas del influjo de laÉcloga sobre los monumentos de la antigua legislación eslava.

Desde luego, la Écloga no ha de considerarse una "innovación extremamente audaz", como declara el bizantinista griego Paparrigópulos, admirador entusiasta de los emperadores isaurios. Según él, "hoy, que los principios expresados por los autores dela Écloga son aceptados por la legislación civil de las naciones más evolucionadas, ha llegado al final de la hora de conceder alguna estima al genio de los hombres que, hace mil años, lucharon para aplicar doctrinas que sólo en nuestros días han triunfado". (2) Sobra decir que no se debe ver en estas declaraciones sino el entusiasmo de un patriota heleno. Pero ha de reconocerse la considerable importancia de aquel Código, que abrió un nuevo período en la historia del derecho grecorromano o bizantino, período que duró hasta la exaltación de la dinastía macedonia al poder, en cuya fecha se restableció la legislación justiniana, más no sin numerosas e importantes modificaciones. La Écloga de León III sirvió para satisfacer las exigencias de la realidad viva de aquel período.

---

[99] *Epanagogué.*

[100] *Su fecha es objeto de controversia. Probablemente se publicaron antes de llegar al trono Basilio I (867).*

[101] *En este libro, conocido en Rusia desde poco después de la adopción del cristianismo en el siglo X, se exponían las reglas de la Iglesia apostólica, las de los concilios ecuménicos y, a la vez, las leyes civiles de los emperadores bizantinos ortodoxos.*

La ciencia atribuye otros tres monumentos legislativos a la obra de la dinastía isáurica y a veces más especialmente a León III. Son el Código rural, o Derecho del agricultor (Ley agraria, dicen algunos), el Código militar y el Código náutico rodense

Las diversas versiones de estos tres documentos siguen en general la Écloga u otras obras jurídicas en los numerosos manuscritos que de ellas nos han llegado y no nos dan informe alguno sobre los nombres de sus autores ni fecha de su publicación. Así, para fijar fecha a esos documentos, deben examinarse, apreciar su fondo y forma y compararlos con otros análogos.

El Código rural es, entre los tres, el que más ha llamado la atención. El especialista más eminente en Derecho bizantino, el sabio alemán Zacarías von Lingenthal, ha modificado su opinión en esa materia. Al principio juzgaba el Código obra de una persona privada y lo fechaba en el siglo VII o IX. Lo juzgaba hecho, en parte, según la legislación de Justiniano, y, en parte, según los usos locales. Más tarde ha llegado a la conclusión de que el Código rural estaba integrado en la obra legislativa de los emperadores León y Constantino y se publicó a la vez que la Écloga o poco después.

A la vez Zacarías von Lingenthal, como los historiadores rusos V. G. Vasilievski y E. I. Uspenski, señalan el sentido de ese documento que, como reglamento de policía rural, tiene por objeto los delitos cometidos en la agricultura. Trata, en efecto, de los diversos modos de robos en los bosques, campos y huertos, de violaciones de propiedades y negligencias de los pastores, de daños hechos a las bestias y daños causados por el ganado. Según el historiador ruso B. A. Panchenko, que ha estudiado especialmente este documento, el Código rural era un suplemento al derecho consuetudinario practicado entre los campesinos y se consagraba a tal derecho, tan necesario al agro y que no había encontrado aún expresión en otras disposiciones legislativas.

Como indicamos más arriba, esa obra no contiene indicación alguna sobre la fecha en que se compuso. Pero, apoyándose en ciertas deducciones, algunos historiadores la sitúan en la época de León III. Aun así debe reconocerse que el problema está lejos de haber alcanzado una solución definitiva. Como observa Panchenko, aunque la necesidad de tal legislación pudo sentirse en el siglo VIII, el carácter de la compilación, grosero y cándidamente empírico, está más próximo por su espíritu a la época de lamayor decadencia de la civilización bizantina que a la de la elaboración de la Écloga. Claro que tampoco este argumento resuelve el problema. Cuanto se puede decir es que no está demostrado que el Código rural se publicara en el siglo VIII y que el problema de su fecha exacta sigue sin resolver. Por nuestra parte opinamos que es muy posible que se descubra que su publicación se remonta a un período más antiguo. Recientemente, C. Vernadski ha emitido la hipótesis de que el Código rural fue compuesto bajo Justiniano II a fines del siglo VII[102], pero esta teoría no ha sido aceptada.

El Código rural ha atraído la atención de los sabios por otra razón: la de que no se encuentra en él alusión alguna al colonaje o a la servidumbre que reinaban en el Bajo Imperio romano. Contiene, empero, como han observado los historiadores supradichos, indicaciones nuevas sobre la propiedad rural personal, sobre los terrenos comunales, sobre la abolición de la prestación personal forzada y sobre la introducción de la "libertad de movimientos". En general, los historiadores enlazan esos fenómenos con la expansión de las colonias eslavas en el Imperio. Probablemente los eslavos importaron a Bizancio sus particulares condiciones de vida, en especial el comunalismo. La tesis de Panchenko, según la cual esa legislación no alude a los terrenos comunales, ha sido, con razón, rechazada por los historiadores contemporáneos.

La teoría de que los eslavos ejercieron excepcional influencia en las costumbres interiores del Imperio bizantino —teoría elevada a la altura de dogma por Zacarías von Lingenthal y sostenida por sabios rusos eminentes en el campo de la historia bizantina— se ha afirmado sólidamente en la literatura histórica. Además de sobre los relatos generales concernientes a las colonias eslavas del Imperio, los sabios que juzgan así han fundado su teoría sobre el concepto de que la pequeña

[102] *G. Vernadski, Sur les origines de a Loi agraire bizantine. Byzantion, 1. II (1926),*

propiedad rural libre y de la "comunidad" campesina era ajena al Derecho romano. Debía, pues, haber sido introducida en la vida bizantina por algún elemento ajeno, concretamente el eslavo.

Ha de mencionarse aquí que, hace poco, V. N. Zlatarski, sosteniendo la teoría de la influencia eslava en el Código rural, y atribuyendo este último a León III, trató de explicar esa influencia por la política del emperador respecto a los búlgaros. Al introducir en su legislación los principios de los usos y costumbres eslavos, contaba León —según el sabio dicho— apartar de la influencia búlgara a los eslavos que estaban bajo su dominio, impidiéndoles concluir con los búlgaros una alianza, muy seductora entonces ante los ojos de los eslavos. Sin embargo, un estudio más profundo de los códigos de Teodosio V y de Justiniano, de las Novelas de este último, y, muy recientemente, de los papiros y de las vidas de santos, ha probado de manera bastante clara que hubo en el Imperio romano aldeas habitadas por campesinos libres, tenedores de tierras, y, en una época muy antigua, bienes rurales comunales. No se puede, pues, obtener de ese Código rural conclusión general alguna, pudiendo sólo servir para testimoniar, con otros elementos, que en el Imperio bizantino existió, al lado de la servidumbre, una pequeña propiedad campesina y comunidades rurales libres.

F. I. Uspenski exagera la importancia del Código rural, al atribuirle un alcance general, diciendo que se extendía a todo el Imperio y que "debe servir de punto de partida a la historia del desarrollo económico de Oriente" en lo concerniente a la clase de aldeanos libres y de pequeños propietarios rurales. Pero este juicio podría llevar al lector a creer que la servidumbre estaba completamente abolida en el siglo VII o el VIII lo que no era así".

C. Diehl, que en su *Historia del Imperio bizantino* considera el Código rural como obra de León III y de su hijo, va también algo lejos cuando declara: "El Código rural se esforzaba en restringir el alarmante desarrollo de los grandes dominios, en detener la desaparición de la pequeña propiedad libre, en asegurar a los campesinos una condición mejor".

El más reciente editor, traductor e investigador del Código rural, es decir, el sabio inglés W. Ashburner, que ignora el ruso y los resultados de los estudios de la ciencia rusa, tiende a admitir la opinión de Zacarías von Lingenthal. Según él, la Ley agraria forma parte de la legislación de los iconoclastas, y parécele igualmente claro que es, en mayor escala, una compilación de las costumbres existentes. Pero, a la vez, Ashburner difiere de Lingenthal en tres puntos importantes:

1) el origen de la ley;

2) la situación legal de la clase agrícola bajo esa ley;

3) el carácter económico de las formas detenencia de tierras de que se trata. El parentesco del Código rural con la Écloga no es tan cercano como Lingenthal quisiera. Ashburner difiere también de aquel sabio en que, según él, en la sociedad descrita por el Código rural, el campesino podía trasladarse libremente de posesión a posesión. Pero reconoce, con Zacarías von Lingenthal, que el "estilo autoritario" de la ley estudiada sugiere que no se debe a la pluma de un particular y es obra de una autoridad legislativa[103].

Hoy, a nuestro juicio, se debe abandonar por completo la teoría de la influencia eslava sobre la formación de la nueva estructura social del Imperio, y dirigir en especial la atención al estudio del problema de la pequeña propiedad libre y de la comunidad aldeana en el período del Alto y Bajo Imperio romano, utilizando para ello los materiales nuevos y los documentos antiguos insuficientemente analizados desde ese punto de vista. En cuanto a precisar la fecha del Código rural, es cosa que faltaba aún por resolver.

Recientemente se ha tratado de comparar el Código rural con los textos de los papiros bizantinos, pero no pueden sacarse conclusiones de meras semejanzas fraseológicas, a veces sorprendentes, mas que no prueban, con frase de Ashburner, lo que no necesita ser probado: a saber, que los legistas de una misma época se sirven de las mismas frases.

El Código rural tiene mucho interés desde el punto de vista de los estudios eslavos. Una antigua traducción rusa de ese Código es uno de los elementos de la compilación, preciosa por su

[103] *W. Ashburner, The Farmer's Law. Journal of Hellenistic Studies, t. XXX (1911).*

contenido y valor históricos, que lleva por título *Compendio de leyes por las que deben regir todos los asuntos los príncipes ortodoxos.* El célebre canonista ruso A. S. Pavlov, ha publicado una edición crítica de esa versión rusa del Código rural. Éste se halla también en las antiguas colecciones jurídicas servias.

En los manuscritos de obras legislativas bizantinas hallamos frecuentemente el Código náutico y el Código militar a continuación de la Écloga u otro documento legislativo. Las dos leyes carecen de fecha, pero en virtud de ciertas deducciones algunos historiadores las atribuyen a la dinastía isáurica.

El Código náutico sobre las leyes navales, o, como lo llaman a veces los manuscritos, el Código marítimo rodense, en un estatuto reglamentaba todo lo relacionado con la navegación mercante. Algunos historiadores suponen que ese Código fue extraído del segundo capítulo del libro decimocuarto del Digesto, que contiene una cláusula, tomada al Derecho griego, sobre "Derecho rodense de lanzamiento de las mercaderías al mar", que trata de la repartición pérdidas entre el propietario del barco y los propietarios del cargamento cuando ha de arrojarse por la borda parte de las mercaderías para salvar la nave. Hoy la ciencia histórica se niega a admitir la dependencia del Código naútico respecto al Digesto, así como su conexión con la Écloga, aunque ésta haya sido certificada por Zacarías von Lingenthal.

Ese Código, tal como nos ha llegado, es el resultado de una compilación de textos y materiales de la época y de naturaleza muy diferentes, la mayor parte, son derivados de costumbres locales. Según Ashburner, la tercera parte del Código náutico, tal como la poseemos, estaba, con toda evidencia, destinada a incorporarse al texto legal en el libro LIII de las Basílicas[104]. De esto concluye que debió de ejecutarse en segunda edición del Código náutico, a cargo inmediato de los mismos hombres que elaboraron las Basílicas, o al menos bajo su dirección. Los textos, que han llegado constituyen, pues, según Ashburner, la edición segunda.

El estilo del Código marítimo es esencialmente el de un documento oficial pero su fondo difiere mucho del propio del Digesto de Justiniano, llevando clara señal de influencias posteriores. Por ejemplo, el Código fija la parte responsabilidad del propietario del navío, del negociante que lo fleta, y de los pasajeros, tanto en la seguridad como en el cargamento del buque. En lo referente a la previsión de temporales y ataques de piratas, todos debían entregar una suma destina a servir de seguro. Esta obligación, como otros reglamentos particulares, restaban del hecho de que en el siglo VII, época de Heraclio, el comercio y navegación marítimos corrían muy grandes riesgos debido a las incursiones navieras de los piratas árabes y eslavos. La piratería se había convertido en un fenómeno tan ordinario, que armadores y negociantes no podían efectuar sus empresas comerciales sino compartiendo los riesgos inherentes a ellas.

Sólo por aproximación cabe determinar la época en que se compuso el Código náutico. Probablemente lo elaboraron personas particulares entre años 600 y 800 d.C. En todo caso no hay razón alguna para atribuir origen común a los Códigos marítimo, militar y rural.

A pesar que la dinastía macedónica volvió a las reglas del Derecho justiniano, el Código marítimo siguió rigiendo e influyó sobre varios de los *iuris* bizantinos de los siglos X XI y XIII. Esta supervivencia indica que el comercio naval de Bizancio no se engrandeció después de los siglos VII y VIII. Los italianos—que más adelante monopolizaron el comercio del Mediterráneo—tenían sus estatutos marítimos propios. Al declinar el comercio naval de Bizancio, dejó de estar en vigor el Código marítimo. Los documentos jurídicos de los siglos XIII y XIV no lo mencionan.

El Código militar, o "Derecho del soldado" (*leges militares*) está formado deextractos de paráfrasis griegas del Digesto y del Código de Justiniano, de la Écloga y de varias otras fuentes posteriores, sobreañadidas éstas al texto primitivo. Contiene una enumeración de los castigos a infligir a los soldados culpables de motín, desobediencia, deserción, adulterio, etc. Los castigos previstos son de un rigor extremo. Si es cierto, como opinan ciertos sabios, que ese Código data de

[104] *Hablaremos después de ese Código de la época, de la época macedónica.*

la época de la dinastía isáurica, tendríamos en él una prueba excelente de la rigurosa disciplina introducida en el ejército por León III; pero la insuficiencia de informes que poseemos sobre ese Código militar nos impide atribuirlo a dicho emperador.

Para concluir, diremos que los tres códigos que acabamos de estudiar —el rural, el náutico, el militar—, no pueden ser mirados, con certeza, corno obra de los emperadores isáuricos.

La mayoría de los historiadores, empezando por Finlay, atribuyen la organización de los themas, surgida en realidad en los siglos VII al VIII, y a veces, de manera más particular, al reinado de León III. Finlay escribe: "León estableció una nueva organización geográfica, la de los themas, que duró tanto como el gobierno bizantino". Gelzer es también muy categórico sobre este punto. Según él, "León eliminó en definitiva los funcionarios civiles, haciendo pasar el poder, en las provincias, a manos de representantes militares". A juicio de F. I. Uspenski, "sólo en tiempos de León el Isáurico se produjo un cambio radical en el sentido de un refuerzo de los poderes de los estrategas de los themas, a expensas de la administración civil de las provincias". Pero subsiste el hecho de que no poseemos informe alguno sobre la obra de León en la esfera de la organización provincial.

Tenemos una lista de themas —con algunas indicaciones sobre su organización—, debida a un geógrafo árabe del siglo IX, Ibn Khurdadhbah, a quien ya mencionamos anteriormente. Comparando esas indicaciones con las que poseemos acerca de los themas en el siglo VII, los historiadores han llegado a ciertas conclusiones relativas a las modificaciones aportadas a la organización themística en la época de la dinastía isáurica. Así, vemos que en Asia Menor se añaden a los ya enumerados themas del siglo VII dos themas nuevos, creados en el VIII, probablemente en la época de León III: el tema Trácico, en la parte occidental del Asia Menor, comprendiendo distritos occidentales del vasto tema Anatólico, llamado Trácico por las guarniciones europeas llevadas de Tracia; y el Bucelárico, al este del amplio tema del Opsikion, y llamado Bucelárico por los bucelarios, esto es tropas romanas y extranjeras empleadas por el Imperio o por personas privadas. Constantino Porfirogénito dice que los bucelarios seguían al ejército y "proveían a su abastecimiento (*De thematibus*). Así, a primeros del siglo IX, Asia Menor tenía cinco themas, que las fuentes de aquel período (Teófanes, en 803) llaman "los cinco themas orientales". Según toda apariencia, en Europa sólo había cuatro provincias a fines del siglo VIII Tracia, Macedonía, la Hélade y Sicilia. Pero si la cuestión del número de themas en el Asia Menor a principios del siglo IX puede considerarse resuelta, no nos cabría decir si las autoridades civiles habían sido entonces suprimidas del todo y sus funciones, en esa época precisa, transferidas a los gobernadores militares. El papel decisivo de León III en la organización de los themas no puede probarse, y por ahora pasa de ser una pura hipótesis.

La extensión y generalización del régimen de themas bajo la dinastía isaurica estuvieron íntimamente ligadas con los peligros exteriores e interiores que amenazaban el Imperio. La formación de nuevos themas mediante parcelación fragmentación de los inmensos territorios de los themas primitivos se debió a consideraciones políticas. León sabía por experiencia los peligros que entraña dejar un territorio demasiado extenso en manos de un gobernador militar potente, que podía sublevarse y aspirar al trono. Así, el peligro exterior exigía el refuerzo de un poder militar centralizado, sobre todo en las provincias amenazadas por los enemigos del Imperio —árabes, eslavos y búlgaros— y el peligro interior, hijo del exceso de potencia de los gobernadores militares, muy parecidos a vasallos más o menos independientes del poder central, requería la disminución de los territorios sometidos a su mando.

Deseando aumentar y regular los recursos hacendísticos del Imperio, en razón de sus múltiples y dispendiosas empresas, León III elevó la capitación en una tercera parte, y para ejecutar mejor esta medida mandó llevar un registro de todos los nacidos varones. El cronista Teófanes, hostil a los iconoclastas, compara esta medida de León al modo que tuvo el Faraón egipcio de tratar a los israelitas. Hacia el fin de su reinado, León III impuso a todos los súbditos de su Imperio una contribución destinada a reconstruir las murallas de Constantinopla, arruinadas por frecuentes y violentos terremotos. Los trabajos de reconstrucción terminaron durante su reinado, según lo

prueban varias inscripciones grabadas en las torres de los muros interiores de la capital, con el nombre de León y el de Constantino, hijo de aquél y su asociado al Imperio.

La iconoclastia. El séptimo concilio ecuménico.

El estudio del movimiento iconoclasta presenta grandes dificultades a causa del estado actual de las fuentes. Todas las obras de iconoclastas, los decretos imperiales, las actas de los concilios iconoclastas de 753—54 y de 815, los tratados teológicos de los "destructores de imágenes", fueron despedazadas al triunfar sus enemigos. No conocemos la literatura iconoclasta sino por fragmentos introducidos en las obras de los adoradores de imágenes, a fines de reputación. Así, el decreto del concilio iconoclasta de 753—54 ha sido conservado en las actas del séptimo concilio ecuménico, aunque acaso en forma incompleta. El decreto del concilio de 815 ha sido descubierto en uno de los tratados del patriarca Nicéforo y se hallan numerosos fragmentos de la literatura iconoclasta insertos en los tratados polémicos y teológicos de los adversarios del movimiento. Conviene notar en ese sentido, como particularmente interesantes, los tres famosos *Tratados contra los que desprecian las santas imágenes*, del célebre teólogo y compositor de himnos Juan Damasceno (o de Damasco), contemporáneo de los dos primeros emperadores iconoclastas. Además, todo lo complica el hecho de que, a fin de propagar sus ideas, los que intervenían en la querella iconoclasta recurrían a veces a elaborar escritos apócrifos.

No ha de olvidarse que las fuentes que nos han llegado sobre la iconoclastia están influidas por la hostilidad existente contra tal movimiento. En parte se ha debido a esa razón el que los sabios hayan emitido juicios tan divergentes sobre el período iconoclasta.

Los historiadores han estudiado en primer término la cuestión de los orígenes del movimiento contra las imágenes —bastante difícil de comprender en los siglos VIII y IX— y que se prolongó, con algunos intervalos, durante más de un siglo, teniendo graves consecuencias para el Imperio. Ciertos especialistas de este período han atribuido causas religiosas a la actitud de los emperadores iconoclastas. Otros estiman que las razones íntimas de su actitud fueron ante todo políticas. Según algunos, León III resolvió proscribir las imágenes esperando eliminar así uno de los principales obstáculos que separaban a los cristianos de los judíos y los musulmanes, los cuales desaprobaban los iconos. El emperador, a juicio de tales autores, habría confiado en que una unión religiosa más íntima con mahometanos y judíos facilitaría la sumisión de unos y otros al Imperio.

El historiador griego Paparrigópulos ha hecho un estudio muy audaz del período iconoclasta. Según él, es impropiedad aplicar el término de *iconoclasta* a aquella época, puesto que el término no define con plenitud el período. Opina Paparrigópulos que, a la vez que la reforma religiosa que condenó las imágenes, proscribió las reliquias, redujo el número de monasterios, y, sin embargo, dejó intactos los fundamentos dogmáticos de la religión cristiana y se produjo igualmente una reforma política y social. Los emperadores iconoclastas se propusieron arrebatar al clero la instrucción pública. Aquellos soberanos no obraron por motivos personales o dinásticos, sino tras maduras reflexiones y deliberaciones prolijas, y no sin antes examinar claramente las necesidades sociales y las exigencias de la opinión pública. Les sostenían lo mejor de la sociedad, la mayoría del alto clero y el ejército. El fracaso final de las reformas iconoclastas debe atribuirse a que muchas personas seguían devotamente adictas a la fe antigua, y por tanto, eran opuestas de corazón a los cambios operados por los emperadores iconoclastas. Esa parte de la nación se componía sobre todo de gente minúscula, de mujeres y de la multitud de los monjes. León III no pudo cambiar el ánimo del pueblo. Tales son, globalmente, las opiniones de Paparrigópulos sobre esa época.

El historiador griego se engaña, sin duda alguna, al considerar la obra reformadora de los emperadores del siglo VIII como una tentativa de revolución social, política y religiosa. Pero es el primer erudito que ha señalado la complejidad e importancia del período iconoclasta y por eso ha despertado de manera particular la atención de los otros historiadores sobre esa época.

Algunos (como Schwarzlose) estiman que la política iconoclasta de los emperadores del siglo VIII fue motivada por consideraciones a la vez religiosas y políticas, con acusado predominio de las

últimas. Según ellos, León III, deseoso de ser único dueño y autócrata en todas las esferas, esperaba, proscribiendo el culto de las imágenes, liberar al pueblo de la fuerte influencia de la Iglesia, que empleaba el culto de las imágenes como poderoso medio de asegurarse la obediencia de los laicos. El ideal de León era reinar como señor absoluto sobre un pueblo unido en lo religioso. La vida religiosa del Imperio quedó, pues, reglamentada por la política de los emperadores iconoclastas: la iconoclastía debía contribuir a la realización de los ideales políticos de los soberanos "rodeados de la aureola de un celo reformador".

Más recientemente, varios historiadores (por ejemplo el francés A. Lombard) han comenzado u ver en el iconoclasmo una reforma puramente religiosa destinada a contener "los progresos del paganismo renaciente" bajo la forma del culto abusivo de las imágenes, y a "restablecer el cristianismo en su pureza original". A. Lombard estima que esa reforma religiosa se desarrolló a la vez que se producían ciertos cambios políticos, pero sin dejar de tener su historia propia.

El bizantinista francés L. Bréhier ha hecho notar especialmente que la iconoclastia implica dos cuestiones distintas y diferentes: la cuestión discutida de ordinario, o culto de las imágenes propiamente dicho, y el problema de la legalidad del arte religioso. En otras palabras, ¿estaba permitido o no recurrir al arte para pintar el mundo sobrenatural? ¿Tenía el artista el derecho de representar en sus obras a los santos, a la Virgen y a Jesucristo? De este modo el sabio francés plantea el problema de la influencia de la iconoclastía sobre el arte bizantino[105].

Más recientemente aun, C. N. Uspenski ha dislocado el centro de gravedad del estudio de este período al poner en primer término la política desarrollada por el gobierno bizantino contra el creciente progreso de la propiedad territorial concentrada en manos de los monasterios. Según él, las medidas administrativas de León fueron dirigidas fundamental y esencialmente, y desde el principio mismo de la lucha, contra los monasterios, que hacia el siglo VIII habían llegado a ocupar una situación anormal en el Imperio. La política de León no se fundó esencialmente en consideraciones religiosas; pero los monjes perseguidos y los defensores de la feudalidad monástica encontraron más ventajoso trasladar la lucha al terreno teológico, para poder proclamar que la obra de los emperadores era atea y herética, desacreditar el movimiento y arruinar la confianza de las masas en su emperador. El verdadero carácter de aquel movimiento quedó así hábilmente enmascarado y sólo a costa de grandes esfuerzos se puede volver a encontrar".

De cuanto precede resulta que el movimiento iconoclasta fue un fenómeno muy complejo, imposible todavía de esclarecer a causa del estado de las fuentes.

No carece de interés notar que los emperadores iconoclastas eran todos de origen oriental. León III y su dinastía eran isáuricos o acaso sirios; los restauradores de la íconoclastia en el siglo IX fueron el armenio León V y Miguel II que, como su hijo Teófilo, había nacido en la provincia de Frigia (Asia Menor Central). Y si consideramos quiénes fueron los restauradores del culto de las imágenes, observamos que:

1) por dos veces fue restablecido el culto de los iconos por mujeres: Irene y Teodora;

2) Irene era de origen griego y Teodora procedía de Paflagonia, provincia del Asia Menor sita en el litoral del mar Negro, cerca de Bitinia[106] y no lejos de la capital; es decir, que esta última emperatriz no era oriunda del centro de la península. El lugar de origen de los emperadores iconoclastas no puede ser considerado un factor accidental. El origen oriental de esos soberanos es uno de los elementos que permiten comprender mejor el papel que desempeñaron en el movimiento y el sentido de éste.

La oposición al culto de las imágenes en los siglos VIII y IX no era una tendencia nueva ni insólita en absoluto. Había, por lo contrario, sido preparada largamente. El arte cristiano, al

---

[105] *L. Bréhier, La Querelle des Images (París, 1904).*

[106] *La Bitinia, estrecha región asomada al Mármara, era el centro más importante de la vida monacal y por tanto, de la ortodoxia. Además del conjunto monástico del Olimpo y de Atroa, hallábanse en Bitinia: Brusa, Nicomedia, Nicea y Calcedonia.*

representar el cuerpo humano en los mosaicos, frescos, esculturas o grabados había, desde hacía mucho, preocupado a mucha gente profundamente religiosa, a causa de la semejanza que aquello tenía con las prácticas del abandonado paganismo. Ya a principios del siglo IV, el concilio de Elvira (España) había decidido "que no debía haber cuadros (pinturas) en las iglesias, que los muros no debían tener imagen alguna de lo que era reverenciado y adorado"[107].

En el siglo IV, al recibir el cristianismo un estatuto legal y convertirse después en religión de Estado, las iglesias empezaron a ornamentarse con imágenes. En el siglo IV y durante el V, el culto de las imágenes creció y desarrollóse en la Iglesia cristiana. Tal práctica seguía inquietando a muchos. Eusebio de Cesárea, historiador eclesiástico del siglo IV, declaraba que el culto de las imágenes de Jesucristo y de los apóstoles Pedro y Pablo era "una costumbre de gentiles"[108]. En una de sus epístolas, Epifanio de Chipre relata (siglo IV) que rasgó un velo (*velum*) eclesiástico adornado con "la imagen de Jesucristo o de uno de sus santos", porque ello "humillaba a la Iglesia".

En el siglo V, un obispo sirio pidió, antes de ser nombrado para aquel alto puesto, la supresión de las imágenes. En el siglo VI estalló en Antioquía una grave sublevación contra el culto de los iconos. En Edesa, los soldados, amotinándose, lapidaron una imagen milagrosa de Cristo. Conocemos algunos casos de destrucciones de iconos en el siglo VII. Es interesante, al propósito, citar la carta escrita a fines del siglo VI por el Papa Gregorio I el Grande al obispo de Massilia (Marsella), quien había ordenado quitar y destruir las imágenes de todas las iglesias. El Papa alaba al obispo por su celo al defender la idea de que nada creado por manos humanas debe ser adorado (*nequia manufactum adoran posset*). Pero le censura haber hecho destruir las imágenes, despojando así al pueblo analfabeto de la ocasión de instruirse históricamente, ya que "al menos habría podido leer, mirando los muros, lo que no sabe leer en los libros"[109]. En otra carta al mismo obispo, el Papa escribía: "Nos te alabamos haber prohibido adorar las imágenes; empero te censuramos haberlas destruido... Adorar un cuadro es una cosa (*picturam adorate*), aprender lo que se debe adorar por intermedio del cuadro, es otra"[110]. Así que, según la opinión de Gregorio el Grande, compartida por muchas personas, las imágenes *servían* para instrucción del pueblo.

Las tendencias iconoclastas de las provincias orientales estaban algo influidas por los judíos. La religión de éstos prohibía el culto de las imágenes y, por lo tanto, los secuaces del judaísmo se mostraban violentamente hostiles a toda adoración de tal género. Desde la segunda mitad del siglo VII ejercieron influjo análogo los musulmanes, quienes, siguiendo las palabras del Corán, "Las imágenes son una abominación satánica" (V, 92), consideraban el culto de los santos como una forma de idolatría. Los historiadores citan con frecuencia el relato de que Yezid II, califa árabe, dio en su Estado un decreto, tres años antes al de León, prescribiendo la destrucción de las imágenes en las iglesias de sus súbditos cristianos. La autenticidad de esta narración es puesta hoy en duda por varios historiadores, aunque habrá de reconocerse que son de un gran fundamento o antecedente a las prohibiciones posteriores. En todo caso, la influencia del Islam en las provincias orientales debe ser tomada en cuenta siempre que se estudie el movimiento iconoclasta. Teófanes califica incluso al emperador León de *cabeza de sarraceno*[111], pero no poseemos muchas pruebas que nos permitan

---

[107] *Mansi, Conc. Coll., t. II, 11 (Concilium Liberitanum, par. XXXVI). Se hallará una interpretación diferente del texto en Leclerq, Dictionnaire d'archeologie chrétienne, t. VII (1), col. 215. Pero el texto es muy claro. Sobre la autenticidad de las actas del concilio de Elvira v., por ej., Harnack, Geschichte der altchristlichcn Litteratur Eusebtus. II, Die chronologie der altchristlichen Litteratur bis Eusebius, t. II (Leipzig, 1904). No debiera, con todo, desdeñarse la interpretación que del canon 36 del concilio de Elvira dan los antiguos comentaristas (el cardenal Aguirre, don Fernando de Mendoza, etc.). Todavía la recoge el abate Berault—Bercastel, en el siglo XVIII:*

[108] *Eusebio, Historia eclesiástica, VII, 18, 4.*

[109] *Gregorio el Grande, Epistolae, IX, 105.*

[110] *S. Gregorio, Epist, XI, 13.*

[111] *Durante muchos siglos ha sido aceptada la leyenda que ya se halla en Constantino Manases, escritor bizantino de la época de Manuel Comneno (Historia, en verso). A tenor de ella, dos astrólogos*

afirmar que León fuera directamente influido por el Islam. En fin, una de las sectas orientales más difundidas en la Edad Media, los paulicianos, que vivían en la parte oriental del centro de Asia Menor, eran muy opuestos al culto de las imágenes[112]. En resumen, en la época de León III existía un fuerte movimiento iconoclasta en las provincias bizantinas orientales del Asia Menor. El historiador religioso ruso Lebediev escribe al respecto: "Se puede afirmar positivamente que el número de iconoclastas antes del iconoclasmo (siglo VIII) era considerable, así como que constituían una fuerza que la misma Iglesia tenía buenas razones para temer". Uno de los principales focos de iconoclastia era Frigia, provincia central del Asia Menor.

No obstante, el culto de las imágenes se había extendido mucho y era muy sólido. Imágenes de Jesucristo, de la Santa Virgen y de los diversos santos, cuadros representando escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, ornaban en profusión las iglesias cristianas. Las imágenes colocadas en los diversos templos de aquella época eran ya de mosaico, ya pintadas al fresco, ya trabajadas en marfil, madera o bronce. De modo que había imágenes pintadas e imágenes esculpidas, además de lo cual existían muchas pinturas en colores ilustrando los manuscritos (miniaturas). Se veneraban en particular los iconos que no se creían hechos por manos humanas y a los que los fieles atribuían poderes milagrosos. Las imágenes desempeñaban también papel en la vida familiar; a veces se elegían iconos como padrinos o madrinas de los niños. Imágenes bordadas figurando santos adornaban los vestidos de ceremonia de los miembros de la aristocracia bizantina. Nos consta, por ejemplo, que la toga de un senador estaba decorada con imágenes que reproducían toda la vida de Cristo.

Los adoradores de las imágenes concebían a veces su adoración de manera demasiado literal, dejando de adorar la persona o idea simbolizada por la imagen para adorar la imagen en sí o la materia de que se componía. Ésta era fuerte tentación para muchos fieles, la adoración de objetos inanimados ofrecía gran parentesco con las prácticas del paganismo. A la vez se veía "aumentar en la capital la cantidad de monasterios, comunidades monásticas y conventos de toda especie, que se multiplicaban con la mayor rapidez y alcanzaron proporciones inauditas hacia fines del siglo VIII (acaso sería más exacto decir hacia el siglo VIII)". Según I. D. Andreiev, el número de monjes durante la época iconoclasta puede calcularse en cien mil sin la menor exageración. "Si se considera —dice ese historiador— que la Rusia de hoy (el libro es de 1907), con sus ciento veinte millones de habitantes esparcidos en un vasto territorio, no tiene más que unos cuarenta mil monjes y religiosas, se imaginará fácilmente cuál debía ser la densidad de la red de monasterios que cubría el territorio relativamente poco extenso del Imperio bizantino".

Así, mientras por una parte el culto de imágenes y reliquias —ordinarias o milagrosas— inquietaba a hombres que se habían desarrollado bajo las influencias dominantes en aquel período, de otra parte el auge excesivo del monaquismo y el rápido crecimiento del número de monasterios chocaban con los intereses seculares del Imperio bizantino. Muchos jóvenes vigorosos abrazaban la

---

judíos, que habían predicho a Yezid un largo reinado si abolía en sus dominios las imágenes veneradas por los cristianos, y que, habiendo muerto el califa a poco de decretar esa abolición, se refugiaran en tierras de Bizancio, toparon en Isauria con un joven mercader, de nombre Conón. Para corresponder a ciertas amabilidades del joven le revelaron que el destino le llamaría al solio imperial, para ser un gran monarca y no le impusieron más condición que el cumplimiento de la gracia que en tal día le pidieran. El joven no era otro que el futuro León el Isáurico; la gracia, la abolición de las imágenes sagradas.

[112] *Los paulicianos, que abogaron por el regreso a la sencillez evangélica habían decidido rechazar, con los comentarios de los Padres de la Iglesia, incluso los sacramentos, la veneración de la Cruz y el culto de los santos, se ganaron el respeto de no pocos cristianos orientales que suspiraban por una reforma de la Iglesia. León, que había crecido en aquel ambiente, no ignoraba la importancia que, para consolidarse en el trono, podía tener el ponerse al frente de semejantes ansias depuradoras. Una vez completada su obra de reforma interior (recuérdense sus códigos agrario, militar, etc). emprendería la de orden religioso, hurtando de paso a los paulicianos, dueños del Asia Menor, avanzada y granero del Imperio, uno de sus pretextos para cualquier peligrosa insurrección. La tesis está expuestabrillantemente por L. Halphen, en Les Barbares. Des grandes invasions aux conquétes turques du XI siécle. (París, 1940).*

vida religiosa y "esa multitud de hombres que ingresaban en el claustro quitaban trabajadores a la agricultura, soldados al ejército, funcionarios a los servicios públicos". El monaquismo y los monasterios servían a menudo de refugio a los que deseaban escapar a las obligaciones impuestas por el Estado. Muchos monjes no abandonaban la vida secular por proponerse seguir sinceramente ideales más elevados. Procede, pues, distinguir dos aspectos en la vida eclesiástica del siglo VIII: el religioso y el secular.

Los emperadores iconoclastas, oriundos de Oriente, conocían bien los conceptos religiosos reinantes en las provincias orientales. Habían sido educados en tales conceptos y hécholos íntimamente suyos. Al llegar al trono los llevaron a la capital, situándolos en la base de su política religiosa. Aquellos emperadores no eran infieles ni racionalistas, como se pretende comúnmente. Por lo contrario, eran hombres de fe profunda, sinceros y convencidos, que deseaban reformar la religión, purificándola de los errores que, a su juicio, la habían invadido y desviado de su curso original. Según ellos, el culto de las imágenes y la adoración de reliquias eran supervivencias del paganismo y debían abolirse a toda costa para devolver a la fe cristiana su prístina pureza. "Yo soy emperador y sacerdote", escribía León III al Papa Gregorio II. Partiendo de tal principio, León III consideraba derecho suyo dar fuerza de ley a sus propias concepciones religiosas e imponerlas a todos sus súbditos. Era el mismo cesaropapismo ya manifestado de modo particular bajo Justiniano I. Éste había visto en sí mismo la única fuente de autoridad temporal y espiritual y León fue un representante convencido de esta tendencia política.

Los nueve primeros años del reinado de León se invirtieron en rechazar a los enemigos exteriores y afirmar el trono, no señalándose por medida alguna relativa a las imágenes. La actividad eclesiástica del emperador se limitó a una sola medida: exigir de los judíos y de la secta oriental de los montañistas que se bautizasen.

Sólo el 726, año décimo de su reinado, el emperador, con expresión del cronista Teófanes, "empezó a hablar de la destrucción de los santos iconos, honrados por todos". La mayoría de los historiadores contemporáneos creen que el primer edicto contra las imágenes se promulgó el 726, o quizá el 725. Por desgracia el texto de ese decreto nos es desconocido. A poco de la publicación del edicto, León ordenó destruir la veneradísima estatua de Cristo situada sobre una de las puertas de la magnífica entrada del palacio imperial. La destrucción de aquella imagen suscitó un motín en el que intervinieron sobre todo mujeres. El funcionario imperial enviado a destrozar la imagen fue muerto, más el emperador le vengó castigando con dureza a cuantos habían defendido la estatua. Esas víctimas fueron los primeros mártires de la disputa iconoclasta.

La hostilidad de León contra el culto de las imágenes aumentó y se hizo vivísima. El Papa Gregorio II y el patriarca de Constantinopla, Germán, se manifestaron absolutamente desfavorables a la política del emperador. En Grecia y en las islas del Egeo estalló una revuelta en pro del culto de las imágenes, siendo reprimida por el ejército de León. De todos modos la población reaccionaba con tal violencia que el emperador no pudo adoptar desde luego medidas decisivas.

En 730 convocó una especie de concilio donde se promulgó un nuevo edicto contra las imágenes sacras. Es muy probable, empero, que ese concilio se limitase a confirmar la vigencia del edicto de 725 ó 726. Germán se negó a firmar el decreto. Fue depuesto y obligado a retirarse a sus tierras, donde pasó en ocupaciones pacíficas sus últimos años.

La sede patriarcal fue concedida a Anastasio, quien accedió a firmar el edicto. De este modo el decreto contra las imágenes no sólo iba promulgado por el emperador, sino refrendado por la Iglesia, ya que llevaba la firma del patriarca, extremo de gran importancia para León[113].

---

[113] *Despreció el papa Gregorio las cartas sinódicas del patriarca Anastasio, encumbrado a la silla de Contanstinopla por la profesión que hizo de la nueva herejía. Animado del vigor conveniente a !a primacía de la Sede Apostólica, le escribió diciendo que, si no tornaba a la fe de la Iglesia, le despojaría del sacerdocio. Mas no pudo ejecutar esta amenaza a causa de haber expirado poco tiempo después, es decir, en el año 731, verosímilmente el día 10 de febrero". (Berault—Bercasiel, obra citada, traducción española. 1831) t. IX.*

Acerca del período siguiente a la promulgación de este edicto —los once últimos años del reinado de León— nada dicen las fuentes sobre la persecución iconoclasta. Sin duda no hubo casos de violencia. Sea como fuere, no cabe hablar de persecución sistemática de las imágenes bajo León III. A lo más pueden suponerse casos aislados de destrucciones públicas de imágenes. Según el historiador D. Andreiev, "en la época de León III hubo más bien una preparación a la persecución de las imágenes y de sus adoradores que una persecución real".

A juicio de algunos, el movimiento iconoclasta del siglo VIII no empezó por la destrucción de las imágenes, sino por la orden de suspenderlas más altas para sustraerlas a la adoración de los fieles, teoría que debe rechazarse, porque la mayoría de las imágenes en las iglesias bizantinas eran frescos o mosaicos y, en consecuencia no podían ser trasladadas o apartadas de los muros de los templos.

Se halla un eco —y un eco hostil— de la política iconoclasta de León en los tres famosos tratados *Contra los que desprecian las imágenes*, de Juan Damasceno, quien vivió, en tiempos del primer emperador iconoclasta, dentro de las fronteras del califato árabe. Según toda verosimilitud, dos de esos tratados se escribieron en la época de León. La fecha del tercero no cabe determinarla con precisión rigurosa.

Ya mencionamos la oposición del Papa Gregorio II a la política iconoclasta de León

III. El sucesor de aquel Papa, Gregorio III, convocó un concilio en Roma y anatematizó a los enemigos de las imágenes (731). A raíz de estos acontecimientos, la Italia central se desgajó del Imperio bizantino y se volvió por completo al lado del Papa y de Occidente. La Italia meridional siguió bajo la dominación bizantina.

La disputa iconoclasta tuvo un aspecto diverso en absoluto bajo Constantino V Coprónimo (741—775), hijo y sucesor de León III. Educado por su padre en principios muy rigurosos, Constantino emprendió una resuelta política iconoclasta y en los últimos años de su reinado inauguró la persecución contra monasterios y monjes. Ningún soberano iconoclasta ha sido tan difamado en los escritos de los partidarios de las imágenes como aquel "dragón de múltiples cabezas", aquel "cruel perseguidor de la orden monástica", aquel "Acab y Herodes", etc[114]. Así resulta muy difícil formar sobre Constantino V una opinión imparcial. E. Stein le llama, no sin alguna exageración, el más audaz librepensador de toda la historia del Imperio romano de Oriente. Al llegar Constantino al trono, las provincias europeas del Imperio practicaban todavía devotamente el culto de las imágenes, mientras Asia Menor contaba entre sus habitantes muchos iconoclastas. Constantino pasó los dos primeros años de su reinado en lucha sin reposo contra su cuñado Artavasde, que capitaneaba un levantamiento en pro de las imágenes. Artavasde consiguió hacer que Constantino abandonase la capital y el pueblo le proclamó emperador[115]. Durante el año en que Artavasde gobernó el Imperio, el culto de las imágenes fue restablecido. Pero Constantino acabó deponiendo a su cuñado y recobrando el trono. Los rebeldes fueron castigados con dureza. El éxito de la sublevación había, sin embargo, probado a Constantino que era posible, en circunstancias favorables, restablecer sin grandes dificultades el culto de los iconos, y el emperador comprendió entonces la necesidad de llevar a la práctica ciertas medidas decisivas que afirmaran la iconoclastia en las masas populares.

Con esta intención, el emperador decidió reunir un concilio que pusiese los fundamentos de una política iconoclasta, sancionase ésta e hiciere así creer al pueblo que las medidas contra las imágenes eran legítimas. Más de 300 obispos asistieron alconcilio. Éste se congregó en el palacio

---

[114] *El propio apodo de Coprónimo ("nombre de excremento") con el cual ha pasado a la Historia, denota ese furor de los iconódulos. Se pretendía que en el acto de ser cristiano había ensuciado la pila bautismal.*

[115] *El patriarca Anastasio, el mismo que había puesto su firma en el decreto inconoclasta de León el Isáurico, asistió a su coronación y fue el primero en abogar por el restablecimiento del culto de las imágenes. Cuando, al año siguiente, Coprónimo recobró el trono le hizo sacar los ojos y lo mandó pasear montado de espaldas en un asno por el Hipódromo.*

de Hieria, en el litoral asiático del Bósforo, frente a Constantinopla, el año 754. Entre los asistentes no había patriarca alguno. La sede de Constantinopla estaba vacante; Antioquía, Alejandría y Jerusalén se habían negado a participar, y los legados del Papa se abstuvieron de concurrir a las sesiones. De este modo los adversarios del concilio tuvieron base para su tesis de que las decisiones de aquella reunión eran nulas. Pocos meses después de empezar las sesiones, el concilio se trasladó a Constantinopla, donde entre tanto se había designado nuevo patriarca.

El decreto del concilio de 754, que nos ha llegado a través de las actas del séptimo concilio ecuménico (quizá no íntegramente y tal vez con algunas modificaciones), condenaba en definitiva el culto de las imágenes y proclamaba lo que sigue: "Apoyándonos en las Santas Escrituras y los Padres, declaramos unánimemente en nombre de la Santa Trinidad que será rechazada, apartada y expulsada con imprecisiones de la Santa Iglesia toda imagen de cualquier materia que fuere hecha por el arte maldito de los pintores. Quien en lo futuro ose fabricar tal cosa, o venerarla, o exponerla en una iglesia, o en una casa privada, o poseerla en secreto, será, si es obispo, sacerdote o diácono, depuesto; si es monje o laico, anatematizado; y caerá bajo el golpe de las leyes del siglo como adversario de Dios y enemigo de las doctrinas transmitidas por los Padres".

Este decreto no es importante sólo en el cuadro general del culto de las imágenes, sino notable también en el sentido de que prescribe la comparecencia de las personas culpables de adoración de imágenes, ante los tribunales imperiales, colocando así a los partidarios de las imágenes bajo la jurisdicción del poder temporal. Los miembros del séptimo concilio ecuménico explicaron más tarde por este hecho el rigor extraordinario que ciertos emperadores atestiguaron respecto a la Iglesia y a los monjes. Fue pronunciado anatema contra todo el que osara representar "la imagen divina del Verbo con colores materiales... y los retratos de los santos con colores materiales que no tienen valor alguno, porque esta noción es falsa y ha sido introducida por el Demonio". El decreto termina con las palabras siguientes: "Al nuevo Constantino, al más piadoso, muchos años (de vida). A la muy pía y ortodoxa (emperatriz), muchos años (de vida). Habéis asentado sólidamente los dogmas de los seis sagrados concilios ecuménicos. Habéis abolido toda idolatría". Pronunciόse anatema contra el patriarca Germán, "adorador del leño" y contra Mansur, es decir, Juan Damasceno, "prosélito del mahometismo, enemigo del Imperio, profesor de impiedad, corruptor de las Escrituras".

El decreto del concilio, emitido por unanimidad, produjo en el pueblo viva impresión. Según el profesor Andreiev, "muchas gentes que estaban aun turbadas y sentían una vaga impresión del error de los iconoclastas, pudieron tranquilizarse; muchos que antes habían vacilado entre los dos movimientos pudieron desde entonces adoptar, sobre la base de la convincente argumentación de las decisiones del concilio, ideas iconoclastas conscientes". Se pidió a la masa del pueblo que jurase abandonar el culto de las imágenes.

La persecución de las imágenes fue severísima después del concilio. Las imágenes fueron destruidas, quemadas, cubiertas de estuco, sometidas a múltiples ultrajes. Se distinguió por su violencia la persecución del culto de la Santa Virgen. Muchos adoradores de las imágenes se vieron aprisionados, torturados o ajusticiados y sus propiedades confiscadas. Otros fueron desterrados a provincias remotas. Cuadros representando árboles, pájaros, animales, escenas de caza, carreras, sustituyeron en las iglesias a las imágenes sagradas. Según la *Vida de Esteban el Joven*, una Iglesia dedicada a la Santa Virgen, en Constantinopla, al ser privada de su antiguo esplendor, se convirtió en "un huerto y una pajarera". Durante esta destrucción de iconos pintados (mosaicos y frescos) o esculpidos, desaparecieron muchos y preciosos monumentos artísticos. Multitud de manuscritos iluminados compartió su suerte.

A la vez que las imágenes, se persiguieron las reliquias. En una sátira del período iconoclasta sobre la adoración exagerada de las reliquias se lee que había diez manos atribuidas al mártir Procopio, quince mandíbulas de Teodoro, cuatro cabezas de Jorge, etc.

Constantino V probó una intolerancia extrema respecto a los monasterios y abrió una verdadera cruzada contra los monjes, aquellos "idólatras y adoradores de tinieblas". Su acción contra el monaquismo fue tan violenta que ciertos historiadores se preguntan si no sería justo dar

otro nombre más exacto a la actividad reformadora del emperador, y declaran que es difícil determinar si lo que hubo fue una lucha contra las imágenes o una guerra contra los monjes. Para C. N. Uspenski, "los historiadores y teólogos han deformado intencionadamente la realidad sosteniendo la iconomaquia más bien que la monacomaquia de aquel período". La persecución monacal se expresó por medidas muy rigurosas. Los monjes fueron obligados a vestirse de seglares, y algunos, con violencia y amenaza, fueron obligados a casarse. Otros hubieron de desfilar en procesión por el hipódromo, cada uno con una mujer de la mano, entre las burlas e insultos de los espectadores. El cronista Teófanes cuenta que un gobernador del Asia Menor reunió en Efeso a los monjes y religiosas de su provincia y les habló así: "Los que quieran obedecer al emperador y a mí mismo vístanse de blanco y elijan esposa inmediatamente; los que se nieguen serán cegados y desterrados a Chipre". Y Constantino V, felicitándole, le escribía: "He hallado en vos un hombre a medida de mi corazón y que ejecuta todos mis deseos" (Teófanes). Los monasterios arrebatados a los monjes fueron transformados en cuarteles y arsenales. Se confiscaron los bienes monásticos. Se prohibió a los laicos eludir sus compromisos tomando la cogulla eclesiástica. El resultado de tal conjunto de medidas fue una emigración en masa de monjes hacia los territorios no afectados aún por la política iconoclasta del emperador. Según ciertos historiadores, sólo Italia acogió, en la época de León y de Constantino, alrededor de cincuenta mil de esos monjes. Tal suceso fue de enorme importancia para los destinos de la Italia meridional del Medievo, porque mantuvo así el predominio de la nacionalidad griega y de la Iglesia ortodoxa. Pero, a lo que parece, tampoco la Italia meridional estuvo exenta de discordias iconoclastas. Sabemos que en el siglo IX Gregorio el Decapolita cayó en manos de un obispo iconoclasta de Hydrus (hoy Otranto, en el sur de Italia). Muchos monjes emigraron a las riberas septentrionales del Ponto Euxino (mar Negro), a la isla de Chipre y a las costas de Siria y Palestina. Entre los monjes que sufrieron el martirio bajo Constantino V, uno de los más famosos fue San Esteban el Joven.

Los cinco años del reinado de León IV (775—780) parecen haber sido señalados por una vida interior tranquila en comparación a la del reinado de Constantino V. No obstante, León IV era también partidario de la iconoclastia, pero no sentía hostilidad profunda respecto a los monjes y éstos, bajo su reinado, recobraron otra vez su notable influencia. En el curso de su corto reinado, León IV no se mostró iconoclasta fanático. Es probable que influyera sobre él en cierta medida su joven esposa, Irene, ateniense famosa por su devoción al culto de las imágenes y hacia la que volvían todas sus esperanzas los adoradores de los iconos. "La actitud moderada (del emperador) en la disputa de las imágenes fue la transición necesaria entre las medidas de Constantino V y la restauración de las imágenes bajo Irene", dice Ostrogorsky en la página 38 de sus Studíen. El 780 murió León IV y concluyó el primer período de la querella de las imágenes.

La minoridad del hijo de León, Constantino VI, hizo que su madre, Irene, asumiese el gobierno del Imperio.

A pesar de sus francas simpatías por el culto de los iconos y su resolución de restaurarlo, Irene no tomó medidas decisivas con miras a un restablecimiento oficial de aquel culto hasta después de sus tres primeros años de gobierno. Semejante aplazamiento tuvo por causa el hecho de que todas las fuerzas del Imperio habían de ser dirigidas a la lucha interna contra el pretendiente al trono y a la externa contra los eslavos de Grecia. Además, convenía preparar con las mayores precauciones la restauración de las imágenes, porque el grueso del ejército era favorable a la iconoclastia y los cánones del concilio iconoclasta del 754, declarados por Constantino leyes imperiales, ejercían gran influencia sobre muchos habitantes del Imperio. Respecto al alto clero, es probable que varios de sus miembros hubiesen aceptado los decretos del concilio de 754, menos por convicción que por obediencia, y así, con frase de Andreiev, formaban "un elemento que se sometía de buen grado a las reformas de los emperadores iconoclastas, pero que no hubiera hecho ninguna oposición real a las medidas del partido contrario".

En el año cuarto del reinado de Irene se concedió la sede patriarcal de Constantinopla a Tarasio, quien declaró necesario la convocatoria de un concilio ecuménico con miras a la

restauración del culto de las imágenes. Se enviaron a Roma embajadores con una invitación para el Papa Adriano I, quien envió legados al concilio de Constantinopla.

Reunióse el concilio (786) en la iglesia de los Santos Apóstoles, pero las tropas de la capital, hostiles al culto de las imágenes, se precipitaron en el santuario a mano armada, obligando a la asamblea a dispersarse. El partido iconoclasta parecía triunfar de nuevo, mas su triunfo fue breve. Irene, hábilmente, sustituyó las tropas reacias por nuevos soldados más leales y más afectos a sus ideas.

Al año siguiente (787) se congregó el concilio en Nicea (Bitinia), lugar del primer concilio ecuménico. El concilio tuvo en Nicea siete reuniones, a las que no asistieron el emperador ni la emperatriz. La octava y última se celebró en el palacio imperial de Constantinopla. El número de obispos que concurrieron a este concilio rebaso los 300. Fue el séptimo y último concilio ecuménico de la historia de la Iglesia de Oriente.

El concilio de Nicea restauró el culto de las imágenes. Los que no aceptaban las decisiones del concilio eran anatematizados. Se excomulgaba a "quienes llamaban ídolos a las santas imágenes y afirmaban que los cristianos habían apelado a los iconos como si éstos fueran dioses, o que la Iglesia católica jamás había aceptado ídolo". Los obispos del concilio aclamaban al "nuevo Constantino y la nueva Elena". Se decidía colocar reliquias en todos los templos restaurados donde faltasen aquellos atributos, imprescindibles en una iglesia ortodoxa. Se condenaba severamente la transformación de los monasterios en residencias laicas y se acordaba restablecer todos los monasterios suprimidos y secularizados por los iconoclastas. El concilio se esforzó en elevar la moral del clero prohibiendo el tráfico de cosas santas (simonía). Prohibió también los monasterios mixtos, es decir, comunes a ambos sexos.

La mucha importancia del concilio de Nicea no consistió sólo en la restauración del culto de las imágenes. Lejos de limitarse a esto, creó para los partidarios de las imágenes la organización que les había faltado en la primera parte de la lucha sostenida contra sus enemigos, haciendo una recapitulación de todos los argumentos teológicos favorables a las imágenes y de los cuales debían servirse más tarde los iconódulos contra sus adversarios. En resumen, el concilio proporcionó a los partidarios de las imágenes un arma que facilitó sus luchas futuras en el segundo período del movimiento iconoclasta.

No debemos olvidar que la obra llamada iconoclasta de los emperadores del siglo VIII no fue más que un aspecto —y acaso no el de mayor importancia— de este período. Casi todas nuestras fuentes de esa época pertenecen a la tradición unilateral y posterior del partido de las imágenes —el triunfante—, que destruyó los más de los documentos iconoclastas. Pero ciertas indicaciones dispersas y fortuitas que nos han llegado nos permiten advertir que León III y Constantino V centraron sus esfuerzos hacia dos fines: la secularización de la gran propiedad rural monástica y la reducción del enorme número de monjes. En otros términos, lucharon contra los elementos que, evadiéndose al dominio del Estado y manifestando una independencia casi completa, minaba en cierto modo las fuerzas vivas del Estado mismo y la potencia del Imperio.

La coronación de Carlomagno.

Con expresión de James Bryce, en *The Holy Roman Empire* (Nueva York, 1919), "la coronación de Carlomagno no es sólo el suceso central de la Edad Media, sino también uno de los muy raros acontecimientos de los que, considerados aisladamente, cabe decir que, de no haber ocurrido, la historia del mundo habría cambiado". Para nosotros, ese suceso es importante también, porque afectó, y no poco, al Imperio bizantino. Sabemos que para los hombres de la Edad Media el Imperio romano era único e indivisible. Cuando tenía dos o más emperadores era como si dos o más señores gobernasen un Estado único. Ya notamos en un capítulo anterior la impropiedad de hablar de la caída del Imperio romano de Occidente en el año 476. Vuelve a hallarse la idea de un Imperio único bajo la política exterior de Justiniano en el siglo VI, y esa idea vive aun en el año 800, fecha de la famosa coronación imperial de Carlornagno en Roma.

Pero en el mismo momento en que teóricamente el concepto de un Imperio único reinaba en la ideología de la Edad Media, la realidad probaba en la práctica que ese concepto se hallaba anticuado. El mundo oriental, bizantino o grecoeslavo, de fines del siglo VIII, y el mundo occidental romanogermánico del mismo período eran, por su lengua, por su composición etnográfica, por sus intereses espirituales, dos mundos diferentes, distintos y separados. La idea del Imperio único se había convertido en un anacronismo histórico.

El iconoclasmo contribuyó a preparar los acontecimientos del año 800. El Papado protestó vigorosamente contra las medidas de los emperadores bizantinos y excomulgó a los iconoclastas. Luego se volvió a Occidente, esperando encontrar protección y ayuda en el reino franco, primero en los poderosos mayordomos palatinos y luego en los reyes de la dinastía carolingia. A fines del siglo VIII el trono franco hallábase ocupado por el representante más ilustre de esas dinastías: Carlos el Grande o Carlomagno. Aquí dejaremos aparte la compleja cuestión, diversamente tratada por los historiadores, de los respectivos intereses del Papa y del rey de los francos en la coronación de este último.

El hecho en sí es harto conocido. El día de Navidad del año 800, durante un oficio solemne en la iglesia de San Pedro, el Papa León III colocó la corona imperial sobre la cabeza del arrodillado Carlos. El pueblo, agolpado en la iglesia, deseó "a Carlos, al muy piadoso augusto coronado por Dios, al gran ordenador de la paz, muchos años (de vida) y victoria".

Los historiadores han emitido diversos juicios sobre la importancia del hecho de que Carlos asumiera el título imperial. Algunos creen que el título no le daba derechos nuevos. De hecho seguía siendo, como antes, "rey de los francos y los lombardos y patricios romanos" y así, al recibir la corona imperial, no asumía más que un nuevo título.

Para otros, la coronación de Carlos, el 800, hizo nacer un nuevo Imperio de Occidente, que se halló en completa independencia respecto al de Oriente o bizantino. Pero unos y otros juicios son posteriores y no cabe introducirlos en nuestro análisis del suceso del año 800. A fines del siglo VIII no se trataba ni se podía tratar de Imperio "titular" ni de formación de un Imperio occidental separado. La coronación de Carlos debe ser analizada recordando que reinaba en el año 800, es decir, situándonos en el punto de vista en que se situaban para mirarla los testigos y actores del hecho: Carlornagno y León III.

Ni uno ni otro pensaban en crear un Imperio de Occidente que contrapesase el de Oriente. Carlos estaba indiscutiblemente convencido de que, al tomar el titulo de emperador, se convertía en señor único y continuador de los emperadores del Imperio romano. El acontecimiento significaba sólo que Roma había recobrado de manos de Constantinopla el derecho de elegir emperador. Como hemos observado varias veces, los políticos y la inteligencia de la época no podían concebir la existencia simultánea de dos Imperios. Por su esencia misma, el Imperio era único. "La doctrina imperial de un Imperio único, descansaba en el dogma de un Dios único, puesto que sólo en calidad de delegado temporal de Dios podía el emperador ejercer la autoridad divina sobre la Tierra" (Gasquet).

El estado de cosas que imperaba en aquel período hacía más fácil la aceptación por el pueblo de ese concepto del poder imperial, único posible en aquella época.

Las relaciones de Carlos con el Imperio bizantino habían comenzado mucho antes del 800. En 781 se habían entablado negociaciones para el casamiento de Rotruda, hija de Carlos, a quien los griegos llamaban Eruthro, con Constantino, emperador de Bizancio, de edad de doce años entonces, y cuya madre, Irene, gobernaba de hecho el Imperio. Pero Irene rompió las negociaciones.

En 797 Irene destronó al emperador legítimo, su hijo Constantino, y se convirtió en dueña absoluta del Imperio. Este acto de audacia estaba en oposición abierta con las tradiciones del Imperio romano, donde jamás había reinado mujer alguna con autoridad imperial plena y entera. Desde el punto de vista de Carlos y del Papa León, el trono imperial quedaba vacante, y al asumir la corona imperial Carlos ascendía al trono vacante del Imperio romano uno e indivisible, convirtiéndose en sucesor legítimo, no de Rómulo Augústulo, sino de León IV, Heraclio,

Justiniano, Teodosio y Constantino el Grande, los emperadores de la línea oriental. Una interesante confirmación de este concepto se encuentra en el hecho siguiente: en los anales occidentales relativos al 800 y años siguientes, donde se relatan los sucesos por años de reinado de los emperadores bizantinos, el nombre de Carlos sigue inmediatamente al de Constantino VI.

En una famosa carta escrita a Carlomagno en junio del 799, Alcuino observa que de los tres poderes supremos que existen en el mundo, dos, el Papado y el Imperio de Constantinopla, atraviesan una crisis formidable, y dirigiéndose a Carlos, exclama: "A ti sólo incumbe la salvación de las vacilantes Iglesias de Cristo. A ti, que eres el vengador de los crímenes, el guía de los extraviados, el consolador de los afligidos, a ti te incumbe la tarea de exaltar a los buenos".

Tal era, pues, el modo que debía tener Carlomagno de enjuiciar la cuestión. Fáltanos examinar la actitud de Bizancio ante el coronamiento de Carlos. Tal actitud estuvo igualmente acorde con las concepciones reinantes en la época. El Imperio bizantino sostuvo los derechos de Irene al trono, consideró el suceso del 800 como uno de tantos intentos de rebelión contra la autoridad legítima, a ejemplo de otros ocurridos antes, y temió, no sin razón, que el nuevo emperador, siguiendo el ejemplo de anteriores rebeldes, marchase a Constantinopla para destronar a Irene y ocupar por la fuerza el trono imperial. Ante los ojos del gobierno bizantino, la coronación de Carlos era la insurrección de algunas provincias occidentales contra el soberano legal del Imperio[116].

Pero Carlos, por supuesto, se daba buena cuenta de lo precario de su situación, ya que su coronación no solventaba la cuestión del dominio de la *pars orientalis.* Comprendió que. después de Irene, Bizancio elegiría otro emperador cuyos derechos al título imperial serían juzgados en Oriente como indiscutibles. Previendo tales complicaciones, Carlos entabló tratos con Irene y la propuso casarse, esperando "unir así las provincias orientales y occidentales" (Teófanes)[117]. En otras palabras, Carlos comprendía que su título no iba a tener significado alguno si no era reconocido por Bizancio. Irene acogió favorablemente las propuestas matrimoniales de Carlos, pero poco después fue destronada y desterrada (802). El plan de Carlos, pues, no se realizó[118].

A la caída de Irene el trono fue ocupado por Niceforo. Se entablaron negociaciones entre éste y Carlos, probablemente respecto al reconocimiento por Nicéforo del título imperial del rey franco. Pero sólo el 812 los legados del emperador bizantino Miguel I Rangabé saludaron a Carlos en Aquisgrán con el título de emperador—basileo. Así fue legalizada la elección imperial del 800[119]. Desde el 812 hubo dos emperadores romanos, aunque en teoría sólo hubiese aun un Imperio romano". En otras palabras —dice Bury—, el acto del 812 resucitó, en teoría, el estado de cosas del siglo V. Miguel I y Carlos, León V y Ludovico Pío eran uno respecto al otro como Arcadio y

---

[116] *En 1893, Bury publicó un artículo interesantísimo y muy original sobre Carlomagno e Irene, esforzándose en sugerir que la idea inicial de la coronación del 800 procedía de la misma Irene (J. B. Bury, Charles the Great and Irene. Hermathena, t. VIII (1893). Este artículo es casi desconocido de los historiadores, y Bury mismo, sin repudiar de modo expreso la sugestión emitida allí, no la menciona en su History of the Eastern Román Empire (Londres, 1912) al relatar las negociaciones de Carlos con la corte bizantina. V. N. Baynes, A Bíbliography of the Works of J. B. Bury (Cambridge, 1929). Respecto al silencio de Bury sobre ese artículo, Baynes comenta: "Es muy lamentable, se adivina allí (en dicho trabajo) una teoría que debe ser verdadera".*

[117] *Diehl no cree en tales negociaciones. En 800 Irene tenía cincuenta años.*

[118] *El historiador alemán P. Schramm escribe, en su muy importante obra Kaiser, Rome und Renovatio (Leipzig—Berlín, 1929), que la coronación de Carlos fue un acto de violencia y una infracción*

[119] *Sin embargo, el tratado no fue ratificado en vida de Carlomagno. Un acto de éste —dice Calmette (L'effondrement d'un Empire et la naissance d'une Europe, París, 1941)— en 813, demuestra "con qué impaciencia había esperado el acuerdo francobizantino. Apenas fue reconocido por el basileo, convocó una Asamblea solemne para asociar al Imperio a Luis, el único hijo que le quedaba". Por otra parte, la fórmula usada por la Cancillería carolingia a continuación del nombre del soberano ("Serenísimo Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador que gobierna el Imperio romano"), hace pensar que el cambio introducido por la coronación no fue tan radical como parece.*

Honorio, Valentiniano III y Teodosío II; el *Imperium romanun* se extendía de las fronteras de Armenia a las orillas del Atlántico".

Con toda evidencia, semejante unidad del Imperio era puramente nominal y teórica. Los dos Imperios vivieron en verdad dos existencias separadas y distintas. Además, hasta la misma idea de unidad estaba entonces en vías de desaparecer en Occidente.

El título imperial de Carlos no conoció una muy larga carrera. En el decurso de las turbulencias que se siguieron, la monarquía de Carlos se disgregó y el título pasó a manos de detentadores ocasionales. Desapareció por completo en el siglo X y volvió a renacer en la segunda mitad del mismo siglo, pero esta vez bajo su forma antihistórica de *Sacro Imperio Romano Germánico*.

Sólo a partir del año 800 puede hablarse de un Imperio romano de Oriente. Así lo entiende J. B. Bury cuando da al tercer volumen de su *Historia del Imperio bizantino* — que comprende los sucesos incluidos entre el 802, fecha de la caída de Irene, y el principio de la dinastía macedónica— el título de *Historia del Imperio romano de Oriente*, mientras los dos primeros volúmenes llevan el título de *Historia del Bajo Imperio Romano*.

Conclusión acerca de la obra de la dinastía isaurica.

El juicio de la historia da la mayor importancia a los servicios prestados a Bizancio por los primeros emperadores de la dinastía isáurica, sobre todo por León III. Y es justicia, porque León, llegado al trono tras un período de anarquía y desórdenes graves, se reveló general eminente, administrador de talento y legislador avisado y comprensivo de todos los problemas de su época. La política religiosa iconoclasta suele separarse siempre del resto de su trabajo. En la mayoría de las obras históricas, León III recibe los máximos elogios. Los griegos, por ejemplo, reconocen en él "una de los soberanos más grandes del Imperio oriental y uno de los bienhechores de la Humanidad", los alemanes (Schenk, Gelzer) le juzgan "uno de los hombres más grandes que ascendieron al trono imperial), un emperador que vio claramente la necesidad de una reforma radical de los derechos del Basileus", y hace notar que el rey de los francos no tomó el título de emperador de los romanos, sino de "imperium romanum gubernans", "llevada de cabeza a miembros". "Un hombre destinado a restaurar el Imperio a sangre y fuego", "una personalidad de alto valor militar". El inglés Bury dice de la obra de León que con ella "regeneró el Imperio romano"; el francés Lombard ve en la obra de los emperadores isauricos "uno de los mayores y más admirables esfuerzos que se hayan intentado jamás para elevar el nivel moral, material e intelectual del pueblo", y compara la importancia de "su inmensa tentativa de organización a las medidas tomadas por Carlomagno". Hace poco Diehl ha escrito que "del gobierno de los emperadores isáuricos brotó un nuevo principio de vida universal".

En los juicios, ocasionales por lo general, de los historiadores rusos, quienes, exceptuando los autores religiosos, no han estudiado en detalle la historia de los emperadores isáuricos, no hallamos alabanzas excesivas dedicadas a esos emperadores. Los tres volúmenes de J. A. Kulakovski no tratan sino de sucesos anteriores a los iconoclastas. El primer tomo de *Lecciones de historia bizantina,* de S. B. Chestakov, que si abarca ese período, no contiene apreciación alguna. C. N. Uspenski, en sus "apuntes", aprueba de modo muy interesante y nuevo el movimiento antimonástico y antimonacal. Y F. I. Uspenski escribe: "León el Isáurico es responsable de la manera, harto ruda, con que el gobierno abandonó el delicado problema de la fe y la adoración de Dios a las autoridades militares y a las fuerzas policíacas. Él (y sus sucesores) hirieron el sentimiento religioso del pueblo e hicieron de un problema localizado un acontecimiento estatal".

Aunque reconociendo la extraordinaria energía y el talento administrativo de los dos primeros emperadores iconoclastas, y admitiendo que León III salvó sin duda el Imperio, fundándonos en todos los documentos históricos que poseemos, creemos deber abstenernos de loar en exceso la política isáurica. Porque esa política, aunque indiscutiblemente sincera, produjo graves trastornos interiores que agitaron durante más de un siglo la vida del Imperio. Desde su primer período la

iconoclastia apartó a Italia de Bizancio e hizo muy tensas las relaciones del Imperio con el Papa, quien excomulgó a los iconoclastas y se volvió a Occidente en demanda de ayuda y protección. Las relaciones de amistad que, como consecuencia, sobrevinieron entre el Papado y los reyes francos, abrieron un período nuevo, y muy importante, en la historia de la Edad Media. A la vez se asentaban progresivamente los cimientos de la ruptura entre las dos Iglesias, occidental y oriental. Durante la época isáurica Bizancio perdió la Italia central, incluso el exarcado de Ravena, que fue conquistado hacia la mitad del siglo VIII por los lombardos, siendo luego donado al Papa por Pipino el Breve.

Pero no olvidemos que aun no se ha escrito una historia general de la dinastía isáurica, y que muchos problemas importantes de ese período están sin solucionar todavía. La cuestión, por ejemplo, de la reducción del número de monjes y monasterios y la, al parecer, frecuente secularización de las propiedades agrícolas monásticas, merecen ser más estudiadas. Uno de los problemas esenciales de la bizantinología es hoy el relacionado con el aspecto social de la política de los emperadores isáuricos, problema que exige más amplias investigaciones. Si se practican búsquedas nuevas sobre tal extremo, quizá se obtenga nueva luz sobre todo el período llamado iconoclasta y se descubra en él un sentido más profundo y una importancia mayor aun en el cuadro de la historia universal.

LOS SUCESORES INMEDIATOS DE LOS EMPERADORES ISÁURICOS (802—820). LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA AMORIANA O FRIGIA (820—867).

Los emperadores de 802 a 867 y su origen.

Los historiadores consideran generalmente el período comprendido entre principios del siglo IX y la exaltación de la dinastía macedónica al trono, en 867, como un intervalo transitorio entre la renovación del Imperio bajo los monarcas isáuricos y los años brillantes de la dinastía macedónica. Pero los estudios más recientes muestran que ese período, dejando de ser un mero epílogo, pasa a ser mucho más que un prólogo, pues aparece, en efecto, posesor de importancia propia y señala una fase nueva en el evolucionar de la civilización bizantina.

Como sabemos, la revolución del 802 derribó a Irene y elevó al trono bizantino a Nicéforo I (802—811). Según las fuentes orientales, Nicéforo era de origen árabe[120]. Uno de sus antepasados hubo de emigrar a la provincia de Pisidia, en Asia Menor, donde nació Nicéforo. La revolución del 803 fue, por su carácter, un hecho casi único en la historia bizantina. La inmensa mayoría de las sublevaciones políticas surgidas en el Imperio fueron dirigidas por generales y jefes militares. Nicéforo constituye excepción, porque no tenía cargo militar alguno, sino el elevado puesto civil de ministro de Hacienda. Al caer Nicéforo en el campo de batalla, en la guerra búlgara (811), el trono pasó por unos meses a su hijo Staurakios, que también había sido herido de gravedad en la misma campaña. Staurakios murió, como su padre, el 811. Pero ya antes de su muerte había sido depuesto en favor del curopalate Miguel I, miembro de la familia griega de los Rangabé y casado con Procopia, hermana del infortunado Staurakios e hija de Nicéforo. Miguel I reinó poco también (811—813), siendo derribado, en gran parte a causa de su desgraciada campaña contra los búlgaros, por el jefe militar León, armenio de nacimiento y a quien la historia conoce bajo el nombre de León V el Armenio (813820). El 820 León fue asesinado y el trono pasó a un jefe de la guardia imperial, Miguel II (820—829), apodado "El Tartamudo"[121]. Miguel II era oriundo de la plaza fuerte de Amorion en Frigia(Pcia. de Asia Menor).

---

[120] *Ver, por ejemplo, Crónica de Miguel el. E. W. Brooks, Byzantines and Arabs in the Time of the Early Abbassids (English Historical Review, octubre, 1900).*

[121] *Por lo dificultosamente que hablaba el griego, a fuerza de ser provinciano.*

De aquí que a su dinastía, representada por tres emperadores (820—867), se la llame amoriana o frigia. El nuevo emperador era un provinciano grosero e ignorante, que había pasado su juventud en Frigia, "entre los herejes, los hebreos y los frigios medio helenizados" (Bury). Una fuente siriaca tardía, la *Crónica de Miguel el Sirio*, incluso atribuye a Miguel origen judío. A su muerte el trono pasó a su hijo Teófilo (829—842), quien casó con la famosa restauradora de la ortodoxia, Teodora, originaria de Paflagonia (Asia Menor). El último miembro de la dinastía fue el incapaz y corrompido Miguel III (842—867), cuyo nombre ha pasado a la historia con el epíteto poco honroso de "El Beodo".

Durante la minoridad de Miguel III, su madre, Teodora, gobernó oficialmente el Imperio. Reinó catorce años, confiando todos los asuntos del gobierno a su favorito Teoctisto. Cuando Miguel alcanzó la mayoría de edad hizo matar al favorito de su madre, obligó a ésta a entrar en un convento y asumió el gobierno imperial. El instigador y director de la ejecución de aquel golpe de Estado, fue Bardas, tío del emperador y hermano de Teodora. Bardas fue elevado muy pronto a la dignidad de curopalate y de césar y adquirió considerable influencia en el gobierno. Como Miguel no tenía hijos, Bardas esperaba convertirse en emperador a la muerte de su sobrino. Miguel, débil, corrompido e indiferente en absoluto a las cuestiones políticas, dejó a Bardas gobernar el Estado con poderes casi absolutos durante diez años. Bardas, hombre muy capaz y talentoso, luchó con éxito contra los enemigos del Imperio y atestiguó clara comprensión de los intereses de la Iglesia. Se esforzó con sinceridad en difundir la instrucción entre el pueblo. Pero sucumbió a causa de las pérfidas intrigas de un nuevo favorito, Basilio, futuro fundador de la dinastía macedonia, cuyo notable destino veremos después. A la muerte de Bardas, Miguel adoptó a Basilio y le hizo ceñir la corona imperial. Su gobierno en común duró poco más de un año, porque Basilio, sospechando que Miguel conspiraba contra él, persuadió a varios de sus amigos de que asesinasen al emperador al finalizar una fiesta. Así quedó Basilio único señor del Imperio, y así fundó la dinastía más famosa de la historia bizantina.

Resumiendo, vemos que en el espacio comprendido entre 802 y 867, el trono fue ocupado por dos árabes o semitas; por un griego, Miguel I, que había casado con la hija de Nicéforo I, árabe por su padre; por un armenio y al fin por tres frigios, es decir, semigriegos. Por primera vez cayó, pues, el trono bizantino en manos de la raza semítica. Sobra decir que en todo aquel período los elementos orientales desempeñaron un papel de primer orden en el gobierno del Imperio.

EL IMPERIO BIZANTINO Y LOS ÁRABES EN LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA AMORIANA. INSURRECCIÓN DE TOMÁS EL ESLAVO. PRIMERA EXPEDICIÓN DE LOS RUSOS CONTRA CONSTANTINOPLA.

En el siglo IX las hostilidades entre Bizancio y los árabes casi no conocieron interrupción. En la frontera oriental asumieron forma de repetidas colisiones que se producían con regularidad casi crónica todos los años, siguiéndolas frecuentes canjes de prisioneros. Por el lado musulmán de la frontera, se elevó desde Siria a los confines de Armenia una línea de fortificaciones destinadas a cubrir los territorios árabes contra los ataques de los ejércitos bizantinos. Por el lado bizantino se fortificaron los puntos fronterizos de manera análoga. El conjunto de fortificaciones formó una especie de *limes* del Asia Menor. En el siglo IX, los choques de frontera rara vez se convirtieron en expediciones más profundas e importantes. En aquel siglo el califato se debilitaba y perdía gradualmente importancia política como resultado de sus graves desórdenes internos y del predominio de los persas y después de los turcos. De modo que los continuos ataques de los musulmanes césaron de amenazar, como amenazaron en los siglos anteriores, la existencia del Imperio. Sin embargo, aquellas incursiones seguían produciendo gran daño en las provincias fronterizas, perjudicando la prosperidad de la población y reduciendo sus recursos, en hombres y dinero. Los treinta primeros años del siglo IX transcurrieron bajo los reinados de los famosos califas Harun—Al—Raschid (786—809) y Mamun (813—833), con quienes la influencia persa gozó de preponderancia casi exclusiva, relegando a segundo término a los elementos de nacionalidad árabe. En sus ideas políticas, los califas del siglo IX —sobre todo Mamun— se asemejaron a los

emperadores bizantinos. Como ellos, creyeron en el carácter ilimitado de su autoridad en todas las manifestaciones de la vida de su Estado.

Si los choques arabo—bizantinos en Oriente tuvieron escasa importancia para ambos adversarios, las operaciones de la flota musulmana en el Mediterráneo fueron de muchísimo alcance, ya que condujeron a la ocupación de Creta, de la mayor parte de Sicilia y de varios puntos valiosos de la Italia meridional.

Uno de los episodios de más interés en la historia de las relaciones arabo—bizantinas en el primer cuarto del siglo IX es la participación de los árabes en la insurrección de Tomás el Eslavo, bajo el reinado de Miguel II.

Organizó esta insurrección en Asia Menor un eslavo de nacimiento, Tomás. La lucha tomó proporciones de grave guerra civil, durando más de dos años. Debe verse en ella el suceso capital del reinado de Miguel II y un hecho de importancia considerable desde el triple punto de vista político, religioso y social.

Desde el político, la insurrección fue importante porque Tomás logró arrastrar a la sublevación toda el Asia Menor, salvo las tropas de dos themas. Según ciertas fuentes, diversas nacionalidades del Asia Menor y de los confines del Cáucaso se unieron a sus filas. El ejército de Tomás no incluía sólo sus compatriotas, los eslavos, que ya vimos que formaban colonias importantes en Asia Menor después de su emigración en masa del continente europeo, sino que abarcaba persas, armenios, iberos y representantes de otras tribus caucásicas[122]. Tomás se halló al frente de fuerzas tan considerables, que al califa Mamun no vaciló en formar estrecha alianza con él. Estipulóse que el califa ayudaría a deponer a Miguel, a cambio de lo cual los árabes recibirían ciertas zonas fronterizas bizantinas. Con el consentimiento, o a instigación, de Mamun, Tomás se hizo proclamar basileo de los romanos en Antioquía, coronándole Job, patriarca de la ciudad. El emperador bizantino se encontró así frente a un rival muy peligroso y ante una insurrección que los árabes tenían el mayor deseo de ver triunfar.

En el sentido religioso, el alzamiento ofrece mucho interés, porque Tomás explotó el descontento de la mayoría de la población, irritada al ver renovarse la política iconoclasta. Tomás se declaró partidario del culto de las imágenes, llegando incluso a pretender ser Constantino, el hijo de Irene, la anterior restauradora de la ortodoxia. Esta política le valió numerosas asistencias.

El movimiento tuvo, sus consecuencias sociales. En el Asia Menor, los recaudadores de impuestos se unieron a Tomás, y, según una fuente, hubo una sublevación de “esclavos contra sus señores”[123]. Las clases bajas se alzaban contra sus opresores, los grandes terratenientes, esperando conseguir un futuro mejor y más brillante. Según la misma fuente, la sucesiva guerra civil “semejante a una catarata del Nilo, inundó la tierra, pero en vez de ser de agua era de sangre”.

Sostenido por la escuadra del mar Egeo, Tomás dirigió sus fuerzas contra Constantinopla. Venciendo fácilmente la resistencia de las tropas de Miguel, sitió la capital por mar y tierra. Al alcanzar las orillas europeas del Bósforo, acudieron a reforzar sus filas muchos esclavos de Tracia y Macedonia. Un año entero duró el sitio de Constantinopla. Miguel conoció horas muy críticas, pero al fin dos hechos le dieron la victoria: por una parte derrotó a la flota de Tomás y por otra los búlgaros, apareciendo de improviso por el norte bajo el mando de su rey Omurtag, batieron a las tropas terrestres de los sublevados. Tras esto Tomás ya no pudo recobrar su antigua pujanza y su levantamiento quedó condenado al fracaso. El rebelde hubo de huir y más tarde fue hecho prisionero y ejecutado. Lo que restaba de sus fuerzas quedó aniquilado sin dificultad. Aquella compleja insurrección fue aplastada del todo en 823, después de cuya fecha Miguel pudo reinar seguro.

---

[122] *Carta del emperador Miguel al emperador de Occidente Ludovico Pío. Baronii. Historia Eclesiastica, t. XIV (1743).*

[123] *Según el anónimo cronista conocido como Teófanes Continuatus.*

El desenlace de la insurrección tuvo extrema importancia para el Imperio bizantino. El fracaso de los sublevados equivalía al fracaso del culto de las imágenes y al de la ofensiva del califa Mamun contra Bizancio. Por otra parte, el levantamiento, según toda probabilidad, motivó muy serios cambios sociales en Asia Menor. Ya vimos que en el siglo VI, bajo Justiniano el Grande, reinaba en la mayor parte del Imperio el sistema de grandes propiedades agrícolas cultivadas por siervos. En las fuentes de los siglos sucesivos hallamos algunas alusiones a pequeñas explotaciones rurales y pequeños propietarios agrícolas. En el siglo X el predominio de la propiedad territorial en grande reaparece de nuevo, sobre todo en Asia Menor. Es posible que quepa atribuir tal resurrección al levantamiento de Tomás, levantamiento que sin duda alguna provocó la ruina de muchos pequeños propietarios rurales, quienes, al no poder pagar los aplastantes impuestos establecidos por el gobierno, debieron verse en la precisión de vender sus bienes a sus vecinos ricos. En todo caso, la propiedad territorial en gran escala reaparece en el siglo X, llegando incluso a amenazar el poder imperial. Como después veremos, ello se noto sobre todo en Asia Menor.

Hasta el 830 aproximadamente los choques de las tropas bizantinas y árabes no tuvieran graves consecuencias. El califato padecía grandes turbulencias interiores, aprovechadas con habilidad por Bizancio. Teófilo, batido en Asia Menor el 830, logró al año siguiente una victoria, en Cilicia, sobre un ejército árabe compuesto de fuerzas fronterizas. El éxito se celebró en Constantinopla con un brillante triunfo otorgado al emperador[124]. Los años siguientes no produjeron nuevos éxitos a Teófilo. Un historiador árabe (Jaquibi) llega a declarar que Mamun preveía el momento en que podría someter a todo el Imperio. Teófilo envió a Mamun proposiciones de paz. Pero el 833 murió Mamun, y su hermano Mutazim le sustituyó en el trono. En los primeros años de su gobierno se suspendieron las hostilidades. Teófilo las reanudó el 837, emprendiendo, con un ejército bastante numeroso, una brillante expedición contra los árabes. Se adueñó de la fortaleza de Zapetra, que quemó, y entró en otras posiciones o plazas. El triunfo que le concedieron entonces vino a ser una reedición de las ceremonias y desfiles que habían festejado su regreso seis años atrás.

Pero el 838 Mutazim, a la cabeza de un ejercito numeroso, se internó profundamente en Asia Menor y, tras largo asedio, ocupó la importante fortaleza de Amorion, en Frigia, lugar de que era oriunda la dinastía reinante, y "y ojo y cimiento de la cristiandad", según la exagerada opinión del cronista árabe Tabari[125]. Mutazim contaba marchar sobre Constantinopla después de ocupar Amorion, pero la alarmante noticia de una conjura militar en su propio país le forzó a abandonar sus planes y retirarse a Siria.

En los anales de la Iglesia griega se vincula al sitio de Amorion una leyenda milagrosa; la de 42 prisioneros eminentes que se negaron a abrazar la religión islámica y sufrieron el martirio, conduciéndoseles al borde del Tigris, donde fueron decapitados. Sus cuerpos, arrojados al río flotaron milagrosamente en la superficie de las aguas, arrastrados por la corriente y recogidos por los cristianos, que les dedicaron solemnes exequias.

El desastre de Amorion produjo gran efecto en Teófilo, quien abandonó toda esperanza de resistir sólo las invasiones árabes y, temiendo perder la propia capital, se volvió en busca de socorro a los estados occidentales. Sus embajadores aparecieron en Venecia, en Ingelheim, donde entonces estaba la corte del rey franco Ludovico Pío, y en España, en la corte del califa omeya. Los emisarios recibieron inmejorable acogida de todos los soberanos occidentales, pero éstos no enviaron a Teófilo un socorro muy activo.

En el último período de la dinastía amoriana, es decir, en los últimos años del reinado de Teófilo y bajo Miguel III, las luchas intestinas que desgarraban el califato impidieron a los árabes de Oriente reanudar sus invasiones de Bizancio. En cambio, los bizantinos infligieron varías derrotas a los árabes. En 863, el emir de Mitilene, Omar, puso en peligro a la población bizantina de Amisus (Samsinun), en el litoral del mar Negro, e irritado porque el mar se oponía a su avance,

---

[124] *Sobre este triunfo, ver la obra de Constantino Porfirogénito De Ceremoniis.*

[125] *Amorion era un centro comercial. León el Isáurico la había rodeado de murallas.*

dícese que, como Jerjes, fustigó las aguas. Pero en el mismo año, de regreso, los bizantinos, mandados por Petronas, cortaron a Omar la retirada. En la batalla de Posón (el lugar del combate no se ha identificado con certeza todavía) las fuerzas árabes fueron casi aniquiladas y Omar muerto. La brillante victoria bizantina tuvo amplia repercusión en Constantinopla. Para celebrar la muerte del emir en el campo de batalla, se compuso un canto especial que nos han transmitido las fuentes[126].

En medio de estos conflictos, casi crónicos, con los árabes, las fuentes empiezan de pronto a mencionar el primer intento de los "ros" o rusos contra Constantinopla. Hasta época relativamente reciente, la gran mayoría de los historiadores fechaban ese suceso en los años 865 u 866, asociándolo a menudo a la expedición de los príncipes rusos Ascold y Dir. Pero desde 1894, año en que el sabio belga Franz Cumont descubrió en Bruselas una breve crónica, esa opinión ha quedado reconocida como falsa. Tal crónica, en efecto, da una fecha muy precisa y declara que los rusos se acercaron a Constantinopla, en 200 naves, el 18 de junio del año 860, siendo cruentamente derrotados y perdiendo la mayoría de sus embarcaciones[127]. Además, ciertos sabios ya habían emitido dudas sobre la primera fecha mucho antes de la publicación de la crónica anónima y, fundándose en diversos cálculos cronológicos, se inclinaban a pensar que la fecha exacta era el 860. Así, el famoso sabio italiano del siglo XVIII, Assemani, fijaba el momento de la primera expedición de los rusos en el fin del 859, o el principio del 860, sin embargo de lo cual los sabios sucesivos olvidaron por completo el resultado de las investigaciones de Assemani. No obstante, catorce años después de la publicación de la crónica anónima de Bruselas, y sin conocer los trabajos de Assemani, Golubinski, historiador religioso ruso, había llegado igualmente a la conclusión de que era preciso hacer remontar dicha expedición al año 860 ó a principios del 861.

En uno de sus sermones, el patriarca Focio, contemporáneo del acontecimiento, habla de los rusos como de "un pueblo escita grosero y bárbaro" y de su expedición como de un "océano bárbaro, desencadenado, espantoso", una "terrible tempestad nórdica".

A la vez que había de sostener la guerra en Oriente, el Imperio bizantino luchabacontra los árabes de Occidente. El África septentrional, conquistada por los árabes en el siglo VII con tanto trabajo, se había liberado muy pronto de la dominación de los califas orientales. A contar del año 800, los países situados al oeste de Egipto dejaron de obedecer a los califas abasidas, creándose en Túnez una dinastía aglabida independiente, poseedora de una flota pujante, al comienzo mismo del siglo IX (800).

Todas las posesiones bizantinas del Mediterráneo se hallaban amenazadas por losárabes. Ya en la época de Nicéforo I los árabes de África auxiliaron a los eslavos del Peloponeso en su insurrección, asediando, juntos con ellos, Patae (Patrás). En el reinado de Miguel II, Bizancio perdió la isla de Creta, muy importante estratégica y comercialmente. La conquistaron emigrantes árabes de España que, tras querer establecerse en Egipto, pasaron a Creta, El jefe de la expedición fundó una nueva ciudad en la isla, rodeando dicha ciudad de un foso profundo, llamado *handak* en árabe. De aquí provino el nuevo nombre de la isla: *Chandax* o *Candia*[128] Desde entonces Creta se convirtió en un nido de piratas de donde salían bandas devastadoras que caían sobre las islas egeas y los distritos del litoral, causando graves perturbaciones políticas y económicas en el Imperio bizantino.

Más grave fue para Bizancio la pérdida de Sicilia. Desde los siglos VI y VIII aquella isla había estado expuesta a las invasiones árabes, más éstas no habían tenido grandes consecuencias. Bajo la dinastía amoriana, la situación cambió. A fines del reinado de Miguel II un individuo

---

[126] *Constantino Porfirogénito De Ceremoniis.*

[127] *Anecdota Bruxellensia. I: Chroniques byzantines du manuscrit 11376, por Franz Cumont (Gante, 1894).*

[128] *La fecha de la conquista de Creta por los árabes es objeto de discusión, pero de ordinario se la sitúa entre 823 y 825. En un importante artículo —transcendental sobre todo en el aspecto de crítica de las fuentes—, Brooks coloca la conquista de Creta en 828 (The Arab ocupation of Crete "The English History. Review, t. XXVIII (1013).*

denominado Eufemio organizó una insurrección y fue proclamado soberano del Imperio. Dándose cuenta en breve de que sus tropas seríaninsuficientes para resistir a las imperiales, llamó en su socorro a los árabes de África. Éstos desembarcaron en Sicilia, pero en vez de ayudar a Eufemio comenzaron a conquistar el país. Entre tanto Eufemio moría a manos de los partidarios del emperador[129].

No parece aceptable la opinión emitida por el italiano Gabotto de que Eufemio fuera un soñador que luchaba por sus ideales, un hombre que combatió valientemente por la independencia de su país y continuó la política tradicional tendente a constituir en Italia un Estado romano independiente, el *Impero romano italiano*.

Los árabes se establecieron en Panormo (Palermo) y poco a poco ocuparon la mayor parte de la isla, incluso Messina. A fines del reinado de la dinastía amoriana, de todas las grandes ciudades de Sicilia sólo Siracusa seguía en manos cristianas. Un paso más y los árabes penetrarían en los territorios bizantinos de la Italia del sur.

Como sabemos, la península italiana concluye, al mediodía, en dos pequeñas penínsulas: la del sudeste era conocida en la antigüedad por el nombre de Calabria; la del sudoeste por el de Bruttium. En la Edad Media hubo un cambio de terminología. Desde mediados del siglo VII se utilizó menos cada vez el término Bruttium, que se sustituyó por Calabria, expresión que pasó a designar las dos pequeñas penínsulas. Así, fueron llamadas Calabria todas las posesiones bizantinas de la Italia del sur, en torno al golfo de Tarento.

La situación política de Italia en el siglo IX era la que sigue: Bizancio conservaba en Venecia la mayor parte de la Campania, el ducado de Nápoles y otros dos más y las dos peninsulitas del sur. Venecia y Campania no tenían sino flojos lazos de dependencia con el Imperio bizantino, y una y otra poseían un gobierno autónomo local. En cambio el sur de Italia estaba directamente sometido al Imperio. A fines del siglo VII el duque lombardo de Benevento se apoderó de Tarento, que pertenecía a Bizancio, y separó así, al alcanzar el golfo, las dos provincias bizantinas de la costa. Desde entonces las dos pequeñas penínsulas sólo tuvieron relación por mar. Después de las conquistas italianas de Carlomagno y su coronación en Roma, toda Italia se encontró en teoría bajo la autoridad del emperador de Occidente, salvo los territorios bizantinos, pero en la práctica el poder de Carlomagno no rebasó, al sur, las fronteras del Estado pontificio y del ducado de Spoleto. El ducado de Benevento siguió siendo un Estado independiente.

A la par que sometían Sicilia poco a poco, los árabes empezaban a practicar incursiones marítimas en las costas italianas. La ocupación de Tarento, en la época de Teófilo, constituyó una amenaza grave y directa para las provincias bizantinas de la Italia del sur. La flota veneciana que acudió en socorro del emperador al golfo de Tarento, sufrió una completa derrota. Los árabes, que ocupaban ya el importante lugar fortificado de Bari, en el litoral oriental de la península, progresaron desde allí hacia el interior. Ludovico II, emperador de Occidente, acudió con un ejército, pero fue abatido y hubo de retirarse. A mediados del siglo IX, los piratas árabes aparecían en la boca del Tíber y amenazaban Roma, si bien, tras adueñarse de rico botín, se alejaron de la capital. Las basílicas romanas de San Pedro y San Pablo, situadas extramuros de la población, sufrieron graves daños materiales.

Haciendo un somero resumen de las relaciones arabo—bizantinas durante la dinastía amoriana, se advierten, en Occidente, serios fracasos para Bizancio.

Se perdieron Creta y Sicilia: la primera hasta el 961; la segunda para siempre. Varios puntos importantes del sur de Italia pasaron a manos de los ára bes. Pero las posesiones de éstos en el siglo IX no formaban una faja ininterrumpida de territorios. En Oriente los resultados de la lucha fueron muy diferentes. El Imperio allí logró conservar casi íntegras sus posesiones. Los insignificantes cambios que hubo en el trazado general de las fronteras no ejercieron influjo alguno en la marcha

[129] *Sobre la insurrección de Eufemio, v. F. Gabotto, Eufemio e il movimento separatista nell' Italia bizantina (Turín, 1890).*

general de los sucesos. En este sentido los esfuerzos de la dinastía amoriana tuvieron gran importancia para el Imperio, ya que durante cuarenta y siete años los emperadores de aquella dinastía pudieron resistir la ofensiva de los árabes en Oriente conservando, en conjunto, la totalidad de los territorios bizantinos en Asia Menor.

El Imperio bizantino y los búlgaros en la época de la dinastía amoriana.

A principios del siglo IX el trono búlgaro estaba ocupado por Krum, organizador prudente y hábil hombre de guerra, que se reveló muy peligroso para Bizancio. Nicéforo, adivinando en él una personalidad capaz de atraerse para sus miras la población eslava de Tesalia y Macedonia, hizo transportar a ambas provincias muchos colonos llevados de otras comarcas del Imperio. Con esta medida —que, según Teófanes, provocó vivo descontento entre los emigrantes— esperaba el emperador desviar el peligro de una inteligencia eslavobúlgara.

El 811, tras varios choques búlgaro—bizantinos, Nicéforo emprendió una gran expedición contra Krum. En el curso de esta campaña fue atraído con su ejército a una emboscada y sufrió una grave derrota. Nicéforo murió en la batalla; su hijo, Staurakios, fue herido de consideración y el ejército quedó casi aniquilado. Desde la famosa batalla de Adrianópolis (378), en la que Valente murió peleando contra los visigodos, ningún otro emperador había caído en lucha con los bárbaros. Krum mandó construir con el cráneo del emperador muerto una copa donde los “boliardos” (nobles búlgaros) fueron obligados a beber. En 813 Krum infligió una derrota a Miguel I, que avanzaba contra los búlgaros al mando de un poderoso ejército, para congregar el cual había llegado a retirar las fuerzas de la frontera asiática. Pero los bizantinos, a pesar de su superioridad numérica, fueron aplastados y no se detuvieron en su retirada sino al pie de los muros de Constantinopla. El mismo año (813), a poco de la exaltación de León V el Armenio al trono, Krum asedió la capital proponiéndose “clavar su lanza sobre la Puerta de Oro” (Teófanes), en las murallas de Constantinopla. Pero no pudo ocupar la capital y la amenaza búlgara interrumpió momentáneamente al morir Krum.

En vida aún de León, uno de los sucesores inmediatos de Krum, Omurtag, —“una de las figuras más expresivas de la historia de los principios de Bulgaria” (Uspenski)— acordó con Bizancio treinta años de paz. En ésta se fijaba la demarcación fronteriza en Tracia. Aun subsisten hoy restos de fronteras, en forma de muros terreros. Hecha en definitiva la paz búlgaro bizantina, León V mandó reconstruir algunas de las ciudades arruinadas de Tracia y Macedonia. También hizo levantar en torno a la capital murallas más poderosas para defenderla mejor contra eventuales ataques búlgaros.

Las relaciones búlgaro—bizantinas no presentan ningún episodio saliente hasta mediados del siglo IX, época en que el trono búlgaro pasó a Boris (Bogoris), cuyo nombre está estrechamente ligado a la conversión de los búlgaros al cristianismo.

La religión cristiana había penetrado en Bulgaria hacía mucho, siendo introducida primero por los cautivos apresados por los búlgaros en sus batallas con los bizantinos. Los kanes paganos búlgaros persiguieron con dureza a “pervertidos y pervertidores”. F. I. Uspenski declara que “sin duda alguna el cristianismo empezó muy pronto a difundirse... En el siglo VIII había ya cristianos en el palacio de los príncipes. A las luchas de cristianos y paganos han de imputarse muchas de las turbulencias de la historia búlgara, así como los frecuentes cambios, de kanes”.

La conversión de Boris al cristianismo le fue dictada por la situación política de Bulgaria, situación que le indujo a buscar más estrecha ligazón con Bizancio. Acudieron a Bulgaria sacerdotes griegos para propagar el bautismo entre el pueblo. En 864 el rey Boris se bautizó, tomando el nombre de Miguel, A poco, su pueblo en masa adoptó el cristianismo. El relato según el cual Cirilo y Metodio, los dos famosos evangelizadores de los eslavos, participaron directamente en el bautismo de Boris, no está confirmado por testimonios auténticos. El bautismo de los búlgaros por eclesiásticos bizantinos acreció mucha el prestigio y la influencia del Imperio en la península de los Balcanes. Pero Boris advirtió en breve que Bizancio no deseaba conceder a la Iglesia búlgara

plena autonomía y así, ansioso de conservar el derecho de dirigir la vida espiritual de Bulgaria y temeroso de que su reino pasase a depender políticamente del Imperio bizantino, Boris decidió llegar a una alianza religiosa con Roma. Envió, pues, una embajada al Papa Nicolás I y le pidió que mandase a Bulgaria sacerdotes latinos. El Papa acogió la petición con alegría. No tardaron en llegar a Bulgaria obispos y sacerdotes latinos y el clero griego fue expulsado. Pero el triunfo del Papa resultó efímero. Bulgaria se volvió en breve a la Iglesia griega, durante la dinastía macedónica, de lo que hablaremos en un posterior capítulo.

No olvidemos que, si bien las relaciones de Roma y Constantinopla eran tirantes en la época de fluctuaciones de Boris, no por ello existía en la Iglesia un cisma declarado. En las gestiones de Boris cerca del clero griego y el latino no ha de verse una opción del kan búlgaro entre el catolicismo o la ortodoxia. Oficialmente la Iglesia seguía siendo entonces una y universal.

Segundo período de la iconoclastia y restauración de la ortodoxia. Separación de las Iglesias en el siglo IX.

Los primeros emperadores del período 802—867 no siguieron una política iconoclasta. Incluso pudo creerse que el culto de las imágenes, restablecido por Irene, iba a afianzarse sin nuevas discordias. Nicéforo siguió una política de tolerancia religiosa combinada con la idea del dominio del poder temporal sobre la Iglesia. Aunque reconoció las decisiones del concilio de Nicea y la victoria de los partidarios de las imágenes, no era un sectario entusiasta del movimiento iconoclasta. En los verdaderos entusiastas de este movimiento, la tolerancia de Nicéforo pareció casi tan nefasta como una herejía. Es probable que los asuntos religiosos interesasen muy poco al emperador, no teniendo importancia para él sino en la medida en que concernían al Estado. Pero el monaquismo atravesó momentos de inquietud, sobre todo cuando el respetado patriarca Tarasio, amado de todo el pueblo, fue sustituido por el patriarca Nicéforo, procedente del mundo seglar y elevado a aquella jerarquía por mero deseo del emperador. A tal elección se opusieron vivamente Teodoro de Studion y sus secuaces, los studitas, que por su actitud fueron desterrados[130].

Miguel Rangabé, en su breve reinado (811—813), vivio bajo la influencia constante del patriarca y los monjes. Se comportó como un hijo obediente de la Iglesia y defendió los intereses de ésta. Durante su reinado volvieron del destierro Teodoro y sus secuaces.

Había transcurrido un cuarto de siglo desde la restauración de las imágenes, pero el movimiento iconoclasta era recio aun en las provincias orientales y en el ejército. El 813, el jefe militar León, armenio de nacimiento, ocupó el trono. Bajo sus predecesores había tenido reputación de buen general y ocultado cuidadosamente sus ideas iconoclastas, pero después de deponer a Miguel Rangabé y afirmar su poder propio, empezó a seguir una política iconoclasta declarada. Según una fuente, el emperador dirigió estas palabras a sus partidarios: “Ya veis que todos los emperadores que han aceptado y honrado las imágenes han muerto o en el destierro o en el campo de batalla. Sólo los que no adoraron las imágenes han muerto de muerte natural y disfrutando del título de emperador. Esos emperadores han sido todos colocados con los mayores honores en tumbas imperiales y enterradas en la iglesia de los Santos Apóstoles. Yo quiero seguir su ejemplo y destruir las imágenes, y así, tras de mi larga vida y de la larga vida de mi hijo, nuestras leyes continuarán estando en vigor hasta la cuarta y quinta generación”.

El patriarca Nicéforo se alzó violentamente contra las medidas iconoclastas del emperador. Nicéforo fue depuesto y la sede episcopal de Constantinopla fue dada a Teodoto, que aprobaba plenamente la política religiosa de León. El 815 se reunió un segundo concilio iconoclasta en la iglesia de Santa Sofía. Las actas de este concilio debieron ser destruidas a raíz de la restauración del culto de las imágenes, pero su decreto nos ha sido conservado en las obras apologéticas del patriarca Nicéforo, aunque no haya sido publicado sino recientemente (en 1903): “Después de haber

[130] *San Teodoro, de noble familia bizantina, higumeno, es decir, abad del monasterio de Saccudion, en Bitinia, se había opuesto al matrimonio adúltero de una pariente suya —Teódota— con Constantino*

restablecido y confirmado la doctrina recibida de Dios por los Santos Padres, de acuerdo con los seis santos concilios ecuménicos", ese concilio "condena la práctica vana, no autorizada por la tradición, de fabricar y adorar imágenes, prefiriendo la adoración espiritual y verdadera". El decreto indicaba más adelante que, durante el gobierno de una mujer (Irene), la "ingenuidad femenina" había restaurado la adoración de *figuras muertas* e *iconos sin vida*, así como la práctica de encender cirios y quemar incienso. El concilio prohibía la construcción ilegal de seudoiconos de la Iglesia católica", rechazaba la adoración de las imágenes confirmada por el patriarca Tarasio y no permitía encender cirios o lámparas ni quemar incienso ante las imágenes. El decreto de 815 reproducía las ideas esenciales del concilio iconoclasta de 754, confirmaba sus actas y proclamaba de nuevo la prohibición de adorar imágenes y la inutilidad de exponerlas. El concilio se abstenía de "llamar ídolos a las imágenes, porque hay grados en el mal", hecho por el que sus miembros han sido a veces considerados más tolerantes que los primeros iconoclastas. Pero recientemente se ha demostrado que el segundo movimiento iconoclasta, sobre todo en tiempos de León V y Teófilo, no fue más moderado ni más tolerante que en los de León III y Constantino V, sino "tan sólo más pobre espiritualmente" (Ostrogorsky). VI, incurriendo en los rigores de éste. Muerto el emperador, San Teodoro volvió del destierro y recibió el encargo de restaurar el famoso monasterio de Studion, en la capital. Las incursiones musulmanas hacían difícil mantenerse en Saccudion.

Los emperadores iconoclastas del segundo período —León V, Miguel el Beodo y Teófilo— encauzaron su política religiosa en condiciones muy diferentes a la del período inicial. En primer término, el segundo período sólo duró treinta años (815—843), es decir, veinte menos que el anterior. Además, los iconoclastas del primer período habían, por así decirlo, tomaron por sorpresa a los partidarios de las imágenes, entonces no bastante organizados ni preparados para la lucha. Las severas medidas adoptadas contra las imágenes les obligaron a estrechar sus filas, a afirmar su fe, a desarrollar sus métodos de combate, a reunir un vasto material dogmático y polémico. Los iconoclastas del segundo período hallaron, pues, una resistencia mucho más viva que sus predecesores y la lucha les resultó mucho más difícil. Fue vigorosa en particular la resistencia opuesta por Teodoro, abad del monasterio de Studion, y sus seguidores, los studitas, defensores convencidos de las imágenes y que ejercían gran influjo sobre la masa popular. Además, Teodoro habló y escribió abiertamente contra la intervención del poder temporal en los asuntos de la Iglesia y defendió la independencia de la Iglesia y la libertad de conciencia. Irritado por la actitud y actividad de Teodoro, el emperador le desterró, así como a muchos de sus seguidores.

A cuanto cabe juzgar por las fuentes que poseemos, casi todas hostiles a los iconoclastas, la persecución de las imágenes y sus adoradores fue muy dura bajo León V. Hallamos en tales fuentes algunos nombres de personas que sufrieron el martirio en esa época. No obstante, hasta los más encarnizados adversarios de León V reconocen que desplegó mucha habilidad en defensa del Imperio y que su administración fue prudente. Según Genesius, "el patriarca Nicéforo (depuesto por León) dijo después de la muerte de León que el estado de los romanos había perdido un emperador muy grande, aunque impío". Cierto que otros contemporáneos llaman a León "serpiente rastrera" y comparan su reinado al "invierno" y a una "espesa bruma".

Acerca de las ideas de Miguel II, sucesor de León, difieren las opiniones. Mientras ciertos historiadores ven en él un hombre indiferente, neutral, que "siguió las vías de la tolerancia y proclamó los grandes principios de la libertad de conciencia", otros le llaman "iconoclasta convencido, aunque no fanático", "decidido a mantener las reformas iconoclastas de León, porque armonizaban con sus convicciones personales, pero negándose a la vez a continuar la persecución del culto de las imágenes". Un historiador moderno estima que "el programa político (el del emperador Miguel) fue tratar de restablecer la paz en la religión, aunque esta actitud implicaba un sile ncio forzado sobre las cuestiones en litigio y una cierta tolerancia respecto a cada uno de los elementos discordes".

En cualquier caso, y a pesar de sus tendencias iconoclastas, Miguel no abrió una nueva era de persecuciones contra los adoradores de las imágenes. Empero, cuando Metodio, más tarde patriarca de Constantinopla, entregó al emperador una misiva del Papa y le pidió que restableciese el culto de

los iconos, el emisario sufrió pena de flagelación y fue encerrado en una cueva. Para comparar los reinados de León V y Miguel II, los contemporáneos se sirven de las metáforas siguientes: "Ya no se ve fuego, pero aún hay humo", "como la de la serpiente reptadora, la cola de la herejía no ha muerto aún y todavía se mueve"; "el invierno ha terminado, pero la verdadera primavera no ha llegado aún", etc. Bajo el reinado de Miguel II murió Teodoro de Studion, el famoso defensor de las imágenes y de la libertad de la Iglesia.

Teófilo, sucesor de Miguel II, fue el último emperador iconoclasta. Hombre versado en materias teológicas, se distinguía por su ferviente adoración de la Santa Virgen y de los santos y era autor de varios cantos eclesiásticos. Los juicios de los historiadores sobre Teófilo son muy contradictorios, y siguen una gama muy varia, desde la más dura reprobación hasta el elogio magnífico. Respecto al iconoclasmo, el reinado de Teófilo fue el episodio "más áspero" del segundo período de la lucha. El principal consejero religioso del emperador y jefe del movimiento iconoclasta fue Juan el Gramático, que llegó a patriarca de Constantinopla. Hombre el más ilustrado de su época, se le acusó— cosa que sucedía con frecuencia a los sabios en la Edad Media— de practicar la hechicería y la magia. Bajo Teófilo, los monjes, muchos de los cuales solían pintar iconos, fueron sometidos a penas muy rigurosas. Nos consta que las palmas de las dos manos del monje Lázaro, pintor de imágenes, fueron quemadas con un hierro al rojo. Los hermanos Teófanes y Teodoro, que habían defendido las imágenes con fervor, fueron azotados y se les inscribieron en la frente, a fuego, versos griegos ofensivos compuestos especialmente por el propio Teófilo, lo que valió a entrambos hermanos el sobrenombre de "marcados" (*graptoi*).

Pero un examen más crítico de las fuentes que nos han llegado aconseja abandonar la tesis de que las persecuciones fueron implacables en exceso bajo Teófilo. En ese sentido tenemos muy pocos testimonios. Bury estima que las persecuciones de Teófilo no rebasaron cierto radio geográfico, porque el emperador no exigió la destrucción de imágenes sino en la capital y sus alrededores inmediatos. Bury es también de opinión que en todo el segundo período de iconoclastia prosperó en Grecia el culto de las imágenes, lo que sucedió también en las islas y costas del Asia Menor. Este hecho no ha sido lo bastante apreciado por los historiadores. Bury cree, en fin, que el emperador no recurrió a penas severas sino en un reducido número de casos. Falta mucho todavía para llegar a una apreciación histórica exacta del segundo período del movimiento iconoclasta.

La esposa de Teófilo, Teodora, era, como vimos, ferviente partidaria del culto de las imágenes y su marido no lo ignoraba. Al morir Teófilo el 842, Teodora se halló legalmente a la cabeza del Imperio, ya que su hijo Miguel era menor de edad.

La primera tarea de Teodora fue restaurar el culto de las imágenes. La oposición de los iconoclastas no debía ser tan fuerte en 842 cuando la primera restauración de los iconos bajo Irene. La prueba está en que, pasado un año tan sólo, Teodora pudo ya reunir un concilio para confirmar sus tendencias religiosas en tanto que Irene había tardado siete años en cumplir la misma labor.

Juan el Gramático fue depuesto y la sede patriarcal de Constantinopla se dio a Metodio, quien había sufrido bajo Miguel los males que dijimos. Las actas del concilio convocado por Teodora no nos han llegado, pero otras fuentes nos hacen ver que tales actas confirmaban los cánones del concilio de Nicea del año 787 y restauraban el culto de las imágenes. Terminados los trabajos del concilio se celebró un oficio solemne en Santa Sofía el primer domingo de cuaresma (11 marzo 843). La Iglesia griega ortodoxa celebra todavía el recuerdo de aquella ceremonia en la fiesta anual de la ortodoxia.

Hasta una fecha muy reciente se creía en general que la verdadera fecha de la restauración de las imágenes se remontaba a un año atrás (el 842).

En el Cercano Oriente el segundo periodo de la iconoclastia se señaló por la publicación de una epístola común tendiente a la protección de las imágenes y firmada por los tres patriarcas orientales: Cristóbal de Alejandría, Job de Antioquía y Basilio de Jerusalén.

Estableciendo un balance del período iconoclasta cabe llegar a las conclusiones siguientes: el partido iconoclasta tenía su fuerza sobre todo en la corte y en el ejército, incluyendo los generales

en jefe, algunos de los cuales alcanzaron la dignidad imperial. Tal fue el caso de León III, León V y Miguel II. Ciertos historiadores explican las tendencias iconoclastas del ejército por el hecho de que la mayoría de los soldados se reclutaban entre las naciones orientales, en especial entre los armenios, que, según vimos, habían sido trasladados en gran número por el gobierno a las provincias occidentales, principalmente Tracia. Así, la mayoría del ejército era iconoclasta por convicción. Según otro historiador "el culto ortodoxo les hacía el efecto [a los soldados orientales] de una religión extranjera" y todas las violencias les parecían lógicas contra los que ellos llamaban "idólatras"[131]. El partido de la corte y el alto clero, es decir, los funcionarios elevados y los obispos, no siguieron en su mayoría lo que les dictaba la conciencia, sino lo que armonizaba mejor con sus temores y ambiciones. La población de Constantinopla y una mayoría inmensa del clero eran partidarios del culto de las imágenes. Los emperadores iconoclastas fueron buenos generales e inteligentes administradores, vencieron a los árabes y a los búlgaros y puede decirse que algunos de ellos salvaron al cristianismo y la naciente civilización occidental. Pero no perseguían las imágenes por ambición ni miras políticas. Sus medidas religiosas eran, más bien, dictadas por la sincera convicción de que trabajaban en pro de la mejora de la Iglesia y la purificación del cristianismo. Aun así, las medidas religiosas de aquellos emperadores causaron a veces mucho daño a la ejecución de su prudente obra política. La lucha contra los partidarios de las imágenes produjo graves desórdenes interiores y debilitó políticamente el Imperio. Tuvo también como consecuencia una ruptura entre la Iglesia occidental y Bizancio, y la pérdida gradual de Italia. La política de los emperadores iconoclastas contra monjes y monasterios debe explicarse por motivos políticos. En cuanto a la doctrina teológica de los iconoclastas, es difícil emitir juicio detallado sobre ella, porque toda la literatura iconoclasta referente al problema fue destruida por los partidarios de las imágenes. Entre los iconoclastas había hombres moderados, así como otros de tendencias extremas. La representación de las imágenes estaba considerada como creadora eventual de dos posibles peligros: la vuelta al paganismo o a una de las herejías condenadas por los concilios ecuménicos.

En el segundo período del movimiento iconoclasta ha de advertirse de nuevo que, mientras en el siglo VIII los isáuricos habían sido sostenidos por las provincias orientales del Asia Menor, estas mismas provincias no prestaron ayuda alguna a la política iconoclasta del siglo IX. En el segundo período, "el entusiasmo en favor de la idea iconoclasta se había debilitado extremadamente"; el movimiento, espiritualmente, estaba agotado ya (Uspenski).

El partido de las imágenes comprendía la población de las provincias occidentales, Italia y Grecia; todos los monjes y la mayoría de los eclesiásticos; los más de los habitantes de Constantinopla —que a veces, obligados por las circunstancias, hubieron de simular celo iconoclasta— y finalmente la población de varias otras porciones del Imperio, como las islas del Egeo y algunas de las provincias del litoral de Asia Menor. La doctrina teológica de los adoradores de las imágenes, tal como fue desarrollada por conductores de hombres al modo de Juan Damasceno y Teodoro de Studion, se fundaba en las Sagradas Escrituras. No sólo ellos veían en las imágenes un modo de ilustrar al pueblo, sino que creían que los iconos conservaban la santidad y pureza de sus prototipos —el Cristo, la Virgen, los santos—, poseyendo por eso un poder sobrenatural y milagroso.

La disputa de las imágenes dejó huella profunda en la vida artística de la época. Numerosos y magníficos monumentos de arte —estatuas, mosaicos, frescos y miniaturas— resultaron totalmente destruidos durante el iconoclasmo. Los muros decorados de las iglesias fueron recubiertos de yeso o adornados de manera nueva. "En resumen —dice Kondakov—, la vida artística de la capital fue sometida a aquella desolación protestante, destinada a turbar, tarde o pronto, toda la vida artística de Bizancio... Muchas personas instruidas y ricas emigraron, con sus familias, a Italia; millares de monjes fundaron multitud de moradas subterráneas y eremitorios en toda la extensión del vasto territorio de la Italia del sur, Asia Menor y Capadocia, y aquellos lugares fueron decorados por artistas griegos. Así, el arte y la iconografía griegos en los siglos VIII y el IX deben buscarse fuera

[131] *L. Bréhier. La Querelle des Images (París, 1904)*

del Imperio bizantino: en Asia Menor y en la Italia meridional y central". Pero a la vez que destruían los monumentos de arte que figuraran las imágenes de Cristo, la Virgen o los santos, los iconoclastas empezaron a crear nuevos tipos de arte volviéndose hacia themas inéditos. Crearon un arte decorativo y comenzaron a pintar cuadros de caza, el Hipódromo, árboles, pájaros, animales diversos... Nos han llegado notables obras de arte en marfil, esmaltes y una serie de interesantes miniaturas de aquella época. En general, los historiadores de arte ven en los rasgos característicos del nuevo arte iconoclasta "un retorno a las tradiciones antiguas de Alejandría y sobre todo una significativa tendencia a la observación de la naturaleza y al realismo.

Uno de los resultados importantes de la disputa de las imágenes fue la desaparición de las representaciones esculturales de santos o escenas sagradas en la Iglesia oriental. Oficialmente ni la Iglesia ni el Estado griego prohibieron esas imágenes, que sin duda desaparecieron por acuerdo tácito. Algunos historiadores consideran tal hecho como una victoria parcial de los iconoclastas sobre los partidarios extremistas de los iconos.

Las tendencias iconoclastas se reflejan también en los sellos y monedas bizantinos. Bajo el signo de las ideas iconoclastas se desenvuelve en el siglo VIII un tipo nuevo en absoluto de monedas y sellos. Estos no llevan a veces más que leyendas, sin imágenes de Cristo, la Virgen o los santos. En cambio se representa en ocasiones en los sellos una cruz o monograma en forma de cruz. En general, sólo se reproducen en las monedas la cruz y la familia imperial. Las imágenes de hombres apenas superan a las sagradas de épocas precedentes, y son convencionales del todo. Después de la restauración del culto de las imágenes, la de Cristo, la Virgen y los santos reaparecen en monedas y sellos.

Como indicamos, el iconoclasmo desgajó del Imperio a Italia y al Papado y contribuyó en mucho al cisma que había de dividir Roma y Bizancio. La ruptura se produjo en la segunda mitad del siglo IX, reinando Miguel III, durante la famosa querella que puso en pugna a Focio y a Ignacio, en Constantinopla.

Ignacio, que se distinguía por su celo en pro de los iconos, fue depuesto y la sede patriarcal otorgada a Focio, un laico y el hombre más instruido de su época. Se fOmaron dos partidos: uno que sostuvo a Focio y otro a Ignacio, quien se negó a ceder de buen grado su título. Ignacio y Focio se excomulgaron recíprocamente. Tan grave fue el ensañamiento entre ambos, que el emperador se vio obligado a convocar un concilio. El Papa Nicolás I, favorable a Ignacio, fue invitado a asistir, pero sólo envió sus legados. El concilio, influido por obsequios y amenazas, confirmó, con el voto opuesto del Papa, la deposición de Ignacio y la exaltación de Focio al patriarcado de Constantinopla. El Papa se resistió a esta decisión y reunió en Roma un concilio que anatematizó a Focio y repuso a Ignacio. Miguel no dio la menor atención a lo resuelto y envío al Papa una breve nota manifestándole que la Iglesia de Constantinopla rechazaba las pretensiones del pontificado romano a dominar en la Iglesia universal. Sucedió esto en el instante de la conversión al cristianismo del rey búlgaro Boris, punto en que los intereses de Roma y Bizancio chocaban mucho, como ya indicamos antes. El 867 (año de la muerte de Miguel) se reunió en Constantinopla nuevo concilio, el cual anatematizó al Papa por su doctrina herética (la añadidura de *filioque* al Credo) y por su intervención, que calificaba de ilegal, en los asuntos de la iglesia de Constantinopla. El Papa y el patriarca se anatematizaron recíprocamente y, así, sobrevino la ruptura en la Iglesia. Con la muerte de Miguel III cambió la situación. El nuevo emperador, Basilio I, inauguró su reinado deponiendo a Focio y restableciendo a Ignacio.

La literatura, el arte y la instrucción durante el período iconoclasta.

Movimiento tan hondo, intenso y complejo como la iconoclastia, debía suscitar una gran actividad en el dominio literario. Por desgracia, casi todos los escritos de los iconoclastas fueron destruidos por los triunfantes partidarios de los iconos, y no los conocemos sino por mediocres fragmentos conservados a los fines refutativos en los escritos de los adversarios de la iconoclastia. En la práctica cabe decir que la literatura que nos ha llegado del período iconoclasta es unilateral.

Como el período precedente (dinastía heracliana), el iconoclasta no tuvo historiadores. Empero, los cronistas de la época han dejado numerosas obras que nos ayudan fOmar una idea justa de la cronografía bizantina y sus fuentes y presenta mucho interés para el estudio del período en sí. Jorge Syncellus (alto título eclesiástico del Imperio bizantino), que murió a comienzos del siglo IX dejó una *Cronografía* que comprende el período entre la creación del mundo y el reinado de Diocleciano (284 d.C.). Escribió su trabajo durante su estancia en un monasterio. Si bien la obra no arroja luz sobre el período iconoclasta, puesto que el autor no trata de asuntos contemporáneos, es de considerable importancia para la dilucidación de ciertos problemas de la cronografía griega antigua.

A instigación del propio autor, su crónica fue proseguida a principios del mismo siglo IX por su amigo Teófanes el Confesor, quien tuvo gran influencia como cronista sobre los escritos de los períodos subsiguientes. Enemigo encarnizado de los iconoclastas de la segunda época del movimiento, Teófanes fue prendido, apresado por algún tiempo y luego desterrado a una isla del Egeo, donde murió el 817. La crónica de Teófanes abarca los sucesos comprendidos entre el reinado de Diocleciano y la caída de Miguel Rangabé I, en 813. A pesar de su punto de vista, distintamente ortodoxooriental, que se hace muy obvio en su análisis de los sucesos históricos y de los caracteres, a pesar de la parcialidad de su exposición, la obra de Teófanes es importante, no sólo por la abundancia de rico material debido a las antiguas fuentes que utiliza, sino porque, como contemporáneo del período iconoclasta, dedica a éste mucha más extensión que los otros cronistas bizantinos. La obra de Teófanes fue la fuente favorita de los cronistas posteriores. La traducción latina de su crónica, obra del bibliotecario pontificio Anastasio, se escribió en la segunda mitad del siglo IX, y es tan importante para la cronografía medieval de Occidente como el original griego para Oriente.

Otro escritor importante de este período fue el patriarca Nicéforo, que ocupó la sede de Constantinopla entre 806 y 815. Se opuso valerosamente a la iconoclastia en la época de León V el Armenio y fue, por ello, depuesto y exilado. En sus escritos teológicos, algunos inéditos todavía, Nicéforo defiende, con vigor notable y convicción profunda, las opiniones del partido de las imágenes. Rechaza las proposiciones de los iconoclastas, sobre todo en sus tres *Refutaciones de los absurdos del impío e ignorante Mammón* [es decir, Constantino] *contra la saludable encarnación del Verbo de Dios*. Su *Historia breve*, que relata, los sucesos ocurridos a contar del emperador Mauricio (602), hasta el año 769, presenta considerable interés. Al esforzarse en hacer su relato popular y accesible a muchos lectores, Nicéforo le da un carácter poco edificante en cierto modo, pero la obra, pese a todo, es una fuente importante, porque contiene muchos datos de interés sobre la historia política y eclesiástica del período. La impresionante analogía que existe entre esa *Historia* y la obra de Teófanes puede explicarse por haberse servido ambos de las mismas fuentes, hecho comprobado.

Jorge Hamartolo, el Monje (Monachus) nos ha dejado una crónica universal desde Adán a la muerte del emperador Teófilo en 842 d.C., o sea hasta la fecha del triunfo definitivo de los partidarios de las imágenes. Esa obra es muy importante para la historia de la civilización de la época y contiene muchos informes sobre los problemas que preocupaban a los monjes bizantinos de aquel entonces: la naturaleza del monaquismo, la difusión de la herejía iconoclasta y la de la religión sarracena. También escribe muy vívidamente los gustos y aspiraciones de los monjes bizantinos del siglo IX. La obra de Hamartolo sirvió de base a las posteriores historias universales bizantinas y ejerció enorme influencia sobre los principios de la literatura eslava y, sobre todo, rusa. Baste decir que las primeras crónicas rusas están estrechamente vinculadas a la obra de Hamartolo. Hay un manuscrito de la antigua traducción rusoeslava de Hamartolo donde se contienen 127 miniaturas importantísimas para el estudio de las artes rusa y bizantina en el siglo XIII. Tal manuscrito, no apreciado ni estudiado aun como se merece, es la única copia ilustrada que nos ha llegado de la crónica de Hamartolo. Fuera de un autor anónimo, que escribió bajo León V el Armenio, Hamartolo es el único cronista contemporáneo del período 813—842. Para su exposición —concebida principalmente desde un limitado punto de vista monástico— el autor utilizó

testimonios contemporáneos y observaciones personales. El manuscrito de su obra ha sufrido en el curso de los siglos tales edificaciones y transformaciones y llegándonos en forma tan compleja y difícil e desenmarañar, que la cuestión de saber cuál es su texto original que constituye hoy uno de los problemas más embarazosos de la filología bizantina. Sólo a principios del siglo XX se ha publicado una edición crítica del texto griego de Hamartolo. Hace algunos años ha aparecido una edición crítica de la antigua traducción eslavorrusa de la crónica de Hamartolo, acompañada del texto griego que sirvió de base a la traducción eslava.

Sabemos que la literatura iconoclasta fue casi totalmente destruida por el partido de las imágenes al triunfar éste. No obstante, parte de las actas del concilio iconoclasta de 754 nos han llegado en las actas del séptimo concilio ecuménico. En las tres mencionadas *Refutaciones* del patriarca Nicéforo, se conservan fragmentos de una extensa obra dirigida contra las imágenes y debida a Constantino Coprónimo. Este emperador fue autor de otras obras literarias. León V encargó la ejecución, de un vasto trabajo favorable a la iconoclastia y fundado en la Biblia y los Padres. Un proyecto análogo se había propuesto al concilio del 754; pero ninguna de esas obras nos ha llegado. En las obras de Teodoro de Studion se conservan algunos poemas iconoclastas. El séptimo concilio ecuménico dispuso destruir toda la literatura iconoclasta y en el noveno canon proclamado en ese concilio leemos: “Todos los juegos infantiles, burlas furiosas y falsos escritos dirigidos contra los venerados iconos deben ser presentados al obispo de Constantinopla, y puestos con los otros libros de los heréticos. Todo el que sea reconocido de ocultar esas obras será, si es obispo, sacerdote o diácono, depuesto; si es monje o laico, excomulgado”.

Considerable cantidad de materiales literarios relativos a la prohibición del culto de las imágenes y muy importantes por su influencia sobre los escritos posteriores, nos ha sido legada por un hombre que pasó su vida en una provincia no perteneciente ya al Imperio: Juan Damasceno, que nació en Siria durante la dominación árabe. Fue ministro del califa en Damasco y murió hacia 750 d.C. en la famosa laura palestina de San Sabas.

Juan Damasceno ha dejado muchas obras de dogmática, polémica, historia, filosofía, poesía y retórica. Su obra principal es *La fuente del saber* cuya tercera parte, titulada *Exposición exacta de la fe ortodoxa*, es un ensayo de presentación sistemática de los principios esenciales de la fe y los dogmas cristianos. Con esa exposición Juan ponía en manos de los partidarios de las imágenes un arma poderosa, el arma que les había faltado para luchar contra sus adversarios en el primer período de la disputa de los iconos. En el siglo XIII, Santo Tomás de Aquino se sirvió de aquella obra como de modelo para su *Summa Theologiae.* Entre las obras polémicas de Juan Damasceno debemos señalar tres tratados contra *Los que desprecian las santas imágenes* y donde el autor defiende con firmeza y seguridad el culto de los iconos. En la literatura eclesiástica, Juan es particularmente famoso por sus himnos, cuya forma es algo menos ágil que la de los de Romanos el Meloda, pero que por profundidad poética y por la pujanza de su fe figuran entre los mejores de la Iglesia cristiana. Juan escribió también muchos bellos cánones en honor del Señor, de la Santa Virgen, de los profetas, los apóstoles y los mártires. Es notable en particular su *Oficio de Pascuas,* cuyos cantos expresan la honda alegría de los creyentes ante el triunfo de Cristo, sobre la muerte y el infierno. Bajo la pluma de Juan los himnos eclesiásticos alcanzan el apogeo de su desarrollo y belleza. Después de él no hubo más escritores notables en el campo de la poesía eclesiástica bizantina.

La obra de Juan Damasceno está también estrechamente vinculada con la novela *Barlaam y Josafat,* que gozó de máxima difusión en todos los idiomas durante la Edad Media. Es indudable que la trama del relato deriva de la bien conocida leyenda de Buda. Es muy probable que la historia fuera sencillamente una versión de la vida de Buda adaptada por los cristianos de Oriente a su propio uso. El mismo autor nos dice que procede de la India. Durante la Edad Media la novela fue casi universalmente atribuida a Juan Damasceno. Pero en 1886 el orientalista francés H. Zotenberg aportó ciertas pruebas tendentes a demostrar que el autor no podía ser Juan. Muchos historiadores han adoptado esas conclusiones. Hace algún tiempo que se tiene menos certeza sobre ese punto y se tiende a volver a la antigua teoría. Así, mientras el autor de un artículo sobre Juan Damasceno —

artículo publicado en 1910 en la *Catholic Enciclopedia—*, declara ser dudoso que la novela de Barlaam y Josafat pueda atribuirse a Juan, los más recientes traductores y editores de esa obra estiman que el nombre de Juan Damasceno debe aparecer aun en la cubierta del libro.

El segundo período iconoclasta se señaló por la actividad de Teodoro de Studion, famoso defensor de las imágenes y abad del más célebre monasterio de Constantinopla, que había conocido un período de decadencia bajo Constantino V y una renovación bajo la administración de Teodoro. En tiempos de éste se elaboró una nueva regla sobre la base de la vida en común (cenobio). Las necesidades intelectuales de los monjes se satisfacían mediante una escuela instalada en el monasterio. Los monjes habían de ejercitarse en leer, copiar y hacer manuscritos, estudiar las Santas Escrituras y las obras de los Padres de la Iglesia y también aprender el arte de componer los himnos que se cantaban durante los oficios.

Teodoro, que desde el punto de vista social y religioso fue uno de los máximos hombres de acción del borrascoso período iconoclasta, se reveló escritor eminente en varias ramas de la literatura. En sus obras dogmático—polémicas se esfuerza en desarrollar las tesis fundamentales de los partidarios del culto de los iconos. Sus numerosos sermones, que forman lo que se llama *Pequeño y Gran Catecismo,* fueron sus escritos más populares. Dejó también una serie de epigramas, acrósticos e himnos. Estos últimos no pueden ser analizados ni estudiarse en detalle como convendría, porque parte se hallan inéditos aun y otros han aparecido en ediciones no científicas, como los libros litúrgicos rusos. Las numerosas epístolas de Teodoro, de carácter religioso—canónico y social, tienen gran importancia para la historia de la civilización de su época.

Los dos últimos reinados del período que examinamos se señalan por la fecunda actividad de una mujer muy interesante, Kasia, única poetisa de talento que hallamos en la literatura bizantina. Cuando Teodoro decidió casarse, se organizó en la capital un *concurso de novias*, con motivo del cual se reunieron en la capital las jóvenes más bellas de todas las provincias. Kasia fue una de ellas. El emperador debía avanzar entre las filas de doncellas, llevando una manzana de oro que tendería a la elegida. Ya iba a ofrecerla a Kasia, que le agradaba más que ninguna, cuando la respuesta, algo atrevida, que la joven hizo a una pregunta del emperador, persuadió a éste a cambiar de criterio, eligiendo entonces a Teodora, la futura restauradora de la ortodoxia. Kasia fundó más tarde un monasterio donde pasó los últimos años de su vida. Los epigramas y poemas eclesiásticos de Kasia que nos han llegado se distinguen por su originalidad y lozanía de estilo. Según Krumbacher, que ha estudiado especialmente los poemas de Kasia, ésta "fue una mujer inteligente y singular, que combinó una sensibilidad delicada y una religiosidad profunda con una franqueza enérgica y una ligera inclinación a la maledicencia".

La persecución de los adoradores de las imágenes, glorificada al triunfar éstos, proporcionó rico material a la hagiografía. Aquél fue el período brillante de la hagiografía bizantina.

En la época de la dinastía amoriana comprobamos progresos en Bizancio en la esfera de la instrucción superior y en diversas ramas de la ciencia. Bajo Miguel II, el césar Bardas, tío del emperador, organizó una escuela superior en Constantinopla[132]. Tal escuela superior se alojó en el palacio imperial. Allí se enseñaban las siete artes principales según el sistema creado en tiempos del paganismo y adoptado después por las escuelas de Bizancio y la Europa occidental. De ordinario se da a esas artes el nombre de *siete artes liberales* ("septem artes liberales"), divididas en dos grupos: el *trivium,* que comprendía gramática, retórica y dialéctica, y el *quadrivium*, incluyendo aritmética, geometría, astronomía y música. También se estudiaban en la escuela la filosofía y los escritores clásicos antiguos. Para hacer la educación accesible a todos, Bardas dispuso que fuese gratuita. Los profesores estaban remunerados con liberalidad por el gobierno. Focio, el famoso sabio, fue profesor en la Universidad de Bardas.

---

[132] *F. Fuchs, Die hoherin Schulen von Konstantinopel Mittelalter (Leipzig y Berlín, 1926). Fuchs estima que la universidad de Bardas fue una institución nueva. El relato según el cual León III quemó la universidad de Constantinopla, con su biblioteca y sus profesores, no es sino una leyenda tardía. V. L. Bréhier, Notes sur l'histoire de l'enseignement superieur a Constantinople. Byzantion, t. IV (1929).*

Aquella escuela se convirtió en el foco en torno al cual se congregaron los mejores intelectos del Imperio durante la época sucesiva de la dinastía macedonia. Focio, cuyo primer patriarcado se sitúa en el reinado de Miguel III, fue en cierto modo el centro del movimiento literario e intelectual de la segunda mitad del siglo IX. Excepcionalmente dotado, apasionado del saber, había recibido una educación excelente y consagró toda su atención y energía a enseñar a los demás. Su educación había sido plurilateral y sus conocimientos eran considerables, no sólo en teología, sino también en gramática, filosofía, ciencias naturales, derecho y medicina. Reunió a su alrededor un grupo de personas ansiosas de enriquecer sus conocimientos. Focio, como la mayoría de los hombres de vasta cultura en la Edad Media, fue acusado de consagrar su tiempo al estudio de las ciencias ocultas, la astrología y la magia. Una tradición legendaria afirma que, en su juventud, vendió su alma a un hechicero judío, con lo que., en frase de Bury, "el Patriarca aparece como uno de los precursores de Fausto". Aquel hombre, el más sabio de su época, no se limitó a enseñar, sino que consagró mucha parte de su tiempo a escribir, habiendo dejado una labor literaria muy variada y rica.

Entre las obras de Focio presenta particular interés su *Biblioteca* o, como se la llama frecuentemente, su *Myriobiblion* ("millares de libros"). Son muy interesantes las circunstancias que presidieron la composición de esa obra. Existía, a lo que parece, una especie de círculo de lectura en casa de Focio. Allí se reunía un grupo selecto de amigos a leer u oír leer diversas obras literarias, profanas y religiosas, paganas y cristianas. La rica biblioteca de Focio estaba a disposición de sus amigos. Cediendo a instancias de ellos, Focio comenzó a escribir relaciones sobre los libros que se habían leído. En la Biblioteca, Focio da extractos de numerosos libros, extractos unas veces muy cortos y otras muy extensos, así como resúmenes y comentarios críticos propios. Hallamos en esa obra numerosos informes relativos a gramáticos, historiadores, oradores, sabios, ciencias naturales, doctores, concilios, vidas de santos, etc. La gran importancia de la obra de Focio consiste en que se encuentran en ella fragmentos de escritos desaparecidos. La Biblioteca sólo se ocupa de los prosistas. Las otras, y numerosas, obras de Focio, pertenecen al campo de la teología y la gramática. También ha dejado muchos sermones y cartas. Ya indicamos que en dos de sus sermones hace alusión al ataque de los rusos a Constantinopla el año 860, asalto del que fue testigo.

Por el carácter de sorprendente universalidad de sus conocimientos y por lo afecto que fue a la antigüedad clásica, Focio es un representante excelente del movimiento ideológico que se produjo en el Imperio bizantino, manifestándose sobre todo en la capital, a partir de mediados del siglo IX. Ese movimiento se expresó por hechos como la apertura de la Universidad de Bardas, donde Focio consagraba gran parte de su tiempo a enseñar.

En vida del mismo Focio, se nota que, merced a su valiosa influencia, existió una tendencia a establecer relaciones más estrechas c íntimas entre la teología y la ciencia profana.

Tal amplitud de miras atestiguó Focio en sus relaciones con los demás, que llegó a tener por amigo un emir mahometano de Creta. Uno de sus discípulos, Nicolás el Místico, patriarca de Constantinopla en el siglo X, escribió, en una carta al hijo y sucesor del emir, que Focio "sabía bien que, aun cuando la diferencia de religión fuese un obstáculo, la prudencia, la bondad y otras cualidades que adornan y dan dignidad a la naturaleza humana atraen el afecto de los que aman las cosas bellas, y por eso, a pesar de la diferencia de creencias, Focio amaba a vuestro padre, que poseía esas cualidades"[133].

El patriarca Juan el Gramático, iconoclasta al que mencionamos antes, sorprendió a sus contemporáneos con la extensión y variedad de sus conocimientos. Llegó a ser acusado de magia por esa razón. Otro hombre eminente del período fue el notable matemático León, que vivió bajo el reinado de Teófilo. Tan célebre se hizo gracias a la reputación que le dieron sus alumnos, que el califa Mamun, muy interesado por el progreso de la instrucción, le llamó a su corte. Al saber Teófilo tal invitación señaló honorarios a León y le nombró profesor del Estado en una de las iglesias de Constantinopla. Mamun escribió una carta personal a Teófilo, pidiéndole que le enviase a León a Bagdad por algún tiempo, diciéndole que lo consideraría como un testimonio de amistad y

[133] *Nicolás el Místico. Epístolas, 2.*

prometiendo por el favor, según la tradición, paz eterna y dos mil libras de oro. El emperador se negó. Teófilo procuró en aquel caso usar la ciencia "como un secreto que debía guardarse, lo mismo que el procedimiento de fabricación del fuego griego, juzgando mala política ilustrar a los bárbaros" (Teófanes Continuatus). Más tarde León fue elegido arzobispo de Tesalónica. Depuesto bajo Teodora, por sus ideas iconoclastas, León no dejó de seguir enseñando en Constantinopla, convirtiéndose en jefe de la escuela superior organizada por Bardas. Finalmente, recordemos que el apóstol de los eslavos, Constantino (Cirilo), estudió bajo la dirección de Focio y León y, antes de su misión entre los kázaros, ocupó la cátedra de filosofía en la escuela superior de la capital.

Este breve examen basta para mostrar que la vida literaria e intelectual no se paralizó en la época del movimiento iconoclasta. Y sin duda parecería mucho más intensa de habernos llegado las obras de los iconoclastas.

Respecto a la correspondencia ente Teófilo y Mamun a propósito de León el Matemático, no carece de interés el considerar la cuestión de las relaciones intelectuales entre el califato y el Imperio en la primera mitad del siglo IX. El califato, gobernado por Harum—al—Raschid y luego por Mamun, atravesaba un período brillante señalado por los progresos de la instrucción y las ciencias. En su deseo de rivalizar con Bagdad, Teófilo hizo erigir un palacio a imitación de los modelos árabes. Según ciertos testimonios, nos cabe decir que la influencia de Bagdad sobre Bizancio fue, en cierto modo, análoga a la de un estimulante. Pero este complejo problema rebasa el marco de nuestro estudio.

Se ha sostenido a menudo que en la esfera artística la época iconoclasta no había dado sino resultados negativos. Es exacto que muchos y preciosos monumentos de arte fueron destruidos por los iconoclastas. "Menester es deplorar su violencia. Su vandalismo no sólo empobreció sus propios siglos, sino también aquellos en que vivimos" (Dalton). Pero, por otra parte, la época iconoclasta aportó al arte bizantino una nueva "corriente vital", resucitando los modelos helenísticos, sobre todo alejandrinos, e introduciendo la decoración oriental tomada a los árabes, quienes a su vez la debían a los persas. Y, si bien los iconoclastas eliminaron radicalmente del arte religioso las imágenes de Cristo, la Virgen y los santos, se mostraron tolerantes con la representación del hombre en general, la cual en aquel período se tornó más realista bajo la influencia de los modelos helenísticos. Las escenas de la vida cotidiana proporcionaban a los artistas sus themas favoritos. En conjunto, el arte profano prosperó claramente a expensas del religioso. Puede ilustrar esta tendencia el ejemplo de Constantino Coprónimo, que mandó reemplazar un fresco que reproducía el sexto concilio ecuménico por el retrato de su auriga favorito.

Los monumentos de arte de aquella época, tanto religiosos como profanos, han desaparecido casi por completo. Acaso algunos mosaicos de las iglesias de Salónica datan desde entonces. También cabe atribuir al siglo IX una serie de marfiles trabajados, sobre todo cajitas. Los manuscritos iluminados de la época iconoclasta, cuyas ilustraciones son obra de los monjes bizantinos, muestran el espíritu nuevo que había penetrado en el arte. Desde el punto de vista de las ilustraciones marginales, ha de notarse el particular interés del salterio de Chiudov, el más antiguo de los salterios iluminados, que actualmente se conserva en Moscú.

Es lamentable que hoy poseamos tan pocos datos para el estudio del arte en la época iconoclasta. Muchos materiales de que disponemos no son atribuíbles a esa época sino según testimonios probables y no con plena certeza.

Veamos cómo aprecia Diehl la importancia de la época iconoclasta en relación al período siguiente, segunda Edad de Oro del arte bizantino, bajo la dinastía macedonia: "A la época de los iconoclastas debe la segunda *Edad de Oro* del arte bizantino sus caracteres esenciales. No se trata aquí sólo de la renovación de la grandeza y prosperidad material que los emperadores iconoclastas dieron a la monarquía y que permitió a sus sucesores, continuadores de su obra, asegurar a Bizancio cerca de dos siglos de fuerza y esplendor. También desde el punto de vista del arte proceden de la época iconoclasta las dos tendencias contrarias que caracterizan la época de los macedonios. Si existe entonces un arte imperial, que trabajaba para los soberanos, prendados de la tradición clásica, deseosos del retrato, del modelo vivo, del realismo y haciendo sentir incluso en el arte religioso la

influencia de sus ideas dominantes; si frente a este arte oficial y profano existe un arte monástico, más tradicional, más severo, más teológico; si, en fin, nace de la combinación de los dos una serie admirable de obras maestras, en el período iconoclasta han de buscarse los gérmenes fecundos de esa magnífica floración, y de aquí que ese período merezca atención particular en la historia del arte bizantino, tanto por lo que hizo como porque él preparó el porvenir".

BIBLIOGRAFÍA

A. DOBROKLONSKI, *El bienaventurado Teodoro, confesor y abad de Studion*. I parte: *Su tiempo, su vida, su actividad*. II: *Sus obras* (Odesa, 1913—14).

A. LOMBARD, *Etudes d'histoire byzantine: Constantin V, empereur des Romains (740 — 755),* con un prefacio de Carlos Diehl (París, 1902).

A. VASILIEV,*Las relaciones políticas de Bizancio y de los árabes bajo la dinastía amoriana* (San Petersburgo, 1900).

AB. JAGER, *Histoiré de Photius* (2.ª ed. París, 1845).C, THOMAS, *Theodor Von Studion Und Sein Zeitalter* (Osnabrück, 1892).

C. A. SPULBER, *La Écloga de los isaurios: texto, traducción, historia* (Cernauti, Rumania, 1929).

C. DIEHL, *L' imperatrice Irene. Figures byzantines* (4. ed., París, 1909), I.

CARLOS SCHWARZLOSE, *Der Bilderstreit, ein Kampf der Griechischen Kirche um ihre Eigenart und ahre Freiheit* (Gotha, 1890).

E. H. FRESHFIELD, *A Manual of Roman Law —the Ecloga—* en *The Emperors Leo III and Constantine V of Isauria at Constantinople,* A. D. 726 (Cambridge, 1926).

E. MARIN, *Saint—Théodore* (París, 1906). Serie *Les Saints*.

F. C SCHLOSSER, *Geschichte der Bilderstürmenden Kaiser des Ostromischen Reiches* (Francfort, 1812).

F. GFRORER, *Der Bildersturm,* en su *Byzantinische Geschichten* (Graz, 1873), II.

G. A. SCHNEIDER *Der Heilige Theodor Von Studion, Sein Lebén Und Werke* (Münster, 1900).

G. OSTROGORSKY, *Studien zur Geschichte des Hyzantinischen Bilderstreites* (Breslau, 1929).

G. VASILIEVSKI, *La legislación de los iconoclastas. Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública*, vol. CXCIX, CC (1878).

GARDNER, *Theodore of Studion. His life and times* (Londres, 1905).

H. LECLERQ, *Culte et querelle des images*. Cabrol et Leclerq, Dictionnaire d'archeologie et de liturgie, vol. VII (París, 1926).

I. D. ANDREIEV, *Germán y Tarasio, patriarcas de Constantinopla: su vida y su obra en relación con la historia de las turbulencias iconoclastas* (Serguiev Posad, 1907).

J. H. LUPTON, *Saint John Of Damascus* (Londres, 1882).

J. HERGENRÓTHER, *Photius, Patriarch von Constantinopel: sein Leben, seine Schriften und das Griechisclie Schisma* (Regemburg, 1867—1869).

J. LANCEN, *Johannes von Damaskus* (Gotha, 1879).

K. SCHENK, *Kaiser León III,* I Teil. (Halle, 1880).

K. SCHENK, *Kaiser Leons III Waltem im Innern. Byz. Zeits,* V (1896).

KRUMBACHER, *Kasia. Sitzitngsberichte der Philos.* Akademie der Wissenchaften, III. (1897).

La mejor obra sobre el período 802—867 es la de J. B. BURY, *A History of the Eastern Roman Empire from the Fall of Irene to the accession of Basil I, A. D. 802—867*

(Londres, 1912). LUIS BREHIER, *La Querelle des Images, VIII—IX siecles* (París, 1904).

N. GROSSU, *El Bienaventurado Teodoro de Studion: Su época, su vida, sus obras* (Kiev, 1907).

N. JORGA, *Los orígenes de la iconoclastia.* Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana, XI (Bucarest, 1924).

PERRIER, *Jean Damascéne*: Sa Vie Et Ses Écrits (Estrasburgo, 1863).

T. M. ROSSEIKIN, *El primer patriarcado de Focio, patriarca de Constantinopla* (1915). Obra importante.

V. ERMONI, *Saint Jean Damascéne* (París, 1904).

V. PREOBRAZHENSKI, *El Bienaventurado Teodoro De Studion Y Su Tiempo.* 759—826 (Moscú, 1896). Revista Eclesiástica Pastiirski Sobesednik (1893).

Capítulo VI

LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA MACEDÓNICA (867 —1056)

Y EL PERIODO DE TURBULENCIAS (1056 —1081)

Introducción.

La época de la dinastía macedónica comprende dos períodos de desigual importancia y duración: el primero va del 867 al 1025, año de la mu erte del emperador Basilio II; el otro, más breve, se extiende del 1025 al 1056, año en que murió la emperatriz Teodora, última representa nte de esta dinastía.

El primero de los dos períodos fue el más brillante de la historia política de Bizancio. Las gue rras orientales y septentrionales, dirigidas contra árabes, búlgaros y rusos, fueron, a pesar de algunos reveses sufridos a fines del siglo IX y principios del X, coronadas de espléndidos éxitos en la segunda mitad del siglo X y comienzos del XI. El triunfo del Imperio bizantino fue partic ularmente notable bajo Nicéforo Focas y Juan Tzimiscés y alcanzó su apogeo con Basilio II. A esta sazón los movimientos separatistas del Asia Menor habían terminado; la influencia bizantina en Siria se afirmaba; parte de A rmenia había sido añadida al Imperio y la otra reducida a vasallaje; Bulgaria estaba convertida en provincia romana y la joven Rusia, tras recibir el cristianismo transmitido por Bizancio, entablaba con el Imperio estrechas relaciones en los campos rel igioso, político, comercial e intelectual.

El Imperio, entonces, se halló en el apogeo de su gloria. Una considerable obra, legislativa — expresada por la publicación de un código gigantesco, las *Basílicas,* y por una serie de famosas Novelas dirigidas contra la s usurpaciones de los grandes terratenientes— y un progreso intelectual, al que se hallan asociados los nombres del patriarca Focio y de Constantino Porfirogénito, aumentan más la gloria e importancia del primer período de la dinastía macedónica.

Después del año 1025 y la primera desaparición de la gran figura de Basilio II, el Imperio entró en un período de turbaciones y revoluciones palatinas que lo condujeron a los años de anarquía del período 1056 —1081. Con los Comnenos, que ascendieron al trono en 1081, el Imperio había de conocer otro nuevo siglo de grandeza. El orden se restableció y durante algún tie mpo volvieron a prosperar las letras y las artes.

El problema del origen de la dinastía macedónica.

La cuestión del origen del fundador de la dinastía m acedónica ha sido muy debatido y resuelto de diversas maneras, a veces contradictorias. Las fuentes difieren mucho sobre ese punto. Mientras las fuentes griegas hablan del origen armenio o macedonio de Basilio I, las fuentes a rmenias aseguran que el empera dor era de sangre armenia muy pura, y las fuentes árabes hacen de Basilio un eslavo. Por eso se ve aplicar a Basilio, ora el nombre, generalmente admitido, de M acedonio, ora de Armenio, ora de Eslavo, que le atribuyen, sobre todo, los historiadores rusos a nteriores al último cuarto del siglo XIX. La mayoría de los eruditos consideran a Basilio un armenio establecido en Macedonia y hablan de su dinastía como de una dinastía armenia. Pero, considerando que había muchos armenios y eslavos entre la población de Macedonia, cabe suponer que Basilio fue de origen semiarmenio o semieslavo[134]. De creer a un historiador que ha estudiado

[134] *A. Vasili ev, El origen del emperador Basilio el Mace donio (1906).*

especialmente la época de Basilio, la familia de éste pudo haber tenido origen armenio, unirse conyugalmente con eslavos, tan abundantes en Macedonia, y así, "eslavizádose" gradual y pr ofundamente[135]. De modo que si se quiere descubrir una definición más exacta de la dinastía macedónica desde el punto de vista de sus elementos etnográficos, puede dársele el nombre, más correcto, de dinastía armenioeslava. En época reciente los sabios han logrado determinar el no mbre de la población natal de Basilio: la ciudad macedonia de Chariupolis[136].

La vida de Basilio antes de su exaltación al trono fue extraordinaria. Joven y desconocido, acudió a Constantinopla a buscar una mejor posición económica y social. Atrajo la atención de los cortesanos por su alta estatura, su notable fuerza y su habilidad en la doma de caballos salvajes. Los relatos que corrían a propósito de Basilio llegaron a oídos del empera dor Miguel III, quien le llamó a su corte, le hizo quedarse a su lado y acabó dejándose influenciar por su nuevo favorito, el cual no tardó en ser proclamado coemperador y coronado como tal en la iglesia de Santa Sofía. Basilio recompensó de manera cruel l os favores del emperador. Al advertir que Miguel empezaba a mostrarle desconfianza, le hizo asesinar por sus amigos y se proclamó emperador. A su muerte, el trono pasó a sus hijos, León VI, el Filósofo o el Sabio (886—912), y Alejandro (886—913). El hijo de León, Constantino VII Porfirogénito (913—959), fue muy indiferente a los asuntos públicos y consagró todo su tiempo a la literatura, pasando la vida en compañía de las personas más instruidas de su época. Dejó la administración en manos de su suegro, el enérgico almirante Romano Lecapeno (919 —944), al que "un poco de sangre vertida y numerosos perjurios elevaron a la cúspide de las ambiciones humanas"[137]. En 944 los hijos de Romano Lecapeno obligaron a su padre a abdicar y retirarse a un monasterio, declará ndose ellos emperadores. Fueron depuestos al año siguiente por Constantino Porfirogénito, quien reinó sólo del 945 al 959. Su hijo, Romano II, sólo gobernó cuatro años (959 —963) y murió dejando a su mujer, Teófano, con dos hijos men ores: Basilio y Constant ino. Teófano contrajo matrimonio con el mejor general del Imperio, Nic éforo Focas, el cual fue proclamado emperador (Nicéforo II Focas, 963 —969). Su reinado terminó de una manera trágica. Fue asesinado el 969, pasando la corona a Juan Tzimiscés (969 976), cuyas pretensiones al trono se fundaban en estar casado con Teodora, hermana de Romano II e hija de Constantino VII Porfirogénito. Sólo después de la muerte de Juan Tzimiscés, los dos hijos de Romano II, Basilio II, apodado el Bulgaróctonos o Matador de Búlgaros (976—1025), y Consta ntino VIII (976—1028) se hicieron realmente dueños del Imperio. La administración se concentró sobre todo en manos de Basilio II, bajo cuyo reinado el Imperio alcanzó la cima de su poder y gloria. Tras su muerte empezó la decadencia de la dinastía macedónica. Al morir Constantino VIII, el anciano senador Romano Argiro casó con Zoé, hija de Constantino, siendo nombrado emperador y reinando de 1028 a 1034. Zoé le sobrevivió y, teniendo ya cincuenta y seis años, casó con su amante, M iguel el Paflageón, el cual, a instancias de su mujer, fue proclamado emperador, reinando, con el nombre de Miguel IV el Paflagón de 1034 a 1041. Bajo su reinado y el muy corto de su sobrino, Miguel V el Calafate (1041 1042), emperador ocasional y figura t an insignificante como su tío, se produjeron en el Imperio hondo descontento y desórdenes sociales muy graves. El resultado fue la deposición de Miguel V, a quien se sacaron los ojos. Durante un par de meses el Imperio fue gobernado por la extraordinaria a sociación de Zoé, viuda por segu nda vez, y su hermana menor, Teodora. El mismo año Zoé se casó en terceras nupcias y su nuevo marido fue proclamado emperador, reinando de 1042 a 1055 con el nombre de Constantino IX Monómaco. Zoé murió antes que su tercer m arido, pero Teodora sobrevivió a Constantino M onómaco, y a la muerte de éste quedó soberana única del Imperio (1055—1056). El reinado de Zoé y Teodora es el segundo (después del de Irene) y último ejemplo de gobierno femenino en B izancio. Una y otra

[135] *A. Vogt, Basile Ier et la civilisation byzantine á la fin du IXe sié cle (París, 1 908).*

[136] *A. Papadópulos—Kerameus, Fontes historiae Imperii Trapezuntini (Petrópolis 1807) . V. N. A. Bees, Eine unbeachtete Quelle üb er die Abstammung des Kaiser s Basilios I des Macedo niers (1923).*

[137] *S. Runciman, The Emperor Romanus Lecapenus and hi s reign. A Study of tenth—century Byzantium (Cambridge, 1929)*

ocuparon el trono como basilisas autócratas y soberanas, es decir, como e mperatrices de los romanos. Poco antes de su muerte, Teodora, cediendo a las exigencias del partido de la corte, eligió sucesor en el anciano patricio Miguel el Estratonico o Estratiótico, quien ascendió al trono al morir Teodora en 1056. Teodora fue el último miembro de la dinastía macedónica, que ocupó el trono durante 189 años.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS EMPERADORES MACEDONIOS

Relaciones con los árabes y Armenia.

La principal tarea que halló ante si Basilio I fue la lucha contra los árabes. Circunstancias excepcionalmente favorables permitían hacer grandes cosas en aquel sentido, ya que el Imperio estaba en paz con Armenia al este, Rusia y Bulgaria al norte, Venecia y el emperador de O ccidente al oeste. Si se añaden a eso las disensiones intestinas del califato oriental, provocadas por la creciente influencia de los turcos en la corte árabe; la separación de Egipto donde se fundó en 868 la dinastía independientede los Tulunídas; las gu erras civiles que dividían a los árabes de África del Norte y la difícil situación de los omeyas de España en medio de una población i ndígena cristiana, es perfectamente claro que Basilio se hallaba en una situación ventajosa para luchar con éxito contra l os árabes de Oriente y de Occidente. Pero aunque el Imperio peleó contra los árabes de manera casi ininterrumpida durante todo el reinado de Basilio I, no se aprov echó plenamente de las circunstancias exteriores.

Las operaciones militares empezaron con ven taja hacia el 870, en la región oriental del Asia Menor, dirigiéndose contra los adeptos de la secta de los paulicianos. El emperador tomó la ciudad principal de los paulicianos; Tefrícia (Devrigui). Este éxito no sólo acreció la extensión de los territori os bizantinos, sino que puso también a Basilio en contacto directo con los árabes de Oriente. Los ejércitos bizantinos y árabes mantuvieron varios combates encarnizados y luego la lucha tomó la forma de choques anuales y sin grandes consecuencias. La victo ria fue a veces favorable a los griegos y otras sonrió a los árabes, pero al fin la frontera bizantina del Asia M enor adelantó mucho hacia el este.

Las relaciones de Basilio con los árabes de Occidente tuvieron más importancia. Los árabes poseían entonces la mayor parte de Sicilia y ocupaban algunos puntos del sur de Italia. La turbulenta situación de Italia había provocado la intervención del emperador de Occidente, L udovico II, quien ocupó la importante ciudad de Bari. Basilio se alió a Ludovico para una acción común contra los árabes. Pero esta alianza no produjo los efectos apetecidos y se rompió. Muerto Ludovico, la población de Bari entregó la ciudad a los funcionarios bizantinos.

Entre tanto los árabes se apoderaban de Malta, posición estratégica de p rimer orden. El 878 tomaron por asalto Siracusa, después de un asedio de nueve meses. Poseemos una interesa nte descripción del sitio de Siracusa, debida a un testigo ocular, el monje Teodosio, que vivía e ntonces en Siracusa y a la caída de la ciudad fue ca utivo de los árabes en Palermo. Teodosio cue nta que durante el cerco el hambre predominaba en toda la ciudad. Los habitantes hubieron de alimentarse con hierba, pieles y huesos de animales mezclados con agua. Se llegaron a comer cadáveres de adultos y niños. De todo esto resultó una epidemia que arrebató en poco tiempo muchas vidas. Tras la pérdida de Siracusa sólo quedó a Bizancio en Sicilia, como plaza importante, Tauromenium o Taormina, en la costa oriental de la isla. La toma de Siracusa por los árabes señaló un momento crítico en la política exterior de Basilio y pareció presagiar el fracaso de su plan de conjunto contra los árabes.

La caída de Tarento (Italia meridional) en manos de las tropas de Basilio y el triunfante avance de los bizantinos, tierra adentro de Italia, bajo el mando de Nicéforo Focas, en los últimos años del reinado de Basilio, pueden considerarse un cierto consuelo después del desastre de Siracusa.

Aunque la alianza occidental contra los árabes de Sicilia hubiese arrojado consecuencias negativas, Basilio ensayó otra alianza con el rey armenio Asho Bagratida contra los árabes orie ntales. La alianza estaba a punto de formalizarse cuando murió el emperador.

A pesar de la pérdida de Siracusa y de algunas campañas desgraciadas contra los musulmanes, Basilio logró aumentar en cierta medida la extensión de lo territorios bizantinos en Asia Menor y devolver a Bizancio la autoridad que había perdido en la Italia del sur. "El anciano B asilio —dice el más reciente historiador de ese período — podía morir en paz. Había cumplido en Oriente en Occidente una tarea militar muy importante y a la vez una gran obra civilizadora. El Imperio, tal como Basilio lo dejó, era más fuerte e imponente que cuando lo había recibido". B asilio había vivido en paz con todos sus vecinos, salvo los árabes. No sucedió igual a su sucesor, León VI, el Filósofo (886—912). Estalló la guerra entre Bizancio y los búlgaros, concluyendo con la victoria de éstos. Durante esta guerra los magiares (húngaros) aparecieron por primera vez en la historia bizantina. A fines del reinado de León los húngaros acamparon a las puertas de Constantinopla. Armenia, aliada de los bizantinos y expuesta a constantes invasiones árabes, no rec ibió de Bizancio la ayuda esperada. A esto vino a unirse el cuarto casamiento del emperador, que suscitó profundas turbaciones interiores. Este conjunto de complicaciones exteriores e internas tuvo por resultado que el problema de la lucha contra el Islam se hiciera cada vez más complejo y difícil para el Imperio.

Las campañas contra los árabes fueron ineficaces en general bajo el reinado de León VI. En los choques militares crónicos que se producían en los confines orientales, los árabes consigui eron tantos éxitos como los griegos. Ni uno ni otros ganaron mucho en a quellos encuentros. En Occidente, los musulmanes ocuparon Rhegium (Reggio) en el litoral italiano del estrecho de Mesina. Así, el estrecho quedó del todo en manos mahometanas. Los árabes tomaron el 903 Taormina, último punto fortificado de la Sicilia bizan tina. Con la caída de esta ciudad, Sicilia quedó de hecho completamente en manos de los árabes. Las pequeñas poblaci ones que aun pertenecían a los griegos no desempeñaron papel alguno en la historia ulterior de Bizancio. La política oriental de León VI dur ante la segunda mitad de su reinado fue indepe ndiente en absoluto de sus relaciones con los árabes de Sicilia.

Al principio del siglo X hubo numerosas manifestaciones de la actividad de la flota musulmana. Desde fines del siglo IX los piratas cretenses ven ían efectuando incursiones devastadoras en el Peloponeso e islas del Egeo. Tales incursiones crecieron en peligrosidad cuando emp ezaron a actuar de concierto las flotas cretense y siria. El golpe realizado contra Tesalónica por la flota musulmana en 904, b ajo la dirección del renegado griego León de Trípoli, fue el hecho de armas más famoso que ejecutaron los árabes en aquel período. La toma de la ciudad exigió un asedio largo y difícil. A los pocos días de la ocupación, los vencedores, cargados de abundant es cautivos y ricos despojos, hiciéronse otra vez a la vela hacia el este y Siria. Tras este desastroso suceso, el gobierno bizantino se preocupó de fortificar Tesalónica. Poseemos un relato detallado del ataque árabe a la ciudad: la dramática exposición d el sacerdote Juan Cameniatis, testigo oc ular que atravesó todos los rigores del asedio.

Los éxitos navales de los árabes obligaron a los emperadores bizantinos a procurar la mejora de su propia escuadra. Resultado de sus esfuerzos fue la brillante victoria lograda en 906 sobre los árabes en el Egeo por el general bizantino Himerio. Pero la expedición marítima envi ada por León VI, bajo la dirección del propio Himerio, contra los aliados árabes orientales y cr etenses, concluyó en un completo fracaso para el Imperio. En el detallado análisis que hace de la composición de las fuerzas expedicionarias, Constantino Profirogénito, en *De Cerimoniis aulae byzantinae* , indica la presencia de 700 rusos.

Así, la lucha contra los árabes, bajo León VI, fracasó del todo. En Occidente se perdió en definitiva la isla de Sicilia; en Italia del sur las tropas bizantinas no lograron progreso alguno después de ser relevado Nicéforo Focas; en la frontera oriental los árabes avanzaban lenta, pero continuamente, y en el mar la flota d e Bizancio sufrió varias graves derrotas.

Es interesante observar que, a pesar de la animosidad religiosa y los choques militares, los bizantinos, en sus documentos oficiales, expresaban a veces sentimientos de viva amistad hacia los

árabes. Así, Nicolás e l Místico, patriarca de Constantinopla en aquel período, escribía "al muy ilustre, muy honorable y "muy amado" emir de Creta, que "los dos poderes del universo entero, el poder de los sarracenos y el de los romanos, se distinguen y brillan como dos astros en el firmamento. Por esta sola razón debemos vivir en común como hermanos, aunque sean dive rsos nuestros usos, costumbres y religión".

Durante el largo reinado de Constantino VII Porfirogénito (913 —959) y de Romano Lecapeno (919—944), el Imperio bizantino no pudo luchar eficazmente contra los árabes hasta la tercera década del siglo X, ya que todas sus fuerzas estaban ocupadas en la guerra búlgara. Felizmente para Bizancio, el califato atravesaba entonces un período de desintegración, de luchas intestinas y de formación de nuevas dinastías independientes. No obstante, cabe mencionar una operación afortunada de la flota bizantina. En 917, el pirata renegado León de Trípoli, que el 904 se había apoderado de Tesalónica, fue aplastado en Lemnos por la escuadra bizantina.

A continuación de las campañas búlgaras se revelaron generales de mucho talento en los ejércitos griego y árabe. El griego Juan Curcuas fue, con frase de un cronista, un "segundo Trajano o Belisario", y tomó "alrededor de millares de ciudades". Incluso se le consagró una obra especial, que no ha llegado a nosotros. Su talento hizo alzarse una nueva aurora en la frontera de Orie nte" y con él "un nuevo espíritu pareció animar la política oriental del Imperio, un espíritu de ofensiva y de confianza" (Runciman). Los árabes tuvieron también un jefe eminente en la persona de Saif — Abdallah, miembro de la dinastía independiente de las hamdanidas, que gobernó Alepo. Su corte fue un brillante centro de actividad literaria y los contemporáneos llamaron a su época la "Edad de Oro". Poco antes de mediados del siglo X, Curcuas alcanzó muchas victorias en la Armenia árabe y ocupó numerosas ciudades de la Alta Mesopotamia. En 933 tomó Mitilene y en 944 la ciudad de Edesa fue obligada por las tropas griegas a entregar una preciosa reliquia que poseía: la imagen milagrosa del Salvador (*mandilion*), que fue transportada con gran pompa a Con stantinopla.

Aquel fue el último triunfo de Curcuas. Sus éxitos, y sobre todo el último, habían hecho de él, según Runciman, "el hé roe del momento". Su popularidad inquietó al gobierno y a fines del año 944 Cu rcuas fue relevado de su puesto. Casi a la vez caía Romano Lecapeno y a los pocos meses sus hijos, quedando Constantino Porfirogénito como único emperador. "Era el fin de una épo ca. Nuevos actores iban a moverse en escena" (Runciman).

La época de Romano Lecapeno tuvo gran importancia para la política oriental de Bizancio. Después de tres siglos de defensiva, el Imperio, bajo la dirección de Romano y de Juan Curcuas, e mprendió una triunfante ofensiva. Al final de aquel período la frontera difería mucho de la hallada por Romano al llegar al poder. En conjunto las provincias fronterizas estaban a salvo de las incu rsiones árabes. Durante los doce años últimos del reinado de Romano, los invasores musulmanes sólo atravesaron dos veces la frontera. Fue el mismo Romano quien nombró general a aquel Cu rcuas que fue "el más brillante soldado que el Imperio había producido desde hacía varias gener aciones. Él infundió nuevo espíritu a los ejérci tos imperiales y los condujo a la victoria, muy al interior de las tierras infieles... Juan Curcuas fue el primero de una línea de brillantes conquistadores y, como primero, tiene derecho a los mayores elogios, una parte de los cuales debe atr ibuirse a Romano Lecapeno, que fue quien escogió a Curcuas y bajo cuyo reinado el Imperio c onoció veinte años de gloria" (Runciman). Los últimos años de Constantino Porfirogénito trajeron encarn izados combates contra Saif y, aunque los griegos fueron vencidos en varias batallas, la lucha concluyó con la derrota de los árabes en el norte de Mesopotamia, atravesando los bizantinos el Éufrates. Durante aquellos años de lucha, Juan Tzimiscés, futuro emperador, se distinguió por su talento militar. En cambio, una expedición marítima organizada el 949 contra los árabes de Creta fracasó por completo, costando a Bizancio numerosas naves. 629 rusos estaban entre los soldados de Bizancio que participaron en aquella campaña. Los constantes choques entre bizantinos y musulmanes en O ccidente (Italia y Sicilia) no influyeron en el curso general de los acontecimientos.

Las conquistas orientales de Juan Curcuas y Juan Tzimiscés, que llevaron lasfronteras bizantinas más allá del Éufrates, inauguran para Bizancio una serie de victorias sobre los

sarracenos. Con expresión del historiador francés Rambaud, "todos los fracasos de Basilio I estaban vengados; quedaba abierto el camino hacia Tarso, hacía Antioquía, hacia Chipre y hacia Jerus alén, y cuando Constantino VII, enfermo, de regreso de su peregrinación al Olimpo, recibió los postreros sacramentos de la Iglesia griega, pudo regocijarse de que bajo su reinado se hubieran hecho tan grandes cosas por la causa de Cristo. Había inaugurado, tanto para Oriente como para Occidente, para los heleno s como para los francos, la era de las Cruzadas".

Durante el corto reinado de Romano II (959 —963), un general capaz y enérgico, el futuro emperador Nicéforo Focas, ocupó Creta, destruyendo así aquel nido de piratas árabes que había aterrorizado a la poblac ión de las islas y costas del mar Egeo. Al reconquistar Creta, el Imperio recup eraba un importante punto estratégico y mercantil en el Mediterráneo. Nicéforo Focas obtuvo igual éxito en la guerra emprendida a continuación en Oriente contra Saif. Tras un tr abajoso asedio, Nicéforo ocupó temporalmente Alepo, residencia de los hamdánidas.

La obra de los tres emperadores siguientes —Nicéforo Focas, Juan Tzimisees y Basilio II Bulgaróctonos — constituye por sí sola las páginas más brillantes de la historia milita r del Imperio en su lucha contra el Islam.

Durante los seis años de su reinado (963 —969), Nicéforo Focas concentró toda su atención en el Oriente, aunque a veces la solicitasen los actos hostiles de los búlgaros, cada vez más am enazadores, como secuela de la intervención del príncipe ruso Sviatoslav. Parte de las fuerzas de Bizancio fue retenida también por los choques con el emperador germano Otón el Grande, en Italia. En Oriente, las tropas bizantinas, después de la ocupación de Tarso, conquistaron Cilici a. A la vez la flota de Bizancio arrebataba a los árabes la importante isla de Chipre. A propósito de la caída de Tarso, Yaqut, geógrafo árabe del siglo XIII relata una historia muy curiosa fundada en los relatos de los refugiados de los distritos sometido s. Según esa narración, Nicéforo Focas hizo plantar, como emblemas, en los muros de Tarso, dos estandartes, el uno "de la tierra de los romanos", el otro "de la tierra del Islam", ordenando a los heraldos que proclamasen que en to rno al primero debían reun irse cuantos deseasen la justicia, la imparcialidad, la seguridad de sus bienes, de su familia, de su vida, de sus hijos, buenos caminos, buen trato y leyes justas, mientras en torno al segundo habían de congregarse los que desearan el adulterio, una legis lación opresora, violencias, extorsiones, confiscaciones de propiedades y usurpaciones de tierras.

La ocupación de Cilicia y Chipre abría a Nicéforo el camino de Siria. Comenzó, pues, a trabajar en la realización de su sueño favorito: la conquista de Antio quía, corazón de Siria. Entró, pues, en Siria y asedió Antioquía, pero como se evidenciara pronto que el sitio había de ser dificultoso y largo, el emperador, abandonando el ejército, se volvió a la capital. En su ausencia v durante el último año de su rei nado (969) sus soldados tomaron Antioquía. El fin principal quedaba alca nzado. Cayó en manos de los vencedores considerable botín. "Así fue reconquistada por las armas cristianas, el 29 de octubre de 969, la gran Antioquía, la gloriosa Teópolis (nombre dado a la ciudad por Justiniano el Grande), la población de los grandes patriarcas, de los grandes santos, de los concilios y de las herejías"[138].

A poco de la toma de Antioquía, los bizantinos ocuparon una ciudad siria aun más importante: Alepo. Poseemos el in teresante texto del acuerdo redactado entre el general bizantino y el gobernador de Alepo[139]. El tratado determina con mucha exactitud los límites y número de los distritos sirios cedidos al emperador bizantino y de los que éste debía convertirse en soberano . La principal ciudad cedida era Antioquía. La ciudad de Alepo (en árabe Haleb) se convertía en E stado vasallo del Imperio. La población musulmana pagaría a Bizancio un impuesto especial, mientras los cristianos de los distritos vasallos quedaban exentos d e toda carga fiscal. El emir de Alepo consentía en ayudar al emperador en las guerras de éste contra los no musulmanes de aquellas provincias. Igualmente se comprometía a proteger a las caravanas comerciales bizant inas que

[138] *G. Schlumberger, Un emperateur byzantin: Nicéphore Phocas (París, 1890).*

[139] *En las obras del historiador árabe del siglo XIII Kamal al—Din.*

pudiesen penetrar en su territori o. Se garantizaba a los cristianos la reconstrucción de sus iglesias destruidas. Se aseguraba la libertad de conversión del cristianismo al mahometanismo y recíprocamente. El tratado se concluyó después de morir asesinado Nicéforo Focas (fines del 969). Ja más los musulmanes habían sufrido a manos bizantinas humillación como la que les i nfligió Focas. Perdían Cilicia y parte de Siria y una porción considerable de su territorio quedaba bajo la soberanía del Imperio.

Yahia—ibn—Said de Antioquía, historiador ár abe del siglo XI, declara que la población de las provincias musulmanas tenía la certeza de que Nicéforo se apoderaría de toda Siria y otras provi ncias. "Las incursiones de Nicéforo —escribe aquel cronista— se convirtieron en un placer para sus soldados, p orque nadie les atacaba ni se les oponía. Avanzaba adonde quería, destruía lo que deseaba sin encontrar un musulmán, ni hombre alguno, fuese quien fuera, que le hiciese retroc eder o le impidiese obrar a su grado... nadie podía resistirlo". En Occidente la política de Nicéfero Focas fracasó. Bajo su reinado los musulmanes conquistaron en Sicilia las últimas poblaciones bizantinas, quedando toda la isla en manos de los árabes. La principal tarea que incumbió a Juan Tzimiscés (969 —976), sucesor de Focas, fue conservar lo conquistado por su predecesor en Cilicia y Siria. Durante los primeros años de su reinado, Juan no pudo participar personalmente en las operaciones militares de la frontera oriental a causa de las guerras rusa y búlgara y de la insurrección de Bardas Focas, sucesos que requerían la atención del emperador con plena exclusividad. Juan Tzimiscés quedó victorioso en el norte y aplastó la insurrección de Bardas. El difícil problema italiano se resolvió casando a la princesa bizantina Teófano con el heredero del trono germánico, el futuro emperador Otón II. Resueltas estas diversas cuestiones, pudo Juan Tz imiscés ocuparse del frente oriental.

Sus campañas contra los musulmanes de Oriente fueron muy brillantes. Sobre la última poseemos una fuente intere sante conservada en las obras del historiador armenio Mateo de Edessa. Es una carta dirigida por Juan Tzimiscés a su aliado Aschod III, rey de Armenia. Por esa misiva se ve que el objetivo final del emperador era conquistar Jerusalén y emprender una verdad era cruzada. Partiendo de Antioquía con su ejército, entró en Damasco y luego, dirigiéndose al sur, avanzó por Palestina. Las ciudades de Nazaret y Cesárea se entregaron espontáneamente al e mperador. La propia Jerusalén empezó a "implorar clemencia". "Si e sos malditos africanos que habían establecido allí su residencia —escribe el emperador en su carta a Aschod — se nos hubiesen refugiado en las fortalezas del litoral, habríamos ido, con ayuda de Dios, a Jerusalén y hubiésemos podido orar en los Santos Lugar es". Pero antes de marchar sobre Jerusalén, Juan ll evó sus fuerzas al norte, "siguiendo el camino que bordea el mar" y se apoderó de varias ciudades situadas sobre aquel camino. En la misma carta leemos: "Ahora toda Fenicia, Palestina y Siria están liberad as de la tiranía de los musulmanes y obedecen a los romanos". La carta, por supuesto, contiene muchas exageraciones. Comparándola con los informes auténticos que nos da el historiador árabe Yahia —ibn—Said, se advierte que los resultados de la campaña de Pa lestina fueron menos importantes. Según toda probabilidad, el ejército bizantino no rebasó mucho la frontera siria.

De regreso las tropas bizantinas a Antioquía, el emperador volvióse a Constantinopla, donde murió el 976. Según un cronista bizantino "todas las naciones quedaron espantadas por los ataques de Juan Tzimiscés. Él agrandó el territorio de los romanos; los sarracenos y los armenios huyeron ante él; los persas le temieron; hombres de todas las naciones le llevaban presentes, i mplorándole que hicie se la paz con ellos; avanzó hasta Edesa y hasta el río Éufrates y la tierra se llenó de ejércitos romanos; Siria y Fenicia fueron holladas por las pezuñas de los caballos rom anos, y él consiguió grandes victorias. La cortadora espada del cristiano se abatí a como una hoz"[140].

Las provincias conquistadas por Juan Tzimiscés en su última campaña no fueron agregadas al Imperio. El ejército retornó a Antioquía, que fue la principal base de operaciones de las tropas bizantinas en Oriente durante la última parte del siglo X.

---

[140] *Jorge Hamartoli, Continuator (ed. Muralt, p. 865).*

Bajo el sucesor de Juan, Basilio II (976 —1025), las circunstancias no se mostraron favorables a una política ofensiva en Oriente. Las amenazadoras insurrecciones de Bardas Skleros y de Bardas Focas en Asia Menor y la persistente guerra búlgara requerían la atención continua de Basilio. No obstante, reprimidas las rebeliones, el emperador peleó contra los musulmanes varias veces a pesar de que continuaba la guerra búlgara. Las posesiones sirias del Imperio estaban muy amenazadas por el califa de Egipto y la ciudad vasalla de Alepo fue ocupada varias veces por ejércitos enemigos. Apareciendo personalmente, y a veces de improviso, en Siria, Basilio logró restaurar allí la influencia bizantina, pero no pudo hacer nuevas conquistas importantes. Al c omenzar el siglo XI el emperador firmó un tratado de paz con Hakim, califa egipcio de la dinastía fatimita. Durante los últimos veinte años del reinado de Basilio no hubo choques graves con los musulmanes, pero Alepo sacudió su vasallaje.

Aunque oficialmente ex istieran relaciones pacíficas entre Basilio y Hakim, este último en ocasiones persiguió con crueldad a los cristianos, lo que debió disgustar no poco a Basilio como emperador ortodoxo. En 1009, Hakim ordenó destruir la iglesia del Santo Sepulcro y del Gólg ota, en Jerusalén. Las reliquias y tesoros de la iglesia fueron entregados al pillaje, los monjes de sterrados y los peregrinos perseguidos. Un historiador árabe contemporáneo, Yahia de Antioquía, declara que el ejecutor de la implacable voluntad de Hakim a plicó "todos sus esfuerzos a destruir el Santo Sepulcro, arrasándolo hasta el suelo. Lo hizo pedazos casi totalmente y lo aniquiló"[141]. Los cristianos y los judíos, aterrorizados, acudían en masa a las oficinas del gobierno musulmán prometiendo renegar de su religión para abrazar la islámica. El decreto en que Hakim ordenaba la destrucción del templo fue firmado por un ministro cristiano.

Parece que Basilio II no hizo nada en defensa de los cristianos perseguidos ni de sus santuarios. Después de la muerte de Hakim (1021), se abrió un periodo de tolerancia, y en 1023, N icéforo, patriarca de Jerusalén, fue enviado a Constantinopla para anunciar que las iglesias y sus bienes habían sido restituidos a los cristianos, que la iglesia del Santo Sepulcro y todas las d emás destruidas en Siria y Egipto habían sido reedificadas y que, en general, los cristianos vivían seg uros bajo el gobierno del califa[142] Desde luego, en el relato de la reconstrucción de los templos en tan breve período debe suponerse parte de exageración.

En Occidente, los árabes de Sicilia seguían efectuando incursiones en la Italia del sur. El gobierno bizantino, ocupado en otros problemas, no podía evitarlo. La intervención del emperador Otón II de Alemania, emparentado por alianza matrimonial con la d inastía bizantina, obtuvo al principio algunos éxitos en Italia, pero al cabo los árabes infligieron una dura derrota a Otón. Hacia el fin de su reinado Basilio II comenzó a preparar una gran expedición para reconquistar Sicilia, más murió mientras se ocup aba en tales preparativos.

La anarquía que siguió a la muerte de Basilio reanimó el valor de los árabes, quienes tomaron la ofensiva y lograron triunfos, sobre todo en la comarca de Alepo. La situación del Imp erio quedó restablecida en cierto grado merced al joven y talentoso general Jorge Maniaces, quien logró ocupar Edesa en 1032 y recuperar la segunda reliquia de la ciudad, la carta apócrifa de J esucristo a Abgaro, rey de Edesa[143]. Después de la toma de esta ciudad, el emperador Romano III propuso a los musulmanes un tratado de paz. Las dos primeras estipulaciones que presentaba concernían a Jerusalén y merecen atención especial. Exigía el emperador en la primera cláusula que los cristianos tuviesen derecho a reconstruir todas las iglesias destruidas y convenía en que la reedificación del templo del Santo Sepulcro se hiciese a expensas del tesoro imperial. La segu nda condición reservaba al emperador el derecho de nombrar al patriarca de Jerusalén. Las neg ociaciones transcurrieron con lentitud, porque no existía acuerdo sobre varias cláusulas del trat ado. Pero parece que el califa no se oponía a las dos primeras estipulaciones. El pacto definitivo se firmó en 1036 y por él el emperador obtenía el derecho de restaurar a su costa la iglesia del Santo Sepulcro.

---

[141] *Rosen, El emperador Basilio Bulgaróctonos (San Petersburgo, 1883)*

[142] *La fuente aquí es Yahia también.*

[143] *Ya mencionamos antes la primera reliquia de Edesa: la imagen milagrosa del Salvador.*

En 1046 un viajero persa, Nasir —i—Khusrau visitó la iglesia restaurada, edificio espacioso, capaz de contener ocho mil personas y construido con mucho arte. Se distinguía por sus mármoles de colores, su ornamentación y sus esculturas. En el interior el temp lo estaba decorado enteramente con pinturas y cubrían las paredes telas de brocado bordadas en oro. El mismo viajero persa cuenta la curiosa leyenda de que el emperador había visitado Jerusalén, pero como mero particular, de incógnito, pudo decirse. "En lo s días en que Hakim reinaba en Egipto, el césar griego vino de esa manera a Jerusalén. Cuando Hakim supo la nueva de su llegada, llamó a uno de sus coperos y le dijo: 'Hay un hombre que es tal y tal y a quien hallarás sentado en la mezquita de la Ciudad Sa nta. Vete, acércate a él, y dile que Hakim te envía a él para que no piense que yo, Hakim, ignoro su venida; más dile que no se turbe, que ningún mal designio tengo contra él'[144].

A pesar de varias victorias de Jorge Maniaces, los esfuerzos del emperador p ara reconquistar S icilia no se tradujeron en resultados apreciables. Es interesante notar que la expedición de Sicilia comprendía la compañía (*druzhina*) de varengo —rusos que servía al Imperio. Harald Hardrada, el famoso héroe de las sagas escandinavas, participó también en la campaña militar.

Desde mediados del siglo XI el Imperio iba a encontrarse frente a un nuevo enemigo: los turcos selyúcidas, que tan preponderante papel desempeñaron en las épocas siguientes de la historia de Bizancio.

Haciendo un examen de las relaciones musulmana—bizantinas en la época de la dinastía macedónica, vemos que los esfuerzos de Juan Curcuas, Nicéforo Focas, Juan Tzimiscés y Bas ilio II produjeron el resultado de llevar las fronteras orientales hasta el Éufrates y que Siria, c on Antioquía, se incorporó de nuevo al territorio de Bizancio. Si se prescinde del período de turb ulencias que siguió a la muerte de Basilio II, puede decirse que aquella fue la época más brillante de la historia de las relaciones de Bizancio con los árabe s de Oriente.

A la vez se desarrollaban entre el Imperio y Armenia relaciones muy importantes y frecuentes.

Durante siglos Armenia había sido "una tea de discordia" entre Roma y Persia. Aquella antigua lucha había terminado, a fines del siglo IV, con el re parto del "Estadotapón" sito entre las dos potencias. La parte occidental —y más pequeña— con la ciudad de Teodosiópolis (hoy Erzerum) había pasado a poder del Imperio romano y la mayor y más grande a manos de los pe rsas sasánidas, bajo quienes fue conoci da por el nombre de Pcrsarmenia. Con frase de un historiador, la división política de Armenia en dos partes, oriental y occidental, tuvo por consecuencia una escisión "cultural" en la vida del pueblo armenio, a causa de la diferencia de las dominaci ones persa e iraniana"[145]. Justiniano el Grande había introducido en Armenia grandes reformas civiles y militares., proponiéndose destruir ciertos usos locales y transformar Armenia en una provincia imperial ordinaria.

En el siglo VII, después de conquistar a Siria y vencer a Persia, los árabes ocuparon Armenia. Las fuentes armenias, griegas y árabes dan relatos contradictorios de aquel suceso. Más tarde los armenios procuraron aprovechar las turbulencias del califato, las cuales apartaban con frecuencia de los prob lemas armenios la atención de los árabes, y varias veces trataron de sacudir el nuevo yugo. Las tentativas de insurrección fueron castigadas por los árabes con tremendos pillajes y devastaciones. Marr estima que a principios del siglo VIII Armenia había qu edado completamente arruinada por los árabes. Según él, dos señores feudales fueron exterminados con la mayor crueldad y los gloriosos monumentos de la arquitectura cristiana fueron destruidos. En resumen, el fruto de todo el esfuerzo civilizador de los si glos precedentes quedó aniquilado"[146].

---

[144] *A Diary of a Journey through Syria and Palestina, por Yasir—i—Khusrau, trad. por Cuy le Strange (Londres, 1896). Palestine Pilgrim's Text Society, vol. IV.*

[145] *N. Adonz, Armenia en la época de Justiniano (San Petersburgo, 1908).*

[146] *N. Marr, La civilización del Cáucaso y Armenia (Gaceta del ministerio de Instrucción Pública , t. LVII (junio 1915).*

Llegó un momento en que el califato necesitó la ayuda armenia para luchar contra el Imperio bizantino, y en consecuencia otorgó, a mediados del siglo IX, el título de "Príncipe de los príncipes" al armenio Aschod, de la familia de los bagrátidas. La sabia administración de A schod fue reconocida por todos, y a finales del siglo IX el califa le dio el título de rey. Con esto se estableció en definitiva un nuevo reino armenio, gobernado por la dinastía bagrátida. Al llegar las nuevas de tales sucesos a Basilio I, poco antes de su muerte, el emperador se apresuró a co nceder honor análogo al nuevo rey de Armenia y le envió una corona real, firmando además un tratado de amistad y alianza con él. En una carta que Basilio dirigió a Aschod llamábale su muy querido hijo y le daba la seguridad de que Armenia sería siempre, entre todos los Estados, el aliado más íntimo del Imperio[147]. Todo esto demuestra claramente que tanto el califa como el emperador necesitaban a Aschod bagrátida y d eseaban contar con su ayuda en la cruenta lucha que ambos mantenían entre sí.

La anarquía subsiguiente a la muerte de Aschod provocó una intervención árabe en los asuntos interiores armenios. Sólo bajo el reinado de Aschod II, "el de Hierro", en la primera mitad del siglo X, el territorio armenio fue liberado con ayuda de tropas bizantinas y del rey de Iberia (Georgia). Aschod visitó en persona la corte de Romano Lecapeno, donde se le hizo una acogida triunfal. Aschod II fue el primer soberano que tomó el título de *Shahinshah* ("Rey de reyes") en Armenia. En la segunda mitad del siglo X, Aschod III trasladó la capital oficial de su reino a la fortaleza de Ani, ciudad que a continuación se adornó de magníficos edificios y convirtióse en próspero centro de civilización. Hasta la guerra de 1914 —18, las ruinas de Ani se hallaban en t erritorio de Rusia, y un sabio ruso, N. Marr, consagró mucho tiempo a estudiarlas con detalle. Sus búsquedas obtuvieron magníficos resultados y sus brillantes descubrimientos fueron de la mayor importancia, no sólo para la historia de Armenia y la civilización de los pueblos caucásicos en general, sino también para la de la influencia bizantina en el Oriente cristiano, que aquellos h allazgos nos permiten conocer mejor. En Armenia estallaron nuevas turbulencias en relación con las invasiones de los turcos selyúcidas bajo Basilio II, quien hubo de ponerse en persona al frente de un ejército en los distritos cercanos al Cáucaso, lo que hizo una vez terminada la guerra búlg ara. El resultado de la expedición fue agregar al Imperio parte de Armenia, quedando la otra sometida a vínculos de vasallaje. Esta nueva expansión del Imperio en Oriente valió a Basilio una recepción triunfal en la capital y fue la última victoria militar del activo y glorioso reinado del anciano basileus. Veinte años después, reinando Constantino Monómaco, Ani, la nueva capital de Armenia, fue ocupada por Bizancio. Así concluyó el reinado de los bagrátidas. El último representante de la dinastía fue invitado a instalarse en Constantinopla, recibie ndo tierras en Capadocia, una pensión y un palacio a orillas del Bósforo, a cambio de su Estado perdido. "Con la adquisición del reino de Ani, el Imperio poseía el macizo montañoso que cubría hacia el este la región de Iberia, arrebatada en 1021 al rey de los abazes... A la sazón tenía, en la frontera oriental, un territorio compacto, sin parcelación ni corte, entre los países de Ani y el lago de Van" (Laurent).

Pero Bizancio no pudo mantenerse en Armenia. La población estaba muy descontenta de la política administrativa y religiosa del gobierno central. Además, la mayoría de las tropas de ocupación fueron llamadas a Europa para defender a Constantino Monómaco contra la insurre cción de León Tornikios y luego contra los pechenegos. Los turcos selyúcidas, aprovechando la situación, conquistaron poco a poco Armenia mediante repetidas incursiones.

Relaciones de Bizancio con búlgaros durante la dinastía macedónica.

La guerra búlgara es, más aun que la guerra árabe, el hecho capital de la historia exterior de la dinastía macedónica. En la época del zar Simeón, Bulgaria se convirtió en el enemigo más temible del Imperio, llegando a poner en peligro el poder del emperador. Pero los emperadores de la casa macedonia sometieron por completo el reino búlgaro, haciendo de él una provincia bizantina.

---

[147] *Juan Catholicos, Histoire d'Arménie, trad. Saint—Martin (París, 1841).*

En el reinado de Basilio I hubo relaciones pacíficas entre Bulgaria y Bizancio. A raíz de la muerte de Miguel III concluyeron favorablemente las negociaciones concernientes al restablec imiento de la un ión de las Iglesias griega y búlgara. El rey Boris envió a su hijo Simeón a Constantin opla, para que fuese educado allí. Tales relaciones de amistad eran muy ventajosas para los dos países. Libre de inquietudes en su frontera septentrional, Basilio pudo la nzar todas sus fuerzas a la lucha contra los árabes en Oriente, moviéndolas en el corazón del Asia Menor, y contra los musulmanes de Occidente, en Italia. A su vez, Boris necesitaba la paz para reorganizar su Estado, tan recientemente convertido al cristia nismo.

En el reinado de León VI (886) se rompió la paz por razones económicas: tratábase de ciertos derechos aduaneros muy perjudiciales al comercio búlgaro. Tenía entonces Bulgaria por rey al famoso Simeón, educado, como dijimos, en Constantinopla. Su "pasión por saber le llev aba a releer los libros de los antiguos"[148]. Prestó grandes servicios a su reino en las esferas de la civilización y la instrucción. Sus vastos planes políticos habían de ser realizados a costa de B izancio. León VI, comprendiendo que no podía oponer a Simeón un ejército suficiente (pues las tropas bizantinas estaban absorbidas por la guerra árabe), llamó en su socorro a los salvajes m agiares. Estos consintieron en invadir de improviso el norte de Bulgaria para atraer la atención de Simeón lejos de las fronteras bizantinas.

Fue aquel un momento de máxima trascendencia para la historia de Europa. A fines del siglo IX, un nuevo pueblo, los magiares o húngaros (las fuentes bizantinas los califican con frecuencia de turcos y las occidentales l os llaman a veces avaros)[149] se halló mezclado en los asu ntos internacionales de los Estados europeos. Aquella, con frase de C. Grot, fue "la primera apar ición de los magiares en la escena de los conflictos europeos, con el papel de aliados de una de las más civilizadas naciones". Al principio Simeón fue vencido varias veces por los magiares, p ero, desplegando gran habilidad, pudo salir de la difícil situación en que se encontraba. Procuró ganar tiempo negociando con Bizancio, mientras conseguía atraer a su c ausa a los pechenegos. Con ayuda de éstos batió a los magiares, obligándoles a retirarse al norte, en donde luego se asentaría su futuro Estado, en el valle del Danubio central. Tras esto, Simeón volvióse otra vez hacia Bizancio. Una victoria decisiva cond ujo a sus tropas hasta los muros de Constantinopla. El emperador, vencido, logró la paz a condición de comprometerse a no ejecutar acto alguno hostil a los búlgaros y a enviar anualmente a Simeón ricos regalos.

Después del asedio y saqueo de Tesalónica por los árabes (904), Simeón mostró vivos deseos de unir aquella ciudad a su reino. León VI no consiguió evitarlo sino a trueque de ceder a los búlgaros otras comarcas del Imperio. Poseemos una interesante inscripción, grabada en un mojón de piedra en la fron tera búlgaro—bizantina, en 904, y relativa al arreglo convenido entre ambas potencias[150]. El historiador búlgaro Zlatarski dice respecto a esa inscripción: "Por los té rminos de aquel tratado, todos los territorios eslavos de la Macedonia meridional y de la A lbania meridional de entonces, que hasta aquella fecha habían pertenecido al Imperio bizantino, se co nvertían (904) en búlgaros. En otros términos, Simeón unía bajo el cetro búlgaro todas aquellas tribus eslavas de la península balcánica que dieron a la na cionalidad búlgara su definitivo aspe cto". Entre esa época y finales del reinado de León no hallamos nuevos choques entre Bulgaria y el Imperio bizantino.

Durante el período transcurrido entre la muerte de León VI y la de Simeón el Búlgaro en 927, hubo ent re Bizancio y Bulgaria hostilidades casi ininterrumpidas. Simeón dedicó todos sus esfuerzos a tratar de tomar Constantinopla. En vano el patriarca Nicolás el Místico le envió humi ldes epístolas, escritas, "no con tinta, sino con lágrimas"[151]; en vano se esforzó en intimidarle

[148] *Nicolás el Místico, Epístola, XX.*

[149] *El problema del origen de los magiares es muy complejo. Resulta dificilísimo precisar si eran de origen turco o finés.*

[150] *F. I. Uspenski, El mojón de piedra de la frontera búlgaro —bizantina bajo Simeón (Boletín del Instituto Arqueológico Ruso de Constantin opla, t. III (1898).*

[151] *Nicolás el Místico, Epistola , V.*

amenazándole con una alianza que el Imperio haría con los rusos, los pechenegos, los alanos y los turcos de Occidente, es decir, los magiares o húngaros. Simeón sabía muy bien que aqu ellas alianzas eran irrealizables y las amenazas del p atriarca no le produjeron efecto alguno. Los búlgaros obtuvieron sobre los griegos varias victorias. La más importante fue la de 917, a orillas del Aqueloo, no lejos de Anquialos, en Tracia, donde quedaron destrozadas las tropas bizantinas. León el Diácono, que visitó el campo de batalla a fines del siglo X, escribía: "Aun hoy pueden verse montones de osamentas cerca de Anquialos, en el lugar donde el derrotado ejército romano fue destruido de manera poco gloriosa".

Tras aquella batalla quedó abierto para S imeón el camino de Constantinopla. Pero el 918 los ejércitos búlgaros hubieron de emplearse en Servia. Al año siguiente (919), el enérgico e inteligente almirante Romano Lecapeno fue, como vimos, proclamado emperador. Los búlgaros avanzaban entre tanto hac ia los Dardanelos. El 922 tomaron Adrianópolis (Odrin, la Edirne turca).

Las tropas búlgaras progresaron entonces hacia la Grecia media, y por otra parte llegaron a Constantinopla, amenazando ocuparla. Los palacios imperiales sitos extramuros fueron ince ndiados. A la vez Simeón procuraba hacer alianza con los árabes, para asediar la capital de co ncierto con ellos. Toda Tracia y Macedonia, excepto Constantinopla y Tesalónica, estaban en m anos búlgaras. Las excavaciones del Instituto Arqueológico Ruso de Cons tantinopla, hechas no lejos de Aboba, en el nordeste de Bulgaria, han sacado a la luz varias columnas destinadas a la vasta iglesia contigua al palacio real y en las cuales están inscritos los nombres de las ciudades bizantinas ocupadas por Simeón. La pose sión de los más de los territorios bizantinos de la península balcánica contribuyó a que Simeón se titulara "Emperador de los búlgaros y los griegos".

En 923 ó 924 se celebró al pie de los muros de Constantinopla una famosa entrevista entre Simeón y Romano Lecapeno. El emperador debía acudir por mar al punto de la entrevista en su nave imperial, y Simeón por tierra. Romano llegó el primero. Los dos monarcas cambiaron cumplidos mutuos y mantuvieron una discusión. Nos han llegado las palabras del bizantino (e n la crónica de Teófanes Continuatus). Se acordó una especie de tregua. Las condiciones, relativamente, no eran muy rigurosas. Romano debía ofrecer a Simeón un presente cada año.

Simeón creyó oportuno retirarse, renunciando a Constantinopla, por prever un grave peligro que le amenazaba. El reino servio, recientemente formado, había emprendido tratos con los bizantinos. Además, las negociaciones de Simeón con los árabes no dieron el resultado que se buscaba. Más tarde Simeón empezó a organizar otra expedición contra Constantinopla, pero m urió durante los preparativos.

Bajo Simeón el reino búlgaro comprendía una extensión enorme. Llegaba de las orillas del mar Negro a las del Adriático y del Danubio inferior a la Macedonia y Tracia centrales, hasta Tesal ónica. Al nombre de Simeón está unida la idea de la primera tentativa de reemplazar el dominio griego en la península de los Balcanes por la supremacía eslava.

Sucedió a Simeón el débil Pedro, quien por su matrimonio emparentó con el emperador bizantino. Se conv ino un tratado de paz. Bizancio reconocía el título real de Pedro y el patriarc ado búlgaro establecido por Simeón. La paz había de durar cuarenta años. Después de tan brilla ntes victorias búlgaras, las condiciones de paz eran muy moderadas y bastante satis factorias para Bizancio. "Apenas disfrazaban la decadencia de la pujanza búlgara" (Runciman). Tratábase de un verdad ero éxito debido a la política enérgica y prudente de Romano Lecapeno.

La "Gran Bulgaria" de la época de Simeón fue desgarrada por disturbio s interiores durante el reinado de Pedro.

A la vez que disminuía la potencia política de Bulgaria, los magiares, unidos a los pechenegos, invadían Tracia el 934, avanzando hasta Constantinopla. En 943 reaparecieron en Tracia. Romano Lecapeno hizo con ellos una paz de cinco años. La paz se renovó a la caída de Romano, durando todo el reinado de Constantino Porfirogénito. Después, en la segunda cincuentena del siglo X, los magiares invadieron la península balcánica varias veces.

La decadencia política de Bulg aria fue muy provechosa para Bizancio. Nicéforo Focas y Juan Tzimiscés lucharon sin interrupción contra los búlgaros, ayudados por el príncipe ruso Sviatoslav, a quien llamó en su ayuda Nicéforo Focas. Pero cuando los éxitos de las armas en Bulg aria pusieron a Sviatoslav en las fronteras imperiales, el emperador concibió una inquietud viva y legítima, ya que las tropas rusas se internaron tanto en territorio bizantino que, según ant iguo cronista ruso, Sviatoslav "casi alcanzó las murallas de Zarigrad" (Cons tantinopla)[152]. Juan Tzimiscés se dirigió con su ejército contra los rusos, so pretexto de proteger a Bulgaria contra sus nuevos conquistadores. Venció a Sviatoslav, ocupó toda la Bulgaria oriental y se apoderó de la familia real búlgara en pleno. Bajo el re inado de Juan se consumó en definitiva la anexión de la Bulgaria oriental.

Al morir el emperador, los búlgaros, ayudados por las complicaciones interiores sobrevenidas en el Imperio bajo Basilio II, se sublevaron contra la dominación bizantina. Su jefe principal fue Samuel, enérgico soberano de la Bulgaria occidental e independiente, y que, según parece, fundó una nueva dinastía, siendo "uno de los más eminentes monarcas del primer Imperio búlgaro"[153].

Durante bastante tiempo, la lucha de Basilio II contra Sa muel redundó en ventaja del último, sin duda porque las fuerzas del Imperio estaban empeñadas en las guerras orientales. Samuel ocupó muchos nuevos distritos y se proclamó rey de Bulgaria. A principios del siglo XI la fortuna c omenzó a sonreír a Basilio, q uien sostuvo la lucha con tan atroz dureza que recibió el sobreno mbre de *Bulgaróctonos*, esto es, "Matador de búlgaros". Cuando Samuel se halló ante catorce mil búlgaros a quienes Basilio II había mandado cegar, devolviéndolos en tal estado a su patria, rec ibió tal impresión que le costó la vida. Muerto Samuel, Bulgaria era harto débil para resistir a los griegos, y no tardó en ser conquistada por ellos. En 1018 dejó de existir el primer reino búlgaro, quedando transformado en provincia bizantina bajo un gob ernador imperial. No obstante, conservó hasta cierto punto su autonomía interior.

La sublevación surgida en Bulgaria contra el Imperio a mediados del siglo XI, bajo la dirección de Pedro Delian, fue reprimida con rigor, y motivó la supresión de la autonomia búlgara.

Bajo el dominio bizantino la cultura helenística penetró hondamente entre los búlgaros. Pero la nacionalidad búlgara subsistió, preparando así el nacimiento del segundo reino búlgaro en el siglo XII.

El Imperio bizantino y Rusia en la época de la dinastía macedónica.

Bajo la dinastía macedónica hubo relaciones muy movidas entre Rusia y Bizancio. Según la crónica rusa, el año 907, reinando León VI, el príncipe ruso Oleg acampó ante los muros de Constantinopla con una numerosa escuadra. Después de saquear los arrabales de la capital y dar muerte a muchos de sus habitantes, Oleg obligó al emperador a entrar en negociaciones y co ncluir un tratado con él. Aunque todas las fuentes bizantinas conocidas, tanto orientales como o ccidentales, no mencionan e sa expedición ni el nombre de Oleg, el relato —no desprovisto de detalles legendarios — del cronista ruso, descansa en fundamentos históricos ciertos. Es muy probable que el acuerdo de 907 se confirmase en 911 con un tratado formal que, según el croni sta, concedía a los rusos importantes privilegios mercantiles.

La famosa historia de León el Diácono, fuente inestimable para la segunda mitad del siglo X, contiene un pasaje muy interesante, que no suele apreciarse como merece y que debe, empero, ser considerad o el único texto griego donde se halla una alusión a los tratados convenidos con Oleg. Es

---

[152] *Crónica Laurentina , 971 (en eslavo antiguo).*

[153] *El problema de la Bulgaria occidental y de la oriental, en aquella época, es muy complejo y controvertible. Recientemente se ha emitido la hipótesis de que Juan Tz imiscés conquistó toda Bulgaria, tanto el este como el oeste, y que sólo a su muerte, aprovechando las discordias intestinas de Bizancio, Samuel se levantó en la zona occidental consiguiendo fundar su Imperio esloveno macedonio. D. Anastasijevk, Una hipótesis sobre la Bu lgaria occidental (Boletín de la Sociedad Científica de Skoplic).*

la amenaza, dirigida a Sviatoslav, que León el Diácono pone en boca de Juan Tz imiscés: "Espero que no hayáis olvidado la derrota sufrida por vuestro padre, Igor, quie n, con desprecio de los pactos jurados, llegó por mar ante la ciudad imperial seguido de un gran ejército y de numerosos bajeles"[154]. Esos "pactos jurados" concluidos por los rusos con Bizancio antes del reinado de Igor, deben ser los de Oleg, mencionados po r el cronista ruso.

No carece de interés enlazar la alusión de las fuentes bizantinas concerniente a la presencia de tropas auxiliares rusas en el ejército bizantino desde principios del siglo X, con la cláusula correspondiente del tratado de 911 (tal como la da la crónica rusa), que permitía a los rusos se rvir, si lo deseaban, en el ejército del emperador bizantino[155].

No es superfluo indicar que, en 1912, un sabio judío de América, Schechter, tradujo al inglés y publicó los fragmentos existentes de un muy i nteresante texto medieval judío respecto a las relaciones kázaro —ruso—bizantinas en el siglo X. La importancia de ese documento para nue stro caso radica en que menciona el nombre de "Helgu" (Oleg), rey de Rusia, y contiene, entre otros testimonios nuevos s obre ese personaje, el relato de su infructuosa expedición a Constantinopla[156]. Las dificultades cronológicas y topográficas que presenta ese texto sólo ahora empiezan a ser estudiadas y por tanto es muy pronto para pronunciar juicio cierto sobre tal documento, de indiscutible interés. En todo caso, la publicación de ese texto ha tenido como resultado poner otra vez en debate la cronología de Oleg transmitida por las antiguas crónicas rusas.

Reinando Romano Lecapeno, la capital fue atacada dos veces por el pr íncipe ruso Igor. El nombre de éste no se ha conservado sólo en las crónicas rusas, sino que se halla también en las fuentes griegas y latinas. Su primera campaña data del 941. La realizó con numerosas naves que bogaron hacia la costa bitinia del mar Negro y hacia el Bósforo. Ya allí, los rusos devastaron el litoral, avanzando hasta Crisópolis (hoy Escutari, frente a Constantinopla). La expedición term inó con el completo fracaso de Igor. Muchos barcos rusos fueron destruidos por el fuego griego. Los restos de la flota de Igor retornaron hacia el norte. Los rusos prisioneros de los griegos rec ibieron la muerte.

La segunda expedición de Igor (944) se ejecutó con fuerzas mucho más considerables. El croni sta ruso dice que Igor levantó un gran ejército de avareng os, susos, polianos, eslavos, kriv iches, tivertsianos y pechenegos"[157]. El emperador de Bizancio, asustado ante tales preparativos, envió la flor de su nobleza a ofrecer a Igor y a los pechenegos ricos regalos. Los nobles bizantinos prometieron a Igor pagarl e un tributo semejante al percibido por Oleg. Pero Igor, a pesar de todo, avanzó hacia Constantinopla. No obstante, al llegar ante el Danubio co nsultó a sus compañeros (su *druzhina*) y resolvió aceptar las propuestas del emperador y volverse a Kiev. Al año siguiente griegos y rusos negociaron un tratado, mucho menos ventajoso para los últimos que el de Oleg. Aquel tratado de paz debía durar "mientras el Sol brillara y el mundo existiera, en los siglos presentes y en los venideros"[158]. De hecho, la paz duró veinticinco años y tuvo la mayor importancia para Bizancio, entonces ocupado en sostener contra los árabes de Oriente una guerra de vasto alcance.

Las relaciones de amistad establecidas por aquel tratado tomaron forma más concreta bajo Constantino VII Porfiro génito. En 957, la gran princesa rusa Olga (Elga) fue a Constantinopla, donde la recibió con gran pompa el emperador, acompañado de la emperatriz y el heredero del

---

[154] *León el Diácono, Historiae , VI.*

[155] *A. Vasiliev, Bizancio y los árabes en la época de la dinastía macedónica (San Petersburgo, 1902).*

[156] *S. Schechter, An Unknow Khazar Document (Jewis s Quarterly Review), nueva serie (Filadelfia, 1912—1913).*

[157] *Las tribus mencionadas en tercero, quinto y sexto lugar pertenecían a la rama eslava oriental, y se habían establecido en los valles del Dniéper y sus afluentes, así como en los del Dniéster.*

[158] *Crónica Laure ntina. 945*

trono. La recepción hecha a Olga se describe con mucho detalle en un documento oficial co ntemporáneo (*De Cerimoniis aulae byzantinae,* II).

Ya hablamos, a propósito de las guerras búlgaras, de las relaciones de Nicéforo Focas y Juan Tzimiscés con el príncipe ruso Sviatoslav. Aun más importantes fueron las relaciones de Basilio II Bulgaróctonos con el príncipe ruso Vladimiro, cuyo nombre está tan ligado a la conversión de Rusia al cristianismo.

En la novena década del siglo X la situación del emperador y su dinastía se presentaba como crítica. Bardas Focas, que dirigía una insurrección contra Basili o, había ocupado casi toda el Asia Menor y se acercaba a la capital, a la vez que las provincias norteñas del Imperio estaban amenazadas de una invasión búlgara. En tan difíciles circunstancias, Basilio apeló al príncipe Vladimiro y logró acordar una alianza con él. Vladimiro enviaría un refuerzo de seis mil ho mbres, a cambio de lo cual obtendría la mano de la hermana del emperador, Ana, ofreciendo co nvertirse al cristianismo, con su pueblo. Con ayuda del regimiento auxiliar ruso, llamado generalmente la "c ompañía (*druzhina*) variego—rusa".

Basilio sofocó la insurrección de Bardas Focas, el cual fue muerto. Pero Basilio vacilaba en ejecutar su promesa relativa al casamiento de su hermana. Entonces el príncipe ruso asedió y tomó la importante plaza bizantina d e Querson (o Korsún), en Crimea, y obligó a Basilio a ceder. Vladimiro fue bautizado y se casó con la princesa Ana. No se sabe con certidumbre sí la conve rsión de Rusia al cristianismo debe ser situada en 988 ó en 989. Unos historiadores adoptan la primera fecha y otros la segunda. Se establecieron relaciones de amistad y paz entre Rusia y el Imperio bizantino, y tales relaciones duraron mucho. Los dos países hacían un importante comercio mutuo.

Según una fuente, en 1043, se produjo un incidente ruso —bizantino. Los "mercaderes escitas" (es decir, rusos) de Constantinopla tuvieron con los griegos una contienda, en cuyo curso murió un noble ruso (Psellos, *Chronographia*). Según todas las probabilidades, aquel incidente, explotado por Rusia, motivó una nueva exp edición contra el Imperio bizantino. El gran duque Yaroslav el Sabio, envió a su hijo mayor Vladimiro con un gran ejército, embarcado en numerosas naves, hacia las costas bizantinas. Pero, gracias al fuego griego, la flota rusa fue destruida casi completam ente y los restos del ejército de Vladimiro tuvieron que emprender la retirada. Esta expedición fue la última iniciada por Rusia contra Constantinopla en la Edad Media. Los cambios etnográficos que se produj eron en las estepas de lo que es hoy Rusia meridional, a mediados del siglo XI, a causa de la ap arición de la tribu turca de los polovtzianos, suprimieron toda posibilidad de relaciones directas entre Rusia y el Imperio bizantino.

El problema pechenego en la época de la dinastía macedónica.

Los pechenegos (*patzinakitai* en las fuentes griegas, *pecheiniegs,* en las crónicas rusas) ejercieron en el síglo XI una influencia considerable y prolongada en los destinos del Imperio. Poco antes de la primera Cruzada, los pechenegos, por primera y única vez en su bre ve existencia histórica, estuvieron a punto de desempeñar en la historia universal un papel muy importante, del que hablaremos a su tiempo.

El Imperio bizantino conocía de mucho atrás a los pechenegos. Éstos se habían establecido, en un momento dado del si glo IX, en el territorio de la Valaquia contemporánea, al norte del Danubio inferior, y en las llanuras de la Rusia meridional, ocupando las tierras comprendidas entre el Bajo Danubio y el Dniéper. En ocasiones, incluso rebasaron este último límite. Al oes te, por el lado de Bulgaria, las fronteras de su territorio eran muy definidas, pero al este no podían existir límites estables, porque los pechenegos se veían sin cesar empujados hacia el oeste por otras tribus bárbaras, sobre todo los cumanos y los uzos o polovtzianos. Para comprender con más claridad los sucesos históricos posteriores, ha de tenerse presente que pechenegos, uzos y cumanos, tribus de

origen turco, estaban, por ello, emparentados con los turcos selyúcidas[159] que empezaron a amenazar las pose siones bizantinas en Asia Menor en el siglo XI. El diccionario o léxico cumano ha llegado a nosotros y prueba convincentemente que la lengua cumana está muy vinculada a las demás lenguas turcas, no ofreciendo con ellas sino diferencias dialectales. Aqu ellos lazos de parentesco racial entre pechenegos y turcos selyúcidas debían tener en adelante un papel de importancia.

Los emperadores bizantinos consideraban a los pechenegos como sus más importantes vecinos al norte, y eran, en efecto, tales tribus, factor esencial del mantenimiento del equilibrio de naci ones (equilibrio compartido con los rusos, los magiares, los búlgaros y el Imperio bizantino) en la Europa oriental. Constantino Porfirogénito dedica varias páginas a los pechenegos en su libro *Sobre la administración del Imperio* , escrito en el siglo X y dedicado a su hijo y presunto sucesor, Romano. El regio escritor aconseja a su hijo que mantenga ante todo la paz con los pechenegos para bien del Imperio, ya que mientras haya buena inteligencia entre el Imperio y los pechenegos, dice el autor, ni rusos ni magiares ni búlgaros podrán atacar el territorio bizantino. Se de sprende también de diversos pasajes del libro que los pechenegos servían de intermediarios a las relaciones comerciales de los distritos bizantinos de Crimea (tema de Querson), con Rusia, Kaz aria y otros países vecinos. Los pechenegos desempeñaban, pues, en el siglo X, un papel muy importante, a la par político y económico, en las preocupaciones del Imperio bizant ino.

En la segunda mitad del si glo X y comienzos del XI, cambiaron las circunstancias. La Bulgaria oriental fue, como vimos, conquistada bajo Juan Tzimiscés, y Basilio II prosiguió la conquista hasta colocar toda Bulgaria bajo el dominio bizantino. Los pechenegos, antes separados del Imperio por los búlgaros, pasaron a ser vecinos inmediatos de aquél. Aquellos nuevos vecinos eran tan fuertes, tan numerosos, siempre listos para atacar, que el Imperio no pudo op oner resistencia suficiente a su ofensiva, provocada a su vez por el empuje de los pólovtses. Véase en qué términos habla Teofilacto de Bulgaria, el escritor eclesiástico del siglo XI, acerca de las invasiones de los pechenegos, a quienes llama escitas: “Su invasión es como un relámpago; su retirada es a la vez pesada y ligera: pesad a de botín, ligera por la rapidez de su huida... Lo más terrible es que son más numerosos que las abejas a principios de primavera y nadie sabe cuántos millares o decenas de millares son, puesto que su número es incalculable”.

Sin embargo, hasta mediados d el siglo XI los pechenegos no fueron peligrosos para el Imperio. Sólo lo empezaron a serlo cuando, a mediados del mismo siglo, franquearon el Danubio.

V. G. Vasilievski, primer historiador que ha esclarecido el papel histórico de los pechenegos, escribió e n 1872, respecto a la penetración de aquellos pueblos en territorios bizantinos: “Ese suceso, que ha escapado a la atención de todos los historiadores modernos, tuvo una impo rtancia considerable para la historia de la Humanidad. Por sus consecuencias fue c asi tan impo rtante como el cruce del Danubio por los godos, que abrió la era llamada de las invasiones bárb aras”[160].

Constantino Monómaco (1042 —1055) designó tierras en Bulgaria para que se estableciesen los pechenegos y les dio tres fortalezas a orillas del Danubio. Los pechenegos debían d efender las fronteras del Imperio contra las invasiones de las tribus emparentadas con ellos que h abían quedado a la otra orilla del río y también contra las invasiones de los príncipes rusos.

Pero los pechenegos del norte del Danubio avanzaban irresistiblemente hacia el sur. En el primer período de su emigración los pechenegos pasaron el Danubio en vastas masas (alg unas fuentes hablan de ochocientos mil hombres) y llegaron hasta Adrianópolis. Algunos de sus destacamentos al canzaron Constantinopla. Pero las tropas de Constantino Monómaco podían r esistir muy bien a los pechenegos y les infligieron terribles derrotas. Sin embargo, a finales del reinado de Constantino la situación empeoró. La última expedición del emperador cont ra los

---

[159] *Bachanak significa cuñado, en turco. Aplicado a los pechenegos ya lo notó el caballero de Hammer, en su Gcschichte des Osmanischen Reiches (Pesth, 1823).*

[160] *V. Vasilievski, Bizancio y los pechenegos (1890).*

pechenegos concluyó con el exterminio completo del ejército bizantino. He aquí lo que acerca de ello se lee en la obra de Vasilievski: “En una tremenda noche de matanza, los aplastados regimientos bizantinos fueron exterminados por los bárbaros casi sin resistencia. Sólo muy pocos de ellos pudieron huir y llegar a Adrianópolis. Todo el provecho de las victorias anteriores se pe rdió”.

Tras esta terrible derrota el Imperio no podía continuar la lucha contra los pechenegos. El emp erador hubo de comprar la paz a alto precio. A cambio de los generosos presentes ofrecidos por el emperador, los pechenegos prometieron vivir pacíficamente en las provincias que ocupaban al norte de los Balcanes. El emperador confirió, además, títulos honoríficos bizantinos a lo s príncipes pechenegos.

Así, en los últimos años de la dinastía macedónica, y sobre todo en el reinado de Constantino Monómaco, los pechenegos fueron los más temibles enemigos septentrionales del Imp erio.

Relaciones de Bizancio con europa occidental.

Hemos de recordar ante todo los éxitos de los árabes en Sicilia e Italia meridional en aquella época.

Por otra parte, a mediados del siglo IX, la República de San Marcos (Venecia) se libró por completo del dominio bizantino, convirtiéndose en Estado independie nte. El Imperio y el nuevo Estado negociaron juntos, pero como naciones independientes entre sí, los asuntos dipl omáticos ulteriores. En el siglo IX sus respectivos intereses coincidían en muchos puntos, sobre todo respecto al avance de los árabes por la I talia del sur y de los eslavos en el litoral adriático.

En el reinado de Basilio I se cruzó una interesante correspondencia entre el emperador y Ludovico II. De esas cartas, que nos han llegado, resulta que se entabló por entonces viva controversia entre los dos soberanos a propósito de haber asumido ilegalmente Ludovico II el título imperial. De este modo la coronación del año 800 proyectaba sus consecuencias hasta la segunda mitad del siglo IX. Ciertos historiadores han afirmado que la carta de Ludovico a Basilio es apócrifa, pero otros, más recientes, no lo aceptan así. En todo caso, los esfuerzos de Basilio para aliarse con Ludovico no tuvieron éxito.

La ocupación de Bari y Tárento por los bizantinos, y los éxitos de Nicéforo Focas sobre los árabes en el mediodía de Italia, acrecieron la influencia de Bizancio en Italia a finales del reinado de Basilio. Los Estados italianos de segundo orden, como los ducados de Nápoles, Ben evento y Spoleto, el principado de Salerno y otros, cambiaron de actitud respecto al Imperio en vista del sesgo que tomaba la campaña bizantina contra los árabes. Olvidando el reciente cisma de la Iglesia oriental, el Papa Juan VIII abrió activas negociaciones con Basilio. El Pontífice comprendía bien el peligro que los árabes hacían so bre Roma. En sus esfuerzos para llegar a una alianza política con el Imperio de Oriente, el Papa se mostró dispuesto a muchas concesiones. Algunos historiadores tratan incluso de explicar por esto la ausencia de emperador en Occidente durante tres años y m edio después de la muerte de Carlos el Calvo (877). Según ellos, el Papa difirió la coronación de un emperador occidental para no herir al bizantino, cuya ayuda era tan necesaria a Roma.

Bajo León VI, las posesiones bizantinas en Italia se dividieron en do s themas: Calabria y Longobardia. El tema calabrés abarcaba los restos del vasto tema de Sicilia, falto de la isla siciliana, conquistada del todo por los árabes a raíz de la caída de Siracusa y Taormina. Por otra parte, León VI, a continuación, según pare ce, de los éxitos logrados por las armas bizantinas en Italia, separó en definitiva la Longobardia del tema de Cefalonia o Islas Jónicas, constituyendo con aquélla un thema independiente, mandado por un estratego propio. Luego, en el curso de guerras incesantes en que no siempre fueron victoriosos los bizantinos, los límites de Calabria y Longobardia cambiaron sin cesar.

Coincidiendo con el aumento de la influencia bizantina en la Italia del sur se advierte, en el siglo X, un constante crecimiento del núme r o de monasterios e iglesias griegos. Algunos de los entonces creados se convirtieron en importantes centros espirituales.

En el mismo siglo, el Imperio bizantino e Italia fueron testigos de la aparición de un nuevo soberano poderoso: el monarca germánico O tón I, que recibió la corona imperial en Roma, de manos del Papa Juan XII, en 962. Otón es conocido en la historia como "fundador del Sacro I mperio Romano—Germánico". Una vez asumido el titulo imperial, Otón se esforzó en adueñarse de toda Italia. De este modo atacaba directamente los intereses bizantinos, en especial en Longoba rdia. Se entablaron negociaciones entre Otón y el emperador bizantino Nicéforo Focas, quien probablemente anhelaba una alianza ofensiva bizantino —germana contra los musulmanes. Las negociaciones progresaban muy lentamente y Otón las rompió de pronto invadiendo las provi ncias bizantinas de la Italia meridional. Pero su tentativa fracasó.

Empezaron nuevos tratos. Otón envió a Constantinopla a su legado Liudprando, obispo de Cremona y an tiguo embajador en la corte bizantina en tiempos de Constantino Porfírogénito. Aquel legado no fue acogido muy cordialmente a orillas del Bósforo, y hubo de recibir graves humillaciones y muchas injurias. Más tarde escribió un relato, bastante malévolo, de su segunda residencia en Constantinopla, relato que difiere mucho de la elogiosa descripción que antes diera de su visita a la capital oriental. Se conoce su segunda descripción con el título de *Relación de la embajada de Constantinopla* ("Relatio de legatione constantinopolitana"). De esa obra se desprende que Bizancio, resucitando la antigua disputa, comenzaba otra vez a discutir el título de bas ileo al soberano occidental. Liudprando acusa a los bizantinos de débiles e inactivos y justifica las pretensio nes de su soberano. En un capitulo, escribe: "¿De quién es esclava Roma, esa Roma de la que reclamáis la liberación con tanto estrépito? ¿A quién paga impuestos la ciudad? ¿No ha sido esa antigua ciudad esclava de cortesanas? Y entonces, en una época en qu e todos los hombres dormían, y eran incluso impotentes, mi soberano, el muy augusto emperador, libró a Roma de esa vergonzosa servidumbre". Cuando Liudprando comprendió que los griegos diferían de propósito las negociaciones, a fin de ganar tiempo y prepar ar una expedición a Italia, decidió, en vista de que aquéllos le impedían comunicar con su emperador, abandonar Constantinopla a toda costa, lo que no logró sino con muchas dificultades y tras de largo tiempo.

Se rompieron las relaciones entre ambos empera dores y Otón invadió Apulia. Pero el nuevo emperador Juan Tzimisces siguió una política opuesta a la de su predecesor. No contento con hacer la paz con el soberano germánico, reforzó los lazos que le unían a él mediante el casamiento e ntre el hijo y herede ro de Otón, Otón II, y la princesa bizantina Teófano. Así se llegó al fin a la alianza entre ambos Imperios. Las invasiones musulmanas en Italia del sur, contra las cuales B asilio II, sucesor de Juan Tzmiscés, no pudo hacer nada a causa de los disturbios i ntestinos que cundían en el Imperio, obligaron al joven emperador Otón II (973 —983) a organizar una campaña contra los árabes. Vencido en una batalla, murió a poco. Desde entonces la intervención germana en los themas bizantinos de Italia cesó por largo ti empo.

A fines del siglo X se produjo una reforma administrativa en la Italia bizantina. El antiguo estratega de Longobardia fue substituido por el catápano de Italia, con residencia en Bari, y el cual, merced a que los diversos Estados de Italia se hallaba n empeñados en luchas recíprocas, pudo atender sin embarazo al difícil problema de la defensa del mediodía de Italia contra los s arracenos.

Otón III (983—1002), hijo de la princesa Teófano y contemporáneo de Basilio II, fue educado en un profundo respeto h acia Bizancio y la civilización clásica. Tuvo por maestro el famoso erudito Gerberto, que más tarde llegó a ser el Papa Silvestre. Otón III no ocultaba su desdén h acia la rudeza germánica y soñaba en restaurar el antiguo Imperio, con capital en Roma. Según James Bryce, "nadie deseó tanto como él hacer de la ciudad de las siete colinas la dueña del mundo y reducir Germania, Lombardía y Grecia a su situación natural de provincias sometidas. Nadie olvidó tanto el presente para vivir en el pasado; ningún alma p oseyó tal punto el misticismo ferviente y el respeto por las glorias del pasado sobre el cual reposaba la idea del Imperio medieval"[161]. Y aunque el prestigio de la antigua Roma viviese con fuerza en la mente de Otón, no por eso le atraía menos la Roma orien tal, aquella corte de fabulosa magnificencia donde su madre había nacido y pasado

[161] *J. Bryce, The Holy Roman Empire (Nueva York, 1919).*

sus años de niñez. Sólo siguiendo los pasos de los emperadores b izantinos esperaba Otón devolver a Roma el trono imperial. Se daba el nombre de *imperator romanus* y llamaba a la futura monarquía universal *orbis romanus.*

Aquel joven entusiasta, cuyos utópicos planes predecían complicaciones para Bizancio y dificultades para los emperadores bizantinos, murió de repente el 1002, a los veintidós años.

En tanto, las provincias bizan tinas del sur de Italia, protegidas a principios del siglo XI contra los árabes por la flota veneciana, iban a quedar expuestas a un nuevo y temible peligro: el norma ndo, que llegó a amenazar la misma existencia del Imperio de Oriente.

El primer grupo impo rtante de normandos llegó a Italia a comienzos del siglo XI, llamado por Meles, que se había sublevado contra el dominio bizantino. Pero las fuerzas unidas de Meles y los normandos fueron derrotadas cerca de Cannas, lugar famoso ya por la importante victor ia de Aníbal en la segunda guerra púnica. Parte del éxito de esta batalla debiólo Basilio II a los soldados rusos que combatían en las filas de Bizancio. La victoria de Cannas afirmó tanto la situación bizantina en Italia meridional, que en la cuarta décad a del siglo XI pudo el emperador Miguel el Paflagón preparar una expedición destinada a arrebatar Sicilia a los árabes. Mandaba la expedición Jorge Maniaces e iban en su ejército el famoso héroe escandinavo Harald Hardrada y *la druzhina* (compañía variego—rusa). Los bizantinos lograron grandes éxitos. Se ocuparon Mesina y otras ciudades. Pero Sicilia no fue reconquistada. La razón principal del fracaso se d ebió al relevo de Jorge Maniaces, en quien se sospechaban proyectos ambiciosos.

En el conflicto entre B izancio y Roma desembocado con la separación de las dos Iglesias en 1054, los normandos se pusieron al lado de Roma y empezaron a progresar, lenta, pero seg uramente, en la Italia bizantina. A fines de ese período (hacía la mitad del siglo XI) surgió entre los normandos un jefe valeroso y enérgico, Roberto Guiscardo, cuya actividad se desplegó con más amplitud en el período subsiguiente a la dinastía macedónica.

Cuestiones religiosas en la época de dinastía mac edónica.

El hecho capital de la historia de la Iglesia bizantina bajo la dinastía macedónica fue la división definitiva de la Iglesia cristiana en dos grupos de fieles: los católicos en Occidente, los ortodoxos en Oriente. Esta escisión se produjo a mediados del siglo XI, tras largas y tenaces querellas que duraron casi dos siglos.

El primer acto de Basilio I en el aspecto religioso fue deponer al patriarca Focio y restablecer a Ignacio, destituido bajo Miguel III. Con esta medida, Basilio esperaba afirmarse en un trono que no le pertenecía legítimament e, y pensaba, alcanzar un doble fin: primero mantener buenas relaciones con el Papa y luego ganarse el apoyo del pueblo bizantino, gran parte del cual era, y Basilio lo sabía, "ignaciano". En las cartas que dirigieron al Papa, Basilio e Ignacio r econocían la autoridad pontificia y su derecho de inspección sobre los asuntos de la Iglesia oriental. El emperador, por ejemplo, escribía: "Padre espiritual y divinamente reverendo Pontíf ice: Apresúrate a mejorar nuestra Iglesia y danos abundancia de bienes, a sabe r: unidad pura y una unión exenta de todo conflicto y cisma, una Iglesia una en Dios y un rebaño obediente a un solo pastor"[162]. Ignacio envió al Papa una carta llena de humildad, donde pedía al patriarca de Roma que enviase vicarios a Constantinopla. "Con e llos, (los vicarios) organizaremos exc elentemente y como conviene nuestra Iglesia, que hemos recibido de la providencia de Dios por intercesión del sublime Pedro y a vuestras instancias e intercesión". Estas cartas muestran que en aquel momento el Papado, en lo exterior, triunfaba en Oriente. Pero el Papa Nicolás no asistió a esta victoria. Las cartas que se le dirigían desde Bizancio no llegaron sino después de su muerte, siendo recogidas por su sucesor, Adriano II.

En los concilios romanos, y después en C onstantinopla, en 869, con asistencia de legados del Papa, Focio fue depuesto y anatematizado, con sus partidarios. El concilio reunido en Constant inopla el 869, fue reconocido ecuménico por la Iglesia de Occidente, que lo considera aun como tal.

---

[162] *Mansi, Conciliorum collectio, t. XVI.*

De manera que en los asuntos religiosos interiores el Imperio cedió en todo ante el Papa. Radicalmente diferente fue la actitud del emperador en el problema religioso búlgaro. Se recordará que a finales del reinado de Miguel III el clero latino había triunfado en Bulgaria. Pero Basilio I, arrostrando el descontento del Papa y la oposición de los legados pontificios, logró eliminar definitivamente de Bulgaria al clero latino y el rey búlgaro Boris llegó otra vez a una reunión con la Iglesia oriental. Este suceso había de influir mucho en el destino del pueblo búlg aro. Focio, preso y sometido a duras privaciones, continuó, a pesar de su deposición y excom unión, gozando del respeto y aprecio de sus partidarios, que le fueron fieles durante toda la duración del patriarcado de Ignacio. El propio Basilio reconoció haber obrado mal con Focio y decidió rectificar. Comenzó por llamar a Focio a la corte, confiándole la educación de sus hijos. Lu ego, al morir Ignacio a edad muy avanzada, el emperador ofreció a Focio la sede patr iarcal. La restauración de Focio señala el principio de una nueva política ante el Papa.

En 879 reunióse nuevo concilio en Constantinopla. Esta asamblea sobrepuso su magnificencia a algunos de los concilios ecuménicos. Según el historiador J. Hergenrother "fue, en conjunto, un suceso verdaderamente majestuoso, tal como no sé había visto desde el concilio de Calcedonia". Los legados del Papa Juan VIII asistieronal concilio. Éste no se limitó a absolver a Focio, levantá ndole la excomunión, sino que aquellos legados hubieron de escuchar sin protesta la lectura del símbolo de Nicea, omitiendo el *Filioque*, tan extendido en Occidente. En la última sesión del concilio, los legados proclamaron: "Si alguien rehusa reconocer a Focio como santo patriarca y rehusa comulgar con él, sea con Judas y no se le cuente entre los cristianos". El mencionado Hergenrother escribe que "el concilio se abrió con el elogio de Focio, y sus sesiones terminaron igualmente con la glorificación del patriarca".

El concilio declaró que el Papa era un patriarca como todos los demás, que no poseía autoridad alguna sobre la Iglesia universal y que, por tanto, no era necesario que el patriarca de Constantinopla fuese confirmado por el Pontífice romano.

Muy irritado por tales decisiones, el Papa e nvió un legado a Constantinopla, a fin de insistir en que se anulasen todas las medidas conciliares desagradables para el Papa. También ex igía concesiones concretas respecto a la Iglesia búlgara. Basilio y Focio no cedieron en nada. Incluso llegaron a pone r preso al legado pontificio. Cuando lo supo el Papa Juan VIII pronunció nueva vez anatema contra Focio, ante una considerable multitud de fieles.

Así se produjo una primera separación de las Iglesias. El Imperio y Roma no suspendieron del todo sus relacio nes, pero éstas eran eventuales y vagas.

Focio no conservó el patriarcado hasta el fin de sus días, porque su discípulo León VI, hijo de Basilio I, le depuso en 886. Focio murió cinco años más tarde. En el curso de su larga existencia había tenido una inte rvención capital en la vida intelectual y religiosa de Bizancio.

El reinado de Basilio I señalóse, además, por cierto número de tentativas para propagar el cristianismo entre las naciones paganas o heterodoxas. Parece que por entonces el Imperio se esforzó en convertir a los rusos al cristianismo, pero tales sucesos permanecen muy oscuros aun. Según un historiador de la época, Basilio persuadió a los rusos de que "participaran en el salutífero bautismo" (Teófanes Continuatus) y aceptaran el arzobispo nombra do por Ignacio. Pero es difícil precisar a qué rusos se refiere el autor. Bajo Basilio I se convirtieron la mayoría de las tribus eslavas establecidas en el Peloponeso. Los eslavos paganos quedaron en las montañas del Taigeto. Sábese también que Basilio I obligó a los judíos del Imperio a profesar el cristianismo.

La deposición de Focio por León VI debe explicarse en virtud de las razones siguientes: por una parte el emperador temía la creciente influencia del patriarca y su partido, y por otra deseaba elevar al patriarcado a su hermano Esteban. Con esta última medida contaba adquirir ilim itada autoridad en todos los asuntos eclesiásticos del Imperio, ya que la fuerte personalidad de Focio debía oponerse a la tendencia absolutista del emperador en materia religiosa.

Bajo los sucesores de León se nota fuerte inclinación a reconciliarse con Roma mediante concesiones mutuas.

Pero a comienzos del siglo X la cuestión religiosa produjo nuevas dificultades entre Bizancio y Roma, bajo el patriarcado de Nicolás el Mís tico, pariente y discípulo de Focio y el más notable de sus sucesores. Según Hergenrother, "los rasgos más nobles de Focio se hallan de nuevo en su discípulo Nicolás el Místico, quien se esforzó más que nadie en parecerse al tipo ideal de patriarca que, a sus ojos, simbolizaba Focio". Nicolás el Místico ha dejado cartas muy interesantes, inestimables desde el punto de vista histórico y eclesiástico.

Entre León y Nicolás surgió una disputa muy violenta a propósito del cuarto casamiento del emperador. El patriarca se oponía a su celebración alegando que contrariaba todas las leyes de la Iglesia[163]. El emperador, prescindiendo de Nicolás, obligó a otro sacerdote a que le casara con Zoé, que así se convirtió en. su cuarta mujer (las otras tres habían muerto a poco de casadas). Después de la ceremonia, ejecutada en ausencia del patriarca, León mismo puso la corona imp erial sobre la cabeza de Zoé, lo que permitió decir más tarde a Nicolás el Místico, que el emper ador había servido a Zoé "a la vez de desposado y de ob ispo". Parece que los patriarcas orient ales, interrogados sobre el asunto, habían permitido a León un cuarto matrimonio.

Aquel matrimonio produjo viva agitación en el Imperio. Nicolás fue depuesto y desterrado. En el concilio de Constantinopla se acordó ot orgar dispensa al emperador y no anular su casamiento. Tras largas deliberaciones se concedió la sede patriarcal a Eutimio.

El concilio no restableció la unión en el interior del Imperio. Se formaron dos partidos en el clero bizantino. El primero, defensor de Nicolás, se oponía a la confirmación del cuarto cas amiento del emperador y recusaba al nuevo patriarca, Eutimio. El segundo partido —la minoría—, aprobaba la decisión del concilio sobre el casamiento de León y reconocía a Eutimio como jefe de la Iglesi a. La discordia cundió por todo el Imperio y una encarnizada lucha separó a nic olaítas y eutimitas. Algunos eruditos pretenden ver en esta lucha una continuación de la antigua querella entre focianos e ignacianos, aplacada durante algún tiempo. Al fin el e mperador comprendió que sólo la energía y experiencia de Nicolás podrían terminar con aquel estado de cosas y algo antes de su muerte (912) llamó a Nicolás, depuso a Eutimio y restableció al primero en el trono patriarcal.

En interés de la paz religiosa de l Imperio, Nicolás se esforzó en reanudar las relaciones con Roma, que había aprobado el cuarto matrimonio de León. Bajo la regencia de Zoé, que reinó durante la minoridad de su hijo Constantino VII Porfirogénito, Nicolás el Místico careció de i nfluencia, pero cuando, en 919, el gobierno pasó a manos del suegro de Constantino, Romano I Lecapeno, siendo Zoé obligada a tomar el hábito monástico, Nicolás recuperó todo su influjo. El hecho principal de los años postreros de su patriarcado fue la reunión de un c oncilio en Constantinopla. A él asistieron nicolaítas y eutimitas y allí se compuso el Tomo de Unión; aprobado en sesión plenaria. Aquel acto proclamaba el cuarto casamiento "indiscutiblemente ilegítimo y nulo, porque estaba prohibido por la Iglesia y era intolerable en tierra cristiana"[164]. No se hacía alusión directa al cuarto matrimonio de León.

Los dos partidos se declararon satisfechos de la decisión del concilio. Es muy probable, como supone Drinov, que la reconciliación de eutimitas y nicolaítas fuese apresurada por "el error suscitado en Bizancio por el éxito de las armas búlgaras"[165]. Después del concilio se ca mbiaron cartas con el Papa, quien consintió en enviar a la capital dos obispos a fin de condenar los conflictos que había provocado el cuarto casamiento de León. Así se restablecieron las relaciones directas entre Roma y Constantinopla. El historiador ruso Lebediev resume el desenlace de la lucha de este modo: "El patriarca Nicolás aparece en aquél nuevo choque de las Iglesias de R oma y de Constantinopla como el mayor vencedor. La Iglesia romana hubo de ceder ante Constantinopla y

---

[163] *Se hallará un interesante estudio sobre los cuatro matrimonios de León en C. Dieh l, Figures byzantines.*

[164] *N. Popov, El emperador León VI el Sabio (Moscú, 1892). Mansi, Conciliorum collectio, t. XVIII.*

[165] *S. Drinov, Los eslavos del sur y Bizancio en el siglo X (Moscú, 1875).*

condenar sus propios actos"[166]. Después de la muerte de Nicolás (925), Romano Lecapeno gozó de plena autoridad sobre la Iglesia y, con frase de Runciman "el cesaropapismo ap areció una vez más como triunfante".

La figura del emperador Nicéforo Focas es muy interesante desde el punto de vista religioso. Aquel general de tanto talento, cuyo nombre está vinculado a tantas páginas brillantes de la historia de Bizancio, mostró, sob re todo a raíz de su ascensión al trono, profundo interés por los ideales monásticos. Incluso usó cilicio. Además, estuvo en íntima relación con San Atanasio el Athonita, célebre fundador de un gran monasterio en el Athos. En la *Vida de San Atanasio* se lee la anécdota de que un día, en un transporte de celo religioso, Nicéforo confió a Atanasio su propósito de renunciar a todas las vanidades del mundo para consagrarse al servicio de Dios. El historiador bizantino León el Diácono declara que Nicéforo mostrab a constancia incansable en sus plegarias a Dios y sus oraciones nocturnas. Sus himnos prueban en Nicéforo sentimientos muy elevados; no tenía inclinación alguna hacia las cosas vanas. Según el historiador Schlumberger, Nicéf oro Focas fue "un hombre extraño , mitad soldado, mitad asceta". Muchas gentes quedaron, pues, sorprendidas al ver a aquel emperador de tendencias ascéticas casar con la joven y bella Teófano, viuda del emperador Romano II y mujer de reputación bastante dudosa. La inscripción grabada sobr e el sarcófago de Nicéforo atestigua esta pasión. Allí se lee, entre otras cosas: "Tú, que lo venciste todo, salvo a una mujer"[167].

La medida religiosa más importante de Nicéforo fue su famosa Novela, dada a la luz el 964, "concerniente a los monasterios, lo s hospicios y las casas para ancianos".

En la época de la dinastía macedónica, la propiedad territorial monástica había adquirido extraordinarias proporciones, extendiéndose a menudo en detrimento de las propiedades agríc olas libres. Como vamos a ver, se o pusieron a ello varios emperadores de esta dinastía. Ya antes del período iconoclasta (fines el siglo VII y comienzos del VIII), la Iglesia oriental poseía eno rmes bienes. Ciertos historiadores han comparado las riquezas de la Iglesia oriente a las pr opiedades análogas de la occidental en tiempos de los reyes francos, los cuales se quejaban de ver su tesoro vacío a causa del paso de sus tierras a manos del clero. Los emperadores iconoclastas del siglo VIII entablaron una lucha muy activa contra los monaster ios. Algunos de estos fueron cla usurados y confiscados sus bienes en provecho del Tesoro. En la misma época, un célebre mayo rdomo palatino del reino franco, Carlos Martel, secularizaba de modo análogo las propiedades de la Iglesia. Con el fracaso del iconoclasmo y el advenimiento de la dinastía macedónica, el núm ero de monasterios y la extensión de sus propiedades territoriales volvieron a crecer muy rápidamente. Ya Romano Lecapeno, en una Novela, había expresado la intención de limitar en cierta medida los progresos de la propiedad agrícola monástica. Nicéforo dio un paso más decisivo en la misma dirección el año 964, fecha de la publicación, de su Novela.

Ésta declara que un "mal patente" —una avaricia excesiva — se había propagado en los monasterios y "otras instituciones sacras" y que la "adquisición de enormes propiedades de v arios millares de acres, la posesión de numerosos árboles frutales" no podían considerarse un mandamiento de los Apóstoles o una tradición de los Padres. Así, el emperador deseaba "e xtirpar la ambición, ese azote detestado de Dios", a cuyo fin prohibió fundar nuevos monasterios, hospitales y hospicios y toda donación en favor de obispos y metropolitanos.

Aquel duro decreto, que debió de suscitar un descontento profundo en la población, no podía permanecer mucho tiempo en vigor, incluso si se aplicaba incompletamente; Basilio II derogó la Novela de Nicéforo Focas "como ley hiriente e injuriosa, no sólo para las iglesias y los hospitales, sino también para Dios mismo", y restauró las leyes monásticas de la época de Basilio I y León VI, es decir, las Basílicas y la Novela de Constantino Porfirogénito. Una de las razones de que Basilio II aboliese la Novela de Nicéforo Focas era su profunda convicción de que aquella ley había atraído

[166] *Lebediev, Historia de la separación de las Iglesias (San Petersburgo, 1905).*

[167] *Epitafio de Nicéforo Focas, por Juan, obispo de Melitena.*

sobre el Imperio la ira divina durante todo el final del siglo X, época en que las dificultades internas y exteriores pusieron a Bizancio a dos pasos de la ruina.

Nicéforo Focas dio un paso importante hacia el refuerzo de la organización del clero bizantino en las provincias meridionales italianas de Calabria y Apulia, donde las influencias pontificales y occidentales iban camino de imponerse, en especial desde la coronación de Otón I. Nicéforo hizo que su patriarca prohibiese el ritual latino en las provincias citadas, prescribiendo el uso del ritual griego. Esta medida fue una de las numerosas causas de que el Papado se indispusiese con el Imperio bizantino. En los últimos años del reinado de Nicéforo, el Papa comenzó a dirigirse a él como "Emperador de los grie gos", reservando a la par el título oficial de "Emperador de los romanos" a Otón,

Es interesante notar una curiosa iniciativa de Nicéforo Focas: la de querer hacer venerar como mártires a todos los soldados caídos en lucha contra los infieles. El patriarca y los obispos se opusieron con energía a este proyecto y el emperador renunció a él.

Los nombres de Nicéforo Focas y Juan Tzimíscés están unidos al principio de una nueva era en la vida del Monte Athos, famoso por sus monasterios.

Desde el siglo IV, al pr incipio mismo de la vida monástica, se habían retirado al Athos eremitas solitarios y hacia el siglo VII se encontraban edificados en aquellos lugares varios monasterios pequeños y pobres.

Durante las turbulencias iconoclastas del siglo VIII, las casi inac cesibles regiones del Athos sirvieron de refugio a muchos adoradores de las perseguidas imágenes, que se llevaron consigo abundantes objetos eclesiásticos, manuscritos y reliquias. Pero las incursiones marítimas de los árabes ponían en peligro la seguridad del Athos. Durante aquellas incursiones fueron muertos o llevados cautivos muchos monjes. Antes del siglo X el Athos había conocido varios períodos de desolación. En la época de Nicéforo Focas las organizaciones monásticas del monte Athos se tornaron much o más fuertes, en especial cuando San Atanasio fundó su primer gran monasterio. Éste poseía una organización cenobítica (vida en común) y una regla nueva (en griego *typikon*, nombre ordinario de las reglas monásticas en el Imperio bizantino). Los eremitas (*anacoretas*) del Athos, opuestos a la introducción de una vida monástica cenobít ica, se quejaron de Atanasio a Juan Tzimiscés, acusando al fundador del monasterio de infringir las antiguas costumbres de la Montaña Santa, según llama al Athos el *typikon* de Atanasio. Tzimiscés examinó la reclamación y confirmó la antigua regla del Athos, que toleraba la existencia simultánea de anacoretas y cenobitas[168]. A raíz de la fundación del monasterio de At anasio, se crearon muchos conventos nuevos, griegos o no. En la época de Basilio II había ya un monasterio ibero o georgiano, y emigrantes llegados de Italia fundaron dos: uno romano y otro amalfitano. Un gran erudito que se ha ocupado especialmente de la historia de la Iglesia de Oriente —el obispo Porfirio Uspenski—, estima que, al morir Atanasio hacia el año 1000, había tres mil "diversos monjes" en el monte Athos[169]. Desde el siglo XI se menciona una la ura o convento ruso en aquella montaña. El nombre de Montaña Santa aparece por vez primera oficialmente en el segundo g rupo de reglas dadas por el emperador Constantino Monómaco hacia mediados del siglo XI. La administración de los monasterios corría a cargo de un consejo de abades (*higúmenos*). dirigidos por un superior o *protos*. El consejo era conocido por el nombre de *protaton*. Así, en la época de la dinastía macedónica el Athos convirtióse en un centro espiritual cuya importancia rebasaba el marco del Imperio bizantino.

El problema de la separación de las dos Iglesias, tan agudo en el siglo IX, se resolvió a mediados del XI. Las causas de la ruptura fueron esencialmente de carácter doctrinal; pero la final escisión fue sin duda apresurada por los cambios que se produjeron en Italia a mediados del siglo

---

[168] *El Typikon de Tzimiscés se fecha de o rdinario en 972. Pero recientemente ciertos sabios, apoyándose en testimonios plausibles, lo hacen remontar al 970. D. Anastasievic, La fecha del "Typikon" de Tzimiscés para el Monte Athos (Byzantion, t. IV (1929)*

[169] *Porfirio, Historia del Athos (Kiev, 1877). En ruso.*

XI. A pesar de las prohibiciones de Nicéforo Focas, la influencia de l a Iglesia latina había seguido penetrando en las provincias apuliana y calabresa. A mediados del siglo XI el trono pontificio fue ocupado por León IX, cuyas preocupaciones no se referían sólo a lo ecl esiástico y alcanzaban lo político. Así, el movimiento c luniacense, que tanto éxito tuvo en la Iglesia occidental, se desarrolló bajo la protección directa de aquel Papa. El objeto de tal mov imiento era reformar la Iglesia, elevar su nivel de moralidad, restablecer la disciplina relajada y suprimir las costumbr es y usos profanos que habían invadido la vida eclesiástica (simonía, casamiento de sacerdotes, investidura temporal, etc). Siempre que los defensores de aquel movimiento penetraban en una provincia, empezaban por tornar a colocar la vida espiritual de ést a bajo la dependencia directa del Papa. El movimiento de Cluny hizo notables progresos en la Italia del sur, lo que causó vivo descontento en la Iglesia oriental. Por otra parte, León IX estaba convencido de lo bien fundado de los motivos de su intervenció n política en los asuntos. Hallamos alusión, en los mensajes cruzados entre el Papa y el patriarca de Constantinopla (M iguel Cerulario), a la famosa *Donación de Constantino* ("Donatio Constantini"), que se suponía haber atribuido al obispo de Roma una autor idad no sólo espiritual, sino también temporal[170]. Pero, a pesar de las diversas complicaciones que se habían suscitado entre Oriente y Occidente, no se esperaba para un porvenir tan próximo una ruptura de las Iglesias, tanto más cuanto que el emperador bizantino, Constantino IX Monómaco, estaba dispuesto a buscar una solución pacífica.

El Papa envió legados a Constantinopla. Entre ellos figuraba el altanero cardenal Humberto. Todos, y Humberto en especial, se portaron respecto al patriarca con arrogancia e insolencia, poniéndole en el trance de suspender las negociaciones y negarse a hacer la menor concesión a Roma. Entonces (verano de 1054), los legados colocaron sobre el altar de Santa Sofía una bula de excomunión, pronunciando anatema contra el patriarca "Miguel y sus secuaces, culpables de los errores e insolencias arriba mencionados", y colocándole en la misma categoría que "todos los heréticos, con el diablo y sus demonios". Miguel respondió convocando un concilio donde se excomulgó a los legados romanos y a cuantos, a la vez que ellos, habían ido de "la ciudad protegida de Dios, como una borrasca, o una tempestad, a un hambre, o, para mejor decirlo, co rno jabalíes salvajes, a fin de destruir la verdad"[171].

Así se produjo el cisma definitivo de las Iglesias occidental y oriental en 1054. La actitud de los tres patriarcas orientales tenía extrema importancia para Miguel Cerulario. ¿Qué harían los patriarcas después de aquella ruptura? Miguel, por intermedio del de Alejandría, notificó a los de Antioquía y Jer usalén que se había consumado la separación de las dos Iglesias, haciendo seguir a tal mensaje explicaciones adecuadas. Pese a la escasez de fuentes, se puede afirmar con la mayor certidumbre que los tres patriarcas orientales apoy aron al de Constantinopla[172].

---

[170] *En la Donatio Constini, Constantino hace una profesión de fe católica, según se la ha enseñado San Silvestre, y explica la historia de su conversión cuando, padeciendo la lepra, se le aparecieron en sueños San Pedro y San Pablo dirigiéndole a l Papa para que le curara. En padecimiento de la curación, el emperador nombra patronos suyos a San Pedro y a su vicario, cede a este las insignias imperiales y establece el primado de Roma sobre las otras cuatro sedes patriarcales. Y termina declarando qu e traslada su sede a Bizancio, pues no es justo que allá donde el emperador celeste ha puesto al sumo sacerdote y jefe de la cristiandad tenga potestad el emperador laico. El d ocumento de la Donatio aparece por vez primera en la segunda mitad del siglo VIII en la abadía francesa de Saint —Denis, y es esgrimido en tiempos de Carlomagno. Lo conocemos en una redacción anterior a san Isidoro, a San Isidoro, en la seudoisidoriana y en otra —la principalmente usada — de tiempos de León IX, cuando se empleó contra B izancio. Traí ase, como es obvio, una falsificación (como la Vita Sitvestri, el seudo—Dionisio Aeropagita, o los Apocrypha symmachiana) que, en nuestro caso, es claramente posterior al monotelismo, destinada no sólo a ratificar la primacía justísima de Roma frente a Bizancio, sino a legitimar —contra los francos — el poder temporal de la Iglesia. Aunque tendencioso, es interesante el capítulo dedicado a la Donatio por Gabriele Pepe, II Medio Evo barbárico d'Italia (Turín, 1943).*

[171] *A. Lebediev, Historia de la sep. de las Igl esias (en ruso).*

[172] *L. Bréhier, Le Schisme Oriental du XI siécle (París, 1899).*

La escisión de 1054 puede considerarse una gran victoria del Patriarca de Constantinopla, ya que le libró por completo de las pretensiones pontificales. Su autoridad sobre el mundo eslavo y los patriarcas de Oriente creció mucho. Pero políticamente el cisma de 1054 fue fatal al Imperio, porque destruyó para el futuro toda posibilidad de entendimiento y accionar común entre el Imperio bizantino y Occidente, que quedó bajo la profunda i nfluencia del Papado. Y aquella falta de entendimiento resultó nefasta para el Imperio, que nec esitaba la ayuda occidental tanto más cuanto más se perfilaba en el horizonte la amenaza turca. Bréhier enjuicia así las consecuencias de la ruptura entre el Imperio y Occidente: "Aquel cisma, al hacer infructuoso todo esfuerzo de conciliación entre el Imperio de Constantinopla y el Occidente, traza las vías de la decadencia y caída del Imperio".

Al principio el cisma no afectó más que a los medios oficiales, el clero y el gobierno. La masa de la población permaneció tranquila, e inc luso ignoró durante algún tiempo las d ivergencias doctrinales entre Roma y Constantinopla. Es interesante observar la actitud de Rusia en aquel suceso. Los metropolitanos rusos del siglo XI, nombrados o confirmados por Constantinopla, aceptaron, naturalmen te, el punto de vista bizantino; pero la masa del pueblo ruso no sentía agravios contra la Iglesia latina y no hallaba error alguno en las enseñanzas de ésta. Así vemos, por ejemplo, a un príncipe ruso del siglo XI apelar al socorro del Papa contra un usur pador, sin que tal apelación produjese sorpresa ni protesta[173].

La obra legislativa de los emperadores macedonios. Los poderosos y los pobres.

La época de la dinastía macedónica presenció una gran actividad legislativa. Basilio I deseaba crear un Código gen eral del derecho grecorromano o bizantino, donde se encontrasen, por orden cronológico, todas las actas legislativas antiguas y nuevas. En otros términos, proye ctaba adaptar y completar la obra legislativa de Justiniano, añadiendo las leyes promulgadas con posterioridad. Las cuatro partes del Código justinianeo, escritas en su mayoría en latín y muy voluminosas, no se estudiaban, por lo común, sino en los compendios griegos o en expos iciones, extractos y comentarios del texto original latino. Numerosas obra s de segunda mano, aunque muy difundidas, solían ser poco esmeradas y con frecuencia mutilaban los textos primitivos. Basilio I se proponía eliminar las leyes antiguas abrogadas por Novelas posteriores e introducir cierto número de leyes nuevas. Los términ os y expresiones latinas conservados en el nuevo Código debían ser explicados en griego, puesto que éste iba a ser el idioma empleado en la obra legislativa de Basilio. El emperador caracterizaba su propósito de reforma jurídica diciendo que era una "revis ión (literalmente *purificación*) de las antiguas leyes".

Comprendiendo que la ejecución de tal Código invertiría un tiempo considerable, Basilio publicó una obra menos voluminosa, titulada El *Prokeiron Nomos* o "Manual de Derecho", y destinada a dar a las pe rsonas que se interesaban por el derecho una breve exposición de las leyes que gobernaban el Imperio. En el prefacio se habla de esas leyes como de reglas que establecen en el Imperio la justicia, "única cosa que, según Salomón, exalta a una n ación" (Proverbios, 14, 34). El Prokeiron se dividía en cuarenta títulos y contenía las princip ales reglas del Derecho civil, así como una lista completa de penas aplicables a los diversos crímenes y delitos. Sus autores se habían servido, en especial para las 21 prime ras lecciones, de las Instituciones de Justiniano. Otras partes del Código justinianeo se usaban también, pero en menor grado. Tan corriente era recurrir a las versiones griegas revisadas y abreviadas del antiguo Código, que incluso los autores del Prokeir on las utilizaron con preferencia a los originales latinos. Es interesante señalar que el Prokeiron habla de la Écloga de León y Constantino como de un compendio "subversivo de malas leyes inútiles para el Imperio", declarando "poco prudente dejarlas en vi gencia". A pesar de tan duro juicio, la Écloga de los isáuricos, tan práctica y pop ular, fue ampliamente utilizada para el Prokeiron, sobre todo en

[173] *Se hallarán al respecto interesantes indicaciones en el libro de B. Leib Rome, Kiev et Byzance á la fin du XI siécle (París. 1924)*

sus últimos diecinueve títulos. La introducción del Prokeiron manifestaba que cuantos quisiesen estudiar el Derecho con mayor detalle disponían de un Código más voluminoso, en sesenta volúmenes, compuesto también en la época de Basilio.

A finales del reinado de Basilio se realizó y publicó una nueva compilación de leyes titulada *Epanagoge*. Varios sabios erróneam ente han visto en ese trabajo una simple refundición del Prokeiron revisado y aumentado. Pero, según su prefacio, la Epanagoge era una introdu cción a los cuarenta volúmenes de leyes antiguas "purificadas" y reunidas bajo el reinado de Basilio. La misma Epa nagoge se divide en cuarenta títulos. No podemos decir con exactitud lo que r epresentaban aquellas dos compilaciones: la de sesenta libros que menciona el Prokeiron y la de cuarenta de que habla el Epanagoge. Sin duda su publicación no se acabó bajo el rei nado de Basilio, y sin duda también sirvieron de fundamento a las Basílicas publicadas por León VI, sucesor de aquél.

Algunos eruditos opinan que la Epanagoge no llegó a publicarse nunca, permaneciendo como proyecto o esbozo, mientras otros dan ese trabajo por publicado oficialmente.

La Epanagoge difiere mucho del Prokeiron. En su primera parte contiene capítulos enteramente nuevos y muy interesantes sobre la autoridad imperial, el poder del patriarca y las prerrogativas de los demás funcionarios civiles y religiosos. Hallamos en esa parte una pintura muy clara de la estructura política y social del Imperio y de las relaciones de la Iglesia y el Estado. Además, los materiales que en la Epanagoge se toman al Prokeiron están dispuestos de una m anera nueva. Es casi seguro que el patriarca Focio colaboró en la composición de la Epan agoge. Su influencia se advierte particularmente clara en la definición de las relaciones del poder imperial y el poder del patriarca y en la resolución dada al problema de la jerarqu ía del patriarcado ecuménico de la Nueva Roma respecto a los demás patriarcas, quienes no deben ser considerados sino como "jerarcas" locales. Como el Prokeiron, la Epanagoge ataca ensu introducción a la Écloga de los emperadores iconoclastas, acusándola de "comadrerías de los i sáuricos, que pretendían oponerse a la doctrina divina y destruir las leyes saludables". Ta mbién en esta parte de la Epanagoge, se trata de abrogar por completo la Écloga; y sin embargo, utiliza algunos de sus elementos.

La Epanagoge, como algunos otros compendios legislativos bizantinos, fue traducida al eslavo, hallándose varios extractos de ella en los códigos eslavos y en el llamado *Libro de las reglas rusas* ("Kormchaia Kniga" o "Código administrativo"), que vemos mencionado desd e el siglo X. Las ideas expresadas en la Epanagoge ejercieron mucho influjo sobre la historia ulterior de Rusia. Hallamos, por ejemplo, en los documentos relativos al proceso del patriarca Nikon, reinando Alejo Mijáilovich (siglo XVIII), citas íntegras de la Epanagoge, en lo que se refiere a la autoridad del emperador.

El Prokeiron y la Epanagoge, así como la obra de "purificación del antiguo Derecho", ejecutada bajo Basilio I, constituyeron una gran tarea legislativa. Con sus esfuerzos para difundir el D erecho justinianeo, remontándose, por así decirlo, a las fuentes, algo descuidadas, del Derecho romano, Basilio dio a aquel Derecho una nueva vida, adaptándolo a la vez, con apropiadas ad iciones, a las nuevas circunstancias de la vida social y económica.

La obra legislativa de Basilio preparó la de su hijo y sucesor, León VI el Filósofo, quien hizo redactar con el título de *Basílicas* el monumento más completo del Derecho bizantino o grecorromano. Las Basílicas eran una compilación y un resumen, en lengua griega, de todos los trabajos jurídicos publicados en el reinado de Justiniano. El nombre de la compilación no deriva, como se ha supuesto por error, del de Basilio I, que había preparado los materiales de la obra, sino del vocablo griego *basileus*, que significa "emperador" o "monarca". Por tanto, la traducción exacta de esa obra es *Leyes Imperiales* .

Las Basílicas fueron redactadas por una comisión de jurisconsultos entendidos, a quienes designó el emperador.

La compilación debida al interés de León VI se divid ía en sesenta libros y realizaba el plan de Basilio, puesto que restablecía la obra legislativa de Justiniano, omitiendo las leyes en desuso o inaplicables a consecuencia de los cambios operados en la vida bizantina. Más que una traducción

completa y liter al de los textos de Justiniano, las Basílicas representan una adaptación. Sus autores utilizan como fuentes ciertas Novelas y otros documentos jurídicos p ublicados después de Justiniano, empleando incluso varias Novelas de Basilio I y León VI.

No nos ha llegado ningún manuscrito del conjunto de las Basílicas, pero diversos manuscritos que poseemos contienen partes de ellas, con lo que nos son conocidas dos terceras partes de la obra.

Hay una obra del siglo XII de gran ayuda para reconstituir los libros perd idos de las Basílicas: el *Tipuceitos* atribuido al jurisconsulto bizantino Patzus[174]. Ese libro contiene un índice de las materias tratadas en la Basílicas, da los epígrafes correspondientes e indica los capítulos más importantes de cada "título". El *Tipuceitus* no se ha editado aún hasta hoy íntegramente.

Aquella resurrección del Derecho clásico, aunque cuidadosamente adaptada a las nuevas condiciones, era, no obstante, artificial y no podía substituir a las leyes exigidas por la vida en sí. De aquí que numero sas partes de la Écloga siguieran en vigor después de aparecidas las Basílicas, siendo incluso revisadas y aumentadas las primeras varias veces.

Según toda verosimilitud debe igualmente atribuirse a la época de León VI un documento muy interesante, "tesoro inestimable para la historia interior de Constantinopla"[175], el llamado *Libro del Eparca* o *Libro del Prefecto* , descubierto en Ginebra y publicado por el erudito ruso Nicol a fines del siglo XIX[176]. Sin embargo, ciertos historiadores se inclinan a pensar, de a lgún tiempo a esta parte, que tal documento data de mediados del siglo X.

Se llamaba en Bizancio *Eparca* o *Prefecto de Constantinopla* al gobernador de la capital, quien estaba investido de autoridad casi ilimitada, siendo su cargo el más elevado de la carre ra administrativa. Su principal misión consistía en garantizar la seguridad y el orden, y tenía bajo su mando un personal considerable. De él dependía una oficina conocida en Bizancio como "secr etum del Eparca". A más de la indicada tarea, el Prefecto tenía jurisdicción sobre los gremios y corporaciones de mercaderes y artesanos de la capital. El *Libro del Eparca* proyecta mucha luz sobre este aspecto de la vida bizantina —apenas tocado en las fuentes— enumerando las dive rsas clases de comerciantes y artesan os, exponiendo la organización interior de sus corporaciones, hablando de la actitud general del gobierno respecto a ellas, etc. En cabeza de la lista de corporaciones figura una organización que, según nuestros conceptos modernos, no debiera estar inclusa en una lista de corporaciones mercantiles y artesanas: la corporación de los notarios. Entre otras cosas los miembros de tal organización debían conocer los sesenta libros de las Basílicas. Siguen las agrupaciones de joyeros, de productores de seda, de te jedores de seda, de fabricantes de tela, de cera, de jabón, de cuero, y los tahoneros. Se hallan mencionados en la lista de merc aderes los cambistas de moneda, los comerciantes en sedas, los traficantes en seda en bruto; los vendedores de perfumes, de cera , de jabón; los tenderos de comestibles, los carniceros; los expendedores de cerdo, de pescado, de caballos; los panaderos, los taberneros. Cada corporación gozaba de un monopolio y pesaban severas penas sobre quienes quisiesen dedicarse a dos disti ntos comercios, por semejantes que fuesen. La vida interna de las corporaciones, su organiz ación, su actividad, la concesión de mercados, precios y beneficios, la exportación e importación y m uchas otras cosas estaban estrictamente reglamentadas y vigiladas por e l gobierno. La libertad de comercio y de producción era desconocida en Bizancio. El Eparca de Constantinopla era el único alto funcionario

---

[174] *Sobre quién fue el autor d e esta obra, Librorum LX Basilicorum Summarium , Libros I — XII, ed. C. Ferrini y J. Mercati (Roma, 1914. P. Collinet asegura que el Tipoceitus es obra de autor desconocido (Cam. Med. Hist., t. IV, p. 722). V. también P. Noailles, Tipucitus, en Mélanges de Droit Romain ded ies á Georges Cornil , t. II (Gante, 1926).*

[175] *F. I. Uspenski, El Eparca de Constantinopla . Publicaciones del Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla (1890) .*

[176] *El libro del Prefecto o edicto del emperador León el Filósofo sobre las corp oraciones de Constantinopla, por J. Nicol (Ginebra, 1893): texto en griego y trad. latina. J. Nicole ha publicado una trad. francesa con el mismo título (Ginebra y Basilea, 1894). Hay también una trad. inglesa de A. E. Boak. The Book of the Prefect (Journa l of Economic and Buss iness History, t. I, núm. 4 , agosto 1929).*

con derecho a intervenir, personalmente o por medio de representantes, en la vida de las corporaciones, regulando su producción y comercio.

Los informes que hallamos en el Libro del Eparca nos proporcionan elementos para una interesante comparación entre las corporaciones bizantinas y las de la Europa occidental.

La obra legislativa de Basilio I y León VI produjo una mom entánea renovación en el campo de la literatura jurídica, renacimiento expresado, de una parte, por la publicación de numerosos comentarios y exégesis de las Basílicas, y de otra, por diversos manuales, r esúmenes y compilaciones.

Los emperadores del siglo X expusieron también, mediante algunas Novelas, su política respecto a uno de los problemas más candentes de la vida social y económica de aquel período: el del desarrollo excesivo de la gran propiedad rural, con fuerte detrimento de la pequeña propi edad libre y de las comunalidades rurales libres también.

En tiempos de la dinastía macedónica, la clase de los “poderosos” o los ricos aristócratas, habían recobrado su influencia. En el otro extremo de la escala social estaban los “pobres”, que cabe comparar a los “pauperes” de la Europa occidental y a los “desamparados” (*siroti)* del período zarista de la historia rusa. Los pobres del Imperio bizantino del siglo X eran los pequ eños propietarios rurales y aldeanos de los comunes a los que la carga de los impuest os, como así también obligaciones diversas, forzaba a pedir apoyo ecónomico, militar y político a “los ricos” y a pagar tal protección con su libertad e independencia.

Los progresos de “los ricos” en el siglo X parecen a primera vista repentinos, pero se explican en parte por la repercusión del alzamiento de Tomás el Eslavo en la tercera década del siglo IX. La explicación tiene peso sobre todo con respecto al Asia Menor, donde el número de gra ndes propietarios aumentó en considerables proporciones en el siglo X. La insurrección de Tomás, violenta y larga, provocó la ruina de muchos pequeños propietarios agrícolas, y como cons ecuencia muchos tuvieron que abandonar sus establecimientos a sus vecinos más opulentos. De todos modos esta fue sólo una de las causas del desarrollo de la propiedad en vasta escala. En conjunto, el problema del crecimiento de la gran propiedad rural en Bizancio durante los siglos IX y X no había llegado a su fin.

Los emperadores de la dinastía macedónica, al menos desde Romano Lecapeno (919—944) hasta la muerte de Basilio I (1025), defendieron con energía a los pequeños propietarios rurales y a los comunes contra las usurpaciones de los “poderosos ricos”. Las razones de tal ofensiva contra la gran propiedad deben buscarse en el desarrol lo excesivo de ésta. Los ricos terratenientes, disponiendo de muchos siervos e inmensos terrenos, podían fácilmente levantar y conservar en sus tierras ejércitos de dependientes suyos, lo que les permitía conspirar contra el gobierno, desastabilizándolo poniéndole condiciones, que por supuesto siempre serían en la mayor parte favorables a sus propios designios e intereses. Al tratar de rebajar a los poderosos sosteniendo los intereses de los pequeños propietarios rurales, los emperadores defendían a la vez su propio poder; su trono, seriamente amenazados en el siglo X, sobre todo en Asia Menor.

También hubieron de defender las tierras de militares. Desde la época de Imperio romano había sido corriente hacer asignaciones de tierras a los soldados. En general eran tierras sitas en las fronteras, pero también a veces en el interior del Imperio. Los colonos seguían sirviendo en el ejército. Aquella colonias militares sobrevivieron hasta el siglo X, más la práctica estaba en d ecadencia. En los siglos IX y X los ri cos terratenientes amenazaron también aquel género de col onias, esforzándose en adquirirlas a peso de oro, como hacían con los establecimientos de los campesinos pobres. Los emperadores del período hicieron grandes esfuerzos para proteger a los feudos militares.

Las medidas tomadas por los emperadores macedonios para defender la pequeña propiedad rural y militar fueron sencillas y uniformes, limitándose a prohibir a los poderosos la compra de propiedades comunales y la adquisición de tierras de militares o pequeños propietarios.

Romano I Lecapeno inició el 922 las hostilidades contra los grandes señores feudales, publicando una Novela que contenía tres ordenanzas:

1) En toda venta o arrendamiento por un té rmino dado o vitalicio, tenían preferencia los campes inos y sus comunes libres;

2) se prohibía a "los ricos" a adquirir propiedades de los pobres en modo alguno, fuese donación, testamento, p atronato, compra, arriendo o cambio;

3) las propiedades militares enajenadas, fuese como fuera, en los treinta años últimos y las que lo fueran después, serían devueltas a sus antiguos propiet arios sin compensación alguna.

Pero a poco de publicada esta Novela terribles calamidades afligieron al Imperio, creando serias dificultades a la aplicación de las medidas de Romano. Hubo heladas intempestivas, escasez, un hambre terrible y una epidemia de peste, todo lo cual hizo muy crítica la situación de los campesinos. Los terratenientes aprovechando esa situación desesperada de los pequeños propi etarios, compraron los bienes de los últimos a precios muy bajos y a veces hasta por un ped azo de pan.

Aquella abierta violación de la ley obligó a Romano a publicar en 934 una segunda Novela, donde reprobaba la cruel avaricia de la "clase rica", diciendo que ésta era "para los desgraciados campesinos una especie de peste o de gangrena que roía el cuerpo de la aldea y lo ponía muy cerca del peligro supremo". Según aquella Novela, los campesinos a quienes los poderosos hubiesen ilegalmente comprado tierras durante o después de los años de h ambre, podrían rescatar sus bienes al mismo precio a que los habían vendido, debiendo los nuevos propietarios abandonar lo adquirido tan pronto como les fuese pagado. Tras una breve observación sobre los éxitos logrados por el ejército bizantino, la Novela concluía con estas palabras: "Sí nosotros hemos obtenido tantos éxitos en nuestra lucha exterior, ¿cómo podríamos dejar de reducir a nue stros adversarios interiores y domésticos, enemigos de la naturaleza humana y del buen orden, en nuestro justo deseo de libertad y de aplicación inflexible de la presente ley?"

Pero el decreto de Romano Lecapeno no detuvo el desarrollo de la gran propiedad territorial ni el movimiento de absorción de la pequeña propiedad y propiedad comunal. En una Novela post erior de Constantino Porfirogénito se constata oficialmente la inobservancia de las antiguas leyes. Bajo Constantino Porfirogénito las medidas prohibitivas contra los ricos fueron más severas aun que bajo Romano Lecapeno. Más Nicéforo Focas, miembro de la clase de los poderosos, tendió más que ninguno de sus predecesores a favorecer los intereses de la clase propietaria. Con frase de V. G. Vasilievski, la Novela de Nicéforo Focas "indica incontestablemente una reacción, en el campo legislativo, en favor de la clase de l os magnates, incluso al limitarse a conceder a las dos partes un trato igual". La Novela declara: "Los antiguos legisladores veían en todos los emp eradores campeones de la justicia y los calificaban de bienhechores de todos sus súbditos, iguales para todos"; luego queda entendido que los predecesores de Nicéforo Focas se habían apartado de aquel antiguo ideal. "Han descuidado por completo el ocuparse en la prosperidad de los pod erosos y ni siquiera les han dejado en posesión de lo que ya habían adquirido". Al derogar las leyes anteriores, Nicéforo Focas dio de nuevo libre curso a las ilegalidades y avidez de la clase poderosa.

El más implacable adversario de aquella clase fue Basilio II Bulgaróctonos. Dos jefes de poderosas familias del Asia Menor, Bardas Fo cas y Bardas Skleros, se habían levantado contra el emperador y estado a punto de derribarle. Sólo la intervención del cuerpo auxiliar ruso enviado por el príncipe Vladimiro salvó de la caída al monarca. No es asombroso, pues, que Basilio II considerara a los grandes propietarios rurales como sus más peligrosos enemigos, mostrándose de una dureza inexorable en sus relaciones con ellos. Atravesando Capadocia ocurrióle parar en casa de Eustaquio Maleinos, dueño de inmensas propiedades, y el cual, así como los que le rodeaban, acogieron al emperador con la mayor magnificencia. Pero Basilio vio en su huésped un posible rival, capaz de seguir las huellas de Bardas Focas y Bardas Skleros, y por tanto, hizo le acompañara a la capital y permanecer en ella hasta el f in de sus días. A la muerte de Maleinos sus vastas propiedades fueron confiscadas. En la misma Novela del emperador se relata un inc idente análogo.

Noticioso Basilio de que un tal Filocales, antes pobre campesino del Asia Menor, había hecho fortuna y llega do a una posición elevada, adueñándose entonces como propietario de la aldea en que vivía e incluso cambiando de nombre, mandó que todos los suntuosos edificios propiedad de Filocales fuesen arrasados hasta los cimientos y sus tierras restituidas a los pob res. Por orden del emperador, Filocales volvió a ser un mero aldeano. Pero es indudable que las familias de Focas, Skleros y Maleinos no constituían ellas solas toda la clase de grandes propietarios del Asía Menor.

La famosa Novela de 996 abolió la prescri pción de cuarenta años, que garantizaba el derecho de los ricos terratenientes que se habían adueñado ilegalmente de los bienes de los campesinos y procurado "ya con presentes, ya usando de su poder, adquirir la propiedad definitiva de lo que habían adquir ido a los pobres por medios deshonestos". Los bienes comprados por los magnates a las comunidades rurales antes de la publicación del primer edicto de Romano no pe rmanecerían entre sus manos de no probar su derecho de propiedad, ya mediante documento e scrito, ya con un número suficiente de testigos verbales. La Novela declaraba que las exigencias de tesorería no conocían prescripción alguna y, por tanto, el Estado "podía hacer valer sus pretensiones remontándose hasta la época de césar Augusto".

El problema de los feudos militares obligó también a los macedonios a emitir varios edictos.

Como complemento a la Novela de 996, Basilio II expidió decreto relativo al impuesto denominado *allelengyon* (garantía mutua). Ya a principios del siglo IX, el emperador Nicéforo I (a cuanto cabe juzgar de los breves informes que nos da Teófanes), había promulgado dispos iciones según las cuales los ricos vecinos de los pobres eran responsables del pago íntegro de los impuestos de los últimos. A veces se ha comparado esta medida a lo dispuesto en el *epibolé*. Las ordenanzas de Nicéforo I motivaron tal odio contra el emperador que, a lo que parece, sus sucesores hubieron de renunciar a tal impuesto. Pero la continuación de la gu erra búlgara exigía gastos enormes y, además, Basilio deseaba vivamente asestar un golpe viole nto a los poderosos. Así, restableció la ley que hacía a los propietarios ricos solidarios de los pobres y les obligaba a pagar, en caso de incapacidad de éstos, los impuestos, que les correspondían. Si tal medida, d efendida con vigor por Basilio II, hubiese regido mucho tiempo, habría te rminado sin duda, por arruinar a los poderosos que poseían bienes eclesiásticos y seglares. Pero el *allelengyon* o garantía mutua sólo se aplicó ton rigor durante muy poco tiempo. En la primera mitad del siglo XI, Romano III Argiro, que había llegado al trono merced a su casamiento con Zoé, hija de Constantino VIII, estaba interesado en sostener a los poderosos y, en su deseo de reconciliarse con el alto clero y la aristocracia feudal, abrogó el aborrecido *allelengyon*.

En conjunto, los decretos de los emperadores macedonios del siglo X limitaron hasta cierto pu nto las usurpaciones de los poderosos terratenientes, pero los resultados perseguidos no se logr aron sino en una débil ineficaz medida. En el siglo XI las famosas Novelas de los monarcas macedonios fueron progresivamente olvidadas y abandonadas. El mismo siglo asistió a un ca mbio radical en la política interior de los emperadores bizantinos, los cuales empezaron a favorecer abiertamente la gran propiedad territorial, apresurando el desenvolvimiento y avance de la servidumbre. Pero no ha de creerse que la pequeña propiedad rural libre y la comunidad camp esina desaparecieron del todo en el Imperio. Tales instituciones siguieron existie ndo y se las halla en los períodos sucesivos.

La administración de las provincias bajo los emperadores macedonios.

La administración de las provincias del Imperio en el siglo IX y en la época de la dinastía macedónica se señaló por el desarrollo del siste ma de *themas* que ya estudiamos antes. Ese desarrollo se manifestó, por una parte, en una progresiva parcelación de los antiguos themas y subsiguiente aumento del número de las divisiones; y por otra parte en la elevación a la condición de thema de otros di stritos que hasta entonces habían llevado nombres diferentes, como, por ejemplo, el de *clisurae,* del que volveremos a ocuparnos.

Los dos exarcados que los historiadores consideran como verdaderos precursoresde los themas no pertenecían ya al Imperio. El de Cartago o África había sido conquistado por los árabes a

mediados del siglo VII y el de Ravena ocupado en la primera mitad del siglo VIII por los lombardos, que no tardaron en verse obligados aceder sus conquistas al rey franco Pipino el Breve. Éste, en 754, las transmitió al Papa, poniendo así los cimientos de los famosos Est ados Pontificios medievales. En el siglo VII el Imperio poseía, además de los dos exarcados, ci nco gobiernos militares no denominados themas aún. A principios del siglo IX hallamos mencionados diez themas: cinco en Asia, cuatro en Europa y uno marítimo. S egún ciertas indicaciones que se encuentran en las obras del geógrafo árabe Ibn —Khurdadhbah (s iglo IX) y en otras fuentes, los historiadores estiman que había en el siglo IX veintici nco distritos militares, pero no todos eran themas. Entre ellos figuraban dos *clisurarquías* ("clisurarchiae"), *un ducado* ("ducatus") y dos *arcontados* ("arcontatus"). El tratado sobre precedencia en las ceremonias de la corte, escrito por el mariscal de la corte (*atriclines*) Filoteo en 899 y ordin ariamente inserto en el *Libro de Ceremonias* de la época de Constantino Porfirogénito, nombra a los gobernadores de veinticinco themas en el orden protocolario. En su libro *Sobre los themas* (siglo X), Constantino Porfirogénito da una lista de 29: en Asia 17, incluidos los cuatro marítimos, y 12 en Europa, comprendido el de Sicilia, parte del cual formó en el siglo X, después de la conquista de la isla por los árabes, el thema de Calabria. Entre los 12 themas eur opeos figura el de Querson (Korsun) en Crimea, fundado probablemente a partir del siglo IX y mencionado a menudo por el nombre de *Climata* o *Climata gético.* Una lista publicada por V. Benesevic y atribuida a la época de Romano Lecapeno, con anterioridad a 921—927, indica 30 themas. En el siglo XI el número se eleva a 38. La mayoría estaban regidos por estrategas (gobernadores militares).

Como consecuencia de las frecuentes modificaciones en el número de themas y la falta de fuentes relativas al desarrollo de la or ganización estatal, aun no tenemos sino conocimientos reducidos e imprecisos sobre aquel importante aspecto de la historia bizantina.

Procede detenernos un instante en la cuestión de las *clisurae* y clisurarquias antes mencionadas. La palabra *clisura* que todavía hoy significa en griego "desfiladero de montaña", designaba entonces una fortaleza fronteriza y sus contornos o, de modo más general, una provincia pequeña gobernada por un clisurarca, funcionario cuya autoridad no era tan grande como la de un estrat egas y que, probablemente, no concentraba en sus manos las funciones civiles y milit ares. Algunas clisuras, como las de Seleucia, Sebaste, en Asia Menor, y algunas otras, crecieron en importancia hasta llegar a convertirse en themas.

Los gobernadores al ma ndo de los themas tenían muchos subordinados. Es interesante notar que, al menos en la época de León VI el Filósofo, los estrategas de los themas orientales, incluso los que se ocupaban de los distritos marítimos, recibían sueldos fijos pagados por el gobi erno central, mientras los de los themas occidentales cobraban sus estipendios de las rentas de sus respectivos distritos y no de la Tesorería.

La organización thematica bizantina con oció su máximo desarrollo bajo la dinastía macedónica. Después de aquel p eríodo el sistema e mpezó a declinar gradualmente, en parte por las conquistas de los turcos selyúcidas en Asia M enor, en parte por los cambios abruptos que sufrió la vida bizantina en la época de las Cruzadas.

Turbulencias sobrevenidas desde la muerte de Basilio II hasta la exaltación de los Comnenos.

A contar de 1025, año de la muerte de Basilio II Bulgaróctonos, el Imperio entró en un período de perturbaciones y de desorden institucional en el cual se sucedieron rápidamente en el poder soberanos audaces e improvisados, comenzando una decadencia general del Imperio. Ya vimos que la emperatriz Zoé consiguió elevar al trono a sus tres maridos. En 1056, año de la muerte de la emperatriz Teodora, hermana de Zoé, la dinastía macedónica quedó extinta en def initiva. Abrióse entonces un período de graves desórdenes, que duró hasta 1081 y no concluyó sino con la exaltación al trono de Alejo Comneno, fundador de la famosa dinastía de los Comnenos.

Esta época, caracterizada por los frecuentes cambios de emperador y po r la incapacidad de la mayoría de los soberanos, fue, empero, un período muy importante de la historia del Imp erio bizantino, porque durante aquellos veinticinco años se desenvolvieron en el Imperio los el ementos de los que luego nacieron las Cruzadas.

En el curso de todo aquel tiempo, los enemigos de Bizancio atacaron en todos los frentes: los normandos por el oeste, los pechenegos y uzos por el norte, los turcos selyúcidas por el este. Al cabo, el territorio imperial quedó considerablemente reducido.

Otra característica de la época fue la lucha entablada por el elemento militar y aristocrático (y sobre todo la nobleza territorial del Asia Menor) contra el gobierno central y burocrático. Tal lucha de las provincias y la capital terminó, tras algunas fluctuaciones, con el triunfo de la aristocracia rural y el ejército de las provincias sobre Constantinopla. A la cabeza del partido vi ctorioso se hallaba Alejo Comneno.

Todos los emperadores de aquel turbulento y tenso período fueron de origen griego. En 1056 la anciana emperatriz Teodora fue obligada por el partido de la corte a elegir como sucesor al patricio Miguel Estratiótico, hombre de edad avanzada. Teodora murió al poco tiempo y M iguel VI Estratiótico, el candidato del partido de la corte, ascendió al tro no, donde sólo se mantuvo un año (1056—1057). Contra él se formó un partido de oposición. El ejército del Asia Menor, que estaba a la cabeza de aquel movimiento, proclamó emperador a su joven general Isaac Co mneno, miembro de una gran familia de la aristoc racia territorial y famoso por sus luchas contra los turcos. Aquélla fue la primera victoria del partido militar sobre el gobierno central. Miguel abdicó, concluyendo sus días como mero particular.

La victoria de los militares tuvo corta duración. Isaac Co mneno sólo reinó de 1057 a 1059, año en que renunció al trono y se hizo monje. Las razones de esto no están explicadas claramente. Acaso Isaac fuese víctima de una conjura organizada por aquellos a quienes desconte ntaba su gobierno independiente y activo. Nos consta que Isaac ponía ante todo los intereses de la Tesorería y que, para aumentar sus rentas, confiscó las tierras seculares y eclesiásticas adquir idas ilegalmente por los grandes señores, reduciendo también los sueldos de los altos funcion arios. Parece probable que el famoso estadista y sabio Psellos participara hasta cierto punto en aquella intriga contra Isaac Comneno.

A Isaac le sucedió Constantino X Ducas (1059 —1067). Financiero de talento y buen defensor de la justicia, este emperador consagró t oda su atención a los asuntos del gobierno civil. El ejército y las cuestiones militares le interesaban muy poco. Su reinado puede considerarse como una reacción de la administración civil contra el elemento militar triunfador bajo Isaac Comneno, o como un a réplica de la capital a las provincias. Aquélla fue “la infortunada época del reinado de los burócratas, de los retóricos y de los sabios” (Gelzer). Pero los amenazadores progresos de pechenegos y uzos al norte y de los turcos selyúcidas al este no justi ficaban el carácter antimilitar del gobierno de Constantino. Hasta un hombre como Psellos, a pesar de su fobia por los militares, escribió entonces: “El ejército es la espina dorsal del Estado de los romanos”. Se formó, pues, un movimiento de violenta opos ición al emperador. Cuando éste murió en 1067, el trono pasó por algunos meses a su esposa, Eudoxia Macrembolitissa. El partido militar obligó a E udoxia a casarse con un inteligente militar, Romano Diógenes, oriundo de Capadocia. Romano, con el nombre de R omano IV Diógenes reinó de 1067 a 1071.

Ello era un segundo triunfo del partido militarista. El reino de aquel emperador soldado concluyó trágicamente: en 1071, derrotado por los turcos, cayó en manos de ellos. Después hablaremos de este suceso. Al saberse el cautiverio del emperador reinó gran confusión en la c apital. Tras algunos titubeos se proclamó emperador al hijo de Eudoxia y de su primer marido. Tratábase de Miguel, discípulo de Miguel Psellos, y conocido en la historia como Miguel VII Ducas

Parapin aces[177], Eudoxia hubo de profesar como monja. Al ser Romano puesto en libertad por el sultán, volvió a Constantinopla y halló el trono ocupado por un nuevo emperador. Romano recibió seguridades de buen trato, pero no tardó en ser cruelmente cegado, muriendo poco después.

Miguel VII Ducas Parapinaces (1071 —1078) gustaba de las letras, amaba las controversias eruditas y escribía versos, pero no tenía la menor inclinación hacia la actividad militar. Restauró el régimen burocrático establecido por su padre Constantino Ducas, aunque ello no convenía en nada a la situación externa del Imperio. Los repetidos y continuos éxitos de pechenegos y turcos exigían un emperador—soldado al frente del ejército, única institución que p odía salvar de la ruina a Bizancio. "El portavoz de las exigencias populares, el que hizo concebir esperanzas de que las cumpliría" (Skabalanovich) fue Nicéforo Botaniates, estratega de un tema del Asia Menor. Nicéoro fue proclamado emperador en Asia Menor y forzó a Miguel Parapinaces a tomar los h ábitos y retirarse a un convento. Luego Nicéforo entró en la capital y fue coronado por el patriarca. Estuvo en el trono desde 1078 a 1081, pero a causa de su avanzada edad y su debilidad física no pudo hacer nada para resolver las dificultades interiores ni los problemas externos. Además, la alta aristocracia territorial de las provincias no reconocía los derechos de Nicéforo al trono y en diversos puntos surgieron pretendientes al Imperio. Uno de ellos, Alejo Comneno, s obrino del ex emperador Isaac Comnen o y emparentado con la familia imperial de los Ducas, supo explotar hábilmente la situación en ventaja propia y logró apoderarse del trono. Botaniates abdicó y se retiró a un monasterio, donde tomó las sagradas órdenes. En 1081 Alejo fue proclamado emperador, poniéndose así a treinta años de anarquía. El advenimiento de la casa de los Comnenos representaba otra victoria del partido militar y los grandes terratenientes provincianos.

La política exterior del Imperio habíase, naturalmente, resentido mucho de l a anarquía de aquel período. Bízancio descendió de la elevada situación que ocupaba en el mundo medieval. Su d ecadencia apresuróse a causa de los complejos peligros exteriores dimanados de los éxitos que lograran los principales enemigos del Imperio: los turcos selyúcidas en el este, los pechenegos y uzos en el norte, los normandos en el oeste.

Los turcos selyúcidas.

Hacía bastante tiempo que el Imperio conocía a los turcos. Ya sabemos que en la segunda mitad del siglo VI se trató de una alianza turcobizan tina. Los turcos sirvieron a veces como mercenarios en la guardia imperial de Bizancio. Los cuerpos de ejército árabes que operaban en la frontera oriental del Imperio comprendían también muchosturcos. Éstos participaron activ amente en la toma de Amorion por Mutazim y en el saqueo de la ciudad (838). Pero tales relaci ones amistosas u hostiles no alcanzaron importancia para el Imperio hasta el siglo XI. Las circun stancias cambiaron con la llegada de los turcos selyúcidas a las fronteras orientales del Imp erio, en la primera mitad del siglo XI.

Los selyúcidas, o *selyuks*, tomaban su nombre del príncipe turco Selyuk, que estaba al servicio de un kan turkestano hacia el año 1000. Desde las estepas de los kirguises, Selyuk, con su tribu, emigró a Transoxania, cer ca de Bujara, donde se convirtió al Islam con su pueblo. Ráp idamente creció la potencia de los selyúcidas, al punto de que dos nietos de Selyuk estuvieron en situación de poder conducir las salvajes hordas turcas hacia el Jorasán, el cual invadieron.

La ofensiva de los selyúcidas en Asia occidental abrió una nueva era de la historia musulmana y de la bizantina. En el siglo XI el califato había perdido su unidad.España, África y Egipto hab ían logrado autonomía en base a su idionsicracia culturales e intereses económicos en expa nsión y hacía tiempo llevaban una vida separada. Siria, Mesopotamia y Persia tenían soberanos distintos y dinastías independientes, procurando lograr cultural y económicamente su autarquía política.

---

[177] *El origen de lal sobrenombre se debe a lo siguiente: habiéndose tenido una pésima cosecha bajo el reinado de este emperador, llegó a valer una nomisma (moneda de oro bizantina), no la medid a completa de pan (medimne), sino la cuarta parte de la medida, o pinakion.*

Después de conquistar Persia a media dos del siglo XI, los selyúcidas invadieron la M esopotamia, penetrando en Bagdad. Desde entonces el califato de Bagdad estuvo bajo la prote cción de los selyúcidas. Los sultanes turcos no residían en Bagdad, pero se hacían representar en aquella i mportante población por un general nombrado por ellos y que ejercía la autoridad suprema. A p oco, la pujanza de los selyúcidas se acrecentó con la llegada de más tribus turcas. No tardaron en conquistar toda el Asia occidental desde el Afganistán hasta el Asia Menor bizantina y hasta el califato egipcio de los fatimitas.

Desde mediados del siglo XI los selyúcidas pasaron a ser factor esencial de la historia de Bizancio, amenazando las provincias fronterizas bizantinas del Cáucaso y el Asia Menor. Ya s eñalamos antes la toma de Ani por los bizantinos, bajo Constantino Monómaco, y la anexión de Armenia al Imperio. Tal anexión suprimía el papel de Estado—tapón cumplido por Armenia, y cuando los turcos atacaron la última, fue Bizancio el que se halló atacado. La ofensiva t urca resultó afortunada. A la vez las tropas turcas avanzaban en Asia Menor.

Durante el activo, aunque corto reinado de Isaac Comneno, la frontera occidental estuvo bien defendida contra las invasiones selyúcidas. Pero, a la caída de Isaac, la política antimilitarista de Constantino Ducas debilitó al ejército de Asia Menor y facilitó el avance turco en los distritos bizantinos. Es probable que el gobierno central viera con placer los infortunios de "aquellas pr ovincias desobedientes y arrogantes". Oriente, como Italia, pagó caras las faltas del gobierno ce ntral" (Neumann).

Bajo Constantino X Ducas y después de la muerte de éste, durante los siete meses de reinado de su mujer, Eudoxia Macrembolitissa, Alp Arslan, segundo sultán selyúcida, conquistó Armenia, d evastando, además, parte de Siria, Cilicia y Cadocia. En Cesárea, capital de Capadocia, los tu rcos saquearon el santuario principal de la ciudad, la iglesia de Basilio el Grande, donde se conservaban las reliquias del santo[178]. Respecto al reinado de Miguel Parapinaces, un cronista bizantino escribe: "Bajo este emperador el mundo entero, terrestre y marítimo, fue, por así deci rlo, ocupado, destruido y despoblado por los bárbaros infieles: todos los cristianos fueron mue rtos por ellos, todas las casas y pueblo s de Oriente, con sus iglesias, fueron devastados, reducidos a pedazos y aniquilados por ellos"[179].

En éstas circunstancias, el partido militar resolvió imponer a Romano Diógenes como esposo de Eudoxia, El nuevo emperador sostuvo varias batallas contra los turcos, logrando alg unos éxitos en las primeras batallas. Su ejército, compuesto de hombres de todas las nacionalid ades —eslavos de Macedonia, búlgaros, uzos, pechenegos, varengos y francos, nombre este ú ltimo que se aplicaba entonces a todos los europeos occidentales—, carecía de adiestramiento y de cohesión y no podía oponer una resistencia vigorosa a los rápidos movimientos de la caball ería turca, ni a sus golpes de sorpresa, audaces y prontos. La parte del ejército bizantino con que menos se podía contar era la caballería ligera de los uzos y pechenegos, quienes, al entrar en contacto con los turcos, reconocieron los lazos de parentesco que con éstos les unían.

La última campaña de Romano Diógenes concluyó en la fatal batalla de Mantzikiert (hoy Melazgherd), en Armenia, al norte del lago de Van. A poco de entablado el combate, el destacamento de uzos, con su jefe, se pasó a los turcos. Este incidente produjo viva inquietud en el ejército bizantino. En el momento crítico de la lucha un general bizantino empezó a esparcir el rumor de que el ejército imperial estaba vencido. Los soldados, llenos de pánico, buscaron la salvación en la fuga. Romano, que había combatido heroicamente durante todo el combate, fue apresado por los turcos, y en el campamento enemigo Alp Arslan lo recibió con los máximos honores.

---

[178] *Michaelis Attaliotae, Historia. Joannis Scylitzae, Historia.*

[179] *Sobre las devastaciones turcas del siglo IX (antes de 1071), v. también la Crónica de Miguel el Sirio, trad. por J. B. Chabot.*

Vencedor y vencido negociaron una paz "perpetua" y un tratado de alianza. Las principales estipulaciones, según nos las ofrecen las fuentes árabes, fueron éstas: Romano Diógenes obtenía la libertad a cambio de un rescate; Bizancio pagaría un importante tributo anual al sultán y devolvería todos los prisioneros turcos[180]. Al volver a Constantinopla, Romano, como vimos, halló ocupado el trono por Miguel VII Ducas. Sus enemigos le sacaron los ojos y murió poco despu és.

La batalla de Mantzikiert tuvo grandes consecuencias para el Imperio. Aunque según el tratado (cuyas cláusulas no conocemos bien en detalle), Bizancio no cediera probablemente territorio alguno a Alp Arslan[181], sus pérdidas eran considerables, ya que el ejército que defendía las fronteras de Asia Menor estaba aniquilado y el Imperio era incapaz de resistir una nueva invasión turca en aquella región. La deplorable situación del Imperio es agravó aun más con el gobierno antimilitarista del débil Miguel VII. La derrota de Mantzikiert asestó un golpe mortal al dominio bizantino en Asia Menor, es decir, en comarcas esenciales para el Imperio. "Desde 1071 no hubo ejército bizantino para resistir a los turcos" (Laurent). El historiador Gfrorer llega a decir que aquella batalla entregó a los turcos el Imperio bizantino entero, y Gelzer considera que tan grave suceso fue "el t oque de agonía del Imperio bizantino... y aunque sus consecuencias no se notasen inmediatamente en todos sus espantables aspectos, no por ello dejó de quedar en pie esto: que el oriente de Asia Menor, Armenia y Capadocia —que habían dado al Imperio tantos ilustres emperadores y soldados y eran la principal fuerza del Imperio —, se habían perdido para siempre y los turcos plantaban sus tiendas de nómadas sobre las ruinas de la antigua gloria romana. La cuna de la civilización se convirtió en presa de la fuerza bruta y de los bárbaros musulmanes".

En los años transcurridos entre la catástrofe del 1071 y la elevación de Alejo Comneno al trono en 1081 , los turcos aprovecharon la indefensión de las fronteras y las luchas interiores de los pa rtidos bizantinos, que a veces les llamaban en su socorro. Así, las incursiones selyúcidas hiciéro nse cada vez más atrevidas. Destacamentos turcos alcanzaron las pro vincias occidentales del Asia Menor. Las tropas turcas que ayudaron a Nicéforo Botaniates a apoderarse del trono le s iguieron hasta Nicea y Crisópolis (Escutari).

A todo esto se añadió un hecho nuevo. Después de la muerte de Romano Diógenes y de Alp Arslan, los turcos y el Imperio dejaron de considerarse ligados por el tratado que firmaran ambos emperadores. Con esta ocasión, los turcos entraron lleno a las provincias bizantinas del Asia Menor. Según un cronista bizantino, los turcos no ingresaron en aquellas provincias como saqueadores ocasionales, sino como verdaderos dueños de los distritos que ocupaban[182]. No obstante, es preciso considerar tal afirmación como exagerada, al menos en lo anterior al año 1081. Como con justeza dice J. Laurent, "en 1080, siete años después de su aparición en las orillas del Bósforo, los turcos no estaban establecidos todavía en parte alguna, ni habían fundado un Estado ni pasaban de ser merodeadores errantes y desordenados".

El sucesor de Alp Arslan invistió con el mando de las tropas del Asia Menor a Suleiman ben Kutalmisch, quien ocupó la parte central del Asia Menor, pero en 1080—1081, su situación no estaba todavía afirmada. Más tarde fundó el sultanato de Rum o Asia Menor[183], cuya capital fue Iconion (hoy Konia), la ciudad más rica y bella del Asia Menor. Llámase, pues con frecue ncia a ese Estado de los selyúcidas sultanato de Iconion[184]. El nuevo sultanato se extendía del Asia Menor central al mar Negro por el norte y hasta las costas mediterráneas al sur, y convirtióse en un p eligro

---

[180] *J. Laurent, Bizancio y los turcos selyúcidas en Asia Menor. Sus tratados anteriores a Alejo Comneno (Atenas, 1911 —1912, París, 1913).*

[181] *Sin embargo, según Laurent , ese tratado "acaso implicase alguna cesión de territorio"*

[182] *Joannis Scylitzae , Historia*

[183] *La palabra Rum no es sino una corrupción de la palabra "romano", y fue empleada por los escritores musulmanes para designar a los greco —bizantinos de la Edad Media, asi como sus posesiones. Rum servía igualmente para designar el Asia Menor.*

[184] *Respecto a este período primitivo de la conquista, las fuentes orientales indican a Iconion como capital. Las fuentes griegas indican Nicea como residencia de Suleiman.*

potencial para el Imperio. Las tropas turcas siguieron avanzando hacia el oeste y las fuerzas del Imperio no pudieron oponerse al peligro selyúcida.

Los progresos de los selyúcidas, y acaso el amenazador avances de los pechenegos y los uzos al norte, obligaron a Miguel VII Ducas Parapinaces, a principios de su reinado, decidió a pedir socorro a Occidente. En consecuencia dirigió un mensaje al Papa Gregorio VII pr ometiéndole, a cambio de su ayuda, procurar la unión de las dos Iglesias. Gregorio VII ac ogió favorablemente la demanda del emperador de Oriente y dirigió varios mensajes a los príncipes de la Europa occidental y a "todos los cristianos". Declaraba en aquellos mensajes el Papa, entre otras cosas, que "los paganos ejercían sobre el Imperio cris tiano mucha presión y habían devastado con crueldad inaudita todo lo que había fuera de los muros de Constantinopla". Pero las llamadas de Gregorio VII no produjeron ningún resultado tang ible para Bizancio y éste no recibió auxilio alguno de Occidente. A l a vez continuaba la larga y terrible disputa de las Investiduras y el conflicto entablado entre el Papa Gregorio VII y el emperador Enrique IV.

Cuando Alejo Comneno ascendió al trono, era evidente que el avance de los selyucidas hacia el oeste constituía u n peligro mortal para Bizancio.

Los pechenegos.

Hacia fines del período macedónico, los pechenegos eran, al norte, los más peligrosos enemigos del Imperio. El gobierno imperial les había permitido establecerse en los distritos situados al septentrión de l os Balcanes y otorgado títulos honoríficos a varios príncipes pechenegos. Pero estas medidas no resolvían el problema. En primer término los pechenegos no sabían acomoda rse a una vida sedentaria y, en segundo, nuevas hordas de pechenegos y de sus parientes , los uzos, llegaban sin cesar a las regiones transdanubianas, dirigiéndose al sur y volviendo sus mir adas a los territorios bizantinos, con el afán de entrar en ellos saqueándolos.

Isaac Comneno logró detener el avance de los pechenegos, "que habían salid o, arrastrándose, de sus antros"[185], y restableció la situación bizantina en la orilla del Danubio. A la vez oponía resistencia al progreso de los turcos.

Bajo el reinado de Constantino Ducas, los uzos aparecieron junto al Danubio. Según G. Vasilievski "fue una verdadera emigración. Una tribu entera, comprendiendo seiscientos mil hombres, con todos sus bienes y cuanto poseía, se reunió en la orilla izquierda del río. Cuantos esfuerzos se hicieron para impedirles pasar fueron inútiles". La región de Tesalónica , Macedonia, Tracia e incluso Grecia padecieron terribles devastaciones. Un historiador bizantino conte mporáneo observa que "toda la población de Europa tenía (entonces) los ojos vueltos a aquella emigración"[186]. Tan terrible amenaza fue apartada a causa de diversas circunstancias y entre el pueblo se atribuyó este feliz desenlace a una milagrosa intervención del cielo. Algunos uzos entraron al servicio del gobierno y recibieron tierras en Macedonia. Ya indicamos antes el importante papel negativo desempeñado por uzos y pechenegos en el fatal combate de Mantzikiert.

La nueva política financiera de Miguel VII Ducas, quien, por consejo de su primer ministro, redujo las dádivas que se enviaban a las poblaciones del Danubio, produjo agitación entre los pechenegos y uzos de los distritos danubianos. Aquellas tribus formaron alianza con los nómadas transdanubianos, se pusieron de acuerdo con un general bizantino que se sublevó contra el emp erador y, en concierto con otras tribus, incluso quizá las eslavas, se encamin aron al sur, asolaron la provincia de Adrianópolis y sitiaron Constantinopla, que sufrió mucho por falta de víveres. En este crítico momento fue cuando, apretado por selyúcidas y pechenegos, Miguel VII se dirigió al Papa.

La habilidad de la diplomacia bizantina logró, a lo que parece, salvar a Bizancio, sembrando la discordia entre las fuerzas sitiadoras aliadas. Se levantó el asedio y los enemigos retornaron, ca

---

[185] *Joannis Scylitzae* .

[186] *Michaelis Attaliotae* .

rgados de rico botín, a las orillas del Danubio. Hacia finales de este período los pechenegos pa rticiparon activamente en la lucha entre Nicéforo Botaniates y Alejo Comneno.

El problema uzo—pechenego no quedaba resuelto. Pero aquel peligro turco septentrional, que a veces puso en peligro la capital misma, fue abatido por la dinastía de los Comnenos.

Los normandos.

Los normandos aparecieron en Italia en el último período de la dinastía macedónica. Aprovechando las dificultades internas de Bizancio y la ruptura bizantina con Roma, los norma ndos avanzaron victoriosamente por las posesiones imperiales d el sur de Italia. El gobierno de Constantinopla no podía oponerse a la amenaza occidental por tener absorbidas todas sus fuerzas en la lucha contra los selyúcidas, quienes, así como los uzos y los pechenegos, parecían ser los aliados naturales de los norma ndos. Según frase de Neumann “el Imperio, en Italia, se defendía sólo con su brazo izquierdo”. En su lucha contra Bizancio los normandos encontraron un arma de primer orden en su flota, la cual ayudaba poderosamente a las fuerzas de tierra. Por ende, a mediados del siglo, XI los normandos tuvieron un gran conductor, Roberto Guiscardo, “quien, de jefe de bandoleros, se elevó a la jerarquía de fundador de Imperio” (Neumman).

Roberto Guiscardo se proponía como fin esencial la conquista de la Italia meridional bizantina. Aunque el Imperio hubiese de afrontar muchas dificultades, la lucha al principio fue indecisa y ambos adversarios alcanzaron éxitos alternativos. Roberto ocupó Brindisi, Tarento y Reggio (Rheggium), pero a los pocos años las dos primeras ciudades fueron recuperadas por las tropas bizantinas enviadas a Bari, las cuales comprendían en sus filas elementos varengos. Luego la lucha volvió a ser favorable a los normandos.

Guiscardo asedió Bari, entonces principal centro de la dominación bizantina en e l mediodía de Italia y una de las plazas mejor fortificadas de la península. Sólo mediante un ardid habían logrado los musulmanes ocuparla momentáneamente a mediados del siglo IX. En el mismo siglo, Bari había opuesto encarnizada resistencia al emperador de Occidente, Ludovico II. De manera que el sitio de Bari era difícil empresa militar. Roberto tuvo un poderoso auxilio en la flota no rmanda, que bloqueó el puerto. Tras un sitio de tres años, Bari, en 1071, se rindió a Guiscardo.

La caída de Bari significa ba el fin del dominio bizantino en Italia del sur. Desde aquella impotante base Roberto pudo proseguir rápidamente las operaciones y concluir la conquista de las últimas posesiones bizantinas del interior. La conquista de la Italia meridional dio facilidad a Roberto para intentar la reconqui sta de Sicilia de manos musulmanas.

La conquista del sur de Italia por los normandos no destruyó en absoluto la influencia bizantina. Aun se experimentaba entonces en todo el Occidente una admiración profunda por el Impe rio oriental, su esplendor y sus tradiciones. El Imperio de Occidente que creara Carlomagno y el de Otón el Grande reflejaban en su exterior las ideas, costumbres y formas orientales, cons agradas por varios siglos. Los conquistadores normandos del sur de I talia y su jefe, Guiscardo, exper imentaron aun más la fascinación del Imperio bizantino.

Roberto, duque de Apulia, se consideró sucesor legítimo de los emperadores bizantinos. Conservó la organización administrativa de Bizancio en los territorios conquistados. Así, hallamos en los documentos normandos mención del thema de Calabria. Vemos igualmente que las ciudades fueron gobernadas por exarcas o estrategos y que los normandos se esforzaron en obt ener títulos bizantinos. La lengua griega se conservó en los oficios religiosos de Calabria. En a lgunos distritos se empleaba el griego como lengua oficial. En general, conquistadores y conqui stados vivieron paralelamente, sin mezclarse, conservando sus idiomas, costumbres y usos propios.

Pero los ambiciosos proyect os de Roberto Guiscardo rebasaban los límites de la Italia meridional. Comprendiendo perfectamente la debilidad interior del Imperio y sus graves dificultades exteriores, el ambicioso normando comenzó a soñar con ceñir la corona imperial de los b asileos.

La caída de Bari en el verano de 1071 y el nefasto combate de Mantzikiert en agosto del mismo año demuestran la mucha importancia que aquel 1071 tuvo en la historia general de B izancio. Al oeste, Italia del sur quedaba definitivamente perdida. Al este desaparecía la dominación bizantina en Asia Menor. Reducido territorialmente, privado de una de sus partes más vit ales, como el Asia Menor lo era, el Imperio de Oriente entró en un período de honda dec adencia a contar de la segunda mitad del siglo XI. A pesar de su renacimiento bajo los Comn enos, había de perder progresivamente su importancia política y económica en provecho de los Estados de la Europa occidental.

El emperador Miguel VII advirtió toda la extensión del peligro que Roberto hacía correr al Imperio. Quiso detenerlo mediante una alianza de las dos casas reales y prometió a su hijo en matrimonio con la hija de Roberto. Pero no por eso se restableció la situación del Imperio y, al producirse la deposición de Miguel, los normandos reanudaron las hostilid ades contra Bizancio. Al ascender al trono los Comnenos, los normandos se disponían a emprender operaciones allende el Adriático.

En resumen, el período de turbulencias comprendido entre 1056 y 1081 produjo un retroceso general del poder imperial en todas las fronteras de Bizancio. Además se caracterizó por casi constantes luchas intestinas. Estas dos series de hechos hicieron que los Comnenos recogi eran una herencia muy difícil.

La instrucción, la ciencia y el arte durante el período de la dinastía macedónica.

La época macedónica, caracterizada por una hirviente actividad en lo exterior y lo interno, fue también un período de notable desenvolvimiento en todas las ramas de la civilización. Entonces se manifestaron claramente los rasgos típicos de la cultura bizantina: la unión más íntima de los elementos seculares y teológicos; la combinación de la antigua sabiduría p agana con los nuevos conceptos del cristianismo; el desarrollo de los conocimientos univers ales y enciclopédicos y, en fin, la falta bizantina de originalidad y potencia creadora. D urante todo aquel período, la escuela superior de Constantinopla fue un centro de estudios cient íficos y literarios en torno al cual se agruparon las mejores fuerzas intelectuales del Imperio.

El emperador León VI el F ilósofo, discípulo de Focio, no estaba dotado de gran talento literario, pero, aun así, escribió varios sermones, himnos eclesiásticos y otras obras. Se esforzó —y ese fue su mayor mérito— en conservar el ambiente intelectual creado por Focio y, con fr ase del historiador Popov, “se creó un lugar de honor en la historia de la instrucción bizantina en g eneral y de la instrucción eclesiástica en particular”. León favoreció y protegió a todos los s abios y hombres de letras. Bajo su reinado “el palacio imperial se transformó a veces en una nu eva Academia, en un nuevo Liceo”.

Sobre el fondo del movimiento ideológico del siglo X resalta la figura del emperador Constant ino Porfirogénito, quien contribuyó mucho al desarrollo intelectual de Bizancio, no sólo prot egiendo solícitamente la cultura, sino también componiendo numerosos escritos originales. H abiendo abandonado la dirección de los asuntos públicos a Romano Lecapeno, pudo disponer de tiempo para consagrarse a lo que le interesaba. Logró crear y animar un inten so movimiento literario y científico, al que prestó más estímulo su activa colaboración personal. Escribió mucho, alentó a otros a escribir y se esforzó en aumentar la instrucción de su pueblo. Su nombre está vinculado a la inauguración de muchas, construc ciones magníficas. Se interesó con pasión por el arte y la música y consagró grandes cantidades de dinero a mandar componer antologías de los escritores antiguos.

Nos han llegado numerosas obras de la época de Constantino VII. Algunas proceden de la pluma del propio Constantino, otras tuvieron su colaboración y otras (antologías de antiguos textos, enciclopedias que contenían pasajes de ciertos escritores sobre cuestiones diversas) fu eron redactadas por iniciativa suya. Entre los libros de Constantino debem os mencionar la biografía

panegírica de su abuelo Basilio I. Otro, dedicado a su hijo y sucesor, versa sobre la administración del Imperio y encierra interesantes y valiosos informes sobre la geografía de los países extranjeros, sobre las relaciones del Im perio bizantino con las naciones vecinas y sobre la diplomacia de Bizancio. Los primeros capítulos de la obra están consagrados a los pueblos del norte, pechenegos, rusos, uzos, kázaros y magiares (turcos), todos los cuales —y en especial los dos primeros — desempeñaron importante papel en la vida económica y política del Imperio en el siglo X. Este libro trata igualmente de los árabes, los búlgaros, los dálmatas, los francos, la Italia del sur, Venecia y otros pueblos y Estados. La obra contiene también una lista de los rápidos del Dniéper, indicados en dos lenguas, la "eslavona" y la "rusa", esto es, la escandinava. Ello fo rma una de las bases más sólidas en pro de la teoría del origen escandinavo de los primeros prí ncipes rusos. El libro se compuso entre 9 48 y 952 (o 951). Su orden primitivo no era el que se halla hoy en el texto impreso. El hombre que mejor ha estudiado esta obra —J. B. Bury— la califica de "mosaico". Ese tratado nos da una impresionante idea de la potencia política, diplom ática y económic a del Imperio en el siglo X. Se halla igualmente una rica documentación geogr áfica en la tercera obra de Constantino, *De thematibus*, compuesta según escritos geográficos de los siglos V y VI. También en su reinado se redactó la gran obra conocida por *Libro de las ceremonias de la corte bizantina,* que da ante todo una descripción detallada de las complicadas r eglas de la vida en la corte bizantina. Las indicaciones que allí se encuentran sobre bautismos, matrimonios, coronaciones, funerales de emperadores, d iversas solemnidades eclesiásticas, recepción de e mbajadores extranjeros, organización de expediciones militares, cargos y títulos y otros muchos aspectos de la existencia, son de inestimable valor para quien quiera estudiar, no sólo la vida de la corte, s ino también la de la sociedad de todo el Imperio. El ceremonial bizantino, pr ocedente del usado en el Bajo Imperio romano de la época de Diocleciano y de Constantino, pen etró en la vida cortesana de la Europa occidental y de los Estados eslavos, incluso Ru sia. Ciertas ceremonias de la corte turca en el siglo XX presentan algunas huellas de la influencia bizantina. A Constantino se debe también el prolijo relato del triunfal traslado de la imagen milagrosa del Salvador desde Edesa a Constantinopla, en 944. S egún la tradición popular, aquella imagen había sido e nviada antaño al príncipe de Edesa por el propio Cristo.

Entre los literatos y sabios que rodeaban a Constantino figuró el historiador José Genesios, autor de una historia de la época comprendida entre León V y León VI (813—886), y ta mbién Teodoro Dafnopates, quien escribió una obra histórica que ha llegado hasta nosotros, varias cartas diplomáticas, diversos sermones pronunciados en las solemnidades cristianas y una serie de *Vidas*. Acaso deba identificá rsele con el "continuador de Teófanes". A instancias del emper ador, Constantino el Rodense compuso una descripción poética de la *iglesia de los Santos Apóst oles.* Esta obra es particularmente valiosa porque nos da una pintura del famoso templo, más tarde destruido por los turcos.

Entre las enciclopedias aparecidas en la época de Constantino debe incluirse la famosa colección de *Vidas de santos* debida a Simeón Metafrasta.

De la primera mitad del siglo X data igualmente la Antología palatina, de Constantino Cefalas. El título está tomado del único manuscrito que de la obra poseemos: el *Codex Palatinus* , hoy en Heidelberg. Ciertos autores identifican a este Constantino de la antología con Constantino el R odense, opinión que debe considerarse muy poco probable. La *Antología palatina* es una extensa compilación de poemas breves de los tiempos paganos y cristianos y honra la delicadeza del gusto literario del siglo X.

Al reinado de Constantino Porfirogénito corresponde también la compilación del famoso *Lexicón de Suidas*. No tenemos informe alguno sobre la vida y persona del autor de ese léxico, que es una de las más ricas fuentes que existen para la explicación de palabras, nombres propios y cosas de uso corriente. Los artículos literarios e históricos consagrados a las obras que no han llegado a nosotros tienen un considerable valor particular. A pesar de ciertas insuficiencias, "el *Lexicón de Suidas* es un monumento admirable de la actividad compiladora de los sabios biza ntinos en una época en que la ciencia se hall aba en el resto de Europa en un estado de decadencia completa. Esta

es una prueba más de hasta qué punto el Estado bizantino, a despecho de las dificultades interiores y exteriores que atravesó, supo guardar y desarrollar lo que de la antigua cu ltura quedaba" (Krumbacher).

Otra figura notable del período macedónico fue Aretas, obispo de césarea en la primera mitad del siglo X. Su extensa instrucción, el profundo interés que sentía por las obras literarias, se reflejan en sus propias obras. Su comentario gri ego del Apocalipsis, sus notas sobre Platón, Luciano y Eusebio, sus preciosas cartas, conservadas en un manuscrito de Moscú y aun inéditas, muestran el eminente lugar que Arelas de Cesárea tuvo en el movimiento intelectual del siglo X. El patriarca Nicolás el Místico, célebre por el papel activo que ejerció en la vida eclesiástica de aquel período, dejó una interesante colección de más de ciento cincuenta cartas. Entre ellas las hay dirigidas al emir árabe de Creta, a Simeón de Bulgaria, a los Papas, al emperador Romano Lecapeno, a los obispos, a los monjes, a diversos funcionarios de la administración civil, etc. Esos mensajes nos proporcionan una rica documentación sobre la política interna y exterior del siglo X.

León el Diácono, contemporáneo de Basilio II y testigo ocular de los sucesos de la guerra búlgara, dejó una historia en diez libros abarcando el período comprendido entre 959 y 975 y conteniendo relatos de las campañas contra árabes, búlgaros y rusos. Esta historia es la más i mportante que poseemos sobre el esplendente periodo de Nicéforo Focas y Juan Tzimiscés, ya que es la única contemporánea. La obra de León el Diácono es inestimable también para quienes quieran estudiar las primeras páginas de la historia rusa, porque el autor da extensos infor mes sobre Sviatoslav y la guerra que éste sostuvo contra los griegos.

Ya hablamos de la monografía de Juan Cameniates, sacerdote de Tesalónica, a propósito de la toma de esta ciudad por los árabes en 904, acontecimiento al que asistió.

Entre los cronistas del periodo debemos citar al continuador anónimo de Teófanes (*Theophanes Continuatus*), el cual relata los sucesos del período 813 —961, con arreglo a las obras de Genesios, de Constantino Porfirogénito y del continuador de Jorge Hamartolo. Aun no se ha resu elto cuál pueda ser la identidad del autor de esta compilación[187]. Los cronistas del siglo X, Simeón, magistros y logoteta, León el Gramático y Teodosio de Mitelene presentan a los eruditos un problema todavía no solucionado, como es el de conocer las relaci ones recíprocas de esos textos, tan semejantes, que describen brevemente los sucesos a contar de la creación del mundo. La cuestión se torna más delicada en virtud del hecho de que el texto griego original de Simeón está inédito todavía.

Al siglo X pertene ce igualmente una de las más interesantes figuras de la literatura bizantina: Juan Ciriotas, generalmente conocido por "El Geómetra". El período brillante de su activ idad literaria se sitúa bajo los reinados de Nicéforo Focas, Juan Tzimiscés y Basilio II. Su héroe favorito es Nicéforo Focas. Juan nos ha dejado epigramas, poesías de circunstancias, una obra en verso sobre el ascetismo (*El Paraíso*) y algunos himnos en loor de la Santa Virgen. Los epigr amas y poemas de ocasión están estrechamente vinculados a los sucesos políticos de la ép oca, como la muerte de Nicéforo Focas, la de Juan Tzimiscés, la insurrección de Bardas Skleros, la de Bardas Focas (en su poema *La rebelión*). la guerra búlgara, etc. Todas estas obras ofrecen gran interés para la historia del período. En uno de sus poemas, escrito en ocasión de su viaje desde Constantinopla a Selibria, pasando por distritos afectados por la guerra, hallamos un cuadro ap asionante, grandioso y patético de los sufrimientos y miserias de la población rural.

Krumbacher acierta al decir que Juan el Geómetra es uno de los escritores "más exquisitos" de la literatura bizantina. Muchos de sus poemas merecerían ser traducidos a nuestras lenguas m

[187] *El profesor N. P. Chestakov, de Kazan (Rusia), estima que el autor de la Continuación de Teófanes es Teodoro Dafnopates. V., por ej., su memoria leída al segundo Congreso Internacional de Estudios Bizantinos celebrado en Belgrado del 11 al 16 de abril de 1927: "La cuestión del autor de La continuación de Teófanes. D. Anastasijevic y P. Granic. Segundo Congreso Internacional de Estudios Bizantinos, Belgrado, 1927" (Belgrado, 1929)* .

odernas. Sus obras en prosa —retórica, exégesis y arte oratorio — ofrecen menos interés que sus poemas.

En la primera mitad del siglo XI floreció también uno de los mejores poetas bizantinos, Cristóbal de Mitilene, a quien solo conocemos bien desde hace poco. Sus poemas breves, escr itos en general en trímetros yámbicos, en forma de epigramas o de mensajes a diversas personas, incluso los emperadores de la época, se distinguen por su estilo gracioso y su ingenio.

En ese mismo siglo X en que Bizancio conoció un período de brillante desenvolvimiento, llegaron a las orillas del Bósforo r epresentantes del Occidente bárbaro, ansiosos de instruirse.

A fines del siglo X y principios del XI toda la atención del Imperio se centró en las campañas que elevaron a Bizancio al pináculo de su gloria militar. En consecuencia la actividad intelectual y la potencia creadora disminuyeron un tanto, Basilio II trataba con desdén a los sabios. Ana Comnena, que escribió en el siglo XII, observa que "después del reinado de Basilio II Porfirog énito hasta el de Constantino Monómaco, el estudio de las letras, aun que descuidado por la may oría, no desapareció por completo y más tarde volvió a brillar". Individuos aislados seguían tr abajando con diligencia y pasaban noches enteras consagrados al estudio, a la luz de las lámparas. Una educación superior ampliamente fa vorecida por el gobierno no reapareció sino a mediados del siglo XI bajo Constantino Monómaco, época en que un grupo de hombres cultos, dirig idos por el joven Constantino Psellos, interesó en sus propósitos al emperador y ejerció gran i nflujo en la corte. Se entablaron vivas discusiones respecto a la reforma de la escuela superior. Unos deseaban una escuela de derecho; otros una de filosofía, es decir, de cultura general. La agitación crecía sin cesar, provocando incluso manifestaciones públicas. El emperador halló un medio excelente de resolver la situación; organizar una escuela de filosofía y una facultad de d erecho. Siguióse la fundación de la Universidad en 1045. La Novela relativa a la fundación de la escuela de derecho ha llegado a nosotros. En la esc uela de filosofía enseñábase ésta y se trató de dar a los estudiantes una rígida cultura general. A la cabeza de la escuela estaba el famoso sabio y escritor Psellos. La escuela de derecho era una especie de liceo o academia de jurisprudencia.

El gobierno bizantino tenía viva necesidad de funcionarios expertos y cultos, y sobre todo de juristas. A falta de escuelas especiales de derecho, los jóvenes se instruían en la ciencia del derecho apelando a juristas, notarios y hombres de leyes que rara vez tenían conocimientos extensos y profundos en esa disciplina. La escuela jurídica fundada por Constantino Monómaco tendía a satisfacer aquella urgente necesidad sentida por el gobierno. Estuvo a su cabeza Juan Xifilino, contemporáneo y amigo de Psellos y no menos f amoso que él. La instrucción siguió siendo gratuita. Los profesores recibían del gobierno buenos sueldos y vestidos de seda, regalos en especie y dádivas por Pascuas. Podían entrar en la escuela de derecho cuantos lo desearan, sin tener en cuenta la posición social ni la fortuna y bastando que el estudiante poseyera suficiente preparación. La Novela de fundación de la escuela de derecho nos da una indicación de las miras del gobierno sobre la instrucción y la ciencia jurídica. La escuela de derecho del sigl o XI se orientó en un sentido definidamente práctico: se esperaba de ella que procurase buenos funcion arios versados en las leyes del Imperio.

Al hombre que estuvo al frente de la escuela filosófica, Constantino Psellos, se le conoce ordinariamente por su nombre monástico de Miguel. Nació en la primera mitad del siglo XI. Sus br illantes estudios, su extenso saber, su notable talento, le elevaron mucho en la estima de sus co ntemporáneos, convirtiéndole en uno de los personajes más influyentes del Imperio. Fu e invitado a acudir a la corte y recibió altas funciones y elevados títulos. A la vez enseñaba filosofía y ret órica a numerosos estudiantes. En una de sus cartas escribe: "Hemos sometido a los celtas (los pueblos de la Europa occidental) y a los árabes, y ellos han venido desde dos continentes a co ncurrir a nuestra gloría. El Nilo inunda la tierra de los egipcios y mi lengua su espíritu... Uno de esos pueblos me califica de antorcha de la ciencia, el otro de luminaria, un tercero me honra con los más hermos os nombres". Siguiendo el ejemplo de su amigo Juan Xifilino, el rector de la escuela de derecho, Psellos tomó el hábito monástico, adoptó el nombre de Miguel y pasó algún tiempo en un monasterio. Pero la vida solitaria de los monjes no cuadraba a Psellos. Abandonando su convento,

volvió a la capital, donde recobró sus importantes funciones. A finales de su v ida fue hecho primer ministro. Debió de morir el 1078.

Psellos, que vivía en un período de turbulencias y decadencia señalado por frecuentes cambios de emperador y de política, supo desplegar un gran talento de adaptación a las variables condiciones de la existencia. sirvió a nueve emperadores sin dejar de elevarse y aumentar su i nfluencia. No vaciló en adular y humillarse, en corromper a otros con miras a su posición personal. No cabría, pues, decir que poseyó grandes cualidades morales, pero en esto no difirió de otras muchas gentes que vivieron en aquel agitado y difícil período.

Junto a estos rasgos de su carácter, negativos en cierto modo, Psellos po seyó cualidades con las que se adelantó mucho a sus contemporáneos. Tenía una magnífica cultura y grandes conocimientos, leía mucho y trabajaba enormemente. Escribió considerable cantidad de libros y dejó muchas obras de teología, filosofía (inspirada en Platón), ciencias naturales, filología, hist oria, derecho, poesías, una serie de discursos y una vasta correspondencia. La *Historia* de Psellos relata los hechos comprendidos entre la muerte de Juan Tzimiscés y los últimos años de la vida del autor (976 —1077), siendo una fuente muy valiosa para el estudio de la historia del siglo XI, a pesar de cierta parcialidad. La obra literaria de Psellos nos lo muestra como un representante de la cultura secular impregnada de helenismo. No pecó por exceso de modestia. Di ce en su *Cronografía*: “Siempre me han asegurado que tengo una pronunciación bella, la cual se nota hasta en mis más sencillas palabras. Cuanto yo decía sin preparación alguna, estaba señalado por un e ncanto natural. Yo lo hubiese desconocido si varias personas, oyéndome hablar, no lo hubiesen certificado”. Declara también: Constantino IX “admiraba al más alto punto mi elocuencia y sus oídos estaban siempre suspendidos de mis labios”. Miguel VI le “admiraba profundamente y gustaba la miel que se desprendía d e mis labios”. Constantino X bebía sus palabras “como néctar”. Eudoxia le “consideraba cual un dios”. No obstante, los historiadores dan juicios opuestos sobre la obra y personalidad de Psellos. De todos modos parece indiscutible que ocupó un lugar tan ele vado en la vida espiritual de Bizancio en el siglo XI como Focio en el IX o Constantino Porfirogénito en el X.

La época macedonia, más especialmente el siglo X, está considerada como el período del desenvolvimiento de la poesía épica y de los cantos popula res bizantinos. La intensa vida de los confines orientales del Imperio, donde había combates casi continuos, ofrecía vasto campo a los actos de bravura y a las hazañas peligrosas. Hubo un hombre que dejó en el pueblo bizantino un recuerdo duradero y profun do: el héroe de las provincias fronter izas, Basilio Digenis Akritas.

Parece que el nombre verdadero de aquel héroe de epopeya fue meramente Basilio. Digenis y Akritas fueron sólo sobrenombres. El término Digenis (“nacido de dos orígenes”) se debió a que su padre fue musulmán y árabe y su madre cristiana y griega. Se daba corrientemente el nombre de Digenis a los nacidos de dos razas diferentes. El nombre Akritas, plural *akritai* (del griego “frontera”), servía para designar a los defensores de las fronteras más extremas del Imperio. Los akritas gozaban a veces de gran independencia respecto al poder central: se les ha comparado justamente con los margraves o jefes de marcas fronterizas de la Europa occidental y con los cosacos ucranianos (*ukraína*, frontera) de la historia de Rusia.

Digenis Akritas, el héroe legendario, consagró toda su vida a luchar contra los musulmanes y los *apelatai.* Este último término había designado en su origen a los “dispersadores de rebaños” y luego, más sencillamente, los “ladrones”, y servía en la frontera oriental del Imperio bizantino, para denominar a los bandidos montañeses, “hombres audaces, de alma y cuerpo te mplados, semibandoleros y semíhéroes” (Veselovski) que no reconocían la autoridad del emperador ni la del califa, y asol aban los territorios de ambos soberanos. En tiempo de paz aquellos temibles bandidos eran tan perseguidos por cristianos como por musulmanes, mientras en tiempos de guerra cada uno de los adversarios se esforzaba en ganarse el apoyo de hombres tan resuelto s. Con expresión de Rambaud, en los distritos fronteros la gente “se sentía muy lejos de Bizancio. No se hubiera creído uno en las provincias de una monarquía ordenada, sino en la anarquía feudal de Oriente”.

Según diversas alusiones esparcidas en la epope ya de Digenis Akritas, cabe afirmar que los hechos reales que sirvieron de base a dicha epopeya se produjeron amediados del siglo X en

Capadocia y en la región del Éufrates. En la epopeya, Digenis ejecuta altos hechos y brillantes a cciones en el campo cristiano y en pro del Imperio: para él, la ortodoxia y la *Romania* (es decir, el Imperio bizantino) son dos elementos inseparables. La descripción del palacio de Digenis nos da una idea muy clara de la magnificencia y la riqueza que se hallaban entre los gran des propietarios del Asia Menor, tan cruelmente aborrecidos por Basilio II Bulgaróctonos. Ciertos historiadores han llegado a identificar el personaje legendario con uno histórico del siglo X, pero faltan pruebas demostrativas de esta tesis[188]. Aun se enseña a los viajeros, cerca de Trebisonda, la tumba del héroe, la cual, según tradición popular, protege contra el mal de ojo a los recién nacidos.

El fondo de la epopeya de Digenis Akritas ofrece grandes semejanzas con los famosos poemas épicos de la Europa occidental, de los que son los principales *La Canción de Rolando* , que data de la época de Carlomagno, y el *Poema del Cid*, ambos nacidos de la lucha del cristi anismo contra el Islam.

El prototipo oriental de Digenis Akritas fue, como antes indicamos, el semilegendario paladín del Islam, Seif al Battal Ghazi, cuyo nombre está asociado a la batalla de Akroinon (740).

El nombre de Digenis fue popular hasta el fin del Imperio bizantino. Un poeta del siglo XII, Teodoro Pródromo, esforzándose en elogiar decorosamente al emperador Manuel Comneno, le llama “nuevo Akritas”.

Según Bury, “así como Homero refleja todos los aspectos de cierto estadio de la civilización griega primitiva, así como los nibelungos nos dan la imagen de la civilización de los ge rmanos en la época de las grandes migraciones, así el ciclo de Digenis nos ofrece un vasto cu adro del mundo bizantino de Asia Menor y de la vida en las fronteras”.

El poema de Digenis Akritas nos ha llegado en varios manuscritos, el más antiguo de los cuales se remonta al s iglo XIV. Incluso ha sobrevivido a Bizancio: aun hoy los habitantes de Chipre y del Asia Menor cantan las proezas del famoso héroe bizantino. Se halla una especie de reflejo de las baladas populares de la epopeya bizantina en los monumentos épicos rusos. L a literatura rusa antigua tienen sus *Hechos y vida de Digenis Akritas.* El historiador ruso Karamzin (princ ipios del siglo XIX) los conoció y los tomó al principio por un cuento ruso de hadas. Como quiera que fuese, *Los Hechos de Digenis Akritas* tuvieron considerable importancia en el desarrollo de la antigua literatura rusa, ya que la vida y las letras rusas estuvieron muy hondamente afectadas por la influencia bizantina tanto eclesiástica como profana. Es interesante notar que la versión rusa del poema de Digenis contiene episodios que no nos han llegado en los textos griegos.

La vida intelectual y artística del Imperio continuó desarrollándose durante el difícil período de las turbulencias que siguieron a la época de la dinastía macedónica. Ya sabemos que tales acontecimientos no interrumpieron la actividad de Miguel Psellos, lo que indica que la vida intelectual del país no sufrió eclipse. Psellos recibió tantos favores de los emperadores ocasion ales que se sucedieron en el trono como de los representantes de la dinastía macedónica.

Entre los escritores notables de ese período sobresale Miguel Attaliota. Nacido en Asia Menor, emigró a Constantinopla y abrazó la carrera de jurista. Los escritos que de él nos han llegado pertenecen a las esferas de la histori a y de la jurisprudencia. Su historia abarca el período comprendido entre 1034 y 1079. Apóyase en observaciones personales y da un cuadro verídico de la época de los últimos macedonios y de los subsiguientes años de perturbaciones. El estilo de Miguel Atta liota testimonia ya en ciertos lugares aquel artificial renacimiento del clasicismo que tanto se desarrolló en la época de los Comnenos. El tratado jurídico de Miguel, que se deriva por entero de las *Basílicas*, fue muy popular. El autor se había propuesto publicar un tratado de derecho muy breve y accesible a todos. Se hallan muy interesantes informes sobre la civilización del Imperio en el siglo XI en el estatuto compuesto por Miguel para el asilo de pobres y el convento

[188] *Así C. Sathas (1875), lo identifica con el gran doméstico Pantherios, emparentado con los Ducas, que ejerció su cargo bajo el reinado de Romano Lecapeno*

que fundó. Ese estatuto contiene un inventario de los bienes de ambas casas, incluyendo, entre otras cosas, una lista de los libros de la biblioteca del convento.

La época de la dinastía macedónica es muy importante en la historia del arte bizantino. El período que corre de mediados del sig lo IX hasta el XII llamase en la ciencia la Segunda Edad de Oro del Imperio bizantino (la primera fue la de Justiniano). La crisis iconoclasta, como vimos, libró al arte bizantino de la influencia restrictiva de la Iglesia y del monaquismo y abrió nuevas v ías artísticas, exteriores al dominio de la religión. Al extremo de esas nuevas vías se hallan las cara cterísticas siguientes: retorno a las tradiciones de los modelos alejandrinos primitivos; desarr ollo de la ornamentación aprendida de los árabes y por ta nto muy emparentada a la del Islam; substitución de los motivos eclesiásticos por otros históricos o profanos tratados con mayor realismo. Pero el arte de la época macedónica no se limitó a imitar o copiar esos themas, sino que creó cosas nuevas y original es. "El estilo griego revivificado de los períodos macedónico y comnénico, pr odujo algo más que la gracia física de la manera helenística del siglo IV ya que se agregó una pa rte importante de la gravedad y fuerza de los siglos anteriores. Estas cualidades señalaron con su sello el estilo medieval bizantino. Su influjo eliminó las formas groseras del siglo VI, que ya no se vieron más que en las provincias alejadas, donde no se sentía la atracción de la capital. De ello resultó una mezcla de dignidad y gracia , de moderación y de orden, un refinamiento sereno que se convirtieron en característicos del arte bizantino en el período de su madurez. Aquellas obras unieron la armonía y la emoción religiosas; tuvieron una seriedad que las de la época helenística no ha bían tenido. Puede ser exagerado decir que durante sus últimos s iglos el arte bizantino fue helenizándose progresiva y sistemáticamente, pero es cierto que ya no era posible en él una orientalización profunda y completa"[189].

No carece de interés advertir que el famoso historiador austríaco Strzygowski se ha esforzado en demostrar una tesis estrechamente ligada a la época de la dinastía macedónica. Según él, la exaltación al trono del primer emperador de la dinastía macedónica, armenio de nacimie nto, señaló una era nueva en la historia del arte bizantino: la era de la influencia directa del arte armenio sobre las creaciones artísticas de Bizancio.

En otras palabras, Strzygowski trata de invertir los términos, tendiendo a afirmar que, lejos de haber sufrido Arme nia —como antiguamente se creía — la influencia del arte bizantino, influyó sobre éste. En realidad, la influencia armenia fue muy fuerte en la época de la dinastía macedónica. Numerosos artistas y arquitectos armenios trabajaron en Bizancio. La *Nueva iglesia,* construida bajo Basilio I, acaso se realizara según un plan armenio. Cuando, en el siglo X, un terremoto dañó la cúpula de Santa Sofía, a un arquitecto armenio, autor de los planos de la catedral de Ani, se le confió la obra de restauración. No obstante, y aunque las teorías de Strzygowski contengan, con frase de Diehl, "muchas cosas ingeniosas y seductoras", no se pu eden aceptar íntegramente.

Basilio I fue un gran constructor. Hizo levantar la *Nueva iglesia,* ya mencionada, acontecimiento tan importante para él como la edificación de Santa Sofía fuera para la política constructora de Justiniano. También mandó erigir un palacio nuevo —el Kenurgion—, decorándolo con brilla ntes mosaicos.

Dispuso restaurar y ornar Santa Sofía y los Santos Apóstoles. La primera, malparada por el movimiento sísmico del 989, fue objeto de cuidados y atenciones imperiales en los siglos X y XI.

Bajo los emperadores macedonios se abrieron las primeras escuelas imperiales de pintura de iconos. De ello, además de la ejecución de much os iconos y de la decoración de numerosas paredes de templos, se derivó la iluminación, efectuada en tales escuelas, de abundantes manu scritos. De Basilio II data el famoso *Menologio del Vaticano,* con magníficas miniaturas debidas a ocho iluminadores cuyos nombres aparecen inscritos en las márgenes. Otras muchas miniaturas interesantes, original y bellamente ejecutadas, pertenecen a esa época.

---

[189] *M. Dalton, East Christian Art (Oxford, 1925).*

El principal foco artístico del Imperio fue Constantinopla, pero las provincias tuvieron también importantes monume ntos de arte: así la iglesia de Skripu (874) en Beocia; un grupo de iglesias del Athos que se remontan al siglo X o principios del XI; San Lucas de Stiris en Fócida (princ ipios del siglo XI); Nea Moni de Quío (mediados del siglo XI); la iglesia del monaste rio de Dafni en el Ática (finales del siglo XII). En Asia Menor, las numerosas iglesias de Capadocia, tall adas en la roca, conservan frescos del mayor interés, muchos de los cuales se remontan a los siglos IX, X y XI. El descubrimiento y estudio de esos frescos de Capadocia, que Khan revelado un tesoro extraordinario de pinturas murales" (Dalton), están estrechamente asociados al nombre de R. P. G. de Jerphanion, quien ha consagrado su vida a la investigación detallada de Capadocia, "nueva provincia del art e bizantino" (Diehl).

El arte bizantino de la época macedónica brilló allende las fronteras del Imperio. Las más recientes pinturas de la famosa iglesia romana de Santa María la Antigua, que se hacen remontar a los siglos IX y X, pueden incluirse entre las obras notables del Renacimiento macedonio.

Santa Sofía de Kiev (1037), en Rusia, pertenece igualmente, con otras muchas iglesias, a la tradición "bizantina" de la época de los emperadores macedonios.

El brillante período de esa dinastía (867 —1025) fue también la época mejor del arte bizantino desde el punto de vista de la vitalidad y originalidad del arte. El intervalo de turbulencias que siguió, así como la época de los Comnenos, vieron nacer y desarrollarse un arte diferente en absoluto, más seco y más rígido. "Los estandartes bizantinos, conducidos (por Basilio II) a A rmenia, retrocedían poco a poco; los de los turcos selyúcidas avanzaban. En el interior reinó ese espíritu de inmovilidad que halla su expresión en ceremonias y paradas: el espíritu de un A lejo Comneno y su corte. Todo esto se reflejó en el arte del siglo que precedió a la invasión de los cruzados de Occidente. Las fuentes del progreso se agotaron; cesó de haber potencia creadora orgánica; el solo cambio posible era la aceptación pasiva de las fuerzas externas. El fervor religioso fue absorbido por preocupaciones formularias. El sistema litúrgico, al gobernar la pintura, tuvo por resultado una floración de manuales o guías para pintar, en los cuales se señalaba con exactitud el camino a seguir. La composición fue así estereotipada y hasta los colores prescritos con antelación" (Dalton).

BIBLIOGRAFÍA

A. A. VASILIEV, *Bizancio y los árabes. Las relaciones políticas de Bizancio y los árabes en la época de la dinastía macedónica. Los emperadores Basilio I, León VI el Filósofo y Constantino VII Porfirogénito (867—950)* (San Petersburgo, 1902). En ruso.

A. MICHEL, *Humbert und Kerularius. Studien.* Erster Teil (Paderborn, 1925).

A. P. LEBEDIEV, *Historia de la separación de las Iglesias en los siglos I X, X y XI*

(2.a ed., Moscú, 1905). En ruso.

A. RAMBAUD, *L'Empire grec au X e siécle. Constantin Porphyrogénéte (París,*1870). Libro excelente.

A. RAMBAUD, *Une épopée byzantine au X e siécle: les exploits de DigénisAkritas. Études sur l'hi stoire byzantine* (París, 1912).

A. STOCKLES, *Spatromische una byzantinische Zünfte* (Leipzig, 1911). Interesante.

A. VOGT *Le Livre des Cérémonies (* París, 1935—1940).

A. ZERNIN, *La vida y las obras de Constantino Porfirogénito,* I (Jarkov, 1858).

BARÓN V. R. ROSEN, *El emperador Basilio Bulgaróctortos* . Trozos escogidos de la obra de *Yahia de Antioquía* (San Petersburgo, 1883).

BARONESA DIANA DE GULDENGRONE, *L'Italie byzantine. Étude sur le haut moyen age, 400—1056* (París, 1914).

C. DIEHL, *Le román de Digénis Akritas. Figures byzant ines,* II.

C. DIEHL, *Une famille de bourgeoisie a Byzance au Xa siécle.* Figures byzantines,

I. p. 291—316. Trad. ingl. De H. Bell, Byzantine Portraits (Nueva York, 1927).

C. M. MACRI, *L'organisation de l'économie urbaine dans Byzance sous la dynastie de Macédoine, 867—1057* (París, 1925).

C. NEUMANN, *Die Weltstellung des Byzantinischen Reiches voy den Kreuzzügen (*Leipzig, 1894). Trad. Francesa con el título de *La situation mondiale de l'Empíre byzantin avant les Groisades* (París, 1905).

C. ZELVOS, *Un philosophe néo—platonicien du XP siécle. Michael Psellos, sa vie, son oeuvre, ses luttes philosphiques, son influence. Pref. de F. Picavet* (París, 1920).

C.DIEHL, *Zoé la Porphyrogénéte, en sus Figures byzantines* (París, 1906), t. I.

D. HESSELING, *La redacción más antigua del poema épico sobre Digenis Akritas (*Amsterdam, 1927). *Mededeeiingen der Koninklijke Akademie Wetenschappen, Afdefling Letterkunde,* Deel 63, serie A., núm. 1.

E. A. CHERNUSOV, *Las corporaciones romanas y bizantinas.* Gaceta del Min. de Inst. Púb.

E. E. GOLUBINSKI, *Historia de la Iglesia rusa* (2.ª edi., Moscú, 1901), vol. I.

E. KURTZ, *Die Gedichte des Christophoros Mytitenaios* (Leipzig, 1903).

E. RENAULD, Étude de la langue et du style de Michel Psellos (París, 1920).

E. RENAULD, *Lexique choisi de Psellos* (París, 1920).

E. RENAULD, *Michel Psellos: Chronographie ou histoire d'un siécle de Byzance, 976—1007,* t. I (París, 1926).

F. CHALANDON, *Histoire de la domination normande en Italie et en Sicilie,* vol. I (París, 1907).

F. DVORNIK, *Les Slaves, Byz ance et Rome au X siécle* (París, 1926).

F. FUCHS, *Die hoheren Schulen von Konstantinopel im Mittelalter* (Leipzig y Berlín, 1926).

F. HIRSCH, *Kaiser Constantin VII Porphyrogenetos* (Berlín, 1873).

G. SCHLUMBERGER, *L'épopée byzantine a la fin du Xe siécle* . 3. parte: "1025 1057" (París, 1905).

G. SCHLUMBERGER, *L'épopée byzantine á la fin du X* e *siécle. Jean Tzimiscés* .

G. SCHLUMBERGER, *Un empereur byzantin au X siécle. Nicéphore Phocas* (París, 1890). Reeditado sin láminas ni ilustraciones. París, 1923.

G. SCHLUMBERGER; *L'épopée byzantine á la fin du X e siécle.* Segunda parte*: Basile II, le tueur de Bulgares* (París, 1900).

G. TESTAUD, *Des rapports des puissants et des petits propiétaires ruraux dans l'Empire byzantin au X* e *siécle* (Burdeos, 1898).

G. WARTENBERG, *Das Geschichtswerk des Leon Diakonos.* B\z. Zeit, VI (1897), p. 106—111. V. tamb. p. 285 —317.

G. WARTENBERG, *Das mtttelgriechische Heldenlied von Basileios Digenis Akritis* (Ostern, 1897).

GFRORER, *Byzantinische Geschichte* (Graz, 1873 —77).

H. BERNOT, *Études de littérature grecque moderne (* París, 1916).

H. DELEHAYE, *La vie de Saint Paul le Jeune et la chronologie de Métaphraste.* Revue des Questions Historiques, nueva serie, X (1893).

H. LECLERCQ, *Constantin Porphyrogénéte et le livre des cérémonies de la cour de Byzance*.

H. M. LOEWE, *The Seljuqs,* en la Camb. Med. Hist., IV.

H. MADLER, *Theodora, Michael Stratiotikos, Isaak Komnenos. Ein Stück byzantinischer Kaisergeschichte* (Pl. I, V, 1894).

I. HERGENROTHER *Photius, Patriarch von Constantinopel* (Regesnsburg, 18571869).

J. B. BURY *Roman Emperors from Basil II to Isaac Komnenos.* Eng. Hist. Rev. IV *(*1889).

J. GAY, *L'Italíe méridionale et l'Empire byzantin depuis l'avénement de Basilei jusque la prise de Barí par les Normands,* (París, 1904)..

J. LAURENT, *Byzance et les Tures Setdjoucides dans l'Asi'e accidéntale jusqu'en 1081.* Annales de l'Est, publiées par la Faculté des Lettres de l'Université de Nancy, año 27, fase. I (París, 1913).

J. LAURENT, *L'Arménie entre Byzance et I'Islam depuis la conquéte árabe jus —qu'en 886* (París, 1919), Bibliothéque des Écoles francaises d'Athénes et de Rome.

JAGER, *Histoire de Photius* (2.ª ed., París, 1845).

L. BREHIER, *Le schisme oriental du XI siécle (París, 1899).*

L.BREHIER, *Un héros de román dans la litterature byzantine* (Clermont—Ferrand, 1904).

M. AMARI, *Storia dei musulmani di Sicilia,* t. I—III (Florencia, 1854 —1872).

M. JUGIE, *Sur la vie et les procedes litteraires de Syméon Métaphraste. Echas d'Orient, XXII (* 1923).

M. S. DRINOV, *Los eslavos del sur y Bizancio en el siglo X* (Moscú, 1875).

N. JORCA,*Geschichte des Osmanischen Reiches,* t. I (Gotha, 1908).

N. POPOV, *Apuntes sobre la historia secular de Bizando en la época de la dinastía macedónica (*Moscú, 1916).

N. SKABALANOVITCH, *El Estado bizantino y la Iglesia en el siglo XI* (San Petersburgo, 1884).

N.POPOV *El emperador León VI el Sabio y su reinado desde el punto de vista histórico—eclesiástico* (Moscú, 1892).

P. TACCHI—VENTURL, *Commentariolum de Joanne Geómetra in S. Gregorium Nazianzenum* inédita laudatíone in cod. Vatic ano—Palatino 402 advérsala. Studi e documenti di storia e diritto, vol. XIV (1893).

P. V. BESOBRASOV, *La emperatriz Zoé,* en *Estudios históricos* (Moscú, 1893).

P. V. BESOBRASOV,*Un escritor y estadista bizantino: Miguel Psellos. I. La biografía de Miguel P sellos* (Moscú, 1890).

P. V. BOSOBRASOV, *Las corporaciones de mercaderes y artesanos.* libro de G.

Hertzberg, *Historia de Bizancio* (Moscú, 1896),.

P. WOLTERS, *De Conslantini Cephalae Anthologia.* Rheinisches Museum , XXXVIII (1883).

PAULY—WISSOWA, *Real—Encyclopëdie der Classischen Altertuswissensehaft,* IV (1901).

RAMBAUD, *Michel Psellos philosophe et homme d'Etat byzantin au Xe siécle* . Études sur l'histoire byzantine (París, 1912).

S. P. LAMEROS, *Leo una Alexander alt Mit kaiser von Byzanz.* "Byz. Zeit.n, IV(1895).

S. RUNCIMAN, *A History of the First Bulgarian Empire* (Landres, 1930).

S. RUNCIMAN, *The Emperor Romanus Lecapenus and his reign. A study of Tenth—Century Byzantíum* (Cambridge, 1929).

Se hallará muy buena bibliografía sobre las relaciones de Bizancio con la antigua Rusia en la Cambridge Medieval History, IV, p. 819 —821.

SUTSUMOV, *Sobre las fuentes de León el Diácono y de Scylitzes.* Vizantiiskoié Obozreniié, II (1) (Yuriev —Dorpat, 1916).

V. G. VASILIEVSKI, *Fragmentos rusobizantinos. II: Sobre la histori a de los años 976—986*. Gac, del Min. De Inst. Públ. CLXXXIV (marzo, 1876), p. 162 —178.

V. G. VASILIEVSKI, *Materiales para la historia interior del Estado bizantino. Medidas en favor de la propiedad rústica.* Gac. del Min. de Inst. Públ., vol. CCII (marzo, 1879). Reed. en las Obras de V. G. Vasilievski, t. IV (Leningrado, 1930), p. 250—331. Trad. rusa de las Novelas del siglo X y comentario muy importante.

V. G. VASILIEVSKI, *Sobre la vida y obras de Simeón Metafrasta.* Gac. del Minde Inst. Públ., CCXII (nobr—dibre., 1880).

V. N. ZLATARSKI,*Geschichte der Bulgaren.* I. Teil*: Von der Gründung des bulgarischen Reiches biz zur Türkenzenit (679 —1396). Bulgarische Bibliothek, herausgegeben von G. Waigand,* vol. V (Leipzig, 1918).

V. N. ZLATARSKI, *Historia del Estado búlgaro en la Edad Media (* Sofía, 1919 27). I.

V. N. ZLATARSKI, *Las cartas de Nicolás el Místico, patriarca de Constantinopta, a Simeón, zar de Bulgaria.* Sbornik za Minist. Narodn. Prosv. X (1894).

V. S. VASILIEVSKI, *Bizancio y los pechenegos* . Gaceta del Min. de Inst. Pública, vol. CLXIV (1872).

V. V. LATISHEV, *Dos discursos de Teodoro Dafnopates,* con una introducción sobre su vida y su obra literaria y una trad. al ruso . *Pravoslani Patestinski Sbornik* (San Petersburgo, 1910.

VOGT, *Basile 7er, Empereur de Byzance (867—886) et la civilitation byzantine á la fin du X siécle* (París, 1908).

W. FISCHER, *Studien zur byzantinischen Geschichte des II. Jahrhundert* (1883).

MAPAS HISTÓRICOS (300 d.C. – 1000 d.C.)

Tomo II

Nota importante:

La presente edición electrónica de *Historia del Imperio Bizantino* de Alexander A. Vasiliev (2 tomos en formato PDF para Acrobat Reader), ha sido preparada a partir de la edición de 1945 de la misma obra realizada por la editorial Iberia de Barcelona (España).

La adaptación primaria a soporte electrónico de *Historia del Imperio Bizantino* de Alexander A. Vasiliev fue realizada por Carlos Etchevarne. La presente edición, con modificaciones respecto del original, ha sido efectuada por Hilario Gómez (tomos I y II) y Fito Brenatas (tomo II). La coordinación de la edición y el volcado a formato PDF es de Hilario Gómez.

ESTA EDICIÓN SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE desde la web **Bizancio** *(http://www.imperiobizantino.com)*, de Rolando Castillo, SÓLO PARA USOS **DIDÁCTICOS.** Es por ello que QUEDA PROHIBIDA SU VENTA, ya sea en formato impreso o electrónico.

Madrid (España). Enero de 2004.

CONTENIDO

Capítulo VII

BIZANCIO Y LOS CRUZADOS. LOS COMNENOS Y LOS ANGELES **255**

Los emperadores de la casa Comnena. Historia exterior de la época de los Comnenos. 255

Alejo I Comneno. Relaciones con Occidente. 258

La lucha del Imperio contra los turcos y los pechenegos hasta la Primera Cruzada. 259

Bizancio y la Primera Cruzada. 263

La Política de Juan II Comneno. Juan II y el Occidente. 278

Juan II y el Oriente. 280

La Política de Manuel I Comneno. Relaciones del Imperio Antes de la Segunda Cruzada. La Alianza de los dos Imperios. 281

Bizancio y la segunda cruzada 282

Política de Manuel después de la Cruzada. 284

Los dos últimos Comnenos: Alejo II y Andronico I. 291

Historia de la época de los Ángeles. Los emperadores de la casa de los Ángeles: Isaac II, Alejo III y Alejo IV. 295

Relaciones de Bizancio con turcos. Fundación del Imperio Búlgaro. 296

La tercera Cruzada. Enrique VI y sus proyectos en Oriente. 298

Bizancio y la Cuarta Cruzada. 302

La vida interior del Imperio. Las cuestiones religiosas. 314

Gobierno del Imperio. Ejército y marina. Las provincias. 320

Instrucción, ciencias, y artes en la época de los Comnenos y los Ángeles. 326

Comneno en 1169. 337

BIBLIOGRAFÍA

Capítulo VIII

EL IMPERIO GRIEGO DE NICEA Y EL IMPERIO LATINO DE CONSTANTINOPLA (1204—1261) **341**

Los Estados fundados en el siglo XIII en territorio bizantino. 341

Orígenes del Imperio de Nicea. Papel de Bulgaria. 342

La política de Teodoro I Lascaris. Los selyúcidas. El Imperio latino. 346

Juan III Ducas Vatatzés (1222—1254). Historia del despotado del Epiro. Relaciones de éste con el Imperio de Nicea. Los tres Imperios de Oriente. 348

Tesalónica y Nicea: Bulgaria bajo Juan Asen II. Su papel en el Oriente cristiano. La alianza greco—búlgara Bajo Juan III y Juan Asen II. 351

Alianza de Juan III y Federico II de Hohenstaufen. La invasión mongola y la alianza de los soberanos del Asia Menor. Conquistas de Juan III en Occidente. 354

Los últimos Lascaris. La restauración del Imperio bizantino. 358

Política religiosa del Imperio de Nicea y del Imperio latino. 362

Política económica y social de los emperadores de Nicea. 365

La instrucción, las letras, las ciencias y las artes. 367

BIBLIOGRAFÍA

Capítulo IX

LA CAÍDA DE BIZANCIO 378

Política oriental de Miguel VIII. 390

Política de Bizancio bajo Andrónico II y Andrónico III. Las Compañías catalanas en Oriente. Éxitos de los turcos en el Asia Menor. 392

Juan V (1341—1391). Juan VI Cantacuzeno (1341—1354). Desarrollo de Servia bajo Esteban Dushan. 400

Manuel II (1391—1425). Constantinopla y los turcos. Cruzada de Segismundo de Hungría y batalla de Nicópolis. 407

Viaje de Manuel II a Occidente. Batalla de Angora. Manuel II y Aragón. 409

La situación en el Peloponeso. Sitio de Constantinopla por los turcos en 1422. 412

Juan VIII (1425—1448). Territorio del Imperio. Toma de Tesalónica por los turcos. Situación crítica de Constantinopla. Derrota de los cristianos en Varna. 415

Constantino XI (1449—1453). Toma de Constantinopla por los turcos. 417

Constantinopla y el Bósforo. 420

Estado Interior del Imperio Bajo los Paleólogos. 435

La cultura, la literatura, la ciencia y las artes. 442

Bizancio y el Renacimiento italiano. 458

BIBLIOGRAFÍA

Capítulo VII

BIZANCIO Y LOS CRUZADOS.

LOS COMNENOS Y LOS ANGELES

Los emperadores de la casa Comnena.
Historia exterior de la época de los Comnenos.

La revolución de 1081 elevó al trono a Alejo Comneno, cuyo tío, Isaac, había sido emperador durante algún tiempo (1057—1059), en el período precedente.

La familia griega de los Comnenos, de la cual se comienza a hablar en las fuentes desde el reinado de Basilio II, era oriunda de una aldea no lejana de Adrianópolis, y sus miembros llegaron a figurar como grandes terratenientes en el Asia Menor.[1] Alejo, a ejemplo de su tío Isaac, se elevó por sus talentos militares. Con Alejo, el partido militar y la aristocracia territorial de provincias triunfaron sobre el partido burocrático de la capital. A la vez concluyó la época de turbulencias.

Los tres primeros Comnenos consiguieron mantenerse de modo duradero (un siglo) en el trono bizantino, que se transmitieron en paz de padres a hijos.

El gobierno enérgico e inteligente de Alejo I (1081—1118) supo proteger honrosamente al Imperio de muchos y muy graves peligros exteriores que, a veces, amenazaron su existencia misma. Pero la cuestión sucesoria produjo algunas dificultades. Mucho antes de su muerte, Alejo había designado sucesor a su hijo Juan, provocando con esto el descontento de su hija Ana, la célebre autora de la *Alexiada* y esposa del César Nicéforo Brieno, historiador también. Ana combinó un plan complicado para obtener del emperador el alejamiento de Juan y la designación de Nicéforo para el título imperial. Pero el anciano Alejo se mantuvo firme en su propósito y, a su muerte, su hijo Juan fue proclamado emperador. Apenas llegado al trono, Juan II (1118—1143) tuvo que afrontar una situación penosa al descubrirse una conjura en que participaban su hermana y su madre. La conjura fracasó. Juan trató a los culpables con indulgencia: la mayoría sólo perdieron sus bienes. Por su elevada personalidad moral, Juan mereció general estima, recibiendo el sobrenombre de *Kalojean* (Juan el Excelente, o el Bueno).

Los historiadores griegos y latinos están acordes en apreciar mucho su personalidad. "Fue —escribe Nicetas Coniates— el modelo más perfecto de todos los reyes de la casa de los Comnenos que apareciera en el trono romano". Gibbon, tan severo en su apreciación de los estadistas bizantinos, escribe de aquél "Comneno, el mejor y más grande" que "el mismo filósofo Marco Aurelio no habrían menospreciado sus virtudes naturales, que nacían del corazón y no estaban aprendidas en la escuela".

Enemigo del lujo superfluo y los gastos excesivos, Juan modeló la vida de la corte según la suya propia. En su reinado, la corte tuvo una existencia severa y económica, sin diversiones, locas alegrías y gastos enormes. "Su reinado fue en cierto modo el reinado de la virtud"[2] aquél soberano indulgente, tranquilo y moral en grado sumo, estuvo, sin embargo, como veremos después, casi siempre al frente de sus ejércitos.

---

[1] *V. F. Chalandon, Essai sur le régne d'Alexis 1er Comnéne (París, 1900), p. 21. Recientemente se ha emitido la hipótesis de que los Comnenos eran oriundos de Valaquia. V. G. Murnu, El origen de los Comnenos, en el Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana, t. XI (1924).*

[2] *C. Diehl, La societe byzantine a l'époque des Comnénes (Revue historique du Sud—Est européen, t. VI, 1929.*

Manuel I (1143—1180), hijo y sucesor de Juan, señaló con éste un contraste absoluto. Admirador convencido del Occidente, latinófilo, tuvo por ideal el tipo del caballero occidental, deseó penetrar los secretos de la astrología y cambió por completo la vida severa establecida en la corte por su padre. La alegría, el amor, la caza, las recepciones y fiestas espléndidas, los torneos organizados según el modelo occidental, se sucedían sin César en Constantinopla. Las visitas que hicieron a Bizancio soberanos extranjeros como Conrado III de Alemania, Luis VII de Francia, el sultán de Iconion, Kilidy—Arslan, y varios príncipes latinos de Oriente, produjeron gastos enormes.

Muchos extranjeros llegados del Occidente de Europa se instalaron en la corte bizantina, obteniendo los más altos y mejores cargos del Imperio. Por dos veces casó Manuel con princesas occidentales. Su primera mujer, Berta de Sulzbach, llamada en Bizancio Irene, era cuñada del emperador germano Conrado III; la segunda, una francesa de peregrina hermosura, fue María, hija del príncipe de Antioquía. Luego veremos que a Manuel, durante todo su reinado, dominároнle la pasión por el ideal occidental y su sueño, irrealizable, de restaurar el Imperio romano único. Se proponía, con ayuda del Papa, arrebatar la corona imperial al soberano germánico y estaba dispuesto a restablecer la unión con la Iglesia occidental. La opresión latina y el desprecio de los intereses nacionales provocaron en la población general descontento. Se advertía intensamente la necesidad de modificar aquél sistema. Pero Manuel murió antes de que se desplomase su política.

Alejo II (1180—1183), hijo Y sucesor de Manuel, apenas tenía doce años cuando su padre murió. Su madre, María de Antioquía, fue nombrada regente. De hecho todo el poder pasó a manos del sobrino de Manuel, el protosebasto Alejo Comneno, favorito de la regente. El nuevo gobierno quiso apoyarse en el odiado elemento latino. Con esto creció la exasperación nacional. La emperatriz María, antes tan popular, empezó a ser considerada como una extranjera. El historiador francés Diehl compara la situación de María a la de María Antonieta, quien, bajo la revolución francesa, fue llamada por el pueblo "la Austriaca".

El descontento general hizo nacer un partido imponente contra el todo poderoso Alejo. Al frente de aquél partido se puso Andrónico Comneno, una de las más curiosas personalidades de la historia de Bizancio, y cuya figura ofrece igual interés al historiador y al novelista.

Andrónico, sobrino de Juan II y primo de Manuel I, pertenecía a la rama segundona de los Comnenos, rama apartada del trono y que se caracterizaba por una energía extraordinaria, aunque a menudo mal dirigida. Esa línea de Comnenos, en su tercera generación, dio al Imperio de Trebisonda soberanos conocidos por el nombre de "Los Grandes Comnenos". Andrónico, aquél "futuro Ricardo III de la historia de Bizancio", que tenía en él "algo del alma de un César Borgia", aquél "Alcibíades del Imperio Medio bizantino", fue "el tipo acabado del bizantino del siglo XII, con todas sus cualidades y sus vicios".[3] "Era lo que Nietzsche llamaba un superhombre, un hombre sin duda extraordinario en quien aparecía un continuo contraste entre una inteligencia de primer orden y un carácter a menudo discutible".

Hermoso y arrogante; atleta y soldado; instruido y seductor en sus maneras, sobre todo con las mujeres, que le adoraban; frívolo y apasionado; escéptico, embustero y perjuro si era neCésario de acuerdo a las circunstancias; conspirador, ambicioso e intrigante, terrible en su vejez por su crueldad, Andrónico con expresión de Diehl, fue una naturaleza genial. Hubiera podido ser el salvador y regenerador del agotado Imperio bizantino: para ello faltóle sólo "acaso un poco de sentido moral".

Su contemporáneo Niceto Coniates, escribe sobre él: "¿Quién está hecho de tan dura piedra que no ceda a las lágrimas de Andrónico y no se deje encantar por sus palabras insinuantes, que él derrama como una fuente turbia?" El mismo historiador compara a Andrónico con "Proteo multiforme", el profético viejo, célebre por sus metamorfosis, de la mitología antigua.

---

[3] *Vasilievski, La alianza de los dos imperios, en Slavianski Sbornik (San Petersburgo, 1877). Diehl, Figures byzantines. Scala, Das Griechentum seit Alexander dem Grossen, en Helmholt, Weltgeschichte (Leipzig, y Viena, 1904).*

A pesar de su aparente amistad hacia Manuel, Andrónico siempre fue objeto de las sospechas del emperador. No hallando dónde ejercer su actividad en Bizancio, pasó la mayor parte del reinado de su primo viajando por diversos países de Europa y de Asía. Enviado por el emperador primero a Cilicia y luego a las fronteras húngaras, Andrónico fué acusado de traición y de conjura contra la vida de Manuel, siendo encerrado en una prisión de Constantinopla, donde pasó varios años. Tras una serie de extraordinarias aventuras, pudo evadirse por una antigua cloaca abandonada; apresado de nuevo, se le encerró en un calabozo varios años más. Habiendo vuelto a fugarse, Andrónico huyó hacía el norte y halló refugio en Rusia, junto a Laroslav, príncipe de Galitz. La crónica rusa Ipatievskaia Lietopis ("Crónica de Ipatiev", año 1673) mencionaba en el año 1165: "El hermano del emperador, el señor (Kyr) Andrónico, acudió desde Zarigrad a Iaroslav, príncipe de Galitz habiéndole recibido con gran amor y le dio varias ciudades para que se consolase".

Según el testimonio de las fuentes, bizantinas, Andrónico encontró en Iaroslav un excelente recibimiento, vivió en su casa, comió y cazó con él y participó en consejo con sus boyardos. Pero la estancia de Andrónico en Rusia pareció peligrosa a Manuel, porque su pariente había entrado ya en relaciones con Hungría, contra la que Bizancio había abierto las hostilidades. Manuel decidió entonces perdonar a Andrónico, el cual recibió de Iaroslav, al partir, las mayores "muestras de honor".

Andrónico, nombrado duque de Cilicia, no pasó en esta región mucho tiempo. Fue por Antioquía, a Palestina, región que constituyó el escenario de su amor hacia Teodora, pariente de Manuel y viuda del rey de Jerusalén. El emperador, irritado, mandó sacar los ojos a Andrónico, pero éste, advertido a tiempo del peligro que le amenazaba, huyó al extranjero con Teodora. Durante varios años estuvo recorriendo Siria, Mesopotamia y Armenia, e incluso pasó algunos meses en la lejana Iberia (Georgia o Rusia, en el Cáucaso).

Al fin los enviados de Manuel lograron apoderarse de Teodora, a la que Andrónico seguía amando con pasión, y de los hijos que ambos habían tenido. Andrónico, no pudiendo soportar esta pérdida, solicitó el perdón del emperador. Al obtenerlo declaró a Manuel que se arrepentía de su borrascosa vida pasada. Fué nombrado gobernador del Ponto, en el Asia Menor, lo que venía ser una especie de destierro honorífico para tan peligroso pariente. En 1180, al morir Manuel y subir al trono el joven emperador Alejo II, Andrónico contaba sesenta años.

Tal es, a pinceladas generales, la biografía del personaje en quien la población de la capital, irritada por la política latinófila de la emperatriz María de Antioquía y de su favorito Alejo Comneno, puso todas sus esperanzas. Andrónico, haciéndose pasar hábilmente por defensor de los derechos del joven Alejo II, caído en manos de malos ayos, y presentándose como amigo de los romanos", supo obtener la simpatía y hasta la adoración de los bizantinos, hartos de la Regente. Según expresión de un contemporáneo de Andrónico, Eustacio de Tesalónica, Andrónico "era para la mayoría más querido que Dios mismo", o al menos se le situaba "inmediatamente después de Dios".[4] Ya preparados los ánimos en la capital, Andrónico marchó hacia ella.

Al conocerse la aproximación de Andrónico, la masa popular enardecida de la capital dió rienda suelta a su odio contra los latinos, sobre cuyas casas se lanzó la gente con furia, asesinándolos sin distinción de edad ni sexo. El populacho, desenfrenado, no sólo asaltó las casas particulares, sino también las iglesias e instituciones latinas de caridad. En un hospital fueron muertos todos los enfermos que se encontraban en cama. El nuncio del Papa acabó decapitado después de sufrir las mayores humillaciones, y muchos latinos fueron vendidos como esclavos en los mercados turcos. De aquella matanza de latinos en 1182, dice F. I. Uspenski, que, "si no sembró el germen del odio fanático que dividió a Occidente y Oriente, contribuyó a hacerlo crecer". El todopoderoso favorito fue aprisionado y se le sacaron los ojos. Tras esto, Andrónico entró triunfalmente en la capital. Para consolidar su situación hizo desaparecer sucesivamente a los parientes de Manuel y estrangular a la propia emperatriz María. Después proclamóse coemperador y, tras haber prometido solemnemente al jubiloso pueblo proteger la vida del emperador Alejo, dió,

[4] *Eustacio, De Thessalonica a Latinis capta, ed. Bonn, 388.*

días más tarde, órdenes secretas de hacer estrangular al muchacho. Y en 1183, Andrónico, a los 63 años, se convirtió en emperador absoluto.

Andrónico, llegado al trono con miras de que habremos de ocuparnos más adelante, sólo pudo mantenerse en el poder por un sistema de inaudito terror y crueldad. En los asuntos externos no mostró iniciativa ni energía. La población, se volvió contra él. En 1185 estalló una revolución que elevó al trono a Isaac Ángel. Andrónico no pudo huir y preso y depuesto, hubo de soportar suplicios y humillaciones terribles, que resistió con notable estoicismo. En el curso de los tremendos sufrimientos que le infligieron, sólo repitió varias veces: "¡Señor, ten piedad de mí! ¿Por qué te encarnizas con una caña quebrada?"[5] El nuevo emperador no permitió que se sepultase el cadáver mutilado de Andrónico.

Tal fue el trágico fin de la dinastía de los Comnenos, la última realmente gloriosa que ocupó el trono de Bizancio.

Alejo I Comneno. Relaciones con Occidente.

Según expresión de Ana Comnena, hija del nuevo emperador Alejo I y mujer culta y de buen talento literario, Alejo, al empezar su reinado, "veía su reino en la agonía y a punto de morir". La situación exterior del Imperio era, en efecto, muy difícil y con el tiempo se volvió cada vez más angustiosa y compleja.

El duque de Apulia, Roberto Guiscardo, después de conquistar las posesiones bizantinas de la Italia meridional, concibió planes de mayor extensión. Deseoso de alcanzar el mismo corazón de Bizancio, llevó la guerra a la orilla balcánica del Adriático y, dejando el gobierno de Apulia a su hijo Roger, partió con Boemundo, su hijo menor, que más tarde debía distinguirse en la primera Cruzada. Los normandos, empleando una flota numerosa, abrieron las hostilidades contra Alejo, con el fin primordial de apoderarse de Dyrrachium, en Iliria[6]. Dyrrachium, ciudad principal del tema de su nombre, creado por Basilio II Bulgaróctonos, estaba sólidamente fortificada y podía con razón estimarse como la llave del Imperio en Occidente. En Dyrrachium comenzaba la célebre *vía Egnatia,* construida en la época romana y que conducía a Tesalónica, continuando hacia el este en dirección de Constantinopla. Era, pues, perfectamente natural que Roberto hubiese vuelto sus miradas hacia ese punto. Con expresión de Hopf, aquella expedición "fue el preludio de las Cruzadas y la preparación *(Vorbereitung)* de la dominación franca en Grecia".

Alejo, comprendiendo que no podía resistir con sus fuerzas al peligro normando, pidió socorro a Occidente, dirigiéndose a Enrique IV, emperador germánico, y a varios personajes y Estados más. Pero Enrique, que luchaba con dificultades en su propio Imperio y proseguía su lucha con el Papa Gregorio VII, no pudo apoyar al emperador bizantino. En cambio, Venecia, examinando sus propios intereses, resolvió favorecer a Bizancio. Alejo, que tenía una flota insuficiente, ofreció a Venecia, a cambio de sus naves, privilegios mercantiles de que hablaremos más extensamente después. Venecia temía que los normandos se adueñasen de los caminos comerciales que conducían, por Constantinopla, al Oriente, caminos que los venecianos esperaban obtener con el tiempo para sí mismos. Otro peligra inmediato amenazaba a Venecia. Los normandos habíanse apoderado de las islas Jónicas, entre ellas Cefalonia y Corfú, y podían cerrar la entrada del Adriático a la flota veneciana.

Después de someter Corfú, los normandos sitiaron Dyrrachium por tierra y mar. Las naves venecianas levantaron el asedio marítimo, más el ejército de tierra, mandado por Alejo y compuesto de eslavos, turcos, varegos y elementos de otras nacionalidades sufrió un grave revés. A primeros de 1082, Dyrrachium abrió sus puertas a Roberto. Pero la insurrección sobrevenida en Italia del sur forzó a Guiscardo a dejar la Península balcánica, donde Boemundo, tras algunos éxitos parciales,

---

[5] *Nic. Con., p, 458, cit. en Diehl, Fig. byz., t. II. Las numerosas fuentes relativas a la muerte de Andrónico aparecen criticadas en N. Radojcic, Dva posliednia Komnena (Zagreb, 1907).*

[6] *Dyrrachium, la Durazzo de hoy, era la antigua Epidamne, en eslavón Drach (Drac).*

fue vencido en definitiva. Otra campaña de Roberto contra Bizancio desembocó en un nuevo fracaso. Su ejército fue azotado por una epidemia que costó la vida al propio Roberto en 1085, en la isla de Cefalonia. El nombre de Guiscardo, que llevan una cala y una aldea en el extremo norte de la isla, recuerdan aun aquél suceso (el *Portus Wiscardi* de la Edad Media debió su calificativo al nombre de Roberto Guiscardo). Con la muerte de Roberto concluyó el ataque normando a los bizantinos y Dyrrachium pudo volver a manos griegas.[7]

La política ofensiva de Guiscardo en la Península balcánica había fracasado. En cambio la cuestión de las posesiones bizantinas en la Italia meridional quedó definitivamente resuelta en su tiempo. En primer lugar, Roberto consiguió reunir los diferentes condados que fundaran sus compatriotas, integrandolos en el ducado de Apulia, que en vida de su creador conoció un período brillante. La decadencia de aquél ducado, iniciada a la muerte de Roberto, persistió durante medio siglo, hasta que la fundación del reino de Sicilia inauguró una nueva era en la historia de los normandos en Italia. En todo caso, Roberto Guiscardo, según el historiador Chalandon, "abrió a la ambición de sus descendientes una nueva vía. Desde entonces los normandos miraron a Oriente, y en Oriente, y a expensas del Imperio griego, pensó Boemundo crearse un principado para sí, doce años después".

Venecia, a cambio de la ayuda de su flota, recibió de Alejo extensos privilegios mercantiles, que aseguraron a la República de San Marcos una situación excepcional en Oriente. Además de ricos regalos ofrecidos a las iglesias venecianas, y de los títulos honoríficos y remunerativos concedidos al patriarca y dux de Venecia y a sus sucesores, un decreto imperial de Alejo, o "crisóbula" (llamábanse así los decretos garantizados por el sello de oro del emperador), concedía (1082) derecho a los mercaderes venecianos para comprar y vender en todo el territorio del Imperio, eximiéndolos de toda tarifa aduanera, marítima o relativa al comercio. Los aduaneros bizantinos no podían intervenir en el tráfico veneciano. En la propia capital, los venecianos obtuvieron una zona con numerosos almacenes y tiendas, y tres puntos de escala en el puerto *(maritima tres scalas),* donde las naves venecianas podían cargar y descargar libremente sus mercancías[8].

La crisóbula de Alejo contiene una curiosa lista de los lugares de más importancia comercial tanto en el interior como en el litoral del Imperio, que se abrieron a Venecia en el Asia Menor, en la Península balcánica, en Grecia, en el Archipiélago y hasta en Constantinopla, que en ese documento se denomina *Megalopolis* ("la Ciudad Grande"). Los privilegios obtenidos daban a los mercaderes venecianos una situación más ventajosa que a los propios bizantinos.

Así quedaba, con la crisóbula de Alejo, sólidamente fundada la potencia colonial de Venecia en Oriente, creando condiciones tan favorables para la preponderancia económica de Venecia en Bizancio, que parecía imposible que surgiesen competidores en mucho tiempo. Pero la misma excepcionalidad de semejantes privilegios debía, en el transcurso de los años, ser causa de conflictos políticos entre la República de San Marcos y el Imperio.

La lucha del Imperio contra los turcos y los pechenegos hasta la Primera Cruzada.

El peligro turco en Oriente y al norte —peligro debido, respectivamente, a selyúcidas y pechenegos— era muy amenazador ya bajo los predecesores de Alejo Comneno, pero tórnose aun más agudo bajo el reinado de este monarca. Si bien la victoria sobre los normandos y la muerte de

---

[7] V. F. Chalandon, Essai sur le régne d'Alexis 1r Comnéne (París. 1900); idem, en la Camh. Med. Hist., t. IV, p. 329—330. No se conoce con exactitud el lugar de la muerte de Guisardo. V. Chaandon, p. 93. n. 9. Yewdale (ob. cit., p. 23) declara que Guiscardo murió en Casiope (Corfú).

[8] Tafel y Thomas, Urkunden zur Alteren Handels und Stadtsgeschichte der Rcpublik Venedig (Viena, 1856), p. 51—54 (Fontes rerum austricarum, Diplomata et acta, XII). Véase F. Dolger, Corpus des griechischen Urkunden des Mittelalters una der neueren Zeit. Reihe A: Regesten, I, 2a parte (Munich y Berlín, 1925

Roberto permitieron a Alejo ocupar de nuevo los territorios bizantinos del oeste de los Balcanes, hasta el Adriático, en cambio, en otras fronteras el Imperio disminuyó considerablemente a consecuencia de los ataques de turcos y pechenegos. Ana Comnena escribe, no sin alguna exageración, que "en aquella frontera el Imperio romano tuvo por fronteras, al este el cercano Bósforo y al oeste Adrianópolis".

No obstante, parecía que en el Asia Menor, casi enteramente conquistada por los selyúcidas, las circunstancias estaban en vías de volverse favorables al Imperio, ya que los emires o gobernadores turcos del Asia Menor se disputaban el poder, lo que motivó un debilitamiento del potencial turco y la creación de un estado de anarquía en el país. Pero las invasiones de los pechenegos por el norte impidieron al emperador aprovechar las discordias internas de los turcos.

Éstos hallaron aliados contra Bizancio en el Imperio mismo, entre los paulicianos que moraban en la Península balcánica. Tratábase de una secta religiosa oriental "dualista", que formaba una de las principales ramas maniqueas. Creada en el siglo III por Paulo de Samosata, había sido reorganizada en el siglo VII.

Al principio los paulicianos habitaban la frontera oriental, es decir, el Asia Menor, y como eran también excelentes soldados, crearon muchas dificultades al gobierno bizantino. Sabido es que uno de los métodos predilectos de éste consistía en el traslado de poblaciones de una región a otra. Tal se hizo con los eslavos, llevados al Asia Menor, y con los armenios, conducidos a los Balcanes. Igual suerte sufrieron los paulicianos, quienes en el siglo VIII, reinando Constantino V Coprónimo, fueron trasladados en gran número desde la frontera oriental a Tracia. Lo mismo sucedió en el siglo X bajo Juan Tzimíscés. La ciudad de Filipópolis (Piovdiv, Bulgaria), se convirtió en centro de los paulicianos. Tzimiscés, al instalarlos allí, había alejado a aquellos obstinados sectarios de sus ciudades de origen y de las fortalezas de la frontera oriental, donde era difícil combatirlos, y, además, contaba que los paulicianos opusieran un serio baluarte a las invasiones de los bárbaros nórdicos, o "escitas". En el siglo X el paulicianismo se extendió por Bulgaria merced a la actividad del regenerador de la doctrina, el pope Bogomil (los escritores bizantinos llamaron bogomilas a los secuaces de Bogomil). Más tarde el bogomilismo se extendió a Servia y Bosnia y posteriormente a la Europa occidental, donde los adeptos de la doctrina dualista llevaron nombres diferentes: patarinos en Italia, cátaros en Alemania y en Italia, publicanos (o paulinianos) y albigoneses en Francia, etc.

Las esperanzas del gobierno bizantino respecto a la secta quedaron chasqueadas. No se había esperado una difusión tan extensa y rápida de aquella herejía. Además, el bogomilismo se convirtió en expresión de la oposición nacional de los eslavos a la política despótica de Bizancio, sobre todo en las regiones búlgaras conquistadas por Basilio II. Así, los paulicianos, en vez de defender las fronteras, llamaron a los pechenegos para pelear juntos contra Bizancio. A los pechenegos se unieron los kumanos (polovtses).

La lucha contra los pechenegos fue dificilísima para Bizancio, a pesar de algunos momentáneos triunfos. A fines de la novena década, Alejo Comnineno sufrió en Dristra (Durostolus, Silistria, Danubio inferior) una derrota terrible, y sólo a duras penas logró evitar ser hecho prisionero. Las disputas surgidas entre pechenegos y kumanos sobre el reparto del botín impidieron a los primeros aprovecharse por completo de su victoria.

Tras una corta tregua con los pechenegos, Bizancio atravesó una crisis tremenda (1090—1091). Los pechenegos, invadiendo el Imperio otra vez, llegaron, entre encarnizados combates, a las puertas de Constantinopla. Ana Comnena relata que el día del aniversario del mártir Teodoro Tirón, los constantinopolítanos, que solían visitar en gran número la iglesia del mártir, en las afueras de la ciudad, no pudieron cumplir aquella ceremonia en 1091, ya que era imposible abrir las puertas de la ciudad cuando los pechenegos acampaban al pie de los muros.

La situación del Imperio se agravó más aun cuando la capital fue amenazada al sur por el pirata turco Tzachas. Éste había pasado su juventud en Constantinopla, en la corte de Nicéforo Botaniates, obteniendo un elevado título bizantino. Al llegar al trono Alejo Comneno, Tzachas huyó

al Asia Menor. Tras adueñarse de Esmirna y otras ciudades del litoral Egeo y del Archipiélago, mediante la flota que había creado, Tzachas concibió un vasto plan: alcanzar Constantinopla por el mar, aislándola de los países que la aprovisionaban. Para dar más eficacia a su propósito estratégico, pactó con los pechenegos y con los selyúcidas del Asia Menor. Seguro del éxito de su empresa, Tzachas asumió de antemano el título de basileo, se revistió los distintivos de su dignidad y soñó con hacer de Constantinopla el centro de su Imperio. Los pechenegos eran turcos, como los selyúcidas, habiendo llegado a reparar en su parentesco racial merced, a las relaciones que tuvieron en las guerras anteriores. Bizancio halló en Tzachas un enemigo que, según V. G. Vasilievski, "juntaba al valor audaz del bárbaro la firmeza de la cultura bizantina y el conocimiento perfecto de todas las relaciones políticas de la Europa oriental contemporánea. Quería generar en vida un movimiento turco general capaz de dar un fin preciso e inteligente y un plan armónico de acción a los movimientos y pillajes no coordinados de los pechenegos".

La situación de la capital se hizo crítica. Al parecer iba a fundarse un Estado turco selyúcida—pechenego sobre las ruinas del Imperio bizantino. "El Imperio bizantino —dice el autor citado—, estaba sumergido por la invasión turca". Otro bizantinólogo ruso, F. I. Uspenski, escribe: "La situación de Alejo Comneno, en el invierno de 1090—91 no puede compararse sino a la de los últimos años del Imperio, en el momento en que los turcos osmanlíes cercaron por todas partes Constantinopla, aislándola de todas sus relaciones exteriores".

Alejo comprendió la gravedad de la situación y, ateniéndose a las reglas ordinarias de la diplomacia bizantina, que consistía en enemistar a los bárbaros entre sí, se dirigió a los kanes polovtzianos, aquellos "aliados de la desesperación", rogándoles que lo ayudasen contra los pechenegos. Los salvajes y terribles kanes polovtzianos Tugor—Kan y Boniak fueron invitados a ir a Constantinopla, donde recibieron una cálida bienvenida y fueron magníficamente tratados. El emperador solicitó humildemente al apoyo de los bárbaros, que se mostraron harto familiares con él. Pero de todos modos, los polovtzianos cumplieron las promesas hechas. El 29 de abril de 1091 se libró una sangrienta batalla, en la que probablemente intervinieron rusos también. Los pechenegos fueron deshechos e irremisiblemente aniquilados. Ana Comnena escribe al respecto: "Púdose ver un espectáculo extraordinario: un pueblo que no se contaba por decenas de millares, sino que rebasaba todo cálculo, pereció enteramente, con sus mujeres e hijos, en un solo día". La batalla dejó huellas en una canción bizantina de entonces: "Los escitas (así llamaba Ana Comnena a los pechenegos) han dejado de ver mayo por un día".[9]

Con su intervención en favor de Bizancio, los polovtzíanos prestaron un notable servicio a la Cristiandad. Vasilievski dice: "Boniak y Tugor—Kan deben justamente ser considerados como salvadores del Imperio bizantino". Alejo volvió en triunfo a la capital. Sólo una minúscula parte de los prisioneros pechenegos escapó a la matanza. Aquellos vestigios de tan terrible horda fueron trasladados a la región del Vardar y más tarde ingresaron, formando una especie de cuerpo especial, en el ejército bizantino. Los pechenegos que pudieron salvarse merced a la fuga estaban tan debilitados que en treinta años no emprendieron contra Bizancio cosa alguna.

Tzachas, después de causar indecible pavor en Bizancio, no pudo acudir con su flota en socorro de los pechenegos y perdió parte de sus conquistas en las batallas que entabló contra las fuerzas marítimas griegas. Más adelante el emperador supo ganar a su causa al sultán de Nicea, quien, invitando a Tzachas a un festín, le asesinó con sus propias manos. Después concluyó un tratado con Alejo. Así se desenlazó, en ventaja de Bizancio, la crisis de 1091, y el año siguiente transcurrió en condiciones muy diversas para el Imperio.

En los terribles días de 1091, Alejo, además de a los bárbaros, había apelado a los latinos de Occidente. El emperador "envió a Occidente mensajes pidiendo mercenarios por doquier".

---

[9] *Ana Comnena VII,5 (vol. II,15). La batalla se libró el 29 de abril, y por tanto sólo medió un día hasta el 1 de mayo*

Los historiadores citan al propósito la célebre carta dirigida por Alejo a su viejo amigo el conde Roberto de Flandes, que algunos años atrás, volviendo de Tierra Santa, había pasado por Constantinopla. En su carta el emperador pinta la desesperada situación del "muy sacro Imperio de los cristianos griegos, oprimido muy de cerca por pechenegos y turcos"; habla de las muertes y humillaciones sufridas por los cristianos, niños, adolescentes, mujeres y vírgenes, y cuenta que casi todo el territorio imperial está ocupado por el enemigo. "No nos queda casi más que Constantinopla, y los enemigos amenazan tomarla muy pronto, si no nos acude un pronto socorro de Dios y de los fieles cristianos latinos". El emperador "corre ante turcos y pechenegos" de una ciudad a otra y prefiere poner Constantinopla en manos de los latinos antes que en las de los paganos. Para acrecer el celo de los latinos, la misiva enumera muchas santas reliquias existentes en la ciudad y recuerda las innumerables riquezas y joyas existentes allí. "Así, obrad con todo vuestro pueblo; trabajad con todas vuestras fuerzas para que tales tesoros no caigan en manos de turcos y pechenegos... Obrad mientras sea tiempo aun, para que el Imperio cristiano y, lo que es más importante, la tumba de Cristo, no se pierdan para vos, y a fin de que podáis incurrir, no en el reproche, sino en la recompensa celeste. Amén".[10]

Vasilievski, que data esa carta en 1091, escribe: "En 1091 llegaba desde las orillas del Bosforo a la Europa occidental un verdadero grito de desesperación, la llamada de un hombre que se ahoga y no distingue ya si es una mano amistosa u hostil la que se le tiende. El emperador bizantino no titubeó, en aquellas circunstancias, en descubrir a los ojos del extranjero todo el abismo de vergüenza, deshonor y humillación en que se había sumido el Imperio de los griegos cristianos".

Ese documento, que pintaba en colores tan vivos la situación crítica de Bizancio en 1091, ha motivado una serie de obras. La causa es que no ha llegado a nosotros sino en su traducción latina. Las opiniones de los sabios se dividen: mientras unos, y entre ellos los eruditos rusos (V. G. Vasilievski y F. I. Uspenski), la consideran auténtica, otros, como el francés Riant, la juzgan apócrifa. Los historiadores contemporáneos se inclinan, con algunas reservas, a juzgar auténtico el documento, y creen en la existencia de un original no llegado a nosotros y dirigido por Alejo a Roberto de Flandes. El historiador francés Chalandon opina que parte de la carta fue compuesta con ayuda del original, pero que el mensaje latino que conocemos fue redactado por algún occidental para estimular el celo de los cruzados poco antes de la primera Cruzada, para estimular el instigamiento (excitatorum).[11] El alemán Hagenmeyer, que ha estudiado especialmente y publicado ese mensaje, se inclina, en lo esencial, a la opinión de Vasilievski.

Por su parte, B. Leib asegura (en 1924), que esta carta no es sino "una amplificación hecha poco después del concilio de Clermont e inspirada sin duda en el mensaje auténtico que el emperador enviara a Roberto para recordarle los refuerzos prometidos".[12] En 1928, Bréhier escribe: "Es posible, según la hipótesis de Chalandon, que, una vez de vuelta en Flandes, Roberto olvidara su promesa. Entonces Alejo debió de enviarle una embajada y una carta, pero de cierto muy distinta al texto que nos ha llegado. En cuanto a ese documento apócrifo, debió de ser compuesto, quizá con ayuda de la carta auténtica, en el momento del sitio de Antioquía, en 1098, para pedir refuerzos a Occidente. La carta de Alejo no tiene, pues, nada que ver con los orígenes de la Cruzada".[13]

Recordemos, finalmente, que, en su historia de la primera Cruzada, Sybel consideraba la carta de Alejo a Roberto de Flandes como un documento oficial relativo a dicha Cruzada.

---

[10] *Riant, Alexii J Comneni ad Robertum 1 Flandriae comiten epístola spuria (Ginebra, 1879). Hagenmeyer, Die Kreuzzurgsbriefe aus den Jahren 1088—1100 (Insbruck,* 1901).

[11] *Chalandon,* ob. cit., Apéndice: La lettre d'Alexis au comte de Flandre,

[12] *B. Leib, Rome, Kiev et Byzance a la fin du XI a siécle (París, 1924).*

[13] *L. Bréhier, Les Croisades, 5—a ed. (París, 1928). N. Jorga, Essai de synthése de l'histotre de l'humanité. II: Histoire du mayen age (París, 1927), se niega a dar la menor importancia a esa carta. Georgina Buckler, Anna Comnena. A study (Oxford—Londres, 1929), declara que la carta es apócrifa, si no del todo, al menos en gran parte.*

Nos hemos extendido tanto sobre la cuestión de esa carta porque a ella se vincula en parte un grave problema: si el emperador llamó o no a Occidente en su socorro.[14] En todo caso, fundándonos en la indicación de la contemporánea Ana Comnena, que afirma que Alejo envió cartas a Occidente, podemos admitir que, quizá, remitió una al conde de Flandes y considerar probable que ese mensaje sirviera de fundamento al más recargado texto latino que conocemos. Según toda probabilidad, esa misiva fue enviada por Alejo en 1091, año tan crítico para Bizancio.[15] También es muy probable que en 1088—1089 se enviara un mensaje a Zvonímiro, rey croata, pidiéndole que se pusiera al lado de Alejo en la lucha "contra los paganos e infieles".

Los éxitos obtenidos sobre los enemigos exteriores aumentaron con otros sobre los internos. Los conspiradores y pretendientes que querían aprovechar la difícil situación del Imperio fueron descubiertos y castigados.

Además de los pueblos ya mencionados, otros dos comenzaban, antes incluso de la primera Cruzada, a desempeñar cierto papel en tiempos de Alejo Comneno: los servios y los magiares o húngaros. En la segunda mitad del siglo XI, Servia se convirtió en independiente, lo que de hecho se expresó al asumir el príncipe servio el título regio (Kral). El primer reino servio tuvo por capital a Scodra (Skadar o Escutari). Los servios lucharon al lado de Alejo en la guerra contra los normandos y le abandonaron en el momento crítico. Al volver Dyrrachium a la corona imperial se abrieron las hostilidades entre Servia y Bizancio. Pero la lucha no podía ser muy feliz para el Imperio, por las circunstancias difíciles que éste atravesaba. Poco antes de la Cruzada se ultimó la paz entre el emperador y los servios.

Las relaciones del Imperio con Hungría (Ugria), la cual había participado en las guerras búlgaro—bizantinas del siglo X, bajo el reinado de Simeón, se hicieron muy tirantes en la época de Alejo Comneno. A fines del siglo XI, la Hungría continental, bajo los soberanos de la dinastía de Arpad, empezó a extenderse hacia el sur y el mar, acercándose a las costas de Dalmacia, lo que descontentó a Venecia y a Bizancio.

De modo que la política extranjera del Imperio poco ants de la primera Cruzada tendió a ensancharse, se complicó y hallóse ante nuevos problemas.

No obstante, hacía 1095, Alejo, libre de los numerosos peligros que amenazaran a Bizancio, parecía haber preparado una etapa de tranquilidad para el Imperio, y pudo consagrarse, poco a poco, a preparar la lucha contra los selyúcidas orientales. Con esa intención, el emperador emprendió una serie de estrategias defensivas.

En ese momento supo Alejo Comneno que algunos destacamentos de cruzados se acercaban a las fronteras del Imperio bizantino. Empezaba la Primera Cruzada, que modificó los proyectos de Alejo, orientándole, así como a su Imperio, por nuevos caminos que al final debían manifestarse desastrosos para Bizancio.

Bizancio y la Primera Cruzada.

La época de las Cruzadas es una de las más importantes de la historia universal, sobre todo desde el punto de vista de la historia económica y de la civilización en general. Durante mucho tiempo, el problema religioso ha relegado a segundo plano los otros aspectos de ese diverso y complejo movimiento. El primer país que se dio plena cuenta de la importancia de las Cruzadas fue Francia. En 1806 la Academia Francesa creó un premio destinado a la mejor obra sobre el siguiente tema: "Influencia de las Cruzadas sobre la libertad civil de las naciones europeas, su civilización y

---

[14] *Hagenmeyer, Der Brief des Kaisers Alexias I Comnenos an den Grafen Robert I von Flandern (Byz. Zeit., t. VI, 1897). Id., Die Kreuzzugsbrief, p. 38—40. V. también H. Pirenne, A propos de la lettre d'Alexis Comnéne a Robert le Frison, comte de Flandre (Revue de l'lnstruction publique en Belgique, t. L, 1907). G. Caro, Die Berichterstattung auf dem ersten Kreuzzuge (Neue Jahrbücher für das Klassische Altertum, t. XXIX, 1912).*

[15] *Dólgcr, ob. cit., estima que la carta es de 1088 (t. II, p. 39, n.° 1152).*

los progresos de la ciencia, el comercio y la industria". Desde luego a primeros del siglo XIX era prematuro querer tratar a fondo un problema tan incierto aun. Pero sólo desde entonces dejó de hablarse de la época de las Cruzadas desde un punto de vista exclusivamente religioso. La Academia Francesa galardonó dos obras en 1808. Una era de un alemán, Heeren, y se publicó simultáneamente en francés y alemán, bajo el título de *Ensayo sobre la influencia de las Cruzadas en Europa.* La otra se debía a un francés, Choiseul—Daillecourt. Esta última se denominaba *Influencia de las Cruzadas sobre el estado de las naciones europeas.* Juzgando con nuestro criterio moderno, ambos libros están anticuados, pero no les falta interés, sobre todo al primero.

En verdad, las Cruzadas son el episodio capital de la lucha de dos religiones universales, cristianismo e islamismo, lucha iniciada el siglo VII Pero las causas religiosas del movimiento no fueron las únicas que lo motivaron. Ya en la primera Cruzada, la que refleja más por entero los *"ideales"* del movimiento —la liberación de Tierra Santa de manos de los infieles— advertimos intereses terrenos y profanos. Kugler dice: "Había en la Cruzada dos partidos: el de las personas piadosas y el de los políticos". Chalandon, citando esa frase de Kugler, la califica de perfectamente exacta. Cuanto más nos adentramos en el conocimiento de las condiciones interiores de la vida de la Europa occidental en el siglo XI, cuanto más estudiamos, sobre todo, el desarrollo de las ciudades italianas de aquella época, más llegamos a la convicción de que los motivos económicos influyeron radicalmente en la preparación y ejecución de la primera Cruzada. A cada nueva Cruzada, la corriente profana se hacía más clara y fuerte, terminando por lograr una victoria completa sobre los ideales primitivos en 1204, cuando los Cruzados tomaron Constantinopla y fundaron el Imperio latino.

Bizancio cumplió papel tan importante en aquél período, que es absolutamente indispensable estudiar el Imperio de Oriente si se quiere comprender de manera plena y entera el origen y desarrollo de las Cruzadas. Además, conviene observar que la mayoría de los que han estudiado las Cruzadas lo han hecho tratando el problema desde un punto de examen puramente "occidental", tendiendo a convertir el Imperio griego en "cabeza de turco a quien cargar todas las faltas de los Cruzados".[16]

Los árabes, desde su primera aparición en el escenario de la historia universal, hacia 630, habían conquistado con fulminante rapidez Siria, Palestina, Mesopotamia, las regiones orientales del Asia Menor, los países vecinos del Cáucaso, Egipto, el litoral de África del Norte y muy gran parte de España. En la segunda mitad del siglo VII y a comienzos del VIII asediaron dos veces Constantinopla, de donde fueron rechazados, no sin dificultad, merced a la energía y talento de Constantino II y de León III el Isáurico. En el 732, los árabes, que habían invadido la Galia por los Pirineos, fueron detenidos en Poitiers por Carlos Martel. En el siglo IX conquistaron Creta y a principios del X ocuparon Sicilia y la mayor parte de las posesiones bizantinas del sur de Italia. Estas conquistas árabes ejercieron una acción importantísima sobre la situación política y económica de Europa. La centelleante ofensiva de los árabes "cambió la faz del mundo", con frase de H. Pirenne. "Su repentina invasión trastornó la antigua Europa. Puso fin a la unión mediterránea que le daba su fuerza... El Mediterráneo había sido un lago romano. En su mayor parte se convirtió en un lago musulmán".[17]

Pero no debe aceptarse esta afirmación sin algunas reservas. Las relaciones mercantiles no Césaron del todo entre la Europa occidental y los países orientales conquistados por los

---

[16] *F. Chalandon, Histoire de la premiére Croísade (París, 1925). La obra de A. Gruhn, Die Byzantinische Politik zur Zeit der Kreuzzuge (Berlín, 1904), carece de importancia, no llevando referencia ni indicación alguna de las fuentes.*

[17] *H. Pirenne, Mahomet et Charlemagne (Revue belge de Philologie et d'Histoire, Bruselas, 1922). En la p. 86 se lee: "Sin el Islam, el Imperio franco no habría existido probablemente nunca y Carlomagno es inconcebible sin Mahoma".*

musulmanes. Mercaderes y peregrinos continuaron recorriendo el mundo y los productos exóticos de Oriente siguieron llegando a Europa, como, por ejemplo, llegaban a Galia.[18]

El islamismo primitivo se distinguía por su notable tolerancia. En las regiones conquistadas a los cristianos, los árabes dejaban subsistir !a mayoría de las iglesias y oficios religiosos y nunca pusieron obstáculos a la beneficencia cristiana. En la época de Carlomagno, a principios del siglo IX, había en Palestina hospicios y hospitales para los peregrinos, se construían conventos y templos y se restauraban otros. El mismo Carlomagno envió a ese efecto a Palestina abundantes limosnas. Se organizaban bibliotecas en las iglesias y los peregrinos visitaban los Santos Lugares sin ser molestados en nada.

Ciertos historiadores, considerando las relaciones existentes entre Palestina y el Imperio franco de Carlomagno, y también cierto intercambio de embajadas que hubo entre el emperador de Occidente y Harun—Al—Raschid, han llegado a la conclusión de que debía de haber, bajo Carlomagno, una especie de protectorado franco en Palestina, protectorado no ejercido, desde luego, sino en lo que afectaba a lo religioso, dejando intacta la autoridad política del califa.[19] En cambio, un grupo de historiadores afirma que ese protectorado no existió y constituye "un mito análogo a la leyenda de la Cruzada de Carlomagno a Tierra Santa". El título de uno de los trabajos más recientes sobre esa cuestión, es precisamente: La leyenda del protectorado de Carlomagno sobre Tierra Santa.

No nos pararemos a discutir el sentido de la palabra "protectorado franco" que, como otros términos, es harto convencional y vago. A nuestro juicio lo importante es que desde comienzos del siglo IX el Imperio franco tuvo muy importantes intereses en Palestina, hecho de extrema trascendencia en el desarrollo ulterior de las relaciones internacionales que precedieron a las Cruzadas. En el siglo X se produjeron casos aislados de ataques a cristianos y peregrinos, ataques casi siempre sin causa religiosa. Pero semejantes hechos eran accidentales y momentáneos.

En la segunda mitad del siglo X, las brillantes victorias obtenidas por los bizantinos, bajo Nicéforo Focas y Juan Tzimiecés, sobre los árabes de Oriente, hicieron de Alepo y Antioquía Estados vasallos del Imperio. A continuación es probable que el ejército de Bizancio entrara en Palestina. Tales victorias repercutieron en Jerusalén y el historiador francés Bréhier cree posible hablar de un protectorado bizantino sobre Tierra Santa, protectorado que habría substituido al franco.

La ocupación de Palestina por la dinastía egipcia de los fatimítas, en la segunda mitad del siglo X (969), no parece que introdujera modificaciones desfavorables para los cristianos de Oriente ni para los peregrinos. Pero en el siglo XI cambiaron las circunstancias. El califa fatimíta Alhakem, aquél loco "Nerón egipcio", abrió crueles persecuciones contra los cristianos y judíos en toda la extensión del Imperio que regía. En 1009 hizo destruir la iglesia de la Resurrección y el Gólgota, en Jerusalén. Sólo frenó su rabia destructora por temor a represalias sobre las mezquitas construidas en tierra cristiana.

---

[18] *V. L. Halphen, La Conquéte de la Méditerranée par les Européens au XIe et au XIIa siécle (Mélanges d'histoire offerts a H. Pirenne (Bruselas—París, 1926). J. Ebersolt, Orient et Occident (Recherches sur les influences byzantines et orientales en France avant les Croisades, París, 1928).*

[19] *V. A. Vasiliev, Carlomagno y Harun—Al—Raschid (Viz. Vrem., t. XX, 1913, p. 63—116. En ruso), L. Bréhier, Les Croisades (París, 1928), p. 22—34. Id., Charlemagne et la Palestine (Revue historique, t. CLVII, 1928). Ver V. Barthold, quien rechaza incluso la existencia de relaciones políticas entre Harun—Al—Raschid y Carlomagno. Barthold: Carlomagno y Harun—Al—Raschid (Christianki Vostok, San Petersburgo, 1912). La tesis del patronato franco está basada en el testimonio de Eginhardo, contemporáneo de Carlomagno, cuya Vita Karoli y los Annales constituyen preciadísimas fuentes. En la Vita, por ejemplo, se habla de la acogida dispensada por Harun—al—Raschid a los enviados de Carlos, cuyas peticiones acoge y aun mejora, dándoles la propiedad del Santo Sepulcro. En los Annales, relata la entrega que los enviados del califa hicieron al emperador de las llaves del Santo Sepulcro, del estandarte de Jerusalen y de importantes reliquias. (N. del R)*

Bréhier, en su tesis de un protectorado bizantino sobre Tierra Santa, se apoya en un historiador árabe del siglo XI Yahía, de Antioquía. Éste relata que en 1012 un jefe beduino se levantó contra el califa Alhakem, se apoderó de Siria, obligó a los cristianos a restablecer la iglesia de la Resurrección, nombró patriarca de Jerusalén a un obispo elegido por él, "le ayudó a reconstruir la iglesia de la Resurrección y restauró muchos lugares en la medida de lo posible". Rosen, interpretando ese texto, observa que el beduino obró así "probablemente para ganarse las buenas gracias del emperador griego". Bréhier se funda en Rosen al aplicar su hipótesis al texto de Yahía. En tales condiciones, encontramos imposible afirmar el buen fundamento de la teoría de Bréhier con tanta certeza como su autor.

De todos modos aquél no era sino el principio de la restauración de los Santos Lugares. A la muerte de Alhakem (1021) se inauguró una era de tolerancia con los cristianos. Se convino un acuerdo entre Bizancio y los fatimitas, y los emperadores pudieron reconstruir la iglesia de la Resurrección. Los trabajos concluyeron a mediados del siglo XI, reinando Constantino Monómaco. El barrio cristiano quedó rodeado de una recia muralla. Los peregrinos obtuvieron de nuevo libre acceso a Tierra Santa. Las fuentes indican, entre otros personajes célebres, a Roberto el Diablo, duque de Normandía, que murió en Nicea, de regreso de Palestina, en 1035. Acaso hacia la misma época, sobre 1030, llegase a Jerusalén el célebre Haraldo Hardrada.

Pero pronto se reanudaron las vejaciones contra los cristianos. En 1056 fue cerrado el Santo Sepulcro y se expulsó de Jerusalén a más de 300 cristianos.

A lo que parece, la iglesia de la Resurrección fue restaurada con toda la oportuna magnificencia, como se desprende, por ejemplo, del testimonio de un peregrino ruso, el higúmeno Daniel, que visitó Palestina a comienzos del siglo XII, es decir, al principio de la fundación del reino de Jerusalén, establecido en 1099, después de la primera Cruzada. Daniel enumera las columnas de la iglesia, habla de un pavimento ornado de mármoles, nos informa de la existencia de diez puertas y da interesantes detalles sobre los mosaicos. Hallamos en él noticias sobre varias iglesias y objetos sacros, así como sobre lugares santos de Palestina mencionados en el Nuevo Testamento.

Según palabras de Daniel y también de su contemporáneo el peregrino anglosajón Saewulf, los "sarracenos eran belicosos, porque se ocultaban en montes y cavernas y a veces atacaban de improviso, para robarles, a los peregrinos que pasaban por los caminos".

La tolerancia musulmana con los cristianos se manifestaba de igual modo en Occidente. Cuando, a fines del siglo XI, los españoles reconquistaron Toledo, hallaron, con gran extrañeza, iglesias cristianas en la ciudad. Aquellas iglesias habían subsistido intactas y los Oficios se celebraban en ellas regularmente. Hacia la expiración del mismo siglo, al conquistar Sicilia los normandos, encontraron allí muchos cristianos que practicaban con libertad su religión, aunque la dominación árabe se remontaba a doscientos años ya. Por eso impresionó dolorosamente al Occidente cristiano la destrucción de la iglesia de la Resurrección y del Gólgota en 1009. Otro acontecimiento grave en semejante sentido se produjo en la segunda mitad del siglo XI. Ya sabemos que los turcos selyúcidas, al adquirir poder en el siglo X, fundaron, algunos años después de la derrota causada a los bizantinos en Mantzikicrt (1071), el sultanado de Rum o Iconio, en Asia Menor, extendiéndose en todas direcciones. El general turco Atzig marchó sobre Palestina y se adueñó de Jerusalén. A poco la ciudad se sublevó y Atzig hubo de cercarla de nuevo. Al recuperar los turcos Jerusalén, causaron en ella terribles depredaciones. A continuación tomaron Antioquía. en Siria, se establecieron en Nicea, en Cízico y en Esmirna (Asia Menor), mientras en el Egeo ocupaban las islas de Quío, Lesbos, Samos y Rodas. La situación de los peregrinos europeos que iban a Jerusalén y a otros lugares, empeoró. Aun admitiendo que las vejaciones y persecuciones infligidas por los turcos a los cristianos hayan sido exageradas por muchos historiadores, parece difícil adherirse a la opinión de W. Ramsay, quien habla de la blandura de los turcos con los cristianos y escribe: "Los sultanes selyúcidas gobernaron con dulzura y tolerancia. Los mismos historiadores bizantinos, tan parciales, hacen algunas alusiones a la predilección varias veces manifestada hacia los turcos por los cristianos, quienes a menudo preferían el gobierno de los

sultanes al yugo de los emperadores. Los cristianos sometidos al yugo selyúcida fueron más felices que los de Bizancio, y los más miserables de todos fueron los bizantinos de las fronteras, expuestos a continuas invasiones. En cuanto a persecución religiosa, no hay traza de ella en el período selyúcida".[20]

De manera que la destrucción del templo de la Resurrección en 1009 y la toma de Jerusalén por los turcos en la octava década del siglo XI fueron los dos hechos esenciales que obraron profundamente sobre los sentimientos religiosos de las masas en la Europa occidental, suscitando en ellas un potente impulso de entusiasmo religioso. Muchos europeos comprendieron que si Bizancio caía bajo el ataque turco, todo el Occidente cristiano corría grandísimo peligro. Un historiador francés dice al propósito: "Después de tantos siglos de terror y devastación, ¿iba el mundo mediterráneo a sucumbir de nuevo al asalto de los bárbaros? Tal era la angustiosa pregunta que se planteó hacia 1075. La Europa occidental, lentamente reconstituida en el curso del siglo XI, se encargó de responder. Al ataque en masa de los turcos contestó con la primera Cruzada". Pero los emperadores bizantinos comprendieron mejor que nadie la inminencia del peligro dimanado del creciente poderío del poder de los turcos. A partir de la derrota de Mantzikiert reconocieron que no podían defenderse solos contra el ímpetu arrollador de los selyúcidas. Volvieron, pues, las miradas a Occidente, y sobre todo al Papa, quien, como jefe espiritual de la Europa de Occidente, podía, con su influjo, obligar a los pueblos occidentales a socorrer a Bizancio según sus fuerzas. A veces, como ya vimos en el caso de la carta de Alejo Comneno a Roberto de Flandes, los emperadores también se dirigían individualmente a los príncipes seglares de Occidente. Pero Alejo pensaba sólo en tropas auxiliares y no en ejércitos poderosos y bien organizados.

Los papas acogieron muy favorablemente las demandas de los basileos orientales. Aparte el aspecto puramente ideal —la ayuda a Bizancio y a la vez al mundo cristiano, y la liberación de los Santos Lugares—, los papas, como era natural, miraban también los intereses de la Iglesia católica, ya que, en caso de triunfar la empresa, los pontífices debían esperar ver acrecida su influencia en Oriente y acaso lograr volver la Iglesia oriental al seno de la católica. Los papas no podían olvidar el cisma religioso del 1084. La idea que los emperadores bizantinos albergaron al principio —no recibir de Occidente sino destacamentos auxiliares de mercenarios—, se modificó fuera de Bizancio progresivamente, en gran parte merced a la predicación pontifical, y así se llegó a la idea de una Cruzada de la Europa occidental en Oriente, es decir, de un movimiento de masas de los pueblos occidentales dirigidos por sus soberanos y al mando de jefes militares distinguidos.

En la segunda mitad del siglo XIX los eruditos creían aún que la primera idea de Cruzada había sido emitida y la primera exhortación lanzada a fines del siglo X por el célebre Gerberto, más tarde Papa con el nombre de Silvestre II. Pero hoy los mejores especialistas de la cuestión —el francés Havet y el ruso N. Bubnov—, ven en la epístola de "la iglesia de Jerusalén, arruinada, a la Iglesia universal" —escrito que se halla en la colección de cartas de Gerberto y donde la iglesia de Jerusalén se dirige a la universal pidiendo ayuda a su munificencia—, por una parte un documento auténtico de Gerberto, escrito por éste antes de ser Papa (en lo que contradicen a los sabios que juzgan ese mensaje una falsificación posterior), y por otra, no un proyecto de Cruzada, sino una simple carta circular dirigida a los fieles estimulándoles a enviar limosnas para lo conservación de los establecimientos cristianos de Jerusalén.[21] A fines del siglo X., además, la situación de los cristianos en Palestina no era tan grave que pudiese motivar una Cruzada.

---

[20] W. M. Ramsay, The cities and bishopries of Phrigia (Oxford, 1895). La opinión de Ramsay aparece compartida por J. W. Thompson, An economic and social history of the Middle Ages (N. York—Londres, 1928),donde se halla una referencia errónea al artículo de W. Ramsay, The war of Moslem and Christian of Asia Minor (Contemporary Review, vol. XC). El señor Thompson ha tenido la gentileza de explicarnos este error. Sobre los turcos en Palestina a fines del siglo XI, v., por ej., el conde Riant, Inventaire critique des lettres historic des Croisades, en los Archives de l'Orient latin (París, 1881).

[21] Havet, Lettres de Gerbert (983—997), (París, 1889). Bubliov, Compendio de las epístolas de Gerberto consideradas como fuentes históricas (San Pctersburgo, 1890) V. tam. H. Sybei, Geschichte des ersten Kreuzzuges, 2.·ed. (Leipzig, 1881).

Ya antes de la época de los Comnenos, el emperador Miguel VIII Ducas, ante la inminencia del peligro selyúcida y pechenega, había dirigido una carta al Papa Gregorio VII pidiéndole socorro y prometiéndole a cambio la unión de las Iglesias. El Papa envió muchos mensajes sugiriendo a las potencias que enviasen ayuda al amenazado Imperio. En la carta pontificia al duque de Borgoña se lee: "Esperamos que... después de la sumisión de los normandos pasemos a Constantinopla para prestar ayuda a los cristianos que, sufriendo frecuentes "mordeduras" de los sarracenos, nos piden vivamente que les tendamos una mano socorredora". En otra misiva, Gregorio VII menciona "la suerte miserable de tan gran Imperio". En su carta a Enrique IV, emperador de Alemania, el Papa escribe: "Gran parte de los cristianos de ultramar está en camino de ser aniquilada por los paganos en una serie de inauditas derrotas. Diariamente son muertos como reses, y la raza cristiana está en vías de ser exterminada!) Pide luego socorro "para que la fe cristiana no perezca definitivamente en nuestra época". Obedeciendo a la sugestión del Papa, los italianos y otros europeos *(ultramontani)* preparaban un ejército de más de cincuenta mil hombres que se proponían marchar, dirigidos por el Papa, contra los enemigos de Dios, llegando hasta la tumba de Cristo. "Lo que más me decide todavía a esta resolución, es que la Iglesia de Constantinopla, que está en desacuerdo con nosotros sobre la cuestión del Espíritu Santo, desea un entendimiento con la Iglesia apostólica". En estos mensajes se advierte que no se trata sólo de una Cruzada para liberar Tierra Santa. Gregorio VII diseña el plan de una expedición a Constantinopla a fin de salvar a Bizancio, piedra fundamental del cristianismo en Oriente. El socorro procurado por el Papa tendría como recompensa la unión de las dos Iglesias, es decir, el retorno de la Iglesia cismática de Oriente al seno de la católica, conduciendo espiritualmente como consecuencia, ambas iglesias. Leyendo esos escritos se recibe la impresión de que se trata más de defender Constantinopla que de reconquistar Tierra Santa, tanto más cuanto que dichos documentos fueron redactados antes de 1078, fecha en que Jerusalén pasó a manos turcas y la situación de los cristianos de Palestina empeoró. Así, cabe suponer que en los proyectos de Gregorio VII la guerra santa contra el islamismo pasaba a segundo plano y que el Papa, al armar al cristianismo occidental para la lucha contra el Oriente musulmán, pensaba, sobre todo, en el Oriente cismático. Esta cismaticidad era para Gregorio VII más terrible que el islamismo. En una carta en que habla de los territorios ocupados por los moros de España, el Papa dice francamente que preferiría dejar esos lugares en manos de los infieles antes que verlos caer en manos de los "hijos insumisos de la Iglesia".[22] Si han de considerarse las cartas de Gregorio VII como el primer proyecto de Cruzada, debe a la vez notarse el vínculo que hay entre tal proyecto y el cisma de 1054.

Como Miguel VII, Alejo Comneno, bajo el influjo de los terribles sucesos 1091, se dirigió al Occidente pidiendo la ayuda de destacamentos de mercenarios. Pero ya vimos antes que la intervención de los paulianos y la muerte violenta del turco Tzachas apartaron de la capital el inminente peligro que la amenazaba. Por tanto, en 1093 aquellos elementos occidentales de ayuda eran, a juicio de Alejo, inútiles para Bizancio.

Pero el movimiento provocado en Occidente por Gregorio VII había adquirido grandes proporciones, merced sobre todo al activo Urbano II, hombre lleno de fe. Ya no se trataba de los modestos auxiliares pedidos por Alejo Comneno, sino de un movimiento de masas, conducidos por militares organizados y profesionales.

A partir de H. Sybel (1841), la ciencia histórica asigna a las Cruzadas, como causas principales desde el punto de vista occidental los fenómenos siguientes:

1). Es estado de ánimo religioso característico de la Edad Media y fortalecido en el siglo XI merced al movimiento de Cluny. Se notaba, en efecto, en la sociedad, abrumada por la consciencia del pecado, una tendencia clara al ascetismo, a la vida eremítica, a las gestas morales, a las peregrinaciones. La teología y la filosofía se hallaban bajo aquellos influjos. Este estado de ánimo fue el que levantó a las gentes, incitándolas a la reconquista del Santo Sepulcro.

---

[22] *Migne, Patr. lat., 148, col. 290. Véase Kohler en su crítica de R. Rohricht, Geschichte des ersten Kreuzzuges (Rev. hist., t. 1903).*

2). El crecimiento del poderío pontifical en el siglo XI, bajo Gregorio VII, cuyas ideas sobre la Cruzada conocemos ya. El Papado veía en las Cruzadas un modo de ensanchar sus horizontes. De triunfar la empresa de que los Papas serían instigadores y jefes espirituales, la influencia papal se extendería sobre nuevos países, y hasta se podría hacer volver a los cismáticos al seno del catolicismo. Las aspiraciones ideales de los Papas, sus esfuerzos para socorrer a los cristianos de Oriente y liberar Tierra Santa, se combinaban así con su deseo de aumentar el poder y la influencia pontificios.

3). Los intereses profanos y laicos desempeñaron también un importante papel en las diferentes clases sociales. La nobleza feudal, los barones y caballeros que participaban en el impulso religioso general, veían a la vez en él una excelente ocasión de satisfacer su ambición y su amor de los combates, así como un medio de aumentar sus recursos. Los campesinos, oprimidos por el peso de las cargas feudales y arrastrados por el sentimiento religioso, veían en la Cruzada una liberación momentánea que les eximía de las abrumadoras obligaciones de feudo, les dispensaba del pago de sus deudas, les garantizaba la seguridad de sus familias y de sus pecados, que serían perdonados por su actuación en la empresa de la liberalización de los Santos Lugares.

No obstante, con posterioridad a Sybel los historiadores han hecho resaltar otros hechos concatenados con el origen de la primera Cruzada.

En el siglo XI eran muy numerosos los peregrinos occidentales a Tierra Santa. A veces los peregrinos hacían el viaje en grupos considerables. Junto a las peregrinaciones individuales existían verdaderas expediciones a Tierra Santa. En 1026—27, setecientos peregrinos encabezados por un abad francés y llevando en sus filas numerosos caballeros normandos, visitaron Palestina. En el mismo año, Guillermo, conde de Angulema, hizo un viaje a Jerusalén en compañía de varios abades del oeste francés y muchos señores. En 1033 hubo en el Santo Sepulcro tanta abundancia de visitantes como no se viera jamás. Pero la peregrinación más famosa fue la de 1064—1065, en que participaron más de siete mil personas (ordinariamente suele decirse más de doce mil). Aquellas multitudes, conducidas por Gunther, obispo de Bamberg, partieron de Alemania, pasaron a Constantinopla, atravesaron el Asia Menor y llegaron a Jerusalén tras numerosas aventuras. Según las fuentes, "de los siete mil partidos volvieron menos de dos mil", y éstos "muy empobrecidos". El propio Gunther murió prematuramente y fue "una de las numerosas vidas perdidas en la aventura"[23]

A propósito de esas peregrinaciones pacíficas anteriores a las Cruzadas, se ha formulado la pregunta de si no podría considerarse el siglo XI como un período de transición entre dichas peregrinaciones pacíficas y las expediciones militares de la época de las Cruzadas. Muchos eruditos se han esforzado en probar que, al ocupar Palestina los turcos, los grupos de peregrinos comenzaron a viajar armados para defenderse de posibles agresiones. Pero hoy ha quedado admitido que las más de las peregrinaciones del siglo XI fueron hechas por hombres no armados y por tanto la opinión arriba expresaba es muy discutida. Desde luego, algunos de los caballeros que emprendían la peregrinación iban con armas, pero "aunque algunos de ellos llevasen cota de mallas, no por eso dejaban de ser peregrinos pacíficos" y no cruzados. No obstante, desempeñaron considerable papel en la historia del origen de las Cruzadas, porque informaron al Occidente de Europa de la situación de Tierra Santa, suscitando primero y manteniendo después el interés por ella. Todas las expediciones peregrinativas de que hemos hablado fueron anteriores a la conquista de Palestina por los turcos. Pero estudiando aquellas expediciones en detalle, hallamos que los peregrinos resultaron a veces maltratados por los árabes mucho antes de la ocupación selyúcida, de modo que la teoría según la cual "mientras los árabes ocuparon Jerusalén los peregrinos cristianos de Europa no fueron inquietados", debe considerarse afirmativa en exceso.

No poseemos informe alguno sobre las peregrinaciones bizantinas a Tierra Santa en el siglo XI. El monje bizantino Epifanio, autor del primer itinerario griego de Tierra Santa, describió

---

[23] *V. E. Joranson, The Great German Pilgrimage of 1064—1065, en "The Crusades and other historical essays presented to Dana C. Munro by his former students", ed. por L. J.Paetow (Nueva York, 10,28). E! estudio entero abarca las páginas 3—43, y es excelente, incluyendo una bibliografía completa.*

Palestina en la época precedente a las Cruzadas, pero no se sabe con exactitud en qué época vivió. Los historiadores difieren en sus apreciaciones, dando fechas del siglo VIII al XI.[24]

Si de Oriente pasamos a Occidente, vemos que el siglo XI había asistido ya, con anterioridad a la primera Cruzada, a otras Cruzadas auténticas: las guerras de España contra los moros, la conquista de Sicilia y Apulia por los normandos y la conquista de Inglaterra por otros normandos (1066).

Además, en el mismo siglo XI nótase en toda Italia un movimiento político y económico digno de mención y que tuvo su centro en Venecia. La pacificación del litoral del Adriático había consolidado el poder marítimo de la república veneciana. La famosa carta de 1085, concedida por Alejo Comneno, abrió a los mercaderes venecianos los mercados bizantinos. "Desde ese día comenzó el comercio universal de Venecia",[25] ciudad que, como otras italianas, no vaciló en traficar con puertos musulmanes. Genova y Pisa, que en el siglo X y principios del siglo XI habían sufrido frecuentes ataques de los piratas musulmanes, emprendieron (1015—1016) una expedición contra los musulmanes de Cerdeña, apoderándose de esta isla y de Córcega. Las naves de aquellas dos ciudades actuaron en las costas del litoral africano y en 1087, a exhortaciones del Papa, tentaron un golpe de mano contra Mehdia, ciudad de la costa septentrional de África. Esas expediciones contra los infieles no sólo se debían a entusiasmo religioso y ánimo aventurero, sino también a motivos económicos. En todo caso, parece poco probable que los genoveses hicieran un comercio importante con Levante antes de la primera Cruzada.[26]

Debe notarse también como uno de los hechos que afectan a la historia del origen de las Cruzadas el aumento de población que comenzó a señalarse en ciertos países hacia el siglo XI. Nos consta que la población de Flandes y Francia creció bastante por entonces. De manera que el movimiento de masas de fines del siglo XI puede considerarse en cierto sentido como una especie de expansión colonial medieval para algunos países del occidente de Europa, sobre todo Francia.

Además, el siglo XI fue para Francia una época de hambres frecuentes, sequías, epidemias desastrosas y rigurosos inviernos. Estas difíciles condiciones de vida hicieron pensar a los franceses en tierras prósperas y lejanas.

Considerando todos estos factores, llegamos a la conclusión de que a fines del siglo XI Europa estaba moral y económicamente dispuesta a una empresa de Cruzada en gran escala.

La situación general de que motivó la primera Cruzada era distinta en absoluto a la que precedió a la segunda. Los cincuenta y un años transcurridos entre 1086 y 1147 constituyeron una de las épocas más importantes de la historia general. En esos años, el aspecto económico y religioso, y en general la civilización de Europa, cambiaron radicalmente. Para la Europa occidental se abrió un mundo nuevo. Las Cruzadas siguientes no añadieron nada a lo conseguido en aquél período, limitándose a desarrollar los procesos creados en los cincuenta y un años transcurridos. Es verdaderamente extraño que un historiador italiano haya podido calificar a las primeras Cruzadas de "locuras estériles" (sterili insanie).[27]

---

[24] V., por ej., Krumbacher, ob. cit., p. 420. H. Vincent y F. M. Abel, Jérusalem (París, 1924), t. II, p. XXXVII

[25] C. Diehl, Une répnblique patricíenne: Venise (París, 1911).

[26] V. E. H. Byrne, Genoese trade with Syrta in the 12th century (Am. Hist. Rev., 1. XXV (1920). G. Bratianu, Recherches sur le commerce genois dans la mer Notre au XIIIe siécle (París, 1929). Opino que el autor no ha comprendido bien la teoría de Byrne. V. también V. Heyd, Histoire du commerce du Levant, t. I (Leipzig, 1885—1983). A. Schaube, Handehgeschichte der romanischen Volker des Mit—temeergebiets bis zum Ende Kreuzzuge (Munich—Berlín, 1906).

[27] F. Cerone, La política oriéntale di Alfonso d'Aragona ("Archivo storicco per le province Napolitane", t. XXVII, 1902)

La primera Cruzada es la primera ofensiva organizada del mundo occidental contra los infieles. Esa ofensiva no se limitó a la Europa central, a Italia y Bizancio, sino que empezó en el extremo suroeste de Europa, en España, prolongándose hasta las infinitas estepas de Rusia.

Respecto a España, los condes, obispos, "vice comités" y otros nobles y poderosos personajes recibieron en 1088 una carta del Papa Urbano II autorizándoles a no marchar a Jerusalén, y a permanecer en su país para restaurar las iglesias cristianas destruidas por los moros.[28] España, pues, fue el ala derecha de la Cruzada.

Al nordeste, Rusia se defendía desesperadamente contra las hordas bárbaras de los polianos o kumanes, que aparecieron en las estepas meridionales del siglo XI, devastaron el país y aniquilaron el comercio al ocupar todas las vías que llevaban desde Rusia al sur y al este. El historiador ruso Kluchevski escribe al respecto: "Esta lucha ruso—polaina", lucha que duró casi dos siglos—, pertenece a la historia europea. Mientras Occidente empeñaba las Cruzadas contra las fuerzas asiático—orientales y en la Península Ibérica se sostenía un movimiento análogo contra los moros, los rusos cubrían el flanco izquierdo de Europa. Tal servicio les costó caro, ya que hubieron de abandonar los lugares que ocupaban hacía mucho en la cuenca del Dniéper. Pero toda la vida de Rusia cambió".[29] Rusia, en efecto, participó a su manera en el movimiento general cruzado de la Europa occidental, puesto que al defenderse defendía a Europa contra los bárbaros infieles. "Si los rusos hubiesen pensado en cruzarse —dice B. Leib—, habría sido cosa de recordarles que su primer deber era defender la Cristiandad defendiendo su propio país, como los Papas escribían a los españoles".

Los reinos escandinavos participaron igualmente en la primera Cruzada, si bien aportaron al ejército principal bandas poco numerosas. En 1097, Svein, noble danés, llevó un destacamento cruzado a Palestina. No parece que hubiera gran entusiasmo religioso en aquellos países del Norte, y cabe suponer que la mayoría de los cruzados escandinavos obraron menos por celo cristiano que por amor de la guerra, la aventura, la ganancia y la gloria.[30]

En el Cáucaso había dos países cristianos: Armenia y Georgia. Pero, tras la derrota de Mantzikiert, en 1071, Armenia había caído en poder de los turcos, de modo que no cabía que los armenios del Cáucaso participasen en la primera Cruzada. Y los selyúcidas se habían apoderado de Georgia en el siglo XI. Sólo después de la toma de Jerusalén por los cruzados, en 1099, el rey de Georgia, David el Restaurador, expulsó a los turcos (hacia el 1100). Con frase de una crónica georgiana, luego de "que un ejército franco se hubo puesto en marcha y, con la asistencia de Dios, tomó Jerusalén y Antioquía, Georgia fue libre otra vez y David volvióse poderoso".[31]

En 1095, el Papa convocó en Píacenza un concilio a fin de resolver ciertas dificultades y discutir determinadas reformas. Dirigióse a la ciudad una embajada de Alejo Comneno en demanda de ayuda. Este hecho ha sido negado por otros historiadores, pero recientemente los que han estudiado el problema han llegado a la conclusión de que realmente Alejo envío aquella embajada.[32]

---

[28] *Bula Urbani II, 1 julio 1089, Romae. Mansi, Conciliorum collectio. XX, col, 701. Migne, Patr. lat., vol. 151 col. 302—303. Jaffé, Regesta Pontificum Romanorum (Leipzig, 1885). Véase conde Riant, Inventaire crit. des let. hist. des Crois. (Arch de l'Or. lat", París, 1881). Riant emite algunas dudas, sin razón plausible, sobre la autenticidad de la bula.*

[29] *V. O. Kluchevski, Historia de Rusia. Trad. ingl. de C. J. Hogarth (Londres—Nueva York, 1911). V. B. Leib, Rome, Kiev et Byzance a la fin du XI siécle (París, 1924). Aunque los cronistas rusos no hablen de la Cruzada, el movimiento cruzado debió ser conocido en Rusia en el siglo XI. Jorga rechaza todo vínculo entre Rusia y las Cruzadas. V. su obra Choses d'Orient et de Roumanie (París—Bucarest, 1924).*

[30] *V. K. Gjerset, History of the Norwegian People (Nueva York, 1915) V. también P. Riant, Expéditions et pélerinages des Scandinaves en Terre—Sainte (París, 1865)*

[31] *Brosset, Historia de Georgia (San Petersburgo, 1849), t. I, p. 352—353. Véase tamb. e] artículo de A. Dirr, Géorgie, en la Enc. de I'Islam, t. II, p. 139—140*

[32] *V. D. C. Munro, Did ihe Emperor Alexis I ask for aid at the council of Piacenza? (Hist. Rev., t. XXVII, 1922). J. Gay, Les Papes du XI siéde et la chrétienté (París, 1926). B. Leib, Rome, Kiev et Byzance.*

Pero ése no fue el "factor decisivo" que motivó la Cruzada, según creía Sybel. Alejo seguía pidiendo los mismos socorros que antes. No pensaba en ejércitos cruzados ni deseaba Cruzada. Sólo quería mercenarios para combatir a los turcos que avanzaban peligrosamente por Asia Menor. Hacia 1095, Kilidy—Arslan había sido elegido sultán en Nicea. "Hizo acudir a las mujeres e hijos de los hombres que estaban entonces en Nicea, ordenóles vivir allí e hizo de aquella ciudad la residencia de los sultanes". O sea, que convirtió a Nicea en su capital.

Ante esos éxitos turcos, Alejo hubo de pedir ayuda en Piacenza, pero una Cruzada a Tierra Santa no entraba en su intención. Sólo quería socorros contra los turcos. Su solicitud fue favorablemente acogida. Por desgracia, poseemos muy pocos informes sobre ese episodio. "Las relaciones de Oriente y Occidente, desde el concilio de Piacenza hasta la llegada de los Cruzados al Imperio bizantino están veladas por tinieblas".[33]

En noviembre de 1095 se reunió en Clermont (Auvernia) el famoso concilio de ese nombre. Tanta gente acudió, que no se hallaba lugar para toda. La multitud se instaló al aire libre. Al finalizar el concilio —que se había ocupado de las más graves cuestiones de la época—, Urbano II dirigió al gentío una ardorosa arenga, cuyos términos originales no nos han llegado. Algunos miembros del concilio que transcribieron de memoria ese discurso, dan de él versiones muy diferentes.[34] Después de pintar con calor las persecuciones de los cristianos en Tierra Santa, el Papa invitó a la multitud a tomar las armas para liberar el Santo Sepulcro y a los cristianos de Oriente. Entre gritos de "¡Dios lo quiere!" *(Deus lo volt),* la entusiasmada muchedumbre aclamó al Papa. A propuesta de este último, los futuros cruzados adoptaron por emblema una cruz roja que debía llevarse en el lado derecho. De esto provino el nombre de cruzados. Se prometió a los que participaran en la Cruzada la remisión de sus culpas. Les fueron anuladas sus deudas. Sus bienes quedaban bajo la protección de la Iglesia. No se forzaba a nadie, pero el voto de los cruzados considerábase irrevocable; el violarlo hacía incurrir en excomunión. Desde Francia el entusiasmo se propagó a Italia, Alemania e Inglaterra. Nació un vasto movimiento encaminado a Oriente. En el concilio de Clermont no hubieran podido preverse las proporciones y verdadera importancia de aquél impulso.

El movimiento que, un año después, tomó la forma de Cruzada, nació, pues, en el concilio de Clermont y fue obra personal de Urbano II. Pero para conseguir la ejecución de esta empresa el Papa halló condiciones favorables en la vida de la segunda mitad del siglo XI y no sólo en la situación religiosa, sino también en el estado de las cosas en lo político y lo económico.

La primera Cruzada, de hecho, se decidió en Clermont. La noticia de lo acordado representó para Alejo una desconcertante sorpresa, porque no esperaba ni quería tal género de socorros. Al llamar mercenarios occidentales, lo hacía para defender su Estado. La liberación de los Santos Lugares, no pertenecientes a su Imperio hacía cuatro siglos, parecíale secundaria.

Para Bizancio, el problema de la Cruzada no existía en el siglo XI. Ni las masas ni el emperador sentían un profundo entusiasmo religioso, y no había en el Imperio quien predicase Cruzada. La cuestión, a juicio de Bizancio, era política, y consistía en salvar las fronteras orientales y septentrionales. Tal problema no tenía relación alguna con la remota Cruzada a Tierra Santa. El Imperio oriental había realizado sus "cruzadas" propias, tales como las brillantes expediciones de Heraclio contra Persia en el siglo VII, ocasión en que los Santos Lugares y la Santa Cruz habían sido recuperados por el Imperio. Luego habían existido las victoriosas expediciones de Nicéforo Focas, Juan Tzimiscés y Basilio II contra los árabes de Siria, ocasión en que los emperadores formaron el definido plan de recuperar Jerusalén. El plan no se realizó y Bizancio, bajó la presión de los éxitos obtenidos por los turcos en el Asia Menor durante el siglo XI, había abandonado la

---

Chalandon (t. I. p. 156) cree que los embajadores de Alejo comparecieron en Piacenza para discutir la unión de las dos Iglesias. V. id., Histoire de la premiére Croisade (París, 1925).

[33] F; Duncalf, The pope's plan for the First Crusade (The crusades and Other historical essays presented to D. C. Munro).

[34] V. Munro, Speech of pope Urban II at Clermont, 1095 (Atn. Hist. Rev., t. XI 1906).

esperanza de reconquistar los Santos Lugares. Para Bizancio el problema palestino en aquella época era abstracto y no ligado a los intereses vitales del Imperio. En 1090—91, hallándose Bizancio a un paso de la ruina, Alejo había pedido refuerzos de auxiliares a Occidente, Y se le contestaba con el envío de los cruzados. En las *Musas* de Alejo, escritas en versos yámbicos y que se suponen ser una especie de testamento político dedicado a su hijo y sucesor Juan, se leen estas interesantes observaciones a propósito de la primera Cruzada: "¿No recuerdas lo que me ocurrió? Del movimiento del Occidente hacía este país había de resultar un rebajamiento de la alta sublimidad de la Nueva Roma y de la dignidad del trono. Así, hijo mío, es menester pensar en acumularlo bastante para llenar las abiertas bocas de los bárbaros, que respiran odio contra nosotros, para el caso de que se levantase en contra nuestra un ejército numeroso que, en su irritación, lanzaría centellas contra nosotros, a la vez que una gran cantidad de enemigos cercaría nuestra ciudad".[35]

Podemos cotejar con ese fragmento de Alejo el siguiente pasaje, igualmente relativo a la primera Cruzada, de la *Alexíada* de Ana Comnena: "Hubo un levantamiento de hombres y mujeres como no lo había habido jamás en memoria de hombre. Los sencillos de espíritu estaban impulsados por el deseo sincero de adorar el sepulcro de Nuestro Señor y visitar los Santos Lugares, pero los más astutos, sobre todo los hombres como Boemundo y otros de ánimo semejante, tenían otras secretas razones, tales como la esperanza de apoderarse, en el curso de su viaje, de la misma capital, después de encontrar un pretexto para ello".[36]

Estos pasajes nos muestran claramente la actitud de Bizancio ante los cruzados y la misma Cruzada. Para Alejo, los cruzados eran tan bárbaros como los turcos y pechenegos que amenazaban el Imperio. Ana Comnena indicaba de pasada las personas "sencillas" que deseaban visitar la Tierra Santa y se unían a los cruzados. La idea de una Cruzada era absolutamente extraña a la mentalidad bizantina del siglo XI. En los espíritus de los dirigentes sólo dominaba un propósito: alejar el inminente peligro turco que amenazaba por el este y el norte. De modo que la primera Cruzada fue una empresa exclusivamente occidental, que tuvo ciertas relaciones con Bizancio en el aspecto político. Cierto que el Imperio proporcionó a los cruzados algunas tropas, pero éstas no rebasaron el Asia Menor. Bizancio no participó en la conquista de Siria y Palestina.

En la primavera del año 1096, después de la predicación de Pedro el Ermitaño —al que una leyenda histórica, rechazada hoy, atribuía la iniciativa del movimiento cruzado—, se reunió en Francia una multitud inmensa, compuesta en su mayoría de hidalgos, gente común y desamparados vagabundos, acompañados de sus hijos y mujeres y casi sin armas. aquél grupo entusiasta atravesó Alemania, Hungría y Bulgaria, camino de Constantinopla. Tan burdo ejército, conducido por Pedro de Amiens y otro predicador, Gualterio el Pobre, desconocía qué países atravesaba y, no hallándose habituado a la obediencia ni al orden, saqueaba y arruinaba los lugares, sin ningún tipo de escrúpulos por donde pasaban. Alejo Comneno conoció con disgusto la llegada de los cruzados, disgusto que se le convirtió en viva inquietud al saber las ruinas y depredaciones ejecutadas por aquella hueste a su paso. Al aparecer ante Constantinopla e instalarse en los límites de la ciudad, los cruzados, según su costumbre, se entregaron al pillaje, provocando estupor y desaliento de los vasallos del Imperio, que los habían recibido esperanzados como *hermanos en la fe,* que acudían a socorrerlos en los momentos de incertidumbre social que se vivían. El emperador, alarmadísimo, se apresuró a hacerles pasar al Asia Menor, donde, en las cercanías de Nícea, fueron exterminados casi todos por los turcos con la mayor facilidad. Pedro el Ermitaño había vuelto a Constantinopla antes de la catástrofe definitiva.

El episodio de Pedro y sus deplorables bandas sirvió de introducción a la primera Cruzada. La desfavorable impresión causada en Bizancio por aquellos mercenarios, persistió en las escaladas

---

[35] *P. Maas, Die Musen der Kaisers Alecios I (1913). Si no me engaño, ese pasaje no ha sido referido nunca a la historia de la primera Cruzada*

[36] *Ana Comnena, Alex., 1. X, p. 5 (ed. Reifferscheid, t. II; p. 76). En la trad. inglesa de E. Dawes (Londres, 1928), p. 250, se transcriben así las últimas palabras: "Considerando eso una especie de corolario". II.—4*

bélicas que sucedieron. A su vez, los turcos, tan fácilmente victoriosos de las inexpertas masas de Pedro el Ermitaño, se persuadieron de que conseguirían análogos triunfos sobre los demás cruzados.

En el verano de 1096 comenzó en Occidente la Cruzada de los condes, duques y príncipes, es decir, la reunión de un verdadero ejército.

Ningún soberano occidental participó en la expedición. El emperador de Alemania, Enrique IV, estaba absorbido en la cuestión de las investiduras. Felipe I, rey de Francia, hallábase excomulgado por haberse divorciado de su mujer legítima para casarse con otra. Guillermo el Rojo de Inglaterra, se encontraba empeñado, a causa de su tiránico gobierno, en luchas con sus vasallos, con la Iglesia y con el pueblo y retenía con dificultad el poder en sus manos.

Entre los jefes del ejército de los cruzados figuraba Godofredo de Bouillon, duque de la Lorena Baja, a quien una leyenda posterior ha revestido de características tan religiosas, que resulta arduo discernir sus rasgos verdaderos.[37] De hecho era soldado valiente y capaz y hombre de espíritu religioso, aparte lo cual contaba indemnizarse en la Cruzada de las pérdidas padecidas en sus posesiones europeas. Le acompañaban sus dos hermanos, uno de los cuales, Balduino, había de ser más tarde rey de Jerusalen. Godofredo mandaba el ejército lorenés. Roberto, duque de Normandía, hijo de Guillermo el Conquistador y hermano del rey de Inglaterra, participó en la expedición, pero no por ideales religiosos o móviles caballerescos, sino por hallarse descontento del secundario papel que desempeñaba en su ducado, el cual, antes de partir, empeñó al rey de Inglaterra. Hugo de Vermandoís, hermano del rey de Francia, hombre ambicioso y que buscaba gloria y nuevos bienes, gozaba de mucha consideración entre los Cruzados. También iba con estos el rudo e irascible Roberto el Frisón, conde de Flandes e hijo del Roberto de Flandes que ya conocemos. El Frisón recibió en la cruzada, por sus hazañas, el sobrenombre de *"Hierosilimitano"*.[38] Estos tres personajes mandaban tres ejércitos: Hugo de Vermandoís las tropas francesas del centro; Roberto de Normandía y Roberto el Frisón dos ejércitos franceses del norte. Las tropas francesas del Mediodía, o provenzales, iban a las órdenes de Raimundo, conde de Tolosa, célebre por sus proezas contra los moros de España y que, sobre ser un jefe militar talentoso, tenía mucho celo por la religión. Boemundo de Tárenlo, hijo de Roberto Guiscardo, y su sobrino Tancredo, mandaban el ejército normando de la Italia del sur y acudían movidos, no por ideales religiosos, sino por la esperanza de arreglar, si se presentaba ocasión, antiguas cuentas con Bizancio, de cuyo Imperio eran encarnizados enemigos. Sin duda Boemundo había fijado ya su elección en la región de Antioquía.[39] Los normandos llevaron a la Cruzada un elemento puramente político y profano en oposición a la idea inicial del movimiento. Las fuerzas de Boemundo eran las mejor preparadas para la expedición, "porque comprendían muchos hombres que habían estado ya en contacto con los sarracenos en Sicilia y con los griegos en la Italia meridional).[40] Cada ejército de cruzados perseguía fines propios y no había plan general ni mando central supremo. En esta primera Cruzada el principal papel copapel principal correspondió a los franceses.

---

[37] *La leyenda del caballero del Cisne y del que fue su nieto por línea de hembras, Godofredo de Bobillo, ocupa — como se recordará — ciento cuarenta y tres de los cortos capítulos de nuestra Gran Conquista de Ultramar (ed. P. de Gayangos, Bibl. de Autores Españoles, XLIV); es una tradición de la cual ya hay constancia escrita, en Flandes, a principios del siglo XIV. Siguiendo luego, aunque a través de una traducción francesa, la Belli Sacri Historia de Guillermo, arzobispo de Tiro, nuestro libro trata del paso de Godofredo a la Romanía, de la liberación de Hugo de Vermandoís — aquí llamado Hugo Lomaines, es decir, "el Grande" —, prisionero del basileus, y del encuentro con Boemundo, para dar principio a la Cruzada. Y alcanza hasta 1271, cuando fue asesinado en Viterbo e! emperador Enrique. (N. del R.)*

[38] *Sobre Roberto de Flandes v. un artículo de M. Knappen, Robert II of Flanders in the first Crusade (The crus. and ot. hist. es. pres. to D. C. Munro)*

[39] *V. Vewdale, p. 44. Durante su paso por la Península balcánica, Boemundo se esforzó en amoldarse a los deseos de Alejo y los representantes de éste (Ibid.)*

[40] *Yewdale.*

Parte del ejército cruzado se dirigió a Constantinopla por tierra, mientras otra parte lo hacía por mar. En el camino, los cruzados, como antes las turbas de Pedro el Ermitaño, cometieron toda suerte de violencias en las regiones que atravesaban. Teofilacto, arzobispo de Bulgaria, contemporáneo y testigo del paso de los cruzados, explicando en una carta las causas de su silencio, lo imputa a los cruzados y dice: "Mis labios están sellados. Primero, el paso de los francos o su invasión, pues no sé cómo calificarlo, nos ha sorprendido y afectado de tal modo que hemos perdido la consciencia de nosotros mismos. Hemos bebido hasta las heces la copa amarga de la invasión... Hechos a los ultrajes de los francos, soportamos más fácilmente a los malhechores, porque el tiempo es el mejor de los maestros".

Alejo Comneno debió experimentar una natural desconfianza ante tales defensores de la causa divina. No teniendo necesidad de socorro en aquél instante, el emperador veía con irritación e inquietud cómo los ejércitos cruzados se acercaban por todas partes a su capital. El número de los expedicionarios no guardaba proporción alguna con los modestos destacamentos pedidos por el emperador a Occidente. Las acusaciones de perfidia y deslealtad dirigida por los antiguos historiadores contra Alejo y los griegos suelen rechazarse ahora, en especial cuando se estudian los pillajes, depredaciones e incendios cometidos por los cruzados en su expedición. También debe prescindirse del retrato antihistórico dado por Gibbon al pintar a Alejo como duro e implacable; "En estilo menos grave que el de la historia, yo quizá hubiese comparado a Alejo con el chacal, del que se dice que sigue las huellas del león y devora las restos de su comida".

De cierto no era Alejo hombre para recoger humildemente lo que los cruzados le dejasen. Alejo Comneno mostróse buen estadista y comprendió el peligro que los cruzados hacían correr a su Imperio. Por lo tanto quiso, ante todo, hacer pasar en seguida al Asia Menor a tan peligrosos intrusos. En Asia podrían desarrollar la obra que les llevaba a Oriente: la lucha contra el infiel. Así se creó entre latinos y griegos una desconfianza y animosidad recíprocas. No sólo se miraban mutuamente como cismáticos, sino que eran también adversarios políticos, que más adelante debían resolver sus diferencias a mano armada. Un culto patriota griego del siglo XIX, Bikelas, escribe: "Las Cruzadas presentan un aspecto muy diferente según se las mire desde el punto de vista occidental u oriental. Para Occidente fueron noble efecto de un sentimiento religioso y el comienzo de la regeneración y la civilización, y con justeza puede la nobleza europea de hoy alabarse de ser nieta de los cruzados. Pero cuando los cristianos de Oriente vieron aquellas hordas bárbaras que devastaban y saqueaban las provincias bizantinas; cuando vieron a los que se llamaban paladines de la fe degollar a los sacerdotes de Cristo, so pretexto de que eran cismáticos, olvidaron que esas expediciones tenían primitivamente un fin religioso y un carácter cristiano".

Según el mismo autor, la aparición de los cruzados "señala verdaderamente el comienzo de la decadencia del Imperio y presagia su fin".

Según Chalandon,, que ha estudiado especialmente el reinado de Alejo Comneno, "se podría extender en parte a todas las otras bandas (de cruzados) el severo juicio" aplicado por Gibbon a los compañeros de Pedro el Ermitaño: "Los bandidos que seguían a Pedro el Ermitaño eran bestias salvajes, sin razón y sin humanidad".

Así empezó en 1096 la época de las Cruzadas, tan fecunda en múltiples y graves consecuencias tanto para Bizancio y Oriente en general como para el occidente de Europa.

Cuando todos los cruzados estuvieron en Constantinopla, Alejo Comneno, considerando a tales tropas como mercenarios auxiliares, expresó el deseo de ser reconocido como jefe de la expedición y quiso recibir juramento de vasallaje por parte de los cruzados, así como la promesa de que éstos entregarían a su soberano las regiones que conquistasen en Oriente. Los cruzados se plegaron a tal compromiso, prestando juramento y dando promesa. Por desgracia no nos ha llegado en su forma primitiva el texto del juramento de vasallaje rendido por los cruzados al emperador. Según toda probabilidad, las exigencias de Alejo no eran iguales para todas las regiones. Deseaba adquisiciones directas en las comarcas del Asia Menor perdidas por el Imperio poco antes de la derrota de Mantzikiert y que eran indispensables a la seguridad y poderío de Bizancio y de la nacionalidad griega. Respecto a Siria y Palestina, perdidas mucho antes por el Imperio, el

emperador no las reivindicaba de igual modo, limitándose a exponer pretensiones de teórica soberanía.

Pasando al Asia Menor, los cruzados abrieron las hostilidades. En junio de 1097, Nicea se les rindió tras un largo sitio. Según el acuerdo ultimado con el emperador, debían entregarle la ciudad. La subsiguiente victoria de los cruzados en Dorilea (hoy Eskishehir) forzó a los turcos a retirarse al interior del país, abandonando la zona occidental del Asia Menor, lo que dio a Bizancio posibilidad de restaurar su poder en el litoral asiático. Venciendo los obstáculos naturales, lo desfavorable del clima y la resistencia musulmana, los cruzados avanzaron mucho hacia el este y sudeste. Balduino de Flandes tomó la ciudad de Edessa, en la Alta Mesopotamia, fundando allí un principado que fue el primer Estado latino de Oriente y constituyó un baluarte contra las invasiones turcas partidas de Asia. Pero el ejemplo de Balduino era malo en algunos aspectos, ya que, a su imitación, podían otros barones fundar principados, lo que perjudicaría mucho al fin concreto de la expedición. Tales temores se realizaron después.

Tras un asedio largo y agotador, la plaza fuerte de Antioquía, ciudad principal de Siria, se rindió a los cruzados, dejando expedito el camino de Jerusalen. Entonces se entabló entre los jefes cristianos una enconada lucha por la posesión de Antioquía. Al fin, Boemundo de Tárenlo tomó, a ejemplo de Balduino, el título de príncipe reinante de Antioquía.[41] Ni en Edessa ni en Antioquía prestaron los cruzados juramento de vasallaje al emperador.

Con los jefes fundadores de principados quedaba el grueso de sus tropas. De: modo que sólo llegaron a Jerusalén restos ínfimos del ejército cruzado, en número de veinte a veinticinco mil hombres. Iban, al alcanzar la ciudad, en estado de agotamiento y debilidad extremos.

Por entonces, Jerusalén había pasado de las manos de los selyúcidas a las de la poderosa dinastía de los fatimitas de Egipto. Tras un sitio encarnizado, los cruzados tomaron al asalto la Ciudad Santa el 15 de julio de 1099. Tal era el final decisivo de su expedición. Los vencedores saquearon la ciudad e hicieron correr la sangre a torrentes. Los jefes se adueñaron de muchos tesoros. La mezquita de Ornar fue incorporada al patrimonio de los cruzados.

El país conquistado, que comprendía una angosta faja de terreno a lo largo del litoral, recibió el título de Reino de Jerusalén. Eligióse rey a Godofredo de Bouillon, quien accedió a usar el título de *"Defensor del Sacro Sepulcro"*. El nuevo Estado se organizó según el sistema feudal de Occidente.

La primera Cruzada, concluida con la fundación del reino de Jerusalén y de varios principados latinos en Oriente, produjo una compleja situación política. El Estado de Bizancio, aunque satisfecho del debilitamiento turco en Asia Menor y del retorno de la mayor parte de ésta al Imperio, se inquietó al ver aparecer en Antioquía, Edessa y Trípoli principados latinos que se convertían en nuevos enemigos políticos del propio Imperio. De tal modo creció progresivamente la desconfianza bizantina a aquél respecto, que en el siglo XII Bizancio atacó a sus antiguos aliados, los cruzados, no vacilando en unirse a los turcos, sus antiguos enemigos. Por su parte, los cruzados, al instalarse en sus nuevas posesiones, temían un crecimiento del Imperio en el Asia Menor —crecimiento peligroso para ellos— y llegaron también a establecer alianzas con los turcos contra los bizantinos. Este hecho muestra cómo había degenerado, ya en el siglo XI, el ideal primitivo de las Cruzadas.

No puede hablarse de ruptura abierta entre Alejo Comneno y los cruzados. El emperador, si bien, manifestando su descontento por la fundación de principados latinos donde no se le prestaba juramento de vasallaje, no se negó a ayudar a los cruzados en lo posible, como lo hizo al darles medio de volver a sus hogares los que quisieran. Pero sí surgió una ruptura entre el emperador y Boemundo de Tarento, quien había acrecido desmesuradamente su territorio, a expensas de los débiles emires turcos cercanos y del Imperio bizantino. Alejo deseaba recuperar Antioquía, y Raimundo de Tolosa, descontento de su situación en Oriente y viendo también en Boemundo un

[41] *V. para detalles a Yewdale (París, 1925).*

rival peligroso, se unió al emperador. La suerte de Jerusalén tenía entonces para Alejo un interés secundario.

La lucha entre el emperador y Boemundo era inevitable. Bizancio creyó llegado el momento propicio cuando Boemundo, inopinadamente, fue apresado por el emir turco Malek Gahzi, de la dinastía de los *danischmenditas*, que habían conquistado a fines del siglo XI la Capadocia y fundado un Estado independiente al que aniquilaron, en la segunda mitad del siglo XII, los selyúcidas. Alejo entabló tratos con el emir para que éste le entregase a Boemundo a cambio de dinero, más no lo consiguió. Boemundo, rescatado por otros, volvió a Antioquía. Alegando el pacto hecho con los cruzados, Alejo exigió la entrega de Antioquía, pero Boemundo se negó a ello categóricamente.

En aquél momento (1104), los musulmanes obtuvieron una gran victoria sobre Boemundo y otros príncipes latinos en Harrar, al sur de Edessa— Aun cuando esta derrota de los cruzados hacía temer la pérdida de todas las posesiones latinas, no por ello dejó de producir a Alejo tanto contento como a los musulmanes. Uno y otros preveían con placer el inevitable debilitamiento de Boemundo. En efecto, la derrota de Harrar arruinó los planes de este jefe y le impidió crear en Oriente un Estado normando poderoso. Reconociéndose falto de fuerzas para luchar contra los musulmanes y su enemigo el emperador, parecióle inútil continuar en Oriente. Procedía juntar en Europa nuevas huestes para preparar un golpe a Constantinopla, Embarcó, pues, Boemundo para Apulia dejando en Antioquía a su sobrino Tancredo. Ana Comnena da un curioso relato, no exento de humorismo, del viaje de Boemundo, quien —según ella— para precaverse de posibles ataques de los griegos, se fingió muerto e hizo toda la travesía metido en un ataúd. La narración de Ana Comnena suena, desde luego, a pura fantasía.[42]

El regreso de Boemundo a Italia fue acogido con gran entusiasmo. Las gentes, según un autor medieval, se agolpaban para contemplar a Boemundo "como *si fuesen a ver al mismo* Cristo".[43]

Tras reunir un ejército, Boemundo emprendió las hostilidades contra Bizancio. El Papa alentaba sus planes. La expedición de Boemundo contra Alejo, en frase de un historiador americano, "dejaba de ser un movimiento puramente político. Había recibido la aprobación de la Iglesia y se revestía de la dignidad de una cruzada".[44]

Las tropas de Boemundo habían sido reclutadas, en su mayor parte, en Francia e Italia, pero, según toda verosimilitud, habla también en ellas españoles, ingleses y alemanes. El plan consistía en repetir la campaña de 1081, tomar Dyrrachium y marchar sobre Constantinopla por Tesalóníca. Pero la expedición fue desafortunada para Boemundo. Derrotado en Dyrrachium (Durazzo), hubo de concluir una paz humillante con Alejo. Las cláusulas principales del tratado eran estas: Boemundo se declaraba vasallo de Alejo y de su hijo Juan; se comprometía, además, a tomar las armas contra todos los enemigos del emperador; ofrecía restituir a Alejo todos los territorios conquistados que hubiesen pertenecido a Bizancio anteriormente; los territorios no pertenecientes a Bizancio y que Boemundo pudiera conquistar en lo sucesivo a turcos o armenios, debía considerarlos concedidos por el emperador; debía mirar a su sobrino como enemigo si se negaba a obedecer al emperador; y, en fin, el patriarca de Antioquía sería nombrado por el emperador escogiéndolo entre personas pertenecientes a la Iglesia oriental. Así, dejaba de existir en Antioquía patriarca latino. Finalmente, Boemundo juraba por la cruz, la corona de espinas y los clavos de Cristo a cumplir el pacto.[45] Este fracaso dio fin a la borrascosa carrera de Boemundo, tan fatal en

---

[42] *V. Chaiandon, i. I, p. 236, n. 6. Ycwdale, ob. cit., p. 102, n, 99. Leyendas semejantes sobre falsos muertos y pseudofunerales se encuentran a menudo en las fuentos de la Edad Media. V. Vasilievski, Obras, t. I, p. 234—235 (en ruso)*

[43] *Historia belli sacri (Tudebodus imitatus et continuatus), Compendio de historiadores de las Cruzadas (Hist. occ., a. III, p. 228). V. Yewdale.*

[44] *Yewdale, p. 108, 115. Esta opinión es sostenida por A. C. Krey en su ensayo.*

[45] *Se encuentra el documento en Ana Comnena, XIII, 12 (t. II, p. 209—211). V. Ytwdale, 127—129. Dolgcr, t. II. p. 51—52 {núm. 1243); buena bibliografía.*

ciertos aspectos al movimiento cruzado. En los tres últimos años de su vida, Boemundo vivió obscuramente, muriendo en Apulia en 1111.

La muerte de Boemundo dificultó la situación de Alejo. Tancredo se negó a reconocer el tratado firmado por su tío y no aceptó la soberanía imperial sobre Antioquía. Alejo estudió un plan para ocupar la ciudad, pero resultó patente que el Imperio no podía emprender en aquél momento una expedición tan ardua. La muerte de Tancredo, a poco de la de Boemundo, no facilitó tampoco la expedición contra Antioquía.

Los últimos años del reinado de Alejo se señalaron por guerras sostenidas casi cada año contra los turcos del Asia Menor. Tales guerras fueron a menudo venturosas para el Imperio.

En su política exterior puede decirse que Alejo cumplió una tarea muy dificultosa. Con harta frecuencia se le ha juzgado sólo desde el punto de vista de sus relaciones con los cruzados, olvidando el conjunto de su actividad exterior. Semejante criterio es indudablemente erróneo. En una de sus cartas, el arzobispo búlgaro Teofilacto, contemporáneo de Alejo, reproduciendo la expresión de un salmo (79, 13), compara la provincia búlgara a un viñedo despojado por todos los que pasaban de camino. Como justamente nota Chalandon, la analogía puede aplicarse al Imperio en la época de Alejo. Todos sus vecinos procuraban aprovechar la debilidad del Imperio para arrebatarle algún territorio. Normandos, pechenegos, selyúcidas y cruzados amenazaron Bizancio. Alejo, que había recibido un Estado flaco y turbulento, supo oponer a los enemigos la resistencia oportuna y detuvo por largo tiempo la desmembración y decadencia de Bizancio. Bajo él, las fronteras imperiales se adelantaron en Asía y en Europa. Los enemigos del Imperio hubieron de retroceder en todas partes y por tanto el gobierno alejiano señaló un progreso incontestable. Las acusaciones dirigidas tan a menudo a Alejo por su actitud ante los cruzados deben rechazarse sí se le considera como un emperador deseoso de defender los intereses de su imperio, para el cual los intrusos occidentales, sedientos de sangre y lucro, ofrecían un grave peligro. En el dominio de la política exterior, Alejo, superando todas las dificultades, mejoró la situación internacional del Imperio, ensanchó sus fronteras y detuvo de momento los avances de los enemigos que amenazaban por doquier sus fronteras.

La Política de Juan II Comneno. Juan II y el Occidente.

El hijo y sucesor de Alejo, Juan II, fue el prototipo del emperador soldado. Pasó la mayor parte de su reinado en el ejército y en los combates. No aportó nada nuevo a la política exterior, continuando la obra empezada por su padre, quien había sentado ya la solución de todas las cuestiones que en Europa o Asia afectaban más al Imperio. Juan se propuso seguir las vías políticas señaladas por su antecesor. Puesto que éste había contenido a los enemigos que atacaban Bizancio, su hijo se proponía "quitar a sus vecinos las provincias que habían arrancado a los griegos, y había de soñar en devolver al Imperio bizantino su esplendor antiguo".[46]

Juan II, que tenía una visión clara de la situación, se interesó poco por los asuntos europeos. Cierto que hubo de guerrear a veces en Europa, pero en luchas de tipo defensivo. Sólo al fin de su reinado los sucesos europeos —progresos alarmantes de los normandos, unión de Sicilia e Italia del sur y fundación del reino de Sicilia— adquirieron gran importancia para Bizancio. Pero el interés esencial de la política de Juan se concentró en Oriente, y sobre todo en Asia Menor.

Respecto a las relaciones de Juan con Occidente, no es superfluo notar el aumento del número de Estados occidentales con los que Bizancio debía mantener relaciones.

Ya vimos que el peligro normando había obligado a Alejo a reaproximarse a Venecia, la cual, a cambio del apoyo de su flota, obtuvo excepcionales privilegios mercantiles. Los venecianos acudían en tropel al Imperio, y especialmente a Constantinopla. Sus asuntos, prosperando por grados, hiciéronles formar en la capital una colonia numerosa y rica que pronto se caracterizó por su

[46] Chalandon, *Les Comnénes. Etudes sur l'Empire byzantin au X et au XIIe siécle. Jean II Camnéne et Manuel Ier Comnéne* (París, 1912), p. 10.

excepcional influencia. Poco a poco, los venecianos, olvidando que no estaban en su patria ni en país conquistado, empezaron a comportarse con arrogancia e impertinencia que provocaron hondo descontento en todos, tanto pueblo bajo como altos funcionarios y nobles. Los restringidos privilegios comerciales que Alejo concedió a Pisa no eran bastante para inquietar a los venecianos.

Mientras Alejo vivió, las relaciones entre bizantinos y venecianos no fueron tensas en exceso. Pero al morir Alejo, cambiaron las circunstancias. Sabedor que la Apulia normanda era presa de duras luchas internas, Juan, juzgando conjurado el peligro normando, decidió romper el tratado mercantil concluido con Venecia en vida de su padre. Los venecianos, irritados, enviaron su flota al ataque de las islas bizantinas del Adriático y el Egeo. Juan, considerando imposible oponer adecuada resistencia a las naves venecianas, entabló nuevas negociaciones con la República, y al cabo el tratado de 1082 fue mantenido íntegramente. Todo ello transcurría en los primeros años del reinado de Juan II.

Pisa y Génova gozaron también bajo Juan de privilegios mercantiles, si bien no cabría compararlos con los de Venecia.

En los primeros años del reinado de Juan se resolvió en definitiva la cuestión pechenega. Hacía treinta años que los pechenegos, aplastados por los kumanos, no inquietaban las fronteras bizantinas. Al iniciarse el reinado de Juan, los pechenegos, repuestos de su fracaso hasta cierto punto, cruzaron el Danubio e invadieron las tierras del Imperio. Pero las tropas imperiales les infligieron una derrota aniquiladora. Para conmemorar la victoria, Juan creó una "fiesta pecheneque" que, al decir de Nicetas Coniates, historiador bizantino, se "celebraba aún a fines del siglo XII". Desde la derrota causada por Juan a los pechenegos, éstos no reaparecen más en la historia exterior de Bizancio. En el interior formaban un cuerpo especial de las tropas bizantinas, a cuyo lado combatían.

Ya vimos que las aspiraciones húngaras de extenderse hacia el Adriático habían descontentado al emperador Alejo Comneno, tornando muy tirantes sus relaciones con los magiares. Parecía que el casamiento de Juan debía mejorar aquellas relaciones. Pero, como dice el historiador ruso K. Grote, "esa unión no podía destruir la desconfianza recíproca y la rivalidad desarrolladas en el curso de los tiempos entre los dos Estados vecinos". Además de mediar la instalación de los húngaros o magiares en el litoral de Dalmacia, cosa peligrosa para Bizancio, el Imperio veía con prevención el acercamiento entre húngaros y servios. Éstos, obligados a someterse a Bizancio, a la vez que los búlgaros, a comienzos del siglo XI, bajo Basilio II Bulgaróctonos, habían comenzado a sublevarse desde mediados del mismo siglo.

Los finales del siglo XI y comienzos del XII fueron para Servia la época de su primera liberación. En el reinado de Juan hubo una aproximación más estrecha entre Hungría y Servia. La primera tendía la mano a la segunda, con miras a facilitarle la independencia. Una princesa servia casó con un príncipe magiar. De este modo se formaba, al finalizar el reinado de Juan, un nuevo bloque que amenazaba a Bizancio por el noroeste. Las operaciones militares emprendidas por Juan contra búlgaros y servios, aunque fueron muy afortunadas, no tuvieron resultados decisivos. Un panegirista anónimo de Juan loa la actividad militar de éste en la Península balcánica, en los siguientes pomposos términos: "¡Cuán felices son nuestras campañas contra los pueblos europeos! Juan ha vencido a los dálmatas, llenado de espanto a escitas y nómadas, masa inorganizada de gente moradora de carros; ha teñido las aguas del Danubio de sangre abundante y múltiples ríos han sido ensangrentados por él".[47]

En los díez últimos años del reinado de Juan hubo un cambio completo de la situación en Italia del sur, la cual, tras un período de enfrentamientos, conoció otro de poder y gloría. Roger II reunió en sus manos el sur de Italia y la isla de Sicilia y el día de Navidad del año 1130 fue solemnemente coronado rey en Palermo. Aquella reunión de territorios convertía a Roger en uno de los más poderosos soberanos de Europa. Era un golpe terrible para Bizancio. El emperador

[47] *Fontes rerum byzantinorum, ed. W. Regel (Petrogrado, 1917), fasc. 2, 334.*

reivindicaba aún teóricamente la propiedad de Italia del sur, considerando la ocupación normanda como provisional. El restaurar la dominación bizantina en Italia había sido el sueño favorito de los emperadores del siglo XII. Que Roger asumiera el título regio se tuvo por una ofensa a la dignidad imperial. Reconocer aquél título era abandonar todo derecho sobre las provincias italianas. La súbita elevación de Roger pareció inconveniente también al emperador alemán, quien, como jefe del Imperio romano, tenía importantes intereses en Italia. Ante el peligro común, Juan II y el emperador germánico Lotarío, y tras éste Conrado III de Suabia (Hohenstaufen), llegaron a un acuerdo que, más adelante, se convirtió en verdadera alianza entre ambos imperios. El fin principal de aquél pacto era destruir la potencia normanda en Italia. La alianza rindió sus principales frutos bajo Manuel I, sucesor de Juan. En cuanto a éste, aunque no pudo abatir el poderío de Roger, sí consiguió impedirle que atacase a Bizancio. Las guerras posteriores de Roger contra Manuel prueban que tales proyectos de invasión no eran ajenos al rey normando. En resumen, los aspectos más importantes de la política occidental de Juan son, de una parte, su actitud ante la fundación del reino de Sicilia, y de otra, su alianza con el imperio de Occidente.

Juan II y el Oriente.

En Asia Menor practicó Juan casi todos los años expediciones generalmente felices y así, en la cuarta década del siglo XII, logró devolver al Imperio territorios perdidos hacía mucho. Notando después la debilidad de las fuerzas turcas, juzgó hacedero, sin dañar los intereses del Imperio, emprender una nueva campaña en las regiones más alejadas del sudeste, para operar contra la Cilicia armenia y el principado de Antioquía.

La Armenia Menor o Pequeña Armenia había sido fundada a fines del siglo XI por refugiados procedentes de la Armenia propiamente dicha. También recibía, por el emplazamiento que ocupaba, el nombre de Cilicía armenia. Distinguíanse allí, entre otras familias principales, la de los Rubénidas, que empezaba a desempeñar un papel sobresaliente en el gobierno del país. La Armenia Menor, tras crecer a expensas de Bizancio, entró en tratos de amistad con los principados latinos, situándose así en una posición hostil al Imperio. Juan Comneno se puso entonces en campaña, resuelto a castigar a la rebelde Armenia Menor, y de paso a ocupar el principado de Antioquía, que, como vimos, no había prestado juramento de vasallaje al Imperio, negándose después a cumplir la misión acordada entre Alejo y Boemundo.

La campaña de Juan tuvo completo éxito. Cilicia fue conquistada y el príncipe armenio y sus hijos enviados a Constantinopla. El territorio bizantino, acrecentado con la Armenia Menor, rozaba las fronteras del principado de Antioquía. También en su lucha contra éste obtuvo Juan un triunfo absoluto. Antioquía, cercada, hubo de implorar la paz, en la que Juan consintió a condición de que el príncipe antioquense reconociera la soberanía del Imperio. El príncipe recibió de manos del emperador la investidura de las tierras que el último le otorgaba y, como prueba de la sumisión de Antioquía, se desplegó el estandarte imperial en lo alto de la ciudadela. Al año siguiente el emperador volvió a Antioquía y, en su calidad de soberano, efectuó una entrada triunfal en la población, rodeado de sus hijos, cortesanos, dignatarios y numerosos soldados. Un séquito espléndido desfiló por las calles, debidamente engalanadas para el caso. Al lado del emperador cabalgaba, como escudero, el príncipe de Antioquía. Juan fue acogido a las puertas de la población por el patriarca, con todo el clero, y, acompañado por una enorme multitud, entre cantos, salmos e himnos, se dirigió primero a la iglesia y después a palacio.[48]

El panegirista de Juan escribe: "(Antioquía) te recibe como al hombre que ama al Cristo, como al paladín del Señor, como al combatiente celoso que lucha contra los bárbaros, como a aquél que empuña la espada de Elías. Ella enjuga tu sudor y te abraza dulcemente. Toda la numerosa población de la ciudad desborda; todas las edades y ambos sexos están representados en esa

[48] *Guillermo de Tiro, Historia rerum in partibus transmarinis gcstarum, XV, 3 (Recueil des historiens des Croísades. Historiens occidcntaux, r. I, p. 658—659).*

brillante procesión. Se te otorga un gran clamor de triunfo... Los gritos son mezclados y plurilingües; aquí italianos; allá asirios... Aquí jefes; allí funcionarios, y en medio de todos tú brillas como la más brillante estrella".[49]

El emperador concibió proyectos más grandiosos todavía. A juzgar por las indicaciones que nos dan los historiadores, soñaba con restaurar la dominación bizantina en el valle del Eufrates y parece que quiso intervenir en los asuntos del reino de Jerusalén.[50] Acaso en el ánimo de Juan ello naciese de la idea de la posibilidad de ser reconocido como soberano por el rey de Jerusalén, según ya lo había sido por el príncipe de Antioquía. Aludiendo a esos proyectos, el panegirista escribe: "¡Valor! Vosotros, los que amáis al Cristo y que sois peregrinos y extranjeros (en la tierra) a causa del Cristo (comp. c. *Hebreos, XI,* 13) no temáis nada de manos homicidas, porque el emperador que ama al Cristo las ha encadenado y ha reducido a partículas su espada injusta. Tú les has mostrado el camino de la Jerusalén terrestre y visible y te has abierto a ti mismo otro camino más divino y ancho: el de la santa y celeste Jerusalén".[51]

Pero estos planes no debían realizarse. Durante una expedición contra los turcos, en 1143, Juan, cazando en los montes de Cilicia, se hirió la mano con una flecha emponzoñada y murió de aquella herida, lejos de su capital. En su lecho de muerte designó para sucederle a Manuel, su hijo menor.

Juan había consagrado toda su vida a guerrear contra los enemigos de Bizancio y legaba a su hijo un Imperio más fuerte y mayor que el que él mismo heredara de su valeroso padre.

Su panegirista le considera superior a Aníbal y Alejandro, y escribe: "La encina céltica era poderosa y tú la has arrancado con sus raíces; el cedro ciliciano era elevado y tú, ante nosotros, lo levantaste y redujiste a briznas".[52]

La Política de Manuel I Comneno. Relaciones del Imperio Antes de la Segunda Cruzada. La Alianza de los dos Imperios.

Mientras Juan, en su política exterior, había atendido al Oriente sobre todo, Manuel, su hijo y sucesor, impelido por sus relaciones con los normandos y por sus simpatías personales, se inclinó hacia Occidente de un modo que debía surtir efectos desastrosos para el Imperio. El peligro selyúcida, no hallando en Manuel un adversario de peso, resurgió, potente, en la frontera oriental.

La frontera bizantina del Asia Menor estuvo, pues, casi continuamente expuesta a los ataques de los musulmanes, los cuales arruinaron, asesinaron y expulsaron a la población cristiana. Para restablecer la tranquilidad en las regiones fronterizas, Manuel I construyó o restauró numerosos puntos fortificados, en especial en les lugares por donde los turcos atacaban más frecuentemente.

No puede decirse que las campañas de Manuel contra los turcos fueran felices. En los primeros años de su reinado se alió a los *danischmenditas,* emires musulmanes de Capadocia, y abrió la ofensiva contra el sultán de Rum o Iconion. Los ejércitos imperiales llegaron hasta la ciudad principal, Iconíon (Konia), pero, probablemente informadas de que el sultán recibía refuerzos, se batieron en retirada, contentándose con depredar los arrabales. De regreso, los selyúcidas les infligieron una grave derrota, que hubiera podido tener muchas consecuencias de no ser porque el anuncio de nueva Cruzada, tan amenazadora para Bizancio como para los turcos, llevó a unos y otros a firmar la paz.

---

[49] *Regel, Fontes rerum byzantinorum, II, 358—359*

[50] *Cinnamus, p. 25. Nic. Chon., p. 56. Guillermo de Tiro, Historia rerum ín partibus transmarims gestarum, XV, 21 (Rec. des hist. des Crois. Historiens occid., t. I, p. 691).*

[51] *Regel, ob. cit., II, 338—339.*

[52] *Regel, ob. cit., II, 336, 346, 347, 353. Creemos que por "encina céltica", el panegirista entiende el ducado franco de Antioquía*

La política occidental de Manuel, en los primeros años de su reinado, estuvo informada, como la de su predecesor, por la idea de una alianza con Alemania contra el peligro común de los normandos de Italia. Las negociaciones con Conrado III, interrumpidas a la muerte de Juan, se reanudaron bajo Manuel. Tratóse del casamiento de éste con Berta de Sulzbach, cuñada del emperador de Alemania. En carta a Manuel, Conrado escribía que aquél matrimonio sería prenda "de una alianza eterna, de una amistad constante"; que el emperador de Alemania prometía ser "amigo de los amigos del emperador y enemigo de sus enemigos"[53] y que en caso de que el Imperio peligrara, él acudiría en su ayuda, no sólo enviando destacamentos de socorro, sino, en caso preciso, acudiendo en persona con todas las fuerzas del Imperio germánico. El casamiento de Manuel con dicha cuñada de Conrado, Berta de Sulzbach, que en Bizancio tomó el nombre de Irene, confirmó la alianza de los dos Imperios. Esto daba a Manuel la esperanza de desembarazarse del peligro que le amenazaba en la persona de Roger II, quien, al hallarse ante adversarios tales como los dos emperadores, no podía abrir hostilidades contra Bizancio con las posibilidades de éxito que en otro caso hubiera tenido.[54]

Pero un hecho imprevisto desbarató las esperanzas de Manuel. La segunda Cruzada cambió por completo, al menos durante algún tiempo, la marcha de los asuntos bizantinos, hizo perder a Bizancio la alianza germánica y le puso en un doble peligro: el de los cruzados y el de los normandos.

Bizancio y la segunda cruzada

Tras la primera Cruzada, los soberanos cristianos de Oriente —el emperador de Bizancio, el rey de Jerusalén y los príncipes latinos de Antioquía, Edessa y Trípoli—, en vez de unirse para abatir la potencia de los musulmanes, empezaron a disputar entre sí y a mirar con desconfianza los progresos políticos de sus vecinos. La enemistad de Bizancio con Antioquía y Edessa fue particularmente desastrosa para la obra general. aquél estado de cosas permitió a los musulmanes, debilitados por el empuje de los primeros cruzados, ocupar otra vez Mesopotamia y amenazar de nuevo las posesiones cristianas.

En 1144, Zengui, atabeg de Mossul (llamábase "atabeg" al gobernador selyúcida que se proclamaba independiente) se apoderó de improviso de Edessa.

Una crónica siria anónima, ha poco traducida al francés, relata con detalle el sitio y toma de Edessa por Zengui, Éste, según el cronista, "abandonó Edessa a los cuatro días de tomada... Los habitantes de Edessa acudieron a rescatar a mis prisioneros y la ciudad se repobló. El gobernador, Zain—ed—Din, que no era mal hombre, les trató bien".[55] Después de la muerte de Zengui (1146), Joscelin, antiguo conde de Edessa, reconquistó la ciudad. Pero Nur—ed—Din, hijo de Zengui, volvió a tomar Edessa sin gran esfuerzo, y esta vez los cristianos fueron acuchillados, los hombres y niños vendidos como esclavos y la ciudad despoblada casi del todo. Grave golpe fue aquél para los cristianos de Oriente, porque el principado de Edessa, merced a su situación geográfica, era el bastión avanzado de los cruzados y correspondíale rechazar el primer impulso del ataque musulmán. Ni Jerusalén, ni Antioquía, ni Trípoli pudieron ayudar al príncipe de Edessa. Pero, caída esta ciudad, todos aquellos Estados latinos, y en particular el de Antioquía, se hallaron muy amenazados por los musulmanes.

La toma de Edessa produjo viva impresión en Occidente y reanimó el interés por Tierra Santa. Eugenio III, Papa entonces, no pudo ser promotor de una nueva Cruzada porque el movimiento democrático que agitaba a Roma y en el que participó activamente el célebre Arnaldo de lirescia,

---

[53] Ottonis Frisingensis, *Gesta Friderici* I, *imperatoris,* I, 24 (25) *(Scripiores rerum germanicorum in usum scholarum,* p. 33).

[54] V. E. Gaspar, *Roger* II(1101—1154) *und die Gründung der normannisch—sicilischen Monarchie* (Insbruck, 1904), p. 365

[55] J. Chabot, *Un épisode de l'historie des Croisades* ("Mélanges offcrs á M. Gustave Schlumberger" (París, 1924), t. I, p. 179. Texto completo: p. 171—179

creaba para el Pontífice una situación inestable. Incluso hubo de abandonar por algún tiempo la Ciudad Eterna. Parece que el verdadero instigador de la Cruzada fue Luís VII de Francia, y el predicador que puso en práctica la idea del rey fue Bernardo de Clairvaux, cuya inflamada palabra levantó toda Francia. Bernardo, pasando a Alemania después, persuadió a Conrado III de que tomase la Cruz e impelió a los alemanes a unirse a la expedición.

Pero los pueblos occidentales, decepcionados por las consecuencias de la primera Cruzada, no manifestaron el mismo entusiasmo de antes. En la asamblea de Vézelay, en Borgoña, los feudales franceses incluso se mostraran hostiles a la Cruzada y no sin trabajo pudo san Bernardo persuadirlos con su elocuencia apasionada y convincente. Merced al espíritu de Bernardo se ampliaron los proyectos iniciales de Luis, organizándose dos expediciones simultáneas a la Cruzada oriental: una contra los musulmanes que ocupaban entonces Lisboa y otra contra los eslavos paganos del norte, que dominaban los países de allende el Elba (Laba). Los historiadores juzgan severamente el hecho de que Bernardo arrastrase a los alemanes a la Cruzada. El sabio alemán Kugler, que ha estudiado especialmente la segunda Cruzada, estima que fue "una idea infortunada en máximo grado". F. I. Uspenski la califica de "paso fatal" y "gran error de san Bernardo", y atribuye a la participación de los alemanes el fracaso de la empresa. En efecto, un rasgo característico de esa nueva expedición fue la hostilidad entre franceses y alemanes, cosa que no podía contribuir al éxito.

Las noticias de la Cruzada inquietaron a Manuel, quien vio en ella un peligro para su Imperio y para su influencia sobre los príncipes latinos de Oriente, los cuales —y sobre todo el de Antioquía— al recibir refuerzos occidentales, podían desligarse de las pretensiones del emperador de Bizancio. Además, la participación de Alemania en la empresa privaba a Bizancio de las garantías subsiguientes a la alianza entre los dos Imperios. El emperador de Alemania, al abandonar por largo tiempo su país, camino de Oriente, no podía ya defender los intereses occidentales del Imperio bizantino, el cual, así, quedaba expuesto a los ambiciosos proyectos de Roger. Manuel, conocedor del peligro que habían hecho correr a Constantinopla los primeros cruzados, mandó restaurar torres y murallas. Parece que no tenía gran confianza en los lazos de parentesco y amistad que le unían a Conrado.

Según V. G. Vasilievski, "Manuel nutría, sin duda alguna, la esperanza de ponerse a la cabeza de todo el ejército cristiano contra los enemigos del cristianismo". Ello entra en lo posible, no sólo porque Bizancio era el más interesado en la suerte de los musulmanes orientales, sino porque Manuel podía incluso alegar otros títulos. Teóricamente no había en el mundo cristiano más que un emperador, porque Conrado de Hohenstaufen no había sido coronado en Roma por el Papa y no llevaba el título imperial.

En 1147, los jefes de la Cruzada, tras entablar diversas negociaciones, resolvieron dirigirse por tierra a Constantinopla, según hicieran ya los primeros cruzados. Conrado fue el primero en marchar hacia Hungría y Luis VII le siguió por el mismo camino. La marcha de los cruzados hacia Constantinopla se señaló por iguales violencias y devastaciones que la primera Cruzada.

Cuando los ejércitos alemanes se detuvieron ante los muros de la ciudad, Manuel esforzóse en hacerlos pasar al Asia Menor antes de la llegada de los franceses, cosa que logró no sin previas y vivas controversias con su aliado y pariente Conrado. En Asía Menor los alemanes empezaron por padecer falta de víveres y, al fin, atacados por los turcos, fueron acuchillados en masa. Sólo muy pocos lograron volver a Nicea. Ciertos historiadores atribuyen el fracaso de la expedición alemana a Manuel, e incluso le achacan intrigas con los musulmanes a fin de que éstos acometiesen a las tropas de Conrado. Algunos sabios, entre ellos Sybel, y después F. I. Uspenski, llegan a mencionar una alianza de Manuel con los selyúcidas. Pero los eruditos contemporáneos (Chalandon) se inclinan a pensar que tales acusaciones contra Manuel no descansan en base sólida y no consideran al emperador responsable del fracaso de los alemanes.

Los franceses, llegados a los alrededores de la capital a poco de partir los alemanes, inquietaron al emperador más todavía. Luis VII, poco antes de partir, había entrado en tratos con Roger y pasado por las posesiones italianas de éste.

El emperador sospechó, y no sin fundamento, que Luis debía ser aliado secreto de Roger o bien "aliado de Sicilia"[56] Roger, sabiendo a Manuel preocupado en aquél momento por la Cruzada y por sus relaciones con los cruzados, olvidó los intereses generales del cristianismo para pensar sólo en sus fines políticos. Apoderóse por sorpresa de la isla de Corfú y devastó otras islas bizantinas. Luego los normandos pasaron a Grecia, adueñándose de Tebas y Corinto, célebres entonces por sus riquezas y sus industrias sederas. No contentos con apropiarse gran cantidad de tejidos valiosos, "los normandos llevároнse a Sicilia muchos prisioneros y, entre otros, los más hábiles obreros sederos e hilanderos". Este hecho no basta para afirmar, como algunos historiadores, que los obreros sederos e hilanderos enviados a Palermo crearan allí una industria de sedería. La sericicultura y la industria sedera se conocían ya en Sicilia anteriormente. Pero la llegada de los cautivos griegos dio nuevo impulso a aquella rama industrial.[57] Los normandos no se detuvieron tampoco ante Atenas.[58]

Al llegar la noticia de la victoriosa invasión normanda a oídos de los franceses, éstos, ya excitados por los rumores que corrían sobre un acuerdo entre Manuel y los turcos, se agitaron aun más. Algunos de los que rodeaban al rey Luis le aconsejaron que ocupara Constantinopla. Ante tan peligrosa situación, el emperador multiplicó sus esfuerzos para que los franceses pasaran al Asia Menor, Se esparció entonces la voz de que los alemanes habían obtenido una victoria en Asia Menor, y Luis VII consintió en atravesar el Bosforo e incluso prestó a Manuel juramento de vasallaje. Mas al llegar al Asia Menor, Luis supo la dolorosa realidad: la destrucción del ejército alemán. Los soberanos germano y francés mantuvieron una entrevista y acordaron avanzar juntos. El ejército francoalemán, tras una serie de reveses y malaventuras, sufrió una derrota aplastante junto a Damasco. Conrado, abatido, en un navio griego desembarcó en Tesalónica, donde Manuel efectuaba preparativos contra los normandos. Manuel y Conrado se entrevistaron en Tesalónica y convinieron una acción conjunta contra los normandos, tras lo cual Conrado regresó a Alemania.

La Cruzada no condujo a cosa alguna. Luis VII, viendo la imposibilidad de hacer nada con las fuerzas de que disponía, pasó algunos meses en Oriente y al cabo volvió a Francia por la Italia del sur, donde tuvo una conversación con Roger.

De tan miserable manera concluyó la segunda Cruzada, que se iniciara bajo muy brillantes auspicios. Los musulmanes de Oriente, lejos de quedar debilitados, sintieron afirmarse su valor y se prepararon a la destrucción de los Estados cristianos de Asia. Por ende, las disputas surgidas entre franceses y alemanes y entre los cristianos de Palestina y de Europa no habían redundado en crédito de los cruzados. Manuel celebró ver la Cruzada terminada, lo que le dejaba las manos libres contra Roger, ahora que se hallaba fortalecido por el pacto formal convenido con Alemania. Pero sería injusto culpar al emperador de todo el fracaso de los expedicionarios, que debe más bien atribuirse a deficiencias de organización y a la general indisciplina de los cruzados. También Roger, con su incursión en las islas bizantinas y en Grecia, había introducido muchos elementos perturbadores en aquella expedición. En conjunto los móviles religiosos de las Cruzadas habían pasado a segundo plano y las razones de orden laico y político se manifestaban cada vez más claramente.

Política de Manuel después de la Cruzada.

Desde la época de la Cruzada, Manuel adoptó medidas serias para luchar contra Roger, de quien quería vengarse por su traidora incursión en las islas y en Grecia y que continuaba ocupando Corfú. Como antes, Venecia miraba con alguna inquietud los éxitos de los normandos. Consintió, pues, en apoyar con su flota al Imperio y obtuvo a cambio nuevos privilegios mercantiles. En

---

[56] E. Curtís, Roger of Sicily and the Normans in Lower Italy, 1016—1154. (N. York—Lon—dres, 1912), p. 227.

[57] Sobre esta cuestión véase Chalandon, Histoire de la domination normande en Italie et en Sicile (París, 1907), t, II, p. 135—137. Ver también E. Gaspar, Roger II, p. 376—384.

58 Tan sólo las fuentes occidentales mencionan la toma de Atenas. Ver Gaspar, ob. cit., p. 382, n. 5

Constantinopla los venecianos recibieron, además del barrio y los muelles *(scalas)* que poseían por antiguos tratados, nuevas instalaciones y un nuevo muelle.[59] Mientras duraban las negociaciones, el emperador se preparaba con actividad a la guerra contra el "dragón de Occidente", "el nuevo Amalee,[60] el dragón insular (siciliano) que quería alzar la llama de su odio más alta que el cráter del Etna". De tales términos se sirven las fuentes para denominar a Roger.[61]

Los proyectos de Manuel no se limitaban a expulsar al enemigo del territorio bizantino, sino que quería llevar la guerra a Italia y tratar de restaurar el antiguo dominio de Bizancio.

Durante algún tiempo Manuel fue estorbado en sus planes por los polianos, que invadieron el Imperio cruzando el Danubio. Pero eliminó pronto esa amenaza y entonces se apoderó de Corfú con ayuda de la flota de Venecia. Roger, advirtiendo el peligro que podía hacerle correr la alianza de Bizancio con Alemania, que había prometido a Manuel un ejército de tierra, y con Venecia, que había enviado una flota, desplegó gran habilidad diplomática para crear dificultades a Bizancio. Apoyado por la flota siciliana y por las intrigas de Roger, el duque Welf, antiguo enemigo de los Hohenstaufen, se sublevó en Alemania, impidiendo así al emperador germánico marchar sobre Italia de concierto con Bizancio. Después los servios, favorecidos por los húngaros, atacaron a Manuel, quien hubo de dirigir su atención al norte. Para colmo, Luís VII, quien, irritado contra los griegos y afligido por el fracaso de la segunda Cruzada, había llegado a un tratado de amistad con Roger, preparaba otra Cruzada, la cual ponía a Bizancio en peligro inminente. El abad Suger, gobernante de Francia en ausencia de Luis VII, había oído hablar de los tesoros de Constantinopla y de la magnificencia de Santa Sofía[62] y era el instigador de la nueva empresa. El célebre Bernardo de Clairvaux estaba dispuesto *a ponerse en persona al frente de las fuerzas.* Un abad francés escribía por aquél entonces al rey de Sicilia: "Nuestros corazones, los corazones de casi todos los franceses, sienten hacia vosotros violento deseo y amor; nos ha impulsado a ello la traición vil, inaudita, innoble de los griegos y de su indigno rey *(regís)* con nuestros peregrinos... Levántate en socorro del pueblo de Dios... ¡Venga esas terribles ofensas!"[63] Roger se aproximó también al Papa. En general, Occidente veía con desagrado la alianza del monarca alemán, ortodoxo, con el griego, cismático. En Italia se opinaba que Conrado se había contaminado por el contacto de los disidentes griegos y la Curia pontifical le presionaba para que entrase en las vías de la verdad y sirviera con celo a la Iglesia católica. El Papa Eugenio III, el abad Suger y Bernardo de Clairvaux trabajaban para destruir la alianza de los dos Imperios. Así que a mediados del siglo XII estaba en vías de formarse, con palabras de Vasilievski, "una potente coalición contra Manuel y Bizancio. A su cabeza se hallaba el rey Roger; Hungría y Servia pertenecían a ella ya; Francia se preparaba a entrar en la Liga, así como el Papa, y se trataba de atraer a Alemania y a su rey. Si este último proyecto hubiese resultado, el suceso de 1204 habría amenazado antes Constantinopla".

Pero el peligro no llegó a ser tan grande para Bizancio. La proyectada expedición francesa no se realizó a causa de la actitud poco animada de los caballeros franceses y de la muerte de Suger, ocurrida a poco. Y Conrado permaneció fiel a su alianza con el Imperio de Oriente.

Pero cuando Manuel podía esperar más frutos de su amistad con Alemania, murió Conrado III (1152). Esta muerte en el instante en que se decidía la expedición a Italia, no se juzgó natural en Alemania, donde círculo el rumor de que el monarca había sido envenenado por los médicos de la corte, procedentes de la famosa escuela de Salerno, en Italia, entonces en manos de Roger. Federico I Barbarroja, sucesor de Conrado y hombre de tendencias absolutistas, convencido de que su poder

---

[59] *El texto del tratado se halla en Tafel y Thomas, Urkunden, t. I, p. 109—113. Zacharias von Lingenthal, Jus Graeco—romanum, III, 525—529*

[60] Éxodo, 17, 8—14

[61] Von *Lingenthal,* Jus Graeco—Romanum, III, 443. Eustacio de Tesalónica, Manuelis Comneni Laudatio funebris, par. 17 (Migne, Patr. Gr., vol. 135, col. 984)

[62] J. Ebcrsolt, Orient et Occident. Recherches sur les influences byzantines et orientáls en France pendant les Croisades (París, 1929), p. 10

[63] *Petri Venerabilis abbatis Cluniacensis, Epistolae, VI, 16 (Migne, Patr. lat., vol. 189, columna 424).*

era de procedencia divina, no se mostró dispuesto a compartirlo en Italia con el emperador de Oriente. En el tratado que Federico ultimó con el Papa a poco de su exaltación al trono —convenio en que llamaba a Manuel "rex" y no "imperator", como hiciera Conrado—, el emperador de Alemania se comprometía a expulsar de Italia al de Oriente. Pero, no mucho después, Federico, por causas desconocidas, modificó sus planes y quiso volver a la alianza con Bizancio.

En 1154 murió Roger II, el tan sañudo enemigo del Imperio. Guillermo I, nuevo rey de Sicilia, se propuso romper la alianza de Bizancio con Alemania y Venecia. La república de San Marcos no podía aprobar los proyectos de Manuel, tendentes a instalarse en Italia. Este hecho hubiera sido para Venecia igual que si los normandos se establecieran en las dos orillas del Adriático. En ambos casos las dos riberas adriáticas quedaban en unas mismas manos, que podían cerrar la ruta a las naves venecianas. Así pues, Venecia se decidió a romper del todo sus relaciones de amistad con Bizancio, logró obtener a poco grandes privilegios comerciales en Sicilia y pactó con Guillermo I.

Tras algunos éxitos bizantinos en Italia del sur —como la toma de Bari y de otras plazas— Guillermo infligió a los ejércitos de Manuel una grave derrota en Brindisi, derrota que destruyó de un solo golpe todos los resultados de la expedición. Bari, capital de Apulia, que se había rendido a los griegos, fue completamente arrasada por orden de Guillermo. Un contemporáneo escribe: "La poderosa capital de la Apulia, célebre por su gloria, fuerte por sus riquezas, orgullosa por el origen noble e ilustre de sus habitantes, objeto de admiración general a causa de la belleza de sus edificios, yace ahora transformada en un montón de piedras".[64]

La desgraciada campaña de Manuel en Italia indicó claramente a Barbarroja que el emperador bizantino proyectaba la conquista de la Península itálica, y por tanto, rompió definitivamente la alianza bizantina. Otón de Freisingen, historiador de Barbarroja, escribe respecto a éste: "Aunque aborrecía a Guillermo, no quería, empero, que los extraños pudiesen arrancarle territorios de su Imperio injustamente arrebatados por la furiosa tiranía de Roger". Manuel perdió toda esperanza de reconciliación con Barbarroja y a la vez toda esperanza de reconquista de Italia. Por consecuencia, en 1150 se concluyó una paz entre Manuel y Guillermo de Sicilia. No conocemos exactamente las estipulaciones, pero sí que significaban la renuncia de Bizancio a todos los brillantes proyectos que acariciara, a la par que "la ruptura de la amistad y la alianza que entre los dos Imperios se habían convenido baja Lotario de Sajonia y Juan Comneno, y estrechádose más tarde merced a las reacciones personales de Conrado y Manuel". Desde entonces las tropas bizantinas no volvieron más a Italia.[65]

En estas nuevas condiciones, los fines de la política bizantina se modificaron. A la sazón había que oponerse al designio de los Hohenstaufen de conquistar Italia. La diplomacia bizantina tendía a fines nuevos. Manuel, mirando a romper la amistad de Federico con el Papa, buscó en Roma un apoyo para la lucha ulterior contra el emperador alemán, y al efecto procuró deslumbrar al pontífice con el espejuelo de la unión de las dos Iglesias. Al provocar una lucha entre el Papa y el emperador germánico, Manuel esperaba "restablecer el Imperio de Oriente en la plenitud de sus derechos y hacer desaparecer la anomalía que a sus ojos era el Imperio de Occidente"[66]. Pero aquellas negociaciones no resultaron, porque el Papa no tenía intención alguna de dejar de depender de un emperador para pasar a la dependencia de otro. Muy al contrario, los Papas del siglo XII, inspirados por ideales teocráticos, deseaban dominar a los emperadores bizantinos.

Al estallar la lucha entre Barbarroja y las ciudades del norte de Italia, Manuel ayudó activamente a éstas, proporcionándoles recursos. Las murallas de Milán, arruinadas por Federico, se restauraron con ayuda del emperador de Bizancio. Las relaciones del Imperio fueron

---

[64] *Hugonis Fakandi, Historia Sicula, en Muratori: Scriptores rerum italicorum, VII, 269*

[65] *Vasilievski, La expedición de Italia del sur (1156—1157), en Slavianski Sbornik (San Petersburgo, 1876), t. III, p. 400 (en ruso).*

[66] *Chalandon, Jean Comnéne et Manuel Ier Comnéne, p. 557.*

particularmente activas con Génova,. Pisa y Venecia. La última, ante el inminente peligro alemán, volvía otra vez los ojos a Bizancio. En la batalla de Legnano (29 mayo 1176) quedó completamente derrotado Federico Barbarroja en Italia del norte y triunfaron las ciudades italianas septentrionales y su aliado el Papa, a la vez que parecía mejorar la posición de Manuel en Italia. Pero Manuel, sin duda por falta de recursos, quiso utilizar las riquezas de los mercaderes venecianos que se hallaban en territorio bizantino, y al efecto, mandó súbitamente prender a todos los venecianos que había en Bizancio y confiscarles los bienes. Venecia, indignada, envió una flota contra Bizancio, si bien las naves, a causa de una epidemia, volvieron sin haber logrado éxitos de monta. Según parece, mientras vivió Manuel no se restablecieron las relaciones en Bizancio y Venecia.

Para prevenir los efectos de la política bizantina en Italia, Federico Barbarroja entró en negociaciones con el más peligroso enemigo de Bizancio en Oriente: Kilidy—Arslan, sultán de Iconio, tratando de persuadirle de que atacase al Imperio, en la esperanza de que las dificultades del Asia Menor apartarían a Manuel de los asuntos europeos. En Oriente la situación se tornaba cada vez más amenazadora. En Cilicia —conquistada por Juan Comneno— estalló una revuelta dirigida por Thoros. Manuel envió contra éste dos ejércitos, que fracasaron. La situación se hizo todavía más alarmante cuando Thoros pactó con Reinaldo de Châtillon, príncipe de Antioquía y antiguo enemigo suyo, y los dos marcharon juntos contra los griegos. En tanto que Thoros atacaba en Cilicia, Reinaldo de Châtillon asaltaba Chipre por mar y veía sus esfuerzos coronados por el éxito. Entonces Manuel acudió a Cilicia en persona. Ante su repentina presencia, Thoros escapó a duras penas a la cautividad y emprendió la fuga. En 1158, Manuel había vuelto a ser dueño de Cilicia. Thoros se sometió al emperador y fue perdonado. Iba a llegarle la vez a Antioquía.

Reinaldo de Châtillon, comprendiendo que no podría resistir solo a los bizantinos, decidió acogerse también al perdón del emperador. Hallándose el emperador en Mopsuesta (la Mamístra de los cruzados), en Cilicia, Reinaldo "apareció suplicante ante el Gran Comneno".[67] Entonces sucedió una escena de profunda humillación. Reinaldo, descalzo, se prosternó ante el emperador, que presentó el puño de su espada y se entregó a su merced". A la vez —dice Guillermo de Tiro— Reinaldo pedía gracia, y clamó tanto tiempo, que todos tuvieron náuseas y muchos franceses le menospreciaron y censuraron".[68] Estaban presentes enviados de la mayoría de las naciones orientales, incluso de los leíanos abasaos (Abkhaz) y de los iberos, y aquella escena les causó impresión profunda,[69] "tornando a los latinos despreciables en toda Asía".[70] Reinaldo se reconoció vasallo del Imperio, y así, más tarde (676—701 un embajador, Roberto, enviado al rey de Inglaterra, representaba a la vez a Bizancio y Antioquía.[71] Balduíno III, rey de Jerusalén, acudió en persona a Mopsuesta, donde fue cortésmente acogido por el emperador. Pero Balduíno fue forzado a convenir un tratado con Manuel, comprometiéndose a suministrarle tropas. Eustacío de Tesalónica habla del rey que "acudió a nosotros desde Jerusalén, pasmado por la reputación y altos hechos del emperador y reconociendo a distancia su grandeza".[72]

En abril de 1159, Manuel entró solemnemente en Antioquía. Escoltado por Reinaldo de Châtillon y otros príncipes latinos, todos a pie y sin armas, y seguido del rey de Jerusalén, a caballo, pero igualmente sin armas, el emperador avanzó por las calles "ornadas de tapices, de colgaduras, de follaje y de flores", "al son de las trompetas y los tambores, al canto de los himnos", hacia la

---

[67] *G. Schlumberger, Renaud de Châtillon (París, 1898), p. 107.*

[68] *Guillermo de Tiro, ob. cit.. XVIII, 23 (I, 860—61). El poeta y escritor de la corte, Teodoro Pródromo, narró igualmente la humillación del príncipe de Antioquía. Recueil des Croisades. Historiens grecs, t. II, p. 305310.*

[69] *Véase Cinnamus, IV, 18; ed Bonn, p. 183.*

[70] *Schlumbcrger, ob. cit., p. 111 y no. Guillermo de Tiro, XVIII, 23 (I, 861); Latinitatis gloriam verteret in opprobium.*

[71] *Publicaciones de la "Pipe Roll Sodeiyu": The Great Roll for the Pipe for thc reign of King Henry the Second, vol. 28 (Londres, 1907), p. 1035.*

[72] *Regel, Fontes rertim byzantinarum, I, 39. 73 Chalandon, t. II, p. 451—452*

catedral, guiado por el patriarca de Antioquía vestido de pontifical. "Durante ocho días, las banderas imperiales flotaron sobre la cindadela de Antioquía".

La sumisión de Reinaldo de Cháünon y la entrada de Manuel en Antioquía en 1159, señalaron "el triunfo de la política seguida por Bizancio respecto a los latinos. Era el resultado de más de sesenta años de esfuerzos y luchas. En medio de las dificultades que debieron superar y de las numerosas guerras que hubieron de pelear, los basileos no perdieron nunca de vista la cuestión del principado de Antioquía, asunto planteado durante la primera Cruzada y no resuelto jamás".[73]

Una inscripción de la iglesia de la Natividad, en Belén, dice, con fecha de 1169: La presente obra ha sido acabada por el pintor y mosaísta Efraím, bajo el reinado del emperador Manuel Porfirogénito Comneno y bajo el gran rey de Jerusalén, Amalrico y el muy santo obispo de la santa Belén, Raúl, en el año 677" (1169).[74] La asociación de los nombres de Manuel y Amalrico (Amaury de Anjou), parece indicar que, tras los acontecimientos reseñados, se había establecido una cierta soberanía del emperador griego sobre el reino de Jerusalén.[75]

Por otra parte, Manuel llevaba algunos años en buenas relaciones con Kilidy—Arslán, quien incluso había estado en Constantinopla en 1161—62, recibiendo una solemne acogida, de la que se hallan detalladas descripciones en las fuentes griegas y orientales. El sultán pasó ocho días en Constantinopla. Todas las riquezas y tesoros de la capital fueron mostrados a tan distinguido huésped. Hubo en su honor torneos, carreras y una fiesta naval con una exhibición del célebre *"fuego griego". Dos* veces diarias se llevaban al visitante provisiones en vajillas de oro y plata que se dejaban luego a su disposición. Un día que el emperador y el sultán comieron juntos, toda la vajilla y ornamentos de la mesa fueron ofrecidos como regalo a Kilidy—Arslan.[76]

En 1171, Amalrico I, rey de Jerusalén, estuvo en Constantinopla, siendo magníficamente recibido por Manuel. Guillermo *de* Tiro da una descripción detallada de la visita.[77] La gloria y poder de Manuel en Oriente estaban entonces en su apogeo.

Sin embargo, los resultados de la visita de Kilidy—Arslan no fueron trascendentales en exceso. Hubo una especie de tratado de amistad, pero de corta duración. "Algunos años más tarde vemos al sultán declarar a los suyos que cuantos más males había causado al Imperio griego, más importantes regalos le había hecho éste".[78]

En tales circunstancias, la paz en la frontera oriental no podía prolongarse mucho. A causa de diferentes motivos locales, y quizá por instigación de Barbarroja, estallaron las hostilidades. Manuel se puso al frente de sus tropas. Su objetivo era tomar Iconion (Konia), capital del sultanato. En 1176 los ejércitos bizantinos penetraron en las montañas de Frigia, donde, cerca de la frontera, se alzaba la fortaleza de Miriocefalón. Los turcos les atacaron repentinamente por todas partes y allí, el 17 de

---

[73] *Chalandon, t. II, p. 446*

[74] *V. M. de Vogüe, Les Eglises de la Terre Sainte (París, 1860), p. 99. Corpus inscriptionum graecarum, IV (Berlín, 1877), 339 (N. 8736). H. Vincent y F. M. Abel, Bethléem; le sanctuaire de la Nativité (París, 1914), p. 157—161*

[75] *V. Chalandon, t. II, p. 449. Bréhier (París, 1928), p. 109, donde da la fecha errónea de 1172. Vincent y Abel rechazan la idea de que Manuel ejerciera soberanía, ob. cit., p. 160.*

[76] *Cinnamus, V, 3 (p. 206—208, ed. Bonn). Nicetas Choniata, III, 5—6 (p. 154—158). Crónica de Miguel el Sirio ed. por J. B. Chabot (París, 1911), L, III, p. 319; Gregorio Abullaragio, Chronicon Syriacum, ed. Bruns y Kirsch (Leipzig, 1789), p. 358—359 (trad. latina). Véase Chalandon, t. II, p. 463—466. F. I. Uspenski, La política de Manuel Comneno (Boletín de la Sociedad palestiniano—rusa. Leningrado, 1926), p. 115—117. En ruso.*

[77] *Guillerno de Tiro, ob. Cit. XX, 22—24 (1981—987). Ver G. Schlumberger Campagnes du roi Amaury de Jerusalén en Égipte au XIIe siécle (París, 1906) p.311—331.*

[78] *Chalandon, t, II, p. 466*

septiembre de 1176,[79] sufrieron los imperiales un fracaso completo. Un historiador bizantino escribe: "El espectáculo era en verdad lacrimoso, o, mejor dicho, tan grande era el mal que no cabía llorarlo: los fosos estaban llenos de cadáveres, en las barrancas se veían colinas de muertos, en las espesuras montañas de víctimas...

Nadie podía pasar por allí sin verter lágrimas y lanzar suspiros. Todos sollozaban y llamaban por sus nombres a los amigos y parientes que habían perdido".[80]

El historiador contemporáneo Guillermo de Tiro, que pasó una temporada en Constantinopla en 1179, nos pinta así la actitud de Manuel después de la derrota de Miriocefalón: "A partir de ese día, el desastre quedó tan profundamente grabado en su memoria que, aun cuando su humor ordinario fuese alegre, no volvió a mostrar, a pesar de los esfuerzos de sus cortesanos, la menor alegría y en todos los días de su vida no recobró su fuerza corporal, antes tan grande. A tal punto estaba quebrantado por el tormento *(refricatione)* continuo que le causaba la idea de aquél desastre, que no conseguía regocijarse ni calmar su ánimo ni encontrar su ordinario humor tranquilo".

En una larga carta dirigida a su amigo el rey de Inglaterra Enrique II Plantagenet, Manuel le anuncia su reciente desastre, esforzándose en atenuarlo un tanto. Allí se lee un detallado relato del combate y, entre otras cosas, se hallan interesantes indicaciones sobre la participación que tuvieron en la batalla los ingleses que desde 1066 estaban al servicio de las tropas de Bizancio, sobre todo en la guardia imperial.[81]

A pesar del funesto desenlace de Miriocefalón, un panegirista anónimo de Manuel coloca la huida de éste ante los turcos en el número de sus acciones brillantes: "Después de haber chocado con la masa de los invasores ismaelitas, él (Manuel) se precipitó solo en la huida, sin temor de tantas espadas, dardos y lanzas".[82] Un sobrino de Manuel decoró su casa con un cuadro representando "los altos hechos del sultán de Iconio, ilustrando así los muros de su residencia con un tema que, sin duda, hubiese sido mejor dejar en tinieblas".[83] Según toda probabilidad, aquél poco corriente cuadro representaba la batalla de Miriocefalón.

Por razones que desconocemos, Kilidy—Arslan sólo usó moderadamente de su victoria, abriendo negociaciones con el emperador y llegando a una paz razonable. Fueron destruidas algunas fortificaciones bizantinas del Asia Menor.

La batalla de Mantzikiert en 1071 había dado ya un golpe mortal a la dominación bizantina en Asia Menor. Pero los contemporáneos, sin advertirlo, esperaban restablecer la situación y desembarazarse del peligro selyúcida. Las dos primeras Cruzadas no lograron conjurar este peligro. La batalla de Miriocefalón arruinó en definitiva las últimas esperanzas de Bizancio. Ya no se creyó posible expulsar del Asia Menor a los turcos. El Imperio no podía pensar en una política ofensiva seria en Oriente. Bastante era que defendiese sus fronteras contra las continuas invasiones selyúcidas. El historiador alemán Kugler dice: "La batalla de Miriocefalón decidió para siempre la suerte de todo el Oriente").

A poco de aquella derrota, Manuel escribió a Federico Barbarroja una carta en la que hablaba de la humillación del sultán selyúcida. Más Federico conocía ya la aplastante derrota de Manuel

---

[79] *Sobre esta fecha, ver A. Vasiliev, Das genaue Datum der Schlacht von Myriokephalon. Byz. Zeit., t. XXVIl (1927).*

[80] *Níc. Chon.., p.247.*

[81] *Esta carta se encuentra inserta en la Crónica de Roger van Hoveden (Chronica Rogeri de Houedene), ed. por W. Stubbs (Londres, 1869), t. II, p. 102—104 (Rerum britannicarum medii aevi scriptores, vol. 51).*

[82] *S. Lambros, O MapKiavos Koóis 524, Neos Ehhr)vopvgpwv, Athens 1911 t. VIII p. 149. Véase también Chcstakov, Notas sobre los poemas del Codex Marcianus gr. 524 (Viz. Vremermik, t. XXIV, 1923—1926).*

[83] *Cinnamus. Ver Dichl, Manuel, t. I, p. 405*

cuando recibió el mensaje.[84] En su respuesta decía que los emperadores germánicos, que habían recibido su poder de los gloriosos emperadores romanos, no sólo debían gobernar el Imperio romano, sino también el "reino griego" *(ut non solum Romanum imperium nostro disponatur moderamine, verum etiam regnum grecie ad nututn nostrum regí et sub nostro gubernari debeat imperio).* Por consecuencia, invitaba a Manuel a reconocer la autoridad del emperador de Occidente y someterse a la del Papa. Terminaba diciendo que en adelante él amoldaría su conducta a la de Manuel, quien había en vano sembrado disidencias entre los vasallos del emperador de Occidente.[85] De modo que, a juicio del autoritario Hohenstaufen, el emperador bizantino debía someterse a él, como emperador de Occidente. Así, la idea de un Imperio único no había dejado de existir en el siglo XII. Primero fue Manuel quien la favoreció y después las circunstancias se volvieron en su desventaja, siendo Barbarroja quien soñaba en el Imperio universal. En 1177 el Congreso de Venecia, en el que participaron Federico, el Papa y los representantes de las victoriosas ciudades italianas, confirmó la independencia de éstas y reconcilió al Papa con el emperador germánico. En otras palabras, el tratado de Venecia concluyó el conflicto existente entre Alemania, las ciudades de Lombardía y la Curia Pontifical, conflicto en que Manuel fundaba sus esperanzas.

Según F. I. Uspenski, del Congreso de Venecia fue para el Imperio bizantino un golpe tan terrible como el desastre que le había infligido el sultán de Iconio en Miriocefalón. Reconcilió en Occidente a los elementos hostiles a Bizancio y anunció así la coalición de que debía resultar, en 1204, la toma de Constantinopla y la fundación de los Estados latinos de Oriente".

Para Venecia, el Congreso de 1177 tuvo una importancia capital. Allí se reunió una brillante sociedad europea, encabezada por el Papa y el emperador de Occidente. Más de diez mil extranjeros llegaron a Venecia. Todos admiraron la belleza, riquezas y poder de aquella ciudad. Se leen en un escrito contemporáneo estas palabras del autor a los venecianos: "¡Ah, y cuan felices sois de que semejante paz haya sido ultimada en vuestra ciudad! Vuestro nombre tendrá por ello gloria eterna".[86]

Poco antes de morir, Manuel logró un postrero éxito diplomático al casar a su hijo y sucesor, Alejo, con la hija de Luis VII de Francia, Inés, de ocho años entonces, la cual recibió en Bizancio el nombre de Ana. Las relaciones algo tirantes existentes entre Bizancio y Francia desde la segunda Cruzada debían mejorar con aquél matrimonio. Eustacio de Tesalónica escribió un discurso elogioso al llegar la imperial prometida a Megalópolis (Constantinopla).[87]

Además, a raíz de la famosa carta de Manuel a Enrique II de Inglaterra, hablando del desastre de Miriocefalón, las relaciones de ambos soberanos hiciéronse más cordiales. Poseemos testimonios acreditativos de que en los últimos años del reinado de Manuel hubo en Westminster enviados bizantinos y de que el inglés Geoffrey de Haie *("Galfridus de Haia")* fue encargado por Enrique II de recibir a los embajadores griegos, siendo luego el mismo Geoffrey enviado a Constantinopla.[88] Enrique, bien informado, a lo que parece, de los deportes favoritos de Manuel, le envió una jauría de perros de caza, los cuales embarcaron en una nave que zarpó de Brema.[89]

---

[84] *Se conserva un fragmento de esa carta en los Ánnales Stadenses. Pertz, Mon. Germ. Hist. (So—., XVI, 349): la fecha de 1179 es errónea. Véase H. von Kap—Herr, Die abendlandische Politik Kaiser Manuel (Estrasburgo, 1881).*

[85] *Carta impresa por H. von Kap—Herr, ob. cit., p. 156—157*

[86] *Historia ducum Veneticorum, 1177. Pertz. Mon. germ., XIV, 83. V. H, Kretschmayer, Geschichte von Venedig (Gotha, 1905), t. I, p. 268. W. C. Hazlitt, The Venetian republic; its rise, its growth, and its fall (Londres, 1915), t. I, p. 231—232. C. Diehl, Une république patricienne: Venise (París, 1915; varias ed.).*

[87] *Regel, Fontes rerum byzantinorum, I, 80—92. V. también p. XIII—XIV*

[88] *The Publications of the Pipe Roll Society, vol. XXVI (Londres, 1905), p. 166, 187. 192, 208 (The Great Roll of the Pipe), vol, XXVIII (Londres, 1907), p. 125.*

[89] *Ibid., vol. XXVII (Londres, 1906), p. 19.*

En resumen, la política de Manuel difirió mucho de la prudente y reflexiva de su padre y su abuelo. El hijo de Juan acarició el sueño irrealizable de restaurar la unidad del Imperio y manifestó una fuerte inclinación hacia Occidente, cuya vida le atraía mucho. Dedicó todos sus esfuerzos a luchar contra Italia y Hungría y a establecer relaciones amistosas con Francia, el Imperio occidental, Venecia y otras ciudades italianas. Por tanto, no prestó suficiente atención a Oriente y 110 supo impedir los progresos del sultanato de Iconio. Finalmente, vio desplomarse todas las esperanzas del Imperio en Asia Menor después del desastre de Miriocefalón.

La preferencia dada por Manuel a Occidente, región totalmente extraña a Bizancio en aquella época y cuya civilización no podía aun rivalizar con la bizantina, tuvo consecuencias nefastas para el Imperio. Al recibir con los brazos abiertos a los extranjeros y otorgarles los cargos más elevados y ventajosos, suscitó entre sus súbditos una indignación de la que cabía esperar, llegada la oportunidad, choques sangrientos. Un historiador contemporáneo, especialista en la época de Manuel, juzga así la política de éste: "Manuel tuvo la suerte de morir antes de poder ver las desastrosas consecuencias de su política, consecuencias ya percibidas por los espíritus, clarividentes de algunos contemporáneos. La herencia de los basileos era pesada de recoger y ninguno de sus sucesores podría restablecer los asuntos del Imperio. En los años siguientes la decadencia había de acentuarse con celeridad, pero es justo decir que había comenzado en el reinado de Manuel".[90]

Quizá fuere más justo decir que la decadencia de Bizancio había empezado mucho antes, en tiempos de la dinastía macedonia, esto es, desde 1025, fecha de la muerte de Basilio II Bulgaróctonos. Los dos primeros Comnenos, Alejo y Juan, supieron frenar la decadencia, pero no detenerla del todo. La política errónea de Manuel puso de nuevo al Imperio en la ruta de la decadencia, que esta vez ya sería definitiva.

Con Manuel, como dice Herzberg, "el antiguo esplendor y la antigua grandeza de Bizancio descendieron a la tumba para siempre". A esta opinión del siglo XIX pueden añadirse la de un célebre historiador del XII, Eustacio de Tesalónica, contemporáneo de los Comnenos y los Ángeles y el cual escribió: "Conforme a la voluntad divina, con la muerte del basileo Manuel Comneno pereció todo lo que todavía quedaba intacto entre los romanos, y todos nuestros territorios se llenaron de tinieblas, como en un eclipse".

Los dos últimos Comnenos: Alejo II y Andronico I.

"El periodo de cinco años que abarcan los reinados de los dos últimos Comnenos, Alejo y Andrónico —escribe F. I. Uspenski—, es interesante sobre todo como época de reacción y de reformas que tuvieron fundamentos esencialmente racionales, provocados por la muy clara comprensión de las faltas del antiguo sistema de gobierno". Como ya vimos antes, a la muerte de Manuel ascendió al trono su hijo Alejo II, de doce años (1180—1183). Su madre, María de Antioquía, fue nombrada regente, pero el protosebasto Alejo Comneno, sobrino de Manuel y favorito de la emperatriz, fue quien dirigió de hecho los asuntos públicos. La encarnizada lucha de los partidos de la corte y la persistente preponderancia latina produjeron el llamamiento del famoso Andrónico a la capital. Andrónico, animado hacía mucho por proyectos ambiciosos, presentóse como defensor del joven Alejo II —díciéndole rodeado de malos consejeros— y de los intereses nacionales griegos. Poco antes de la entrada de Andromco en la capital, hubo la matanza de latinos (1182) de que hablamos más arriba. Las fuentes venecianas no mencionan esa matanza. Y, sin embargo, los mercaderes venecianos fueron también en gran parte víctimas de ella.

En el mismo 1182, Andrónico entró en Constantinopla y pronto, a pesar de su solemne promesa, mostró el deseo de gobernar solo. Hizo primero prender y cegar al favorito Alejo Comneno. Luego ordenó la estrangulación de María de Antioquía y, poco después, la del propio emperador Alejo. En 1183, Andrónico, de 63 años a la sazón, convirtióse en dueño absoluto del

---

[90] *Chalandon. t. II, p. 607—608. Ver también F. Cognasso, Partiti politici e lotte dinastiche in Bizanzio alta morte de Manuele Comneno (Turin, 1912), p. 216. (4)*

Imperio. Para afirmar su situación casó con la viuda de Alejo II, Inés (Ana), la cual, al morir su ficticio esposo (ya que Alejo sólo tenía entonces catorce años), contaba doce años nada más. La diferencia de edades no detuvo al triunfante Andrónico.

El entusiasmo con que la opinión acogió a Andrónico explícase por las esperanzas que se fundaban en el nuevo emperador. Dos tareas esenciales se presentaban ante Andrónico en el orden interior: establecer un gobierno nacional y librar a Bizancio de la preponderancia latina, y después debilitar a la aristocracia de los altos funcionarios y de los grandes terratenientes, cuya supremacía provocaba la ruina de la clase de campesinos modestos. Tal programa, cuajado de dificultades prácticas, debía hallar en el pueblo la más favorable acogida.

El arzobispo de Atenas, Miguel Acominatos (Coniates), cuya obra constituye una de las fuentes más valiosas para el estudio de la situación interior del Imperio en el siglo XII, escribe en términos elogiosos: "Y recordare ante todo cómo, en esta época turbulenta y angustiosa, el Imperio romano apeló a su antiguo favorito, el gran Andrónico, para derribar la opresora tiranía latina que, como una mala hierba, se había aferrado al joven retoño del reino. No condujo (Andrónico) con él un cuerpo de ejército marchó, ligero, hacia la ciudad que le amaba... El primer presente que hizo a la capital para recompensarla de su puro amor, fue librarla de la tiránica insolencia latina y limpiar el Imperio de los mismos bárbaros".[91]

"Con Andrónico llegó al poder un nuevo partido".[92] "Aquel último representante de la dinastía de los Comnenos —dice F. I. Uspenski— era, o al menos parecía ser, el rey de los campesinos. El pueblo le consagraba cantos y componía acerca de él cuentos poéticos, de los que se hallan huellas en los anales y notas manuscritas de los documentos inéditos de la historia de Nicetas Coniates". Nicetas escribe, entre otras cosas, que Andrónico mandó erigir su propia estatua no lejos de la puerta septentrional de la iglesia de los Cuarenta Mártires, y no quiso que se le representase con atuendo imperial, sino como trabajador, muy modestamente vestido y empuñando una hoz.

Andrónico acometió sus tareas con ardor. Aumentó el sueldo de muchos funcionarios para volverlos menos inclinados al cohecho. Nombró como jueces personas honradas e incorruptibles, aligeró la carga de los impuestos y sometió a severas penas a los recaudadores rapaces. Se adoptaron medidas implacables contra los grandes terratenientes: muchos representantes de la aristocracia bizantina fueron ejecutados. Miguel Acominatos escribe al respecto: "Sabemos desde ha mucho que eres blando para el pobre, terrible para el hombre ávido de ganancias; que eres el protector del débil y el enemigo de los violentos; que no inclinas la balanza de Temis ni a izquierda ni a derecha; sino que tienes las manos puras de toda corrupción"[93]

El historiador italiano Cognasso, que ha estudiado esa época, compara la lucha de Andrónico contra la aristocracia a la de Iván el Terrible contra los boyardos. "Así como Andrónico —escribe Cognasso— quería aniquilar la preponderancia de la aristocracia bizantina, lo mismo quería hacer Iván con la potencia de los boyardos y los dos (aunque el zar ruso en más alto grado) hubieron de recurrir por fuerza a medios violentos. Desgraciadamente, al debilitar la aristocracia ambos debilitaron al Estado e Iván IV se halló indefenso ante los polacos de Esteban Báthory como Andrónico ante los normandos de Guillermo II. Iván, soberano de un pueblo joven y pujante, logró, con medidas rápidas, salvar su obra y a Rusia, pero Andrónico sucumbió antes de que el Imperio fuese reformado y fortalecido. El antiguo organismo no pudo sostenerse y el nuevo cuerpo orgánico imaginado por Andrónico fue entregado demasiado pronto a manos inexpertas".[94]

---

[91] *Ver F. I. Uspenski, Los últimos Comnenos: El principio de la reacción. Viz, Vremermik, t. XXV (19271938), p. 20 (en ruso).*

[92] *L. Bréhier, Andronic Comnene, Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastiques, publicado bajo la dirección de A. Baudrillart, t. II (París, 1914—1920), col. 1780.*

[93] *Miguel Acominatos, ed. Lambros, t. I, p. 142. Ver F. Uspenski, ob. cit., p. 19.*

[94] Cognasso, Partiti politici e lotte dinastiche in Bisanzio alla morte di Manuele Comneno. Reale Accademia della Scíenze di Torino, 1911—1912, p. 290 (78).

De todos modos Andrónico no pudo reformar radicalmente un orden social resultante de un largo proceso histórico. Los miembros de la perseguida aristocracia territorial no esperaban sino un momento favorable para librarse de aquél detestado emperador, substituyéndole por alguien que tuviese las mismas opiniones en materia social que los tres primeros Comnenos. Andrónico, viendo por todas partes traiciones y conjuras, implantó un régimen de terror que, al no distinguir al culpable del inocente y al actuar en todas las clases y no sólo en las superiores, creó en torno al emperador odio y descontento. El pueblo, que poco antes le recibía con aclamaciones, empezó a mirarle como hombre incumplidor de sus compromisos y a buscar otro pretendiente al trono. Nicetas Coniates pinta de manera impresionante el variable humor de la plebe de Constantinopla en aquella época: "En todas las otras ciudades, el populacho es irrazonable y cede a sus desordenados movimientos; pero la muchedumbre de Constantinopla es particularmente tumultuosa, violenta y de tortuosa conducta, porque la componen nacionalidades diferentes... La indiferencia respecto a los emperadores es mal innato en ellos: aquél al que elevan hoy al trono legítimo lo abaten al año siguiente como a un criminal".

Los fracasos de la política exterior agravaron la difícil situación del Estado. Andrónico llegó a la conclusión de que el Imperio no podía vivir prácticamente aislado sin lesionar sus intereses con los menospreciados países de Occidente, de los que se había alejado de modo tan ostensible.

En verdad, la actitud de Occidente ante Bizancio era muy amenazadora. A la muerte de Manuel, Bizancio hallaba en el oeste de Europa dos enemigos: Alemania y el reino de Sicilia. La alianza de los dos imperios, fundamento durante algún tiempo de la política occidental de Manuel, había terminado y, a la vez, la ayuda bizantina a las ciudades lombardas en su lucha contra Barbarroja hacía a éste sentirse enemigo del Imperio oriental. Federico adoptaba cada vez más una política de acercamiento a Sicilia.

Por otra parte, los latinos que escaparon a la matanza del 1182 en Constantinopla, habían vuelto a sus respectivos países occidentales contando los horrores que presenciaran y pidiendo venganza de los ultrajes y daños padecidos. Las repúblicas mercantiles italianas, que habían sufrido graves pérdidas financieras, estaban írritadísimas. Además, los representantes de algunas familias nobles perseguidas por Andrónico, huyeron a Italia y sugirieron a los gobernantes italianos un ataque a Bizancio. El peligro occidental crecía, pues Federico Barbarroja preparaba el casamiento de su hijo y sucesor, Enrique, con Constancia, heredera del rey de Sicilia. Se anunció el casamiento en Alemania el año (1184) que precedió a la muerte de Andrónico. Era un suceso social y político muy importante, porque, a la muerte de Federico, su sucesor podía unir Nápoles y Sicilia a las posesiones del emperador de Alemania, y Bizancio tendría, en vez de dos enemigos distintos, un adversario único y terrible, cuyos intereses políticos no podían conciliarse con los de Bizancio.

Incluso es muy probable que aquél acercamiento de Alemania a la Casa real normanda tuviera, en el ánimo del emperador de Occidente, el fin de crear una base de operaciones contra Bizancio, ya que la conquista del "reino" griego sería más fácil con ayuda de los normandos. Al menos así lo indica un historiador occidental de la Edad Media al escribir: "El emperador, hostil al reino de los griegos *(regno Graecorum infestus),* se esforzó en unir la hija de Roger, rey de Sicilia, a su hijo".[95]

Guillermo II de Sicilia, contemporáneo de Andrónico, aprovechando las dificultades interiores de Bizancio, preparó una gran expedición de ataque, cuyo fin, de cierto, no era sólo vengar la matanza de 1182 o ayudar a un eventual pretendiente, sino adueñarse del trono griego para sí. En tales circunstancias, Andrónico decidió negociar a la vez con Oriente y con Occidente.

A finales del 1184 firmó, pues, un tratado con Venecia.[96] En ese tratado, tendiente a afirmar el Imperio *(pro firmatíone Imperii),* Andrónico consentía en libertar a los venecianos presos en

[95] *Annales Coloniensis Maximi, 1185, en Pertz, Monumento Germaniae histórica, Scriptores, XVII791.*

[96] *Cognasso, ob. cit., p. 294—295 (82—83). Bréhier, Andronic Comnéne, col. 1781.*

Constantinopla desde la matanza de 1182 y prometía pagar cierta suma todos los años, por vía de compensación de los daños sufridos. De hecho comenzó a cumplir ese compromiso, abonando la primera anualidad en 1185.[97]

También quiso Andrónico aproximarse al Papa, dando sin duda por hecho que podría apoyarse en él a cambio de conceder ciertos privilegios a la Iglesia católica. En todo caso, el Papa Lucio III envió, a fines de 1182, un legado a Constantinopla.[98] Una crónica occidental nos da el curioso testimonio de que Andrónico hizo construir en Constantinopla, en 1185, a pesar de la oposición del patriarca, una iglesia dotada de ricas rentas y donde sacerdotes latinos practicaban los ritos católicos. "Aun hoy, esta iglesia lleva el nombre de iglesia latina.[99]

Poco antes de su muerte, Andrónico hizo alianza formal con el sultán de Egipto, Saladino. Según frase de un cronista occidental, Andrónico, "apremiado por el dolor y el agobio, recurrió al consejo y socorro de Saladino".[100] Las estipulaciones de la alianza, selladas con juramento, fueron: "Si Saladino, con los consejos y ayuda del emperador, lograba ocupar Jerusalén, retendría para sí todo otro territorio que ambos pudieran conquistar —quedando libres de esto Jerusalén y Ascalón—, pero poseería sus adquisiciones bajo la soberanía de Andrónico.

El emperador tomaría posesión de todos los territorios conquistados al sultán de Iconio hasta Antioquía y la Armenia Menor, caso de que los nuevos aliados pudieran apoderarse de tales comarcas". "La muerte impidió a Andrónico realizar ese plan".[101] El tratado prueba que Andrónico estaba dispuesto a ceder Palestina a Saladino, siempre que éste reconociera la soberanía del Imperio.

Pero ni el tratado con Venecia, ni las gestiones con el Papa, ni la alianza con el famoso Saladino pudieron mantener el poder en manos de Andrónico.

Isaac Comneno, gobernador de Chipre, proclamó la independencia de la isla que gobernaba. Andrónico, carente de flota experta, no pudo dominar la rebelión.

La pérdida de Chipre fue un duro golpe para el Imperio, ya que la isla era punto estratégico y mercantil de importancia y producía gruesas sumas a la Tesorería a causa, sobre todo, de su activo comercio con los Estados latinos de Oriente.

Pero el golpe mayor y decisivo lo recibió Andrónico desde Occidente, comenzando en el momento en que la expedición, muy bien organizada, de Guillermo II de Sicilia se hizo a la vela rumbo al Imperio. Las hostilidades, como siempre, empezaron por Durazzo, que pasó pronto a manos de los atacantes, quienes luego, por la vía Egnatia, avanzaron hacia Tesalónica. La poderosa flota normanda acudió allí también. Parece que Venecia mantuvo en esta guerra una neutralidad estricta.

Inicióse el célebre asedio marítimo—terrestre de Tesalónica. De él escribió un relato grandilocuente, mas no por eso menos valioso, el arzobispo de Tesalónica, Eustacio.[102] En agosto de 1185, la ciudad cayó en poder de los normandos, quienes hicieron en aquella ciudad, la segunda del Imperio, una tremenda carnicería. Así se vengaban los latinos de la matanza de 1182. Respecto

---

[97] *Andreae Danduli, Chronicon. Muratori, Rerum italicarum Scriptores, XII, 309.*

[98] *Cognasso, ob. dt., p. 298—299 (86—87). Bréhier, ob. cit., col. 1781.*

[99] *Gesta regis Henrici Secundi, Benedicti Abbatis, ed. W. Stubbs (Londres, 1867), I, 257 (Rerum britannicarum medii aevi scriptores, vol. 49): "Construyerat ecclesiam queandam nobilem in civitate Constantinopolís, et eam honore et redditibus multis ditaverat, et clcricos Latinos in ea instituit secundum ronsuetudinem Lalinorum, quae usqtie hodie dicitur Latina". Ver el mismo relato en la Chronica del Magistri Rogerí de Houdene, ed. W. Alubbs (Lanches. 1869), II 205 (Rer. br. mea. aevi script., vol. 51)*

[100] *Chronicon Magni Presbiteri (Annales Reicherspergenses) (Alón. Gerrn. Hiít. Script., XVII, 511).*

[101] *Ibid., XVII, 511. Ver. R. Rohricht, Geschichtf des Koiigreichs Jerusalem, 1100—1201*

[102] *Eustacio Tesalonicense, De Thessalonica a Latinis capta narratio (Bonn, 1842), páginas 363—512 (en el mismo volumen que León el Gramático). Ver O. Tafrali, Thessalonique des origines au XÍVe siécle (París, 1919), p. 183—191. Bibliografía: p. 183, n, 2.*

al suceso encontramos en Nicetas Coniates estas significativas expresiones: "Así *se abrió entre ellos y nosotros un enorme abismo de hostilidad. No podemos reconciliarnos en nuestro ánimo, y estamos en completo desacuerdo, aunque continuemos teniendo relaciones externas y vivamos a menudo en la misma casa"*.

Tras algunas jornadas de pillajes y muertes, los normandos se dirigieron hacia Constantinopla. Al saber la toma de Tesalónica y la aproximación de los normandos, la población de la capital se levantó, acusando a Andrónico de indecisión y debilidad. Con rapidez inesperada para Andrónico, Isaac Ángel fue proclamado emperador. Andrónico, depuesto, murió entre terribles suplicios.

Con la revolución de 1185 terminaba la dinastía de los Comnenos y con Isaac Ángel empezaba la nueva dinastía de los Ángeles.

El breve reinado de Andrónico I, que empezó acometiendo la tarea de defender a los campesinos contra la omnipotente arbitrariedad de los grandes propietarios, y ateniéndose al propósito de librar al Estado de la preponderancia latina, se distingue rotundamente, por sus caracteres, de los reinados de los otros Comnenos, hecho por el cual merece estudio atento y hondo. En ciertos aspectos, sobre todo en los sociales, la época de Andróníco I dista mucho de haber sido estudiada por completo y ofrece a la ciencia un vasto campo de investigaciones.

Historia de la época de los Ángeles. Los emperadores de la casa de los Ángeles: Isaac II, Alejo III y Alejo IV.

La dinastía de los Angeles, elevada al trono por la revolución de 1185 y sucesora de los Comnenos, descendía de un contemporáneo de Alejo Comneno: Constantino Ángel. Éste, oriundo de Filadelfia, en el Asia Menor, y descendiente de una familia bastante obscura, había casado con la hija del emperador Alejo y era abuelo de Isaac II Ángel, primer emperador de la Casa y emparentado a los Comnenos por línea femenina.

Vimos que uno de los fines de Andrónico había sido establecer un gobierno nacional. Fracasado en este propósito, a fines de su reinado comenzó a volverse hacia Occidente. Pero, después de su muerte, se hizo notar de tal modo la necesidad de un gobierno nacional, que, con expresiones de Cognasso, "la revolución del 12 de septiembre (1185) fue esencialmente nacional y aristocrática... Así, ninguna clase obtuvo provecho de la revolución, salvo la aristocracia bizantina".

Isaac II (1185—1195) era, citando palabras de Gelzer, "la encarnación de la ruindad que se instaló con él en el trono podrido de los Césares" y no tenía talento de hombre de Estado. El lujo desmesurado de la corte, las prodigalidades excesivas, exigían exacciones e impuestos arbitrarios e intolerables. La falta de voluntad del soberano y la ausencia de un determinado programa gubernamental; las complicaciones externas; el nacimiento en la Península balcánica de un nuevo poder peligroso para Bízancio (el segundo imperio búlgaro); y, en fin, los progresos de los turcos en Asia Menor, crearon un ambiente de descontento e irritación en el país. De tiempo en tiempo se producían insurrecciones en favor de diversos aspirantes al trono. Pero la causa principal del malestar general era que "la población estaba harta de soportar los dos males justamente diagnosticados por Andrónico: la insaciabilidad de la administración fiscal y la arrogancia de los ricos".[103] Al cabo, en 1195 se formó contra Isaac una conjura dirigida por su propio hermano, Alejo, quien, ayudado por parte de la nobleza y del ejército, derribó al emperador. Éste fue cegado y preso, substituyéndole su hermano Alejo III Ángel, también conocido en la historia como Alejo III Ángel—Comneno (1195—1203). A veces se le aplica el sobrenombre de *Bambacoracio.*[104]

El carácter y dotes naturales del nuevo emperador no diferían mucho del modo de ser de su hermano. Una prodigalidad no menos insensata, una idéntica ausencia de talento político y de

---

[103] *Cognasso, Un imperatore bizantino della decadenza: Isacco II Angelo. Bessarione, anno XIX, vol. XXXI (1915)., p. 59; tirada aparte, p. 33.*

[104] *Ver Nikos A. Bees, Bambacoratius, ein Reiname des Kaisers Alexias III Angelos (1195—1203), en la Byzantinisch Neugriechische Jahrbücher, t. III (1922), p. 285—286.*

interés por los asuntos del Estado, una análoga carencia de capacidad militar, llevaron al Imperio, a largos pasos, hacia inminentes humillaciones y desintegraciones. El historiador Nicetas Coníata, dice, no sin maligna ironía, respecto a Alejo III: "Fuese el que fuera el papel que se presentaba al emperador, era firmado por él, aunque se tratase de un conjunto de palabras desprovistas de sentido, incluso si el solicitante pedía que se navegase en tierra firme, o que se arase el mar, o que se substituyeran las montañas por mares, o hasta, como se dice en la fábula, que se pusiera el Athos sobre el Olimpo". El emperador halló imitadores en la nobleza de la capital, que rivalizaba a porfía en gastos y lujo. Surgieron insurrecciones en Constantinopla y en las provincias. Los venecianos, písanos y otros extranjeros que habitaban Constantinopla tenían frecuentes choques en las calles. Y la situación exterior no era nada esplendorosa.

El joven príncipe Alejo, hijo del emperador destituido, pudo huir a Italia en un buque pisano y luego pasó a la corte del emperador alemán, Felipe de Suabía, casado con Irene, hija de Isaac Ángel y hermana del príncipe Alejo. Este pidió a su cuñado el emperador, así como al Papa, que ayudaran a su padre a recobrar el trono bizantino. Tras muchas complicaciones de que hablaremos en el capítulo relativo a la cuarta Cruzada, Alejo consiguió encaminar hacia Constantinopla a los cruzados que, a bordo de naves venecianas, pensaban dirigirse a Egipto. Los cruzados, en 1203, tomaron Constantinopla y, tras deponer a Alejo III, restauraron en el trono al anciano y ciego emperador, asociándole a su hijo Alejo IV. Pero los cruzados quedaron cerca de Constantinopla para vigilar el cumplimiento de los compromisos asumidos con ellos por Alejo e Isaac.

La imposibilidad de cumplir tales obligaciones y la plena dependencia de los emperadores respecto a los cruzados, provocaron en la capital una revuelta que concluyó en la proclamación de un nuevo emperador: Alejo V Ducas Murzuflo (1204), emparentado con la dinastía de los Ángeles como esposo que era de una hija de Alejo III. En el curso de los tumultos perecieron Isaac II y Alejo IV. Entonces los cruzados, viendo desaparecer con los dos emperadores muertos su principal apoyo en la capital, e informados de que Murzuflo se había puesto a la cabeza de un movimiento antilatino, resolvieron apoderarse de Constantinopla por su propia cuenta. Tras un encarnizado asalto de los latinos y una desesperada defensa de los sitiados, Constantinopla, el 13 de abril de 1204, pasó a manos de los caballeros occidentales, siendo sometida a un espantoso saqueo. Murzuflo pudo huir. El Imperio bizantino se desplomaba. En su lugar se fundó un Imperio latino feudal, con capitalidad en Constantinopla y una serie de Estados vasallos en las diversas regiones del Imperio de Oriente. Estos sucesos, de vital importancia para Bizancio, serán expuestos con más detalles en el capítulo dedicado a la historia de la cuarta Cruzada.

La dinastía de los Ángeles o Ángeles—Comnenos, griega de origen, no dio al Imperio un solo monarca de talento. Antes bien apresuró la caída de Bizancio, que estaba debilitado por fuera y desintegrado por dentro.

Relaciones de Bizancio con turcos. Fundación del Imperio Búlgaro.

El Imperio, en 1185, al ser derribado Andrónico I y elevado al trono Isaac Ángel, estaba en una situación muy peligrosa. Los ejércitos normandos se acercaban por tierra a la capital, ante la que ya se hallaba la flota enemiga. Pero los normandos, envalentonados por su triunfo, dedicáronse al pillaje de las regiones ocupadas, menospreciando al ejército bizantino, y éste entonces les infligió una derrota, como consecuencia de la cual el enemigo hubo de abandonar Tesalónica y Dyrrachium. El fracaso de los normandos en tierra hizo que su escuadra abandonase las aguas de Constantinopla. Un tratado de paz entre Isaac Ángel y Guillermo II concluyó aquella guerra, tan peligrosa para Bizancio. Isaac Ángel pudo contener el peligro selyúcida del Asia Menor mediante ricos presentes y un tributo anual pagado al sultán turco.

El armisticio con los normandos, aunque transitorio, constituyó un gran éxito para Isaac Ángel. Los primeros años del reinado de éste señaláronse, en la Península balcánica, por sucesos de extrema importancia para el Imperio.

Bulgaria, conquistada por Basilio II Bulgaróctonos en 1018, había sacudido, tras varias tentativas infructuosas, el yugo bizantino, fundándose en 1186 un nuevo Imperio búlgaro. En el éxito final del movimiento búlgaro ha de atribuirse predominante papel, no sólo a los eslavos, sino también al elemento turco —polovtzianos o kumanos— y al romano, es decir, valaco o rumano. Los valacos, en efecto, cooperaron activa y eficazmente al levantamiento de los búlgaros.

Al frente del alzamiento de Bulgaria se pusieron dos hermanos, Pedro o Kalopedro y Juan Asen, acaso descendientes de los antiguos zares búlgaros, si bien habían crecido entre los valacos y adoptado la lengua valaca. "En esos jefes —dice Vasilievski— se unían y fundían las dos nacionalidades búlgara y valaca, cosa que se ve claramente en todos los relatos que poseemos de la lucha por la independencia. Los historiadores contemporáneos han insistido sobre este hecho".[105]

Hoy, ciertos historiadores búlgaros rechazan el origen rumano de los Asen y la participación rumana en la insurrección de 1186, viendo en la fundación del segundo reino búlgaro de Tirnovo una obra nacional búlgara exclusivamente.[106]

El origen del levantamiento fue el descontento de los búlgaros contra el dominio bizantino, y el afán nacional de obtener la independencia. El éxito parecía fácil en aquél momento, ya que el Imperio sufría aún las repercusiones de las turbulencias de la época de Andrónico y de la revolución de 1185 y no podía oponerse a la insurrección con suficientes medios. Nicetas Coniates atribuye ingenuamente la causa de la sublevación al descontento de los valacos, que se encolerizaron al verse privados de sus reses, que se destinaron a las fiestas efectuadas con motivo de las nupcias de Isaac Ángel con la hija del rey de Hungría.

Tras algunas derrotas causadas a los insurrectos búlgaros por los ejércitos bizantinos, Pedro (aquel *"renegado, aquél esclavo maldito"*, como decía Miguel Acominatos, metropolitano de Atenas) y su hermano entraron en tratos con los kumanos de allende el Danubio y los llamaron para que les auxiliasen contra el Imperio. La lucha fue difícil para Bizancio, y como consecuencia no tardó en firmarse un tratado.

Ya desde comienzos de la insurrección, Pedro había asumido el título y las insignias imperiales. La capital del nuevo Estado fue Tirnovo. Inmediatamente de proclamada la independencia política de Bulgaria, Pedro y Asen crearon una Iglesia nacional independiente.[107] El reino así fundado es conocido como Reino Búlgaro de Tirnovo.[108]

A la vez que la insurrección búlgara, se producía un movimiento análogo en los territorios servios, donde el fundador de la dinastía de los Nemanya, el *"gran zupán"* (gran jefe) Esteban Nemanya, tras poner las bases de la unificación de Servía, entabló tratos de amistad con Pedro de Bulgaria a fin de pelear en común contra el emperador.[109]

En 1189, Federico Barbarroja atravesó como cruzado la Península balcánica, en dirección a Constantinopla. Servios y búlgaros proyectaron aprovechar tal momento para alcanzar su fin con ayuda de Federico. En Nisch, Federico recibió a los embajadores servios y búlgaros y al gran zupán

---

[105] *Vasilievski, en su crítica de la obra de F. I. Uspenski, La fundación del segundo Imperio búlgaro, en la Gaceta de Ministerio de Instrucción Pública, vol. 204 (1879), p. 181 (en ruso).*

[106] *Ver, por ejemplo, P. Mitafchiev, Los soberanos de Prosec. Paginas de la historia de Bulgaria a fines del siglo XII y principios del XIII (Sofía.), p. 6—7 (en búlgaro). Pero comprobar con G. Bratianu, Vicina. I. Contribución a la historia de la dominación bizantina y del comercio genovés, en Dobrudya (Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana, tomo X (1923), p. 136—137). El autor afirma que la nueva dinastía era de origen valaco.*

[107] *Véase P. Nikov, Estudios sobre las fuentes históricas de Bulgaria y sobre la historia de la Iglesia búlgara (Sofía, 1921), p. 8—13 (reimpresión del estudio publicado en el Boletín de la Academia Búlgara de Ciencias) (en búlgaro).*

[108] *Ver nota anterior. También P. Nikov, La diplomacia búlgara a principios del siglo XIII, en la Biblioteca Histórica Búlgara (Sofía, 1928), t. I, p. 76—77 (en búlgaro).*

[109] *Véase C. Jirecek, Geschichte der Serben (Gotha, 1911), t. I, p. 274.*

en persona. Servios y búlgaros ofrecieron al emperador una alianza contra Bizancio, a condición de que Federico permitiese a Servia anexionarse Dalmacia y conservar los territorios arrebatados a Bizancio, dejando, además, a los Asen en posesión definitiva de Bulgaria y asegurando a Pedro el título imperial.

Según parece, Federico continuó su camino sin dar contestación decisiva.[110] Vasilievski observa al propósito: "Hubo un momento en que la resolución del problema eslavo en la Península balcánica estuvo en manos del emperador de Occidente. Barbarroja hallóse casi decidido a aceptar el concurso de los jefes servios y búlgaros contra Bizancio, lo que habría causado la ruina infalible del Imperio griego".[111]

Poco después del paso de los cruzados al Asia Menor, el ejército bizantino fue duramente batido por los búlgaros. El emperador eludió con trabajo la cautividad. "Las numerosas pérdidas de hombres —dice una fuente— llenaron las ciudades de lloros y las aldeas de cantos de amargura".[112]

En 1195 sobrevino en Bizancio el levantamiento que privó a Isaac del trono y de la vista y puso en su lugar a su hermano Alejo. Éste, pensando ante todo en mantenerse en el Poder, entabló negociaciones de paz con los búlgaros, quienes hicieron propuestas inaceptables. Poco después (1196) Asen, y después Pedro, murieron asesinados merced a las intrigas griegas. Juan, hermano menor de ambos, pasó a ser emperador de Bulgaria. Había vivido en Constantinopla como rehén y conocía perfectamente las costumbres griegas. Él fue el célebre emperador Kalojuán, "terror de los griegos desde 1196, y más tarde de los latinos".[113]

Bizancio no pudo vencer al nuevo monarca búlgaro. Éste entró en relaciones con el Papa Inocencio III, quien le otorgó el título de rey. Los búlgaros reconocieron al Papa como jefe espiritual. El arzobispo de Tirnovo fue promovido a la dignidad de Primado.

Así apareció, en tiempo de los Ángeles, un nuevo y poderoso rival: el soberano búlgaro. El segundo reino búlgaro, en continuo crecimiento durante la época de los Angeles, amenazó también al ulterior Imperio latino.

La tercera Cruzada. Enrique VI y sus proyectos en Oriente.

Después de la infructuosa segunda Cruzada, la situación de los Estados cristianos de Oriente continuó suscitando serios temores. Las luchas intestinas entre los príncipes, las intrigas cortesanas, las disputas de las órdenes religioso—militares y los intereses privados, constituían causas de debilidad para los cristianos y favorecían la nueva ofensiva de los musulmanes. Antioquía y Jerusalén —los centros más importantes de las posesiones cristianas— carecían de fuerzas suficientes para defenderse sin ayuda ajena. Nur—ed—DinMahmud, enérgico soberano de Siria, se adueñó de Damasco y en la segunda mitad del siglo XII amenazó Antioquía. Pero el verdadero peligro provino de Egipto, donde el kurdo Saladino, jefe de talento y político sutil y de amplias miras, había derribado al último Fatimita, fundando la dinastía Eyubida. A la muerte de Nuredin, Saladino conquistó Siria y gran parte de Mesopotamia, amenazando así el reino de Jerusalén por el este, el sur y el norte.

En aquella época Jerusalén era presa de turbulencias que Saladino no desconocía. Informado de que una caravana musulmana, con la que viajaba su hermana, había sido atacada por los cristianos, Saladino pasó la frontera del reino de Jerusalén y en 1187, junto al lago de Tiberíades, en Hittin (Hattin), batió a las tropas cristianas. El rey de Jerusalén y otros príncipes reinantes cayeron prisioneros. Saladino ocupó varias plazas del litoral, como Beirut, Sídón, Jaffa y otras, impidiendo

---

[110] *Lirecek, ob. cit., t. I, p. 271—272.*

[111] *G. Vasilievski, en la Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública, vol. 204 (1879), páginas 196—197 (en ruso)*

[112] *ic. Chon., p. 565.*

[113] *Vasilievski, ob. cit., p. 203 (en ruso).*

de este modo la llegada de refuerzos a los cristianos. Después marchó sobre Jerusalén, que sin gran dificultad tomó en otoño del mismo año (1187). De manera que todos los sacrificios de Europa y todo su entusiasmo religioso no habían servido de nada. Jerusalén había pasado de nuevo a manos de los infieles y se imponía una Cruzada más.

El Papa la propugnó con actividad en Occidente, logrando ganar a sus opiniones a tres soberanos: Felipe Augusto, de Francia, Ricardo Corazón de León, de Inglaterra, y Federico Barbarroja. La expedición, iniciada con mucha brillantez, adoleció de falta de idea directriz. Los miembros de la Cruzada procuraron ante todo asegurarse buenas relaciones con los monarcas de los países que debían atravesar. Felipe Augusto y Ricardo pasaron por Sicilia, con cuyo rey debieron establecer relaciones amistosas. Barbarroja, que fue por la Península balcánica, entabló relación con el rey de Hungría, el gran zupán de Servia, el emperador Isaac Ángel, e incluso con el sultán de Iconion, enemigo de Saladino. Las combinaciones y cálculos políticos obligaban al monarca cristiano a no despreciar la alianza de un musulmán. Los cristianos tenían delante, no fuerzas musulmanas desunidas, como otras veces, sino un soberano valeroso y enérgico cual Saladino, ya cubierto de gloria por sus triunfos, en especial desde la toma de Jerusalén. Saladino reunía las fuerzas de Egipto, Palestina y Siria. Enterado de la proyectada Cruzada, Saladino excitó a los musulmanes a luchar contra los cristianos, "perros aulladores" e "insensatos", según los llamaba en las cartas que dirigía a su hermano.[114] Organizóse una especie de Cruzada anticristiana. Según una leyenda medieval, Saladino, antes había recorrido Europa personalmente para informarse de la situación de los países cristianos.[115] Como dice un historiador, "jamás la Cruzada había revestido hasta entonces tan netamente el carácter de un singular combate entre cristianismo e islamismo".[116]

Barbarroja, tras cruzar Hungría sin tropiezo, se internó en los Balcanes, donde mantuvo con servios y búlgaros las conversaciones que ya dijimos. Para poder continuar su camino, necesitaba Barbarroja establecer buenas relaciones con Isaac Ángel.

Desde la matanza de latinos en 1182, las relaciones de Bizancio con Occidente habían sido muy tensas. El acercamiento de Federico Barbarroja a los normandos, enemigos permanentes del Imperio bizantino, y cuyo acercamiento se expresó con el matrimonio del hijo de Federico con la heredera del rey de las Dos Sicilias, aumentó la desconfianza de Isaac hacia el emperador de Alemania. A pesar del tratado concluso en Nuremberg entre el embajador bizantino y Federico antes de que éste partiese para la Cruzada, Isaac Ángel inició negociaciones con Saladino, contra el que se dirigía la expedición. Aparecieron embajadores turcos en la corte de Isaac y se acordó una alianza contra el sultán de Iconion entre Isaac y Saladino. El emperador debía estorbar en lo posible la marcha de Federico, y Saladino prometía devolver a los griegos los Santos Lugares. La actitud de Isaac ante Federico hízose muy equívoca. Las negociaciones de Federico con los búlgaros y los servios debían neCésariamente inquietar al emperador.

Los cruzados de Federico ocuparon Filipópolis. Isaac, en la carta que escribió al emperador alemán, llamándole "rey de Alemania"[117] y dándose a sí mismo el título de "emperador de los romanos",[118] acusaba a Barbarroja de querer conquistar el Imperio griego, no obstante lo cual le ofrecía ayuda para cruzar el Helesponto camino del Asia Menor, siempre que Federico le dejase en rehenes algunos nobles alemanes y se comprometiera a entregar a Bízancio la mitad de las regiones que conquistara en Asia. Los embajadores alemanes que había en Constantinopla fueron reducidos a prisión y tan lejos llegaron las cosas, que Federico decidió conquistar Constantinopla. Incluso

[114] *Véase R. Roricht, Geschichte des Konigsreichs Jerusalem (Innsbruck, 1898), p. 491*

[115] *Ver Chronicon imaginis mundi, Fr. Jacobi, Monumentae Historias Patria Scriptorum, tomo III (Turín, 1848), col. 1561. Confrontar también con G. París, La Légende de Saladin (Journal des Savants, 1983, mayo, p. 7—34). A. Thomas, La Légende de Saladin en Poitou (Journal des Savants, 1908, p. 467—471).*

[116] *L. Bréhier, L'Eglise et l'Orient au moyen age (París, 1907), p. 121; 5. ed. (París, 1928), p. 121.*

[117] Nicetas Coniates llama también a Federico

[118] Ansberti, Historia de expeditione Frederici. Fontes rerum austríacarum, I : Script., V, 37.

escribió a su hijo Enrique pidiéndole que juntase una flota en Italia y obtuviera del Papa que éste predicase Cruzada contra los griegos. Entre tanto, las tropas de Barbarroja, tras adueñarse de Adrianópolis, ocuparon Tracia, llegando casi a los muros de Constantinopla. Una fuente afirma que "toda la ciudad de Constantinopla temblaba de espanto al pensamiento de que su destrucción y el exterminio de sus moradores estaban cercanos".[119]

En tan difícil momento, Isaac cedió, llegando en Adrianópolis a un acuerdo con Federico. Las estipulaciones principales eran las siguientes: Isaac proporcionaría naves para el transporte de las fuerzas de Federico al Asia Menor, por el Helesponto; le daría rehenes y prometía dominar a los cruzados. En otoño de 1190, los alemanes pasaron el Helesponto.

Sabido es que la expedición de Federico concluyó en un fracaso completo, Tras una marcha agotadora por el Asia Menor, los cruzados alemanes alcanzaron con trabajo las fronteras de Cilicia, donde el emperador se ahogó en un río (1190). Con Federico desaparecía uno de los enemigos más peligrosos de Saladino.

La expedición de Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León —que habían embarcado en Sicilia para arribar a Palestina por mar— no afectaba tanto los intereses de Bizancio. Sin embargo, al nombre de Ricardo se vincula para el Imperio de Oriente la pérdida definitiva de Chipre, punto estratégico importante en el Mediterráneo oriental.

Durante la tiranía de Andrónico I, Isaac Comneno se había proclamado independiente en Chipre y entrado en tratos con el rey de las Dos Sícilias. La tentativa, de Isaac Ángel para recuperar la isla no tuvo éxito. En el curso de su viaje, Ricardo de Inglaterra exasperóse ante la actitud del soberano de Chipre con las naves que conducían a la hermana y la prometida del rey inglés, naves que habían naufragado junto a las costas chipriotas. Ricardo desembarcó en Chipre y, tras batir y deponer a Isaac Comneno, dio la isla a Guy de Lusignan, ex rey de Jerusalén, quien así pasó a ser, en 1192, monarca de Chipre, donde fundó la dinastía de su nombre. Lusignan renunció a sus derechos, harto ilusorios, sobre el reino de Jerusalén, que no estaba entonces en manos cristianas. El nuevo Estado cristiano de Chipre debía más tarde, según parecía, desempeñar un importante papel como base estratégica para futuras operaciones cristianas en Oriente.

La expedición no logró fines prácticos. Los dos reyes volvieron a Europa sin haber obtenido resultados tangibles. Jerusalén seguía en manos musulmanas. Los cristianos sólo conservaron una estrecha faja del litoral, desde Jaira hasta Tiro. Saladino quedaba victorioso.

Grande había sido el peligro que amenazara a Bizancio bajo Federico Barbarroja, pero todavía creció con su hijo y sucesor Enrique VI. Éste, imbuido de la idea, tan grata a los Hohenstaufen, del poder ilimitado y divino de los emperadores de Occidente, no podía mirar con buenos ojos a otro emperador que aspiraba a igual plenitud de poder, cual era el caso del monarca bizantino. Además, Enrique, heredero del reino de las Dos Sicilias como esposo de la princesa Constancia, heredaba a la par el odio de los normandos a Bizancio y sus planes de conquista. El destino de Enrique parecía consistir en ejecutar el proyecto que su padre no tuviera tiempo de llevar a cabo: la anexión de Bizancio al Imperio de Occidente. Enrique envió a Constantinopla una especie de ultimátum, exigiendo la entrega de los territorios balcánicos comprendidos entre Dyrrachium y Tesalónica, antes conquistados por los normandos y devueltos a los bizantinos. En la misma carta se hablaba de una indemnización pecuniaria de los daños sufridos por Barbarroja durante la Cruzada y se pedía un auxilio naval que Enrique emplearía en una expedición a Palestina.[120] Isaac no tuvo tiempo sino de expedir una embajada a Enrique, ya que en 1195 se vio depuesto y cegado por su hermano Alejo.

Tras esto la actitud de Enrique VI se tornó más amenazadora. Casó a su hermano, Felipe de Suabia, con Irene, hija del emperador depuesto, con lo que daba a éste esperanzas de recobrar el trono bizantino. Con Enrique VI, el nuevo emperador de Bizancio y debía temer, no sólo a un

---

[119] *Historia peregrinorum, en K. Zimmert, Der deutsch—byzantinische Konflikt vom Juli 1189 bis Februar 1190 (Byz. 7.cit,, t. XII (1903), p. 63, n. 2).*

[120] *Nicetas Coniates, p. 627—628*

emperador occidental, sucesor de los soberanos normandos y los cruzados, sino también, y ante todo, "al vengador del emperador caído y su familia".[121] La Cruzada que preparaba Enrique tenía por objetivo tanto Constantinopla como Palestina. Sus proyectos tendían a ocupar todo el Oriente cristiano, Bizancio incluso. Las circunstancias favorecían en apariencia sus ambiciones. Por entonces llegó a Enrique una embajada del soberano de Chipre, quien pedía el reconocimiento de su título real y deseaba ser "siempre hombre (es decir, vasallo) del Imperio romano" *(homo imperii esse romani).*[122] El soberano de la Armenia Menor se dirigió a Enrique con la misma petición de título real. De poder Enrique instalarse en Siria, le cabría, con ayuda de los Estados vasallos de Chipre y la Armenia Menor, amenazar por todas partes al Imperio bizantino.

En momento tan crítico para los bizantinos, el Papa tomó partido por ellos, comprendiendo bien que si se realizaban los sueños de monarquía universal (con inclusión de Bizancio) albergados por los Hohenstaufen, el Papado veríase reducido a eterna impotencia. En consecuencia el Papa hizo toda clase de esfuerzos para retener a Enrique y trabar sus planes de conquista del Imperio oriental, cuya cismaticidad no parecía molestar tanto entonces al sucesor de San Pedro. El historiador Norden dice: "Qué podía significar para la Curia una conquista espiritual si debía comprarse al precio de la liquidación política del Papado? Para la Santa Sede, a fines del siglo XII, lo esencial era que Bizancio conservase su independencia, ya fuese Estado católico o cismático, ya ocupase su trono un emperador legítimo o un usurpador.

De todos modos, Enrique envió a Alejo III una carta amenazadora, semejante a la enviada antes a Isaac. Alejo no pudo comprar la paz sino a costa de pagar a Enrique una gruesa cantidad de dinero. Para ello estableció en todo su Imperio un impuesto especial, que fue llamado "Alamánico" y utilizó los ornamentos valiosos de las tumbas imperiales de Constantinopla.[123] Sólo a tan humillante precio pudo obtener la paz. A fines de 1197 Enrique acudió a Mesina a fin de presenciar personalmente la partida de la Cruzada.

Reunióse una flota, enorme para la época. Es probable que su destino fuera Constantinopla y no los Santos Lugares; pero en aquél momento Enrique, joven aun y pleno de energía, cayó enfermo y murió en el otoño de 1198. Con él se desplomaron sus vastos planes. Por segunda vez en corto tiempo, Oriente escapaba de manos de los Hohenstaufen. Bizancio recibió con júbilo la noticia de la muerte del emperador y del fin del "impuesto alamánico". Y también el Papa se sintió aliviado.

La actividad de Enrique VI, que demuestra el triunfo de los ideales políticos en las Cruzadas, tuvo la mayor importancia en el futuro de Bizancio: "Enrique VI planteó con claridad la cuestión del Imperio bizantino, cuya solución aparecería pronto como condición previa del éxito de las Cruzadas".[124]

Ciertos historiadores rehusan hoy admitir que Enrique VI soñase en una monarquía universal, haciendo notar que esa teoría sólo se funda en la autoridad de un historiador bizantino de la época, Nicetas Coniates, sin que las fuentes occidentales den sobre ese punto ningún testimonio. Pretenden, por tanto esos eruditos, que la tesis de Nicetas, acentuada por Norden y seguida por Bréhier, carece de fundamento. Según ellos, la Cruzada de Enrique VI era totalmente extraña a la política bizantina y el proyecto de Enrique VI de crear una monarquía bizantina debe situarse en el campo de la fábula.[125] Pero no podemos rechazar el testimonio del contemporáneo Nicetas Coniates, quien expone con toda precisión los planes ofensivos de Enrique contra Bizancio.

---

[121] *W. Nordcn, Das Papsttum una Byzant. (Berlín, 1903).*

[122] *Annales Marbacesnes, Petz, Mon. Gertn. ist., XVII, 167.*

[123] *Nicetas Coniates, p. 131—632*

[124] *Bréhier, L'Église et l'Orient, p. 143*

[125] *Ver E. Traub, Der Kreuzzugsplan Kaiser Heinrichs VI im Zusammenhang mit der Politik der Jahre 1195—1197 (Jena, 1910), p. 51—52, 6o. W. Leonhardt, Der Kreuzzugsplan Kaiser Heinrichs VI (BernaLeipzig, 1913), p. 63, 67, 89. Dólger, ob. cit., II, 101, n.° 1619. El punto de vista de Leonhardt aparece adoptado por J. Haller, Kaiser Heinrich VI (Historische Zeitschrift, vol. 113. 1914).*

Además, tal política era continuación y consecuencia de la de Federico Barbarroja, padre de Enrique, y bien sabemos que Barbarroja, durante la tercera Cruzada, estuvo a punto de apoderarse de Constantinopla.[126] A nuestro juicio, la política de Enrique VI no fue sólo la propia de un cruzado, sino también la de un hombre imbuido de la ilusoria idea de crear una *monarquía universal,* cuya parte más importante desempeñaría Bizancio.

Bizancio y la Cuarta Cruzada.

La cuarta Cruzada es un fenómeno histórico de extrema complejidad, y donde se hallan intereses y sentimientos de variedad máxima. Tales son: un noble impulso religioso, la esperanza de recompensas en la vida futura, el deseo de cumplir proezas morales y la fidelidad a los compromisos contraídos con la Cruzada, todo ello mezclándose a un deseo de aventuras y lucro, a la pasión de los viajes y a la costumbre feudal del combate perpetuo. Pero en la cuarta Cruzada se advierte un rasgo original que, en rigor, ya se había manifestado en las expediciones precedentes: los intereses materiales y los sentimientos profanos tuvieron mucha preponderancia sobre los impulsos religiosos y morales, lo que demostró de manera rotunda la toma de Constantinopla por los cruzados y la fundación del Imperio latino.

A fines del siglo XII, y sobre todo en la época de Enrique VI, la influencia germánica era preponderante en Italia, y los planes orientales de Europa se habían revelado peligrosísimos para el Imperio de Bizancio. Tras la muerte inesperada de dicho soberano, las circunstancias cambiaron. Inocencio III, elegido Papa en 1198, se propuso restaurar en su plenitud la autoridad pontificia, minorada por la política de los emperadores de Alemania, y tomar la dirección del movimiento cristiano contra el Islam. Italia se puso al lado del Papa en su lucha contra la dominación germánica. Inocencio III, viendo en los Hohenstaufen el principal enemigo de la Santa Sede y de Italia, sostuvo en Alemania a Otón de Brunswick, elegido por parte de los alemanes contra el Hohenstaufen Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI. Parecía que los emperadores bizantinos podían encontrar en aquella ocasión momento excelente de aplicar los planes de los Comnenos: crear, en vez del Imperio alemán pretendidamente universal, un Imperio universal bizantino. Al menos, en ese sentido escribía el emperador Alejo III al Papa Inocencio III el año de la elección de este último: "Nosotros somos los dos poderes universales: la Iglesia romana, que es única, y el Imperio, único también, de los sucesores de Justiniano. Debemos, pues, unirnos y esforzarnos en oponernos al nuevo crecimiento del poderío de nuestro rival, el emperador de Occidente".[127] En realidad, la difícil situación externa e interior de Bizancio no permitía presumir la realización de tan vastos proyectos.

Pero Inocencio III quería en Oriente un emperador no cismático. Así, abrió negociaciones con miras a la unión de las Iglesias. Los tratos arrastrábanse con lentitud y el Papa, irritado, amenazó a Alejo, en una carta, con apoyar los derechos imperiales de la familia de Isaac,[128] cuya hija, según vimos, había casado con el emperador alemán Felipe de Suabia. Pero Alejo III no consintió en la unión. En una de sus cartas llego a establecer el principio de que el poder imperial era superior al espiritual.[129] Tras esto, las relaciones de Roma y Bizancio tornáronse un tanto tirantes. Mientras negociaba con Constantinopla y estimulaba combinaciones políticas en Alemania, Inocencio III desplegaba también intensa actitud en la preparación de una Cruzada general en que los cristianos orientales y occidentales se reuniesen para el fin común de liberar los Lugares Santos. Se enviaron misivas pontificales a todos los soberanos cristianos. Legados pontificios recorrieron Europa,

---

[126] *Véase, por ejemplo, una carta de Barbarroja a su hijo Enrique poco antes de su muerte, en 1189. J. F. Bóhmer, Acta imperial selecta (Insbruck, 1870), 152 (162).*

[127] *Norden, ob. dt., 134. Norden saca igual conclusión de la carta de Inocencio a Alejo. Inoc. III, Epistolae, 1, 353. Migne, Patr. !at., vol. 214, col. 326—327.*

[128] *Inoc. III, Epistolae, V, 122. Migne, vo! 214, col. 1123—1124.*

[129] *Appendix ad Regesta. Mignie. vol. 216, col. 1182—1183.*

prometiendo a los cruzados la remisión de sus culpas y muchas ventajas profanas. Elocuentes predicadores entusiasmaban a las masas populares. En una de sus cartas, Inocencio, tras declarar la triste situación de Tierra Santa, expresa su indignación contra los soberanos y príncipes de su época, que se entregaban a sus placeres y a mezquinas querellas, añadiendo lo que los musulmanes, "paganos", —dice el Papa— piensan y hablan de los cristianos: "Nuestros enemigos nos ofenden y dicen: "¿Qué es de vuestro Dios, que no puede librarse a sí mismo ni librar a vosotros de nuestras manos? Hemos profanado vuestros santuarios; hemos puesto las manos sobre los objetos de vuestra adoración; hemos atacado con furor los Santos Lugares; poseemos a pesar vuestro la cuna de la superstición de vuestros padres; hemos roto las lanzas de los francos, detenido los esfuerzos de los ingleses, la fuerza de los alemanes, el heroísmo de los españoles... ¿Cuál ha sido el resultado de todo el valor que habéis desplegado contra nosotros? ¿Dónde está vuestro Dios? ¡Que se alce y os ayude! ¡Que muestre cómo sabe vengarse y defenderos!.. Ya no nos queda, después de la matanza de los defensores que habéis dejado en el país, sino atacar vuestro territorio, para aniquilar vuestro nombre y todo recuerdo de vosotros". ¿Qué podemos replicar a semejantes ataques? ¿Cómo responder a tales afrentas? Porque lo que ellos dicen es, en parte, la misma verdad... Mientras los paganos se esparzan impunemente por todo el país, los cristianos no osarán salir de sus ciudades. Y no pueden permanecer en ellas sin temblar. Fuera les espera la espada; dentro están helados de terror".[130]

Entre los soberanos occidentales de alguna importancia, ninguno respondió a la llamada de Inocencio III. Felipe Augusto de Francia estaba entonces excomulgado a causa del repudio de su mujer; el rey inglés, Juan Sin Tierra, que acababa de subir al trono, se veía harto ocupado por su lucha contra los barones, y el conflicto surgido en Alemania entre Otón de Brunswick y Felipe de Suabia no permitía a ninguno de ambos salir del país. Sólo el rey de Hungría tomó la cruz. En cambio, la flor de la caballería occidental, sobre todo la del norte de Francia, se alistó en la expedición. Teobaldo, conde de Champaña, Balduíno de Flandes, Luis de Blois y muchos otros tomaron la cruz. Había "en el ejército cruzado muchos franceses, flamencos, sicilianos, ingleses y alemanes. Pero el personaje principal de la expedición fue el dux de Venecia, Enrique Dándolo, veneciano típico por su alma y por su carácter. Aunque al llegar al Poder tuviese ochenta años o acaso más, parecía un joven por su actividad desbordante, su inflamado patriotismo y su clara comprensión de los fines esenciales, sobre todo económicos, que interesaban a Venecia. Cuando se trataba de la grandeza y ventaja de la República de San Marcos, Dándolo no reparaba en medios. Ducho en el arte de manejar a los hombres, dotado de mucha prudencia y gran dominio de sí mismo, era notable estadista, sutil diplomático y hábil mercader a la par. Al empezar la cuarta Cruzada, las relaciones veneciano—bizantinas no eran especialmente cordiales. La leyenda dice que Dándolo, treinta años atrás, estando en Constantinopla como embajador, había sido cegado a traición por los griegos con ayuda de un espejo cóncavo que reflejaba intensamente los rayos del Sol, lo que fue causa del odio profundo de Dándolo a Bizancio. De hecho, la rivalidad y desconfianza mutua de Bizancio y Venecia tenía causas más hondas". Dándolo, consciente de la importancia que los países orientales, cristianos o musulmanes, con sus innumerables riquezas, tenían para la prosperidad económica de la República, fijó su atención en el más inmediato rival de Venecia: Bizancio. Exigió, pues, que todos los privilegios mercantiles obtenido" por Venecia del Imperio y rebajados algo por los últimos Comnenos, a contar de Manuel, fuesen restablecidos en toda su integridad. Dándolo pensaba sobre todo en los hechos que ya conocemos: prisión de los mercaderes venecianos, embargo de sus navios, confiscación de sus bienes en tiempos de Manuel y matanza de latinos en 1182. Por ende, el dux no podía aceptar la idea de que, tras largos años de monopolio comercial veneciano en el Imperio, otras ciudades italianas —Pisa y Génova— hubiesen obtenido privilegios también, lesionando la prosperidad comercial veneciana. Poco a poco, el previsor y astuto Dándolo concibió el proyecto de conquistar Bizancio, a fin de asegurar en

[130] *Inoc. III, Epistolae, I, 336. Migne, vol. 214, col. 309.*

definitiva a Venecia el mercado oriental. Como Inocencio III, Dándolo amenazó a Alejo III con sostener los derechos al trono del hermano del emperador, es decir, de Isaac Ángel.

De manera que en los preliminares de la cuarta Cruzada había dos personajes en primer plano: el Papa Inocencio III, representante del elemento religioso de la expedición y que deseaba vivamente arrancar los Santos Lugares de manos musulmanas así como la unión con la Iglesia oriental; y el dux Enrique Dándolo, representante del principio profano y que ponía ante todo los Intereses materiales y mercantiles. Otras dos personas tuvieron gran influjo en el curso de la expedición: el príncipe bizantino Alejo, hijo de Isaac Ángel, y que había huido de Constantinopla a Occidente, y Felipe de Suabia, emperador de Alemania, casado con la hija de Isaac Ángel y hermana del príncipe Alejo. Luego hablaremos del papel desempeñado por estas dos personalidades.

Eligióse jefe del ejército cruzado a Teobaldo de Champaña, quien gozaba de general estima, tenía gran popularidad y era en cierto modo el alma de la empresa. Pero, con gran desconsuelo de todos, Teobaldo murió súbitamente antes de iniciarse la Cruzada. Entonces eligióse un nuevo jefe: Bonifacio de Monterrato. Así pasó la dirección— de la Cruzada de manos de los franceses a las del príncipe italiano.

Palestina, como sabemos, pertenecía entonces a la dinastía egipcia de los Eyunidas.. A fines del siglo XII, muerto el gran Saladino, se habían producido entre los mahometanos luchas y choques. Tal situación parecía deber facilitar la tarea de los cruzados. Al comenzar la cuarta Cruzada, las bases principales de los latinos en Oriente eran los dos grandes centros industriales de Antioquía y Trípoli y la fortaleza costera de San Juan de Acre.

Los cruzados debían reunirse en Venecia, cuya República, a cambio de una suma de dinero, les había ofrecido transportarlos en sus naves. El fin inmediato de la expedición era Egipto, del cual dependía entonces Palestina. Queríase conquistar primero Egipto para obtener luego con más facilidad la restitución de Palestina. Pero Venecia no accedió a transportar a los cruzados hasta que éstos no pagasen por entero el coste de la travesía. Los cruzados no poseían dinero bastante y entonces Dándolo les propuso librarlos del pago convenido si le ayudaban a conquistar la ciudad de Zara (Zadr) en el litoral dálmata del Adriático. Zara se había separado de Venecia poco antes, entregándose al rey de Hungría. Aunque éste, como dijimos, había tomado la cruz, y aunque Zara participaba también en la expedición, los cruzados, sin vacilar, embarcaron rumbo a Zara. De este modo, la empresa contra los infieles empezaba por el asedio de una ciudad donde habitaban cruzados. A pesar de la ira del Papa y de las amenazas de excomunión que dirigió a los expedicionarios, éstos entraron en Zara por asalto, saqueándola y entregándola a Venecia. Un crucifijo que los habitantes de la población expusieron en las murallas no contuvo los atacantes. Un historiador comenta: "¡Buen principio de una Cruzada!"[131] La torna de Zara, que asestó un golpe sensible al prestigio de los cruzados, dio a Dándolo su primera victoria.

Sabedor de la toma de Zara y de las quejas del rey de Hungría contra los cruzados, el Papa los excomulgó. "En vez de ganar la Tierra Prometida —les escribía— estáis sedientos de la sangre de vuestros hermanos. Satán, el seductor universal, os ha engañado... Los habitantes de Zara habían expuesto crucifijos en sus muros. Sin ver al Crucificado, asaltasteis la ciudad y la obligasteis a rendirse... Temed el anatema, deteneos en esa obra de ruina y devolved al rey de Hungría lo que le habéis tomado. Sabed que, cuando no, incurrís en excomunión y perdéis todas las ventajas prometidas a los cruzados".[132]

Las amenazas y excomunión papales no produjeron efecto alguno a los venecianos. Pero los cruzados —los "francos"— apelaron a todos los medios para anular la excomunión. El Papa,

---

[131] *Kretschmayr, Geschichte von Venedig, t. I (Gotha, 1905), p. 290*

[132] *Este, en resumen, es el contenido de la carta de Inocencio III. Inc. III, Epístolas, V, 161. Migne, Patrol, lat., vol. 214, col. 1178—1179. V. A. Luchaire, Innocent III: la question d'Orient (París, 1907), p. 103—105.*

compadeciéndoles, perdonólos al fin, si bien persistió excomulgando a los venecianos. Mas, como no prohibió expresamente a los cruzados que tuviesen relaciones con los venecianos, continuó la acción común de unos y otros.

Durante el asedio y torna de Zara entró en acción un nuevo personaje en la historia de la cuarta Cruzada: el príncipe bizantino Alejo Ángel, quien, tras huir de la prisión, había marchado a Occidente en busca de socorros que restauraran en el trono a su desgraciado padre. Tras una infructuosa entrevista con el Papa, el príncipe pasó a Alemania, en busca de Felipe de Suabia, esposo de Irene, hermana de Alejo. En palabras de Nicetas Coníata, Irene pidió a su marido que ayudase a su hermano, quien "sin albergue ni patria, como las estrellas fugaces, nada tenía con él, sino su propio cuerpo". Felipe, ocupado entonces en la lucha contra Otón de Brunswick, no pudo proporcionar al príncipe un socorro material apreciable. No obstante envió a Zara una embajada pidiendo a Venecia y a los cruzados que ayudasen a Isaac y a su hijo Alejo a reocupar el trono bizantino. A cambio de tal socorro, el príncipe, en lo religioso, prometía someter Bizancio a Roma y, ello aparte, pagar a los cruzados una fuerte suma de dinero y participar personalmente en la Cruzada una vez restaurado su padre en el trono.

Esto introducía posibilidades de cambio en la dirección y carácter de la empresa. El dux Dándolo comprendió enseguida las ventajas que la propuesta de Felipe podía tener para el comercio veneciano. El dux, que debía desempeñar parte esencial en la expedición contra Constantinopla y en la restauración del emperador depuesto, veía abrirse ante él nuevas perspectivas. Pero los cruzados, al principio, no consintieron en aquél desvío de propósitos y exigieron que la expedición no se apartara de su plan primitivo. De todos modos llegóse al fin a un acuerdo.

La mayoría de los cruzados resolvió participar en la campaña contra Constantinopla y luego dirigirse a Egipto. En consecuencia, Bizancio y los cruzados firmaron en Zara un pacto concerniente a la conquista de Constantinopla. El príncipe Alejo en persona se presentó en el campamento de Zara. En mayo de 1203, la flota que transportaba a Dándolo, Bonifacio de Moiiferrato y el príncipe Alejo, partió de Zara y arribó, un mes después, a las aguas de Constantinopla.

Una crónica rusa de Novgorod, donde se conserva un detallado relato (aún no estudiado suficientemente) de la cuarta Cruzada, de la toma de Constantinopla por los cruzados y de la fundación del Imperio latino, observa: "Los francos y todos sus jefes amaban el oro y la plata que les había prometido el príncipe Alejo y olvidaron las prescripciones del emperador y del Papa".[133]

De manera que la opinión rusa acusaba a los cruzados de haberse apartado de su camino primitivo. El sabio contemporáneo P. Bitsilli, que ha estudiado ese relato de la crónica de Novgorod, le atribuye un gran valor y nota que da una *teoría* particular que explica la expedición de los cruzados contra Bizancio". Según tal teoría, la "expedición fue resuelta *en común* por el Papa y Felipe de Suabia, lo que ninguna fuente occidental menciona".[134]

El problema de la desviación de la cuarta Cruzada ha hecho correr mucha tinta. La atención de los eruditos se ha dirigido a las causas de ese cambio de itinerario. Unos explican el extraordinario desarrollo de la empresa por circunstancias fortuitas, siendo así representantes de la llamada "Teoría ocasional", mientras otros eruditos consideran lo ocurrido una consecuencia de la deliberada voluntad de Venecia y Alemania y apoyan, por tanto, la "teoría de la premeditación".[135]

---

[133] *Crónica de Novgorod (San Petersburgo, 1888), p. 181 (en ruso). Versión latina en C. Hopf, Crónicas greco—romanas inéditas o poco conocidas (Berlín, 1873), p. 94*

[134] *P. Bitsilli, La versión de la Crónica de Novgorod sobre la cuarta Cruzada (Istoricheskie Izvestiia (Moscú, 1916), fase. 3—4, p. 55; en ruso).*

[135] *Sobre la historia de este asunto, ver P. Mitrofanov, La desviación de la cuarta Cruzada, en Viz. Vrem., t. IV (1897), p, 461—523 (en ruso). E. Gerland, Der vierte Kreuzzug una seine Probleme, en la Neue Jahrb. für das Klass. Altertum, I. XIII (1904), p. 505—514. H. Kretschmayr, Gesch von Venedig (Gotha, 1905), t. I, p.480—489*

Antes de 1860 no había existido discusión sobre tal punto. Todos los historiadores se atenían más o menos a la principal fuente occidental relativa a la cuarta Cruzada: la obra del cronista francés Godofredo de Vilchardoum, que participó en la expedición. En este relato los hechos se desarrollan de manera sencilla y casi accidental. De él se desprende que los cruzados, careciendo de naves, las alquilaron a los venecianos, lo cual les obligó a congregarse en Venecia. Una vez alquilados los barcos no pudieron pagar su precio y tuvieron que ayudar a los venecianos a la conquista de Zara. Tras esto apareció el príncipe Alejo, quien convenció a los cruzados, arrastrándoles a la conquista de Constantinopla. Así, no habría traición veneciana ni intriga política.

Pero en 1861, el historiador francés Mas Latrie, autor de una célebre historia de Chipre, acusó por primera vez a Venecia, que tenía importantes intereses mercantiles en Egipto, de haber concluido un tratado secreto con el sultán de ese país, y de haber decidido a los cruzados a abandonar su plan primitivo, dirigiéndose contra Bizancio.[136] Luego el bizantinólogo alemán C. Hopf pareció demostrar en definitiva que Venecia había traicionado la causa cristiana. Hopf sostenía que el tratado de Venecia con el sultán fue ultimado el 19 de mayo de 1202.[137] Hopf tuvo a bien no citar el texto ni indicar dónde se encontraba; pero la autoridad de este historiador era tan grande que nadie opuso dudas. Sin embargo, poco después se advirtió que Hopf no poseía documentos al propósito y había establecido la fecha con arbitrariedad. El francés Hanotaux, estudiando de nuevo el asunto, refutó la acusación de deslealtad dirigida a los venecianos, y con esto la teoría "premeditatoria". En opinión del mismo historiador, los venecianos tuvieron fáciles motivos para desviar la Cruzada: el deseo de someter Zara a su dominio, el de restaurar a su candidato en el trono bizantino, el de vengarse de Bizancio y de la benevolencia de Alejo III con los písanos, y acaso la esperanza de obtener ventajas, en caso de desintegración del Imperio.[138] En todo caso, la teoría de Hopf puede hoy considerarse rechazada y parece que, si los venecianos traicionaron los fines de la expedición, no fue por tratado con el sultán, sino con miras a sus intereses comerciales en el Imperio bizantino.

Los representantes de la teoría premeditatoria no se han contentado con esforzarse en probar la traición de Venecia. En 1875 apareció un nuevo motivo, aportado en especial por el francés conde Riant, quien quiso demostrar que el principal responsable de la Cruzada no era Dándolo, sino Felipe de Suabia, emperador alemán no reconocido por Inocencio III.[139] Según Riant, urdióse en territorio de Alemania una hábil intriga, tendente a encaminar a los cruzados hacia Constantinopla. El ejecutor de los planes de Felipe en Oriente fue Bonifacio de Monferrato. En el cambio de objetivo de la expedición, Riant ve un episodio de la lucha secular del Papado y el Imperio. Con su papel dirigente en la expedición, Felipe humillaba al Papa y a su ideal de Cruzada. Además, al hallar un aliado en el reinstaurado emperador bizantino, Felipe podía esperar una victoria en su lucha con el Papa y contra su rival Otón de Brunswick.[140]

Mas la teoría de Riant ha sido refutada por el ruso V. G. Vasilíevski, quien prueba que la huida del príncipe Alejo a Occidente no se produjo en 1201, como creían todos los historiadores, sino en 1202. No habría, pues, quedado tiempo a Felipe para "una compleja intriga política

---

[136] *M. L. de Mas—Latrie, Histoire de l'ile de Chypre (París), t. I, p. 162—163.*

[137] *C. Hopf, Geschíchte Griechenlands, t. I, p; 188*

[138] *G. Hanotaux, Les Vénitiens ont—ils trahi la chrétienté en 1202 (Revue historique, tomo IV (1877), p. 74102). Ver también L. Streit. Venedig una die Wendung des vierten Kreuzzugs gegen Konstantinopel (Anklam, 1877): Dándolo fue "auctor rerum", defensor y después vengador de Venecia (p. 33—34).*

[139] *Sabido es que Inocencio III sostenía al rival de Felipe de Suabia. a Otón de Brunswick.*

[140] *Ver P. Riant, Innocent III, Philippe de Souabe et Boniface de Montferrant (Revue des questions historiques, t. XVII (1875), p. 321—374. t. XVIII (1875), p. 575 Id.· Le chan—gement de direction de la quatriéme Croisade d'apres quelques travaux recents. Ibid., tomo XXIII (1878), p. 71—114.*

premeditada a distancia" y "la intriga alemana quizá sea un fantasma como la veneciana".[141] A estos trabajos científicos ha de añadirse el concienzudo estudio escrito por J. Tessier sobre la expedición y donde el sabio francés, fundándose en el examen crítico de las fuentes contemporáneas, rechaza la teoría del papel exclusivo del emperador de Alemania y torna a la opinión que da valor al relato de Villehardouin, o sea a la teoría ocasionalista imperante antes de 1860. J. Tessier declara que la cuarta Cruzada fue una Cruzada francesa y la conquista de Constantinopla una empresa francesa y no veneciana ni alemana.[142]¿Qué queda, pues, de la teoría de la "premeditación", sostenida por Riant? Sólo el hecho de que Felipe de Suabia participó en el cambio de itinerario y que, como Enrique VI, abrigó pretensiones sobre el trono oriental. Pero las fuentes no permiten hablar de un sutil plan director que hiciera cambiar la suerte de la cuarta Cruzada.

En 1898—1903 el historiador alemán W. Norden refutó en definitiva la teoría "premeditatoria", uniéndose en principio a la "ocasionalista". Norden ha sabido profundizar esta última y estudiado la cuarta Cruzada dentro del cuadro de las relaciones de Occidente con Oriente, procurando descubrir la íntima relación existente entre la cuarta Cruzada y la historia del siglo y medio que la precedió.[143]

En resumen, es obvio que intervinieron diversos factores en la compleja historia de la cuarta Cruzada: el Papado, Venecia y el Imperio, en Occidente: la situación externa e interior de Bizancio, en Oriente. Estos diversos elementos se entremezclaron e influyeron mutuamente, creando un fenómeno complicado y no esclarecido aun en nuestros días. El historiador francés Luchaire dice que la verdad a ese respecto "no se sabrá jamás, y la ciencia tiene mejores cosas que hacer en vez de discutir un problema insoluble".[144]

Pero el conjunto estuvo dominado por la fuerte personalidad de Dándolo y su inquebrantable voluntad de acrecer la actividad mercantil de Venecia, a la que la posesión de los mercados de Oriente ofrecía incalculables riquezas y un brillante porvenir. Dándolo, además, se inquietaba viendo aumentar la riqueza de Génova, que empezaba a poner pie en el Cercano Oriente y en particular en Constantinopla. La rivalidad mercantil entre Venecia y Génova es factor que no debe omitirse al estudiar la cuarta Cruzada.[145] Y el no haber sido pagada la deuda bizantina a Venecia (deuda cuyo origen estaba en la confiscación de los bienes venecianos por Manuel Comneno), fue cosa no extraña sin duda al desviamiento de la expedición.[146]

A fines de junio de 1203, la flota de los cruzados apareció ante Constantinopla, que a *los ojos* de los occidentales recordaba entonces "la famosa Sibaris, conocida por la molicie de sus habitantes".[147]

El francés Villehardouin describe así la honda impresión causada por la capital sobre los cruzados: "Podéis imaginar la atención con que miraron Constantinopla aquellos que no la habían

---

[141] *Ver G. Vasilievski, en la Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública, vol. 204. (1879), p. 340 (en ruso). La tesis de Vasilievski ha sido adoptada por los historiadores de la Europa occidental. Ver H. Kretschmayr, Gesch. van Venedig {Gotha, 1905), t. I, p. 483.*

[142] *J. Tesier, Quatriéme Croisade. Le diversion sur Zara et Constantinople (París, 1884); ver sobre todo p. 183—184. En relación al libro de Tessier véase un interesante artículo de F. Corone, II Papa ed i Veneziani nella quarta crociata (Archivio Véneto, t. XXXVI, 1888, páginas 57—70 y 287—297).*

[143] *W. Norden, Der vierte Kreuzzug im Rahmen der Beziehungen des Abendlandes zu Byzanz (Berlín, 1898), espec. p. 105—108. Id., Das Papsttum una Byzanz (Berlín, 1903), páginas 152—155.*

[144] *A. Luchaire, Innocent III: la question d'Orient, p. 97. Véase también Diehl, en la Camb. Med. Hist., t. IV, p.417.*

[145] *Véase J. K. Fotheringham, Genoa and the Fourth Crusade (The Eng. Hist. Review, tomo XXV (1910).*

[146] *Ver H. F. Brown, The Venetians and the Venetian quarter in Constantinople (Journal of Helienic Studies, t. XI, 1920, p. 86), Brown alude a la obra de Besta, La cattura dei veneziani in Oriente (Feltre, 1920), p. 19. No he visto esta obra*

[147] *Nic. Con., p. 717.*

visto nunca, porque no hubieran pensado jamás que pudiese haber en el mundo ciudad tan rica cuando vieron aquellos altos muros y aquellas ricas torres que la rodeaban, y aquellos ricos palacios y aquellas altas iglesias, de lo cual había tanto que nadie hubiera podido creerlo de no verlo con sus propios *ojos, y* la longitud y anchura de la ciudad que era soberana de todas... Y sabed que no había hombre tan valeroso que no le temblase el cuerpo, y ello no es maravilla, porque nunca habíase emprendido obra tan grande desde que el mundo existe".[148]

La bien fortificada capital parecía en condiciones de defenderse de los cruzados, que no eran muy numerosos. Pero ellos, tras desembarcar en la orilla europea y apoderarse del arrabal de Gálata, en la ribera izquierda del Cuerno de Oro, forzaron la cadena de hierro que defendía la entrada de éste, penetraron en el puerto y quemaron varías naves bizantinas. A la vez los caballeros asaltaban el recinto de la ciudad. Aunque hallaron una resistencia enconada, sobre todo en los mercenarios varengos, los cruzados tomaron la ciudad en julio. Alejo III, hombre sin voluntad ni energía, huyó llevándose los tesoros públicos y las joyas de la Corona. Isaac II fue libertado y restablecido en el trono y su hijo Alejo, fue proclamado coemperador con el nombre de Alejo IV. Aquél fue el primer asedio y toma de Constantinopla por los cruzados, y tenía por fin restaurar a Isaac en el trono de Bizancio.

Una vez restablecido Isaac, los cruzados, con Dándolo a su cabeza, exigieron el cumplimiento de las promesas del hijo del emperador, es decir, el pago de una fuerte suma y la incorporación de Alejo IV a la Cruzada. En esta última condición insistían mucho los caballeros occidentales. Alejo IV supo persuadir a los cruzados de que no permaneciesen en Constantinopla, sino que acamparan en el arrabal, y, no pudiendo pagarles todo lo prometido, pidióles un aplazamiento. Esto motivó cierta tensión entre latinos y bizantinos. En la ciudad crecía el descontento contra la política de los emperadores, que sacrificaban a los cruzados los intereses públicos. Estalló una rebelión y al empezar el año 1204 fue proclamado monarca el ambicioso Alejo Ducas Murzuflo, quien depuso a Isaac II y Alejo IV. El primero de estos murió a poco en la prisión y Alejo IV fue estrangulado por orden de Murzuflo.

Murzuflo, conocido como Alejo V, era hechura del partido popular, hostil a los cruzados. Éstos no tuvieron con él relación alguna y después de la muerte de Isaac y Alejo IV se consideraron libres de todo compromiso con el Imperio. Era inevitable un conflicto entre griegos y cruzados. Los occidentales concibieron el plan de apoderarse de Constantinopla, ahora por su propia cuenta. En marzo de 1204 se firmó un tratado entre Venecia y los caballeros acerca del reparto del Imperio una vez ocupado. El tratado empezaba con estas imponentes expresiones: "Ante todo debemos, proclamando el nombre de Cristo, conquistar la ciudad a mano armada". [149]

Las cláusulas principales eran las siguientes: habría un gobierno latino en la ciudad tomada y el botín se repartiría con arreglo a ciertos convenios. Un consejo de seis venecianos y seis franceses elegiría emperador al que mejor supiese gobernar el país a "gloria de Dios y de la Santa Iglesia romana y del Imperio".[150] El emperador poseería un cuarto de las conquistas hechas en la capital y fuera de ella, así como dos palacios en Constantinopla. Los tres cuartos restantes se distribuirían por igual entre Venecia y los caballeros. La posesión de la iglesia de Santa Sofía y la elección de patriarca estarían en manos del bando a que no perteneciese el emperador. Todos los caballeros que recibiesen territorios prestarían juramento de vasallaje al monarca. Únicamente el dux Dándolo estaría libre de todo compromiso al efecto.[151] Sobre tales bases debía reposar el futuro Imperio latino.

Una vez establecidas las condiciones de reparto del Imperio, los cruzados iniciaron el ataque por mar y tierra. La capital defendióse varios días con desesperación. Pero el 13 de abril de 1204

---

[148] *Villehardouin, La Conqitéte de Constantinople, p. 128, ed. N. de Wailly, p. 72—73.*

[149] *Tafel y Thoraas, Urkunden, t. I, p. 446, 449.*

[150] *Ibid*

[151] *Ibid., t. I, p. 446—452.*

fue el día fatal en que los cruzadas "adueñaron de Constantinopla. El emperador Murzuflo, temeroso de ser apresado y "caer —según dice una fuente— como una golosina o postre en la boca de los latinos",[152] huyó. Constantinopla pasó a manos de los cruzados. La capital del Imperio bizantino se hundía "bajo los golpes de la cuarta Cruzada, aquella expedición de criminales filibusteros".[153]

El contemporáneo Nícetas Coniates, al escribir tales sucesos, empieza con estas palabras: "En qué estado de ánimo debe naturalmente encontrarse el que ha de relatar las desgracias públicas que han herido a esta reina de las ciudades durante el reinado de los ángeles terrestres! (la dinastía de los Ángeles)".[154]

Tomada que fue la ciudad, los latinos la sometieron durante tres días a depredaciones de crueldad inaudita, saqueando los tesoros acumulados en Constantinopla durante siglos. Ni los templos, ni los objetos sacros, ni los monumentos, ni las propiedades privadas escaparon al pillaje. Además de los caballeros occidentales y sus soldados, participaron en la rapiña monjes y abades latinos.

Nicetas Coniates, testigo ocular de la toma y del saqueo de Constantinopla, presenta un cuadro impresionante de los latrocinios, violencias, sacrilegios y ruinas cometidos por los cruzados en la capital. Los mismos musulmanes habían sido menos implacables con los cristianos al tomar Jerusalén que lo eran aquellos hombres que se proclamaban soldados de Cristo.[155] Poseemos otra emocionante descripción del saqueo de Constantinopla por los cruzados, descripción debida al testigo ocular Nicolás Mesaritas, metropolitano de Efeso e incluida en la oración fúnebre que escribió al morir su hermano mayor.[156]

En aquellos tres días fueron destrozados muchos monumentos artísticos, saqueadas las bibliotecas, destruidos numerosos manuscritos. Santa Sofía fue saqueada sin miramiento alguno. "Nunca desde que el mundo fue creado —observa Villehardouin— se ganó tanto (botín) en una ciudad".[157] Una crónica rusa de Novgorod se extiende sobre todo en la pintura del pillaje de iglesias y monumentos.[158] Las "cronografías" rusas mencionan también el saqueo de 1204.[159]

El botín fue repartido entre eclesiásticos y seglares. A raíz de aquella rapiña toda la Europa occidental se enriqueció con los tesoros llevados de Constantinopla. Hubo pocas iglesias de Occidente que no recibieran sacras reliquias procedentes de Constantinopla.[160] La mayoría de esas reliquias, conservadas en los conventos franceses, fueron destruidas durante la Revolución. Cuatro antiguos caballos de bronce, el más bello ornamento del hipódromo constantinopolitano, fueron llevados por Dándolo a Venecia, donde decoran hoy la iglesia de San Marcos.

Nicetas Coniates dirige en sus escritos un largo y conmovedor discurso a la ciudad caída, imitando las "Lamentaciones de Jeremías" y los "Salmos". Empieza así: "¡Oh, ciudad, ciudad! ¡Ojo de todas las ciudades, tú de la que se habla en todo el Universo, espectáculo superior al mundo! Ciudad nutricia de todas las iglesias, cabeza de la fe, guía de la ortodoxia, protectora de la

---

[152] *Nic. Con., p. 755*

[153] *Baynes, Byzantine civilisation (History, t. X, 1926, p. 289).*

[154] *Nic. Con., p. 710.*

[155] *Nic. Con., p. 757—763.*

[156] *A. Heisenberg, Neue Quellen zur Geschichte des lateinischen Katsertums und der Kirchenunion, I. Der Epitaphios des Nikolaos Mesantes auf seinen Bruder Johannes (Munich, 1923), p. 41—48.*

[157] *Villehardouin, par. 147*

[158] *La Crónica de Novgorod, 1204, p. 186—187 (en ruso). Hopf, Crónicas grecorromanas ineditas, p. 97*

[159] *La Cronografía rusa en la versión del año 1512 (San Petersburgo, 1911), p. 391—392 (en ruso).*

[160] *Véase C. Riant, Exuviae sacrae Constantinopolitanae (Ginebra, 1877), I, XL, XLVIII, etcétera.*

instrucción, receptáculo de todos los beneficios. Tú has bebido la copa de la cólera divina y has sido visitada por un fuego más terrible que el que se abatió antaño sobre cinco ciudades..".

A la toma de Constantinopla se vincula en cierta medida un problema exterior del que no hemos hablado aún: el de las relaciones búlgarobizantinas. Va sabemos que en 1186, Bulgaria, sacudiendo el yugo bizantino, creó el segundo reino búlgaro. Los *zares búlgaros,* a fines del siglo XII, no sólo habían librado a Bulgaria de los bizantinos, sino extendido su poder a costa del Imperio y se habían apoderado de algunas ciudades de Tracia y Macedonia. De modo que en vísperas de la conquista latina Bulgaria se convirtió en un peligroso y potente Estado balcánico. Por eso Bizancio no pudo retirar de los Balcanes sus tropas europeas y llevarlas a Constantinopla para resistir a los latinos. Las concesiones de Isaac y su hijo Alejo a los latinos, y la diligencia con que aceptaron todas sus condiciones pueden, en cierta medida, explicarse por la inminencia del peligro búlgaro al norte. De modo que las relaciones eslavobizantinas desempeñaron igualmente un papel de importancia en la historia de la cuarta Cruzada.[161]

Los vencedores se hallaban ante una labor difícil: necesitaban organizar los territorios conquistados. Se decidió establecer un Imperio análogo al existente antes. Y se analizó el aspecto crucial de la elección de emperador. El candidato que parecía tener más probabilidades era Bonifacio de Monferrato, jefe de la Cruzada, como sabemos. Pero contra esta candidatura se levantó Dándolo, considerando a Bonifacio demasiado poderoso y opinando que sus posesiones italianas estaban demasiado cerca de Venecia. Bonifacio, pues, fue eliminado como candidato. Dándolo, dux de Venecia, es decir, jefe de una República, no podía aspirar a la corona imperial. Los electores se fijaron —influidos por Dándolo— en Balduino, conde de Flandes, cuyas posesiones estaban lejos de Venecia y cuyo poder era menor que el de Monferrato. Balduino fue nombrado emperador y coronado solemnemente en Santa Sofía.

Al ascender Balduino al trono vivían aun dos emperadores griegos: Alejo Ángel y Alejo Ducas Murzuflo, y además, Teodoro Láscaris, déspota de Nicea. Balduino consiguió ganar a su causa a los partidarios de los dos emperadores. Luego hablaremos de las relaciones del Imperio latino con Teodoro Láscaris, fundador de la dinastía de Nicea.

Una vez elegido emperador, surgió una cuestión compleja: la distribución de los territorios conquistados. "El reparto del Imperio romano" *(Partitio Romaniae,* ya que latinos y griegos llamaban así con frecuencia *al Imperio oriental)* se realizó, en conjunto, sobre las bases del acuerdo de marzo de 1204, que ya expusimos.[162]

Constantinopla fue distribuida entre Balduino y Dándolo. El emperador recibió cinco octavas partes de la ciudad y los otros tres octavos, con Santa Sofía, fueron dados a Venecia. Además, Balduino obtuvo la Tracia meridional y una pequeña parte del norte del Asia Menor (costas del Bósforo, mar de Mármara y Helesponto), con algunas islas en el Egeo (Lesbos, Quío, Saraos y varias otras). De modo que entrambas riberas del Bósforo y el Helesponto pertenecían a Balduino.

Bonifacio de Monferrato recibió, en vez de las regiones que se le prometieran en Asia Menor como compensación de la corona imperial, Tesalónica, la región circundante y el norte de Tesalia. Fundó allí el reino de Tesalónica, bajo la soberanía de Balduino.

Venecia se aseguró una parte leonina en la distribución del Imperio romano. Consiguió algunos puntos en el litoral Adriático, como Dyrrachium; las islas Jónicas; la mayoría de las islas Egeas; varios lugares en el Peloponeso; Creta y algunos puertos de Tracia, así como Gallípoli, sobre el Helesponto, y diversas plazas en el interior de Tracia. Según toda probabilidad, Dándolo tomó el título bizantino de "déspota". Quedó, además, exento de vasallaje a Balduino, y se dio el nombre de

---

[161] *Véase F. I. Uspenski, Historia de las Cruzadas (San Petersburgo, 1900), p. 136—137 (en ruso). V. Barvinok, Los eslavos búlgaros en la historia de Bizancio durante la cuarta Cruzada, en los Estudios dedicados a D. Bogalii (Kiev, 1927), p. 1182 (en ukraniano).*

[162] *Acerca del convenio de 1204, véase Tafel y Thomas, Urkunden, t. I, p. 464—488 . (Fontes rerum austriacarum, Diplomata et acta, XII).*

("Señor de un cuarto y medio del Imperio romano", es decir de sus tres octavas partes *(quartae partís et dimidiae totius imperii Domaniae dominator),* título que conservaron los dux hasta mediados del siglo XIV. En virtud del acuerdo establecido, la iglesia de Santa Sofía pasó a manos del clero de Venecia, y el veneciano Tomás Morosini fue elegido patriarca latino de Constantinopla. Nicetas Coniates, partidario convencido de la Iglesia ortodoxa grecooríental, traza un malévolo retrato de Morosini.

Las adquisiciones hechas por Venecia indican que ésta ocupaba en el nuevo Imperio latino, muy débil en comparación a la poderosa República, una situación preponderante. La parte más rica de las posesiones bizantinas pasaba a manos de la República de San Marcos: así, los mejores puertos, los puntos estratégicos más importantes, muchas regiones fértiles y todo el camino marítimo de Venecia a Constantinopla se encontraron en poder de la República. La cuarta Cruzada, al crear un "Imperio colonial" veneciano en Oriente, dio a Venecia ventajas mercantiles incalculables y la elevó al apogeo de su poder político y económico. Era un triunfo de la política hábil, reflexiva, imperialista y patriótica del dux Dándolo.

El Imperio latino se organizó sobre bases feudales. El territorio conquistado fue dividido por el emperador en feudos más o menos extensos, cuyos posesores debían prestar juramento de vasallaje al emperador.

Bonifacio de Monferrato, rey de Tesalónica, cruzó Tesalia, hacía el sur, y tomó Atenas. Ésta, en la Edad Media, era una abandonada y pequeña población de provincias, donde, sobre la Acrópolis, en el antiguo Partenón, se hallaba un templo cristiano consagrado a la Virgen. Al producirse la conquista latina era arzobispo de Atenas, treinta años hacía, Miguel Acominatas, hermano del historiador y autor de una rica obra literaria que incluye discursos, poesías y cartas que nos dan informes preciosos sobre la historia interior del Imperio en la época de los Comnenos y de los Ángeles, y sobre la situación de Atenas y el Ática en la Edad Media. Tales regiones aparecen pintadas de modo muy sombrío en los escritos de Miguel: una población bárbara —acaso eslava—, una lengua tosca en los contornos de Atenas, el Ática abandonada, unos moradores miserables. "Habiendo vivido mucho tiempo en Atenas, me he convertido en bárbaro", escribe. A veces compara con el Tártaro la ciudad de Feríeles. Celoso bienhechor de Atenas, Miguel había consagrado muchos desvelos y años a sus míseras ovejas. Cuando comprendió la esterilidad de toda resistencia a las tropas de Bonifacio, se alejó de su sede y pasó el resto de sus días en una isla cercana a las costas del Ática, viviendo en retiro y soledad. Los latinos tomaron Atenas, ciudad que Bonifacio dio, en unión de Tebas, a condición de vasallaje, al conde de Borgoña, Otón de la Roche, quien recibió el título de duque de Atenas y Tebas *(dux Athenarum atque Thebarum).* La iglesia de la Acrópolis pasó a manos del clero latino.

Mientras en Grecia central se fundaba el ducado tebano—ateniense, en Grecia meridional, es decir, en el antiguo Peloponeso —a menudo llamado con el nombre, de enigmático origen, de Morea— los franceses formaban el principado de Acaya.

Godofredo de Villehardouin, sobrino del célebre historiador, al saber, hallándose en las cercanías de la costa siria, la toma de Constantinopla, apresuróse a partir hacia la capital. Pero el viento desvióle de su dirección, llevándole a las playas meridionales del Peloponeso, donde desembarcó, conquistando parte del país. Luego, comprendiendo que no podría mantenerse allí con sus propios recursos, pidió ayuda a Bonifacio, rey de Tesalónica, quien, como sabemos, estaba en el Ática. Bonifacio autorizó al francés Guillermo de Champlitte, miembro de la familia de los condes de Champaña, a conquistar la Morea. En dos años, Guillermo y Villehardouin sometieron todo el país. De este modo el Peloponeso bizantino se convirtió, a principios del siglo XIII, en el principado francés de Acaya, teniendo por jefe al príncipe Guillermo. El dominio fue organizado feudalmente, dividiéndose en doce baronías. Después de Guillermo, el poder pasó por algún tiempo a la familia Villehardouin. La corte del príncipe de Acaya se distinguía por su magnificencia y, según un

cronista, "parecía más grande que la corte de cualquier gran rey".[163] Según otro testigo contemporáneo, "allí se hablaba francés tan bien como en París".[164]

Veinte años después de la fundación de los Estados feudales latinos en territorio de Bizancio, el Papa, en carta enviada a Francia, menciona la creación en Oriente de una especie de "Nueva Francia" *(Ibique noviter quasi Nova Francia est creata).*[165]

Los señores feudales del Peloponeso construyeron castillos con torres y murallas, al estilo de la Europa occidental. El mejor conocido es el de Místra, sobre el Taigeto, en la antigua Lacónia, no lejos de la antigua Esparta y de la Lacedemonia medieval.[166] Esta majestuosa obra feudal, que desde la segunda mitad del siglo XIII se convirtió en residencia de los déspotas grecobizantinos del Peloponeso, luego que los Paleólogos hubieron arrebatado Mistra a los francos, sorprende aun hoy a los sabios y turistas por las grandiosas dimensiones de sus edificios semiarruinados y constituye uno de los más asombrosos monumentos de Europa. Sus iglesias encierran valiosos frescos intactos (siglos XIV y XV), muy importantes para la historia del arte bizantino bajo los Paleólogos. En la parte occidental de la península se construyó el castillo de Clermont, aun incólume hacia 1820, época en que fue destruido por los turcos. Un cronista griego escribía respecto a ese castillo que, si los francos perdieran la Morea, la sola posesión de Clermont les bastaría para reconquistar toda la península.[167] Los francos erigieron otros muchos castillos.

Los francos lograron instalarse sólidamente en dos de las tres penínsulas meridionales del Peloponeso; pero en el centro del país, aunque construyeron dos castillos, nunca lograron vencer la resistencia de la tribu eslava de los Melingui, que habitaba los montes. Los griegos de Morea, o al menos su mayoría, debieron ver en el gobierno franco un yugo menos pesado que el de la opresión fiscal bizantina y lo recibieron con bastante favor.[168]

En el sur del Peloponeso, Venecia tuvo dos puertos importantes: Modón y Corón, que fueron para los bajeles venecianos excelentes escalas en sus viajes a Oriente. Además, aquellos dos puntos permitían vigilar con facilidad el tráfico marítimo de Levante. Modón y Corón, con frase de un documento oficial, eran los "ojos esenciales de la comunidad" (oculi capitales communis).[169]

Sobre la época de la dominación latina en el Peloponeso hallamos, entre otras fuentes, numerosas y valiosas indicaciones en la crónica de Morea (siglo XIV), la cual nos ha llegado en varias versiones: griega (en verso), francesa, española e italiana. Si bien esa crónica no puede ser colocada en primera fila de las fuentes, en lo que se refiere a la exactitud de los sucesos, da, en cambio, muchos informes preciosos para el estudio de la vida en la época de la dominación franca en el Peloponeso, de la organización feudal, de las instituciones de la sociedad y de las costumbres, así como de la geografía de la Morea de entonces.

---

[163] *Marino Sanudo, Istoria del regno di Romania, en Hopf, Crónicas grecorromanas inéditas (Berlín, 1873), p. Ios.*

[164] *Crónica de Ramón Muntaner, cap. CCLXI. Buchón, Chroniques étrangéres (París, 1841), p. 502, ed. por K. Lanz (Stuttgart, 1844), p. 468 (Bibliothek des literarischen Vereins in Stuttgart, t. VIII, 1844). The Chronicle of Muntaner, en los trabajos de la Hakluyt Society, vol. L (1921), p. 627 (trad. del catalán por Lady Goodenough). (Sin olvidar la fundamental de Barcelona 1860, que contiene el texto original de la primera edición y traducción castellana, con un prólogo de numerosas notas, por Antonio de Bofarull.) (N. del R.).*

[165] *Honorio III, Epistolae. (20 mayo 1224). En Bouquet, Recueil des historiens des Gaules et de la France (París, 1833), t. XIX, p. 754.*

[166] *Lacedemonia se levantó sobre las ruinas de la antigua Esparta. En 1923, el sabio griego A. Adamantiu exhumó los restos de una gran basílica perteneciente a la magnífica iglesia que San Nicón erigió en Esparta—Lacedemonia en el siglo X.*

[167] *The Chronicle of Morea, ed. J. Schmidt (Londres, 1904), versos 2712—2713 (texto griego).*

[168] *Ver W. Miller, The Latins in the Levant (Londres, 1908), p*

[169] *Comp. C. Hopf, Geschichle Griechenlands, t. II, p. 10.*

Es interesante notar que, según algunos sabios,[170] la dominación franca en Morea y probablemente la crónica de Morea también, influyeron quizá en Goethe, quien, en el tercer acto de la segunda parte de Fausto, traslada la acción a Esparta, donde se desarrolla la historia amorosa de Fausto y Elena. Fausto, en Goethe, aparece representado como una especie de príncipe del Peloponeso, rodeado de feudales. El carácter del reinado fáustico recuerda el de uno de los Villehardouin de la crónica de Morea. En el diálogo de Melistófeles—Forcias y de Elena se trata, sin duda alguna, de Mistra, construida precisamente durante el dominio franco en Morea.[171] A poco, Goethe da la descripción de ese castillo, con sus columnas, criptas, terrazas, galerías y blasones propios de un auténtico castillo medieval. Todo ese pasaje debe de haber sido escrito bajo el influjo de la crónica de Morea. De modo que la conquista de Morea por los francos inspiró probablemente varias escenas poéticas de la gran obra de Goethe.[172]

La toma de Constantinopla por los cruzados y la fundación del Imperio latino situaron al Papa en una situación difícil. Inocencio III se había opuesto a la desviación de la Cruzada, excomulgando a cruzados y venecianos a raíz del asalto a Zara. Pero la caída de Constantinopla y del Imperio bizantino colocaba a la Santa Sede ante un hecho consumado.

El emperador Balduino escribió al Papa una carta notificándole la toma de Constantinopla y su propia elección para emperador. Se daba el nombre de "Emperador de Constantinopla por la gracia de Dios y eternamente augusto" y también de "vasallo del Papa" *(miles suus)*[173] En su contestación, Inocencio III, olvidando por completo su anterior actitud, decía que "se regocijaba en Dios *(gavisi sumus in Domino)* del milagro cumplido en "alabanza y gloria de Su nombre, para honor y ventaja del trono apostólico, para provecho y exaltación del pueblo cristiano". El Papa exhortaba a todo el clero y a todos los pueblos y soberanos, a defender la causa de Balduino, y expresaba la esperanza de que después de la toma de Constantinopla, la reconquista de los Santos Lugares fuera más fácil. Al final de su misiva, el Papa recomendaba a Balduino que siguiera siendo hijo fiel y sumiso de la Iglesia católica. En otra carta, Inocencio escribía: "En verdad, aunque nos sea muy grato saber que Constantinopla ha retornado al seno de su madre, la Santa Iglesia romana, aun nos sería más grato que Jerusalén volviese a manos del pueblo cristiano".

Pero la actitud del Papa cambió cuando supo con más detalles los horrores del saqueo de Constantinopla y el texto del tratado relativo al reparto del Imperio. El acuerdo era puramente profano y tendía con toda claridad a limitar la intervención de la Iglesia en Bizancio. Balduino no pedía al Papa la confirmación de su título imperial. Balduíno y Dándolo decidían, sin mediación del Papa, la cuestión de Santa Sofía, de la elección de patriarca, de los bienes de la Iglesia, etcétera. Durante el pillaje de Constantinopla se habían vaciado y profanado los templos y conventos y saqueado muchos venerables objetos sacros. Todo ello llenaba al Papa de descontento e inquietud, irritándole contra los cruzados. Escribió, pues, al marques de Monferrato: "Os habéis apartado desconsideradamente, cuando no teníais derecho ni facultad para hacerlo, de la pureza de vuestro voto al dirigiros, no contra los sarracenos, sino contra cristianos, buscando, en vez de la recuperación de Jerusalén, la ocupación de Constantinopla y prefiriendo las riquezas terrenas a los bienes celestiales. Pero lo más grave es que algunos cruzados no han respetado ni la fe, ni la edad, ni el sexo".

---

[170] *Véase John Schmitt, The Chronicle of Morea (Londres, 1904), p. LVIII—LXVI.*

[171] *He aquí el texto de Fausto: "Forcias. —Durante muchos años quedó abandonado el valle montuoso que se extiende al norte de Esparta. El Taigeta se halla a su espalda; por él corre cual alegre arroyo el Eurotas, que atraviesa nuestro valle y costea los cañaverales donde alimenta vuestros cisnes. Allá abajo, tras el valle montuoso, se ha establecido una raza guerrera procedente de la noche cimeriana; ha levantado allí una torre inaccesible, desde donde maltrata al país y a sus habitantes".*

[172] *Hay quienes refutan esta opinión. Ver, por ejemplo, O. Pniower, en Deutsche Literaturzettung, t. XXV (1904), n.° 45, 2739—2741. Comp. con E. Gerland, Die Quellen der Helenaepisode in Goethes Faust (Neue Jahr. für das Klass. Altertum, t. XXV (1910).*

[173] *Tafel y Thomas, Urkunden, t. I, p. r,oa.*

Así, el Imperio latino de Oriente, establecido sobre bases feudales, aparte no poseer un poder político fuerte, no supo entablar relaciones religiosas rápidas y satisfactorias con la Curia pontificia.

Tampoco el objetivo de los caballeros y de los mercaderes occidentales se alcanzó por completo, puesto que no todos los territorios bizantinos quedaron incluidos en las nuevas posesiones latinas de Oriente. Después de 1204 subsistieron tres Estados griegos. El Imperio de Nicea, bajo la dinastía de los Láscaris, se extendía por la zona occidental de Asia Menor, comprendida entre las posesiones latinas y las del sultán de Iconion o Rum, abarcando parte del litoral del mar Egeo. Este centro griego independiente fue el más importante y el más peligroso rival del Imperio latino. Al oeste de la Península balcánica se formó el despotado del Epiro, dominado por los Angeles—Comnenos. Y en la costa sureste del mar Negro se fundó el Imperio de Trebisonda, bajo la dinastía de los "Grandes Comnenos".

Los latinos, que no lograron en Oriente la unidad política, tampoco lograron la religiosa. Aquellos tres Estados griegos independientes siguieron fieles a la doctrina de la Iglesia grecooriental, cismática a juicio del Papa. Nicea fue el foco que más inquietudes despertó en la sede pontifical. El obispo griego de Nicea, sin cuidarse de la existencia de un patriarca latino constantinoplano, tomó el título de *"patriarca de Constantinopla"*. *Y los* griegos del Imperio latino, a pesar de su sumisión política a los conquistadores, no abrazaron el catolicismo. La ocupación militar del país no significó la unión de las dos Iglesias.

Las consecuencias de la cuarta Cruzada fueron tan fatales para el Imperio bizantino como para el porvenir de las Cruzadas mismas. Bizancio no pudo recobrarse nunca del golpe recibido en 1204 y perdió para siempre su puesto de potencia mundial.

Desde el punto de vista político, el Imperio oriental cesó de existir como unidad orgánica, dejando el lugar a un conjunto de Estados feudales occidentales, y no pudo jamás, después de la restauración de los Paleólogos, hallar su antiguo esplendor e influencia.

La importancia de la cuarta Cruzada entre las demás cruzadas es considerable, porque: primero, demostró claramente el lugar preponderante ocupado en el impulso de la Cruzada por el elemento laico; y segundo dividió en dos partes el movimiento, único antes, que impulsara hacia Oriente a los pueblos occidentales. Desde 1204 aquél movimiento debía dirigir sus fuerzas, no sólo hacia Palestina y Egipto, sino también hacia las posesiones latinas del Imperio de Oriente para mantener allí el poderío occidental. Esto significó, naturalmente, una rémora en la lucha contra los musulmanes de Tierra Santa.

La vida interior del Imperio. Las cuestiones religiosas.

La vida religiosa de Bizancio bajo los Comnenos y los Ángeles es particularmente importante: 1° desde el punto de vista propiamente interior, por el esfuerzo para resolver ciertos problemas religiosos que preocupaban a la sociedad bizantina de entonces y presentaban un interés absolutamente vital para la época; y 2° desde el punto de vista exterior por el problema esencial de las relaciones de la Iglesia oriental con Roma, del patriarcado de Constantinopla con el Papa.

En sus relaciones con la Iglesia, los emperadores de las dinastías de Comnenos y Ángeles se atuvieron al Césaropapismo, tan grato a los emperadores bizantinos. En una de las redacciones de la historia de Nicetas Coniates leemos las siguientes palabras de Isaac Ángel: "No hay en la tierra diferencia alguna entre el poder de Dios y el del emperador. Todo está permitido a los emperadores, que pueden usar los bienes del Señor como los suyos propios, porque han recibido de Dios su poder y entre Dios y ellos no hay nada". El mismo escritor, hablando de la actividad religiosa de Manuel Comneno, pinta el sentimiento general de "los emperadores bizantinos, que se creían Jueces infalibles de los asuntos divinos y humanos". Este criterio de los emperadores fue sostenido por el clero en la segunda mitad del siglo XII. El célebre canonista griego (y comentador del *Nomocanon del Seudo—Focio,* colección canónica de XIV títulos), Teodoro Balsamón, patriarca de Antíoquía, que vivió bajo los últimos Comnenos y el primer Ángel, escribía: "Los emperadores y los patriarcas deben ser venerados como Padres (de la Iglesia) en virtud de su santa unción. De ésta proviene el

poder de los muy cristianos emperadores para enseñar a los pueblos cristianos y para, como los sacerdotes, agitar el incensario en honor de Dios". "Su gloria consiste en que, semejantes al Sol, alumbran con la luz de su ortodoxia el Universo entero". "El poder y actividad de los emperadores conciernen al cuerpo y alma (del hombre), mientras el poder de los patriarcas sólo concierne al alma". El mismo autor afirma: "El emperador no está sometido a las leyes ni a los cánones".

La vida de la Iglesia bajo los Comnenos y Angeles permitía a los emperadores aplicar extensamente sus opiniones césaropapístas. Por una parte, numerosas "doctrinas falsas" y "herejías" agitaban en máximo grado los ánimos en el Imperio, y por otra la amenaza de turcos y pechenegos y la aproximación de Bizancio a Occidente como resultado de las Cruzadas empezaban a poner en peligro la existencia de Bizancio como Estado independiente, obligando a los emperadores a estudiar con seriedad el problema de la unión con la Iglesia católica, la cual, por intermedio del Papa, podía desviar el grave peligro que Occidente hacía correr a Bizancio.

Los dos primeros Comnenos fueron, en conjunto, defensores de la fe y de la Iglesia ortodoxas orientales, mas, impelidos por móviles políticos, hicieron concesiones en favor de la Iglesia católica.

Entusiasmada por la obra de su padre Alejo, Ana Comnena, en su *Alexiada*, le llama, con exageración evidente, el "treceno apóstol", añadiendo que si ese honor ha de corresponder a Constantino el Grande, Alejo Comneno debe ser puesto a la misma altura que aquél o, si se alega contra esto alguna objeción, ocupar el lugar inmediatamente posterior. Pero el tercer Comneno, Manuel, sacrificó los intereses de la Iglesia de Oriente a su irrealizable política occidental.

En el interior, los emperadores se ocuparon en especial de los errores dogmáticos y herejías de su época. También les inquietó mucho el crecimiento desmedido de los bienes eclesiásticos y conventuales, contra el cual el gobierno, varias veces, había adoptado ya disposiciones severas.

Alejo Comneno, en su empeño de hallar fondos para la defensa nacional y para recompensar a sus partidarios, confiscó parte de los bienes monásticos e hizo fundir, a fin de convertirlos en moneda, cierto número de vasos sagrados.

No obstante, y para apaciguar el descontento provocado por tal medida, el emperador indemnizó a las iglesias abonándoles el valor de los vasos fundidos, y rectificó su actitud mediante una Novela especial "prohibiendo emplear los vasos sagrados para las necesidades públicas". Manuel volvió a poner en vigor la Novela promulgada en 964 por Nicéforo Focas y abrogada después, creando así un freno al enriquecimiento de iglesias y monasterios. Empero, más tarde suavizó aquella ordenanza, tan severa para el clero, con otra serie de Novelas.

Los desórdenes y la relajación del nivel moral de los clérigos orientales inquietaron no poco a Alejo Comneno, quien en una de sus Novelas declara que la fe cristiana corre gran peligro, porque el clero (bizantino) se hace peor de día en día". Trazó, pues, un plan de reformas encaminadas a elevar el nivel moral de los eclesiásticos, regulando su vida según los principios canónigos, aumentando su cultura, incrementando su actividad pastoral, etc. El emperador no siempre logró realizar en la práctica sus hermosos proyectos a causa de las condiciones generales de la vida del Imperio en aquella época.

Los Comnenos, aunque a veces se declararan hostiles al aumento desmesurado de las propiedades eclesiásticas, no por ello dejaron de ser con frecuencia protectores y fundadores de conventos.

Alejo declaró el Monte Athos exento a perpetuidad de impuestos y otras "vejaciones". "Los funcionarios civiles" no debían "tener relación alguna con el monte sagrado". El Athos seguía sin depender de ningún obispo y el "protos" o presidente del consejo de hígúmenos (abades o priores) de los conventos del Athos era investido por el mismo emperador, bajo cuya dependencia directa quedaba así la montaña sacra. Reinando Manuel, los rusos, entonces instalados ya en el Athos, donde tenían un convento pequeño, recibieron en virtud de un acuerdo del "prolaton" o consejo de higúmenos, el convento de San Pantalemón, que aun hoy goza de gran renombre.

Alejo ayudó también a San Crístódulo a fundar en la isla de Patmos un convento en honor de San Juan Evangelista, quien, según la tradición, había escrito allí el *Apocalipsis.* Ese convento existe todavía. En la "crisobula" promulgada con aquél motivo, el emperador donaba la isla a Cristódulo de manera eterna e inalienable, eximiéndola de toda carga y prohibiendo el acceso a ella de todos los funcionarios del Estado. Unas reglas muy estrictas gobernaban el nuevo monasterio. "La isla de Patmos —escribe Chalandon— se convirtió en una pequeña república religiosa casi independiente: sólo los monjes podían habitar allí".[174]

Las invasiones de los selyúcidas en el Archipiélago forzaron a Cristódulo y sus monjes a abandonar Patmos, refugiándose en Eugea, donde murió Cristódulo a fines del siglo XI. Las reformas de Cristódulo no le sobrevivieron y su tentativa de Patmos fracasó en absoluto.[175]

Juan Comneno erigió en Constantínopla un convento consagrado a Dios Todopoderoso *(Pantokrator),* fundando allí un hospital de cincuenta camas para los enfermos pobres. Tal hospital estaba admirablemente organizado. Su reglamento interno, descrito con detalle en el estatuto *(Tipicón)* promulgado al efecto por el emperador[176] es el ejemplo "quizá más conmovedor que la historia nos ha conservado de los conceptos humanitarios de la sociedad bizantina".[177]

La vida intelectual en la época de los Comnenos fue muy activa. Hay sabios que llaman a ese período la época del *Renacimiento helénico,* preparado por hombres tan eminentes como Miguel Psellos. Semejante renovación intelectual se expresó bajo los Comnenos de diversos modos, y en especial con la aparición de nuevas doctrinas heréticas y errores dogmáticos, contra los que los emperadores, paladines de la verdadera fe, tenían neCésariamente que entrar en lucha.

Ese rasgo de la época de los Comnenos se refleja bien en el "Sinodicón" o enumeración de nombres y doctrinas anatematizados que todavía se lee todos los años en la Iglesia oriental durante 3a semana de la ortodoxia, en cuyo curso se pronuncia anatema contra los herejes y en general contra las doctrinas antíeclesiásticas. Muchos de los nombres y doctrinas condenados en el Sinodicón se remontan precisamente a la época de Alejo y Manuel Comneno.[178] Alejo Comneno luchó especialmente contra los paulianos y bogomilas establecidos desde hacía tiempo, según vimos antes, en la Península balcánica y sobre todo en la región de Filipópolis. Pero ni las persecuciones de herejes ni el suplicio del monje bogomilista Basilio en la hoguera produjeron la desaparición de las herejías, las cuales, aunque sin tener en verdad gran difusión en el Imperio, continuaban subsistiendo. El emperador se dirigió al monje Eutimio Zigabeno, hombre instruido en gramática y retórica, exégeta de los libros del Nuevo Testamento y de las Epístolas de San Pablo, y le rogó que expusiera y refutara todas las doctrinas heréticas existentes, apoyándose en los Padres de la Iglesia. Zigabeno, accediendo al deseo del emperador, compuso su "Panoplia dogmática de la fe ortodoxa", que contenía todas las pruebas científicas aptas para rechazar los argumentos heréticos mostrando su falta de fundamento dogmático. Aquella obra debía servir de manual para la lucha contra los

---

[174] *Chalandon, Essai sur le régne d'Alexis Ier Comnéne, p. 289. Ver también P. Lakovenko, Sobre la historia de la inmunidad en Bizancio (Yuriev, 1908), p. 10—11 (en ruso).*

[175] Véase E. Le Barbier, Saint Christodule et la reforme des couvents grecs au XIe siecle (París, 1863), s.a ed., p. 51—56. Esta antigua biografía contiene numerosos errores. L. Oeconomos, La vie religieuse dans l'Empire byzantin au temps des Comnénes et des Anges (París, 1918), p. 142—152

[176] El texto griego de ese estatuto (Tipicón) está publicado por A. Dimitrievski en su Descripción de los manuscritos litúrgicos conservados en las bibliotecas del Oriente ortodoxo (Kiev, 1895), t. I, p. 682—687 (en ruso y en griego).

[177] *F. I. Uspenski, La corriente occidental en la Bizancio conservadora (Byz. Vremennik, tomo XXII, 1916, p. 26; en ruso). Véase también Oeconomos, ob. cit., p. 193—210. E. Jean—selme y L. Oeconomos, Les Oeuvres d'assistance et les hópitaux byzantines au siécle des Comnénes (Amberes, 1921), p. 11—18. C. Díehl, La Sociétc byzantine* a l'époque des Comnénes (Revue historique du Sud—Est européen, t. VI (1929).

[178] Sobre el *Sinodicon ver F. I. Uspenski, Ensayos sobre la historia de la civilización bizantina (San Petersburgo, 1892), p. 89—145 (en ruso)*

errores de los herejes. Todo lo cual no impidió al monje Nifón predicar, en tiempos de Manuel, la doctrina bogomílica.

Hubo gran agitación en torno al proceso —instruido bajo Alejo Comneno— de Juan ítalos, sabio filósofo, oriundo de Italia y discípulo de Psellos, y a quien se acusaba de haber sugerido "a sus oyentes falsas doctrinas y opiniones heréticas condenadas por la Iglesia y contrarias a la Santa Escritura y a la tradición, y de no venerar los santos iconos", etc…

Las actas de la acusación de herejía contra Juan Italos, editadas y estudiadas por F. I. Uspenski, abren una interesante página de la vida espiritual de la época del primer Comneno. En el concilio que examinó el caso de Italos no se juzgaba sólo a un hereje que predicaba una doctrina peligrosa para la Iglesia, sino también *a un* profesor de universidad que enseñaba ciencias a hombres ya formados y que se encontraba en parte bajo la influencia de las ideas de Aristóteles, así como de Platón y de otros filósofos. Se citó a varios de sus alumnos. El concilio, después de estudiar las doctrinas de Italos, las calificó de corruptoras y heréticas. Pero el patriarca, a quien fue entregado Italos para que aquél pusiera a éste en el camino de la verdad, convirtióse en adepto de la doctrina del acusado, no sin gran escándalo de la Iglesia. Por orden del emperador se compuso entonces una lista de los errores de Italos. Al fin se pronunció anatema contra los once puntos doctrinales de ítalos reconocidos como heréticos, anatema que se extendió al propio Juan..

Los escritos de Italos no se han editado aún íntegramente, lo que impide dictar juicio definitivo sobre ellos. "Cuando —con frase de un historiador— la libertad de pensamiento religioso estaba limitada por la superior autoridad de la Santa Escritura y las obras de los Padres, Italos creyó factible dar en ciertos puntos preferencia a la filosofía pagana sobre la teología, creyendo posible tener opiniones diferentes en un campo y en otro".[179] Finalmente, a propósito del caso de Italos, N. Marr plantea "una cuestión muy importante, que interesa a la vez a la civilización y a la historia, a saber: si los instigadores del proceso de Italos estaban al mismo nivel de cultura que aquél hombre que reclamaba la separación de los campos de la filosofía y la teología; y si, después de acusar al filósofo por su intrusión en el dominio de la teología, le otorgaban libertad de pensamiento en el dominio puramente filosófico".

Desde luego, la respuesta ha de ser negativa. Tal libertad era entonces imposible. Pero Italos no debe ser considerado sólo como teólogo. "Fue sobre todo un filósofo, condenado porque su sistema filosófico no se conformaba a la doctrina de la Iglesia (oriental)". El especialista más reciente de la vida religiosa de la época de los Comnenos declara que cuanto sabemos de Italos demuestra con claridad que pertenecía a la escuela neoplatónica.[180]

Las dudas y diferencias de opinión de los sabios que acabamos de citar bastan para mostrar el interés del asunto de Juan Italos desde el punto de vista de la historia de la civilización bizantina a fines del siglo XI y principios del XII.

Pero esto no es lodo. La ciencia ha reparado en ciertas doctrinas aparecidas en la filosofía de la Europa occidental en la época de Juan Italos y que tuvieron puntos de semejanza con las ideas de dicho Juan. Tal semejanza puede advertirse en la doctrina de un célebre sabio y profesor de la Europa de la primera mitad del siglo XII. Hablamos de Abelardo, cuya autobiografía, *o Historia calamitatum,* se lee aún con vivo interés.

La influencia de la civilización oriental sobre la occidental en aquella época es cosa complejísima y poco estudiada. Sería, pues, temerario afirmar que la escolástica de la Europa occidental estaba bajo la dependencia de Bizancio. Pero sí cabe decir que "el pensamiento europeo gira en igual círculo de ideas, durante el período comprendido entre los siglos XI y XII, que el pensamiento bizantino".[181]

---

[179] *D. Briantsev, Juan Italos: la fe y la razón, t. II (1904.), I parte, p. 328 (en ruso).*

[180] *L. Oeconomos, ob. cit., p. 29. El autor francés sigue en su obra las líneas del libro de Uspenski.*

[181] *F. I. Uspenski, Ensayos sobre la historia de la civilización bizantina, p. 178, ttfi, 183 (en ruso).*

En lo referente a las relaciones de Bizancio con los Papas y la Iglesia occidental, la época de los primeros Comnenos caracterizóse por una actividad muy grande. La causa principal de ello fue, como lo vimos por la apelación de Miguel VII Parapináceo a Gregorio VII, el peligro turco y pechenego que amenazaba las fronteras de Bizancio, peligro que forzó a los emperadores a pedir ayuda a Occidente, incluso a costa de una posible unión de las dos Iglesias. De modo que la tendencia de los Comnenos a ultimar la unión con la Iglesia de Roma se explica únicamente por motivos de política exterior.

En la época más difícil para Bizancio —finales de la novena década y principios de la décima del siglo XI— Alejo Comneno ofreció al Papa una reconciliación y un acuerdo, proponiéndole convocar un Concilio en Constantinopla para discutir la cuestión del pan ázimo y otros asuntos que dividían a las dos Iglesias. En 1089 se reunió en Constantinopla, bajo la presidencia de Alejo I, un sínodo de obispos griegos. Allí se discutió la moción de Urbano II, tendiente a volver a poner su nombre en los dípticos y a nombrarle en los Oficios. A instancias del emperador, un punto tan delicado fue resuelto en sentido afirmativo.[182] De esta época data probablemente la obra de Teofilacto de Bulgaria, *Sobre los errores de los latinos,* obra en que V. C. Vasilievski ve un signo de los tiempos que corrían.

La idea esencial de la obra de Teofilacto es muy notable. El autor no comparte la opinión general sobre la separación de las Iglesias y no cree que los latinos padezcan muchos errores ni que esos errores hagan inevitable el cisma. Además protesta contra el espíritu de intolerancia y orgullo teológico reinante entre sus contemporáneos instruidos. En una palabra, Teofilacto se muestra dispuesto a hacer concesiones razonables sobre muchos puntos. Pero respecto al Credo de Nicea no admite obscuridad ni adición alguna, o sea que se niega a admitir la añadidura del *Filioque* al "Credo" de la Iglesia oriental.

La crítica situación del Imperio y las dificultades que encontró en Roma Urbano II, a quien fue opuesto un antipapa, impidieron la reunión del proyectado concilio. La Cruzada promovida algunos años más tarde y las querellas y mutuas desconfianzas que surgieron como consecuencia no podían contribuir a la aproximación de las dos Iglesias. Bajo Juan Comneno hubo entre el emperador y los Papas Calixto II y Honorio II negociaciones con miras a la unión. Poseemos cartas de Juan, a esos pontífices. El Papa envió plenipotenciarios a Constantinopla,[183] pero no obtuvieron ningún resultado efectivo. Aparte esto, varios doctores latinos de Occidente intervinieron en las controversias teológicas de Constantinopla. El alemán Anselmo de Havelberg, que escribió hacia 1150, nos ha dejado un interesante relato de una controversia sostenida ante Juan Comneno en 1136: "Asistieron no pocos latinos, y entre ellos tres hombres sabios, versados en las dos lenguas y muy doctos en las letras: el veneciano Jacobo, el pisano Burgundio, y el tercero, el más famoso entre los griegos y entre los latinos por su conocimiento de las dos literaturas, era un italiano de la ciudad de Bergamo llamado Moisés, a quien todos eligieron para ser intérprete fiel de los dos partidos".

Las relaciones se reanudaron con más actividad bajo Manuel I, el tan latinófilo sucesor de Alejo, muy esperanzado en la resurrección del Imperio romano único y convencido de que sólo podría recibir la corona de ese Imperio de manos del Papa, ofreció a éste la unión. Así, vemos que las negociaciones con miras a la unificación tuvieron causas puramente políticas. El historiador alemán Norden observa con razón que "dos Comnenos creían poder elevarse con ayuda del Papado

---

[182] *Ver el interesante artículo de W. Holtzmann, Die Unionsverhandlungen zwíschen Alextos I. und Papst Urban II. im jahre 1089 (Byz. Zeitschrift, t. XXVIII (1928), p. 40. El autor da tres textos griegos inéditos. El texto relativo al sínodo de 1089 se halla en p. 60—62.*

[183] *H. Kap—Herr, Die abendlandische Politik Kaiser Manuels (Estrasburgo, 1881), p. 9. Norden, Das Papsttum und Byzanz, p. 91. Chalandon, t. II, p. 162—163. Id., p. X—XI. Dólger, Regesten, t. II, núms. 1302 y 1303 (p. 59). El estudio, en griego, de H. Siderides, sobre las cartas de Juan Comneno sobre la unión de las dos Iglesias (Constantinopla, 1927), no lo conozco sino por la crítica de F. Dólger en la Byz. Zeits., t. XXVIII (1928), p. 202—204.*

a la dominación de Occidente y a la vez los Papas estuvieron a veces dispuestos a tender una mano amistosa al emperador, sobre todo Adriano IV, entonces en lucha con el rey de Sicilia y muy irritado contra Federico Barbarroja, que se había coronado poco antes. En carta al arzobispo Basilio de Tesalónica, el Papa Adriano IV expresaba el deseo de "contribuir a devolver a todos sus hermanos al seno de la Iglesia", y compara la Iglesia oriental a una dracma perdida, a una oveja extraviada, a Lázaro muerto.

Al poco tiempo, Manuel propuso formalmente al Papa Alejandro III, por medio de un embajador, la unión de ambas Iglesias, a condición de que el Papa le entregase la corona del Imperio romano que sin derecho alguno detentaba Federico de Alemania. Si para alcanzar ese fin el Papa necesitaba dinero o fuerzas militares, Manuel le ofrecía proporcionarle en abundancia ambas cosas. Pero Alejandro III, cuya situación en Italia había mejorado algo, respondió con una negativa.

Entonces el emperador congregó un concilio en la capital, con miras a eliminar todos los puntos de discordia existentes entre griegos y latinos y hallar medios que favorezcan la unión de las dos Iglesias. Manuel hizo cuanto pudo para que el patriarca compartiese su deseo de concesiones. Poseemos el texto de una "conversación" que en el concilio mantuvieron Manuel y el patriarca, conversación del mayor interés para caracterizar las opiniones de los miembros más eminentes del concilio. El patriarca dio al Papa el nombre de "ser hediondo de impiedad" y dijo preferir el yugo de los sarracenos al de los latinos.

Esta última frase del patriarca, que refleja probablemente un cierto estado de ánimo social y religioso propio de la época, debía repetirse más veces en el futuro. Así sucedió en el siglo XV, en el momento de la caída de Bizancio. Manuel hubo de ceder y declaró que se alejaría de los latinos "como del veneno de la serpiente". Las discusiones del concilio no trajeron, pues, un acuerdo. Incluso se decidió romper en absoluto con el Papa y con sus partidarios.

De manera que Manuel fracasó en su política seglar exterior y en su política religiosa, fracaso que se explica si pensamos que el emperador, en ambos campos, sólo siguió una política personal, carente de base real sólida y profunda en la opinión pública. La restauración del Imperio único era imposible desde hacía mucho tiempo y las tendencias unionistas de Manuel no encontraban ninguna clase de eco ni simpatía en las masas populares del Imperio.

En los cinco y turbulentos últimos años de la dinastía de los Comnenos (1180—1185), y en especial bajo Andrónico I, los intereses de la Iglesia pasaron a segundo plano, dejando el primero a los muy complejos de la vida interior y exterior, los cuales ya conocemos. Andrónico, adversario de la política latinófila de sus predecesores, no podía al principio de su reinado mostrarse partidario de una unión con la Iglesia occidental. En el interior del Imperio trató con severidad al patriarca de Constantinopla y no admitió discusión sobre las cuestiones atañentes a la fe.[184] Un "Diálogo contra los judíos", que se atribuye a menudo a Andrónico, es de época posterior.

En la época de los Angeles, tan turbulenta desde el punto de vista político, la vida de la Iglesia ofreció los mismos caracteres, ya que los emperadores de aquella dinastía se consideraban señores absolutos. Isaac Ángel destituyó arbitraria y sucesivamente a varios patriarcas de Constantinopla.

Bajo *los Angeles* hubo en Bizancio una violentísima controversia respecto a la Eucaristía. El mismo emperador participó en las discusiones. Según el contemporáneo Nicetas Coniates, se trataba de saber si "el cuerpo de Cristo que se recibe en la comunión es tan imperecedero, como lo fue después de sus sufrimientos y su resurrección, o tan perecedero como lo fue antes de sus sufrimientos. Queríase, pues, concretar "si la Eucaristía que recibimos sigue el proceso fisiológico ordinario, como todo otro alimento absorbido por el hombre, o bien si la Eucaristía no está sometida a ese proceso". Alejo Ángel sostuvo la doctrina de la incorruptibilidad de la Eucaristía, considerando "ultrajantemente ofensivo" lo contrario.

---

[184] *Sobre las relaciones de Andrónico con el patriarca y la Iglesia ver Oeconomos, ob. cit.,. páginas 113118.*

La aparición de tal controversia en Bizancio a finales del siglo XII puede explicarse por las influencias occidentales, muy fuertes en el Oriente cristiano en la época de las Cruzadas. Sabido es que tales discusiones habían comenzado hacía tiempo en Occidente. Ya en el siglo XI se hallaban quienes sostenían que la Eucaristía estaba sometida al mismo proceso que un alimento ordinario.

En cuanto a las relaciones de los Angeles con los Papas, ya nos consta que los Papas sirvieron sus intereses políticos proponiéndose unir las dos Iglesias, plan que no se realizó.

La complejísima situación internacional que precedió inmediatamente a la cuarta Cruzada puso en primer plano al emperador de Alemania, quien parecía llamado a desempeñar un importante papel en la resolución de la cuestión bizantina. Pero el emperador alemán era a la vez el más peligroso enemigo del Papado. En consecuencia, el Papa se esforzó todo lo posible en hacer fracasar al emperador de Occidente, impidiéndole tomar posesión del Imperio oriental y sosteniendo al emperador bizantino, aunque fuese un usurpador como Alejo III, que había destronado a su hermano Isaac. Ya examinarnos la difícil situación del Papado durante la cuarta Cruzada y sabemos que el pontífice, primero enérgicamente opuesto a la desviación de la Cruzada, se vio gradualmente obligado a cambiar de criterio, desaprobando el saqueo de Constantinopla, insólito por su cruel barbarie, dio la sanción pontifical.

Estableciendo un balance de la vida religiosa bajo los Comnenos y los. Angeles, se advierte que ese período de 123 años (1081—1204) señalóse por una, actividad intensa en el campo de las relaciones exteriores y en el interior por una gran efervescencia. Tal época ofrece, sin la menor duda, considerable importancia e interés profundo en el aspecto de los problemas religiosos.

Gobierno del Imperio. Ejército y marina. Las provincias.

La historia interior de Bizancio está en lo general insuficientemente estudiada, hecho que se comprueba sobre todo a contar desde la época de los Comnenos. En los libros de hoy sólo se hallan, respecto a los asuntos de historia interna de ese período, capítulos muy breves, reducidos a veces a simples glosas de principios generales, a observaciones o digresiones accidentales, y, en los casos más favorables, a artículos sucintos sobre aisladas cuestiones. Por tanto hemos de renunciar, al menos provisionalmente, a formarnos un concepto integral de la historia interna de ese período. El especialista más reciente de la época de los Comnenos, Chalandon, ha muerto antes de haber podido dar a su libro la continuación que se proponía en el sentido de una discusión profunda del problema de la vida interior de Bizancio en el siglo XII. De manera que debemos limitarnos a observaciones fragmentarias e incompletas.

No obstante, puede establecerse como principio general que la situación interior del Imperio bizantino y su sistema de gobierno cambiaron poco en el curso del siglo XII.

Cuando subió al trono Alejo Comneno, hasta entonces representante de la alta aristocracia terrateniente del Asia Menor, hallóse emperador de un Estado cuya situación financiera estaba completamente desorganizada, tanto por las numerosas empresas militares como por los desórdenes internos del período precedente. A pesar de tan desastroso estado de cosas, Alejo vióse obligado, sobre todo en los comienzos de su gobierno, a recompensar a quienes le habían ayudado a subir al trono, haciendo además ricos donativos a sus parientes. Para colmo, las duras guerras contra turcos, pechenegos y normandos, así como los sucesos enlazados con la primera Cruzada, exigían gastos considerables. Para llenar las cajas del Tesoro, Alejo hubo de recurrir a los bienes de la alta aristocracia territorial y a los de los monasterios. A cuanto cabe juzgar por los datos fragmentarios de las fuentes, Alejo no anduvo en muchas contemplaciones cuando se trató de confiscar los bienes de los grandes propietarios. En el castigo de las conjuras políticas, la confiscación de tierras substituyó a menudo a la pena de muerte. El mismo sino sufrieron los bienes conventuales, siendo a menudo entregados, por vía de gratificaciones perpetuas (en griego *Charistikia),* a ciertas personas que recibían como consecuencia el nombre de caristicarios *(charistikarioi).*

El sistema (carístico) mediante la donación y/o administración de los bienes monásticos a seglares, se hacía por motivos de desequilibrio de las cuentas públicas por parte del Estado (como

consecuencia de su participación en conflictos bélicos). Dicho sistema carístico, se implementaba en casos de extrema urgencia pública ante una gravedad institucional manifiesta, a los fines de asegurar la subsistencia, continuidad y expansión de la misión sacra y fines del Imperio. Este sistema, no fue inventado por los Comnenos, que se limitaron a recurrir a él más frecuentemente que otros emperadores y esto a causa de sus graves desequilibrios patrimoniales, financieros y económicos de la hacienda pública. Cabe comparar aquél procedimiento a la secularización de los bienes monásticos bajo los emperadores iconoclastas y, según toda probabilidad, a ciertos fenómenos sociales de una época más antigua aún. En los siglos X y XI se aplicaba ya con frecuencia el método carístico. Se dieron conventos a personas eclesiásticas y seglares, incluso mujeres. A veces se donaron a mujeres conventos de hombres, y viceversa. Los caristicarios debían defender los intereses de los conventos que se les otorgaban, protegiéndolos contra las arbitrariedades de gobernadores y recaudadores de impuestos y contra toda carga ilegal, administrando además lo mejor posible los intereses de los monasterios (que se les conferían y guardando para sí las rentas restantes después de cumplidas todas sus obligaciones. Desde luego en la práctica no sucedía así y la donación de conventos significaba para los caristicarios una fuente de ingresos y beneficios, en perjuicio de los monasterios, que se empobrecían con tal sistema. En todo caso, *las* carísticas, muy ventajosas para quienes las recibían, eran muy buscadas por los altos dignatarios bizantinos. Ya indicamos antes que Alejo hizo convertir en moneda algunos vasos sagrados, medida que derogó después.

Con todo, las confiscaciones de tierras resultaban insuficientes para sanear las finanzas públicas. Entonces Alejo Comneno recurrió al peor de su decisión de política monetaria: la alteración del valor de la moneda, emitiendo una nueva, sin el debido respaldo en metálico (oro puro) en la base monetaria. Los historiadores censuran severamente esta medida de Alejo, en virtud de la cual se creaban, junto a las antiguas monedas de oro (el “nomisma”, “hiperpiro” o “sólido”), otras con una aleación de cobre y oro o plata y oro. La nueva moneda llamábase “nomisma” también y tenía el mismo curso que las monedas precedentes, pero de hecho no valía más que la tercera parte de la antigua, cuyo valor igualaba al de doce piezas o miliarisia. De modo que la moneda nueva no valía realmente más que cuatro miliarisia.

A la par Alejo quería recibir los impuestos en moneda de buena ley. Tales medidas introdujeron todavía más confusión en la hacienda imperial e irritaron a los subditos. La crítica situación de los asuntos exteriores y la ruina económica del país, ya casi completa a pesar de las medidas del emperador, obligaron al gobierno a recaudar los impuestos con rigurosa severidad. Como muchas propiedades territoriales, tanto seglares como eclesiásticas, estaban exentas de contribuciones, toda la carga fiscal se fundaba sobre las clases inferiores, que se sentían agotadas bajo el peso abrumador del Fisco. Los recaudadores de impuestos, que, con frase del arzobispo Teofilacto de Bulgaria, eran “bandidos más que perceptores de contribuciones y despreciaban tanto las leyes divinas como los decretos imperiales”, arruinaban a la población.

La sabia administración de Juan Comneno (Kaloyan) mejoró algo la hacienda a despecho de las guerras continuas. Pero su sucesor, Manuel, volvió a poner al país en crítica situación económica. No ha de olvidarse que por entonces la población del país, y por tanto su capacidad de pago, sufrieron una disminución notable. Ciertas regiones del Asia Menor quedaron abandonadas como consecuencia de la invasión islámica, y parte de los habitantes fueron llevados cautivos, mientras otros huían a las ciudades de la costa. Los territorios abandonados no podían pagar contribución. Análogo fenómeno se observó en la Península balcánica como resultado de las invasiones de los húngaros, servios y pueblos transdanubianos en general.

Entre tanto los gastos aumentaban. Fuera de los desembolsos exigidos por las necesidades militares, Manuel obtuvo grandes sumas a los numerosos extranjeros que acudían a Bizancio atraídos por la política latinófila del emperador. Éste, además, necesitaba dinero para sus construcciones, para mantener el lujo desmedido de la corte y para atender a sus favoritos y favoritas.

Nicetas Coniates nos pinta con muy vivos colores el general descontento suscitado por la política financiera de Manuel. Los griegos de las islas Jónicas, sintiéndose incapaces de soportar el peso de los impuestos, se entregaron a los normandos.

Como Alejo Comneno, Manuel se preocupó de restablecer sus finanzas mediante la confiscación de propiedades laicas y eclesiásticas, y volvió a poner, en vigor, según sabemos, la famosa Novela que Nicéforo Focas emitiera en 964 sobre las propiedades territoriales de la Iglesia y los monasterios.

Andrónico I, cuyo corto reinado fue una reacción contra el gobierno de Manuel, se declaró defensor de los intereses nacionales y de la gente modesta, en perjuicio de la latinofilia de Manuel y de los grandes propietarios. Entonces la situación de los contribuyentes mejoró. Los terratenientes poderosos y los colectores de impuestos fueron sofrenados, los gobernadores de provincias obtuvieron sueldos más altos y cesó la venta de cargos públicos. Nicetas Coniates, contemporáneo de Andrónico, pinta, citando al profeta, el siguiente idílico cuadro: "Cada hombre estaba tranquilamente tendido a la sombra de su huerto y, después de juntar las uvas y frutos de la tierra, los comía con placer y dormía gratamente, sin miedo al recaudador de contribuciones, sin temer que sus uvas fuesen hurtadas y sin imaginar que su casa sería robada. Por lo contrario, al que había dado a César lo que era de César, ya nada más se le exigía; no se le quitaba, como antes, su última camisa y no se le acosaba, como antes, hasta la muerte".

Las fuentes bizantinas dan un cuadro desolador de la vida interna del país bajo Manuel, cuadro que de cierto no pudo mejorar bajo el corto y borrascoso gobierno de Andrónico. Empero, el judío español Benjamín de Tudela, que visitó Bizancio en la octava década del siglo XII o sea bajo Manuel, ha dejado, en la descripción de su viaje, algunas interesantes líneas sobre Constantinopla. La descripción que da al lector es el resultado de sus observaciones personales y de los testimonios orales recogidos. De Constantinopla escribe: "Desde todas las partes del Imperio llega aquí cada año un tributo; los sitios fortificados están tan llenos de oro, de purpura y de seda, que no se puede ver parte alguna de las construcciones que contienen tales riquezas. Se afirma que los impuestos de la capital sola rinden anualmente veinte mil piezas de oro, suma donde entra el impuesto sobre las casas mercantiles, impuestos aduaneros, etc. Los griegos son muy ricos en oro y piedras preciosas; llevan ropas de seda adornadas de oro, montan a caballo y parecen hijos de príncipes. El país es muy extenso, rico en frutos, y el pan, la carne y el vino se encuentran en una abundancia tan grande que ningún otro país puede jactarse de semejante riqueza. Los habitantes están versados en la literatura griega. En una palabra, viven felices y cada uno come y bebe bajo su parra y su higuera".[185]

El mismo viajero escribe en otro lugar: "Toda clase de mercaderes llegan aquí de la tierra de Babilonia, de la tierra de Shinar (Mesopotamia), de Persia, de Media, de toda, la soberanía de Egipto, de la tierra de Canaán y del imperio de Rusia, de Hungría, de pecheneguia, de Kazaria y de la tierra de Lombardía y de Sefarad (España). Es una ciudad con una actividad a pleno y los mercaderes llegan a ella de todos los países por tierra y por mar. No hay nada parejo en el mundo sino Bagdad, la gran ciudad del Islam". También en tiempos de Manuel, un viajero árabe, Al—Harawi o El—Herewi, visitó Constantinopla, donde obtuvo del emperador una acogida excelente. En su libro, este viajero da una descripción de los monumentos más importantes de la capital y observa: "Constantinopla es una ciudad más grande que lo que su reputación anuncia. Así Dios, en su gracia y generosidad, se digne hacer de ella la capital del Islam".[186] Es interesante cotejar con la

[185] *Die Reisebeschreibungen de Benjamín de Tudela, ed. y trad. por L. Grünhut y IV. Adler, t. II (Jerusalén, 1903), p. 17—18. The Itinerary of Benjamín of Tudela, trad. por Adler (Londres, 1907), p. 13. The oriental travels of Rabbi Benjamín de Tudela, en The Contemperaries of Marco Polo, ed. por M. Komroff (Nueva York, 1928) p. 265—266. El texto hebreo se publicó en Constantinopla, año de 1547. La primera traducción latina fue la de Arias Montano* (Amberes, 1575). — (N. del R.)

[186] *Abul Hassan Alí el Herewi, Indications sur les lieux de pélerinage,* **trad. de** C Schefer. Archives de l'Orient latín (París, 1881), t. I, p. 589.

descripción de Benjamín de Tudela algunos versos de Juan Tzetzés, poeta de la época de los Comnenos, igualmente relativos a Constantinopla. Parodiando dos versos de Homero *(Iliada,* IV, 437—438), Tzetzés escribe, con amargura no exenta de indignación: "Los hombres que viven en la capital de Constantinopla son una raza de ladrones; no pertenecen ni a un solo pueblo ni a una sola lengua; hay una mezcla de lenguas extrañas y hay hombres muy malos, cretenses, turcos, alanos, rodiotas y quíenses... Todos, muy ladrones y corrompidos, son considerados como santos en Constantinopla".

La vida brillante y bulliciosa de Constantinopla bajo Manuel recuerda al historiador Andreades la de ciertas capitales, como París, en tiempos del Segundo Imperio y vísperas de la catástrofe.

Es difícil fijar con precisión la cifra de los habitantes de la capital en aquella época. Cabe suponer —pero es sólo una pura hipótesis— que la población de Constantinopla hacia el fin del siglo XII comprendía de ochocientos mil a un millón de almas.[187]

Bajo los Comnenos y los Angeles, a la vez que se acrecían las grandes propiedades, vióse a la aristocracia terrateniente ganar fuerza y poder y hacerse cada vez más independiente del gobierno central. El feudalismo progresaba en el Imperio. El italiano Cognasso escribe al propósito: "Desde entonces el feudalismo recubre todo el Imperio y el emperador debe luchar con los grandes señores provincianos, que no siempre consienten en proporcionarle soldados con la misma generosidad que lo hicieron, por ejemplo, para la guerra contra los normandos... Al romperse el equilibrio de los elementos que constituían la base social y política del Imperio, la aristocracia quedó encima y al fin el Imperio cayó en sus manos. La monarquía se encontró privada de su poder y de su riqueza, que pasaron a la aristocracia". El Imperio se precipitaba hacia la ruina.

Bajo Manuel se promulgó una interesantísima "crisobula" prohibiendo transferir toda propiedad inmueble concedida por el emperador a cualquier persona que no fuese un funcionario de rango senatorial o militar. Si se hacían transmisiones en desacuerdo con aquella regla, el bien transferido revertía al Tesoro.[188] Este edicto de Manuel, al prohibir a las clases pobres pensar en, adquirir donaciones imperiales de tierras, dio a la aristocracia inmensos territorios.[189] La crisobula fue abrogada en diciembre de 1182 por Alejo II Comneno, quien, aunque firmó el edicto, lo hizo así, sin duda, a instigación del todopoderoso regente Andrónico. Desde 1182 las donaciones imperiales pudieron transmitirse a cualquiera, fuera el que fuese su rango social.[190]

Juzgamos que dicha crisobula de 1182 debe ser puesta en el número de las medidas correspondientes a la nueva política de Andrónico, quien abrió un frente agresivo y peligroso de batalla contra la clase privilegiada de la aristocracia bizantina y los grandes propietarios. Al firmar el edicto, Alejo II no fue sino instrumento de Andrónico. Nos cuesta trabajo admitir el criterio de ciertos sabios relativo a que la prohibición de Manuel, dirigida contra los francos, tendía a entorpecer a los comerciantes extranjeros las compras de tierras, y dudamos que la derogación del edicto fuese un acto francófilo fruto de la *política* latínofílica de Alejo Comneno.[191]

Es verdad que el gobierno de Alejo II, niño aún, y de su madre, se inclinaba a apoyarse en el odiado elemento latino; pero tan pronto como Andrónico entró en Constantinopla y fue proclamado

---

[187] *A. Andreades, De la población de Constantinopla bajo los emperadores bizantinos, (en francés) en el periódico italiano Metron (Rovigo, 1920), vol. I, n.° 2, p. 101.*

[188] *Zac. von Lingenthal, Jus graeco—romanum, III, 457. Algunos años después se publicó de nuevo la misma crisobula (Ibid., p. 498). La fecha es discutible. Ibid., p. 457 y 498. F. Dólger, Corpus der griechischen Urhunder des Mittelalters una der neueren Zeit, Regesten, Sec. I: Regesten der Kaiserurkunden des ostromischen Reiches (Munic—Berlín, 1925), tomo II, p. 62—63 (n.° 1333) y 70 (n.°1398).*

[189] *V. Cognasso, Parti politici e lotte dinastiche in Bizancio alla morte di Manuele Comneno (Turín, 1912), p.284(7).*

[190] *Von Lingenhtal, ob. cit., III, 507.*

[191] *V. Dólger, ob. cit., p. 89 (n.° 1553). Comp. c. Brébier, Andronic Comnéne, col. 1780*

regente, las circunstancias cambiaron, el poder pasó a sus manos y hacia fines de 1182 su política era ya abiertamente hostil a los latinos.

Las guerras, casi continuas, hacían que el ejército costase al Estado mucho dinero. Ha de tributarse a los Comnenos la justicia de que velaron por el crecimiento y restauración de sus tropas. Nos consta que éstas comprendían, aparte el elemento indígena suministrado por los temas, numerosos destacamentos mercenarios de diversas nacionalidades. En la época de los Comnenos se advierte un nuevo factor en el ejército: el elemento anglosajón.

El motivo de que apareciesen anglosajones en Bizancio debióse a la ocupación de Inglaterra por los normandos mandados por Guillermo el Conquistador. La catástrofe que cayó sobre Inglaterra a raíz de la batalla de Hastings o Senlac (1066), hizo pasar el país a manos de un conquistador severo y creó nuevas condiciones de vida. Las tentativas insurreccionales de los anglosajones contra el nuevo monarca fueron ahogadas en ríos de sangre. Así, muchos anglosajones abandonaron, desesperados, el país. En la octava década del siglo XII" es decir, a principios del reinado de Alejo Comneno, se hallan —como lo prueba el historiador inglés Ereeman, autor de una célebre obra sobre la conquista de Inglaterra por los normandos— cierto número de hechos que acreditan claramente la existencia de una emigración anglosajona al Imperio griego.

Un cronista occidental de la primera cincuentena del siglo XII escribe: Después de haber perdido su libertad, los anglos fueron profundamente afligidos... Algunos de ellos, brillantes con la flor de una hermosa juventud, se fueron a países lejanos y se ofrecieron valerosamente para el servicio militar del emperador de Constantinopla, Alejo".[192]

Aquel fue el principio de la compañía varengo—inglesa *(druina)* que desempeñó en la historia de Bizancio en el siglo XII un importante papel, análogo al que desempeñara la compañía varengo—rusa en los siglos X y XI. Parece que no hubo nunca tantos mercenarios extranjeros en Bizancio como durante el reinado latinófilo de Manuel.

A lo que sabemos, la flota, muy bien organizada por Alejo, fue perdiendo paulatínamente su valor militar y en la época de Manuel estaba en completa decadencia. Nicetas Coniates, en su historia, censura severamente a Manuel por haber dejado arruinarse la pujanza marítima del Imperio. Bajo los Comnenos, las naves venecianas, como resultado del acuerdo de alianza veneciano—bizantina, ayudaron eficazmente al Imperio, pero en perjuicio de la independencia económica de Bizancio. Manuel restauró y fortificó algunas ciudades del Imperio, como hizo con la importantísima posición estratégica de Attalia Satalia), en el litoral sur del Asia Menor.[193] Asimismo dispuso que se ejecutasen trabajos de fortificación y se construyera un puente en Abydos, a la entrada del Helesponto,[194] donde radicaba una de las importantes aduanas bizantinas y donde, a partir de los Comnenos, poseyeron zonas los venecianos sus rivales, los pisanos y los genoveses.

La administración provincial, o de los *themas*, bajo los Comnenos, no se ha estudiado bien todavía. Se sabe que en el siglo XI el número de temas llegaba a 38.[195] A raíz de la disminución de los territorios del Imperio en los siglos XI — XII, las fronteras de las provincias y el número de éstas se modificaron. Sobre tal cuestión se hallan indicaciones en una Novela de Alejo III Ángel, fechada en 1198.[196]

---

[192] *Orderici Vitalis, Historia Ecclesiastica, Migne, Patr. lat., vol. 188, col. 309.*

[193] *Gesta Regís Henrici Secundi, Benedicti Abbatis, ed. W Stubbs (Londres, 1867), I, 195. (Rerum brit. meddi aevi ser., vol. 49.) Se hallan iguales informes en la Crónica del Magistri Rogeri de Houedene, ed. W. Stubbs (Londres, 1870), II, 157 (Rer. br. medii aevi ser., volumen 51).*

[194] *Ver dos cortos poemas de Teodoro Prodomo en el Recueíl des historiens des Croíades. Historiadores griegos, t. II, p. 541—542*

[195] *Ver Skabalanovitch, El Estado bizantino y la Iglesia en el siglo XI (San Petersburgo, 1884), p. 186, 193—230 (en ruso)*

[196] *Zacarías von Lingenthal, III, 560—561 (respecto al año 1199)*

En ella se habla de los privilegios mercantiles otorgados por el emperador a Venecia y se enumeran "por sus nombres todas las provincias que se encuentran bajo la dominación del Imperio romano y donde (los venecianos) pueden comerciar". Esa lista de la Novela no se ha examinado aún lo suficiente, pero en ella se da una idea aproximada de los cambios sobrevenidos en la división del Imperio durante el siglo XII.

La mayoría de los antiguos temas habían sido gobernados, como sabemos, por estrategas o jefes militares. Cuando el territorio imperial, a causa de las continuas derrotas, se halló muy reducido, el importante título antiguo de estratega cayó en desuso, pues que no convenía a la pequeña extensión de las provincias, y fue reemplazado por el de dux, ya llevado en el siglo IX —e incluso antes— por los gobernadores de algunas provincias pequeñas.[197]

En la situación mercantil del Imperio bajo los Comnenos y los Angeles, debemos notar, en primer término, un cambio muy trascendental producido por las Cruzadas. Oriente y Occidente entablaron tratos mercantiles directos y Bizancio perdió su papel de corredor o intermediario,[198] lo que asestó rudo golpe al poderío económico internacional del Imperio. Además, en la capital y en otras ciudades, Venecia se había asegurado, reinando Alejo Comneno, una situación de primera línea. Bajo el mismo emperador los písanos obtuvieron importantes ventajas mercantiles en Constantinopla, recibiendo un muelle *(scala)* y un barrio especial con almacenes y un barrio para sus coterráneos. Se reservaron a los písanos lugares especiales para los oficios divinos en Santa Sofía y· los espectáculos públicos en el Hipódromo.[199] Hacia fines del reinado de Juan Comneno, los genoveses abrieron negociaciones con Bizancio por primera vez. Es seguro que tales negociaciones fueron de orden mercantil. La política de Manuel tuvo igualmente estrechos vínculos con los intereses comerciales de Venecia, Génova y Pisa, las cuales, aparte arruinar bajo mano la potencia económica del Imperio, vivían en perpetua rivalidad mutua. En 1169 Génova obtuvo privilegios mercantiles excepcionalmente ventajosos, que comprendían todo el Imperio, salvo dos puntos en las orillas septentrionales de los mares Negro y de Azov.[200]

Algunos años después de la terrible matanza de latinos en 1182, en tiempos de los Ángeles, la situación de los latinos hízose muy ventajosa. En 1198, Alejo Ángel, a regañadientes, publicó una crisobula confirmando la precedente bula expedida por Alejo Comneno al firmar una alianza defensiva con la República de San Marcos. La crisobula de 1198 renovaba los privilegios mercantiles de Venecia y añadía cláusulas nuevas sobre el estatuto de los venecianos en el Imperio. Los límites del barrio veneciano siguieron siendo los mismos.[201]

---

[197] *Ver E. Stein, Untersuchungen zur spatbyzantinischen Verfassungs und Wirtschafts—géschichte (Mitteilungen zur Osmanischen Geschichte, t. II, 1924, p. 21; ed. por separado). Ver también nota de Stein sobre la "crisobula" de noviembre de 1198 (20, n. i).*

[198] *La obra mejor documentada sobre las relaciones comerciales de Bizancio con las repúblicas italianas bajo los Comnenos y Angeles, es la de W. Heyd, Histoire du commerce du Levant au mayen age (Leipzig, 1885), t. I, p. 190—264. Ver también Chalandon, ob. cit., tomo II, p. 625—627. J. W. Thompson, An economíc and social history of the Míddle Ages (Nueva York—Londres, 1928), p. 380—439.*

[199] *Texto en Miklosich y Müller, Acta et diplomata graeca, III, 9—13. También en J. Müller, Documenti sulle relaztone della citta Tascane coll'Oriente cristiano (Florencia, 1879), p. 43—45, 52—54. Ver Heyd, ob. cit., t. I, p. 193—194. Dólger, ob. cit., t. II, p. 53—54 (n.° 1255). Buena bibliografía. Ver también A. Schube, Handelsgeschichte der Romanischen Volker des Mittelmeergebiets bis zum Ende der Kreuzzüge (Munich Berlín, 1906), p. 247—274.*

[200] *Nuova serie di documenti sulle relaztone di Genova coll'Impero Bizantino, ed. Sanguinetti y Bertolotto (Atti della Societu di storia patria, t. XXVIII, 1896—1898). Miklosich y Müller, t. III, p. 35. Ver Dólger, t. II, p. 82 (n.° 1488). G. Bratianu, Recherches sur le commerce genois dans la mer Noire au XIIIe siécle (París, 1929), p. 65—66.*

[201] *Véase lo indicado antes sobre esta crisobula. También H. Brown, The Venetians andt the venetian quarter in Constantinople to the clóse of the twelfth century (The Journal of Hellenic Studies, t. XL (1920), p.88.*

No sólo las ciudades italianas gozaban de grandes privilegios comerciales en la capital, sino que venecianos, pisanos y genoveses sacaron máximo provecho de sus concesiones especiales y barrios mercantiles en muchas otras ciudades e islas del Imperio. Tesalónica, el centro más importante del Imperio después de Constantinopla, celebraba anualmente, a fines de octubre, con motivo de las fiestas de su patrón San Demetrio, una famosa feria a la que concurrían en multitud, para comprar o vender, griegos, eslavos, italianos, españoles *(iberos),* portugueses *(lusitanos),* "celtas de allende los Alpes" *(franceses) y* gentes llegadas de las remotas orillas del Atlántico.[202]

Después de la capital de Tesalónica, los principales centros económicos del Imperio eran Tebas, Corinto y Patrás, famosas por sus sedas, y Adrianópolis y Filipópolis, en la Península balcánica. Las islas del Egeo participaban también en la actividad industrial y comercial de la época.

A medida que se acercaba el año fatal de 1204, decaía la importancia mercantil de Bizancio, minada poco a poco por la iniciativa y la actividad de Génova, Pisa y, sobre todo, Venecia. La monarquía iba perdiendo "su potencia y su riqueza en provecho de la aristocracia, lo mismo que perdía sus muchos otros derechos en provecho de la clase mercantil cosmopolita de las grandes ciudades del Imperio).[203]

Instrucción, ciencias, y artes en la época de los Comnenos y los Ángeles.

La época de la dinastía macedónica se había señalado, como sabemos, por una intensa actividad en el campo de las ciencias, las letras, la cultura y el arte. La labor de personalidades como Constantino Porfirogénito en el siglo X y Miguel Psellos en el XI, el esplendor intelectual bizantino, la renovación de la escuela superior de la capital en el siglo XI, crearon condiciones favorables al renacimiento espiritual de la época de los Comnenos y los Ángeles.

Un rasgo característico de ese período es el entusiasmo por la literatura antigua. Hesiodo, Hornero, Platón, los historiadores Tucídides y Polibio, los oradores Isócrates y Demóstenes, Aristófanes y los trágicos griegos, así como otros eminentes representantes de los diversos aspectos de la literatura antigua, fueron estudiados e imitados por los escritores del siglo XI y más aún por los del XII.

Tal imitación repercutió sobre todo el idioma, el cual, con su busca excesiva de la antigua pureza, se volvió artificial, pomposo, difícil a veces de leer y comprender y completamente distinto de la lengua hablada corrientemente. Resultó así una literatura de hombres que, según frase de Bury, "eran esclavos de la tradición; cierto que sus señores eran magníficos, pero no por ello dejaba el hecho de significar una esclavitud".[204] No obstante, algunos escritores muy ilustrados en las bellezas de la lengua clásica no dudaron a veces emplear la lengua popular de su época, habiéndonos dejado interesantes ejemplos del idioma "vivo" del siglo XII. Los autores de la época de los Comnenos y Angeles proclamaban la superioridad de la civilización de Bizancio sobre la de Occidente, donde, según una fuente, habitaban "tribus obscuras bárbaras que en su mayoría han sido, sí no engendradas, al menos nutridas y educadas por Constantinopla", en ninguna de las cuales "hallan asilo las Gracias o Musas", y en las ciue un canto agradable tenía tanto valor "como el grito del buitre o el graznido del cuerzo".[205]

---

[202] *Timario, De passionibus ejus, Diálogos satíricos. Notices et extraits des manuscrits, tomo IX (1813), 2.a parte, 171—174 (cap. V—VI), ed. Ellissen, Analecten der mittel—und neugriechischen Litteratur (Leipzig, 1860), t. IV, primera sección, p. 46—53 y 98 y sigs.*

[203] *F. Cognasso, Un imperatore bizantino della decadenza: Jsacco II Angelo (Besarione,, tomo XXXI, 1915)*

[204] *J. B. Bury, Romances of Chivalry on Greek soil (Oxford, 1911), p. 3.*

[205] *Ver al respecto el muy sugestivo ensayo de vulgarización de C. Diehl, La Sociéte byzantine a l'époque des Comnénes (Rev. hist. du sudest européen, t. VI (1929), p. 198—280)*

Aquella época tuvo, en el dominio de la literatura, muchos representantes interesantes y eminentes, tanto en los medios seglares como en los eclesiásticos. Semejante tendencia intelectual penetró incluso en la familia de los Comnenos, muchos miembros de la cual, influidos por el ambiente que les rodeaba, consagraron gran parte de su tiempo a ocupaciones literarias o científicas.

Ana Dalasena, madre de Alejo I y mujer muy instruida e inteligente —su ilustrada nieta Ana Comnena la llama "no sólo honor de su sexo, sino también gloria de la naturaleza humana"—, llegaba a menudo a la mesa con un libro en las manos y en el curso de la comida comentaba las cuestiones dogmáticas propuestas por los Padres. Le gustaba sobre todo hablar de filosofía y del mártir Máximo.

El propio Alejo Comneno escribió disertaciones teológicas contra los herejes. En 1913 se han publicado las *Musas de* Alejo Comneno, dedicadas a su; hijo y heredero Juan y escritas en yambos. Fueron redactadas, en forma de "exhortación", poco antes de la muerte de Alejo. Este trabajo de Alejo es. una especie se testamento político y no sólo trata de abstractas cuestiones de moral, sino incluso de cierto número de sucesos históricos contemporáneos, tales como la primera Cruzada.

La hija de Alejo, Ana, y el marido de ésta. Nicéforo Brieno, ocupan puesto de honor en la historiografía bizantina. Nicéforo, que sobrevivió a Alejo y tuvo un papel importante en los asuntos públicos bajo Alejo y su hijo Juan, acometió la tarea de escribir la historia de Alejo Comneno. La muerte le impidió realizar su proyecto, y así no pudo componer más que una especie de crónica familiar o memorias que tendían a demostrar los motivos de la exaltación de la Casa de los Comnenos al trono, hasta la coronación de Alejo. El muy detallado relato de Nicéforo abarca los sucesos del período 1070—1079, o sea hasta comienzos del reinado de Nicéforo III Botaniates. Siendo así que la obra versa en especial sobre los Comnenos, no carece de cierta parcialidad. La dicción de Brieno es muy sencilla y carece de la artificiosidad característica, por ejemplo, de su culta esposa. En los escritos de Brieno se nota mucho la influencia de Jenofonte. Esa obra es de gran importancia, tanto para la historia de la corte como para la historia exterior, proyectando luz especialmente sobre el progreso del peligro turco.

La esposa de Nicéforo, es decir, la talentosa y muy ilustrada Ana, hija mayor de Alejo, escribió la *Alexiada,* poema épico en prosa, según expresión de algunos eruditos, y primer monumento importante del renacer literario de la época de los Comnenos. La escritora se propone en su obra describir el excelente reinado de su padre, "el gran Alejo, la antorcha del universo, el sol de Ana".[206]

En los quince libros de su gran obra, Ana describe la época de 1069 a 1118, traza el cuadro de la progresiva elevación de la familia de los Comnenos desde antes de la coronación de Alejo, y lleva su exposición hasta la muerte de éste. El libro de Ana completa y continúa el de su marido. En todo el libro de Ana se nota la tendencia panegirista de la autora, que exalta a su padre, llamándole "treceno apóstol" y procura mostrar al lector la superioridad de Alejo sobre todos los demás miembros de su familia. Ana había recibido una instrucción excelente y leído muchos escritores de los más eminentes de la antigüedad, tales como Hornero, los líricos, los trágicos y Aristófanes; Tucídides y Polibio entre los historiadores; Isócrates y Demóstenes entre los oradores, y Aristóteles y Platón entre los filósofos. Estas lecturas influyeron en el lenguaje de la *Alexíada,* donde Ana adopta las formas externas de la antigua lengua helénica, "lengua escolástica, casi completamente momificada y opuesta del todo la lengua hablada en la época".

---

[206] *Ana Comnena, XI, 11 (II, 315—316). En los últimos años han aparecido en Inglaterra tres obras sobre Ana Comnena, las tres escritas por mujeres y las tres dignas de mención:*

1a, la trad. ingl. de la Alexiada, por E. A. S. Dawes, con el título de The Alexiad of the Princess Anna Comnena (Londres, 1928), 439 p.; 2a, una monografía excelente y muy detallada sobre Ana Comnena, de Georgina Buckler: Anna Comnena. A study (Oxford—Londres, 1929). Una breve biografía, muy bellamente escrita, de Ana Comnena en sus relaciones con ciertos hombres eminentes de su época, por Naomi Mitchison: Anna Comnena, (Londres, 1928, 96 p.). Este trabajo comprende seis capítulos titulados, por su orden: "Back—ground, Alexius, Constantine, Bryennius, Bohemond y Juan".

Ana llega a excusarse ante los lectores cuando ha de citar los nombres bárbaros de los jefes occidentales o rusos (escitas), que "afean y rebajan la sublimidad de la historia". A pesar de su parcialidad, Ana nos. ha legado una obra histórica muy importante, que no sólo se funda en sus propias observaciones y en los testimonios orales, sino también en los documentos de los Archivos de Estado, la correspondencia diplomática y los decretos imperiales. Respecto a la primera Cruzada, la *Alexíada* es una de las fuentes más principales. Gíbbon juzga así la obra de Ana: "En vez de tener la sencillez de estilo y de exposición que se ganan nuestra credulidad, una elaborada afectación de retórica y ciencia delata a cada página la vanidad femenina de la autora". Los historiadores modernos miran a Ana Comnena, y con razón, de modo diferente, reconociendo que, "a pesar de todos sus defectos, esas memorias de la hija sobre su padre persisten siendo una de las obras más eminentes de la historiografía medieval griega",[207] y serán siempre uno de los testimonios más altos del reinado de Alejo Comneno, restaurador del Imperio griego.[208] La más reciente biógrafa de Ana, escribe: "Ana Comnena tuvo en verdad excelentes disposiciones científicas; poseyó ciertamente talento literario... A buen seguro no se requiere más para que reciba en el Parnaso el lugar que su época le concedió: el de décima Musa".[209]

Ignoramos si Juan, hijo y sucesor de Alejo y hombre que pasó toda su vida en expediciones militares, compartió las inclinaciones literarias de quienes le rodeaban. Pero sí sabemos perfectamente que su hermano menor, el sebastocrátor Isaac, a más de ser hombre instruido y promotor por las actividades culturas y en especial por las letras, escribió dos ensayos sobre la historia de la transformación de la epopeya homérica, y la introducción al Código llamado de lo Ocho Libros *(Octateuco).* Los más recientes estudios nos permiten suponer que la actividad literaria de Isaac fue mucho más diversa de lo que nos cabe juzgar dado el estado actual de nuestros conocimientos, reducidos a los dos o tres pequeños textos editados. Probablemente tenemos en él un escritor bizantino nuevo, interesante desde diversos puntos de vista.[210]

El emperador Manuel, muy amante de la astrología, escribió una apología de la *Ciencia astronómica.*, esto es, de la astrología, defendiéndola contra los ataques del clero. Fue, además, autor de varias obras teológicas y discursos públicos imperiales.[211] Considerando los estudios teológicos de Manuel, el panegirista de éste, Eustacio de Tesalónica, designa al *gobierno* de entonces como un "sacerdocio imperial" o un "reino de sacerdotes" *(Éxodo* 19:6).[212] Manuel no se interesó sólo por la literatura, sino también por la teología. Envió al rey de Sicilia a título de regalo, el famoso *Almagesto de Ptolomeo.* Otros manuscritos de la biblioteca de Manuel pasaron también a Sicilia. La primera redacción latina del *Almagesto* se escribió hacia 1160.[213] Irene, cuñada de Manuel, se distinguió por su amor a las ciencias y su talento literario. Teodoro Pródromo, que fue su poeta oficial y probablemente su maestro, consagró a Irene varias trabajos poéticos y Constantino Manases compuso en honor a Irene su crónica versificada. En "el prólogo de la crónica

---

[207] *Krumbacher, Gesch. der byz.* Lit.., p.276

[208] C. *Neumann,* Griechische Geschichtschreiber una Geschichtsquellen im zwolften Jafirhundert (Leipzig, 1888), p. 28.

[209] G. Buckler, *ob* cit., p. 522.

[210] *F. I. Uspenski, El código constantinopolitano llamado de Seraglio (Memoria del Instituto arqueológico ruso en* Constanlinopla, t. XII, 1907, p. 30—31. En ruso). Ed. Kurtz, Ein Gedicht des Sebastokrator Isaakios Komnenos (Byz. Neugr. Jahrbucher, t. V.

[211] *Cinnamus, VI, 13 (p. 290). Nic. Chon., De Manuele, VIII, 5 (p. 274—275).*

[212] *Fontes rerum byzantinarum, ed. W. Regel (San Petersburgo, 1892), I (1) p 6; ver también p. VII.*

[213] *Ver C. H.* Haskins, *The spread of ideas in the Middle Ages (Speculum, I (1926), 24). Id., Studies in the history of the medioeval science (Cambridge, 1924), p. 143, 161. Id., The renaissance of the twelfth century (Cambridge, 1927), p. 292.*

Irene aparece calificada de "una verdadera amiga de la literatura".[214] Cierto *Diálogo contra los judíos* atribuido a veces a Andrónico I, pertenece, según ya dijimos, a una época más reciente.

Este breve resumen indica lo mucho que las inclinaciones literarias penetraron en los Comnenos. Pero de seguro esta familia no hacía sino reflejar el impulso intelectual general que halló su principal expresión en el desarrollo literario característico de la época de los Comnenos.

Los historiadores, poetas, escritores religiosos y literatos diversos, así como los áridos cronistas contemporáneos, nos han dejado obras que nos permiten profundizar en la vida literaria de la época de los Comnenos y los Ángeles.

El historiador Juan Cinnamo o Cinnamus, contemporáneo de los Comnenos, siguió las huellas de Herodoto y Jenofonte y sufrió además la influencia de Procopio. Nos ha legado una historia de los reinos de Juan y Manuel (1118—1176), que continúa la historia de Ana Comnena. En el centro de esta exposición, notoriamente inacabada, Cinnamus sitúa la personalidad de Manuel, con lo que su obra tiene en algún modo tendencia panegírica. Defensor acérrimo de los derechos del emperador romano de Oriente y adversario declarado de las pretensiones pontificias y del poder imperial de los soberanos germánicos, Cinnamus, aparte de hacer héroe de su libro a Manuel —pagando así la benevolencia que el emperador le demostró—, nos da un relato histórico concienzudo, fundado en el estudio de fuentes excelentes y escrito en muy buen griego, empleando "el tono franco de un soldado lleno de un natural y no disimulado entusiasmo por el emperador".

Los dos hermanos Acominatos —Miguel y Nicetas—, oriundos de la ciudad frigia de Konia o Chonia (por lo que a menudo se les apellida Coniatess o Choniatas) fueron figuras eminentes en las letras del siglo XI y de comienzos del XII". Miguel, el hermano mayor, había recibido una excelente instrucción en Constantinopla junto a Eustacio, obispo de Tesalónica, de quien hablaremos luego. Miguel escogió la carrera eclesiástica y fue arzobispo de Atenas durante cerca de treinta años. Era ardiente admirador de la antigüedad helénica.

Vivió en su residencia arzobispal de la Acrópolis. (Ya sabemos que en la Edad Media había en el antiguo Partenón un templo consagrado a la Virgen.) Parecíale al principio muy seductor tener su sede en la Acrópolis. Miguel miraba a la ciudad y sus habitantes con los ojos de un contemporáneo de Platón, y por tanto le espantada el tremendo abismo que separaba a los atenienses contemporáneos de los helenos de la antigüedad. El idealista Miguel no reparaba en el fenómeno general que se había producido en toda Grecia, transformando la nacionalidad griega. Su concepción ideal chocó en seguida con la dura realidad.

El discurso de presentación de Miguel ante los atenienses reunidos en el Partenón, fue, según el autor, un modelo de estilo sencillo. Recordó a sus oyentes la antigua grandeza de la ciudad, madre de la elocuencia y la sabiduría; expresó la firme certidumbre que albergaba de la continuidad genealógica del pueblo ateniense desde la antigüedad hasta entonces; sugirió a los atenienses que siguieran los nobles ejemplos de sus antepasados y citó como ejemplos los nombres de Arístides, Diógenes, Pericles y Temístocles. Aquél discurso, compuesto en realidad con un estilo enfático, plagado de citas antiguas y bíblicas, lleno de y metáforas, resultó obscuro e incomprensible para los auditores del nuevo metropolitano, porque tales expresiones estaban por encima de la comprensión de los atenienses del siglo XII Miguel lo notó. En uno de sus siguientes sermones dijo con profunda amargura:

"¡Oh, ciudad de Atenas, madre de la Sabiduría, y en qué grado de ignorancia has recaído! Cuando me dirigí a vosotros en mi discurso de presentación, que era tan sencillo, tan desprovisto de artificio, pareció que hablaba una lengua incomprensible, obscura y extranjera, persa o escita".

El sabio Miguel Acominatos dejó pronto de ver en sus contemporáneos atenienses a los descendientes directos de los antiguos helenos. "Quedan —escribía— el encanto del país; el Himeto, rico en miel; el tranquilo Pirco; Eleusis, antes misteriosa; la llanura de Maratón; la

[214] *Constantino Manases, Compendium Chronicum, p. 3, verso 3 (ed. Bonn). 216 C. Neumann, Griech. Gesch., p. 99. Krumbacher, p. 280.*

Acrópolis; pero aquella culta generación amante de las ciencias ha desaparecido y su lugar tomado por una generación inculta, pobre de cuerpo y de espíritu. Rodeado de bárbaros, Miguel temía convenirse él mismo en grosero y bárbaro. Se quejaba de la alteración de la lengua griega, evolucionada ahora en una especie de dialecto bárbaro, el cual no llegó a comprender hasta después de pasar tres años en Atenas. Miguel habitó en la Acrópolis hasta principios del siglo XIII. A raíz de la conquista de Atenas por los francos, hubo de ceder su sede a un obispo latino y pasó la última parte de su vida en la pequeña isla de Ceos, junto al litoral del Ática, y allí murió y fue enterrado en 1220.

Miguel Acominatos dejó una rica herencia literaria que incluye sermones y discursos sobre temas diversos, muchas epístolas y algunos poemas. El conjunto nos da indicaciones preciosas sobre las condiciones políticas, morales y literarias de la vida de su tiempo. Entre sus poemas ha de colocarse, en primer término, una elegía yámbica en honor de Atenas, "primera y única lamentación llegada a nosotros sobre la ruina de la antigua y gloriosa ciudad". Gregorovius califica a Miguel Acominatos de rayo de sol en las tinieblas de la Atenas medieval, y de "último gran ciudadano y última gloria de aquella ciudad de la sabiduría".

En la tosquedad que rodeaba a Atenas y de que habla Miguel, así como en la alteración del idioma, han de verse, ante todo, ciertas huellas de la influencia eslava. Algunos sabios, como E. I. Uspenski, creen posible, fundándose en los escritos de Miguel, afirmar la existencia en el siglo XII, cerca de Atenas, de una comunidad eslava y de una propiedad campesina libre, cosas muy importantes en la historia interior de Bizancio.[215]

Nicetas Acominatos o Coniates, hermano menor de Miguel, ocupó el primer puesto entre los historiadores del siglo XII y comienzos del XIII. Nicetas nació, promediado el siglo XII, en la ciudad frigia de Konia, como su hermano, y siendo niño aun fue enviado a Constantinopla, donde estudió bajo la dirección de Miguel. Mientras éste se consagraba al sacerdocio, Nicetas eligió la carrera laica de funcionario. Probablemente a raíz de los últimos años del reinado de Manuel, y en especial bajo los Ángeles, fue agregado a la corte y alcanzó los grados superiores de la jerarquía administrativa. Forzado a huir de la capital durante el saco que de esta practicaron los cruzados en 1204, Nicetas huyó a Nicea, buscando refugio junto al emperador de este último país, Teodoro Láscaris: Teodoro le acogió con mucha benevolencia, le otorgó todos los honores y distinciones perdidos y le dio la posibilidad de consagrar los últimos años de su vida a sus trabajos literarios favoritos, así como de terminar su gran obra histórica. Nicetas murió en Nicea poco — después de 1210. Su hermano Miguel, que le sobrevivió, dedicóle una emocionante oración fúnebre, muy importante para la biografía de Nicetas.

La obra principal de Nicetas Coniates es su gran obra histórica en veinte libros, que abarcan los sucesos comprendidos entre la exaltación de Juan Comneno y los primeros años del Imperio latino (1118—1206). Esa obra es fuente inestimable para la época de Manuel, el interesante reinado de Andrónico, la época de los Ángeles y la cuarta Cruzada y toma de Constantinopla por los cruzados en 1204. El principio de la historia —el período de Juan Comneno— está expuesto con brevedad. La obra de Nicetas suele pararse en, seco sobre accidentes fortuitos y no presenta una unidad acabada. F. I. Uspenski supone que no se ha publicado aun en su forma íntegra. Nicetas sólo se servía de dos fuentes en su trabajo: los relatos de testigos oculares y sus observaciones propias. Los sabios están divididos sobre la cuestión de si se sirvió de Juan Cinnamus como una fuente.[216] La historia de Nicetas Acominatos está escrita en estilo ampuloso, elocuente y pintoresco y su exposición revela extensos conocimientos en literatura antigua y en teología. El autor forma sobre su lenguaje un juicio muy diferente del nuestro. En la introducción de su trabajo, dice, entre otras cosas: "No me he curado de hacer un relato pomposo, salpicado de palabras obscuras y de expresiones hinchadas, aunque otros aprecien esto mucho...

---

[215] *F. I. Uspenski, En torno a la historia del régimen territorial labriego en Bizancio (Gaceta del Ministerio de Instrucción Publica, vol. 225 (1883), p. 85—86. En ruso*

[216] *Véase Uspenski, ob. cit., p. 153—160, y Krumbacher, p. 283*

Lo que más detesta la historia, como yo digo, es un lenguaje obscuro e incomprensible, pues ama, al contrario, un estilo sencillo, natural y fácil de entender".

A pesar de cierta tendenciosidad en su exposición de los sucesos de ciertos reinados, Nicetas, persuadido de la superioridad de la civilización romana sobre la del "bárbaro Occidente", merece como historiador gran confianza y atención profunda. Uspenski escribe: "Nicetas merece ser estudiado aunque sólo fuera por el hecho de que en su historia se ocupa en una época muy importante de la Edad Media, en la cual las relaciones hostiles de Oriente y Occidente alcanzaron su mayor grado de intensidad y dieron nacimiento a las Cruzadas y a la fundación de un Imperio latino en Constantinopla. La opinión de Nicetas sobre los Cruzados occidentales y sobre las relaciones recíprocas de Oriente y Occidente se señala por su justeza profunda y por un afinado sentido histórico que no hallamos en los mejores escritos de la literatura occidental de la Edad Media".

Aparte su *Historia,* acaso se deba a Nicetas Acominatos un corto tratado sobre las *Estatuas destruidas por los latinos en Constantinopla en 1204, y* varias obras retóricas, como cierto número de panegíricos de los diversos emperadores y un tratado teológico no dado a luz íntegramente: el *Tesoro de la Ortodoxia,* continuación de la *Panoplia* de Eutimio de que hablamos antes. El *Tesoro,* resultado de un estudio hondo de numerosos escritores, se propone refutar los errores heréticos.

Entre las figuras eminentes del siglo XII cabe contar igualmente al maestro y amigo de Miguel Acominatos, a "la más brillante luminaria del mundo sabio bizantino después de Miguel Psellos",[217] es decir, el arzobispo Eustacio de Tesalónica. Eustacio educóse en Constantinopla y allí, en su calidad de diácono de Santa Sofía, fue profesor de oratoria y escribió la mayoría de sus brillantes trabajos. Pero su obra histórica, y otras ocasionales se redactaron en Tesalónica. La morada de Eustacio en Constantinopla era una especie de academia para los estudiantes jóvenes y se convirtió en un centro en torno al que se reunían los mejores intelectos de la capital y la juventud deseosa de instruirse.[218] Eustacio, pastor supremo de la segunda ciudad del Imperio, desplegó gran celo por elevar el nivel moral e intelectual de los monjes, lo que a veces le generó la hostilidad de algunos miembros del clero regular.[219] Son muy interesantes, desde el punto de vista de la historia de la civilización, las incesantes exhortaciones de Eustacio a los monjes para que no echasen a perder los tesoros de las bibliotecas. Al respecto, escribió en su obra sobre el monaquismo palabras siguientes: "¡Guay de ti! ¿Por qué quieres, ignorante, identificar una biblioteca monacal con tu alma? Tú, que no posees conocimiento alguno, ¿quieres también quitar a la biblioteca sus recursos científicos? Déjala que conserve esos tesoros. Tras de ti vendrá algún conocedor o amante de esas ciencias y el primero se volverá más instruido después de pasar algún tiempo en la biblioteca; el segundo, avergonzado de su completa ignorancia, encontrará en el estudio de los libros lo que buscaba". Eustacio murió a fines del siglo XII. Su discípulo y amigo Miguel Acominatos, metropolitano de Atenas, honró la memoria del difunto con una conmovedora oración fúnebre.

Eustacio, sin duda, fue una de las personalidades más importantes de fa vida intelectual de Bizancio en el siglo XII. Señálase como atento observador de la vida política de su tiempo, como teólogo despierto y experimentado que era criticó valerosamente la corrupción monacal, y como un sabio notable fijó su posición al respecto. Su conocimiento de la literatura antigua, y sobre todo de los *Comentarios* de Homero, le han valido un lugar de honor, no sólo en la historia de la civilización bizantina, sino también en el de la filología clásica. Su legado literario abarca dos partes: en la primera han de situarse los vastos y profundos comentarios sobre la *Iliada y* la *Odisea* que compuso en Constantinopla, un valioso comentario de Píndaro y algunas otras cosas; en la segunda, las obras escritas en Tesalónica, es decir, su historia de la toma de Tesalónica por los

---

[217] Gregorovius, ob. cit., t. I, p. 205, 207

[218] Ver el excelente artículo de Cohn sobre Eustacio en Pauly—Wissowa, Real Encyclopadie, VI (1909), col. 1454. El artículo comprende las páginas 1452—1489

[219] Ver L. Oeconomos, La vie religieuse dans l'Empire byzantin au temps des Comnénes et des Anges (París, 1918), p. 153—165. Los datos están tomados de la obra de Eustacio, De emendanda vita monachica (Migne, Patr. Gr., vol. 135, col. 729—910).

normandos en 1185, obra de que ya hemos hablado antes; una correspondencia muy importante para su época; una célebre disertación sobre la necesidad de reformar la vida monástica, un discurso sobre la muerte del emperador Manuel, etc. Los escritos de Eustacio no se han utilizado aun con la debida amplitud en relación al estudio de la vida política e intelectual de Bizancio.[220]

A fines del siglo XI y principios del XII vivió el eminentísimo teólogo Teofilacto, arzobispo de Achrida (Ochrida), en Bulgaria. Nació en la isla de Eubea y fue durante algún tiempo diácono en Santa Sofía. Recibió una excelente instrucción y tuvo por maestro al célebre Miguel Psellos. Fue nombrado arzobispo de Achrida probablemente bajo Alejo I. Bulgaria estaba entonces sometida al dominio de Bizancio. La vida ruda y bárbara de aquél país no pudo hacer a, Teofilacto olvidar a Constantinopla, ciudad a la que deseaba, con todo su corazón, regresar. Pero no lo logró y terminó su vida en Bulgaria. Si bien se desconoce la fecha exacta de su fallecimiento, se estima que murió hacía el 1108. Escribió algunas obras teológicas. Se conocen en especial sus *Comentarios sobre los libros del Antiguo y Nuevo Testamento.* Pero desde nuestro punto de vista sus obras capitales son su correspondencia y su libro *Sobre los errores de los latinos.* Casi todas sus cartas, escritas entre 1091 y 1108,[221] nos dan un cuadro muy interesante de la vida provinciana en el Imperio. Las cartas de Teofilacto, no estudiadas con profundidad en lo que se refieren a la historia interna de Bizancio, merecen particular atención. Ya hablamos antes de su libro *Sobre los errores de los latinos,* que se señala por sus tendencias conciliadoras al respecto de la Iglesia romana.[222]

Reinando Manuel, vivió y escribió como Miguel de Tesalónica, quien comenzó su carrera como diácono y profesor de exégesis de los evangelios en Santa Sofía de Constantinopla, recibiendo después el título de "Maestro de los retóricos" y siendo, al fin, condenado como sectario de la herejía de Sotérico Panteugeno y privado de sus títulos.[223] Compuso varios discursos en honor de Manuel: cinco de ellos han sido publicados. El último fue pronunciado, como una oración fúnebre, pocos días después de la muerte del emperador.[224] Los discursos de Miguel dan algunos detalles interesantes sobre los sucesos históricos de la época. Los dos últimos no han sido utilizados todavía por ningún historiador.

A mediados del siglo XII se escribió una de las numerosas imitaciones bizantinas de los diálogos de Luciano: el *Timarión.* Esa obra suele ser considerada anónima, pero acaso el autor se llamase Timarión realmente.[225] Timarión relata el supuesto viaje que hizo a los infiernos y reproduce las conversaciones que tuvo con los muertos en los Campos Elíseos. Dice haber visto al emperador Romano Diógenes, a Juan Italos, a Miguel Psellos, al emperador iconoclasta Teófilo, etc. Literariamente, el *Timarión,* obra llena de humorismo y talento, es la mejor imitación bizantina de Luciano. Fuera de sus cualidades de estilo, el libro tiene para nosotros el interés de que nos da algunas descripciones de la vida real, como la de la feria de Tesalónica. Es una fuente histórica de primer orden para la historia interior de Bizancio.[226]

---

[220] *Veáse Krumbacher, ob.cit. p.536—541.*

[221] *V. Vasilievski, Teofilacto de Bulgaria en su ensayo Bizancio y los pechenegos (Obras, t. I, p. 138. En ruso). Chalandon, t. I, p. XXVII (Chalandon sigue Vasilievski). Ver también B. Leib, Roma, Kiev y Bizancio, p.42*

[222] *El mejor estudio sobre Teofilacto de Bulgaria se debe a Vasilievski (Obras, t. I, páginas 134—149. En ruso). Chalandon, t. I, p. XXIII—XXVIII, sigue a Vasilievski. Ver Leib, obra cit., p. 41—50. Krumbacher, ob. cit., p. 133—135 y 463—465 (la cronología es incorrecta).*

[223] *Ver Krumbacher, p. 473. Regel, Font. rer. byz., t. I, (1) p. XVII. Chalandon, t. II, página XLVIII*

[224] *Regel, ob. cit., t. I, (1) p. 131—182 (Los tres primeros discursos); t. I (2}. p. 183—338 (discursos cuarto y quinto, publicados en 1917).*

[225] *Véase J. Dráseke, Byzantinischen Hadesfahrten (Neue Jahr. für das Klasische Altertum, t. XXIX (1912), p. 353).*

[226] *Véase Krumbacher, p. 467—468. Montelalici, ob. cit., p. 258—259. H. Torez, Byzantine satire (The Journal of Hellenic Studies, t. II (1881). p. 241—257). Dráseke, ob. cit., páginas 343—366. Hase da una*

Otro contemporáneo de los Comnenos, Juan Tzetzés, muerto probablemente hacia 1180, tiene una considerable importancia en el sentido de la literatura, de la historia de la civilización y de la antigüedad clásica. Este autor, tras haber recibido una buena instrucción filológica, fue durante cierto tiempo profesor de gramática y después se entregó a la literatura, ocupación que aseguró su pan de cada día. En sus escritos Juan Tzetzés no desperdicia ocasión alguna de hablar de las diferentes circunstancias de su existencia, las cuales nos muestran un hombre del siglo XII que vive de su actividad literaria y se queja sin César de su pobreza y miserias, busca las buenas gracias de los ricos y nobles, les dedica sus escritos, se indigna ante la idea de que no sean debidamente reconocidos sus méritos y cae un día en tal miseria que de todos sus libros sólo le resta un ejemplar de Plutarco. Como, por falta de dinero, no podía procurarse las obras neCésarias y debía confiar principalmente en su memoria, cometió en sus escritos muchos errores históricos elementales. En una de sus obras escribe: "Para mí, mi biblioteca es mi cabeza. Dada la gran penuria en que estamos, no tenemos libros en casa. Así, no puedo nombrar exactamente al autor". En otra obra escribe respecto a su memoria; "Dios no ha creado nunca y nunca creará un hombre que tenga una memoria semejante a la de Tzetzés". La erudición de Tzetzés en materia de literatura clásica antigua y bizantina era muy notable. Había leído innumerable cantidad de poetas, escritores dramáticos, historiadores, oradores, filósofos, geógrafos y novelistas, sobre todo a Luciano. Las obras de Tzetzés están escritas en un estilo retórico, cargadas de citas mitológicas, literarias e históricas y llenas de autoelogios. Son, pues, difíciles de leer y poco interesantes. Citaremos sólo unos cuantos de sus numerosos escritos. La colección de sus cartas, ciento siete en total, aparte los defectos que hemos señalado, tiene cierta importancia, tanto para la biografía del autor como para las de sus corresponsales. El *Libro de las historias,* escrito en versos llamados "políticos" (esto es, populares)[227] es una obra poética de carácter históricofilológico, que abarca más de doce mil versos. A partir de la primera edición, donde, para comodidad, la obra se dividió en doce partes de a mil versos, se llama ordinariamente a este libro las *Quiliadas* (es decir, los *Miles).* Las *Misionas o Quilíadas* de Juan Tzetzés, no son, según Krumbacher, más que "un enorme comentario versificado de sus propias cartas, que allí se explican la una tras la otra. Las relaciones de las cartas y las *Quiliadas* son tan íntimas, que las primeras pueden considerarse como un resumen detallado de las segundas". Este solo hecho quita a las *Quilíadas* todo valor literario. Otro sabio (V. G. Vasilievski), nota con severidad que las *Quilíadas* "representan desde el punto de vista literario un absurdo completo; pero a veces explican lo que queda obscuro en la prosa", o sea en las cartas.

Otra gran obra de Juan Tzetzés, también escrita en versos políticos —las *Alegorías sobre la Iliada y la Odisea*— está dedicada a la esposa del emperador Manuel, Berta—Irene, llamada por el autor la reina "más homérica";[228] es decir, la mayor admiradora del "muy sabio Homero, ese lago de palabras", la "luna clara, no bañada por las olas del Océano, sino que sale del lecho de púrpura de su sol". El fin de Tzetzés era exponer el contenido de los cantos de Hornero, explicándolos, en especial, desde el punto de vista de la exégesis alegórica del mundo de los dioses descrito por Hornero. Al principio de sus *Alegorías,* Tzetzés dice, con no poca presunción: "Póngome a la tarea y, tras tocar a Hornero con la varilla mágica de mí palabra, lo haré más accesible a todos y sus profundidades invisibles aparecerán a plena luz ante nosotros". Según Vasilievski, esa obra de Tzetzés está desprovista "no sólo de gusto, sino también de sentido común". Además de las obras citadas, Juan Tzetzés nos ha dejado otras sobre Homero y Hesíodo, escolios (notas críticas o explicativas al margen de los manuscritos) sobre Hesíodo y Aristófanes, algunos poemas, etc. Las obras de Juan Tzetzés no han sido editadas aun en nuestros días y algunas probablemente se han perdido.

---

excelente introducción al estudio de esta obra y una no menos buena explicación del Timarion en las Notices et extraits des manuscrits (1813), 2.a parte, páginas 125—268

[227] El rasgo distintivo de los versos "políticos" consiste en la desaparición completa de versos largos y breves, repitiéndose incesantemente versos del mismo número de sílabas

[228] Longino, neoplatónico, filólogo y retórico del siglo III de J. C., llama a Heredóto. Ver J. B. Bury, The Ancient Greek Historians (Nueva York, 1909), p. 42, n. i.

Después de todo lo dicho, el lector dudará probablemente de la valía intelectual de Juan Tzetzés. Pero el extraordinario celo del autor y su interés por compilar documentos hacen que sus escritos sean una fuente de valiosos informes sobre la antigüedad, teniendo extrema importancia para el conocimiento de la literatura clásica. Además, la labor de este autor y sus vastos conocimientos nos permiten extraer algunas conclusiones sobre el carácter del "renacimiento" literario de la época de los Comnenos.

Podríamos prescindir de hablar de Isaac Tzetzés, hermano del anterior y que se ocupó en filología y métrica, si no fuera porque la filología menciona frecuentemente a los hermanos Tzetzés", como si confiriera a entrambos un valor casi igual. En realidad Isaac no se distinguió por nada y seria lógico abandonar la expresión "hermanos Tzetzés".

Un interesante y típico personaje de la época de los tres primeros Comnenos —y sobre todo de Juan y Manuel— es el muy sabio poeta Teodoro Pródromo, o Ptochoprodromo, es decir, el Pobre Pródromo, como se llamaba a veces, ya para excitar compasión o por falsa humildad. Sus diversas obras procuran una rica documentación tanto al filólogo como al filósofo, al historiador como al teólogo. Aunque sean numerosas las obras publicadas que se atribuyen a este autor con más o menos fundamento, hay inéditas todavía muchas entre los manuscritos de las bibliotecas de Oriente y Occidente. Hoy la personalidad de Pródromo suscita graves discusiones entre los críticos, que se preguntan a quién pertenecen en realidad las muchas obras atribuidas a este autor. Hay quien cree en dos personajes con el nombre de Pródromo; otros creen en tres; varios en uno.[229] La cuestión no está resuelta ni se podrá resolver mientras no se edite toda la herencia literaria vinculada al nombre de Pródromo.

El período principal de la actividad de Pródromo coincide con la primera mitad del siglo XII. Su tío, conocido por el nombre monástico de Juan, fue metropolitano de Kiev, y de él dice la crónica rusa de 1080 que era un "hombre instruido en los libros y en las ciencias, generoso con los pobres y las viudas",[230] etc, Según toda probabilidad, Pródromo murió hacia 1150.

Diehl opina que Pródromo fue uno de los representantes "del proletariado de las letras, que vegetaba en Constantinopla y se componía de hombres inteligentes, instruidos, incluso distinguidos, pero a los que los rigores de la vida habían humillado singularmente, sin contar el vicio, que, uniéndose a la miseria, los había a veces desviado y rebajado singularmente"[231]

No obstante, los míseros escritores que frecuentaban la corte y se relacionaban con la familia imperial y los grandes, hallaban a veces, si bien a menudo con trabajo, un protector que proveía generosamente a sus necesidades. Toda la vida de Pródromo transcurrió en busca de un protector y en lamentaciones de su miseria, de su estado enfermizo, de su vejez... En su petición de socorros ninguna adulación, exageración ni bajeza le atajaba, y no elegía las personas a quienes dedicaba sus encomios. Pero en honor de Pródromo ha de decirse que siempre permaneció fiel a una persona: Irene, la nuera de Manuel, incluso en los momentos de desgracia de ésta. La situación de los escritores como Pródromo era muy difícil a veces. Así, en una de las obras antes atribuidas a Pródromo, el autor lamenta no ser remendón, panadero, picapedrero o pintor de brocha gorda, ya que éstos al menos tienen qué comer, y hace a un tercero decir, irónico: "Cómete tus escritos y aliméntate con ellos, amigo mío. Aliméntate de literatura, pobre hombre".

Ya dijimos que nos han llegado muchas y diversas obras atribuidas a Pródromo. Hallamos a este novelista, hagiógrafo, epistolista, orador, autor de un poema astrológico, de otros religiosos, de escritos filosóficos, de sátiras y de obras humorísticas. Varios de esos escritos son trabajos circunstanciales, escritos con motivo de una victoria, un nacimiento, un óbito o un matrimonio, y tienen mucho valor por las alusiones dispersas que contienen sobre personas y sucesos. También

---

[229] *Véase S. Papadimitriu, Teodoro Pródromo (Odessa, 1905), p. XIX—XXI y I y sigs. (en ruso). Krumbacher, p. 760. Montelatíci, ob. cit., p. 197.*

[230] *Crónicas Lavrentievskaia e Ipatievskaia (en ruso antiguo).*

[231] *Diehl, Figures byzantines, t., p. 140.*

son interesantes por las noticias que nos dan sobre la vida general del pueblo bajo. Pródromo ha sido a menudo severamente censurado por los eruditos. Se ha mencionado la "Mísera pobreza de contenido de sus poemas, la forma ruda de sus realizaciones poéticas"[232] y se ha dicho que "de tales autores, que sólo escriben para ganarse el pan, no cabe esperar verdadera poesía".[233] Esto se explica porque durante mucho tiempo Pródromo ha sido juzgado por sus trabajos más ínfimos, y por desgracia más difundidos, como, verbigracia, su novela versificada *Rodanfé y Dosicles,* obra larga y pomposa, cuya lectura, según ciertos historiadores, es penosa y produce un tedio mortal. Pero tan desfavorable opinión sobre Pródromo no está justificada. Si se consideran sus ensayos en prosa, sus diálogos satíricos, sus panfletos, sus epigramas, donde imita las mejores modelos de la antigüedad, y sobre todo a Luciano, nos vemos obligados a emitir un juicio más favorable sobre la obra literaria de este autor.

En sus escritos hallamos observaciones agudas y divertidas sobre la vida contemporánea, y esas observaciones prestan a su obra indiscutible interés para el estudio de la historia de la sociedad y, sobre todo, de los círculos literarios de la época de los Comnenos. Además, Pródromo abandona en algunos de sus trabajos la artificial lengua clásica y recurre al griego hablado corrientemente, sobre todo en sus obras humorísticas, habiéndonos así dejado curiosos ejemplos del lenguaje popular del siglo XII. El gran mérito de Pródromo consiste, precisamente, en haberse decidido a introducir en la literatura el lenguaje común. Sin duda alguna, Pródromo es, con todos sus defectos, uno de los más notables representantes de la literatura bizantina, según opinión de los mejores bizantinistas contemporáneos, "una personalidad literaria e histórica tal como pocas en Bizancio".[234]

Bajo los Comnenos y los Ángeles vivió también el humanista Constantino Stilbes, del cual sabemos muy poco. Recibió una buena instrucción, fue profesor en Constantinopla y más tarde obtuvo el título de maestro en literatura. Nos han llegado treinta y cinco obras de Stilbes, casi todas en verso y ninguna publicada aún. El más conocido de sus poemas es el que describe el gran incendio que se produjo en Constantinopla el 25 de julio de 1197. Trátase del primer documento que menciona semejante suceso.

Ese poema comprende 938 versos y da documentación abundante sobre la topografía, el aspecto exterior y las costumbres de la capital del Imperio de Oriente. En otro poema, Stilbes describe un nuevo incendio sobrevenido en la ciudad en 1198.

La obra literaria de Stilbes, dispersa en las bibliotecas europeas, merece, así como su personalidad, un estudio detenido.[235]

La árida crónica bizantina tuvo también en la época de los Comnenos varios representantes que comenzaron sus relatos desde el principio del mundo. Jorge Cedreno, contemporáneo de Alejo Comneno, extiende su historia hasta la iniciación del reinado de Isaac Comneno (1057). Lo que dice del período que comienza el 811 es casi literalmente idéntico al texto del cronista Juan Scilitas (segunda mitad del siglo XI). El original griego de las crónicas de este último no ha sido editado aun. Juan Zonaras (siglo XII) escribió, no una crónica árida, sino "un manual de historia universal que tendía manifiestamente a fines más elevados", y que se apoya en muy buena documentación. Zonaras lleva su relato hasta la exaltación de Juan Comneno (1118).

La crónica de Constantino Manases, escrita en versos políticos (primera mitad del siglo XII) está dedicada a la nuera de Manuel, la erudita Irene, y alcanza hasta la coronación de Alejo

---

[232] Vasilievski, Las vidas de Melecio el Joven, por Nicolás, obispo de Meton, y Teodoro Pródromo (Colección Ortodoxa Palestina, fasc. 17, 1896), p. V. En ruso

[233] Hesseling, Byzantium (Harlem, 1902), p. 344 (en holandés). Essai (París, 1907), p. 328.

[234] Krumbacher, p. 750—751. Véase también Montelatici, ob. cit., p. 199—200. Muchas de las obras consideradas de Pródromo no son suyas, aunque sí surgidas en su ambiente literario.

[235] El mejor estudio sobre Stilbes es el de Loparev Sobre el humanista bizantino Constantino Stilbes (siglo XII) y su obra (Vizantiiskoie Obozrenie, t. III (1917).

Comneno (1081). Hace algunos años se ha publicado una breve continuación de la obra de Manases, también en verso (setenta y nueve versos en total), abarcando la época comprendida entre Juan Comneno y Balduino, primer emperador latino de Constantinopla. Cerca de la mitad de este trabajo está consagrada a Andrónico I.[236] Manases escribió asimismo un poema yámbico, probablemente titulado *Itinerarium* que se ha publicado en 1904 y trata de algunos hechos de la época[237]. Finalmente Miguel Glica (siglo XII) escribió una crónica universal que concluye con la muerte de Alejo Comneno (1118).

Ya hablamos antes del movimiento religioso y filosófico producido bajo los Comnenos y al que está vinculado el nombre de Juan Italos.

En el aspecto artístico, la época de los Comnenos y los Ángeles fue la continuación de la Segunda Edad de Oro, cuyo principio fijan la mayoría de los historiadores a mediados del siglo IX, es decir, cuando el advenimiento de la dinastía macedónica. Desde luego, el período de perturbaciones del siglo XI, período que precedió a la llegada de la dinastía de los Comnenos al trono, interrumpió por algún tiempo el surgimiento de las espléndidas obras de arte de esa Segunda Edad de Oro. Con la dinastía de los Comnenos, el Imperio conoció una renovación de gloria y prosperidad y pareció que el arte bizantino iba a continuar la brillante tradición de la época macedónica. Pero aquél arte quedó señalado por cierta inmovilidad y formalismo. “En el siglo XI vemos ya declinar el sentimiento de la antigüedad: la libertad y la naturaleza ceden el lugar al formalismo; el fin teológico se convierte claramente en el fin del artista. Una trabajada iconografía caracteriza ese período”. En otra de sus obras Dalton escribe: “Las fuentes de progreso se han agotado; la potencia creadora orgánica no existe ya...

A medida que avanza el período de los Comnenos, el arte sacro se convierte en una especie de ritual... cumplido, por decirlo así, sin que la conciencia creadora del artista guíe sus facultades. Ya no hay fuego ni fervor: se resbala insensiblemente hacia el fomalismo”.[238]

Sin embargo, el arte bizantino no conoció bajo los Comnenos un estado de decadencia. La arquitectura, en particular, se distinguió por muchos monumentos notables.

En Constantinopla se erigió el magnífico palacio de las Blajernas[239] y los Comnenos abandonaron la antigua residencia imperial, el “Gran Palacio” y se establecieron en otro nuevo situado sobre el Cuerno de Oro. De la nueva residencia imperial, nada inferior en esplendidez a la antigua, nos han dejado entusiastas descripciones los contemporáneos.[240] El Gran Palacio, abandonado, cayó pronto en decrepitud y en el siglo XV era sólo un montón de ruinas, que los turcos acabaron de destruir.

El nombre de los Comnenos está asociado igualmente a la edificación o reconstrucción de varias iglesias: así la del *Pantocrátor*, en Constantinopla, donde fueron enterrados Juan II y Manuel I Comneno y después, en el siglo XV, los emperadores Manuel II y Juan VIII Paleólogo. La famosa iglesia de *Hora* (“del campo”, por hallarse fuera del recinto teodosiano) fue reconstruida a

---

[236] *H. Grégoíre, Un continuateur de Constantin Manassés et sa source, en Mélanges offerts a Gustave Schtumberger (París, 1924). t. I, p. 272—281. La fuente del continuador de Manases es Nicetas Coniaia (Ibid., p. 280)*

[237] *K. Horna, Das Hodoiporikon des Konstantin Manassés (Byz. Zeits., t. XIII, 1904, páginas 313—355). Ver la lista de ed. de Manases —que no pudo ser insertada en la Historia de Krumbacher— en P. Maas, Rhytmisches zu der Kunstprosa des Kunstantinos Manassés (Ibid., t. XI, 1902, p. 505, n. 2).*

[238] *East Christian Art (Oxford, 1925), p. 18—19*

[239] *El Blaquerna de nuestros antiguos escritores. — (N. del R.)*

[240] *Véase Diehl, Manuel, t. I, p. 416—418. J. Ebersoit, Les Arts somptuaires de Byzance (París, 1923), p. 16. Hay una monografía consagrada a! palacio de las Blachernas y escrita cu griego moderno por J. Papadopulos (Constantinopla, 1920). La edición francesa, aumentada, se titula Les Palais et les églises des Blachernes (Atenas, 1928).*

principios del siglo XII. Se elevaron iglesias, además de en la capital, en las provincias.[241] La catedral de San Marcos, en Venecia, reproducía, por su planta, la iglesia de los Santos Apóstoles, y en sus mosaicos reflejaba la influencia bizantina. Se inauguró solemnemente en 1095. Muchos edificios de Cefalonia, Palermo y Monreale (Sicilia) copian las mejores obras del arte bizantino y datan del siglo XII. En Oriente, los mosaicos de la iglesia de la Natividad de Belén son importantes vestigios de una cuidada decoración ejecutada por los mosaístas bizantinos para el emperador Manuel

Comneno en 1169.[242]

Así, en Oriente como en Occidente, "la influencia del arte griego seguía siendo en el siglo XII importante, e incluso allí donde parecía que ello debiera esperarse menos, entre los normandos de Sicilia y los latinos de Siria. Bizancio seguía siendo la gran iniciadora, la maestra de todas las elegancias".[243]

Se han descubierto frescos muy importantes, de los siglos XI y XII, en Capadocia y en Italia del sur. Hacia la misma época, artistas bizantinos crearon frescos muy bellos en Rusia, especialmente en Kiev, Chernigov, Novgorod, etc.

También se han conservado marfiles esculpidos, alfarería, cristales, sellos, metales, joyas grabadas, etc., cuya labor se debe a artistas bizantinos de la época.[244]

Empero, a pesar de toda la obra artística de la época de los Comnenos y los Angeles, debemos considerar la primera parte de la segunda Edad de Oro, es decir, el período macedonio, como la más brillante y de mayor potencia creadora. No podemos compartir la opinión de G. Duthuit cuando escribe: "En el siglo XII el poderío político y militar de Bizancio se había hundido para no levantarse más. Sin embargo, la fuerza creadora del Imperio y del Oriente cristiano alcanza su apogeo en esta época".[245]

El renacimiento bizantino del siglo XII no sólo es interesante e importante en sí mismo y por sí mismo, sino que aquél fue un momento esencial del renacimiento general de Europa en el mismo siglo, renacimiento tan notablemente descrito y expuesto hace poco por el profesor C. H. Haskins, en su libro *The Renaissance of the IIth. Century* (Cambridge, 1927). En las primeras líneas de su prefacio, Haskins escribe: "El título de este libro parecerá a muchos lectores una evidente contradicción interna. Un renacimiento en el siglo XII" Pero no hay la menor contradicción. En el siglo XII se produce en la Europa occidental una renovación en el conocimiento de los clásicos latinos, de la lengua latina, de la prosa y versos latinos, de la jurisprudencia, de la filosofía, de los escritos históricos. En esa época se traduce a los árabes y los griegos y nacen las Universidades. Haskins tiene perfecta razón cuando dice: "No siempre se ha visto lo bastante que hubo un contacto directo muy notable con las fuentes griegas, tanto en Italia como en Oriente, y que esas traducciones, hechas directamente con arreglo a los originales griegos, fueron un vehículo inmediato y un intermediario fiel de la transmisión del saber antiguo".[246] En el siglo XII hubo entre Bizancio e Italia relaciones directas más frecuentes e importantes de lo que puede parecer a primera

---

[241] *Véase Diehl, Manuel, t. I, p. 463 y sigs*

[242] *Dalton, East Christian Art, p. 292—293. Diehl, ob. cit., t. II, p. 561—563. H. Vincent v F. M. Abel, Bethléem. Le sanctuaire de la Nativite (Pars, 1914), p. 167.*

[243] *Diehl. Manual, t. II, p. 563*

[244] *Se hallarán informes detallados en las dos obras de O. M. Dalton y en el Manual de C. Diehl*

[245] *G. Duthuit, Byzance et l'art du XII siécle (París, 1926), p. 96. A pesar de su título, esta obra da pocos informes sobre el arte del siglo XII*

[246] *C. H. Haskins, Studies in the History of Medioeval Science (Cambridge, 1924), página 141. idem, The greek element in the renaissance of the twelfth century (The American Historical Review, t. XXV, 1920), p. 603—605). Id., The renaissance of the twelfth century (Cambridge, 1927), p. 278. Id., Studies in Medieval Culture (Oxford, 1929), p. 160—169 (c. VIII: Contacts with Byzantium).*

vista. La política religiosa de los Comnenos, deseosa de reaproximarse a Roma, produjo como consecuencia la celebración en Constantinopla, muy a menudo ante los emperadores, de numerosas "reuniones contradictorias", donde participaron eminentes representantes del catolicismo, que acudían a la capital bizantina con el propósito de contribuir a la reconciliación de las dos Iglesias. Estas reuniones contribuyeron mucho a la transmisión del pensamiento griego a Occidente. Además, las relaciones de las Repúblicas mercantiles italianas con Bizancio y la existencia en Constantinopla de los barrios veneciano y pisano, permitieron la presencia de algunos sabios italianos en la capital, y esos sabios aprendieron el griego y transmitieron a Occidente parte de los conocimientos griegos. Bajo Manuel Comneno, sobre todo, vemos "un imponente desfile de misiones enviadas a Constantinopla por los Papas, emperadores, franceses, písanos y otros, y una sucesión muy poco menos constante de embajadas griegas en Occidente que hacen pensar en la inmigración griega a Italia de principios del siglo XV".[247]

Tomando en cuenta todos los elementos que acabamos de examinar, hemos de concluir que el movimiento ideológico bajo los Comnenos y los Ángeles constituye una de las páginas más brillantes de la historia de Bizancio. En épocas precedentes Bizancio no había conocido renovación tal, la cual adquiere importancia mucho mayor si se coteja con el renacimiento contemporáneo de Occidente. El siglo XII puede, con buen derecho, ser considerado como la época del primer renacimiento helénico de la historia de Bizancio.

BIBLIOGRAFÍA

A. ELLISSEN, *Michael Akominatos* (Gottinga, 1846).

A. LUCHAIRE, *Innocent III. La question d'Orient* (París, 1907).

A. P. LEBEDIEV, *Ensayos históricos sobre la Iglesia oriental bizantina desde fines del siglo XI a mediados del XV (2.a ed.*, Moscú, 1902).

ANNE COMNÉNE, *Atexiade (Regne de l'Empeneur Alexis I Comnéne, 1081—1118). Tete établi et traduit par Bernard Leib* (París, 1937 y 1943).

B. KLUGER, *Geschichte der Kreuzzüge* (Berlín, 1880, ed. 1891).

C. DIEHL, *Andronic Comnéne. Figures byzantines,* 2.a serie (París, 1908). C. DIEHL, *Anne Comnéne. Figures byzantines,* t. II (París, 1909). C. DIEHL, *Anne Dalasséne. figures byzantines,* t. I (París, 1906).

C. DIEHL, *La societé byzantine a l'époque des Comnénes.* "Revue historique du Sud Est européen", t. VI (1929).

C. DIEHL, *Un poete de cour au siécle des Comnénes. Figures byzantines* (París, 1909). C. DIEHL, *Une république patricienne. Venise* (París, 1916).

C. F. ZELLER, *Andronikus der Komnene Romischer Kaiser. Ein historisches Gemadle aus dem ostromischen Kaserthume im zwolften Jahrhundert, I—II* (Stuttgart, 1894).

C. LOPAREV, *El humanista bizantino Constantino Stilbes (siglo XII) y sus obras,* en "Vizantiiskoie Obozreniie" t. III (1917).

E. GASPAR, *Roger II (1101—1154) und ale Gründung der normannish—sicilischen Monarchie* (Innsbruck, 1904).

E. GERLAND, *Der Vierte Kreuzzug una seine Probleme (Neue Jahrbücher fur das Klassische Altertum. Geschichte una deutsche Literatur),* t. XIII (1904).

E. OSTER, *Anna Komnena,* I—III (Rastadt, 1868—1871).

ELISABETH A. S. DAWES. *A complete translation of the "Alexiad" of Anna Comnena. The Alexiad of the princess Anna Comnena* (Londres, 1928).

[247] *Haskins, Studies in the History of the Medieeval Science, p. 194—193.*

F. C. HODGSON, *The Early History of Venice From The Foundation To The Conquest of Constantinople, a. d. 1204* (Londres, 1901).

F. CHALANDON, *Histoire de la premiére Croisade jusqu'á l'élection de Godefrode de Bouillon.* (París, 1925).

F. CHALANDON, *Essai sur le régne d'Alexis der Comnéne,* (París, 1924).

F. CHALANDON, *Essai sur le régne d'Alexis* Ier *Comnéne (1081—1118),* París, 1900.

F. CHALANDON, *Histoire de la domination normande en Italie et en Sicile, I—II.*

(París, 1907).

F. CHALANDON, *Jean II Comnéne (1118—1143) et Manuel* Ier *Comnéne (1143—2180),*

París, 1912.

F. COGNASSO, *Partiti politici e lotte dínastiche in Bisanzio alla morte di Manuele Comneno.* (Turín, 1912).

F. COGNASSO, *Un imperatore bizantino della decadenza: Isacco 17 Angelo* (1915)

(Roma, 1915).

F. I. USPENSKI, *Ensayos sobre la historia de la civilización bizantina* (San Petersburgo, 1892).

F. I. USPENSKI, *Historia de las Cruzadas* (San Petersburgo, 1900).

F. I. USPENSKI, *La formación del segundo reino búlgaro* (Odesa, 1879).

F. I. USPENSKI, *Los emperadores Alejo II y Andrónico Comneno.* "Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública", vol. CCXII (1880).

F. I. USPENSKI, *Los últimos Comnenos: principios de una reacción* (Vizantiiski Vremennik, t. XXV (1927—28).

F. I. USPENSKI, *Un escritor bizantino; Nicetas Acominatas* (San Petersburgo, 1874).

F. WILKEN, *Andronikus Comnenus. Historisches Taschenbuch van Raumer,* t. II (1831).

F. WILKEN, *Rerum ab Alexie I, Joanne et Manuele Comnenis Gestarum, Libri IV* (Heidelberg, 1811). Breve y anticuado.

G. L. F. TAFEL, *Komnenen und Normannen* (Stuttgart, 1870).

G. T. FULLER, *Andronicos or the Unfortunate Politician* (Londres, 1646). GEORGINA BUCKLER, *Anna Comnena: a study* (Oxford, 1929). H. KRETSCHMAYR, *Geschichte von Venedig,* I (Gotha, 1905). H. PRUTZ, *Kulturgeschichtc der Kreuzzüge* (Berlín, 1883). H. SYBEL, *Geschichte des ersten reuzzüges* (Leipzig, 1841).

H. VON KAP—HERR, *Die abendlandische Politik Kaiser Manuels* (Estrasburgo, 1881).

J. PERVANOGLU, *Historische Bilder aus dem byzantinischen Reiche. I. Andronik Comnenus* (Leipzig, 1879).

K. KRUMBACHER, *Michael Glycas. En Sitzungsberichte der philosophisphilologischen und historischen Classe der K. Bayerischen* Akademie der Wissenschafien, 1894.

L. BREHIER, *Andronic Ier. Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques, t.* II (París, 1914).

L. BREHIER, *L'Église et l'Orient au mojen age. Les Croisades* (París, 1907—1928).

L. DU SOMMERARD, *Deux princesses d'Orient au XII" siécle: Anne Comnéne,témoin des Croisades. Agnés de France* (París, 1907).

L. McCABE, *The Empresses of Constantinople* (Boston, sin año).

L. OECONOMOS, *La Vie religieuse dans l'Empire byzantin au temps des Comnénes et des Anges* (París, 1918).

N. GROSSU, *La actitud de los emperadores bizantinos Juan II y Manuel I Comneno ante la unión con Occidente*. Estos dos artículos fueron publicados en ruso en los Boletines de la Academia Teológica de Kiev, 1912.

N. GROSSU, *La obra eclesiástica y religiosa del emperador bizantino Alejo F Comneno* (1081—1118).

N. RADOJCIC, *Dva posljednja Komnena na carigradskom prijestolu* (Zagreb, 1907). NAOMI MITCHISON, *Anna Comnena. Representative Women* (Londres, 1928).

P. MITROFANOV, *El cambio de dirección de la cuarta Cruzada* (Vizantiiski Vremennik, 1897).

PAUL ADAM, *Princesses byzantines* (París, 1893).

R. BYRON, *The Byzantine Achievement* (Londres, 1929).

R. ROHRICHT, *Geschichte der Kreuzzüge im Umriss* (Insbruck, 1898).

S. D. PAPADIMITRIU, *Teodoro Pródromo* (Odesa, 1905).

V. G. VASILIEVSKI, *Bizancio en el siglo XIII. La alianza de los dos Imperios 1148—1155,* (en Slavianski Sbornik, San Petersburgo, 1877).

V. G. VASILIEVSKL, *Examen de la obra de Uspenski en la "Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública", vol. CCIV* (1879).

V. VASILIEVKI, *Bizancio y Los pechenegos* (1908).

W. MILLER, *A Byzantine blue stocking: Anna Comnena. Essays on the Latin Orient* (Cambridge, 1921).

W. NORDEN, *Das Papsttum und Byzanz. Die Trennung der beiden Machte und das Problem ihrer Wiedervereinigung* (Berlín, 1903).

Capítulo VIII EL IMPERIO GRIEGO DE NICEA Y EL IMPERIO LATINO DE CONSTANTINOPLA (1204—1261)

Los Estados fundados en el siglo XIII en territorio bizantino.

La cuarta Cruzada, concluida con la toma y saqueo de Constantinopla, tuvo como resultado el fraccionamiento del Imperio bizantino y la fundación en su territorio de varios Estados, unos latinos y otros griegos. Los primeros recibieron la organización feudal imperante en el occidente de Europa. Los francos fundaron los Estados siguientes: imperio latino de Constantinopla, reino de Tesalónica, principado de Acaya, en el Peloponeso (Morea) y ducado tebanoateniense en la Grecia central. El poderío de Venecia se extendió sobre las islas bizantinas de las aguas egeas y jónicas, la isla de Creta y otros muchos puntos del litoral y el interior. Junto a las posesiones feudales latinas se crearon tres Estados griegos independientes en el dividido territorio del Imperio oriental: el Imperio de Nicea, el de Trebisonda, en Asia Menor, y el despotado del Epiro, en el norte de Grecia. Balduino, conde de Flandes, fue elegido emperador de Constantinopla, señoreando lo más de la Tracia. Bonifacio de Monferrato, designado rey de Tesalónica, extendía su autoridad a Macedonia y Tesalia. Guillermo de Champlitte, y tras él Godofredo de Villehardouin, gobernaron, como príncipes, la Morea. Otón de la Roche fue duque de Atenas y Tebas. En los tres Estados griegos reinaban: en Nicea (Bitinia), Teodoro I Lascaris; en Trebisonda, Alejo I Comneno, y en el despotado del Epiro, Miguel I Ángel Ducas Comneno.

Los dos Estados vecinos —el segundo imperio búlgaro, con sus soberanos Kaloyán y Juan Asen II, y el sultanato de Iconion o Rum, en Asia Menor— participaron activamente, sobre todo Bulgaria, en la compleja vida internacional que se desarrolló a partir de 1204 sobre las ruinas del Imperio bizantino.

Todo el siglo XII transcurrió en continuas lucha de dichos Estados, que efectuaron entre sí las más dispares combinaciones. Ora lucharon los griegos contra los usurpadores francos, turcos y búlgaros; ora unos griegos pelearon con otros griegos, introduciendo nuevos elementos de discordia en la perturbada vida interna bizantina; ora los francos se batieron contra los búlgaros, y así sucesivamente. A estos choques militares seguían alianzas y pactos diversos, en general quebrantados con tanta facilidad como convenidos.

Tras la catástrofe de 1204 se planteó el problema de saber cuál sería el centro político, económico, religioso, intelectual y nacional en torno al cual pudiera desarrollarse la idea de la unión y del orden. Los Estados feudales del Occidente y las posesiones mercantiles venecianas, siguiendo cada uno sus propios intereses, contribuyeron, dentro de la anarquía general, a aumentar la desintegración del Imperio, no acertando ni a crear un orden nuevo ni a conservar intacta la herencia que recibieran a raíz de la Cuarta Cruzada. Un historiador dice: “Todos esos Estados feudales del Occidente, separados unos de otros, no hicieron obra constructiva, sino más bien destructora, y así fueron destruidos ellos mismos. Oriente quedó dueño de la situación en Oriente”.[248]

[248] *C. Neumann, Die Byzantinische Marine (Historische Zeitschrift, Neueve Folge, 45 (1898).*

Orígenes del Imperio de Nicea. Papel de Bulgaria.

Situaremos en el centro de nuestra exposición la historia del Imperio de Nicea, donde nació y se desarrolló la idea de la unión nacional griega y de la restauración del Imperio bizantino, y de donde procedía Miguel Paleólogo, que en 1261 se adueñó de Constantinopla, restableciendo, si bien disminuido en sus confines, el antiguo Imperio de Bizancio. Por un momento pareció que la restauración bizantina correspondería al despotado del Epiro; pero, como veremos después, los déspotas del Epiro, al influjo de diversas circunstancias, hubieron de retroceder ante la creciente importancia de Nicea y renunciar a ejercer una acción decisiva en el Oriente cristiano. El tercer Estado griego, el Imperio de Trebisonda, se hallaba harto apartado para poder desempeñar un papel de primera línea en la reunión de los griegos. De aquí que la historia de Trebisonda ofrezca un interés de orden particular, en lo político así como en lo intelectual y económico, mereciendo un estudio especial o independiente.

El fundador del "Imperio en exilio" de Nicea, fue Teodoro Lascaris, emparentado por su mujer, Ana, hija del ex emperador Alejo III, a la familia de los Angeles, y por Alejo III a la familia de los Comnenos. Bajo Aleo III, Teodoro ejerció un mando militar, luchando enérgicamente contra los cruzados.[249]

Según toda probabilidad, el alto clero de Constantinopla le designó emperador al huir Marzuflo. Teodoro se refugió en el Asia Menor en el momento en que los cruzados tomaban la capital. En su nuevo Estado de Nicea dio asilo al alto clero de Constantinopla, y a Nicea se acogieron, huyendo de los cruzados, muchos personajes eclesiásticos eminentes, numerosos miembros de la nobleza civil y militar de Bizancio y otras gentes que se negaban a aceptar el yugo extranjero. Sin embargo, el último patriarca griego de Constantinopla, Juan Camatera, marchó a Bulgaria, negándose a acceder a la invitación de Teodoro Lascaris para que acudiese a Nicea. Miguel Acominatos, metropolitano de Atenas, al huir de esta ciudad, escribió a Teodoro Lascaris recomendándole un eubeo de quien decía que prefería vivir desterrado en la corte de un "Imperio griego" "romano" a permanecer en su patria, oprimida por los extranjeros. Miguel añadía que si dicho eubeo encontraba asilo en Nicea, el produciría una impresión prodigiosa en toda Grecia, la cual "miraría a Teodoro como el único liberador universal," es decir, el liberador de toda la "Romanía". [250]

A la muerte de Teodoro Lascaris, que reinó de 1204 a 1222, el Imperio pasó a su yerno —el esposo de su hija Irene—, Juan II Ducas Vatatzes (1222—1254).[251] Juan II fue el más capaz y enérgico de los emperadores de Nicea. Le sucedieron su hijo Teodoro II (1254—1258) y su nieto menor Juan IV (1258—1261). A Juan IV le depuso Miguel Paleólogo, restaurador del Imperio bizantino.

La situación del nuevo Estado bitinio era muy peligrosa. Por Oriente amenazaba el poderoso sultán selyúcida de Iconio, que poseía todo el interior del Asia Menor, así como parte del litoral mediterráneo al sur y de la costa del mar Negro al norte. Por occidente, el Imperio corría el grave riesgo originado por el propósito que formó al Imperio latino desde el principio: aniquilar inmediatamente el Estado de Nicea. Así, Teodoro Lascaris, que reinó los dos primeros años con sólo el título de déspota, hallóse ante tareas pesadas y difíciles. En el interior del país campeaba la anarquía. En varios lug.ares se creaban señoríos independientes y Nicea llegó a cerrar sus puertas a Teodoro.

Entre tanto los caballeros latinos establecidos en Constantinopla decidían, el mismo año, conquistar Asia Menor. Sus operaciones militares tuvieron gran éxito. Según Villehardouin, (los

---

[249] Véase A. Gardner, The Lascarids of Nicaea. The story of an empire in exile (Londres, 1912). M. A. Andreieva, Ensayos sobre la civilización de la corte bizantina en el siglo XIII (Praga, 1927). En ruso.

[250] Mig. Acomin., ed. Lampros, t. II, p. 276—277.

[251] Los historiadores suelen llamar a este emperador Juan III, considerando primero ese nombre a Juan Tzimiscés y segundo a Juan Comneno.

habitantes del país tomaron el partido de los francos y empezaron a pagarles tributo". En momento tan crítico para el joven Estado de Nicea llegó la noticia de que el emperador Balduino había sido hecho prisionero por los búlgaros.

Ya sabemos que desde 1196 el trono búlgaro estaba ocupado por Juan (Johannitsa), llamado Kaloyán, que en la época de los Ángeles había sido temible enemigo de Bizancio. Era notorio que cruzados y búlgaros necesitaban dirimir entre sí quiénes de ellos debía preponderar en la Península balcánica. Los cruzados rechazaron con injurias las ofertas amistosas de Kaloyán, haciéndole entender que no podía tratar de igual a igual con el emperador, sino que debía interpelar a éste como un esclavo a su dueño, advirtiéndole que, en caso contrario, los cruzados conquistarían Bulgaria por las armas, reduciéndola a su antigua esclavitud.[252]

Mientras provocaban así la ira del monarca búlgaro, los latinos exasperaban a la vez a la población griega de Tracia y Macedonia ofendiendo las creencias y ritos religiosos de los griegos. Negociaciones secretas mantenidas entre griegos y búlgaros prepararon en la Península un levantamiento en favor de Bulgaria.[253] Es presumible que el antiguo patriarca de Constantinopla, Juan Camalera, que residía en Bulgaria, desempeñara un importante papel en la conclusión de la alianza grecobúlgara de 1204—1205.[254] "Este plan —dice F. I. Uspenski— concluyó con los titubeos de Juan y decidió su plan de operaciones ulteriores. Presentarse como defensor de la ortodoxia y de la población grecobúlgara contra la preponderancia católicolatina, esforzarse a la vez en hacer renacer la idea imperial bizantina, fue entonces su plan y el móvil principal de todas sus empresas contra los cruzados". El zar búlgaro aspiraba a la corona de basileo bizantino.

Al estallar un alzamiento grecobúlgaro en los Balcanes, los cruzados viéronse forzados a llamar a Europa los ejércitos que combatían en Asia a Teodoro Lascaris. El 15 de abril de 1205, Juan, ayudado por la caballería kumana (poliana) que peleaba en su ejército, derrotó sucesivamente a los cruzados. La flor de la caballería occidental pereció en el campo de batalla y el emperador Balduino cayó prisionero. Se desconoce a ciencia cierta su suerte. Según parece, fue muerto por orden del zar búlgaro.[255] A falta de noticias concretas sobre la suerte de Balduino, eligióse regente a su hermano Enrique, mientras duraba la ausencia del soberano.

El otro jefe latino que participó en la batalla, es decir, el anciano dux Enrico Dándolo, hubo de dirigir la retirada nocturna de los restos del ejército derrotado, muriendo a poco del desastre y siendo sepultado en Santa Sofía. Según una tradición muy extendida, sus restos permanecieron allí hasta que al caer Constantinopla en manos de los turcos, el sultán. Mahomet II ordenó aventar las cenizas del dux.[256]

El desastre de Adrianópolis puso al Imperio latino en una situación desesperada. Tal golpe comprometió todo el porvenir del nuevo Imperio. Según Gelzer, "aquel día puso fin a la dominación de los francos en el Imperio romano". En efecto, (da suerte del Imperio latino de Constantinopla estuvo por entero, durante algún tiempo, en manos del zar búlgaro". [257]

La batalla de Adrianópolis tuvo también trascendental importancia para el destino del reino búlgaro y del de Nicea. Los griegos de Macedonia y Tracia, faltos de centro nacional en Europa, y

---

[252] *Nic. Coniates, p. 808—809.*

[253] *Ver V. Zlatarski, La alianza greco—búlgara de 1204—1205 (Sofía, 1914), p. 8—11 (en búlgaro).*

[254] *Ver P. Nikov, La diplomacia búlgara desde principios del siglo XIII, en la Biblioteca Histórica búlgara (Sofía, 1928), t. I, p. 103—104 (en búlgaro)*

[255] *Gardner, ob. cít., p. 66 (Balduino, hecho prisionero en Tirnovo, no volvió a ser visto jamás). E. Gerland, Geschichte des lateinischen Kaiserreiches von Konstantinopel, Hamburgo, 1905 (Kaloyán, en un arranque de cólera, ordenó la ejecución de su prisionero). Nikov, La diplomacia búlgara, p. 104 (Balduino, hecho prisionero, fue llevado a Tirnovo y murió en prisión). Esta información se apoya en las Innocentii III Gesta (Migne, Patr. lat., volumen 214, cap. 108, col. 148.*

[256] *Ver, por ejemplo, H. Kretschmayr, Geschichte van Venedig (Gotha, 1905).*

[257] *F. I. Uspenski, La fundación del segundo reino búlgaro, p. 250 {en ruso).*

no presintiendo la misión futura de Nicea, consideraron posible obrar contra los latinos de concierto con los búlgaros. Ante Kaloyán se abrían favorables perspectivas para sus ambiciosos proyectos de substituir el Imperio latino por otro, grecoeslavo, con capital en Constantinopla. Pero, como bien dice V. G. Vasilevski, del papel de emperador de un Estado grecoeslavo no convenía a un zar eslavo. El proyecto concebido por Juan de fundar un imperio grecobúlgaro en la Península balcánica, con Constantinopla por capital, quedó en los dominios de la imaginación". [258]

El "antihistórico" acuerdo grecobúlgaro que condujera a la victoria de Adrianópolis quedó en suspenso tan pronto como los patriotas griegos de los Balcanes vieron en el Imperio de Nicea la fuerza que debía librarlos de los conquistadores latinos, así como la expresión de sus esperanzas nacionales. En la Península balcánica empezó a manifestarse una clara tendencia antibúlgara, tendencia que el zar de Bulgaria quiso atajar con implacable saña. Según testimonio de Jorge Acropolita, el zar Juan vengaba los crímenes cometidos contra los búlgaros por el emperador Basilio II Bulgaróctonos, y se daba el fiero calificativo de Romaioktonos o matador de romanos. Los griegos, en cambio, le apodaban Juan el Perro Skyloioannes[259] y el emperador latino le llamaba, en una carta, "el gran devastador de Grecia". [260]

"Se vio manifestarse —escribe un historiador búlgaro— la tendencia puramente nacional búlgara que regía la política imperialista del rey Kaloyán, contra el criterio del elemento griego, enemigo jurado de la independencia nacional búlgara, desde el momento mismo de la alianza con las ciudades griegas de Tracia contra el Imperio latino".[261]

La sangrienta campaña de Kaloyán en Tracia y Macedonia terminó trágicamente para él, siendo asesinado cuando cercaba Tesalónica (1207). La leyenda griega le presenta como el gran enemigo de la Iglesia ortodoxa, suponiéndole milagrosamente muerto a manos del célebre mártir Demetrio de Tesalónica. Esta leyenda pertenece a los relatos milagrosos sobre el mártir, relatos escritos en lengua griega y eslava, y se halla también en las antiguas crónicas rusas. De manera que el zar búlgaro no pudo aprovechar las favorables circunstancias que le ofrecía la victoria de Adrianópolis.

Con Kaloyán "desaparecía de la escena histórica uno de los diplomáticos más grandes que Bulgaria haya producido jamás". [262]

La batalla de Adrianópolis, al abatir la pujanza del dominio franco en Constantinopla, salvó al Imperio de Nicea, abriendo ante él nuevas perspectivas. Teodoro Lascaris, libre del peligro occidental, dióse a organizar su Estado. Una vez que hubo logrado afirmarse en Nicea, se planteó el caso de substituir su título de déspota por el de emperador. Como el patriarca griego de Constantinopla, huido a Bulgaria al triunfar los francos, no quería acudir a Nicea, eligióse un patriarca nuevo, con residencia en Nicea. Este patriarca coronó a Teodoro en 1208.[263]

Tal hecho tuvo la mayor importancia para la historia sucesiva del Estado de Nicea, que se convirtió en centro religioso y político del Imperio. Junto al quebrantado Imperio latino crecía otro que reunía poco a poco territorios bastante importantes del Asia Menor y hacia el que se volvían gradualmente las esperanzas de los griegos de Europa. La coexistencia de los dos Imperios debía,

---

[258] *Vasilievski, La regeneración del patriarcado búlgaro bajo el zar Juan Asen II (Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública, vol. 238, 1885). En ruso.*

[259] *Jorge Acropolita, Annales, XIII, ed. Heisenberg, p. 23, 24.*

[260] *Véase Buchón, Recherches el matériaux pour servir a une histoire de la domination francaise (París, 1840).*

[261] *P. Nikov, Contribución al estudio histórico de las fuentes de Bulgaria y a la historia de la Iglesia búlgara (Sofía, 1921).*

[262] *P. Nikov, La diplomacia búlgara desde principios del siglo XIII (Sofía, 1928).*

[263] *Esta fecha de 1208 ha sido establecida, hace algunos años, por A. Heisenberg en sus Neue Quelten zur Geschichte des lateinischen Kaisertums und der Kircheunion. (Munich, 1923). La fecha comúnmente aceptada antes era 1206. Véase también Andreieva, ob, cit., p. 180—181.*

necesariamente, producir entre ellos relaciones tirantes. En un tratado que Teodoro convino en 1220 con el representante *podestá* de Venecia en Constantinopla, hallamos el título oficial del primero abiertamente reconocido por Venecia: *Theodorus in Christo deo fidelis imperator et moderator Romeorum et semper Augustus, Comnanus Lascarus.*[264]

Nicea, convertida en capital del nuevo Imperio, era ciudad ya célebre en la historia bizantina por los dos concilios celebrados allí. Además, enorgullecíase en la Edad Media de sus potentes murallas, aun bien conservadas hoy, y ocupaba una magnífica situación política, ya que se levantaba en el cruce de cuatro o cinco caminos, a unas cuarenta millas de Constantinopla. Poco antes de la Primera Cruzada, Nicea había caído en manos de los selyúcidas, y los cruzados, al recuperarla, hubieron, no sin gran descontento, de devolverla a Alejo Comneno. Magníficos palacios, templos y monasterios numerosos, hoy completamente desaparecidos, ornaban la Nicea medieval.[265]

Hablando de Nicea y recordando el primer concilio ecuménico, Al Harawi, viajero árabe del siglo XII, escribe: "En la iglesia de esa ciudad se pueden ver la imagen del Mesías y los retratos de los Padres en sus sitiales. Esta iglesia recibe particular veneración". Los historiadores bizantinos y occidentales del siglo XIII insisten en la prosperidad y riqueza de Nicea.[266] Nicéforo Blemmidas, escritor de dicho siglo, exclama en uno de sus poemas: "Nicea, ciudad de calles anchas, llena de gente, de hermosas murallas, orgullosa de cuanto contiene, signo el más notable de la simpatía imperial".

La literatura de los siglos XIII —XIV nos ha conservado dos panegíricos de Nicea. En el primero, escrito por uno de los sucesores de Teodoro I Lascaris, el emperador Teodoro II Lascaris, hallamos esta exaltación de Nicea: "Tú has superado a todas las ciudades, porque el Imperio romano, varias veces dividido y lastimado por ejércitos extranjeros... se ha establecido, mantenido y afirmado solamente en ti". El segundo panegírico de Nicea es obra de Teodoro Metoquita, el célebre estadista bizantino de finales del siglo XIII y siglo XIV, hombre que brilló como diplomático, político, administrador, teólogo, astrónomo, pintor y poeta, y cuyo nombre está vinculado a los célebres mosaicos que se conservan en el convento de Hora (hoy mezquita de Kahriés) y de los que hablaremos después.

Aparte las murallas medievales de Nicea, aun podía verse antes de la guerra de 1914—18, en la mísera población turca de Isnik (nombre deformado de Nicea),[267] la modesta iglesita de la Asunción, que databa probablemente del siglo IX y poseía bellos mosaicos, muy importantes para el estudio del arte bizantino.[268] Pero, durante la guerra, Nicea fue bombardeada y el bombardeo no dejó intacto ningún edificio. Es de lamentar que la iglesia de la Asunción sufriera particulares daños, tantos que quedó destruida casi del todo, a excepción del arco izquierdo de la cúpula y la parte meridional del nartex. Otra famosa iglesia de Nicea —la catedral de Santa Sofía— se halla también en un estado deplorable.[269]

---

[264] *Tafel y Thomas, Urkunden.*

[265] *Se hallarán interesantes informes y una excelente bibliografía sobre la Nicea medieval en J. Sólch, Historisch—geographische Studien über bithynisclie Sledlungen. Nihomedia, Nikaa, Prusa (Byz. Neug. Jahr., t. I, 1920, p. 263—286). Véase también R. Janin. Nicée, e'tude historique et topographique (Echos d'Orient, t. XXIV, 1925).*

[266] *Véase, por ejemplo, Nicetas Coniates, p. 318; Villehardouin, par. 304*

[267] *De la forma griega de designar la ciudad con el artículo is Nikaia; como de is Nikomidian, Nicomedia, procede la forma turca Ismit, abreviación de Isnikmid usada hasta el siglo pasado; como, y es el caso más típico, de is ton Polín, viene Istanbul. (N. del R.)*

[268] *Ver H. Grégoire, Le véritable nom et la date de l'eglise de la Dormition a Nicee. Un texte nouveau et décisif. Mélanges d'hislotre offerts a H. Pirenne (Bruselas—París, 1926). Ver también Diehl, Manuel (París, 1926). Dalton, East Christian Art (Oxford, 1925).*

[269] *Véanse M. Alpatov e I. Brunov, Breve informe de un viaje a Oriente en Viz. Vrem., tomo XXIV (1923—1926). En ruso.*

Poseemos un documento muy interesante que nos permite, en cierta medida, saber la idea que Teodoro Lascaris se forjaba del poder imperial. Trátase de un *silentium,* según se llamaban en la época bizantina los discursos pronunciados en público por los emperadores al comenzar la Cuaresma, en presencia de las más ilustres personalidades del Imperio, que debe considerarse como una especie de "discurso del trono" desarrollado por Teodoro Lascaris en 1208, a raíz de su coronación.

Dicho *silentium* fue escrito por el célebre historiador Nicetas Acominatos, refugiado en Nicea desde la toma de Constantinopla por los latinos. Según ese discurso, escrito en estilo de retórico, Teodoro, como los basileos de Bizancio, consideraba su poder como de derecho divino. "Dios me ha dado, como a un padre, el poder imperial sobre todo el Imperio romano. Aunque por ahora ese poder haya debido ser cedido a otros, la mano de Dios ha puesto sobre mi cabeza tal potestad". Dios había dado a Teodoro, por su celo, "la unción y el poder de David". La unidad del Imperio significaba también la unión de la Iglesia. "No habrá más que un solo rebaño y un solo pastor," leemos en el "silentium". Cierto que éste no era obra del mismo emperador, pero refleja, en todo caso, la opinión de los hombres más instruidos y de mejor cuna del Imperio de Nicea, y esa opinión descansaba en fundamentos sólidos, puesto que Teodoro Lascaris, emparentado con los Ángeles y los Comnenos y convertido en Nicea en "basileo romano," sentíase continuador consciente de la línea de los emperadores bizantinos.

La política de Teodoro I Lascaris. Los selyúcidas. El Imperio latino.

Con la derrota de los latinos en Adrianópolis, la situación de Teodoro I Lascaris mejoró durante algún tiempo. Pero el sucesor del desgraciado Balduino en el trono de Constantinopla fue su hermano Enrique, buen jefe militar y soberano enérgico y talentoso. Tras hacerse coronar en Santa Sofía, consiguió hacer recobrar a su Estado cierta fuerza, y abrió las hostilidades contra Teodoro, proponiéndose reunir al Imperio latino las posesiones de Nicea. Teodoro no pudo detener con las armas los avances de los latinos. Mas el peligro búlgaro, que amenazaba a los latinos, y el selyúcida, que amenazaba a Teodoro, obligaron a los contrincantes a firmar una tregua como consecuencia de la cual Teodoro se obligó a demoler varias de sus fortalezas.[270]

La guerra entablada por Teodoro contra el sultán selyúcida, que poseía, como sabemos, la mayor parte del Asia Menor, tuvo gran trascendencia para el naciente Imperio de Nicea. Y para el sultanato turco de Iconio el surgimiento del Estado niceno era desagradable, ya que detenía los progresos de los turcos hacia el oeste, dificultándoles el acceso al litoral egeo. A esta causa principal de hostilidad entre ambos Estados se unía la circunstancia de que el cuñado de Teodoro Lascaris, Alejo III Ángel, se había refugiado en la corte del sultán, rogándole que le ayudara a recobrar su Imperio. El sultán, aprovechando la llegada de Alejo, dirigió a Teodoro un enérgico *ultimátum* en que, le pedía la devolución del trono a Alejo, enmascaraba su pretexto real: la conquista de toda el Asia Menor. Se iniciaron las hostilidades, que tuvieron su principal escenario en Antioquía, sobre el Meandro. La fuerza esencial de Teodoro consistía en ochocientos bravos mercenarios occidentales, quienes, a pesar de su valor y de las pérdidas que causaron a los turcos, quedaron casi todos muertos en el campo de batalla. No obstante, Teodoro Lascaris, merced a su valentía y gran presencia de ánimo, salvó la situación. En el siguiente choque el sultán fue muerto, acaso a manos del propio emperador. Con frase de un cronista contemporáneo, el sultán cayó "como de una torre" de la yegua que montaba.[271] El antiguo emperador Alejo III quedó cautivo. Tonsurósele por fuerza y terminó sus días en un convento.

---

[270] Ver E. Gerland, Geschichte der Kaiser Baldwin I und Heinrich (Hamburgo, 1905). Después del libro de Gerland, la disertación de L. Neuhaus, *Die Reichs—verwesenschaft und Politik des Grafen Heinrich von Anjou, des zweiten Kaisers im La—teinerreiche zu Byzanz (Leipzig, 1904).*

[271] *Jorge Acropolita, Annales, cap. X*

Parece que aquella guerra no implicó grandes ganancias territoriales para Teodoro. No obstante, la importancia moral de su victoria sobre los musulmanes fue muy grande, ya que afirmaba el nuevo Imperio, daba vida nueva a las tradiciones del Imperio bizantino, enemigo secular del islamismo, y llenaba de esperanza y júbilo a los griegos de Asia Menor y de Europa, los cuales veían en Nicea por primera vez un posible centro de unificación futura. Nicetas Acóminatos con ocasión de esta victoria, escribió en honor de Teodoro un extenso y pomposo discurso panegírico.

El hermano de Nicetas, Miguel Acomínatos, antiguo metropolitano de Atenas y que había abandonado su sede hacia 1204, envió a Teodoro Lascaris una carta de felicitación, fechada en la isla de Ceos, en la que expresaba el anhelo de que el emperador de Nicea lograra ascender al trono de Constantino el Grande en el lugar siempre elegido por Dios: Constantinopla.

La victoria de Teodoro, además de a los griegos, satisfizo también, aunque parezca extraño, al emperador latino, Enrique, el cual temía a los valientes mercenarios occidentales de Teodoro. Como éstos habían caído en lucha con los turcos, Enrique creía que aquella victoria había debilitado a Nicea. Según un historiador del tiempo, Enrique dijo: "Lascaris ha resultado vencido y no vencedor". [272]

Pero en esto Enrique se engañaba: a poco Teodoro Lascaris dispuso de nuevo de una hueste considerable de francos y griegos bien armados.[273]

La victoria obtenida sobre los turcos permitió a Teodoro atacar a Enrique. Teodoro tenía un objetivo preciso: Constantinopla. Y se proponía asaltarla con ayuda de una flota considerable.

Poseemos una interesante carta escrita en Pérgamo, por Enrique, en 1212. Esa carta, que Gerland califica de "manifiesto," iba dirigida a todos "sus amigos a quienes el tenor de la presente pudiera llegar" *(universis amícis suis ad quos tenor praesentium pervenerit)* y demuestra que Enrique consideraba a Teodoro como peligroso enemigo. El latino decía: "El primero y mayor enemigo es Lascaris, que ocupa todos los territorios allende el estrecho de San Jorge[274] hasta Turquía y que, erigiéndose en emperador, nos ha amenazado a menudo por ese lado... Lascaris ha reunido muchas naves para apoderarse de Constantinopla, y así la ciudad tiembla de desolación, a tal punto que, desesperando de nuestro retorno (de Asia Menor), muchos de los nuestros proyectan huir atravesando el mar, y un gran número de ellos se han pasado a Lascaris, prometiéndole ayudarle contra nosotros... Todos los griegos comienzan a murmurar contra nosotros y prometen ayuda a Lascaris si quiere venir en armas contra Constantinopla". La carta termina por una petición de socorro de Enrique a los latinos: "Para ser completamente victorioso y gozar de nuestro Imperio, hemos menester de muchos latinos a quienes podemos dar las tierras que estamos en vías de adquirir y las que ya hemos adquirido, porque ya sabéis que no basta adquirir tierra, sino que son precisos hombres para guardarla".

Esta misiva demuestra claramente que Enrique sentía vivas inquietudes ante la guerra iniciada por Teodoro y que el ánimo de los subditos del primero vacilaba.

Pero esta primera tentativa de Nicea para recuperar la capital fracasó. El Imperio niceno no era lo suficientemente fuerte ni estaba debidamente preparado a tal tarea. La lucha proporcionó éxitos a Enrique, quien penetró mucho en el Asia Menor.

En una carta publicada recientemente y que debió de escribirse, según toda verosimilitud, en 1213, Enrique da un conciso relato de su victoria sobre los griegos, que "con tanta insolencia y violencia injuriosa se levantaron contra la Iglesia romana, considerando a todos los hijos de ésta, es

---

[272] Jorge Acr., Annales, cap. XV

[273] Gerland, ob. cit., p. 216

[274] Brachium Sancti—Georgii, es decir, el Bosforo.

decir, los latinos devotos, como perros, y tratándoles generalmente de perros en su desprecio de nuestra religión". [275]

La paz acordada al fin entre ambos emperadores fijó los límites de los dos Estados en Asia Menor. La parte noroeste de la península quedaba en manos de los latinos y, fuera de algunos aumentos insignificantes en el interior, las posesiones latinas seguían siendo las mismas que cuando el reparto de 1204.[276]

El hábil y enérgico emperador latino murió en 1216, en lo mejor de su edad. Había sido admirado y amado hasta por los mismos griegos. Un cronista bizantino del siglo XIV le dedica los mayores elogios.[277] Los historiadores del siglo XX no dan menor importancia a su personalidad y obra. Gerland escribe: "(Enrique) fue el verdadero fundador del Imperio latino. Sus instituciones sirvieron de base al desarrollo de la dominación franca en Grecia".

"La muerte de Enrique —escribe A. Gardner— fue, con certeza, una calamidad para los latinos y acaso para los griegos también, porque su política vigorosa, pero conciliadora, habría pedido, en la medida de lo posible, llenar el abismo que separaba Oriente de Occidente". Con Enrique desapareció el más peligroso enemigo de Nicea. Sus sucesores en el trono de Constantinopla no brillaron por su talento ni por su energía.

En 1222 murió el fundador del Imperio de Nicea. Teodoro I Lascaris había creado un foco de helenismo en Asia Menor, unificado el Estado y atraído hacia él las miradas de los griegos de Europa. Había, pues, colocado los fundamentos sobre los cuales pudo su sucesor erigir una gran obra. En las cartas elogiosas escritas por Miguel Acominatas a Teodoro Lascaris leemos: "La capital, arrojada por el diluvio bárbaro desde los muros de Bizancio a las orillas de Asia, como un resto miserable, tú la has acogido, conducido y salvado... (Mereces) llamarte eternamente nuevo constructor y repoblador de la ciudad de Constantino... Considerándote como su solo salvador y libertador común, y llamándote, los náufragos del diluvio universal corren a ponerse bajo tu protección como a un puerto tranquilo... Ni uno solo de los emperadores que han reinado en Constantinopla es, en mi opinión, igual a ti, salvo, entre los más recientes, Basilio Bulgaróctonos y, entre los más antiguos, el noble Heraclio".

Juan III Ducas Vatatzés (1222—1254). Historia del despotado del Epiro. Relaciones de éste con el Imperio de Nicea. Los tres Imperios de Oriente.

A la muerte de Teodoro I Lascaris, su yerno, Juan III Ducas Vatatzés (12221254),[278] casado con Irene, hija de Teodoro, ascendió al trono. Si bien el difunto emperador había, asentado los cimientos del imperio de Nicea, la situación exterior de éste exigía un hombre decidido y enérgico en el poder. Tal hombre fue Juan III. En aquel momento cuatro Estados se disputaban la preponderancia en Oriente: el imperio latino, el de Nicea, el despotado del Epiro y el imperio búlgaro de Juan Asen II. La política exterior de Juan III Ducas consistió alternamente en guerras y

---

[275] *Ver Ph. Lauer, Une lettre inédite d'Henri Ier d'Angre, empereur de Constuntinople, aux prélats italiens (París, 1924). No comprendo por qué Lauer sitúa en 1213 la carta de Enrique fechada en Pérgamo el 13 de enero de 1212.*

[276] *Ver Gardner, ob. cit., p. 85—86. Gerland, ob. cit., p. 218—219. A veces se ha emitido la teoría (ver, por ejemplo. Jorga, Geschichte des Osmanen, t. I, p. 120, y Gerland, ob. cit., tomo I, p. 246) de que Teodoro I fue tan feliz en su política al sur del Asia Menor, que incluso tomó Atalia, a orillas del Mediterráneo. Pero esta afirmación es errónea y se debe a la fecha inexacta de una inscripción descubierta en Italia y que se remonta en realidad al 915—916. Ver H. Grégoire, Recueil des inscriptions grecques chrétiennes d'Asie Mineure (París. 1922). Véase también A. Vasiliev. Bizancio y los árabes (San Petersburgo, 1902).*

[277] *Ephraemi Monachi, Imperatorum et patriarcharum recensus, v. 7735. Ed. Bonn.*

[278] *La mayoría de los autores colocan en 1254 la muerte de Juan III. Gardner (p. 192) da la fecha del 13 de octubre de 1255. La Camb. Med. History,. IV, 430, se atiene a 1254.*

alianzas con un Estado u otro. Por suerte para él, los tres Estados de la Península balcánica no se pusieron nunca de concierto para una acción decisiva y siguieron una política titubeante, ora desenvolviendo entre sí guerras que los debilitaban, ora pactando alianzas efímeras.

Había una cosa de gran necesidad para la historia ulterior del imperio de Nicea: la desaparición del despota del Epiro, segundo Estado griego en cuyo torno se agrupaban los patriotas y de donde podía nacer una restauración del Imperio bizantino al margen de Nicea. Al no lograr ambos Estados llegar a las concesiones mutuas que hubieran permitido la unificación helénica, debían entrar en lucha forzosamente.

El fundador del despotado del Epiro, en 1304, había sido Miguel I Ángel. La familia de los Ángeles del Epiro estaba algo emparentada con los Comnenos y los Ducas. Por ello, el nombre de los déspotas del Epiro va a menudo acompañado de un título dinástico bastante prolijo: Ángel Comneno Ducas, Al principio las posesiones del despotado del Epiro se extendían desde Dyrrachium, al norte, hasta el golfo de Corinto, al sur, abarcando los territorios del Epiro y las antiguas Acarnania y Etolia. El nuevo Estado tenía su capital en Arta.

No debe olvidarse que la historia del despotado epirota no está aún suficientemente estudiada y que todas sus fuentes distan mucho de ser conocidas. Por eso, numerosos hechos siguen siendo en nuestros días discutibles y poco claros. Las cartas de Juan Apocaucos, metropolitano de Naupacta (Lepanto), publicadas a fines del siglo XIX por V. G. Vasilievski, proyectan luz sobre muchos aspectos de dicha historia.

El despotado no tuvo un gobierno interior muy diferente al que tuviera antes de 1204, cuando el territorio era sólo una parte del Imperio bizantino. Las formas de gobierno sólo cambiaron de nombre y el pueblo siguió viviendo bajo las instituciones bizantinas. El despotado hallábase rodeado por doquier de Estados latinos y eslavos, es decir, el reino feudal de Tesalónica al este, el Imperio búlgaro al norte y al oeste las posesiones de Venecia, que amenazaban el litoral epirota. Por tanto, el Epiro hubo de crear una fuerza militar considerable, que le permitiera, llegado el caso, resistir al enemigo exterior. El suelo, montañoso y abrupto, facilitaba la defensa. El déspota Miguel I se consideraba soberano independiente y no reconocía en modo alguno la superioridad de Teodoro Lascaris de Nicea. También la Iglesia del despotado era independiente. Miguel I ordenó que los metropolitanos del despotado invistiesen a los obispos.

La primera tarea que se propuso el despotado fue mantener el helenismo en el occidente de Grecia, evitando que lo absorbieran los francos y búlgaros vecinos. A continuación nacieron designios más vastos, que rebasaban las fronteras del despotado.

Bajo Teodoro Lascaris, Nicea no tuvo conflictos serios con el Epiro. Las circunstancias cambiaron con la exaltación de Juan III al poder. En este momento el trono del Epiro estaba ocupado por Teodoro, que reinaba desde el asesinato de su hermano Miguel. Bajo el reinado del déspota Teodoro se desarrolló la idea de ensanchar las fronteras epirotas a expensas de latinos y búlgaros.

El nuevo déspota, Teodoro Ángel, había habitado, en tiempos de su hermano, en la corte de Nicea. Cuando Miguel I pidió a Teodoro Lascaris que dejase partir a Teodoro Ángel para ayudar a su hermano en el gobierno, Lascaris accedió, pero hizo prestar al futuro déspota del Epiro un juramento de fidelidad hacia el monarca de Nicea y sus sucesores. Los temores de Teodoro Lascaris estaban bien fundados. En cuanto Teodoro Ángel vióse soberano del Epiro, abrió las hostilidades contra Nicea, sin inquietarse del juramento prestado a Lascaris.

Teodoro Ángel ejecutó como primera proeza estruendosa el apresamiento del emperador latino de Constantinopla, Pedro de Courtenay. Al morir, en 1216, Enrique, los barones habían elegido emperador a Pedro de Courtenay, esposo de Yolanda, la hermana de Balduino y Enrique. Pedro se hallaba en Francia con su mujer, y al informarse de su nueva dignidad partió hacia Bizancio con su esposa. De camino se detuvo en Roma, donde el Papa Honorio III le coronó emperador, no en San Pedro, sino en San Lorenzo extramuros, queriendo así señalar que el Imperio latino de Oriente era diverso al romano de Occidente, distinción que pudiera haber sido olvidada de

celebrarse la coronación del emperador oriental en la iglesia de San Pedro, donde todos los emperadores de Occidente, a partir de Carlomagno y Otón I, habían sido coronados. Luego que su mujer embarcó para Constantinopla, Pedro atravesó el Adriático con su ejército y arribó a Dyrrachium, contando llegar a Constantinopla por tierra. Pero Teodoro Ángel tendióle una emboscada en los desfiladeros del Epiro, batió a las tropas de Pedro y capturó muchos prisioneros. El emperador, según ciertos testimonios, sucumbió en la batalla; pero, según otros, fue cautivado y murió prisionero entre los griegos.[279] Aquella "hazaña de Teodoro, muy al gusto bizantino," como dice Vasilievski, produjo gran impresión, sobre todo en Occidente, cuyos cronistas pintan con sombríos colores la crueldad y salvajismo de Teodoro.

La suerte de Pedro de Courtenay en su cautiverio, como la del primer emperador latino, capturado por los búlgaros, aparece algo rodeada de misterio. Parece que Pedro murió en prisión. Su viuda, Yolanda, reinó dos años en Constantinopla, hasta su muerte (1219). El episodio de la muerte de Pedro de Courtenay debe considerarse como la primera ofensiva del despotado del Epiro, es decir, del centro helénico occidental, contra los advenedizos latinos que señoreaban los Balcanes.

La política antilatina de Teodoro Ángel no se detuvo allí. No tardó en presentarse la cuestión del reino de Tesalónica, cuyo monarca, Bonifacio de Monferrato, había muerto en 1207 en un choque con los búlgaros. A su muerte, querellas internas desgarraron el reino. Mientras vivió el enérgico Enrique, Tesalónica estuvo protegida por él contra sus enemigos más encarnizados: el Epiro y los búlgaros. Pero al morir Enrique y el nuevo emperador, Pedro de Courtenay, Tesalónica no pudo resistir a la política ofensiva de Teodoro Ángel.

Éste declaró la guerra al reino latino, obtuvo una victoria y tomó, sin gran trabajo, Tesalónica (1222), segunda ciudad del antiguo Imperio bizantino, capital del reino de su nombre y primer feudo del imperio latino de Constantinopla. "Así cayó sin gloria, tras dieciocho años de existencia, aquel efímero reino lombardo, primero que sucumbió de las creaciones de la cuarta Cruzada". Con la toma de Tesalónica y el crecimiento del despotado del Epiro, que ahora llegaba del Adriático al Egeo, Teodoro Ángel entendió que tenía derecho a la corona de emperador de los romanos. Esto equivalía a negar el título a Juan III Vatatzés, recientemente exaltado al trono de Nicea. Teodoro del Epiro consideraba que, como representante de las familias de los Ángeles, Comnenos y Ducas, tenía prelación sobre Juan III, hombre de origen poco brillante, sólo llegado al trono por su matrimonio con la hija de Teodoro Lascaris.

Se planteó la cuestión de saber quién debía coronar a Teodoro en Salónica. El metropolitano local rehusó, no queriendo atentar a los derechos del patriarca de Constantinopla, entonces en Nicea, y que había coronado a Juan III. El arzobispo independiente de Achrida (Ocluida) y de "toda Bulgaria," Demetrio Cómatenos cuyos escritos, sus cartas en especial, ofrecen gran interés para ese período— coronó a Teodoro, dándole la santa unción. De este modo el déspota del Epiro, con frase del cronista, "revistió la púrpura y el calzado rojo" distintivos característicos de los basileos bizantinos.

Una carta de Demetrio Cómatenos nos informa de que la coronación de Teodoro del Epiro y su santa unción tuvieron "el consenso general de los miembros del Senado que estaban en Occidente (es decir, en el territorio de Tesalónica y del Epiro), del clero y de todo el gran ejército". En otro documento que ha llegado a nosotros, leemos que coronación y unción recibieron el asentimiento de todos los obispos residentes (en esta parte occidental". Y Teodoro firmó sus decretos *(crisobulas)* con todos los títulos del emperador bizantino: Teodoro, basileo en Cristo Dios y autócrata de los romanos, Ducas. La valiosa colección de epístolas de Juan Apocaucos, metropolitano de Naupacta, nos da muchos informes interesantes y nuevos sobre esta cuestión. En esa correspondencia, dice Vasilievski, "descubrimos por primera vez la activa parte tornada en el movimiento epirota por el clero griego y sobre todo por los obispos griegos. La proclamación de

[279] *Entre los más recientes estudios consagrados a la muerte de Pedro de Courtenay, ver, por ejemplo, Gardner, p. 94. W. Muler, The Latins in the Levant (Londres. 1908), páginas 82—83. amb. Med. Hist., t. IV, p. 427. Nikov, Contribución al estudio histórico... (Sofía, 1921). En búlgaro.*

Teodoro Ángel como emperador romano fue acogida como hecho serio y Tesalónica, que había pasado a sus manos, consideróse opuesta a Nicea. Se pensó en Constantinopla como objetivo más próximo y presa fácil. Pensábase, decíase y se escribía que Teodoro debía entrar en Santa Sofía y ocupar el lugar de los emperadores romano ortodoxos, lugar ilegalmente usurpado por los latinos. Realizar aquel sueño no entraba en la esfera de lo imposible: era más fácil apoderarse de Constantinopla o de Tesalónica, ocupadas ya, que de Nicea".

La proclamación de Teodoro como emperador de Constantinopla debía implicar la ruptura política entre Tesalónica y Nicea y la escisión religiosa entre la Iglesia griega occidental y el patriarcado de Nicea, que se llamaba el patriarcado de Constantinopla.

Durante bastante tiempo después de la caída del reino latino de Tesalónica, ciertos príncipes occidentales, emparentados con la familia de Bonifacio de Monferrato, siguieron ostentando el vano título de reyes de Tesalónica. Se les conoce por "reyes titulares de Tesalónica," así como después de caer el imperio latino en 1261 siguió habiendo "emperadores latinos titulares".

En consecuencia, a partir de 1222,[280] fecha en que fue proclamado el Imperio de Tesalónica, que por el hecho mismo de su constitución renegaba del de Nicea, hubo en el Oriente cristiano tres imperios: los dos griegos de Nicea y Tesalónica y el latino de Constantinopla, más debilitado de día en día.[283]

La historia ulterior del siglo XIII se desarrolló en función de las relaciones recíprocas de los tres imperios. El reino búlgaro de Juan Asen fue un cuarto y decisivo factor que intervino en los destinos de dichos tres imperios.

Tesalónica y Nicea: Bulgaria bajo Juan Asen II. Su papel en el Oriente cristiano.
La alianza greco—búlgara Bajo Juan III y Juan Asen II.

Los dos emperadores griegos, Juan y Teodoro, tenían un enemigo común: el emperador latino de Constantinopla. Pero los soberanos griegos no podían unirse contra el latino porque cada uno de los dos primeros aspiraba a adueñarse de Constantinopla. Juzgaban que sólo uno de ellos podía restaurar el Imperio bizantino. De modo que los dos Estados griegos lucharon por separado contra el Imperio latino para acabar, en consecuencia, hallándose una frente a otro.

La Europa occidental, sabedora de los progresos de Nicea y el Epiro, sintió inquietud por el Imperio latino. En carta de mayo de 1224, dirigida a Blanca de Castilla, reina de Francia y madre de San Luis, el Papa Honorio III habla de la "Romanía" poderoso imperio "recientemente creado como una especie de nueva Francia"; pero previene a la reina que "las fuerzas de los franceses (en Oriente) han disminuido y disminuyen aún, mientras las de sus adversarios aumentan estimablemente; y si no se lleva socorro rápido al emperador, es de temer que los latinos sufran pérdidas irreparables en hombres y recursos". Sigue una exhortación al rey francés para que auxilie al emperador latino.

A poco de ser coronado, Juan III de Nicea abrió la lucha contra los latinos en Asia Menor y, con ayuda de la flota que ya poseía, se adueñó de varias islas en el Archipiélago, como Quío, Lesbos, Samos, etc. Los habitantes de Adrianópolís le pidieron que les librara del yugo latino, y al efecto envió a la ciudad un ejército que, según parece, la tomó sin combate. La posesión de Adrianópolis era el primer puesto para señorear Constantinopla. Uno de los dos rivales griegos parecía acercarse mucho al logro de sus propósitos.

A la vez, Teodoro Ángel, partiendo de Tesalónica, conquistaba gran parte de Tracia y, acercándose en *1225* a Adrianópolis, forzó a los generales de Juan III a retirar sus fuerzas de allí. El abandono de Adrianópolis significaba el fracaso de los proyectos de Juan III, mientras Teodoro del Epiro se acercaba con su ejército a Constantinopla. Los latinos atravesaron momentos muy críticos.

---

[280] A veces se cita el año 1223 como fecha de la fundación del imperio de Tesalónica. 283 El imperio de Trebisonda tuvo existencia aparte.

El emperador de Tesalónica estaba a punto de convertirse en restaurador del imperio bizantino. Sus posesiones se extendían del Adriático a los accesos del mar Negro.

Pero Teodoro hubo de renunciar a progresos ulteriores, porque le amenazaban al norte los búlgaros, que tenían también designios sobre Constantinopla.

Juan Asen II *(1218—1241),* hijo de Juan Asen, fue el más grande de los Asen. "Si bien no fue un conquistador —dice el historiador Jirecek—, agrandó su imperio (que encontró a su advenimiento en completa desorganización) de manera tal como no se había visto desde hacía siglos ni se vio nunca más".[281] Hombre tolerante, instruido y generoso, dejó excelente recuerdo, no sólo entre los búlgaros, sino también en los griegos. El historiador griego del siglo XIII Jorge Acropolita dice de él: "Todos le consideraban entonces corno hombre admirable y feliz, porque no recurría a la espada contra sus súbditos y no se mancillaba con muertes de romanos, a ejemplo de los soberanos búlgaros precedentes. Era, pues, amado no sólo de los búlgaros, sino también de los romanos y de otros pueblos".

Juan Asen II cumplió un importante papel en la historia de Bizancio. Él encarnaba la idea de crear el Gran Imperio Búlgaro que debía unificar toda: la población ortodoxa de la Península, con capital en Zarigrad (Constantinopla). Pero tales proyectos, chocando con los intereses de los dos imperios griegos, habían de producir conflictos. De momento, sin embargo, las circunstancias parecían favorecer los planes del soberano búlgaro.

A la muerte del emperador latino Roberto de Courtenay *(1228),* el trono pasó a su hermano menor Balduino II, niño de once años. Planteada la cuestión de la regencia, algunos propusieron por regente a Juan Asen, que estaba emparentado con Balduino. Para estrechar los lazos de amistad entre los dos países, se sugirió la idea de casar a Balduino con la hija de Asen. Éste, comprendiendo que se le presentaba la posibilidad de dominar Constantinopla sin efusión de sangre, accedió, comprometiéndose a recobrar para Balduino los territorios arrancados al Imperio de Constantinopla por sus enemigos y especialmente por el Epiro. Pero los caballeros latinos y el clero se opusieron con vigor a la candidatura del enemigo mortal del Imperio latino e insistieron en que fuese elegido regente el octogenario francés Juan de Brienne, rey "titular" de Jerusalén y que se hallaba a la sazón en la Europa occidental. De este modo fracasó la primera tentativa de Asen para apoderarse de Constantinopla.

Tomada Adrianópolis, Teodoro de Tesalónica era el principal poder en la Península balcánica. Había hecho alianza con el zar búlgaro Asen, pero sus mutuas relaciones amistosas no duraron mucho. La cuestión de la regencia del Imperio de Constantinopla a cargo de Juan Asen suscitó la desconfianza de Teodoro, quien, rompiendo la alianza por sorpresa, atacó a los búlgaros. La batalla decisiva se libró en 1230 en Cloconitza (hoy Semidye), entre Adrianópolis y Filipópolis, y terminó con la completa victoria de Juan Asen, socorrido por la caballería kumana o polaina.[282] Teodoro Ángel cayó prisionero. El zar le trató al principio con benevolencia, pero Teodoro conspiró contra Asen y éste, al descubrirlo, mandó sacarle los ojos.

La batalla de Cloconitza representa un momento decisivo en la historia la restauración del Imperio oriental ortodoxo.

No obstante, una consecuencia importante de aquel acuerdo fue el reconocimiento de la independencia del Oriente cristiano en el siglo XIII. Aquella acción arruinó al foco helénico de Occidente, que parecía a punto de restaurar el imperio bizantino. El efímero imperio occidental (1222—1230) cesó de existir. Según algunos historiadores, Manuel, hermano y sucesor de Teodoro, reinó en Tesalónica con título de déspota y no de emperador. Probablemente no fue así, pues que

---

[281] *C. Jirecek, Historia de los búlgaros. Traducida del búlgaro al ruso por Brun y Palusov (Odesa, 1878).*

[282] *Jorge Acropolitas (cap. XXV, ed. Heisenberg, p. 42) llama "escita" a la caballería poloviziana. Otros ven en ella, con preferencia, tropas moldavo—valacas. Examínese O. Tafrali, Thessalonique des origines au XIV siécle (París, 1919).*

seguía firmando sus decretos con tinta roja, lo cual era una de las prerrogativas del poder imperial, y en los documentos oficiales ostentaba el título de emperador.[283]

En la historia sucesiva del siglo XIII, Tesalónica y el Epiro, formando Estados separados, no desempeñaron papel alguno. Así la lucha por Constantinopla se libró no ya entre tres, sino entre dos rivales: Juan Asen y Juan Vatatzés.

Tras su victoria sobre Teodoro, Asen se adueñó sin lucha de Adrianópolis, de casi toda Macedonia y de Albania hasta Dyrrachium. Los griegos se mantuvieron en Tesalónica, Tesalia y el Epiro.

En una inscripción que aun existe en una columnita de mármol blanco de la iglesia de los Cuarenta Mártires, en Tirnovo, el zar búlgaro habla pomposamente de su victoria: "Yo, Juan Asen, zar por la gracia de Dios y autócrata de los búlgaros, hijo del antiguo zar Asen... fui a la guerra contra el Imperio romano y causé una derrota al ejército griego y destruí al mismo zar, el señor Teodoro Comneno, y le apresé con todos sus boyardos (nobles), y ocupé todos los territorios comprendidos entre Adrianópolis y Drach (Dyrrachium), así griegos como albaneses y servios. Sólo las ciudades de los alrededores de Constantinopla y Constantinopla misma han sido conservadas por los latinos (los francos). Pero ellos se han sometido también a Mi Majestad, porque no tienen otro zar que yo y no han seguido existiendo sino gracias a mí". De una carta otorgada por Asen hacia la misma época, y en la cual concede libertad de comercio a los mercaderes de Ragusa (Dubrovnik), en el territorio del zar, resulta que toda la Turquía europea (salvo Constantinopla) anterior a 1914, en unión de casi toda Servia y toda Bulgaria, estaban bajo la influencia de Asen.

Irritado por el sesgo de los sucesos en el asunto de la regencia de Constantinopla, Juan II Asen negoció la alianza de los Estados ortodoxos de Oriente, es decir, del suyo, del de Juan III de Nicea y del de Manuel de Tesalónica, contra el Imperio latino. La alianza, que tenía a su cabeza al zar Asen, era evidentemente peligrosa para los intereses búlgaros en la Península. Porque Asen, alma de la coalición, "contribuyó mucho —como dice justamente Vasilievski— a la reaproximación de Manuel de Tesalónica y del emperador de Nicea, de los griegos de Europa y de los de Asia, y dejó expedito el camino a la influencia del emperador de Nicea en el antiguo imperio occidental e incluso en las propias posesiones búlgaras. Esta reaproximación decidió en parte del patriarcado búlgaro, reconocido al unísono por el patriarca de Nicea y los demás orientales.

Otra vez la capital del Imperio latino se hallaba en una situación crítica. Por todas partes la rodeaban enemigos. El fin de la alianza ofensiva contra los latinos era expulsar a éstos de Constantinopla y dividir sus posesiones entre los aliados, destruyendo el Imperio latino. Los ejércitos de Asen y de Juan III de Nicea asediaron la capital, por mar y tierra, en 1235, pero hubieron de levantar el cerco sin resultado decisivo. El Papa Gregorio IX, inquieto, solicitó socorros para los latinos de Constantinopla: "Los cismáticos de Vatatzés y Asen han. poco tiempo hace, concluido una alianza impía y atacado con numerosas tropas griegas los territorios de nuestro querido hijo en Píos, el emperador de Constantinopla". Balduino II, desesperado ante aquellos sucesos, salió de Constantinopla para visitar las cortes europeas e implorar a los soberanos socorros de hombres y dinero.

Esta vez Constantinopla escapó al peligro. Una de las causas que contribuyeron a detener el desarrollo de la alianza ortodoxa fue el despego que por ella comenzó a sentir el propio Juan Asen, comprendiendo que tenía en el emperador de Nicea un rival más peligroso que el debilitado Imperio latino. El zar búlgaro, pues, cambiando de política, erigióse en defensor del Imperio latino. A la vez buscó la amistad del Papa, se declaró fiel a la Iglesia católica y pidió al Pontífice que le enviase un legado para entablar negociaciones. De este modo se disgregó la corta alianza greco—búlgara de la cuarta década del siglo XIII.

---

[283] *Ver, por ejemplo, Drinov, Viz. Vrem., t. II, p. 3 y nota 1 (en ruso), y Tafrali, obra citada, p. 219.*

Alianza de Juan III y Federico II de Hohenstaufen.
La invasión mongola y la alianza de los soberanos del Asia Menor.
Conquistas de Juan III en Occidente.

Al nombre de Juan III Vatatzés está unida la interesante cuestión de la alianza entre dos soberanos tan alejados espacialmente como lo eran el emperador de Nicea y el de Occidente, Federico II de Hohenstaufen.

Federico II, el soberano alemán más notable de la Edad Media, reunía bajo su cetro los territorios alemanes y el reino de Sicilia. Éste, como sabemos, había amenazado a Bizancio, bajo Enrique VI a fines del siglo XII, con un peligro mortal. Federico había pasado su infancia y juventud bajo el cielo meridional de Palermo, en Sicilia, donde habitaran sucesivamente griegos, árabes y normandos. Hablaba perfectamente el italiano, el griego y el árabe, aunque, al menos en su juventud, se expresara muy mal en alemán. En materia religiosa era mucho más tolerante que sus contemporáneos. Influido por los sabios orientales, árabes y judíos —muy numerosos en la corte siciliana de Federico—, se apasionó por la filosofía y las ciencias naturales. Fundó la universidad de Nápoles y protegió a la Escuela de Medicina de Salerno, célebre en la Edad Media. De modo que en cerebro y educación Federico II rebasaba en mucho a sus contemporáneos, que no le comprendieron. La época de Federico puede ser considerada como el "prólogo del Renacimiento".

Un historiador francés de mediados del siglo XIX dice: "Federico II... dio el impulso que, con el Renacimiento, preparó el fin de la Edad Media y el advenimiento de los tiempos modernos".[284] Fue "un hombre de genio creador y audaz".[285] Recientemente un historiador alemán escribía de Federico: "En su universalidad fue un verdadero "genio del Renacimiento en el trono imperial y a la vez un emperador de genio".[286] Federico II, causa de asombro para los historiadores de todas las épocas, es en muchos sentidos un problema aun no descifrado.

Federico II, heredero del concepto imperial romano, absolutista y de derecho divino, se mostró enemigo implacable del Papado, que propugnaba la superioridad del poder pontificio sobre el imperial. Bajo el reinado de Federico la lucha entre el sacerdocio y el Imperio fue muy áspera. Tres veces estuvo excomulgado el emperador, y al fin concluyó abrumado y extenuado por la lucha. En él los Papas se vengaron de los Hohenstaufen, aquel "nido de víboras" aquellos enemigos personales que el Pontificado se esforzaba en aniquilar.

Para Federico II, los designios e intereses temporales estaban por encima de los intereses de la Iglesia. Su hostilidad al Papa se extendía a cuanto el Papa apoyaba. En ese sentido es instructivo examinar la política imperial y papal respecto al Imperio latino de Oriente. El Papa veía en este Imperio la posibilidad de una reaproximación de las dos Iglesias, mientras los intereses de Federico coincidían con los de Juan Vatatzés. Federico era hostil al Imperio latino porque consideraba a éste uno de los elementos del influjo y poder pontificios, y Juan Vatatzés tenía al Papa por su adversario religioso, ya que Roma no quería reconocer al patriarca ortodoxo de Nicea—Constantinopla y ponía obstáculos al plan que había formado el emperador niceno: apoderarse de Constantinopla. El acercamiento entre ambos emperadores data de finales de la cuarta década del siglo XIII. Federico no vaciló en aliarse "con los griegos, enemigos mortales del Papado, así como del Imperio latino".

Federico y los griegos habían tenido ya antes relaciones diplomáticas. Teodoro Ángel, el epirota, había mantenido una amistosa correspondencia con Federico e incluso recibió socorros financieros que le enviaba el emperador desde el sur de Italia. Por lo tanto, el Papa Gregorio IX había anatematizado a la par al emperador y al déspota del Epiro. Es evidente que en las

---

[284] *J. Huillard—Bréholles, Introduction a l'histoire diplomatique de l'empereur Frédéric II (París, 1858).*

[285] *M. Amari, Storia dei Musulmani di Sicilia (Florencia, 1872).*

[286] *C. H. Haskins, Studies in the History of Medioeval Science, p. 243. 290 E. Kantarowicz, Kaiser Friedrich derZweite (Berlín, 1927), p. 613. 291 Norden, Das Papsttum und Byzanz, p. 322*

combinaciones políticas de Federico la religión, ya fuese ortodoxa o católica, tenía muy poca importancia.

Federico y Juan III, aunque entrambos hostiles al Papa, perseguían miras diferentes. El primero deseaba que el Pontífice abandonase sus pretensiones al poder temporal, y el segundo quería que, mediante ciertos compromisos, Occidente reconociese a la Iglesia oriental, con lo cual el patriarcado latino de Constantinopla perdía su justificación. Tras esto cabíale a Juan Vatatzés esperar, que el Imperio latino desapareciera espontáneamente. El Papa, a su vez, seguía una política distinta respecto a los dos aliados. En Federico veía un hijo insumiso de la Iglesia, que atentaba a las prerrogativas imprescriptibles de los vicarios de Cristo y sucesores de San Pedro. En Juan Vatatzés veía un cismático, un obstáculo al sueño más acariciado de los Papas: la unión de las dos Iglesias. Federico prometió a Vatatzés librar a Constantinopla de los latinos y devolverla a su legítimo emperador; el emperador de Nicea, a su vez, se comprometía a reconocer la soberanía del emperador de Occidente y a restablecer la unión de las Iglesias. Es difícil saber hasta qué punto eran sinceras promesas tales.

Tan íntimas llegaron a ser las relaciones de Federico y Juan Vatatzés, que a partir del segundo tercio del siglo XIII hubo ejércitos griegos peleando en Italia a favor de Federico.

Esas relaciones se estrecharon más aún después de morir Irene, hija de Teodoro Lascaris y esposa de Juan III. El emperador viudo "no podía soportar la soledad," según testimonio de un cronista,[287] y casó con la hija de Federico II, Constanza, niña de sólo once o doce años, la cual, al abrazar la ortodoxia, probablemente cambió su nombre católico por el de Ana. Nicolás Irenikos escribió un largo poema con motivo de las fiestas matrimoniales celebradas en Nicea. Los dos primeros versos pueden traducirse así: "En torno al ciprés amable se enrosca, dulce, la hiedra; la emperatriz ciprés es; la hiedra mi emperador".[288]

La emperatriz sobrevivió muchos años a su marido y terminó su azarosa y aventurera vida en la ciudad española de Valencia, donde, en un templo, se conserva hasta nuestros días el sepulcro de la antigua basilisa niceana. El sepulcro ostenta el siguiente epitafio: "Aquí yace Constanza, augusta emperatriz de Grecia".[289]

Las opiniones religiosas de Federico II —que permiten a ciertos historiadores compararle con Enrique VIII de Inglaterra[290] se reflejan en su correspondencia con Juan Vatatzés. En una de sus cartas, Federico advierte que obra, no sólo por personal afecto a Vatatzés, sino también en virtud de su tendencia general a sostener el principio monárquico y dice: "Todos nosotros, reyes y príncipes de este mundo, y sobre todo celadores de la fe y religión ortodoxas, sentimos animosidad contra los obispos y una íntima hostilidad contra el principal representante de la Iglesia". Después, tras reprochar al clero occidental el abuso que hace de su libertad y privilegios, el emperador exclama: "¡Oh, feliz Asia! ¡Oh, felices poderes los de Oriente! Porque no temen las armas de sus súbditos ni la intervención del Papa". [291]Aunque pertenecía oficialmente a la religión católica, Federico testimonió muchos miramientos a la ortodoxia oriental. En una de sus cartas al mismo Vatatzés —carta que nos ha llegado en griego y latín—, leemos: "Ese que se llama a sí mismo arzobispo supremo (el Papa: en el texto latino se lee "sacerdotum princeps", en el griego apXElEpEDS) el que

---

[287] *Nicephori Gregorae, Historia, II, 7, 3 (ed. Bonn, t. I, p. 45)*

[288] *El texto Integro del poema ha sido publicado por A. Heisenberg, Aus der Geschichte und Literatur der Palaiolongenzei (Munich, 1920). (Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Philosophilog. und hist. Klasse, 1920).*

[289] *Ver G. Schlumberger, Byzance et les Croisades, p. 57—58. C. Diehl, Constance de Hohenstaufen, impératice de Nicée (Fig, byz., t. II, p. 507—225); C. Marinesco, Du nouveau sur Constance de Hohenstaufen, impératrice de Nicée (Byzantion, t. I (1924).*

[290] *Ver J. Huillard—Bréholles, Introduction a l'histoire diplomatique de Frédérick II, p. DXVII—DXVIII. Id., Vie et correspondance de Pierre de la Vigne, ministre de l'empereur —Frédérick II (París, 1865), p. 241242. Véase A. Gardner, The Lascarías of Nicea (Londres, 1912)*

[291] *J. Huillard—Bréholles, Historia diplomatica Frederici secundi, VI.*

excomulga diariamente ante la faz del mundo el nombre de V. M. y de todos los romanos (en el texto latino "Graecos") que son vuestros súbditos; el que llama impudentemente heréticos a los más ortodoxos romanos, gracias a los cuales la fe cristiana se ha expandido hasta los más extremos límites del universo..".[292] En otra carta, ésta dirigida al déspota del Epiro, Federico escribe: "Deseamos defender, no sólo nuestro derecho, sino también el de nuestros vecinos aliados y amigos a los cuales Nos estamos unidos por un amor puro y sincero en Dios, y sobre todo el de los griegos, nuestros amigos más cercanos... (El Papa llama a) los muy píos y muy ortodoxos griegos, impíos y heréticos".[293]

Las relaciones amistosas de Federico y Vatatzés duraron hasta la muerte del primero, si bien éste, en sus últimos años, sintióse inquieto al ver los tratos entablados entre Nicea y Roma y los cambios de embajadas que ocurrieron entonces. Al propósito, Federico, en una de sus cartas censura a Juan Vatatzés, "de una manera paternal, el comportamiento del hijo" que, "sin tomar consejo de su padre, envió un embajador al Papa". Federico sigue, no sin ironía: "Nos no queremos hacer ni emprender nada sin tu consejo en los asuntos de Oriente, porque los países vecinos al tuyo son mejor conocidos de Vuestra Majestad que de Nos". Federico advierte a Vatatzés que los obispos de Roma "no son arzobispos del Cristo, sino lobos devastadores, bestias feroces que devoran al pueblo de Cristo". A la muerte de Federico, y en especial a la exaltación de Manfredo, su hijo natural, al trono de Sicilia, las relaciones de los dos Estados se modificaron y Manfredo, según veremos después, obró como enemigo del imperio de Nicea. A partir de la muerte de Juan III en 1254, "la alianza soñada por Federico II no era más que un recuerdo".

No podría afirmarse que la alianza de los dos emperadores produjera resultados apreciables; pero conviene notar que Juan Vatatzés, sintiéndose amistosamente sostenido por el emperador de Occidente, debía tener más firme esperanza en el éxito final de su objetivo político: la tema de Constantinopla.

En las décadas cuarta y quinta del siglo XIII ; un grave peligro amenazó, por el lado de Oriente, a Europa: el peligro mongol o tártaro (en las fuentes bizantinas dícese "Tachars, Tatars y Atars"), Las hordas de Batish (Batu, Baty), uno de los descendientes del famoso kan Temuchin, que había tomado el nombre de Gengis Kan (Gran Kan), se arrojaron sobre los territorios de la Rusia europea, se apoderaron de Kiev en 1240 y, atravesando los Carpatos, penetraron en Bohemia, de donde fueron forzadas a regresar a las estepas rusas. En tanto otras hordas mongolas, operando más al sur, sometieron toda Armenia, incluso Erzerum, e irrumpieron en Asia Menor, amenazando el sultanato selyúcida de Iconio y los territorios del débil imperio de Trebisonda. Ante el peligro común, los tres Estados de Asia Menor —los imperios de Nicea y Trebisonda y el sultanato de Iconio— se unieron contra los invasores, pero éstos aplastaron a las fuerzas militares de Iconio y Trebisonda. El sultanato hubo de pagar tributo a los mongoles, obligándose a suministrarles anualmente caballos, perros de caza, etc. El emperador de Trebisonda, reconociendo la imposibilidad de luchar con los atacantes, hizo también la paz con ellos, a cambio de pagarles tributo, convirtiéndose así en vasallo de los mongoles. Felizmente para los selyúcidas y para Juan Vatatzés, los mongoles suspendieron su actividad en Asia Menor por algún tiempo, ocupándose en otras empresas, lo que permitió a Juan Vatatzés preparar una acción decisiva en la Península balcánica.

Los hechos que acabamos de indicar señalan que en el siglo XIII eran fáciles las alianzas entre cristianos e infieles. Así, ante un peligro común, Trebisonda y Nicea se unieron a los musulmanes de Iconio.

---

[292] *Se hallará el texto griego en N. Festa, Le lettere greche di Federigo II (Archivo storico Italiano, (1894), p. 22. Miklosich y Müller, Acta et diplomata graeca mediaevali, II (1865).*

[293] *Festa. p. 15—16. Miklosich y Müller, II, 68—69.*

Respecto a la invasión tártara, es interesante recordar los relatos del cronista occidental del siglo XII, Mateo de París, quien recoge ciertos rumores entonces difundidos por Europa.[294] En sus dos obras, dicho cronista cuenta que en 1248 los mongoles enviaron dos embajadas al Papa Inocencio IV, quien, como otros elementos de la Iglesia católica, esperaba convertir los mongoles al cristianismo. Pero Mateo añade, en la primera versión, que muchos en la época supusieron que la misiva mongólica al Papa contenía la oferta de abrir las hostilidades contra Juan Vatatzés ("Battacium"), "un griego, yerno de Federico, cismático, desobediente a la Curia papal; y se pensó que esta proposición no dejó de ser grata al Papa". El mismo autor, en su *Historia Anglorum* menciona la respuesta pontificia a los embajadores tártaros. Parece que el Papa notificó al rey mongol que, sí abrazaba el cristianismo, debía atacar a Juan Vatatzés, "un griego, yerno de Federico, cismático y rebelde contra el Papa y el emperador Balduino y luego contra Federico mismo, y que se había levantado contra la Curia romana". Pero los embajadores, indiferentes a "los odios mutuos de los cristianos" contestaron, mediante sus intérpretes, que no podían imponer tales condiciones a su señor y que temían que, al recibir tales noticias, montase en gran cólera.

Ninguna de estas dos versiones —y sobre todo la segunda, reflejo de los rumores que circulaban en el siglo XII por Europa— posee verdadero valor histórico,[295] y en consecuencia no cabe elevar sus afirmaciones a la categoría de hechos científicamente establecidos, como hace W. Miller, quien, hablando de la segunda versión referida, dice: "Después de dar al Santo Padre esta lección de cristianismo, los infieles regresaron a su salvaje país". Pero sí es interesante notar lo apreciada que era en Occidente la potencia e importancia política de Juan Vatatzés y el papel que, a juicio de los historiadores occidentales, tenía en las negociaciones tártaro pontificias. En todo caso los embajadores mongoles recibieron las mayores muestras de estima y atención por parte de Inocencio IV, quien escribió "al ilustre rey de ellos, y a los nobles y a todos los príncipes y barones del ejército tártaro," una larga epístola exhortándoles a abrazar el cristianismo.[296] El nombre de Juan Vatatzés no se mencionaba en esta carta.

Entre tanto Juan Vatatzés, desembarazado del peligro de la invasión mongola, dirigió toda su atención a la Península balcánica, donde obtuvo brillantes resultado.

La muerte de Juan Asen II, en 1241, había señalado el fin del apogeo del segundo imperio búlgaro. Los débiles sucesores de Juan no supieron conservar las conquistas búlgaras. Con la muerte de Asen fracasaba el segundo intento de crear un imperio greco—búlgaro con capital en Constantinopla. Ni Simeón en el siglo X ni Kaloyán y Juan II en el XIII pudieron alcanzar tal fin. La última tentativa en ese sentido —con más amplitud y a cargo de los servios— había de hacerse en el siglo XIV.

Aprovechando el debilitamiento de Bulgaria, Juan Vatatzés pasó a Europa con un ejército y en unos meses tomó a Bulgaria todas las regiones en rebeldía y macedonias ocupadas por Asen II. Luego, en 1246, Juan se encaminó a Tesalónica, donde reinaba completa anarquía, y conquistó la ciudad sin dificultades. Al año siguiente sometió algunas ciudades tracias pertenecientes al Imperio latino, lo que aproximaba al emperador niceno a Constantinopla. El despotado del Epiro cayó bajo su dependencia. Vatatzés había dejado de tener rivales griegos al otro lado del Bosforo. Al finalizar su reinado, sus posesiones inmediatas o sometidas a su influencia por vínculos de vasallaje se extendían del mar Negro al Adriático. Salvando la Grecia central y el Peloponeso, sólo Constantinopla faltaba para que el Imperio pudiera considerarse reconquistado.

---

[294] *Mateo de París, Chronica majora, ed. H. Luard {Londres, 1880), t. V, p. 37—38 (Rerum Britannicarum medii aevi scriptores vol. 57). También se hallará el texto en Pertz, Mon. Germ, Hist. Ser., t. XXVIII. Id., Historia Anglorum, ed. Madden (Londres,* 1869).

[295] *Ver, por ejemplo, P. Pelliot, Les Mongols ella Papaute (Révue de l'Orient chrétien, t. XXIV (1924), p. 330—331). B. Altaner, Die Dominikanermissionen des 13 Jahrhundertt (Habelschwerdt, 1924). Todo el pasaje de la Historia Anglorum relativo a las negociaciones secretas del Papa y los enviados tártaros está señalado al margen por la palabra "dubium," en letras rojas.*

[296] *Les Registres d'Innocent IV,.por E. Begcr (París,* 1887).

Juan Vatatzés murió en 1254, a la edad de 62 años y tras un reinado de treinta y tres. Los escritores contemporáneos le elogiaron unánimemente. En el panegírico de su padre, Teodoro II Lascaris escribe: "Unificó la tierra ausónica, dividida en muchas partes por soberanos tiránicos, latinos, persas, búlgaros, escitas y otros, castigó a los bandidos y defendió nuestras tierras... Hizo nuestro país inaccesible a los enemigos".[297] Todos los historiadores bizantinos ensalzan la gloria de Juan Vatatzés.[298] Incluso considerando en los cronistas una exageración fácil de percibir, debe tenerse a Juan III por estadista de talento y enérgico y por principal autor de la restauración del Imperio bizantino.

El nombre de Juan Vatatzés fue tan amado del pueblo griego, que éste, a poco de morir su emperador, le consideró un santo. La tradición le atribuyó milagros y hasta se compuso una *Vida de San Juan el Misericordioso.* Fue una especie de canonización popular. Cierto que esa "canonización" no fue consagrada oficialmente por la Iglesia griega y que el culto de Juan limitóse a la ciudad lidia de Magnesia, donde fue enterrado. No debe confundirse, como a veces ha sucedido, la "Vida" de Vatatzés con la "Vida" de un santo del siglo VII llamado también Juan el Misericordioso. Los sabios no están de acuerdo sobre la fecha y lugar de redacción del primer escrito. Aun hoy, el clero y habitantes de Magnesia se reúnen en la iglesia local, el 4 de noviembre de cada año, para honrar la memoria de Juan el Misericordioso.[299] En el calendario ortodoxo léese, el 4 de noviembre, el nombre de "Juan Ducas Vatatzés".[300]

La obra exterior de Vatatzés fue importantísima. Eliminando sucesivamente a los pretendientes al papel de restauradores del Imperio, esto es, los soberanos de Tesalónica, Epiro y Bulgaria, sometió territorios cuya posesión significaba de hecho la restauración del Imperio bizantino. Miguel Paleólogo no hizo, en 1261, sino aprovechar los obstinados esfuerzos y la actividad enérgica de Juan Vatatzés, el más grande de los emperadores de Nicea. La generación siguiente a Juan Vataízés consideróle, con razón, "Padre de los griegos".[301]

Los últimos Lascaris. La restauración del Imperio bizantino.

Los últimos emperadores de Nicea fueron el hijo y nieto de Vatatzés, a saber, Teodoro II Lascaris (1254—1258) y Juan IV Lascaris (1258—1261). Según un testimonio contemporáneo, Teodoro, de edad de 33 años, "fue, según la usanza, alzado sobre un pavés"[302] y proclamado emperador con el asentimiento del ejército y la nobleza.

Teodoro II, hombre de salud débil, había consagrado todos sus ocios, antes de ser proclamado monarca, a los estudios y la literatura. Su padre, hombre muy culto también, había procurado rodear a su hijo de los sabios más notorios de la época, entre ellos Nicéforo Blemmidas y Jorge Acropolita.

Ya en el poder, Teodoro II, como su padre, desarrolló una gran actividad política que le hizo a veces abandonar sus ocupaciones científicas y filosóficas.

Comprendiendo la gravedad de la situación exterior, se dedicó particularmente a crear un ejército poderoso. Al efecto, escribía: "Tengo ante mí una verdad, un fin, un deseo: reunir la grey de

---

[297] F. *J. Uspenski, Los manuscritos de la historia de Nicetas Acominatos (G. del Min. de Instr. Púb., vol. 194, 1887). Pappadopulos, Theodore II Lascaris (París,* 1908).

[298] *Ver Nicet. Greg., II, i, 2 (I, 24). y Jorge Acrop., Epitaphe a la memoire de Jean Vatatzés, ed. Heisenberg, t. II, p. 12.*

[299] *V. A. Heisenberg, Kaiser Johannes Vatatzes der Barmherzige (Byz. Zeits., 14 [1905], p. 160, 162). N. Festa, Sobre una biografía de Juan el Misericordioso (Viz. Vrem., t. XIII [1906] p. 5, 9, 18). Gardner, ob. cit., p. 195—196. M. Andreieva, Ensayos sobre la civilización de la corte bizantina en el siglo XIII (Praga, 1927). En ruso.*

[300] *A. Sergius, Calendrier (Menologion) liturgique complet de l'Orient (a.a ed., Vladimir, 1901).*

[301] *Véase W. Miller, Camb. Mea. History, t. IV, p. 500.*

[302] *Nic. Greg., III, i, 2 (I, 55). Jorge Acrop., cap. LIII, ed. Heisenberg, i. I, p. 105*

Dios y protegerla de los lobos hostiles".[303] Opinando que los griegos sólo debían contar con sus propias fuerzas, fue acaso el único emperador bizantino que se ocupó de helenizar el ejército, contrariando así la tendencia inveterada a reclutar mercenarios extranjeros".[304]

En 1258 el joven emperador murió en lo mejor de la vida, pues sólo contaba 56 años. Legaba a su sucesor, íntegras, las vastas conquistas de Juan Vatatzés. Teodoro II, hombre de gran cultura filosófica y mucha actividad, había vivido en la esperanza de que la Historia emitiera juicio sobre él. Una de sus cartas reza: "El juicio de la Historia será pronunciado por las generaciones siguientes".[305] Un historiador contemporáneo, especializado en la época de Teodoro II — Pappadopulos escribe, no sin cierta exageración:— "Teodoro murió muy joven. De no ser por eso, el helenismo podría haber esperado días mejores bajo el prudente reinado de un emperador que tendió con todas sus fuerzas a crear un Estado griego sobre fundamentos sólidos e inmutables". Pero la ambición de Teodoro quedó en el campo de lo ideal. De hecho, los mercenarios de diversas nacionalidades desempeñaron activo papel en la vida del Imperio de Nicea en general y en la época de Teodoro II en particular.[306]

Teodoro sostuvo contra los búlgaros dos difíciles campañas. Al saber la muerte de Vatatzés, el zar búlgaro Miguel Asen se lanzó sobre las provincias perdidas por Bulgaria bajo Juan Vatatzés. Por un momento se temió que todas las conquistas de Nicea en Europa quedasen en manos búlgaras. Pero, a despecho de muchos obstáculos y de la cobardía, y aun traición, de sus generales, Teodoro llevó a buen término sus dos campañas búlgaras. Merced a la mediación del príncipe ruso Rostislav, suegro de Miguel Asen, se acordó un tratado. Búlgaros y griegos conservaron sus antiguas posesiones, salvo una fortaleza búlgara cedida a Teodoro.[307]

Teodoro mantuvo igualmente activas relaciones con el déspota del Epiro. Incluso se trató del matrimonio del hijo del déspota con la hija del emperador. Como consecuencia de las negociaciones, Teodoro adquirió el puerto de Dyrrachium y la fortaleza de Servia, en los confines del Epiro y Bulgaria. Dyrrachium, "puerto avanzado, al Oeste, del imperio de Nicea, fue como una espina clavada en el flanco del despotado del Epiro".[308]

En Asia Menor los selyúcidas se veían seriamente amenazados por los mongoles, que obligaron al sultán a pagarles tributo. La situación era delicada, porque Teodoro[309] había sostenido al sultán contra los mongoles, y el sultán, "que tenía el alma de un ciervo tímido," habíase refugiado en la corte de Teodoro. No obstante, evitóse un choque entre Nicea y los mongoles, quienes enviaron a Teodoro una embajada.

La recepción, probablemente celebrada en Magnesia, fue brillantísima. Teodoro quería impresionar a los tártaros, a quienes temía mucho. El emperador recibió a los embajadores en un elevado sitial, con la espada en la mano. Los historiadores bizantinos cuentan con todo detalle esa recepción.[310]

Un historiador contemporáneo observa que Teodoro "fue, en resumen, un manojo de nervios, un caso interesante "para un psiquíatra moderno," y añade que usólo su breve reinado de cuatro

---

[303] *Theodori Ducae Lascaris, Epistolae CCXVII. Nunc primum, ed. N. Festa (Florencia, 1898), cap. XLIV.*

[304] *V. Miller, en la Camb. Med. Hist.*

[305] *Ep. XLIV.*

[306] *V. Andreieva, Ensayos. En ruso.*

[307] *Jorge. Acr., c. LXII.*

[308] *Gardner, ob. cit., p. 226.*

[309] *Jorge. Acr., c. LXIX, p. 143.*

[310] *Véase el documentado estudio de Andreieva, La recepción de los embajadores tártaros en la corte de Nicea. "Estudios dedicados a la memoria de Kondakov" (Praga, 1926). En ruso*

años no le permitió dejar huella profunda en la historia de su época.[311] Otro declara que se advierte de manera particular en Teodoro lo que cabe llamar un *despotismo ilustrado"*.[312] En rigor, el reinado de Teodoro fue harto corto para que podamos juzgarlo. Pero Teodoro ocupó en la historia de Nicea un lugar de honor por su mucha cultura y por su política externa, que continuó con ventura la de su padre.

El sucesor de Teodoro II fue su hijo único, Juan IV (1258—1261), que contaba siete años y medio. Así, ni aun con la ayuda del regente, Jorge Muzalon, pudo llevar a buen puerto los asuntos públicos. Entonces intervino el astuto y ambicioso Miguel Paleólogo, pariente de Juan Vatatzés y hombre "intrigante y violento y artero hipócrita, pero militar de talento".[313] Su intervención fue decisiva. Aunque Juan III y Teodoro II habían sospechado en él repetidamente conjuras y traiciones, habíanle, con todo, dado cargos de confianza. Hábil en ocultarse en momentos de peligro, había incluso encontrado asilo una vez en la corte del sultán de Iconio.

Las perturbaciones de la época exigían un poder fuerte. Miguel Paleólogo supo aprovecharse de las circunstancias y en 1261 fue coronado emperador.

Las posesiones balcánicas del imperio de Nicea estaban entonces amenazadas en particular por el despotado del Epiro, el cual había organizado contra el Imperio una coalición donde entraban el rey de Sicilia, Manfredo, pariente del déspota e hijo bastardo de Federico II, y el príncipe de Acaya, Guillermo de Villehardouin. Tras una serie de felices operaciones dirigidas por Paleólogo contra los coligados, en 1259 se libró la batalla decisiva de Pelagonia, en la Macedonia occidental, cerca de la ciudad de Castoria. El ejército de Miguel Paleólogo se componía, no sólo de griegos, sino de turcos, kumanos y eslavos. La batalla fue un fracaso completo para los aliados. El príncipe de Acaya quedo prisionero. Las tropas occidentales, pesadamente equipadas, huyeron ante los destacamentos bitinios, eslavos y orientales, equipados a la ligera. En una obra moderna sobre el Imperio de Nicea, leemos: "Fue quizá la primera vez que los turcos se batieron contra los griegos en suelo griego y al servicio de otros griegos".[314]

El contemporáneo Jorge Acropolita juzga así la batalla: "Los nuestros, gracias a los consejos del emperador, obtuvieron tan gran victoria que el rumor de ella llegó a los cuatro extremos del mundo. El sol no ha visto muchas victorias de este género". En la autobiografía de Miguel Paleologo, llegada a nosotros, Miguel dice respecto a la batalla: "Con ellos y con sus aliados, que tenían por jefe al príncipe de Acaya, ¿a quiénes no he vencido? A alamanes, sicilianos, italianos venidos de Apulia, del país de los Tapiaos de Brundusium, de Bitinia, de Eubea y del Peloponeso".

La batalla de Pelagonia tuvo decisiva importancia para la restauración del Imperio bizantino. Los territorios del déspota del Epiro fueron reducidos a sus posesiones hereditarias. El Imperio latino quedaba privado del apoyo del príncipe de Acaya, y eso cuando en Constantinopla reinaba el débil y apático Balduino II.

Para asegurar más el éxito, Miguel Paleólogo firmó un acuerdo con los genoveses. En todo Oriente chocaban siempre los intereses mercantiles de Venecia, Génova. Tras la cuarta Cruzada y la fundación del Imperio latino, Venecia, como vimos, se había creado una situación excepcional en los Estados latinos de Oriente. Génova no podía tolerarlo. Miguel, sabiéndolo, entró en tratos con los genoveses, y éstos, aunque conscientes de que su alianza con los cismáticos griegos sería severamente condenada por el Papa y por Occidente en general, en su deseo de substituir en Oriente a sus rivales, los venecianos, acordaron un tratado mercantil con Miguel.

En marzo de 1261 se firmó en Nymphaeum un importante convenio que traspasaba a los genoveses la supremacía comercial ejercida en Levante por Venecia durante tanto tiempo. Era una

---

[311] *W. Millcr, en la Camb. Mea. Hist.*

[312] *Andreieva, Ensayos...*

[313] *Finlay, A., History of Greece.*

[314] *A. Gardner, The Lascaris of Nicea. The story of a empire in exile (Londres, 1912)*

verdadera alianza ofensivo—defensiva contra los venecianos.[315] Se concedía libertad perpetua de comercio a los genoveses en todas las provincias presentes y futuras del Imperio, dándoseles además privilegios muy importantes en Constantinopla y en las islas de Creta y Eubea en el caso de que Miguel, "con la ayuda de Dios" las recobrase. Esmirna, "ciudad excelente para el comercio, dotada de un buen puerto y abundante en toda suerte de riquezas," quedaba bajo el dominio directo e ilimitado de los genoveses. Se establecían factorías mercantiles, con iglesias y consulados, en las islas de Quíos y Lesbos y otros puntos. El mar Negro *(maius mare)* quedaba cerrado a todos los mercaderes extranjeros, salvo los genoveses y písanos, amigos fieles de Miguel. Por su parte los genoveses se comprometían a conceder a los súbditos del emperador libertad de comercio, y a ayudar a Miguel con su flota, siempre que las naves no fuesen empleadas contra el Papa o los amigos de Génova. La flota genovesa tenía extrema importancia para Miguel, pues debía contribuir a recuperar el objetivo supremo: Constantinopla.

El tratado ratificóse en Genova pocos días antes de que las tropas de Miguel se apoderasen de Constantinopla. Ello significaba un éxito brillante para Génova, que con motivo de las victorias de Saladino en Siria había sufrido graves pérdidas ulteriores. Comenzaba un capítulo nuevo en la historia económica de Génova. Uno de los mejores especialistas de la Génova medieval escribe: "La pujanza de la vida colonial del siglo XIII ofrece vivo contraste con el carácter vacilante y estancado de la del XII. Es preciso buscar la causa de ese fenómeno en una mayor experiencia, una organización mejor y, sobre todo, en el sorprendente desarrollo del comercio".[316]

El 25 de julio de 1261 las tropas de Miguel se apoderaron sin combate de Constantinopla. Miguel, que se hallaba en Asia Menor, se dirigió enseguida a la capital, donde entró a primeros de agosto entre las aclamaciones de la población. A poco fue coronado por segunda vez en la iglesia de Santa Sofía. Balduino II huyó a Eubea (Negroponto). El patriarca latino y los principales representantes del clero católico lograron salir de la ciudad antes de que ésta fuese ocupada.

Miguel hizo cegar al infortunado Juan IV Lascaris. Y el mismo Miguel, restaurador del Imperio con el nombre de Miguel VIII, fundó la dinastía de los Paleólogos, aprovechando la situación favorable creada por los emperadores de Nicea. La capital se trasladó de Nicea a Constantinopla.

El emperador latino fugitivo pasó de Eubea a Tebas y luego a Atenas; Allí, en la venerable acrópolis de Atenas, se desarrolló la última y lamentable escena del breve drama del Imperio latino de Constantinopla. Luego Balduino embarcó en El Pireo para Monemvasia y, dejando en Morea a los más de los miembros de su séquito, hízose a la vela para Europa, donde pensaba pedir socorro para su causa y ejercer el triste papel de emperador en el destierro".[317]

"Así cayó —dice Gregorovius— el Imperio latino, creación de la caballería occidental de los cruzados, de la egoísta política comercial de Venecia y de la idea jerárquica del Papado. Había durado cincuenta y siete miserables años y dejaba tras de sí la ruina y la anarquía. Aquel Estado bastardo, fundado por la caballería feudal de los latinos, constituye un fenómeno histórico de escasa importancia. La máxima sofística del filósofo alemán, que afirma que cuanto existe es racional, resulta aquí un puro absurdo".[318] Otro historiador (Gelzer) declara: "La ignominia latina, pertenece a la historia".

---

[315] *El mejor texto del tratado es el que da C. Manfroni en Relazioni fra Genova, l'Impero Bizantino e i Turchi (Atti delta Societa Ligure di Storia Patria, t. XXVIII, 1896). También se publica el texto del tratado en Historias Patrias Monumento, t. VII: Liber jurium reipubtice genuensis (Augustae Taurinorum, 1854). Miller, en Camb. Mea. Hist., t. IV, p. 510—511. C. Chapman, Michel Paléologue, restaurateur de l'Empire byzantin (París, 1926). G. Bratianu, Recherches sur le comerce génois dans la mer Noire au XIII siecle (París, 1929).*

[316] *E. H. Byrne, The Genoese Colonies in Syria, en "The Crusades and other historicall essays presented to Dana C. Munro by his former students" (Nueva York, 1928).*

[317] *W, Müler, The Latins in the Levant*

[318] *Greogorovius, Geschichte der Stadt Athen im Mutelalter.*

Mientras las fuentes occidentales se limitan casi todas a una simple mención de la toma de Constantinopla por Miguel y de la expulsión de los francos, las fuentes griegas hablan de ella con júbilo. Jorge Acropolita escribe: "Todo el pueblo romano experimentó placer y alegría indecibles; no había quien no se regocijase y exaltara". Sólo se hizo oír una voz discordante: la de Senakherim, alto funcionario de Miguel Paleólogo, profesor, comentador de Homero y jurista. Senakherim, sabiendo la toma de Constantinopla por los griegos, exclamó: "¿Qué oigo? ¿Conque estaba reservado tal suceso a nuestros días? ¿Qué hemos hecho nosotros para vivir y ver tales catástrofes? Nadie puede esperar nada bueno, ya que los romanos están otra vez en la ciudad".

Política religiosa del Imperio de Nicea y del Imperio latino.

Ya vimos que la toma de Constantinopla en 1204 hízose contra la voluntad del Papa Inocencio III. Pero éste vio luego que el hecho, desagradable al principio, abría grandes horizontes a la expansión del catolicismo y al Papado. El principal problema eclesiástico de la época era el restablecimiento de la unión de las Iglesias oriental y occidental, el cual parecía posible en virtud de los cambios surgidos en el Oriente cristiano. En el Estado fundado por los cruzados debía introducirse el catolicismo. La primera labor del Papa consistía en organizar la Iglesia católica en las regiones conquistadas por los latinos y luego precisar la situación del Pontificado ante el poder temporal y la población griega, ora fuese seglar o eclesiástica. Luego había que someter a Roma, en lo religioso, las regiones griegas que en 1204 quedaban independientes y a cuya cabeza estaba el Imperio de Nicea. La cuestión de la unión con los griegos había de ser la clave de bóveda de toda la política eclesiástica del siglo XIII.

En los principios del Imperio latino la situación del Papa fue delicada. En virtud del acuerdo de los cruzados con Venecia, si el emperador era elegido entre los francos, el patriarca había de pertenecer al clero veneciano. En el pacto se habían descuidado los intereses de la Curia pontificia, no hablándose de la intervención papal en la designación de patriarca, ni de ingreso alguno destinado al tesoro de la Curia.

En la misiva del primer emperador franco, Balduino, al Papa, se hablaba del "triunfo milagroso" de los cruzados, de la caída de Constantinopla, de la impiedad de los griegos, que "daba náuseas al propio Dios" de una Cruzada ulterior a Tierra Santa, etc., pero no se aludía para nada a la elección del patriarca. Cuando el nuevo clero de Constantinopla designó patriarca al noble veneciano Tomás Morosini, el Papa, aunque declarando anticanónica la elección, hubo de ceder y "por propia iniciativa" confirmó la elección.

No menos interesante es notar la actitud de Roma ante el clero griego que quedaba en los Estados latinos. Ya sabemos que muchos obispos y la mayoría del clero subalterno no habían abandonado sus lugares de residencia. El Papado siguió con ellos una política conciliadora, permitiendo que se nombrasen obispos griegos en los puntos donde la población era sólo griega, y conservando en los oficios el rito griego, como el uso de pan con levadura en el sacramento eucarístico. Pero a la vez llegaban legados papales a la Península balcánica y el Asia Menor, procurando persuadir al clero griego de que se adhiriese a la unión religiosa.

En 1204 un legado pontificio se esforzó en que el clero griego reconociese al Papa como supremo jefe. Las negociaciones celebradas en Santa Sofía no condujeron a ningún resultado.

Nicolás Mesaritas, más tarde obispo de Efeso y cuya personalidad y obra han sido precisadas por primera vez por A. Heisenberg, tuvo una esencial participación en aquellos parlamentos. Las negociaciones siguieron en 1205—1206. Nicolás de Otranto, abad de Casóla (Italia meridional), participó en ellas como intérprete. Aunque de opiniones ortodoxas, reconocía, como toda la Iglesia de la Italia del sur, la primacía del Papa, y era partidario de la unión. La personalidad de Nicolás de Otranto, que nos ha legado muchos poemas y obras en prosa, casi todo ello inédito, merece un estudio a fondo. La situación del clero griego hízose más compleja en 1206, año en que murió en Bulgaria Juan Camatera, patriarca de Constantinopla refugiado en Bulgaria al ocupar los latinos la capital. Autorizado por el emperador Enrique, el clero griego del Imperio latino pidió permiso al

Papa para elegir nuevo patriarca. Enrique estaba acorde en esta elección, siempre que el patriarca reconociese la supremacía del Papa. Pero los griegos no deseaban subordinarse a la Santa Sede ni reconciliarse con ella. Por tanto la polémica sobrevenida el 1206 en Constantinopla, polémica en que los latinos tuvieron a su frente a Tomás Morosini y los griegos a Nicolás Mesaritas, no condujo a nada. En tales condiciones, los griegos del Imperio empezaron a volver sus miradas a Teodoro Lascaris.

En 1208 se eligió nuevo patriarca ortodoxo en Nicea: Miguel Autoreano, quien coronó emperador de Nicea a Teodoro Lascaris. Esto tuvo capital importancia, no sólo para Nicea, sino también para los griegos súbditos del Imperio latino.

En 1214 se abrieron en Constantinopla y Asia Menor nuevas negociaciones infructuosas. Nicolás Mesaritas, entonces metropolitano de Efeso, con título de exarca de toda Asia, quedó muy descontento de la altanera acogida que le hizo Pelagio en Constantinopla.

No obstante, Inocencio III logró una notable victoria hacia el final de su pontificado. El concilio de Letrán, en 1215, considerado ecuménico por la Iglesia occidental, proclamó al Papa jefe supremo de la Iglesia de Oriente y declaró a los patriarcas latinos de Constantinopla, Jerusalén y Antioquía, jerárquicamente subordinados a la Santa Sede.

En cambio, la esperanza de Inocencio respecto a que Constantinopla efectuase una nueva Cruzada, fracasó. Los asuntos internacionales y los interiores de orden laico absorbían al Imperio latino al punto de que sus emperadores abandonaron por completo la idea de una Cruzada a Tierra Santa. Por tanto, Inocencio III comenzó a planear una nueva Cruzada que partiese de la Europa occidental y no de Constantinopla.

La sumisión aparente de la Iglesia oriental a Roma no satisfacía del todo las esperanzas del Papa. Para que su victoria fuese completa necesitaba la unión religiosa, la sumisión espiritual de la población griega. Pero esto no pudieron obtenerlo ni Inocencio III ni sus sucesores.

Como sabemos, el Imperio de Nicea tenía su patriarca griego ortodoxo que, si bien residiendo en Nicea, seguía titulándose patriarca de Constantinopla. Los nicenos consideraban la sede patriarcal transferida a su Estado como "extranjera y suplementaria". En frase de un contemporáneo, esperando que más adelante volvería a Constantinopla, su verdadero lugar de residencia. Pero Inocencio III no reconocía a Teodoro Lascaris ni como emperador ni como déspota, llamándole únicamente en la carta que le envió, "Teodoro Lascaris, hombre noble" *(Nobili viro Theodoro Lascari).* En dicha carta, el Papa, sin disculpar las violencias de los cruzados en la toma de Constantinopla, declaraba, sin embargo, que los latinos habían sido instrumentos de la Providencia y los griegos habían sufrido el castigo divino por no reconocer la supremacía de la Iglesia romana. Era, pues, aconsejable que se sometiesen a la Santa Sede y al emperador latino. Pero esta exhortación no fue atendida.

La política eclesiástica del Imperio de Nicea se redujo a una serie de tentativas, a través de discusiones o correspondencia, para procurar la unión de las dos Iglesias. En el Imperio de Nicea había hombres como Nicolás Mesaritas, metropolitano de Efeso, que abogaban por un acuerdo con la Iglesia romana, pero la población griega no fue nunca favorable a esa tendencia. Juan III Vatatzés, aunque pareció inclinado a la unión, solo se guiaba por consideraciones políticas.

En primer lugar le inquietaba la elección del valeroso Juan de Brienne, antiguo rey de Jerusalén, como regente y coemperador (asociado a Balduino II) en Constantinopla. Juan de Brienne, con ayuda del Papa, podía desarrollar una ofensiva, temible para Nicea. Vatatzés, pues, se esforzó en separar al Papa del Imperio latino.

En 1232, cinco monjes franciscanos liberados del cautiverio turco, llegaron a Nicea y mantuvieron encuentros con el patriarca Germán II, respecto a la unión de las Iglesias. Juan Vatatzés y Garmán II les acogieron inmejorablemente y los franciscanos llevaron a Gregorio IX una

carta de Germán[319] ofreciendo al Papa discutir la unión. Gregorio aceptó, gustoso, la propuesta, y en 1234 envió varios delegados a Nicea. El concilio se celebró primero en Nicea y luego se trasladó a Nymphaeum. Nicéforo Blemmidas intervino activamente en la controversia. Conocemos perfectamente los debates del concilio gracias a la relación detallada que de él se posee.[320]

Pero las negociaciones fracasaron y los representantes del Papa viéronse obligados a partir, entre las maldiciones de los griegos, que les increpaban: "¡Sois herejes! Os hallamos herejes y excomulgados y os dejamos herejes y excomulgados". Los legados católicos contestaban a los griegos: "Los herejes sois vosotros".

En el concilio de Lyón, en 1245, el Papa Inocencio IV, sucesor de Gregorio, lamentaba "el cisma del Imperio romano, es decir, de la Iglesia griega, que en nuestro tiempo, hace solo pocos años, se ha apartado y vuelto, altanera e irrazonadamente, fuera del seno de su madre, como de una madrastra".

"Las dos dominaciones —escribe A. Luchaire—, las dos religiones, las dos razas, siempre profundamente separadas, conservaban igual actitud de hostilidad y desconfianza una contra otra". La alianza de Juan Vatatzés con Federico II de Hohenstaufen hizo aun más tirantes las relaciones de Nicea con el Papado. Sin embargo, según vimos, hubo nuevo cambio de embajadas entre Nicea y Roma hacia fines del reinado de Federico.

Porque tras la muerte de Federico, en los últimos años del reinado de Juan Vatatzés, pareció llegado el momento decisivo de la unión de las Iglesias. El emperador puso estas condiciones: le sería devuelta Constantinopla, se restauraría el patriarcado de dicha ciudad, y el emperador y el clero latino abandonarían el territorio griego. Inocencio IV aceptaba esas condiciones. Para restablecer la unidad del mundo cristiano el Papa estaba dispuesto a sacrificar el Imperio fundado por los cruzados, mientras Vatatzés se hallaba dispuesto a sacrificar la independencia de la Iglesia griega a cambio de recobrar la capital del Imperio. Las dos partes abandonaban del todo su política tradicional. Pero el acuerdo no pasó de proyecto.

Poseemos una carta muy importante dirigida por el patriarca de Nicea a Inocencio IV en 1253, dando plenos poderes a los delegados griegos para llevar a buen fin las negociaciones relativas a la unión. Mas en 1254 murieron Inocencio y Vatatzés y aquella apasionante página de las negociaciones de la unión eclesiástica orientaloccidental cerróse sin resultado.

Teodoro II, hijo y sucesor de Vatatzés, opinaba que, como emperador, debía dirigir la política eclesiástica, participar en los asuntos eclesiásticos y presidir los concilios. No quería, pues, un patriarca enérgico. Por esto rechazó la candidatura de Blemmidas y designó a Arsenio, quien en tres días se convirtió, de laico, en patriarca.

Bajo Teodoro II las relaciones de Nicea con Roma se atuvieron estrictamente a los fines políticos del emperador. Como su padre, Teodoro consideraba la unión con Roma como un paso hacia la recuperación de Constantinopla.

---

[319] *La correspondencia del Papa y Germán II se hallará en la Chronica majora de Mateo de París, ed. Luard, t. III, p. 448—69, y en Mansi. Cortciliorum Collectio, XXIII, col. 47—62 (latín y griego). El texto griego de las dos epístolas se encuentra en Sathas, Bib. gr. Medii aevi, t. II, p. 39—49— Mateo de París, con error, fecha las cartas en 1237. Véase Gardner, ob. cít., p. 165—166. G. Golubovitch, Bibliotheca Bliographica della Terra Santa e dell'Oriente Francescano, I (Quaracchi (Florencia), 1906), p. 161—162; II (1913), p. 510—512. idem, Disputatio Latinorum et Graecorum seu relatio apocristariorum Gregorii IX de gestis Nicaeae in Bithynia et Nymphaeae in Lydia (Archivum Franciscanum Historicum, XII (1919), 418—424). B. Altaner, Die Dominikanermissionen des 13. Jahr. (Habelschwerdt—Schles, 1924).*

[320] *Mansi, Conciliorum Collectio, XXIII, col. 279—319. Golubovitch, Bibliotheca, I, páginas 163—169. En Golubovitch, Archivum Franciscanum Historicum, XII (1919), 428—465., se hallará el texto mejor y más completo de la* Disputatio Latinorum et Graecorum 1.° Gesta Nicaeae in Bithynia, y 2.° Gesta apud Nympham Lydiae

Los más de los historiadores afirman que en 1256 el Papa Alejandro IV envió a Nicea al obispo de Orvieto (Italia) para reanudar las negociaciones interrumpidas por la muerte de Vatatzés. La repentina decisión del Papa no parecía, hasta ahora, explicable ni motivada.

Pero hoy sabemos por nuevos documentos que la iniciativa de reanudar las negociaciones no partió del Papa, sino del emperador de Nicea.[321] En 1256 Teodoro envió al Papa dos nobles de la corte nicena, los cuales rogaron a Alejandro IV que reanudase los tratos y enviara un legado a Nicea. Alejandro aceptó con satisfacción. Por ambas partes se deseaba progresar en forma acelerada. Constantino, obispo de Orvieto, estuvo presto a partir en diez días. La base de las nuevas negociaciones serían las propuestas de Vatatzés a la Curia.[322] El legado del Papa tenía instrucciones oficiales e instrucciones secretas y poseía ciertos poderes especiales, el más importante de los cuales consistía en convocar un concilio, presidirlo como representante del Papa y redactar las decisiones.

La misión pontificia, organizada con tal energía y en la que tantas esperanzas se fundaban, concluyó con un fracaso completo. El emperador, que había cambiado de opinión entre tanto, no llegó ni a recibir al obispo de Orvieto, quien, estando a mitad de camino, en Macedonia, recibió instrucciones de que regresase.[323]

Por entonces, Teodoro II guerreaba contra Bulgaria y sus empresas políticas se desarrollaban con éxito. Pensó, pues, que ya no necesitaba la ayuda del Papa. Su fin principal —la toma de Constantinopla— le parecía hacedero sin comprometer la independencia de la Iglesia griega.

Teodoro II murió en 1258. Al año siguiente, el usurpador Miguel Paleólogo se halló peligrosamente amenazado por la coalición organizada contra él en Occidente y sintió la necesidad de ser sostenido por el Papa. Envió, pues, una embajada a Alejandro IV, pero éste, hombre poco enérgico, no aprovechó la ocasión de la difícil situación de Miguel. Al fin, Miguel se apoderó de Constantinopla sin ayuda de la Santa Sede.

El Imperio de Nicea había, pues, logrado mantener la Iglesia y el patriarcado griego, los cuales fueron trasladados a Constantinopla.

Política económica y social de los emperadores de Nicea.

Los emperadores de Nicea atendieron muy activamente a los problemas internos de su Estado, esforzándose, sobre todo, en incrementar la prosperidad económica Niceana.

La varia e intensa actividad exterior de Juan Vatatzés no le impidió ocuparse en la organización interior del país. Estimuló la agricultura, la viticultura, la cría de ganado y aves. Según una fuente, "en poco tiempo todos los depósitos estuvieron llenos de frutos; los caminos, las calles, los establos, los apriscos, estuvieron llenos de ganado y volatería".[324] La escasez que por entonces cundió en el sultanato de Iconio obligó a los turcos a comprar, muy caros, los productos de Nicea. El oro y la plata turcos, los tejidos orientales, las piedras preciosas y otros objetos de lujo llegaron en abundancia a Nicea, colmando las cajas del Estado.

Vatatzés, disminuyendo los impuestos, aumentó la prosperidad del Imperio. En épocas de escasez se distribuían al pueblo enormes provisiones de cereal acumuladas en los graneros

---

[321] *Véase F, Schillmann, Zur byzantinische Politik Alexanders IV (Rómische Quartat schrift, t. XXII, 1908). El autor ha encontrado en los archivos vaticanos, y publicado doce nuevos documentos sobre las negociaciones niceo—romanas de 1256.*

[322] *F. Schillmann, núm. II, p. 114—115. En esos documentos se menciona con frecuencia el nombre del emperador Caloiohannes (Vatatzés).*

[323] *Jorge Acrop., c. LXVII, ed. Heisenberg, p. 139—140. La que indica la Camb. Med. Hist., c. IV, p. 505, es errónea: "Tras una entrevista con los plenipotenciarios del papa, el emperador mandó a Acropolita que le librase de ellos".*

[324] *Nic. Greg., Historia, II, 6, 2. (ed. Bonn, t. I, p. 42).*

imperiales. Merced a las considerables sumas de dinero de que disponía, Vatatzés cubrió el país de fortalezas y hospitales, de hospicios para los pobres y de casas de caridad.[325]

Un historiador bizantino del siglo XIV escribe que Vatatzés quería que "teniendo en su casa todo aquello que hubiera menester, ningún hombre se viese llevado a extender una mano rapaz sobre los bienes de los hombres sencillos y pobres, y así el Estado de los romanos estuviese exento de toda injusticia".[326]

Vatatzés mismo era un gran terrateniente y muchos de sus nobles poseían amplias extensiones territoriales y vivían de sus haciendas. Parece que esas propiedades habían sido concedidas por el emperador a los funcionarios nobles. Ello nos recuerda los beneficia de la Europa occidental y los *upronoiai* bizantinos, es decir, las tierras concedidas por el emperador, o, en su nombre, por sus ministros, a personas que habían rendido servicios al Estado, a cambio de que prestasen servicio militar. Acaso los grandes terratenientes se sintieran descontentos alguna vez del régimen establecido por Vatatzés y quisieran desobedecerle. En todo caso, sabemos que, hacia finales de su reinado, el emperador practicó algunas confiscaciones de bienes muebles e inmuebles.[327] Puede ello explicarse por una lucha entre la aristocracia territorial y la corona, pero carecemos de informes. Pappadopulos cree posible afirmar que en efecto se produjeron levantamientos de la aristocracia contra Vatatzés.

Socialmente, puede considerarse a Vatatzés como protector de las clases campesina y burguesa. Se esforzó, ante todo, en acrecer su riqueza y prosperidad, y tal vez fue esto lo que produjo el descontento de la aristocracia terrateniente y, como reacción, las severas medidas de Vatatzés contra ella.

Al subir Teodoro II al trono, la alta aristocracia perseguida por Vatatzés miró con confianza al nuevo emperador, esperando recuperar sus riquezas e influencia perdidas. Pero se engañó. Teodoro esforzóse en disminuir la influencia de los nobles y parece que tomó severas medidas contra muchos de ellos.

Un escritor contemporáneo da una larga lista de nombres de altos funcionarios castigados bajo Teodoro II.[328] La aristocracia fue abatida y hombres nuevos, de origen humilde, rodearon el trono. Debiéndolo todo al emperador, fueran en manos de éste "juguetes obedientes".[329] Bajo el hijo de Teodoro, la nobleza volvió a reaccionar.

Las empresas militares de Teodoro exigieron un considerable aumento de los impuestos. Habiendo Nicéforo Blemmidas reprochado al emperador el gravar demasiado a la población, Teodoro, contestándole, se disculpaba con las necesidades de las guerras que sostenía.[330]

Los emperadores de Nicea manifestaron el más vivo interés por el desarrollo de relaciones mercantiles con los demás Estados, y en especial con Venecia. En agosto de 1219, Teodoro I Lascaris firmó un tratado de alianza y comercio con el podestá veneciano de Constantinopla. Los mercaderes venecianos obtenían libertad de comercio, franco de toda carga, por tierra y mar, en la plena extensión del imperio de Nicea *(per totum Imperium meum et et sine aliqua inquisitione).*[331]

---

[325] *Scuiariotae, p. 285—286. Nic. Greg., II, 6, 2 (t. I, p. 42).*

[326] *Ibid.*

[327] *Greg. Acropolita, par. 52 (t. I, p. 105, líneas 3—5).*

[328] *Jorg. Acr, par. 75 (t. I, p. 154—155).*

[329] *Véase B. Pappadopulos, ob. Cit., p. 79—81. W. Miller, en Camb. Mea. Hist., t. IV, p. 504. Andreieva, Ensayos..., p. 102, 108—110, 116 (en ruso).*

[330] *Teodoro Lascaris, Epístola, XLIV.*

[331] *Tafel y Thomas, Fontes rerum austriacarum. Urkunden, t. II, p. 205—207. Véase A. Scliaube, Handelsgeschichte der Romanischen Volker des Miitelmeergebiets bis zum Ende der Kreuzzüge (Munich—Berlín, 1906). Gardner, ob. cit., p. 95, da una fecha errónea del tratado (agosto de 1220).*

Las mercancías occidentales importadas por los venecianos en virtud de aquel acuerdo rivalizaban victoriosamente con las mercancías orientales, que necesitaban atravesar todo el sultanato de Iconio. Las telas orientales e italianas tenían gran demanda en Nicea y la población gastaba sumas enormes en adquirirlas. Por ello, Juan Vatatzés prohibió a sus súbditos, so pena de "deshonor" —es decir, de pérdida de su categoría social— comprar y vestir telas extranjeras, ordenándoles que se contentaran "con lo que la tierra de los romanos produce y las manos de los romanos pueden elaborar".[332] Probablemente aquel decreto cayó pronto en desuso, aunque ignoramos cuándo.

Las relaciones de amistad de Nicea con Venecia no duraron mucho. La república de San Marcos, ya en tiempo de Vatatzés, mostró hostilidad a Nicea. Vatatzés tuvo tropiezos con el antiguo gobernador imperial de Rodas, León Cabalas, quien, desde 1204, se titulaba "Señor de las Cicladas" e incluso "César". Al atacarle Vatatzés, halló que Cabalas tenía una alianza ofensivo—defensiva con Venecia, ya que el soberano rodio no podía defender solo la isla. El tratado de 1219 perdió su vigencia. Según el pacto de 1234, Venecia recibía privilegios mercantiles en Rodas. En ese interesantísimo tratado León Cabalas se titula *Dominus Rhode et Cicladum insularum Kaserus Leo Gavalla.*[333] Vatatzés envió una expedición a Rodas, y la isla quedó sometida a Nicea.[334]

Poco antes de la toma de Constantinopla, los genoveses substituyeron a los venecianos, sus rivales, y en 1261 Miguel Paleólogo firmaba el tratado de Nymphaeum, del que hablamos ya y que daba a los genoveses supremacía mercantil en Levante. Después de restaurado el Imperio bizantino, Miguel Paleólogo siguió manteniendo relaciones amistosas con Génova.

La instrucción, las letras, las ciencias y las artes.

Al caer el Imperio en 1304 y fragmentarse en varios Estados latinos y griegos, Nicea, además de ser el centro de la ulterior unificación política de los helenos, se transformó en un centro de actividad intelectual. En la segunda mitad del siglo XIII decíase de Nicea, según frase de Jorge de Chipre, que "parecía como la antigua Atenas por el número de sus sabios" y que era (cuna fuente de conocimientos maravillosa y muy buscada," Es interesante recordar, por analogía, que en la Edad Media, la "Nueva Atenas," la "ciudad científica" de Occidente, era París. Conviene añadir que Jorge de Chipre quedó chasqueado al llegar a Nicea. En uno de los escritos de Teodoro Lascaris leemos que Corinto era célebre por su música, Tesalia por sus tejidos, Filadelfia por sus zapateros y Nicea por su filosofía.

Todos los miembros de la dinastía lascárida, menos el último, que era muy niño, se mostraron protectores decididos de las letras y ciencias, comprendiendo que la cultura intelectual es elemento fundamental o esencial en el desarrollo integral de un Estado. El primer emperador de Nicea, Teodoro I, a pesar de las dificultades que halló en su política interior y exterior, se interesó mucho por los asuntos espirituales. Llamó a su corte diversos sabios, en especial de las regiones griegas ocupadas o amenazadas por los francos, y entre ellos a Miguel Acominatos, metropolitano de Atenas, huido a la isla de Ceos al producirse la invasión latina. Acominatos no pudo aceptar por lo avanzado de su edad y lo delicado de su salud. A Nicea se retiró, caída Constantinopla, el hermano de Miguel, Nicetas Acominatos, quien aprovechó su estancia en la corte de Lascaris para concluir su obra histórica y escribir el tratado teológico que tituló "Tesoro de la ortodoxia". Juan Ducas III Vatatzés, sucesor de Teodoro, halló, en medio de la desbordante actividad que caracterizó su política extranjera, tiempo de atender las necesidades intelectuales de su Estado. Creó, en las ciudades, bibliotecas consagradas al arte y a las ciencias y se interesó por la cuestión escolar, enviando personalmente jóvenes a las escuelas, con el objetivo de elevar el nivel intelectual del

---

[332] *Nic. Greg., Historiae, II, 6, 4 (I, 43). Comprobar con Z. Von Ligenthal, Ius graeco—romanum, III, 574.*

[333] *Tafel y Thomas, t. II, p. 320. Texto del trado, p. 330—322.*

[334] *J. Acrop., par. 48 (t. I, p. 86—88); Véase Heyd, t. I, p. 307. Schaube, p. 263.*

país. En su época se desarrolló la actividad del sabio, escritor y profesor Nicéforo Blemmidas, el representante más eminente del movimiento intelectual del siglo XIII y que tuvo como discípulos a Teodoro II, sucesor de Vatatzés, y al célebre historiador y estadista Jorge Acropolita, de quien hablaremos después. Como su padre, Teodoro se interesó mucho por las bibliotecas, entre las que repartió numerosos libros que se esforzó en reunir. También autorizó el préstamo domiciliario de obras.[335]

Como bajo los Comnenos, los hombres cultos del siglo XIII escribieron casi todos en un griego escolástico y artificioso, distinto al hablado, que no era admitido como lengua literaria. Los clásicos griegos y los Padres de la Iglesia servían de modelo a los griegos cultos de la Edad Media en general, y en particular a los del siglo XIII, que vivieron y pensaron bajo su influencia.

La figura más representativa de la vida espiritual del Imperio de Nicea es, sin discusión, Nicéforo Blemmidas, quien dejó, a más de numerosos escritos de muy diversa naturaleza, dos interesantes autobiografías, editadas en 1896 por el sabio alemán Heisenberg, y en las cuales no sólo se nos informa de la vida del autor, sino de los sucesos y hombres de su época.

Blemmidas nació en Constantinopla a fines del siglo XII. Al ser tomada la ciudad, el adolescente, con sus padres, se refugió en los Estados asiáticos de Teodoro Lascaris, y allí comenzó sus estudios en la escuela elemental. Poco a poco, andando de ciudad en ciudad, Blemmidas incrementó sus conocimientos con diversos profesores de letras, retórica, lógica, filosofía, ciencias naturales, medicina, aritmética, geometría, astronomía y física. Luego se retiró a un convento, donde por primera vez se consagró entera y activamente al estudio de la Santa Escritura y de los Padres de la Iglesia. Bajo Vatatzés, el patriarca Germán, que apreciaba mucho a Blemmidas, llevóle consigo. Pero Blemmidas, amante de la vida privada, abandonó la corte del patriarca a pesar de las instancias de éste y se retiró a un convento del monte Latros, cerca de Mileto, en Caria, convento renombrado por la severidad de su regla. Tras consagrarse allí a la vida espiritual volvió a la vida civil durante las negociaciones entabladas por Vatatzés y el patriarca con el nuncio del Papa. En esa ocasión se mostró defensor riguroso de la ortodoxia. Después de haberse hecho tonsurar, se estableció en un monasterio, donde se ocupó en trabajos científicos, fundó una escuela y convirtióse en profesor de filosofía. Entre otros discípulos tuvo al futuro historiador y político Jorge Acropolita. Vatatzés envió a Blemmidas a un viaje científico por Tracia, Macedonia, Tesalia, el monte Athos y otros lugares, a fin de comprar manuscritos valiosos de las Escrituras y de otras obras y, en caso de no poder comprarlos, leerlos, resumirlos y tomar notas sobre ellos. Esta misión, que Blemmidas cumplió con éxito, se enriqueció en nuevos conocimientos que deslumbraron a sus contemporáneos. El emperador le confió la educación de su hijo Teodoro Lascaris, quien con el tiempo fue soberano y escritor muy cultivado. Blemmidas fundó un convento al que se retiró y participó desde allí en las controversias religiosas, estando a punto incluso de ser elegido patriarca. Pero lo más de su tiempo absorbíanle sus ocupaciones literarias. Asistió a la restauración del Imperio bizantino y murió pacíficamente en su convento hacia 1272. Los contemporáneos de Blemmidas le tuvieron en alta estima.[336]

Poseemos numerosos escritos de Blemmidas. Ya mencionamos sus dos autobiografías, llenas de informaciones sobre la vida y carácter del autor, así como sobre los sucesos históricos y religiosos y las condiciones políticas y sociales de su época (sobre todo en la segunda biografía). Esas dos obras constituyen una de las fuentes más importantes de la historia de Bizancio en el siglo XIII. También dejó Blemmidas muchos escritos teológicos sobre dogmática, polémica, ascética, exégesis, liturgia, poesía religiosa, sermones y vidas de santos. Su "adaptación de algunos salmos" destinada a los oficios del culto, se convirtió con el tiempo en parte de las *Vísperas* de la Iglesia griega, pasando más tarde a las Iglesias eslavas meridionales y al fin a la rusa. También las obras

[335] *Teodoro Escutariota, Additamenta ad Georgii Acropolitae Historiam, ed. A. Heisenberg, pág. 297.*

[336] *Las mejores biografías de Blanidas son las de Heisenberg, Dissertatio de vita el scriptis Nicephori Blemmydae, en Curriculum vitae et carmina, en Nicéforo Blemmidas (Leipzig, 1896) y la de Barvinok, Nicéforo Blemmidas y su obra (Kiev, 1911). En ruso.*

profanas de Blemmidas tienen gran interés. Su tratado político *Estatua real* dedicado a su discípulo Teodoro II, describe las cualidades y virtudes del soberano ideal, modelo de todo lo bueno y que debe brillar más que el famoso Policleto. Teodoro II debía tender en su vida a imitar ese tipo. Según Blemmidas, el soberano es "el funcionario supremo puesto por Dios para ocuparse del pueblo que le está sometido, y conducirlo hacia el supremo bien". El emperador, "fundamento del pueblo," debe pensar ante todo en el bien de sus súbditos, no entregarse a la ira, huir de los aduladores y atender el ejército y la flota. Durante la paz debe preparar la guerra, ya que un ejército fuerte es la mejor salvaguardia de la paz. Debe cuidar de la organización interna del Imperio y ser religioso y equitativo. "Así el emperador —escribe Blemmidas al final del tratado— acoja favorablemente mi palabra y escuche mejores consejos de los hombres más sabios, que debe reunir y guardar cuidadosamente en el fondo de su alma.

El punto de partida de todos los razonamientos del autor sobre el soberano ideal es el principio de que "el emperador debe ante todo dominarse a sí mismo y luego solamente gobernar su pueblo". No se ha establecido con precisión de qué autores se sirvió Blemmidas para su tratado.

Sobre la importancia de esa obra difiere la opinión de los historiadores. Barvinot, que ha estudiado especialmente la vida y obra de Blemmidas, dice: "Este escrito adquiere un valor e importancia particulares, principalmente por el hecho de que corresponde en el más alto grado a las necesidades y exigencias del pueblo griego en aquella época".

En efecto, los griegos, refugiados en Nicea tras la pérdida de Constantinopla, soñaban con expulsar a los extranjeros de las orillas del Bósforo, recobrando su patria con ayuda de un monarca experto, fuerte, enérgico e instruido. Tal es el monarca ideal descrito por Blemmidas.

En cambio, F. I. Uspenski escribe a propósito de la misma obra: "Blemmidas no tiene idea alguna de las necesidades de su época. Vive en un mundo ideal, muy lejos de su país, y no comprende el alma de la vida contemporánea ni las exigencias de la época. El emperador abstracto de Blemmidas ha de ser sabio, estar exento de las pasiones y compromisos humanos. El autor lo coloca en un ambiente extraño en absoluto a la vida y relaciones ordinarias de los hombres y por esta razón sus consejos e indicaciones no pueden responder a lo requerido por la realidad... La desgracia del griego medieval era lo mucho que pesaban sobre él las reminiscencias clásicas. No era un creador y la vida real se ocultaba a sus ojos tras el material libresco. Así se nos aparece Blemmidas en su tratado político".

Desde luego, las tradiciones clásicas y las emociones religiosas influyeron mucho en la obra de Blemmidas. No obstante, en el decurso de su vida se asoció estrechamente a los intereses del Imperio y del emperador, y acaso no fuera siempre "un hombre que vivía en otro mundo, completamente ajeno a los intereses de la tierra pecadora". Bajo el barniz retórico de su tratado se distinguen ciertos rasgos realistas que nos recuerdan la personalidad de Teodoro II. Es muy probable que mientras Blemmidas componía su "estatua" tuviese ante los ojos la imagen verdadera de Teodoro II, aunque esos rasgos del soberano ideal se obscurezcan bajo la erudición y retórica de Blemmidas.[337]

Entre los escritos filosóficos de Blemmidas, inspirados principalmente en Aristóteles, los más conocidos son la *Física resumida y en* especial la *Lógica resumida.*

Esta última, a la muerte del autor, se difundió por todo el Imperio, convirtiéndose en la obra fundamental de enseñanza y el manual filosófico predilecto, no sólo de Oriente, sino también de la Europa occidental. Heisenberg, editor de las autobiografías de Blemmidas, dice: "Esas dos obras valieron a su autor renombre inmortal".

La *Lógica y* la Física de Blemmidas tienen importancia desde dos puntos de vista: el de esclarecer el movimiento de las ideas filosóficas en Bizancio en el siglo XIII, y el de aclarar la compleja cuestión de la influencia bizantina en el desarrollo del pensamiento occidental. Ha llegado

[337] *Anteriormente he sostenido la tesis de Uspenski. Ver A. Vasiliev, La dominación latina en Levante (Petrogrado, 1923). En ruso. Véase también los Ensayos... de Andreieva.*

a nosotros el epistolario de Blemmidas, cuyas misivas fueron casi todas dirigidas a Teodoro II. Hallamos en ese epistolario muchos informes sobre la civilización de la época.

Añadiendo a las obras mencionadas de Blemmidas dos pequeños escritos geográficos —la *Historia de la tierra y* la *Geografía general— y* algunas poesías profanas,[338] habremos completado casi la lista de la rica y divesa obra literaria de Blemmidas.

Si éste no abrió, en puridad, nuevos caminos, no por ello dejó de ser una eminente personalidad de la difícil época del imperio de Nicea, y puede con justo derecho ocupar un lugar de primera línea en la historia de la civilización de Bizancio.

Ya dijimos que sobresalieron dos personalidades esenciales entre los discípulos de Blemmidas: Jorge Acropolita y Teodoro II. Jorge Acropolita, natural de Constantinopla, partió camino de Nicea en su juventud, durante la época de Vatatzés. Fue primero discípulo de Blemmidas y luego profesor de Teodoro. Tras alcanzar los grados más altos de la jerarquía administrativa, sufrió un fracaso en la carrera militar. De vuelta a Constantinopla bajo el primer Paleólogo, se consagró a la diplomacia y, por orden imperial, dirigió las negociaciones del concilio de Lyón, obteniendo la unión con la Iglesia occidental, unión contra la que él mismo había luchado antes. Acropolita murió hacia 1280.

Su obra principal es la *Historia,* muy importante en cuanto fuente, que expone los hechos comprendidos entre la toma de Constantinopla por los cruzados y la restauración del Imperio bizantino (1203—1261), siendo en cierto modo una historia especial del Imperio de Nicea, y continuando la obra de Nicetas Acominatos. Acropolita, contemporáneo de los sucesos que describe, en los cuales participó por su posición oficial, da de ellos un relato inteligible y verídico, y en un lenguaje bastante claro. Entre los opúsculos de Acropolita, consagrados los más a la teología y la retórica, debe señalarse la conmovedora y bella oración fúnebre pronunciada con ocasión de la muerte de Vatatzés.

El segundo discípulo ilustre de Blemmidas fue Teodoro II Lascaris. Tanto Blemmidas como Acropolita, profesor oficial del futuro emperador, infundieron en el alma de su discípulo, ya en vida del padre de éste, una verdadera pasión por la ciencia. La correspondencia de Teodoro, publicada en 1898 por el sabio italiano Festa, da interesantes informes que permiten apreciar bien esa curiosa figura histórica.

Teodoro estudió los escritores griegos eclesiásticos y laicos, adquiriendo conocimientos extensos en diversas ciencias. Pero centró su atención en la filosofía, y en especial en Aristóteles. Nutrido de helenismo y clasicismo, sentía profunda emoción contemplando los monumentos artísticos y las ruinas de Pérgamo. La impresión experimentada en esta ocasión nos aparece magníficamente descrita en una carta suya que, por el fondo y la forma, es digna de la firma de un humanista italiano.

Teodoro, como su padre, estimuló la instrucción y se ocupó de la cuestión escolar. En una carta sobre los alumnos que conclusa su enseñanza, eran presentados al emperador para examen, Teodoro declara: “Nada es tan agradable al corazón del jardinero como ver su prado en plena flor, y si, por su aspecto bello y floreciente, juzga que las plantas están en flor, puede de eso suponer que, en un determinado tiempo, gozará también de los frutos... Aunque yo haya estado tremendamente ocupado por mis funciones militares, aunque mi ánimo haya sido distraído por insurrecciones, batallas, obstáculos, resistencias, ardides, cambios, amenazas... no obstante no hemos nunca desviado lo principal de nuestro pensamiento de la belleza del prado espiritual”.

En torno a Teodoro II se reunía un círculo de hombres ilustrados, literatos y sabios, atraídos por el emperador, a quien interesaban profundamente la ciencia, el arte, la poesía y la música.

---

[338] . *Grégoire atribuye con razón a Blemmidas la inscripción, en versos hexámetros, que conmemora la restauración de las murallas de Esmirna bajo Juan Vatatzés. H. Grégoire,* Recueil des inscriptions grecques chrétiennes d'Asie Mineure *(París, 1922). Id., Byzantion, V (1930).*

Teodoro II abrió muchas escuelas. En una de sus cartas discute el problema de la organización escolar, de los programas y de los fines de la enseñanza.

Teodoro escribió algunos panegíricos y disertaciones sobre temas filosóficos y religiosos. Dejó más de doscientas cartas dirigidas a diversas personalidades eminentes de la época, sobre todo a sus profesores Blemmidas y Acropolita. También fueron amplios los conocimientos de Teodoro en materia de ciencias naturales y matemáticas. Un estudio atento y detallado de la obra literaria publicada e inédita, de Teodoro Lascaris,[339] debe producir resultados muy interesantes en el sentido de juzgar la personalidad del autor, "especie de réplica oriental de su contemporáneo Federico II," como dice Krumbacher, y de comprender mejor el movimiento de las ideas en el Oriente cristiano del siglo XIII.

En la segunda mitad del siglo XIII y el primer período de los Imperios latino y de Nicea, escribieron los hermanos Juan y Nicolás Mesaritas, cuya existencia no ha sido descubierta por los historiadores hasta principios del siglo XX, por lo que la célebre *Historia de la literatura bizantina,* de Krumbacher, no menciona sus nombres. La oración fúnebre de Nicolás Mesaritas con ocasión de la muerte de su hermano, nos revela que Juan Mesaritas cursó excelentes estudios, sirvió algún tiempo en la administración bajo los dos últimos Comnenos y fue profesor de exégesis de los salmos bajo los Ángeles.

Escribió un comentario de los salmos, cuyo original fue destruido al tomar Constantinopla los cruzados. Juan Mesaritas participó activamente en las discusiones celebradas con los representantes pontificios en Constantinopla durante los primeros años del Imperio latino y sostuvo con firmeza el criterio ortodoxo. Murió en 1207.[340]

Su hermano menor, Nicolás, que también tuvo un cargo en la corte, bajo los Angeles, y compartió las opiniones fraternas sobre las pretensiones papales, marchó a Nicea después de morir Juan, alcanzando una elevada posición junto al patriarca y llegando después a obispo de Éfeso. Ya vimos que intervino preponderantemente en las negociaciones sobre la unión de las Iglesias, de cuyas negociaciones dejó un relato detallado. Las obras de Nicolás distan mucho de haber sido publicadas totalmente. Aun hoy se lee con gran interés la descripción dejada por Nicolás Mesaritas de la iglesia de los Santos Apóstoles y sus mosaicos.

Esta iglesia, poco inferior en belleza y suntuosidad a Santa Sofía, era lugar de sepultura de los basileos, y sirvió de prototipo al templo de San Marcos, en Venecia, a San Juan de Efeso y a la iglesia de la Santa Faz, en Périgueux. Como sabemos, la iglesia de los Santos Apóstoles fue destruida por los turcos al tomar éstos Constantinopla, edificándose en su lugar la mezquita de Mahomet II el Conquistador. La desaparición de un monumento de tanta importancia hace que la descripción de Nicolás, fundada en una observación personal y atenta, tenga un interés notable. En opinión de Heisenberg, primero en descubrir la existencia de Nicolás Mesaritas, las obras de éste pueden proyectar luz hasta cierto punto sobre la historia de los comienzos del Imperio de Nicea y ocupar un sitio preferente en la literatura de la época. "Quien tenga el valor de editar las obras de Mesaritas prestará un gran servicio a la ciencia. La tarea no es fácil, pero sí valiosísima y digna de reconocimiento".

No debe verse en los hermanos Mesaritas a hombres de talento eminente; pero de todos modos pertenecieron a esa clase de gentes cultas que, ya en la sombra de los conventos, ya en la corte de Nicea, crearon obra espiritual en el siglo XIII, preparando el renacimiento espiritual y político que condujo a la restauración del Imperio en 1261.

---

[339] *Ver, por ejemplo, la memoria de Pappadopulos leída en el Congreso Internacional de Estudios Bizantinos de Belgrado (1927): La sátira del preceptor, obra inédita de Teodoro Lascaris. Ver Byz. Zeits., t. XXVII (1927). D. Anastasijevic y P. Granic, en su Memoria del segundo Congreso Internacional de Estudios bizantinos de Belgrado en 1927 (Belgrado. 1929).*

[340] *A. Heisenberg, ob. cit. Quellen, I: Der Epttaphios des Nicolaos Mesarites aus seinen Bruder Johannes (Munich, 1923). Hay una bibliografía completa sobre Juan Mesaritas en la página 3 de esa obra.*

La crónica bizantina de esta época sólo tiene un representante: Joel, el cual escribió —probablemente en el siglo XIII— una breve crónica universal sin valor alguno histórico ni literario. El relato, empezando por Adán, llega hasta la toma de Constantinopla en 1204.

Todas las obras arriba mencionadas están escritas en la lengua literaria griega, lengua artificial, convencional y pseudoclásica, que no tenía relación alguna con la lengua popularmente hablada. No obstante, en la literatura del siglo XIII se hallan ejemplos de escritores que recurren al lenguaje hablado y a las rimas de la poesía popular y nos dan interesantes ejemplares de las nuevas, corrientes literarias.

El *Epitalamio* de Nicolás Irenikos —escrito en ocasión del matrimonio de Juan Vatatzés con la hija de Federico II— se emparenta, por su sentido, con los epitalamios de Teodoro Pródromo. Está escrito en versos políticos. *El poema de Irenikos* nos da informes nuevos sobre las espléndidas ceremonias de la corte bizantina, poseyendo por eso un valor histórico considerable. Según Krumbacher, recuerda por su tono y contenido los cantos nupciales de la poesía popular de los griegos modernos. Krumbacher pensaba incluso que el autor debió de influenciarse o basar su inspiración directamente en la poesía popular del tiempo, pero es difícil mantener tal apreciación.

A la época de las Cruzadas, y sobre todo al período posterior a la cuarta, cuando se fundaron principados latinos feudales en el territorio bizantino, cabe referir varias obras poéticas escritas en lengua corriente y que son a modo de novelas donde, sobre un fondo de fantasía, se ven desarrollarse sentimientos amorosos y hazañas caballerescas.

La época de las Cruzadas modificó el ambiente anímico de Bizancio. Los invasores francos, al llevar a Oriente las instituciones feudales y las costumbres de la caballería occidental, debieron de hacer conocer a sus nuevos súbditos la literatura caballeresca del siglo XII, las "novelas de aventuras" provenzales y otros escritos que tuvieron vasta difusión en las cortes latinas de los países griegos. La novela francesa medieval, cuyo carácter cosmopolita se probó con su mucho éxito en Alemania, Italia e Inglaterra, podía también implantarse en Grecia, donde las condiciones exteriores creadas en el siglo XIII parecían extremadamente favorables a la extensión de tal literatura. Por lo tanto la ciencia se ha planteado el problema de saber si la novela bizantina versificada de aquella poca es una mera imitación de los modelos occidentales, o si en esas "novelas de aventuras" bizantinas han de verse escritos originales nacidos bajo el influjo le las condiciones de la vida bizantina, análoga en ese caso a la vida de Occidente y sólo parcialmente influidos por el extranjero, esto es, por la literatura occidental.

Bury opina que "acaso" la lectura de las novelas occidentales incitó a los griegos a componer obras impregnadas de ideas occidentales, al igual que las odas de Horacio o las églogas de Virgilio y la "Eneida," fueron influidas por modelos griegos". La opinión de los sabios sobre este punto se funda en el estudio de las obras literarias —a menudo anónimas y de fecha difícil de establecer con precisión—, de su lengua, de su métrica y de su contenido histórico literario.

Detengámonos, por vía de ejemplo, en la novela anónima, en verso, *Beltandros y Crisanza*, cuya primera redacción data probablemente del siglo XIII. El texto que nos ha llegado lleva la huella de modificaciones anteriores y quizá se remonte al siglo XV.[341]

El tema de la novela es éste: un emperador, Rodofilos, tiene dos hijos: Filarmos y Beltandros. Beltandros, el menor, gallardo y valeroso, no pudiendo soportar las vejaciones a que le somete su padre, abandona su país, esperando encontrar en el extranjero una suerte mejor. Cruza las regiones vecinas de Turquía, penetra en la Armenia Menor o Cuida y llega a Tarso. En las cercanías le esta ciudad se detiene junto a un riachuelo en cuyas aguas brilla un astro ardiente, el cual guía a Beltandros hasta un magnífico castillo, lleno de sorprendentes objetos, que en la novela es llamado *Castillo de Amor*, ese lugar, leyendo las inscripciones grabadas en dos estatuas, se informa el protagonista de que está predestinado a amar a Crisanza, la "hija del rey de la gran Antioquía".

[341] *E. Legrand, Bibtiothéque grecque vulgaire (París, 1880). El texto de Legrand, con un estudio minucioso sobre la novela griega medieval, más notas y un glosario.*

Decidido a conocer todas "las dulces amarguras de aquel castillo de amor," Beltandros, a invitación del castellano, "el Dios del Amor, que llevaba en la cabeza el distintivo imperial y en la mano un cetro grande y una flecha de orón, se presenta ante su trono. El dios, tras hacerle contar sus aventuras, le ordena que elija, entre cuarenta jóvenes, la más bella, entregando la escogida una sortija "trenzada de hierro, oro y topacio". Sigue una curiosa descripción del concurso de belleza, que nos recuerda el juicio de París revoca la célebre usanza bizantina de llamar a examen las mujeres más dignas le ser la esposa del basileo. Beltandros entrega el anillo a la que le parece más bella y de pronto cuanto le rodea, incluso el dios del Amor y las cuarenta muchachas, desaparecen "como un sueño". Beltandros parte y tras cinco días de marcha llega a los alrededores de Antioquía, cuyo rey le toma a su servicio. Beltandros adquiere gran favor en la corte.

En Crisanza, la hija del rey, reconoce, maravillado, a la doncella a quien entregó la sortija en el Castillo de Amor. Los jóvenes se enamoran y, a pesar de los rigores que rodean en Oriente la vida de la mujer, se entrevistan por las noches. Pero cierta entrevista en los jardines del palacio termina desastrosamente para Beltandros, porque a la mañana los guardias le ven y le aprisionan. Crisanza persuade a su fiel camarista de que diga que Beltandros había acudido al jardín citado con la última. El padre de Crisanza perdona a Beltandros y, con asenso secreto de Crisanza, se celebra el falso casamiento de Beltandros con la sirvienta. Continúan las entrevistas secretas de Beltandros y su amada, y a los diez meses ambos huyen, con la camarista y algunos servidores leales. Al atravesar con precipitación un río sinuoso, mueren todos los acompañantes de la pareja, mientras los amantes, con gran trabajo, se salvan y llegan al mar, donde se halla un navio griego enviado por el emperador para buscar a su hijo fugitivo, ya que el primogénito ha muerto. Los emisarios del emperador reconocen al hijo de su señor, le recogen, así como a Crisanza, los llevan a la capital y allí son recibidos con gran alegría por Rodofilos, que no esperaba ver más a su hijo. La novela concluye con el solemne matrimonio de los enamorados, y el obispo celebra a la vez la ceremonia nupcial y la coronación de Beltandros.

La opinión general de los sabios sobre la novela bizantina de la época de las Cruzadas puede deducirse del juicio que formulan sobre esta obra anónima. Algunos suponen que una novela francesa de aventuras, perdida y desconocida, ha servido de fundamento a este relato. En el *Castillo de Amor* —el *Erotocastron* griego— ven el Castillo de Amor de la poesía provenzal, y en los nombres de Rodofilos y Beltandros reconocen los nombres occidentales, grequificados, de Rodolfo y Beltrán. Incluso ha llegado a creerse que toda la novela de Beltandros y Crisanza no es sino una adaptación griega de un cuento francés sobre el caballero franco del siglo XIV Bertrand du Guesclin, contemporáneo de la guerra de Cien Años.[342]

Krumbacher, inclinado en principio a atribuir a las fuentes occidentales cuanto se halla en la poesía popular de la Grecia medieval sobre el Castillo de Amor, Eros, etc., entiende, sin embargo, que esta novela ha tenido que ser escrita por un griego, pero en una región impregnada desde hacía mucho de cultura francesa. Mas la cuestión esencial, a saber, el origen francés o greco—oriental del fondo de la obra, persistirá en suspenso mientras no se halle el verdadero prototipo de esa novela.[343] Bury opina que el romance de Beltandros y Crisanza es griego de extremo a extremo por su construcción, descripciones e ideas, no hallando en su texto nada atribuíble a influjos occidentales. El desarrollo de la literatura corrió parejas en los países francos y en los griegos. Así como las novelas francesas del siglo XII fueron precedidas por muchos poemas épicos, igualmente la novela griega de los siglos XIII y XIV tiene fundamentos épicos. En ambos casos el desarrollo de los argumentos novelescos recibió su inspiración de una influencia helenística directa o indirecta: en Francia por intermedio de la literatura latina, y en especial de Ovidio; en Grecia a través de la tradición griega, viva aún. Los griegos poseían ya, con una técnica propia, todo el fondo y argumentos de sus novelas de aventuras, cuando los caballeros orientales se instalaron en Oriente.

---

[342] *Warton, History of English poetryI (Londres, 1871).*

[343] *Krumbacher. Véase también Gidel, Etudes sur la littérature grecque moderne (París. 1866), donde se hallará un análisis de toda la novela. Comprobar J. B. Bury, Romanus of Chivalry.*

De modo que la literatura francesa del siglo XII no podía ejercer sobre Bizancio una influencia tan grande como, por ejemplo, sobre Alemania. La literatura novelesca de Occidente no fue una revelación para un pueblo que tenía en su propia literatura temas, ideales y un elemento fantástico idénticos en cierto sentido a los de Occidente. No cabría negar que la literatura francesa ejerció algún influjo sobre Bizancio en la época de las Cruzadas, dados el acercamiento y mezcla de las dos culturas, en el Oriente cristiano. Pero, en sus rasgos esenciales, las novelas francesas y bizantinas tienen un fondo común helenístico y su desarrollo se produjo de forma paralela e independiente. Según Diehl, el fondo de *Beltandros y Crisanza* es puramente bizantino, ya que a los barones francos llegados como conquistadores, la civilización griega debió de darles más de lo que recibió de ellos.

Al siglo XIII puede atribuirse también otra novela de amor, escrita en versos políticos y titulada *Calimaco y Crisorroe.*[344]

Recientemente han sido estudiadas algunas figuras eminentes del siglo XIII que pertenecieron al occidente de la Península balcánica. Los nombres de esas figuras se vinculan a la existencia e historia del despotado del Epiro, segundo foco de helenismo creado sobre las ruinas del Imperio de Bizancio. Entre esos hombres deben mencionarse Juan Apocaucos, metropolitano de Naupacta (en italiano Lepanto, a la entrada del golfo de Corinto o de Lepanto); Jorge Bardanés, metropolitano de Coreyra (Corfú), y Demetrio Cómatenos, arzobispo de Ochrida, en la Macedonía oriental, región que en la primera mitad del silo XII pertenecía al despotado del Epiro.

Todavía en 1897, Krumbacher no podía mencionar a Juan de Naupacta más que como polemista, enemigo de los latinos y presunto autor de cartas aún inéditas que se hallaban en un manuscrito de Oxford. Sólo a raíz de la publicación de la correspondencia de Juan, hecha por V. G. Vasilievski con arreglo al manuscrito de Leningrado, y de la edición, más reciente, de parte de los escritos del mismo Juan, según el manuscrito de Oxford —edición debida al sabio monje francés Pétrides— hemos podido estudiar un tanto a tan interesante hombre y escritor.[345] Pero no se han publicado todavía todos los manuscritos relativos a Juan de Naupacta.

Juan Apocaucos, metropolitano de Naupacta (muerto hacia 1230), había recibido una magnífica educación clásica y teológica. Quizá pasara algún tiempo, en su juventud, viviendo en Constantinopla. Al ser designado para la sede de Naupacta intervino con actividad en la vida política, social y religiosa del despotado del Epiro. Según Vasilievski, "fue jefe de la parte del clero griego ortodoxo que tenía tendencias nacionalistas, así en el Epiro independiente como en las regiones momentáneamente conquistadas. Quizá fuera el inspirador de las miras políticas de los déspotas del Epiro, a quienes sostuvo en sus conflictos contra la autoridad suprema de los patriarcas, tras la que se encubría la sombra del emperador de Nicea, rival de los déspotas". Juan, escribe T. E. Chernusov, "no fue un monje sombrío encerrado en su celda, sólo interesado por los asuntos religiosos y alejado del mundo y de los hombres. Por lo contrario, en su espíritu y su carácter, en la expresión de su "yo" interior, se notan rasgos que le aproximan, en cierta medida, a los humanistas italianos posteriores". Se nota, en efecto, en las obras de Juan Apocaucos, el gusto y la pasión de escribir, motivadores de una larga correspondencia; el amor de la naturaleza, que comprende bien, y su fervor a la literatura antigua, sobre todo en los autores más célebres: Homero, Eurípides, Aristófanes, Tucídides, Aristóteles, los cuales, más la Biblia, le proporcionan abundante documentación que le permite establecer muchos paralelos y analogías. Hasta hoy se han publicado más de 40 de sus escritos; cartas, reglamentos canónicos diversos, epigramas. Entre sus corresponsales cabe citar a Teodoro Comneno, déspota del Epiro, y al célebre metropolitano de Atenas Miguel Acominatos. Como no se han publicado todos los escritos de Juan Apocaucos, al

---

[344] *Collection de romans grecs en langue vulgaire et en vers, publicada por S. Lambros (París, 1880). Véase Krumbachcr, p. 855—857. Montelatici.* Storia della letteratura bizantina, p. 191.

[345] *Vasilievski, Epirotica saeculi XIII (Viz. Vrem., San Petcrsburgo, 1896) S. Pétrides, Jean Apokaukos, lettres et autres documents inédits (Publicaciones del Instituto Arqueológico ruso de Constantinopla, t. XIV, 1909). Otros once documentos han sido puiblicados por A. Pappadopulo.*

futuro corresponde determinar de manera más completa y precisa el papel de este hombre como estadista y como autor.

La segunda personalidad eminente de la época del despotado del Epiro fue Jorge Bardanes, metropolitano de Corcyra, quien durante mucho tiempo ha motivado equívocos entre los especialistas. A fines del siglo XVI, el cardenal Baronio, célebre autor de los *Anales Eclesiásticos,* apoyándose en las cartas de Jorge a los emperadores Federico y Manuel Ducas Comneno, situaba la existencia de Bardanes en el siglo XII, viendo en el primer emperador a Federico I Barbarroja y en el segundo a Manuel I Comneno.[346]

Más recientemente, algunos críticos, notando que ciertos escritos polémicos atribuidos a Jorge no podían, por su contenido, ser del siglo XII, dedujeron que había dos Jorges de Corcyra, uno en el siglo XII y otro en el XIII. Este razonamiento erróneo, como pronto veremos— fue admitido por Krumbacher en su *Historia de la literatura bizantina (p. 97, 770),* es decir, en *1897.* Pero ya en *1885* había resuelto este asunto V. G. Vasilievski, demostrando de modo indiscutible que sólo había un Jorge, metropolitano de Corcyra, que vivió en el siglo XIII, debiendo en su correspondencia verse, no a Federico Barbarroja, sino a Federico II, y no a Manuel I Comneno, sino a Manuel, déspota de Tesalónica y hermano del emperador de Tesalónica Teodoro Ducas Ángel, hecho prisionero por los búlgaros. Por tanto Jorge Bardanes perteneció al siglo XIII.[347]

Jorge Bardanes, nacido probablemente en Atenas, fue discípulo y después amigo y corresponsal de Miguel Acominatos, cuyas cartas nos dan numerosas indicaciones sobre la vida de aquél. Pasó algún tiempo en la corte de Nicea y volvió luego a Occidente, donde le ordenó obispo de Corcyra el metropolitano Juan de Naupacta. Teodoro Ángel, déspota del Epiro, le testimonió mucha benevolencia. Poseemos interesantes cartas de Jorge a Miguel Acominatos. Éste aunque apreciando el estilo elegante y bien ordenado de Jorge, le indicaba, sin embargo, en sus epístolas las imperfecciones idiomáticas que en Bardanes advertía, corrigiéndoselas.[348] A más de sus cartas, Jorge escribió obras polémicas contra los latinos y algunos poemas yámbicos.

El célebre prelado y canonista griego de la primera mitad del siglo XII, Demetrio Cómatenos, arzobispo de Ochrida, fue ordenado por Juan de Naupacta y coronó emperador de Tesalónica a Teodoro del Epiro. Ha dejado más de 150 escritos entre cartas que tratan diversas cuestiones jurídicas y religiosas; misivas y respuestas canónicas; sentencias jurídicas, actas de concilio, etc. Estos escritos tienen gran importancia para la historia general del Derecho bizantino y la particular del canónico, y dan interesantes informes sobre la historia de la Iglesia, la vida interior y las relaciones internacionales de la primera mitad del siglo XIII en el Epiro, Albania, Servia, Bulgaria y en los Estados latinos.

Los tres escritores que acabarnos de nombrar fueron los representantes más eminentes del movimiento ideológico en la época del despotado del Epiro y del efímero Imperio de Tesalónica.[349]

El arte bizantino de ese período se caracteriza por los rasgos siguientes: numerosos artistas parten de Constantinopla y Tesalónica para buscar nuevos temas en el poderoso reino servio o para reunirse a los artistas ya establecidos en Venecia. “Hubo —escribe un historiador— una especie de “diáspora” (dispersión) de pintores. Aquellos misioneros del arte bizantino dieron directrices a las escuelas eslavas, cuya plena madurez no empezamos a percibir sino en una época bastante tardía”.[350] De todos modos las tradiciones artísticas no perecieron y el renacimiento artístico de la

[346] *Baronius, Annales Ecclesiastici (BarleDuc, 1869)*

[347] *Vasilievski, La regeneración del patriarcado búlgaro (G. del Min. de Ins. Públ., volumen 238, 1885). En ruso. E. Kurtz, Georgios Bardanis, Metropolit von Kerkyra (Byz. Zeits., t. XV, 1906). Obras más recientes siguen considerando que Bardanes floreció en el siglo XII.*

[348] *Mig. Acom., II, 282—289, y en especial p. 289.*

[349] *Montelatici, en su Storia della letteratura bizantina (Milán, 1916), no menciona a estos tres autores.*

[350] *O. Dalton, East Christian Art (Oxford, 1925). Ver también Diehl, Manuel.*

época de los Paleólogos arrancó, en cierta medida, de las tradiciones y obras de una época precedente, que se conservaron durante el siglo XII.

El movimiento ideológico del período del Imperio de Nicea ocupa importantísimo lugar en la historia de la civilización bizantina. La corte de Nicea fue el centro intelectual que, en medio de las divisiones políticas, las encarnizadas luchas internacionales y los desórdenes internos del Imperio latino, salvó, prosiguió y mantuvo la obra del primer Renacimiento helénico, contemporáneo de los Comnenos, posibilitando el ulterior surgimiento y desarrollo del segundo renacimiento helénico bajo los Paleólogos. Nicea equivale a un puente entre el primero y segundo Renacimientos.

El foco intelectual creado en el siglo XIII en el occidente de la Península balcánica fue el eslabón que enlazó el Oriente cristiano con la Europa occidental en el desenvolvimiento intelectual del siglo XIII. El "prólogo del Renacimiento" que fue el vasto movimiento ideológico sobrevenido en Italia bajo Federico II, no se ha estudiado a fondo todavía, pero sí ha sido advertido por todos. En cambio el progreso intelectual de Nicea en el mismo siglo XIII, y sobre todo el movimiento intelectual del al parecer desolado y abandonado Epiro, no suelen ser tomados en consideración, aunque ya habían empezado a manifestarse algún tiempo antes. Y de hecho esos tres movimientos —niceano, italiano, epirota—se desarrollaron paralelamente, con más o menos intensidad y acaso ejerciendo unos sobre otros una influencia mutua. Hasta un fenómeno tan modesto a primera vista como el impulso espiritual del Epiro en el siglo XIII debe dejar de examinarse en un sentido puramente local, y recibir el lugar que merece en la historia general de la civilización europea en el siglo XIII.

BIBLIOGRAFÍA

A. GARDNER, *The Lascarids of Nicea; the story of an empire in exile* (Londres, 1912).

A. **HEISENBERG,** *Analecta. Mitteilungen aiis italienischen Handschrisften byzantinischer Chronographen* (Munich, 1903).

A. **HEISENBERG,** *Aus der Geschichte und Literatur des Palaiologenzeit* (Munich, 1920).

A. **HEISENBERG,** *Dissertatio de vita et scriptis Nicephori Blemmydae· Nicephori Blemmydae Curriculum vitag et carmina* (Leipzig, 1896).

A. **HEISENBERG,** *Dissertatio de vita scriptoris Georgii Acropolitae en Opera Georgii Acropolitae* (Leipzig, 1903).

A. **HEISENBERG,** *Neue Quellen zur Geschichte des lateinischen Kaisertums und der Kirchenunion.(Munich,* 1923).

A. **HEISENBERG,** *Nikolaos Mesantes. Die Palastrevolution des Johannes Komnenos* (Wurzburgo, 1907).

A. **HEISENBERG,** *Studien zu Georgias Akropolites.* Akademie der Wissenschaften (1899).

BARONESA DIANA DE GULDENCRONE, *L'Achaie féodale. Étude sur le Moyen—.Age en Gréce* (1205—1456). (París, 1886).

E. CHERNUSOV, en los *Ensayos ofrecidos a V. P, Buzeskul* (Jarkov, 1913—1914). En ruso.

E. GERLAND, *Géschichte der Frankhenherrshaft in Griechentand. Geschichte des lateinischen Kaiserreiches von Konstantinopel.*

E. KIRTZ, *Georgius Bardanes, Metropolit von Kerkyra* (1906).

I. **TEIL:** *Geschtchte der Kaiser Balduin I und Heinrich, 1204—1216.* (Hamburgo, 1905.)

J. B. PAPPADOPULOS, *Théodore II Lascaris, empereur de Nicée* (París, 1908). **J. DRASEKE,** *Thedoros Lascaris (Byz. Zeus.,* t. III, 1894).

M. A. ANDREIEVA, *Ensayos sobre la civilización de la corte bizantina en el siglo XIII* (Praga, 1927). En ruso.

M. A. **BELIN,** *Histoire de la latinité de Constantinople* (París, 1894)

M. WELLNHOFFER, *Johannes Apokaukos, Metropolit von Naupaktos in Aetolien (c. 1155—1233). Sein Leben und seine Stellung in Despotate von Epirus unter Micheal Doukas una Theodoros Komnenos* (Freising, 1913).

P. MIEDOVIKOV, *Los emperadores latinos de Constantinopla y sus relaciones con los soberanos griegos independientes y la población local en general* (Moscú, 1849). En ruso.

T. DRINOV, *Algunas obras de Demetrio Comateno como documentos históricos*

(Viz. Vrem., I, 1894).

T. LUCHAIRE, *Innocent III: la Question d'Orient* (París, 1907).

V. BARVINOK, *Niceforo Blemmidas y su obra* (Kiev, 1911). En ruso.

V. G. VASILIEVSKI, *La regeneración del patriarcado búlgaro bajo el zar Juan Asen* (1885). En ruso.

V. NORDEN, *Das Papsttum und Byzanz. Die Trennung der beiden Machie und das Problem ihrer Wiedervereinígung bis zum Untergange des byzantinischen Reiches* (Berlín, 1903).

W. MILLER, *Essays on the Latín Orient* (Cambridge, 1921).

W. MILLER, The *Latins in the Levant. A History of Frankish Greece.* (1204—1566). (Londres, 1908).

Capítulo IX

LA CAÍDA DE BIZANCIO

La época de los Paleólogos: la historia exterior. Situación general del Imperio en la época de los Paleólogos. Insuficiencia de los estudios referentes a esa época. Caracteres de los diferentes emperadores.

"Constantinopla, Acrópolis del Universo, capital del Imperio Romano, que había estado, por la voluntad de Dios, bajo el poder de los latinos, se encontró de nuevo bajo el poder de los romanos, y esto les fue concedido por nuestra mediación". Tales palabras se leen en la autobiografía de Miguel Paleólogo, primer soberano del restaurado Imperio bizantino.

La extensión territorial del Imperio de Miguel era muy inferior a la del Imperio de los Comnenos y Angeles (sobre todo tal como el Imperio fue a partir de la primera Cruzada), sin hablar ya de la época anterior. En 1261 el Imperio comprendía el ángulo noroeste del Asia Menor, buena parte de Tracia y Macedonia, Tesalónica y varias islas del norte del Egeo. El Bósforo y el Helesponto, arterias importantísimas en lo político y lo comercial, se hallaban incluidas en el Imperio restaurado. El despotado del Epiro quedaba bajo la soberanía del Imperio. Al principio de su reinado, Miguel recibió tres fortalezas francas en el Peloponeso, como rescate de Guillermo de Villehardouin, príncipe de Acaya, capturado por los griegos en la batalla de Castoria. Esas fortalezas eran Monemvasia (Malvasía), en el litoral oriental, el castillo de Mistra, y Maina, erigida por los francos en el monte Taigeto para reprimir a las tribus eslavas que moraban en los contornos. Estas fortalezas se convirtieron en bases estratégicas desde las que los emperadores bizantinos lucharon con éxito contra los duques francos.

Pero aquellos restos del antiguo Imperio griego se hallaban amenazados desde todas partes por pueblos poderosos en lo económico o lo político, como eran, al este del Asia Menor, los turcos; los servios y búlgaros al norte, en los Balcanes; los venecianos que ocupaban parte del Archipiélago; los genoveses, dueños de algunos puntos del mar Negro, y los caballeros latinos, señores del Peloponeso y de parte del centro de Grecia. Miguel no logró tampoco reunir todos los centros griegos, ya que Trebisonda seguía llevando una existencia separada y sus emperadores habían logrado dominar las posesiones bizantinas de Crimea, es decir, el tema del Quersoneso o Kerson, con las regiones vecinas, a menudo denominadas "Klimata góticas". El despotado del Epiro sólo dependía de los emperadores hasta cierto punto. No obstante, bajo Miguel Paleólogo fue cuando alcanzó el Imperio su mayor extensión durante el último período de su existencia. Pero los límites de entonces sólo se conservaron mientras vivió Miguel, por lo que el profesor T. Fiorinski puede decir que dicho emperador fue, a la vez "el primero y el último soberano potente de la Bizancio restaurada". De todos modos, el Imperio del primer Paleólogo se presenta a un gran bizantinista contemporáneo como "un cuerpo débil, enflaquecido y mísero, con una cabeza enorme: Constantinopla".

La capital, no repuesta aún del pillaje de 1204, estaba, al pasar a manos de Miguel, en un estado de gran decadencia y ruina. Los más ricos y hermosos edificios habían sido saqueados. El palacio de las Blaquernas, residencia imperial desde tiempos de los Comnenos y cuyas ricas decoraciones y mosaicos pasmaban a los extranjeros, estaba inhabitable y en pleno abandono, hallándose, en el interior, según una fuente griega, "ahumado por el humo y vapor del carbón italiano"[351] empleado por los emperadores latinos en sus fiestas.

[351] *Jorge Paquimeres, De Michaele Palaeologo, II, 31 (ed. Bonn, I).*

Aunque el Imperio de los Paleólogos siguió siendo uno de los centros principales de la civilización del mundo, Constantinopla cesó de ser uno de los centros de la política europea. "Tras la restauración de los Paleólogos, el Imperio tiene casi exclusivamente la importancia de un reino griego medieval, continuación, en el fondo, del de Nicea, aunque otra vez instalado en las Blanquernas y revestido de las formas caducas del antiguo poderío bizantino".[352] En torno a ese organismo envejecido crecían y se afirmaban pueblos más jóvenes, sobre todo los servios de Esteban Dushan y los turcos osmanlíes. Las repúblicas mercantiles italianas, Génova y Venecia, y en especial la primera, monopolizaban el comercio del Imperio y reducían a éste a una franca dependencia económica y hacendística. Se planteaba, pues, el problema de saber qué pueblo concluiría con el Imperio cristiano de Oriente, apoderándose de Constantinopla y dominando la Península balcánica. La historia del siglo XIV desenlazó este problema en favor de los turcos.

Pero si la vida exterior de la Bizancio de los Paleólogos fue de trascendencia secundaria, su vida interior tuvo importancia grande. En la época de los Paleólogos asistimos al renacimiento del patriotismo entre la población griega, que vuelve sus miradas a la Antigüedad helénica clásica. Oficialmente los emperadores seguían titulándose de ordinario "basileos de los romanos", hombres eminentes de la época persuadieron al basileo de que asumiese el nuevo título de "emperador de los helenos". Se comprendía que el antiguo Imperio, vasto y heterogéneo, se convertía en Estado modesto por su extensión territorial y griego por su composición. En esta manifestación de patriotismo helénico e inclinación al pasado glorioso de los helenos puede verse, con algún fundamento, uno de los principios que debían producir, en el siglo XX, el resurgimiento de la Grecia moderna.

La época de los Paleólogos, a causa de la extraordinaria mezcla, en el seno del Imperio, de los elementos occidentales y orientales, se señaló por un gran florecimiento de la vida artística e intelectual, lo que en principio puede parecer insólito, atendidas las casi incesantes turbulencias interiores y la situación exterior, desesperada a veces. Y, sin embargo, Bizancio tuvo en ese período muchos sabios, hombres cultos y escritores de talento, en ocasiones muy originales en los diversos dominios de las Letras. Monumentos artísticos como los mosaicos de la mezquita de Kahrié Dyami (iglesia bizantina de Gora), Mistra, en el Peloponeso, y las iglesias del Athos, permiten apreciar la importancia de la actividad artística bajo los Paleólogos. Se ha comparado con frecuencia el impulso artístico de esta época al pre—Renacimiento artístico de la Europa occidental, es decir, al primer período del Humanismo italiano. Trataremos con más detalles de estos fenómenos relacionados con las esferas de la literatura y el arte, y de las principales cuestiones planteadas al respecto por la ciencia, en el capítulo dedicado a la civilización bizantina de la época de los Paleólogos.

Esta época es una de las menos estudiadas de la historia bizantina. Ello se debe en parte a la extrema complejidad de su historia exterior, y sobre todo interior, y en parte a la abundancia y diversidad de las fuentes, la mayoría de ellas no editadas aún y yacentes entre los tesoros manuscritos de las bibliotecas occidentales y orientales. La ciencia no posee aún ni una sola monografía completa a propósito de cualquiera de los Paleólogos, es decir, un estudio que abarque todos los aspectos del reinado de tal o cual monarca de esa dinastía. Los estudios monográficos aparecidos hasta hoy sobre tal época sólo tienden a esclarecer, de ordinario, algún aspecto de la actividad de determinados emperadores. Sólo hallamos como la excepción la corta, pero completa, monografía dedicada en 1926 por C. Chapman a Miguel Paleólogo.

La dinastía de los Paleólogos descendía de una conocida familia griega que había dado a Bizancio, desde tiempos de los Comnenos, varios hombres enérgicos e inteligentes, sobre todo en el sentido militar. Aquella familia, en el transcurso de los años, había emparentado con las familias imperiales de los Comnenos, los Ducas y los Angeles. Por ello los primeros Paleólogos —Miguel VIII siempre, Andrónico II a veces— firmaban los documentos con sus cuatro nombres de familia:

---

[352] *B. A. Pachenko, La Constantinopla Latina y el Papa Inocencio III (Anales de la Sociedad Historicofilológica de la Universidad Novorosya (Odesa, 1914), t. XXI, p. i. Tirada aparte (en ruso).*

por ejemplo, Miguel Ducas Ángel Comneno Paleólogo. Más adelante los emperadores firmaron "Paleólogo" a secas. [353]

Los Paleólogos ocuparon el trono bizantino durante 192 años (1361—1453), siendo, pues, la dinastía más duradera de toda la historia bizantina. El primer Paleólogo que ascendió al trono de un Imperio quebrantado y disminuido, es decir, el astuto y cruel Miguel VIII (1261—1282), era diplomático hábil y talentoso y acertó a salvar al Imperio del terrible peligro que le amenazaba por Occidente, en forma del reino de las Dos Sicilias. Miguel transmitió el trono a su hijo Andrónico II el Viejo (1282—1328). De este dice el inglés Miller: "La naturaleza le había destinado a ser profesor de teología; el azar le llevó al trono bizantino". Andrónico II se casó dos veces: primero con Ana, hija del rey húngaro Esteban V, y después con Yolanda (Violante)—Irene, hermana del marqués de Monferrato, a la muerte del cual ella heredó el marquesado.

No pudiendo aceptarlo, como emperatriz bizantina que era, lo legó a uno de sus hijos, quien fundó en los dominios de Monferrato una dinastía de Paleólogos que se extinguió en la primera mitad del siglo XVI.

En 1294, Andrónico asocióse a su hijo Miguel, habido con su primera esposa. Miguel murió en 1320, esto es, antes que su padre, no obstante lo cual los historiadores le dan a menudo el nombre de Miguel IX. Se entablaron negociaciones tendentes al matrimonio de Miguel con Catalina de Courtenay, hija del emperador titular de Romanía, es decir, del antiguo Imperio latino, mas, aunque el Papa siguió con interés este proyecto, Miguel, al cabo, casó con la princesa armenia Xenia—María.

Andrónico, hijo de Miguel y nieto de Andrónico II, fue durante mucho tiempo predilecto de su abuelo. Pero el carácter ligero del joven Andrónico le inclinó en exceso a las aventuras amorosas, una de las cuales concluyó con la muerte de su hermano y llevó a Miguel IX a una muerte prematura. Esto hizo cambiar en absoluto los sentimientos de Andrónico II respecto a su nieto. Siguióse una lucha entre ambos. Se formó contra Andrónico el Viejo un fuerte partido de oposición, donde desempeñó papel primordial Juan Cantacuzeno, tan célebre después. La lucha civil concluyó en ventaja de Andrónico el Joven, quien en 1328 tomó Constantinopla por sorpresa y forzó a su abuelo a abdicar. El emperador depuesto, cuyo largo reinado había constituido una etapa de decadencia para Bizancio, acabó sus días como monje en un convento (1332).

Bajo Andrónico el Joven (1328—1341) los asuntos públicos fueron principalmente dirigidos por Juan Cantacuzeno, antiguo jefe del partido de oposición, y a cuyas manos pasaron el gobierno interior del Estado y los negocios extranjeros. El nuevo emperador seguía entregado al placer, como hasta entonces, y no tenía disposición alguna para las cuestiones de gobierno, a pesar de lo cual participó personalmente en las numerosas guerras sostenidas durante su reinado. De todos modos, Cantacuzeno no se sentía satisfecho con su preponderante situación política y tendía a obtener todo el poder o al menos una regencia que lo equivaliese. Esta idea fija fue el hilo que guió su política durante los 13 años del reinado de Andrónico. La madre de Andrónico y la segunda esposa de éste, Ana de Saboya,[354] se mostraron hostiles a la influencia de Cantacuzeno. Mas Cantacuzeno, merced a sus intrigas, mantuvo su preponderancia hasta la muerte de Andrónico.

Al morir Andrónico III en 1341, su hijo mayor, el emperador Juan V (1341—1391), contaba apenas once años. En torno al emperador entablóse una guerra civil larga y agotadora para el ya decaído Estado. En aquella lucha por el poder, Juan Cantacuzeno desempeñó de nuevo el papel principal. Formóse contra Cantacuzeno un potente partido, que incluía a la viuda del emperador difunto, Ana de Saboya, nombrada regente; a Alejo Apocaucos, hombre ávido y ambicioso, antiguo protegido de Cantacuzeno; al patriarca y a otras personalidades. Esa lucha civil se caracterizó por la

---

[353] P. Iakovenko, Estudios sobre las cartas bizantinas. Las cartas del nuevo monasterio de la isla de Quio (Yuriev, 1917), p. 78—80 (en ruso). Véase también Heisenberg, Aus der Geschichte und Literatur der Palaiologenzeit (Munich, 1920), p. 26 (Andrónico II figura con dos nombres de familia) y lamina III (Andrónico II Paleólogo)

[354] El primer matrimonio de Andrónico III con la princesa alemana Irene sido estéril.

parte que en ella desempeñaron, ora en pro de un bando, ora de otro, los pueblos extranjeros, que trataban de alcanzar fines políticos particulares. Esos pueblos fueron los servios, los búlgaros, los turcos selyúcídas y los osmanlíes. A los pocos meses de la muerte de Andrónico III, Cantacuzeno se proclamó emperador en una ciudad de Tracia, con el nombre de Juan VI. Y a corto tiempo se celebraba solemnemente en Constantinopla la coronación de Juan V Paleólogo. Hubo, pues, dos emperadores simultáneos. Cantacuzeno, apoyado por los turcos (incluso llegó a casar su hija con un sultán otomano), logró ventaja. Apocaucos, su rival más temible, fue muerto en Constantinopla. El patriarca de Jerusalén coronó emperador a Cantacuzeno en Adrianópolis, poniéndole en la cabeza una corona de oro. Tras esto, la capital le abrió sus puertas. Ana de Saboya tuvo que ceder, y Juan Cantacuzeno fue reconocido emperador e igual a Juan V Paleólogo. Se celebró una nueva coronación de Cantacuzeno (1347). Su hija Elena casó con el joven Paleólogo. Así se realizaban los ambiciosos proyectos del antiguo ministro.

El mismo año (1347) en que Constantinopla abría sus puertas a Cantacuzeno, llegaba al poder en Roma, si bien por breve espacio, el tribuno Coladi Rienzí, hombre soñador, fascinado por los recuerdos gloriosos de la antigua República romana. Cantacuzeno le envió una embajada con una carta de salutación.

El borrascoso reinado de Cantacuzeno, en cuyo curso Juan Paleólogo fue relegado a segundo plano, resultó importantísimo en el sentido de la política exterior. La política personal de Cantacuzeno se centró en un esfuerzo enérgico y continuo para eliminar a los Paleólogos por completo. Juan VI proclamó emperador asociado a su hijo, le declaró heredero y prohibió que en los templos y ceremonias públicas se nombrara a Juan Paleólogo. Pero la influencia de Cantacuzeno sobre los bizantinos disminuía de vez en vez, y la instalación de los turcos en Europa asestó un golpe mortal a su prestigio. Ayudado por los genoveses, Juan Paleólogo entró en Constantinopla, en 1354. Cantacuzeno, forzado a abdicar, hízose monje con el nombre de Joasaf y pasó la última parte de su vida ocupado en redactar sus interesantes *Memorias,* de las que hablaremos después.[355] En uno de los manuscritos griegos de la Biblioteca Nacional de París se conservan dos curiosas miniaturas que representan a Cantacuzeno. En la segunda se le ve revestido con el atuendo imperial al lado de su propia imagen con ropas monásticas. Su hijo abdicó a la vez que él.

Juan V Paleólogo, al convertirse en único emperador, halló una herencia miserable. Florinski dice: "Una cuantas islas y una provincia (Tracia) arruinada y despoblada y en un punto de la cual, muy cerca de la capital, había un centro de rapaces genoveses, mientras al otro lado se elevaba el potente coloso turco: tal era el Imperio que Juan debía gobernar".[356]

Además, las desventuras de Juan V no habían terminado. Querellóse con su hijo mayor Andrónico, y éste en 1376 depuso a su padre, coronándose con el nombre de Andrónico IV (1376—1379) y asociando al poder a su hijo Juan. El anciano emperador Juan V y su hijo Manuel, futuro emperador, fueron encerrados en una prisión. Pero en 1379 Juan V logró fugarse y, ayudado por los turcos, recobró el trono. Andrónico y su padre llegaron a un pacto que duró hasta la muerte del primero (1385), tras lo cual Juan V, prescindiendo de los derechos de su nieto Juan, asoció al trono a su hijo Manuel. Hacia finales del reinado de Juan V, su hijo Juan se levantó contra él, apoderándose de Constantinopla en 1390 y reinando unos pocos meses (Juan VII).

Recientes documentos de los archivos venecianos permiten afirmar casi con certeza que la rebelión de 1390 fue organizada por el sultán Bayaceto (Bayazid). El Senado veneciano, bien informado, como siempre, de la situación de Constantinopla, consideró posible la exaltación de Bayaceto al trono bizantino. En las instrucciones de los embajadores enviados por Venecia a

---

[355] *Cantacuzeno murió en 1383.*

[356] *Galata y su arrabal de Pera, al otro lado del Cuerno de Oro, fueron cedidos por Miguel Paleólogo a los genoveses, en recompensa por la ayuda que le prestaran para echar de Bizancio a los latinos. Bajo Andrónico (1303) obtuvieron autorización para circundar la ciudad, que se había extendido mucho en el interior, con un muro que en 1341 —al subir Juan V al trono— era una verdadera fortaleza. Vid. Djelal Essad, Constantinople. De Byzance a Stamboul. (París, 1909), p. 49. (N. del R.)*

Constantinopla en 1390 leemos: "Si halláis al hijo de Murad (Bayaceto) en Constantinopla, procurad obtener que levante el embargo de los navios venecianos". Merced a la actividad de Manuel, Juan V fue restablecido en el trono. A principios de 1391, Juan V murió tras un largo y turbulento reinado. Manuel II (13911425) le sucedió.

Poco antes de ascender al trono el nuevo emperador había casado con una eslava hija de Constantino Dragases, un soberano del norte de Macedonia.[357]

Esta mujer dio a Manuel seis hijos, dos de los cuales, Juan VIII y Constantino XI, fueron los últimos emperadores bizantinos. Este último aparece mencionado a menudo con el nombre eslavo de su abuelo materno *Dragosh* (Draoasés). Los dos últimos Paleólogos fueron, pues, medio eslavos. Nos han llegado dos retratos de Elena, la esposa de Manuel: uno está grabado sobre una miniatura de un valioso manuscrito griego del Museo del Louvre. En esa miniatura se ven a Manuel, a su esposa y a tres de sus hijos coronados por la Virgen María. Dicho manuscrito, una de las joyas del Museo del Louvre, contiene las obras de San Dionisio el Areopagita y fue enviado a París por Manuel, a guisa de regalo.[358] El otro retrato de Elena se ha conservado en un sello de plomo *o molibdobullon.*

Manuel, hombre noble, culto, de gran talento literario, comprendió desde su juventud la terrible situación del Imperio y las dificultades de la herencia que le había de corresponder. Habiendo recibido de su padre el gobierno de la ciudad de Tesalónica, púsose de acuerdo con los moradores de una ciudad macedonia ocupada por las tropas del sultán Murad, para pasar a cuchillo a la guarnición y librar a la ciudad del yugo turco. El sultán, descubriéndolo, resolvió castigar severamente al gobernador de Tesalónica. Impotente para resistir, Manuel, tras una tentativa infructuosa de hallar asilo junto a su amedrentado padre, se dirigió resueltamente a la residencia de Murad y le manifestó que deploraba lo que había fraguado. "El infiel, pero sabio sultán —dice una fuente— recibió con condescendencia a su visitante, pasó con él algunos días, le dio antes de separarse provisiones para el camino y ricos regalos, y le envió a su padre con una carta en la que pedía que perdonase lo que su hijo había hecho por ignorancia". Según la misma fuente, Murad, en su discurso de despedida, dijo a Manuel: "Gobierna en paz lo que te pertenece y no busques lo ajeno. Si algún día necesitas dinero u otra ayuda, yo celebraré atender tu demanda".

Más tarde, Bayaceto, sucesor de Murad, exigió a Juan V que le enviase, a más del tributo convenido, un destacamento de auxiliares griegos y a su hijo Manuel. Manuel hubo de someterse a tales exigencias y cooperar con los turcos en las incursiones de éstos en el Asia Menor. En las cartas de Manuel fechadas en esa época se reflejan la humillación que sufría, su absoluta impotencia para liberarse y las muchas privaciones de la campaña. Tras describir la insuficiencia de aprovisionamiento, el frío, la fatiga, las dificultades padecidas en el cruce de montañas "donde ni las bestias salvajes podrían hallar sustento", Manuel hace una trágica observación: "Todo eso lo sufrimos en común con el ejército, pero lo insoportable para nosotros es que combatimos con ellos y por ellos, y eso significa un aumento de sus fuerzas y una disminución de las nuestras".

En otra carta dice, respecto a las ciudades arruinadas que halló en su campaña: "A mis preguntas sobre el nombre de las ciudades, mis interlocutores respondieron: Así como nosotros las hemos destruido, el tiempo ha destruido su nombre". Y acometióme gran tristeza; pero me entristezco en silencio y tengo aún la fuerza de contener mis sentimientos. En tales condiciones de humillación y servilismo respecto a los turcos vivió Manuel antes de llegar al trono.

---

[357] *Véase el cuadro genealógico en C. Jirecek, Die Wittwe und die Sohne des Despoten Esau von Epirus (Byz. Neugr. Jahr., t. I, 1920). Los últimos años de su vida Elena se refugió en un convento, tomando el nombre monástico de Hipomena. Varios historiadores llaman Irene, y no Elena, a la madre de Constantino XI, ultimo emperador bizantino.*

[358] *Esia miniatura ha sido reproducida muy a menudo. Catálogo ilustrado de la colección de retratos de los emperadores de Bizancio (Atenas, 1911), p. 53. G. Schlumberger, Byzance et les Croisades (París, 1927), páginas 146—147, lámin. IV. En el manuscrito, p. 145*

La nobleza de su carácter mostróse sobre todo al rescatar a Juan, su padre, del poder de los venecianos. Queriendo el emperador volver de Italia —durante un viaje de que hablaremos después— los gobernantes de Venecia le retuvieron en la ciudad con el pretexto de no haber pagado la deuda contraída con ellos. Mientras Andrónico, hijo mayor de Juan y gobernante del Imperio en su ausencia, mostróse sordo a las súplicas paternas, Manuel, reuniendo a toda prisa la suma requerida, dirigióse a Venecia y rescato a su padre de tan vergonzoso cautiverio.

Después de un reinado largo y difícil, Manuel, en los últimos años de su vida, pasó a su hijo Juan la dirección de los asuntos públicos y consagró todo su tiempo al estudio de la Santa Escritura. A poco sufrió un ataque de apoplejía y dos días antes de su muerte hízose tonsurar y tomó el nombre de Matías o Mateo.

Juan VIII, hijo y sucesor de Manuel, reinó de 1425 a 1448. El nuevo emperador se casó tres veces, cada vez con una mujer de nacionalidad distinta. Su primera esposa fue la joven princesa rusa Ana, hija del gran príncipe de Moscovia, Basilio I. Ana, después de tres años de matrimonio, en cuyo tiempo se granjeó el cariño de los moradores de la capital, murió en una epidemia de peste. La segunda esposa de Juan fue la italiana Sofía de Monferrato, mujer de grandes cualidades morales, pero cuya mucha fealdad inspiraba aversión al marido. El historiador bizantino Ducas, tras describir el aspecto de Sofía, cita un proverbio popular de su época: "Por delante se parece a Cuaresma, y por detrás a Pascuas". No pudiendo soportar su humillante situación en la corte, Sofía, ayudada por los genoveses de Gálata huyó a Italia, con gran contento de su esposo, y allí concluyó sus días en un convento. María, tercera esposa de Juan, y princesa da la familia de los Comnenos de Trebisonda, fue "tan estimable por su belleza como por sus virtudes". La gracia de aquella encantadora mujer ha sido descrita por el mismo historiador bizantino y por un peregrino francés de paso en Constantinopla, camino de los Santos Lugares, y a quien transportó de admiración la belleza de la basilisia cuando la vio salir de Santa Sofía.[359] María ejerció hasta su muerte gran influjo sobre el emperador. Murió antes que Juan. Aun hoy se conserva en una isla del archipiélago de los Príncipes, cerca de Constantinopla, una capillita erigida en honor de la Virgen por orden de la bella princesa de Trebisonda.[360]

Juan VIII no tuvo hijos de ninguna de sus tres esposas. Al morir en el otoño de 1448, planteóse la cuestión sucesoria. La emperatriz viuda (esposa de Manuel II, y que vivía aún), los hermanos del emperador difunto y los magistrados superiores de Constantinopla fijaron su elección en Constantino, hermano de Juan VIII y que con posterioridad se transformó en déspota de Morea. Se hizo saber la elección al sultán, quien la aprobó. Entonces envióse a Morea una diputación para informarle de su exaltación al quebrantado trono de un Imperio antaño tan grande. A principios de 1449, en Mistra (la Esparta medieval), fue coronado posteriormente emperador bizantino, quien a poco llegó, en naves catalanas, a Constantinopla, siendo fervorosamente recibido por el pueblo. Las dos esposas de Constantino, descendientes ambas de familias latinas que se habían establecido en el Oriente cristiano —la primera pertenecía a la familia Tocco, la otra a una célebre dinastía genovesa de la isla de Lesbos, los Gattilusio—, murieron antes de la proclamación de Constantino. Se generaron negociaciones en Venecia, Portugal, Trebisonda e Iberia (Georgia) para elegir tercera esposa al nuevo emperador, pero no dieron resultado esperado. La caída de Constantinopla y la muerte de Constantino detuvieron sus proyectos matrimoniales. Su íntimo amigo Jorge Phrantzes, diplomático e historiador de la época de los Paleólogos, nos ha dejado en su historia un curioso relato de la misión llevada a cabo en Trebisonda e Iberia para hallar esposa para el emperador.

---

[359] *Le voyage d'Oultremer de Bertrandon de la Broquiére, publicado y anotado por C. Scheier (París, 1893), p. 155 (Recueíl de voyages et de documents pour servir a l'histoire de la géographie, t. XII)*

[360] *En el vasto patio central del monasterio de la Theotokos, en la isla de Halki, famoso en todo el mundo griego. El prestigio de la capillita fue tanto que el monasterio, dedicado originariamente al Bautista, patriarca del emperador, acabó por tomar la advocación de aquélla.*

Diehl observa que, a pesar de tantos casamientos entre emperadores bizantinos y princesas occidentales, el último emperador, en la hora suprema del Imperio, dirigió sus miradas al Oriente, que comprendía mejor, cuando trató de buscar esposa.

Constantino XI murió en mayo de 1453, al ser tomada Constantinopla por los turcos. Y a la monarquía oriental cristiana substituyó entonces la fuerte potencia militar de los turcos osmanlíes.

De los hermanos sobrevivientes de Constantino, el uno, Demetrio Paleólogo, fue hecho prisionero por Mohamed II, quien casó con su hija. Murió en Adrianópolis, donde se había hecho monje con el nombre de David. Otro, Tomás, murió en Italia, donde soñaba en una Cruzada contra los turcos. El Papa atendió las necesidades materiales de Tomás mientras éste vivió. Su hijo Andrés, convertido al catolicismo, fue entonces el único miembro legítimo de la dinastía de los Paleólogos con derechos al trono bizantino. Según un curioso documento que poseemos, Andrés Paleólogo transmitió sus derechos sobre los Imperios de Bizancio y Trebisonda al rey francés Carlos VIII. Al emprender éste, a fines del siglo XV una expedición contra Nápoles, la consideraba sólo como un preludio de la conquista ulterior de Constantinopla y Jerusalén. De modo que a fines del siglo XV se pensaba todavía en Cruzadas. Pero el acta de transmisión de los derechos de Andrés Paleólogo a Carlos VIII debió de quedar en mero proyecto, puesto que el propio Andrés transmitió más tarde sus derechos sobre el trono bizantino a Fernando e Isabel de España.[361]

Zoé, hija de Tomás Paleólogo y hermana de Andrés, se casó con el gran príncipe de la lejana Moscovia, Iván (Juan) III, siendo conocida en las fuentes rusas con el nombre de Sofía Paleóloga ("Sophia Palaeologina"), "La princesa —dice Klutchevski— transmitió sus derechos de heredera de la proscrita casa de Bizancio a Moscú, como a un nuevo Zargrad, y compartió esos derechos con su esposo". [362]

Moscú empezó a ser comparada a la "Roma de las siete colinas" y a recibir el calificativo de "Tercera Roma". El gran príncipe de Moscú convirtióse en "Zar de toda la ortodoxia" y Moscú en "la nueva ciudad de Constantino".[363] El monje Filoteo, escritor ruso de principios del siglo XVI, dice: "Dos Romas han caído; la tercera está en pie; una cuarta no nacerá". [364]El Papa invitó al sucesor de Iván III a hacer valer sus derechos sobre su "patrimonio de Constantinopla".[365]

De este modo, la caída del Imperio bizantino y el enlace de Juan III con Sofía Paleóloga fueron el origen de la cuestión de los derechos de los soberanos de Moscovia, representantes y protectores de la ortodoxia oriental, al trono de los basileos bizantinos, caído en manos de los turcos osmanlíes.

Política occidental de Miguel VIII. El reino de las Dos Sicilias. Relaciones con Génova y Venecia. Las Vísperas Sicilianas y su significación para Bizancio.

La clave de toda la política exterior de Miguel VIII es su actitud ante el reino de las Dos Sicilias. Con arreglo a esta actitud se desarrollaron sus relaciones en Génova, Venecia y la curia pontificia. Su política occidental informó también sus acuerdos con los turcos en Oriente.

Ya vimos que, a fines del siglo XII, Enrique IV de Hohenstaufen, hijo de Federico Barbarroja, había, consecuencia de su matrimonio con la princesa normanda Constancia, heredera del Estado

---

[361] *Ver A. A. Vasiliev, La cesión a Carlos VIII de los derechos de Andrés Paleólogo al trono de Bizancio, en las "Memorias presentadas a N. I. Kareiev" (San Petersburgo, 1914), p. 273—274. El texto del documento se halla en Foncemagne, en las Mémoires de l'Academie des Inscriptions et Belles—lettres, t. XVII (París, 1751), p. 772—777 (trad. rusa de A. Vasiliev, ob. cit., p. 275—278).*

[362] *Kluchevski, Historia de Rusia, I. II, p. 150 (en ruso). Traducción inglesa de C. J. Hogarth (LondresNueva York, 1912), t. II, p. 19.*

[363] *Ver H. Schaeder, Moskau das Dritte Rom. Studien zur Geschichte der Poliischen Theorien in der slavischen Welt (Hamburgo, 1929), p. 36—37. El autor conoce perfectamente las fuentes rusas.*

[364] *Ver V. Malinin, El viejo monje del monasterio de Eleazar, Filoteo, y sus cartas (Kiev, 1901). Apéndices, p. 42, 45 (en ruso).*

[365] *Ver, por ejemplo, P. Pierling, La Russie et le Saint—Siége (París, 1896), t. I, p. 221—539.*

normando de Sicilia e Italia del sur, logrado adquirir el reino de las Dos Sicilias, continuando la política agresiva de sus predecesores respecto a Bizancio. La unión del reino de las Dos Sicilias con Alemania duró hasta 1250, fecha de la muerte de Federico II Hohenstaufen, a raíz de la cual el trono siciliano fue ocupado por Manfredo, hijo natural de Federico, mientras Conrado IV, hijo legítimo del emperador, ascendía al trono imperial por un breve período. Manfredo no sólo se cuidó de los intereses materiales de su reino, sino también de los espirituales, y bajo él Sicilia gozó de paz. Su corte era la más brillante de la época; los soberanos extranjeros mostraban estima a Manfredo y el último emperador latino, Balduino II, le pidió socorro para recobrar Constantinopla. Ante Bizancio, Manfredo siguió la política de sus predecesores, y ello debió lógicamente de inquietar a Miguel VIII, siempre temeroso de una eventual restauración latina en Constantinopla. Además de los pedidos de ayuda que formulaba Balduino, el podestá de los genoveses de Constantinopla (quienes, como sabemos, gozaban entonces en Bizancio de excepcionales privilegios mercantiles) entró en tratos con Manfredo, proponiéndole un plan para ocupar Constantinopla por sorpresa, restaurando el gobierno latino. Al saberlo, Miguel VIII expulsó de la capital a los genoveses y entabló negociaciones con Venecia, la cual recuperó sus antiguos privilegios comerciales en el Imperio, comprometiéndose a pelear al lado de los griegos si éstos eran atacados por Génova.

Pero Manfredo no pudo realizar ninguno de sus proyectos, porque cayó en su lucha con el Papado. El Papa, viendo debilitada a la muerte de Federico II la fuerza de los Hohenstaufen, enemigos irreconciliables de los Pontífices, decidió darles el golpe final. El ejecutor de los propósitos pontificios fue Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, San Luis. Al invitar a Carlos a ocupar Sicilia, el Papa no sólo pensaba en la eliminación de los Hohenstaufen, sino también en la ayuda que Carlos prestaría a la restauración del Imperio latino de Oriente. En 1265, el Papa Clemente IV expresaba la esperanza de que, con el apoyo de Carlos, la situación del Imperio se restablecería. Al aceptar la oferta papal, Carlos de Anjou abrió la era de las "guerras francesas de Italia", tan nefastas para los intereses vitales de Francia, la cual había, durante varios siglos, de dilapidar en Italia sus recursos y energías en vez de concentrar su atención en las regiones del norte y el este, como los Países Bajos y valle del Rin.

Pocas figuras han sido pintadas por los historiadores con colores tan sombríos como la de Carlos de Anjou, y acaso sin mucho fundamento. Obras recientes han destruido la leyenda que le hace un verdadero tirano, "ávido, astuto y ruin, siempre presto a ahogar en sangre la menor resistencia".[366] Parece que al dirigirse a Carlos los papas no tuvieron en cuenta su carácter y olvidaron que aquel hombre enérgico, severo a veces hasta la crueldad, no exento de cierta jovialidad de carácter, apasionado de los torneos, amigo de la poesía, el arte y la ciencia, no estaba resuelto a ser un instrumento del Papado, que le había llamado a Italia.

Con las tropas que había llevado a Italia, Carlos aplastó a Manfredo cerca de Benevento (1266). Manfredo cayó. Sicilia y Nápoles pasaron a manos francesas y Carlos de Anjou fue proclamado rey de las Dos Sicilias. Miles de franceses se trasladaron a las nuevas posesiones de Carlos, donde las condiciones de vida eran excelentes.[367]

La política de Carlos respecto a Bizancio no tardó en desvelarse. En presencia y de acuerdo con el Papa, concluyó en Viterbo, no lejos de Roma, un tratado con el emperador latino Balduino II. Por aquel convenio, Balduino cedía a Carlos sus derechos al poder supremo sobre todas las posesiones francas en el antiguo Imperio latino, reservándose tan sólo Constantinopla y algunas islas del Archipiélago. Para ocupar éstas, Carlos prestaría socorro a Balduino. De tal modo renacían íntegramente las pretensiones normandas sobre Bizancio a través de la denominada dinastía francesa del reino de las Dos Sicilias. Miguel, comprendiendo la gravedad e inminencia del peligro, recurrió a una serie de hábiles maniobras diplomáticas. Negociando con el Papa la unión de las

[366] *Jordán, Origines de la domination angevine en Italie (París, 1909), p. 410, 414—415.*

[367] *Véase la entusiasta descripción que del reino italiano hace Carlos en F. Carabellese, Carlo d'Angio nei rapporti policiti e commerciali. con Venezia yOriente (Barí, 1911), página XXVIII—XXX (obra póstuma)*

Iglesias, Miguel le apartó de Carlos y le inclinó a seguir con Bizancio una política conciliadora. Además Miguel resolvió entenderse de nuevo con los genoveses, a quienes expulsara de la capital cuando supo su propósito de entregarla a los latinos. Los genoveses fueron autorizados a volver a Constantinopla, donde se les reservó un barrio, no en el casco de la ciudad, sino en el arrabal de Gálata, al otro lado del Cuerno de Oro. Los genoveses recuperaron todos sus antiguos privilegios mercantiles, ensancharon su influjo y relegaron a segundo término a los venecianos, sus rivales. Un genovés de la familia Zacearía, que recibió del emperador el derecho de beneficiar unos yacimientos de alumbre en las montañas de Asia Menor vecinas a Focia (en italiano Fogía o Foglia), a la entrada del golfo de Esmirna, ganó una fortuna colosal.[368] El resultado de todo esto fue que, bajo los Paleólogos, Génova ocupó en todo el Oriente bizantino el lugar de Venecia.

Entre tanto, Carlos de Anjou, apoderándose de Corfú, iniciaba ya su plan de conquista contra Bizancio. Miguel VIII, para obtener más éxito en su política de conciliación con el Papa, y esperando influir, por poco que fuere, en la política ofensiva de Carlos, dirigióse a San Luis, hermano de Carlos, rey de Francia y el monarca más piadoso, justo y estimado de la época. Poco antes de la demanda de Miguel, Inglaterra había solicitado de Luis que sirviese" de arbitro en las diferencias internas británicas. Las circunstancias daban a Luis IX otra vez un papel análogo. Miguel VIII donó a Luis un Nuevo Testamento iluminado. A la par —finales de la séptima década del siglo— llegaban a Francia enviados bizantinos "con miras a la unión de las Iglesias griega y romana". Miguel propuso también al rey de Francia "que reglase, como arbitro, las condiciones de la unión de ambas Iglesias, asegurándole de antemano su entera adhesión". [369]

Al principio San Luis no había aprobado la decisión de su hermano Carlos respecto a conquistar la Italia meridional, pero más tarde aceptó el hecho consumado, probablemente porque se le convenció de la utilidad del Estado franco—siciliano para la futura Cruzada. Igualmente se había mostrado desfavorable a los propósitos agresivos de Carlos contra Bizancio, pensando que, si el grueso de las fuerzas de Carlos se dirigía contra Constantinopla, no podrían participar en la Cruzada que soñaba Luis. La petición de Miguel de que Luis fuese arbitro de la unión de las Iglesias, y la promesa imperial de someterse al juicio del rey francés, hicieron que éste, ferviente católico, se pusiera de parte de Bizancio.

No era fácil que una presión de Luis influyera en el humor belicoso de su hermano Carlos hasta el punto de forzarle a renunciar a sus planes de conquista del Imperio. Pero la segunda Cruzada de Luis a Túnez retardó algún tiempo la ofensiva de Carlos contra Bizancio, ya que aquella Cruzada, afectaba a los intereses de Carlos en Occidente. En esta obra no podemos sino limitarnos a indicar la cuestión de la actitud de Carlos respecto a esta expedición, cuestión sobre la cual han emitido los sabios diversos criterios.[370] Como quiera que fuese, la muerte repentina de Luis IX en Túnez (1270) deshizo las esperanzas que Miguel fundara en su apoyo. Los enviados bizantinos llegados a Túnez poco antes de la muerte de Luis hubieron de regresar "con las manos vacías de promesas", según una fuente griega.[371] Carlos se fue por mar hacia Túnez y en dos brillantes campañas forzó al emir tunecino a firmar la paz cargando con los gastos de la guerra y comprometiéndose a pagar a Carlos un tributo cada año. Entonces Carlos decidió desarrollar su ofensiva contra Bizancio. Pero, al regresar de Túnez, una terrible tempestad aniquiló gran parte de su escuadra, lo que le privó por algún tiempo de emprender operaciones militares de la envergadura que planeara.

A principios de la octava década, Carlos pudo enviar ya al Peloponeso una hueste considerable de mercenarios, que pelearon con éxito contra las fuerzas imperiales. Carlos ocupó

---

[368] S. W. Heyd, Histoire du commerce du Levant, l. I, p. 438. W. Miller, The Zaccaría of Phocaea and Chios (1275—1379), en "Ensayos sobre el Oriente latino" (Cambridge, 1921), páginas 284—285.

[369] J. Ebersolt, Orient et Occident. Recherches sur les influences byzantines et orientales en France pendant les Croisades (París, 1929), p. 34

[370] Ver, por ejemplo, Lavisse, Histoire de France, t. III, (2) p. 101—102. Norden, p. 468

[371] Paquimeres, De Mich. Paleol., V, 9 (I, 364)

varias plazas fuertes balcánicas, y en especial Dyrrachium, en la orilla oriental del mar Jónico. Las tribus montañesas de Albania se sometieron a Carlos y el déspota del Epiro le juró fidelidad. De este modo empezó el rey de Nápoles a tomar el título de rey de Albania.[372] En un documento oficial titulábase *Dei gratia rex Sicilic et Albaniae* [373]y en una carta escribía que los albaneses "nos han elegido, a nos y a nuestros herederos, reyes y señores perpetuos de dicho reino".[374]

Un historiador italiano del siglo XX observa: "Cuando se estudia más y de modo más profundo la obra de Carlos, se ve aparecer bajo su verdadera luz a ese oscuro precursor de la autonomía política y civil del pueblo albanés, cosa que, en los mismos principios del siglo XX, parece un sueño y una aspiración vaga e indeterminada".[375] Pero Carlos no se detuvo en eso, sino que se dirigió a servios y búlgaros, en quienes halló celosos aliados. En su corte aparecieron enviados de los *imperatoris vulgarorum et regis Servie.*[376] Muchos eslavos meridionales entraron al servicio de Carlos, estableciéndose en país italiano. Un sabio ruso, especializado en el estudio de los archivos italianos, y que ha sacado de ellos numerosos informes sobre los eslavos (V. Makuchev), declara que, a pesar de lo fragmentario de los datos, "se puede juzgar por ellos del proceso de la fijación de los eslavos en la Italia meridional y del gran número de eslavos que desde todas las partes del mundo eslavo meridional convergieron en el servicio de los Angevinos.

Las colonias eslavas del sur de Italia progresan de manera constante del siglo XIII al XV; se crean otras nuevas y crecen las antiguas.[377] En un documento de 1323 conservado en Nápoles, se menciona el barrio llamado búlgaro ("vicus qui vocatur Bulgarus").[378] Los embajadores servios y búlgaros llegados a Nápoles se proponían entablar negociaciones con Carlos. Esto demuestra el gran peligro que amenazaba a Bizancio: una alianza francoeslava. Por ende, Venecia, que desempeñaba un importante papel en el reino de Carlos en los sentidos político, económico y comercial, estaba también en relaciones amistosas con él y sostenía de momento su política imperialista en Oriente.[379]

Para colmo de males, el último emperador de Nicea, Juan IV Lascaris, depuesto y cegado por Miguel VIII, huyó de su prisión de Bizancio y se refugió en la corte de Carlos de Anjou.

De este modo se reunían alrededor de Carlos todos los descontentos del emperador bizantino, esto es, los servios, los búlgaros, Juan IV Lascaris y Balduino II, convirtiéndose todos en meros instrumentos de un rey ambicioso y hábil. El matrimonio acordado entre Balduino y la hija de Carlos daba al primero la esperanza de recobrar la corona. Tal era la situación internacional y las relaciones internacionales en Italia y la Península balcánica, cuyo conjunto debía inspirar a Miguel los más serios temores respecto a Constantinopla y su trono.[380]

---

[372] *Jirecek, Historia y pasado de la ciudad de Dratch (Memoria de la Sociedad Geográfica Servia), t. I, tase. 2 (Belgrado, 1912), p. 6. Tirada por separado (en servio). V. Yon Thalloczy, Illyrisch—albantsche Forschungen (Munich—Leipzig, 1916), p. 161*

[373] *P. Durrieu, Les Archives angevines de Naples. Etude sur les registres du roí Charles Ier, t. I (París, 1886), p. 191, n. 5. (Bibl. des Écoles d'Athénes et de Rome, t. 46.) Acta et diplomata res Albaniae mediae aetatis illustrantia, reunidas por L. Thalloczy, C. Jirecek y E. de Suffiay (Viena, 1913), I, 77, n. 270.*

[374] *Buchón, Nouvelles recherches historiques sur la principante francaise de Moree (París, 1845), t. II. p. 317*

[375] *Carabellese, ob. cit. Estas líneas datan de 1911.*

[376] *Jirecek, Geschichte der Serben (Goiha, 1911), t. I, p. 323.*

[377] *V. Makuchev, Los archivos italianos y los materiales que contienen sobre la historia de los eslavos, t. II (San Petersburgo, 1871), p. 67—68 (adición al tomo XIX de los "Bolet. de la Academia de Ciencias", n. 3). En ruso.*

[378] *Makuchev, t. II, p. 69. Jirecek, Hist. de los búlgaros, p. 363 (en ruso).*

[379] *Sobre Venecia, véase Carabellese, ob. cit., p. XXXTV—XXXVÍII y 106—142.*

[380] *Es lástima que la obra de Carabellese no trate sistemáticamente de las relaciones de Carlos y Miguel Paleólogo. En la p. XXIX el autor dice: "Respecto a la mayoría de los documentos, publicados o*

Pero el hábil Carlos encontró en Miguel un antagonista no menos hábil, que dirigió toda su atención a la curia romana, a la que había prometido la unión de las Iglesias. El Papa Gregorio X acogió con satisfacción las indicaciones del emperador, no sólo porque podía alarmarle el creciente poderío de Carlos, sino también por su deseo sincero de restablecer la paz y la unidad de la Iglesia y su sueño de libertar a Jerusalén. En tal política conciliadora, Gregorio encontró muchos obstáculos en Carlos, siempre partidario de someter al emperador por la fuerza.

No obstante, el Papa logró que Carlos retardase en un año la campaña ya decidida contra Bizancio, a fin de obtener la unión con la Iglesia oriental. Los emisarios que Miguel enviaba al concilio de Lyón atravesaron con toda seguridad los territorios de Carlos, donde se les procuraron provisiones, salvoconductos, etc.

En 1274 concluyóse en Lyón, entre el Papa y la representación de Miguel VIII, la unión de que hablaremos otra vez en el capítulo consagrado a la historia de la Iglesia. El emperador juzgaba que la unión dábale el derecho de obtener la ayuda pontificia en la reconquista de los territorios balcánicos que en otros tiempos pertenecían al Imperio. Y, en efecto, Miguel atacó a las tropas de Carlos y de sus aliados, obteniendo una gran victoria, debida en mucha parte a que Carlos tenía que hacer frente a dificultades surgidas entonces con Génova.

Pero, después de algunos choques con el Papa a propósito de la unión de Lyón, Carlos consiguió situar en el solio pontificio a Martín IV, uno de sus mejores amigos. Martín rompió la unión acordada con Miguel y púsose de parte del rey de Sicilia. En 1281 se concluyó una alianza entre Carlos, emperador latino titular, y Venecia, a fin de obtener la recuperación del Imperio de Romanía. Formóse una potente coalición contra Bizancio, comprendiendo las fuerzas de las posesiones latinas en los antiguos territorios del Imperio, las de Italia, Francia, la flota veneciana, el Papa, los servios y los búlgaros. Dijérase que Bizancio estaba a las puertas de su ruina y que Carlos de Anjou, "precursor de Napoleón en el siglo XIII, se encontraba a punto de conseguir la dominación universal. Gregoras, historiador griego del siglo XIV, escribe que Carlos "soñaba, en caso de apoderarse de Constantinopla, conquistar entera la monarquía de Julio César y de Augusto". Sañudo, cronista occidental de la misma época, dice que Carlos "aspiraba a la monarquía universal". Aquel fue el momento más crítico del reinado de Miguel.

Bizancio se salvó de una manera imprevista, y su salvación vino del Occidente. En Palermo, el 31 de marzo de 1282, estalló una revuelta contra la dominación francesa. El alzamiento se propagó velozmente por toda la isla y se ha hecho célebre en la historia con el nombre de *Vísperas Sicilianas.*[381]

Al decir de los historiadores, Miguel VIII no era ajeno a esta rebelión. Al tratar de las Vísperas Sicilianas, hecho de los más importantes en la historia de los orígenes de la unificación política de Italia, debe tenerse presente la obra del famoso historiador y patriota italiano Michele Amari: *La Guerra del Vespro Siciliano.* Este libro, escrito hacia 1840, ha tenido sucesivamente muchas ediciones y asentado las bases de un estudio científico de la cuestión. Pero en la época de Amari muchas fuentes eran inaccesibles, y el mismo autor, al ir conociendo posteriormente los descubrimientos hechos en ese sentido, aportó a las más recientes ediciones de su libro algunas adiciones y modificaciones. La celebración del sexto centenario de las Vísperas Sicilianas dio nuevo impulso al tema. Con esa ocasión aparecieron numerosos libros. Los archivos angevinos de Nápoles, los del Vaticano y los catalanes han suministrado y siguen suministrando abundantes e importantes documentos sobre el asunto en cuestión.

Las Vísperas Sicilianas, aunque pareciesen al principio tener un interés restringido al occidente de Europa, influyeron en la historia de Bizancio, y deben por eso ser examinadas aquí.

---

inéditos, concernientes a Paleólogo, hablaremos de ellos en otra ocasión". Creo que el autor no tuvo tiempo de cumplir su palabra

[381] *El nombre de "Vísperas Sicilianas" no nació probablemente antes de fines del siglo xv, época de la primera expedición importante de los franceses a Italia.*

Antes de publicarse la obra de Amari solía suponerse que el principal instigador y jefe de la revolución siciliana de 1282 había sido el desterrado siciliano Giovanni da Procida, quien, en su deseo de obtener una venganza personal, entró en negociaciones con el rey español Pedro de Aragón, con Miguel VIII, con los representantes de la nobleza siciliana y con otras personas a quienes ganó a su causa, motivando así la revuelta. En el siglo XIV el gran humanista Petrarca consideraba también a Procida como instigador principal de la sublevación. Amari, fundándose en el estudio de las fuentes, ha probado que ese relato es, en conjunto, el desarrollo legendario de un hecho histórico que sólo tuvo una importancia secundaria entre los factores de la revolución siciliana.

La población siciliana estaba exasperada por la opresión francesa. La altanería de los franceses con los isleños y los impuestos ruinosos que imponían, aumentado por la costosa expedición de Carlos contra Bizancio, fueron las causas esenciales del alzamiento. El descontento de los sicilianos fue explotado con habilidad por los dos mejores políticos de la época, aparte de Carlos: Pedro de Aragón y Miguel VIII. El rey aragonés, pariente del antiguo rey de Sicilia, Manfredo, tenía pretensiones sobre Sicilia y no quería tolerar el excesivo poderío de Carlos. Miguel VIII, ayudándose en la ambición de Pedro, prometió subsidios al rey español si éste abría las hostilidades contra Carlos. En Italia, Pedro tuvo por aliados al partido imperial de los Gibelínos y a una parte de la nobleza siciliana. En estas negociaciones el ya referido Giovanni Procida sirvió de intermediario, y a ello se redujo su papel.

La insurrección fue afortunada. A invitación de los sicilianos, Pedro de Aragón desembarcó en la isla en agosto del mismo año y ciñó, en Palermo, la corona de Sicilia. Carlos volvió a toda prisa de Oriente, donde seguía las hostilidades contra Bizancio, pero todos sus esfuerzos para expulsar de Sicilia a Pedro de Aragón resultaron infructuosos. Vióse, pues, obligado a prescindir de sus grandiosos proyectos contra Bizancio. Carlos sólo conservó la corona real de la Italia del sur. Esto muestra de cuánta importancia fueron las Vísperas Sicilianas para el Imperio bizantino, al que, arrebatando Sicilia a Carlos, libraron de un peligro mortal.

A la vez estos sucesos preparaban las bases de una inteligencia amistosa entre los emperadores bizantinos y los reyes de Aragón. Como se dijo antes, Miguel VIII había contribuido con subsidios a la expedición del rey español, ayudándole a resolver la cuestión siciliana. En su autobiografía, Miguel, tras mencionar la expedición militar de Carlos contra su Imperio, observa: "Los sicilianos, desdeñando como ínfimos los restos del ejército de Carlos, osaron alzarse en armas y librarse de la esclavitud, por lo que, si digo que la libertad que les deparó por Dios, se la concedió por nosotros, digo la pura verdad".

Las Vísperas Sicilianas quebrantaron la posición del Papa Martín IV. Por una parte, lo que era insólito, "el pueblo, contrariando las órdenes de Roma, habíase atrevido a darse un rey", y por otra, los sucesos de 1282 conmovían hasta sus cimientos la política bizantina de aquel Papa, que, como vimos, había roto la unión de Lyón, aceptando sin reservas los planes de Carlos de Anjou en Oriente y esperando la ocupación de Constantinopla por los latinos. Las Vísperas Sicilianas imposibilitaron esa política y debilitaron el Estado italiano de Carlos, base principal hasta entonces de la política agresiva contra Bizancio.

También los sucesos de 1282 tuvieron graves consecuencias para Venecia, que el año antes se había aliado a Carlos contra Bizancio. Al saber la sublevación de Sicilia, el debilitamiento de Carlos y el fracaso de sus proyectos orientales, la república de San Marcos cambió rápidamente de política. Comprendiendo que Carlos no podía ya serle útil, Venecia rompió sus pactos con él, entabló relaciones con Pedro de Aragón y, tres años más tarde, previas aproximaciones a Bizancio, firmó un tratado de amistad con Andrónico el Viejo, sucesor de Miguel VIII. Así, las relaciones internacionales y el descontento de Sicilia salvaron a Bizancio del tremendo peligro con que la amenazaba Carlos de Anjou.

Política oriental de Miguel VIII.

Miguel, continuador de los emperadores de Nicea, una vez recobrada Constantinopla, dirigió sus fuerzas y su atención hacia Occidente, como sus predecesores, ya que de una parte le preocupaba la reconquista de los territorios balcánicos y de otra necesitaba consagrarse a una lucha agotadora y decisiva con Carlos de Anjou. En consecuencia, la frontera oriental quedó un tanto olvidada. Dijérase que Bizancio descuidaba el grave peligro turco. Jorge Phrantzes, historiador bizantino del siglo XV, escribe: "Bajo Miguel VIII, el Imperio romano, como consecuencia de las guerras sostenidas en Europa contra los italianos, se halló expuesto al peligro turco en Asia". Cierto que ese peligro había comenzado para Bizancio hacía mucho, pero, aun así, la observación del historiador caracteriza bien el rasgo esencial de la política de Miguel VIII. Felizmente para el Imperio, los turcos en el siglo XII atravesaban una situación peligrosa, debida esencialmente a los éxitos militares de los mongoles.

Ya sabemos que hacia los años 1230—1240 había sobrevenido en Oriente la amenaza mongola, la cual arruinó el sultanato de Iconium, limítrofe de Nicea en el Asia Menor. En la época de Miguel VIII —segunda mitad del siglo XIII— los últimos selyúcidas eran meros representantes de los mongoles persas, cuyos dominios se extendían de la India al Mediterráneo. Era jefe de los mongoles persas el caudillo Hulagú, quien reconocía como soberano al kan de los mongoles de Oriente. En 1258, Hulagú se apoderó de Bagdad, donde murió violentamente el último Abbassida. Luego Hulagú invadió y devastó Siria y Mesopotamia, y proyectó marchar sobre Jerusalén y probablemente sobre Egipto. Pero las noticias de la muerte del Gran Mogol, Mangu, le hicieron desistir de sus planes ofensivos hacia el sur. La dinastía mongola persa, en la última mitad del siglo XIII, era aliada de los cristianos contra los musulmanes. Con frase de un reciente historiador, "Hulagú condujo a los turcos nestorianos (cristianos) del Asia central a una verdadera cruzada amarilla contra el Islam". Pero en 1260 el ejército mongol fue aplastado por los mamelucos de Egipto en Ain—Jalut.

Hacia esta época se estableció en Rusia un potente estado mongol: la Horda de Oro, u Horda Kipchak, con capital en Sarai (Volga inferior).

Comprendiendo la importancia del factor mongólico en la vida internacional de la época, Miguel Paleólogo trató repetidamente de utilizarlo en pro de su política exterior.[382]

No carece de interés recordar, al respecto, que la dinastía de los mamelucos, establecida en Egipto desde 1250, tenía vínculos etnográficos con la Rusia meridional. La palabra "mameluco" significa "perteneciente a" o "esclavo", y los mamelucos de Egipto habían sido, originalmente, la guardia personal de esclavos turcos creada por los sucesores de Saladino. En 1260, los "esclavos" se apoderaron del trono, rigiéndole hasta 1517, fecha en que los turcos otomanos conquistaron Egipto. Desde la tercera década del siglo XIII, el principal contingente de la guardia mameluca se componía de miembros de la tribu turca de los kumanes, huidos de Rusia ante la invasión mongola o bien hechos prisioneros y vendidos como esclavos.[383] Un historiador bizantino escribe que los mamelucos eran "escitas europeos llegados de las orillas de la Maeotis (mar de Azov) y del río Tañáis (Don)".[384]

Así, dado el origen poloviano de muchos mamelucos, éstos se preocuparon de conservar los lazos que les unían a sus compatriotas del sur de Rusia, donde subsistían numerosos cumanos incluso después de la conquista mongola. Además, el kan de la Horda de Oro había abrazado el islamismo y el mameluco Bibars, sultán de Egipto, era musulmán también, mientras Hulagú, como

---

[382] *Se han publicado recientemente, en ruso, dos interesantes artículos al respecto: F. I. Uspenski, Los historiadores bizantinos, los mongoles y los mamelucos de Egipto (Viz., Vrem., t. XXIV (1923—1926), p. 116), y G. Vernadski, La Horda de Oro, Egipto y Bizancio en sus relaciones recíprocas bajo el reinado de Miguel Paleólogo (Seminarium Kondakovianum (Praga, 1927),I, 73—84).*

[383] *Vernadksi, ob— cit., p. 76*

[384] *Nic. Gr., IV, 7, i (I, 102).*

chamanista,[385] era pagano y enemigo del Islam. Existía una implacable rivalidad política y religiosa entre Hulagú y Berke, kan de la Horda de Oro.

Los Estados de Hulagu cerraban el camino terrestre entre los mamelucos y los kiptchaks. Las comunicaciones marítimas sólo eran posibles por el Helesponto, el Bosforo y el mar Negro, pero los estrechos estaban en manos del emperador de Bizancio y los mamelucos, para atravesarlos, necesitaban autorización especial de Miguel.[386] Así, el sultán de Egipto, "deseando —dice un historiador bizantino— ser amigo de los romanos y obtener autorización para que los mercaderes egipcios navegasen a través de nuestros estrechos una vez al año", envió embajadores a Miguel Paleólogo.[387] Pero Miguel entonces tenía relaciones amistosas con el kan Hulagú, por lo que los embajadores egipcios no recibieron satisfacción inmediata. Miguel aplazaba su respuesta una vez tras otra.

El kan kipchak, entonces, entabló una acción militar contra Miguel, y el zar búlgaro Constantino Tech (Tich) tomó partido por los mongoles, participando en las campañas de éstos a las órdenes de Nogai, general de Berke. Los mongoles o tártaros, unidos a los búlgaros, batieron a los bizantinos. Como consecuencia, Miguel hubo de abandonar la amistad de Hulagú, uniéndose a la coalición egipcio—kipchak.[388] Para congraciarse con el poderoso Nogai, Miguel dióle en matrimonio una hija bastarda suya y en la guerra sucesiva contra el zar búlgaro Miguel fue activamente apoyado por su yerno. El zar de Bulgaria hubo de renunciar a las hostilidades.[389]

Durante todo su reinado Miguel siguió en cordiales relaciones de amistad con Egipto y la Horda de Oro.[390] En Asia Menor, Miguel no se vio muy particularmente amenazado. Aunque hubiese roto con Hulagú, los mongoles persas, enzarzados en discordias interiores, no emprendieron nada contra Bizancio. Y el sultanato de Rum, vimos, había pasado a ser mera dependencia del Imperio mongol. No obstante, bandas aisladas de merodeadores turcos, despreciando los acuerdos establecidos entre los emperadores y los sultanes, hacían continuas incursiones en territorio bizantino, llegando al interior del país, arruinando campos, ciudades y conventos, y acuchillando o cautivando a los habitantes.

En tiempos del poderío árabe, Bizancio había creado en la frontera oriental del Asia Menor una línea de fuertes o puestos fortificados, sobre todo en los desfiladeros *(clisurae)* y organizado, aparte el ejército regular, los acritas *(akritai),* cuerpo especial de defensa fronteriza, del cual hemos hablado antes. Según los turcos avanzaban hacia el oeste, la frontera y los acritas retrocedieron en igual dirección. En el siglo XIII, los acritas se concentraban principalmente "en los montes del Olimpo bitinio, hacia el ángulo noroeste del Asia Menor. En la época nicena, los colonos de las fronteras, a cambio de concesiones de tierras, de exención de impuestos y gravámenes y, en suma, de una vida holgada, se encargaban exclusivamente del servicio militar, defendiendo la frontera contra los enemigos, lo que, a juzgar por las fuentes, hicieron con valor y energía. Pero al trasladarse la capital de Nicea a Constantinopla, los acritas dejaron de gozar de los beneficios que les habían concedido el gobierno, el cual se sentía sin duda más seguro y menos dependiente que antes de la solidez de su frontera terrestre en Asia. Miguel Paleólogo, por ende, esforzóse en realizar una reforma financiera, y para ello confiscó en provecho del tesoro gran parte de las tierras de que sacaban sus rentas los acritas. Tal medida arruinó definitivamente la prosperidad económica de los acritas bitinios, prosperidad sobre la cual se fundaba su celo militar y que era, como dice un

---

[385] *El chamanismo es una de las religiones de los pueblos uralo—altaicos.*

[386] *Paquimeres, De Mich. Pal., III, 3 (I, 176—177)*

[387] *Nic. Greg., IV, 7, i (I, 101)*

[388] *Vernadski, ob. cit., p. 79. P. Nikov, Las relaciones tártaro—búlgaras en la Edad Media (Sofía, 1921), p. 6—11 (en búlgaro). V. Ghapman, Mich. Pal., p. 74—75. G. Bratianu, Recherches sur le commerce genois dans la mer Noiré au XIII siecle (París, 1929), p. 207—207*

[389] *Nikov, ob. cit., p. 11—12*

[390] *Ver, por ejemplo, St. Lane—Poole, A History of Egypt in the Middle Ages (N. York, p. 266.*

historiador, "nervio de la guerra".[391] La frontera oriental del Imperio quedó, pues, casi indefensa. El gobierno reprimió con severidad un alzamiento de los acritas, y si no los destruyó del todo fue por miedo a abrir el camino a los turcos. Influidos por el erudito ruso V. I. Lamanski, algunos historiadores consideran eslavos a los acritas bitinios.[392] Pero más probablemente debían de representar nacionalidades diversas, entre ellas descendientes de los eslavos que desde años atrás se habían asentado en Bitinía. En todo caso, el hecho de que la agresividad de Carlos de Anjou absorbiera la política exterior bizantina, produjo desastrosos efectos en las fronteras orientales.

Los resultados de la política oriental de Miguel rindieron su efecto cuando, tras una época de turbulencias y desintegración, los turcos se unieron de nuevo y fortaleciéronse bajo la guía de los osmanlíes, quienes, al fin, le dieron a Bizancio el golpe definitivo, aniquilando el Imperio cristiano de Oriente.

Política de Bizancio bajo Andrónico II y Andrónico III. Las Compañías catalanas en Oriente. Éxitos de los turcos en el Asia Menor.

La política exterior del Imperio bajo los dos Andrónicos, el abuelo y el nieto, fue muy diversa a lo que había sido en tiempos de su predecesor Miguel VIII. Éste corrió gran peligro con Carlos de Anjou, mas le alejaron de tal peligro las Vísperas Sicilianas, ocurridas el mismo año de la muerte de Miguel. Los turcos, en virtud de sus discordias, no habían podido sacar pleno partido de su ventajosa situación al este del Imperio. La política exterior de los dos Andrónicos es interesante sobre todo por la actitud de entrambos ante dos nuevos y potentes enemigos: Servia en los Balcanes y los turcos osmanlíes en el Asia Menor. Servios y osmanlíes, al luchar contra Bizancio, se habían señalado el propósito concreto de aniquilar el Imperio griego, substituyéndolo por un Estado grecoeslavo o grecoturco. El proyecto de Carlos de formar un Estado grecolatino fracasó, como vimos. En el siglo XIV, el ilustre soberano servio Esteban Dushan pareció a punto de crear un gran Imperio eslavo. Pero un conjunto de circunstancias históricas motivó que fuesen los turcos osmanlíes los que realizaran plenamente su plan: fundar a mediados del siglo XV y un Estado, no ya grecoturco, sino grecoeslavoturco, incluyendo a búlgaros y servios.

El fenómeno capital sobrevenido en Oriente bajo los dos Andrónicos fue el afirmamiento de los turcos osmanlíes. Los mongoles, al avanzar hacia el Asia Menor, empujaron fuera de la provincia persa de Jorasán, en dirección oeste, una horda turca de la tribu de los Oghuz (Ghuzz), la cual, al llegar al territorio selyúcida, recibió permiso del sultán para permanecer en Asia Menor y hacer pastar allí sus rebaños. Tras el desastre que les infligieron los mongoles, el sultanato selyúcida se dividió en varios Estados independientes, o emiratos, con dinastías particulares, los cuales, empero, molestaron al Imperio bastante. La horda turca de los Oghuz hízose independiente también. A fines del siglo XIII era su jefe Osmán u Otmán, quien fundó la dinastía otomana y dio nombre al pueblo que gobernaba, el cual empezó a llamarse desde entonces otomano u osmanlí. La dinastía fundada por Otmán gobernó Turquía hasta 1923.

A partir del siglo XIV, los osmanlíes principiaron a hostigar las reducidas posesiones que mantenía en Asia Menor el Imperio bizantino. No sin trabajo, las fuerzas imperiales retuvieron los tres puntos más importantes del Asia Menor: Brusa, Nicea y Nicomedia. El coemperador Miguel (Miguel IX) dirigió una batalla contra los turcos y sufrió una derrota. La misma Constantinopla parecía amenazada y el emperador, según una fuente, "estaba como dormido o como si estuviese muerto".

---

[391] *Paquira., I, 5 (ed. Bonn,* I, 18).

[392] *V.* Lamanski, *Los eslavos en Asia Menor, África y España (San Petersburgo, 1859), páginas 11—14 (en ruso). F. I. Uspenski, Sobre la historia de la propiedad territorial campesina en Bizancio (G. del Min. de Tnst. Püb., vol. 225 (1883), 342—345. En ruso). Mutafciev, Las colonias militares y los soldados en Bizancio en los siglos XIII y XIV (Sofía, 1923), página 62 (en búlgaro).*

En tales circunstancias, Andrónico II hubo de recurrir al apoyo extranjero. Presentóse ese socorro en forma de ciertas compañías españolas de mercenarios, a las que se llamaba "compañías catalanas", o "almogávares". "Almogávar", vocablo tomado a los árabes por los catalanes, significa literalmente hombre que hace una expedición armada, y por extensión un soldado con característica de ligereza. Las bandas mercenarias de diferentes nacionalidades, bandas conocidas entonces por "compañías" y que peleaban por una compañía a favor de quien las pagase, estuvieron muy extendidas en la Edad Media. En los mismos siglos XIV y XV las compañías inglesas y francesas participaron activamente en la guerra de Cien Años. Las compañías catalanas, compuestas no sólo de catalanes propiamente dichos, sino también de aragoneses, navarros, mallorquines y hombres de otras regiones de España, habían peleado al lado de Pedro de Aragón durante la guerra subsiguiente a las Vísperas Sicilianas. A principios del siglo XIV, cuando Sicilia hizo la paz con Nápoles, las compañías catalanas quedaron ociosas. Acostumbradas a vivir de la guerra, con sus inherentes violencias y rapiñas, aquellos aliados resultaban en tiempo de paz peligrosos y quienes los habían empleado antes ansiaban desembarazarse de ellos. Además, las compañías, no conformes con una vida pacífica, deseaban ocasiones de ejercer su actividad. Los catalanes eligieron por jefe a Roger de Flor, hombre de ascendencia alemana. Su padre había sido apodado "Elum", que en español se traduce por "Flor".

Roger, que hablaba con facilidad el griego, ofreció sus servicios a Andrónico para luchar contra los selyúcidas y osmanlíes, imponiendo condiciones inauditas. Andrónico debía darle en matrimonio a su sobrina, otorgarle el título de gran duque o megaduque *(megaduke:* general y almirante) y entregar una fuerte suma de dinero para los soldados de las compañías. Andrónico se vio forzado a ceder a estas exigencias y por tanto las compañías españolas embarcaron camino de Constantinopla para salvar al Imperio oriental.

Este curioso episodio, en el cual los catalanes participaron en el cumplimiento de los destinos de Bizancio, se relata con gran lujo de detalles tanto en las crónicas españolas (catalanas) como en las griegas. Pero, mientras el cronista catalán Muntaner,[393] que intervino en la expedición, muestra a Roger y a sus compañeros como valerosos y nobles paladines, que honraron al pueblo español y se batieron por la buena causa, los historiadores griegos ven en ellos opresores arrogantes y expoliadores. Uno de esos historiadores exclama: "¡Oh, si Constantinopla no hubiese visto nunca al latino Roger!"[394] Los historiadores del siglo XIX han prestado mucha atención a la empresa catalana.

Un especialista catalán de esta cuestión compara las hazañas de los expedicionarios catalanes a las de los célebres conquistadores de Méjico y el Perú en el siglo XVI, Cortés y Pizarro, declarando que no hay "otro pueblo que pueda glorificarse de un acontecimiento histórico tan trascendental como nuestra gloriosa expedición a Oriente", y apreciando ésta como un monumento eterno de la gloria de la raza española. El mismo sabio califica a Roger de Flor de figura épica, de verdadero héroe de romance caballeresco, de alma y nervio de aquella famosa expedición.[395]

El historiador alemán Carlos Hopf estima que la expedición de los catalanes es, en todo caso, el episodio más atrayente de la historia del Imperio bajo los Paleólogos", en especial a causa de su interés dramático. El inglés Finley escribe que si los catalanes "hubiesen sido conducidos por un

---

[393] *Muntaner, Chronica o descripcio dels fets e hazanyes del inclyt rey Don Jaume... Buchón, Chroniques étrangéres (París, 1840). K. Lanz (Stuttgart, 1844), y The Chronicle of Muntaner (Londres, 1920—21), en los Works issued by the Hakluyt Society, 2.a serie, números 47 y 50. Sobre Muntaner véase N. Jorga, Ramón Muntaner et l'Empire byzantin (Revue historique du Sud—Est européen, t. IV, 1927,, p. 325—355). — La primera edición del Muntaner es de Valencia, 1558. En ella se basa D. Francisco de Moneada, Expedición de catalanes y aragoneses a Oriente (Barcelona, 1623. Incluido en la Biblioteca de Autores Catalanes, XXI, págs. 1—63). (N. del R.)*

[394] *Paquim, De Andrónico Pal., V, 12 (II, 393)*

[395] *Rubio y Lluch, La expedición y dominación de los catalanes en Oriente (Barcelona, 1883), p. 6. 7 y 10 (Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.*

emperador como León III o Basilio II" habrían aplastado a los turcos selyúcidas, destruido el poderío otomano en sus principios y llevado el águila bicéfala de Bizancio, de victoria en victoria, hasta el pie del Tauro y las orillas del Danubio. Aparte esto, el mismo historiador observa: "La expedición catalana a Oriente es un admirable ejemplo del éxito que acompaña a veces a una carrera de depredaciones y abusos, contrariamente a todas las reglas del buen sentido humano".[396] Los archivos catalanes proporcionan sin cesar nuevos documentos sobre esta cuestión.

En los primeros años del siglo XIV, Roger de Flor llego a Constantinopla con sus compañías. Los soldados participantes en la expedición ascendían casi a diez mil, pero además muchos de ellos llevaban consigo a sus mujeres e hijos. El casamiento de Roger con la sobrina del emperador celebróse en Constantinopla con gran pompa. Habiéndose producido algunos choques entre catalanes y genoveses —ya que los últimos adivinaban futuros rivales en los recién llegados—, las compañías fueron transportadas al Asia Menor, donde los turcos asediaban a la sazón la gran ciudad de Filadelfia, al este de Esmirna. A los catalanes se unió un destacamento de fuerzas imperiales, y el ejército catalanobizantino, mandado por Roger de Flor, liberó Filadelfia. La victoria de los catalanes fue acogida con entusiasmo en la capital. Algunos pensaron que el peligro turco había sido eliminado para siempre. A este primer éxito siguieron muchos combates afortunados de Roger contra los turcos.

Pero ciertos atropellos y exacciones atribuidos a los catalanes por los indígenas, y la intención notoria de Roger de crearse en Asia Menor un principado propio, aunque fuese con algún vínculo de vasallaje respecto al emperador, produjeron dificultades entre los mercenarios, los nativos y el gobierno de Constantinopla. El emperador pidió a Roger que acudiese a Europa, y Roger lo hizo, empezando por ocupar una importante fortaleza junto al estrecho de Gallipoli y después toda la península del mismo nombre. Roger y el emperador entablaron negociaciones que dieron por resultado el que Andrónico cediera a Roger el título de César, la dignidad más elevada del Imperio y no obtenida nunca por extranjero alguno. El nuevo César, antes de volver con los catalanes al Asia Menor, se dirigió con una pequeña fuerza a Adrianópolis, donde se hallaba entonces el coemperador Miguel IX, hijo de Andrónico. Allí, por órdenes de Miguel, Roger y sus compañeros fueron alevosamente asesinados en un festín. Al extenderse la noticia por el Imperio, los catalanes que se hallaban aislados en Constantinopla y otros muchos lugares, fueron acuchillados a traición.

Entonces los catalanes concentrados en Gallipoli, enfurecidos y sedientos de venganza, rompieron la alianza con Bizancio y avanzaron hacia el oeste, devastando a sangre y fuego las regiones que atravesaban. Tracia y Macedonia sufrieron tremendos asolamientos. Ni aun los conventos del Athos escaparon a la suerte común. Un testigo ocular de los sucesos, discípulo de Daniel, higúmeno del monasterio servio de Quilandaríon, escribe al propósito de los hechos de los catalanes: "Era terrible ver la desolación llevada al Monte Sagrado por los enemigos".[397] Los catalanes quemaron también el monasterio ruso de San Pantaleimón, en el mismo Athos. Desencadenaron, asimismo, un golpe directo contra Tesalónica que no tuvo éxito. Por vía de represalias, Andrónico mandó embargar las mercancías de las naves catalanas que hubiese en aguas bizantinas y también hizo poner preso a los mercaderes catalanes.[398]

Tras detenerse algún tiempo en Tesalia, los catalanes se encaminaron al sur, atravesaron el desfiladero de las Termopilas, célebre en la antigüedad, e invadieron la Grecia media, esto es, el ducado tebano—ateniense fundado a raíz de la cuarta Cruzada y que se hallaba bajo el dominio

---

[396] *Finlay, ob. cit., t. IV, p. 447. Se hallará un bosquejo general del estudio de la intervención catalana en Grecia, en Rubio y Lluch, Los catalanes en Grecia, p. 19—50.*

[397] *Porf. Uspenski, El Oriente cristiano. El Athos (San Petersburgo, 1892), 118 (en ruso).*

[398] *Véase Acta Aragonensia. En la ed. de H. Finke, Quellen zur deutschen, italientschen, franzosischen, spanischen, zur Kirchen und Kulturgeschichte. aus der dipíomattsctien Korrespondenz Jaymes II, (Berlín y Leipzig, 1908), 741, n.° 458), el texto del decreto lleva fecha 2 de mayo de 1293. Pero en el original del documento el año está borrado. Opino que el decreto debe datar de principios del siglo xrv. porque en 1293 los catalanes no habían intervenido aún en los asuntos de Bizancio.*

franco. En la primavera de 1311 se peleó, a orillas del Cefiso, en Beocia, la célebre batalla del lago Copáis, lugar que en el siglo XIV se convirtió en pantano y se encuentra no lejos de la Scripú contemporánea. Los catalanes obtuvieron una victoria decisiva sobre los franceses, pusieron fin a la floreciente existencia del ducado ateno—tebano y establecieron sobre él la dominación catalana, que duró ochenta años en Tebas y Atenas. El templo de la Virgen, en el Partenón, pasó a manos de los clérigos catalanes, quienes quedaron asombrados de su magnificencia y riqueza. En la segunda mitad del siglo XIV, el duque catalán de Atenas designaba a la Acrópolis como "el más precioso tesoro que existe en el mundo y que en vano se esforzarían en imitar todos los soberanos cristianos".[399]

El ducado catalán de Atenas, fundado en el siglo XIV de ese modo casual en el suelo de la antigua Hélade, se organizó sobre el modelo catalán o siciliano. La mayoría de los historiadores lo juzgan una dominación brutal, violenta y destructora. En Atenas y en Grecia, en general, el régimen catalán dejó escasas huellas artísticas. En la Acrópolis, donde los catalanes introdujeron algunos cambios, particularmente en la disposición de las fortificaciones, no se encuentran señales de su paso. En cambio, en la memoria y lengua del pueblo griego ha permanecido vivo hasta hoy el recuerdo de la presunta crueldad e injusticia de los conquistadores catalanes.[400] Hoy todavía, en algunas regiones de Grecia, por ejemplo en la isla de Eubea, cuando se quiere reprochar a alguien por un acto injusto e ilegítimo, se dice: "¡Los mismos catalanes no lo hubiesen hecho!" En Acarnania, la palabra "catalán" es hoy todavía el sinónimo de salvaje, bandido, criminal. En Atenas, la palabra "catalán" está considerada como una injuria. En algunas poblaciones del Peloponeso, cuando quiere significarse que una mujer tiene un mal carácter, se dice: "¡Esa debe ser una catalana!"

Pero hoy una abundante cantidad de nuevos documentos descubiertos recientemente, sobre todo en los Archivos de la Corona de Aragón, en Barcelona, demuestran con claridad el catalana en Grecia carácter erróneo de las opiniones de los historiadores antiguos sobre el tema. Los años de la dominación catalana en la Grecia Media no fueron sólo destructores, sino creadores también. La Acrópolis —en catalán "Castell de Cetines"— fue fortificada, y, por primera vez desde que Justiniano cerrara la escuela de Atenas, se dotó a esta capital con una universidad.[401] Asimismo, los catalanes alzaron fortificaciones en la Grecia central y septentrional.[402] El historiador catalún Rubio y Lluch, el mejor especialista de esta cuestión, escribe: "El descubrimiento de una Grecia catalana es uno de los acontecimientos más inesperados que los investigadores contemporáneos han descubierto en la historia de la Edad Media".[403]

Ignoramos aun la historia general y completa de la dominación catalana en Grecia, pero conviene señalar que las antiguas obras y las opiniones tradicionales sobre este punto deben ser revisadas y modificadas, y ha de escribirse una nueva historia sobre el gobierno catalán en Grecia fundándose en una documentación nueva.[404]

---

[399] *W. Miller, The Catalans at Athenas (Roma, 1907), p. 14. Id., Essays on the Latín Orient (Cambridge, 1921. Rubio y Lluch, Los catalanes en Grecia, p. 133. — El referido duque de Atenas no era otro que el rey Pedro de Aragón, el Ceremonioso, quien había recibido ese título de su cuñado el rey Fadrique de Sicilia. (N. del R.*

[400] *Rubio y Lluch, La expedición de los catalanes, p. 14—15. G. Schlumberger, Expédition des "Almugavares" ou routiers catalans en Orient (París, 1902), p. 391—392.*

[401] *A. Rubio y Lluch, Alenes en temps deis Catalans (Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, 1907, p, 245246).*

[402] *A. Rubio y Lluch, Els castells catalans de la Grecia continental (Ibíd, 1908), p. 364—425.*

[403] *Rubio y Lluch, La Grecia Catalana de de la mort de Roger de Llúria fins a la de Frederic III de Sicilia (1370—1377) (Ibíd., 1913—1914), vol. V, p. 393. ídem, Une figure athenienne de l'époque de la domination catalane. Dimitri Rendí (Byzantion, t. II, 1925, p. 194).*

[404] *Rubio y Lluch, La Grecia Catalana des de la mort de Frederic III fins a invasió—navarresa (1377—1179) (Ibíd., 1915—1920, vol. VI. p. 199). Se hallará una lista de varias obras publicadas por Rubio*

La invasión de los navarros en 1379 puso fin a la dominación catalana en Grecia. Las compañías catalanas habían luchado, pues, con gran éxito, a principios del siglo XIV, contra los turcos osmanlíes. Pero al surgir la división entre bizantinos y catalanes, la victoria dejó de sonreír a las armas bizantinas. La sangrienta epopeya de la marcha de las compañías catalanas a través de la Península balcánica, a raíz de la muerte de Roger de Flor, y la lucha civil que sobrevino entre los dos Andrónicos, abuelo y nieto, apartaron, la atención y las fuerzas del Imperio de los hechos de su frontera oriental. Los osmanlíes, aprovechándose de ello, obtuvieron algunos éxitos importantes en Asia Menor, durante los últimos años de Andrónico el Viejo y el reinado de Andrónico el Joven. El sultán Osmán u Otmán, y tras él su hijo Orján, se adueñaron de las principales ciudades bizantinas de Asia, como Brusa, que pasó a ser la capital de Estado osmanlí, Nicea y Nicomedia. No tardaron los turcos en alcanzar las riberas del mar de Mármara. Varias poblaciones de la costa occidental de Asia Menor hubieron de pagar tributo a los turcos. En 1341, fecha de la muerte de Andrónico III, los turcos osmanlíes eran los verdaderos dueños de Asia Menor y tenían la firme intención de llevar la guerra a Europa. Ya Tracia era objeto de incesantes incursiones. Los emiratos selyúcidas, viéndose amenazados por los osmanlíes, abrieron tratos con el Imperio para oponerse a osmanlíes y latinos.

Política occidental bizantina bajo Andrónico II y Andrónico III. Situación de Bizancio en la península balcánica a fines del siglo XIII. Crecimiento de Servia y principios del reino de Esteban Dushan. Venecia y Génova.

A fines del siglo XIII, las posesiones de Bizancio en la península balcánica comprendían toda Tracia y la Macedonia meridional con Tesalónica. Los países situados más al oeste y al sur —Tesalia, Albania y Epiro—, no reconocían la autoridad imperial sino parcialmente y en grados distintos. En cambio, bajo Miguel Paleólogo, los bizantinos habían conquistado a los latinos la Laconia, al sudeste del Peloponeso, y luego la provincia central de Arcadia. En el resto del Peloponeso y la Grecia central persistía la dominación latina. En el Archipiélago, Bizancio sólo poseía algunas islas al norte y nordeste del mar Egeo.

Mientras en Oriente crecía el peligro otomano, otro muy grave se perfilaba en Servía, en la primera mitad del siglo XIV. Los servios y croatas —éstos emparentados con los primeros y acaso pertenecientes al mismo pueblo— habían aparecido en los Balcanes en el siglo VII, en tiempos del emperador Heraclio, ocupando el oeste de la Península. Los croatas, moradores de Dalmacia y la región comprendida entre el Drave y el Save, se convirtieron al catolicismo, aproximáronse a Occidente y en el siglo XI se incorporaron al reino magiar, perdiendo así su independencia. En cambio, los servios siguieron fieles a Bizancio y a la Iglesia oriental. Hasta la segunda mitad del siglo XII, los servios, al contrario de los búlgaros, no constituían un bloque unido ni organizado estatalmente. Se agrupaban en regiones distintas *(jupa,* plural *jupi)* al mando de "yupanes". Sólo a principios del siglo XII aparece entre los servios una tendencia unificadora, mientras en Bulgaria se producía el movimiento que condujo a la formación del segundo reino búlgaro. Así como en Bulgaria la familia de los Asen había encabezado el movimiento, en Servia la familia de los Nemanya ejerció un papel semejante.

En la segunda mitad del siglo XII, Esteban Nemanya fundó el Estado servio, siendo así el primer unificador del territorio servio, el "restaurador del patrimonio de los antepasados" Proclamado "Gran Jupán" reunió todos los territorios servios bajo la autoridad de su familia. Después, en guerras felices contra Bizancio y Bulgaria, ensanchó notablemente las regiones servias y, cumplida esta tarea nacional, abdicó, yendo a terminar sus días como monje en un monasterio del Athos. Ya vimos que, durante la tercera Cruzada, Esteban Nemanya había entablado tratos con Barbarroja, a la sazón en viaje por la Península balcánica, ofreciéndole su ayuda contra Bizancio a condición de que Federico Barbarroja le permitiese retener los territorios conquistados y anexionarse Dalmacia. Las negociaciones no rindieron fruto.

---

y Lluch en la Cambridge Medieval Hislory, t. IV, p. 862. Véase también Los catalanes en Grecia (Madrid, 1927), p. 13.

Tras un período de guerra civil entre los hijos de Esteban Nemanya, uno de ellos, llamado Esteban también, se puso al frente del Estado y en el primer cuarto del siglo XIII logró que un legado del Papa le coronase rey. Se le conoce en la historia como el "Primer (rey o kral) Coronado de toda Servia". Bajo su reinado, un representante del Papa nombró un arzobispo de Servia, jefe a la vez de la Iglesia nacional. Pero esta dependencia respecto a Roma terminó pronto y la Iglesia Servia volvió a la doctrina de la Iglesia oriental.

El Imperio latino había encontrado, pues, dos serios rivales en Europa: Servia y Bulgaria. Al caer en 1261 el Imperio latino, las cosas cambiaron. Al Imperio latino sustituía el débil Imperio bizantino recién restaurado, a la vez que Bulgaria, quebrantada por sus luchas internas y disminuida en territorio, perdía su fuerza antigua. A partir de 1261 Servia se convirtió en el Estado más importante de los Balcanes. Pero los monarcas servios cometieron un grave error táctico: en vez de unir a Servia las regiones occidentales de los croatas, completando la unificación del pueblo servio, dirigieron sus miradas a Constantinopla.

En la guerra civil entre los dos Andrónicos, el rey servio sostuvo al abuelo. La victoria servia en 1330 sobre los búlgaros aliados de Andrónico III cerca de Volbushdi (hoy Kiustendil), en la Macedonia superior, tuvo considerable importancia para el porvenir de Servia. En la batalla participó el joven príncipe Esteban Dushan, futuro "gran soberano" de los servios, quien desempeñó aun que hay algunas divergencias entre las fuentes —un papel decisivo en la acción.[405] El rey de los búlgaros cayó del caballo en que huía y fue muerto. Como consecuencia de la batalla se rompió la alianza grecobúlgara y Bulgaria perdió en definitiva la posibilidad de detener los ulteriores progresos de Servia, la cual tuvo a partir de entonces obvia preponderancia en la región balcánica.

Servia alcanzó su apogeo con Esteban Dushan (1331—1355). Diez años antes de su exaltación al poder, Esteban había sido coronado por el arzobispo y asociado a su padre. Por eso las crónicas le llaman *rex juvenis,* por oposición a su padre, *rex veteranus.* Con frase de Florinski, "la coronación simultánea de padre e hijo era un fenómeno nuevo y significativo en la historia servia. Se reconoce en ello claramente la influencia de Bizancio, donde hacía mucho que los emperadores tenían por costumbre contar con asociados que llevaban el título imperial".

En los diez primeros años de su reinado, correspondientes a la época de Andrónico III, Esteban Dushan, aprovechando que Andrónico y Juan Cantacuzeno habían de atender al peligro otomano en Oriente, inició sus conquistas apoderándose del norte de Macedonia y de la mayor parte de Albania, donde poco antes pelearan con éxito las armas bizantinas. Al morir el emperador en 1341, Esteban, aunque no hubiese desarrollado del todo sus planes agresivos contra Bizancio, había probado el peligroso enemigo que Servia era para el Imperio en la Península balcánica.

En la primera mitad del siglo XIV los albaneses comenzaron a desarrollar una intervención considerable en los asuntos balcánicos. Según hemos señalado, tanto Andrónico como Esteban Dushan tuvieron que pelear contra los albaneses.

Albania, desde la antigüedad, no había formado una unidad política concreta, y su historia había sido siempre parte de la historia de un pueblo extranjero. Se dividía en pequeños principados locales y en tribus montañesas autónomas, con intereses exclusivamente locales. "Albania posee muchos monumentos no estudiados todavía. Su historia no puede escribirse en forma íntegra y definitiva, sino fundándose en las valiosas reliquias que el suelo albanés conserva celosamente desde hace siglos. Sólo cuando sus tesoros arqueológicos hayan sido descubiertos y estudiados, podrá escribirse una historia realmente científica de Albania".[406]

Los ascendientes de los albaneses eran los antiguos ilíricos, que habitaban las costas orientales del Adriático, desde el Epiro, al sur, hasta la Polonia. El geógrafo griego Tolomeo (siglo II de J. C.) menciona una tribu albanesa y la ciudad de Albanópolis. En el siglo XI el nombre de

---

[405] *Florinski, Los eslavos del sur y Bizancio en el segundo cuarto del siglo XIV, t. II (San Petersburgo, 1882), p. 55 (en ruso). Jirecek, Gesch. der Serben, t. 5 (Gotha, 1911), página 362.*

[406] *C. A. Chekrezi, Albania, past and present (Nueva York, 1919). p. 8*

albaneses se extendió a todos los demás descendientes de los ilirios. En griego se designaba a aquel pueblo empleando indistintamente la letra l o *r:* Albanoi o arbanoi, aíbanitai o arbanitai. En latín decíase albanenses o arbanenses, y de la forma latina deriva el nombre eslavo de arbanasi, de arvanitis en griego moderno y de arnaut en turco. Los albaneses se dan también el nombre de arber o arben. Más tarde apareció el calificativo nuevo de *slikipetaros,* cuya etimología acaba de ser explicada definitivamente.[407] La lengua albanesa de hoy está preñada de elementos romanos, desde la lengua clásica latina al dialecto véneto, por lo que ciertos especialistas llaman al idioma albanés una lengua mixta, románica en su mitad.[408]

Desde lejanos tiempos los albaneses eran cristianos. En las primeras épocas del Imperio bizantino fue emperador un hombre natural de Dyrrachium (Durazzo) y acaso albanés (Anastasio I). Es también posible que la familia de Justiniano el Grande tuviese un origen albanés.

En la época de las invasiones bárbaras (siglos IV y V) se produjeron importantes modificaciones etnográficas en los territorios ocupados por los albaneses, y esas modificaciones prosiguieron con la gradual ocupación de la península por los eslavos. Después, los albaneses, aun no mencionados en las fuentes por tal nombre, fueron alternativamente súbditos, ora de Bizancio, ora de la Gran Bulgaria de Simeón. El nombre de *albaneses* aparece por primera vez, según hemos visto, en las fuentes bizantinas, a partir del siglo XI, tras las luchas bizantinonormandas en la Península.[409] Bajo el Imperio latino y los primeros Paleólogos, los albaneses pertenecieron, ya al despotado epirota, ya al Imperio búlgaro de Juan Asen II, ya al Imperio niceo bajo Juan Vatatzés, ya a Carlos de Anjou, que se titulaba "rey, por la gracia de Dios, de Sicilia y de Albania". Hacia 1330, poco antes de morir Andrónico III, Esteban Dushan conquistó la mayor parte de Albania.

Desde entonces se inicia el empuje albanés hacia el sur, primero camino de Tesalia y luego (segunda mitad del siglo XIV y siglo XV) camino de la Grecia central, el Peloponeso y la mayoría de las islas Egeas. Aun hoy se notan los efectos de esa poderosa corriente de colonización albanesa. Influido por ella, el sabio alemán Fallmerayer emitió en la primera mitad del siglo XIX su famosa teoría de que eslavos y albaneses habían destruido por completo la nacionalidad griega: "Ni una sola gota de verdadera sangre helena corre por las venas de la población cristiana de la Grecia moderna", declaraba Fallmerayer, añadiendo, en el segundo tomo de su *Historia de la Península de Morea en la Edad Media,* que, a partir del segundo cuarto del siglo XIV, los grecoeslavos moradores de Grecia fueron empujados y aniquilados por los colonos albaneses. De manera que, según él, la insurrección liberadora de Grecia, en el siglo XIX, fue obra de albaneses. Fallmerayer hizo un viaje a Grecia y halló en Ática, Beocia y en la mayor parte del Peloponeso, muchos colonos albaneses, que en ocasiones no comprendían el griego siquiera. Si alguien —dice Fallmerayer— diese a Grecia el nombre de Nueva Albania, la designaría por su verdadero calificativo. Esas provincias de Grecia, agrega, están tan emparentadas con el helenismo como los montañeses de Escocia con las regiones afganas de Kandahar y Kabul.

Sin admitir en su integridad la teoría de Fallmerayer, ha de asentarse el hecho de que, aun hoy, varias islas del Archipiélago y casi toda el Ática, siguen siendo albanesas. Según las estadísticas aproximativas establecidas por los eruditos, los albaneses representan, en el mismo Peloponeso, más del 13 por 100 de toda la población (92,500 almas). En 1845, J. G. Hahn, autor de *Estudios albaneses,* estimaba que "de un total de un millón de habitantes, en Grecia, 173.000 son

---

[407] *Jirecek, Albanen in der Vergangenheit, en "Osterreichische Monatschrift tur den Orient" (Viena, 1914), núms. 1—2, p. 2 (tiraje aparte). L. von Thalloczy, lllyrisch—albanische Forschungen (Munich Leipzig, 1916), t. I, p. 66. Sobre la palabra Shkipetar ver A. Ch. Chatzis, t. IV (1939), p. 102—104. V. H. Grégoíre, en Byzantion, t. IV (1929), p. 746—748, es igual al italiano schiopetto y francés escopette, en el sentido de pueblo armado.)*

[408] *Jirecek, Albanen in der Vergangenheit (Viena, 1914. Tirada aparte de Osterreichische Monatschrift für den Orient (Viena, 1914). núms. 1—2, p. 2. Thalloczy, ob. cit., t. I, p. 67. G. Grober, Grundriss der romanischen Philologie (Estrasburgo, 1904—1906), 2 ed., p. 1039.*

[409] *Miguel Attaliatas, p. 9, 18.*

albaneses". Un historiador contemporáneo nota: "No se ha producido después cambio alguno que modifique esa proporción".[410]

De manera que la época de Andrónico III se señaló por el comienzo de la colonización albanesa en el sur de Grecia, incluido el Peloponeso, y por una importante modificación etnográfica en la población de la península griega.

Ya mencionamos las relaciones mercantiles de Bizancio con Génova y Venecia. El gobierno de Miguel VIII había dado a Génova supremacía indiscutible y luego, sea renovando, sea rompiendo, de acuerdo con la situación política, sus relaciones con Venecia, había utilizado el antagonismo existente entre las dos repúblicas. Andrónico II siguió la política de su padre y continuó dando privilegios a Génova para estimular la rivalidad de ésta con Venecia.

A fines del siglo XII se perdieron todas las posesiones cristianas en Siria. En 1291 los musulmanes tomaron la última ciudad importante que mantenían los cristianos en la costa: San Juan de Acre, la antigua Tolemaida. Siria y Palestina pasaron enteras a manos de los musulmanes.

Este fue un golpe tremendo para Venecia, que perdía todo el sureste del Mediterráneo, donde su política y comercio habían ejercido por largo tiempo una influencia preponderante. Además, los genoveses, instalados en el Bósforo, comerciaban activamente con el mar Negro, cuyo tráfico aspiraban a monopolizar. En Crimea había colonias genovesas junto a las venecianas. Ante el grave peligro que amenazaba su supremacía mercantil, Venecia declaró la guerra a Génova. En territorio bizantino o aguas bizantinas se libraron muchos encuentros. La flota veneciana, abriéndose camino por el Helesponto y el mar de Mármara, devastó las orillas del Bósforo e incendió el arrabal de Gálata, donde moraban los genoveses. La colonia genovesa se refugió tras los muros de Constantinopla y el emperador apoyó activamente a los refugiados. Los venecianos que habitaban la capital fueron pasados a cuchillo. Los genoveses obtuvieron de Andrónico II permiso para rodear Gálata de un foso y un muro. Pronto aquel barrio se adornó con numerosas construcciones públicas y particulares. Al frente de la colonia se hallaba un podestá nombrado por Génova que gobernaba según ciertas reglas y tenía la misión de defender los intereses de todos los genoveses que habitaban en el Imperio. Así, según Florinski, "nació junto a la Constantinopla ortodoxa un burgo latino, pequeño, pero bien fortificado, con un podestá genovés, con organización republicana, con iglesias y conventos latinos. Desde entonces

Además de aquellas preponderantes repúblicas mercantiles, otras ciudades de Occidente desarrollaron en Constantinopla —a fines del siglo XIII y siglo XIV— una actividad comercial, poseyendo colonias allí. Esas ciudades fueron Pisa, Florencia y Ancona. Cabe añadir la ciudad eslava de Dubrovnik (Ragusa), en el Adriático, así como Marsella y otras ciudades del sur de Francia.

Examinado en conjunto los reinados de los dos Andrónicos se llega a muy tristes conclusiones. En Asia Menor los osmanlíes eran dueños de la situación: en la península balcánica Esteban Dushan obtenía éxitos importantes, preludio de proyectos vastos para el porvenir, y las compañías catalanas habían devastado terriblemente numerosas comarcas del Imperio durante su marcha triunfal hacia el Oeste. Finalmente, junto a Constantinopla se engrandecía la genovesa Gálata, fuerte en lo económico y casi independiente en lo político.

---

[410] J. Hahn, Albanesische Studien (Jena, 1854), i. I. p. 32. Ver t. II. p. i. Véase también el Prefacio, p, VI. C. Checrezi, ob. cit., p. 25, núm. i. 205. Frislay, History of Grece, t. IV, p.'32), menciona la existencia de unos doscientos mil albaneses en Grecia, Génova adquiere, a más de su papel comercial, una gran importancia política en el Imperio". Al subir al trono Andrónico III, Gálata venía a ser un Estado dentro del Estado, lo que se notó mucho a fines del reinado de dicho monarca. En tales condiciones no podía existir una paz duradera entre Génova y Venecia.

Juan V (1341—1391). Juan VI Cantacuzeno (1341—1354). Desarrollo de Servia bajo Esteban Dushan.

Ya dijimos que, bajo Andrónico III, Esteban Dushan se había adueñado del norte de Macedonia y lo más de Albania. Al llegar al trono un emperador menor de edad en el momento en que Bizancio aparecía desgarrada por luchas intestinas, los proyectos de Esteban Dushan, ensanchándose, miraban ya a la misma Constantinopla. Nicéforo Gregoras atribuye a Cantacuzeno las siguientes palabras: "El Gran Servio,[411] tal que un río desbordado y ampliamente extendido fuera de su cauce, ha sumergido con numerosas ondas parte del Imperio romano y amenaza inundar la otra". Esteban, negociando ya con Juan V, ya con Cantacuzeno, según le convenía, y aprovechando la compleja situación del Imperio, cuyas fuerzas estaban paralizadas por las turbulencias interiores, ocupó sin trabajo toda Macedonia, salvo Tesalónica, y puso sitio y rindió a Seres, plaza fuerte de la Macedonia oriental, en el camino de Tesalónica a Constantinopla. La capitulación de Seres ponía en manos de Dushan una ciudad fortificada puramente griega, casi tan importante como Tesalónica y llave de las comunicaciones entre este punto y la capital. Desde entonces se perfila con claridad el propósito del monarca servio: desarrollar contra el Imperio una acción de gran alcance.

Las fuentes bizantinas contemporáneas de Dushan vinculan a la toma de Seres el hecho de haber asumido el monarca servio el título de zar y la afirmación formal de sus pretensiones al trono de Oriente. Juan Cantacuzeno escribe: "El rey acercóse a Seres y la tomó... Después de esto, habiendo concebido una alta opinión de sí mismo, y viéndose en posesión de la mayor parte del Imperio, se proclamó emperador de los romanos y los servios y dio a su hijo el título de kral". En carta enviada desde la misma Seres al dux veneciano, Esteban, además de sus otros títulos, se da el de "Señor de casi todo el Imperio de Romanía". En sus edictos griegos firmaba, con tinta roja: "Esteban, fiel kral y autócrata en Jesucristo de Servia y del Imperio romano", o "emperador y autócrata de los servios y los romanos".

Las grandiosas miras de Esteban sobre Constantinopla divergen de las que ya conocemos en los reyes búlgaros Simeón y los Asen. Simeón había tendido a liberar de la dominación bizantina a los territorios eslavos, creando un Estado eslavo único. "Su tentativa de adueñarse de Constantinopla dimanaba de la tendencia a aniquilar la dominación griega y substituirla por la eslava".[412] "Quería poseer Zargrad y ejercer su poder sobre los griegos, no como emperador romano, sino como emperador búlgaro". Los Asen tendían a fines análogos. Aspiraban a la libertad y plena independencia del pueblo búlgaro y a fundar un Estado búlgaro incluyendo Constantinopla. Pero Esteban Dushan perseguía otros fines al asumir el título de basileo y autócrata. No trataba sólo de liberar a los servios de la influencia del emperador de Oriente. Sin duda se proponía fundar en lugar de Bizancio un nuevo Estado, no servio, sino servo—griego, y quería que "el pueblo servio, el reino servio, todos los territorios eslavos reunidos a aquél, fuesen sólo una parte del Imperio romano cuyo jefe se proclamaba". Presentándose como heredero del trono de Constantino, Justiniano y otros emperadores bizantinos, Dushan aspiraba a ser emperador de romanos y servios, creando una dinastía servia en el trono de Bizancio. Para ello le importaba la adhesión del clero griego de los países sometidos, comprendiendo que su consagración de emperador no sería legítima ante el pueblo en caso de faltarle la sanción de la Iglesia El arzobispo servio dependiente del patriarca de Constantinopla no bastaba. Incluso de ser independiente la Iglesia servia, ésta no habría podido otorgarle otro título que el de zar de Servia. Para dar un carácter sacrosanto al título de emperador de romanos y servios, se requería una autoridad superior. Dushan, pues, gestionó la consagración de su nuevo título por el alto clero griego y por los monjes del famoso Monte Athos.

---

[411] *Nic. Greg. dice el "Gran Triball", por cuyo nombre —el de una antigua tribu tracia— designa Gregoras a los servios.*

[412] *Florinski, Los eslavos. del sur y Bizancio, t. II, p. 109 (en ruso).*

Con tal intención, confirmó y extendió los privilegios monásticos y multiplicó las dotaciones de los conventos griegos de la Macedonia ocupada, donde tenía bajo su autoridad muchas propiedades, pertenecientes al Athos. Luego la península calcídica, con los conventos del Athos, pasó también a manos de Dushan y los monjes de los monasterios griegos del Monte Sagrado comprendieron que desde entonces la protección de los conventos y su protección ulterior dependían, no del emperador bizantino, sino de un soberano nuevo.

Las crisobulas griegas de Dushan que nos son conocidas atestiguan no sólo el reconocimiento de los antiguos privilegios y prerrogativas concedidos a favor del Athos, sino favores nuevos. A más de las crisobulas otorgadas a los conventos por separado, se concedió a todos los del Athos una carta general, en la que leemos: "Nuestra Majestad, habiendo recogido todos los monasterios que se hallan en el santo monte Athos y que se han dado de todo corazón y sometido a Nos, les otorgamos y concedemos a todos, por este edicto general, un gran beneficio, a fin de que los monjes que allí viven cumplan en paz y sin ser estorbados sus sagradas ocupaciones".

El día de Pascua de 1346 fue memorable en la historia servia. En la capital de Dushan, Scopia (hoy Skophie, Üsküb, en la Macedonia septentrional) se reunieron toda la nobleza del reino servio, todo el alto clero, con el arzobispo de Servia a su cabeza, el clero griego y búlgaro de las regiones conquistadas y el *protos* o jefe del Consejo de los higúmenos que gobernaba el Athos, más los higúmenos y eremitas del monte santo. Aquella solemne y nutrida asamblea tenía por objeto "legitimar y consagrar la revolución política ejecutada por Dushan: la creación de un nuevo Imperio".[413]

Ante todo, la asamblea nombró un patriarca servio independiente en absoluto del de Constantinopla. Dushan lo necesitaba para ser coronado emperador. Como la elección de patriarca había de hacerse sin el concurso de los patriarcas ecuménicos orientales, los obispos griegos y los religiosos del Athos debían substituir al patriarca de Constantinopla. Elegido que fue el patriarca servio, el de Constantinopla, que se había negado a reconocer la legitimidad de los actos de aquella asamblea, excomulgó a la Iglesia servia.

Después de la elección de patriarca, Dushan ciñó con toda solemnidad la corona imperial, hecho probablemente precedido por su proclamación en Seres, A raíz de estos sucesos, Dushan introdujo en su corte una etiqueta suntuosa, copiando las usanzas bizantinas. El nuevo basileo procuró rodearse de nobles griegos, empleó, a lo que parece, la lengua griega al igual que la servia y redactó en griego algunos de sus decretos. "Las clases privilegiadas de Servia, los señores y el clero, que gozaban en el país de considerable poder e influencia y acostumbraban poner trabas a la libertad de acción de los monarcas, hubieron de reconocer la autoridad superior del zar e inclinarse ante él como soberano absoluto".[414]

Según el uso bizantino, Dusham hizo coronar a la vez a su mujer y proclamó a su hijo, niño de diez años, "kral de todos los territorios servios". Después de su coronación Dushan expresó su gratitud a las iglesias y conventos griegos, mediante una serie de cartas patentes y visitó el Athos con su esposa, deteniéndose allí cerca de cuatro meses, orando en todos los conventos, distribuyéndoles larguezas y recibiendo por doquier "la bendición de los santos padres, virtuosos y semejantes a los mismos ángeles por sus costumbres".

Una vez coronado, Esteban no soñó sino en tomar Constantinopla, juzgando que sus victorias y su coronación habían eliminado todos los obstáculos. Pero en la última parte de su reinado sus campañas contra Bizancio hubieron de ser menos frecuentes que antes y su atención hubo de volverse tanto a las guerras que mantuvo al oeste y al norte como a la organización interna de su monarquía. "Sólo esto distrajo la atención de Dushan, ya que sus miras y pensamientos seguían convergiendo en la atrayente extremidad sudeste de la Península. El deseo de apoderarse de aquel

---

[413] *Florínski, Los eslavos del sur y Biz., t. II, p. 126.*

[414] *Florinski, Monumentos de la actividad legislativa de Ducan (Kiev, 1888), p. 13. En ruso. 420 Florinski, ob. cit., t. II, p. 134 (en ruso)*

sudeste, o más bien de la ciudad mundial que se encontraba allí, excitó las ideas del monarca, hizose el principio director de toda su actividad, que caracterizó toda la época de su reinado".[415]

Arrastrado por su creencia en la fácil conquista de Constantinopla, Dushan no advirtió las dificultades que se oponían a su plan. Existía en primer término el poder creciente de los turcos, que también ambicionaban Bizancio y con los que no podía medirse el mal organizado ejército servio. Por ende, la ocupación de Constantinopla exigía una nota que a Esteban le faltaba. Entonces imaginó aliarse con Venecia. Tal proyecto estaba fracasado de antemano, porque Venecia, si bien no aceptaba con gusto la idea de que Constantinopla se hallara en manos de los Paleólogos, no hubiera consentido tampoco verla en poder del Estado de Dushan. De haber Venecia tomado Constantinopla merced a sus naves, la hubiera conservado para sí. Los esfuerzos de Dushan para aliarse a los turcos fracasaron merced a la política de Cantacuzeno. Y además los intereses de Esteban y de los turcos tenían que chocar neCésariamente.

La intervención del zar servio en los asuntos interiores de Bizancio no rindió resultados tangibles. En los últimos años del reinado de Esteban una hueste servia que peleaba al lado de Juan V fue aniquilada por los turcos. Dushan acumulaba decepción tras decepción y veía cerrársele el camino de Constantinopla.

Las crónicas de Dubrovnik (Ragusa) hablan de una última gran expedición preparada por Esteban contra Constantinopla y no consumada por haberle sorprendido antes la muerte. Pero esos informes no aparecen confirmados por ningún testimonio contemporáneo ni son aceptadas como valederas por los especialistas de ese período.[416]

El gran monarca servio murió en 1355. No había podido crear el Imperio grecoservio que debía substituir al bizantino, consiguiendo sólo establecer un Imperio servio que incluía territorios griegos y que a su muerte se disgregó, según frase de Juan Cantacuzeno, "en mil pedazos".

Tan corta fue la duración de la monarquía de Dushan que no se puede, "hablando con justeza, que solamente se pudo distinguir en ella sino dos momentos: el de su fundación, que duró todo el reinado de Dushan, y el de su disgregación, que empezó a la muerte del fundador".[417]

"Diez años más tarde —escribe el ruso Pogodin— podía recordarse la grandeza del Estado servio como un remoto pasado".[418] Así la tercera y mayor tentativa de los eslavos para fundar en los Balcanes un gran Imperio con Constantinopla por capital, terminó en un fracaso. La Península balcánica quedaba abierta, casi sin defensa, a los proyectos de conquista de los turcos osmanlíes.

Bizancio y los turcos en el Siglo XIV. Conquistas turcas en la península balcánica. Caída de Servia y Bulgaria. Situación de Bizancio a fines del siglo XIV.

Al finalizar el reinado de Andrónico el Joven, los turcos se habían adueñado casi en absoluto del Asia Menor. La parte oriental del Mediterráneo, así como el Archipiélago, se hallaban bajo la incesante amenaza de los piratas turcos, ya fuesen selyúcidas u osmanlíes. La situación de los cristianos de la península, de las costas y de las islas era intolerable; el comercio apenas existía. Las invasiones turcas obligaron a Atanasio, monje del Athos, a emigrar a Tesalia, donde fundó los famosos monasterios "colocados en los aires", "los mágicos y fantásticos conventos de Meteora, que coronan los escarpados picachos del bravío valle de Kalabaka".[419]

El rey de Chipre y el Gran Maestre de la Orden de los Caballeros Hospitalarios imploraron al Papa que organizase en Occidente una expedición contra los turcos. Pero las pequeñas fuerzas de

---

[415] *Florinski, Los eslavos del sur y Bizancio,. t. II, p. 141 (en ruso).*

[416] *Florínski, Los esl. del sur y Bizancio, t. II, p. 200—201, 206—207.*

[417] *Florinski, ob. cit., t. II,.{en ruso).*

[418] *A. Pogodin, Historia de Servia (San Petersburgo, 1909), p. 79. En ruso.*

[419] *Ver Nikos A. Bees, Geschichtliche Forschungsresullate und Mvnchs und Volkssagen über die Gründer der Meteorenktoster (Byz. Neugr. Jahrb., t.* III (1922), p. 364—369). W. Miller, The Latins in the Levant, p. 294—295

socorro que respondieron a la llamada del Papa no pudieron hacer cosa considerable. Los turcos estaban firmemente resueltos a instalarse en tierra europea. Facilitaron este propósito las guerras civiles del Imperio, que, sobre todo en la época de Juan Cantacuzeno, llevaron a los turcos a intervenir muchas veces en las turbulencias interiores de Bizancio.

Es usual asociar la primera instalación de los osmanlíes en Europa al nombre de Juan Cantacuzeno, quien en efecto empleó repetidamente a los turcos para luchar contra los Paleólogos. Sabido es que Cantacuzeno casó su hija con el sultán Orján, Invitados por Cantacuzeno, los turcos, sus aliados, asolaron repetidamente la Tracia. Nicéforo Gregoras observa que Cantacuzeno aborrecía tanto a los romanos como apreciaba a los bárbaros.

Es muy probable que la inicial colonización turca de la península de Gallípoli (Quersoneso trácico) fuese conocida y aprobada por Cantacuzeno. El mismo Gregoras dice que, en ocasión de que en la iglesia de palacio iba a celebrarse un oficio cristiano, los turcos osmanlíes admitidos en la capital danzaban y cantaban ante el palacio mismo, "emitiendo sones ininteligibles y cantando himnos a Mahoma, con lo que obligaban a la multitud a escucharlos antes que a los Santos Evangelios". Para satisfacer las exigencias monetarias de los turcos, Cantacuzeno les entregó el dinero enviado por el Gran Príncipe de Moscovia, Simeón el Soberbio, a efectos de restaurar la iglesia de Santa Sofía, que estaba en vías de ruina.

Los turcos se habían instalado poco a poco en Europa —en Tracia y en la península de Gallípoli— probablemente desde los primeros años del reinado de Cantacuzeno, pero no se les había considerado muy peligrosos porque vivían sometidos a las autoridades bizantinas. Mas, a mediados del siglo XIV, los turcos se apoderaron del castillo de Zympa, cerca de Gallípoli, en el Quercoseno trácico. Cantacuzeno intento comprar a fuerza de oro la evacuación de Zympa, pero no lo logró.

En 1354, casi todo el litoral de Tracia fue devastado por un terrible cataclismo que destruyó muchas ciudades y fortificaciones. Los turcos instalados en Zympa aprovecharon la ocasión para ocupar varias ciudades del Quersoneso abandonadas por sus moradores, como Gallípoli, lugar que convirtieron en un importantísimo centro estratégico, edificando muros, poderosas fortificaciones y un arsenal y situando allí una guarnición. De este modo se convirtió Gallípoli en base de ulteriores penetraciones en los Balcanes. La noticia de la toma de Gallípoli por los turcos sumió a los bizantinos en desesperación. Según Demetrio Cidonio, eminente representante de la literatura de la época, en toda la ciudad hubo gritos y lloros, y agrega: "¡Qué clase de pláticas predominaban entonces en la ciudad! ¿No estamos perdidos? ¿No estamos entre los muros como en una especie de red tendida por los bárbaros? ¿No es feliz el que ha abandonado la ciudad ante el peligro?" Según el mismo autor, todos se apresuraban "para escapar a la esclavitud", a marchar a Italia, a España y aun más lejos", "hacia el mar situado allende las Columnas", es decir, probablemente a Inglaterra, por el estrecho de Gibraltar. Un cronista ruso nota, respecto a estos sucesos: "En el año 6854 (1346) los ismaelitas (los turcos), llegaron al lado de acá de la tierra griega. En el año 6865 (1357) tomaron a los griegos Gallípoli".[420]

El representante de Venecia en Constantinopla, comprendiendo la gravedad de la situación, informó a la Señoría del peligro turco, de la posibilidad de que los restos del Imperio pasaran a manos turcas, del descontento existente en Bizancio contra el emperador y sus ministros, y del deseo del pueblo de someterse a los latinos y en particular a Venecia.

En otra nota, el mismo embajador escribía que los griegos de Constantinopla deseaban el dominio de Venecia para defenderse contra los turcos, y, de no ser ese dominio posible, el "del rey de Hungría o de Servia". Es difícil precisar en qué medida esta última opinión reflejaba el verdadero sentir de Constantinopla.

Los historiadores suelen considerar a Cantacuzeno como único culpable de la instalación de los turcos en la Península balcánica, ya que los llamó en su socorro para luchar contra Paleólogo.

---

[420] *Anales de Voskressensk.Colección cómpleta de anales, tomo VII. página 251 (en ruso).*

Existe la idea general de que la sucesiva dominación de los turcos en una parte de Europa fue debida a Cantacuzeno. Pero la causa de ese hecho fatal para Bizancio y Europa no reside, de cierto, sólo en aquel hombre. La razón principal de los hechos ha de buscarse en la situación general de Bizancio y de la Península balcánica, situación que impedía cerrar el paso al avance turco hacia el oeste. Si Cantacuzeno no los hubiese llamado a Europa, no por ello hubieran dejado los osmanlíes de venir. Florinski, excelente especialista de esta época, escribe: "Los turcos, con sus incesantes incursiones, se habían abierto un camino para la conquista de Tracia. La situación interna del mundo grecoeslavo contribuía al éxito e impunidad de sus invasiones. Y además, ninguno de los estadistas de los diversos pueblos y naciones que ejercían entonces actividad en los límites de dicho mundo, se dio cuenta manifiesta del gran peligro que representaban las fuerzas musulmanas que amenazaban por allí. Por lo contrario, todos trataron de entenderse con ellos, con intenciones estrictamente egoístas. Así, Cantacuzeno no hace excepción". Como Cantacuzeno, los venecianos y genoveses, "defensores privilegiados del cristianismo contra el islamismo", buscaron la alianza turca a la vez que Cantacuzeno, Y lo mismo hizo Dushan, "gran zar de los servios y griegos". "Cierto que no se puede justificar plenamente a Cantacuzeno. No cabe descargarle por completo de la responsabilidad de los tristes sucesos que condujeron a la instalación de los turcos en Europa, pero no ha de olvidarse que no fue responsable único. Esteban Dushan habría probablemente conducido con él a la Península tropas turcas, como Cantacuzeno, de no anticipársele éste aliándose con Orján".

Aprovechando las turbulencias incesantes de Bizancio, Bulgaria y Servia, los turcos establecidos en Gallípoli continuaron sus avances en los Balcanes.

Murad I, sucesor de Orján, tras ocupar varios puntos fortificados en las cercanías de Constantinopla, se adueñó de puntos tan importantes como Filipópolis y Adrianópolis y, avanzando hacia el oeste, principió a amenazar Tésalonica. La capital turca se instaló en Adrianópolis (Edirne). Constantinopla quedaba gradualmente cercada por los turcos y el emperador seguía pagando tributo al sultán.

Murad, con sus avances, se enfrentaba a Servia y Bulgaria, que en virtud de sus querellas intestinas había perdido su fuerza anterior. Murad atacó a los servios. Lázaro, príncipe servio, le resistió. La batalla decisiva se llevó a cabo en el estío de 1389 en la llanura de Kosovo *(Kosovo polié,* "Campo de los Mirlos", en Servia central). La fortuna al principio sonrió a los cristianos. Se cuenta que uno de los máximos héroes servios, Milosh Obilich o Kobilich, fingió pasarse a los turcos y, penetrando en la tienda de Murad, le mató con un puñal envenenado. Pero la confusión surgida entre los turcos fue pronto dominada por el hijo de Murad, Bayaceto, el cual copó a los servios infligiéndoles una derrota aplastante. Lázaro, hecho prisionero, fue ejecutado. El año de Kosovo fue el año de la ruina servia. Los míseros restos del Imperio servio, aunque siguieron subsistiendo durante setenta años, no merecen siquiera el nombre de Estado. En 1389 Servio quedó sometida a Turquía.

En 1393, después de morir Juan V, Tirnovo, capital de los búlgaros, fue tomada por los turcos y al poco tiempo toda Bulgaria se halló conquistada por el Imperio turco.

Poco antes de morir, Juan V, viejo y enfermo, hubo de sufrir una humillación que apresuró su fin. Para proteger la capital contra los turcos, Juan había hecho restaurar las murallas y construir nuevas fortificaciones. El sultán, sabedor de esa medida, ordenó a Juan destruir todo lo ejecutado, amenazándole, si no, con cegar a Manuel, hijo y sucesor del emperador. Manuel estaba entonces en la corte de Bayaceto. Juan se vio forzado a someterse a la orden. Constantinopla entraba en la fase más crítica de su existencia.

Relaciones de Bizancio y Génova en el siglo XIV. La peste de 1348. Papel de Bizancio en la guerra veneciano—genovesa.

Sabemos que a finales del reinado de Andrónico III la colonia genovesa de Gálata gozaba de una situación magnífica en lo político y en lo económico, siendo una especie de Estado dentro del Estado. Valiéndose de la ausencia total de flota bizantina, los genoveses inundaron con sus naves

todo el Archipiélago y absorbieron en absoluto el comercio de importación del mar Negro y los estrechos. Según Nicéforo Gregoras, las rentas de las aduanas de Gálata subían anualmente a doscientas mil piezas de oro, mientras Bizancio apenas recibía treinta mil. Comprendiendo el peligro que Gálata hacía correr a Bizancio, Juan Cantacuzeno, aun en medio de las turbulencias interiores del Imperio y de la escasez de numerario, emprendió la construcción de barcos mercantes y de guerra. Los genoveses de Gálata, inquietos, resolvieron oponerse a los proyectos de Cantacuzeno y así ocuparon la colina que dominaba Gálata, erigiendo muros, una torre y pertrechos de tierra. Pero el primer ataque genovés contra la capital misma terminó en un fracaso. Los navios construidos por Cantacuzeno entraron en el Cuerno de Oro, haciendo que los genoveses, viendo la potencia de aquella flota, se sintiesen inclinados a la paz. En esto, la inexperiencia de los capitanes griegos y una tempestad que entonces se desencadenó, hábilmente explotado todo ello por el almirante genovés, produjeron la destrucción de la flota griega y las naves genovesas desfilaron ante el palacio imperial insultando el estandarte del emperador que ondeaba en las naves echadas a pique. Al fin llegóse a un acuerdo, quedando las alturas inmediatas a Gálata en manos de los genoveses, quienes se tornaban así aun más peligrosos para Constantinopla.

Semejante acrecimiento de la considerable influencia genovesa repercutió en Venecia, que miraba a Génova como su más temible rival en Oriente. Los intereses de las dos repúblicas chocaban particularmente en el mar Negro y el Palus Meotis, o mar de Azov, donde los genoveses se habían instalado en Crimea, ocupando Caffa (hoy Teodosia) y Tañáis, en la desembocadura del Don, cerca de la actual ciudad de Azov. El Bósforo, acceso del mar Negro, y Gálata, estaban en manos de los genoveses, quienes habían montado en las orillas del estrecho una especie de aduana que imponía fuertes portazgos a los barcos no genoveses, y sobre todo a los venecianos y bizantinos, que se dirigían al mar Negro. Génova tendía a monopolizar el tráfico en el Bósforo. En las islas y litoral del Egeo los intereses de Venecia y Génova pugnaban también entre sí.

En 1348 estalló la peste, que hizo aplazar la guerra entre las dos repúblicas. Aquel terrible azote, llamado también "muerte negra", llegó, partiendo de las profundidades de Asia, a Crimea demás costas del mar de Azov, desde donde las galeras apestadas de los genoveses partidos de Tañáis y Caifa transmitieron la epidemia a Constantinopla, ciudad en que, según los testimonios, probablemente algo exagerados, de los cronistas occidentales, la peste causó la muerte a las dos terceras partes, u ocho novenas partes de los moradores.[421] Luego la peste se propagó a las islas del Egeo y litoral del Mediterráneo. Los historiadores bizantinos nos han dejado un minucioso relato de la plaga y de la impotencia de los médicos para combatirla.[422] En su descripción de la epidemia, Juan Cantazuceno imita el célebre cuadro que de la peste en Atenas de Tucídides en su libro segundo. Según los cronistas occidentales, las galeras genovesas llevaron la peste desde Bizancio a las costas de Italia, Francia y España. "Hay algo de inimaginable —nota Kovalevski— en ese ininterrumpido viaje de galeras apestadas de puerto a puerto del Mediterráneo". Desde dichos puertos la peste se corrió hacia el norte y oeste, extendiéndose por Italia, Francia, España, Inglaterra, Alemania y Noruega. En aquella época escribió Boccaccio en Italia su célebre "Decamerón", que comienza con "una descripción de la Muerte Negra, descripción clásica por su pintoresquismo y su mesurada solemnidad".

Boccaccio habla de "tantos hombres valerosos, bellas damas y jóvenes amables... en plena salud, que se desayunaban por la mañana junto a sus padres, compañeros y amigos y por la noche cenaban con sus antepasados en el otro mundo". Los sabios comparan a menudo la descripción de Boccaccio con la de Tucídides se ponen al humanista por encima del clásico.

---

[421] *Chronicon Estense. Muratori, Scriptores rerum italicarum, XV, 448. Bartolomé della Pugliola, Historia miscella Bononensis, Muratori, XVIII, 409.*

[422] *Nic. Grcg.. XV, I, 5 (II, 797—798). Cantacuzeno, IV, 8 (III, 49—53).*

Desde Alemania la peste pasó, por el Báltico y Polonia, a Pskov, Novgorod y Moscú, donde contó entre sus víctimas al príncipe Simeón el Soberbio (1353), propagándose después a toda Rusia. En ciertas poblaciones, según una crónica rusa, "no quedó alma viviente".[423]

Venecia, entre tanto, se preparaba activamente a la guerra. En cuanto comenzó a olvidar los horrores de la peste, la república concluyó una alianza con el rey de Aragón. Éste, descontento de los genoveses, accedió a dirigir sus fuerzas contra la costa e islas italianas, lo que facilitaba la acción de Venecia en Oriente. Después de algunas vacilaciones, Juan Cantacuzeno se unió a la alianza catalano—veneciana, acusando al "ingrato pueblo de los genoveses" de haber olvidado "el temor de Dios", de asolar los mares "como si los genoveses estuviesen atacados de la manía de la rapiña" y "de procurar turbar incesantemente los mares y a los navegantes con sus ataques piráticos".

El combate más importante, en el que participaron unas 150 naves griegas, aragonesas, genovesas y venecianas, se libró hacia 1350 en el Bósforo y no tuvo resultado decisivo. Ambas partes pretendieron haber ganado la batalla. La aproximación de los genoveses a los turcos osmanlíes hizo que Cantacuzeno, abandonando la alianza anterior, se reconciliase con los genoveses, prometiéndoles no auxiliar a Venecia y autorizándoles a agrandar su colonia de Gálata, Génova y Venecia, cansadas de la guerra, firmaron la paz después de algunos últimos encuentros. Esta paz, no resolviendo las diferencias esenciales de las dos repúblicas, desembocó en otro conflicto, llamado guerra de Tenedos. Tenedos, una de las pocas islas del Archipiélago que seguían en manos bizantinas, tenía importancia excepcional —por su situación a la entrada de los Dardanelos— para quienes mantuvieran relaciones mercantiles con Constantinopla y el mar Negro. Al pasar ambas márgenes del estrecho a poder de los osmanlíes, Tenedos era, además, magnífico punto de observación de las actividades de los turcos. Venecia deseaba hacía mucho aquella isla y tras largas negociaciones con el emperador obtuvo la cesión de Tenedos. Los genoveses, no queriendo tolerarlo, provocaron en Constantinopla una revolución que destronó a Juan V y puso en el trono, por tres años, a su hijo Andrónico. La guerra que sobrevino entre ambas repúblicas las agotó y arruinó a todos los Estados que tenían intereses comerciales en Oriente. La lucha concluyó con la paz de Turín (1381).

Poseemos un amplio y detallado informe de la Conferencia de Turín[424] la cual, con el concurso personal del duque de Saboya, ocupóse en estudiar y resolver diversos problemas de la vida internacional, ya muy compleja en aquella época, elaborando las condiciones de paz. De estas sólo nos interesan las que zanjaron el conflicto vénetogenovés y tenían alcance para Bizancio. Venecia se obligaba a evacuar Tenedos, cuyas fortificaciones serían arrasadas, y la isla, al cabo de cierto tiempo, pasaría al duque de Saboya, emparentado a los Paleólogos a través de Ana de Saboya, mujer de Andrónico III. Así, pues, ni Genova ni Venecia obtuvieron el punto estratégico cuya posesión tanto codiciaban.

Pero Tafur, viajero español que visitó Constantinopla en 1437 nos da una muy interesante descripción de Tenedos. El texto reza, aproximadamente. "Llegamos a la isla de Tenedos ante la cual echamos el ancla y donde desembarcamos. Mientras se reparaba el barco visitamos la isla. Hay allí muchos conejos y la isla está cubierta de vides, mas todas echadas a perder. El puerto de Tenedos, por lo reciente, parece construido hoy, y por ende con buena mano. El muelle es de grandes piedras y columnas, y las naves tienen allí buen ancladero para afirmar el áncora. Hay otros lugares donde pueden anclar los navios, más ese es el mejor, porque hállase precisamente cara a los estrechos de la Romanía (Dardanelos). Domina el puerto una alta colina, coronada por un castillo bastante recio. Este castillo fue causa de abundosos conflictos entre los genoveses y venecianos hasta que el Papa decidió que fuera desmantelado y no perteneciera a nadie. Empero, ello fue sin duda alguna poco prudente, porque el puerto es uno de los mejores del mundo. Ninguna nave puede

[423] *Anales de Nikonav. Colección completa de las crónicas rusas, t. X, p. 224. En ruso antiguo. 197*

[424] *Liber iurium republicae Genuensis (Augustae Taurinorum, 1857), II, 858—906 (Monumento Historiae Patriae, IX); Monumento spectantia historiam slavarum mcndionalium, IV, 119—163.*

entrar en los Dardanelos sin anclar primero aquí, para encontrar el paso, que es muy angosto, y los turcos, sabiendo cuan numerosos son los barcos que tocan la isla, se arman, montan emboscada y matan muchos cristianos".[425]

La conferencia de Turín debía arreglar la cuestión candente del monopolio mercantil genovés en los mares Negro y de Azov. Según las condiciones de paz, Génova renunciaba a cerrar a los venecianos el mar Negro y el acceso de Tañáis. Las naciones mercantiles reanudaban así sus relaciones con dicha última ciudad, que, por su situación en la boca del Don, era uno de los más importantes centros de comercio con los pueblos orientales. Juan V, respuesto en el trono, tuvo otra vez con Génova tratos pacíficos. Bizancio, empero, seguía fluctuando entre las dos repúblicas, cuyos intereses comerciales en Oriente continuaban en pugna a pesar de la paz. De todos modos la paz de Turín, finalizando la querella venecianogenovesa, tuvo la importancia de permitir a las naciones que se relacionaban con Bizancio la reanudación de un tráfico interrumpido hacía mucho. Mas la suerte ulterior de ese tráfico dependía de los osmanlíes, a quienes, como ya se notaba con claridad en el siglo XIV, pertenecía la suerte del Oriente cristiano.

Manuel II (1391—1425). Constantinopla y los turcos. Cruzada de Segismundo de Hungría y batalla de Nicópolis.

En uno de sus trabajos, Manuel II escribe: "Apenas salido de la infancia y antes de alcanzar la edad viril, fui arrojado en una vida llena de males y turbulencias, pero que permitía prever que el porvenir nos haría considerar el pasado como una época de serena tranquilidad", Manuel no fue engañado por sus presentimientos.

Ya vimos en qué humillante estado se hallaba Bizancio, o, mejor dicho, Constantinopla, en los últimos años del reinado de Juan V. Al morir éste, Manuel residía en la corte de Bayaceto. Informado de la muerte de su padre, Manuel consiguió huir de la corte del sultán y llegar a Constantinopla, donde fue coronado emperador. Según una fuente bizantina, Bayaceto, temeroso de la popularidad de Manuel, lamentó no haberle dado muerte mientras le tenía en su corte. Según el mismo historiador (Ducas) un emisario de Bayaceto transmitió a Manuel las siguientes palabras del sultán: "Si quieres ejecutar mis órdenes cierra las puertas de la ciudad y reina en su interior, porque todo lo que hay fuera de la ciudad, me pertenece. Y, en efecto, a partir de aquel instante Constantinopla se halló como en estado de sitio. La única ventaja para la capital consistía en el mal estado de la flota turca. En virtud de esto, los turcos, aunque señores de ambas orillas del estrecho, no podían impedir del todo a Bizancio que comunicase con el mundo exterior. Fue particularmente crítico para el Oriente cristiano el momento en que Bayaceto, merced a un ardid, reunió en cierto lugar a los miembros de la familia de los Paleólogos, con Manuel y los príncipes eslavos a su cabeza. Parece que el osmanlí tuvo entonces la idea de terminar con ellos de un solo golpe, a fin de que —según las propias palabras del sultán, citadas por Manuel—, "después de arrancar las espinas del suelo (esto es, los cristianos), sus hijos pudiesen danzar sobre la tierra de los cristianos sin temor a ensangrentarse los pies". No obstante, perdonóse la vida de los miembros de las familias reinantes y la ira del sultán sólo se descargó sobre muchos personajes nobles de sus séquitos.

En 1392 Bayaceto organizó una expedición marítima contra Sínope, en el mar Negro. Al frente de la flota turca, Bayaceto colocó a Manuel. Venecia, entonces, pensó que el ataque no iba contra Sinope, sino contra las posesiones venecianas, y que era una maniobra griega disfrazada, con el socorro de tropas turcas. Al propósito, Silberschmidt observa que el problema oriental hubiera podido solucionarse en el siglo XIV mediante la formación de un Imperio greco—turco.

---

[425] *Andansas e viajes de Pero Tafur por diversas partes dei mundo avidos (1435—1439)* (Madrid, 1874) (Colección de libros catalanes raros o curiosos, vol. VIII). traducción inglesa de Malcolm Letts, Travéls and adventures de Pero Tafur (Nueva York y Londres, 1926), p. 113—114.

Pero este interesante episodio, que conocemos por los archivos de Venecia, no tuvo consecuencias importantes. A poco Bayaceto y Bizancio se apartaron el uno de la otra, y Manuel volvióse hacia Occidente, momentáneamente dejado en paz por el sultán.

Manuel reanudó las relaciones con Venecia. Entonces Bayaceto trató de aislar a Constantinopla de los países que la avituallaban. Cundió la escasez en Constantinopla. Según un historiador bizantino, la gente demolía sus propias casas para encontrar maderas que permitiesen cocer el pan.[426] A pedido de los embajadores bizantinos, Venecia envió grano a Constantinopla.

Los progresos turcos en los Balcanes indicaban el peligro inminente que amenazaba a Europa. La conquista de Bulgaria y la sumisión casi total de Servia situaban a los turcos en las fronteras magiares. Segismundo de Hungría, comprendiendo la imposibilidad de resistir solo a los turcos, pidió ayuda a los soberanos occidentales. Francia respondió con más entusiasmo que otros países, y el rey francés envió a Segismundo una pequeña hueste, mandada por el duque de Borgoña. Polonia, Inglaterra, Alemania y otros Estados enviaron también tropas en corto número. Venecia se unió a los aliados. Poco antes de partir la cruzada de Segismundo, Manuel formó, a lo que parece, una liga incluyendo a los genoveses del Egeo, esto es, de Lesbos y Quío, y a los caballeros de Rodas, llamados "los puestos de vanguardia del cristianismo en el mar Egeo". Segismundo había acudido también a Manuel para la Cruzada, pero Manuel no pudo prestar ayuda eficaz, aun cuando acaso se comprometiese a participar en los gastos de la expedición.

La Cruzada sufrió un fracaso completo. En 1396 los cruzados fueron deshechos por los turcos en la batalla de Nicópolis (margen derecha del Danubio inferior) y hubieron de retirarse en desorden. Segismundo salvóse a duras penas, descendiendo en una pequeña embarcación hasta el mar Negro, por el Danubio, y llegando así a Constantinopla, desde donde, merced a una larga vuelta que hizo por el Egeo y el Adriático, pudo regresar a Hungría. El soldado bávaro Schiltberger, hecho prisionero en Nicópolis y que pasó en Gallípoli cierto tiempo, describe como testigo de vista el paso de Segismundo por los Dardanelos, paso que se efectuó sin que los turcos pudieran impedirlo. Según el relato de Schiltberger, los turcos, al saber el viaje del rey, alinearon en las orillas del estrecho a todos los cautivos cristianos y gritaron burlonamente a Segismundo que abandonara la nave y fuese a libertar a los suyos.

Batidos los cruzados, el sultán decidió, para concluir antes con Constantinopla, talar las regiones que aun pertenecían nominalmente al Imperio y de donde podían los bizantinos aguardar recursos. Devastó, pues, la Tesalia, que se sometió, y, según ciertas fuentes turcas, el sultán incluso se apoderó de Atenas por algún tiempo,[427] mientras sus mejores generales sometían a un terrible estrago la Morea o Peloponeso, donde reinaba como déspota el hermano de Manuel.

En la capital crecía el descontento del pueblo, el cual, fatigado y agotado, principiaba a acusar de sus desgracias al emperador, volviendo los ojos a su pariente Juan, quien en 1390, como vimos, había destronado durante algunos meses al padre de Manuel.

Éste, comprendiendo que no podría rechazar a los turcos con sus solas fuerzas, resolvió pedir socorro a los soberanos más influyentes de la Europa occidental y al gran duque ruso Basilio I, El Papa, Venecia, Francia, Inglaterra y acaso Aragón, recibieron favorablemente la demanda de Manuel. La petición que éste dirigió al rey de Francia juzgóse particularmente agresiva, ya que, según un cronista occidental de la época, "por primera vez se dio el hecho de que los antiguos soberanos del mundo entero pidiesen socorro a un país, tan lejano como Francia".[428] En resumen, las solicitudes de Manuel le procuraron algún dinero, insuficiente desde luego, y la promesa de un socorro en hombres por parte de Francia.

---

[426] *Ducas, cap. XII, p. 50*

[427] *Ver J. H. Mordtmann, Die erste Eroberung von Athen durch die Türken zu Ende des 14. Jahrhundrt (Byz. neugr. Jahrh., t. IV, 1923, p. 346—350).*

[428] *Chronique du religieux de Saint—Denis, publicada por Bellaguet, t. II (París, 1840),. p. 562.*

La petición de socorros dirigida por Manuel al gran duque de Moscovia fue apoyada por el patriarca de Constantinopla y acogida favorablemente en Moscovia. Parece que en Moscú no se trató de una petición de tropas, sino sólo, según una crónica rusa, "de una limosna a quienes estaban, en tanta necesidad y miseria, asediados por los turcos"[429] El dinero reunido fue enviado a Constantinopla, que lo recibió con viva gratitud.

Los socorros en dinero no podían, sin embargo, prestar a Manuel una ayuda eficaz. Carlos VI de Francia, cumpliendo su promesa, envió a Constantinopla 1.200 hombres, mandados por el mariscal Boucicaut.

Boucicaut fue una de las figuras más interesantes de la Francia de fines del siglo XIV y principios del XV. Hombre de extraordinarias valentía y decisión, había pasado toda su vida en viajes remotos y aventuras peligrosas. Siendo joven había ido a Constantinopla, atravesado Palestina, alcanzado el Sinaí y permanecido cautivo en Egipto algunos meses. Ya de regreso en Francia, unióse a la Cruzada de Segismundo de Hungría, combatiendo con prodigioso valor en Nicópolis y siendo apresado por Bayaceto. Rescatado tras escapar por milagro a la muerte, Boucicaut volvió a Francia, donde al año siguiente se le dio el mando de la hueste enviada a Oriente por Carlos VI.

En la expedición de Boucicaut participaron representantes de las más eminentes familias de la caballería francesa. Boucicaut empleó la ruta marítima. Sabedor de la llegada del mariscal a las proximidades de los Dardanelos, Bayaceto trató de cortarle el paso, pero las naves de Boucicaut, aunque no sin trabajo, se abrieron camino entre los bajeles turcos, arribando a Constantinopla donde fueron acogidos con el mayor júbilo. Boucicaut y Manuel ejecutaron incursiones asoladoras en el litoral asiático del mar de Mármara y el Bósforo, así como en el mar Negro. Pero estos éxitos no modificaron a fondo la situación ni libraron a Constantinopla de la amenaza turca. Comprendiendo la crítica situación de Manuel y de su capital, Boucicaut persuadió al emperador para que le acompañase a Occidente, a fin de que su presencia causara mayor impresión e inclinase a los soberanos a decisiones más enérgicas. Era evidente que expediciones tan modestas como la de Boucicaut no podía remediar la situación desesperada de Bizancio.

Viaje de Manuel II a Occidente. Batalla de Angora. Manuel II y Aragón.

Resuelto el viaje de Manuel a Occidente, su pariente Juan convino en hacerse cargo del gobierno en ausencia del emperador. A fines de 1399, Manuel y Boucicaut, acompañados de varías personalidades eclesiásticas y laicas, partieron hacia Venecia.[430] La actitud de esta república respecto a los socorros que pedía Bizancio era muy compleja. Los grandes intereses mercantiles de Venecia en Oriente forzaban a los venecianos a mirar la potencia turca, no sólo como la miraría un Estado cristiano, sino también en el sentido de los intereses comerciales propios. Venecia había incluso firmado algunos acuerdos con Bayaceto, y esto la vedaba el participar abierta y directamente en defensa de Bizancio. La rivalidad mercantil de Venecia con Génova y las relaciones de la primera con otros Estados italianos la impedían también apoyar a Manuel. No obstante, tanto Venecia como otras ciudades italianas visitadas por el emperador recibieron a éste con respeto y viva simpatía. No podemos precisar si Manuel se entrevistó con el Papa. De todos modos, al salir Manuel de Italia, alentado por las promesas de Venecia y del duque de Milán y por las bulas del Papa, creía aún en la eficacia de su viaje.

---

[429] Crónica de Nikonov *(Nibonovskaia Lietopis), Colección completa de Anales rusos, t. XI (1897), p. 168 (en ruso antiguo).*

[430] *Se hallará el más detallado relato del viaje de Manuel en A. Vasiliev, El viaje del emperador bizantino Manuel II la Europa occidental (1309—1403) (G. del Min. de Inst. Púb., t. XXXIV, 1912, p. 41—78 y 260—304). En ruso. Véase también G. Schlumberger, Un empereur de Byzance a Paris et a Londres (Revue des Deux Mondes, 15 diciembre 1915. Reedicion en Byzance et Croisades. París, 1927. P. 87—147). Jugie, Le voyage de l'ernpereur Manuel Paléologue en Ocident (Échos d'Orient, t. XV, 1812, p. 322—332).*

El emperador llegaba a Francia en un momento difícil. Transcurría entonces la guerra de Cien Años y la tregua existente entre los beligerantes cuando llegó Manuel, podía romperse de un momento a otro. En el interior, una enconada polémica y un violento conflicto dividían al Papa de Aviñón y a la Universidad de París, habiéndose producido, en consecuencia, un debilitamiento de la autoridad pontificia y el reconocimiento de la autoridad preponderante del rey en los asuntos eclesiásticos. Y, en fin, el rey Carlos VI padecía frecuentes ataques de demencia.

En París se habían preparado a Manuel una acogida solemne y habitaciones ricamente ornadas en el Palacio del Louvre. Un francés que asistió a la entrada del emperador en París le describe diciendo que era de estatura mediana, de contextura recia, de larga barba ya canosa. Manuel, en general, inspiraba estima y parecía a los franceses digno de su calidad de emperador.[431]

Manuel pasó en París más de cuatro meses, con resultados harto modestos, ya que el rey y su Consejo decidieron ayudarle con sólo 1.200 hombres, al mando de Boucicaut. Sin embargo, el emperador, contento de esta promesa, se encaminó a Londres por más ayuda, siendo recibido con los máximos honores y recibiendo muchas ofertas que pronto se cambiaron en decepciones. En una de sus cartas desde Londres, Manuel escribe: "El rey nos procura un socorro en soldados, arqueros, dinero y naves que desembarcarán al ejército donde lo pidamos".

Pero esta promesa no se cumplió. Manuel fue colmado de presentes y recibió muestras múltiples de respeto y honor, mas no obtuvo los socorros militares ofrecidos y volvió a París tras una estancia de dos meses en Londres. Adam Usk, historiador inglés del siglo XV, escribe: "He pensado para mí: ¡cuán infortunado es que este grande y remoto soberano cristiano de Oriente haya sido obligado por la violencia de los infieles, a visitar las lejanas islas occidentales para implorar socorro contra ellos! ¡Dios mío! ¿En qué has parado, antigua gloria romana? Las magníficas obras de tu imperio son ahora aniquiladas y con justeza podría citarse la frase de Jeremías: Princesa entre las provincias, se ha convertido en tributaria *[Lamentaciones, I]*. ¿Quién habría pensado que tú, que solías sentarte en trono de magnificencia y gobernabas al mundo, pudieses llegar a tal humillación que no tuvieses poder alguno para prestar socorro a la fe cristiana?"

La segunda estancia de Manuel en París duró cerca de dos años. Poseemos pocos informes al propósito. Probablemente los franceses se acostumbraron a Manuel, y, así, los cronistas, que tanto dijeran sobre él en su primera estancia, apenas hablan de la segunda. Lo poco que acerca de ese tiempo sabemos nos lo dicen las propias cartas de Manuel. Las correspondientes al principio de esos dos años están llenas de esperanzas para el porvenir. Pero poco a poco su confianza le abandona. El emperador comprende que no debe esperar ayuda seria ni de Inglaterra ni de Francia. Y respecto al último período de su segunda residencia en París, ni cartas poseemos siquiera.

En cambio conocemos datos curiosos sobre el empleo que daba el emperador a sus ocios parisienses. En el Louvre, lugar de su residencia, la atención del emperador fijóse en una espléndida tapicería, estilo Gobelinos, que representaba la Primavera. El emperador trazó una elegante descripción, en tono algo humorístico, de aquella imagen de la primavera en "una cortina real recamada".

En el ínterin, no se veía el fin de aquella infructuosa residencia de Manuel en Francia. Pero un suceso que se produjo en Asia Menor hizo al emperador marchar de Francia precipitadamente, camino de Constantinopla. En julio de 1404 se había librado la famosa batalla de Angora, donde Timur (Tamerlán) causó una tremenda derrota a Bayaceto, el sañudo enemigo de Bizancio, librando a Constantinopla, por repercusión., de un peligro inminente. La noticia de este suceso, tan importante para Manuel, no llegó a París sino dos meses y medio después de la batalla. El emperador se puso en camino y, por Génova, Venecia y la costa de Morea, volvió a su capital después de tres años y medio de ausencia.

En recuerdo de su viaje a Francia, Manuel donó al monasterio de Saint—Denís un manuscrito iluminado de Dionisio el Areopagita, entre cuyas miniaturas figuraban, como antes dijimos, una

[431] *Chronique áu retigieux de Saint Denis, XXI, i (p. 756).*

representando al emperador, su esposa y tres de sus hijos. Este manuscrito se conserva hoy en el Louvre. El retrato del emperador tiene mucho interés: los turcos hallaban en Manuel gran parecido con Mahoma, el fundador del Islam, y Bayaceto, según palabras del historiador bizantino Phrantzes, decía a proposito de Manuel: "El que no supiese que es emperador, diría, sólo por su aspecto, "que es emperador".

El viaje de Manuel a Europa resultó infructuoso respecto a los intereses vitales del Imperio, triste resultado que los historiadores y cronistas de Id época comprendieron y registraron en sus anales.

Pero el viaje implicó gran interés en el sentido del conocimiento que Occidente recibió del Imperio bizantino en la época de su decadencia. El viaje constituyó un episodio de la historia de las relaciones culturales de Oriente y Occidente a fines del siglo XIV y principios del XV esto es, en la época del Renacimiento italiano.

La batalla de Angora tuvo considerable importancia para el último período del Imperio bizantino.

A fines del siglo XIV, el disgregado Imperio mongol unificóse de nuevo bajo Tamerlán (Timur—Lenk, "el *rengo duro").* Timur emprendió una serie de lejanas y devastadoras campañas en la Rusia meridional, en el norte de la India y en Mesopotamia, Siria y Persia. Sus ofensivas se señalaron por actos de crueldad atroz: decenas de miles de hombres fueron exterminados, los campos asolados, las ciudades destruidas. El bizantino Ducas escribe: "Cuando los mongoles de Timur salen de una ciudad para ir a otra, la dejan tan desierta y abandonada que no se oye ni el ladrido de los perros, ni el cacareo de las aves de corral, ni los lloros de los niños".

Tamerlán, pasando de Siria al Asia Menor, chocó allí con los osmanlíes. Bayaceto corrió de Europa al lugar invadido y en 1402 se riñó cerca de Angora la célebre batalla en que Bayaceto fue completamente derrotado y cayó prisionero, pereciendo no mucho después en el cautiverio. Tamerlán, en vez de detenerse en el Asía Menor, comenzó una campaña contra China, y murió en. el camino. Tras su muerte su imperio se disgregó y perdió toda importancia. Pero los turcos quedaron tan quebrantados por el desastre de Angora que no pudieron emprender una acción decisiva contra Constantinopla, y así el agonizante Imperio bizantino tuvo vida durante medio siglo más.[432]

Manuel, al regresar de Occidente, seguía queriendo buscar el apoyo de la Europa latina contra los turcos. Poseemos dos interesantes cartas dirigidas por Manuel a los reyes de Aragón, Martín II (1395—1410) y Fernando I (1412—1416). En la primera carta, transmitida a su destinatario por el famoso humanista bizantino Manuel Crisoloras, entonces en Italia,[433] Manuel II informa a Martín de Aragón de que le envía las preciosas reliquias pedidas por éste y le ruega que haga llegar a Constantinopla el dinero reunido en España para socorrer al Imperio.[434] Crisoloras no obtuvo éxito

---

[432] *En la batalla de Angora se hallaron Payo de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos, embajadores mandados a Tamerlán por Enrique III de Castilla. Aquél, a decir de Clavijo, "fizóles mucha onra y tomólos consigo, y fizóles grandes conbites, e dióles ciertas dádivas"; entre las cuales, y con destino a nuestro rey, dos hermanas de gran belleza cautivadas en el campamento de Bayaceto, que una vez bautizadas casaron en España. La segunda embajada, la de Clavijo (a quien acompañaban Fray Alfonso Páez de Santa María y Gómez de Salazar), tenia por objeto una alianza con Timur para contrarrestar el predominio de loe musulmanes en las costas del Mediterráneo. La embajada llegó a Samarcanda el 8 de septiembre de 1404 y fue bien recibida por el tártaro, mas no alcanzó resultado alguno, pues ya el emperador, ocupado en la campaña sobre China, iba enfermo de muerte ("tan viejo era — dice Clavijo — que los palpaos de los ojos tenía todos caídos;...era muy flaco e avia perdido la habla, e estava en punto de muerte"), lo que acaeció de allá a pocos meses. (N. del R.)*

[433] *Acerca de Crisoloras, véase más adelante*

[434] *Ver C. Marinesco, Manuel II Paleólogo y los reyes de Aragón, comentario sobre cuatro cartas inéditas en latín, expedidas por la cancillería bizantina (Boletín de la Sociedad Histórica de la Academia Rumana, t. XI (Bucarest, 1924, p. 194—195, 198—199).*

en su misión. Más tarde, durante un viaje por Morea, Manuel II escribió a Fernando una nueva carta fechada en Tesalónica. Por esa carta sabemos que Fernando había prometido al hijo de Manuel, Teodoro, déspota de Morea, acudir a Grecia con un fuerte ejército para ayudar a los cristianos en general y en particular a Manuel. Éste expresaba la esperanza de ver a Fernando en Morea.[435] Pero Fernando no acudió jamás.

La situación en el Peloponeso. Sitio de Constantinopla por los turcos en 1422.

En el último medio siglo de existencia de los restos del Imperio bizantino, el Peloponeso atrajo la atención del poder central de manera insólita. Considerando que en aquella época las posesiones imperiales se limitaban a Constantinopla y comarcas tracias adyacentes, a un par de islas en el Archipiélago, a Tesalónica y al Peloponeso, bien se comprenderá que éste se había convertido en parte esencial del Imperio griego. Los hombres del siglo XV descubrieron que dicho Peloponeso era una región antigua y puramente griega, que sus habitantes eran verdaderos helenos y no romanos, y que ningún otro lugar podía servir mejor para crear una base de lucha contra los otomanos. Mientras la Grecia del norte era presa de los turcos y el resto de la vieja Grecia estaba a punto de sucumbir, se creó en el Peloponeso una conciencia nacional y un foco de patriotismo griegos que acariciaban el sueño —irrealizable a causa de las condiciones históricas— de regenerar el Imperio y oponerse a los otomanos.

Tras la cuarta Cruzada, el Peloponeso o Morea había pasado a la dominación latina. A principios del reinado de Miguel VIII, Guillermo de Villehardouin, príncipe de Acaya, pagó su rescate con las tres fortalezas de Monemvasia, Maina y la recién erigida de Mistra. Desde entonces los griegos se afirmaron y extendieron su dominio por el Peloponeso, lenta, pero continuamente, a costa de los latinos. Por tanto la provincia bizantina creada allí a mediados del siglo XIV, adquirió gran importancia, organizándose en un despotado especial de virrey del Peloponeso. Ya sabemos que a fines del siglo XIV el Peloponeso sufrió una terrible devastación causada por los turcos. Considerándose incapaz de defender el país con sus propias fuerzas, el déspota de Morea propuso a la Orden Hospitalaria, asentada entonces en Rodas, cederle sus posesiones. Sólo una insurrección popular surgida en Mistra, capital del despotado, impidió al déspota realizar su proyecto. El quebranto sufrido por los osmanlíes en Angora dio algún respiro al Peloponeso, permitiéndole esperar un porvenir mejor.

Mistra, residencia del déspota y principal ciudad del despotado de Morea (muy cerca de la antigua Lacedemonia—Esparta y de la Esparta de la Edad Media), fue en el siglo XIV e inicios del XV el centro espiritual y político del helenismo renaciente. Allí estaban las tumbas de los déspotas de Morea; allí, después de una dilatada vida, murió y fue sepultado Juan Cantacuzeno. Aunque el nivel de civilización de la gente del país hacía a un contemporáneo, Mazaris, temer volverse bárbaro a su contacto, en la corte del déspota, en Mistra, se creó un foco intelectual al que se incorporaron griegos cultos, sabios, sofistas y cortesanos. Grcgorovius compara con razón la corte de Misira a las de ciertos príncipes italianos del Renacimiento. En aquella corte brilló, en tiempos de Manuel II, el célebre sabio, humanista y filósofo bizantino Gemisto Plethon, de quien hablaremos en breve.

En 1415 el emperador Manuel visitó el Peloponeso, del que era entonces déspota Teodoro, su hijo segundo. La primera medida adoptada por el emperador para defender la Península contra posibles invasiones, fue alzar en el istmo de Corinto una muralla acompañada de numerosas torres. Este muro se levantó sobre el emplazamiento del baluarte construido por los peloponesios en el siglo V a. de J. C., para oponerse al avance de Jerjes. Valeriano, en el siglo VI, al fortificar Grecia

---

[435] *Ver Marinesco (Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana), t. XI, p. 195—196, 200—201: "Vostra Excelentia illustri filio nostro, despoti Moree Porfirogenito, noti—ficaverat qualiter accedere intendebat pro communi utilitate christianorum et specialiter nostra ad dictas partes Moree cum potencia máxima"*.

contra los godos, había restaurado el baluarte, y Justiniano lo reconstruyó una vez más cuando Grecia fue amenazada por hunos y eslavos.

Previendo el peligro turco, el antecesor del déspota Teodoro había instalado en las regiones desiertas del Peloponeso numerosas colonias albanesas y Manuel II, en su oración fúnebre, alababa esta prudente precaución del difunto déspota.

Poseemos sobre los asuntos del Peloponeso dos fuentes muy interesantes y las dos de carácter muy diferente. La primera se debe al sabio y humanista Gemisto Plethon, quién sostenía la tesis de que los habitantes del Peloponeso presentaban el tipo más puro y antiguo de la raza helénica y de que del Peloponeso procedían las más nobles e ilustres familias helenas, que habían ejecutado "las acciones mayores y más célebres". La segunda es obra de Mazaris, autor del *Viaje de Mazaris al infierno*, escrito que constituye la "peor de las imitaciones de Luciano conocida hasta hoy", como dice, no sin cierta exageración, Krumbacher.

Mazaris, en su trabajo, describe en forma amena las costumbres del Peloponeso o Morea, cuyo nombre reproduce en la forma de "Mora", dimanado del vocable griego que significa "estupidez, tontería".

Contrariamente a Plethon, Mazaris distingue entre los pobladores del Peloponeso siete nacionalidades: griegos (para Mazaris, lacedemonios y peloponesios), italianos (esto es, los restos de los conquistadores latinos), eslavos, ilirios (albaneses), egipcios (gitanos) y judíos.

Esta enumeración corresponde a la realidad histórica. Aunque tanto el sabio humanista Plethon como el satírico Mazaris deban ser utilizados con precaución en cuanto fuentes, ambos nos dan una documentación rica e interesante para el estudio de la civilización del Peloponeso en la primera mitad del siglo XV.

A la época de Manuel II se remontan dos curiosas exposiciones de Gemisto Plethon sobre la necesidad de introducir reformas políticas y sociales en el Peloponeso. Uno de los memoriales fue dirigido al emperador y el otro a Teodoro, déspota de Morea. Los irrealizables proyectos del utopista heleno, absolutamente al margen de la realidad, han sido examinados por Fallmerayer en su *Historia de la península de Morea.*

Plethon se propone regenerar el Peloponeso, darle vida, y para ello sugiere una radical transformación del sistema social y una resolución nueva de la cuestión agraria. Según él, la población debe dividirse en tres clases: 1ª, cultivadores del suelo (labradores, viñadores, pastores); 2.ª, los que procuran a la agricultura sus medios de trabajo (quienes cuidan los bueyes, animales domésticos, etcétera); 3ª, los que mantienen el orden y la seguridad, es decir, el ejército, las autoridades y los funcionarios, a la cabeza de todos los cuales debe estar el emperador, como resguardo de la ortodoxia y del orden.

Plethon, enemigo del ejército mercenario, aconseja organizar una milicia para que el ejército pueda consagrarse por entero al cumplimiento de sus deberes inmediatos, Plethon divide los habitantes en dos categorías: contribuyentes y obligados al servicio militar. Los soldados no pagan impuestos; los contribuyentes, no sujetos al servicio militar, son llamados por Plethon "ilotas". Queda abolida la propiedad territorial: "Toda la tierra, como se desprende del estado natural de las cosas, es declarada propiedad común de toda la población; cada uno puede sembrar y construir donde quiera y labrar la cantidad de tierra que quiera y pueda". Tales son las principales disposiciones del plan de Plethon, el cual lleva las huellas de las ideas de Platón, a quien el humanista bizantino admiraba mucho. Ese escrito siempre quedará como un monumento interesante de la literatura bizantina bajo los Paleólogos. Algunos sabios notan en el proyecto de Plethon tendencias análogas a ciertos puntos del "Contrato social" de Rousseau y a las ideas del sansimonismo.

De este modo, en vísperas de la catástrofe definitiva, Plethon proponía a Manuel II un programa de reformas destinadas a hacer resurgir la Hélade. Diehl escribe: "Mientras Constantinopla decrece y se hunde, un Estado griego trata de nacer en Morea. Y, por vanas que sean sus aspiraciones, por estériles que sus deseos puedan parecer, no por eso deja de ser uno de los

fenómenos más curiosos y notables de la historia bizantina esa recuperación de conciencia del helenismo, esa comprensión y preparación obscura de un porvenir mejor".

Hasta principios de la tercera década del siglo XV, las relaciones de Manuel con el sucesor de Bayaceto, Mahomet I, uno de los más grandes representantes del Imperio osmanlí, se señalaron, a pesar de algunas ligerezas del emperador, por una paz y confianza mutuas. En una ocasión el sultán atravesó las cercanías de Constantinopla, a sabiendas del emperador. Éste acudió al encuentro de Mahomet y, aunque ambos soberanos permanecieron en sus galeras respectivas, mantuvieron, no obstante, una discusión cordial y cruzaron juntos el estrecho hasta la ribera asiática, donde el sultán instaló sus tiendas. El emperador no abandonó su nave, pero, mientras comían, los dos monarcas se enviaron el uno al otro los manjares más delicados de sus respectivas mesas.[436]

Con Murad II, sucesor de Mahomet, las circunstancias cambiaron. En los últimos años de su reinado, Manuel abandonó los asuntos públicos a su hijo Juan, que no tenía la experiencia, la nobleza ni la firmeza de su padre. Juan empeñóse a toda costa en apoyar a uno de los pretendientes al trono sultanicio. La tentativa fracasó y Murad, irritado, resolvió cercar Constantinopla y terminar de un golpe con aquella ciudad codiciada hacía tanto tiempo.

Pero las fuerzas de los otomanos, no repuestas aun del desastre de Angora, no bastaron al propósito. El asedio de Constantinopla se estableció en 1422. Poseemos una descripción de ese asedio en una obra consagrada especialmente a él, escrita por el contemporáneo musulmán, con muchas máquinas de guerra, inició un asalto a la población, pero la heroica defensa de los habitantes rechazó la embestida y después las dificultades interiores del Estado turco obligaron a los sitiadores a levantar el cerco. Como de costumbre, el pueblo atribuyó el éxito a la Virgen, protectora sempiterna de Constantinopla. Mas las tropas turcas, que no operaban sólo ante la capital, intentaron, también sin éxito, tomar Tesalónica y luego se dirigieron al sur de Grecia, donde, destruyendo la muralla alzada por Manuel en el istmo de Corinto, practicaron una devastadora incursión en Morea. El coemperador Juan VIII pasó un año en Venecia, Milán y Hungría, en busca de socorros. Por el tratado que concluyó la guerra, el emperador se comprometía a pagar tributo anual a los turcos y entregarles algunas ciudades de Tracia. Los territorios comarcanos a Constantinopla quedaron, pues, todavía más reducidos.

Después de aquel asedio el Imperio arrastró otros treinta años de existencia mísera, en espera continua de su fin inminente.

En 1425 Manuel murió paralítico. El pueblo, entristecido, acompañó el cadáver del emperador difunto hasta su última morada. Nunca, dice un historiador,[437] se había visto tal afluencia de hombres llorosos en el sepelio de un emperador. Berger de Xivrey, historiador del reinado de Manuel II, comenta: "Ese sentimiento parecerá sincero a quien recuerde todas las tribulaciones que aquel soberano compartió con su pueblo, todos sus esfuerzos para socorrerlo y la simpatía profunda que siempre tuvo en sus sentimientos y pensamientos para su pueblo".

El suceso capital del reinado de Manuel había sido la batalla de Angora, que, con la derrota turca, retardó en medio siglo la caída de Constantinopla. Esta disminución efímera del poder otomano no se debió a la fuerza de Bizancio, sino al poderío mongol accidentalmente surgido en Oriente. La Cruzada occidental que propugnaba Manuel contra los turcos no rindió el efecto apetecido. El asedio de Constantinopla en 1422 fue sólo el prólogo de la catástrofe de 1453. Más al apreciar las relaciones turco—bizantinas bajo Manuel, no debe olvidarse la influencia que dicho emperador ejerció sobre los sultanes turcos y que más de una vez apartó del agonizante Imperio la tormenta que lo amenazaba.

---

[436] *Jorge Phrantzes., I, 37 (p. 111—112). Juan Canano y titulada: Relato de la guerra de Constantinopla en 693 (1422), fecha en la cual Amurat—bey atacó la ciudad con un gran ejército, no logrando apoderarse de ella y fallando sólo merced a la gracia de la Santísima Madre de Dios. Un fuerte ejército*

[437] *Georgi Phzantzae, I, 40 (p. 121).*

Juan VIII (1425—1448). Territorio del Imperio. Toma de Tesalónica por los turcos. Situación crítica de Constantinopla. Derrota de los cristianos en Varna.

Bajo Juan VIII la extensión territorial del Imperio era modestísima. Ya vimos que su padre, poco antes de morir, hubo de ceder a los turcos varias ciudades de Tracia. Cuando Juan, en 1425, quedó como único emperador, su poder sólo se extendía sobre Constantinopla y sus contornos inmediatos. Las demás partes del Imperio —el Peloponeso, Tesalónica y algunas lejanas ciudades de Tracia— estaban bajo la autoridad de sus hermanos, como así también de principados casi independientes.

En 1430 los turcos conquistaron Tesalónica. Un hermano de Juan que gobernaba la ciudad con título de déspota, sintiéndose incapaz de luchar con los turcos, vendió Tesalónica a Venecia, a cambio de una suma de dinero. Los venecianos, al entrar en posesión de tan importante centro comercial, se comprometían, dice Ducas, a "protegerlo, aprovisionarlo, hacerlo más próspero y convertirlo en una segunda Venecia. Pero los turcos, dueños ya de las zonas contiguas, no habían de permitir a Venecia instalarse en Tesalónica. Bajo el mando personal del sultán pusieron cerco a la población. Las operaciones del sitio se hallan descritas en la obra *La última expugnación de Constantinopla,* debida a Juan Anagnostas (es decir, "el lector"), contemporáneo del drama. La guarnición latina de Tesalónica era escasa y los habitantes miraban a sus nuevos señores venecianos como extranjeros. Tesalónica, pues, no pudo resistir a los turcos y éstos, tras breve asedio, tomaron la ciudad por asalto, entregándola al pillaje y a toda suerte de vejaciones. Las iglesias fueron transformadas en mezquitas. La población fue acuchillada, sin distinción de edad ni sexo. El templo de San Demetrio de Tesalónica, patrón principal de la ciudad, fue dejado momentáneamente para uso de los cristianos, aunque en un estado de plena desolación.

La toma de Tesalónica por los turcos fue también descrita en versos griegos por un miembro del alto clero bizantino en su obra *Crónica del Imperio turco.*[438] Aquel desastroso suceso dio origen a diversos cantos populares griegos.[439]

La caída de Tesalónica produjo viva impresión en Venecia y en toda la Europa occidental. Se comprendió entonces la inminencia de la hora crítica de Constantinopla. Poco antes de caer Tesalónica, un peregrino que volvía de Jerusalén, el caballero borgoñón Bertrandon de la Broquiére, que nos ha dejado un interesante relato de su *Viaje a Ultramar,* visitó la capital de los Paleólogos. Betrandon alaba el excelente estado de las murallas, sobre todo de las terrestres, pero nota cierto abandono en la ciudad y habla de las ruinas y restos de dos magníficos palacios destruidos, según tradición, en virtud de órdenes enviadas a un emperador por el sultán turco. El peregrino borgoñón recorrió las iglesias de Constantinopla y otros monumentos, asistió a Oficios solemnes, vio en Santa Sofía la representación del misterio de los tres adolescentes arrojados por Nabucodonosor en un "horno ardiente", admiró la belleza de la emperatriz de Bizancio, oriunda de Trebisonda, y contó al emperador, interesado por la suerte de Juana de Arco, quemada poco antes en Rúan, "toda la verdad" sobre la famosa heroína francesa. El mismo autor da su opinión, fundada en sus observaciones personales, sobre la posibilidad de rechazar a los turcos e incluso recobrar Jerusalén: "Y para esto, paréceme que gentes notables y de buen gobierno, cual las tres susodichas naciones, es a saber, franceses, ingleses y alemanes, son asaz suficientes, y bien unidas en competente número podrían ir por tierra hasta Jerusalén. Que no es gran hecho emprender la conquista de Grecia; empero es menester mantenerse juntos, sin disputar... en desventaja suya".

Ante la inminencia del peligro turco, Juan VIII emprendió grandes trabajos de restauración de los muros de Constantinopla. Varias inscripciones conservadas aún hoy, con el nombre de "Juan

---

[438] *Sathas, Bib. gr. mediiaevi, I, 556—257 (versos 360—388).*

[439] *Ver Florence Macpherson, Historical notes on certain modern Creeck folksongs (Journal of Hetf. Stud., t. X, 1889, p. 86—87).*

Paleólogo, autócrata en Cristo", atestiguan el postrer esfuerzo de Bizancio para restablecer las fortificaciones de Teodosio el Joven, que parecieran antaño inexpugnables.

Más ello no bastaba para luchar contra los muslimes. Como sus predecesores, Juan VIII puso su esperanza en un apoyo eficaz de Occidente, logrado merced al Papa. Con tal propósito, el emperador, con numeroso séquito, pasó a Italia, donde fue firmada la famosa unión de Florencia, de la que hablaremos después. Pero el viaje del emperador no dio ningún resultado apreciable.

El Papa Eugenio IV predicó Cruzada, logrando unir contra los turcos a húngaros, polacos y rumanos. Se formó un ejército cristiano mandado por Ladislao, rey de Polonia y Hungría, con el concurso del famoso héroe húngaro Juan Huniada. En la batalla de Varna (1444) los cruzados sufrieron una derrota completa. Ladislao pereció en la acción y Juan Huniada, con los restos del ejército, se retiró a Hungría. La batalla de Varna fue la última tentativa occidental para ayudar a la agonizante Bizancio. A partir de 1444 Constantinopla se halló abandonada a su triste suerte.[440]

Ciertos documentos de los archivos de Barcelona, publicados recientemente, han revelado los ambiciosos planes del famoso rey de Aragón y Mecenas del Renacimiento, Alfonso V el Magnánimo, que murió en 1458. Después de reunir bajo su cetro a Nápoles y Sicilia, Alfonso proyectó una gran expedición a Oriente, lo que nos recuerda los vastos planes de Carlos de Anjou. Uno de los objetivos del rey aragonés era Constantinopla. La idea de una Cruzada contra los turcos no le abandonó jamás, comprendiendo que si el creciente poderío y la "insolente prosperidad" de los otomanos no eran quebrantados, él mismo no tendría seguridad alguna en los confines marítimos de sus propios reinos. Pero los grandiosos proyectos de Alfonso no se realizaron y los turcos no fueron amenazados nunca por aquel talentoso y brillante humanista y político.[441]

---

[440] *Casi todos los historiadores de la época, sean musulmanes o cristianos, están de acuerdo en achacar la rota al incumplimiento, por parte cristiana, de la tregua de diez años, concluida días antes de la batalla entre Ladislao y el sultán, perjurio basado en la absurda idea de que no es obligatorio mantener una palabra dada a los infieles, y de que Hungría no estaba capacitada para convenir espacio alguno sin consentimiento de la Santa Sede y de las demás potencias coligadas. Consta, en todo caso, que quienes mayormente decidieron a la jornada fueron el cardenal Césarini, legado poniificio, y Juan Huniada, habiendo inútilmente desaconsejado la batalla el caudillo válaco Vlac Dracul. (Véase Hammer—Purgstall, Geschichte des Osmanischen Reiches. Viena, 1835, XI.) La oración en que Murad pide el castigo de los perjuros se halla en la Tadyut—Tawarij, de Saad—ed—Din, II (Allegarles, récits poétiques et chants populaires, traduits de l'Arabe, du Persan, de l'Hindoustani et du Ture, par M. García de Taxy. París, 1876, pág. 606607). Es* curioso que lo que mudó el curso de la batalla, convirtiendo en derrota una victoria, fue la muerte de Ladislao, perpetrada al cortar un jenízaro, de un hachazo, una pata del caballo del rey, según una táctica turca que ya explica Ana Comnena, Atex, XIII, 801, como empleada contra los cruzados. (N. del R.)

[441] *Ver F. Cerone, La política oriéntale di Alfonso d'Aragona (Archivo storico per la Provinde Napoletane), t. XXVII (1902), p. 425—456 y 555—634). W. Norden, Das Papsttum uno Bíyzanz, p. 731—733. C. Marinesco prepara, fundándose en los documentos inéditos de los Archivos de la Corona de Aragón, en Barcelona, una obra consagrada especialmente a las relaciones de Alfonso V con Oriente, Manuel II Paleólogo y los reyes de Aragón (Bol. de la Sec. Hist. de la Ac. Rumana, t. XI (Bucarest, 1924), 197). Ver también D. Anastasijevic y P. Granic en sus Notas sobre el II Congreso Int. de Est. Biz. de Belgrado, 1927 (Belgrado, 1939), p. 162. — Como ejemplos de la política oriental del Magnánimo puede citarse" las relaciones que mantenía con los reyes de Egipto y Túnez, de Armenia, Chipre y Etiopía, así como los voivodas válacos y los pequeños príncipes cristianos del Mediterráneo oriental El capitán catalán Ramón de Ortafa era su virrey en Albania; sostuvo por todos los medios la heroica resistencia de Scanderbeg, y tropas suyas contribuyeron a la victoria de Belgrado. Pero el punto álgido de esa política es el convenio que estipuló con Juan de Hunyad, regente de Hungría. A tenor del mismo, Alfonso ceñiría la corona de San Esteban a cambio de levantar y equipar tropas para la Cruzada; para afianzar el pacto, Leonor, hija de Ferrante el bastardo de Alfonso, que había de sucederle en el trono de Napóles, casaría con el primogénito de Juan Huniada. La boda no se llevó a efecto, como tampoco el apoyo del anciano monarca a la Cruzada; pero, muertos Alfonso y el magiar, el hijo de éste, el rey Matías Corvino, casó con Beatriz, hermana de Leonor, y parece heredó los proyectos imperialistas del Magnánimo, cuya corte humanista tanto influyó en la del rey de Hungría. Interesante a este respecto es el estudio de F. Olivier Brachfeld, Alphonse le Magnanime (Nouvelle Revue de Hongrie, XXXVI (1943), págs. 275—279). (N. del R.)*

Tras la victoria turca en Varna, Juan VIII, que no había participado en la Cruzada[442] abrió negociaciones con el sultán, procurando amansarle mediante regalos. Así pudo gozar de paz con los turcos hasta el final de su reinado.

Mientras Bizancio, en su pugna con los turcos, sufría bajo Juan VIII constantes y graves fracasos, en el Peloponeso, casi independiente del gobierno central, las armas griegas obtenían una victoria considerable, aunque de resultados poco duraderos. Junto a las posesiones bizantinas existían en Morea restos del principado latino de Acaya y había algunos lugares, en el extremo sur de la península, que pertenecían a Venecia. A principios del siglo XV Venecia se propuso someter a su influjo la parte del Peloponeso que seguía en manos latinas, y al efecto entabló tratos con los diversos gobernadores del país. La república de San Marcos deseaba apoderarse del muro del istmo de Corinto, esperando oponerse así mejor a los ataques turcos, y además se sentía impulsada por sus intereses mercantiles. Según los informes recogidos por el representante de la república, los productos del país —oro, plata, seda, miel, trigo, uvas y otros— prometían beneficios considerables. Entre tanto, bajo Juan VIII, las tropas del déspota de Morea atacaron a los latinos, ocupando las zonas aun dominadas por ellos y terminando así con el gobierno franco en Morea. Desde entonces, y hasta la conquista de la península por los turcos, el Peloponeso perteneció por entero a los Paleólogos. Venecia, empero, conservó los puntos que antes poseía en el sur.

Un déspota de Morea, Constantino, hermano de Juan VIII y llamado a ser el último emperador de Bizancio, aprovechando ciertas dificultades surgidas a los turcos en los Balcanes, cruzó con su ejército el istmo de Corinto, rumbo a la Grecia del centro y del norte, que los osmanlíes se esforzaban en ocupar. El sultán Murad II consideró la invasión de Constantino como una ofensa personal y así, dirigiéndose hacia el sur, atravesó la muralla del istmo, sometió el Peloponeso a una terrible devastación y llevóse muchos griegos cautivos. Constantino, amedrentado, hizo la paz en los términos dictados por el sultán, quedando como déspota de Morea y pagando a los otomanos un tributo fijo.

Bajo Constantino Paleólogo, el famoso viajero, arqueólogo y comerciante llamado Ciríaco de Ancona, visitó por segunda vez Mistra, donde lo recibieron cortésmente el déspota y sus dignatarios. Ciríaco encontró en la corte a Gemiste Plethon, “el hombre más instruido de la época” y a Nicolás Calcondilas, hijo del ateniense Jorge Calcondilas y joven muy versado en latín y griego.[443] Este Nicolás es, sin duda, el mismo que Laonikos Calcondilas, ya que el nombre Laonikos constituye sólo una deformación de Nikolaos (Nicolás). En un primer viaje a Mistra, reinando el déspota Teodoro, en 1437, Ciríaco había visitado los antiguos monumentos de Esparta y copiado inscripciones griegas.[444]

Constantino XI (1449—1453). Toma de Constantinopla por los turcos.

Los territorios que reconocían la autoridad del último emperador bizantino estaban reducidos exclusivamente a Constantinopla, con las comarcas tracias adyacentes, y a la mayor parte de Morea, gobernada por los hermanos del emperador.

---

[442] *Sin embargo, Hammer—Purgstall cita una carta de Juan VIII, fechada a 30 de julio, en que se insta a los cruzados a proceder mientras el sultán está ocupado en Asia con las sublevaciones de Kararnán, para demostrar que el basileus entraba en la Liga. (N. del R.)*

[443] *La descripción del Peloponeso por Ciríaco, publicada por primera vez por R. Sabbadini, Ciríaco a’Ancana, e la sua descrizione autógrafa del Peloponneso trasmessa da Leonardo Botta, en Micellanea Cenani (Milán, 1910), p. 203—204. Sobre Ciríaco de Ancona, véase G. Castellani, Un traite inédit en grec de Cyriaque d’Ancóne (Revue des Etudes grecques, t. IX, 1896, p. 225—228). E. Ziebarth, t. II (Janina, 1926), p. 110—119. Hay algunas adiciones y correcciones en (Ibid, t. III, Janina, 1928, p. 223—224). Aquí se da la fecha exacta de la muerte de Ciríaco (1452), p. 224.*

[444] *Epigrammata reperta per Illyricum a Cyriaco Anconitano apud Liburniam (Roma, 1747), p. XXXVII.*

Las cualidades señeras de Constantino eran la nobleza de carácter, la energía, el valor y un patriotismo fervoroso, como lo acreditan la unanimidad de las fuentes griegas contemporáneas y el comportamiento del emperador durante el asedio de Constantinopla. El humanista italiano Francesco Fílelfo que conoció en persona al emperador antes de ser éste coronado, durante una estancia en Constantinopla, le califica en una de sus cartas de "pio et excelso animo".

El terrible y poderoso enemigo de Constantino fue el sultán Mahomet II. Mozo de veintiún años, reunía a sus bárbaros arranques de implacable crueldad y a su sed de sangre y de los vicios más viles, un gusto muy desarrollado por las artes y letras, una gran energía y elevadas cualidades de general, estadista y organizador. Una fuente bizantina dice que Mahomet se ocupaba con pasión en las ciencias, sobre todo en astrología; leía los relatos de las hazañas de Alejandro de Macedonia, de Julio César y de los emperadores de Constantinopla, y hablaba, además del turco, cinco idiomas. Las fuentes orientales alaban su piedad, su justicia, su misericordia y la protección que daba a sabios y poetas.

Los historiadores modernos emiten diversos juicios sobre Mahomet. Unos le niegan toda cualidad, [445]mientras otros ven en él una personalidad extraordinaria, casi genial[446]. El deseo de conquistar Constantinopla preocupaba al joven sultán a tal punto que, "noche y día, al acostarse, al levantarse, en su palacio, fuera, tenía por único cuidado las acciones y medios militares que le permitirían apoderarse de Constantinopla". En sus noches de insomnio dibujaba el plano de la ciudad y de sus fortificaciones, señalando los lugares por donde sería más fácil atacar.[447]

Han llegado a nosotros los retratos de los tres rivales: el de Constantino en sellos y algunos manuscritos más recientes, el de Mahomet en las medallas fundidas en el siglo XV por artistas italianos en honor del sultán. También existe un cuadro representando a Mahomet, obra del célebre artista veneciano Gentile Bellini (muerto en 1507), quien pasó algún tiempo en Constantinopla a fines del reinado de Mahomet II[448]

Mahomet, resuelto a terminar, preparóse con extrema prudencia. En primer término construyó al norte de la ciudad, en la orilla europea del Bósforo, allí donde éste se estrecha más, una fortificación torreada (Rumeli—Hissar), cuyas majestuosas ruinas existen aún. Los cañones montados en los baluartes lanzaban proyectiles de piedra, enormes para la época.

Al saberse las nuevas de la fortificación del Bósforo, un inmenso clamor de desesperación brotó, según Ducas, de la población cristiana de la capital, de Asia, de Tracia y de las islas: "Ahora la ruina de nuestra ciudad es inminente; he aquí que se manifiestan los signos de la ruina de nuestra raza; he aquí que llegan los días del Anticristo. ¿Que será de nosotros? ¿Qué haremos? ¿Qué es de los santos que protegen la ciudad?"[449]

Otro contemporáneo, testigo ocular de los hechos, el veneciano Nicolo Bárbaro, que asistió a todos los horrores de aquel ataque y escribió un *Diario del asedio,* escribe: "Esta fortificación es muy poderosa por el lado de la mar. No se puede conquistar por ningún medio, porque en la costa y

---

[445] *Por ejemplo, Ellissen, Analekten, t. III, p. 87—93. Sobre las inclinaciones científicas, artísticas y poéticas de Mahomet II, ver J. Karabacek, Abendlandische Küstler zu Konfíantinopel im XV. und XVI. Jahrhundert (Viena, 1918), p. 2.*

[446] *Jorga, Geschichte des Osmanischen Reichs, t. II (Gotha, 1909), p. 33*

[447] *Ducas, XXXV, 249—250,*

[448] *Véase L. Thuasne, Gentile Bellini et le sultán Mohammed II. Notes sur le séjour du peintre vénitien a Constantinople (1479—1480) (París, 1888), p. 50—51. Numerosas reproducciones (Denkschriften der philophisch—Historischen Klasse der Ahademie der Wissen—schaften in Wten, vol. 62, art. I). Antes de la guerra de 1914—18, el famoso cuadro de Bellini estaba en la colección privada de lady Enid Layard, en Venecia. Parece que durante la guerra fue transportado a Londres. (Véase Karabacek, p. 44). Actualmente, este cuadro se halla en la Galería Nacional de Londres.*

[449] *Ducas, XXXIV, 238.*

sobre los muros hay gran copia de bombardas, y del lado de tierra la fortificación es poderosísima, aunque lo sea menos por el lado del mar".

Aquella fortaleza cortó las comunicaciones de la capital con el norte y con el mar Negro. Todos los bajeles extranjeros que entraban y salían del Bósforo cayeron en manos de los turcos. Así Constantinopla quedaba privada del trigo de los países del mar Negro. Las fortificaciones erigidas por Bayaceto a fines del siglo XIV en la orilla asiática (Anatoli—Hissar) facilitaban la tarea de los turcos. Luego el sultán invadió Morea para que ésta no acudiese en ayuda de Constantinopla en el momento crítico. Y tras estos preliminares, Mahomet, aquel "pagano, enemigo del pueblo cristiano", según Bárbaro, asedió la gran ciudad.

Constantino hizo cuanto fue posible para sostener la desigual lucha que se preparaba. Mandó concentrar en la capital todas las existencias de grano que cupo encontrar en los contornos y ordenó reparar las murallas. La guarnición griega no pasaba de unos cuantos miles de hombres. Constantino pidió socorro a Occidente. En vez de socorro militar llegó a Constantinopla un cardenal romano de origen griego, Isidoro, antes metropolitano de Moscú y miembro del concilio de Florencia. Para solemnizar el restablecimiento de la paz entre las Iglesias, celebró un oficio pidiendo la unión en Santa Sofía, lo que produjo gran agitación en la capital. Uno de los más altos dignatarios bizantinos, Lucas Notaras, pronunció entonces sus famosas palabras: "Más vale ver reinar en Constantinopla el turbante de los turcos que la mitra de los latinos".

Venecianos y genoveses participaron en la defensa de la capital. Fundáronse grandes esperanzas en Juan (Giovanni) Giustiniani, jefe de un destacamento genovés, quien ya había probado su valor en muchos combates y que llegó a la sazón con dos naves grandes y 700 hombres. Se cerró el Cuerno de Oro, como otras veces en momentos decisivos, mediante una maciza cadena de hierro cuyos vestigios se han creído ver, hasta nuestros días, en el patio de la iglesia de Santa Irene, donde radica ahora el Museo Histórico y Militar de Turquía.[450] Las fuerzas de Mahomet, además de turcos, englobaban hombres de diversos pueblos sometidos por ellos y superaban en mucho el reducido número de defensores de Constantinopla, que eran griegos y latinos, y los más de éstos italianos.

Se preparaba uno de los mayores acontecimientos de la Historia. La toma de Constantinopla, la "protegida de Dios", por los turcos, ha dejado en los cronistas una impresión profunda. Las descripciones que dan, en diversas lenguas y desde diferentes puntos de vista, de los últimos momentos del Imperio bizantino, nos permiten asistir, de día en día y de hora en hora, al desarrollo de aquel angustioso drama, del que tenemos relatos en griego, latín, italiano, eslavo y turco.

Las principales fuentes griegas aprecian de distintos modos el suceso. Jorge Phrantzes, el Franza de los italianos, célebre diplomático y alto dignatario bizantino, que asistió al asedio y fue amigo íntimo del postrero emperador, siente un amor sin límites por su heroico soberano y en general por los Paleólogos, se revela adversario de la unión, y nos describe los últimos días de Bizancio con la intención de reparar el honor del Constantino vencido, de su patria humillada y de la ortodoxia griega ofendida. Otro contemporáneo, el griego Critóbulo, que se pasó a los turcos, quiere probar su devoción a Mahomet, y dedica su historia, muy influida por Tucídides, "al más grande de los emperadores, al rey de reyes, Mahomet", exponiendo la suerte final de Bizancio desde el punto de vista del nuevo Imperio otomano, si bien —dicho sea en su honor— no ataca a sus compatriotas. Ducas, griego del Asia Menor y partidario de la unión, en la cual veía la única salvación, escribe en general con tendencia favorable a Occidente, haciendo resaltar los méritos y valor de Juan Giustiniani y acaso disminuyendo la labor de Constantino. De todos modos testimonia auténtica simpatía a los griegos y deplora su suerte. El cuarto historiador griego del último período de Bizancio, y único ateniense de la literatura bizantina, Laonico Calcocondilos, o Calcondilas, no sitúa en el centro de su narración a Bizancio, sino al Imperio turco, proponiéndose desarrollar un argumento nuevo y vasto: el extraordinario desenvolvimiento del poderío del joven Estado

[450] *Hoy se cree más bien que esa cadena es un trozo de la que cerraba el puerto de Rodas y fue llevada a Constantinopla por los turcos después de someter la isla.*

otomano, nacido sobre las ruinas del poderío griego, franco y eslavo".[451] El libro de Laonico es de orden general y su autor no fue testigo ocular de los últimos días de Constantinopla, por lo que su relato respecto al asedio y toma de Constantinopla tiene sólo una importancia secundaria.

Entre las fuentes más valiosas escritas en latín por autores que se hallaron en Constantinopla durante el asedio, puede mencionarse la exhortación titulada *Ad Universos Christi fideles de expugnatione Constantinopolis*, del cardenal Isidoro, del que ya hablamos y que escapó, no sin trabajo, del cautiverio. Esta exhortación suplica a todos los cristianos que se alcen para defender la fe en peligro. También poseemos el informe elevado al Papa por el obispo de Quíos, Leonardo, quien eludió igualmente la cautividad y que veía en el desastre de Constantinopla un castigo divino por haberse apartado los griegos del dogma católico. Finalmente, el italiano Pusculus, cautivo de los turcos por algún tiempo, compuso un poema en cuatro cantos con el título *Constantinopolis.* Trátase de una imitación de Virgilio y en parte de Hornero. Pusculus, católico ferviente, dedicaba su poema al Papa, en la persuasión, como Leonardo, de que Dios había castigado el cisma griego.

Entre las fuentes italianas hallamos un inestimable *Diario del asedio de Constantinopla*, escrito en antiguo dialecto veneciano, con dicción seca y estilo de hombre de negocios. Su autor es el noble veneciano Nicola Bárbaro, y allí se enumeran, día a día, los encuentros habidos entre griegos y turcos, teniendo, por lo tanto, importancia capital para establecer la cronología del cerco.

Existe un importante relato histórico en ruso antiguo sobre el "grande y terrible acontecimiento" de la toma de Constantinopla (Zargrad), relato debido a la pluma de "Néstor Iskinder (Iskander), pecador y culpable ante el Eterno".[452]

Iskander, probablemente ruso de origen, combatió en las filas del sultán y describe con imparcialidad y casi día por día la actividad turca fuera de la ciudad y dentro de ella después de ocuparla. Diversas crónicas rusas narran también la caída de Constantinopla.

Hay asimismo fuentes turcas, que miran la toma de la ciudad como una apoteosis del Islam triunfante y victorioso y de su espléndido representante Mahomet II el Conquistador. A veces esas fuentes asumen la forma de colecciones de leyendas populares turcas sobre

Constantinopla y el Bósforo.

La enumeración de las principales fuentes indica cuan rica y diversa es la documentación que poseemos sobre el asedio y toma de Constantinopla por los turcos.

El sitio comenzó a principios de abril de 1453. El éxito de los osmanlíes no se debió sólo a su indiscutible superioridad numérica, sino a que Mahomet II, "aquel turco pérfido, aquel perro turco", como dice Bárbaro, fue el primer emperador de la Historia que tuvo a su disposición un verdadero parque de artillería. Los cañones de bronce de los turcos, muy perfeccionados, gigantescos para la época, lanzaban a larga distancia balas de piedra no menos gigantescas, cuyos golpes destructores no pudieron resistir las murallas de Constantinopla. "El susodicho" (Relato de Zargrad), dice que "Mahomet el Maldito" hizo avanzar hasta las murallas de la ciudad (dos cañones y las culebrinas, las torres en escalas móviles y otros azotes destinados a destruir las murallas".

El griego Crítóbulo, testigo del asedio, muestra una comprensión muy clara de la importancia de la artillería al decir que las brechas y pasos subterráneos practicados por los turcos "se revelaron superfinos y no provocaron sino gastos inútiles, porque los cañones lo decidieron todo".

---

[451] *El relato de Zargrad, por Néstor Iskander, del siglo xv, ed. por el abad Leónidas, Laonikos Chalhokonáyles (J. of el. Stud., t. XLII, 1922, p. 38)*

[452] *Krumbacher, ob. cit., p. 302. Véase también Miller, The last Athenian historian: Pamiatniki drevnei pismennosti (San Petersburgo, 1886), t. LXII, p. 43 (en ruso antiguo). Respecto a los demás relatos rusos, ver la Camb. Med. Hist., t. IV, 888. El texto ruso del relato, según la cd. de 1853. reeditada por N. lorga, Orígenes y toma de Constantinopla B. de la Sec. Hist. de la Ác. Rumana (Bucarest, 1927), vol. XIÍI, p. 88128. Se ha planteado el problema de si el original sería griego o ruso, y de sí el relato eslavo no sería más bien servio. Ver Jorga, Una fuente descuidada de la toma de Constantinopla (íbid, p. 65).*

En la segunda mitad del siglo XIX aun podían verse, en diversos lugares de Estambul, algunos de esos proyectiles gigantescos lanzados por encima de los muros y yacentes en los sitios donde cayeron en 1453.

El 20 de abril los cristianos lograron su primero y último éxito: los cuatro navios genoveses llegados al socorro de Constantinopla, batieron a la flota turca a pesar de la superioridad numérica de ésta. "Es fácil imaginar —escribe un historiador moderno— la indescriptible alegría de griegos e italianos. Por un momento, Constantinopla se creyó salvada". Pero aquel éxito no podía influir en la marcha general del asedio.

El 22 de abril la ciudad asistió a un extraordinario y terrorífico espectáculo: las naves turcas estaban en la parte superior del Cuerno de Oro. El sultán había transportado sus naves, durante la noche, desde el Bosforo al Cuerno de Oro... por tierra. Para ello había mandado construir, en el valle situado entre las alturas, un camino de tablas, por el cual fueron arrastrados los navios, montados sobre ruedas, merced a los esfuerzos de una numerosa "canalla" como dice Bárbaro que servía al sultán.

Así, la flota italogriega anclada en el Cuerno de Oro, tras la cadena, se halló entre dos fuegos. La situación era desesperada. La guarnición fraguó el plan de incendiar los bajeles turcos del Cuerno de Oro, por la noche, pero el proyecto, puesto en conocimiento del sultán por una traición, fue debidamente prevenido.

El bombardeo, ininterrumpido durante varias semanas, extenuaba a la población. Hombres, mujeres, niños, monjes, religiosas, sacerdotes, trabajaban día y noche, bajo una lluvia de balas, para reparar las numerosas brechas de los muros. El asedio duraba ya cincuenta días cuando el sultán, ante la noticia, quizá fantástica, de la llegada de una flota cristiana de socorro, resolvió precipitar el asalto decisivo. Critóbulo, imitando los discursos célebres de la *Historia de Tucídides,* pone en boca de Mahomet una prolija arenga, en la que apela al valor y firmeza de los soldados y declara: "Para ganar una guerra son precisas tres condiciones: querer, tener vergüenza y obedecer a los jefes". El asalto fue decidido para la noche del 29 de mayo.

La antigua capital del Oriente cristiano, sabedora del proyecto de ataque y previendo la catástrofe inevitable, pasó la víspera del día señalado entre lloros y plegarias. Por orden del emperador recorrieron la ciudad procesiones religiosas seguidas de una enorme multitud que cantaba: "¡Señor, tened piedad de nosotros!" Los hombres se alentaban mutuamente para oponer al enemigo una resistencia enconada. En un largo discurso, que nos transmite el griego Phrantzes, Constantino, al invitar a sus súbditos a una defensa valerosa, muestra una comprensión nítida del destino de la ciudad cuando dice: "Los turcos se apoyan en las armas, la caballería, la infantería y el número, mientras nosotros nos entregamos al Señor Dios y Salvador nuestro, y después a nuestras manos y nuestras fuerzas con las que nos ha gratificado el poder divino". Constantino terminó con estas palabras: "Os ruego y suplico hagáis honor y obediencia debida a vuestros jefes, cada uno según su categoría, grado y servicio. Sabed bien que, si observáis sinceramente cuanto os he dicho, yo espero, con ayuda de Dios, evitar el justo castigo que Dios nos envía". Por la tarde celebróse un Oficio y aquella fue la última ceremonia cristiana cumplida en Santa Sofía. El emperador y los fieles recibieron los últimos sacramentos, y luego el emperador volvió a Palacio.[453] "¿Quién podría describir —dice Phrantzes—, las lágrimas y lamentaciones que retumbaron entonces en el palacio? Ni aun un ser de madera y piedra hubiese podido contener las lágrimas".

En la noche del 28 al 29 de mayo, entre una y dos de la madrugada una señal convenida, se desencadenó el ataque por tres lados simultáneamente. Dos veces fueron rechazados los turcos. Mahomet organizó con el mayor esmero el tercer y último ataque. El asalto turco alcanzó una violencia inaudita en puerta de San Romano, donde peleaba el emperador. Para colmo de males

[453] *Véase E. Pears, The Destruction of the greek Empire and the Story of the Capture of Constantinople by the Turks (Londres—Nueva York, 1903), p. 330—331. Véase también Schlumberger, ob. cit., p. 269—270. R. Byron, The Bizantine Achievement. An historical perspective (Londres, 1929), p. 295—298.*

Juan Giustiniani, uno de los principales defensores, fue gravemente herido y hubo de abandonar su puesto de combate, siendo trasladado a una barca que por vía marítima fue para Quíos. El herido murió a poco, quizá en el viaje. Aun se encuentra su tumba en Quíos, si bien ha desaparecido el epitafio latino que recordaba méritos.[454]

La partida y muerte de Giustiniani fue una pérdida irreparable para sitiados. En los muros se abrían cada vez más brechas. El emperador, combatiendo heroicamente como un soldado raso, cayó en la lucha. No poseemos informes precisos sobre su muerte, a la que no asistió ninguno de los historiadores del asedio, y esa muerte fue pronto rodeada de una leyenda que contribuyó a obscurecer el hecho histórico.

Muerto Constantino, los turcos entraron a mano armada en la ciudad, y causaron estragos terribles. Muchos griegos se refugiaron en Santa Sofía, esperando hallar seguridad en el templo. Pero los turcos, derribando las puertas injuriaron y acuchillaron a los refugiados, sin distinción de sexo ni edad. El mismo día de la toma de Constantinopla, o acaso al siguiente, Mahomet en solemnemente en Santa Sofía, para dar gracias al dios del Islam. Luego se instaló en el palacio de Blaquerna, residencia de los basileos.

Las fuentes coinciden en afirmar que el saqueo de la ciudad, de acuerdo con la promesa hecha por Mahomet a sus soldados, duró tres días con sus noches. La población sufrió implacables matanzas. Las iglesias, empezando Santa Sofía, así como los conventos, fueron ultrajados y despojados, y se saquearon las casas particulares. En aquellos días fatales muchas obras maestras producto del espíritu humano se perdieron irreparablemente. Muchos libros fueron quemados, pisoteados o destruidos, y otros se vendieron a bajo precio. Según testimonio de Ducas, una inmensa cantidad de obras, apiladas en carretas, fueron dispersas por Oriente y Occidente. Por una pieza de oro se daban docenas de libros de Aristóteles y Platón, tratados religiosos, etc. Arrancóse de los Evangelios ricamente ornados sus partes de plata y oro, y los Evangelios en sí fueron quemados o malbaratados. Se prendió fuego a todas las santas imágenes y los turcos cocinaron sus guisos en esas hogueras. No obstante, algunos sabios, en ellos F. I. Uspenski, opinan que “los turcos, en 1453, obraron con más mansedumbre y humanidad que los cruzados que tomaron Constantinopla en 1204”.

Una tradición cristiana popular refiere que al entrar los turcos en Santa Sofía estaba celebrándose en el templo un Servicio religioso. El sacerdote que oficiaba y tenía en la mano los objetos litúrgicos, viendo a los musulmanes irrumpir en la iglesia, penetró en el muro del altar, que se abrió ante él, y desapareció. Cuando Constantinopla vuelva a manos de los cristianos, el sacerdote saldrá del muro y continuará el Oficio.

Hace unos cincuenta años, los guías mostraban a los turistas, en un rincón de Estambul, la tumba del último emperador bizantino, sobre la cual ardía una humilde lámpara de aceite. Pero esa tumba anónima no tenía, de seguro, relación alguna con la de Constantino, cuyo emplazamiento continúa siendo desconocido en la actualidad.

En 1895, E. A. Crosvenor escribía: “Hoy, en el barrio de Abu Vefa, en Estambul, puede verse una tumba baja y anónima que los griegos de las clases inferiores veneran como la de Constantino. Una devoción tímida la ha rodeado de algunas ornamentaciones rústicas. Día y noche hay cirios encendidos junto a ella. Hace ocho años se la frecuentaba aun, si bien secretamente, como lugar de plegaria. Pero el gobierno otomano intervino dictando penas severas, y desde entonces la tumba está casi abandonada”.

Se pensaba antaño que a los dos días de caer Constantinopla apareció en el Egeo la flota de socorro de Occidente, que regresó al conocer la triste noticia. Pero nuevos testimonios demuestran que ni los bajeles pontificios, ni los aragoneses o genoveses, zarparon hacia el este para socorrer a

---

[454] *M. Hasluck, The Latin Monuments of Chios (Annual of the British School Athens, núm. XVI (19091910), p. 155, núm. 18), donde se halla el texto de la inscripción El autor añade: “Tal es la tumba del famoso Gíovanni Giustiniani, cuya herida fue causa inmediata de la caída de Constantinopla” (p. 155).*

Constantinopla. En 1456[455] Mahomet arrebató Atenas a los francos y en breve toda Grecia, incluso el Peloponeso, se le sometió. El antigua Partenón, donde, como dijimos, había en la Edad Media una iglesia dedicada a la Virgen, fue transformado en mezquita por mandato del sultán. En 1461 los turcos se adueñaron de la lejana Trebisonda, capital de un imperio otrora independiente. Y hacia la misma época ocuparon los restos del despotado del Epiro.

El Imperio bizantino ortodoxo dejó de existir y en su lugar fundóse y se desarrolló un Estado musulmán, el cual trasladó su capital desde Adrianópolis a Constantinopla, que desde entonces se llamó Estambul.

Ducas, imitando las lamentaciones de Nicetas Acominatos cuando el pillaje de los cruzados en 1204, deplora así el desastre de 1453:

"¡Oh, ciudad, ciudad, cabeza de todas las ciudades! ¡Oh, ciudad, ciudad, centro de las cuatro partes del mundo! ¡Oh, ciudad, ciudad, orgullo de los cristianos y espanto de los bárbaros! ¡Oh, ciudad, ciudad, segundo paraíso puesto en Occidente, rica en plantas de toda especie que se curvan bajo el peso de los frutos espirituales! ¿Dónde está tu belleza, paraíso? ¿Dónde la fuerza, bienhechora del espíritu y la carne, de tus gracias espirituales?; Dónde los cuerpos de los apóstoles de mi Señor? ¿Dónde las reliquias de los santos, dónde las reliquias de los mártires? ¿Dónde las cenizas del gran Constantino y de otros emperadores?"

Un cronista de la lejana Georgia, observa: "Desde el día que los turcos tomaron Constantinopla, el sol se cubrió de tinieblas".

La caída de Constantinopla produjo terrible impresión en toda la Europa occidental, que sintió gran temor para el porvenir viendo los triunfos de los turcos. La ruina de uno de los principales centros cristianos, aunque cismático a juicio de la Iglesia católica, causó indignación, terror y anhelos de reparar el mal entre los fieles de Occidente. Los papas, los soberanos, los obispos, los príncipes y los caballeros han dejado escritos y cartas pintado el horror de la situación exhortando a Cruzada contra el Islam victorioso y su representante, Mahomet "precursor del Anticristo y segundo Sennaquerib". Varias epístolas deploran la pérdida de Constantinopla en cuanto foco de civilización. En su exhortación al Papa Nicolás V, el emperador de Occidente, Federico III, considera la caída de Constantinopla "una desgracia común para toda la fe cristiana" y escribe que Constantinopla era un verdadero hogar de las artes y las letras. El cardenal Bessarión, lamentando en una de sus misivas la caída de la ciudad, la llama "escuela de las mejores artes". Eneas Silvio Piccolomini, futuro Papa Pío II hablando de las innúmeras obras que poseía Bizancio y no eran aún conocida de los latinos, califica la conquista de Constantinopla por los turcos como un segunda muerte de Homero y Platón. Algunos autores del siglo XV llaman a los turcos "teucri", considerándolos descendientes de los antiguos troyanos, anuncian el deseo del sultán de atacar a Italia, que le atraía por "sus riqueza y por las tumbas de los propios antepasados troyanos" de Mahomet. Aunque por un lado los diversos escritos de mediados del siglo XV proclaman que "el sultán, como antes Juliano el Apóstata, será obligado al cabo a reconocer la victoria del Cristo"; que el cristianismo es sin duda lo bastante fuerte para no temer a los turcos; que se preparará una "fuerte expedición" y que los cristianos lograrán aplastar a los turcos y arrojarlos de Europa, no obstante, por otro lado, vemos indicada en los mismos escritos las grandes dificultades de la inminente lucha contra le turcos. Una de ellas consistía en las disensiones internas de los cristianos, cuyo "espectáculo acrece el valor" del sultán.

Eneas Silvio Piccolomini, en carta uno de sus amigos, traza una descripción muy justa de las relaciones contemporáneas entre los cristianos occidentales. "No espero —dice— la realización de mis deseos. El cristianismo carece de jefe: ni el Papa ni el emperador gozan de estima y autoridad adecuadas, sino que se les trata como a nombres imaginarios, como a imágenes pintadas. Cada ciudad tiene su propio rey; y en cuanto a príncipes hay tantos como casas. ¿Cómo se puede llegar a

[455] *Esta es la fecha exacta. A veces se da la de 1458. Ver por ejemplo. Gregorovius, Geschichte der Stadt Athen, t. II, p. 381*

persuadir a los innumerables soberanos cristianos de que tomen las armas? Ved el cristianismo ¿Decís que Italia está apaciguada? No sé hasta qué punto. Entre el rey de Aragón y los genoveses quedan aún vestigios de sus antiguas diferencias. Los genoveses no irán a pelear contra los turcos: dícese que les pagan tributo. Los venecianos han concluido un tratado con ellos. Y si no hay italianos no podemos contar con una guerra marítima. En España, como sabéis, hay varios reyes, de desigual poderío, de política diversa, de voluntad diferente y de opuestas ideas. No será a esos soberanos que habitan en los confines de Occidente a los que se podrá atraer a Oriente, sobre todo cuando están empeñados a su vez en luchar con los moros de Granada. El rey de Francia ha expulsado a sus enemigos de todo su reino, pero aun teme, no obstante, y no enviará sus caballeros fuera de su reino por temor a un repentino desembarco de los ingleses. Los ingleses sólo piensan en vengar su derrota de Francia. Los escoceses, los daneses, los suecos, los noruegos, que habitan al extremo del mundo, no se proponen fines exteriores a su país. Los alemanes, muy divididos, no tienen nada que los pueda reunir".

Ni las exhortaciones de los papas y los soberanos, ni los generosos impulsos de individuos y colectividades, ni la consciencia de un peligro común ante la amenaza turca, pudieron agrupar en un bloque contra el Islam a la desunida Europa. Los turcos siguieron avanzando y a fines del siglo XVII amenazaban Viena. El Imperio otomano llegó entonces a su apogeo. Y hoy Constantinopla sigue en poder de los turcos.

Los Asuntos Religiosos la unión de Lyon. Movimiento hesicasta. Unión de Roma. Unión de Florencia. La Cuestión del concilio de Santa Sofía en 1450. La Iglesia bajo el dominio turco.

La historia religiosa de la época de los Paleólogos tiene gran interés en el sentido de las relaciones de la Iglesia grecooriental con Roma y de los movimientos religiosos que formaron la vida interior del Imperio. Las relaciones con Roma, en forma de frecuentes tentativas de reaproximación, corrieron parejas —salvo la unión de Lyón— con el incremento del peligro turco, peligro que a juicio de los emperadores sólo podía conjurarse mediante la intercesión pontificia ante la Europa occidental. La actitud del Papa ante las propuestas del monarca oriental dependía con frecuencia de las condiciones de la vida internacional de Occidente.

La Santa Sede no deseaba promover una aventura al estilo de la cuarta Cruzada, que no había resuelto el cisma griego y sí aplazado la cuestión, no menos importante, de la Cruzada de Tierra Santa. La unión con los griegos parecía a los papas más real y seductora, ya que así se pondría fin al antiguo cisma y se posibilitaría la liberación de Jerusalén. La reconquista de Constantinopla por los griegos en 1261 había producido al Papa penosa impresión. Por tanto, apeló a diversos soberanos, suplicándoles que salvaran la obra latina en Oriente. Pero la actitud pontificia dependía de los asuntos italianos. El Papa, por ejemplo, no deseaba obrar en Oriente de acuerdo con Manfredo, perteneciente a la casa de los aborrecidos Hohenstaufen. Y cuando el poder de éstos en Italia fue aniquilado por Carlos de Anjou, a invitación del Papa, Roma, sin embargo, no estimuló la política agresiva de Carlos respecto a Bizancio. El poderío de Carlos, acrecido con la conquista del Imperio oriental, no hubiera sido menos peligroso para la situación del Pontificado que el poderío de los Hohenstaufen.

La primera unión, concluida en Lyón por Miguel Paleólogo, no nació a consecuencia del peligro turco en Oriente, sino bajo la amenaza de la citada ofensiva política de Carlos de Anjou.

Desde la época de los Comnenos se había producido un gran cambio en la actitud de los emperadores de Oriente acerca de la unión. Bajo los Comnenos, y sobre todo en la época de Manuel, los emperadores habían buscado la unión, no sólo espoleados por el peligro turco, sino también en la esperanza de adquirir, ayudados por el Papa, la hegemonía de Occidente, ejecutando el plan, ya irrealizable entonces, de reconstruir el antiguo Imperio romano. Esta aspiración chocaba con la de los papas, que tendían también a obtener la plenitud del poder en Occidente. Por eso la unión fracasó. Pero el primer Paleólogo expuso pretensiones mucho más modestas. Ya no pensaba en expansiones occidentales del Imperio, sino en defender éste, con apoyo del Papa, del Occidente, personificado por Carlos de Anjou. La curia pontificia acogió con agrado aquellas gestiones, comprendiendo que la sumisión de la Iglesia de Constantinopla en tales circunstancias, conduciría,

una vez que el peligro siciliano fuese eliminado de Bizancio, a una especie de protectorado político de Roma sobre Constantinopla. Cierto que tal acrecimiento de poder temporal en el Papa debía tropezar con cierta resistencia de los soberanos occidentales. A la vez, el emperador bizantino se hallaba en presencia de una enérgica oposición interna, hostil a todo acercamiento a la Iglesia romana, ya que el clero griego, en su mayoría, continuaba afecto a las doctrinas greco—orientales. Como dice Norden, "Gregorio X ejerció presión sobre el rey de Sicilia con argumentos espirituales y Paleólogo sobre sus prelados con argumentos políticos".

Uno de los más eminentes representantes de la Iglesia griega, "hombre inteligente, maestro en la elocuencia y las ciencias", el futuro patriarca Juan Beccus (Veccus), que había sido adversario de la unión, y por ello aprisionado, convirtióse durante su encarcelamiento en celoso partidario del unionismo y en gran auxiliar del emperador en sus propósitos pro—romanos.

Esto tuvo mucha importancia para la política de Miguel. El concilio se celebró en Lyón en 1274. Miguel envió una embajada solemne, a cuya cabeza iban el anciano patriarca Germán y el historiador y gran logoteta Jorge Acropolita, antiguo amigo del emperador. Entre los miembros de la Iglesia romana parecía llamado a ejercer gran papel en el concilio un ilustre representante de la ciencia católica medieval: Santo Tomás de Aquino. Pero Tomás murió cuando se dirigía a Lyón, siendo substituido por el cardenal de Albano, San Buenaventura, representante no menos eminente de la ciencia religiosa occidental.

La unión de Lyón se acordó sobre las bases siguientes: el emperador adoptaba el "filioque" y el pan ácimo (sin levadura) y aceptaba la supremacía papal. Jorge Acropolita prestó juramento en nombre de Miguel.[456]

Además, Miguel consentía en ayudar al Papa, tanto militar como económicamente, para la Cruzada proyectada con miras a liberar Tierra Santa, a condición expresa de que Carlos de Anjou cesara toda hostilidad, permitiendo así al emperador dirigir el grueso de sus fuerzas a Oriente sin temor de un ataque por la espalda.

La unión no contentó a ninguna de las partes. Miguel halló obstinada resistencia en la masa del clero griego. En Tesalia se celebró un concilio antiunionista, opuesto a Miguel y a Juan Beccus. Además, la idea de una Cruzada no podía complacer al emperador, quien no había olvidado la terrible advertencia de la cuarta Cruzada. Miguel mantenía relaciones amistosas con el sultán egipcio, enemigo acérrimo de los latinos de Siria. Entre 1274 y 1280, cinco embajadas pontificias acudieron a Constantinopla con el fin de confirmar la unión.[457] Pero en 1281 el nuevo Papa, Martín IV, creación de Carlos de Anjou, rompió, según vimos, la unión y sostuvo las pretensiones de Carlos sobre Bizancio. Sin embargo, Miguel, hasta su muerte, consideróse obligado por las estipulaciones de Lyón.

Aparte el problema unionista, la vida religiosa bizantina, bajo Miguel, estuvo signada por las luchas de los partidos religiosos, el más importante de los cuales fue el de los arsenitas.

A contar del siglo XII se advierten en la Iglesia de Bizancio dos partidos opuestos e irreconciliables que luchan por alcanzar la influencia y el poder en la administración eclesiástica. Uno, en las fuentes bizantinas, es llamado partido de los "celotas" celosos; el otro, de los "políticos"

---

[456] *La profesión de fe leída en el concilio en nombre del emperador, puede verse en e! interesante artículo de F. Vernet, Le II Concile acuménique de Lyón, 7 mai—17 juillet, 1244, en el Dictionaire de Théologie catholique, t. IX (París. 1926), col. 1384—1386. El artículo completo cubre las páginas 1374—1391. Ver también el articulo de V. Grumel, Le II Concille de Lyón et la reunión de l'Église grecque, Ibid, páginas 1391—1410. Los dos artículos dan excelentes informes sobre fuentes y la literatura de la unión de Lyón. Ver igualmente Norden, ob. cit., p. 520—615.*

[457] *Grumel, Les Ambassades pontificales a Byzance aprés II Concile de Lyón, 1274—1280 (Echos d'Orient, t. XXII (1924). p. 446—447). En este artículo, pág. 347—447, se hallan algunas interesantes rectificaciones de la cronología de Norden. Véase M. Viller, La question de l'union des Eglises entre Grecs et Latins depuis le Concile de Lyón jusqu'a celui de Florence, 1274—1278 (Revue d'histoire ecclésiastiquc, t. XVI (1921), p. 261).*

moderados. El historiador eclesiástico Lebediev traduce este término por el vocablo contemporáneo de “oportunistas”.

El partido de los celotas o rigoristas, partidarios de la libertad e independencia de la Iglesia, se oponía a las usurpaciones de Estado y con esto contrariaba las ideas fundamentales de los emperadores bizantinos. Los celotas, en este orden de cosas, recordaban las ideas del célebre Teodoro de Studion, quien, en el siglo IX, había hablado y escrito abiertamente contra la intromisión del poder temporal en los asuntos de la Iglesia. Los celotas se negaban a hacer con cesión alguna a la autoridad imperial y querían someter al emperador a la severa disciplina de la Iglesia. Por defender sus principios no vacilaron en sostener choques con las autoridades y la sociedad y frecuentemente se mezclaron a los disturbios políticos; siendo, pues, no sólo un partido eclesiástico, sino también políticoreligioso. Los celotas no brillaban por su cultura ni se cuidaban de propagar la instrucción en los medios eclesiásticos, pero observaban escrupulosamente las reglas de una moral y un ascetismo muy estrictos. En su lucha se apoyaron a menudo en los monjes y abrieron a éstos, en sus horas de triunfo, las vías del poder y la influencia. Gregoras, a proposito de un patriarca celota, observa que “no sabía leer bien, ni aun deletreando”. El mismo autor escribe para señalar la influencia monacal bajo el patriarca celota: “Los malos monjes encontraban que, después de tempestades y borrascas, el buen tiempo había vuelto para ellos y tras el invierno la primavera”.

En su ardiente celo por la ortodoxia, los celotas opusieron una resistencia, enconada a la política de unión de Miguel Paleólogo, ejerciendo mucha influencia en tal sentido sobre las masas populares.

Los políticos o moderados se colocaban en un plano diametralmente opuesto. Deseaban el apoyo estatal para la Iglesia y la cooperación de la Iglesia y el Estado, sin oponerse a que el último desarrollara alguna influencia sobre 1a primera. Estimaban que un poder temporal fuerte y no debilitado por otras intromisiones era condición precisa del bien de la nación y estaban prontos hacer importantes concesiones al poder imperial. Propugnaban la llamada tendencia “de la economía” es decir, que aceptaban que la Iglesia, respecto a Estado, se adaptase a las circunstancias, consintiendo a veces en compromisos y no obrando rígidamente, como los celotas. Para justificar su método “de la economía”, los políticos se referían de ordinario a los apóstoles y los Padres de la Iglesia. Los políticos reconocían la fuerza de la cultura y concedían las funciones eclesiásticas a personas ilustradas, interpretando, además, bastante libremente las reglas de una moralidad estricta y no aprobando el ascetismo riguroso. Por ello no encontraban apoyo en los monjes, sino en el clero secular y elementos instruidos de la sociedad.

La actividad de los dos partidos fue, por supuesto, muy diversa. Lebediev dice: “Cuando los políticos desempeñaban el primer papel en la escena eclesiástica, pusieron en práctica sus teorías con moderación y en una paz relativa. Por lo contrario, cuando fueron los celotas quienes empuñaron las riendas del gobierno, se apoyaron en un elemento tan movedizo como los monjes y la plebe y obraron siempre de manera agitada, a menudo tumultuaria y a veces sediciosa incluso”. En el delicado asunto de la unión los políticos se adscribieron al acuerdo lionés, sosteniendo la política de Miguel Paleólogo.

Las disensiones y luchas de ambos partidos —cuyo origen remontan algunos sabios a la época de la Disputa de las Imágenes y a las disensiones de focianos e ignacianos (siglo IX)— repercutieron en el seno del pueblo y suscitaron viva agitación. Cada casa, cada familia, tuvo representantes de los dos partidos enemigos. “El cisma de la Iglesia llegó a tal punto —escribe Paquimeres— que dividió a los habitantes de la misma morada: el padre se opuso al hijo, la madre a su hija, la suegra a la nuera”.

Bajo Miguel Paleólogo, los celotas, o arsenitas, según eran llamados a fines del siglo XIII y principios del XIV, desplegaron intensa actividad. El término de arsenitas nació del nombre del patriarca Arsenio, quien ocupó dos veces la sede patriarcal: la primera en Nicea, la segunda en Constantinopla, una vez restaurado el Imperio. Arsenio, hombre poco instruido, había sido elevado al patriarcado por Teodoro II Lascaris, en la esperanza de tener en él un instrumento maleable. Pero

el emperador se engañó. El patriarcado de Arsenio señalóse por choques violentos entre el patriarca y el emperador, conduciendo a la formación del partido arsenita, que produjo turbaciones en la Iglesia griega durante varias décadas. Arsenio no vaciló en excomulgar a Miguel Paleólogo, quien, como sabemos, había depuesto y cegado a Juan IV, último emperador de Nicea, a pesar del juramento que le ligaba a dicho monarca. El emperador, harto ya, destituyó a Arsenio, enviándole al destierro, donde murió. Arsenio consideró ilegítima su destitución y los actos del nuevo patriarca de Constantinopla, y vaticinó la próxima ruina de la Iglesia. Las ideas arsenitas conmovieron a la sociedad contemporánea y hallaron numerosos adeptos entre clérigos y seglares. El resultado fue el cisma de los arsenitas, que tomaron como lema la sentencia de Pablo: "No toquéis" *(Epístola a los colosenses,* II, 21), es decir, que resolvieron "no tocar", no tratar a los que Arsenio había condenado.

Los arsenitas encontraron sólido apoyo en el pueblo, en el que sembraron agentes secretos, peregrinos y vagabundos, calificados por el populacho de "hombres de Dios" y por Paquimeres de "sacóforos" Aquellos agentes, penetrando en las casas, sembraban en ellas turbulencias y divisiones. El historiador eclesiástico, I. E. Troitzki, describe así a tales auxiliares de los arsenitas: "Existía en el Imperio bizantino una fuerza oculta y no reconocida, una fuerza singular. No tenía nombre, no se revelaba sino a momentos; emergía, digámoslo así, de las tinieblas. Era una fuerza compleja, difícil de definir, equívoca en su origen y sus caracteres. La componían los elementos más dispares. Tratábase principalmente de hombres andrajosos, mendigos, sacóforos, peregrinos, débiles de espíritu, enigmáticos vagabundos, mujeres posesas y otras gentes obscuras llegadas de no se sabía dónde, sin domicilio fijo. Se unían a este elemento, más o menos abiertamente, funcionarios en desgracia, obispos depuestos, sacerdotes a quienes se habían retirado las órdenes, monjes expulsados de los conventos, y a menudo miembros de la familia real destituidos de su rango. El origen y composición de este partido determinaron su carácter fundamental. Creado bajo la influencia de las anómalas condiciones sociales, representó una oposición sorda, generalmente pasiva, pero real, que se dirigía contra el poder imperial principalmente. Tal oposición se expresaba, de ordinario, por rumores difundidos sobre tal o cual miembro del gobierno y destinados a comprometerle más o menos. Aunque semejante partido no osara a menudo excitar declaradamente las pasiones políticas, preocupó, sin embargo, seria y frecuentemente al gobierno, quien temía las actividades de aquel elemento tanto más cuanto que por una parte era difícil vigilarlas y por otra el medio social quedaba vivamente impresionado por ellas. El pueblo mísero, embrutecido, ignorante, y, en consecuencia, crédulo y supersticioso, constantemente arruinado tanto por el enemigo exterior como por los funcionarios públicos, colmado de impuestos y gimiendo bajo el yugo, oprimido por las clases privilegiadas y los mercaderes extranjeros monopolizadores, era muy sensible a las insinuaciones emanadas de aquella fuerza obscura, la cual, formada en el seno del pueblo y sometida a las condiciones en que éste vivía, poseía el secreto de conmover en el momento decisivo todas las fibras del alma popular. La masa de la capital fue especialmente sensible a estas insinuaciones... Este partido manifestó su oposición al gobierno de diversas maneras, pero su oposición era más peligrosa que nunca para el jefe del Estado cuando tomaba por consigna la palabra mágica de "ortodoxia". Los partidarios del ex emperador Juan Lascaris se aliaron también a los arsenitas en tiempo de Miguel VIII.

Miguel, inquieto por la agitación arsenita, tomó medidas coercitivas y rigurosas. Los arsenitas hubieron de huir de la capital a donde hasta entonces se habían constreñido sus actividades. Entonces las provincias se abrieron a sus prédicas exaltadas, en que se atacaba al emperador y se exaltaba al patriarca depuesto. La lucha y el cisma continuaron después de la muerte de Arsenio. Con frase de Troitzki, la lucha de partidos bajo Miguel "recuerda, por su entusiasmo delirante y por la indiferencia en la elección de medios, los tiempos más tumultuosos de las luchas contra los herejes en los siglos IV, V y VI".

La unión de Lyón cambió en varios aspectos la situación del partido arsénica. Aquella unión afectaba, en efecto, a los fundamentos mismos de la Iglesia griega: la ortodoxia. Los arscnitas, con sus intereses angostos y sus ideales restringidos, pasaron a segundo término y la atención de pueblo

y gobierno se centró casi exclusivamente sobre el problema de la unión. De aquí el silencio, extraño a primera vista, que guardan los historiadores a propósito de los arsenitas en la época comprendida entre la unión de Lyón y la muerte de Miguel VIII. No obstante, nos consta que en 1278 se celebró en Tesalia o en el Epiro un concilio arsenita con miras al triunfo del arsenismo y a la glorificación de la memoria de Arsenio.

Miguel, notando una obstinada oposición, tanto declarada como secreta, a los acuerdos de unión, hízose, en los últimos años de su reinado, extremamente cruel. Los que no aprobaban sus ideas, fuesen laicos o religiosos, se hallaron muy perseguidos.

Andrónico II, hijo y sucesor de Miguel, heredó de éste dos cuestiones de difícil resolución: la unión y la lucha de los arsenitas contra la Iglesia oficial. Ante todo el nuevo emperador rescindió la unión públicamente y restableció la ortodoxia. "Por doquier —escribe Gregoras— se enviaron correos portadores de edictos imperiales, suprimiendo los desórdenes de la Iglesia, disponiendo el regreso de los desterrados por su celo en favor de la Iglesia y amnistiando a cuantos hubiera sufrido cualquier otra pena". La aplicación de tales edictos no presentó grandes dificultades, porque la mayoría del clero y de la población eran hostiles a la unión con Roma. La unión de Lyón había durado ocho años oficialmente (1274—1282).

El romper la unión daba el triunfo a celotas y arsenitas, enemigos convencidos de la unión, los unionistas y todo lo latino. Pero los arsenitas no se dieron por contentos. Participaron, pues, al lado de Lascaris, en una conjura contra el emperador, esperando, de triunfar, obtener influencia exclusiva en el Estado. La conspiración, descubierta a tiempo, fue aplastada y a continuación el cisma arsenila disipóse gradualmente y no sobrevivió a Andrónico el Viejo, quien, olvidando las inquietudes que le habían causado los arsenitas, consintió en su solemne reintegración al seno de la Iglesia. Aun unos cuantos, arsenitas disidentes "se apartaron de la ortodoxia e hicieron una nueva escisión", pero, como dice Troitzki, aquello era "la última convulsión de un movimiento que se sobrevivía a sí mismo, y no encontraba eco en parte alguna".

El arsenismo, pues, desapareció en breve, sin dejar huellas, en el curso de las nuevas turbulencias políticas y religiosas.

Con el triunfo de la política ortodoxa se acreció y fortaleció, a fines del siglo XIII, el partido de los celotas, siempre apoyados en los monjes y en los ideales monásticos. En el siglo XIV los celotas desplegaron una actividad intensa, no limitada a lo religioso, sino complicada con las cuestiones sociales y las luchas políticas partidistas. Los celotas participaron con intensidad en los desórdenes del siglo XIV, en Tesalónica, persiguiendo fines políticos poco claros y sosteniendo al emperador Juan V contra Cantacuzeno. Jorga, por esa razón, llama a los celotas "legitimistas". El historiador Tafrali ha hecho recientemente un interesante intento de exponer la ideología política de los celotas, fundándose en un discurso inédito del famoso místico bizantino del siglo XIV, Nicolás Cabasilas.

En la primera mitad del siglo XIV los celotas y monjes dominaron gradualmente al clero secular. Tal movimiento terminó con el triunfo completo de los monjes del Athos sobre el patriarca de Constantinopla en la época de las llamadas luchas hesicastas, de las que hablaremos después. Esa época vio al último patriarca de Constantinopla elegido entre los dignatarios del Estado y buscado entre el clero secular. "Desde entonces, los puestos más elevados de la jerarquía aparecen ocupados exclusivamente por monjes y la sede patriarcal de Constantinopla hácese por mucho tiempo propiedad de los representantes del Monte Athos".

Bajo Andrónico II, se produjo un importante cambio en la administración del Athos. Sabemos que Alejo Comneno había, a fines del siglo XI, liberado al Athos de toda sujeción a las autoridades civiles y religiosas, colocando a los monasterios del Athos bajo la dependencia exclusiva del emperador. Era él quien consagraba al "protos" o jefe del consejo de higúmenos al que estaba confiada la administración de los monasterios. Andrónico el Viejo renunció a ejercer una autoridad directa sobre el Athos y confió los conventos al patriarca de Constantinopla, quien debía consagrar al "protos". En la crisobula expedida con esta ocasión se lee que el "protos" del Athos, "segundo

paraíso, cielo estrellado, asilo de todas las virtudes", estará "bajo la alta dependencia espiritual del patriarca".

Al nombre de Andrónico se halla vinculada también la última reforma importante que modificó la organización de la Iglesia bizantina. Las eparquías fueron redistribuidas de un modo más en consonancia con la reducción territorial del Imperio. Ya se habían producido algunos cambios bajo los Comnenos y los Ángeles; pero la división de eparquías y sedes episcopales atribuidas generalmente a León el Sabio (hacia el 900) subsistía aun, oficialmente, a fines del siglo XIII. Mas el territorio imperial había disminuido y el Asia Menor se había perdido casi del todo. En Europa los Estados eslavos y latinos ocupaban la mayoría de las regiones antaño pertenecientes al Imperio. No obstante, ida lista de las metrópolis sometidas a la sede apostólica y patriarcal de la capital protegida por Dios", lista compuesta en tiempos de Andrónico el Viejo, hace olvidar por completo la modesta extensión del territorio imperial, ya que enumera una larga serie de ciudades y regiones sitas en países extranjeros, pero que dependen de Constantinopla en el orden eclesiástico. Entre las metrópolis más alejadas se incluyen en esa enumeración las de las regiones caucásicas, Crimea, Rusia, Galitzia, Lituania. Tal distribución subsiste aun en Constantinopla, con escasas variantes. "La lista de las metrópolis del trono ecuménico —escribe J. Sokolov—, tiene su origen en tiempos remotos y representa hasta cierto punto el legado directo e indiscutible de la época bizantina".

En la primera mitad del siglo XIV se desarrolló en Bizancio el movimiento hesicasta, en parte religioso y en parte místico y que motivó ásperas discusiones y polémicas.

Los hesicastas, "hombres que viven en el reposo", se esforzaban en alcanzar la unión íntima y total con Dios, eligiendo como único medio para ello el renunciamiento al mundo, la "hesiquia", el silencio.

La querella hesicasta, que turbó durante algún tiempo la vida interior del país, nació cuando el Estado atravesaba una situación difícil y compleja, con los turcos —y más tarde los servios— actuando como enemigos exteriores, mientras en el interior se desarrollaban las tenaces luchas de los dos Andrónicos y más tarde de Juan Paleólogo y de Cantacuzeno, hechos que, reunidos, ponían en peligro la misma existencia del Imperio. El cisma arsenita, además, no había terminado sino muy poco antes, después de introducir graves causas de discordia en la Iglesia y el Estado.

El motivador de la querella hesicasta fue el monje griego Barlaam, procedente de Calabria y hombre que desnaturalizó y burlóse de las opiniones de los hesicastas. Éstos tenían como centros principales los monasterios del Athos, y sus doctrinas habían sido comunicadas a Barlaam, a una luz equivocada, por un inculto monje bizantino. En un informe dirigido al patriarca y al concilio leemos: "Hasta los últimos tiempos vivíamos en paz y tranquilidad, aceptando en confianza y con toda sencillez de corazón la palabra de la fe y la piedad, cuando la envidia del demonio y la insolencia de un cierto Barlaam levantaron a este último contra los hesicastas que, con sencillez de corazón, viven una vida pura y próxima a Dios". El Athos, siempre guardián de la pureza de la ortodoxia oriental y los ideales monásticos, quedó muy afectado por aquella controversia en cuyo desarrollo y desenlace tuvo preponderante papel.

Los historiadores consideran la controversia hesicasta como uno de los sucesos más importantes del siglo XIV. El alemán Gelzer declara, no sin alguna exageración, que tal lucha religiosa fue "uno de los fenómenos más sorprendentes e interesantes que atañen a la civilización de todos los tiempos". El más reciente investigador de esta cuestión —el griego Papamicael— opina que el movimiento hesicasta fue el fenómeno cultural más importante de la época y que merece el más atento estudio.

El valor intrínseco e importancia de aquel movimiento ha sido motivo de vivas discusiones científicas. Troitzki ve en el hesicastismo la continuación de la pugna de celólas y políticos, o, en otros términos, de los monjes y el clero secular, lucha que con la querella hesicasta condujo al triunfo pleno de los monjes. F. I. Uspenski opina que la querella hesicasta fue el conflicto de dos tendencias filosóficas: el aristotelismo, cuyas doctrinas había adoptado la Iglesia oriental, y el

platonismo, cuyos adeptos habían sido anatematizados por 1a misma Iglesia. Más tarde, aquella lucha, nacida en un terreno filosófico, se trasladó al teológico. El importante papel histórico de los voceros del hesicastismo dimana del hecho de que, lejos de limitarse a representar una tendencia nacional griega opuesta a Occidente, estuvieron a la vez a la cabeza del movimiento monástico, siendo sostenidos por el Athos y los conventos balcánicos que dependían del monte sagrado. En su libro publicado en 1911, Papamicael no niega que la lucha de los monjes (celotas) contra los políticos, así como ciertas especulaciones filosóficas, fueran factores importantes, aunque secundarios, del movimiento, pero piensa que la verdadera explicación de la querella hesicasta debe buscarse ante todo en un campo puramente religioso y la halla en la corriente mística, muy fuerte entonces en Occidente, pero también en Oriente, y, sobre todo, en el Athos, y a la vez en el esfuerzo del monje griego, occidental Barlaam, para latinizar el Oriente ortodoxo bizantino mediante sus ataques sarcásticos y racionalistas, que quebrantaban la autoridad monástica en Bizancio.

El proselitismo latino de Barlaam no se ha probado aun de manera fehaciente. Prescindiendo de esa cuestión vemos que el movimiento hesicasta, aunque religioso en su origen, adquiere más amplitud e interés si lo comparamos con el misticismo dominante en la Europa oriental y occidental y con ciertos fenómenos espirituales de la época del Renacimiento italiano. El estudio del movimiento hesicasta en ese sentido pertenece aun al terreno de lo futuro.

El más eminente hesicasta y el mejor teórico de la doctrina de la hesiquia fue Gregorio Palamás, arzobispo de Tesalónica, hombre culto y escritor distinguido, adversario enconado de Barlaam y jefe de un partido que se llamó “palamita”. No sólo Palamás, sino otros, divulgaron y explicaron en sus obras las doctrinas de la hesiquia. Uno de los más notables de esos autores fue Nicolás Cabasilas, místico bizantino, poco conocido por desgracia y cuyas obras y opiniones merecen el más atento estudio.

Con arreglo a la obra de Papamicael y a la exposición de Sokolov, vamos a tratar de dar un breve análisis de la doctrina de la hesiquia.

Los hesicastas se consagraban enteramente al conocimiento y contemplación de Dios, procurando unirse a Él y dirigiendo todas sus fuerzas en ese sentido. Debían alejarse “del mundo en su conjunto y de cuanto lo recordara” y aislarse, “concentrándose y recogiendo su espíritu en sí mismos”. Para alcanzar esa concentración, el hesicasta debía apartarse de toda imaginación, idea y pensamiento; liberar su espíritu de todo conocimiento, a fin de poder fácil y libremente hundirse con impulso absolutamente independiente en las tinieblas auténticamente místicas de la ignorancia. La plegaria más elevada, penetrada y absoluta de los hesicastas era una comunicación “inmediata” con Dios: entre Dios y el orante no existía ni pensamiento, ni opinión, ni imagen del presente, ni consciencia del porvenir. Era la contemplación superior —contemplación de Dios tan sólo—, la abstracción perfecta del espíritu, el abandono de todo lo sensual, la plegaria pura, de la que está ausente todo pensamiento extraño y la inquietud de toda concentración exterior. No cabe imaginar nada más perfecto y elevado. Es un estado de éxtasis, de unión mística con Dios, de divinización. En tal estado extático, el espíritu abandona por entero los límites de lo sensual que le rodea, se aparta de todo pensamiento, adquiere una insensibilidad perfecta, vuélvese sordo y mudo. No sólo abdica de sus impresiones exteriores, sino que franquea los límites de su individualidad, pierde la consciencia de sí mismo, y, por tanto, quien alcanza el éxtasis no vive una vida personal e individual. Su vida anímica y corporal se detiene; el alma permanece inmóvil y unida al objeto de su contemplación... Por consecuencia, el fundamento y esencia de la hesiquia es el amor de Dios con el alma, el corazón y el espíritu, y la aspiración a la contemplación divina por una abdicación total de cuanto, en sus menores detalles, recuerda el mundo y lo que éste encierra. Es la muerte para el siglo.

Los hesicastas alcanzaban su fin a través de un aislamiento y silencio absolutos, mediante el “cuidado del corazón” y la mortificación del espíritu, con penitencia continua, profusión de lágrimas, meditación en Dios y en la muerte, y repetición continua de la plegaria íntima: “Señor Jesucristo, tened piedad de mí, Hijo de Dios, socorredme”. La consecuencia de esta devoción del ánimo era una humildad profunda.

Más tarde la doctrina de la hesiquia fue expuesta más sistemáticamente, sobre todo por los monjes del Athos, donde los religiosos siguieron el camino conducente a una hesiquia perfecta a través de varias etapas o escalas. Hallamos, así, cuatro clases de silenciosos: los novicios, los casi llegados, los ya llegados y los perfectos. Muy pocos alcanzaban la *contemplación,* grado máximo de la hesiquia. La mayoría quedaban en los primeros grados.

El principal representante del movimiento hesicasta fue Gregorio Palamás, arzobispo de Tesalóníca. Había recibido en Constantinopla, bajo la protección de Andrónico II, una cultura extensa y varia y sintióse atraído desde su juventud por el estudio de las cuestiones monásticas. A la edad de veinte años hízose monje en el Athos y distribuyó su tiempo entre el Athos, Tesalónica y algunos apartados lugares de Macedonia. Pronto superó a todos los monjes del Athos por su ascetismo y sus esfuerzos en lograr la perfección contemplativa. Una vez obtenida una opinión concreta sobre la contemplación, inicia su actividad literaria, consagrada a definir sus ideas sobre el ascetismo. No pudo satisfacer su deseo de retirarse a una soledad completa, porque las turbulencias suscitadas por Barlaam principiaban a conmover el Athos.

No se han esclarecido bien los planes de Barlaam al llegar a Constantinopla. Fuese como fuera, gozaba de tanto favor que obtuvo el nombramiento de abad (higúmeno) de un convento de la capital. Pero el historiador Nicéforo Gregoras púsole en jaque en el curso de una controversia, y entonces Barlaam huyó a Tesalónica, desde donde alcanzó el Athos. Allí conoció, a través de un monje ignorante, la doctrina de la hesiquia. Barlaam acusó a los hesicastas, los cuales al alcanzar el grado supremo de la perfección veían "con *ojos* corporales una luz divina y no creada brillando en torno a ellos". Los monjes, según Barlaam, minaban los dogmas fundamentales de la Iglesia al pretender ver, con *ojos* corporales, la luz divina, puesto que así admitían que la gracia divina es creada y aprehensible. La controversia escrita surgida entre Barlaam y Palamás creó los partidos de palamitas y baarlamitas, pero no tuvo resultados decisivos. La disputa se remitió a Constantinopla, donde se resolvió congregar un concilio.

El concilio debía ocuparse en la naturaleza de la luz que en el Monte Tabor vieron los discípulos de Cristo cuando la Transfiguración. ¿Tratábase de una luz creada o increada? Según Palamás, la luz vista por los hesicastas era igual a la del Tabor, es decir, una luz, como ésta, divina e increada.

En el concilio, reunido en Santa Sofía, se impuso la tesis de Palamás y Barlaam hubo de rectificar en público. Pero las fuentes dan datos contradictorios sobre la asamblea. F. I. Uspenski, por ejemplo, pone en duda que Barlaam fuera condenado. En todo caso Palamás no se satisfizo con la resolución adoptada.

Persistieron las discordias en la Iglesia. En otros concilios se discutieron nuevos puntos litigiosos, mientras los representantes de la Iglesia se mezclaban a los conflictos políticos surgidos de la lucha entre Paleólogo y Cantacuzeno. Palamás fue arrestado por el patriarca, a causa de su intransigencia religiosa, y pasó algún tiempo encarcelado. Palamás halló un fiero adversario en Nicéforo Gregoras, antes enemigo de Barlaam, pero que a la sazón se había adherido al partido de la unión con Roma. Finalmente triunfó la tesis palamita, siendo reconocida como justa y valedera por toda la Iglesia ortodoxa. La decisión del concilio censura "las blasfemias de Barlaam" y le aparta de la comunión cristiana por otros errores, y en particular por llamar a la luz de la Transfiguración del Señor, que se apareció a los discípulos y a los bienaventurados apóstoles ascendidos con él (al monte), creada y descriptible, no diferente de la luz que se percibe con los sentidos". Pero la larga lucha de Palamás contra sus adversarios había agotado sus fuerzas y murió en 1360, tras una enfermedad dilatada y cruel. En una bella miniatura de un manuscrito de Juan Cantacuzeno, existente en la Biblioteca Nacional de París, se ve a Cantacuzeno, sentado en su trono, resolviendo en el concilio la cuestión de la luz del Monte Tabor.

La querella hesicasta terminó, pues, con la victoria absoluta de la ortodoxia rigurosa y de los monjes del Athos. "La montaña sagrada —escribe Gelzer— se convirtió en la Sión de la Verdadera Fe. Durante la terrible crisis que exterminaba a un pueblo entero, mientras los otomanos aplastaban sin piedad al pueblo romano, el Athos se transformó en un asilo cuyo silencio buscaban los

corazones desgarrados. Muchos ánimos fuertes, que se habían extraviado en su vida terrena, prefirieron pasar en el alejamiento del mundo y en la unión con Dios el resto de sus existencias, llenas de conflictos íntimos. La vida monástica, en aquella triste época, ofreció a una nación infortunada el único consuelo verdadero y durable".

La ciencia no ha esclarecido lo bastante el papel de los hesicastas en los conflictos políticos de la época. De lodos modos, los jefes de corrientes políticas, comprendiendo la importancia del movimiento hesicasta, se apoyaron en él a menudo para sus fines profanos. No obstante, la grave situación política surgida del peligro turco obligó a los monarcas, incluso a los que habían buscado a veces el apoyo del hesicastismo, a separarse de la rigurosa ortodoxia palamita, buscando una aproximación a la Iglesia de Roma, única capaz, a juicio de los basileos, de levantar al Occidente de Europa en defensa del cristianismo. Esta tendencia hízose particularmente acusada al ser depuesto Juan Cantacuzeno al afirmarse en el trono Juan V, emperador semilatino por línea de su madre Ana de Saboya y cuyo nombre va vinculado a la segunda unión.

Ya conocemos los éxitos militares de los turcos en el siglo XIV. Hacia la séptima década de este siglo, los otomanos poseían el Asia Menor y la península europea de Gallípoli y empezaban a progresar en los Balcanes, amenazando Constantinopla. Juan V entonces puso, todas sus esperanzas en el Papa.

Pero el Papado, en el siglo XIV, atravesaba un período de contradicciones y controversias tensas que se manifestaron en dificultades de relación con el poder político local y regional de Europa debido a sus encontrados y pautados intereses sectoriales y así fue como se comenzó a hablar de la "Cautividad babilónica": o en otras palabras, del sistema papal víctima y preso por sus propias debilidades mundanas, por las mismas relaciones políticas que él mismo había incentivado y que con posterioridad, se había manifestado como incapaz de administrar y resolver ante la variedad de diferentes manifestados entre los gobernantes. De 1305 a 1378, los siete papas que se sucedieron tuvieron su residencia, de manera casi constante, en Aviñón, junto al Ródano, dependiendo prácticamente de los reyes de Francia. Las exhortaciones pontificias a los soberanos para que éstos socorriesen a Bizancio, fueron infructuosas o bien motivaron pequeñas expediciones que, aun cuando lograsen éxitos parciales y momentáneos, no podían solucionar el problema. Occidente no sentía entusiasmo por la Cruzada. Para muchos occidentales de entonces los cismáticos griegos eran más intolerables que los turcos muslimes.

Petrarca escribía: "Los turcos son enemigos, pero los griegos cismáticos son peores que enemigos".

En 1367 el Papa Urbano VI decidió trasladarse desde Aviñón a Roma. En la ruta halló emisarios bizantinos que le informaron del deseo del emperador de conseguir una unión. Juan estaba incluso dispuesto a ir a Roma. Y emprendió, en efecto, el viaje, llegando a Roma por mar, vía Nápoles.[458] En junio de 1367 leyó, en una asamblea solemne, una profesión de fe enteramente conforme a los dogmas católicos. En San Pedro el Papa celebró una misa mayor durante la cual Juan V renovó su profesión de fe, reconociendo que el Espíritu Santo emanaba del Padre y del Hijo y que el Papa era jefe de todos los cristianos.[459] El mismo día el emperador comió con el Papa, siendo invitados todos lo cardenales. El emperador regresó por Nápoles y Venecia, en cuya última ciudad atravesó experiencias humillantes. Ya sabemos que los venecianos le retuvieron en concepto de deudor insolvente, siendo menester que Manuel, hijo del emperador, reuniese la suma exigida y se presentara en Venecia para rescatar a su padre. Poco después de conclusa la unión, Urbano V regresó a Aviñón.

---

[458] *Gelzer, erróneamente, dice que Juan V resolvió en 1369 ir a Aviñón (Kaisergeschichte, página 1060)*

[459] *Los textos griegos y latinos sobre la profesión de fe del emperador se hallarán en S. Lambíos, Atenas, 1914), p. 241—254. Leo Allatius, De ecclesiae occidentalis ataque orientalis perpetua consensione (Coloniac Agrippinae, 1648), fue el primero en publicar la profesión de fe de Juan V (lib. II, c. XVII, col. 843852).*

La unión de Roma de 1369 no produjo más resultados reales que la de Lyón. El Papa no pudo dar al emperador otra cosa que muestras de atención, regalos y promesas de expediciones. El Occidente de Europa, a pesar de las exhortaciones del Papa, no envió socorros contra los turcos. Y en cuanto a la unión religiosa solemnemente aceptada por Juan V, quedó en acto privado y la población de Constantinopla siguió, en masa, afecta a las doctrinas de la ortodoxia oriental. De todos modos, el viaje del emperador constituye un interesante episodio de los contactos espirituales de Bizancio con Occidente en la época renacentista.

La unión más célebre es la de Florencia, conclusa en 1439. En aquel momento el ambiente político era más grave aun en el Oriente cristiano que cuando la unión de Roma. La devastación turca de Servia y Bulgaria, la derrota de los cruzados en Nicópolis, el viaje infructuoso de Manuel II a la Europa occidental y la toma de Tesalónica en 1430, ponían al Imperio en una situación crítica a la que no afectó muy profundamente la derrota turca en Angora a manos de los mongoles. Pero los éxitos de los turcos se transformaban ya en amenaza seria para Occidente. Por tanto en el concilio de Florencia pareció muy obvia la necesidad de una lucha común latinogriega contra los turcos. Más, la indiferencia por la trágica situación política del Imperio, el partido ortodoxo luchó enérgicamente contra la unión, no sólo por temor de que alterase la pureza de la ortodoxia griega, sino también por inquietud de que el socorro occidental comprado a precio de la unión produjera la preponderancia occidental en Oriente. No se quería que el probable yugo turco fuese reemplazado por otro, latino. A principios del siglo XV, el polemista bizantino José Brienne decía: "No creáis que los pueblos occidentales han de ayudarnos antes o después. Si un día se levantasen diciendo que vienen en nuestro socorro, se armarían para aniquilar nuestra ciudad, nuestra raza y nuestro nombre".

Tal aprensión estaba justificada. Baste recordar los planes conquistadores de Alfonso *el* Magnánimo.

Hacia la misma época se reunía en Basilea el tercer gran concilio del siglo XV, después de los de Pisa y Constanza. En su programa figuraban la reforma de la Iglesia en su jefe y en sus miembros y la resolución del problema hussita, que después de la muerte de Juan Huss había adquirido considerable extensión. El Papa Eugenio IV no experimentaba simpatía alguna por el concilio. Éste y el Papa abrieron, simultánea y separadamente, negociaciones con Juan VIII. El concilio y Constantinopla cambiaron embajadas. Entre los emisarios griegos enviados a Basilea figuraba Isidoro, higúmeno de un convento de Constantinopla y futuro metropolitano de Moscú. Isidoro, en el concilio, pronunció un discurso en favor de la unión de las Iglesias, lo cual debía "elevar un monumento grandioso, que rivalizaría con el Coloso de Rodas, cuya cúspide alcanzaría los cielos y cuyo brillo esplendería sobre Oriente y Occidente". Tras discusiones infructuosas sobre el lugar del concilio futuro, los Padres de Basilea decidieron abordar el tema griego después de resuelto el problema hussita. Tal decisión pareció ofensiva a los griegos, representantes, según ellos, de la ortodoxia verdadera, que en aquel caso era puesta en el mismo plano que la herejía hussita. En Constantinopla "se desencadenó una verdadera tempestad".[460] Entre tanto el emperador se aproximaba cada vez más al Papa, en cuyas manos entregó la dirección de las negociaciones unionistas. Temeroso de las tendencias reformadoras de Basilea, Eugenio IV trasladó el concilio a Ferrara, en Italia del norte, y luego, al declararse la peste, a Florencia. Parte de los miembros del concilio, desobedeciendo al Papa, quedáronse en Basilea y eligieron nuevo pontífice.

El concilio ferraro florentino transcurrió en medio de una solemnidad extraordinaria. Juan VIII y su hermano; José, patriarca de Constantinopla; Marcos, metropolitano de Éfeso y encarnizado enemigo de la unión; Bessarión, metropolitano de Nicea, partidario de la unión y hombre de gran cultura y talento, así como otras muchas personalidades eclesiásticas y laicas, llegaron a Ferrara, pasando por Venecia. El Gran Duque de Moscovia, Basilio *II el Ciego,* envió como representante a Isidoro, poco antes designado metropolitano de Moscú, y partidario de la unión. Acompañaban a éste muchos clérigos y laicos rusos.

---

[460] *Pierling, ob. cit., t. I, pág. 12, 15.*

Producíase entonces el florecer del Renacimiento italiano, y Ferrara, bajo los del Este, como Florencia bajo los Medicis, se distinguían por su brillante actividad intelectual y artística.

Las discusiones del concilio, centradas en particular sobre el "filioque" y la supremacía pontificia, arrastráronse con lentitud. Los griegos allí presentes distaban mucho de aceptar tales proposiciones. El emperador, cansado, se dispuso a partir. El patriarca José, adversario de la unión, murió antes de concluir el concilio. Isidoro de Moscú trabajaba activamente por la unión. Y al fin se redactó el decreto unificador, en dos lenguas, promulgándose solemnemente, el 6 de julio de 1439, en la iglesia de Santa María del Fiore (Florencia). Algunos griegos, con Marcos de Efeso a la cabeza, se negaron a firmar el acta.

Aun existen hoy en Italia muchos recuerdos de la unión de Florencia. En la Biblioteca Laurenziana, de Florencia, se conserva y expone una interesante copia contemporánea del Acta de unión, redactada en lenguas latina, griega y eslava. Aparte de las firmas griegas y latinas de ese documento, se halla en él la firma rusa del "humilde obispo Avrami (Abramius) de Suzdal", quien participó en el concilio. También subsiste la iglesia de Santa María del Fiore. En otro templo florentino, Santa María Novella, se ve el monumento fúnebre del patriarca José. Un fresco le representa en pie sobre ese monumento. En el Palazzo Ricardi se conserva un gran fresco del pintor italiano del siglo XV, Benozzo Gozzoli, representando a los Reyes Magos que van a Belén para adorar al Cristo recién nacido. En los Reyes Magos el pintor ha representado —bastante fantásticamente, desde luego, a Juan Paleólogo y al patriarca José, a quienes había visto entrar en Florencia. Roma guarda algunos recuerdos de la unión. Entre los bajos relieves que representan al Salvador, a la Virgen, a San Pedro y a San Pablo, en la iglesia de San Pedro, relieves que pertenecen al siglo XV, se ven bajos relieves menores, relativos al concilio de Florencia. Tales son el embarque del emperador en Constantinopla, su llegada a Ferrara, una sesión del concilio de Florencia y el embarco de Juan Paleólogo en Venecia. En un museo de Roma hay un soberbio busto de Juan, de tamaño natural. Ese busto, reproducido a menudo, fue, sin duda, tomado del natural durante la estancia del emperador en Florencia.[461]

Como las uniones de Lyon y Roma, la de Florencia no fue aceptada en Oriente. Juan, al regresar, advirtió pronto el fracaso de su intento. En torno a Marcos de Efeso, que no había firmado la unión, reunióse un nutrido partido ortodoxo. Varios de los signatarios retiraron su firma después. Isidoro, de vuelta a Moscú, promulgó solemnemente en la Iglesia de la Asunción el decreto unionista, pero no halló simpatía en nadie. El Gran Príncipe dejó de darle los títulos de Pastor y Maestro y calificóle de "lobo devorador".

Los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén se declararon hostiles a la unión y en el concilio de Jerusalén (1443), el concilio de Florencia fue calificado de "impuro". Pero la Iglesia católica reconoce aún hoy la validez del decreto de Florencia y todavía en el siglo XIX el Papa León XIII le recordaba a los ortodoxos, en su *Encíclica sobre la unión de las Iglesias,* a que se atuviesen a ese decreto.

Como su hermano Juan, Constantino XI, postrero emperador bizantino, vio en la unión el último recurso del agonizante Imperio. Se ha discutido a menudo la cuestión del concilio de Santa Sofía en 1450. Ciertos historiadores afirman que en ese año se reunieron en Constantinopla numerosos eclesiásticos orientales, entre ellos los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén. El concilio, tras condenar a la unión y a sus partidarios, había, parece, restaurado la ortodoxia. El famoso sabio italiano León Allatius, que publicó por primera vez, en el siglo XVII, fragmentos de las actas de ese concilio, las consideraba apócrifas. Desde entonces las opiniones de los historiadores se han dividido. Unos, siguiendo a Allatius, dan las actas por apócrifas y el concilio por inexistente, mientras otros, en especial los sabios y teólogos griegos, para quienes el concilio es de capital importancia, aceptan la autenticidad de las actas del concilio como hecho histórico.

---

[461] *Algunos eruditos discuten hoy la autenticidad de ese busto. Ver, por ejemplo, R. Byron, The Byzantine Achievement: An Historica! Perspective. A, D. 330—1453 (Londres, 1929). pág. 318: "The bust in the Museo di Propaganda at Rome may be considered a nineteenth century forgery"*

Últimamente se ha resuelto la cuestión en el sentido de negar la autenticidad de las actas y rechazar la celebración de tal asamblea,[462] aunque hay todavía voces aisladas que se oponen a ese criterio.[463] No tenemos bastantes pruebas para afirmar que se produjera bajo Constantino XI una ruptura oficial de la unión, sancionada por un concilio. Al contrario, Constantino, ante el peligro inminente, pidió socorro de nuevo a la Europa occidental. En vez de la ayuda esperada, presentóse en Constantinopla el cardenal Isidoro, antiguo metropolitano de Moscú. En diciembre de 1452, cinco meses antes de la expugnación de la ciudad, Isidoro hizo proclamar solemnemente la unión en Santa Sofía y celebró una misa unionista en la que mencionó el nombre del Papa. Ello produjo viva agitación en la capital.

Caída Constantinopla, la religión e instituciones religiosas griegas subsistieron bajo el dominio turco. Aparte aislados actos de violencia cometidos por el gobierno turco o la población musulmana contra la Iglesia griega y la población ortodoxa, ha de reconocerse que bajo Mahomet II y sus sucesores inmediatos, los derechos religiosos concedidos a los cristianos fueron respetados con bastante rigor. La persona del patriarca, las de los obispos y las de los sacerdotes fueron declaradas inviolables. Todos los miembros del clero quedaron exentos de impuestos, mientras el pueblo griego debía pagar el "baradch" (contribución anual). La mitad de las iglesias de la capital fueron transformadas en mezquitas y la otra mitad quedaron en manos de los cristianos. Siguieron en vigor todos los cánones eclesiásticos relativos a la administración interior de la Iglesia. Continuó existiendo el Santo Sínodo, que se ocupaba, con el patriarca, en la dirección de los asuntos eclesiásticos. Se permitió la libre ejecución de todos los Oficios religiosos. En todas las ciudades y pueblos autorizóse la celebración solemne de las Pascuas, etc. Tales costumbres religiosas se han mantenido en Turquía hasta nuestra época, aunque con el tiempo haya habido más casos de violación de los derechos de los habitantes cristianos, cuya situación, en ciertos instantes, ha sido difícil.

Bajo la nueva dominación, el primer patriarca de Constantinopla fue elegido por el clero, a poco de la toma de la ciudad, siendo reconocido por el sultán turco. El designado fue Genadio (Jorge) Escolarlo, quien había acompañado a Juan VIII a Ferrara y Florencia, manifestándose partidario de la unión, pero se volvió luego celoso defensor de la ortodoxia. Su advenimiento eliminaba en definitiva la unión grecorromana.

Estado Interior del Imperio Bajo los Paleólogos.

El problema del estado interior del Imperio bajo los Paleólogos —administración general y situación social, financiera y económica— es uno de los menos estudiados y más complejos de la historia de Bizancio. Las numerosas y diversas fuentes que poseemos al respecto han sido insuficientemente estudiadas y apreciadas. Muchos documentos valiosos, sobre todo las crisobulas imperiales y las cartas monásticas, pertenecen aún a tesoros manuscritos inéditos de las bibliotecas de Oriente y Occidente. En este sentido los manuscritos de los monasterios del Athos tienen inmensa importancia. Pero los monjes ortodoxos athonieses han guardado celosamente sus bibliotecas, y en el siglo XVIII y primera mitad del XIX los manuscritos del Athos sólo han podido ser consultados por historiadores de religión ortodoxa. De modo que los sabios rusos han tenido en este estudio un papel muy importante.

En el siglo XVIII el viajero ruso V. G. Barski visitó dos veces los monasterios del Athos (1725—26 y 1744). Fue el primer sabio moderno que conoció las riquezas históricas del Santo Monte. La detallada descripción que nos ha legado proyecta viva claridad sobre esas valiosas

---

[462] Véase K. Papaioannu, Las actas del supuesto concilio de Santa Sofía (1450) y su alcance histórico (Vrem.n, t. II (1895), pág. 394 y siguientes, 413. Lebediev, ob. cit., 2.a edición, pág. 294. Ambas obras, escritas en ruso, dan por apócrifas las actas.

[463] Ver J. Dráseke, Zum Kircheneiningunsvenuch des Jahres 1439 (Bys. Zeits., t. Y. (1896). pág. 580. Bréhier, Cambridge Medieval History, t. IV, pág. 624—625.

fuentes. En el siglo XIX los sabios rusos Porfirio Uspenski, P. I. Sevastianov, T. O. Florinski y V. Regel han trabajado activamente en los monasterios de la Montaña Sagrada, publicando una larga serie de documentos muy interesantes sobre la situación interior de Bizancio. Tienen particular importancia las cartas aparecidas en los suplementos de varios volúmenes de la revista bizantina rusa *Vizantiiski Vremennik*, cartas que no han sido aún estudiadas lo suficiente. A fines del siglo XIX el sabio griego Sp. Lambros publicó un catálogo en dos tomos de los manuscritos griegos del Monte Athos (18951900). Pero Lambros no pudo incluir en su catálogo dos importantísimas colecciones de manuscritos conservadas en los monasterios de Lavra y de Vatopedi. El catálogo de los manuscritos griegos de Vatopedi ha visto la luz en 1924. El historiador francés G. Millet, enviado en misión al Athos en 1915, ha reunido una serie de documentos de los archivos de Lavra, lugar que, con frase de una crisobula, es "cabeza y Acrópolis de toda la república monástica". Con escasas excepciones, los textos conseguidos por Millet no se han publicado aún. Actualmente se prepara su edición.

En el proemio del catálogo mencionado leemos: "La Montaña Sagrada ha preservado y conservado intactas la civilización bizantina y las fuerzas espirituales del pueblo heleno". Otras bibliotecas guardan igualmente una rica documentación sobre la época de los Paleólogos. Indicaremos solamente la importancia de la colección publicada, en seis tomos, por Miklositch y Müller con el título de *Acta et diplomata graeca medii aevi y* las numerosas ediciones de C. Sathas. Las actas del monasterio de Vazelon, junto a Trebisonda, impresas recientemente, dan nuevos y ricos materiales sobre la historia de la propiedad rústica y monástica no sólo en Trebisonda, sino en Bizancio en general, en los siglos XIV y XV.

El restaurado Imperio griego, ya muy disminuido en extensión y siempre decreciendo, amenazado, además, por los normandos, turcos, servios, venecianos y genoveses, se convirtió bajo los Paleólogos en un Estado secundario, sin vida normal ni estable. La completa desorganización de todos los mecanismos del Estado y la decadencia del poder central son rasgos distintivos de ese período. Las largas luchas dinásticas de los dos Andrónicos y de Juan V con Cantacuzeno; los esfuerzos de los emperadores para ganarse el favor papal mediante una unión nunca aprobada por el pueblo; los viajes, que a veces resultaron humillantes, de los emperadores a la Europa occidental; los intentos de los emperadores, con no menos rebajamientos, para congraciarse con los sultanes, ya pagándoles tributo, ya residiendo por fuerza en sus cortes, ya casando a las princesas imperiales con príncipes muslimes, fueron hechos que debilitaron y degradaron a los ojos del pueblo el poder de los basileos bizantinos.

La misma Constantinopla, saqueada por los latinos, no era, al pasar a manos de los Paleólogos, lo que había sido antaño. Los autores griegos y diversos extranjeros, viajeros y peregrinos, testimonian la decadencia de la capital en aquella época. A principios del siglo XIV el geógrafo árabe Abul—Feda, tras enumerar concisamente los más importantes monumentos de Constantinopla, observa: "En el interior de la ciudad se encuentran campos sembrados, jardines y muchas casas en ruinas".

A comienzos del siglo XV, el viajero español Ruy González Clavijo escribía: "En la ciudad de Constantinopla hay muchos palacios, iglesias y monasterios, pero la mayoría de ellos están en ruinas. Es, sin embargo, notorio que antaño Constantinopla era una de las más nobles capitales del mundo. Por lo contrario, la colonia genovesa de Pera no es más que una ciudad pequeña, pero muy populosa. Está rodeada de un poderoso muro y posee casas excelentes, todas bien construidas".[464]

[464] *Ruy González de Clavijo, Diario del viaje a la corte de Tamerlán en Samarcanda (1403—1406). Texto español y trad. comentada rusa de Sreznevski (San Petersburgo, 1881), páginas 87—88. Clavijo, Embassy to Tamerlane (1403—1406), versión del español por Guy Le Strange (Londres, 1928), pág. 88—89. — La primera edición reza: Historia del Gran Tamorlán e itinerario y enarracion del viage y relación de la Enbaxada que Ruy Gonzalez de Clavijo le hizo... (Sevilla, 1582). Se reeditó en "Colección de crónicas y memorias de los Reyes de Castilla" (Madrid,* 1797, II.) (N. del R.)

Hacía la misma época, el florentino Buondelmonti señalaba que la iglesia de los Santos Apóstoles, una de las más famosas de Constantinopla, estaba en completa ruina. No obstante, piadosos peregrinos de diversos países que visitaron Constantinopla en los siglos XIV y XV, quedaron sorprendidos y fascinados ante los ornamentos y reliquias de la iglesia constantinopolitana. En 1287, el monje Rabbon Sauma, enviado por el rey de los mongoles, mantuvo una entrevista con Andrónico II y, autorizado por éste, visitó las iglesias y reliquias de la ciudad.[465]

En 1422, el diplomático y moralista borgoñón Ghillebert de Lannoy recibió del emperador Manuel II y de su joven hijo y heredero muy buena acogida y le fue concedida licencia para visitar las maravillas y antigüedades de la ciudad y de los templos.

En 1437 el viajero español Pero Tafur fue muy cortésmente recibido por Juan VIII. De regreso de Crimea y Trebisonda visitó Constantinopla otra vez. La ciudad estaba gobernada entonces por el "déspota Dragas", hermano de Juan, en ausencia de éste, que se hallaba en Italia. Tafur dice: "La iglesia que ellos llaman Valayerna (Blanquerna) está hoy tan dañada que no es posible repararla ya". "El puerto ha debido ser magnífico y aun hoy es bastante para abrigar los bajeles". "El palacio del emperador ha debido ser magnífico, pero hoy hállase en tal estado que él y la ciudad muestran bien las pruebas que el pueblo ha soportado y soporta aún". "La ciudad no tiene sino una población diseminada... Los habitantes no van bien vestidos, sino tristes y miserables". "El Estado del emperador es tan espléndido cual lo ha sido siempre, pues que no omite ninguna de las antiguas ceremonias, mas es, en verdad, como un obispo sin sede". Constantinopla, con las ciudades tracias que le restaban, se encontró, después de las conquistas turcas y servias de la segunda mitad del siglo XIV en la Península balcánica, rodeada de posesiones osmanlíes y no pudiendo sostener relaciones —y éstas trabajosamente— sino con los territorios que le quedaban: Tesalónica, Tesalia y el despotado de Morea. Por tanto, estas regiones se independizaron de modo paulatino. Cuando los turcos cortaron la ruta marítima del mar Negro, la isla de Lemnos, al norte del Archipiélago, fue durante algún tiempo el granero de Constantinopla.

La feudalización del Imperio, comenzada antes de los Paleólogos, debilitó progresivamente la bien establecida organización centralista. Los organismos del poder central no tuvieron, en ocasiones, cosa alguna que hacer, porque el Imperio estaba disgregado y desorganizado al mayor extremo. Los recursos del país y su capacidad económica, radicálmente destruidas por los latinos, se habían agotado en definitiva. Las provincias devastadas no rendían impuestos, las reservas estaban agotadas, se habían vendido las joyas de la Corona, no se podía alimentar a los soldados y la miseria reinaba por doquier. Nicéforo Gregoras describiendo las solemnidades del matrimonio de Juan V, escribe: "En esta época el palacio estaba en tal desnudez que no se podía encontrar una sola copa o jarro de oro o de plata. Unos eran de estaño, otros de arcilla... y no hablo ya de las coronas y ropas, que solo tenían la apariencia de oro o piedras preciosas (pues en realidad) eran de cuero y se contentaban con dorados, semejantes a las que fabrican a veces los curtidores, y en parte con cristales que reflejaban diversos tintes. Aquí y allá se veían, muy raramente, piedras preciosas que tenían un fulgor verdadero y el brillo de las perlas, que no engaña a la vista. La antigua prosperidad y los esplendores del Imperio romano habían padecido una tal decadencia, se habían extinguido y perecido tan completamente, que no puedo hoy sin vergüenza exponeros el relato". Las ciudades más amenazadas por los turcos empezaban a despoblarse. Ya vimos que tras la toma de Gallípoli algunos habitantes de Constantinopla habían emigrado a Occidente. En 1425 mucha gente emigró a

[465] *Histoire de Mar Jabalaha III, patriarche des Nestoriens (1281—1317), et du moine Rabban Cauma, ambassadeur du roí Argoun en Occiddent (1287),* trad. de sirio y anotada por J. B. Chabot Revue de l'Orient latin, t. II (1894), pág. 82—87. Tirada aparte, pág. 54—59. The History of Yaballaha III, Nestorian Patriarch and of his vicar Bar Sauma, traducida y anotada por J. A. Montgomery (Nueva York, 1927), pág. 52—54.

Tesalónica, y parte de los que huyeron se refugiaron en Constantinopla, juzgándola más segura.[466] El momento, en efecto, era crítico: Tesalónica había sido ocupada por los venecianos y los turcos proyectaban tomar la ciudad, lo que hicieron, como vimos, en 1430.

El restringido territorio del Imperio y la debilidad numérica de su población no permitían sostener un gran ejército nacional, por lo que las tropas de los Paleólogos abarcaban mercenarios de diversas nacionalidades. Aparecieron compañías catalanas, turcas, genovesas, venecianas, servias y búlgaras. Había también, como antes, mercenarios anglosajones, varengos o anglo—varengos y vardariotas de raza turca.[467] No pudiendo pagar bien a sus mercenarios, el gobierno a veces sufría la arrogancia altanera de sus mismos soldados y asistía, impotente, a la devastación de provincias enteras o grandes ciudades. Recuérdese el paso sangriento de los catalanes a través de las provincias del Imperio. Dada la debilidad de su ejército de tierra, los Paleólogos intentaron, en vano, resucitar, aunque sólo fuese en parte, la potencia de la decaída flota bizantina. Miguel VIII hizo algo en tal sentido, pero Andrónico II descuidó de nuevo la flota, y las islas del Archipiélago que aun pertenecían al Imperio no pudieron ser defendidas contra los piratas.[468] La flota bizantina no podía emprender nada contra las numerosas y bien equipadas escuadras de genoveses y venecianos, ni siquiera contra la de los osmanlíes, recién creada. Los mares Negro y Egeo se escapaban por completo del dominio de Bizancio. En el siglo XIV y la primera cincuentena del XV las flotas de las repúblicas mercantiles italianas señorearon aquellos mares en absoluto.

La antigua organización en themas, deshecha por los latinos, no podía funcionar debidamente bajo los Paleólogos. No había territorios bastantes para el sistema de gobierno regional. Ya sabemos que el título de *estratega* había desaparecido bajo los Comnenos, substituyéndolo el más modesto de *duque (dux).*

No obstante, algunos historiadores modernos emplean el término *thema* para designar la provincia de Macedonia y Tesalia en el siglo XIV.[469] Las provincias, separadas de la capital por las posesiones turcas y servias, se convirtieron en "estados déspotas" cuyos gobernadores eran poco menos que independientes. A fines del siglo XIV Tesalónica tuvo como déspota a uno de los hijos de Juan V. El despotado de Morea era también gobernado por hijos o hermanos de los emperadores.

Bajo los Paleólogos, las relaciones entre las clases superiores y las inferiores se volvieron muy tensas. La agricultura, siempre considerada el fundamento de la economía de Bizancio, estaba en profunda decadencia. Se habían perdido muchas provincias fértiles y otras quedaron devastadas por las incesantes luchas civiles y el paso asolador de los catalanes. En Asia Menor, la prosperidad de los colonos fronterizos (acritas), basada también en la agricultura, quedó completamente arruinada por las medidas regresivas de Miguel VIII y los avances turcos.

La época de los Paleólogos señalóse por un amplio desarrollo de la propiedad rural en gran escala. Los campesinos arruinados caían en poder de los señores. A partir de 1261 algunos griegos se convirtieron en poderosos terratenientes en Tesalia. En la zona occidental de Tesalia, ocupada por el déspota del Epiro, y en la región noroeste de la misma Tesalia, perteneciente al emperador,

---

[466] *Véase S. Kugeas, Notizbuch eines Beamten der Metropolis in Thessalonike aus dem Anfang des XV, Jahrhunderts ("Byz. Zeits", t. XXIII (1914—1919), pág. 152, (par. 82) y 158). O. Tafrali, Thessalonique au XIVe siécle (París. 1913), pág. 16.*

[467] *Ver el decreto de Miguel Paleólogo, 1272, en A. Heisenberg: Aus der Geschichte und Literatur der Palaiologenzeit (Munich, 1920), p. 39, líneas 49—50, p. 61—62. E. Stein, Untersuchungen zur spatbyzantinischen Verfassungs und Wirtschaftsgeschichte (Mitteilungen zur osmanischen Geschichte, t. II (1924), p. 47—49). Los varengos y vardariotas aparecen mencionados varias veces en Codinus. Ver las referencias en Heisenberg, p. 61—62.*

[468] *Véase un interesante pasaje sobre la flota en tiempos de Andrónico II, en Paquimeres, De Andrónico Palaeologo, I, 26 (II, 69—71). También Nicéforo Grégoras, VI, 3 (I, 174—175)· Ver Jakovenko, Estudios sobre las cartas bizantinas. Las cartas del nuevo monasterio de la isla de Quios (Yuriev, 1917). p. 180—181 (en ruso)*

[469] *Tafrali, Thesalonique au XIV siécle (París, 1913), p. 44—50.*

los rícos propietarios rurales desempeñaron muy importante papel y establecieron relaciones feudales con los pequeños propietarios. Pero las represalias catalanas y las invasiones albanesas desorganizaron por completo el régimen agrario de Tesalia.

Muchos albaneses se convirtieron en grandes propietarios. En el régimen del agro sobrevino cierta mejora cuando en 1348, Esteban Dushan, rey de Servia, se apoderó de Tesalia.[470] Ha de notarse que en ciertas comarcas montañosas de Tesalia hubo algunas propiedades individuales y comunidades campesinas libres.

Se hallan en Mazaris interesantes informes sobre el poderío y arrogancia de los grandes propietarios (arcontes) del Peloponeso. Antes, Juan Cantacuzeno había declarado ya que la decadencia interna del Peloponeso no se debía a las invasiones turcas o latinas, sino a las luchas intestinas, que habían tornado "el Peloponeso más desierto que la Escitia". Manuel, hijo de Juan V, al ser nombrado déspota de Morea, restauró la agricultura hasta cierto punto y entonces "el Peloponeso volvió a ser cultivado por algún tiempo" y la población comenzó a regresar a sus casas. Pero la conquista turca deshizo la labor bizantina en Morea.

Oprimidos por los omnipotentes señores, los campesinos padecían males terribles. La clase agraria estaba arruinada por completo, y si su situación, como afirman algunos,[471] no era desfavorable en exceso durante el siglo XIV, en la región de Tesalónica —al menos en los dominios de los grandes terratenientes—, ello no modifica el cuadro de la miseria general en los campesinos.

El odio de los pobres contra los ricos no sólo desgarraba los campos, sino también las ciudades del Imperio. Durante la revolución de 1328, el populacho de Constantinopla saqueó el magnífico palacio de Teodoro Metoquita.[472]

El movimiento revolucionario que estalló en 1341 en Adrianópolis al ser proclamado emperador Juan Cantacuzeno, tomó la forma de una insurrección, victoriosa al principio, del pueblo contra las clases posesoras, propagándose luego a otras ciudades del Imperio.[473]

La revolución de los celótas en Tesalónica, hacia mediados del siglo XIV, ofrece particular interés.

Las fuentes distinguen en Tesalónica tres clases: los ricos y nobles; la clase media o burguesía, los "medianos" esto es comerciantes, industríales, patronos de talleres, pequeños propietarios y miembros de las profesiones liberales; y en fin, el pueblo, es decir, campesinos humildes, artesanos modestos, obreros, marineros. Mientras la importancia de la clase rica crecía de vez en vez, la situación de la clase inferior, y en especial la de los cultivadores de las tierras más constantemente amenazadas por el enemigo, empeoraba de más en más. Todo el comercio del importante centro económico de Tésalonica y los beneficios que del comercio se dimanaban, estaban en manos de la clase superior. Crecía la animosidad de clases y sólo hacía falta una oportunidad para que estallara.

En aquel momento Cantacuzeno, apoyándose en la nobleza, se proclamo emperador, y, como consecuencia, los elementos demócratas se pronunciaron por los Paleólogos. Un historiador escribe: "No fue una lucha de ambiciones entre personas que se disputaran el poder supremo, sino una lucha de clases: una deseando conservar sus privilegios, otra tratando de sacudir la explotación",[474] Al frente de la democracia de Tesalónica se pusieron los celotas, quienes en 1343 expulsaron de la ciudad a los nobles, saquearon las casas de los ricos y establecieron una especie de gobierno

---

[470] *Sokolov, Grandes y pequeños terratenientes en Tesalia en la época de los Paleólogos (Viz. Vremennik, t. XXIV (1923—1926), p. 35—42) (en ruso). (Atenas, 1924), t. I, p. 146—156). F. I. Uspenski y Y. Benedievitch, Las actas de Vazelon (Leningrado, 1927), p. XCII—XCIV (en ruso).*

[471] *P. Iakovenko, Viz. Vremennik, t, XXI, 3—4 (1914); crítica, p. 183 (en ruso).*

[472] *R. Guillard, Le palais de Thédore Métochite (Revue des Études grecques, t. XXXV (1922), p. 82, 9293). J Ebersolt, Les Arts somptuaires de Byzance (París, 1923), p. 109.*

[473] *Cantacuzeno, Historiae, III, 28 (II, 175—179)*

[474] *O. Tafrali, Thiessalonique au XIV siécle (París, 1913), p. 224.*

republicano, compuesto por celotas. Las dificultades interiores produjeron, en 1346, una matanza de la nobleza. Nicolai Cabasilas fue de los pocos que escaparon a la muerte. Incluso después de reconciliarse Juan V y Juan Cantacuzeno continuó el régimen local de los celotas: y Tesalónica, en cierto sentido, "fue gobernada como una república independiente". Los celotas prescindían por completo de las órdenes emanadas de Constantinopla. Sólo en 1349 los esfuerzos conjuntos de Juan V y Juan Cantacuzeno lograron poner fin al gobierno democrático de los celotas.

No se han esclarecido aún las verdaderas causas de la revolución tesalonicense. Tafrali considera como principal la miseria de la población y juzga a los celotas campeones de la libertad, que lucharon para mejorar la vida social en el porvenir, lo cual los contemporáneos no podían comprender.

Fue aquella, dice Diehl, una lucha de clases, de ricos contra pobres, de aristócratas contra plebeyos". La atrocidad de esas luchas "aparece en la curiosa, trágica y sangrienta historia de la comuna de Tesalónica", donde se "oculta una vaga tendencia hacia un movimiento comunista".[475] El ruso Iakovenko, analizando el libro de Tafrali, escribe: "En la actividad de los celotas, los fines de carácter político, es decir, la lucha contra Cantacuzeno, predominaron sobre los fines sociales, que, por lo demás, nos parecen bastante obscuros".

El problema merece un estudio más profundo; pero, hasta donde cabe juzgar, parece que la cuestión social desempeñó un papel importante en la revolución de Tesalónica. Al aspecto social se unieron, complicándolo y penetrándolo, las luchas políticas del momento.

Por las mismas circunstancias indicadas, Bizancio perdió la dirección de su propio comercio. No obstante, y hasta su cerco definitivo por los turcos, Constantinopla siguió siendo un centro comercial de importancia y allí se podía encontrar negociantes de todas las naciones.

Francesco Balducci Pegolotti, comerciante y escritor florentino de la primera mitad del siglo XIV y que estuvo al servicio de la dinastía mercantil de los Bardi, nos da preciosos informes sobre las mercancías vendidas en Constantinopla, Gálata y Pera, y sobre los mercaderes occidentales que se encontraban allí.[476] Pegolotti menciona genoveses, venecianos, písanos, florentinos, catalanes, provenzales, anconitanos, sicilianos "e *tutti altri* strani".[477] Bertrandon de la Broquiére escribe, por su parte, en la primera mitad del siglo XV, que había visto en Constantinopla numerosos mercaderes de todos los países, pero que los venecianos gozaban "de más autoridad". Menciona también a los catalanes y a los genoveses. Por supuesto, había en Constantinopla multitud de comerciantes de otros puntos de Occidente —por ejemplo, de Ragusa— y de Oriente. El mercado de Constantinopla era verdaderamente internacional.

Pero el comercio en sí no estaba en manos de Bizancio, sino en las de los mercaderes occidentales, sobre todo los venecianos, genoveses y, en cierta medida, písanos, florentinos, etc.

Como sabemos, a partir del reinado de Miguel Paleólogo, Genova ocupó el primer puesto en la vida económica de Bizancio. Los genoveses, exentos de tasas, pudieron construir y fortificar Gálata y organizar factorías y colonias, no sólo en las islas Egeas y el Asia Menor, sino también en

---

[475] *Diehl, Byzance. Grandeur et décadence (París, 1920), p. 20. Id., en la Cambridge Medieval History, t. IV, p. 760. Id—, Journées révolutionnaires byzantines (Revue de París, noviembre—diciembre de 1928, p. 151—172).*

[476] *Sobre Pegolotti, véase Heyd, ob. cit., t. I, p. XVII, XVIII. C. R. Beazley, The dawn of modern geography (Oxford, 1906), t. III, p. 324—332. El artículo de la Encyclopaedia Britannica está redactado según Beazley. H. J. Yule, Cathay and the ways thither (Londres, 1866), t. II, p. 278—308 (Hakluyt Society. vol. 37). E. Friedmann, Der mittelalterliche Welthandel von Florenz in seiner geographischen Ausdehnung (nach der Pratica della mercatura des Balducci Pegolotti) (Abh. der K, K. Geographischen Gesellschaft in Wien, X (1912). 3—5).*

[477] *La pratica della mercatura scrita da Francesco Balducci Pegolotti. Della décima e delle altre gravezza (Lisboa y Lúca. 1766), vol. III, p. 24. La mejor orientación respecto al comercio bizantino bajo los Paleólogos la da Heyd, ob. cit., t. I, p. 427—527, y t. II.*

las costas del mar Negro: Trebisonda, Caffa (Teodosia) y Tana, en la boca del Don.[478] Caffa, en particular, gozó de prosperidad y buena organización. La defendían fortificaciones potentes y un estatuto administrativo detallado reglaba su gobierno.[479] Paquimeres admiraba a los genoveses, quienes, a pesar de las tormentas invernales, surcaban el Mar Negro sin temor, en sus navios.[480] Venecia, igualmente libre de gravámenes mercantiles, rivalizó con Génova, lo que produjo violentos conflictos donde la posición de Bizancio resultó muy delicada. A fines del siglo XIII, Venecia, con la toma de San Juan de Acre por el sultán de Egipto (1291), vio vedado su tráfico en el sudeste del Mediterráneo y desde entonces consagró toda su energía a luchar con Génova, en el norte, a fin de recobrar su antigua situación económica en Bizancio, en el Egeo y en el Negro.

Desde una época relativamente reciente, sabemos que hubo relaciones mercantiles entre Florencia y Constantinopla. Las transacciones fueron, en general, agrarias por el intercambio del grano.[481] Mas todos los beneficios de ese tráfico iban, lo repetimos, a los occidentales y no al Imperio. La dependencia económica de los Paleólogos fue absoluta. En ese sentido no tuvieron dominio alguno sobre su Imperio.

Se advierte la influencia italiana en las monedas bizantinas. En el siglo XIV, bajo Andrónico II, Andrónico III y Juan V, se ensayó una reforma monetaria en el curso de la cual se introdujo en Bizancio el tipo florentino de moneda. También se nota la presencia de monedas de tipo veneciano. La última moneda bizantina de oro se acuñó bajo Manuel II, acaso con motivo de su coronación. Se ve en esa moneda a la Virgen, protegida por los muros de Constantinopla. No hay noticia de monedas acuñadas en tiempos del último emperador bizantino. Algunos historiadores estiman que, bajo Manuel II y Juan VIII, una reforma monetaria introdujo en Bizancio el monometalismo.[482] Pero esto no ha sido demostrado.

La potencia económica occidental en Bizancio concluyó a causa del progreso victorioso de los otomanos. Éstos, poco a poco, se apoderaron del antiguo Imperio bizantino de Trebisonda y de las costas septentrionales del mar Negro.

Si se piensa en el deplorable estado interior y exterior del Imperio, parece extraño leer en un tratado anónimo del siglo XIV sobre las funciones cortesanas —tratado atribuido erróneamente a Codinus— una detallada descripción de los suntuosos vestidos de los dignatarios de la corte, de sus tocados y calzados diversos, de las condecoraciones de los funcionarios, así como una exposición minuciosa del ceremonial de la corte, de la coronación, de la investidura de unas funciones u otras, etc. Este tratado es como un suplemento al famoso manual del siglo X sobre las ceremonias de la corte bizantina. En el siglo X, época del apogeo y máximo esplendor del Imperio, un tratado así parece necesario. Pero que otro semejante apareciese en el siglo XIV, cuando la ruina del Imperio parecía inminente a muchas personas, es cosa ante la cual quedamos perplejos y experimentamos

---

[478] Se hallará un interesante capítulo sobre el comercio genovés en el Imperio bizantino durante el siglo XIII, en J. Bratianu, Reckerches sur le commerce genois dans la mer Noire au XIII siecle (París, 1920), p. 108—154.

[479] El texTo de ese estatuto de 1449, muy interesante, se encuentra en los Boletines de la Sociedad Histórica y Arqueológica de Odessa, t. V (1865), p. 631—837, texto y trad. rusa de Murzakievitch. Luego ha sido publicado por P. Vigna, en Atti della Societa Ligure di Storia Patria, t. VII, (2) p. 567—680. Sobre las inscripciones genovesas de Caffa ver el detallado estudio de Elena Skrzinska, Inscripciones latinas de las colonias genovesas en Crimea (Atti della Soc. Lig. di Stor. Pat., t. LVI (1928), p. 1—180.

[480] Paquimeres, t. I, p. 419—420. Véase Bratianu, Actas de los notarios genoveses de Pera y de Caffa de fines del siglo XIII (Bucarest, 1927), p. 63. Id.. Recherches... p.154.

[481] Ciertos documentos de los siglos XIII y XIV, que no había podido consultar Heyd, los da R. Davidsolin, Forschungen zur Geschichte von Florenz (Berlín, 1901), t. III, p. 69—70 (·° 315) 135 (n—° 686), 193 (n.° 974). Ver E. Friedmann, ob. cit., p. 26. Se hallarán algunos documentos del siylo xv en G. Müller, Documenti sulle relazioni delle citta toscane coll' Oriente Cristiano e coi Turchi (Florencia. 1879), p. 149150, 162—163, 169—177, 283—284. a

[482] A. Blanchet, ob. cit., p. 1—13.

una penosa sensación viendo la ceguera que reinaba en la corte de los basileos de la última dinastía. Krumbacher, no menos perplejo, explica el caso diciendo con ironía. La razón de ello quizá consista en aquel proverbio griego de la Edad Media: "El mundo perecía y mi mujer continuaba comprando vestidos nuevos".

La cultura, la literatura, la ciencia y las artes.

Mientras el Imperio de los Paleólogos atravesaba un período tan crítico desde el doble punto de vista político y económico, retrocediendo paso a paso ante los turcos, disminuyendo en extensión y al fin reduciéndose a Constantinopla y sus contornos inmediatos, a tal punto que parecía imposible que se desarrollase vida espiritual alguna en tales condiciones, Constantinopla, sin embargo, así como en general el agonizante Imperio, fue un centro de brillante civilización en lo literario, lo científico y lo artístico, las escuelas de Constantinopla prosperaban como en los mejores tiempos del Imperio, y a ellas acudían para instruirse, no sólo jóvenes de lejanas regiones griegas, cual Esparta y Trebisonda, sino incluso de Italia, a pesar de que ésta se hallaba en el apogeo de su Renacimiento. Los filósofos, con Gemisto a su cabeza, explicaban las doctrinas de Platón y Aristóteles. Retóricos y filólogos que habían estudiado los mejores modelos de la antigüedad clásica y se esforzaban en igualar su estilo, atraían grupos numerosos de entusiastas oyentes y discípulos, presentando, por su actividad e inclinaciones, una sorprendente semejanza con los humanistas italianos. Historiadores en cantidad estimable fijaban con su pluma el recuerdo de los últimos tiempos del Imperio. La intensa vida eclesiástica, con su movimiento hesicasta y el eterno problema unionista, dejó huella muy profunda merced a sus obras dogmáticas, ascéticas, polémicas y místicas. En la literatura y en el pueblo hubo un resurgir de la poesía. Y al renacimiento literario acompañó un renacimiento artístico que dejó monumentos de gran valor.

Además de Constantinopla, Mistra señalóse por un movimiento intelectual muy importante. Y el siglo XIV fue la edad de oro de Tesalónica, tanto en lo literario como en lo artístico.[483]

De modo que en la hora de su agonía política y económica, el helenismo reunió, por decirlo así, todas sus fuerzas para mostrar la vitalidad de la civilización clásica y presagiar el futuro renacimiento helénico del siglo XIX. "En vísperas de sucumbir toda entera —dice un historiador—, la Hélade entera reúne sus energías espirituales para lanzar un último fulgor".[484]

Varios miembros de las familias reinantes, Paleólogos y Cantacuzenos, se distinguieron por su cultura. Miguel VIII escribió algunos ensayos en pro de la unión religiosa y varios "cánones" sobre los principales mártires. Igualmente nos ha legado una curiosa "autobiografía",[485] cuyo manuscrito se ha descubierto en la biblioteca sinodal de Moscú. Creó, también, una escuela de gramática en Constantinopla. Andrónico II fue muy entendido en arte y letras y protegió a sabios y artistas. Ciertos historiadores opinan que fue su protección la que permitió desarrollarse el ambiente artístico que hizo posible la creación de trabajos tan notables como los mosaicos del monasterio de la Hora (hoy mezquita de Kahrié) en Constantinopla.[486] Manuel II brilló por su talento de escritor. Teólogo sutil, versado en la lengua clásica, dialéctico refinado, estilista perfecto, nos legó una rica herencia no publicada aún íntegramente. Entre sus escritos podemos citar *La Procesión del Espíritu Santo,* una apología contra el Islam, una serie de oraciones destinadas a los diferentes casos de la vida. *La descripción de la primavera en la cortina recamada del palacio real,* gracioso opúsculo

---

[483] *Véase W. Miller, Essays on the Latin Orient (Cambridge, 1921), p. 278—279. O. Traiali, Thessalonique au XIV siécle (París, 1913), 49-69*

[484] *Lavisse y Rambaud, Histoire genérale du IV siécle a nos jours, t. III, p. 819. C. Diehl, Manuel d'art byzantin (París, 1926), t. II, p. 750.*

[485] *Algunas partes de esa autobiografía han sido traducidas al francés por C. Chapman en su obra Michel Paleofogue, Restaurateur de l'Empire byzantin (París, 1926), p. 167—177.*

[486] *Véase D. Ainalov, La pintura bizantina en el siglo XIV, en Zapiski Klassitcheskavo Otdeleniya Rousskavo Archeologicheskavo Obschestva, t. IX (1917), p— 132—133 (en ruso).*

escrito en París, y una colección de cartas muy interesantes dirigidas a diversas personalidades eminentes de la época y escritas, en parte, durante la estancia forzosa de Manuel en la corte otomana, y en parte durante su viaje a Occidente. El número de trabajos literarios de Manuel, incluidas sus cartas, asciende a 109.

Pero en el sentido literario, el primer lugar entre los emperadores compétele a Juan VI Cantacuzeno, quien, como vimos, terminó sus días, después de su abdicación forzada, como monje y con el nombre de Josafat, consagrando los ocios de su retirada vida a ocupaciones científicas y literarias. Su obra principal es su *Historia*, o más bien sus *Memorias*, en cuatro libros, que comprenden los sucesos ocurridos desde 1320 a 1356, si bien algunos pasajes se refieren a época posterior. El autor declara en la introducción de su obra, que no piensa decir sino la verdad, pero se aparta involuntariamente de su propósito situándose en el centro de los acontecimientos en que ha participado. Se esfuerza en justificar y engrandecer su actividad y la de sus amigos y partidarios y, a la vez, de rebajar, ridiculizar y oscurecer a sus enemigos. Fuera de la corta autobiografía de Miguel Paleólogo, Cantacuzeno ha sido el único emperador bizantino que nos ha dejado unas memorias detalladas, las cuales, a pesar de su carácter parcial, nos aportan un material considerable para el estudio de la turbulenta historia de la Península balcánica en el siglo XIV —y sobre todo para la historia de los eslavos—, así como para la topografía de los lugares. Aparte de sus memorias, Juan Cantacuzeno, en el retiro de su celda, escribió ensayos teológicos, no publicados aun en su mayoría, en forma de ataques contra Barlaam, los judíos y musulmanes, etc. Juan Cantacuzeno transmitió sus inclinaciones a su hijo Mateo, quien, a raíz de la deposición de su padre, fue también obligado a entrar en un convento donde escribió algunos tratados, de teología y retórica. La época de los Paleólogos produjo un grupo de historiadores interesantes y eminentes que se esforzaron en describir y explicar los trágicos sucesos de aquellos días. El historiador Paquimeres, que dejó Nicea y se instaló en Constantinopla al ser expulsados los latinos, fue hombre muy culto. Merced a su elevado cargo público pudo utilizar para sus obras los documentos públicos más fidedignos. Se mostró representante convencido de las opiniones greconacionales en materia unionista. Escribió algunos tratados de retórica y filosofía, su autobiografía, en hexámetros, varias cartas y una importante obra histórica que abarca los sucesos comprendidos entre 1261 y 1307—8. Esa obra es nuestra fuente principal para la historia del reinado de Miguel VIII y comienzos del de Andrónico el Viejo. Paquimeres no es el primer historiador bizantino que se interesa principalmente por las embrolladas y sutiles cuestiones teológicas de la época. "Dijérase —escribe Krumbacher— que aquellas gentes se apartaban con horror de los infortunados asuntos de la vida política del Imperio y buscaban consuelo y confortación en el estudio abstracto de las cuestiones teológicas de la religión que agitaban entonces todos los ánimos"

Uno de los pasajes más interesantes de la historia de Paquimeres es su relato de la expedición de Roger de Flor, donde da una vasta documentación que se puede comparar con el texto del cronista catalán Muntaner.[487] El estilo de Paquimeres es una mezcla de lenguaje homérico con declamación teológica, hallándose salpicado de expresiones extranjeras y populares y estando a tal punto penetrado de la imitación pedantesca del estilo antiguo, que el autor, con gran daño de la claridad expositiva, llega a servirse de los pocos conocidos nombres áticos de los meses, en vez de emplear las designaciones cristianas. Algunos escritos de Paquimeres no han sido publicados aún. Su principal obra histórica es digna de una edición crítica.[488]

A principios del siglo XIV, Nicéforo Calixto Jantópulos escribió una obra compilativa titulada *Historia de la Iglesia* donde expone los sucesos comprendidos entre el nacimiento de Cristo y el

[487] *Ver el excelente juicio formado sobre Paquimeres por A. Rubio i Lluch, Paquimeres i Muntaner, en Sécceio historia e arqueología de I'Institut d'Estudis Catalans. Memories, I (1927), 33—60.*

[488] *Véase A. Heisenberg, Eine Handschrift des Georgios Pachymeres, en su Aus der Gescfichte und Literatur der Palaiologenzeit (Munich, 1920), p. 3—13. Respecto a cierto manuscrito de Paquimeres conservado en una biblioteca de Jerusalén, véase la Byz. neug. Jahrbücher, t. II (1921), p. 227. También Krumbacher, p. 288—291, y Montelatici, ob. cit., páginas 224—225.*

año 911. Sólo nos ha llegado la parte que alcanza hasta el siglo VII. También compuso Jantópulos algunos poemas eclesiásticos y epigramas.[489]

En el siglo XIV vivió uno de los mayores sabios y escritores de los dos postreros siglos de Bizancio: Nicéforo Gregoras, cuya actividad en la querella hesicasta ya conocemos. Por la extensión y diversidad de sus conocimientos, por su espíritu, por su talento dialéctico y por su vigor de carácter, Gregoras superó a todos los bizantinos de la época de los Paleólogos, y merece ser justamente comparado con los mejores representantes del Renacimiento occidental. Estaba muy versado en literatura antigua y era tan entendido en astronomía que una vez presentó al emperador un proyecto de reforma del calendario, cosa que no se llevó a la práctica. Tras algunos años de fructuosa enseñanza, Gregoras participó activamente en las violentas querellas teológicas de la época, escribiendo muchas y diversas obras, considerable parte de las cuales sigue inédita aún. Fue primero adversario encarnizado del monje calabrés Barlaam, pero progresivamente pasóse a la unión.

Estuvo perseguido y preso por las autoridades. Según toda probabilidad, Gregoras concluyó su accidentada vida hacia 1360. Escribió sobre casi todos los dominios de la literatura y ciencia bizantinas: teología, filosofía, astronomía, historia, retórica, gramática. Para nosotros el más apreciable de sus libros es su *Historia romana*, cuyos 37 volúmenes abarcan los sucesos de 1204 a 1359, es decir, la época de los Imperios niceos y latino y la de los cuatro primeros Paleólogos y Juan Cantacuzeno. Relata también brevemente los sucesos anteriores a 1204, pero la narración detallada —sobre todo de los asuntos teológicos— no empieza sino en ese momento. Gregoras ha llevado a su *Historia sus* inclinaciones religiosas, y por tanto el libro resulta bastante parcial, teniendo más bien el carácter de unas memorias. Krumbacher llama a la *Historia* de Gregoras "cuadro pintado sujetivamente, de un notable movimiento de fermentación eclesiástica". Los historiadores aprecian con mucha diversidad la figura de Gregoras. Krumbacher le califica de "el mayor *polihistor* de los dos últimos siglos de Bizancio"[490] y Montelatíci de un máximo erudito de su tiempo". Pero el más reciente biógrafo de Gregoras, R. Guilland, al preguntarse si Gregoras fue el mayor "polihistor" de su época, como dice Krumbacher, resuelve negativamente el problema. Para él Gregoras es uno de los más eminentes escritores bizantinos, pero no el mayor. Aunque poco conocido, Gregoras tiene gran importancia para el estudio de la civilización bizantina e incluso de la civilización europea. Finalmente, la diversidad de sus conocimientos resulta asombrosa. Es difícil hallar en Bizancio hombre que pueda compararse a ese espléndido representante del Renacimiento bizantino. De Juan Cantacuzeno hemos hablado ya en su calidad de historiador.

Los sucesos esenciales de la vida política del Imperio en el siglo XV dejaron honda huella en la literatura histórica de la época.

El infructuoso asedio turco de Constantinopla en 1422, motivó una obra entera de Juan Canano sobre el tema. Canano escribió en lenguaje muy próximo al hablado corrientemente. Atribuye la salvación de la capital a la Virgen. Quizá sea este Juan el autor de un relato breve —atribuido de ordinario a Canano Lascaris— que versa sobre un viaje a Alemania, Escandinavia, Livonia e incluso la lejana Islandia.[491] Juan Anagnostas, por su parte, escribió, con arreglo a todas

---

[489] *Krumbacher, p. 291—193. Montelatici, p. 226. (Ver también las amplias "Notices sur les corrcspondants de Gregoras" que acompañan la Correspondance de Nicéphore Gregoras, texte edité et traduit par R. Cuilland (París, 1927). Sobre Jantópulos, págs. 382—385 (N. del R.)*

[490] *Krumbacher, p. 288. En Bizancio llamábase "polihistores" a los hombres cultos versados en distintos ramos del saber.*

[491] *Laskaris Kananos, Reseanteckningar fran de nordiska lander. Smarre Byzantinska skrifter, ed. V. Lundström (Upsala—Leipzig, 1902), p. 14—17. Trad. rusa y comentarios de A. A. Vasiliev, Lascaris Canano, viajero bizantino del siglo XV, en los Ensayos ofrecidos a V. P. Buzeskul (Jarkov, 1914), p. 397—402). Trad. alemana de G. Jacob, Arabische Berichte von Gesandten an germanische Fürstenhofe aus den 9. und 10 Jahrhundert (Berlín y Leipzig, 1927), p. 43—46. Véase Krumbacher, p. 422.*

las leyes de la literatura y en un griego muy esmerado y puro, un verídico relato de la toma de Tesalónica por los turcos en 1430.

El fatal suceso de 1453, que impresionó tan viva y penosamente los ánimos de los contemporáneos, fue descrito por cuatro historiadores de tendencias y valía desiguales. Esos cuatro historiadores, Jorge Phrantzes, Ducas, Laónicos Calcocondilos y Critóbulo, fuentes principales de la caída de Constantinopla, sirven a la vez de fuentes para la historia de los Paleólogos en general.

La *Historia* de Phrantzes expone los sucesos incluidos entre 1218 y 1476, o sea entre los últimos años del Imperio de Nicea y la época turca. Al ser tomada Constantinopla, el autor fue apresado por los turcos y después de rescatado pasó algún tiempo en Mistra, no ocupada todavía por los osmanlíes. Cuando éstos conquistaron el Peloponeso, el historiador huyó a Corfú, entonces posesión veneciana. Allí se retiró a un convento, asumió el nombre de Gregorio y escribió su *Historia* a instancias de algunos corfiotas nobles. Phrantzes, dada su carrera oficial y relaciones íntimas con los Paleólogos, tiende a veces a exagerar los méritos de éstos y pasar sus faltas por alto.

Su adhesión a la dinastía, su devoción a la ortodoxia y su odio a los turcos rebosan de sus escritos por doquier. No obstante, su obra posee gran importancia, sobre todo para la época posterior a Juan VIII, ya que está escrita por un testigo ocular que siguió de muy cerca los acontecimientos que se desarrollan.

El estilo de Phrantzes es sencillo y fácil. El autor emplea algunas palabras turcas e italianas. Dada su importancia, la crónica de este historiador merecería una edición mejor que la que tenemos (la bizantina de Bonn). El biógrafo más reciente de Phrantzes observa: "Hombre esencialmente consagrado a los asuntos públicos —y en esto consiste la importancia de su historia— Phrantzes tenía, empero, extensos conocimientos literarios".[492]

Ducas, griego del Asía Menor, ha dejado una historia del período 1341—1462, o sea desde la coronación de Juan V a la conquista de Lesbos por los turcos. Escribió "en un estilo popular sólo ligeramente pulido".[493] El autor inicia su obra con un breve resumen de historia universal, en forma de un compendio genealógico desde Adán a los Paleólogos, exponiendo con más detalle los reinados de los tres últimos emperadores. Ortodoxo en el fondo, acepta la unión como un compromiso y como único medio de salvar el Imperio agonizante. Ducas pasó casi toda su vida al servicio del gobernador genovés de Lesbos, pero sin perder el contacto con su patria. Asistió con profunda tristeza a la suerte fatal de Bizancio: su relato de la caída de Constantinopla concluyó con la lamentación de la que hemos citado antes un fragmento. La historia de Ducas, además de en su original griego, nos ha llegado en una antigua traducción italiana, que suple los pasajes que faltan en el original.[494] E. Chernusov, uno de los biógrafos de Ducas, escribe: "Sobrio, modesto, posesor de una vasta cultura, amante de la verdad y relativamente imparcial a pesar de su mucho patriotismo, Ducas es guía excelente para quien desee conocer el verdadero estado de personas y cosas".[495]

Un biógrafo más reciente de Ducas, observa: "Ducas es un autor digno de ser estudiado, porque es verídico y a menudo testigo ocular. Estas cualidades, en un historiador, bastante para relegar a la sombra la impureza de su estilo, que tanto ofendió a su desdeñoso editor de la edición de Bonn".[496]

---

[492] W. Miller, *The historians Doukas and Phrantzes* (Journal of Hellenic Studies tomo XLVI (1926), p. 71.

[493] Krumbacher, p. 306. Montelatici, p. 231.

[494] La versión italiana de Ducas aparece junto al texto griego en la ed. de Bonn, pág. 347—512

[495] Chernusov, *Un historiador del fin de Bizancio: Ducas (Viz.* Vrcm., t. XXI, 3— (1914), p. 22i (en ruso).

[496] Miller, ob. cit., t. XLVI (1926). p. 63.

Laónicos Calcocondilos (o también Calcocandilos o Cakondilas)[497] pone en primer término de su obra el joven y poderoso Estado otomano. Escribió una *Historia* en diez libros, exponiendo los sucesos desde 1298 a comienzos de 1464 y dando, no una dinastía de los Paleólogos, sino la de los sultanes otomanos. Muy serias indicaciones nos permiten suponer que Calcocondilos, forzado a huir de Atenas, pasó al Peloponeso, permaneciendo allí hasta la conquista turca y refugiándose luego en Italia, o más probablemente en Creta[498]) donde escribió su obra. Al tomar como modelos estilísticos a Herodoto y Tucídides, Calcocondilos muestra con su interesante escrito que un griego puede aprender el griego antiguo de una manera puramente exterior, sin conseguir penetrar el espíritu del idioma.

Como Tucídides, Calcocondilos pone en boca de sus personajes discursos puramente imaginativos. Da también muchas indicaciones, harto a menudo inexactas, sobre los pueblos y países de la Europa occidental.[499] Con frases de su reciente biógrafo, Laónicos describe, "con imparcialidad rara en una parte del mundo donde los odios raciales son tan feroces, el origen, organización y triunfo del mayor enemigo de su país, y extiende su relato, allende los límites del Imperio griego, a los servios, bosníacos, búlgaros y romanos, con interesantes y curiosas digresiones, a la manera de Herodoto, sobre las costumbres y usos de Hungría, Alemania, Italia, España, Francia e Inglaterra. Esta gran diversidad justifica la observación de un crítico, quien declara que Laónicos tiene el don de despertar nuestra atención, inspirándonos curiosidad e impidiéndonos bostezar durante su lectura".[500]

Critóbulo, imitando a Tucídides con la misma falta de éxito que Calcocondilos, escribió, en alabanza de Mahomet II, una historia del período 1451—1467.

La época de los Paleólogos, tan abundosa en historiadores, no tuvo casi cronistas, salvo un cierto Efraím, que escribió en el siglo XIV una crónica en diez mil versos, sin interés histórico, abarcando los hechos desde Julio César hasta la restauración del Imperio en 1261.

El problema de la unión, tan candente en la época de los Paleólogos y resuelta oficialmente por tres veces bajo esta dinastía, y, por otra parte, las largas querellas hesicastas, provocaron gran actividad en el campo de la literatura dogmática y polémica. Tal actividad correspondió tanto a los adversarios como a los partidarios de la unión y la hesiquia. Ya hemos tratado de algunos de esos escritores en el examen de la vida religiosa durante los Paleólogos. Entre los unionistas más eminentes debemos citar tres autores que fueron a la vez hombres de acción: Juan Beccus, que murió a fines del siglo XIII, Demetrio Cidonio, que vivió en el siglo XIV, y el famoso humanista del siglo XV, Bessaríon de Nicea.

Juan Beccus, contemporáneo del primer Paleólogo, empezó por oponer viva resistencia a la política unionista, lo que le atrajo la cólera del emperador y le costó ser encarcelado, a pesar de su alta jerarquía religiosa. Según los testimonios históricos, Beccus fue hombre eminente por su talento y saber. Con frase de un historiador griego, "distinguióse por su cultura, por su larga experiencia y por su elocuencia, que pudo poner fin al cisma de la Iglesia".[501] Gregoras le califica de hombre inteligente, "maestro en la elocuencia y la ciencia, dotado por la naturaleza como ninguno de sus contemporáneos... La penetración de su ánimo, la claridad de su lenguaje, su conocimiento de los dogmas eclesiásticos, hacían que junto a él todos pareciesen pequeños". Al conocer las obras de Nicéforo Blemmidas, Beccus cambió de opiniones religiosas y se tornó

---

[497] Calcocondilos: "el de la pluma de bronce"; Calcocandilos: "el del candelabro de bronce".

[498] Véase E. Darko, *Neuere Beitrage zur Biographie des Laonikos Chalkokondyles D. Anastasijevitch y P. Granitch,* Memoria del Congreso Internacional de Estudios bizantinos en Belgrado, 1927 (Belgrado. 1929), p.25—26

[499] *Ver, por ejemplo, K. Dieterich, Quellen una Forschungen zur Erd—und Kulturkünde (Leipzig, 1912), t. ÍI, p. 124—125. A. A. Vasiliev, La Guerra de Cien Años y Juana de Arco en la tradición bizantina (Byzantion, t. III (1926). p. 242—248)*

[500] *Miller, ob. cit., p. 38*

[501] *Paquimeres, De Michaele Pal., V, 24 (I, 403).*

partidario de la unión. Miguel VIII le elevó a la sede patriarcal, que ocupó hasta principios del reinado de Andrónico II. Éste, al romper con la unión, depuso a Juan Beccus y encerróle en una prisión, donde murió. La obra más importante de Beccus es la titulada *De la unión y paz entre las Iglesias de la antigua y la nueva Roma.* En este tratado el autor se esfuerza en demostrar que los Padres de la antigua Iglesia griega reconocían ya el dogma latino, pero que los teólogos griegos posteriores, empezando por Focío, deformaron la doctrina. Beccus trata con igual tendencia el tema del "origen (de la procesión) del Espíritu Santo". Ha dejado otros ensayos teológicos inspirados en iguales ideas. Las obras de Beccus, en lo sucesivo, sirvieron de manantial donde bebieron su documentación los partidarios de la unión.[502]

Demetrio Cidonio figura entre los teólogos y retóricos distinguidos por su talento en la época de los Paleólogos. Nació en Tesalónica a principios del siglo XIV y murió a comienzos del XV. Su vida, pues, duró un siglo entero.[503] Aprendió el latín y la literatura latina en Milán. Habitó sucesivamente en Tesalónica, Constantinopla y Creta y terminó sus días en un convento. Intervino activamente en los debates religiosos de la época, inclinándose a la aproximación a Roma. Como consecuencia de esta actitud conciliadora, la Iglesia católica le venera como santo y le sitúa en el mismo término que a los primeros Padres de la Iglesia.[504] Demetrio Cidonio, en su obra literaria, tenía una inmensa ventaja sobre la mayoría de sus contemporáneos, y era que, conocedor de la literatura latina, utilizaba los textos de los escritores y eruditos más notables de Occidente.

Cidonio escribió numerosos ensayos sobre diversos temas de teología, filosofía y retórica. Un tratado sobre la procesión del Espíritu Santo, publicado entre las obras de Cidonio, es, con toda evidencia, debido a su discípulo Manuel Calecas.[505] Conviene recordar que Cidonio, entre otras cosas, tradujo al griego la famosa *Summa* de Santo Tomás de Aquino, versión inédita aún. Un escritor católico observa al respecto: "Esas laboriosas traducciones que hacen hablar a Santo Tomás la lengua de San Juan Damasceno, yacen, desde hace siglos, bajo el polvo de las bibliotecas. ¿Qué suerte les reserva el futuro? ¿No se encontrará algún teólogo, un apóstol, a la vez tomista y helenista, que difunda y propague en la Iglesia griega los tesoros doctrinales conservados en Cidonio para los tiempos futuros? ¿No podría ser esa versión una especie de "guía doctrinal" de la unión?[506]

Entre los discursos de Cidonio cabe notar dos discursos "deliberativos", que describen el estado de ánimo del pueblo de Constantinopla ante el peligro turco, hablan de la emigración a Occidente y exhortan a latinos y griegos a unir sus fuerzas contra el enemigo común.

La voluminosa correspondencia de Cidonio ofrece considerable importancia para la historia de la civilización del siglo XIV. De sus 454 cartas, sólo cuarenta y nueve se han publicado. Mientras no se editen y estudien todas como conviene, ni la biografía de Cidonio ni la lista completa de sus obras podrán ser expuestas. Entre los corresponsales de Cidonio cabe citar a

---

[502] *Véase Alex. 0. Zotos, (Munich, 1920).*

[503] *G. Cammelli, Demetrio Cidonio: Brevi notízie della vita e delle opere. Studi Italiani di filología classica (nueva serie, t. I, 1920, p. 144—145) (Cidonio nació entre 1300 y 1310 y murió entre 1403 y 1413). R. Guilland, Correspondence de Nicéphore Gregoras (París, 1927), páginas 325—327. Jugie, Demetrias Cydones et la théologie latine a Byzance du XIVe et XV siecles (Echos d'Orient,. t. XXXI (1928), p. 386387). (Nacido entre 1310 y 1320, murió en 1399—1400.)*

[504] *Jorge Escolarios, Troisiéme traite sur la procession du Saint—Esprit (Oeuvres completes, ed. por L. Petit, X. Siderides, M. Jugie, t. II (París, 1929), p. 486.*

[505] *Este descubrimiento ha sido hecho recientemente por el sabio italiano M. G. Mercati. Véase Jugie, ob. cit., p. 385.*

[506] *Véase E. Bouvy, Saint Thomas. Ses traducteurs byzantins (Revue augustinienne, tomo XVI (1910), p. 407—408). Véase también Rackl, Demetrios Kydones als Verteidiger und Uebersetzer des hl. Thomas van Aquin. Zeitschrift für Katholische Wissenschaft und Kirchliches Leben, t. XV (Maguncia. 1915), p. 30—36. M. Jugie, Démetrius Cydones et la théologie latine a Byzance aux XIV et. XVe siécles (D. Anastastvevich y Ph. Granich, ob. cit., pág. 148)*

Manuel II (32 cartas), a Juan Cantacuzeno, con quien mantuvo relaciones muy cordiales, y a muchos otros eminentes y conocidos personajes de su época.[507]

La historia de la civilización griega en los dos siglos postreros de Bizancio no podrá esclarecerse y apreciarse en su plenitud mientras no se someta a estudio hondo y atento la obra de Cidonio. Este estudio proyectará a la vez luz sobre las relaciones intelectuales de Bizancio y el Renacimiento italiano, al que Cidonio estuvo estrechamente ligado.

Poseemos una larga y elogiosa carta dirigida a Cidonio por Coluccio Salutati, uno de los mejores representantes del Renacimiento italiano de fines del siglo XIV.[508]

Partidario del unionismo fue también Bessarión de Nicea, miembro del concilio florentino y más tarde cardenal romano. La importancia de su personalidad y trabajos rebasa con mucho los límites de la literatura teológica, donde le representan algunos tratados dogmáticos escritos con un criterio latino. Por ello le examinaremos al tratar del Renacimiento occidental y Bizancio.

El partido de los adversarios de la unión contó también con escritores, pero éstos no pueden ser comparados a hombres tan eminentes como Cidonio o Bessarión. Gregorio de Chipre (en el siglo, Jorge), patriarca bajo Andrónico el Viejo, fue el principal adversario de Juan Beccus, si bien generalmente con poca fortuna. Gregorio, "famoso por sus conocimientos",[509] dejó algunas obras dogmáticas donde se esfuerza en resolver, con criterio griego, el problema de la procesión del Espíritu Santo. Los ensayos de retórica de Gregorio —de los que volveremos a hablar— son muy importantes. Marcos Eugénico, metropolitano de Efeso, que participó en el concilio ferraro—fiorentino, donde se negó a firmar el acta de unión, ha dejado algunos pequeños escritos compilativos, a veces polémicos —como un ensayo contra Bessarión—, que le sitúan entre los representantes del criterio antiunionista griego.

El último polemista importante de la Iglesia bizantina y primer patriarca griego bajo la dominación turca, Genadio Escolario (en el siglo, Jorge), fue filósofo y teólogo consumado. Participó en el concilio de Ferrara y Florencia, donde se mostró partidario de la unión, pero gradualmente, e influido sobre todo por Marcos de Efeso, pasóse a los antiunionistas y escribió una serie de obras polémicas en ese sentido. Los escritos filosóficos de Genadio, que tienen por origen su lucha con Gemisto Plethon y por tema el aristotelismo y el platonismo, le acercan a los representantes del humanismo y han permitido al erudito griego Sathas llamarle "el último bizantino y el primer heleno". Su *Lamentación sobre los infortunios de la vida* contiene detalles históricos acerca de la vida y obras del autor y en torno a la situación de la Iglesia griega en los primeros años de la dominación musulmana. No se han publicado todas las obras de Escolario. En 1928 se ha iniciado una edición completa de sus escritos.[510]

El movimiento hesicasta produjo una serie de escritos de ambos partidos, empezando por los trabajos de Gregorio el Sinaita, fundador del hesicastismo en el Athos. El principal representante de

---

[507] *G. Cammelli, Personaggi bizantini dei secoli XIV—XV attraverso le epistole di Demetrio Cidonio (Bessarione, tase. 151—154, t. XXIV (1920). p. 77). Ver también, en Cammelli (Studi Itnliani de filología classica, nueva serie, t. I (1920), p. 157—159, una lista "preliminar" de las obras publicadas e inéditas de Cidonio. Id., Demetrio Cidonio al Fratello Procoro (Studi Bizantini, t. II (Roma, 1927), p. 49—55). En 1930, Cammelli ha publicado en París una ed. completa de la correspondencia de Cidonio.*

[508] *Epistolario di Coluccio Salutati, por F. Xovali (Roma, 1896), III, 105—119. La carta lleva fecha de 1396.*

[509] *Nic. Grcg., VI, i, 5 (L 163).*

[510] *Véase M. Jugie. La publication des oeuvres de Georges Scholarios (Échos d'Orient, tomo XXXI (1928), p. 300—325). En p. 301—305 se hallará una breve biografía de Escolario. El segundo volumen de Lambíos, (Atenas, 1912—1924) se compone de escritos de Escolario. Entre 1928—1931 aparecieron en París cuatro tomos de las Oeuvres completes de Escolario, publicados por primera vez por Luis Petit, X. A. Xiderides, M. Jugie. Corta biografía de Escolario en el t. I, p. IX—XIV.*

las ideas hesicastas, Gregorio Palamás, escribió algunos ensayos dogmáticos y muchos discursos. En un monasterio de Meteora, Tesalia, se han descubierto sus 66 oraciones.[511] sus

Ya hablamos de la actividad de Nicéforo Gregoras, que se opuso tan vigorosamente a las ideas hesicásticas.

En el siglo XIV floreció en Bizancio Nicolás Cabasilas, uno de los místicos más notables de la Iglesia oriental. El origen de las ideas de Cabasilas, al igual que las de los místicos occidentales, radica en las obras de Dionisio el Seudo—Areopagita, autor mal estudiado aún, que escribió probablemente a fines del siglo V y principios del VI. Pero el misticismo bizantino había sufrido una importante evolución en el siglo VII gracias a Máximo el Confesor, quien desembarazó el misticismo del Seudo—Areopagita de sus fundamentos neoplatónicos, poniéndolo de acuerdo con la doctrina de la Iglesia oriental ortodoxa. La influencia de Máximo se advierte mucho en las obras de los autores místicos del siglo XIV, a cuyo frente figura Cabasilas.

Nicolás Cabasilas, metropolitano de Tesalónica, es un escritor aun poco conocido e insuficientemente estudiado. Muchas de sus obras, sobre todo discursos y cartas, se conservan en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, y de ellos se ha servido Tafralí Tesalónica.[512] para su estudio sobre Tesalónica. [513] En el sentido místico resaltan dos trabajos de Cabasilas: *Las Siete Palabras sobre la vida según el Cristo y La interpretación de la liturgia sagrada.* No entraremos en el análisis de la doctrina de Cabasilas y de su tesis

—"Vivir según el Cristo y unirse al Cristo"— porque eso nos llevaría demasiado lejos. Pero estimamos que la obra literaria de Cabasilas en la esfera del misticismo bizantino, tanto en sí misma como en sus relaciones con el movimiento hesicasta y los movimientos místicos occidentales, merece ocupar lugar importante en la historia de la civilización bizantina del siglo XIV y atraer particularmente la atención de los eruditos, los cuales, hasta ahora, han dejado, sin razón, en la sombra a ese interesante escritor.

Las opiniones sobre Cabasilas varían. Algunos sabios declaran incluso que no cabe "en modo alguno, reconocerle como místico".[514]

La filosofía de la época de los Paleólogos está representada por el famoso Jorge Gemís Plethon.[515]

Lleno de entusiasmo por el helenismo antiguo, admirador de Platón, que conocía a través del neoplatonismo, soñador que aspiró a crear, con ayuda de los dioses de la vieja mitología, un nuevo sistema religioso, Plethon fue un verdadero humanista, unido por estrechos vínculos al Renacimiento italiano. Bizancio no había dejado nunca de interesarse por la filosofía clásica, en especial por la de Aristóteles, y, a partir del siglo XI, por la de Platón. Miguel Psellos en el siglo XI, Juan Italos en el XII, Nicéforo Blemmidas en el XIII, habían consagrado mucho de su tiempo al estudio de la filosofía. Psellos se ocupó en especial de Platón y los otros dos de Aristóteles. La lucha de ambas tendencias filosóficas, aristotélica y platónica, tan característica del Medievo en general, fue muy viva en Bizancio con motivo de la querella hesicasta. Por tanto, Gemisto tenía tras él toda una historia que preparaba su obra.

---

[511] *Merced a la infatigable energía de* ***N. A.*** *Bees, los manuscritos de Meteora son ya conocidos y descritos. Véase J. Draseke, Die neuen Handschriftenfunde in den Meteora·klostern (Neue Jahrbücher für das klassische Altertum, t. XXIX (1912), p. 552).*

[512] *Tafrali, Thessalonique au X siécle (París, 1913), p. IV otras.*

[513] *Tafrali, Thessalonique au X siécle (París, 1913), p. IV otras.*

[514] *A. Lebediev, Ensayos históricos, p. 440 (en ruso). P. Anikiev, El problema del misticismo cristiano ortodoxo (Pravoslavno—russkoie Slovo, agosto 1913, p. 200—217. En ruso). Montelatici, p. 251—252. F. Vernet, Cabasilas (Nicolás) (Dictionnaire de théologie catholique, tomo II (París, 1923),,1).*

[515] *Su verdadero nombre fue Jorge Gemisto. Plethon equivale, por su sentido, a Gemisto, y él mismo se dio ese nombre queriendo cambiar el suyo, griego común, por el más helénico de Plethon. Comp. con Dcsidcrio—Erasmo. Véase H. Tozer,.— Byzaniine reformer (Journal of Hell. Stud., t. VII. p. 354).*

Plethon recibió su primera instrucción en Constantinopla, y pasó la mayor parte de su vida —que duró casi un siglo— en Mistra, centro espiritual del despotado de Morea. Acompañó a Juan VIII al concilio ferraro—florentíno. Plethon murió en Mistra y sus restos fueron transportados —merced a un mecenas italiano de la ilustre familia de los Malatesta, que arrebató Esparta a los turcos— a la pequeña ciudad de Rimini, donde yacen aun en la iglesia de San Francesco.

Plethon, en sus obras filosóficas, se propone esclarecer el papel de la filosofía platónica en sus relaciones con la aristotélica. Plethon abrió una nueva era en la lucha del platonismo y el aristotelismo, transportando con él a Italia sus conocimientos y su entusiasmo platónico, e influyendo profundamente en Cosme de Médicis y en ciertos humanistas italianos. Él fue quien sugirió la idea de fundar la Academia Platónica de Florencia. En esta ciudad escribió su tratado, *De la diferencia de Platón y Aristóteles,* donde se esfuerza en demostrar la superioridad del primero sobre el segundo. La presencia de Plethon en Florencia puede considerarse como uno de los episodios más interesantes de la historia de la importación a Italia de la ciencia griega antigua, y sobre todo del renacimiento de la filosofía platónica en Occidente. La obra máxima de Plethon fue una especie de utopía titulada *Tratado de las leyes* que por desgracia no nos ha llegado en su integridad. Tratábase de una tentativa —llamada desde luego al fracaso, pero atrayente como expresión de un estado anímico del siglo XV— para restaurar el paganismo sobre las ruinas del culto cristiano, poniendo a contribución elementos filosóficos neoplatónicos. El autor se proponía dar a la humanidad condiciones ideales de vida. Para definir la esencia de la felicidad, Plethon considera neCésario abarcar tanto la naturaleza del hombre en sí como el sistema del Universo, uno de cuyos elementos es el hombre. Ya hablamos antes de los proyectos presentados a Manuel II por Gemisto, con miras a la restauración del Peloponeso.

Por su valía e influjo, la personalidad de Gemisto Plethon rebasa con mucho los límites de la historia intelectual de Bizancio, por cuyo solo hecho merece un estudio detenido. Pero su actividad y papel no han sido aun objeto de estudios científicos profundos.

En la retórica, a menudo ligada a la filosofía, se distinguieron varios escritores, Gregorio de Chipre, patriarca bajo Andrónico el Viejo, compuso una interesante autobiografía, notablemente escrita. Nicéforo Chumnos, discípulo de Gregorio de Chipre, escribió ensayos teológicos y filosóficos y obras retóricas. Ha dejado 172 cartas. En sus trabajos filosóficos se revela como diestro y fervoroso defensor de Aristóteles. Chumnos cambió activa correspondencia con casi todas las personalidades literarias, religiosas y políticas de su época. Aunque inferior en inteligencia, originalidad y saber a su maestro Gregorio, Chumnos desempeñó no desdeñable papel en el Renacimiento bizantino e italiano de su tiempo. “Por su apasionado, aunque algo servil, amor de la antigüedad, y por la variedad de sus conocimientos, Chumnos anuncia el humanismo italiano y el Renacimiento occidental”.

Las obras de Mazaris, como *El descenso a los infiernos,* imitación de Luciano, y el *Sueño despierto,* más algunas cartas que se refieren a los acontecimientos del Peloponeso en los comienzos del siglo XV proporcionan, al margen del escaso talento literario del autor, importantes materiales sobre el tema de la imitación de Luciano en la literatura bizantina y dan interesantes detalles sobre la vida intelectual de Bizancio en aquella época.

La filología tuvo también, en tiempos de los Paleólogos, un considerable número de representantes, precursores, por sus tendencias e ideas, de una nueva era intelectual y que tuvieron menos relación con sus predecesores bizantinos —como Focio y Eustacio de Tesalónica— que con los humanistas occidentales del Renacimiento clásico. Pero un aspecto de la obra de estos filólogos es combatido, y no sin razón, por los especialistas de la literatura clásica: ese aspecto es el modo como aquéllos trataron los textos clásicos. Mientras los exégetas y copistas de los siglos XI y XII conservaron en general casi intacta la lección de los manuscritos de época alejandrina y romana, los bizantinos de tiempos de los Paleólogos diéronse a modificar las obras de los autores antiguos siguiendo sus propias ideas preconcebidas sobre la “pureza” del lenguaje helénico e incluso ajustando aquellas obras a modelos versificados debidos a su imaginación. Esta deplorable tendencia obliga a los eruditos a remontarse, siempre que es posible, a los manuscritos anteriores a

la época de los Paleólogos. No obstante, y por desastrosa que fuese tal práctica, ha de juzgarse en función de las condiciones de la época. Los filólogos empezaban entonces, si bien de manera ordinaria y sencilla, a no contentarse con los métodos puramente mecánicos de los antiguos eruditos y a buscar nuevos caminos para expresar los resultados de su personal experiencia.

Entre los filólogos de la época de los Paleólogos cabe citar al monje Máximo Planudas (en el siglo Manuel), contemporáneo de los dos primeros monarcas de la dinastía y que consagró sus ocios a la educación y a la ciencia. Visitó Venecia como embajador de Bizancio. Su conocimiento de la lengua y literatura latinas le permitió mantener contacto muy estrecho con el incipiente Renacimiento occidental. Tradujo al griego muchas obras latinas, contribuyendo así al acercamiento espiritual de Occidente y Oriente. Como profesor concienzudo que era, compuso una obra sobre gramática. Sus cartas —más de cien— han llegado a nosotros y nos muestran la personalidad moral del autor, sus gustos y sus ocupaciones científicas. En más de una compilación de extractos de contenido histórico—geográfico de antiguos autores, Planudas nos ha dejado muchas traducciones según los autores latinos, como Catón el Antiguo, César, Cicerón y Ovidio. La abundancia de manuscritos de esas traducciones prueba que en los primeros tiempos del humanismo sirvieron frecuentemente de auxiliares para el estudio de la lengua griega en Occidente.

Manuel Moscópulos, discípulo y amigo de Planudas y contemporáneo de Andrónico II, ilustra, como su maestro, tanto la ciencia bizantina de fines del siglo XIII y albores del XIV, como la importación de los conocimientos clásicos a Occidente. Sus *Cuestiones Gramaticales y su Diccionario griego* fueron, con las traducciones de Planudas, los libros predilectos de quienes en aquella época se dedicaban en Occidente al estudio de la lengua griega. Los comentarios de Moscópulos sobre cierto número de autores clásicos, así como sus cartas, contienen una documentación muy rica, insuficientemente apreciada y estudiada hasta hoy.

Se adscribe de ordinario a la filología bizantina el nombre de Teodoro Metoquita,[516] contemporáneo de Andrónico II. Pero la variada actividad de Metoquita rebasa con mucho los límites modestos de la filología. Ya hemos señalado antes a este autor a propósito de su *Panegírico de Nicea.* Muy culto, lector asiduo de los clásicos, admirador de Aristóteles y sobre todo de Platón —a quien califica de "Olimpo de la Sabiduría", "Biblioteca viviente" y "Helicón de las Musas"—, Teodoro Metoquita, mecenas, estadista, primer ministro de Andrónico II, es un tipo prodigiosamente interesante de humanista bizantino de la primera mitad del siglo XIV. Aparte brillar como hombre de ciencia y vasta cultura, fue un político distinguido, ejerció excepcional influencia en el Imperio y gozó de la plena confianza del emperador. Su contemporáneo Gregoras escribe: "De mañana a tarde dábase, por completo y muy cuidadosamente, a los asuntos del Estado, como si la ciencia no existiese para él. Luego, por la noche, después de dejar el palacio, se sumía en la ciencia de la misma manera que un erudito absolutamente ajeno a toda otra preocupación". Las opiniones políticas que expresa aisladamente en sus escritos nos permiten hacer algunas observaciones muy interesantes. Tan poco favorable a la democracia como a la aristocracia, Metoquita profesaba un ideal político propio, semejante a una especie de monarquía constitucional. "No fue la menor originalidad de ese bizantino del siglo XIV haber, bajo el régimen absoluto de los basileos de derecho divino, acariciado semejantes sueños".

Durante la revolución que depuso a Andrónico II, Teodoro perdió su cargo, fortuna y bienes y fue encarcelado. Habiendo contraído una grave dolencia, se le autorizó a terminar sus días en el monasterio de Hora, restaurando por completo y ornando con mosaicos aquel edificio (hoy mezquita Kahrié—Dyamí) que había encontrado en franca decadencia. Aun hoy, en esa mezquita, puede verse, sobre el nartex de la iglesia, un mosaico representando a Cristo en un trono y a sus pies, arrodillado, Teodoro Metoquita, vistiendo el suntuoso atuendo de los altos dignatarios bizantinos y presentando a Cristo una iglesia bizantina en miniatura. En el mosaico se lee el nombre de Teodoro Metoquita. Éste murió en Hora en 1332.

---

[516] *Krumbacher, p. 550—553, llama a Teodoro Meloquitas "uno de los más eminentes polihistores del Renacimiento bizantino".*

Nicéforo Gregoras, el célebre historiador bizantino que fue uno de sus discípulos, pinta en sus escritos, de manera detallada y entusiasta, la figura de su maestro.

Las numerosas y diversas obras de Metoquita —que distan mucho de haber sido publicadas y estudiadas todas y que comprenden ensayos filosóficos e históricos, escritos de retórica y de astronomía, poemas y cartas a contemporáneos eminentes, etc.—, nos hacen alinear a Teodoro Metoquita con Nicéforo Gregoras y Demetrio Cidonio, entre los más brillantes humanistas bizantinos del siglo XIV. El más reciente investigador de este asunto califica la obra de Metoquita de prodigiosamente variada y opina de él que es "probablemente el escritor más grande del siglo XIV y uno de los máximos escritores de la literatura bizantina".[517]

Ciertos eruditos (como Sathas y después F. I. Uspenski) ven en Metoquita el predecesor y precursor de los platonístas bizantinos del siglo XV en general y de Gemisto Plethon en particular.

De todas las obras de Metoquita, no hay ninguna tan conocida como sus *Comentarios y juicios morales.* Ese trabajo es una especie de enciclopedia, "una mina inestimable de ideas" que nos permite apreciar la vasta y profunda erudición de Metoquita. Metoquita cita —y seguramente ha leído— más de setenta autores griegos. Sinesio parece ser su fuente principal y su autor favorito.

La obra de Metoquita está sembrada de numerosos e importantes relatos históricos, no sólo sobre Bizancio, sino también sobre los pueblos vecinos. Tal es el relato detallado que da de su embajada cerca del zar de Servia en 1298 y de las negociaciones entonces entabladas con miras al casamiento de una hija de Andrónico II.[518]

Metoquita escribió veinte poemas, de los que sólo se han publicado dos. El primero, de 1355 versos, describe su propia vida y el monasterio de Hora, el segundo hace una nueva descripción del mismo monasterio. Los otros dieciocho poemas han sido, si no publicados, al menos analizados, y sabemos que contienen numerosos informes sobre la vida del autor y los sucesos de su época. En el poema decimonono, Metoquita pinta con detalle su palacio, tesoros y comodidades,[519] que perdió durante la revolución de 1328. Sus poemas, escritos en estilo pulido, son a veces difíciles de comprender. Mas Metoquita no era solo en adoptar semejante forma. Otros muchos poetas y prosistas bizantinos escribían en un estilo desprovisto de claridad y que requería forzoso comentario. A juicio de aquellas gentes, el estilo más valioso era el más sutil.

Metoquita dejó igualmente algunas cartas, de las que sólo nos han llegado cuatro, sin importancia alguna. Probablemente las demás fueron destruidas por sus enemigos.

Metoquita ejerció gran papel en el aspecto artístico, como lo atestiguan, los mosaicos de Cora. No se engañó al expresar la esperanza de que su actividad artística le aseguraría "hasta el fin del mundo, un recuerdo imperecedero en la posteridad". La obra de Teodoro Metoquita es, sin duda, uno de los elementos más importantes del Renacimiento de la época de los Paleólogos. Falta mucho aun para conocerla y apreciarla plenamente. Sólo ahora empezamos a comprender la trascendencia de Metoquita en el movimiento espiritual del siglo XIV. Es imprescindible que todos sus escritos sean publicados y estudiados para poder juzgar como conviene a ese gran escritor de una gran época de la civilización.

Entre los filólogos del período de Andrónico II podemos citar a Tomás Magister, que se formó en el ambiente literario de Moscópulos, Metoquita y Gregoras. Escribió discursos, cartas y

---

[517] *R. Guilland, Les poésies inédites de Théodore Métochite (Byzantion, t. III (1927), página 265). Id., Correspondance de Nicéphore Gregoras, p. 358.*

[518] *Sathas, Bib. graeca medii aevi, I, introducción. 22. Texto de la "Embajada"; páginas 154—193. Guilland, ob. cit., p. 364. El texto ha sido reeditado en búlgaro, con notas críticas, por Nikov, Las relaciones tártarobulgaras en la Edad Media (Sofía, 1921), p. 54—95 (trad. y texto búlgaros)*

[519] *Guilíand, Le palais de Théodore Métochite (Revue des Etudes grecques, t. XXXV (1922), p. 82—95). En las páginas 86—93 va parte del texto griego del poema con una traducción francesa. J. Ebersolt, Les Arts somptuaires de Byzance (París, 1923), p. 109*

muchos escolios sobre autores antiguos.[520] Otro eminente filólogo de entonces fue Demetrio Triclinio, excelente crítico de textos y que hubiera podido rivalizar, según Krumbacher, con ciertos eruditos contemporáneos. Conocía los clásicos perfectamente para su época y sobre todo a Píndaro, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes y Teócrito.

A la época de los Paleólogos se remonta el último gran monumento jurídico bizantino que ha conservado hasta hoy una importancia capital: la vasta compilación jurídica escrita en el siglo XIV por el jurista y juez de Tesalónica Constantino Harmenópulos y conocida como *Hexabiblos,* a causa de su división en seis libros, y también como *Prontuario.* Esta compilación abarca el derecho civil y el criminal y contiene suplementos como, por ejemplo, el Código Rural. El autor se sirvió de documentos legislativos anteriores, cual el *Proqueiron,* las *Basílicas,* las *Novelas,* la *Égloga,* la *Epanagogué y* otros. Algunos eruditos, a propósito de las fuentes del *Hexabiblos,* han dirigido su atención a un importante problema todavía mal esclarecido. Se ha demostrado que Harmenópulos utilizó varias fuentes en sus redacciones más antiguas, desprovistas de las adiciones y modificaciones aportadas por la comisión que designó Justiniano. De modo que el *Hexabiblos* puede ser precioso auxiliar para el estudio crítico de las fuentes del Código de Justiniano, del contenido primitivo de los textos modificados y de los vestigios del derecho romano clásico en los monumentos jurídicos de Bizancio. A partir de 1453, el *Hexabiblos* se difundió en Occidente, los humanistas estudiaron con atención y cuidado aquel monumento jurídico del caído Imperio. Las instituciones de justicia de Besarabia y de la Grecia moderna utilizan todavía la compilación de Harmenópulos.

A la época de los Paleólogos pertenecen varios tratados de medicina, algo influidos por los árabes. Un manual bizantino de medicina, de fines del siglo, ejerció mucha influencia, a su vez, sobre la medicina occidental, habiendo sido estudiado en la Facultad médica de París hasta el siglo XVII. El estudio de las matemáticas y la astronomía floreció mucho bajo los Paleólogos, y varios sabios enciclopédicos, ya mencionados, consagraron parte de su tiempo a las ciencias exactas, documentándose en las antiguas obras de Euclides y Tolomeo, así como en las obras persas y árabes cuyos fundamentos, empero, descansaban en el conocimiento de los modelos griegos.

La poesía en la época de los Paleólogos estuvo representada por Manuel Holobolo (que vivió bajo Miguel VIII y Andrónico II) y Manuel Filos (1275—1345 aproximadamente). Suele juzgarse la labor de Holobolo como una poesía artificial, sin originalidad, de temas cortesanos y por tanto convencionales, y a menudo aduladora y servil más allá de lo admisible.[521] Pero recientes investigaciones han demostrado que tal opinión es infundada y que los poemas que describen la magnificencia y esplendor de la corte distan mucho de la adulación el servilismo. Holobolo escribió también un *Encomio* del emperador Miguel VIII. Manuel Filos pasó su vida, en la mayor miseria, viéndose obligado a malbaratar su talento para ganarse el pan cotidiano. A este objeto no escaseó humillaciones y lisonjas. En ese sentido recuerda al poeta griego del siglo XII Teodoro Pródromo.

Una última gran figura literaria del siglo XIV bizantino es la de Teodoro Meliteniota. Hubo varios Meliteniotas conocidos que vivieron a fines del siglo XIV e inicios del XIV, y por tanto es difícil saber a quién atribuir la obra conocida bajo el solo nombre de Meliteniota. [522]No obstante, hoy puede darse como cierto que Teodoro Meliteniota, que vivió en el siglo XIV, fue el autor de la obra de astronomía más vasta y científica de toda la época bizantina, así como de un largo poema

---

[520] *Este autor merece ser mejor conocido que hasta ahora. Ver Guilland, Correspondence de Nicéphore Gregoras, p. 348—353.*

[521] *M. Treu, Manuel Halábalos (Byz. Zeits, t. V (1896), p. 538—558). Krumbacher, páginas 770—772. (El artículo de Krumbacher se atiene al ensayo de Treu).*

[522] *Krumbacher, p. 782. Miller, Notices et extraits, t. XIX (París, 1858), p. 2, 2—11 (véase la nota siguiente).*

alegórico en 3.062 versos "políticos" titulado *Sobre la prudencia*[523] Recientemente ha surgido un problema muy interesante a propósito de la obra de Meliteniota: a saber, si su poema fue compuesto o no, bajo el influjo directo de la *Amorosa visión,* de Boccaccio.[524] Este ejemplo puede servir para ilustrar, una vez más, la importancia del intercambio intelectual de Bizancio y de Italia en la época de los Paleólogos.

Nos han llegado algunas obras muy interesantes de la época de los Paleólogos, escritas en griego popular. La versión griega de la *Crónica de Morea,* que comprende más de nueve mil versos y de la que hemos hablado a propósito de la conquista del Peloponeso por los latinos, es un curioso ejemplar del lenguaje hablado de la época, ya salpicado de palabras y expresiones tomadas a la lengua romana de los conquistadores. Aun se discute cuál fue la lengua original de la crónica: algunos eruditos se atienen al original francés; otros al griego. Recientemente se ha emitido la opinión de que la *Crónica de Morea* es italiana y escrita probablemente en dialecto veneciano.[525] El autor de la versión griega de la crónica es considerado ordinariamente como un franco helenizado, muy cercano a los acontecimientos y bien informado de los asuntos del Peloponeso.

A la misma época pertenece la novela versificada (en unos cuatro mil versos) de *Libistros y Rhodamne,* que por su tema e ideas recuerda la ya mencionada obra de *Beltandros y Crisanza*. En resumen, el argumento es éste: Libistros conoce por un sueño que ha de casarse con Rhodamne, princesa india. Procura hacerse amar de ella, vence a su rival en singular combate y obtiene la mano de la princesa. Pero, gracias a sortilegios, su rival se apodera de Rhodamne, la cual, tras muchas aventuras, es hallada por Libistros sana y salva,[526] Un rasgo característico de esta obra es la combinación de las influencias francas y orientales. Mientras en *Beltandros y Crisanza* la cultura franca es aún claramente distinta de la griega, en *Libistros* cabe ver que la cultura franca ha penetrado profundamente el ambiente bizantino, empezando a sufrir, a su vez, el influjo griego.

Pero se engañaría quien pensase que el poema es mera imitación de algún modelo occidental. "Si la sociedad descrita —dice Diehl— aparece penetrada de ciertos elementos latinos, guarda en conjunto un color netamente bizantino". La novela de *Libistros y Rhodamne* nos ha llegado en una forma tardía y retocada.

Debe, con toda probabilidad, atribuirse al siglo XV la versión griega del poema toscano *XX cantare di Fiorio i Biancifiore,* escrito en el siglo XIV. La versión griega contiene unos dos mil versos en griego popular y metro "político". El texto griego no indica la identidad del poeta griego. Krumbacher creía que fue un franco helenizado, es decir, un católico. Pero esa hipótesis ha sido abandonada hoy y en el traductor se ve un griego ortodoxo. La versión griega de *Florias y Flatzia Flore,* tiene gran interés para el estudio del griego popular de la época de los Paleólogos.

Probablemente a fines del siglo XV se compuso la *Aquileida bizantina,* escrita en versos políticos. Pese a su título, el poema está muy alejado de Homero. El fondo del cuadro se halla constituido por el feudalismo franco. La personalidad del héroe del poema aparece influida por otro

---

[523] *Este poema ha sido publicado por Miller, Poéme allégorique de Méliténiote, según un manuscrito de la Biblioteca Imperial, t. XTX (París, 1858). p. 2, 11—138. La obra astrológica se halla en Migne, Patr. Gr., vol. 149, col. 988—1001. Montelatici, p. 269, no menciona el poema.*

[524] *Véase F. Dólger, Die byzantinische Literatur und Dante, en D. Anastasiyevich y P. Granich, ob. cit., p. 47—48. Dolger sostuvo en el Congreso la tesis de que el poema de Teodoro se compuso bajo el influjo de la Divina Comedia, pero, a raíz de una sugestión de S. G. Mercati, modificó su criterio en favor de una influencia de Bocaccio. Durante el Renacimiento se tradujeron al griego algunas obras de Bocaccio, como la traducción, en griego vulgar, de la Teseida, "primera de la serie de epopeyas románticas que tanto éxito han tenido en Italia" (J. Schmidt, La Théséide de Bocacce et la Théséide grecque, en Etudes de phitologie néo—grecque, ed. J. Psichari (París, 1892), p. 280), Ver también Krumbacher, p. 870.*

[525] *J. Longnon, Livre de la conqueste de la princée de l'Amorée (París, 1911).*

[526] *Texto griego en W. Wagner, Tres poemas griegos de la Edad Media (Berlín, 1881), páginas 242—349. Análisis detallado de la novela en M. Gidel, Etudes sur literature grecque moderne (París, 1866), p. 151196. J. B. Bury, Romances of Chivalry on Greek Soil (Oxford, 1911), p. 11—12.*

héroe épico bizantino, Digenis Acritas. "Aquiles es un Digenis bautizado con un nombre clásico".[527] No cabe decir con certidumbre si el autor de la *Aquileida* conoció una de las versiones de la epopeya bizantina, o si bebió en las mismas fuentes que ella, es decir, en los cantos populares. La primera hipótesis parece, sin embargo, más probable.[528] El poema termina con la muerte de Aquiles en Troya, a manos de París y Deífobos, y la ciudad es saqueada por los griegos, vengando así a su héroe.

Procede detenerse sobre el impulso artístico, tan maravillosamente como imprevisto, de la época de los Paleólogos. El Renacimiento artístico bizantino, que produjo obras tales como los mosaicos de Hora, Mistra, el Athos, Servia, etc., resulta tan súbito e impensado que los labios no han podido pasar sino de emitir hipótesis sobre el problema de las fuentes de aquellas nuevas formas de arte.

Una hipótesis, occidentalista, admite la posibilidad del influjo de los maestros italianos del "Trecento" sobre el arte bizantino, lo que explica las nuevas formas de éste en el siglo XIV. Si se consideran, en efecto, las influencias occidentales que se ejercieron sobre la vida bizantina a contar de la cuarta Cruzada, y si se cotejan las obras bizantinas con los frescos italianos del "Trecento" en general y los de Giotto y otros contemporáneos en particular, se llega fácilmente a esa conclusión. Pero no cabe aceptarla, porque hoy se ha demostrado lo opuesto, esto es, la influencia de los modelos bizantinos sobre el arte italiano del siglo XIII.

Otra segunda hipótesis, la siria, emitida a principios del siglo XX por el austríaco Strzygowki y por T. Schmidt, sostiene que las mejores obras bizantinas de la época de los Paleólogos no son sino meras copias de antiguos originales sirios, es decir, de obras que, en su época (siglos V al VIII), produjeron, en efecto, bastantes formas nuevas asimiladas por el arte bizantino. Siendo así, no cabe hablar de Renacimiento del arte de Bizancio en el siglo XIV, ni de su originalidad, ni de la imaginación creadora de los artistas, pues todo se reduciría a buenas copias de buenos modelos antiguos, poco conocidos por ende. Esta teoría, que Kondakov califica de "juego arqueológico", ha hallado pocos defensores en el mundo científico.

En la primera edición de su *Manual*, publicada en 1910, Diehl refuta ambas teorías y ve las fuentes del renacimiento artístico bajo los Paleólogos en el impulso general de la civilización, característico de la época, en el despertar de un sentimiento profundo de patriotismo helénico y en el desarrollo progresivo de las nuevas corrientes que se manifestaban desde el siglo XI en el arte de Bizancio. "Para quien mira atentamente las cosas, el gran movimiento artístico del siglo XIV no es un fenómeno repentino e insólito, sino nacido de la evolución natural del arte en un medio singularmente activo y vivaz. Si las influencias extranjeras pudieron ayudar parcialmente a su brillante floración, también sacó de sí mismo raíces profundas que hundían en el pasado sus fuertes y originales cualidades".

El profesor D. Ainalov, en 1917, criticaba el método empleado por Diehl, diciendo que el último no saca sus conclusiones del análisis directo de las obras de arte, sino que las deduce indirectamente de ciertos datos que poseemos sobre el desarrollo de la literatura, la ciencia, etc. Ainalov estima que el problema de la originalidad de las nuevas formas de la pintura bizantina en los siglos XII — XIV no puede resolverse sino por el método comparativo. El examen de las particularidades geográfico—arquitectónicas de los mosaicos de Kahrié—Dyamí, en Constantinopla, y de la iglesia de San Marcos, de Venecia, lleva a D. V. Ainalov a señalar la sorprendente semejanza de estas formas con las de la pintura paisajista del primer Renacimiento italiano, llegando a la conclusión de que la pintura bizantina del siglo XIV no puede considerarse un fenómeno artístico puramente bizantino, pues no es sino el reflejo de un nuevo desarrollo de la pintura italiana, la cual, a su vez, tuvo por origen un arte bizantino anterior. "Venecia es una de las

[527] Esta obra ha sido publicada, con introducción, observaciones e índice, por D. C. Heseling (Amsterdam, 1917), p. 9, 13—14— Véase también vers. 1794, p. 104

[528] La Aquileida bizantina, con introducción, observaciones y un índice de D. C. Hessling (Amsterdam, 1919),p.9.

etapas de este influjo del arte del Renacimiento primitivo sobre el del Bajo Imperio bizantino". Por su parte, O. Dalton, que no conocía la citada obra de Ainalov, escribía en 1925, a propósito del siglo XIV bizantino: "Las novedades venidas de Italia que aparecen en Servía, en Mistra o en Constantinopla son, en conjunto, antiguas obras griegas que retornan a su patria, superficialmente realzadas por el encanto sienes. Hecha esta reserva, puede considerarse la pintura eslavo—bizantina del siglo XIV como dominada por la influencia occidental. Italia había retocado con su gracia un arte no cambiado en esencia".

Después de discutir las obras recientes de G— Millet, L. Bréhier y D. Ainalov, C. Diehl, en la segunda edición de su *Manual*, concluye viendo en el siglo XIV un verdadero Renacimiento que desarrolla los gérmenes de los siglos XI y XII con magnífica amplitud y notable continuidad, de suerte que entre el arte del siglo XIV y la época anterior no hay interrupción. Y Diehl aquí repite el pasaje arriba citado.[529]

Tras todo lo dicho, puede parecer sorprendente esta frase de H. Peirce y R. Tyler en 1926: "La historia del arte bizantino termina, en puridad, con el saco de Constantinopla por los francos en 1204".

El problema del Renacimiento bizantino no ha sido resuelto aún y merece más amplias investigaciones y estudio más a fondo.[530]

Nos han llegado numerosos monumentos del renacimiento bizantino bajo los Paleólogos. Cabe citar, entre los edificios, siete iglesias de Mistra, varias del Athos, muchas de Macedonia (que en el siglo XIV estaba en territorio servio) y unas cuantas de la Servia propiamente dicha. Al prodigioso impulso en materia de frescos y mosaicos bajo los Paleólogos debemos los mencionados mosaicos de Kahrié—Dyami, los frescos de Mistra, los de Macedonia y los de Servia. Hay también en el Athos mosaicos y frescos de fines del siglo XIII, del XIV y del XV, si bien el Athos no alcanzó su apogeo artístico hasta el XVI. Debemos mencionar el nombre del famoso pintor Manuel Panselinos de Tesalónica, llamado el "Rafael" o el "Giotto de la pintura bizantina".[531] Vivió probablemente en la primera mitad del siglo XVI, y parece que aun subsisten en el Athos algunas de sus obras, pero no puede afirmarse con certeza.

Nos han llegado también muchos iconos y manuscritos iluminados de la época de los Paleólogos. Puede citarse, por ejemplo, el famoso manuscrito de Madrid (siglo XIV), conteniendo la obra del cronista bizantino Skilitzés, con más de 600 curiosas miniaturas que ilustran la historia de Bizancio del año 811 a mediados del siglo XI.[532]. Ya mencionamos antes os manuscritos de la Biblioteca Nacional de París, uno del siglo XIV, con la miniatura que representa a Cantacuzeno presidiendo el concilio hesicasta, y otro de principios del siglo XV y en donde se puede ver una miniatura de Manuel II Paleólogo.[533]

---

[529] *Diehl, Manuel, 2.a td., t. II, p. 751'. El capítulo sobre el renacimiento del arte bizantino en el siglo XIV (p. 735—751) ha sido reeditado por entero en Byzantion, t. II (1926), páginas 299—316. En su segunda edición Diehl no ha podido servirse de la mencionada obra de Dalton, pero más tarde ha dado un detallado comentario de ella en Byz. Zeits., t. XXXI (1926), p. 127—133.*

[530] *Ver, por ejemplo, un comentario de la obra de G. Millet, Recherches sur l'iconographie de l'Evangile (París, 1916), por Diehl, en Journal des Savants, nueva serie, t. XV (1917), p. 376. Ver también G.' Soteriou, Die byzantinische Malerei des XIV. Jahr. in Griechenland. Bermerkungen zum Stilproblem der Monumentalmalerei des XIV Jahr. tomo I (1928), p. 95—117). No he leído esta memoria, pero sí el comentario sobre ella en el Comentario del segundo Congreso Internacional de Estudios bizantinos. Belgrado, 7927 (Belgrado, 1929), p. 108—109.*

[531] *Diehl, Manuel, p. 840—844. Sobre la cronología de Panselinos, p. 842, n. i. Daiton, ob. cit., p. 238.*

[532] *Hay una serie completa de reproducciones de esas miniaturas en la colección fotográfica de la Escuela de Estudios Superiores.*

[533] *Sobre las miniaturas de la época de los Paleólogos, véase Diehl Manuel, I. II, páginas 872—884.*

El arte de tiempo de los Paleólogos, con sus ramificaciones en los países eslavos en general y Rusia en particular, ha sido muy poco examinado todavía. Los documentos no se hallan agrupados, esclarecidos ni estudiados siquiera. Kondakov, que se ocupó en el estudio comparativo de la iconografía de los siglos XIII y XIV, escribía en 1909: "Entramos aquí en una selva obscura, de caminos inexplorados". Ainalov, especialista de la pintura bizantina en el siglo XIV, añade en 1917: "No obstante, en esa selva algunos exploradores han abierto ya senderos en direcciones diversas y practicado algunas importantes observaciones positivas".

En 1919, G. Millet, en su obra sobre las iglesias servias medievales, no se esfuerza en refutar la opinión de que el arte servio no es sino una ramificación del bizantino y procura demostrar la originalidad de dicho arte servio.

Practicando un balance del movimiento espiritual de la época de los Paleólogos, debemos ante todo reconocer una fuerza, intensidad y diversidad que no se hallan en los períodos precedentes, cuando el estado general del Imperio parecía más propicio al florecimiento de una civilización brillante. Pero no debemos considerar tal ímpetu como espontáneo y carente de raíces en el pasado. Esas raíces deben buscarse en el impulso espiritual de Bizancio en la época de los Comnenos. El lazo que une las dos épocas, cortadas por la dominación latina, tan fatal para Bizancio, es la civilización del Imperio de Nicea, con Nicéforo Blemmidas y los ilustrados emperadores de la dinastía lascárida, quienes lograron, en medio de las dificultades exteriores, recoger y desarrollar en Bizancio las mejores fuerzas espirituales de la época, legando tal herencia a los Paleólogos.

Bajo éstos, la vida espiritual brota como una fuente rebosante, a fines del siglo XIII y se prolonga en el XIV, tras lo cual, y al influjo de la amenaza turca, comienza a disminuir en Constantinopla, mientras los mejores intelectos del siglo XV, como Bessarión y Gemisto, trasladan su actividad a Mistra, en el Peloponeso, centro que nos recuerda ciertos focos del Renacimiento italiano y que parecía menos expuesto al peligro turco que Constantinopla y Tesalónica.

Muchas veces hemos comparado los gustos y tendencias intelectuales de Bizancio con los de la época del primer Renacimiento italiano. Como Bizancio, Italia atravesaba entonces una época de intensa actividad espiritual. Los rasgos comunes a ambos países fueron abundantes, y análogos los orígenes, ya que en la base de ambos Renacimientos está la revolución económica e intelectual producida por las Cruzadas. Si se quiere emplear la expresión Renacimiento en su sentido más vasto, no hablaremos de Renacimiento italiano y de Renacimiento bizantino, sino de Renacimiento greco—italiano, o mejor de Renacimiento de la Europa meridional. Sólo después, en el siglo XV, el empuje del sudeste de Europa fue destrozado por el yugo turco, mientras en Occidente, en Italia, las condiciones generales permitieron que la vida intelectual continuara desarrollándose y aun se propagara a otros países.

Pero en Bizancio no hubo un Dante. Porque el Renacimiento bizantino estaba unido al pasado por sus tradiciones, y el poder creador y el espíritu de independencia estaban refrenados por la severa autoridad del Estado y la Iglesia ortodoxa. El formalismo y el convencionalismo eran los elementos distintivos del pasado de Bizancio. Considerando las condiciones de la vida bizantina, sorprenden la intensa actividad espiritual de la época de los Paleólogos y los enérgicos esfuerzos de los mejores representantes de aquella actividad, para trillar nuevas rutas y asegurarse libertad e independencia en la investigación artística y literaria. Pero el destino fatal del Imperio quebrantó prematuramente ese fervor literario, científico y artístico.[534]

---

[534] *Ver el interesante articulo de A. Heisenberg Das Problem der Renaissance in Byzanz (Histonsche Zeitschrift, vol. 133 (1926), p. 393—412). Ver también Dolger, en la Deutsche Literaturzeitung, 47 (1926), col. 1442—1443 y 1445. Id., en Historisches Jahrbuch, 47 (1927), 765. Al contrario de Heisenberg, Guilland cree en "un verdadero Renacimiento" de Bizancio en el siglo XIV: Essai sur Nicéphore Grégoras (París, 1926), p. XI, 294—295, etc. Véase el brillante artículo de C. Neumann, Byzantinische Kultur una Renaissance—Kultur(Hist. Zeits., volumen 91 (1903), p. 215—232. Tirada aparte (Berlín—Stultgart, 1903).*

Bizancio y el Renacimiento italiano.

Es nuestro propósito determinar la influencia ejercida sobre el Renacimiento italiano por la tradición griega medieval en general y por los griegos bizantinos en particular. Ha de recordarse, ante todo, que no fueron el gusto y el estudio de la Antigüedad clásica los causantes del Renacimiento, sino, al contrario, las condiciones de la vida italiana las que hicieron nacer y desarrollarse aquel movimiento, generando el interés que comenzó a ponerse en la cultura antigua.

A mediados del siglo XIX ciertos sabios pensaban que el Renacimiento italiano había sido provocado por los griegos huidos de Bizancio ante la amenaza turca, sobre todo a partir de la caída de Constantinopla en 1453.[535] Es notorio que tal hecho es falso en absoluto, bastando atenerse a una cronología elemental para verlo. El Renacimiento se extendía ya a toda Italia en la primera mitad del siglo XV y además los principales representantes del Renacimiento italiano —Boccaccio y Petrarca— vivieron en el siglo XIV.

Al examinar las dos cuestiones que nos hemos planteado —influencia de la tradición griega de la Edad Media e influencia de los griegos bizantinos sobre el Renacimiento— nos detendremos primero en la segunda, procurando empezar por ver qué nombres de griegos están asociados a la época del primer Renacimiento, o sea al siglo XIV y principios del XV.

El primero en el tiempo es el griego calabrés Barlaam, muerto a mediados del siglo XIV y cuya intervención en la querella hesicasta conocemos. Su nombre verdadero era Bernardo. Se ordenó en Calabria, cambió su nombre por el de Barlaam, y pasó algún tiempo en Tesalónica, en el Athos y en Constantinopla. Andrónico el Joven le confió una importante misión en Occidente: la unión de las Iglesias y una Cruzada contra los turcos. Barlaam volvió sin haber logrado frutos. Tras su intervención en las discordias hesicastas regresó a Occidente, donde acabó sus días.

Los primeros humanistas hablan a menudo de Barlaam. Petrarca le conoció en Avíñón, y tomó de él lecciones de griego, con el fin de poder leer a los autores griegos en su idioma original. Petrarca, en una carta, habla así de Barlaam: “Tuve un profesor que, luego de despertar en mí una dulce esperanza, me abandonó al comienzo de mis estudios, arrebatado por la muerte”. En otra carta escribe: “(Barlaam) poseía en grado tan notable el don de la elocuencia en lengua griega como carecía de él en la latina. Rico de ideas, dotado de un espíritu agudo, sentía dificultad para expresar sus emociones con palabras”.[536] En una tercera carta de Petrarca, leemos: “He ardido siempre en el deseo de estudiar la lengua griega, y si la fortuna, envidiosa, no me hubiera atajado en los principios, privándome de un excelente profesor, yo sería ahora un helenista adelantado”. Petrarca no pudo jamás llegar a saber leer el original de una obra literaria griega.

Barlaam ejerció también alguna influencia sobre Boccaccio, quien, en su *Genealogía de los dioses*, señala a Barlaam como hombre “pequeño de cuerpo, pero de conocimientos enormes”, fiando en él incondicionalmente para cuanto atañe a Grecia.[537]

Los tratados teológicos, ensayos matemáticos, notas y oraciones de Barlaam a que tenemos acceso, no nos permiten calificarle de humanista. Parece que Petrarca no conoció sus escritos, y Boccaccio dice claramente: “No he visto ninguna de sus obras”. Por tanto, no podemos afirmar la extensión de su cultura y saber, y no nos asiste, en consecuencia, motivo para tener a Barlaam por hombre de talento y vigor intelectual capaz de ejercer influencia duradera y honda sobre sus contemporáneos italianos, muy dotados y cultos, y algunos de ellos personalidades tales como

---

[535] *Véase J. Kireyesvski, Obras (Moscú, 1861), t. II, p 252 (en ruso). Ver también la primera edición de la Historia de Bizancio de Kulakovski (Kiev, 1910), t. I, p. 12 (en ruso). En la segunda edición esa teoría queda abandonada*

[536] *Petrarca, Epistolae de rebus familiaribus, XXIV, 12, y XVIII, 2, ed. Fracassetti (Florencia, 1863), III, 302, y II, 474. Véase F. I. Uspenski, Ensayos sobre la civilización bizantina, p. 301—302 en ruso). A. Veselovski, Bocaccio: su ambiente y sus contemporáneos. (Obras, t. V, p. 86. En ruso)*

[537] De genealogia deorum, XV, 6 (Juan Boccaccio, De genealogia deorum libri qnindecim, Basilea, 1532, 389). *M. Korelin, Él humanismo italiano primitivo y su historiografía (Moscú, 1892), p. 993 (en ruso).*

Boccaccio y Petrarca. De modo que no nos inclinamos a estimar el influjo de Barlaam, tanto como lo hacen ciertos sabios en obras, que son, eso aparte, excelentes. El erudito alemán Korting escribe: "El griego Barlaam, con su precipitada marcha de Avíñón, quitó a Petrarca la posibilidad de estudiar profundamente la lengua y civilización griegas, arruinando así el imponente edificio del porvenir y determinando durante siglos los destinos de los pueblos de Europa. A pequeña causa, grandes efectos".

Uspenski dice: "La conciencia neta de la idea e importancia de los estudios helénicos, de que estuvieron imbuidos los hombres del Renacimiento italiano, se debió por entero a la influencia directa e indirecta de Barlaam. Este tiene, pues, un gran mérito en la historia de la civilización de la Edad Media... Ateniéndonos a la esfera de los hechos reales, puede afirmarse, sin disputa, que "combinó las mejores cualidades de la cultura de su época".

En rigor, el papel de Barlaam en el Renacimiento fue mucho más humilde. No pasó de ser un profesor, bastante malo, de lengua griega, capaz de enseñar los elementos gramaticales y servir de léxico viviente. Y aun en este sentido fue un diccionario que daba, con frase de Korelin, "informes muy poco exactos". El juicio más equitativo formulado sobre Barlaam es, de cierto, el de Veselovski: "El papel de Barlaam en los destinos del primitivo humanismo italiano es superficial y fortuito... Escolástico medievalista, adversario de la filosofía platónica, no podía compartir con sus amigos occidentales sino su conocimiento del griego y su fragmentos de erudición; pero se le ha agrandado haciendo de él el símbolo de las esperanzas y deseos con los que se expresó la evolución del humanismo y a los cuales, empero, no era capaz de responder".

El segundo griego que tuvo papel notorio en la época del primer Renacimiento fue Leoncio Pilato, discípulo de Barlaam y, como éste, oriundo de Calabria. Viajando de Italia a Grecia, y viceversa, pasando en Italia por griego de Tesalónica y en Grecia por italiano, incapaz de asentarse en sitio alguno. Pilato vivió tres años en Florencia, junto a Boccaccio, a quien enseñó el griego y quien se documentó de él para su *Genealogía de los dioses*, Petrarca y Boccaccio hablan de Leoncio en sus escritos. Los dos pintan en términos idénticos su carácter insociable, grosero, insolente, así como el repugnante aspecto exterior de aquel hombre de costumbres, según Petrarca, "tan bestiales y de hábitos tan extraños".[538]

En una de sus cartas a Boccaccio, Petrarca le dice que Leoncio, después de haberle abandonado profiriendo muchas injurias contra Italia y los italianos, le había enviado, de camino, una carta "más larga y más repugnante que su barba y sus cabellos, en la cual eleva a las nubes la Italia que detestaba tanto, denigra y critica a Grecia y a Bizancio, a los que tanto ensalzaba, y a la vez me ruega que le llame a mi lado, y me conjura y suplica que lo haga, con más ardor que el apóstol Pedro suplicó a Cristo cuando flotaba sobre las aguas". En la misma carta leemos después: "Y ahora escucha y ríete. Entre otras cosas me ruega que le recomiende por escrito al emperador de Constantinopla, a quien no conozco de nombre ni de vista; pero lo desea porque imagina que (ese emperador) es tan benévolo y favorable conmigo como el emperador romano, cual si la semejanza de títulos los identificase. A menos que no sea porque los griegos llaman a Constantinopla la Segunda Roma, osando considerarla, no sólo pareja a la Roma antigua, sino incluso superior a ella por su población y sus riquezas". Boccaccio, en su *Genealogía de los dioses*, describe a Leoncio como un hombre feo, de rostro truculento, siempre sumido en sus pensamientos, mal educado y poco sociable, pero muy versado en la literatura griega, compendio viviente e inagotable de fábulas y leyendas griegas. Trabajando en común con Boccaccio, Leoncio hizo en latín la primera traducción literal de Homero. Pero fue una traducción tan insatisfactoria, que los humanistas inmediatamente posteriores consideraron preciso substituirla por otra nueva, puesto que Leoncio,

---

[538] *Petrarca, Lettere senili di Petrarca, V, 3; ed. G. Fracassetti (Florencia, 1869), I, 299. Ver también Sen., III, 6: "é certamente una gran bestia" (Fracassetti, I, 63). Lettere di F. Petrarca, cd. Fracassetti (Florencia, 1866), IV, 98. Boccaccio, De Genealogía deorum, XV, 6 (Basilea, 1532), 389. Ver A. Veselovski, Boccaccio, II (Obras (Petrogrado, 1919), t. VI, página 364. En ruso)*

según Boccaccio, debía su saber a su maestro Barlaam, "la importancia de este último —dice Uspenski— debe aumentar más a nuestros ojos".

Aun reconociendo la considerable influencia de Pilato sobre Boccaccio, quien con aquél aprendió a conocer la lengua y literatura griegas, hemos de decir que el papel de Pilato en la historia general del Renacimiento se refiere a la propagación en Italia del idioma y letras griegas mediante sus lecciones y traducciones. Por otra parte, Boccaccio dista mucho de deber su inmortalidad a su documentación griega.

Así, el papel de los dos primeros griegos —que, además, no eran oriundos de Bizancio, sino de la Italia del sur— en la historia del Humanismo, se reduce a una sencilla transmisión de informes técnicos sobre el idioma y la literatura.

Hemos repetido, adrede, que Barlaam y Pilato procedían de Calabria, donde la tradición y lengua griegas habían persistido durante todo el Medievo. Sin remontarse a la antigua Magna Grecia de la Italia meridional, cuyos elementos helénicos no fueron totalmente absorbidos por Roma, ha de recordarse que las conquistas de Justiniano en el siglo VI introdujeron en Italia, y particularmente en la del sur, elementos griegos bastante numerosos. Los lombardos, que tras Justiniano conquistaron la mayor parte de Italia, sufrieron también la influencia griega, convirtiéndose hasta cierto punto en campeones de la civilización griega. La evolución del helenismo en la Italia meridional y en Sicilia, donde la población griega aumentó en varias ocasiones con sucesivos aflujos, es de mucha importancia para nosotros. En el siglo VII se advierte una considerable emigración griega a Sicilia y sur de Italia, como consecuencia de las conquistas y devastaciones realizadas por árabes y persas en suelo bizantino. En el siglo VIII muchos monjes griegos huyeron a Italia para substraerse a las persecuciones de los emperadores iconoclastas. Y, finalmente, en los siglos IX y X, numerosos fugitivos griegos de Sicilia, al ser ésta sometida por los árabes, pasaron a la Italia meridional.

Tal fue probablemente el origen de la helenización bizantina del sur de la Península Itálica, ya que la civilización de Bizancio no comienza a prosperar allí sino a partir del siglo X, "como si no fuese más que la prolongación y herencia de la civilización griega de Sicilia". De este modo, escribe Veselovski, "se crearon en Italia del sur islotes étnicos griegos muy densos, con una nacionalidad y una sociedad unidas por el idioma, por la religión y por una tradición espiritual conservada en los monasterios. El florecimiento de esta civilización abarca el período comprendido entre la segunda mitad del siglo IX y la segunda del X, pero continuó más tarde también, en la época de los normandos... Los conventos griegos más importantes se crearon en la Italia del sur en el siglo XII. Su historia es la misma del helenismo en el mediodía de Italia. Tuvieron "su período heroico: el de los anacoretas de las cavernas, que preferían la contemplación a la cultura, y luego vino el período de las comunidades organizadas, con escuelas, escribas, bibliotecas y actividad literaria". La Italia meridional helenizada tuvo en la Edad Media una serie de escritores que consagraron su tiempo, no sólo a la literatura profana, sino también a la poesía religiosa, conservando a la vez "las tradiciones del saber".

En la segunda cincuentena del siglo XII Roger Bacon escribía al Papa, refiriéndose a Italia, que "el clero y el pueblo son allí, en varios lugares, griegos puros".[539]

Un cronista francés de la época afirma también que los campesinos de Calabria y Apuria no hablaban más que el griego.[540] En el siglo XIV, Petrarca habla de un joven que, por consejo suyo, marchaba a Calabria. El joven quería ir directamente a Constantinopla, "pero habiendo sabido que Grecia, que había abundado antaño en grandes talentos, era de ellos tan pobre hoy, creyó mis

---

[539] *"Nec multum esset pro tanta utilitate iré in Iialiam, in qua clerus et populus sunt puré Graeci in multis locis". F. R. Bacon, Compendium studii philosophiae, cap. VI.*

[540] *"E par toute Calabre li paísant ne parlent se grizois non". P. Meyer, Premieres compilations francaises d'histoire ancienne (Romanía, t. XIV (1885), p. 70, n. 5).*

palabras... Informado por mí de que en nuestros días había en Calabria algunos hombres muy versados en la lengua griega, resolvió ir allí".

Por tanto, los italianos del siglo XIV no necesitaban dirigirse a Bizancio para adquirir un primer conocimiento técnico del idioma griego y dar los pasos inicíales en la literatura griega, ya que tenían a su alcance una fuente en Italia del sur, y esta fue la que proporcionaron Barlaam y Leoncio Pilato. La influencia efectiva de Bizancio sobre Italia comenzó a fines del siglo XIV y duró todo el siglo XV, época de los verdaderos humanistas bizantinos, Manuel Crisoloras, Gemisto Plethon y Bessarión de Nicea.

Manuel Crisoloras, nacido en Constantinopla a mediados del siglo XIV, gozaba fama, en su patria, de filósofo y eminente profesor de retórica. El joven humanista italiano Guarino fue a Constantinopla para aprender con Crisoloras y, un vez que éste le enseñó el griego, Guarino dióse a estudiar los autores griegos. Crisoloras marchó a Italia con una misión política del emperador, siendo acogido con entusiasmo en la península, donde le había precedido su fama. Los centros del humanismo italiano se disputaban la sabiduría del griego. Éste enseñó durante algunos años en la Universidad de Florencia, donde tuvo por auditores numerosos humanistas de la época. Estuvo en Milán algún tiempo, a instancias del emperador Manuel II, que se hallaba entonces en Italia, y luego fue profesor en Pavía. Tras una corta estancia en Bizancio, Crisoloras, por orden imperial, volvió a Italia, hizo un largo viaje a Inglaterra, Francia y acaso España, y trató con la curia pontificia. Enviado a Alemania por el Papa, a fin de entablar negociaciones sobre el concilio proyectado, llegó a Constanza coincidiendo con el concilio y murió allí en 1415. Por sus enseñanzas y por el talento con que supo transmitir a sus auditores los vastos conocimientos que poseía sobre literatura griega. Crisoloras desempeñó en el humanismo un papel importante. Sus obras, como son algunos tratados teológicos, una gramática griega, varias traducciones, entre ellas una literal de Platón, y diversas cartas, nos permiten descubrir en Crisoloras un gran talento literario. El influjo que ejerció sobre los humanistas fue enorme, y ellos le correspondieron acumulando sobre el profesor bizantino las mayores alabanzas y el entusiasmo más sincero. Guarirlo le compara a un sol que iluminó a Italia, sumida en profundas tinieblas. El mismo Guarino proponía que Italia, reconocida, erigiese en honor de Crisoloras arcos triunfales. Se le dio el título de "príncipe de la elocuencia y de la filosofía griega".

Tuvo por discípulos a los hombres más eminentes del Renacimiento. Un historiador francés del Renacimiento (Monnier) escribe, tras citar los juicios emitidos por los humanistas sobre Barlaam y Pilato: "Manuel Crisoloras no era un cerebro obtuso, un barbudo piojoso, un calabrés grosero, que riera bestialmente con las admirables agudezas de un Terencio. Manuel Crisoloras es un verdadero griego, noble, erudito, excelso en el griego, conocedor del latín, hombre grave, benigno, religioso y prudente, que parece nacido para la virtud y la gloria, que posee una doctrina extremada y la ciencia de las cosas grandes, que es un maestro. El es el primer profesor griego que, reanudando la tradición, se sentó de nuevo en una cátedra de Italia".[541]

Pero Gemisto y Bessarión ejercieron un influjo más hondo todavía en la Italia del siglo XV. Ya hablamos antes del primero, instigador de la creación de la Academia Platónica de Florencia y hombre que hizo renacer la filosofía platónica en Occidente. El segundo fue personalidad de primer orden en el movimiento intelectual de su época. Bessarión nació a principios del siglo XV, en Trebisonda, donde estudió las primeras letras. Enviado a Constantinopla para completar su instrucción, estudió los poetas, oradores y filósofos griegos y conoció al humanista italiano Filelfo, quien estudiaba a su vez a orillas del Bósforo e hizo conocer a Bessarión el movimiento humanista italiano y el profundo interés que empezaba a dedicarse en Italia a la literatura y el arte antiguos. Habiendo tomado las órdenes, Bessarión continuó sus estudios en Mistra (Peloponeso), bajo la

[541] *Monnier, Le Quattrocento. Essais sur l'histoire littéraire du XVe siécle italien (1912), tomo II, p. 4. "Quis enim praestantiorem Manuele virum, aut vidisse aut legisse meminit, qui ad virtutem ad gloriaram sine alla dubitatione natus erat?" dice Guarino. Dccembrio pretende que Crisoloro, "por su conocimiento de las letras, no parecía un hombre, sino un ángel".*

dirección del célebre Gemisto. Siendo arzobispo de Nicea, Bessarión acompañó al emperador al concilio ferraroflorentino, donde intervino con eficacia en el curso de las negociaciones, inclinándose progresivamente a los partidarios de la unión. "No creo justo —escribió en el discurso del concilio— separarnos de los latinos contrariamente a todas las buenas razones".[542]

Durante su estadía en Italia, coincidente con el período más brillante y fervoroso del Renacimiento, Bessarión, no inferior por sus conocimientos y talentos a los humanistas italianos, mantuvo relaciones estrechas con ellos y, gracias a sus opiniones unionistas, se congració con la curia pontifical. Vuelto a Constantinopla, advirtió pronto el disfavor con que la masa del pueblo griego miraba el unionismo y comprendió la imposibilidad de imponer la unión en Oriente, como él deseaba. Por entonces recibió la noticia de su nombramiento de cardenal romano y, ante lo ambiguo de su situación, y cediendo al deseo que sentía de hallarse otra vez en Italia, hogar del humanismo, abandonó Bizancio, camino de Roma.

En esta ciudad, la casa de Bessarión se convirtió en centro de reunión de los humanistas. Bessarión tuvo por amigos a los humanistas más eminentes, como Poggio y Valla. Este último llamaba a Bessarión, aludiendo a su perfecto conocimiento de las dos lenguas antiguas, "el más griego de los latinos, el más latino de los griegos". Comprando o haciendo copiar libros, Bessarión se procuró una excelente biblioteca, donde las obras de los Padres de ambas Iglesias y los libros teológicos en general se alineaban junto a los frutos de la literatura humanista. Al final de su vida donó su biblioteca, muy rica para aquel tiempo, a la ciudad de Venecia, donde había de constituir uno de los principales fondos de la famosa "Biblioteca Marciana" (de San Marcos). En la puerta de esta biblioteca se ve en nuestros días la efigie de Bessarión.

La actividad literaria de Bessarión no le impidió ocuparse en la Cruzada contra los turcos. Al saber la caída de Constantinopla escribió sin demora al dux de Venecia, haciéndole ver el peligro que los turcos hacían correr a Europa y exhortándole a armarse contra ellos. En aquella época Europa no podía comprender otras razones. Bessarión murió en Ravena en 1472 y sus restos fueron transportados a Roma, donde se le rindieron exequias solemnes.

Bessarión desarrolló lo más de su actividad literaria en Italia. Aparte muchas obras teológicas sobre la unión, un *Discurso Dogmático,* una *Refutación de Marcos Eugénico*

(Marcos de Efeso) y varios escritos de polémica y exégesis, Bessarión dejó traducciones de algunos autores clásicos (Demóstenes, Jenofonte, la *Metafísica* de Aristóteles) que le caracterizan bien como humanista. Aunque admirador de Platón, Bessarión, en su obra *Contra un calumniador de Platón,* logra mantenerse dentro de los límites de cierta imparcialidad que no se halla en otros adalides del platonismo y el aristotelismo. Recientemente se ha publicado su largo *Elogio* de su ciudad natal (Trebisonda), obra muy importante históricamente.

Bessarión representa mejor que cualquier otro de los hombres eminentes de su época un ejemplo de la síntesis de los dos genios, griego y latino, de los que dimanó el Renacimiento. Griego de origen, tornóse latino; cardenal, protege a los sabios; teólogo escolástico, rompe lanzas en favor del platonismo; admirador entusiasta de la antigüedad, contribuye más que nadie al florecer de la Edad Moderna. Se afinca a la Edad Media por su ideal de unión cristiana y de Cruzada, que se esfuerza en realizar; pero supera a su época y la impulsa con ardor por nuevas vías, hacia el progreso, hacia el Renacimiento.

Miguel Apostolios, contemporáneo de Bessarión, le convierte en su entusiasmo en una especie de semidiós. En su "oración fúnebre" consagrada a Bessarión, escribe: "(Bessarión) era el reflejo de la verdadera sabiduría divina".

Varias obras de Bessarión están inéditas todavía. La Italia contemporánea, que honra mucho la memoria de aquel sabio bizantino, edita un periódico católico que tiende a la unión de las dos Iglesias y se titula *Bessarione.*

---

[542] *Cardenal Bessarión, Oratio dogjnatica pro unione. Migne, Pclr. Gr., vol. i (ii, col. 612.)*

Pero Bizancio no contribuyó sólo a la historia del Renacimiento, dando a conocer la lengua y literatura griegas en lecciones y conferencias, y gracias a la actividad de hombres de talento como Plethon y Bessarión, que abrieron a Italia nuevos horizontes. No: Bizancio procuró, además, a Occidente gran abundancia de preciosos manuscritos griegos, que contenían los escritos de los mejores representantes de la literatura antigua, sin hablar ya de los textos de la época bizantina y de las obras de los Padres de la Iglesia griega.

Los humanistas italianos, con el célebre bibliófilo Poggio en primer lugar, habían recorrido Italia y la Europa occidental, reuniendo hacia 1440, época del concilio de Florencia, casi todos los escritos de los clásicos latinos que conocemos hoy. Pero a raíz de la llegada a Italia de Manuel Crisoloro, quien despertó una admiración entusiasta por la antigua Hélade, empezaron a adquirirse en Italia libros griegos. Para ello hubo que recurrir a los tesoros literarios que eran los manuscritos de Bizancio. Los italianos que iban a Bizancio, deseosos de instruirse en la sabiduría griega, regresaban cargados de libros griegos. El primero en hacerlo fue Guarino, discípulo de Crisoloras en Constantinopla. Lo que Poggio realizara en el sentido de reunir los manuscritos de la literatura romana, hízolo Juan (Giovanni) Aurispa con la literatura griega. Marchando a Bizancio, trajo de Constantinopla, el Peloponeso y las islas 238 volúmenes, es decir, toda una biblioteca que comprendía las mejores obras clásicas griegas.

Según la vida en Bizancio se tornaba más difícil y peligrosa, como consecuencia de las conquistas turcas, los griegos iban trasladándose en gran número a Occidente, llevando consigo las obras maestras de su literatura. Esta afluencia de tesoros del mundo clásico a Italia creó en Occidente condiciones muy favorables para el estudio del pasado y de la antigua Hélade y el conocimiento de las riquezas de su imperecedera civilización. Al transmitirlas a Occidente y salvarlas así de la destrucción turca, Bizancio cumplió una gran obra espiritual, rindiendo a la Humanidad un servicio inmenso.

BIBLIOGRAFÍA

A. HEISEKBERG, *Aus der Geschichte und Litieratur der Palaiologenzeit* (Munich, 1920).

A. LEBEDIEV, *Bosquejos históricos sobre la Iglesia bizantina desde fines del siglo XI a mediados del XV,* 2.a ed. (Moscú, 1902). En ruso.

A. LEBEDIEV, *Historia de la iglesia greco—oriental bajo la dominación de los turcos.*

(San Petersburgo, 1904).

A. SADOV, *Bessarion de Nicea. Su actividad en el concilio ferraro florentino, su obra teológica y su papel en la historia del Humanismo* (San Petersbur—go, 1883). En ruso.

BERGER DE XIVREY, *Mémoire sur la vie et les ouvrages de l'empereur Manuel*

Paléologue. Mémoires de l'Institut de France. Académie des inscriptions et belles—letres, t. XIX, segunda parte (París, 1853).

C. ALEXANDRE, *Plethon; traite de lois* (París, 1888).

C. CHAPMAN, *Michel Paléologue, restaurateur de l'Emplre byzantin 1261—1282.*

(París, 1926).

C. CHEKREZI, *Albania: Past and Present* (Nueva York, 1919).

C. JIRECEK, *Albanien in der Vergangenheit, Oesterreichische Monatschrift für den Orient* (Munich y Leipzig, 1916).

C. JIRECEK, *Geschichte der Bulgares* (Praga, 1876). C. JIRECEK, *Geschichte des Serben,* I (Gotha, 1911).

E. PEARS, *The destruction of ihe Greek Empire and the story of the capture of Constantinople by the Turks* (Londres, 1903).

F. CARABELLESE, *Carlo d'Angio nei rappoti politici e commerciali con Venezia e l'Oriente* (Bari, 1911).

G. SCHLUMBERGER, *Le siége, la prise et le sac de Constantinople par les Turques en 1453* (París, 1915).

H. TOZER, *A Byzantine Reformer (Gemistus Plethon).* Journ. of Hellenic Sludies, t. VII (1886)..

H. TOZER, *Byzantine Satire.* Journal of Hellenic Stndies, t. II(1881).

H. VAST, *Le Cardinal Bessarion (1403—1472). Étude sur la chrétienté en la Renaissance vers le mílieu du XV siécle* (París, 1878).

J. B. BURY, *Sources for the siege of constantinople, a. d. 1453* (ed. Gib. bon. vol. VII, apéndice III).Cambridge Medieval History, IV (1923).

J. FALLMERAYER, *Geschichte der Halbinsel Morea, II* (Stuttgart, 1836)..

J. LONGNON, *Livre de la conquéte de la Princée de l'Amorée Chronique de Morée* (París, 1911).

J. SCHMIDT, *Die Chronik von Morea. Eine Untersuchung über das Verhaltnis ihrer Handschriften und Versionen* (Munich, 1889).

J. SCHMIDT, *The Chronicle of Morea* (Londres, 1904).

J. TAYLOR, *Georgias Gemistus Pletho's Criticism of Plato and Aristotle* (Menasha, Wisconsin, 1921).

J. TROITZKI, *Arsenio, patriarca de Nicea y de Constantinopla* (San Petersburgo, 1873).

L. KASSO, *El derecho bizantino en Besarabia* (Moscú, 1907). En ruso.

L. MOHLER, *Kardinal Bessarion als Theologe, Humaníst und Staatsmann. Funde und Forschungen. I:.Darstellung* (Paderborn, 1923).

L. PETIT, *Manuel II Paléologue. Dictionnaire de théologie catholique,* (París, 1926). M. TREU, *Manuel Holobolos,* Byz. Zeits., t. V (1896).

M. TREU, *Mazaris und Holobolus,* Byz. Zeits., t. I(1892).

N. JORGA, *Geschichte des Osmanischen Reiches,* I (Gotha, 1908).

P. POGODIN, *Estudio de las fuentes de la historia del sitio y toma de Bizancio por los turcos en 1453.* (Boletín del Ministerio de Instrucción Pública, volumen 264, 1889). En ruso.

R. GUILLAND, Corresp. de Nicéphore Gregoras (París, 1927).

R. GUILLAND, *La corresponderse inédite de Nicolás Cabasilas,* Byz. Zeilsch., t. XXX (1929—1930).

R. GUILLAND, *Le Palais de Thédore Métochite,* Revue des Études grecques, t. XXXV (1922).

R. ROCHOLL, *Bessarion. Studie zur Geschichte der Renaissance* (Leipzig, 1904). S. LAMBROS, *Mazaris und seine Werke.* Byz. Zeits., t. V (1896). S. STANOJEVITCH, *Historia del pueblo servio,* 3.a ed. (Belgrado, 1826).

T. FLORINSKI, *Los eslavos del sur y Bizancio en el segundo cuarto del siglo XIV,* t. III (San Petersburgo, 1882). En ruso.

T. TREU, *Dichtungen des Grosslogothet Theodoros Metochites* (Potsdam, 1895).

V. MAKUCHEV, *Estudios históricos sobre los eslavos de Albania en la Edad Media* (Varsovia, 1871). En ruso.

V. PARISOT, *Cantacuzéme, homme d'État et historien* (París, 1845).